

Tesis doctoral:

**Literatura, prensa periódica y público lector
en los procesos de nacionalización de la cultura en
Argentina y en Chile (1828-1863)**

Director: Dr. Eduardo Romano

Co-director: Dr. Enrique Foffani

Doctorando: Lic. Hernán Francisco Pas

ÍNDICE

0.	Introducción.....	1
0.1.	Periodismo, prensa periódica y estudios literarios sobre el XIX.	
	Revisión crítica y consideraciones teóricas.....	6
0.2.	Literatura, prensa periódica y público lector.	
	Reconsideración y propuestas metodológicas.....	21
1.	La formación de una cultura literaria	
1.1.	Introducción.....	36
1.1.1.	Prácticas letradas y nuevas configuraciones de lo público	
1.1.2.	<i>Letrados, literatos y publicistas. La mediación de los vínculos.....</i>	37
1.1.3.	<i>El periódico y su función socializadora.....</i>	45
1.2.	Cultura lectora y circulación del impreso en las nuevas repúblicas	
1.2.1.	<i>De la Colonia a la República: imágenes de la transición.....</i>	50
1.2.2.	<i>Cultura liberal y difusión de la lectura en Chile.....</i>	54
1.2.3.	<i>La cultura lectora en el Río de la Plata.....</i>	63
1.3.	La construcción del público lector	
1.3.1.	<i>Las figuras del nuevo público.....</i>	73
1.3.2.	<i>¿Opinión pública o público de la opinión?.....</i>	77
1.3.3.	<i>Entre las representaciones y las prácticas, el público lector.....</i>	91
2.	Sociedades literarias y prensa periódica	
2.1.	Introducción.....	119
2.2.	Asociacionismo y formación crítica: continuidades y rupturas.....	121
2.3.	Nuevos emplazamientos discursivos	
2.3.1.	<i>De la prensa política a la prensa cultural.....</i>	134
2.4.	Modalidades de mediación pública	
2.4.1.	<i>Frivolidad y seducción. Las formas de lo banal.....</i>	144
2.4.2.	<i>Bajo la máscara del comunicado (fingiendo lectores, imaginando un mercado).....</i>	159
2.4.3.	<i>Escritores nuevos, lectores viejos (o cómo afirmar verdades guachas).....</i>	167
3.	Literatura periódica y crítica cultural	
3.1.	Introducción.....	175
3.2.	Literatura periódica antes que literatura.....	177
3.3.	Los programas de la crítica en la prensa rioplatense	
3.3.1.	<i>Ni somos ni queremos ser románticos.....</i>	184
3.3.2.	<i>La invención de una tradición nacional.....</i>	196
3.4.	Primeros ensayos y comentarios críticos.....	202
3.4.1.	<i>La misión del poeta: entre el interés y la imaginación.....</i>	206
3.4.2.	<i>De la literatura de viaje a los cuadros de costumbres.....</i>	227
3.4.3.	<i>La escritura de las imágenes: de El Recopilador al Facundo.....</i>	242
3.5.	Gauchos, gauchesca y las políticas de la lengua	
3.5.1.	<i>Las alianzas de la prensa popular. Una estética plural.....</i>	254
3.5.2.	<i>Poesía y tradición: la proximidad de un origen.....</i>	269

4.	La prensa y los programas del romanticismo en Chile	
4.1.	Introducción.....	281
4.2.	Literatura nacional y modelos literarios.....	285
4.2.1.	<i>Lastarria y el extranjerismo regenerador.....</i>	287
4.3.	La cuestión de la lengua nacional.....	295
4.3.1.	<i>Revolucionar la lengua, ¿politizar el discurso?.....</i>	301
4.3.2.	<i>Bellas lecciones: lengua y tradición.....</i>	334
4.4.	El dominio de las Bellas Letras	
4.4.1.	El semanario de Santiago: <i>modelos retóricos y crítica social.....</i>	325
4.4.2.	<i>Poesía, corrección y ejemplaridad.....</i>	334
4.4.3.	<i>El velo del romanticismo: ¿literatura original o literatura nacional?.....</i>	338
4.4.4.	<i>Crítica y teatro: la inscripción social de las formas.....</i>	347
5.	De la Historia a la novela	
5.1.	Introducción.....	357
5.2.	Estado, nación y los debates de la historia	
5.2.1.	<i>Una discusión del presente.....</i>	360
5.2.2.	<i>Los límites de la sociabilidad chilena: de El Semanario a El Crepúsculo.....</i>	369
5.3.	La escritura de la Historia: polémicas <i>entramadas</i> en el cuerpo de la patria	
5.3.1.	<i>Autoridad y legitimidad del discurso histórico.....</i>	382
5.3.2.	<i>Las Investigaciones de Lastarria y los fundamentos de la nacionalidad.....</i>	389
5.3.3.	<i>Retorno a Roma. El imperio de la tradición.....</i>	418
5.4.	Costumbres y novela nacional	
5.4.1.	<i>Del “momento crítico” a la “época de transición”.....</i>	425
5.4.2.	<i>La aritmética en el amor y la consagración de la literatura.....</i>	433
5.5.	Las artes de escribir románticas	
5.5.1.	<i>Costumbres, costumbrismo y la producción de los folletines.....</i>	438
5.5.2.	<i>Del folletín a la novela. La ambigüedad de la ficción.....</i>	442
5.5.3.	<i>El sabor de la realidad, o la diplomacia del buen gusto.....</i>	451
6.	Conclusiones.....	464
7.	Bibliografía.....	470

ANEXO (vol. separado)

Agradecimientos

Este trabajo fue, en muchos sentidos, un esfuerzo colectivo. No quisiera dejar de consignar aquí mi sincero agradecimiento a todas las personas que colaboraron en la difícil tarea de vivir hurgando entre archivos y bibliotecas. En primer lugar, a mi director, Eduardo Romano, y a mi Co-director, Enrique Foffani, quienes me brindaron su saber y su apoyo en todo el recorrido, y a quienes debo mucho más de lo que en estas líneas podría enunciar. Mi trabajo en Chile estuvo afortunadamente acompañado de la gentileza de muchas personas. Ana Pizarro me brindó el espacio institucional y las charlas amistosas que adornaron mis estadías en Santiago. Al personal bibliotecario del IDEA de la USaCh, especialmente a Gabriel Martínez, que hizo todo lo necesario para que el ingreso a bibliotecas y archivos fuera menos trágico. Alicia Salomone fue, en verdad, mi anfitriona de lujo en la Universidad de Chile y a ella debo además una amistad sincera y cariñosa. Su generoso trabajo intelectual en el Departamento de Literatura me abrió, como se dice, las puertas hacia felices y fructíferos intercambios. Agradezco, en ese sentido, a Bernardo Subercaseaux su interés, sus charlas y comentarios sobre los adelantos de esta tesis. Grinor Rojo, además, me recibió y me incentivó para que diera a conocer en Chile algunos de esos adelantos. A él se lo debo. También debo a Julio Ramos mucho de lo que esta tesis trató de realizar; sus lecturas y comentarios fueron siempre un estímulo y una guía.

De lado de acá, para usar la frase famosa, agradezco a Juan Ennis, sus lecturas minuciosas, así como sus atinadas sugerencias. A Alejandra Mailhe, por su apoyo bibliográfico. A Florencia Bonfiglio, en fin, por eso y más, pues padeció el arduo trabajo de corrección y el trayecto final. A Cecilia, por el apoyo. A Alejandro, por sus regalos siempre oportunos. A Viviana, Carlos y Mauro debo un especial reconocimiento, pues aguantaron y compartieron mis indagaciones sobre el origen etimológico de la palabra siútico con pasmosa alegría.

Debo agradecer, también, el apoyo institucional; por un lado, una beca doctoral del CONICET me permitió investigar con más tranquilidad y disponibilidad de tiempo; también, una beca de la Asociación del Grupo Montevideo me brindó la posibilidad de una estadía de investigación en Chile.

Y a los de siempre, los amigos, madres y sobrinos, a todos ellos también agradezco.

Siglas y abreviaturas

Colección de Antiguos Periódicos Chilenos: CAPCh.

Colección de Obras y Documentos para la Historia Argentina, Biblioteca de Mayo: CBM.

Revista Chilena de Historia y Geografía: RChHG.

Anales de la Universidad de Chile: AUCH.

Biblioteca Nacional, Argentina (Sala del Tesoro): BNA [T]

Biblioteca Nacional, Chile (Sala Toribio Medina): BNCh [M]

0. Introducción

Esta tesis indaga las relaciones entre prensa periódica y cultura literaria que durante la primera mitad del siglo XIX, tanto en Chile como en el Río de la Plata, viabilizaron los procesos de conformación de un imaginario y un público lector nacionales, y contribuyeron a la creación –temporal y territorialmente diferenciada– de un canon literario y estético. Cómo fraguaron los letrados criollos una cultura literaria consolidada ya la independencia, qué operaciones concretas realizaron en su afán de propiciar un capital simbólico que acompañara las nuevas configuraciones políticas del territorio y, a la vez, las definiera, cuáles fueron los obstáculos que debieron afrontar para socializar sus programas respectivos y, fundamentalmente, en qué medida y de qué modo la prensa periódica incidió en sus programas literarios, son las preguntas cardinales que orientaron la presente investigación.

Por cierto, la noción de “canon literario” exhibe un anacronismo flagrante. El repertorio legítimo de textos artísticos o poéticos que fueron consagrados por la dinámica de la institucionalización literaria carecía de existencia a mediados del siglo XIX. Por lo tanto, se trata de indagar en una amplia serie de discursos orientados *ab initio* a disputar o diseñar una versión de la nacionalidad, en cuyo marco se desarrollaron los ensayos y las contiendas letradas que intentaron definir buena parte de lo que hoy se entiende por “literatura nacional”. Si, efectivamente, la tradición es una construcción retrospectiva, y los cánones literarios chileno y argentino hallaron su ulterior momento de cristalización, no menos innegable resulta el carácter programático y proyectivo con que los escritores de la primera mitad de siglo propiciaron el diseño de una tradición literaria para las nuevas repúblicas.

Cuando José Victorino Lastarria asegura que en la década de 1860 la literatura nacional tenía ya vida propia, “porque había realmente unidad entre los que sustentaban el progreso de una literatura independiente” (1885 [1878]: 425), o cuando

Sarmiento, en su extensa carta pública a Vicente F. López, traza una genealogía literaria que va de Cooper a Echeverría y de éste a su propia escritura,¹ no existe aún una visión orgánica de las letras nacionales sino la convicción de haber delineado lo que a sus ojos mejor respondía a sus requerimientos.

Mucho menos podía existir una conciencia reflexiva acerca de cuánto esa “literatura” dependía del aparato público de la prensa. La contradicción permanente entre una conciencia relativa sobre los atributos de la prensa, aun sobre lo que se llamó “diarismo”, y una concepción ilustrada de las letras, forjó un protocolo de lectura y escritura jerárquico, que concibió a la poesía y al formato libro como las expresiones simbólicas y materiales del estatuto literario. Por lo tanto, lo que la supuesta comprobación del chileno y la deseada proyección del argentino reúnen en sus comentarios son las *tendencias* que dentro de esos límites difusos pero protocolares permitieron a la crítica historiográfica posterior –como la *Historia* de Rojas en Argentina, o el *Bosquejo* de Amunátegui Solar en Chile– convertirlas en un conjunto de autores y obras representativas de la tradición.²

La presente investigación se propone reponer la contingencia de esa ambigüedad que conlleva el término “literatura” en la producción letrada decimonónica, atendiendo en particular a las múltiples mediaciones que la prensa periódica le impuso en su evolución. Para ello, considera un corpus amplio de publicaciones periódicas vinculadas a las empresas editoriales de la cultura liberal de ambos territorios, en un período que se extiende entre los años 1828 y 1863.

El límite inferior del corte establecido corresponde al primer intento de sistematización de la producción letrada rioplatense, realizado por Juan Cruz Varela en una serie de escritos publicados en *El Tiempo*, periódico que redactaba en Buenos Aires junto a su hermano Florencio. La importancia de ese trabajo, además de ser el primero de esas características, estriba en las concepciones vertidas sobre el idioma y

¹ Es la primera de la serie de cartas que narran sus *Viajes*, correspondiente a su pasaje por Montevideo, fechada en enero de 1846 (Sarmiento, 1993: 51).

² La *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas apareció entre 1918 y 1922. Parte del *Bosquejo histórico de la literatura chilena* de Domingo Amunátegui Solar se publicó originalmente en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* entre 1913 y 1918, y luego en volumen en 1922. En 1925, fue reeditado con el título *Las Letras chilenas*.

la lengua literaria, y en los agudos argumentos que Varela despliega en relación a la formación de una literatura nacional, concepciones que se anticipan las reflexiones y polémicas literarias y lingüísticas de las décadas siguientes. Por lo demás, en ese escrito, el autor de *Dido* señala de manera clarividente la interpenetración entre prensa periódica, producción literaria y público lector, perfilando una de las hipótesis capitales de esta tesis: la literatura nacional sólo es concebible a partir del desarrollo de la prensa periódica. La percepción de Varela, sin embargo, permanecía atada al modelo de la prensa doctrinaria e ilustrada; no podía, por lo tanto, prever el cambio que produciría el periodismo cultural a mediados de la década del 30.

Ese pasaje puede identificarse con la aparición en Buenos Aires de *El Museo Americano*, en 1835, y su continuación reformulada con *El Recopilador* al año siguiente, y, a principios de la década del 40 en Chile, con al menos tres publicaciones culturales de importancia: *La Revista de Valparaíso*, *El Museo de Ambas Américas* y *El Semanario de Santiago*, aparecidas todas en 1842. Tales publicaciones señalan el surgimiento de un periodismo que se distancia de las empresas doctrinarias previas y se caracteriza por incorporar nuevos objetos e intereses culturales, con una marcada y creciente inclinación a la difusión, valoración y discusión de modelos literarios.

De acuerdo con nuestra primera hipótesis, es en el marco de la prensa periódica que los proyectos literarios de ambos territorios pudieron hacerse efectivos. El periódico ofrecía la materia textual primordial de incorporación y difusión de ideas y, al mismo tiempo, permitía hacer pública la discusión sobre los protocolos literarios, mediando los argumentos de esa discusión y otorgando visibilidad a las producciones y plataformas que buscaban orientar las *tendencias* estético-literarias de la época. El término “tendencia”, efectivamente, es parte de un registro clave en las discusiones literarias a través de la prensa y suele aparecer con marcada frecuencia en las empresas editoriales redactadas por las nuevas generaciones letradas, lo que demuestra el matiz formativo de sus intervenciones así como el carácter difuso de los límites genéricos del estatuto literario. De este modo, la variada gama de textos que

contribuyeron a delinear los parámetros de una tradición nacional, contribuyeron asimismo con la producción específicamente literaria de la tradición.³

Para dar al menos dos ejemplos notables de esa articulación que se estudian en esta tesis, vale la pena que nos refiramos aquí a los casos de Echeverría y Blest Gana: si el primero, sobre todo con la aparición de *Los consuelos*, en 1834, pudo unirse como “el primer poeta romántico argentino”, tal investidura responde, antes que a alguna insustancial figuración de lo que en la época se entendía por “genio” o a méritos poéticos objetivos, a las concepciones literarias depuradas en los discursos que apuntalaron la función de una poesía americana –o un americanismo literario–, para cuyo delineamiento resultaron determinantes los programas críticos que readecuaron los estímulos e ideas del romanticismo literario europeo a través de la prensa periódica. De modo similar, la consagración de Alberto Blest Gana como el “primer novelista chileno” –o como el primer narrador realista acreditado de Hispanoamérica– debe repensarse teniendo en cuenta no sólo el andamiaje institucional que en Chile, a diferencia de otras regiones, dominó e incentivó el campo de las letras, sino también la efectiva función de mediación que cumplieron las publicaciones periódicas en momentos en que el mercado editorial era prácticamente nulo.

Una de las funciones medulares de la prensa periódica en la primera mitad del siglo XIX fue justamente la de incorporar y extender los discursos sociales que saturaron el imaginario cultural de la época, a la par de estimular y propulsar los intereses de un lectorado tan incipiente como difuso. El género costumbrista, la expresión de la literatura romántica decimonónica que más incidencia tuvo en la formación de narraciones identitarias, nació estrechamente vinculado al formato breve de las hojas periódicas. Pero la imbricación entre el género costumbrista y el formato periodístico no se agota en las consideraciones de género, o formales, ni en la articulación de inquietudes lectoras, burguesas o modernas. Como veremos en esta tesis, los cuadros de costumbres, en la medida en que significan tipologías del cuerpo

³ La diferencia no es capciosa. Hugo Achugar, por ejemplo, ha discutido la pertinencia del criterio autorreflexivo –con exclusión del temático– utilizado por Cornejo Polar en *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Según el crítico uruguayo, la “función religante de un repertorio temático” fue determinante en el diseño de un imaginario nacional a través de los parnasos o colecciones poéticas (Achugar, 1998: 39-77).

social, arrastran un cúmulo de formalizaciones ideológico-discursivas determinantes al momento de evaluar las operaciones simbólicas –ya sean reformulaciones, desviaciones o reafirmaciones del discurso hegemónico de la época– implicadas en su desarrollo. Por lo tanto, si el discurso periodístico hacía extensivos los intereses de un público lector metropolitano, trasladaba, al mismo tiempo, y con más injerencia aún que el discurso literario –o que el formato libro–, los tópicos y estereotipos del discurso social dominante.

En este sentido, creo pertinente recuperar aquí un aspecto del *print capitalism* disociado en parte de la tesis central de Benedict Anderson, según la cual la imprenta y sus novedosas “formas de la imaginación: la novela y el periódico” (Anderson, 1993: 47ss) suministraron la estructuración imaginaria de la nueva conciencia comunitaria que representa la “nación”. Un hecho comprobable en la primera mitad de siglo en Latinoamérica quizá no sea tanto esa función de homogeneización como el más pedestre pero significativo de que los letrados criollos no sólo fundaban, editaban, redactaban y leían periódicos sino que también los hacían circular y los importaban. Periódicos como *Le Globe*, *Journal des Debats*, *Revue de Paris*, *Revue des Deux Mondes*, *La Colmena*, *El Correo de Ultramar*, *Edimburg Review*, *El Instructor*, para solo nombrar los más destacados, figuran en la lista de los más consumidos por la élite cultural a ambos lados de la cordillera. Este fenómeno de circulación transnacional del capital simbólico resulta, a nuestro juicio, decisivo para evaluar las redes materiales que contribuyeron a la constitución de un imaginario nacional. Si pensamos en los debates y en los modos de auto-comprensión del romanticismo europeo por parte de las élites letradas tanto chilena como rioplatense, pero también en la circulación efectiva en Sudamérica de lo que podríamos llamar la materia textual del movimiento romántico europeo –los autores, textos y juicios estéticos privilegiados–, el impreso periódico –antes que el libro– vendría a encarnar el objeto elemental de intercomunicación en el marco de un proceso incipiente de interiorización de modelos literarios.⁴

⁴ Susana Zanetti ha abordado los fenómenos de religación metropolitana, es decir, los lazos efectivos de las redes de intercambio intelectual, destacando las condiciones materiales que determinan el proceso: “La religación, en sus numerosas variables, supone la quiebra del

La segunda hipótesis fundamental de nuestro trabajo, entonces, es que el pasaje de una prensa periódica doctrinaria a una de carácter romántico-cultural, que reformula la relación entre letras y política, supuso un cambio de suma relevancia en términos de formación literaria. Más atenta a las demandas de un público lector diversificado –en el que se inserta la figura de la mujer lectora, del público lector no “culto” o “positivo”, etc.– la prensa cultural romántica instaló nuevas modalidades de autoridad discursiva. Esto no quiere decir que no coexistieran emplazamientos discursivos y estrategias comunicativas diversas en la prensa cultural romántica. Pero sí que es en el intersticio de esas mixturas donde el modelo de la ciudad letrada comienza a reformular sus códigos tradicionales. En el caso particular del Río de la Plata, la prensa popular y gauchesca estableció los parámetros de una comunicabilidad política y cultural de gran relevancia y efectividad en la formación de “opinión pública”, frente a la cual la élite letrada contrastaría sus propias intervenciones y ensayaría a su vez sus inflexiones ideológico-discursivas encaminadas a neutralizar los elementos disruptivos de esa tradición. Por lo tanto, el impreso periódico constituyó el elemento primordial de interacción con públicos diversos y en la formación a su vez de una cultura literaria.

0. 1. Periodismo, prensa periódica y estudios literarios sobre el XIX. Revisión crítica y consideraciones teóricas

Desde hace algunos años la prensa periódica se ha convertido en objeto de estudio privilegiado para la historia de las ideas o la historia cultural, sobre todo a raíz del importante rol que le cupo al impreso periódico en los procesos de transformación cultural desencadenados con la caída del Antiguo Régimen, tanto en Europa como en América. Las tesis de Jürgen Habermas, primero, sobre la singular injerencia de la publicidad ilustrada y burguesa en la consolidación de una opinión civil reguladora del

aislamiento, del compartimiento estanco, y para ello hacían falta bases materiales para vehicularla y una mentalidad moderna” (Zanetti, 1994: 500). El periódico, en este sentido, funcionaría como el sostén primario de esas condiciones a mediados de siglo.

Estado, y de Benedict Anderson, después, sobre el fenómeno del *print capitalism*, al que adjudica un papel decisivo en la moderna formación de las comunidades imaginadas que llamamos “naciones”, contribuyeron notoriamente a la reevaluación de las funciones del impreso periódico en la cultura decimonónica.

A su vez, el renovado interés por las condiciones materiales de producción textual –alentado, principalmente, por la sociología de la cultura– así como por atender a las prácticas de lectura y escritura y a la circulación de los textos en escenarios específicos, originó en las últimas décadas nuevos enfoques desde la propia historiografía, la crítica literaria y la sociología, que posibilitaron ajustar los contextos de enunciación y determinar algunas de las modalidades concretas de interrelación del periódico con las culturas literaria y política.

Como observó Carlos Ossandón, se ha dejado de concebir al periódico sólo como “fuente”, como apoyo empírico para las investigaciones historiográficas, y se lo ha empezado a examinar a partir de su propio espesor, prestando atención a su particular régimen discursivo y a las relaciones que éste establece con otros emplazamientos discursivos y prácticos (Ossandón, 1995: 137). El cambio resulta particularmente significativo para una revisión de la cultura escrita del siglo XIX, en la medida en que contribuye a reevaluar otras formas discursivas en la conformación de una tradición literaria particular tanto como a contemplar la participación activa en esa construcción de múltiples públicos lectores. Sin embargo, salvo muy pocas excepciones –entre las cuales los trabajos de Poblete y de Ossandón en Chile merecen destacarse–, la mayoría de los estudios dedicados a la prensa periódica del siglo XIX o bien se centran en las postrimerías de la centuria, cuando la imprenta y el mercado editorial, junto a otros factores de modernización social y cultural, alcanzan un primer desarrollo significativo, o bien permanecen ligados a una perspectiva contenidista, eludiendo, por lo tanto, las aristas más complejas de su condición de novedoso artefacto cultural, crucial para pensar las dinámicas prácticas y discursivas con que las élites ensayaron sus proyecciones literarias (cabe mencionar, por ejemplo, su agencia en la desjerarquización y consolidación del público lector, su mediación en las formas de lectura socialmente construidas, su función en la construcción social del discurso, la rearticulación que es capaz de ejercer de universos discursivos distintos, la

complejidad de las distintas textualidades que confluyen en sus páginas, la interrelación entre discurso ficcional y géneros literario y periodístico).

En general, las historias o visiones panorámicas de la literatura (Rojas, 1918-22; Arrieta, 1958-59; Zanetti, 1980 y Prieto, 2004 en Argentina; Amunátegui Solar, 1925; Alone, 1954; Silva Castro, 1961; Montes, 1974, en Chile) no se han detenido demasiado en esa zona de estrecha relación entre periódicos y prácticas literarias de la primera mitad del siglo XIX.⁵ Recientemente, en el tomo *La lucha de los lenguajes*, de la *Historia crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik, esa carencia organiza varias zonas de la historia literaria y de la crítica (cuestión que en la “Introducción”, el director del volumen, Julio Schvartzman, corrobora y especifica). Así, y particularmente para el período que aquí nos ocupa, los capítulos de Claudia A. Román, “La prensa

⁵ Ricardo Rojas dedica un capítulo final de su *Historia de la literatura argentina* (“Las empresas editoriales”) a rastrear la conformación de un circuito letrado mediante las publicaciones periódicas, capítulo que se extiende desde *La Gaceta* de 1810 hasta la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, de Estanislao S. Zeballos y la revista *Nosotros*, de Alfredo Bianchi (1948: 573-608, II, Vol. 8). Precisamente la extensión hace que ese capítulo no aporte más que gruesos lineamientos y linajes, y que el período que se inicia con *La Moda* apenas sea mencionado. Con respecto a esto último, en otros lugares, Rojas traza someramente (en el capítulo titulado “Primeras Asociaciones Literarias” (IV, de *Los proscriptos*)) la genealogía de dichas publicaciones y aporta rápidos bosquejos sobre sus contenidos literarios y propagandísticos. Lo mismo ocurre en el capítulo dedicado a los “proscriptos” en la Banda Oriental, “Montevideo, la nueva Troya” (XIV), al hablar de *El Iniciador*, entre otros; y apenas se detiene en *La Moda* cuando trata de la “Vida y obras de Alberdi”, para apuntar que allí el tucumano “agitó muchas ideas de crítica social y literaria” (Rojas 1948: 563 II, Vol. 6. Véase, asimismo: pp. 207-316; 397-429, del Tomo I, *Los proscriptos*, Vol. 5). Con algunas variantes, y un poco más extensas en lo que refiere a *La Moda*, de Alberdi, la *Historia* de Arrieta (1959, II: 64-87) y la dirigida por Zanetti y editada por CEAL (1980, I: 223-231), reiteran ese mismo itinerario. Las historias de Alone (1954) y de Montes (1955), a pesar de las diferencias que las caracterizan, coinciden sin embargo en utilizar los textos periódicos sólo como apoyaturas. Por su parte, tanto el *Bosquejo* de Amunátegui Solar como el *Panorama* de Silva Castro se inscriben en una visión tradicional del periódico (y su producto más significativo, el folletín), precisamente aquella que lo aborda como “fuente”, como superficie refleja de géneros o estímulos externos. Si bien Amunátegui Solar brinda datos precisos sobre las publicaciones periódicas de la primera mitad del XIX, su *Bosquejo* no puede considerarse más que como una historia general, enfocada más a las ideas que a la literatura misma. Silva Castro, por su parte, en las páginas dedicadas a la novela (1961: 167-345, reescritura de su *Panorama de la novela chilena*, de 1955) o al artículo de costumbres (1961: 433-450), remite la incidencia del folletín a los estudios de literatura comparada. La visión jerárquica de los géneros hace que estas historias permanezcan atadas a valores tradicionales. Por ejemplo, al corroborar la influencia de los folletinistas franceses de la época, el crítico chileno sostiene que “Chile no logró exceptuarse en esta infección de mal gusto, aun cuando, por razones explicables, no todos los folletinistas chilenos encontraron acogida en los diarios” (Silva Castro, 1961: 107).

periódica. De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)” y “Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas”, recuperan, con más amplitud, “la zona de contacto en la que la literatura palpa los bordes de otros discursos y de otros fenómenos” (Román, 2003a). Allí mismo se dice que “la prensa argentina del siglo XIX había sido objeto, hasta hace poco, de escasos estudios críticos” (2003a: 441). Si bien ambos trabajos trazan las proyecciones y linajes de las modalidades enunciativas del periodismo rioplatense así como de los escritores que más se destacaron en su tarea de publicistas, resultan restringidos por el carácter historiográfico del enfoque.⁶

Entre los estudios de la crítica especializada que se han ocupado de los vínculos de la prensa periódica con la cultura letrada decimonónica merecen destacarse los pioneros trabajos de Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (1988) y de Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (1989). El agudo examen de Prieto da cuenta del surgimiento hacia fines de siglo de un nuevo tipo de lector, promovido por los distintos factores de modernización cultural, entre los que sobresalen las campañas de alfabetización e instrucción pública que desde la década de 1860 se intensificaron notablemente, el desarrollo de las técnicas de impresión, la ampliación del espectro de la cultura lectora y el correspondiente aumento de las publicaciones periódicas junto al extraordinario fenómeno inmigratorio, que vendría a transformar el cuadro tradicional de la vieja sociedad porteña.

En ese contexto, las publicaciones periódicas proveyeron “un novedoso espacio de lectura potencialmente compartible”, el cual tendería a “la nivelación de los códigos expresivos con que concurrían los distintos segmentos de la articulación social” (Prieto, 2006 [1988]: 14). El desarrollo de la prensa periódica también está ligado a la expansión de la cultura popular, de los nuevos circuitos de lectura y los nuevos formatos (particularmente, los folletines gauchescos que, en un proceso de propagación creciente, culminarían engrosando los discursos del criollismo). Pero lo

⁶ Nótese, de paso, que el primero de los capítulos citados reitera la vocación abarcadora de la *Historia* de Ricardo Rojas. Si éste bosquejó más de un siglo de periódicos en apenas treinta páginas, Román recorre cincuenta años de la prensa argentina en, apenas, otras veintiséis. Un trabajo específico de Román sobre la prensa periódica de Montevideo será mencionado en las páginas siguientes.

medular del análisis, a nuestro juicio, se desprende de las implicaciones que esa cadena de diversificación lectora conlleva, es decir, las fricciones, préstamos y cruces que se produjeron entre la cultura letrada tradicional y la expansión de la cultura popular, entre la literatura afincada en la añeja noción de “gusto” y la literatura folletinesca, producto manifiesto de la prensa periódica y del público masivo. En ello se constata la variedad funcional de la prensa periódica finisecular, en un contexto de cancelación de autoridades discursivas tradicionales y de emergencia de modos alternativos de legitimación letrada.⁷ Cabe agregar que la discusión de esas autoridades discursivas tradicionales comenzó su recorrido en la primera mitad del siglo XIX como un conflicto entre retóricas ilustradas y discurso periodístico cultural, y especialmente entre ese discurso periodístico y la prensa popular y gauchesca.

Precisamente es el discurso periodístico una de las instancias que, para Julio Ramos, introduce la posibilidad de pensar la constitución de una nueva subjetividad literaria en América Latina. En los capítulos “Fragmentación de la República de las letras” y “Límites de la autonomía: periodismo y literatura”, Ramos explora las condiciones de posibilidad que, en el último cuarto de siglo, determinaron la relativa autonomización o especialización de los distintos discursos sociales, entre ellos el de la literatura. Señala, a su vez, las matrices divergentes entre la cultura europea y la cultura latinoamericana, advirtiendo con sagacidad la irreductible extrañeza de la literatura latinoamericana frente a los modelos estéticos del canon occidental. Esa extrañeza está relacionada con condiciones materiales e institucionales específicas. Entre ellas, la inestabilidad o retrasada estabilidad del mercado editorial, ligada a una concomitante expansión tardía de la cultura lectora, produjo una vinculación singular entre las herramientas del periodismo finisecular y la voluntad autonómica, esteticista, del discurso literario. El desprendimiento de las letras de las instituciones que habían garantizado su autoridad hasta entonces (el enciclopedismo en la educación, la retórica del “saber decir” y la función política, principalmente) se dio en un proceso de oposición disciplinaria en momentos en que la ideología del positivismo y los avances

⁷ Es indispensable, en este sentido, ver el capítulo II, en el que Prieto analiza los trasvases de las redes de lectura de ambos campos culturales, particularmente en lo que respecta a las versiones del *Santos Vega* de Gutiérrez y Obligado.

tecnológicos comenzaron a dar muestras de su desarrollo. El periódico y el periodismo funcionaron como instrumentos de canalización de esa nueva autoridad para la literatura; particularmente la crónica, según Ramos, fue el género que reemplazó algunas de las funciones que cumplía la novela en Europa (como la representación de la sociabilidad urbana). El periódico era, en esa coyuntura, un universo semántico ambiguo y conflictivo: representaba el discurso racional, modernizador y prosaico, del sujeto estatal, a la vez que ofrecía una potencial explotación estética puesto que, como dice Ramos, “el periódico representaba un modo de vida más cercano que el comercio (o el gobierno) a los instrumentos de trabajo” del escritor (Ramos, 2003 [1989]: 90). La tesis de Ramos concede al periódico, entonces, una doble función paradójica. Si, por un lado, el periodismo relativiza la autoridad del sujeto literario, por el otro, el límite de su universo discursivo es una condición de posibilidad para que aflore la subjetividad literaria. En el marco de una creciente diversificación y especialización de los discursos sociales y científicos la literatura hallaría, en el espacio predominante del periodismo, los intersticios para enunciar su especificidad discursiva. Ramos resume así ese proceso: “el sentido y la función social del enunciado literario ya no están garantizados por las instituciones de lo político, sino que ahora comienzan a producirse desde un lugar de enunciación que ha diferenciado sus normas y autoridad” (2003 [1989]: 65).

Como se puede apreciar, ambos enfoques comparten algunos presupuestos. Por un lado, los dos trabajos otorgan a la prensa periódica un lugar central en los procesos de modernización cultural que rigen la autoridad discursiva literaria y la compleja experiencia de profesionalización del escritor. Por otro, sitúan ese proceso –y ese lugar singular de la función de la prensa– en las últimas décadas del siglo, asumiendo el presupuesto de que la modernización estatal acompaña o estimula la modernización cultural. Por último, a pesar de la divergente construcción del objeto, en ambos trabajos se mantiene en vilo la tensión entre modelos dispares de producción letrada; en el caso de Prieto, las tensiones e intermediaciones entre cultura letrada y cultura popular; en el caso de Ramos, los discursos “otros” y el discurso literario, o su permanente voluntad de autonomía, que se dan cita en ese *límite* que ofrece el producto moderno más cercano al escritor: el periódico.

Eduardo Romano, en su libro *Revolución en la lectura. El discurso periodístico de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, ha formulado una interesante relectura acerca de los modos en que prensa y literatura se interpelan y relacionan hacia fines de siglo. Tomando distancia de las propuestas de Ramos en torno a la preeminencia de la crónica modernista como espacio de autonomización literaria, Romano se encarga de analizar los periódicos y revistas de Buenos Aires y Montevideo (*Revista de América, Caras y Caretas, La Ilustración Sudamericana*, entre otros) que canalizaron discursos literarios diversos y no hegemónicos y que proveyeron la plataforma para la emergencia de un nuevo tipo de periodista-escritor. Por eso afirma que si atendemos a la producción de colaboradores asiduos de la prensa, Brocha Gorda (Julio L. Jaimes) o Marcos Arredondo, “la actualidad cambiante como texto fue el aspecto más modernizador del periodismo de la época. Y [que] el fenómeno no se limitó, ni mucho menos, a la crónica modernista” (Romano, 2007: 50).

Otros estudios recientes han prestado especial atención a los vínculos entre prensa y literatura hacia fines de siglo. Alejandra Laera, por ejemplo, ha estudiado las ficciones escritas alrededor del 80 en las dos modalidades representativas abordadas por Prieto: los folletines populares de Eduardo Gutiérrez y las novelas cultas de Eugenio Cambaceres. El novedoso enfoque de Laera estipula un tipo de lectura que desestabiliza los modos con que tradicionalmente fueron leídos ambos escritores. En efecto, lo fundamental en su lectura es que “las novelas de Eduardo Gutiérrez y de Eugenio Cambaceres ponen en crisis las identidades y representan el momento en el que los sujetos han dejado de reconocerse” (Laera, 2004: 23). Entre lo real y lo ficcional, esos relatos se constituyen como *ficciones liminares*, “es decir, novelas en las que se produce ficción en los umbrales de la ficción” (ídem, 21). Esos “umbrales” refieren a la precariedad de la autonomía literaria, y en ella la prensa juega un rol novedoso caracterizado como “administrador cultural”: los espacios en que la figura del novelista se construye dependen, entre otras cosas, de un aparato crítico que circula principalmente por el periódico. Como veremos en este trabajo, la función de la prensa periódica en la constitución de un saber “crítico” (en formas de reseñas, comentarios, dictámenes y reflexiones estéticas) será fundamental para los programas del romanticismo literario puesto que mediante esa discusión pública se irán

moldeando los géneros, tópicos y tendencias abocados a crear una literatura y una tradición nacionales.

Recientemente, Fabio Espósito realizó una lectura pormenorizada de los modos vinculares entre prensa periódica y género novelístico en la Argentina del 80. A diferencia de Laera, la tesis de Espósito subraya la confluencia de la novela culta en un sistema periodístico en el que perduran “viejas prácticas que lo llevan a funcionar subordinado a la política y donde las novelas publicadas en los folletines de los diarios en muchos casos ejercen la función de instrumentos políticos”.⁸ Según este enfoque, la novela nace en Argentina en estrecha relación con los universos discursivos del periódico. Entre las reflexiones que arroja su pesquisa, resulta oportuno retener un hecho destacado por Espósito al revisar la división tajante con que la crítica leyó los circuitos letrados de la época: la mayoría de las novelas de la alta cultura –señala– fueron publicadas en los folletines de los diarios porteños.⁹ Esta información, que a primera vista puede objetarse como mero dato positivo, en realidad, es indiciaria de un fenómeno que el trabajo de Espósito indaga con justeza: aún en los años ochenta la literatura –en su caso, la novela de la alta cultura– se despliega ligada a pautas discursivas que no se desprenden de su función política y que encuentran en los periódicos el formato adecuado para intervenir simbólicamente en una sociedad cada vez más creciente y diversificada.

Entre los escasos estudios referidos al cruce entre prensa periódica y literatura de la primera mitad de siglo cabe mencionar los aportes de Francine Masiello (1997), Graciela Batticuore (2005), Juan Poblete (2003) y, más recientemente, Claudia Román (2005) y Andrea Bocco (2004). En su clásico *Entre civilización y barbarie*, Masiello indaga las alteraciones en las representaciones del género en los períodos de crisis del discurso nacionalista en Argentina, deteniéndose en las estrategias públicas utilizadas por los escritores de la generación del 37, particularmente a través de *La Moda*. Sin

⁸ Espósito, F. (2009). *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*. Aquí manejamos la versión original de la tesis doctoral.

⁹ Dice Espósito acerca del corpus de novelas analizadas: “Ocho de las catorce novelas elegidas fueron publicadas por primera vez en el folletín de algún diario o en una revista antes que en libro” (*mimeo*).

embargo, la perspectiva genérica de Masiello deja sin explorar un campo específico de estrategias discursivas en los diferentes niveles desplegados por ese y otros semanarios que resultan fundamentales para pensar los vínculos entre literatura y cultura nacional. En la línea abierta por Masiello, aunque preocupada por los modos de construcción de la autoría femenina, Batticuore pone en diálogo varias de las producciones de la llamada “generación romántica” con la cultura escrita de las mujeres, analizando las estrategias de asunción de la figura autorial femenina en el contexto de una progresiva secularización cultural. Las reflexiones de Batticuore, en la medida en que atraviesan varios de los tópicos de la generación del 37 (“sueños y dilemas”, como los denomina la autora) serán contempladas al referirnos a la construcción de la figura del público lector, así como a las consideraciones particulares de la cultura femenil y romántica (temas éstos centrales en las hipótesis que Batticuore traza en *La mujer romántica*) en la construcción de un público y de una literatura nacionales.

El trabajo de Poblete, en cambio, sitúa a la figura de autor en la dinámica de un entramado complejo de competencias lingüísticas en el que la prensa periódica cumple una función mediadora central. En efecto, la capacidad del periódico de incorporar y socializar los diversos intereses (tanto políticos como culturales o literarios) que disputan las representaciones del espacio público resulta particularmente significativa en al menos dos modalidades. Por un lado, los discursos legítimos que configuran el canon cultural (fuertemente la Iglesia y el discurso conservador en Chile) son reasumidos en el universo semántico del periódico y reconfigurados estratégicamente como modo de validación de valores emergentes. Por el otro, el periódico ofrece a los escritores y publicistas el escenario concreto donde pueden ser percibidos y medidos los intereses lectores del nuevo público, particularmente los públicos femenino y burgués. El caso de Alberto Blest Gana es demostrativo para Poblete de esa función periodística: el novelista chileno modelaría su programa narrativo no sólo desde los modelos literarios europeos sino también frente a los poderes públicos y las demandas del nuevo lectorado, especialmente el femenino. Las reflexiones del crítico chileno se acercan a nuestras propias indagaciones sobre la configuración letrada del público lector y sobre la función de la

prensa periódica como fenómeno de socialización y, por lo tanto, resultan indispensables para una lectura renovada de los enfoques clásicos sobre la narrativa chilena de la época. Sin embargo, parece igualmente indispensable atender a las características editoriales de la nueva prensa cultural, tanto como a los géneros periodísticos que estimularon un tipo particular de proyecto narrativo que el autor del *Martín Rivas* explotaría con mayor pericia que sus antecesores.

El trabajo de Poblete puede ser complementado con los estudios sobre la prensa periódica chilena realizados por Carlos Ossandón (1998). En efecto, aunque Ossandón no incorpora a sus reflexiones el problema de la formación de una tradición literaria, su indagación sobre las modalidades enunciativas en casos específicos del periodismo chileno de mediados de siglo ofrece una inteligente reconstrucción de los universos semánticos y discursivos con los que, obligadamente, se forjaron los proyectos literarios decimonónicos tanto como la propia producción de autores como Blest Gana.

En Argentina, a los trabajos citados de Claudia Román se añaden las investigaciones de la misma autora sobre la prensa satírica de la década del 40 en Montevideo y el trabajo reciente de Andrea Bocco sobre las “tensiones e interpenetraciones” entre periodismo y literatura desde 1830 hasta 1861.¹⁰ En el primer caso, centrada en dos publicaciones que se pueden leer como un continuo en el que confluyen letra e imagen, Román realiza un agudo análisis de los periódicos *El Grito Argentino* (1839) y *¡Muera Rosas!* (1841-42), ambos publicados desde el exilio montevideano por destacados integrantes de la nueva generación letrada. Allí Román establece una lectura atenta a las técnicas materiales y discursivas que convergen en la argumentación antirrosista, entre las que sobresalen la apelación a la imagen litográfica y el uso de variados géneros discursivos, incluyendo composiciones de carácter gauchesco. Aunque parcial, este trabajo de Román resulta importante en la reevaluación de la cultura escrita de la época ya que incorpora con lucidez la

¹⁰ El trabajo de Román se titula: “Caricatura política en *El Grito argentino* y *¡Muera Rosas!*”, y pertenece al libro colectivo *Resonancias románticas* (2005). El de Bocco, *Literatura y periodismo 1830-1861. Tensiones e interpenetraciones en la conformación de la literatura argentina* (2004), es el resultado de su tesis doctoral, realizada en la Universidad de Córdoba.

materialidad del periódico a través del recurso litográfico, recurso que, como veremos, cobra gran relevancia en los modos de representación literaria de la nueva generación.

Andrea Bocco, por su parte, ha pensado en la relación entre prensa periódica y literatura desde la idea de distintos “operadores” de producción textual y discursiva que determinaron el funcionamiento de la praxis política de la época. Entre ellos, cabe citar aquí los operadores “proyección de la patria/construcción de la nación” y “las posibilidades del humor”, a través de los cuales la autora ofrece oportunas indicaciones sobre los modos de pensar la dupla lengua/nacionalidad. Bocco diferencia dos construcciones en el sentido del término *patria*; por un lado, el de los sectores populares, ligado a un sentido de pertenencia originado en la Colonia, por el otro, la *patria* de la élite, vinculada a la idea de civismo, en cuya abstracción “las prácticas vitales son reemplazadas por la ‘universalidad’, fuente de inspiración y legitimación” (Bocco, 2004: 87). Este último modelo será el que va a imponerse, según la autora, a la idea de “nación” después de Caseros. Quizá la inflexión más interesante del trabajo de Bocco esté dada por la opción de pensar al periodismo y a la literatura no como una yuxtaposición de discursos sino como una misma y única configuración discursiva que, a pesar de ello, no atenta contra la reflexión sobre las contaminaciones y conflictos genéricos. De este modo, “la posibilidad del humor”, si bien se manifiesta particularmente en el impreso periódico, no deja de tener incidencias en la producción que busca diferenciarse estéticamente (aquí podría pensarse en *El matadero* de Echeverría), demostrando la interrelación entre el tratamiento del lenguaje y el ámbito cultural. Si bien tanto por el período estudiado como por el tema elegido, el trabajo de Bocco se aproxima a nuestra propuesta, debemos subrayar la distinta concepción metodológica en la construcción del objeto.

En efecto, mientras que Bocco se preocupa por indagar en sistemas contemporáneos pero paralelos de prensa periódica (culto y popular), nuestro enfoque se ciñe a las producciones periodísticas de la cultura liberal, prestando atención a la prensa popular (la gauchesca, en particular) en la medida en que permite aclarar por contraste los programas del romanticismo literario argentino que van desde la década del 30 hasta Caseros. Por otra parte, el trabajo de Bocco resulta por momentos meramente descriptivo, sin preocuparse por analizar textualmente las formas de

mediación que produce el periódico (puede verse, por ejemplo, en el tratamiento lateral que otorga a la formación de una tradición literaria como la de la poesía romántica, la poca atención que le merece el género costumbrista en la formación literaria, así como la casi nula reflexión en torno a los discursos letrados, del sector “culto”, sobre las formalizaciones de un canon estético).¹¹

Por su parte, los estudios historiográficos que se abocan al período destacan el rol del impreso periódico en los procesos de institucionalización de la ciudadanía, la conformación de la sociedad civil y la progresiva constitución de una “opinión pública” moderna, sobre todo a partir de mediados de siglo cuando los programas estatales comienzan a consolidarse. En Chile, el gobierno conservador y autoritario inaugurado con la Constitución de 1833, impondría un control “desde arriba” que se expresaría en el dominio público por parte de la clase dirigente. Ese dominio, la llamada “fronda aristocrática” por Edwards, supuso un apego a prácticas tradicionales que, entre otras cosas, promovió una división entre sociedad política y sociedad civil como modo de validación del orden establecido. El dominio público implicaba, a su vez, la connivencia de los altos estratos sociales, entre la Iglesia y la clase comercial y terrateniente (ultramontana), lo que favorecía la limitación política contra la avanzada de los sectores más reformistas, cuyo ejemplo notorio lo revela la asonada promovida hacia fines de la década del 50 por la “Sociedad de la Igualdad”, rápidamente reprimida (suceso ficcionalizado por Blest Gana en su *Martín Rivas*). En ese contexto, y sobre todo durante la década del gobierno de Bulnes (1841-1851), la legitimidad del régimen se beneficiaría con un pautado crecimiento de publicaciones periódicas, reguladas por los órganos de control público como los jurados de imprenta,¹² la Iglesia católica o el

¹¹ Si bien Bocco menciona esas reflexiones, no se interesa en los modos en que las mismas se construyen, y termina repitiendo los tópicos hace años asentados por la crítica literaria (Cfr., por ejemplo, pp. 78-79). En las páginas dedicadas a la tradición creada por los románticos, salvo el trabajo sobre la lengua, no hay una crítica interpretativa sobre los modos de construcción de esa formalización ni sobre las concepciones estético-literarias en pugna (Cfr. Bocco, 2004: 272-283).

¹² El Jurado de Imprenta establecido por decreto del 23 de junio de 1813, lo mantienen las constituciones políticas de 1822, de 1823, de 1828 y de 1833. En Chile, las leyes de imprenta dictadas hasta 1925 reglamentaron la forma en que dichos jurados debían constituirse y el procedimiento que debían seguir. Véase Piwonka Figueroa (2000).

sistema de suscripción ministerial, entre otros.¹³ Según el estudio de Stuvan (2000), la prensa periódica fue en Chile el instrumento central para la articulación de la polémica pública desde 1840, y para la legitimación del régimen gubernamental instaurado con Portales en 1833, en la medida en que proveía el espacio privilegiado “para los consensos básicos de la cultura política chilena, y la percepción respecto de la gradualidad necesaria y la oportunidad de los cambios anhelados, sin alterar con ellos el equilibrio que permite el ejercicio hegemónico del poder por parte de la clase dirigente” (Stuvan, 2000: 170). Los periódicos se constituían así en los órganos de publicidad política y, a la vez, alentaban los cambios sociales, culturales y políticos negociados entre la élite del gobierno y los sectores reformistas o emergentes. Iván Jaksic, siguiendo esa línea de análisis, se interesó en demostrar cómo la prensa jugó un papel destacado en la discusión en torno a la historia nacional y las controversias en relación a su pasado colonial, otorgándole al periódico una función de gran relevancia pública aunque de carácter meramente instrumental: “la prensa permitió afinar y discutir las ideas, y detectar al mismo tiempo su impacto en el público lector” (Jaksic, 2004: 136).¹⁴

En el caso argentino, varios son los trabajos que se han centrado en la prensa como elemento de mediación pública frente al Estado y los partidos políticos en pugna. Entre aquellos trabajos dedicados a la primera mitad de siglo, el renovado análisis de Myers sobre el discurso político del rosismo se destaca sin duda por la significación que el historiador otorga a la palabra impresa, por los modos en que ésta opera en el espacio público y la relevancia que tuvo para la autoridad del gobierno. El régimen se sostuvo, señala Myers, mediante un sistema de propaganda y de

¹³ En esta breve descripción sigo las siguientes fuentes: Stuvan (2000), Collier (2005), Gazmuri (1992), Donoso (1946) y Barros Arana (1913). En los capítulos pertinentes se desarrollan con más detenimiento los aspectos históricos y políticos relevantes para nuestro estudio.

¹⁴ Una perspectiva presa aún de un criterio más tradicional es la empleada por Margaret V. Campbell (1962: 545-555), quien pasa por alto, por ejemplo, las implicancias políticas de los escritos sobre la lengua de Andrés Bello en el contexto de sus actividades como redactor de *El Araucano* (Cfr. Campbell, 1962: 550). Desde otro punto de vista, Gazmuri ha señalado la relevancia del periodismo liberal en la conformación del Club de la Reforma y de la Sociedad de la Igualdad en Chile, cuyos integrantes poseían no sólo periódicos sino también imprentas propias, como José del Carmen Stuardo, uno de los propietarios de la imprenta editora de San Felipe (Gazmuri, 1999: 73 y 98). Los periódicos de la Sociedad de la Igualdad eran *El amigo del Pueblo* y, su sucesor, *La Barra*.

producción de discursos institucionales que ocuparon un lugar preponderante en el monopolio ideológico del federalismo llamado, por el mismo Rosas, “apostólico”. A diferencia del gobierno conservador chileno, el rosismo tendió a borrar la división entre opinión pública y opinión oficial, absorbiendo hacia el orden gubernamental lo que en la época de Rivadavia pertenecía a la publicidad de carácter civil. Asimismo, el rosismo se apropió de varios de los emblemas políticos e institucionales del período previo, como la apelación al “orden” y al discurso agrarista y republicano propio de los años 20. El relativo control del espacio público garantizó que hasta fines de la década del 30 la prensa y las asociaciones culturales registraran un paulatino esparcimiento, mientras que, agravada la situación por las sublevaciones internas a partir de 1838 y por las intervenciones extranjeras en 1839 y 1840, hacia fines de la década el régimen tendió a fortificar sus medidas de represión y control de la sociedad a través de sus milicias paraestatales. En ese marco, los esfuerzos de algunos de los integrantes de la nueva generación, como Alberdi o Gutiérrez, por intervenir en el gobierno se vieron finalmente frustrados y debieron comenzar su exilio forzado, habida cuenta de que el régimen expulsaba sus aspiraciones tanto políticas como culturales.¹⁵ El análisis de Myers, por centrarse en un período controvertido y al mismo tiempo monopolizado por los enfoques tradicionales, ha sido fundamental para establecer los modos en que el discurso periodístico interviene en la construcción social del poder político, y ha colaborado en la serie de indagaciones que advierten en el discurso periódico uno de los factores decisivos de la cultura política decimonónica.

Quizás haya sido Elías Palti quien trabajó con más rigurosidad el efecto material de la prensa periódica en el ámbito político. En su colaboración al volumen colectivo compilado por Paula Alonso (2004), a pesar de que excede por su objeto el marco de esta tesis, Palti traza las líneas metodológicas fundamentales para dejar de pensar la prensa sólo como canal de difusión de ideas o acontecimientos, y atender a la *materialidad* de su *operatividad*, que en el caso por él estudiado refiere a las operaciones que realiza *El Monitor Republicano* en momentos en que juaristas y porfiristas se disputaban el espacio político de la república mexicana ante la campaña

¹⁵ En este párrafo sigo los trabajos de Sábato y Lettieri (2003), Halperín Donghi (1980a), Ternavasio (2003), González Bernaldo de Quirós (2007 [1999]) y el ya citado de Myers.

electoral de 1871.¹⁶ La perspicaz lectura del historiador sobre la prensa periódica revela su “capacidad material para generar *hechos* políticos” (Palti, 2004: 177), es decir, *operar* políticamente, que es lo que define su modelo de intervención estratégica en el espacio público latinoamericano. El enfoque de Palti nos interesa aquí sobre todo porque deja ver las capacidades del periodismo de generar hechos que, por su *modus operandi* particular, indican también su influjo sobre la construcción de imaginarios públicos. Por otra parte, en ese mismo trabajo Palti anticipa una reflexión mayor en torno a los lenguajes políticos del siglo XIX, al considerar “la serie de transformaciones concretas que entonces se operan” (ídem, 181), sobre todo en una constelación conceptual compleja que atraviesa todas las especulaciones sobre la prensa periódica: la cuestión de la “opinión pública”.¹⁷

En efecto, una característica común en los enfoques historiográficos relativos a la prensa periódica es el presupuesto, sin dudas problemático a la vez que inevitable, de una “opinión pública” como base simbólica y material del discurso público. Sabato (1998), por ejemplo, ha señalado cómo la prensa constituyó un entramado social e institucional que iría ganando terreno durante la segunda mitad de siglo, compitiendo con otras alternativas de participación ciudadana, y contribuyendo a materializar una “opinión pública” que resultaría de gran peso en la arena política. Por su parte, Lettieri (1999), en un trabajo cuyo título es sintomático al respecto, “De la ‘República de la Opinión’ a la ‘República de las Instituciones’”, ha analizado el nuevo diarismo surgido en Buenos Aires después de Caseros, demostrando que, en lo fundamental, la prensa periódica siguió oficiando de palestra para la lucha política de las distintas facciones emergentes, favoreciendo los impulsos hegemónicos de Buenos Aires hasta el momento en que se verifica un pasaje hacia la institucionalización de los partidos políticos en desmedro de las pujas facciosas a través de la prensa.

¹⁶ El trabajo se titula: “Los diarios y el sistema político mexicano en tiempos de la República Restaurada (1867-1876)”, en: Alonso (comp.), 2004: 167-181.

¹⁷ El texto en cuestión lleva por título: *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado* (2007). Sobre este texto volveremos en el capítulo 1.

0.2. Literatura, prensa periódica y público lector. Reconsideración y propuestas metodológicas

En todos los casos que acabamos de reseñar, la figura de la “opinión pública” cobra una relevancia no siempre analizada con suficiencia, y casi nunca abordada como un problema.¹⁸ Es notable, en este sentido, la deuda implícita de la investigación historiográfica con las líneas trazadas por Habermas, aunque han existido esfuerzos por superar algunas de las restricciones que imponen sus planteos. Entre estos, el volumen colectivo de François-Xavier Guerra y Annick Lempérière, *Los espacios públicos en Iberoamérica* es sin lugar a dudas el más significativo. Últimamente, González Bernaldo de Quirós (2007 [1999]) y Eugenia Molina (2009) han desarrollado sus trabajos en esa línea de investigación, proveyendo nuevos elementos sobre las múltiples vinculaciones de la prensa con el espacio público, los públicos –potenciales o concretos– y la figura de la “opinión”.¹⁹

Si las empresas editoriales de las élites letradas se apoyaban en la figura de una opinión como modo de validación pública, otorgar a esa figura las modulaciones que la propia élite bosquejaba resulta, por lo menos, un gesto restrictivo a la hora de evaluar los alcances probables de su prédica pública. Si Alberdi se quejaba –siguiendo de cerca a Larra– de que escribir en Buenos Aires era “predicar en el desierto”, lo que esa queja permite vislumbrar, en todo caso, no es exactamente la carencia de un público sino la carencia de un público *específico*: aquel a quien *La Moda* destinaba sus diatribas. Por lo tanto, la reconfiguración de lo público es un ejercicio imprescindible para la generación de escritores preocupados por asentar las bases de un incipiente mercado editorial. En esa tarea, la prensa periódica fue el instrumento más efectivo de modernización de las prácticas culturales. Resulta curioso, en este sentido, que la mayoría de los estudios literarios decimonónicos hayan centrado el análisis de ese ejercicio hacia finales de siglo, cuando, efectivamente, se constata un mercado

¹⁸ Particularmente, Lettieri en ningún momento se detiene a problematizar esa figura que, en su escrito, aparece como “opinión pública bonaerense” o simplemente “opinión pública”.

¹⁹ Dado que el tema de la “opinión pública” y del “público lector” resulta trascendente para las hipótesis de esta investigación, el mismo será tratado en el primer capítulo.

editorial de cierto vigor. Porque, para retomar el argumento de Ramos, si el periódico representaba hacia fines de siglo un modo de validación más cercano a la labor del escritor, lo cierto es que durante toda la centuria, y más aún a partir de la década del 30, el periódico fue el escenario privilegiado –sino el único- de legitimación letrada. En este sentido, si bien la función social del enunciado literario comienza en el ochenta a desprenderse de las instituciones políticas, puede igualmente advertirse un cambio sustancial entre las publicaciones vinculadas a las prebendas gubernamentales y aquellas impulsadas por los nuevos intereses culturales de la región. En esos periódicos conviven el discurso literario con la diatriba política, las reflexiones estéticas con la prédica social, la inclinación pedagógica con el afán narrativo. Si los motivos de esa convivencia remiten a condiciones materiales específicas, no menos cierto ni determinante es el hecho de que esas prácticas representan modos de validación letrada que poseen su lógica específica. Por lo tanto, no pueden considerarse como una instancia de un proceso evolutivo mayor, sino más bien como la emergencia de una concepción literaria y cultural que sufrirá transformaciones cuando esas condiciones, a su vez, cambien y trastocuen la lógica discursiva que las sustentaba.

Nuestra hipótesis acerca de la emergencia de un nuevo emplazamiento discursivo que reformula la relación entre las letras y las política permite revisar la mentada tesis que supone un proceso unidireccional en la relación entre prensa periódica y literatura, proceso en el cual la prensa periódica es formadora de literatura en la medida en que la modernización estatal provee las articulaciones institucionales necesarias: básicamente, un mercado. Si es cierto que la existencia de un mercado editorial fundó las bases para una relativa autonomización de los discursos, no lo es menos el hecho de que el proceso de modernización implicó múltiples factores, entre los cuales el impreso periódico asume un rol fundamental. La articulación en sus páginas de fenómenos, ideas e intereses que moldearon el proceso de modernización cultural y estatal debe considerarse como un elemento generador de las condiciones objetivas en dicho proceso. Así, no es la literatura la que se forma *en* la prensa periódica –modelo en el cual la primera se nutre principalmente de la modernización tecnológica de la segunda–, sino la prensa periódica la que forma la literatura. Esto, a su vez, posibilita repensar el proceso de institucionalización de la literatura.

En primer lugar, porque la prensa periódica, en su doble carácter de creación de capital simbólico y de capital objetivado en sí mismo (Rivera, 1995), comporta una función mediadora o socializadora de distintos alcances. Por un lado, el periódico es un instrumento de difusión o divulgación de ideas (estéticas, políticas, sociales, educativas, etc.) y al mismo tiempo un espacio material de formación: la élite letrada, como señaló Ricardo Rojas, halló en la prensa periódica la materia con la cual ensayar sus prácticas literarias; prácticas confrontadas, también, con los intereses de un público lector emergente y diversificado. Por otro lado, el periodismo funcionó como una instancia de intervención en el ámbito (estrecho, por cierto) del público letrado, tanto a través de los debates de ideas (en los que la polémica fue su *modus operandi* más palmario) como de la formación de un “saber” crítico que, aunque modulado por las relaciones interpersonales de la élite, resultaría de gran influjo en la constitución de un canon estético y literario (en muchos casos ambos modos quedarían relativamente imbricados).

En segundo lugar, la circulación y mediación del escrito periódico comienza a mediados de siglo a socavar la autoridad letrada tradicional. Paradójicamente, fueron los mismos letrados que se consagraron a la formación de una biblioteca de tradición libresca americana, los que primeramente ponderaron (con énfasis disímiles, y aun opuestos) al periodismo y a la prensa periódica como instrumentos de socialización y democratización de las prácticas letradas republicanas. Acaso Sarmiento haya sido quien con más entusiasmo y perspicacia especuló sobre los beneficios modernos del “diarismo”, considerándolo un portento de modernización cultural, pero lo cierto es que tal valoración formaba parte de un ideologema liberal de la época: “Todos intiman por fin una buena parte de su vida con este nuevo elemento de la sociedad moderna, que la sacude y la desquicia a veces, para engrandecerla y conducirla a otro puesto más elevado. Por esto es que la existencia del diarismo se halla siempre en proporción directa con la existencia del pueblo y sus progresos”.²⁰ Así se referían los redactores del periódico chileno *El Siglo* a la correlación, similar a la que se adjudicaba a la literatura, entre los avances sociales de la república y el carácter modernizador del

²⁰ *El Siglo*, N° 1, “Prospecto”, 5 de abril de 1844.

impreso periódico. La apreciación de las empresas editoriales (diarios, periódicos, gacetas o revistas) como instrumentos de modernización cultural aúna diversas nociones: la idea de la escritura como emblema de progreso aparece ligada a los avances técnicos y tecnológicos de los productos impresos –es decir, a los avances del desarrollo capitalista– así como a la necesidad de la “masificación” de las prácticas de lectura destinadas a constituir un “espacio público” moderno. Pero también es síntoma de una percepción del orden de lo empírico, que suele quedar implícita en esa valoración: el hecho perentorio de que la mayoría de las prácticas literarias (la poesía, la narrativa, las reseñas y comentarios o ensayos críticos) tienen lugar en esas páginas antes de pasar, en el mejor de los casos, al formato del libro. Si el periódico significaba la materia primaria para el ejercicio de las letras, otorgaba asimismo una doble “visibilidad” pública, dialéctica, indispensable para la formación de una literatura: el escritor podía “medirse” –al mismo tiempo que especulaba– con una figura de lector. El folletín, en este sentido, era el espacio privilegiado del periódico para probar esa relación dialéctica: allí aparecían comentarios, artículos, poemas o relatos ficcionales modelados estos últimos por un tipo de lectura fogueado por las novelas extranjeras publicadas por entregas, cuyas estrategias textuales acentuaban el interés como modo de garantizar la continuidad de la lectura. Y continuidad de la lectura era lo que los letrados criollos aspiraban a (y necesitaban) instalar para dar forma a un mercado local del escrito, y por lo tanto a la efectiva como anhelada circulación de la literatura nacional.

Por lo demás, el periódico y el periodismo, así como el género folletinesco, fue el producto característico del desarrollo cultural alcanzado por la burguesía europea a principios del siglo XIX, y resultó determinante en la paulatina constitución de un mercado literario moderno. La novela inglesa, por ejemplo, emergió estrechamente vinculada a los cambios culturales y económicos acaecidos a principios del siglo XVIII, entre los cuales el desarrollo de la imprenta y de la prensa periódica –y la ampliación de la audiencia como corolario– reviste una profunda significación. Como argumentó Ian Watt (1968: 36ss), el auge del periodismo, además de desplazar las tradicionales

normas de la *literacy*,²¹ proveyó a los escritores de la época (Defoe y Richardson, entre los más conspicuos) de un contacto especial con las capacidades e intereses del nuevo público lector. Ciertos formatos del periódico, como el ensayo o el folletín, contribuyeron en la formación de un gusto particular de la lectura, al que la novela pudo a su vez codificar, captando la energía lectora de un público burgués, mayormente femenino, que podía destinar sus ratos de ocio a las ficciones esparcidas en la prensa periódica.²²

Aunque ese proceso en América Latina cobra vigor recién en las últimas décadas del siglo, las empresas periodísticas que comenzaron en las décadas del 30 y del 40 a ensayar esa compulsión de nuevos intereses culturales fueron delineando en sus páginas un discurso “crítico” que resultaría determinante para la construcción de un canon literario a la vez que de una narrativa identitaria. Como observó Promis (1977) para el caso chileno, en literatura las ideas tienden a anticiparse a la acción misma, resultando de ello que las nuevas promociones de escritores frecuentemente se perfilan en su ideología antes que en sus producciones artísticas. Por lo tanto, indagar en las páginas periódicas los debates, comentarios y ensayos literarios del período

²¹ Retenemos el término en su idioma original dado que expresa un significado más amplio que el de alfabetización o cultura letrada, apuntando tanto a los niveles de alfabetización como a las prácticas de lectura, sean literarias o no.

²² “La más famosa innovación literaria de la centuria”, según Watt (1968: 52), se produjo con la aparición de los periódicos *Tatler*, fundado por Steele, en 1709, y *Spectator*, por Addison, en 1711. Un dato significativo de esa nueva tendencia, relacionado con los cambios económicos que produjo la industrialización progresiva en Inglaterra, es la mediación de los intereses lectores que impulsó el crecimiento del público femenino burgués, a partir de entonces con más tiempo disponible gracias al reemplazo de las viejas labores domésticas –como el hilado y el tejido– por los productos manufacturados: “La distribución del ocio en el período apoya y amplifica el cuadro ya dado de la composición del público lector; y esto también suministra las mejores pruebas disponibles para explicar la parte creciente que en ello han jugado las mujeres lectoras” (Watt 1968: 45). En este sentido, las atenciones dedicadas tanto a la instrucción de la mujer como a la lectura femenina –desde las páginas de *La Moda* en Buenos Aires hasta *El Correo Literario* en Santiago, pasando por los artículos de Sarmiento en *El Zonda* y en *El Progreso* y aun por las intervenciones normativas de *La Revista Católica*– son representativas de la tensión producida entre la necesidad de ampliar el espectro de lectura y la de controlar, al mismo tiempo, el tipo de lectura conveniente a la sociabilidad de la nación en ciernes.

significa recuperar el carácter contingente del entramado discursivo que estimuló, dio forma y condujo las producciones letradas encaminadas a conformar una tradición de cultura nacional. Significa, a su vez, otorgar y reponer el valor de esos textos producidos en circunstancias específicas y, por lo mismo, reconstruir aunque sea aproximativamente las redes que traman las prácticas de lectura y escritura de la época y orientan las resoluciones simbólicas y estéticas de los textos.

En esa tarea convergieron a lo largo de la investigación diversas líneas teóricas, principalmente aquellas provenientes del campo historiográfico –la nueva historia de las ideas y la historia cultural–, de la crítica literaria y de la sociología de la cultura. Tal convergencia fue el resultado del propio objeto de estudio, construido en la interacción que suponen problemáticas diversas referidas al lenguaje (literario, estético, periodístico, científico) y a su función socializadora de un imaginario específico (el del Estado-nación). En particular, los trabajos de Roger Chartier (1994, 1995, 1998) sobre la historia cultural y la historia de la lectura y los enfoques sociológicos de Bourdieu (1993, 1997) y de Williams (1980, 1982), resultaron indispensables para articular una lectura atenta a las condiciones materiales de producción textual. En esa línea, el nuevo énfasis de la historia intelectual en la reevaluación de los discursos como formaciones históricas contingentes ha sido igualmente productivo para captar, como quería Quentin Skinner, la naturaleza y la gama de significaciones que conforman la subjetividad de una época.²³ A su vez, se ha tenido en cuenta la línea teórica llamada “modernista” de los estudios sobre nación y nacionalismo –sin desatender a los aportes en ese campo de los estudios postcoloniales–, que permiten pensar la formación de la nación y del discurso nacional como un proceso de “identificación colectivizante” caracterizado por la construcción imaginaria de una “historia común” (Castoriadis, 2003: 257).

²³ La reconsideración de la denominada “Escuela de Cambridge”, encabezada por los trabajos de Quentin Skinner, es probablemente uno de los aportes más productivos en la evaluación de las prácticas significantes. Recientemente, la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes ha publicado una colección de ensayos sobre metodología de la historia intelectual que corresponden al primer volumen, *Regarding Method*, del trabajo de Skinner, *Visions of Politics* (2002), bajo el título *Lenguaje, política e historia* (2007). La expresión local más aguda de las sugerencias de Skinner es sin dudas la realizada por Elías Palti (2007).

Indagar la contingencia de las prácticas letradas, atendiendo a su carácter histórico, y particularmente a las relaciones entabladas entre tópicos, materialidades y circuitos de lectura y escritura diversos supone un esfuerzo –siempre inestable– por restablecer las condiciones de edición y circulación en un período sobre el que muchos de los materiales permanecen relegados en archivos, en muchos casos inaccesibles o considerablemente deteriorados. En este marco, los estudios crítico-historiográficos que se han abocado al tema de la prensa periódica sudamericana durante la primera mitad del XIX, ya sea circunscriptos a un período o una problemática particular, así como las historias del periodismo referidas a ambos países (Beltrán, 1943; Fernández, 1943; Galván, 1994, en Argentina; Valdebenito, 1956; Silva Castro 1958; Santa Cruz, 1988, en Chile) son un material insoslayable en tanto contribuyen a reconstruir el tejido discursivo de la prensa periódica en un campo de investigación que permanece hasta hoy poco transitado.²⁴ Sin embargo, la mayoría de las aproximaciones a la prensa del período provenientes de ese campo no ofrecen un compendio sistemático de las características de las publicaciones, en buena medida debido a que muchas de ellas fueron de escasa circulación o quedaron olvidadas en bibliotecas o archivos particulares. Los pioneros trabajos de Ramón Briseño (1862-1867) en Chile y de Antonio Zinny (1868, 1869 y 1883) en Argentina aportan datos precisos e indispensables aunque se mantienen ligados a una perspectiva fuertemente bibliográfica y estadística.²⁵

Si bien trabajos recientes han abordado ciertos aspectos de las redes de lectura y de la incidencia de las prácticas letradas en la consolidación de los espacios públicos

²⁴ A los ya mencionados podrían sumarse los trabajos de Guillermo Feliú Cruz (1926), Tapia y Pelaez (1927), Ricardo Donoso (1927, 1955), Félix Weinberg (1957), Néstor Auza (1978, 1988) y Gonzalo Piwonka Figueroa (2000).

²⁵ Trabajos posteriores contribuyeron con el rescate de esas primeras investigaciones. En Chile, por ejemplo, algunas contribuciones se publicaron en los *Anales de la Universidad*, como el de Anrique (1904) sobre las revistas literarias, o en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, como el de Vilches (1941) sobre el mismo tema. En Argentina, a lo realizado por Zinny debe sumarse el trabajo de Ernesto Quesada publicado en la *Nueva Revista de Buenos Aires* (1883), aunque sobre un período posterior: 1877-1883. Véase la separata de la bibliografía especial sobre el tema (“Imprenta, prensa periódica, periodismo y opinión pública”).

y de las culturas nacionales en la primera mitad del siglo XIX en el Cono Sur,²⁶ no se había realizado hasta ahora un trabajo sistemático sobre las relaciones de la prensa periódica con la dinámica discursiva del período que incorporase un enfoque comparativo y contrastativo entre las nuevas generaciones de escritores en Argentina y en Chile. Entre los escasos trabajos en esa dirección, merecen destacarse los de Susana Zanetti (2002) y Álvaro Fernández Bravo (1999). Zanetti ha analizado comparativamente los campos literarios de ambas regiones atendiendo a las representaciones de la lectura, particularmente a los modos en que la experiencia de la lectura aparece representada y tematizada en las novelas del período. Por su parte, Fernández Bravo ha indagado en el contraste y la confluencia de las narrativas identitarias que forjaron los procesos de territorialización nacional de la región.

El interés de nuestro trabajo reside en los procesos de nacionalización forjados por la cultura escrita, cuya dinámica fue provista de manera prominente por la red de producción y circulación periodística. Por lo tanto, cabe aclarar qué se entiende por “procesos de nacionalización” y de qué modo las empresas editoriales del periodismo cultural contribuyeron a su realización.

Una de las comprobaciones que arroja el análisis de la prensa periódica del período es el hecho de que lo que entendemos por “literatura” –o lo que se reconoce como canon literario– se construyó en contraste no sólo con modelos foráneos, sino también en fricción con otros modos de validación pública y letrada. No se trata de observar a partir de un corpus de textos dados –por otra parte, fácilmente reconocibles– los modos de construcción de una identidad imaginada como nacional (Anderson), para ver allí el carácter restrictivo, hegemónico y tendiente a la homogeneización cultural con que aquellos fueron concebidos por la élite letrada de la

²⁶ En relación con la cultura chilena, además de los trabajos ya citados de Poblete y Ana María Stiven, deben considerarse los aportes de Bernardo Subercaseaux, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX* (1981), e *Historia del libro en Chile* (1993), y los capítulos “Carmen Arriagada, una lectora romántica”, “Leyendo en el XIX” y “Modelos extranjeros y literatura nacional”, de *La dorada garra de la lectura* (2002) de Susana Zanetti. Con respecto a los trabajos sobre el Río de la Plata, pueden sumarse “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas” (1998), de Jorge Myers, y el volumen colectivo *Resonancias románticas* (2005), compilado por el mismo Myers, Batticuore y Gallo.

burguesía decimonónica liberal, ni tampoco de revelar instancias predominantes de cierta dinámica procesual gracias a la cual la identidad cultural debería pensarse como el resultado de un doble movimiento: el centrípeto nacionalista y el centrífugo universalista –dinámica ya advertida en la temprana formulación realizada por Viñas sobre el programa de la generación romántica argentina.

Se trata de examinar en esos procesos las condiciones de posibilidad que dieron lugar a una formación discursiva dada, los mecanismos a través de los cuales se forjó una tradición particular y las operaciones concretas que orientaron o sellaron de manera decisiva su desarrollo ulterior. Indagar, en la estela foucaultiana, las condiciones de posibilidad de un discurso o de una práctica discursiva determinada supone, asimismo, recuperar el carácter radicalmente histórico de tales prácticas; si para Foucault el sistema de formación de los discursos se compone de un haz complejo de relaciones “prediscursivas” (que no dejan sin embargo de pertenecer al orden del discurso), lo cierto es que las mismas enlazan materialidades que resultan de condiciones históricas. Ajustando, entonces, la teoría foucaultiana a esas materialidades y condiciones históricas, el objeto “literatura nacional” puede ser pensado como un constructo que refiere a procesos más amplios que los que suponen una coyuntura política determinada tanto como las revisiones de la antigua noción positivista de “influencia”. Asimismo, reinstalar para categorías tales como “literatura”, “lectura”, “opinión pública” o “público lector” aquello que Skinner llamaba sus “condiciones semánticas de producción” permite abordar con mayor objetividad la variabilidad y la contingencia de las prácticas letradas comprometidas en su constitución.

Los límites de la periodización propuesta acompañan el itinerario de las publicaciones de la primera mitad del siglo, que se inicia en Buenos Aires a mediados del 30 y se extiende hasta comienzos de los años 60 en Santiago y Valparaíso, y coincide con el ingreso y la difusión de las ideas románticas que incentivaron la preocupación letrada por definir la problemática relación entre cultura y nacionalidad. Sin embargo, a lo más o menos arbitrario de todo corte se suma la dificultad de unificar procesos que, si bien presentan correspondencias indudables, responden a universos políticos, sociales y culturales disímiles.

Por lo tanto, es importante aclarar que el recorte lleva implícita una articulación que reconoce las divergencias del proceso. Mientras que el programa liberal de la generación del 37 se vio prontamente sofocado por la autoridad del régimen rosista y debió ser reencauzado bajo las condiciones particulares del exilio, en Chile la relativa estabilidad política alcanzada después de la batalla de Lircay (1829) hizo posible que existiera una instancia institucional que dinamizara y, al mismo tiempo, consagrara la labor literaria de las élites letradas. Además del Instituto Nacional, fundado en 1813, en 1843 se inauguró la Universidad de Chile que había sido creada por decreto del gobierno el año anterior. La Universidad, regida por Andrés Bello (1843-1865), promovió la actividad intelectual, entre otras cosas, mediante la convocatoria de concursos anuales de memorias históricas referidas al país y distintos proyectos educacionales. En 1855, se dio impulso por primera vez desde la Universidad a un estudio literario: “Una apreciación crítica de los poetas que han florecido en las repúblicas hispano-americanas desde 1810 hasta la fecha, con designación de sus nombres y composiciones” (AUCH, 1855: 488). Tres años después, se promovió un certamen cuyo tema era “una novela en prosa, histórica o de costumbres al arbitrio de su autor, pero cuyo asunto sea precisamente chileno” (AUCH, 1859: 704). El premio lo obtuvo Alberto Blest Gana con su novela *La aritmética en el amor* y a raíz de ese galardón su autor fue convocado para incorporarse como miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Tanto el discurso de incorporación como el dictamen del jurado que evaluó su novela consignan la constitución de un programa literario de una solidez innegable. Ahora bien, la hipótesis acerca de la formación literaria a través del impreso periódico que hemos venido desarrollando sugiere, en ese contexto, que no fue la institución universitaria la promotora de la formación literaria, sino que fue la literatura la que ingresó, secundada por las publicaciones periódicas, a la Universidad. Los intereses “literarios” fueron los que institucionalizaron la novela como producto moderno –y de modernización. Cabe recordar aquí que toda la producción narrativa de Blest Gana –a excepción, justamente de la novela premiada- apareció en la prensa periódica. En 1862 publicará en el periódico *La voz de Chile* la novela más afamada de Blest Gana: *Martín Rivas*. Un año después y en el mismo periódico, su autor da a

conocer por entregas *El ideal de un calavera*, publicación que marca el cierre de su primera etapa narrativa y el límite superior del corte propuesto en nuestro trabajo.

Por último, cabe efectuar una consideración metodológica relativa al trabajo comparativo. Hemos considerado la formación de un discurso literario y cultural en las dos generaciones –chilena y argentina– consideradas en general como generaciones románticas. Por lo tanto, el recorte temporal efectuado sigue lineamientos dispares, contemplando, por un lado, las producciones rioplatenses que llegan hasta esa bisagra decisiva para Argentina que es Caseros y, por el otro, las textualidades de la cultura chilena desde el primer emplazamiento significativo –el discurso de Lastarria en la Sociedad Literaria de Santiago– hasta la consagración del proyecto narrativo blestganiano, cuya plasmación culminará en 1863 en el periódico liberal *La Voz de Chile*. Los elementos comparativos –especialmente la discursividad de la prensa cultural, la formación de proyectos literarios y de públicos lectores–, además, cobran un relieve particular dado el emplazamiento a partir de la década del 40 de la emigración intelectual argentina en Chile. La red de emigrados argentinos –esa “provincia flotante”, como llamó Alberdi al fenómeno de la emigración política rioplatense– contribuyó en Chile a la formación del debate ideológico a través de la prensa periódica, pues la mayoría de ellos tuvo una participación activa. Sarmiento llegó en 1841 y un año después fundó y redactó el primer diario santiaguino. D. Rodríguez Peña, Carlos Tejedor, Félix Frías fueron colaboradores de *El Mercurio*. Vicente F. López colaboró además con *La Gaceta del Comercio*, *El Progreso*, y fundó *La Revista de Valparaíso*, donde publicaría ensayos críticos de cierta envergadura, como “Clasicismo y Romanticismo”, o “Algunas vistas sobre la literatura Sud-americana”, reseña escrita por Alberdi del certamen poético del año 41 en Montevideo. Este último se estableció en la ciudad portuaria chilena en 1844, ejerciendo la abogacía y el periodismo; Juan María Gutiérrez se sumó al año siguiente, y allí publicaría su *América poética*; y más tarde se sumarían Félix Frías y Bartolomé Mitre, entre los más destacados.

Hemos ajustado el análisis a las particularidades históricas que determinaron tanto las diferencias como las similitudes de ambas formaciones letradas, presentes objetivamente en los ritmos institucionales y culturales de ambos territorios. Se trata,

en definitiva, de percibir la existencia de redes con diferentes puntos de contacto regional, y de observar tanto las proximidades o lineamientos afines como las distancias infranqueables entre una y otra formación.²⁷

En el primer capítulo nos concentraremos en la descripción y reconstrucción histórica del fenómeno de formación de la cultura lectora rioplatense y chilena. La formación de una cultura literaria liberal se da en el cruce de varios factores, históricos, sociales, económicos e institucionales. Por lo tanto, resulta indispensable reponer, en la medida de lo posible, las circunstancias que mediaron esa formación. Comenzamos indagando los vínculos entre las figuras del letrado, el literato y el publicista en el marco de una profundización de la cultura liberal y secularizadora. El periódico asume en ese contexto una función socializadora de gran relevancia, puesto que contribuye tanto a la consolidación política como literaria de los miembros de la élite letrada. Asimismo, analizamos detenidamente el problema de la opinión pública y las constelaciones conceptuales aledañas como “espacio público”, “público lector” y “esfera pública”. Como hemos dicho, la importancia de la consideración de la noción de “opinión pública” reside en el hecho de estar ligada a percepciones sociales que inciden en las concepciones literarias. Varias de ellas, en consecuencia, atraviesan el problema de la formación del público lector. En la última parte de este capítulo, “La construcción del público lector”, abordamos las figuraciones letradas sobre el público y lo público, así como las ideas que imprimen una determinada jerarquización entre los públicos: el femenino, el popular, el docto, el inculto, etc. Este tipo de focalización nos servirá para diferenciar los intereses y las demandas de nuevos lectores, y las respuestas por parte de la élite letrada liberal desde la irrupción de la prensa romántica cultural.

En el segundo capítulo, entonces, nos centramos en las modalidades y estrategias enunciativas que diseña esa nueva prensa, abordando en conjunto las empresas editoriales dedicadas a la “amena literatura”, los objetos de la moda y la

²⁷ En estas consideraciones hemos tenido en cuenta los planteos recientes realizados por Adrián Gorelik, Susana Zanetti, Alejandra Mailhe, Florencia Garramuño, Jorge Myers y Sergio Miceli en el Dossier “El comparatismo como problema”, publicado en *Prismas*, 8, 2004: 121-181.

sátira costumbrista. Hemos intentado, al mismo tiempo, caracterizar las más relevantes de esas modalidades tendientes a la construcción de una comunicabilidad cultural diferente de la doctrinaria que caracteriza a las asociaciones ilustradas. Asimismo, a través del análisis del asociacionismo posrevolucionario, señalamos las continuidades y rupturas en las prácticas letradas entre las asociaciones civiles y las culturales, marcando las diferencias que existen a su vez entre las chilenas y rioplatenses dentro de estas últimas.

La formación de un programa literario, su discusión pública y la intervención e intermediación de un discurso “crítico” es el objeto del tercer capítulo. Partiendo del ensayo de Juan Cruz Varela examinamos las concepciones literarias y poéticas que orientaron y fraguaron la producción rioplatense en la década de 1830. El análisis de periódicos como *El Recopilador*, *La Moda*, *El Iniciador* o *El Talismán* nos permitió identificar y reconstruir la plataforma discursiva de esos programas, y examinar los modos en que la prensa periódica incidió en su formación. El género costumbrista, por ejemplo, se hará palpable no sólo en los artículos o ensayos literarios, sino también en la particular inflexión que las imágenes de *El Recopilador* imprimieron a la cultura literaria. Por último, analizamos la prensa popular, especialmente las gacetas de Luis Pérez como modo viable de objetivación de las especulaciones sobre la tradición a partir del contraste entre el discurso gauchesco y el de la prensa cultural de la generación del 37.

En el cuarto capítulo abordamos las discusiones en la prensa periódica chilena alrededor de la lengua y los programas literarios de la Sociedad Literaria de Santiago, y analizamos detenidamente el discurso de *El Semanario de Santiago*, primer periódico representativo de los nuevos intereses literarios de los chilenos. En esa instancia la figura de Bello se vuelve dominante, de modo que hemos indagado con particular empeño su labor articuladora del campo cultural.

Conectada a su figura, la discusión historiográfica resulta particularmente fructífera para contrastar no sólo las diferencias entre los programas de los argentinos con los de los chilenos, sino también los modos de construcción de saberes específicos e ideológicos en torno al pasado nacional. En el capítulo cinco, entonces, examinamos los debates de la historia y la emergencia de un discurso y de una opinión liberal que,

por primera vez en el estado portaliano, se planteará expandir los límites del debate público. Partiendo del análisis de *El Crepúsculo* y *El Siglo*, intentamos recuperar los múltiples vínculos que sustentan ese discurso y las consecuencias tanto políticas como literarias que ellos producen. Así, antes de la polémica historiográfica institucional nos concentramos en la polémica pública suscitada por la publicación en *El Crepúsculo* del ensayo *Sociabilidad chilena* de Francisco Bilbao.

Por último, indagamos el proceso de formación de la novela en Chile y, especialmente, de la narrativa costumbrista de Blest Gana. A diferencia de lo que la crítica supone, la emergencia del proyecto novelístico blestganiano no se configura con la promoción institucional brindada por el concurso universitario, verdadero fenómeno de prestigio público, sino con la mediación de la prensa periódica. La Universidad consagra, ciertamente, la figura del novelista, pero la literatura hace su ingreso en esa institución gracias a la formación lectora y crítica promovida por los literatos y publicistas desde la prensa cultural. El análisis de la producción blestganiana, desde sus artículos de costumbres y sus primeros relatos permite, a su vez, contrastar su formación con otras experiencias poco fructíferas en términos de consolidación del género, como *Soledad* de Mitre, o *Amalia*, de Mármol.

La constitución de una tradición literaria y de un imaginario nacional fue posible gracias a la socialización discursiva que ofreció la prensa periódica. Las construcciones históricas y tipológicas de lo social, que en Sudamérica y en ese período carecían de una base epistémica sustentable, encontraron en la circulación del impreso periódico la posibilidad de su canalización, aun cuando, como en el caso de Chile, existiera un conato de consolidación de saberes específicos. La literatura, a su vez, pudo cumplir con la función social de construcción ciudadana apelando a la capacidad formativa –en sus varios planos: de lectura, de escritura, de imaginarios– del periódico, y especialmente de la prensa cultural.

A lo largo del trabajo hemos reflexionado acerca de la incorporación de ideas, tanto estéticas como políticas, de la intertextualidad y de la transnacionalidad de los saberes y conocimientos que posibilitaron el proceso de recodificación por parte de la cultura heredada de la colonia. Sin embargo, hemos intentado sortear el tema de la “influencia” romántica, ya sea mediante una operación de readaptación, ya mediante

un uso diferido. No se trata de eludir un problema, sino de reenfocarlo. Por lo tanto, optamos por ceñirnos a las particularidades materiales y discursivas de la época, atendiendo a las inflexiones contingentes de cada procesamiento de las fuentes.

En este sentido, cabe señalar que el anexo que acompaña esta tesis –textos periodísticos rioplatenses y chilenos– constituye la base material que orientó y delimitó de modo predominante nuestras hipótesis. En consecuencia, forma parte del proceso de objetivación y no debe considerarse mero dato bibliográfico, sino parte integrante de la escritura de esta investigación.

1. La formación de una cultura literaria

1.1. Introducción

La formación de una cultura literaria decimonónica ha sido abordada por la crítica fundamentalmente a partir de las propuestas de Ángel Rama en su insoslayable *La ciudad letrada*. En el pasaje de la cultura colonial a la cultura republicana posterior a la Independencia, Rama percibe una continuidad en los códigos y valores sociales y culturales de la élite que se hace palmaria a través de las funciones asumidas por una figura particular: la del letrado. El enfoque de Rama ha sido revisado y reconsiderado, en especial a partir del trabajo de Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (1989), donde se trazan las reformulaciones más importantes: el dominio de la política por sobre otras funciones del escritor aplana las tensiones de una voluntad autonómica de la escritura literaria, que Ramos sitúa en el último cuarto del siglo XIX. Es decir, el planteo de Rama de la relación entre política, literatura y poder como resultado de la continuidad de una función letrada formada en la remota época colonial padece, según el crítico puertorriqueño, de un historicismo que soslaya los cambios radicales que se produjeron hacia fines de siglo.

La revisión de Ramos es, en ese sentido, precisa. Pero su propuesta de una “fragmentación de la república de las letras” emerge al analizar el objeto de la cultura moderna de fin de siglo y, por lo tanto, no permite observar los virajes producidos a lo largo de la centuria en las funciones tradicionalmente adjudicadas al letrado, y mucho menos considera la relación entre funciones burocráticas y modalidades literarias. Recientemente, el volumen editado por Jorge Myers y dirigido por Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina* (2008) ofrece una serie de trabajos en los que puede vislumbrarse una reconsideración de las tareas del escritor y el emplazamiento de un nuevo tipo de actor intelectual: el periodista-publicista. La emergencia de un nuevo periodismo tras la independencia condujo a la posibilidad de

que el saber crítico circulara públicamente y especulara, por lo tanto, con un público lector extendido.

En este capítulo abordamos el problema de la formación de ese público lector indiferenciado que emergió en el pasaje de la Colonia a las repúblicas independientes. Asimismo, examinamos los vínculos entre las distintas funciones del escritor público, atendiendo en forma especial al rol del impreso periódico en la constitución de nuevas prácticas de intervención pública. En la primera parte tratamos de situar esas funciones a través de figuraciones dispares como las que ofrecen Florencio Varela, José Joaquín de Mora y Sarmiento. Luego analizamos detenidamente el problema de la llamada “opinión pública”. Dado que esta categoría está estrechamente vinculada a las operaciones y concepciones letradas del público y de lo público, intentaremos dilucidar los alcances y limitaciones que esa noción imprime históricamente.

Por último, nos concentramos en las formas de construcción y de figuración del público lector, examinando para esto aquellas intervenciones de la prensa periódica en las que se avizoran las tensiones y contradicciones entre la élite letrada y las diferentes inscripciones del público lector. En este sentido, la figura de la mujer lectora –figura prominente de la cultura romántica decimonónica– nos permitirá revisar las construcciones ideológicas que atemperaron la posibilidad cierta de considerar un público relativamente amplio y diversificado.

1.2. Prácticas letradas y nuevas configuraciones de lo público

1.2.1. Letrados, literatos y publicistas. La mediación de los vínculos

Después de un largo viaje, atravesando desde Buenos Aires la pampa y la cordillera, y acompañado por toda su familia, el español José Joaquín de Mora llegó a Santiago de Chile el 10 de febrero de 1828. Cinco días después, escribía la primera de una serie de cartas destinadas a su colega Florencio Varela, a quien había conocido por su actividad y estadía previas en Buenos Aires, durante el año 27. Mora compartía con éste un conjunto de intereses afines, tanto políticos como educacionales y estéticos. Ambos habían pertenecido al círculo de intelectuales que sostenía el gobierno de

Rivadavia, ambos coincidían abiertamente con su ideario ilustrado y liberal, y ambos participaban, también, de la afición a las letras y, con matices que en el caso de Mora la vuelven más compleja, de la inclinación a los modelos literarios clasicistas. Pero lo que también los aunaba era uno de los rasgos tradicionales de los letrados de la época: su diversificación laboral, que los ligaba a tareas de orden público e institucional y subordinaba, o más bien igualaba, la escritura literaria con la escritura pública. En una de las cartas que componen la correspondencia de este espíritu liberal, el gaditano, que a la sazón era oficial del Ministerio de Estado chileno del gobierno de Pinto¹ deja entrever cierto pesimismo frente a los impedimentos que obstaculizan la creación propiamente literaria:

¿Cómo se puede adquirir reputación trabajando a galope tendido, envuelto en los pormenores de la enseñanza, y pasando repentinamente de la redacción de una ley a una comunicación diplomática, de un informe a un artículo sobre economía, del terceto a la proclama, y del consejo de ministros a la correspondencia secreta?

“Por desgracia –dice Mora-, esta es mi comida”. Y continúa: “Así logro hacer algún bien, y entre éste y una reputación literaria adquirida a fuerza de paciencia y de lima, no puedo vacilar un instante”.² Me interesa detenerme brevemente en este intercambio epistolar por dos motivos. El primero se deduce del fragmento citado: la retórica de esa pregunta hace explícita la función primordial del letrado pos-revolucionario: la construcción del Estado. Desde la clásica formulación de Ángel Rama

¹ Francisco Antonio Pinto fue el primer presidente “pipiolo” (liberal), entre 1828 y 1830. Contra él se levantó en armas la facción conservadora (los “pelucones”) comandada por Diego Portales, proceso que concluyó en la famosa batalla de Lircay que dio lugar a la instauración del régimen conservador. Una revisión de ese proceso y de la actuación política de Pinto puede consultarse en los trabajos recientes de Santa Cruz (2007: 91-128) y Salazar (2005: 260-356). Pinto había sido, durante el gobierno de Ramón Freire (1823-1827), intendente de la provincia de Coquimbo primero, luego Vicepresidente y, finalmente, por renuncia de aquél, Vicepresidente a cargo del ejecutivo. En agosto de 1828, junto a la promulgación de la Constitución (revisada y mayormente redactada por Mora) se lo consagró presidente de la República.

² Carta de J. J. de Mora a Florencio Varela (s/f), en *RChHG* (1924, XIV: 54).

(1984) y las revisiones de esa tesis que siguieron al fundamental libro de Julio Ramos (1989), la figura del “letrado” no ha perdido sin embargo su potencia descriptiva. En la reflexión de Mora las tareas del hombre de letras presiden todos los frentes de la República: desde las leyes y la diplomacia, hasta la enseñanza y el cultivo de –y por– la poesía. Ante la posibilidad de una reputación literaria, el letrado opta por el bien público. Claro que en esa opción, lo que se trastoca es la reputación del hombre de letras: no mediante el trabajo horaciano del pulido de los versos, sino mediante la escritura pública y pedagógica será el letrado reconocido por la sociedad y por sus pares.

Tal figuración del uso de las letras se distinguirá mejor si la contrastamos con otro cruce epistolario. Casi diez años después de esas cartas enviadas por Mora, el propio Florencio Varela medita y aconseja sobre la relación entre literatura – específicamente, sobre poesía– y espacio público, en el marco de una reflexión mayor sobre literatura nacional, idioma y lengua literaria. En la extensa carta que envía desde Montevideo a Juan María Gutiérrez comentando las famosas lecturas del Salón literario, aun concordando con la necesidad de avances materiales en el orden civil, Varela reconvendrá el núcleo de esas lecturas del modo siguiente: “Nada de esto, mi amigo, puede obtenerse por medio de la poesía. Ella es, y no puede dejar de ser, un adorno y entre todos los poetas que V. respeta y que se lo habrán probado cuento yo a mi distinguido compatriota Echeverría. Ese es un poeta en todo rigor de la voz; y vea V. si se ha pensado en legislar, ni en enseñar la historia en sus versos” (Montevideo, 1 de agosto de 1837, en: *Archivo*, I: 202). Parecería que Varela –o la concepción de la poesía que induce su comentario– halla en el autor de *Los Consuelos* no sólo una prueba contra el programa social de los jóvenes reunidos en el Salón de Buenos Aires, sino también, aunque de modo diferido, contra la elección profesada con anterioridad por su cofrade español. Es decir, para Varela la poesía –y, consecuentemente, el oficio de poeta– no puede inmiscuirse en los asuntos públicos. La “comidilla” del letrado –en los términos de Mora– sigue siendo un obstáculo para la “reputación literaria”. Pero ocurre que la mención de Echeverría como ejemplo de poeta desligado de la cuestión política desconoce su veta doctrinaria así como sus ulteriores y extensos poemas dedicados a exaltar los ánimos públicos, como el *Avellaneda*, o la *Insurrección del Sud*,

publicado este último en el periódico que fundó el propio Varela en Montevideo en 1845, el *Comercio del Plata*.³ Más decisivo aún resulta el hecho de que para Varela la poesía es “adorno”, verbo destinado al refinamiento de las costumbres. De modo notable, Varela adhiere a una concepción de la poesía que ya por entonces empezaba a prefigurarse como residual: la que la subsumía al decoro, al buen decir y a la corrección de estilo de la retórica clásica. Si en la carta de J. J. de Mora la dedicación exclusiva a los versos se presentaba como una opción impensable, en la suya Varela se esfuerza por reconvertir la tendencia contraria, amonestando las inclinaciones políticas (y lingüísticas) de los integrantes de la joven generación, y apelando, significativamente, al autor de *Los consuelos* como el mejor contraejemplo para ello.

El breve repaso de estas cartas permite establecer algunas figuraciones y también diferencias entre los miembros de la élite cultural sudamericana; diferencias que podrían atribuirse, en principio, a posiciones o situaciones individualizadas, aunque también, y quizá de modo más ostensible, al llamado “conflicto de generaciones”. La figura autorrepresentada en los escritos de Mora, y compartida por Varela, parecería describir una característica común del letrado latinoamericano. Si pensamos en una de las figuras más conspicuas, como es la de Sarmiento, es evidente que la orientación pública de la escritura, y su estrecha relación con el periódico y el periodismo, es una práctica que se extiende durante todo el siglo. Los mismos integrantes del Salón de Marcos Sastre iniciarán ese recorrido con el semanario *La moda* apenas un año después de esa carta de Varela. Por supuesto, la estrecha relación entre letrados y prensa periódica no reproduce de manera especular la implicada entre discurso literario y discurso periodístico ni opaca la diferencia existente entre las publicaciones de Mora y Varela durante el gobierno de Rivadavia y las que inician a mediados del 30 los jóvenes de la llamada generación romántica, o entre la prensa oficiosa comandada por Bello desde *El Araucano* y la promovida por los jóvenes chilenos que redactan, ya en la década del 40, *El Semanario de Santiago*. Entre

³ El poema *Insurrección del Sud* se publicó el 28 de enero de 1849 en el periódico mencionado, y el *Avellaneda* en septiembre del mismo año, en folleto. Florencio Varela murió asesinado en marzo de 1848.

otras razones, cabe registrar la más obvia: el discurso periodístico, como el literario, se constituye y se define en su dependencia de factores históricos e institucionales.

Varios trabajos críticos e historiográficos han indagado, desde distintas perspectivas, sobre las consecuencias de esa distancia generacional. En su clásico estudio, Pinilla (1943) ha señalado que, a pesar de que el movimiento ideológico de 1842 en Chile tuvo una gestación que se remonta a la década anterior, éste tiene una fecha más o menos ubicable en torno a las polémicas iniciadas en la prensa en el año 1841. Posteriormente, otros estudios, como los de Goic (1968), Promis (1977), Subercaseaux (1981) y Stuvan (2000), han reconocido la inflexión del pensamiento de la generación de 1842 como portadora de una definición cultural de la nación y, consecuentemente, de una literatura nacional. Aun el renovado estudio de Poblete (2003) sobre la sensibilidad lectora de la época asume implícitamente ese presupuesto. Asimismo, para el caso argentino, desde la más que sugestiva afirmación de David Viñas al decir que la literatura argentina comienza con Rosas y el rosismo, muchos son los trabajos que en las últimas décadas han abordado esa disyuntiva, entre los que se destacan los de Halperín Donghi (1980a) y Félix Weinberg (1977). Recientemente, Jorge Myers (1998 y 1999), ha desarrollado en dos trabajos precisos los contrastes y las continuidades entre el movimiento cultural de la “nueva generación” y la inmediatamente anterior del período rivadaviano, destacando que la distancia mayor entre ambas se produjo en el marco “de una asociación –la de los “románticos”– surgida de la propia sociedad, iniciativa autónoma de la élite intelectual porteña, y no de una intervención específica del Estado” (1998: 398). Por su parte, Batticuore (2005), aunque centrándose en las figuras de la lectura y de la autoría femeninas, ha dedicado una especial atención a los “sueños y dilemas” de la llamada generación romántica, dado que con ellos emerge lo que Myers llamó una “nueva sensibilidad” cultural. Los últimos estudios, particularmente el de Poblete y el de Batticuore,⁴ han sabido plasmar, a partir de categorías historiográficas novedosas como las de “asociacionismo” y “sociabilidad”, o de los estudios centrados en la historia de la lectura y la historia cultural, una interesante inflexión crítica que, sin

⁴ También el de Myers (1999) que retoma los planteos de González Bernaldo de Quirós y de Mark Szuchman.

duda, resulta productiva al momento de analizar las nuevas formaciones culturales habitualmente adscriptas al período del romanticismo hispanoamericano.⁵ En el primer caso, Poblete (2003: 19-96) indaga en los modos de sociabilidad lectora –es decir, el doble proceso de socialización de la lectura, que tiene como horizonte cultural a la Iglesia, al Estado y a la burguesía chilena– que permiten a un autor como Alberto Blest Gana sentar las bases para una novelística nacional. Atendiendo a los modos de sociabilidad de la época y a los nuevos intereses de lectura, el crítico chileno analiza el tipo de mediación que articula la narrativa blestganiana: por un lado, incorporando la demanda del público femenino, por el otro, brindando modelos de sociabilidad acordes con el nivel supra-local que para el narrador chileno representa el núcleo urbano familiar de Santiago. Batticuore (2005: 19-109), en cambio, y siguiendo los postulados de la historia cultural de Roger Chartier y los estudios de género, se interesa por los nuevos modos de lectura que instala la cultura romántica en el Río de la Plata, prestando atención a la construcción del público lector y especialmente del público lector femenino y a los lenguajes y temas implicados en la consecución de una figura autoral femenina a través de las prácticas lectoras. En ese marco, a fin de analizar las modalidades y prácticas discursivas que permiten la emergencia de la autoría femenina en el Río de la Plata, Batticuore apela también a los debates en la prensa periódica de la época, mostrando las distintas instancias de enunciación femenina que van desde el anonimato en periódicos como *La Aljaba* (1830) y aún *La Camelia* (1852) a la exhibición y asunción del nombre propio en el *Álbum de Señoritas* (1854), de Juana Manso.

⁵ Las nociones de “asociacionismo” y “sociabilidad” derivan de los aportes pioneros de Maurice Agulhon, cuyo resultado se plasmó en la edición de *La République au village* (1970). González Bernaldo de Quirós (2007 [1999]), retomando esos trabajos ha desarrollado su investigación concentrándose en las prácticas asociativas del Río de la Plata. Una reflexión del propio Agulhon sobre tales nociones se encuentra en el volumen compilado por la Fundación Mario Góngora (1992) y dedicado a las formas de sociabilidad de la cultura chilena entre 1840 y 1940. Entre los trabajos allí reunidos destacamos los de Godoy Urzúa, Jara J. y Muñoz Gomá dedicados todos ellos a los espacios de sociabilidad literaria, como los salones y las tertulias. Asimismo, los de Bravo Lira y de Gazmuri Riveros, sobre los primeros partidos políticos en Chile y sobre la influencia del Club Republicano francés en la cultura política chilena, respectivamente.

Ahora bien, lo que quiero sostener a partir de los motivos extraídos de ese cruce epistolar no es que las rupturas y los cambios producidos en términos generacionales resulten menos drásticos –a nivel ideológico o idiosincrásico– de lo que podría esperarse (algo que Myers, para el caso argentino, y Subercaseaux, para el chileno, señalan agudamente), sino que, además, el carácter de esas diferencias implica factores materiales, políticos e institucionales decisivos en la formación de una nueva cultura literaria, cuya complejidad debería alertarnos sobre el riesgo de abordarlas a partir de cánones estéticos preestablecidos. Las diferencias, de hecho, podrían computarse no sólo por un nuevo cúmulo de intereses, experiencias y expectativas –no sólo por una “nueva sensibilidad”– sino también por un nuevo modo de intervención pública, desligado ahora no de lo político (en sentido amplio) sino de las instituciones y los programas de gobierno y atento a la necesidad de captar la demanda de un público emergente que despuntaba ya a fines de la Colonia, aunque los componentes de éste sean actualmente sumamente difíciles de dilucidar.⁶

Desde la aparición de *El Recopilador* (1836) en Buenos Aires hasta *El Talismán* (1840) en Montevideo, o desde la fundación de *El Crepúsculo* (1843) hasta el periódico *La Semana* (1859) de los hermanos Arteaga Alemparte en Santiago de Chile, lo que esas empresas periodísticas dejan avizorar es el cambio significativo producido en el pasaje (que no es estrictamente cronológico sino discursivo) de un periodismo doctrinario y gubernamental a un periodismo de intereses culturales, en donde la poesía y la literatura comienzan a ocupar el lugar –siempre en tensión con la especificidad literaria– que antes ocupaba la palabra estratégica y doctrinaria del

⁶ Para esto, y como veremos en seguida, las estadísticas no pueden ser nunca más que indicios aproximativos. En efecto, además de que los datos de la época con que contamos no son del todo rigurosos, las prácticas de lectura, así como la circulación del escrito y, por ende, del material literario (en sentido amplio), no pueden reducirse a la taxonomía de las estadísticas. Entre otras cosas, porque los datos bibliográficos o censísticos nunca son estrictamente representativos de *prácticas efectivas* de lectura. Diversas modalidades de lectura conviven en la época, entre las que cabe mencionar la lectura en voz alta, o colectiva, en la que un sujeto letrado sirve como mediador de una audiencia iletrada o semiletrada, o las prácticas de socialización lectora llevadas a cabo en salones o tertulias, entre otras. Por lo tanto, conviene desde ahora llamar la atención sobre este punto, previniendo sobre el hecho de que el abordaje de la cultura lectora de la época que se hará en las páginas siguientes procura elaborar una visión general –y aproximada– tanto de los intereses lectores como de las figuraciones de esos intereses por parte de un sector de las élites.

letrado.⁷ De fondo, lo que sigue resonando en ese cambio es la imposibilidad señalada por Mora, y malogradamente preservada por Varela al adscribirla a un modelo retórico residual, destinado a un circuito intelectual cada vez más estrecho, aunque todavía funcional. O se escribe apelando a los nuevos intereses de lectura –que un público levemente ampliado y diversificado requiere–, o se escribe pulidamente, con el tomo de Blair al alcance de la mano. En ello radica, a mi juicio, el punto decisivo que tuvieron que afrontar los escritores de la llamada generación romántica. En la última de sus cartas, la del 9 de diciembre de 1828, José Joaquín de Mora le expresaba a su amigo la necesidad de recursos para sus empresas educativas: “La Retórica de Blair, la Filosofía de la Elocuencia, me hacen mucha falta. Si se halla en esas librerías, envíemelas”.⁸ Podemos suponer que, efectivamente, el compendio de Blair circulaba en esos años por Buenos Aires.⁹ Las “artes de hablar”, artes de la distinción y propiedad (pureza) de estilo, pero sobre todo la abundante casuística que abona el pasaje de la *Retórica* a la *Poética*, quizá haya sido la herencia ilustrada de mayor peso para las nuevas configuraciones ideológicas sobre la lengua literaria. Más que contrastar la contingencia histórica de una figura literaria –la del letrado o el publicista, la del literato o el poeta– a partir de una función de la escritura –pública o civil, poética o esteticista–, prefiero subrayar la tensión entre modelos dispares de autorización literaria –el ilustrado de las Bellas Letras, de público restringido, por un lado, y el del periodismo romántico, que aspira a un público ampliado y diversificado –y en el que debe inscribirse la prensa popular–, por el otro. Tensión significativa en las prácticas letradas de la nueva generación, cuyos intereses culturales compulsaban la distancia entre los centros industrializados de las metrópolis y la precaria institucionalización de las repúblicas recién independizadas. Que en su famoso viaje a París, Echeverría lleve consigo junto a la *Lira argentina* el compendio de la *Retórica* del canónigo escocés me

⁷ Para la caracterización del discurso letrado, me baso aquí en el trabajo sobre las modalidades enunciativas de la prensa periódica chilena realizado por Carlos Ossandón (1998).

⁸ *RChHG* (1924, XIV: 65-66).

⁹ En efecto, poco más de dos años después, un aviso de venta de la Librería N° 39 publicado en el *Diario de la Tarde*, ofrecía entre otras obras, como diccionarios y gramáticas de latín, español, inglés y francés, el *Compendio de las Lecciones sobre la Retórica y bellas letras* de Hugo Blair (Cfr. *Diario de la Tarde*, N° 135, 28 de octubre de 1831, pág. 2, col. 2).

parece tan sintomático como el hecho siempre destacado de que, a su retorno en 1830, haya estampado junto a su nombre de pila el de “literato”.

1.2.2. *El periódico y su función socializadora*

El segundo motivo de mi interés se conecta con el aspecto público, y también publicitario –entendido como necesidad inherente a la formación social del discurso–, del uso de las letras. La escritura y la lectura de periódicos se había convertido, ya a fines del siglo XVIII, en un novedoso fenómeno de comunicación que cobraría una importancia medular sobre todo a partir de la liberación de las trabas comerciales y del decreto de libertad de imprenta sancionado por las Cortes de Cádiz en 1810.¹⁰ Desde la tesis de Anderson (1993 [1983]), revisada, ajustada o criticada, mucho se ha escrito en relación con los formatos del periódico y la novela como constructores de un imaginario de identidad nacional en Latinoamérica. Como hemos afirmado en la Introducción, el dato de la circulación transnacional de capital simbólico debe ser considerado como una de las prácticas fundamentales en la formación literaria e intelectual criolla. Y esto, al menos, por dos razones de peso. La primera está directamente relacionada con la publicidad, la distribución y el tránsito de los saberes sociales que conformaban un campo de intereses y lecturas compartidas, que hallaban en el periódico un soporte material no sólo económicamente más accesible sino también más constante y, a pesar de la precariedad de los sistemas de locomoción que en muchos casos diferían el conocimiento de manera notable, ciertamente más actualizado que el formato del libro. La segunda, no menos importante, radica en las posibilidades de *formar* opinión, ya sea a través de la crítica, de la transacción de saberes o de los comentarios públicos o privados sobre otras publicaciones.

Porque además del contenido diverso, local o extranjero, que podía ofrecer el periódico, importa señalar un tipo de práctica que, a la vista de esa y otras correspondencias, parecería desarrollarse asidua y manifiestamente durante todo el período. En el breve cruce de cartas entre el gaditano y el rioplatense, el envío de

¹⁰ Se trata de un proceso de expansión mercantilista en el cual el tráfico de noticias emerge vinculado a las leyes del mercado y que cobrará un impulso propio con el establecimiento de una publicidad burguesa hacia fines del XVIII. Cfr. Habermas (1986 [1962]: 55 y 59).

periódicos como fuentes de información –más aún que el de libros o folletos– aparece con pasmosa regularidad: “ha ocurrido en esta capital una revolución cuyos pormenores, referidos a la ligera, encontrará V. en el número de la «Clave» que le remito”, escribe Mora el 24 de julio. Y solicita: “Extiéndase V. sobre estos sucesos en el «Tiempo», y asegure positivamente que las tropas rebeldes no han encontrado apoyo sino en el corifeo de los federales” (1924 [1828]: 60-61).¹¹ “Hágame V. el gusto de distribuir los adjuntos ejemplares –se refiere a *El Mercurio*– entre los amigos”, dice en otra (ídem: 49). Mora envía un periódico, *La Clave*, en el que se registran de un modo no ajeno a sus intereses –y a los del partido a quien éste representa– los sucesos de la sublevación de Urriola en Santiago, y “aconseja” a Varela que escriba en su periódico, *El Tiempo*, asegurando que las tropas del sublevado no tienen apoyo popular.¹² Este tipo de prácticas deberían tenerse en cuenta al momento de pensar en el circuito publicitario de la élite letrada y en los modos en que ese circuito constituye un nivel concreto –aunque el fenómeno ciertamente no se reduzca a ello– de lo que la jerga de la época consignaba como “formar la opinión pública”. Prácticas que, cabe aclararlo, no se reducen a coyunturas de política institucional, ni son atribuibles de manera unívoca a la figura clásica del letrado. Cuando Sarmiento le envía un ejemplar de su *Facundo* a Juan María Gutiérrez, “aconseja” también en esa misma carta el tenor de su juicio público:

¹¹ Se refiere a la sublevación del federal Pedro Urriola contra el presidente Francisco Antonio Pinto, que triunfaría militarmente pero culminaría sofocada por la diplomacia de la Asamblea Provincial de Santiago, donde dominaba una extracción mercantil que representaba los intereses de la capital. Un relato de este episodio puede verse en Barros Arana (1886, XV: 255-260). Una mirada reciente y más aguda del mismo, en Salazar (2005: 328-356). Pedro Urriola es el mismo que en 1850 encabezaría la rebelión promovida por la Sociedad de la Igualdad (cfr. Barros Arana 1913, XV, y Villalobos R. et al. 1992)

¹² *La Clave* era un periódico político de orientación liberal, redactado por Melchor José Ramos y Bruno Larraín, quienes habían redactado *El Cometa* (1827) junto con el peruano Luna Pizarro (colaborador, anteriormente, de *El Liberal*, periódico anticlerical, que se publicó entre 1823 y 1825). Cfr. Silva Castro (1958) y Piwonka Figueroa (2000). *El Tiempo. Diario político, literario y mercantil* era el periódico subvencionado por el gobierno de Rivadavia y redactado por el propio Florencio Varela, con la colaboración de Julián Segundo de Agüero, entre otros. El original permanece en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional. Pueden consultarse también las historias del periodismo argentino de Fernández (1943), Galván Moreno (1944) y Beltrán (1943). Con respecto al suceso mencionado por Mora, véase la nota anterior.

¿Quiere usted encargarse de analizarlo, por *El Mercurio*, y decir que es un librote estupendo, magnífico, celeberrimo? Sin miedo de ofenderme diga en este sentido lo que se le de la gana; soy tolerantísimo. Cuando más le permito que no por ofender mi modestia añada que es una producción indigesta, incorrecta y nauseabunda; pero nada más.”¹³

Los términos de la solicitud de Sarmiento, que oscilan sin ambages entre la “aprobación” de un juicio encomiástico y de otro expresamente desfavorable, no logran desmontar el carácter conminatorio y directivo que los mismos suponen. Para corroborarlo, basta recordar otra carta, la que Juan María Gutiérrez le escribe a Alberdi confesando que escribió su reseña sobre el *Facundo* en *El Mercurio* “antes de leer el libro”:

Lo que dije sobre el *Facundo* en el *Mercurio*, no lo siento, escribí antes de leer el libro: estoy convencido de que hará mal efecto en la República Argentina, y que todo hombre sensato verá en él una caricatura: es este libro como las pinturas que de nuestra sociedad hacen los viajeros por decir cosas raras: el *matadero*, la mulata en la intimidad con la niña, el cigarro en boca de la señora mayor, etc., etc.¹⁴

De este episodio conocemos la sagaz interpretación de Adolfo Prieto en relación a la injerencia que tuvieron los relatos de los viajeros ingleses en la confección de representaciones modélicas sobre el Río de la Plata, y a la posibilidad de que esa red de lecturas haya influido en la decisión de Echeverría de no dar a conocer su potente relato.¹⁵ No tanto la hipótesis de esa lectura, por lo demás, inverificable, como dice el propio Prieto, sino lo que ella deja ver en cuanto a las prácticas de la élite cultural es lo que me interesa subrayar aquí. El pedido de Sarmiento y la respuesta efectiva de Gutiérrez –el comentario elogioso publicado en *El Mercurio*–, como el

¹³ Cfr. *La correspondencia de Sarmiento*, compilada por Segreti (1988, I: 82)

¹⁴ Carta publicada en el *Epistolario* de Gutiérrez editado por Morales (1942: 56-57).

¹⁵ Cfr. Prieto (2003 [1996]: 157-177).

pedido de Mora y la respuesta efectiva de Varela,¹⁶ aportan claras señas sobre una de las modalidades que asume en las nuevas Repúblicas lo que ahora llamamos “opinión pública”: sin el conocimiento adecuado y aun sin un juicio objetivamente compartido se presta la pluma, como muestra el alegato privado de Gutiérrez, a los estímulos e intereses de una red de interrelaciones personales como forma de legitimidad pública. La reseña de Gutiérrez, paradójicamente, comienza con esta aseveración: “Acabamos en este instante de leer la página trescientos veinticuatro i última de un libro que nos llega por el correo de Santiago”.¹⁷ Por cierto, sin necesidad de darle absoluto crédito a las palabras privadas de Gutiérrez cuando dice no haber “leído” el libro, otro de los términos de esa confesión: “Lo que dije sobre el *Facundo* en el *Mercurio*, no lo siento”, pueden aclarar mejor esa compostura. En efecto, para nuestro argumento, si Gutiérrez efectivamente leyó o no el libro no es tan relevante como sí el *modo* en que hizo pública esa (supuesta) lectura.

Evidentemente, la prensa periódica no sólo fue “escuela literaria”, como señalaba Ricardo Rojas (1948, II, 6: 578), sino también un apreciado instrumento de consagración a la par que una forma de intervención y socialización públicas. Además de la publicación en la sección dedicada al folletín, también la preocupación de Sarmiento por la “visibilidad” dada por la prensa al *Facundo* es sintomática al respecto. Asimismo, en sus *Recuerdos literarios*, José Victorino Lastarria no dejaría de consignar la repercusión causada por los sendos artículos que escribió Vicente Fidel López en las páginas editoriales de *La Gaceta del Comercio* sobre su discurso de incorporación a la Sociedad Literaria de Santiago, aunque debatiéndose retrospectivamente con los

¹⁶ La correspondencia entre Mora y Varela comenzó, como quedó dicho, el 15 de febrero de 1828. En relación a los sucesos de sublevación mencionados por Mora en su carta del 24 de julio, *El Tiempo*, con fecha 19 de septiembre, comunicaba los cambios en la cartera del gobierno chileno y aseguraba que “la revolución se había enteramente sofocado”. Más adelante, en el número del 29, el mismo periódico manifestaba: “El movimiento nuevamente acontecido en las inmediaciones de Santiago por el regimiento de Dragones, indultado por el anterior, parece no ser de mucha trascendencia como había corrido; y según lo anuncia la *Clave* en número 12, ha sido solo causado por ciento treinta hombres” (Cfr. *El Tiempo*, N° 122, 29 de septiembre de 1828). Véase el “Epistolario” de José Joaquín de Mora en *RChHG*, Año XIV, 1924, 54, pp. 35-66.

¹⁷ *El Mercurio*, de Valparaíso, 27 de julio de 1845. La reseña, como la carta de Gutiérrez a Alberdi, se reproducen completas en la edición ampliada del *Facundo* de Alberto Palcos (1961: 295ss).

términos de esos comentarios. Merece detenerse en el significado que el propio Lastarria atribuye a esa publicidad: “Contemplan, los que quieran juzgar aquel momento histórico, la impresión que causarían en tales hombres –se refiere a la “oligarquía” capitalina– conceptos como los del redactor del *Mercurio* que hemos reproducido antes” (Lastarria 1885 [1878]: 138).¹⁸ El periódico, como se deduce de estos ejemplos, cumplía una función mediadora en varios aspectos. Como órgano de difusión pública, coaligaba el *sentido* de los acontecimientos políticos, como en el caso de la sublevación de Urriola en Chile. A su vez, funcionaba como instancia socializadora de capital simbólico y proveía un tejido discursivo en el que los saberes en formación contrastaban los límites de su propia enunciación. Por lo demás, a esa función se agregaba la posibilidad –por cierto escasa, sin un mercado editorial instituido– del sustento económico, mayormente vinculada a las prebendas gubernamentales. Pero si el periódico era una preocupación central de la élite letrada, lo era en tanto esa gama de aspectos confluía en la capacidad –creciente sobre todo en Chile a partir de la instalación de Bulnes en el gobierno– de modelar un público lector nacional. Si bien, para esto, el periódico se presentaba como el medio privilegiado, no menos cierto ni menos trascendente resultaban de hecho las precarias condiciones para la circulación impresa y, al mismo tiempo, la poco extendida alfabetización en el conjunto de la población, dos factores que incidirían decisivamente en la proyección pública del imaginario liberal de la nueva generación.

¹⁸ Esos conceptos se referían, principalmente, a la oposición entre los modelos literarios franceses y los españoles, marcando uno de los debates que se dieron en la época. El primer artículo referido al discurso de Lastarria se publicó en el editorial correspondiente al N° 99 de *La Gaceta del Comercio*, del 31 de mayo de 1842. En él, López ya hablaba de “expresiones viejas” y “situaciones nuevas”. Posteriormente, bajo el título de “Cuestiones filológicas suscitadas por el discurso del Sr. Lastarria”, los artículos de V. F. López aparecen en los números 103, 107, 109 y 114.

1.3. Cultura lectora y circulación del impreso en las nuevas Repúblicas

1.3.1. De la Colonia a la República: imágenes de la transición

En Santiago, la Junta de Gobierno que había fundado el Instituto Nacional en 1813, lanzaba a los pocos días una proclama creando la primera Biblioteca Nacional. En ella se transcribía parte del discurso que el Secretario de la Junta, Mariano Egaña, había pronunciado en la fundación del Instituto. Decía así:

Ciudadanos de Chile: al presentarse un extranjero en el país que le es desconocido, forma la idea de su ilustración por las Bibliotecas, y demás institutos literarios que contiene; y el primer paso que dan los Pueblos para ser sabios, es proporcionarse grandes Bibliotecas (...) Para esto se abre una suscripción patriótica de libros y modelos de máquinas para las artes, en donde cada uno, al ofrecer un objeto, o dinero para su compra, pueda decir con verdad “He aquí la parte con que contribuyo a la opinión, y a la felicidad presente, y futura de mi país”.¹⁹

No sorprende el tono profético de esta proclama, por lo demás similar a la institución de otras bibliotecas de la región, pero sí resulta sintomática en esa construcción imaginaria la conjunción de “ciudadanos” y “opinión”: la “opinión” aquí es sinónimo de cultura, y de cultura libresca (no se escapa, además, de esa cadena semántica la figura del visitante extranjero: cultura libresca, sí, pero de cuño ilustrado). El sujeto al que se apela es aquél que, además de poseer bienes (objetos o dinero), puede compartir ese imaginario civil: el nuevo ciudadano. Sin embargo, la nueva figura del ciudadano ilustrado era más una entidad a construir que un dato sobresaliente de la realidad social de las nuevas repúblicas. Esa realidad se empalmaba con otra, heredada, de la que había que desasirse: la de la intelectualidad de la Colonia, con su literatura pía y sus costumbres conventuales, cuyo arraigo en los momentos de aquella

¹⁹ En *El Monitor Araucano*, N° 57, 19 de agosto de 1813. Citado por Sergio Martínez Baeza (1982: 85).

proclama era irrefutable. Martínez Baeza cuenta que el primer Director de la Biblioteca, Mariano de Salas, en su afán de acrecentar el fondo bibliográfico de la misma, solicitó al Director Supremo que se le permitiese confiscar dos cajones de libros que permanecían abandonados en la aduana. El Director autorizó la requisa, y el total de volúmenes alcanzaba a 60: salvo las *Coplas* de Manrique, el resto del lote eran libros de religión.²⁰ La anécdota es representativa del caudal de cultura impresa con el que se alzaba la nueva república.²¹ Ese contraste marcaría el largo proceso de secularización de la cultura y la sociedad modernas que, particularmente en Chile, hallaría en la Iglesia una institución cuyo vigoroso despliegue político y sociocultural jugaría un rol prominente. La oposición entre cultura laica y cultura religiosa, entre lectura libre y lectura ortodoxa, absorberá en los complejos pliegues de esa lógica secularizadora otra oposición consecuente, aquella entre lectura útil, beneficiosa y lectura perniciosa o nociva.

En el mismo mes de la creación de la Biblioteca, Camilo Henríquez había escrito: “La ignorancia de tres siglos de barbarie está *sobre* nosotros”.²² La idea de tres siglos de oscurantismo cultural impuesto por la administración de la Colonia será recurrente en los debates ilustrados pos-independentistas (presente, por otra parte, tanto en la famosa invectiva de Francisco Bilbao contra la Iglesia católica como en las *Investigaciones...* con que Victorino Lastarria arrostrará a la clase política chilena los resabios de un orden cultural mantenido negligentemente) que aunaban en sus diatribas el sentido de unanimidad de la religión católica con el de imposición imperial y administrativa y planteaban, como alternativa consuetudinaria, un corte abrupto con la tradición cultural española (que en Buenos Aires, por su parte, tendría una inflexión incluso lingüística en las ya tempranas propuestas de Juan María Gutiérrez). Como forma de matizar las imágenes de esa retórica ilustrada, algunos aportes de la historiografía reciente permiten vislumbrar la existencia de un circuito libresco vinculado a los lazos familiares y a los núcleos urbanos de las distintas regiones de los

²⁰ Cfr. Martínez Baeza (1982: 103ss).

²¹ El fondo inicial de la biblioteca chilena estaba formado por la librería de la Universidad de San Felipe, que contaba con la parte principal de la biblioteca que poseían los jesuitas al momento de su expulsión en 1767.

²² Citado por Silva Castro (1958: 39). Subrayado nuestro.

antiguos Virreinos. En el caso de Chile, Cruz de Amenábar (1989) ha investigado los documentos y repositorios de bibliotecas particulares y conventuales durante la época de la Colonia y ha mostrado que en el período que va de 1750 a 1820 surge un interés –aunque, por cierto, moderado– sobre la temática ilustrada.²³ De todos modos, la efusiva invectiva contra los hábitos tradicionales de la Colonia indica que en muchos aspectos la estructura social, política y cultural de las nuevas repúblicas siguió manteniendo durante muchos años las *formas* de la antigua. La cultura impresa en Chile sufrirá durante varios lustros los efectos de esa dinámica restrictiva.

En Buenos Aires, la acción del gobierno rivadaviano en el ámbito religioso se plasmó en una serie de leyes y decretos que dieron forma a la llamada Reforma eclesiástica, medidas todas ellas tendientes a controlar el poder de la Iglesia, como fueron la abolición del fuero eclesiástico, la administración estatal de los diezmos y la eliminación de órdenes menores que supuso el paso de los bienes edilicios al ámbito estatal, bajo la cartera del Ministerio de Hacienda.²⁴ Chiaramonte resume así uno de los propósitos clave de la reforma: “el de desterrar a la vez las concepciones organicistas de lo social predominantes en la Iglesia, en cuanto adversas a la sustancia del régimen representativo liberal que se buscaba, y la índole corporativa de su participación política, de manera de relegar al clero a la tarea de formación moral de la población, especialmente de su parte más numerosa, y riesgosa para el orden social” (Chiaramonte 1997: 192). Tales medidas fueron sostenidas por el periódico *El Centinela*, redactado por Juan Cruz Varela e Ignacio Núñez, entre julio de 1822 y diciembre de 1823. Por su parte, el gobierno de Rosas apelaría a la ortodoxia cristiana en sus proclamas y discursos como instrumento de legitimación del régimen, y,

²³ Amenábar anota que en la biblioteca particular del Obispo de Santiago Miguel de Alday y Aspée había un total de 1.095 volúmenes, y que entre ellos se hallaban obras como el *Teatro Crítico* (cuyos 8 volúmenes aparecieron entre 1726 y 1740) del español Benito Jerónimo Feijoo al lado de títulos como la *Histórica Relación del Reino de Chile* y de los nombres más prestigiosos del Siglo de Oro, como Góngora, Cervantes y Quevedo (Cruz de Amenábar 1989: 107-213). Valentina Ayrolo (2007: 17-38), por su parte, ha indagado sobre la red de parentesco que aunaba los intereses letrados entre varios núcleos urbanos a partir de la correspondencia privada de Miguel Gregorio de Zamalloa, y ha descrito las “rutas” de una efectiva circulación de libros e impresos entre las ciudades de Córdoba, Buenos Aires, Jujuy y Montevideo durante los últimos lustros de la Colonia.

²⁴ Una descripción de tales medidas y sus resultados, aunque desde una visión más bien tradicional, en Palcos (1960: 471-504).

mediante una política de negociación, subordinaría el clero al programa de su gobierno que era, por debajo de esa fachada cristiano católica, netamente secular (por ejemplo, las festividades públicas, que antes estaban cargadas de símbolos católicos tradicionales, comenzaron a mezclarse y a revestirse de imágenes republicanas clásicas).²⁵

Un dato sumamente interesante que ofrece la pesquisa de Cruz de Amenábar es el componente de los encargos de libros hechos a España por el comerciante Manuel Riesco, en los años 1807, 1811, 1815 y 1819. Mientras que en el primero prevalecen obras piadosas como devocionarios, breviarios, misales, vidas de santos y libros de moral, en el encargo de 1811 predominan los libros de literatura de viaje, así como cuentos y novelas. Entre los más frecuentes de estos últimos figuran las famosas novelas del escritor inglés Richardson, *Clarisa o la historia de una señorita*, publicada en 1748, y *Pamela o la virtud recompensada*, aparecida en forma anónima en 1741, además del célebre relato de Daniel Defoe, *Robinson Crusoe*, de 1719, y de *Pablo y Virginia*, la novela del escritor francés Bernardin de Saint-Pierre, publicada en 1788. Aunque circunstancial, el dato señala un giro en los intereses culturales, que se irá definiendo a medida que en la sociedad chilena cobre terreno la idiosincrasia de la cultura liberal. Tal imposición se daría lentamente, y sobre todo cuando las estructuras comerciales e institucionales de la república secundaran la cohesión de una élite cultural con características propiamente burguesas.

²⁵ Sobre el discurso republicano del rosismo, véase Myers (2002 [1995]: 73-100).

1.3.2. Cultura liberal y difusión de la lectura en Chile²⁶

Todavía en los inicios de la década de 1830, a diez años de que Valparaíso comenzara a recibir el contingente de exiliados argentinos en sus costas, un viajero extranjero describía de este modo la vista de aquel puerto:

Lectores, figuraos una muchedumbre llena de animación, compuesta de los diversos tipos que he tratado de bosquejar, pasando en direcciones contrarias por una calle angosta. El aguador que atraviesa por entre recuas de mulas y carretas; los comerciantes que discuten el precio y la calidad de la mercadería; sus dependientes que a toda prisa van y vuelven de la aduana; el *guasos* de sombrero, poncho, botas y espuelas, sentado sobre su cómoda montura, apoyados los pies en los huecos y grandes estribos de madera y guiando a su dócil bestia; damas en traje de calle con su quitasol, seguidas por sus *chinitas* araucanas; el dulcero pregonando sus dulces; el mercachifle, con grandes cantidades de cintas y fruslerías, y que alaba en voz estentórea la baratura de su mercadería; marineros montados en caballos que bien pudieran tomarse por descendientes del famoso Rocinante, espoleándolos y lanzándose adelante a pesar de todo obstáculo. Imaginaos todo esto y tendréis una buena idea de lo que es Valparaíso cerca del desembarcadero, en un día de trabajo, por la mañana.²⁷

²⁶ Para la elaboración de los datos consignados en los párrafos que siguen, nos hemos basado en las siguientes fuentes: Briseño (1965 [1862]); Tornero (1889); Donoso (1927, 58: 331-388 y 1927, 59: 265-298); Ruschenberg (1956 [1834]); Silva Castro (1958); Valdebenito (1956); Martínez Baeza (1982); Cruz de Amenábar (1989: 107-213); Subercaseaux (1993); Serrano (1994); Piwonka Figueroa (2000); Jaksic (1991-1992, 26: 117: 144); y los periódicos: *El Araucano* (1830-1836), *La Gaceta del Comercio* (1841-1845), *El Museo de Ambas Américas* (1842), *El Semanario de Santiago* (1842-1843), *El Siglo* (1844-1845), *El Mosaico* (1846), y la *Revista de Ciencias y Letras* (1857).

²⁷ Ruschenberger, William. *Three years in the Pacific; including Notices of Brazil, Chile, Bolivia and Perú. By an Officer of the United States Navy, 1834*. El diario correspondiente a Chile fue traducido por Hillman Haviland como *Noticias de Chile, 1831-1832* (1956: 24). Un anticipo de esa traducción se publicó en la *RChHG* (1921, N° 41, pp. 443-457 y N° 42, pp. 170-185).

El cuadro que describe el marino norteamericano, que había recalado por primera vez en Valparaíso en los años 1827 y 1828 como cirujano del *Brandywine*, retiene muchos de los componentes de una sociedad todavía tradicional. En esa muchedumbre de un día de trabajo en el puerto se destacan tanto los tipos sociales que se describen cuanto el espacio –una calle angosta, el desembarcadero– y los aparejos habituales de la misma –recuas de mulas, carretas, caballos, etc. Pero también las relaciones, jerarquías y aptitudes sociales aparecen allí como naturales: damas seguidas por sus *chinitas* araucanas, *guasos* montando sus bestias, marineros que, como Quijotes, se abalanzan entre todos ellos con sus caballos. Evidentemente, el “cuadro” mantiene en vilo un desfase: no porque el puerto sea demasiado distinto a cualquier otro de América, sino porque en él se dan cita la sociedad medieval con el mundo moderno –la mención de Rocinante, por irónica, no deja de ser deliberada. El mismo viajero se encargará de aclarar por qué ésa es todavía una sociedad tradicional. Y lo hará al contar que en Santiago “no hay una sola librería en toda la ciudad; la colección más grande de libros en venta se encuentra en medio de la cuchillería y ferretería de un almacén. No pude conseguir el *Don Quijote*” (ídem: 82). Descontando cierto tono exotista en el pasaje, la descripción ofrece elementos a tener en cuenta.

En efecto, la primera librería del país se establecería recién en 1840, y, por otra parte, la descripción de esa sociedad jerarquizada –en la que *guasos* y *chinitas* aparecen como tipos naturales– se mantendría, como en toda la región, por mucho tiempo indemne. Antes que el comercio de libros, y antes también de la visita de aquél viajero, las imprentas y los impresos periódicos dominarían de a poco la escena pública. Desde el año 1823 hasta el año 1828 se publicaron en Chile un total de 77 impresos, entre periódicos, boletines y registros de gobierno. Entre 1828, año en que se promulgó la ley de imprenta²⁸ y 1851, año en que la prensa jugaría un rol determinante en las elecciones que consagraron a Montt presidente, se publicaron alrededor de 152 periódicos, diarios, registros oficiales y revistas.

²⁸ La ley de imprenta promulgada por la Constitución de 1828 modificó la original respectiva de 1813 que declaraba la libertad de imprenta en estos términos: “Habrà desde hoi entera i absoluta libertad de imprenta”. La ley de 1828 fue modificada en 1846; los cambios no fueron significativos en cuanto al espíritu de control sobre la responsabilidad de los editores. Para el período anterior a 1830, véase Piwonka Figueroa (2000).

En la década de 1840, Santiago tenía aproximadamente 60.000 habitantes, y Valparaíso, la ciudad portuaria más importante de la región y segunda en nivel demográfico, contaba con alrededor de 19.000. En esa misma década funcionaban nueve imprentas en Valparaíso y otras tantas en Santiago,²⁹ pero el tiraje de los periódicos oscilaba entre los 300 y los 500 ejemplares. De ellos además, una gran parte estaba garantizada por la suscripción del gobierno. Un decreto de 1825 sancionaba una suscripción gubernamental de 200 ejemplares. Si bien ese número, multiplicado por la cantidad de publicaciones que durante el decenio 1841-1851 fueron apareciendo (un 30% del total de 152), era en la práctica imposible de sostener, lo cierto es que el Estado destinaba altas sumas para gastos de prensa (16.468 pesos en 1843, mientras que para la Universidad se aprobaron 14.000). Ello implicaba, además, connivencias entre la prensa y el gobierno, lo que hacía en muchos casos depender a la producción periodística de la benevolencia ministerial, como se decía en la época. *La Gaceta de Gobierno*, por ejemplo, en su número correspondiente al 23 de abril de 1845, publicaba el edicto del Ministro Montt que le quitaba la suscripción, antecediéndolo con palabras destacadas, que decían lo siguiente: “Se suspende la suscripción a la GACETA porque no ha servido a los intereses del ministerio. ¡Que viva el liberalismo del Gobierno! ¡Que viva la libertad de Imprenta!”.³⁰ La mayoría de los periódicos eran efímeros, y no se sostenían si no era mediante suscripción ministerial. En una carta enviada por Santos Tornero al historiador Vicuña Mackenna, aquél expresaba lo siguiente: “Interesará a Ud. también saber que cuando compré yo *El*

²⁹ Existen más datos fidedignos sobre la empresa editorial en Valparaíso que en Santiago. En la primera, funcionaban los siguientes talleres: Independencia, Opinión, Araucano, Progreso, Siglo, Tribunales, Chilena, Mercurio, Oposición; en Santiago, existen por entonces la imprenta La Opinión, del Estado, El Progreso, y más tarde El Ferrocarril, entre otras. Entre 1840 y 1850 existieron un total de 23 imprentas en todo el territorio.

³⁰ El texto en cuestión dice: “El Presidente de la República en acuerdo de hoy se ha servido expedir el decreto que sigue. He venido en acordar y decreto: Artículo único. Desde el día 20 del presente mes, se quedará sin efecto la suscripción del Gobierno al periódico titulado Gaceta del Comercio, ordenada con fecha 10 de enero de 1842 y en la que se invertía la cantidad de 180 pesos mensuales, en conformidad del decreto de 10 de septiembre del citado año. Tómese razón y comuníquese. Lo transcribo a V. S. para su conocimiento y a fin de que con la prontitud posible lo comunique al dueño de la imprenta por la que se publique el diario arriba mencionado. Dios guarde a V. S.- Manuel Montt” (*La Gaceta del Comercio*, N° 993, 23 de abril de 1845, pág. 2, col. 2).

Mercurio a Rivadeneira sólo tenía 50 a 60 suscriptores en Valparaíso y 16 o 18 en Santiago; mas el gobierno tomaba 300 ejemplares que pagaba a medio real cada uno. Sosteníase, pues, con la suscripción del gobierno”.³¹

Santos Tornero había llegado en 1834 a Valparaíso y se había hecho editor conocido a partir, justamente, de la compra de la Imprenta del periódico *El Mercurio* – donde en ese momento escribía Sarmiento– al mencionado compatriota.³² Sería el encargado de fundar, en ese año de 1840 como quedó dicho, el primer local de comercio de libros, la Librería Española, en Valparaíso, y dos años después, en 1842, fundaría otra con el mismo nombre en Santiago.³³ En 1845 organizó, a partir de las dos librerías iniciales, las librerías de *El Mercurio*, agregando luego sucursales en Copiapó, La Serena y San Felipe. Para 1849 ya existían en Valparaíso 5 librerías, una de las cuales era sucursal de la fundada en Santiago por los hermanos Jacinto y Narciso Cueto, en 1847, comercio que ofrecía un total de 2.741 títulos, y otras tantas en Santiago. Si atendemos además a los “avisos” o boletines que aparecen en los periódicos, podremos tener una idea aproximada del carácter y desarrollo de los intereses de la cultura lectora. Tal información, sin embargo, debe ser interpretada teniendo en cuenta ciertas variables, entre las que el sistema de comercio juega un papel determinante, dado que existe un desfase entre los nuevos intereses lectores y la circulación efectiva de libros e impresos. En efecto, si a principios de 1832 el periódico oficial *El Araucano* ya dedicaba algún espacio a las nuevas corrientes literarias, como por ejemplo a los artículos sobre Madame de Staël o Chateaubriand, así como sobre

³¹ Reproducida en *RChHG*, N° 59, 1927, pp. 291-298. El mismo alegato aparece en sus *Reminiscencias de un viejo editor*: “Pero su principal entrada, lo que, puede decirse, lo sostenía, era la suscripción del Gobierno para distribuir a las oficinas, que tomaba doscientos ejemplares, al precio de medio real el ejemplar (61 centavos)” (Tornero, 1889: 15).

³² El conocido tipógrafo español Manuel Rivadeneira había llegado a Chile en 1839. En 1840 se hizo cargo de la Imprenta de La Opinión de Santiago. Editó el diario del mismo nombre y *El Araucano*.

³³ Martínez Baeza, en *El libro en Chile* (1982: 149), sostiene que la Librería Española fue creada en 1837. Subercaseaux (1993: 78), en cambio, apunta el año 1840. Por lo narrado por el propio editor español parece que esta última es la fecha cierta. En efecto, el español dice en sus *Reminiscencias* que llegó a Valparaíso en 1834, se casó en 1837 y en 1839 adquirió su primer negocio de libros. A continuación, relata: “La partida de libros comprada al señor Otaegui, me sirvió de base para abrir, con el nombre de *Librería Española*, el primer establecimiento de ese género que hasta entonces se conociera en Chile, en un local contiguo a mi almacén, de la propiedad del señor Soffia, poniendo en comunicación ambos establecimientos.” (1889: 14).

otros escritores europeos de los que fueron apareciendo reseñas o comentarios, en un número correspondiente a julio del año siguiente, la sección “avisos” que informaba sobre la venta de libros en Santiago mostraba claramente el predominio de temas tradicionales:

En el almacén de don Joaquín Iglesias calle de los huérfanos se vende un surtido nuevo de obras españolas con bella impresión y encuadernación; entre ellas una nueva edición de (1832) *Melendez*, más completa que las anteriores, y con la vida del autor por Quintana; una nueva edición del *Diccionario latino español de Valbuena*, (1832) con aumento de voces, correcciones y mejoras considerables, como puede verse en el prólogo del editor; *Tratado de la Regalía de la Iglesia de España o Derecho real a la presentación de Beneficios*, obra del célebre Campomanes, dada a luz por primera vez en 1830, y sumamente recomendable por la importancia del asunto y la escogida erudición del autor; una *Gramática Castellana por don Vicente Salvá* (1830), enriquecida con útiles reglas y observaciones sobre el uso de la lengua, comprendiendo la Ortografía, la Prosodia y Métrica, *ejercicio cotidiano (...)*; *Nuevo Robinson*, (1822) con mapas, láminas, e ilustraciones; *Filosofía de Guevara*, en latín, obra moderna, que trae los últimos descubrimientos físicos etc. etc.³⁴

Que sean esos los títulos que estuviesen en *plaza*, es decir, los que ingresaban al circuito comercial chileno, mientras que las obras de Chateaubriand o de Madame de Saël sólo eran “accesibles” al público lector mediante extractos de revistas

³⁴ *El Araucano*, N° 149, 1833, Sección “Avisos”, p. 4, col. 3. Martínez Baeza, coincidiendo con la fuente citada, describe la venta de libros para esa época del modo que sigue: “los libros se exponían en la tienda del mercader en seda, D. Ventura Soto, que vendía la *Gramática* de Salvá en la Plazuela de Santo Domingo; en el negocio del argentino Sr. Ortiz Alcalde, que los rifaba mediante cédulas o boletos, a la suerte; o en los establecimientos de los Sres. Iglesias o Capetillo, que los mostraban sobre braseros de cobre de sus ferreterías y bodegas de la calla Ahumada” (1982: 151-152).

extranjeras,³⁵ es un indicio del lento desarrollo del circuito libresco y coincide, además, con la descripción coetánea brindada por el marino Ruschenberger.

Diez años después, el *Museo de Ambas Américas*, revista publicada por Juan García del Río en Valparaíso, apuntaba ese desfase al señalar que “la mayor parte de los especuladores de libros, o por no tener conocimiento de los mejores, o atentos tan solo a proporcionar los que encontraban de más fácil espendio [sic], no han acertado a distinguir el oro de la escoria”, y agregaba que el resultado de ello era “que el hombre *algo instruido* nota una falta notable de buenos libros que consultar, un gran vacío que no le es posible llenar”. Repasando ese argumento, anunciaba una nueva sección, “Boletín bibliográfico”, “con la mira –decía– de hacer concurrir en lo poco que esté a nuestro alcance a que aquella falta se remedie, y se llene ese vacío”.³⁶ En las primeras dos entregas del boletín se daba cuenta de las siguientes publicaciones: los 13 tomos de la *Historia* de Buret de Longchamps, la *Historia romana* y la *Introducción a la Historia Universal* de Michelet, el *Nuevo compendio de todos los viajes alrededor del mundo desde Magallanes hasta Durville y Laplace (1559 a 1832)* de E. Garnier, *Libertad física y moral* de L. A. Gruyer, *Miscelánea histórica y literaria* del Barón de Barante, *Excursiones a las orillas del Rin* de Alejandro Dumas, *Historia de Francia bajo Napoleón* de Bignon, *Educación de las madres de familia* de Aimé Martin, la *Enciclopedia* en 25 tomos, *Cursos de literatura francesa* de Villemain, *Historia de las repúblicas italianas de la Edad Media* de Sismondi, entre otros.³⁷ La campaña de García del Río tenía por objeto sacudir la pereza o negligencia de los comerciantes o viandantes de libros, ofreciendo un catálogo paralelo de títulos deseados por la élite al catálogo efectivo que existía en los negocios de Chile. Por su parte, *El semanario de Santiago* publicaba en su número sexto “Una indicación al Ministro de Instrucción pública” en la que solicitaba al gobierno que destinara un fondo a la compra e importación de libros nuevos. El artículo comenzaba diciendo: “recorriendo las librerías de Santiago y la

³⁵ En efecto, la mayoría de los artículos sobre autores franceses contemporáneos son extractos que los redactores realizan de otras publicaciones extranjeras: eso sucede, por ejemplo, con el artículo “Madama de Staël juzgada por Goethe y por Schiller”, del N° 79 de *El Araucano*, extraído en 1832 de la *Edinburgh Magazine*, y lo mismo ocurre con el dedicado a Chateaubriand en el N° 86, del 5 de mayo del mismo año.

³⁶ *Museo de Ambas Américas*, N° 33, Tomo III, 1843, p. 343.

³⁷ *Museo de Ambas Américas*, N° 33, Tomo III, pp. 366-367 y N° 34, pp. 406-408.

biblioteca nacional, hemos notado que en todas ellas apenas hay otras obras que las publicadas ocho o diez años atrás”.³⁸

El “Catálogo de libros i folletos” que la *Revista de Ciencias y Letras* publicó en 1857 muestra que la prédica del colombiano como la de los redactores de *El Semanario* no caía en el vacío y que por entonces ya empezaba a removerse la apatía que había dominado ese circuito en los lustros anteriores. Según el Catálogo, entre los años 1831 y 1840 se imprimieron un total de 99 obras, entre libros y folletos (éstos últimos, además, divididos en discursos, poemas, memorias o diatribas, como el discurso pronunciado por el ministro Tocornal a raíz de la muerte de Portales, o el “Canto fúnebre” al mismo personaje por Marín del Solar, ambos de 1837, o la “Memoria sobre la verdadera gloria militar i política”, de autor anónimo, o el más cáustico y revulsivo titulado “Mierda política”, también de autor anónimo, de 1839); en cambio, entre 1840 y el año de reedición del *Facundo*, 1851, la cifra se eleva a un total de 403 obras, con un crecimiento sostenido por lo menos hasta 1850. La notable diferencia entre una década y otra, además, reside en el carácter de las obras impresas. Mencionamos sólo algunos ejemplos por año: *Curso de Derecho natural*, de Mora (corregido y aumentado por Briseño), *Fígaro*, de Mariano Larra, *Ernesto*, de Minvielle, *Los amores de un poeta*, de Carlos Bello, *Discurso a una sociedad de literatos*, de Lastarria, *El Semanario de Santiago* (1842), *Memoria sobre ortografía americana*, de Sarmiento, *La esclavitud moderna*, de Lammenais (traducida por Francisco Bilbao), *El Crepúsculo* (1843), *El diablo mundo*, de Espronceda, *Parisina*, de Byron, *Los misterios de París y El judío errante*, de E. Sue, *Investigaciones sobre la influencia del sistema colonial en Chile*, de Lastarria (1844), *Curso de filosofía moderna*,

³⁸ “No hay que esperar de las especulaciones privadas la importación de obras nuevas, que por el mismo hecho de ser desconocidas en Chile, no prometen segura salida ni utilidad en su despacho”. Y más adelante agregaba: “Destinándose dos mil pesos anuales para que el encargado de Negocios de la República comprase para la Biblioteca nacional las obras de más estima y los periódicos y revistas acreditadas en Europa, se establecería una corriente de ilustración que debe ser de gran provecho” (*El Semanario de Santiago*, N° 6, 18 de agosto de 1842, pág. 44). Ese mismo diagnóstico, y ese mismo reclamo, aparece casi dos años después en las páginas de *El Siglo*, en un artículo que llama la atención sobre la necesidad de la traducción y publicación de libros franceses, destacando el curso de Cousin (que circulaba en su idioma original), las obras de Lermenier y de Aimé Martín (*El Siglo*, “Libros franceses. Necesidad de su publicación”, N° 13, 19 de abril de 1844, pág. 1, cols. 1-3).

de Briseño, *Curso de Bellas Letras y Manual de Historia de Chile*, de V. F. López, *Los tres mosqueteros*, de A. Dumas, *el Facundo*, de Sarmiento (1845), *América poética*, de Juan María Gutiérrez, *Biografía de Lord Byron*, de Villemain (traducida por Bello, 1846), etc. Como se puede apreciar por los ejemplos citados, los años que van de 1842 a 1850 muestran un florecimiento en la circulación de libros, prevaleciendo las obras de carácter literario, acompañado por una tenue emergencia de producciones nacionales y americanas.³⁹

Por lo visto hasta aquí, sin embargo, es fácil comprobar que el sostenido crecimiento que se verifica en los inicios de la década de 1840 responde, entre otros factores, a los requerimientos de una élite cultural formada bajo las aulas del Instituto Nacional. García del Río hablaba de “hombres instruidos”, lo mismo suponían los pedidos de *El Semanario de Santiago*.⁴⁰ Si sumamos a esto el hecho de que, más allá de algunas pocas producciones que circulaban de mano en mano entre los miembros de la élite, en las librerías no existían autores nacionales ni libros editados en el país (a excepción, quizá, de aquellos destinados a las aulas de estudio, como las *Lecciones de Geografía moderna* preparadas por Victorino Lastarria en 1838 y reeditadas en 1842 y 1846, o el *Método de lectura* de Sarmiento de 1842, entre otros) y recordamos además que las tiradas de los periódicos no sobrepasaban los 500 ejemplares, como dejamos dicho, es patente que la cultura lectora estaba reducida a las competencias y requisitorias de un sector, el más culto, de la élite chilena.

El factor principal del bajo consumo de publicaciones se debía a las altas tasas de analfabetismo. En la década de 1840, menos del 17% de la población total de la República sabía leer y escribir. En 1854, de un total de 1.439.120 habitantes sólo el 13,5% estaban alfabetizados (193.898, de los cuales 123.437 eran hombres, y 70.461 mujeres; el resto, 1.245.222 de habitantes, no sabían leer ni escribir), y aún en 1865 la

³⁹ Una nota importante es que en el Catálogo se aclara que lo que se entiende por “folleto” no incluye a los periódicos, “con excepción de los que tienen un interés científico o literario”. Tal la evaluación de los periódicos *El Semanario* y *El Crepúsculo*. Cfr. *Revista de Ciencias y Letras*, Santiago, Tomo I, 1857, pp. 739-768.

⁴⁰ Del catálogo de los hermanos Cueto (1847), por ejemplo, la mayoría de los títulos pertenecían a importaciones provenientes de París, Bruselas, Barcelona, Madrid y Leipzig. El listado de los “Boletines bibliográficos” del *Museo* como el Catálogo recién analizado también responden a esa inclinación.

cifra de alfabetizados apenas había alcanzado el 17%. La misma *Gaceta del Comercio*, de Valparaíso, en un comentario relacionado con el resonante episodio del juicio a Francisco Bilbao por la publicación de su ensayo “Sociabilidad chilena” en *El Crepúsculo*, hacía la siguiente reflexión sobre la capacidad lectora chilena:

Estableciendo que en Chile en cada mil sepan leer diez, y en esos diez quiera leer uno, resultarán con la voluntad de leer los partos de la prensa, en los 1.200.000 habitantes que tiene la República, 1.200; y de esos 1.200 habrían leído el artículo acusado 120. Creemos pues que el artículo Sociabilidad Chilena habría pasado por alto como una producción sin gran número de lectores y con pocas simpatías, considerando el estado del país. Dejándolo a sí mismo, no habría causado daño, si es que lo hay en lo que dice, habrían triunfado los principios de Tolerancia, Libre discusión y libre imprenta, y no habría el fiscal trabajado, como lo ha hecho ahora, a favor del mismo escrito que se quiere anonadar.⁴¹

La especulación que trasmite este párrafo merece un comentario. En primer lugar, y de acuerdo a los antecedentes registrados, parecería que esta descripción reproduce con bastante fidelidad la verdadera capacidad lectora de un sector, el de la élite, de la sociedad chilena. El cálculo, a pesar de no ofrecer documentos rigurosos que lo avalen, se aproxima bastante, como pudimos ver, a los datos que se conservan de la época. Pero, en segundo lugar –y éste es un “dato” que no habría que desmerecer–, la reflexión pierde potencia en la medida en que está basada justamente en ese sector minoritario de la sociedad chilena, desestimando otras prácticas de publicidad (como la lectura colectiva o los rumores) que, evidentemente, debieron haber incidido en la mayor circulación del escrito de Bilbao. Por último, no habría que dejar de observar que tal reflexión es bastante sintomática respecto a la visión de la élite letrada sobre el público: éste se “enardece” (y propaga el “daño”) cuando el escándalo toca las altas

⁴¹ “Crepúsculo. Sociabilidad Chilena. Acusación fiscal”, en: *La Gaceta del Comercio*, N° 735, 21 de junio de 1844, pág. 3, col. 2. De este comentario parecería hacerse eco Barros Arana en su propia evaluación sobre el suceso, al que le resta mayor importancia.

esferas. Una suerte de teoría del derrame que, en la reflexión del redactor de *La Gaceta*, en el caso del opúsculo de Bilbao se podría haber evitado dejando a esos 120 lectores instruidos discutir, a puertas cerradas, lo leído.

1.3.3. *La cultura lectora en el Río de la Plata*⁴²

A juzgar por la experiencia de uno de los más notables escritores argentinos de la época, la capacidad lectora chilena no distaba demasiado de la del resto de las provincias del Río de la Plata, a excepción de Buenos Aires. Designado por el gobernador, en junio de 1839, Director de la imprenta de su provincia natal –de cuyas oficinas saldrá impreso el *Prospecto* que declaraba la creación de *un establecimiento de educación para señoritas* por él dirigido–, Sarmiento lanzará al público el primer número de *El Zonda*. A falta de padrón y de censo –decía con ironía el sanjuanino–, especulaba que la población de San Juan alcanzaba los treinta mil habitantes. Y luego reflexionaba:

De éstos, los 25.000 no saben leer: corriente, quedan 5.000. De éstos, 4.000 se les ha olvidado por falta de ejercicio o, lo que es lo mismo, porque no se había publicado nuestro periódico. De los mil que quedan a 600 no les importa nada de lo que nosotros escribamos. Pero aún quedan 400, de éstos que nos quiten 200, aquellos que quieran reducir al último apuro nuestro cálculo (...) siempre quedan a nuestro favor 200 personas que puedan leer. Ahora les damos de barato 150 que pedirán prestado el periódico, porque no vale lo que cuesta porque no sirve sino para el momento en que se lee por

⁴² Para la elaboración de los datos sobre las provincias argentinas y la ciudad de Buenos Aires, nos hemos basado en los siguientes materiales: Zinny (1868 y 1869); Hortelano (1936); Fernández (1943); Beltrán (1943); Buonocore (1973 [1944]); Auza (1978); Weinberg (1977); Myers (2002 [1995]); Halperín Donghi (1972); Rodríguez Molas (1957 y 1994 [1968]); González Bernaldo de Quirós (2007 [1999]); Verdevoye (1988 y 1994); Newland (1992); Newland y San Segundo (1992: 451-466); Rocca (2003), y los periódicos: *El Argos de Buenos Aires* (1824-1825); *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* (1827), *El Tiempo* (1828), *La Gaceta Mercantil* (1825-1833), *Diario de la Tarde* (1831-1835), *El Lucero* (1829-1833), *Museo Americano* (1835), *El Recopilador* (1836) y *El Zonda* (1839).

primera vez, siempre nos quedarían quieran que no quieran, 50 lectores escogidos, que valen tanto como 50 reales de plata acuñada por semana.⁴³

Con 50 lectores leales, sostenía el sanjuanino –cuyo lema había sido: “o no leer el *Zonda* o comprarlo”, en referencia a la habitual práctica de leer “de prestado”– se podría autofinanciar la edición de un periódico, si a eso sumaba los ingresos por avisos, publicidad gubernamental, etc. La realidad, finalmente, le demostró lo entusiasta de su especulación, y en el sexto número el semanario dejó de publicarse, básicamente por falta de suscriptores y por el encarecimiento de los costos de impresión. Poco después, Sarmiento cruzaba la cordillera hacia Santiago.

No existen datos precisos en cuanto a población y circulación de impresos por aquellos años en las provincias, pero los que arroja el *Primer Censo de la República* indican que San Juan contaba en 1859 con 60 mil habitantes, lo cual muestra que en este caso, como en el del redactor de *La Gaceta*, el autor del *Facundo* no andaba muy errado en su cómputo demográfico. Las provincias de mayor población, en particular Entre Ríos y Córdoba, contaban por esa fecha con 79.282 y 167.000 habitantes, respectivamente, y habían visto aparecer, entre principios de 1821 y febrero de 1852, 11 periódicos la primera, y desde 1823 hasta esa misma fecha 35 periódicos, la segunda. Sin contar Buenos Aires, las 13 provincias restantes alcanzaron a publicar, en conjunto, y en lo que va de 1819 a 1852, la módica suma de 118 periódicos en total.⁴⁴ Cabe consignar que, por lo menos hasta inicios de la década del 30, el tono de esas publicaciones confluía en la mayoría de los casos con el discurso ilustrado típico de aquel período, como vimos en el caso de Chile. Siendo gobernador de San Juan, por ejemplo, Salvador María del Carril utilizaba en una proclama, haciendo referencia a los triunfos de Junín y Ayacucho, la misma retórica ilustrada que vimos ejercitada por Camilo Henríquez: “¡Recuerdos sublimes y sangrientos! Oh Dios! Oh libertad! Vosotros

⁴³ *El Zonda*, N° 1, San Juan, Sábado 20 de julio de 1839, pág. 1, col. 2.

⁴⁴ Vale aclarar que el primer periódico del interior apareció en Tucumán, en 1817, pero allí sólo se publicaron, entre esa fecha y febrero de 1852, 8 periódicos.

dejáis vengada la América de tres siglos de opresión, y escrito al universo, que la esclavitud es un error, y el despotismo un escándalo”.⁴⁵

El caso de la provincia de Buenos Aires, y sobre todo de su ciudad portuaria, es completamente distinto. Dado que la mayoría de las producciones que se estudiarán aquí responden al grupo de literatos cuyos intereses y aspiraciones confluyeron bajo las aulas de la Universidad de Buenos Aires, primero, y en las reuniones del Salón literario de Buenos Aires, después, y sumando además el hecho de que el tipo de identidad cultural fraguada por esas experiencias subsumía el sentido de identidad nacional en las particularidades sociales y culturales de esa ciudad portuaria,⁴⁶ nos detendremos particularmente en el contexto cultural de este centro urbano, sin dejar de hacer referencias a Montevideo, primer refugio de la mayoría de los exiliados de esa generación.

En 1830 existían en la ciudad de Buenos Aires 5 librerías, y un lustro después había ya más del doble de esa cantidad. Por cierto, la práctica de comercialización del libro era novedosa y era frecuente encontrar ofertas de libros e impresos tanto en pequeñas tiendas como en pulperías. En una de esas cinco primeras librerías de principios de 1830 funcionó el Gabinete de lectura del francés Théophile Duportail, quien en 1836 vendería su fondo de comercio al librero Marcos Sastre, conocido por su actividad cultural y pedagógica. Éste último, como se sabe, en 1835 funda su propio Gabinete de lectura y, dos años después, el célebre Salón Literario. A esos Gabinetes se suman las asociaciones extranjeras o de comercio, entre las que cabe destacar la Sociedad Filantrópica Francesa, la Sociedad de Beneficencia de los Artesanos o la Union Library and Reading Room Buenos Ayres de la colectividad inglesa, en cuyas salas se combinaban lecturas de periódicos extranjeros con noticias locales y se propagaba una sociabilidad de pares que resultaría decisiva para las nuevas prácticas

⁴⁵ Citado por Zinny (1868: 183).

⁴⁶ Fabio Wasserman ha analizado esa identificación en su trabajo “La Generación del 37 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina” (1997: 7-34). Dice Wasserman: “Esa caracterización de Buenos Aires como emblema de la modernidad provocaba una fuerte identificación con la misma por parte de los miembros del grupo, incluso entre los nacidos en el Interior –recuérdese que la mayoría había pasado por las aulas de su Universidad. En su imaginario, tanto la ciudad como ellos mismos representaban en germen la nación por construir” (1997: 22).

de la élite; en ese contexto, y a pesar de su marcada diferencia en cuanto a prácticas y fines sociales, merecen mencionarse las asociaciones de carácter étnico, como las Corporaciones o Sociedades Africanas, que jugarían un rol destacado en la manutención y orientación pública del régimen rosista.⁴⁷ De entre las cinco librerías que mencionamos, lo que sigue es la oferta de títulos de una de ellas, la Librería de la Independencia, que se publicó en *La Gaceta Mercantil* en 1830:

En francés... Biographie Universelle... Les cabinets et les peuples... Condillac, Clarisse Harlowe. Contes moraux. Confessions de J.J. Rousseau... Caractères de Labruyère. Cours de Littérature... Diderot, d'Alambert... Libertés de l'Eglise... De Jouy... Lettres de Jumus, de Emile... Montesquieu... Maximes de La Rochefoucauld... Voyages d'Azara, d'Alibey, d'Antenoc, de Macaarthy...
En español... Atala... Anales de la Juventud... Cartas turcas, id a Heloisa... Cartas persianas, id. Peruanas... Ensayo sobre las costumbres y las preocupaciones.⁴⁸

La prevalencia de autores y obras francesas era una tendencia que se venía dando desde años atrás y que constituiría uno de los focos principales en la formación de la juventud universitaria. En 1825, la misma *Gaceta* había publicado un aviso de libros entre los que sobresalían *Las ruinas de Palmira*, de Volney, la *Corina o Italia* de Mme. de Staël así como obras de Molière junto a otras de Rousseau. En febrero de 1828, un nuevo aviso del periódico, con el título, frecuente en la época, de "Libros recién llegados de Europa", anunciaba obras de Montesquieu, Malthus y Quevedo.⁴⁹ Sólo tres meses después, *El Tiempo*, con el mismo título, informaba sobre la venta de obras de Benjamin Constant, Macarthy, Destutt de Tracy, Malthus, Humboldt, La Harpe, Montesquieu, Guizot, de las Casas, Maquiavelo, Voltaire y La Bruyère, entre

⁴⁷ González Bernaldo de Quirós ha estudiado el carácter de esas asociaciones y su participación política en el régimen de Rosas (2007 [1999]: 131-149).

⁴⁸ *La Gaceta Mercantil*, Buenos Aires, N° 1940, 6 de julio de 1830.

⁴⁹ *La Gaceta Mercantil*, Bs. As., N° 1262, 6 de febrero de 1828, pág. 4, col. 3.

otros.⁵⁰ El periódico *El Lucero*, redactado por el conocido napolitano Pedro de Angelis, también esparcía cada tanto entre sus avisos ofertas de libros extranjeros, como el aviso de las obras que esa misma librería Independencia acababa de recibir en 1829, entre las que figuraban las siguientes: “*En francés*. Atlas de la Sage, Armauce; [...] Annales de la medicine; OEuvres de Bentham [...] Botaanique en 22 leçons (sic); Biographie Universelle; Buffon de la Jenness (sic); Bignon; [...] Condillac; Clarisse, Harlowe, Contes moraux [...] Confessions de J. J. Rousseau [...] Labruyere (sic); Cours de Literature”. Y *En español*, entre otras, las siguientes:

Atala; Anales de la juventud; Arte de Nebrija; Bartolomé de Las Casas; Belisario; Catecismo de Say; Cartas turcas, id. a Heloísa [...] Curso de política, por B. Constant [...] Del gobierno civil, por Locke [...] Discurso sobre el origen del hombre, Derecho Romano; [...] El hijo de mi mujer; Emilio; Ensayo sobre las costumbres [...] El Anticuario, por W. Scott, Flora, Filosofía de la historia; Gil Blas, Genio del cristianismo; Gramática de la academia; Guzman de Alfarache [...] Nueva Eloísa; Novelas de Voltaire; Oraciones de Cicerón; Oficial aventurero, por W. Scott; Ortografía castellana [...] Pensamientos de Rousseau; Noticias históricas del Río de la Plata; Quintin Dureward (sic), por W. Scott [...] Rob Roy, por Scott [...] Viajes de Humboldt a las regiones equinocciales.⁵¹

Por lo que se ve, las obras de Walter Scott, Chateaubriand, Humboldt, Voltaire y Rousseau circulaban tempranamente con cierta profusión. De hecho, en el mismo periódico, seguirían apareciendo ofertas de libros extranjeros así como comentarios literarios diversos, como los dedicados a la obra de Calderón o a Lord Byron,⁵² y sería uno de los periódicos que darían a luz un comentario crítico sobre los primeros poemas de Echeverría. Al mismo tiempo, la producción bibliográfica, en crecimiento sobre todo a partir del ingreso de las nuevas corrientes de pensamiento, se combinaba

⁵⁰ *El Tiempo*, N° 16, 20 de mayo de 1828, pág. 4, col. 3.

⁵¹ *El Lucero*, Buenos Aires, N° 34, 16 de octubre de 1829, pág. 3, col. 3.

⁵² *El Lucero*, Buenos Aires, Sección “Literatura”, sobre Calderón en el N° 18, pág. 3, cols. 1-3, y N° 19, pág. 2, cols. 2 y 3; y sobre Byron, N° 22, 2 de octubre de 1829, pág. 2, cols. 1-3, y pág. 3, col. 2.

con reediciones, traducciones y ediciones originales de opúsculos o ensayos, como fueron la traducción de los *Cours* de Víctor Cousin, realizada por José Tomás Guido y el francés Alfredo Bellemare, que comenzó a aparecer en 1834 (aunque sólo se editaran las primeras dos *Lecciones*), o la de las *Cartas escritas por el Conde de Chesterfield*, realizada por Tomás de Iriarte, y publicada en 1833, la publicación de la *Memoria descriptiva de Tucumán*, de Alberdi, en 1834, del *Voto de América*, de Rivera Indarte, en 1835, o del poemario *Elvira o la novia del Plata*, aparecido tempranamente en 1832, o el de *Los Consuelos*, de 1834, cuyas resonancias críticas serán analizadas con detenimiento en el capítulo 3. En 1835, además, se produce uno de los acontecimientos bibliográficos más notables: la edición de la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata*, por la Imprenta del Estado, a cargo de Pedro de Angelis, y cuyo impacto cultural puede medirse por los elogiosos comentarios, no sólo públicos, que recibió en su tiempo.

En ese clima intelectual no es extraño, entonces, que los integrantes del Salón Literario de Marcos Sastre hayan podido desarrollar actividades previas de gran relevancia para su formación literaria. Así, por ejemplo, merece mencionarse la publicación de *El Museo Americano*, empresa periodística en la que colaboraron algunos de los jóvenes universitarios, como Juan María Gutiérrez, que iba acompañada con litografías de César Hipólito Bacle, famoso grabador ginebrino, instalado en Buenos Aires desde 1828.⁵³ Si bien esta revista –antes que periódico– ofrecía una serie de artículos y grabados de valor disímil, bajo la consigna de “interesar y distraer” a partir de una ecléctica edición de “cosas antiguas y modernas, animadas e inanimadas, monumentales, naturales, civilizadas, salvajes, pertenecientes a la tierra, el mar, el

⁵³ Las primeras litografías realizadas en Buenos Aires fueron las de Jean Baptiste Douville, naturalista y etnógrafo francés, quien concibió la idea de retratar a personajes como el Almirante Brown, los generales Mansilla, Alvear y Balcarce, los que imprimió en 1827 y comercializó con beneficio. La *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* publicaba el 22 de marzo de 1827 el siguiente anuncio: “Llegaron ayer de Europa por la vía de Montevideo cerca de 800 tomos de libros de los mejores escritores franceses, ingleses y castellanos, y se encuentran en la litografía de Douville y Laboissiere, calle de la catedral número 129 con muchos otros renglones (...), las obras de Chateaubriand, Condillac, Fontenelle, Montesquieu, Me. De Staël, Pareney, &c. Duphis sobre el origen de los cultos, &c. Hay de venta retratos de los generales Brown y Alvear, y se grava, imprime, y litografía toda especie de obra” (Nº 9, jueves 22 de marzo de 1827, pág. 4, col. 3).

cielo, a todos los tiempos, provenientes de todos los países”,⁵⁴ su importancia radica en haber sido la antesala del periódico ilustrado *El Recopilador*. Éste último, publicado en 1836 y redactado principalmente por Gutiérrez, marca un cambio de rumbo significativo, ostentando una serie de artículos, ensayos y poemas de factura local que conforman la primera publicación de inclinación cultural de relevancia de los jóvenes del futuro Salón. Allí aparecerían los primeros ensayos literarios de la generación, entre ellos la “Apología del matambre” de Esteban Echeverría, así como varias de sus poesías hasta entonces inéditas. De hecho, fue el periodismo el que otorgó a esa generación una visibilidad pública en la nueva sociedad porteña, a pesar de que, con *La Moda*, se haya disipado el último espolón de su intervención pública *in situ*, a raíz del enconamiento del sistema represivo del rosismo que se produjo hacia fines de la década. Ya en Montevideo, contarán con el apoyo de los exiliados del período rivadaviano, y contribuirán de modo significativo con el desarrollo de la cultura liberal de aquella ciudad.⁵⁵

El periodismo había manifestado un crecimiento notable en Buenos Aires hasta mediados de esa misma década, con un claro retroceso a partir de 1838. En efecto, entre 1830 y febrero de 1852, cuando la batalla de Caseros comandada por Urquiza derrocó al gobierno rosista, aparecieron aproximadamente un total de 121 impresos periódicos. De esa suma, 89 fueron publicaciones que se sucedieron entre 1830 y 1838. Entre este último año y 1851, se publicaron sólo 13 periódicos, y entre febrero de 1852 y septiembre de 1855 un total de 56 publicaciones nuevas, lo que indica un resurgimiento de la cultura liberal porteña una vez derrocado Rosas. Ahora bien, esas cifras deben ser evaluadas en el contexto de la diversidad social que evidenciaba Buenos Aires por esa época. En 1840, la ciudad tenía aproximadamente 65.300

⁵⁴ *El Museo Americano*, Tomo I, 1835, p. 1, col. 1. Como antecedente gráfico de su sucesor, la revista acompañaba cada grabado con un artículo temático. Los intereses eran tan disímiles como para llegar a combinar las figuras de una “Historia natural”, como el rinoceronte, la jirafa, el oso o la lira, con otros artículos de temática dispares, como los dedicados a “los diversos géneros de música”, a Chateaubriand, a los “aerostatos”, a unas “escenas de la Edad Media” o a “los jesuitas”.

⁵⁵ La ciudad de Montevideo tenía en 1835 alrededor de 23.000 habitantes, muchos de los cuales eran emigrados de Buenos Aires. Contaba por entonces con algunas librerías, y con al menos 3 imprentas: la Oriental, la Nacional, y más tarde la del Comercio del Plata.

habitantes, y más de 85.000 desparramados en el territorio comúnmente denominado “campaña”, esto es, la zona rural y suburbana de la provincia que se extendía hacia el sur hasta Bahía Blanca.⁵⁶ Hacia fines del 30, la escolarización elemental se debía exclusivamente al sector privado, dado que Rosas había retirado toda financiación pública al sistema escolar desde el conflictivo año 1838, cuando el bloqueo francés, sumado a los movimientos de sublevación de la facción unitaria y el levantamiento de Fructuoso Rivera contra Oribe en Montevideo, llevó a una redistribución presupuestaria a fin de solventar el franqueo de las milicias en defensa del régimen. La oferta educativa constaba de un grupo relativamente grande y dinámico de escuelas particulares, en su mayor parte regentadas por mujeres. El nivel de ingresos y la demanda de enseñanza de la sociedad porteña permitieron que la educación se difundiera de manera relativamente amplia. No hay datos precisos sobre el período anterior al Censo de 1855, pero la tasa de escolarización a mediados de siglo (para niños y niñas entre 7 y 13 años) estaba en el orden del 50%.⁵⁷ En 1855, la población urbana alcanzaba los 92.000 habitantes, de los cuales más del 40% no eran nativos. Mientras la alfabetización general llegaba ese año al 55%, la de los nativos era superior a la de los no nativos, y la de los hombres a la de las mujeres. El 64% de los varones nacidos en Buenos Aires sabía leer, mientras que la tasa para el mismo grupo femenino era de 55%. El significativo avance de la cultura lectora, principalmente incentivada por los periódicos y las casas de enseñanza particular, era confirmado hacia 1852 por un editor español establecido en Buenos Aires: la suscripción para su diario, por ejemplo, era lo suficientemente barata como para que hasta los más pobres lo leyeran, de ahí su elevado número de lectores pertenecientes a diversas clases sociales. El mismo año ese editor y librero importaba de España 20.000 ejemplares de novelas de bajo precio, que se vendieron en tres meses, particularmente entre los guardias nacionales.⁵⁸ Esta notable ampliación del público lector, visiblemente superior a la que por esos mismos

⁵⁶ En 1824, un censo estadístico estipulaba 582.000 habitantes en todas las provincias del Río de la Plata, es decir, del antiguo Virreinato. Cfr. *El Argos de Buenos Aires*, N° 9, 28 de febrero de 1824, pág. 7.

⁵⁷ Bernaldo de Quirós (2007 [1999]: 124) deduce un 30% de población alfabetizada en los años del Salón de Sastre.

⁵⁸ Benito Hortelano (1936: 215 y 233).

años se verificaba en Santiago, no debe hacer perder de vista la heterogeneidad social de su composición, como el hecho no menos importante de la variada y diversificada competencia lectora de los distintos estratos sociales de Buenos Aires. Evidentemente, quienes accedían a una educación formal eran las clases pudientes –sobre todo a partir de la década del 40–, por lo tanto las estadísticas deben tomar en cuenta esa diversidad social, que restringe el espectro de una competencia lectora general.

Por lo demás, el carácter restringido de la educación formal se vuelve más patente si sumamos a esta descripción el gran porcentaje de habitantes no nativos, en el que se inscribe en alto volumen la población negra o mulata. Entre 1834 y 1836 ésta representaba el 24% de la población urbana de Buenos Aires. El origen de esta población corresponde a la inmigración forzada proveniente del tráfico de esclavos, que ingresó a la ciudad desde Brasil y África, y cuyo auge estuvo situado entre 1742 y 1806.⁵⁹ En general, la mano de obra esclava se destinó a tareas de manufacturas o de oficios urbanos, pero se destacó también el trabajo doméstico en las familias de la élite criolla. La cantidad de avisos en los periódicos de la época en los que se ofertan este tipo servicios son esclarecedores.⁶⁰

En esa diversificación jerarquizada de la sociedad, el régimen rosista supo captarse las voluntades de la “plebe” o de la mayoría rural y suburbana (gente “orillera” según consignaban las *Gacetas* populares de Luis Pérez) así como de las

⁵⁹ Entre esos años ingresaron 25.900 esclavos negros por comercio legal y una cifra equivalente mediante el tráfico de contrabando (Cfr. Estudio de E. F. S. de Studer citado por Bernaldo de Quirós (2007 [1999]: 57 y 132).

⁶⁰ Para dar sólo algunos ejemplos: “Se vende un negro, es inteligente para tirar carruaje, en trabajo de quintas o hornos (sic) de ladrillos; es hombre de bien, y joven. El dueño vive en la calle de las Piedras N° 168” (*El Lucero*, N° 5, 12 de septiembre de 1829); “Se vende una criada soltera, sana y sin vicios: sabe lavar y cocinar, en 1500 pesos moneda corriente. Ocurrase al Núm. 45 calle Potosí” (*Diario de la Tarde*, N° 833, 10 de marzo de 1834); “Se vende una criada, su edad es de 25 años, en mil pesos moneda corriente, sabe lavar, planchar y cocinar, y muy buena vendedora: en la calle de la Universidad N° 7 darán razón” (*Diario de la Tarde*, N° 940, 23 de julio de 1834); “Se vende una morena joven, en la cantidad de 800 pesos moneda corriente, sin vicios conocidos en el tiempo que ha servido en la casa. Calle de la Florida N° 111, hallarán con quién tratar” (*La Gaceta Mercantil*, N° 3419, 24 de octubre de 1834). Los precios se estipulaban en “moneda metálica” o “corriente”, es decir, papel. Para tener una idea de este tipo de transacciones, pensemos que “una araña de ocho luces” que se ofrecía en esos mismos avisos (en el *Diario de la Tarde*, N° 1008, del 14 de octubre de 1834) se vendía en 600 pesos “moneda corriente”.

colectividades étnicas, en especial de las Asociaciones Africanas que mencionamos antes. Una de las formas letradas que revistió esa incorporación idiosincrásica fueron las gacetas populares o gauchescas, de escritores-publicistas como el mencionado Luis Pérez o Francisco Meana, cuyas producciones circularon con profusión entre 1830 y 1834. Títulos como *El torito de los muchachos* (1830), *El toro de once* (1830-1831) o *De cada cosa un poquito* eran acompañados por otros como *La Gaucha*, *La Negrita* (1833) o *El Negrito* (1833), invocando claramente a un sector de la sociedad que los periódicos doctrinarios y culturales de la élite en general desestimaban. La tradición de la gauchesca inaugurada por Hidalgo se combinaba así con la nueva función del gacetero “escribista”, que salía a competir en el espacio de la opinión, apelando a una estrategia lingüística y discursiva de gran efectividad, frente a la cual la élite cultural esgrimiría a su tiempo consuetudinarios modos de réplica. Desde la otra orilla del Plata, gacetas como *El Gaucho Jacinto Cielo* (1843), de Hilario Ascasubi, representaban el más visible de esos modos. Otros, en cambio, menos frontales, apelaron a un tipo de reflexión estética en donde el binomio lengua y cultura fue determinante en la confección de un imaginario de la nacionalidad (y también de la cultura popular).

A pesar de las considerables diferencias entre el espectro de la *literacy* y la circulación del impreso en ambos territorios,⁶¹ la actitud de las élites frente al imaginario de un público nacional resultaba sin embargo congruente, en buena medida producto de un ideologema ilustrado que, idealizada y contradictoriamente, fijaba en la capacidad de leer y de escribir las condiciones básicas para salir del atolladero de las costumbres degradantes o arcaizantes.⁶² Esa capacidad lectora, a

⁶¹ No puede establecerse un índice válido de comparación, dado que las cifras que manejamos para la misma época sobre alfabetización refieren, en el caso de Chile, al total de la población, y en el caso del Río de la Plata, sólo a la provincia de Buenos Aires. Sin embargo, las diferencias en cuanto al sector letrado de las élites se hacen realmente ostensibles al considerar la circulación de los títulos impresos. En este sentido, es bastante ecuánime el hecho de que la mayoría de los títulos y autores que tanto *El Semanario* como el Boletín de *El Museo de Ambas Américas* mencionan y solicitan, ya circulaban en Buenos Aires con bastante profusión a principios del 30 (entre ellos, Villemain, Dumas, Michelet, Cousin, Scott, es decir, básicamente el romanticismo francés).

⁶² Esa contradicción y, al mismo tiempo, idealización sobre las competencias lingüísticas podía observarse, por ejemplo, en las reiteradas quejas de los ministros e instructores con respecto

cuyo modelo restringido apelaba *La Gaceta* de Valparaíso, comenzaría a ampliarse paulatinamente –de manera constante a mediados de la década del 40 en Chile. Pero también debería ampliarse la capacidad de respuesta de las élites letradas frente a demandas y prácticas de lectura de un público que, si no el deseado, era el que efectivamente ostentaba la posibilidad de acrecentar el mercado del impreso.

1.4. La construcción del público lector

1.4.1. Las figuras del nuevo público

Resulta sugerente señalar que una de las prácticas periodísticas que habilitarían el pasaje a un nuevo tipo de función publicitaria subsistirá como elemento residual en el periodismo liberal y romántico iniciado en las décadas del 30 y del 40, aunque, por supuesto, los motivos de esa persistencia sean otros. Así explica Lempérière el sutil deslizamiento de la función que cumplían las publicaciones amparadas por las autoridades reales hacia el fin de la Colonia: “Con el pretexto de dar a conocer informaciones útiles y acertadas, el periódico escenificaba opiniones. Se trata de una escenificación, e incluso de una ficción, puesto que el editor, según el privilegio de imprimir, era el único autor de los artículos publicados” (1998: 70). Tal deslizamiento permitió la emergencia de una nueva figura, la de la “opinión pública”, frente a la cual las autoridades políticas debían confrontar sus acciones. Aunque amparado en un

al desinterés de los sectores “bajos” de la población por la educación formal. Como indican Egaña y Monsalve en su contribución a la *Historia de la vida privada en Chile*, “[esa] actitud de displicencia que era detectada en vastos sectores populares respecto a la instrucción, e incluso de ‘indiferencia’ hacia la escuela, como lo calificaría con posterioridad un alto funcionario del ministerio, debe ser entendida como la lógica correspondencia que se derivaba de las relaciones de producción y de las condiciones de la calidad de vida a las que en ese entonces se encontraban sometidos aquellos amplios sectores populares a los cuales se proponía instruir” (Egaña y Monsalve, 2005: 121). La misma advertencia hace Carlos Newland sobre la educación formal en Buenos Aires durante la época de Rosas (Cfr. Newland, 1992). La Constitución chilena aprobada en mayo de 1833 estableció la alfabetización entre aquellos requisitos para acceder al voto (además de empleo y renta a determinar por ley posterior). Cfr. Leiras (2004: 92). Asimismo, la Constitución unitaria de 1826 en Argentina establecía en su artículo sexto que el derecho a votar se perdía por no saber leer y escribir, aunque tal disposición sólo se haría efectiva quince años más tarde.

pacto de lectura mediado por otros intereses, el recurso de escenificación o ficcionalización de las opiniones aparecerá de modo recurrente en las publicaciones de las nuevas élites letradas. Por encima de los factores políticos, tal subsistencia remite a lo que se entiende por “formación de opinión pública”: tanto a las prácticas de que se vale el editor o redactor del periódico como al público lector (imaginado, deseado) con el que esas mismas prácticas se confrontan. Bastarán sólo un par de ejemplos, de los tantos que se podrían citar aquí, para dar cuenta de esa proyección discursiva. Así, desde las páginas del periódico fundado por Sarmiento y Quiroga Rosas en San Juan en 1839, por ejemplo, se apelaba a una supuesta carta enviada por una mujer que quería saber “lo que significa la palabra siglo” (si son diez o cien años), para hacer una breve reseña ilustrativa de los acontecimientos históricos que desencadenaron su movimiento en el siglo XIX: “Cuando se dice *el siglo* –decían los redactores–, es lo mismo que si dijésemos los deseos, las esperanzas, las necesidades, las ideas, los sentimientos de la humanidad actual. En este sentido, siglo es una palabra sintética, esto es, una palabra compuesta que expresa todas las fases de la civilización. Para explicarlo mejor, nosotros vamos a ensayar de hacer una rápida caracterización de los tres grandes siglos que nos preceden”.⁶³ Entre la pregunta por el significado de la palabra “siglo” y la “explicación” que dan los redactores existe una distancia cultural que evidencia un rasgo definitorio del público al que esa prédica aspiraba interpelar. Aunque pregunta y respuesta hayan sido programáticamente diseñadas, esa distancia pone en escena algo que el semanario no hará más que subrayar: para que haya *opinión pública* se necesita *educación*. El público, por lo menos el de esa provincia y en ese año, nunca está a la altura de las “luces” que manejan sus redactores; en consecuencia, debe ser ilustrado.

Otro es el caso del remitido que el periódico *El Alegre*, de Valparaíso, bajo el título de “correspondencia femenina”, publicó en su número 17. El escrito discurre acerca de los avasallamientos sufridos por la mujer en los paseos y festividades públicas, y lo hace apelando a un tono beligerante en términos de género, para desenmascarar con más acidez las actitudes patriarcales del sector masculino de la sociedad. Lo

⁶³ *El Zonda*, N° 6, San Juan, 25 de agosto de 1839, pág. 2, col 1.

interesante, además del contenido de la denuncia, son los términos en que aparece la escenificación pública de tal diatriba. “Al dirigirme a Ud. –decía el supuesto remitido– sólo pretendo el que me sirva de vía para que mis quejas logren la *apetecida publicidad*, denunciando ante *el tribunal de la opinión femenina* los subrepticios ataques que cada día experimenta la integridad del bello sexo, y el modo audaz y traicionero con que suelen ser acometidas nuestras personas por poco que ofrezca la ocasión su cabellera”.⁶⁴ La diatriba se afila contra los modales heredados de la sociedad colonial chilena, poniendo de manifiesto el menosprecio sostenido hacia la mujer, que era “tomada en todas partes como una diversión lícita”, para de ese modo encauzar una crítica social hacia las costumbres de la época:

Igualmente ultrajadas por el clásico tiburón del gorro y por el romántico escuerzo de las greñas, contra unos y otros prorrumpíamos en denuestos, quejándonos, y con fundamento de su modo de juzgarnos. He aquí porque, decíamos, celebran a una mujer en razón directa de su facilidad, y aplauden a una bailarina en razón directa de la cantidad de pierna que enseña al público, es decir, a los hombres; he aquí porque nos toman en todas partes como una diversión lícita, creyendo que a cada concurrencia sólo vamos para servir de barato entretenimiento a algún camueso hambrón y estrafalario, o a ponernos a disposición de esa generación que juzga que el ser hombre consiste en fumar puros de a tercia y pellizcar mujeres de a dos varas.⁶⁵

Las escenificaciones de opinión en la prensa liberal de mediados de siglo revelan, como muestran los ejemplos citados, antes que una actualización de orden temático la problemática figura del *público*. No es un dato menor que, en ambos casos, sea un sujeto lector femenino el que represente de manera especular dicha problemática. La

⁶⁴ *El Alegre*, N° 17, Valparaíso, 1846, pp. 131-134. Subrayados nuestros.

⁶⁵ *El Alegre*, pág. 134. Col. 1. Firma el remitido: “La oprimida en función”. Al final, una nota del redactor aclara la supuesta transposición de la carta: “Espero que las señoras anónimas que me favorecieron, no ha mucho, con su carta, me dispensarán dos cosas: la primera, el haber tardado más de lo que hubiera querido en hacer públicas sus quejas, y segunda el haberme separado un poco del asunto principal en la redacción de las ideas por ellas remitidas” (pág. 134, col. 2)

constitución de un nuevo público liberal, nacional y relativamente ampliado, encuentra en la figura de la mujer lectora una vía indirecta de reflexión acerca tanto del modo en que podría propagarse la escritura y la lectura como del tipo de obras que deberían perfilarse como adecuadas para esa generalización.⁶⁶ Antonio Cornejo Polar señaló la relevancia que supuso la ruptura con la institución colonial y la floración de la prensa periódica en las nuevas repúblicas, así como la necesidad de atender a la formación de un nuevo público “no porque sea definitivamente distinto o más vasto que el colonial, sino porque negocia otra articulación con la literatura a la que exige condiciones hasta entonces inéditas” (Cornejo Polar, 1995: 13). En ese contexto, se destaca el vínculo estrecho entre la literatura y la prensa periódica, principalmente a través de uno de los géneros más explotados en sus inicios como fue el costumbrismo. Como veremos en el capítulo 3, el género costumbrista, en sus dos vertientes, como crítica reformista y como elemento descriptivo de identificación cultural, será uno de los formatos que con más eficacia contribuirá a la construcción de un imaginario y una tradición nacionales. Pero volviendo a la cuestión del público y a esa nueva articulación dada por la emergencia del periodismo cultural, es necesario detenerse en la noción colindante que la idea de público induce: la llamada “opinión pública”. Como se vislumbra en el escrito de *El Alegre*, mediante la figura del “tribunal de la opinión femenina”, la diversificación de ese público cubre varios aspectos, relacionados todos ellos con la autoridad discursiva. Si, como sugiere Cornejo Polar, la “opinión pública” es una instancia que se caracteriza por su capacidad de intervención en el devenir social y cultural de la república, no menos cierto es que la ambigüedad del término, aun en la autocomprensión del fenómeno por parte de la élite que abogaba por su formalización, es representativa de una imprecisión mayor. En efecto, en el pasaje de la Colonia a la República, la institución de la “opinión pública” instaura también el problema de la socialización del *lógos* mediante la escritura, y su potencial desarrollo en la libre circulación que propaga su uso.⁶⁷ Por lo tanto, el carácter condicional que

⁶⁶ Al respecto, véase Masiello (1997), Batticuore (2005) y Poblete (2003).

⁶⁷ Como señalan Cavallo y Chartier, la circulación escrita del *lógos* en la democracia ateniense supuso la posibilidad de un uso libre del texto. Entre otras implicancias, el libre uso conlleva

asume ese proceso de socialización está directamente vinculado a la materialidad constitutiva de ese público que forma opinión. Es necesario, en consecuencia, despejar las incompatibilidades entre nociones teóricas e historiográficas objetivables y nociones operantes en las propias prácticas históricas de la época.

1.4.2. *¿Opinión pública o público de la opinión?*

La opinión pública, se dice, es el gran tribunal de la humanidad, la luz que señala el camino del bien y de la verdad, juez sin miedo y sin odio que premia o castiga sin que nada sea parte a influenciar sus fallos, conciencia de la sociedad que puede más que ejércitos y escuadras, que cadalsos y verdugos, que presidios y cadenas; palabra misteriosa que se escapa nadie sabe de dónde, cómo ni cuándo, pero que penetra en todas partes: en la choza como en el palacio, sin curarse de guardas, espías, centinelas, puertas, cerrojos ni espesas murallas; palabra misteriosa que alienta al justo que sufre, hace temblar al poderoso que abusa, sonrojarse al que ha cometido una falta, huir al criminal.⁶⁸

Con estas palabras comenzaba Justo Arteaga Alemparte su reflexión sobre la “opinión pública” en el periódico que redactaba junto a su hermano, en mayo de 1860. Como se puede apreciar, el fragmento inicial apela a la figura ya establecida retóricamente desde la irrupción de la prensa ilustrada en los años sucedáneos a las revoluciones de la independencia. La noción de la “opinión pública” como “gran tribunal de la humanidad (...) luz que señala el camino del bien y de la verdad” proviene de una representación iluminista que apelaba al ámbito de la razón universal y de la sana moralidad de los individuos, y que atribuía además una concepción trascendental y filantrópica a la prensa periódica como instrumento de expansión de

para la cultura occidental la posibilidad de la instalación de sentido a través de la interpretación de la lectura. Cfr. Cavallo, G. y Chartier, R. (1998: 11-53).

⁶⁸ Arteaga Alemparte, Justo. “La opinión pública (Una paradoja a propósito de una verdad)”, en *La Semana*, Santiago, N° 44, 5 de mayo de 1860, pp. 325-328.

las “luces”, tal como señala Bernardo Subercaseaux para el ingreso de la imprenta en Chile y los escritos en la prensa de Camilo Henríquez.⁶⁹ La ironía de Alemparte resultará así más efectiva en la medida en que lo que su escrito se propone es, justamente, poner en crisis esa idealización. No deja de ser reveladora sin embargo la imagen que en este primer pasaje cobra la figura de ese “tribunal” como “conciencia” que todo lo penetra, pero cuyo funcionamiento se desconoce: “palabra misteriosa que se escapa nadie sabe de dónde, cómo ni cuándo, pero que penetra en todas partes: en la choza como en el palacio”. Como la figura artifice que señala Subercaseaux, acá ese tribunal también es una “máquina”. Sólo que, a distancia de casi media centuria, Alemparte ya no cree ni en la unívoca predestinación de su faena ni en la virtud trascendental de su mecanismo. Lejos de eso, el artículo da cuenta de una doble condición problemática. Por un lado, la dificultad de definir el modo en que esa máquina opera. Por el otro, lo equívoco de su constitución. Porque, “¿qué es la opinión pública?” se pregunta Alemparte, y apunta una respuesta que, aunque simplificadora en su pesimismo sobre la articulación de lo público, no deja de proveer una instancia de reflexión ineludible para abordar las representaciones y definiciones teóricas sobre el asunto:

La opinión pública, según los más entendidos, es el juicio que forma la mayoría de la sociedad sobre los hombres y los sucesos. Si hay alguna definición que diga más que esta no la conocemos. Por tanto, ciñéndonos a ella vamos a permitirnos nuestras observaciones.

¿De qué se compone una sociedad? –De hombres, es claro.

¿En cuántas categorías se dividen esos hombres? En hombres de talento y necios.

¿Por cuáles está la mayoría?

⁶⁹ En su *Historia del libro en Chile*, Subercaseaux señala que mucho antes de que se instalara la primera imprenta en Santiago ya existía una visión determinada “de su rol y de su significación”. Esa visión se conformaba con las ideas ilustradas de progreso que colocaba en el impreso y en el libro los símbolos de educación de los pueblos, visión orientadora de los escritos públicos de Camilo Henríquez en la *Aurora de Chile*, pero que no mantenía una relación orgánica con la realidad social de entonces (Subercaseaux, 1993: 15-29).

Corred los paseos, los teatros, los cafés, los salones; id examinando uno por uno a cuantos entran o salen, hablan o gritan, miran o duermen, comen o beben, y hallareis la contestación a la pregunta anterior.

El escrito de Alemparte escenifica los elementos centrales de una construcción ideológica moderna que combina un ideal deliberativo con una concepción unanimita de la opinión, aunque no llegue a desarticular los términos de esa conjunción.⁷⁰ Si en lugar de “hombres de talento y necios” hubiese especulado con las distintas clases o estratos sociales que conformaban por entonces la sociedad chilena, tal vez habría ganado en complejidad lo que evidentemente su pensamiento dispó en tono moralizante.⁷¹ Ciertamente, el adjetivo que acompaña esa formación ideológica que es la “opinión” (es decir, el hecho de que sea *pública*) refiere a la *res publica*, esto es, al espectro de lo político. Como producto de la Ilustración, de la *Aufklärung*, para remitir a la pregunta con que la revista berlinesa publicó el escrito de Kant en 1784, la ambigüedad del término se correlaciona de manera sintomática con la ambigüedad que revistió por esa misma época la idea de “pueblo”. Se trataría en principio, desde esa particular distinción que realizó Kant entre uso privado y uso público de la razón, de cómo garantizar un uso público de *esa* razón.⁷² El problema político que plantea

⁷⁰ Elías Palti revisa agudamente la controversia entre las concepciones deliberativas y unanimitas de la “opinión pública” del liberalismo decimonónico, demostrando que el unanimismo (es decir, la opinión totalizante, sin fisuras ni divergencias de opiniones) no representa un síntoma de “la persistencia de una visión holista de la sociedad, propia de las tradiciones corporativas medievales”, como creería ver Guerra, sino que formaba parte del imaginario propiamente moderno (Palti, 2007: 171-202).

⁷¹ Así concluye el artículo: “Opinión pública! He aquí cuáles son tus justicias: prendes al débil, ríes del desgraciado, cortejas al usurero. A tontas y a locas levantas o abates, das la fortuna o das la miseria, la felicidad o la desgracia, la alegría o la pena, el goce o el dolor,- y todos son tus cortesanos: el rey y el ministro, el orador y el tribuno, el escritor y el poeta, el hombre de genio y el patán, el virtuoso y el bribón: todos te piden una sonrisa, todos te asedian, te abruman, te confunden porque les arrojes una migaja de tus favores, de los tuyos ¡opinión pública! que marcas la frente de la pobre mujer apasionada e inciensas a su seductor, que llamas ladrón al hombre sin pan, sin abrigo, sin nombre, sin apoyo, sin esperanzas, que roba una vara de lienzo, y vas a arrastrarte en las antecámaras del usurero enriquecido que te desprecia, que no te compra porque no te necesita y que en cada uno de sus actos se mofa de tus fallos. Opinión pública, tú no eres más que el lodo moral divinizado” (ídem: 328).

⁷² El texto de Kant, conocido como “Was ist Aufklärung”, es la respuesta a una encuesta para la revista *Berlinische Monatsschrift*, que se publicó en diciembre de 1784. Fue editado en su

esta disquisición no está alejado de la cuestión del público, real o imaginado, que conforma una cultura literaria a mediados del siglo XIX en Sudamérica. No lo está ni en la conformación de ese público ni en el distingo teórico necesario para abordarla.

Ligándola a la cultura burguesa europea y a los ideales de la Ilustración del siglo XVIII, la clásica descripción de Jürgen Habermas (1986 [1962]) establece el fenómeno como la constitución social de una “zona crítica” dada por el contacto entre el ámbito privado y los poderes públicos del Estado, lo que devendría la “crítica de un público racionante” a partir del momento en que éste logra “poner en funcionamiento el instrumento con cuya ayuda habrá convertido ya la administración a la sociedad en un asunto público: la prensa” (1986: 62). Habermas analiza detalladamente el momento histórico del surgimiento de una nueva categoría social, la *publicidad política*, que se formaría en el proceso de mercantilización de las sociedades burguesas, y se constituiría como tal a partir de una comunicabilidad literaria específica, aquella que se daba en “la esfera de la intimidad pequeño-familiar de las personas privadas [que] se conciben a sí mismas como independientes” (ídem, 85). Esa categoría, que determina la estructura de la llamada “opinión pública”, cumplió un rol específico durante gran parte del siglo XVIII: trasvasar al orden público-estatal la racionalidad burguesa-mercantilista, que se manifestaría en los códigos y derechos civiles modernos. Esa ficción de igualdad de “los nacidos iguales” secularizó los estamentos que impedían la discusión de modo autónomo. A pesar de su potencia teórico-descriptiva, la visión monista de Habermas, al centrarse en las nuevas formas de comunicación de las élites metropolitanas y dejar afuera otras prácticas comunicativas cuya procedencia difiere

versión castellana por Emilio Estiú (1958). De acuerdo con Foucault, lo sorprendente (y problemático) de esa disquisición kantiana reside en el hecho de que el uso privado de la razón, para Kant, es aquél atravesado por prerrogativas institucionales, de gobierno, mientras que el carácter público era determinado por la “totalidad del público”, constituido como la opinión selecta de la sociedad. Véase la reflexión de Foucault (1996 [1984]). Kant establecía un equilibrio artificial entre libertad de expresión y función orgánica de la misma: “Ahora bien, en muchas ocupaciones concernientes al interés de la comunidad son necesarios ciertos mecanismos, por medio de los cuales algunos de sus miembros se tienen que comportar de modo meramente pasivo, para que, mediante cierta unanimidad artificial, el gobierno los dirija hacia fines públicos, o al menos, para que se limite la destrucción de los mismos. Como es natural, en este caso no es permitido razonar, sino que se necesita obedecer” (1784 [1958]).

de la “esfera íntima de las pequeñas familias” burguesas (ídem, 66), merece ser y ha sido criticada.

En la introducción al volumen colectivo *Los espacios públicos en Iberoamérica*, François-Xavier Guerra y Annick Lempérière señalan por lo menos tres motivos de crítica a la teoría habermasiana: por el corte liberal y progresivo de su visión histórica, por centrarse en la comunicación de la élite cultural y por el escaso valor otorgado a los elementos propiamente políticos (1998: 5ss). El principal aporte del libro de Guerra y Lempérière, además de que ofrece descripciones localizadas, radica en la visión complejizada que brinda acerca del pasaje de las prácticas comunitarias del Antiguo Régimen a los espacios públicos de las nuevas repúblicas independizadas. En su contribución, Annick Lempérière constata que el vocablo *público* tenía dos significaciones antes de las revoluciones liberales; por un lado, el público era el conjunto de los habitantes de la república (no el ente abstracto del “pueblo soberano” que irrumpirá con la revolución); por el otro, lo público estaba relacionado con la publicidad, es decir, era aquello que se hacía o decía “a vista de todos” (1998: 55). El cambio se produciría cuando la opinión se asentara en la inmanencia de las normas, es decir, cuando ninguna autoridad suprema pudiera otorgar el basamento para ese “tribunal de la humanidad”, como lo llamaba irónicamente Alemparte. Lo que quiero destacar a propósito del artículo de Lempérière es que muchas de las características de la cultura pública urbana del Antiguo Régimen perviven en el espacio público moderno, sin que esto signifique una contradicción en sí misma ni represente un destiempo en la modernidad de las prácticas discursivas. Los conceptos de “urbanidad” y “civilidad” de la moral ilustrada mantendrán su peso en la cultura liberal asociacionista así como seguirán siendo operantes los criterios de “buenas costumbres” y “virtud” que antes dirimían la elección del ciudadano como miembro de gobierno o de cualquier corporación urbana. Así, por ejemplo, se deduce del *Reglamento de la Sociedad de Lectura* de Santiago de 1828, creada para:

Fomentar el espíritu de asociación proporcionando un punto de reunión en que se junten y traten los amigos de la civilización y el orden, consultándose

en sus dudas, comunicándose recíprocamente sus ideas y estrechando de este modo los vínculos que deben ligar a todos los que desean el orden.⁷³

La nominación “los que desean el orden”, naturalmente, es un constructo genérico cuya referencia metonímica habría que buscarla en la antigua noción de *politesse*. Lo que oculta esa metonimia es el hecho de que esa “igualdad” se restringía a las “personas decentes” y que en esa “privatización del leer” se definía claramente un modelo de civilidad, ligada más a los ámbitos estrechos de las relaciones familiares y jerárquicas que a los modelos democrático-liberales. “Amigos de la civilización y el orden” también se pensaban los integrantes de la Sociedad Literaria de Buenos Aires en 1821, cuya intervención en la “opinión pública”, mediante la publicación de *El Argos de Buenos Aires* y *La Abeja Argentina*, estaba directamente vinculada al gobierno y a la figura de Rivadavia. Como la Sociedad de Lectura de Santiago, la Literaria de Buenos Aires observaba claramente los protocolos de una asociación restrictiva mediante un Reglamento que establecía, entre otras cosas, que los miembros admitidos por ella debían ser aquellos públicamente distinguidos.⁷⁴ El surgimiento de la nueva autoridad de la “opinión pública” está así estrechamente vinculado al *status* social: si las gacetas o periódicos que comenzaron a publicarse a mediados del XVIII necesitaban de la anuencia de las autoridades reales, con el advenimiento de la República, en cambio, los portavoces de la publicidad escrita –aun por encima de los lazos efectivos con los gobiernos que amparaban– se verán a sí mismos (miembros de una elite cultural que se autolegitima) como formadores de ciudadanía. Así, aún en el *Dogma* de la nueva generación rioplatense esa instancia se retrotrae a la política antigua. Sobre el proceso desencadenado por la revolución de independencia, escribían: “Era preciso atraer a la nueva causa los votos y los brazos de la muchedumbre, ofreciéndole el cebo de una soberanía omnipotente (...) y en vez de decir: la soberanía reside en la razón del

⁷³ Citado por Céline Desramé, “La comunidad de lectores y la formación del espacio público en el Chile revolucionario: de la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)”, en: Guerra, Francois-Xavier, Annick Lempérière et al. (1998: 295ss).

⁷⁴ El artículo 38 de la reglamentación interna de la Sociedad estipulaba lo siguiente. “La Sociedad admitirá por miembros supernumerarios a las personas que se distingan por sus luces y beneficencia pública”. Las Actas se pueden consultar en la compilación de documentos realizada por Gregorio F. Rodríguez (1922 [1822]: 296).

pueblo, dijeron: el pueblo es soberano". Y más adelante: "De aquí resulta que la soberanía del pueblo sólo puede residir en la razón del pueblo, y que sólo es llamada a ejercer la parte sensata y racional de la comunidad social" (Echeverría, 1972 [1846]: 144 y 152). A pesar de que esta reflexión permanece atada a la coyuntura política librada por el voto masivo instalado por el gobierno de Rivadavia, lo cierto es que la idea de una soberanía acotada y restrictiva ya había sido enunciada un cuarto de siglo antes por los publicistas y legalistas de la independencia, y que fue una preocupación constante de la política moderna instaurada por la revolución. En 1816, por ejemplo, el redactor de *El Observador Americano*, Manuel Antonio de Castro, sostenía lo siguiente:

Sin este orden constitucional severamente observado, en vez de ser el pueblo soberano quien se dexa ver en las plazas o asambleas públicas, aparecerá el poder de la multitud mas fuerte, mas animosa, o mas ignorante. La república siempre expuesta a terribles sacudimientos degenerará en confusa *Olocrécia*, cuyo despotismo es tanto mas violento, quanto es mayor el número de los déspotas y más impetuosa la acción tumultuaria de la muchedumbre. (*El Observador Americano*, N° 3, 2 de septiembre de 1816, pp. 18-19)

Reflexiones como ésta plagan las páginas de los periódicos posrevolucionarios. El conflicto se plantea, entonces, en el orden de la representación política. Como planteó Roldán para el caso del Río de la Plata –aunque el planteo puede ser extensivo a toda la región–, el sistema de retroversión de la soberanía significó los intentos por recrear el sujeto ficticio cuya función era encarnar la soberanía de un modo similar al modelo hobbesiano (Roldán, 2003: 25-43). Recientemente, Eugenia Molina analizó el problema de la "opinión pública" en el Río de la Plata, demostrando que la polisemia del término que deparó el proceso revolucionario no ocultaba el hecho de que desde el inicio del proceso predominaba la idea de una opinión ilustrada, basada en la racionalidad, faro y tutora de las multitudes, pero también en los vínculos sociales que intervenían en su producción, y que se extendería más allá del período propiamente

“ilustrado”.⁷⁵ Por lo tanto, si la noción de “opinión pública” moderna está estrechamente ligada al *status* social (de una protoburguesía, en etapa de transición) y si su fuerza disruptiva diagrama los modelos de sustitución de la autoridad del *Ancien Régime*, ello arrastra una cuestión fundamental para pensar concepciones limítrofes como las de “espacio público” o “público lector”: la materia misma de la *representación*. Y es en este sentido que la teoría habermasiana de la racionalidad comunicativa también merece ser revisada. Ya no por el sentido teleológico-liberal de su propuesta, o por el carácter localizado de su descripción, sino porque el supuesto normativo de que los problemas prácticos poseen una solución racional –libre ésta de coacciones– implica un funcionalismo inherente que desatiende o, lo que es peor, desmerece, las contingencias, instancias y determinaciones irreductiblemente históricas del fenómeno.⁷⁶ Entre ellas, las que interfieren en los modos de concebir la

⁷⁵ En el apartado “El periódico y su función socializadora” hemos ejemplificado el modo en que esos vínculos determinan y forman opinión. El trabajo de Eugenia Molina se divide en dos partes; la primera aborda los “discursos y representaciones de la *opinión pública*”; la segunda se centra en “los actores, espacios y recursos” de la misma en un período extendido entre 1800 y 1852. La historiadora destaca la pervivencia de ese modelo restrictivo en las redes románticas argentinas, a pesar del cambio en el léxico utilizado por la nueva promoción de letrados. Cfr. Molina, 2009: 107-117.

⁷⁶ En tanto el núcleo epistemológico de la teoría comunicativa habermasiana se fundamenta en una estructura aporética, a saber: el hecho de que la categoría de “opinión pública” (publicidad política) basa toda su funcionalidad en una ficción de clase (“el interés de clase es la base de la opinión pública”, sentencia Habermas [1986: 122]), resulta difícil imaginar un funcionalismo desasido de esa primaria constelación abstracta de valores, entendido como “zona crítica” de una supuesta “razón universal”. Puesto que los “presupuestos sociales” que Habermas no deja de señalar como contingencias de la negación histórica de la economía burguesa (ese “como si” que tendría, sin embargo, su momento de verdad), resultan *constitutivos* de una forma prototípica de racionalidad, el pasaje a una “universalización” de la comunicabilidad (esa especie de pacto moral habermasiano) se encuentra desde el inicio tensionado por su carácter ideológico a la vez que normativo.

En el prefacio a la edición alemana de 1990, Habermas considera las críticas a su teoría (recopiladas en el volumen de Craig Calhoun, *Habermas and the Public Sphere*, MIT Press, Cambridge, 1992) y retoma ese aspecto al reconocer, por ejemplo, que la publicidad política “quedó determinada de una manera sexista [en tanto excluía a las mujeres] tanto en su estructura como en sus relaciones de la esfera privada” (*ídem*, 9). Aun así, para Habermas, en la medida en que los discursos universalistas de la publicidad burguesa llevaban inscriptos el principio de autorreferencia y autotransformación, posibilitaron la emergencia y dinámica de otros discursos (como el feminista) en el plano de la comunicación intersubjetiva. Ahora bien, si la estructura patriarcal de la esfera privada burguesa es denegada, la cuestión problemática sería entonces identificar en esa *contingencia* la irrupción de un modelo universal para la acción comunicativa. Para Habermas, de hecho, todas las otras formas de publicidad (plebeya,

esfera pública y las prácticas sociales que ésta suscribe. Sin embargo, el ambiguo estatuto teórico que impregna la noción de “esfera pública” parecería por momentos contravenir los esfuerzos de la historiografía política contemporánea.⁷⁷

femenina, etc.) son variantes de la publicidad burguesa hegemónica, sin que ello obstruya la posibilidad de que esa relación de dominio sea modificada. Sobre la *función* de esa ficción burguesa, sostiene Habermas: “Si cualquiera, *como podía ocurrir*, tenía la posibilidad de convertirse en un burgués, entonces podían tener acceso a la publicidad políticamente activa *exclusivamente los burgueses sin que ello desmereciera su principio*” (ídem, 122 [yo subrayo]). En verdad, no se sabe si ese “principio” responde al aspecto comunicativo o al carácter burgués del mismo (de hecho, la consideración de la burguesía como protoformación social de la modernidad recuerda aquí esa “estructura profunda” de la que hablaba José Luis Romero en *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas* (1976), cuyo carácter normativo formateaba su perspectiva legitimista de la cultura). Lo que ese funcionalismo pasa por alto es el hecho de que la “esfera pública” debería, al estar socialmente construida, integrar (al menos en teoría) todas las dimensiones de la experiencia humana (Negt y Kluge, 1993) y, por lo tanto, no sólo aquella que provee la materia al constructo de la comunicabilidad burguesa. Para decirlo rápidamente, esa esfera pública es una “ilusión” que esconde intereses de clase, sí, pero de una clase específica. De allí que sea en la última parte del libro donde más claramente se haga ostensible la deuda de Habermas con Horkheimer y Adorno, al contrastar el modelo de comunicabilidad burguesa clásica con la publicidad de la sociedad post-industrial. Así explica Habermas la publicidad en la sociedad de consumo: “El ámbito íntimo desprivatizado es publicísticamente socavado, una pseudopublicidad desliterada retrocede al ámbito de confianza de una superfamilia” (ídem, 191). La abultada carga de prefijos para aquellos términos que caracterizaban la esfera clásica burguesa (“publicidad”, “literaria”, “familia”), parecería manifestar retóricamente la negatividad que el tipo ideal burgués de Habermas prescribe en su propia estructura idealizada.

Por lo tanto, para el período y el contexto que aquí nos ocupa, el modelo de Habermas debe ser reconducido: por un lado, porque se presenta limitado frente a formas alternativas de comunicabilidad política que ocupan un lugar igual o más dinámico que el discurso crítico ilustrado (como la prensa popular, las canciones líricas, los rumores o las imágenes [Cfr. Guerra, 2003: 7 y 20]); por otro lado, porque esa “zona crítica” que describe Habermas debe ser considerada en su misma estructura aporética. Terry Eagleton señaló la ironía de la crítica de la Ilustración de este modo: “mientras que su defensa de las normas de la razón universal denota una resistencia al absolutismo, el gesto crítico es en sí mismo típicamente conservador y corrector” (Eagleton, 1999: 15). Como no se le escapa a Eagleton, la ficción de la *Humanität* – término clave en la concepción habermasiana de lo público– no podía producir por su propia estructura un discurso verdaderamente crítico (“los límites de la esfera pública no son límites”, dice Eagleton, “pues al otro lado de ellos, como al otro lado de la curvatura del espacio cósmico, no hay nada” [ídem, 41]). Para que tal emplazamiento pudiera formarse antes era necesario el surgimiento de una “contraesfera pública” (ídem, 41).

⁷⁷ Aun el volumen colectivo de Guerra y Lempérière padece los efectos de esa contradicción, en la medida en que varios de los trabajos de la segunda y tercera parte, dedicados a la formación de un público moderno, reiteran una concepción apriorística derivada de la línea habermasiana, la cual, justamente, discuten. Una aguda lectura sobre el revisionismo de esta vertiente historiográfica se halla en el trabajo reciente de Elías Palti (2007). Ver nota 70, más arriba.

Pilar González Bernaldo de Quirós (2007 [1999]), por ejemplo, ha analizado las formas de representación política en el Río de la Plata entre 1829 y 1862, y ha prestado atención a las divergentes concepciones del público que se manejaban en la época, así como a las distintas instancias de comunicabilidad de los diversos sectores sociales comprometidos con el espacio público. Siguiendo el movimiento asociativo moderno, Quirós especula con los distintos modelos de sociabilidad que se ejercen en Buenos Aires, desde las pulperías a los cafés y los salones y, consecuentemente, con los modos de circulación y constitución de una opinión pública moderna. El surgimiento de los cafés, producto de una diferenciación de clase, es una buena muestra de cómo los espacios están determinados por variables culturales a la vez que económicas. “La ‘gente decente’ –dice Quirós– que, por afición al juego y a la reunión entre hombres, sólo concurría a los despachos de bebidas que había en el barrio, encuentra ahora, en los cafés, un lugar que cumple las mismas funciones pero con un público más selecto” (2007 [1999]: 87). Tal selección está relacionada, según la autora, a una “especialización del espacio urbano”, especialización ligada al hecho de que los cafés “parecen predisponer a un tipo específico de cultura pública, la del público de la opinión” (ídem: 90). Ahora bien, sin soslayar las diferencias existentes entre los distintos ámbitos de sociabilidad, es evidente que esa predisposición está vinculada tanto con el *status* social cuanto con un elemento implícito de la misma: la capacidad lectora, competencia legitimadora de la comunicabilidad social “moderna”.⁷⁸ En consonancia con ello, el análisis de Quirós propende a una diferenciación del objeto “opinión pública”: por un lado, los formadores de opinión, esto es, los escritores publicistas cultos o de “extracción popular”; por el otro, el público de la opinión, que se dividía, a su vez, entre los sectores populares y la llamada “gente decente”. Sin embargo, lo que esa diferenciación mantiene tácitamente es un modelo abstracto de la opinión política moderna, un constructo teórico *apriorístico* a partir del cual y contra el cual se miden los fenómenos particulares de la comunicabilidad política. Pensar la

⁷⁸ Dice Quirós: “Las formas de sociabilidad como las reuniones en los cafés se identificaban tanto más con el nuevo poder político cuanto que instituyeron una esfera pública, literaria durante el primer gobierno de Rosas, y política después. Con mucha frecuencia se asocian a la redacción de un diario y más tarde a los ‘partidos políticos’” (ídem: 91).

preocupación por “la cosa pública”, como hace Quirós, como indicio de la política moderna supone adherir la noción de democracia moderna a los mecanismos simbólicos de la publicidad letrada y burguesa –es decir, en línea con Habermas, de la tradición liberal– y, en consecuencia, otorgar a la *política* el estatus –ideal y normativo– de una “verdadera” racionalidad pública. Este tipo de enfoque deja afuera toda una serie de factores que inciden en las condiciones de posibilidad para que surja tal predisposición hacia “la cosa pública”. La “racionalidad” de la que se habla, en estos casos, resulta de la transposición al nivel heurístico de un modelo implícito de subjetividad política: el que subyace en la tradición ilustrada del liberalismo europeo. En relación a esto, observa Chantal Mouffe:

Al privilegiar la racionalidad, tanto la perspectiva deliberativa como la agregativa dejan de lado un elemento esencial que es el rol crucial que juegan las pasiones y los afectos en asegurar la lealtad a los valores democráticos [...] El fracaso de la actual teoría democrática en abordar la cuestión de la ciudadanía es consecuencia del hecho de operar con una concepción del sujeto que percibe a los individuos como anteriores a la sociedad (...) En todos los casos son abstraídos de sus relaciones sociales y de poder, de su lenguaje, de su cultura y de todo el conjunto de prácticas que hacen posible la actuación social. Lo que se excluye en estos enfoques racionalistas es la cuestión misma de cuáles son las condiciones de existencia de un sujeto democrático.⁷⁹

Desde esta perspectiva, el significado de nociones como las de “público lector” y “opinión pública” no puede establecerse por fuera de la red discursiva, históricamente constituida, en la que éstas se insertan. Y si atendemos a esa red discursiva, es evidente que las gacetas populares tanto como los periódicos culturales –entre otras formas de publicidad– *compiten* por un público político y que buscan, con diferentes estrategias y modalidades de circulación, “formar” opinión, apelando, sobre

⁷⁹ Mouffe, Chantal, *The Democratic Paradox* (citado en Laclau, 2005: 212).

todo las primeras, no solamente a la lógica argumentativa de la comunicación verbal. En el modo mediante el cual las gacetas de Pérez inscriben su discurso en dicha competencia existe un nivel de identificación discursiva que se asienta tanto en la diferenciación del lenguaje como en la construcción de un sujeto político que excede los límites de la ciudadanía liberal: el orillero.⁸⁰ Si bien esa diferencia es atendida por González Bernaldo de Quirós, el modo en que es evaluada parece obstar su capacidad de formar parte de la llamada esfera pública moderna.

Cabe a este respecto recuperar aquí una temprana revisión de la concepción habermasiana sobre la “esfera pública”, que Oscar Negt y Alexander Kluge establecieron con su estudio titulado *Public Sphere and Experience. Toward an Analysis of the Bourgeois and Proletarian Public Sphere* (1993 [1972]). Como deja ver el título, la preocupación de los autores se centra en el nivel de la experiencia de los sujetos, lo que permite diagramar un enfoque materialista a la vez que ideológico de categorías teóricas como la de esfera pública burguesa, que los autores contrastan con las esferas públicas proletaria y postindustrial. Lo relevante del enfoque de Kluge y Negt, para nuestro propósito, es que socava los fundamentos críticos que presupone la teoría habermasiana al demostrar las implicancias materiales de ese constructo de comunicación burguesa, aun en sus aspectos netamente históricos. Al establecer un principio de generalidad para el espacio público, la burguesía ilustrada del XVIII ocultaba la transposición de su propia ideología –el código moral al que apelaba Kant– al conjunto de la sociedad. Las categorías y definiciones utilizadas coetáneamente al surgimiento histórico de una esfera pública moderna replicaban, aunque denegándolas, las condiciones de producción de la burguesía emergente así como los efectos de su tendencia expansiva. La definición histórica es derivada entonces de la red distribucional de la propia esfera pública; ésta, por lo tanto, se manifiesta a sí misma como algo invariable, ocultando las estructuras concretas de producción social y, sobre todo, la historia del desarrollo de sus instituciones. Revisando argumentos protoformadores de ese aparato ideológico, como el pensamiento de Kant y de Hegel, Negt y Kluge afirman:

⁸⁰ “Mi objeto es el divertir/ Los mozos de las orillas:/ No importa que me critiquen/ Los sabios y cagettillas”, en *El Torito de los muchachos*, N° 1, Buenos Aires, 19 de agosto de 1830, pág. 1.

La construcción de la esfera pública deriva toda su sustancia de la existencia de dueños de propiedad privada. Al mismo tiempo, la esfera pública no puede basarse en las características empíricamente arbitrarias de estos propietarios. Kant está así obligado, a fin de establecer reglas de la comunicación pública válidas universalmente, a negar esta base material sobre la cual la esfera pública se asienta. Lo que mantiene es, seguramente, algo general. Pero es un “general” abstracto, al que le faltan todos los elementos concretos de lo burgués que constituirían una esfera pública “viviente” [*living public sphere*]. En una palabra: ni puede constituir la publicidad burguesa con el sujeto empírico burgués ni sin éste. (Negt-Kluge 1993: 10 [mi traducción])

Esa denegación histórica de los elementos materiales que sostienen la construcción ideológica de lo público, hace que las instancias socializadas de lo político cobren una ambigüedad constitutiva –similar a la ambigüedad de los lenguajes en los que se asientan–, que resulta operante para el proceso de formación de identidades colectivas en la medida en que provee una instancia ilusoria de totalización de la sociedad.⁸¹ La “opinión pública” se convierte así en la instancia ilusoria de una comunicabilidad política de la república, cuya imagen totalizadora describía muy bien Alemparte al decir que su “palabra”, sin saber cómo, penetraba todos los órdenes sociales. Sobre lo que no reflexionaba Alemparte era justamente la base de sustento de su propia opinión: la constitución de un público que se quería *ciudadano*, esto es, un sujeto políticamente activo, tal como prescribía el derecho constitucional derivado

⁸¹ Esa construcción ilusoria de una totalidad es descrita por Negt y Kluge del siguiente modo: “La falta de interés de la burguesía en una esfera pública sustantiva y palpable (*living public sphere*) coincide con la necesidad significativa de una esfera pública que debería representar una síntesis de la totalidad de la sociedad. Esta es la necesidad de identidad, de la representación de la sociedad como una totalidad, como ‘comunidad’. Tal síntesis no puede sin embargo existir en una sociedad de clases, y hasta hoy nunca ha existido dentro de la sociedad burguesa. Se puede entonces hablar en este caso sólo de una esfera pública ilusoria. Lo que sorprende sobre esta esfera es que las clases oprimidas también se orienten de acuerdo con ella. Así, la palabra “ilusión” no denota algo impotente que podría ser eliminado por la desmitificación directa. Por el contrario, esta ilusión tiene un núcleo material.” (1993: 74-75 [mi traducción])

de la Declaración de 1879. El sujeto activo de la República implicaba la imagen de un sujeto que compartía un grado de instrucción identificable con el mundo de las letras, con la posibilidad de participar al menos de su competencia lectora.⁸²

Por otra parte, en casos específicos como el del Río de la Plata, en donde la competencia por la representación política estuvo signada en el terreno lingüístico por un campo de tensiones entre formas y lenguajes, normas y disrupciones, y en donde la constitución de un género como el de la *gauchesca* estableció una frontera lingüística, política y poética de gran eficacia, los modos de apelación a un público –en tanto intervención política e interpelación subjetiva– no pueden explicarse sin destrabar una visión normativista, basada en el protocolo de un uso público de la razón privada, burguesa. No sólo porque la figura de la Opinión abarca todo un abanico de formas de opinión que en esa época no se asocian a la llamada esfera pública moderna, como supone González Bernaldo de Quirós, sino fundamentalmente porque el espacio público donde circulan esas formas de opinión es en sí mismo un espacio diversificado y ambiguo, en el que la palabra impresa no es indiciaria de una práctica moderna de la política sino una de las formas –ideológicas– que contribuyeron en la demarcación de un tipo particular de público.⁸³

Porque, retomando la invectiva de Arteaga Alemparte, preguntar sobre cómo se forma ese juicio “mayoritario” de la sociedad es indagar en cómo se compone ese juicio, quiénes son los sujetos que lo constituyen, de qué modo esa opinión se proyecta en el espacio de las prácticas políticas y lectoras. Concretamente, es preguntarse por la figura del sujeto lector.

⁸² Como asenté en nota previa, la constitución aprobada por el Congreso Constituyente de 1833 en Chile instauraba para el voto, entre otros requisitos, los de alfabetización, empleo y renta a determinar. Lo mismo ocurría en la mayoría de los países latinoamericanos en formación, donde la condición de ciudadanía –que diferenciaba al “vecino”– imponía una tajante restricción civil, jerarquizando el complejo social y favoreciendo, por lo tanto, un modelo de reproducción cultural elitista. Las condiciones de “propiedad”, “rentas”, “empleo” y “alfabetización” rigen los procesos de constitución del poder político. Véase al respecto el volumen citado de Guerra y Lempérière (1998).

⁸³ Roger Chartier (1995a) ha demostrado el carácter heterogéneo del espacio público previo a la revolución francesa, así como la mistificación histórica sobre la incidencia y el alcance que pudieron tener las publicaciones ilustradas en el movimiento social y político que terminó con la toma de la Bastilla.

1.4.3. Entre las representaciones y las prácticas, el público lector

Proteo, el público cambia de forma y de esencia,
no sólo según los casos, sino también según las circunstancias, los días
y las horas, merced a lo cual no sabe un pobre autor como arreglarse con él.
El Alegre, Valparaíso, 1846.

Dijimos que la ambigüedad del concepto “opinión pública”, además de postular una totalidad ilusoria que deniega el sustento material que la hace posible, es colindante con la ambigüedad que arrastra el concepto “pueblo” en la misma época. La anfibología constitutiva de tales nociones remite a la materia conflictiva de la representación social y política, pero también –y para nuestro interés esto resulta fundamental– literaria. La principal dificultad con las teorías clásicas de la representación política –sostiene Laclau– es que la mayoría de ellas concibió la voluntad del pueblo como algo constituido *antes* de la representación (2005: 206). La revisión de Laclau de la literatura sobre el populismo postula un cambio radical en los modos de concebir la representación política: la construcción del “pueblo” revela, según esa perspectiva, que la representación es el elemento primario de constitución de una objetividad social. La naturaleza esencialmente representativa del *pueblo* supone, además, que los procesos de construcción política nunca excluyen la opacidad en los mecanismos de representación, nunca existe una totalidad significativa, racionalmente fundada, sin una tensión constitutiva entre homogeneidad y heterogeneidad tanto simbólica como lingüística. A partir de estas proposiciones, se puede pensar, a fin de evitar identificaciones de un indeseado objetivismo, la naturaleza representativa de las prácticas de lectura y de escritura: es decir, pensar el sujeto o el público lector como *esencialmente* representativo. De este modo, además, evitamos el riesgo que advertía Chartier de “tomar las representaciones por prácticas efectivas”, sobre todo cuando el proceso de lectura que se quiere indagar no registra huellas de lectores anónimos (Chartier, 1998: 434).

Sociedad, multitud, muchedumbre, masa, gente, pueblo, vulgo, populacho, plebe, público: éstos y quizá algunos más son los términos con que la élite letrada evaluaba y medía el espectro del campo social de lectura. Si atendemos a los lenguajes implicados en tal evaluación, la representación de las prácticas se nos presenta con un

doble sentido: como signo de una práctica cultural determinada y al mismo tiempo como signo de una función ideologizante del discurso.⁸⁴

Una de las primarias codificaciones de las prácticas lectoras está emparentada con la imagen secularizada del libro como bien cultural, objeto cuasi sagrado en su condición de capital simbólico moderno y modernizante. Es sugestivo, en este sentido, el artículo sobre el uso de los libros que publicó *El Semanario de Santiago*, en el cual se describe la práctica, aparentemente habitual en un sector de la sociedad chilena, del préstamo de libros: “Hablaré de libros, es verdad; pero no de lo que tratan, sino de cómo los tratan”,⁸⁵ dice el anónimo redactor. La serie de argumentos del redactor, básicamente, se monta a fin de condenar el préstamo como práctica abusiva y negativa para la circulación del saber escrito. Pero antes que en las razones de esos argumentos, vale la pena detenerse en la descripción que brinda de los sujetos implicados en ese intercambio. Porque así como hay diferencias entre “comprar, leer y pedir prestados libros”, también las hay entre aquellos que poseen libros y no leen, y aquellos que leen de prestado. El libro cobra así un doble valor en el mercado de bienes culturales: como objeto de posesión y como objeto de lectura. Dice el articulista: “Todo el mundo pide libros prestados, pero todo el mundo no presta; porque poco es el mundo a quien se le puede prestar” (ídem: 23). Con esa definición, la doble valorización del objeto revela su aspecto social: el mal hábito, aunque necesario, del préstamo se restringe a aquel sector de la sociedad que sabe usufructuar los dos valores de uso: posesión y lectura. En cambio, el sector medio, se representa en este artículo ligado al ámbito doméstico de la mujer: “el sexo amable que tan amablemente se queda con los libros”. Al describir el pasaje del libro por ese ambiente se describe asimismo un tipo de lector particular:

Al dilatado embargo que sufren [los libros], se agregan las contusiones producidas por los golpes, la descuadernación [sic], los disparates que, en

⁸⁴ Susana Zanetti (2002) ha analizado las funciones de la representación del acto de leer en las novelas latinoamericanas del siglo XIX, demostrando el vínculo entre la representación de escenas de lectura en las tramas narrativas y la constelación de ideas sociales que codifican la práctica lectora. En el Capítulo 5 volveremos sobre esta cuestión.

⁸⁵ *El Semanario de Santiago*, “Libros”, N° 3, 28 de julio de 1842, pp. 22-23.

letras gordas, escribe en sus páginas la hermanita, las esquinas dobladas que, afortunadamente, nunca pasan del primer capítulo, los borrones que reciben al copiar unos versitos, o las hojas que le cortan para no tener el trabajo de copiar, y, finalmente, todo el tránsito que los míseros tienen que hacer por la interminable calle de amarguras de la casa; y esto, cuando los vuelven, que por lo común pasan de amiga a hermano, y de hermano a amiga. (idem: 23)

El libro es un objeto cuyo valor simbólico se impone al interés por el conocimiento. Los libros prestados, según se indica, no se leen o se leen poco (los dobleces como marcas de lectura no pasan del primer capítulo), pero circulan de mano en mano. Con un tono similar al de Sarmiento cuando desde las páginas de su primer periódico exclamaba: “o comprar o no leer *El Zonda*”, este redactor pregonaba en contra de una práctica que, supone, además de limitar el mercado del libro, incluye consecuencias materiales y morales. Sobre las segundas, apuntará:

No falta bobo que crea que la señorita ha leído su libro, le habla de él, la hace mentir, la ruboriza; y la veterana mamá viendo el atolladero en que está metida su Laura, acude presurosa a darle ayuda, y con lugares comunes, chistes y carcajadas, apenas consigue hacer desistir de su tema al verboso y erudito Don Facundo. (idem: 23)

La escena describe casi un lugar común de la cultura letrada de la época: frente al valor de la lectura como bien cultural, la división entre una práctica de lectura seria, responsable (incluso erudita), y otra aparental, dispersa e imitativa, aparece señalando una diferencia social que, en éste como en muchos otros casos, también es de género. La proximidad entre el mundo femenino (frívolo o apasionadamente disgregado) y el mundo de las capas bajas de la sociedad (ya sean “rotos” o siúuticos, en la tradición chilena) tiene como sustrato implícito una metáfora orgánica de lo social: la inmadurez de su evolución. De ahí que en muchos casos a esa cadena metafórica se sume la imagen del niño, el infante incapaz de comprender por sí mismo y que, por lo tanto, debe ser instruido. Lo sintomático, como mostró Andreas Huyssen, es que esas

mismas imágenes sean atribuidas, con distintas variantes doxológicas, también al *pueblo*.⁸⁶

Quienes afrontaron la tarea de evaluar y medir los componentes de un nuevo público lector en el Río de la Plata, lo hicieron bajo la misma prerrogativa ilustrada. Los jóvenes redactores de *La Moda*, pero principalmente Alberdi a través del seudónimo “Figarillo”, establecieron una sutil estrategia de intervención pública, amparada en la etiqueta de lo frívolo, con la que intentaron imponer nuevos códigos culturales en una Buenos Aires dominada cada vez más por el federalismo rosista.⁸⁷ En uno de los “Boletines cómicos” de Alberdi, subtulado significativamente “Un papel popular”, se aborda la necesidad de “escribir para el pueblo”. Antes, como se dice allí mismo, el escritor ilustrado pretende “explorar el campo”, para lo cual pone en escena la ficción de “un pueblo en miniatura” integrado por una mujer, un tendero, un zapatero y un artesano, al que luego se agrega un anciano letrado, “formado en las famosas universidades de Charcas y Córdoba”. Consultados en sus intereses, el resultado de la pesquisa es que ese “interés popular” deber ser reencauzado: frente al pueblo –“la gente que no sabe ni piensa”– hay que escribir sin importar lo que diga:

Las masas son santas porque son el cuerpo del pueblo, digámoslo así, ellas mueven, también sostienen, edifican (...) *pero no legislan no inician no presiden. No deben ser consultadas directamente en tales materias, porque carecen de la conciencia de sus altas necesidades, sería preguntar a un*

⁸⁶ En el capítulo “Mass Culture as Woman: Modernism’s Other” de *After the Great Divide*, Andreas Huyssen ha abordado las inscripciones sexuales (de género) en el debate sobre cultura de masas y cultura popular. Dice al respecto: “En el tardío siglo XIX, una imagen específica tradicional masculina de la mujer sirvió como un receptáculo para todas las clases de proyecciones, miedos desplazados, y la preocupación (tanto personal como política), causada por la modernización y los nuevos conflictos sociales, así como por acontecimientos históricos específicos como la revolución de 1848, la Comuna de 1870, y la emergencia de los movimientos reaccionarios de masas que, como en Austria, amenazó al orden liberal. Un examen de las revistas y los periódicos del período mostrará que el proletariado y las masas pequeño-burguesas continuamente eran descritos en términos de una amenaza femenina” (Huyssen 1986: 52 [nuestra traducción]).

⁸⁷ Sobre *La Moda* me he explayado ya en otro trabajo (Pas 2008: 83-103). Sigue siendo imprescindible la introducción de Oría a la edición facsímil (1938). Asimismo, lecturas más recientes son las de Iglesia y Zuccotti (1997: 64-73) y Area (2006: 33-67).

*adolescente que necesita ser instruido qué cosas le son convenientes. Enseñar estas cosas, en tanto que tales no pareciese es lo que importa (...) Persistir en enseñarles es el deber, que si ellos son realmente buenos, un día serán aceptados y tanto más honrados los servicios del escritor cuanto más mal reconocidos hayan sido al tiempo de dispensarlos.*⁸⁸

Si el pueblo no entiende las enseñanzas que le brindan los letrados, éstos deben persistir en el camino pedagógico pues, como a una piedra (el símil “cuerpo”- “edificio” es claro en este sentido y pone en circulación una larga tradición escolástica: la distinción *cuerpo-alma* como preconcepto con el que operar ideológicamente sobre la “masa”), la prédica ilustrada pulirá con el tiempo las “conciencias” infantiles de la “masa” (la metáfora “padre-hijo” viene a rubricar esa distancia jerárquica). Así, la “santidad” del pueblo es puro cuerpo: la retórica ilustrada le fija los límites.

Como ha señalado Batticuore (2005), evidentemente la de Alberdi es una pedagogía supeditada por la urgencia, que lo lleva a la paradoja de abogar por una cultura democrática desde una postura que solicita “obediencia y acatamiento”. Pero justamente por eso, la caracterización que los letrados de la nueva generación realizan del “pueblo como público” –no sólo en *La Moda*, sino también en las cartas de Echeverría y Domínguez que en consonancia lee Batticuore– resulta menos inmediata, y, por lo tanto, más problemática, que la tajante división que esas escrituras establecen entre un público de iguales –público ilustrado– y un público popular –gente que “no sabe ni piensa”. Menos inmediata en tanto en las mismas páginas de *La Moda* se postulan otras imágenes igualmente representativas de ese público imaginado al que los autores denominan “la masa”. Más problemática porque, como espero demostrar, la imagen inferida del público se asienta en una perspectiva ilustrada, cuyo modelo de “opinión pública” permanece condicionado por una tradición inalterablemente logocéntrica.

A raíz de un cambio editorial –suprimir las carátulas del semanario y agregar más espacio para la redacción–, uno de los boletines cómicos, por ejemplo, especula

⁸⁸ *La Moda*, N° 18, 17 de marzo de 1838, pág. 5, Col. 2. El subrayado es mío.

sobre las consecuencias que ello acarrearía en la recepción del público. El artículo ficcionaliza un diálogo con un “táctico viejo”, que comenta:

Eso de que la gente sólo quiere las ideas, V. lo dice. Lo que yo sé es que las gentes sólo quieren los colores. Lo que yo veo es que no se conoce ni se quiere conocer los escritos sino por las tapas (...) Las tapas son la vida y la muerte para Vds. Por las tapas son buenos para las niñas: y por las tapas y el nombre no sirven para los hombres, porque los hombres como las niñas, no ven las cosas, sino las tapas: si quieren ser leídos de éstos, hagan un papel grande, porque para ellos no es serio lo que es serio, sino lo que parece serio.⁸⁹

De este fragmento se deducen al menos dos cuestiones que resultan de interés en relación con las imágenes del público. Por un lado, el pasaje muestra una relativa conciencia de la importancia material del impreso: las tapas, las carátulas, los colores, el tamaño, indican la necesidad de pensar el comercio del impreso vinculado con una cultura de la imagen, propiamente mercantil y moderna. No casualmente quien enuncia esto es un “táctico”. Pero conciencia, al fin, relativa, en la medida en que la escenificación de ese aspecto comercial está presa del sarcasmo (“lo cierto es que la forma es todo, la substancia nada”, se dirá inmediatamente), típico además de la retórica romántica que subraya la distancia generacional con los doctos de antaño (quien comenta es un “táctico”, sí, pero “viejo”). Por otro lado, emerge en este pasaje una imagen algo distinta del público-masa: aquí no hay ni artesanos, ni tenderos, ni zapateros (es decir, no hay una composición del “pueblo”) sino niñas y hombres. Sin embargo, que los hombres –en esos términos genéricos– aparezcan acordando con los intereses de las niñas sitúa a ambas figuras en el lugar de la gente que “no sabe ni piensa”. ¿Qué diferencia, entonces, al “pueblo-masa” de estos hombres y niñas? Desde el prurito ilustrado de un Alberdi, parecería no existir diferencia alguna. De hecho, la concepción generalizada de estos jóvenes escritores sobre la mujer es que

⁸⁹ *La Moda*, “Boletín cómico. Las tapas”, N° 6, 23 de diciembre de 1837, pág. 4.

ésta, en la flamante república, es ni más ni menos que una “niña”, y necesita consecuentemente una instrucción moral adecuada a sus nuevas funciones civiles. Lo que permanece en ese sopesar del público es una concepción iluminista, no romántica, de la cultura; más específicamente, una concepción que otorga a la palabra escrita una función transmisora y reproductora de una cabal racionalidad. Frente a los colores y las tapas, la escritura de las ideas: ese debería ser el lema a seguir. Y justamente, lo que viene a aclarar esa imposibilidad por parte de Alberdi de operar desde otro prototipo ideológico, es lo que vuelve más problemática esa caracterización. La noción de público permanece atada a una concepción ilustrada, desde la cual el *pueblo* siempre ocupa el lugar del significante vacío: el *pueblo* es todo aquello que resiste al modelo de lector ilustrado y, a la vez, no es nada. Ciertamente, el problema está inmerso en la propia concepción que la élite letrada maneja del colectivo *pueblo-público*. Si *La Moda* –al igual que la poesía de Echeverría y de Domínguez– no se escribe, evidentemente, para la gente iletrada sino para la generalidad de aquellos que leen y cuya competencia lectora les permite transitar –de modos diversos pero efectivos– por sus páginas, no parece demasiado atinado ceder a la ilusoria como totalizadora imagen de un “público popular” que esas mismas páginas voluntariosamente concitan. Para esto, la figura de la mujer como parte de ese *público-pueblo* viene a aclarar los motivos de esa dificultad que vengo exponiendo.

La figura de la mujer lectora

Ilustrada la mujer el pueblo será más feliz y venturoso.
El Crepúsculo, Santiago, 1844.

Ha sido Batticuore quien con más rigor y dedicación se ha centrado en el problema de la cultura letrada femenina en Argentina durante el siglo XIX. En *La mujer romántica*, como anticipamos, Batticuore además analiza la problemática que venimos tratando, señalando la imagen romántica, no ilustrada, del *público como pueblo* que construyen los jóvenes letrados de la nueva generación en el Río de la Plata. En contraste con el estudio de Linda Keber, dedicado a la discusión en Norteamérica sobre la figura de la mujer republicana, Batticuore señala oportunamente la oposición entre el modelo romano de la mujer (que encarna la “virtud cívica”) frente al

romántico (susceptible de pasión y emotividad). La tensión entre esos dos modelos vehiculizará distintas estrategias y concepciones del rol de la mujer entre los integrantes de la nueva generación letrada, marcando por momentos abiertas distancias, como la que se establecerá, por ejemplo, entre Sarmiento y Alberdi hacia fines de la década de 1840 (o como la que se establece entre Frías y el mismo Alberdi en las páginas de *El Iniciador*). Apelando a un texto de Jacinto Peña, publicado en *La Moda* y dedicado “Al bello sexo”, Batticuore infiere que la instrucción que recomienda Peña (“la instrucción es el verdadero camino de la virtud, con la instrucción se aprende a amar, a adorar a Dios, a bendecirlo en sí y en sus maravillosas obras”, según se lee en un pasaje) propende una articulación entre civismo republicano y “el ideal del amor romántico, que emerge como resultado de una mujer formada en una nueva sensibilidad” (Batticuore 2005: 49). Tal articulación permite identificar la figura emergente de la *mujer romántica* con los ideales de la joven generación y postular que esa nueva sensibilidad compartida es el punto de apoyo para una reformulación del rol de la mujer en la sociedad posrevolucionaria. Es decir, hacer pasar a la mujer del *pueblo al público*. A mi modo de ver, existen por lo menos dos razones por las cuales esa visión resulta no del todo ajustada. En primer lugar, habría que preguntarse cuánto hay en esa identificación de ideales que responden a la cultura romántica. Aun difusos para la autocomprensión de los jóvenes letrados, esos ideales parecen sin embargo sucumbir ante la necesidad ilustrada de formar ciudadanos. La lectura de *Amalia* que repone Batticuore indica que eso efectivamente es lo que ocurre: “Mármol –dice la autora– no sólo logra subrayar así la imposibilidad de concretar los sueños de la familia romántica, sino que también cuestiona o se plantea la inoperancia de los recursos y principios morales (y estéticos) de la generación a la que pertenece” (ídem: 67).

Por otro lado, si atendemos al lenguaje desplegado en el texto citado de Jacinto Peña, parece por lo menos riesgoso interpolar en ese amor “a Dios” y mediado por la instrucción los tópicos del “amor romántico”. Según las palabras de ese mismo artículo, en definitiva, lo que espera la nueva generación de la *mujer* es lo mismo que se espera del nuevo *público*:

Apresúrese pues, bello sexo Argentino a desencadenarse de la frivolidad, de las preocupaciones de una educación añeja y viciosa, abandone la ociosidad mental (...) De otro modo nunca saldrá de la esfera de un artículo de lujo, de una administradora doméstica, de una compañera momentánea de entretenimiento y de placer a los sentidos.⁹⁰

Frivolidad, artículo de lujo, entretenimiento y placer de los sentidos componen un campo semántico del todo opuesto al programa ilustrado que publicitan los jóvenes letrados desde un semanario que, no casualmente, comparte estratégicamente esos mismos atributos como forma solapada de enunciación. Esta prédica, por lo demás, parece ser la contraparte de la denuncia ante el “tribunal de la opinión femenina” del público menoscabo hacia la mujer que ofrecía en sus páginas *El Alegre* en el artículo citado más arriba. De hecho, prédica y denuncia pueden representar la distancia entre las dos instancias discursivas: el tono insistentemente pedagógico de la primera se aviene con el carácter programático del enunciado, mientras la entonación más decididamente beligerante de la segunda da cuenta de un contexto de enunciación socialmente más instituido. Para decirlo de otro modo: el contrapunto refleja la distancia cultural y social que medra entre un público inferido (el de *La Moda* en Buenos Aires) y un público inducido (el de *El Alegre* en Santiago de Chile).⁹¹

En Chile, la preocupación por la educación moral de la mujer estuvo signada por la permanente custodia de la institución eclesiástica. Los modelos de educación fueron primordialmente católicos, al punto que las escuelas de mujeres estaban conducidas por órdenes de la religión cristiana. El debate por una educación moral

⁹⁰ *La Moda*, “Al Bello sexo”, N° 5, 16 de diciembre de 1837, pág. 3, col. 2.

⁹¹ La distancia enunciativa entre *La Moda* (1837-38) y *El Alegre* (1846) se debe principalmente a cuestiones de orden institucional. En la federalizada Buenos Aires, Alberdi intentaba modelar una sensibilidad lectora específica, de ahí que su visión sobre el público correspondiera a un tono marcadamente paternalista; los redactores de *El Alegre*, en cambio, como su título manifestaba, podían hacer de una escena social como un paseo público la excusa para socializar una reflexión con y sobre el público (lector del periódico, y paseante). En más de un sentido, ambos periódicos se unen y se distancian (por su contenido “ameno” se emplazan en una misma línea editorial, de crítica social y de modas, pero se distancian en el tono: el de *La Moda* es mucho más sarcástico y estratégico que el discurso jocoso y a la vez moderado del periódico chileno. Un dato interesante es que entre los suscriptores de este último, en Valparaíso, figura justamente Alberdi. Sobre *El Alegre* volveremos en el segundo capítulo.

adscripta a los ideales liberales de las nuevas tendencias secularizadoras fue catalizado por *La Revista Católica*, el órgano de intervención y difusión pública de la Iglesia católica en Santiago. En febrero de 1844, *El crepúsculo*, revista literaria de la nueva generación chilena, publicó un extenso artículo de Juan Nepomuceno Espejo sobre la educación de las mujeres dirigido a las “directoras de colegio en Santiago”. Retomando las ideas de Aimé Martín, Espejo sostenía la importancia de una educación regenerativa para la mujer –del mismo modo que manifestaban años atrás los jóvenes letrados del Río de la Plata– dado que ellas estaban destinadas “a cumplir una misión santa”: “La mujer como madre prepara con esmero tiernos vástagos que pueden ser a la vez las lumbreras de su patria”. Para Espejo, era fundamental renovar el sistema de educación que comenzaba con seis años para las niñas en los colegios religiosos, puesto que hasta entonces la educación de la mujer comprendía “todo aquello que puede embellecerla y nada más, todo aquello que puede contribuir a cultivar su vanidad y lisonjear su inexperta fantasía”. Frente a la enseñanza estrechamente católica, que para Espejo fomentaba la superstición y el fanatismo religioso, proponía el estudio de la filosofía, de la moral, y de la historia –sobre todo de los fastos nacionales. Es decir, Espejo alentaba una formación civil y republicana para la mujer, del mismo modo que lo hacían Alberdi, Frías o Peña en Buenos Aires. Sólo que el interlocutor cuya legitimidad más visible orientaba su discusión era la potestad eclesiástica, frente a la cual el articulista no adoptaba una posición antirreligiosa sino la de un reformista creyente e ilustrado. Desacoplando entonces la autoridad religiosa, lo que se expone en el artículo de Espejo es la necesidad de una educación renovada, moderna en tanto ella se percibe en consonancia con los avances del siglo, porque:

después de treinta años de una existencia libre, independiente: después de haber sacudido y despedazado los hierros de ignominia y degradación que doblaban nuestra cerviz: después de cimentadas las instituciones democráticas (...) cuando vemos todavía algunos hombres que no hacen ningún empeño en labrar a su persona una recomendación porque creen que esta les será tal vez legada: cuando se observa en nuestros campos, en nuestras aldeas y hasta en nuestras ciudades más populosas un

estacionamiento triste, una falta de progreso vergonzosa en las costumbres (...) nos acordamos de la educación, pensamos en la mujer.⁹²

Para Espejo, la educación religiosa era un trasto del pasado colonial, y debía ser reformulada. Pero antes que el debate por los dogmas y preceptos religiosos, la posición que asume en su discurso lo lleva a referir su disputa al orden de los saberes necesarios para la formación de ciudadanos, en este caso, de mujeres ciudadanas. La preocupación por la formación e instrucción moderna de la educación femenina está directamente conectada con la necesidad de una regeneración social, verdadero motor que estimula la atención sobre la figura de la mujer como primera formadora de aptitudes cívicas y ciudadanas. El artículo, sin poder soslayar cuestiones referidas a la religión, incitó una respuesta por parte de *La Revista Católica*, y el debate continuó en las páginas del periódico *El Siglo*, donde Espejo publicó una serie de escritos que extendieron ese conflicto.⁹³ Sin detenernos en los detalles de esta polémica,⁹⁴ me interesa resaltar el hecho de que los argumentos de ambos contrincantes tienen un común denominador simbólico en la figura disputada de la mujer: el corazón. Todo el artículo de Espejo sobre la educación de la mujer gira en torno de esta dualidad: la razón y la pasión. La mujer es, principalmente, la formadora del corazón del ciudadano: “principia la mujer a dominar al hombre desde el momento mismo en que éste principia a sentir las dulces y varias emociones del amor. Ella forma su corazón, le organiza y le dirige” (idem: 409). La influencia de la mujer en la sociedad es doble: como madre, está destinada a inculcar la virtud como complemento de las pasiones, como esposa o amante, ella misma debe ejercer la virtud de controlar las emociones

⁹² *El Crepúsculo*, “Observaciones sobre la educación de las mujeres dirigidas a las Señoras Directoras de Colegio en Santiago”, N° 10, 1 de febrero de 1844, pp. 407-419.

⁹³ La primera respuesta por parte de la curia apareció en el número 27 de *La Revista Católica*, bajo la figura de una “Correspondencia”, el 1 de mayo de 1844, pp. 217-220. Continuó en el número siguiente, del 15 de mayo, con un artículo bastante más extenso. Espejo, por su parte, contestaba desde las páginas de *El Siglo* (*El Crepúsculo* ya no se publicaba a raíz del juicio que deparó la publicación en esa revista del polémico ensayo de Francisco Bilbao “Sociabilidad Chilena”), en los números 24, 27, 29 y 30, también de mayo de ese año.

⁹⁴ Un interesante análisis sobre la postura de *La Revista Católica* y sobre el rol social que en esa época la Iglesia atribuye a la mujer se halla en Stuvén (2004: 243-271).

efusivas. Retomando ese motivo, *La Revista Católica* expondrá la pureza de la institución matrimonial en estos términos:

Yo dije que la pasión del amor cuando se hacía dominante, conducía a los caprichos, a las locuras, a la adoración de una mujer en suma y creo que todos los duchos del mundo en achaques de amoríos, si hablan con sinceridad, no podrán negar una verdad que tiene la sanción de la experiencia de todos los siglos (...) Por descontento al hablar de la pasión del amor me limité (...) al que se tienen hombre y mujer que sin el juramento de amor y fidelidad pronunciado ante los altares, se idolatran mutuamente.⁹⁵

Por supuesto, el contraargumento, sobre el cual el propio Espejo basará su disquisición, está implícito en la propia idea de la autoridad eclesiástica: el verdadero amor, el que se funda en un interés sincero, provisto por un entendimiento mutuo y libre, no necesita de tal autoridad. Ahora bien, mi interés en relación con la oposición razón/pasión se centra en el hecho de que tanto el discurso reformista de Espejo cuanto el conservador del correspondiente de *La Revista Católica* coinciden oblicuamente en la necesidad de controlar las pasiones y fomentar el desarrollo de la virtud femenina (para el primero, en principio republicana, para el segundo, doméstica). Por eso el correspondiente de *La Revista Católica* apuntará sus estrategias discursivas a desmontar los ideales ilustrados desde una sarcástica visión que los coloca “en el país de los encantos”. Dirá entonces que las mujeres no serán “sabias ni literatas” ni tendrán grandes conocimientos de historia, pero en cambio serán buenas madres: “pues para cumplir las obligaciones propias de su estado no son indispensablemente necesarios estos conocimientos científicos: de lo contrario ninguno debe casarse sin que antes haya obtenido el coturno de literato en la escuela socialista dirigida bajo los planes del señor Espejo” (idem: 225). Proponiendo la autoridad de la palabra divina, así como la necesidad de demostrar mediante hechos antes que con palabras, rematará irónicamente: “en el Siglo de las luces no se cree solo por el *yo lo digo* de un

⁹⁵ *La Revista Católica*, N° 28, 15 de mayo de 1844, pág. 227.

escritor cualquiera” (idem: 227). Esa disputa por la educación que pone en juego modelos para *racionalizar* las pasiones tiene mucho parentesco con la tematización que aparece en las *Cartas a un amigo* de Echeverría, escritas presumiblemente en 1836 (la mención no es fortuita y sobre ella volveré en seguida).

Curiosamente, el corresponsal de *La Revista Católica* no embistió contra la base de los argumentos de Espejo: el libro de Aimé Martín, *Educación de las madres de familia*, traducido y editado en Chile poco después. Ese desliz, sin embargo, será reconvertido con la publicación y reedición a cargo de la Imprenta del Comercio:⁹⁶ el 1 de diciembre de 1844 *La Revista Católica* publicó una reseña crítica a fin de “confrontar los dogmas –decía allí– de nuestra religión con las doctrinas de Aimé Martín, [para que nuestros lectores fallen] sobre el mérito de la obra a cuya publicación se les convida por medio de pomposos cartelones y de esquelas dirigidas a las madres de familia”.⁹⁷ La polémica ahora girará en torno a la impertinencia para la religión católica y la creencia religiosa de la difusión de obras que, como la de Aimé Martín, se les presentan a los redactores de *La Revista* como contrarias al dogma. La discusión incluirá diferentes intereses de la llamada “opinión pública”, promovidos por la prensa periódica. Así, *La Revista Católica* se verá discutiendo con *El Siglo*, *El Progreso* y *La Gaceta del Comercio*, periódicos que, desde distintas posiciones, abogaban por la difusión del libro de Aimé Martín. En medio de esa discusión, sin embargo, surge una controversia de perspectivas más amplias relacionada con la libre circulación y opinión de las ideas, el público lector y el mercado de libros.

Vale la pena detenerse en una de las instancias de esa polémica, porque manifiesta una de las imágenes significativas referidas al público lector, y

⁹⁶ Hay que tener en cuenta que entre la discusión con Espejo, iniciada, como vimos, por su artículo publicado en *El Crepúsculo* en febrero de 1844, y la discusión sobre el libro de Aimé Martín, de diciembre de ese mismo año, se sitúa la polémica de mayor resonancia de entonces: la publicación del ensayo “Sociabilidad chilena” de Francisco Bilbao, en el mismo periódico en que publicó Espejo su artículo, en su número 14 del 1 de junio de ese año. *La Revista Católica* se concentró entonces en denostar las ideas de Bilbao mediante una serie de artículos que comenzaron con un número especial (N° 30) el 18 de junio de 1844 y continuaron bajo el título de “Refutación de los errores religiosos y morales del artículo Sociabilidad Chilena” hasta alcanzar el número 45 de la *Revista*, del 1 de noviembre de 1844. Sobre esta polémica nos detendremos en el subcapítulo “Estado, nación y los debates de la historia”, capítulo 5.

⁹⁷ *La Revista católica*, N° 47, 1 de diciembre de 1844, pp. 383-385.

particularmente a la mujer lectora: la trabada entre *La Revista* y *El Progreso*, más cercana a una mesurada discusión que a lo que debiera entenderse por polémica en la época.⁹⁸ En efecto, Sarmiento, redactor de *El Progreso* en ese momento, publicó una serie de artículos destinados a mediar en la discusión acerca de la difusión y lectura del libro de Martín, y lo hizo con un tono conciliador –distante del utilizado por *El Siglo* o *La Gaceta*– como forma de diálogo conducente a instaurar en la discusión el problema de la educación, y sobre todo de la educación femenina, pero sin entrar de lleno a lidiar con el problema de fondo, a saber: la actitud conservadora relacionada con el sistema educacional chileno del género femenino.

La Revista Católica ha consagrado sus columnas a la discusión suscitada por la crítica de la obra de Aimé Martín, de que hace días nos ocupamos; i haríamos muy poco honor a la sensatez de aquella publicación si no dedicásemos también nosotros nuestra pluma a la dilucidación de la verdad. Libres, por fortuna, de todo espíritu de facción, ella i nosotros nos hallamos con la razón bastante despejada de toda preocupación para esclarecer las cuestiones de grave trascendencia que envuelve el asunto que nos ocupa (...) Quiere ella conservar la incolumidad del dogma, libre de todo menoscabo, i queremos nosotros que se respete la libertad de la inteligencia humana para inquirir la verdad i examinar ella misma los hechos.⁹⁹

⁹⁸ En general, la prensa periódica chilena de la época se nutre en sus disputas de enunciados entimemáticos (entre los que se encuentran la polémica, la sátira, el alegato, el ensayo, la diatriba, el libelo, todas formas discursivas no reguladas por el saber científico), pero el tono polémico asume una refutación en la que además de los argumentos quedan implicados otros órdenes culturales, de carácter social, político, incluso personal (la condición de extranjero, por ejemplo, fue uno de los puntos conflictivos que Jotabeche sacó a relucir en su polémica con Sarmiento). En la polémica entre Espejo y el corresponsal de *La Revista Católica*, por ejemplo, el primero decía esto del segundo: “Si no estuviera hasta cierto punto persuadido de la fe religiosa del señor R., y si por otra parte no supiera que el hombre que lleva sobre sí un hábito eclesiástico tiene siempre que aparecer ante el público con el carácter mismo a que lo condena su estado de vida, habría creído que al presentarse como escritor, se olvidaba de su estado, y pensando en sí mismo más que en su prójimo calumniaba sin siquiera santiguarse” (*El Siglo*, N° 24, 4 de mayo de 1844, pág. 2).

⁹⁹ *El Progreso*, 26 de diciembre de 1844 (en: Sarmiento, 1909, II: 243-244).

En estos términos planteaba Sarmiento la reyerta. Puede pensarse que la del sanjuanino no es más que una postura retórica, es decir, una estrategia de enunciación encaminada a llevar la cuestión hacia el conflictivo terreno de la censura declamada por la Iglesia, a fin de convencer a sus voceros de lo impropio de actitudes como ésta. Para Sarmiento, la rígida postura de los redactores de *La Revista* debía ser transformada hacia la figura de un órgano eclesiástico de control, pero un control estipulado para la capa alta de la sociedad: es decir, *La Revista* hacía bien en proferir sus críticas dogmáticas, pero debía hacerlo encaminándolas hacia el estrato superior de la clase dirigente, sin pretensiones de censura previa, como otro órgano controlador de la maquinaria cívico-pedagógica del gobierno. Pero la moderación del tono enfático, moderación percibida y celebrada por *La Revista*,¹⁰⁰ descubre algo más que una mera estrategia discursiva. En principio, debe señalarse el hecho de que Sarmiento escribe en un órgano que no sólo era subsidiado por el gobierno, sino que nació con el claro objetivo de alentar su política institucional conservadora. Las polémicas editoriales, por ejemplo, entre *El Progreso* y *La Gaceta del Comercio*, o entre aquél y *El Siglo*, son decidoras al respecto. Pero además, Sarmiento esgrime en esos artículos una jerarquización genérica sobre la cultura lectora que coincide con la postura ultraconservadora que sostiene la Iglesia:

La Educación de las madres de familia no es, pues, un libro para educar a las mujeres; sino para que lo lean los hombres que piensan, i se persuadan, como el autor, de que el medio de moralizar las masas no es tanto abrir escuelas i colejos, como penetrar con la educación hasta el hogar doméstico (...)
Derramada esta idea fecunda en la sociedad, pasada al caudal del sentido

¹⁰⁰ Así principiaba *La Revista Católica* su segunda intervención sobre el tema: “*El Progreso* y un corresponsal del *Siglo* han tomado a su cargo vindicar el honor del autor de la educación de las madres de familia ultrajado por nuestra inexactitud y severidad, según el primero, o por nuestra petulancia y vanidad según el segundo. *El Progreso* nos critica con moderación y el corresponsal del *Siglo* con insultos y groserías; al primero damos las gracias por su lenguaje mesurado y circunspecto, y al segundo le pagamos con una mirada de compasión”. Y más adelante: “*El Progreso* aunque tan poco entra en el fondo de la cuestión nos guarda sin embargo en los artículos que ha publicado sobre la materia aquellas consideraciones que rara vez otros articulistas nos dispensan” (*La Revista Católica*, N° 49, 21 de diciembre de 1844, p. 341).

común, entonces los gobiernos consagrarán un particular esmero en la educación de la mujer, i entonces aparecerán los libros que deben ponerse en manos de las mujeres. El de Aimé Martin no lo comprenderían ellas, porque discute asuntos para cuya inteligencia no están preparadas, i porque la discusión filosófica de las verdades sociales no se ha hecho para las mujeres.¹⁰¹

Cediendo ese punto a los redactores de la revista, difícil es que el aparato de sutilezas destinado a inducir una libre, aunque restringida, circulación del escrito no se descomponga frente a los argumentos católicos que dirimen la controversia. La idea principal de Sarmiento acerca del libro de Martin era que éste contenía algunos “lunares que afeaban” la obra –en términos dogmático-religiosos–, pero ello no impugnaba el hecho de que pudiera ser utilizada por el lector culto y masculino, a fin de propagar en la moralidad doméstica de las madres ideas útiles e ilustradas que reconvirtan poco a poco su estado de ignorancia y “barbarie”. La revista coincidirá sin mayores reticencias sobre la carencia de una educación religiosa adecuada no sólo en las mujeres sino incluso en los jóvenes, cuya educación literaria, según su punto de vista, carecía de una formación rigurosa sobre la materia. Y justamente a partir de esa coincidencia, y tomando al pie de la letra lo dicho por Sarmiento, expondrá las razones por las cuales no resultaba convincente la recomendación de dejar en manos de los “doctos” la decisión de difundir tales ideas: “Si como dice el *Progreso*, el traductor chileno se ha mostrado tan bisoño que no ha sabido comprender el objeto del libro que manoseaba; ¿qué será de los que no tienen las cualidades de los buenos traductores que pretenden mejorar nuestra sociedad?”¹⁰² Y agregaba:

El libro de Aimé Martin una vez publicado caería sin duda en manos no solo de las pobres mujeres que, a juicio del *Progreso*, no han nacido para dudar e investigar sino para creer, caería también en poder de jóvenes que aun conservan la pureza de la fe y el candor de la inocencia, y derramaría en ellos

¹⁰¹ *El Progreso*, 3 de diciembre de 1844 (en: Sarmiento, 1909, II: 236).

¹⁰² *La Revista Católica*, N° 49, 21 de diciembre de 1844, pp. 343-344.

con las primeras semillas de la incredulidad el desprecio de los dogmas y de las prácticas esenciales de la religión católica. (idem: 343-344)

Para *La Revista Católica*, los argumentos que hacen prevalecer ciertas ideas morales frente a la tergiversación del dogma no pueden sostenerse por medio de razones de utilidad y beneficio social porque ello implicaría soslayar la utilidad espiritual de la religión católica, única e irrefutable, y, por lo tanto, sería caer en la contradicción: “Un libro puede al reverso de páginas inmorales contener ardientes votos por la mejora de las costumbres, pensamientos elevados sobre alguna virtud y arranques inimitables de elocuencia filosófica ¿y habrá quien por esto recomiende como útil y provechosa su lectura?”.¹⁰³

Aunque Sarmiento esgrimía sus razones contra la censura eclesiástica, era evidente que en términos generales la prédica sarmientina estaba destinada a sofocarse en sus propias contradicciones desde el momento en que cedía la prerrogativa de jerarquizar la circulación de la lectura. En todo caso, el final de la discusión es un claro indicio del resultado de esa estrategia. En el último artículo dedicado a la cuestión, Sarmiento retomaba sus argumentos sobre la necesidad de que el clero y el gobierno propagasen una instrucción religiosa, y señalaba a la revista la poca atención que ésta había prestado a otras publicaciones religiosas, como *La conciencia de un niño* y *La vida de Jesucristo*, ambas obras traducidas por él mismo y publicadas el año anterior, indicando de ese modo la inclinación conservadora de la revista, propensa a reclamar la censura antes de difundir las obras “intachables en materia de religión”. A esto la revista respondía que tales obras permanecían bajo el amparo del gobierno, que de ese modo escatimaba o aplazaba su difusión, demostrando que eran los propios organismos laicos los que impedían su circulación.¹⁰⁴ En definitiva, la discusión por la libre lectura y libre circulación del

¹⁰³ *La Revista Católica*, N° 52, 22 de enero de 1845, Tomo II, pág. 12.

¹⁰⁴ Así respondían los redactores de la revista: “Nos aprovechamos de la noticia que nos ha comunicado aquel periódico de haber remitido ejemplares de las antedichas obras a la redacción de la *Revista*, para advertirle que no ha llegado a nuestras manos su obsequio, quizá por negligencia de sus agentes; y que lo aceptamos gustosos si tiene voluntad de cumplirlo todavía; mucho más cuando a pesar de las diligencias que han hecho algunos de nosotros para

escrito se cerraba sobre los modos en que la Iglesia debía contribuir a asentar una instrucción religiosa sobre la mayoría de la sociedad, los roles de la misma en el nuevo estado secularizador, la necesidad de una lectura diferenciada y las prerrogativas del sector culto, sea laico o religioso, en la adecuación y difusión de los textos útiles para una instrucción generalizada.

Pasiones patrias (extensión y cánones de lectura)

Es oportuno retomar ahora el argumento sobre la formación del sujeto ciudadano, y revisar algunos de los puntos conflictivos sobre las ideas ilustradas y románticas que maneja la nueva generación de letrados. Como vimos en el caso de Espejo, a pesar de que su prédica debía medirse frente a la autoridad discursiva de la Iglesia, sus artículos desplegaban argumentos similares y compatibles con los que esgrimían en Buenos Aires varios años antes los redactores de *La Moda*: necesidad de una reforma educativa, propagación de la virtud cívica, instrucción de la mujer como modo de regeneración social e inclusión, en el ámbito doméstico, de ideas cívicamente útiles y provechosas, es decir, conocimiento de la filosofía y de la historia de la nación como polea de transmisión del culto republicano.

Vimos también que en esas polémicas estaba implícita una oposición entre pasión y razón, y que el “corazón” de la mujer, propenso según esos discursos a arrojarse de emociones frívolas y pasiones desenfrenadas, debía insuflarse de virtud cívica, instruirse, penetrarse del conocimiento moderno, para formar del mismo modo los futuros corazones de la república. Esa oposición, como dijimos, aparece igualmente tematizada en las *Cartas a un amigo*, de Echeverría, escritas presumiblemente, y de acuerdo a lo que ha señalado la crítica y en primer lugar Juan María Gutiérrez, hacia 1836.¹⁰⁵

comprar la *Vida de Jesucristo* desde que se anunció su publicación, no lo han conseguido, obteniendo por respuesta, que la obra pertenece al Supremo Gobierno y que aun no ha dado orden para que se venda”. *La Revista Católica*, N° 56, 4 de marzo de 1845, Tomo II, pág. 47.

¹⁰⁵ La crítica ha reconocido, en la proximidad cronológica de la redacción de las *Cartas* y de *La cautiva*, esa redacción supuestamente autobiográfica como genotexto del poema publicado en 1837. Adolfo Prieto (2003 [1996]), siguiendo a Juan María Gutiérrez, data en 1836 la escritura de las *Cartas*. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, aunque no lo enuncian directamente, ubican los textos autobiográficos de Echeverría entre 1835 y 1836 (1997: 31ss.). Rafael A. Arrieta

Como recientemente escribió Myers (2006), las *Cartas* producen un ensayo de argentinización al transferir a la trama de la obra de Goethe, *Las penas del joven Werther*, los tópicos y las costumbres del territorio rioplatense.¹⁰⁶ Pero en esa reescritura, los desajustes con el modelo evidencian la tensión que remite al subtexto político, en el sentido amplio del término, mediante la alegoría romántica del amor a la patria personificada en una mujer que adquiere una doble figuración simbólica. La primera de ellas, que toca al narrador de la supuesta autobiografía, se hace evidente mediante la matriz filial del amor materno, en la que se inscriben la enfermedad y la pérdida ligadas al extravío y la culpa de sus congéneres:

Una idea me atormenta: creo haber sido la causa involuntaria de la melancolía que la consume. Los halagos seductores de una mujer me arrastraron a algunos excesos; la ignorancia y la indiscreción propagaron y exageraron estos extravíos de mi inexperiencia: ella los supo y desde entonces data su enfermedad. (Echeverría, 1972: 400)

Dejando de lado los componentes supuestamente autobiográficos del pasaje –o, mejor dicho, extrapolando esos datos probables hacia la personificación de la patria como figura del relato–, el protagonista, que se siente culpable de la enfermedad materna, atribuye a la ignorancia y a la indiscreción el desvarío de su amor filial. Maternal o seductora, la materia amorosa distribuye en la figura femenina las primeras inscripciones en la construcción alegórica del relato: la “buena madre” es mortalmente herida por la seducción páfida y halagadora de quien cuenta con la ignorancia para desviar la pasión amorosa de un corazón inexperto. El siguiente pasaje aclara lo que venimos diciendo: “Hijo, yo me muero; la Providencia me llama a su seno (...) Eres joven; no te dejes arrastrar por tus pasiones... El hombre debe abrigar aspiraciones elevadas. La Patria espera de sus hijos: ella es la única madre que te

prefiere ubicar su redacción en 1835 (1958, II: 89ss.). José Luis Lanuza, si bien no indica una fecha precisa, menciona las *Cartas* previo a hablar de *La cautiva* (1967: 59ss.). Por último, Jens Andermann, increíblemente, confunde la fecha de redacción de las *Cartas* con el año enunciado en las mismas, ¡1822! (2000: 40).

¹⁰⁶ Arrieta, por su parte, sugiere que las *Cartas* hallaron “su incentivo circunstancial en las foscolianas de *Jacobo Ortis*, traducidas y publicadas por el argentino José Antonio Miralla, en La Habana (1822) y reimpresas en Buenos Aires, en 1835” (Arrieta 1958, II: 89).

queda” (ídem: 401). Como se ve, ignorancia, inexperiencia y extravíos son los frutos de una juventud que no debe dejarse arrastrar por sus pasiones, así como las aspiraciones elevadas reconducen al pensamiento y a la razón en su última palabra tutelar. La única Madre es ahora la Patria: las pasiones deben ser reconvertidas por la ilustración de las elevadas aspiraciones republicanas.

La segunda figuración simbólica aparece en la historia de María (que será la que Echeverría elegirá para su poema sobre el “desierto” argentino). Aquí también el amor filial halla en la matriz consanguínea y familiar su traslado simbólico. María espera a su hermano y a su novio que han ido a combatir a los indios a la frontera. Ante la tristeza y desazón de la mujer, el narrador dirá a la madre de ésta: “Pero su hija de V. debe consolarse, le contesté, pues su amante ha ido a llenar uno de los primeros deberes del patriota (...) posponiendo los intereses de su corazón a los de la patria” (ídem, 406). La transfiguración es completa: aquel hijo extraviado por pasiones tan seductoras como inútiles habla a la madre, la otra madre, cuyo hijo está en la frontera, con las palabras medidas de la razón que sabe posponer “los intereses de su corazón a los de la patria”. Jorge Monteleone (2006) ha señalado el modo en que la esfera de lo político reconduce las pasiones de la individualidad romántica, justamente en la medida en que la figura del Estado –tal como aparece en el *Leviatán* de Hobbes– emerge como una única respuesta al problema de las pasiones individuales y desenfrenadas.

Como dejan ver las *Cartas* de Echeverría, la oposición pasión/razón es tópica del programa ilustrado que predicaban los jóvenes de la nueva cultura romántica rioplatense, y coincide con la necesidad de controlar las pasiones y fomentar el desarrollo de la virtud cívico-republicana, que en las polémicas de la prensa periódica encontraban en la figura femenina el modo de encauzarla: “Sois la mitad misma de nuestra sociedad, sois el iris consolador que reanima las almas con el sentimiento dulce de la esperanza, el vínculo de la familia con el hogar; sois el ángel protector de la infancia que derrama el gozo en el hogar doméstico”, escribían en *La Moda* en 1838.¹⁰⁷

¹⁰⁷ *La Moda*, Buenos Aires, N° 9, “Al Bello sexo”, 13 de enero de 1838, pág. 2, col. 1.

Varios años antes, el primer periódico escrito por una mujer en el Río de la Plata asumía también esa doctrina ilustrada, y esgrimía ante sus lectoras un programa de educación de la mujer cuyo núcleo ideológico coincidiría con el ímpetu reformista de la nueva generación. *La Aljaba, dedicada al bello sexo argentino*, comenzó a publicarse el 16 de noviembre de 1830. Su redactora, la uruguaya Petrona Rosende de Sierra, negaba con altivez la vieja creencia que indicaba que la instrucción era la causa de la pérdida femenina. La mayoría de sus artículos estaban visiblemente dedicados a refutar ese viejo modelo social del antiguo régimen, y a mostrar que la influencia de la mujer en la sociedad era irrefutable y, por lo mismo, debía ésta ser educada bajo prerrogativas de una severa moralidad. Los artículos contra el lujo, y a favor de una instrucción moral y religiosa eran representativos de ese programa. Pero lo llamativo es que varios pasajes de sus escritos, tal como ocurriría después en los periódicos de la nueva generación, si bien preveían una mujer como interlocutora, por momentos exponían un reformismo social bajo el cual quedaba subsumida toda cuestión de género:

Con equivocación se pretende que el lujo es el alma de comercio, la fuente de la riqueza y la propiedad de un estado. No hay más que consultar la experiencia, y se verá en los anales del universo, que los estados se han elevado por la virtud, y mantenidos con la frugalidad. Lo que forma la riqueza de un estado es un pueblo laborioso; valiente, amigo de las artes útiles (...); y un pueblo en fin pronto a sacrificarse por el honor, la virtud y la patria.¹⁰⁸

El pasaje que acabamos de citar seguramente podría ser suscripto por cualquiera de los colaboradores de *La Moda* alberdiana. Los valores con que Rosende aboga a favor de una educación de la mujer resultan congruentes con los que, varios años después, tanto en Buenos Aires como en Santiago observarían periodistas reformistas como Sarmiento, Alberdi o Espejo. Coincidente con lo que este último escribía en su

¹⁰⁸ *La Aljaba*, N° 1, 16 de noviembre de 1830, pág. 4, col 2.

polémica con la *Revista Católica*, leemos en *La Aljaba*: “Una niña que lee, escribe, borda, toca, canta, y baila; con la posesión de esos adornos no se crea educada; esas habilidades hacen lo que los ribetes, o guarniciones en los vestidos, que no son los que cubren la desnudez”.¹⁰⁹ Sólo que la redactora del primer periódico femenino evitaba decorosamente postular un método o programa de enseñanza, concentrándose en ratificar la necesidad de una educación de “sana moral”, religiosa, y republicana. El artículo “Amor a la patria”¹¹⁰ es un claro ejemplo del tipo republicano de mujer estudiado por Linda Keber para el caso de los Estados Unidos, que se nutre de la antigua Roma como modelo ciudadano; como un apóstrofe anticipado al ejercicio creativo de Echeverría en sus *Cartas*, allí se dice que “el amor que debemos tener a nuestra patria no es aquella ternura de que no podemos prescindir con respecto a los que nos han dado el ser” sino “ese sentimiento que nos impele simultáneamente a repeler con nuestras fuerzas (...) y hasta con nuestra sangre y vida, a cualquier invasor que intenta uncirnos al yugo de su ambición y tiranía”.¹¹¹

Como sostiene María del Carmen Hernández, a pesar de que la escritura de mujeres supo en la época filtrarse en el discurso oficial y dar cuenta de la situación genérica desigual heredada de la colonia, es evidente asimismo que asumió el mito patriarcal, reproduciendo el discurso pedagógico de la clase letrada, relativamente acomodada, a la cual, por otra parte, perteneció Petrona Rosende (Hernández, 1998: 177-217). Lo que puede observarse a través de ese discurso reformista es la estricta coincidencia entre el ligero reclamo del feminismo pos-independentista y el programa del liberalismo acuñado por las nuevas generaciones letradas que, como veremos en el próximo capítulo, si comulgaron con el romanticismo literario lo hicieron adecuándolo a criterios de matriz netamente ilustrada.

Baste, por ahora, traer a colación una cuestión de detalle. Como sabemos, en 1837 Echeverría colocaba como epígrafe de *La cautiva* la traducción de un verso del *Don Juan* de Byron. Allí donde el poeta inglés hablaba de nación (“*whatsoe'er their nation*”) el bardo sudamericano usufructuaba el traslado para insertar la concepción más

¹⁰⁹ *La Aljaba*, “Educación”, N° 9, 14 de diciembre de 1830, pág. 3, col 1.

¹¹⁰ Se publica en los números 1, 4, 6 y 9.

¹¹¹ *La Aljaba*, N° 4, 26 de Noviembre de 1830, pág. 4, col. 1.

geológica de “clima”; del mismo modo, el atributo psicológico del genio de la mujer (“*genial soil*”) se transformaba en la versión echeverriana en el sentido biológico de “fertilidad”. Se ha querido ver en ese desplazamiento de lo intelectual y espiritual a lo concreto y material la reformulación del ideario romántico bajo los intereses particulares de las élites letradas latinoamericanas.¹¹² Ahora bien, el significado de ese pasaje puede ser mejor comprendido atendiendo a las publicaciones periodísticas que lo orientaron. Porque ese mismo verso y *ligeramente* esa misma traducción fueron publicados más de un año antes en las páginas de *El Recopilador*, donde Echeverría daba a luz piezas poéticas que expresaban los “desahogos del sentir individual”.¹¹³ En su primera entrega, *El Recopilador* publicaba esa traducción del siguiente modo: “En todas las regiones del mundo, el corazón de la mujer es una tierra fértil en tiernos sentimientos: las mujeres, como la Samaritana, vierten bálsamos y vino para mitigar las penas de la vida”.¹¹⁴ Aunque *ligeramente* similar –aquí no se habla de clima sino de las regiones del mundo–, lo que retiene esta versión es la función biológica de la mujer y no, como en el verso original, su genio. Esa primera traducción apareció publicada junto a una serie de citas literarias, en forma de aforismos, dirigidas a proclamar la labor republicana de la mujer en el Río de la Plata y no parece desacertado atribuir esa traducción a la colaboración del propio Echeverría en las páginas del semanario. Lo que hay que agregar es que las virtudes que la sección del semanario destacaba de la figura femenina en el conglomerado social de Buenos Aires –el “retrato ideal de una mujer” debido a Sófocles, por ejemplo– la ubicaban en el centro del hogar, dirigiendo los quehaceres domésticos: “fiel como el perro de pastos solitarios, delicias de su amo; dócil y constante como el timón que dirige y protege las embarcaciones; firme como la columna que sostiene la alta techumbre; grata y apacible como el hogar y su familia al navegante que vuelve”.¹¹⁵ Fértil y sentimental, la mujer para no ser “liviana” (condición que la convertía en la carga más pesada para la sociedad, según una cita del

¹¹² Retomo aquí los argumentos de Jens Andermann (2000). Cfr. pp. 60 y 94.

¹¹³ Entre ellas, el poema “Serenata”, que aparece interpolado en *Cartas a un amigo*, y editado luego en el volumen *Rimas*. Este dato permite situar con más convicción la redacción de las cartas alrededor de los años 1835 o 1836.

¹¹⁴ *El Recopilador*, Buenos Aires, 1836, “De las mugeres”, pág. 6.

¹¹⁵ Todas las citas de *El Recopilador*, “De las mugeres”, pág. 6.

Persiles que se exponía en esa misma sección), no debía “degradarse”, es decir, como antes había expresado *La Aljaba*, no debía pervertir su rol civil y su función pública: formar el corazón del ciudadano. Lo que el periódico permite vislumbrar de modo más ajustado en ese *pasaje* es un modelo de ciudadanía en el que la mujer tiene asignado un rol específico; no es en las tertulias, ni en los cafés, donde debe cumplir ese mandato cívico sino en el hogar, fiel como el perro, dócil y constante, dirigiendo la embarcación de la familia con la firme convicción de que en su seno no debe reinar la “vida ficticia”, porque allí reside el futuro capital político de la patria.

De esta prosa al epígrafe de *La cautiva*, la glosa supone que de esa oposición deberá prevalecer el sentido racional y el control de las pasiones: los corazones, cuando los dominan las pasiones, se pierden en la venalidad y en la insensatez. “El corazón de estos jóvenes inútiles a la patria y la filosofía, es una vasta soledad: su inteligencia un árido desierto”, decían en *La Moda* refiriéndose a la frivolidad amorosa de las “bellas”: “Para ellas amar es una sonrisa, o una palabra satírica: pobre del que quiera hablar más seriamente de amor!”. Y remataban diciendo: “La Patria ha llorado mucho, y con las lágrimas en los ojos os pide buenos ciudadanos. ¿Os burlareis también de las lágrimas de la Patria?”.¹¹⁶ Evidentemente, la cuestión de las pasiones – amorosas y lectoras– plantea a la nueva generación un problema.

Entre el cúmulo de cambios ocurridos bajo el ingreso de nuevas ideas literarias y estéticas, puntualmente las provenientes del movimiento romántico francés a partir de publicaciones como *Le Globe* (1824-1832), la *Revue Encyclopédique* (1819-1833) o el *Cromwell* (1827), de Hugo –tan glosado por Echeverría en sus reflexiones literarias–, cambios bien descritos en el orden cultural rioplatense por los trabajos recientes de Myers (1998, 1999), existe la tentación de postular un reordenamiento entre subjetividad literaria y orientación pública de la escritura que, si bien flexibiliza paradigmas ideológicamente taxativos como el postulado por Viñas en su clásico *Literatura argentina y realidad política*, por momentos desatiende contingencias históricas y políticas en desmedro de lo que Skinner llamó sus “condiciones semánticas

¹¹⁶ *La Moda*, Buenos Aires, N° 10, “Dos palabras al oído de las bellas”, pág. 1.

de producción”, para dejar la impresión del surgimiento infructuoso de una escritura liberada –o que apunta a liberarse– de los condicionamientos políticos.¹¹⁷

Es verdad que en las reflexiones de Alberdi la substracción del escenario político se postulaba como una condición de autoridad discursiva. Así se refería al asunto, por ejemplo, en una carta dirigida a Juan María Gutiérrez desde Valparaíso: “Para dar autoridad a mi palabra, pienso quedar siempre fuera del poder, y ojalá tuviere fuerzas para quedar también fuera del país, es decir, lejos de las pasiones pequeñas, que oscurecen la luz y la inteligencia parcial.”¹¹⁸ Sin embargo, no menos cierto es que Alberdi, como casi todos los emigrados argentinos en Chile, trabó relaciones laborales –cuya dependencia nunca se reduce a la profesionalización letrada, imposible en la época– con el gobierno chileno (fue nombrado Secretario de la intendencia de Concepción), y escribió y publicó sus escritos bajo la regulación institucional del país vecino (de manera notable, de la Facultad de Leyes de la Universidad donde debía revalidar su título de abogado).¹¹⁹ Ese tipo de inserción pública matiza si no desbarata, por lo menos en su estadía chilena, las voluntariosas expresiones de una “inteligencia parcial”. Su correspondencia privada está plagada de menciones al respecto. Para dar sólo un ejemplo, me remito a los consejos “ofrecidos” a Félix Frías acerca de una serie de artículos publicados por éste en *El Mercurio* y referidos a la institución eclesiástica en Chile. Según recomendaba Alberdi, Frías tenía que concluir por decir “que el clero católico de Chile no se opuso ni se opondrá jamás al adelanto del espíritu humano en esta parte de América; y que la libertad, con todas las instituciones que dependen de ella irán adelante con aplauso y beneplácito de los altos representantes del catolicismo chileno.”¹²⁰ Podría argüirse que ése es, ni más ni menos, el pensamiento genuino de Alberdi. Pero a la luz de otros escritos del propio Alberdi como de otros de los emigrados argentinos, tal pensamiento parecería representar más bien los intereses

¹¹⁷ Batticuore, por ejemplo, llega a escribir: “La libertad espiritual e ideológica es condición *sine qua non* de la escritura romántica” (Batticuore 2005: 25).

¹¹⁸ Carta a Juan María Gutiérrez del 18 de septiembre de 1852, Valparaíso (Alberdi, 1953: 58).

¹¹⁹ Alberdi escribió, además, una biografía de Manuel Bulnes en vísperas de su reelección como presidente, y lo hizo a pedido de Manuel Montt, ministro de gobierno. Sobre la inserción de los emigrados argentinos en las esferas de poder chileno, Serrano (1996) ofrece una apretada pero esclarecedora reseña histórica.

¹²⁰ Carta a Félix Frías del 7 de agosto de 1844, Valparaíso (Alberdi, 1953: 216).

consensuales de la clase dirigente.¹²¹ Como vimos en el caso de Sarmiento y su montaje discursivo frente a *La Revista Católica*, la “libertad” para escribir y opinar nunca es un valor absoluto. Pero además, hay que insistir en que esa condición valorada por Alberdi como expresión de deseo comporta una voluntad de autonomía difícilmente realizable en su tiempo. Los mismos escritos camuflados de *La Moda* (así como el hecho para nada menor de que figurara como editor responsable del semanario Rafael J. Corvalán, el hijo del edecán de Rosas) dan cuenta de ello. Por otra parte, la libertad en la elección de las lecturas no parece ser un atributo de la cultura romántica, si por ella se entiende la lectura libre efectuada por fuera de los programas académicos. Salvo, quizá, que extendamos el romanticismo hasta el *Spectator*, de Addison.¹²² En efecto, el fenómeno de la llamada “revolución de la lectura” aconteció entre mediados y finales del siglo XVIII, con la emergencia de autores como Richardson, Rousseau, Bernardin de Saint-Pierre o Goethe, que supieron captar con gran maestría la subjetividad implicada en los nuevos intereses de la burguesía en ascenso. Las novelas *Pamela* y *Clarissa* de Richardson, por ejemplo, aparecidas a mediados del XVIII en Inglaterra, representaron, según el clásico estudio de Ian Watt, un fenómeno de expansión de un tipo de lectura emotiva e intensiva, relacionado principalmente con las expectativas del público femenino, pero amparado por la creciente publicación de periódicos y semanarios dedicados a la *middle class*.¹²³ Por su

¹²¹ Quizá el siguiente comentario de Sarmiento, en una carta enviada desde Santiago de Chile a su amigo Quiroga Rosas, sea suficientemente representativo: “Mándeme datos sobre el diarismo y sus progresos, sobre educación pública, sobre cualquiera otra cosa que no huela a cosas muy liberales en este país iliberal hasta morirse” (Segreti 1988, I: 18). En relación a los valores consensuales de la clase dirigente chilena, véase Stuenkel (2000).

¹²² El propio Isaiah Berlin, tan preocupado por localizar cronológicamente el movimiento romántico –lo sitúa entre 1760 y 1830– registra el inconveniente de llamar a Rousseau “uno de los padres” del romanticismo (Berlin 1999: 7ss).

¹²³ Dice Watt: “El ensayo periódico hizo mucho en la formación de un gusto al cual la novela, también, podía satisfacer. Macaulay pensaba que si Addison hubiera escrito una novela ésta habría sido “superior a cualquiera de las que poseemos”; mientras que T. H. Green, aludiendo a esto describe el *Spectator* como “el primer y mejor representante de ese estilo especial de literatura –la única literatura verdaderamente popular de nuestro tiempo– que consiste en hablarle al público sobre sí mismo”. Y también: “En virtud de sus contactos múltiples con la impresión, la venta de libros, y el periodismo, Defoe y Richardson estaban en contacto muy directo con los nuevos intereses y las nuevas capacidades del público lector; pero es aún más importante que ellos mismos fueran completamente representativos del nuevo centro de gravedad de aquel público” (1968: 53 y 61 [mi traducción]).

parte, Reinhard Wittmann sostiene que periódicos como *The Spectator*, *The Tatler*, *The Guardian*, funcionaron como modelos de lectura moral para la burguesía en ascenso y que desde 1760 la joven generación burguesa optó por un tipo de lectura libre y extensiva, vinculado a la utilidad y desarrollado en los ambientes de sociabilidad literaria con el fin de formar la identidad social de la burguesía. Paralelamente se desarrolló una lectura individual centrada en el factor emocional, que estableció nuevas pautas de relación entre autor, texto y lector, y desencadenó una “fiebre lectora” de alcances inusitados. (Wittmann, 1998: 437-472). Esta lectura sentimental, identificada mayormente con el lectorado que consumía las novelas de Richardson en Inglaterra, y luego en Francia las de Rousseau y Bernardin de Saint-Pierre, puede muy bien representar el tipo de lectura romántica en la autocomprensión que los letrados de la nueva generación criolla tenían de la lectura femenina. Modelo, además, con el que sus empresas editoriales deberían comenzar a negociar su discurso liberal y reformista. Esta nueva disposición de intereses letrados venía configurándose tímidamente desde algunos lustros atrás. En el tercer número del periódico *El Curioso*, de 1821, se pone en escena un acto de lectura, en forma de diálogo versificado, en el que una niña aparece leyendo el periódico mientras su madre la reconviene para que se incline a tareas conformes a su edad, pero sobre todo a su sexo:

Vieja: Dexa muchacha ese papel: no quiero
que leas esas cosas. Vete al punto
al aposento y toma el costurero.

Niña: Pero mi madre ¿acaso (yo pregunto)
de lo que aquí he leído hay diferencia
a lo que se nos dice todo el día?

(...)

Niña: Yo a esto leo con gusto, y me contento
(...) en los triunfos que obtiene la belleza:
lo demás no me importa
(...)

De mi solo interés y cuidado
son ciertos secretitos de hermosura
que el Curioso galán nos ha apuntado.¹²⁴

Este diálogo ejemplifica la convivencia de dos órdenes culturales superpuestos: por un lado, la circulación del periódico –que se llama, además, “científico-literario”– indica una nueva práctica de lectura, accesible y cotidiana, al alcance de la mano de una “niña”; por el otro, la “vieja” comadrona reproduce la visión patriarcal heredada de la Colonia: la niña no debe leer un periódico sino “tomar el costurero”. En la década del 30 –ya instalada la prensa periódica como práctica del nuevo orden cultural– lo que se intenta transformar son los roles adjudicados a la lectura: no ya el interés de “ciertos secretitos de hermosura” –mediante el cual la niña justificaba su osadía–, sino temas útiles, moralmente sazonados, será lo que se espera que el público lector femenino haga suyos. A ese mismo público –que solía confundirse con la masa, el pueblo o la plebe– *La Moda* conminaba a salir de la “ociosidad mental” mediante lecturas convenientemente alejadas del “placer de los sentidos”. Sin embargo, la experiencia demostraría que ese “placer” podía ser redireccionado, si primero se lo incorporaba al laboratorio de la retórica reformista.

¹²⁴ *El Curioso*, “Fábula, que tiene muchas apariencias de verdad, sobre el número 2 del *Curioso*; en que hablan una señora vieja, una niña y un viejo”, N° 3, pág. 15, cols. 1-2.

2. Sociedades literarias y prensa periódica

2.1. Introducción

El vínculo entre asociaciones letradas e interés público fue fundamental en el desarrollo institucional y cultural de las nuevas repúblicas. Tanto en Europa como en Latinoamérica –hacia mediados del siglo XVIII y con mayor vigor después de 1789–, los espacios domésticos de intercambio social –como las tertulias, primero, y los salones o cafés, después– resultaron decisivos para la constitución de prácticas culturales modernizantes, principalmente las relacionadas con el desarrollo de una opinión pública y de un pensamiento secularizado. A partir del clásico estudio de Habermas, la historiografía y la crítica han indagado con mayor detenimiento las modalidades de esa interacción, atendiendo especialmente a las particularidades localizadas de ese proceso. Como vimos en el capítulo anterior, el modelo de Habermas ofrece una descripción que debe ser reconducida frente a las características peculiares de la publicidad política hispanoamericana. En primer lugar, por la precariedad de las redes institucionales que restringe las posibilidades de circulación del escrito. En segundo orden, porque la variada gama de prácticas comunicativas que compiten, hasta bien avanzado el siglo, con la opinión pública letrada determina la mayoría de sus proyecciones.

En ese contexto, las élites letradas se abocaron a diseñar modelos de legitimidad pública que reconstituyeran las redes institucionales y comunicacionales desarticuladas por las guerras de independencia, primero, y por las luchas de las diferentes facciones políticas, después. El modelo ilustrado de la “opinión pública” fue el instrumento central de esa labor, y las manifestaciones de la prensa el modo de socializar con un público afín las ideas sobre la nueva representación política.

A partir de la década de 1830 en el Río de la Plata y poco después en Santiago de Chile, cuando los regímenes políticos habían logrado una relativa estabilidad, las

nuevas promociones de las élites letradas comenzaron a percibir la necesidad de atender a las demandas de un público no homogéneo y ampliado, cuyos intereses lectores no eran ya interpelados por los discursos de la prensa doctrinaria. Surge entonces la expresión de un nuevo emplazamiento discursivo, identificado con una mayor y diferente “sensibilidad literaria”, en parte producto de las nuevas corrientes de ideas románticas que ganaron el mercado editorial del escrito. Sin embargo, la necesidad de las nuevas élites letradas de intermediar en el espacio del público lector se vio compelida por diferentes órdenes factuales. Entre ellos, tal vez el de mayor importancia haya sido la estrecha y diversa extensión del espectro lector.

En este capítulo abordaremos las manifestaciones de ese nuevo emplazamiento del discurso público de la élite, que aquí llamamos prensa cultural, con el fin de indagar las modalidades de mediación pública por parte de las nuevas generaciones letradas. En un primer momento nos concentraremos en las conexiones entre prácticas asociativas ilustradas y el asociacionismo cultural, a fin de visualizar tanto las rupturas como las continuidades que afectan a sus programas literarios. Es a través de esos modelos de asociación letrada que se pueden especificar con mayor rigurosidad las deudas de la llamada generación romántica con el iluminismo dieciochesco post-independentista.

En segundo lugar, examinaremos las inscripciones de esas demandas en la prensa cultural, focalizando los nuevos modos de relación que estas publicaciones procesan con el espacio público. Por último, indagaremos las prácticas y los géneros discursivos puestos en juego por la prensa cultural como modo de mediación y legitimación pública. El análisis de esas modalidades nos permitirá reconocer la asunción de nuevos géneros con los que expandir las discusiones políticas, así como las particularidades del público lector y de la circulación pública del impreso.

2. 2. Asociacionismo y formación crítica: continuidades y rupturas

Antes de detenernos en el análisis de las primeras publicaciones del periodismo cultural en Buenos Aires y en Santiago, es necesario prestar atención a los lazos establecidos entre los nuevos modos de sociabilidad republicana y la configuración de una legitimidad pública, objeto medular en el diseño de los programas culturales de las élites letradas.

Como ocurrió en España, fueron las tertulias de los grupos ilustrados las que dinamizaron la conformación de asociaciones civiles con el objeto de orientar la producción de los discursos públicos, y las que definieron, a su vez, los alcances legítimos e ideológicos de su concepción.¹ En Hispanoamérica, la vigencia de un concepto ilustrado de utilidad pública acompañó la reforma educativa y alentó los proyectos asociacionistas que buscaban expandir a través de la prensa periódica los valores culturales de la élite. El proceso fue particularmente notorio en el caso chileno, donde la educación formal se vio arbitrada desde sus inicios tanto por la élite ilustrada cuanto por el extenso influjo del sector eclesiástico. Los parentescos de la élite cultural así como la pervivencia de valores tradicionales diseñaron desde temprano un modelo jerárquico de discurso social, lo que en la práctica restringió el cuerpo ciudadano a una minoría ilustrada. Los trabajos de Godoy Urzúa (1970) y de Manuel Vicuña (2001) muestran claramente que las reuniones y tertulias letradas constituyeron los espacios

¹ Andreas Gelz (2000, 2006) ha trabajado la vinculación intermediadora entre los espacios tertulianos de la élite y el funcionamiento de la prensa periódica de mediados y fines del siglo XVIII en España, y ha señalado que en tanto en ese momento la esfera pública se encuentra en ciernes, la tertulia, como punto de contacto entre el espacio interior (privado) y exterior (público), representa el marco referencial y comunicativo adecuado para la presentación de procesos intersubjetivos, para reflejar su dinámica y sus modificaciones bajo el signo de una progresiva secularización, y para fomentar, a través de su multiplicación –también medial– en la prensa, la conformación de la esfera pública (Gelz, 2000). A su vez, en el volumen de Guerra y Lempérière, el trabajo de Renán Silva aborda el tema de las asociaciones de lectura y de las tertulias de la élite cultural en la Nueva Granada de fines del XVIII (Cfr. Silva, 1998: 80-106). De la tertulia de Quintana, por ejemplo, que después del 2 de mayo de 1808 se convertiría en el Centro de patriotas, va a surgir uno de los periódicos más representativos de ese período: el *Semanario Patriótico*. “Es significativo –afirma la historiadora Seoane en relación con los alcances ideológicos de esa concepción iluminista– que en la Constitución el artículo relativo a la libertad de imprenta, el 371, esté colocado en el capítulo dedicado a la Instrucción pública” (Seoane, 1983: 40).

informales de interacción personal de la clase dirigente, en cuyo seno se establecieron los pilares de la república.²

En ese proceso, la estrecha relación entre asociaciones literarias y prensa periódica revela uno de los modos particulares en que se fraguó la intervención de las élites en el espacio público y una de las instancias de mayor interés para el examen de sus programas y producciones escritas. Por lo tanto, una breve revisión de esas conexiones puede explicar las contradicciones entre la búsqueda de una expansión de las prácticas de lectura procurada por las nuevas generaciones letradas y la pervivencia de un modelo ilustrado que se autolegitima apelando a un público reducido, que comparte sus competencias aunque no necesariamente sus ideas.

En el Río de la Plata, las primeras instituciones de relevancia de este tipo fueron la “Sociedad Literaria de Buenos Aires”, fundada en 1822, y la “Sociedad Secreta Valeper”, creada sólo un año antes.³ En el caso de Chile, a las “Sociedades de Lectura” promovidas por el gobierno de Pinto en 1828 se habría de sumar, una década más tarde, la “Sociedad Chilena de Historia”, establecida en 1839, y amparada por el ministro Manuel Montt.⁴ Si bien estas primeras asociaciones civiles difieren de aquellas de corte cultural que surgen después de 1830 en Buenos Aires y de 1840 en Santiago, tanto en su carácter como en su composición social, la relación entre prácticas asociativas e intervención pública a través de la prensa periódica registra líneas de continuidad que no deben ser pasadas por alto puesto que proveen elementos significativos para el examen de una construcción simbólica y discursiva de la nacionalidad.

La inclinación pedagógica y el interés educativo, por ejemplo, tienen su antecedente en los programas de esas asociaciones civiles. Varias sesiones de la

² Tal modelo jerárquico y elitista ha sido bien descrito por la historiografía conservadora chilena, desde Alberto Edwards hasta Jaime Eyzaguirre. Se trata de la formación de una minoría ilustrada que, tal como observó Bravo Lira repasando esas líneas de análisis, sirvió en el desempeño institucional y gubernativo del poder político trasvasando a sus esferas los ideales del absolutismo ilustrado (Bravo Lira, 1992: 160-166).

³ La información y la edición de las Actas de la Sociedad Secreta “Valeper” y de la Sociedad Literaria de Buenos Aires se halla en Rodríguez, Gregorio F. (1921, I: 271-503). Para más datos contextuales, pueden consultarse Arrieta (1959, I: 225 y 279) y Rojas (1948, I: 207-316, Vol. 5).

⁴ Las Actas de la “Sociedad Chilena de Historia” fueron editadas por la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (RChHG 1930, 71: 237-250).

Sociedad Literaria de Buenos Aires están dedicadas a promover una educación pública, a inculcar en los altos estratos sociales de la ciudad portuaria el interés por una instrucción adecuada a la nueva situación política de la región. Un dato interesante, en este sentido, es el tratamiento en esas reuniones de asuntos referidos al lenguaje, sobre todo porque se vislumbra una perspectiva de nacionalización del idioma –o, si se prefiere, de recodificación de las normas– que será particularmente fructífera en las discusiones posteriores sobre la lengua que llevarán adelante los jóvenes románticos rioplatenses.⁵ Estas instituciones presentan un particular diseño “universal”, basado en las prerrogativas de un Sujeto ciudadano y en los ideales ilustrados que, en su afán de “expandir las luces”, imprimen un sello supranacional a la acción de estas minorías, que aflorará también en las nuevas generaciones, aunque por momentos en insuperable contradicción con los programas del nacionalismo cultural y literario.⁶

Pero sin duda las prácticas de lectura representan uno de los puntos más destacados en esa continuidad, dado que conforman una modalidad particular, de carácter ilustrado y colectivo, que adjudica a las letras una función utilitaria y política. El modo de esa socialización de la lectura apunta a la formación de un lectorado “crítico”, que no sólo manipule información sino que también pueda discutirla. En la sexta reunión de la Sociedad Valeper, se constata la necesidad de empezar “a tratar asuntos literarios, señalándose todos los días martes para la discusión de la sesión siguiente”.⁷ Este tipo de prácticas será uno de los rasgos definitorios del asociacionismo cultural de las élites, tal como se deja ver en las Actas de la Sociedad Literaria de Santiago y a través de las evocaciones de Vicente F. López sobre la Asociación de Estudios Históricos y Sociales de Buenos Aires, antecedente inmediato

⁵ En varias sesiones, Santiago Wilde presentó un trabajo destinado a abordar la cuestión de la “ortografía castellana” que, finalmente, por pruritos de los mismos integrantes de la comisión evaluadora, no fue publicado.

⁶ Me refiero a un diseño transnacional, no restringido, en donde el componente universalista del “ciudadano” juega un rol determinante. Un dato interesante en este sentido es la incorporación como socio honorario de la Sociedad Literaria de Camilo Henríquez, desterrado en Buenos Aires por entonces, quien, a su vez, sugirió el ingreso de Manuel Salas, director de la Biblioteca Nacional chilena. Véanse las sesiones correspondientes al 30 de enero y 6 de febrero de 1822 de la Sociedad (Rodríguez 1921, I: 315-319).

⁷ Rodríguez (1921, I: 407).

del Salón del 37.⁸ Por supuesto, la distancia mayor entre estas primeras asociaciones civiles y las del período romántico reside en los intereses de lectura socializados. Con “asuntos literarios”, los integrantes de la Sociedad Secreta Valeper se refieren a un cúmulo de textos y de materias difícilmente compatibles con las lecturas de la joven generación: estudios de geografía, medicina, moral, ortografía, astronomía, comercio: casi ninguna lectura literaria –o poética, *stricto sensu*. Porque, en definitiva, esas primeras asociaciones necesitaban reconstruir los lazos institucionales quebrantados por las luchas de la independencia y reponer sobre todo los canales comunicativos que afianzaran el orden público. Así lo expresaba en su reaparición *El Argos de Buenos Aires*:

La suspensión del *Argos*, del *Boletín de industria*, y del periódico denominado *El Patriota*, dejó al pueblo de Buenos Aires en una posición casi absolutamente reservada para con lo interior, y para con lo exterior del territorio. [...] Clama el interés público y el honor de Buenos Aires por un periódico general [...] Es en fuerza de estos principios que la SOCIEDAD LITERARIA DE BUENOS AIRES se ha instaurado el primer día de este año, y se ha hecho cargo de publicar en papel dos veces en cada semana, que contenga con arreglo al artículo 21 de su constitución, todo cuanto conduzca *a formar un canal verdadero de comunicación y noticias*.⁹

Al mismo tiempo, los integrantes de la Sociedad se proponían dar a la imprenta un periódico más reflexivo, atento no sólo a consideraciones políticas sino también, como escribirían en su primer número, a “aquellos conocimientos que han acelerado en

⁸ La Asociación de Estudios Históricos y Sociales congregó a los jóvenes universitarios de Buenos Aires en casa de Demetrio y Jacinto Rodríguez Peña. Del mismo modo que en las Sociedades anteriores, aunque bajo el signo del historicismo romántico, el reglamento estipulaba que una comisión definiría el tema de disertación y el encargado de prepararlo para cada sábado. Luego de la lectura, uno de los miembros comenzaba la crítica y se entablaba el debate. Cfr. López (1939: 43-44).

⁹ *El Argos de Buenos Aires*, N° 1, Bs. As., 19 de enero de 1822, pág. 1, col. 1, (cursiva en el original). *El Argos de Buenos Aires* tuvo dos épocas. La primera se extiende desde el 12 de mayo hasta el 24 de septiembre de 1821; la segunda, ya en manos de la Sociedad Literaria, comienza con la fecha del número que acabamos de citar y se extiende hasta diciembre de 1825 (Cfr. Beltrán, 1943: 135-140).

otros pueblos su organización social”. Así pues, los redactores de *La Abeja Argentina* se planteaban: “desarrollar las nuevas instituciones que han introducido en otras naciones las luces del siglo y que nos parezcan más oportunas a nuestra situación y estado; tal va a ser el asunto preferente de nuestras tareas. La industria, la agricultura, y el comercio, que son los manantiales de la riqueza y prosperidad pública, merecerán también un lugar distinguido en nuestras páginas”.¹⁰

Como se puede ver, el periódico rubrica una marca característica de las publicaciones que fueron apareciendo por lo menos hasta entrada la década del 30: el intento de difusión de las “luces del siglo” con el claro objetivo de socializar, desde la práctica periodística, los avances industriales y comerciales de las naciones más desarrolladas. Industria, agricultura y comercio son términos de una comunicabilidad pública tradicional, que busca afianzar el desarrollo productivo en un terreno de incipiente organización estatal. Con todo, a nivel discursivo el periódico alcanzó a diseñar una línea política y estética que sería retomada y profundizada por los periódicos reformistas de la generación romántica.¹¹

En Santiago, el surgimiento de tales asociaciones sigue un proceso similar, aunque por la particular composición de sus élites la incidencia de las esferas de gobierno en sus respectivos programas es más notoria y de mayor extensión. En efecto, por lo menos hasta la aparición de la Sociedad Literaria presidida por Lastarria a principios de 1840, las asociaciones civiles estuvieron directamente patrocinadas por personalidades de la clase dirigente, y aun aquélla se vería afectada por la ascendencia de algunos de sus integrantes. La institución de la Sociedad de Lectura, por ejemplo, nació fomentada por el gobierno liberal de Pinto —y, entre otros, por José Joaquín de Mora, que también tuvo que ver con la iniciativa. Después de Lircay (1829), que acabó con el corto período

¹⁰ *La Abeja Argentina*, N° 1, Buenos Aires, 1822, pág. 1.

¹¹ *La Abeja Argentina* desarrolla un discurso agrarista cuyas principales ideas nutrirán tanto al federalismo rosista como al liberalismo de la generación romántica. A su vez, al igual que su correligionario *El Argos de Buenos Aires*, bosqueja un imaginario de la república afincado en la perspectiva de su ciudad portuaria. Ese discurso se amalgama mediante piezas poéticas, como el poema “Al pueblo de Buenos Aires”, y artículos destinados a evaluar las condiciones de productividad agrícola de la provincia junto a la necesidad de acabar con el flagelo de las *malocas* indígenas, bajo los títulos de “Economía rural” e “Historia de nuestra frontera interior”.

del gobierno de Pinto, y una vez establecidos los nuevos contornos políticos de la facción triunfante, las reuniones concebidas por Juan Egaña en su casa de Peñalolén a principios del 30 funcionaron como verdaderos espacios de interacción letrada, y se sabe que en su seno se diseñaron los proyectos económicos, políticos y educativos que cimentaron la base política e intelectual del régimen portaliano.

En esas reuniones, por ejemplo, Andrés Bello pergeñaba y discutía los escritos que luego se publicarían en *El Araucano*, periódico oficial del régimen y tal vez el que mejor expresaba las concepciones de la “república ilustrada”.¹² Por su parte, la Asociación de Historia, impulsada por José Luis Borgoño, contó desde sus inicios en 1839 con el apoyo de destacadas figuras del ámbito político, entre ellas García Reyes, Antonio Varas y Manuel Montt, debiendo concluir sus actividades al poco tiempo por la imposibilidad de sus socios de mantener las sesiones, dado que la mayoría cumplía con funciones gubernamentales.¹³ Entre los intereses de esta asociación figuraban predominantemente los educativos y, por supuesto, los históricos. Sobre estos últimos, las tareas de la Sociedad se encaminaban a confeccionar Memorias así como a desarrollar una labor archivística, recabando materiales originales, como los manuscritos que poseía por entonces el naturalista francés Claudio Gay, o los que conservaba Manuel Salas.¹⁴

Como se puede apreciar, un rasgo distintivo de estas primeras asociaciones fue el vínculo efectivo que sus integrantes mantuvieron con las esferas del poder público, de modo tal que en muchos casos sus acciones se confundían directamente con intereses oficiales.¹⁵ En este punto, conviene ahora llamar la atención sobre un aspecto que

¹² En esas tertulias, además de la familia Egaña y Andrés Bello, participaron José Miguel de la Barra, Manuel Carvallo y figuras extranjeras de reconocida trayectoria (Godoy Urzúa, 1992: 138).

¹³ Entre los miembros de esta asociación se hallaba el joven José Victorino Lastarria. El resto de los integrantes eran: Manuel Montt, Andrés de Gorbea, F. de Borja Solar, Antonio Varas, José Barriga, José Luis Borgoño, Tomás Zenteno, Domingo Tagle, José N. Novoa, Vicente Bustillos y José Zegers. Véase *RChHG*, 1930, 71: 237-250. Es interesante destacar que, salvo Montt, ministro de Bulnes, el grueso de los integrantes de la asociación figurarían como miembros académicos fundadores de la Universidad en 1843. Andrés Gorbea, incluso, sería Decano de la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas (Cfr. *AUCH*, 1846, 18-22).

¹⁴ *RChHG*, 1930: 243-244.

¹⁵ Los miembros de la Sociedad Literaria de 1821 estaban íntimamente ligados al gobierno de Rivadavia, a tal punto que, como observó Bernaldo de Quirós, es difícil decidir si se trata de

distingue a las asociaciones que encabezan las nuevas generaciones letradas argentinas de las chilenas.

A diferencia de lo que ocurrió en el Río de la Plata, en Chile las relaciones entre el poder político y la nueva generación letrada fueron mucho más promovidas, dadas las características particulares del régimen, propenso a incorporar cuadros intelectuales a sus filas, sobre todo a partir de la presidencia de Manuel Bulnes (1841-1851). Como lo ha reconocido la historiografía, éste ofició una política mesurada tendiente a establecer un consenso entre posiciones liberales y ultramontanas. En tal contexto, no debe resultar sorprendente que los efectos de esa política hayan incidido de manera particular en sus producciones y en los modos de su intervención pública. La mayoría de los escritores y publicistas de la reconocida generación del 42 mantuvieron vínculos, en algunos casos muy estrechos, con personalidades ligadas al régimen, de allí que en algunas de sus experiencias se haga palpable la mediación de esas relaciones.¹⁶ Sin

asociaciones “paragubernamentales” o instituciones culturales de propaganda gubernamental. Por los vínculos establecidos es claro que estamos frente a una integración de cuadros intelectuales al programa de gobierno. En efecto, la mayoría de los integrantes de la Sociedad Literaria ocuparon cargos docentes y directivos en la Universidad de Buenos Aires, fundada en 1821. Antonio Sáenz, por ejemplo, fue su primer Rector; Cosme Argerich integró el departamento de Medicina, a cargo de las clases de Cirugía; Felipe Senillosa el de Matemáticas, Manuel Moreno el de Química y Vicente López y Planes el de Economía Política. Asimismo, los vínculos se extendían a periodistas eminentes del régimen, como Manuel Antonio Castro, Pedro José Agrelo y Juan Cruz Varela, siendo el primero Prefecto de Jurisprudencia, el segundo catedrático de Derecho natural y de gentes en 1826, y el tercero Secretario, en el mismo año. La lista de los integrantes de la Sociedad Literaria puede corroborarse en Rodríguez, 1922: I, 304. Sobre la Universidad de Buenos Aires y sus antecedentes, véase el compendio que Juan María Gutiérrez tituló *Noticias históricas sobre origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires* (Gutiérrez, 1998 [1868]: 268 y 441).

¹⁶ Jotabeche (José Joaquín Vallejo), por ejemplo, fue Secretario de la Intendencia de Maule en 1835, gracias a la intervención del ministro Joaquín Tocornal, y llegaría a ser diputado hacia mediados de los 40 (Cfr. Alberto Edwards *Obras de don José Joaquín Vallejo*, 1911: VII-L). Lastarria accedería al puesto de profesor del Instituto Nacional por un decreto convenido por Manuel Montt, rector en ese momento del Instituto y futuro ministro de Prieto (Cfr. Fuenzalida Grandón, 1911: I, 35). Destacados emigrados argentinos, como Alberdi, Gutiérrez, Frías, o Rodríguez Peña, se insertaron también en la administración pública, primero, y luego en el foro de la prensa. El mismo Sarmiento trabó relaciones con Montt y es más que conocido su apoyo para la elección presidencial del candidato conservador Manuel Bulnes. Pero quizá el instrumento de mayor incidencia en la formación e inserción pública de los letrados en Chile fue la Universidad, creada en 1843, y regentada por Bello. Por su Facultad de Humanidades pasarían las más conspicuas de las figuras de la época. Sanfuentes, autor de *El Campanario*,

embargo, y como trataremos de dilucidar en las páginas que siguen, lo dicho no obsta para que aun dentro de ese cuadro social pueda reconocerse la emergencia de nuevos intereses y, por lo tanto, de nuevas modalidades expresivas en el terreno público.¹⁷

La Sociedad Literaria de Santiago, creada en 1842 y presidida a partir de mayo por José Victorino Lastarria, estaba integrada por un grupo de jóvenes estudiantes chilenos entre cuyos nombres figuraban algunos de los más destacados apellidos de la época.¹⁸ Por lo demás, como demuestran las Actas de esa asociación, no sólo el modelo ilustrado de lectura, sino también el sistema de distinción rige los fundamentos orgánicos de la asociación: de modo parecido a lo que había ocurrido en las Sociedades europeas de principios de siglo, la elección de los socios se llevaba a cabo con la aprobación de la mayoría.¹⁹ Por lo tanto, como escribió Reinhard Wittmann, la tan mentada “igualdad de los estamentos” promovida por esas asociaciones parecería no haber sido más que un gesto de puro voluntarismo.²⁰ Las Actas de la Sociedad son un

fue su Secretario General nombrado por el patrono, es decir, el presidente de la República. García Reyes fue Secretario de la Facultad de Filosofía y Humanidades; miembros académicos fundadores fueron, entre otros, Lastarria, Carlos y Francisco Bello, García Reyes, Miguel Barra, Mariano Egaña, Rafael Menvielle, Sanfuentes, Manuel Talavera, José. J. Vallejo y Sarmiento (Cfr. *AUCH*, 1846: 18-21). A ellos deben agregarse Domingo Arteaga Alemparte, Guillermo Matta, los hermanos Blest Gana, Blanco Cuartín, los hermanos Amunátegui, y, entre los argentinos, a Vicente Fidel López.

¹⁷ Vicuña (2001: 89) destaca, a su vez, la diferencia en cuanto a la función social de las tertulias republicanas de los salones en tiempos de la independencia respecto de las que empezaron a propagarse a partir del auge de la cultura liberal en la década del 40. Tal diferencia, por ejemplo, es notable en el tipo de mediación que ofrece la cultura femenina posterior a las guerras de independencia y, sobre todo, al decisivo episodio de Lircay.

¹⁸ La mayoría formados en las aulas del Instituto Nacional. Entre ellos, los hijos de Andrés Bello, Juan y Carlos, Montt, Ovalle, Rengifo, Sanfuentes, Zegers, Vial, entre otros. Los vínculos no se agotan ni pueden reducirse, por supuesto, a una lista de nombres, por muy representativos que estos sean. Pero sirven para indicar probables ascendencias de estas redes. Antonio García Reyes, por ejemplo, si bien no figura en la lista de socios de las Actas, es el que firma, junto a Lastarria y Carlos Bello, el dictamen del concurso literario organizado por la Sociedad, publicado en el número 11 de *El Semanario de Santiago*.

¹⁹ De hecho, al igual que en la Sociedad Literaria de Buenos Aires de 1822, en la de los jóvenes de Santiago el modelo de incorporación de socios pautaba que uno de los miembros propusiera un socio nuevo, y que se votara por la mayoría. En la Sesión del 29 de marzo de 1842, Jacinto Chacón propuso “de que para ser socio se necesitase ser anunciado por un socio y aprobado a mayoría absoluta” (Cfr. *RCHHG*, 1920, 37: 451-452).

²⁰ Wittmann se refiere a las asociaciones literarias de la burguesía ilustrada metropolitana, y destaca dos de los logros sociales alcanzados por ellas: por un lado, la lectura extensiva, cuya avidez de material de lectura sobrepasaba las posibilidades económicas individuales, y, por el

documento único para desentrañar el tipo de conciencia histórica que tenían los integrantes de la institución. De la variedad de materias tratadas –literatura española, libertad de imprenta, poesía, teatro, historia, etc.– surgen dos aspectos que merecen ser destacados: por un lado, como señaló Subercaseaux, tal variedad revela que para los jóvenes de 1842 la literatura es toda expresión escrita encaminada a cumplir un rol edificante; pero por el otro, y más importante aún, entre esa gama de intereses comienza a definirse una inclinación predominante por el saber histórico al mismo tiempo que una distancia con las preocupaciones letradas de los modelos previos. Por empezar, en varias sesiones se discuten e incentivan las propias producciones, pero esta vez de carácter literario o poético. Así, por ejemplo, nace el primer certamen literario destinado a estimular los ensayos en prosa y en verso sobre el 18 de septiembre. Al mismo tiempo, en las últimas reuniones se pone en discusión “el método que debía adoptarse para el estudio de la historia”, tema que nutrirá una de las polémicas más significativas de la cultura literaria chilena. Es interesante, en este sentido, destacar la disertación presentada por Valdés, cuyo tema (según se consigna en las Actas, “sobre el Espíritu feudal y aristocrático en Chile”), se aproxima notablemente al objeto atendido poco después por Lastarria en sus *Investigaciones* presentadas en la Facultad de Humanidades, y origen de aquella polémica.

Por otra parte, de las preocupaciones sociales puede deducirse una voluntad política de reconstrucción cultural, o lo que sus integrantes llamarían, haciéndose eco del discurso de incorporación de su Director, una “regeneración social y cultural”.²¹ En esa voluntad política queda manifiesta además la intención de intervenir

otro, la necesidad de organizar un público autónomo, diferente del poder público. Sin embargo, señala el carácter restrictivo de tales asociaciones, y llama “pura ficción” a la supuesta democratización social pergeñada en sus fueros. Cfr. Wittmann (1998: 468-469). Con relación a esto último, conviene citar un ejemplo de lo que ocurría en las reuniones de la Sociedad santiaguina: en la sesión del 6 de mayo Jacinto Chacón, por ejemplo, propuso para socio a Hermógenes Irisarri y Rafael Cruz a Máximo Suárez. Mientras que el primero fue aceptado por unanimidad, el segundo, en cambio, no fue admitido (Cfr. *RCHHG*, 1920, 37: 456-457).

²¹ Esas preocupaciones aparecen en las propuestas presentadas por Bilbao y Lastarria; el primero leyó un discurso sobre “la relación de la psicología con la soberanía del pueblo” (sesión del 24 de mayo), el segundo, manifestó “la necesidad que tenía el pueblo de un libro, que por su asunto, estilo y método fuese adaptable a las circunstancias presentes del pueblo” (sesión del 31 de mayo). Cfr. *RCHHG* (1920, 37: 459 y 460).

públicamente. En efecto, el mismo Valdés presentó a la sociedad dos mociones: “la primera, para que las disertaciones que se presenten sean sobre el estado político de Chile, y la segunda, para que se redacte un periódico mensual, las cuales pasaron a una comisión”. Curiosamente, la idea de publicar un periódico fue finalmente reprobada. De todos modos, como veremos más adelante, los miembros de la Sociedad tendrán no poca incidencia en la orientación de *El semanario de Santiago*.

Casi veinte años más tarde, la Asociación de Amigos de la Ilustración de Valparaíso, fundada por Jacinto Chacón, y el Círculo de Amigos de las Letras, asociación creada por Lastarria (y de cuyas actividades deja noticia en sus *Recuerdos*), tendrán sus órganos de expresión pública en dos periódicos de gran relevancia en el circuito letrado chileno: la *Revista del Pacífico* y *La Semana*. Como tendremos oportunidad de ver en el último capítulo, las relaciones intersubjetivas de esas reuniones resultarán fundamentales para las intervenciones sobre el discurso público y literario. Por lo demás, tanto Lastarria como Alberto Blest Gana publicarán sus ensayos narrativos en los periódicos afines a esas asociaciones.

A diferencia de la Sociedad literaria chilena del 42, la de los jóvenes argentinos presenta un programa de mayor rigor en cuanto a actualización de las corrientes del pensamiento literario europeo. Las lecturas inaugurales del Salón del 37, aun bajo la evidente postura estratégica frente a la figura de Rosas, presentan un programa que, en su aspecto cultural y literario, resulta decididamente más rupturista que el aclimatado en las reuniones de Santiago.²² Resuena en el Salón un ferviente voluntarismo por una literatura caracterizada como nacional, y el bosquejo de un proyecto estético compatible con las costumbres, ideas y naturaleza locales. En esa línea, la más contundente de las propuestas fue la de Juan María Gutiérrez, quien sostuvo: “Nula, pues, la ciencia y la literatura española, debemos nosotros divorciarnos completamente con ellas, emanciparnos a este respecto de las tradiciones

²² Una diferencia notable se verifica en el orden de los autores y lecturas compartidas. Si bien hay nombres comunes, como Herder, en los discursos de los argentinos aparecen mencionados Schlegel, Hugo, Cousin, entre los más destacados del romanticismo europeo, mientras que en las Actas de la Sociedad de Santiago se menciona a Segur, Goldsmith, Robertson, entre los historiadores, y se ofrece como premio literario al que obtuviese el accésit en el género prosa las obras de Jovellanos, las que, finalmente, fueron reemplazadas por *El espíritu del siglo* de Martínez de la Rosa.

peninsulares, como supimos hacerlo en política, cuando nos proclamamos libres. Quedamos aún ligados por el vínculo fuerte y estrecho del idioma; pero este debe aflojarse de día en día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de la Europa”.²³ Tal programa tuvo inmediatas repercusiones públicas.²⁴ Aun en las propias filas generacionales la idea de una variación en las normas del idioma generó respuestas contundentes.²⁵ Sin embargo, esta doctrina atravesó diacrónicamente muchas de sus producciones con una fuerza inusitada y tal vez haya sido el punto de mayor distanciamiento entre jóvenes argentinos y chilenos.²⁶ Es necesario agregar que lo enunciado por Juan María Gutiérrez cumplía efectivamente con un programa colectivo: el de adecuar a la escritura los cambios lingüísticos producidos socialmente, más que como un modo de rechazo al canon español como una forma práctica de incorporar a la lengua las reformas generadas por la singularidad de la expresión regional.²⁷

A pesar de las visibles diferencias, ciertos aspectos son compartidos por las reuniones de estos jóvenes románticos y las más moderadas de los chilenos. Por un

²³ Citado en Weinberg (1977: 153-154).

²⁴ Al menos dos artículos fueron publicados en el *Diario de la Tarde* en respuesta a la intervención de Gutiérrez. Uno de ellos pertenece a Felipe Senillosa, de quien ya dimos cuenta al hablar de la Sociedad Literaria de 1821. Previsiblemente, salía en defensa de la literatura y la lengua española. El otro, firmado por “Un lechuguino”, podría adjudicarse, según Félix Weinberg (1977: 62ss), a Pedro de Angelis.

²⁵ A los comentarios negativos de Florencio Varela se sumaron los del joven Florencio Balcarce, en una carta escrita a Félix Frías el 29 de octubre de 1837. El primero le decía al mismo Gutiérrez: “eso de *emancipar la lengua no quiere decir más que corrompamos el idioma ¿Cómo no la emancipa Echeverría?*”. Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, Montevideo, 17 de octubre de 1837 (Gutiérrez, 1979, I: 201). Balcarce, por su parte, coincidía con la crítica de Varela y emitía un juicio bastante desfavorable al decir que tal asociación salía “hablando de literatura” cuando otras necesidades y urgencias públicas requerían ser antes atendidas. La carta ha sido editada por Arrieta en el *Boletín de la Academia Argentina de las Letras*, Tomo V, N° 18, pp. 313-317. Un fragmento aparece citado por José A. Oría en su prólogo a la edición facsímil de *La Moda* (1938: 27-28).

²⁶ En efecto, en el discurso de incorporación de Lastarria –del que nos ocuparemos luego– parecen resonar las críticas coetáneas a los discursos inaugurales del Salón de Buenos Aires: “Algunos americanos, sin duda fatigados de no encontrar en la antigua literatura española más que insípidos y pasajeros placeres [...] han creído que nuestra emancipación de la metrópoli debe conducirnos hasta despreciar su lengua y formarnos sobre sus ruinas otra que nos sea más propia” (Lastarria, 1885 [1878]: 107).

²⁷ Recientemente Juan Ennis ha discutido, a mi juicio acertadamente, la exclusión de Echeverría de la nómina de los partidarios de la emancipación lingüística, iniciada como es sabido por la carta que hemos citado de Florencio Varela a Gutiérrez (Cfr. Ennis, 2008: 113ss.).

lado, cierta concepción común sobre la literatura, a la que atribuyen una prominente finalidad social. Si bien es cierto que el modelo de los argentinos es el del romanticismo social francés, el sentido de “utilidad” de las letras –que también insufla esa corriente romántica– está emparentado, como se sabe, con el iluminismo dieciochesco y, en parte, con las pocas figuras de literatura española por ellos rescatadas, particularmente Mariano José de Larra. Hay que recordar que la convocatoria pública del gabinete de Marcos Sastre, cuya biblioteca sería el primer bastión del Salón Literario y de la futura Asociación de Mayo, expresaba tal finalidad social. Decía el anuncio: “Ningún autor impío, ningún libro inmoral, ni de máximas peligrosas o falsos principios se hallará en el Gabinete de Lectura”.²⁸ Mediante una cuidada estrategia pública, prevenida contra los probables reproches de un exceso de racionalismo secularizante en una sociedad tradicional, el gabinete se presentaba como un espacio de formación orgánica para las jóvenes filas intelectuales de la patria. La misma función remarcaría Alberdi en su discurso del Salón Literario, al decir que allí “no se trata(ba) de leer por leer” (Weinberg, 1977: 142). Por otra parte, aunque los jóvenes rioplatenses difieren de sus pares de Santiago en cuanto a las relaciones efectivas establecidas con las esferas del poder público (aunque no en cuanto a las expectativas, es decir, a las intenciones de convertirse en la dirigencia intelectual del régimen),²⁹ y aunque el movimiento rupturista de Buenos Aires no se aviene con la matriz ciertamente ilustrada que modela los programas de allende los Andes, en ambos grupos gravita sin embargo una conciencia histórica común que se define por la emergencia y formación de un *discurso crítico*. Así lo expresarán dos de los integrantes más conspicuos de ambas organizaciones: “por lo mismo que estamos en la época

²⁸ El aviso se publica el jueves 22 de enero, en la página 3 del *Diario de la Tarde* (Col. 3), “Sección” en la que se dan a conocer diversas noticias misceláneas. Como rasgo sobresaliente, hay que decir que el aviso ocupa casi toda la columna, un tamaño poco habitual para los “avisos” de la Sección. (En su estudio del Salón, Weinberg lo publica íntegramente).

²⁹ Intenciones que se mantuvieron por lo menos hasta fines del año 38. Hay que recordar, además, que algunos de los jóvenes letrados rioplatenses, como Juan María Gutiérrez y Juan Thompson, ocuparon durante el gobierno de Rosas oficinas de la administración pública, el primero en el Departamento Topográfico de la Provincia, el segundo en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Que los vínculos se extendían más allá de los empleos públicos lo prueban las confesiones de Alberdi o Gutiérrez sobre sus relaciones con Pedro de Angelis, o el hecho de que el editor responsable de *La Moda* fuera Rafael Corvalán, hijo del edecán de Rosas.

reflexiva y racional, nuestra misión es esencialmente *crítica*”, decía Esteban Echeverría en su segunda intervención en el Salón (ídem: 174). Del mismo modo, en su discurso de incorporación a la Sociedad de Santiago José Victorino Lastarria aseveraba: “nuestros progresos futuros dependen enteramente del giro que demos a nuestros conocimientos en su punto de partida. Este es el momento crítico para nosotros”.³⁰ Tal conciencia reflexiva hace que ambas élites letradas se erijan en (y asuman el papel de) proveedoras de sustento intelectual a las instituciones, la política en primer lugar, de las nuevas repúblicas.

Por otro lado, en relación con esa formación crítica, ambas generaciones comparten la necesidad de diferenciarse de las empresas político-doctrinarias reservadas a acompañar desde las páginas periódicas tanto los sucesos políticos cuanto las incursiones del poder estatal. Varios factores contribuyen a ese distanciamiento. Entre ellos, hemos mencionado ya los nuevos intereses de lectura así como las demandas de un nuevo público levemente ampliado y diversificado. Pero también, y fundamentalmente –pues éste es un rasgo que caracteriza la visibilidad pública de las nuevas generaciones a través de la prensa–, incide su mayor grado de independencia con respecto a las esferas del poder gubernamental.

Tales factores combinados hicieron posible la emergencia de una nueva sensibilidad literaria que resultaría decisiva en las discusiones y proyectos literarios de las nuevas generaciones letradas. La crítica y la historiografía han señalado ese nuevo emplazamiento.³¹ Sin embargo, no se ha prestado suficiente atención ni a las confluencias y tensiones con los modelos previos, ni a las modalidades públicas que asumió ese nuevo emplazamiento, ni tampoco, por último, al grado de incidencia que la prensa periódica tuvo en la configuración de sus proyectos políticos y literarios. Es decir, la cuestión clave es qué significado, finalmente, debe atribuirse a la adjetivación “literaria” de esa sensibilidad, y en qué medida esa contingencia responde a las necesidades de una literatura nacional.

³⁰ Lastarria (1885 [1878]: 104).

³¹ Cfr. Myers (1998, 1999); Batticuore (2005); Poblete (2003).

2. 3. Nuevos emplazamientos discursivos

2.3.1. De la prensa política a la prensa cultural

En su estudio sobre el periodismo de la Confederación, Néstor Auza señala que la carencia de un mercado abundante y regular de libros favoreció la difusión de la prensa y promovió la circunstancia de que la mayoría de las publicaciones se autotitularan “literarias”, indicando una cobertura más amplia que la meramente noticiosa (Auza, 1978: 21). En principio, puede aseverarse que dicho rasgo es indiciario del sistema de autorización letrada, es decir, del amplio campo de las letras –o, como se llamaba en la época, la república literaria– en el que se asentaba y legitimaba la función tradicional de la élite letrada (Rama, 1984). En un período en el que la autonomía de los discursos bregaba aún por constituirse, esa función –como vimos en el intercambio epistolar entre Mora y Varela– proveía de legitimidad a los escritores que incursionaban en la escena pública. Sin embargo, en la lógica de ese sistema ciertas publicaciones comenzaron a dar cuenta de una marcada tendencia cultural que, aun si no ganara especificidad con la denominación de “literaria”, podría muy bien caracterizarse por oposición a una escritura comprometida con el orden estatal o institucional.

En efecto, luego del proceso revolucionario, que dio a luz una prensa política y doctrinaria, y de las convulsiones civiles que generaron el auge de la denominada prensa de barricada,³² los nuevos marcos de legitimidad política favorecieron la

³² En el primer caso, la prensa ilustrada de Buenos Aires reconocería su hito fundacional en la *Gaceta* de 1810, pasando por varias expresiones, entre las que merecen destacarse *El Observador Americano* (1816), redactado por Manuel Antonio de Castro, *El Independiente* (1816), cuyo redactor fue Pedro José Agrelo, *El Centinela* (1822), redactado por Juan Cruz Varela e Ignacio Núñez (miembro de la Sociedad Literaria de Buenos Aires), *El Argos de Buenos Aires* (1821-1825) y *La Abeja Argentina* (1822), ambos órganos de la misma Sociedad Literaria, *La Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* (1827), redactada por Mora y De Angelis, y *El Tiempo* (1828), de Juan Cruz Varela. A su vez, la prensa de barricada, antes de la que caracterizaría a la oposición rosista, se vería representada principalmente por las cáusticas publicaciones del padre Castañeda (entre 1821 y 1829), que fustigaron denodadamente el proyecto de reforma eclesiástica del gobierno de Rivadavia. En Chile, desde la fundación de *La Aurora* (1812-1813), a cargo de Camilo Henríquez, y luego del interregno realista (1814-1818), surgieron periódicos de ideas como *El Argos de Chile* (1818), redactado por Francisco Rivas, *El telégrafo* (1819), redactado por Juan García del Río, *El Cosmopolita* (1822), redactado por

renovación de intereses culturales e imprimieron, asimismo, un cambio en el sistema comunicacional de las élites, que comenzó a centrarse en las posibilidades de ampliación del espectro social de lectura.

Aunque no siempre resulten representativos de un cambio efectivo en los modos de validación discursiva, los proyectos editoriales de estas publicaciones dan cuenta de la emergencia de una subjetividad literaria diferente de la que dominaba el escenario publicitario de la época.

En efecto, si atendemos a los prospectos o propuestas editoriales resulta evidente que la caracterización “literaria” no es, en esas publicaciones, una forma analítica viable –puesto que no todas cumplen con ese requisito plenamente–, pero sí un rasgo notable de distanciamiento con otras clases de producciones periódicas de la época, y que en cierto modo asume un universo de nuevos valores de demanda social. Así, por ejemplo, se anunciaba *El Recopilador* a sus potenciales lectores: “Dispense, pues, lector este juguete a un recién nacido, sin olvidarse de que es un huérfano que invoca su tutelar, que está en su mano el que pueda llegar a una edad madura y no perezca en la primavera de su existencia. El muchacho promete mucho, ya que su talento se ha de componer de la suma de todos los talentos. Se llama *Recopilador*, y recopilará, recopilará”.³³ La imagen juvenil da cuenta de una experiencia que refiere no sólo a la estricta cronología de su edición, es decir, a su primer número publicado, sino también a la aparición de una publicación diferente de las que por entonces circulaban en Buenos Aires. Esta relativa conciencia se hace más clara transcurrido un año de publicación, cuando los redactores pasan revista a lo editado hasta ese entonces y dedican unas palabras explicativas a sus suscriptores. El periódico, dicen:

Santiago Blayer, y *El Observador Chileno* (1822), cuyo redactor probable fue el francés Dauxion Lavaisse. Es en el tradicionalmente denominado “período de la anarquía” donde surge la prensa de barricada, de la que son exponentes, en una primera etapa, *El Tizón Republicano* (1823), cuyas invectivas estaban dirigidas contra la administración de O’Higgins, y posteriormente, ya durante la primacía del gobierno liberal, *El Hambriento*, órgano de Portales que apareció en 1827, y su contrincante *El Canalla* (1828), en el que figuraban los más destacados representantes del sector pipiolo (liberal). Recientemente, el estudio pormenorizado de Gonzalo Piwonka Figueroa (2000) sobre la prensa periódica chilena de los años 20 ha revertido la tradicional caracterización historiográfica adjudicada al período.

³³ *El Recopilador*, N° 1, pág. 2, col. 2.

Ha considerado que la mayoría de sus suscriptores formarían una entidad intelectual, compuesta de los tres elementos ya mencionados: la señorita, el mal lector, y el pedante, morigerada con aquel buen sentido y discreción que los historiadores providenciales atribuyen a las masas [...] Lo primero que tiene en vista el *Recopilador* es la variedad, el contraste en los artículos de sus columnas; sin esta condición, difícil o imposible es ser leído en los tiempos presentes; tiempos en los que la inteligencia es ambiciosa de saber, pero perezosa [...] Sin variedad en los asuntos, los suscriptores de un periódico de la especie del *Recopilador* bostezarían, y lo que es peor, borrarían su nombre de la suscripción, que, de paso ha de saber el público que no es muy numerosa.³⁴

El pasaje citado permite observar algunas de las características que irán dando forma a este tipo de publicaciones. En primer lugar, la composición imaginaria de un “campo de lectura” diversificado –la “señorita”, el “pedante”, el lector no instruido, y un lectorado masivo y no letrado, las “masas”– es una muestra de los distintos intereses que pugnan por la composición de un nuevo público, no reconocible ya en el horizonte de los escritos de corte doctrinal o político. En segundo lugar, ligado a lo anterior, el reconocimiento de la variedad de temas necesarios a ser tratados en la publicación va acompañado con la noción de un trastoque temporal: el de “los tiempos presentes”. Esa especulación temporal, aunque implícita, será tópica en las reflexiones de estas publicaciones, indicando un claro viraje en los nuevos contenidos que deberán ser socializados, evidenciando además el reconocimiento de esa nueva demanda social.³⁵ También *El Semanario de Santiago* acudirá a la imagen orgánica trazada por *El Recopilador* –“Todo pueblo tiene su infancia como todo individuo”, dirá en su prospecto a fin de justificar el carácter ensayístico de la publicación– y

³⁴ *El Recopilador*, N° 16, pp. 121 y 122.

³⁵ Habría que agregar, además, que en ese mismo número se publica un artículo titulado “La poesía y la música entre nosotros” que lleva una nota al pie en la se lee una explícita intención en la promoción de nuevos contenidos: “*El Recopilador* se ha propuesto dedicar de cuando en cuando sus pobres esfuerzos a alentar las bellas artes de nuestra sociedad naciente; las artes abren el camino a las ciencias; primero alcanzamos el sentimiento de lo bello y luego el de lo bueno y útil” (*El Recopilador*, N° 16, p. 129, col. 2)

propondrá asimismo una reflexión en torno de los principios que orientaron su producción, sosteniendo que, verificado por entonces el desarrollo comercial e institucional, “mengua sería que Chile no hiciese también algunos esfuerzos para formarse una literatura”.³⁶ Tales reflexiones irán acrisolándose y haciéndose más explícitas, y con el paso del tiempo llegarán a transformarse en un lugar común – incluso cobrarán un palpable tono de “queja”– con cada intento de dar al público producciones de “amena literatura”, mostrando de ese modo una primera instancia distintiva de las publicaciones literarias.³⁷ Vale la pena recurrir a un ejemplo más cercano a esa publicación inaugural de la cultura liberal santiaguina. *El Crepúsculo* – nuevo órgano literario que reuniría a los escritores chilenos una vez desaparecido *El Semanario*–, asumía en su prospecto con más claridad ese pasaje:

No ha mucho tiempo que la prensa periódica en Chile era exclusivamente el teatro de la política, la expresión exagerada de las pasiones y conveniencia de los partidos que se disputaban la organización del Estado [...] Ahora que la discusión puede ser tan calmada como racional [...] la prensa periódica comienza a ser el eco de otros intereses, de los de la sociedad en todas sus

³⁶ *El Semanario de Santiago*, N° 1, pág. 1, col. 2.

³⁷ En la *Revista del Pacífico* puede decirse que ya existe una clara conciencia de los cambios comunicacionales del campo periodístico chileno. Así lo dejaban ver sus redactores cuando escribían: “Entramos de nuevo en esa arena resbaladiza en que tantos han caído. Acaso nuestros esfuerzos serán ahora secundados, y el público, estimulando en sus tareas a nuestros jóvenes estudiosos, hará que al fin subsista entre nosotros un periódico que sea el eco de nuestros intelectuales adelantos. Su falta hartos se hace notar en nuestra prensa [...] El diarismo, por su naturaleza, por la rapidez de su vida, por la inmensa variedad de cuestiones que debe tratar en un reducido espacio, por su modo de ser, en fin, no puede satisfacer la necesidad de que hablamos [...] Una publicación más extensa en su forma, menos frecuente en su aparición, y más extraña a los intereses palpitantes del día, llenará ese vacío que lamentamos, cumpliendo los deseos de todos los que aspiran a ver iniciarse en Chile una vida más inteligente y menos material, una era que asocie con la satisfacción de las diarias necesidades el cultivo de las elevadas dotes del espíritu” (*Revista del Pacífico*, Valparaíso, 1858, Tomo I, p. V). A esta conciencia autorreferente, debe integrarse la que otras publicaciones delimitan por oposición explícita, como *El Correo Literario*, también de 1858. En Buenos Aires, ese pasaje estaría marcado por la aparición en 1854 de *El Plata Científico y Literario*, de Miguel Navarro Viola.

diversas relaciones, y esto importa un paso más en la carrera de la civilización.³⁸

El Crepúsculo se definía como “un periódico que sólo contendrá ensayos literarios y algunos artículos científicos, porque está destinado a ser el depósito de nuestros primeros progresos intelectuales” (ídem, p. 2). Y, efectivamente, en sus páginas se publicarían los relatos fundadores de la narrativa breve chilena: “Jorge”, de Santiago Lindsay, en su primer número, y “El mendigo”, de José Victorino Lastarria, en el número séptimo. Más importante será, sin embargo, la aparición en junio de 1844 de “Sociabilidad chilena”, de Francisco Bilbao, ensayo que acarreó una polémica pública que terminaría con la condena de Bilbao y la posterior clausura del periódico.³⁹

Ahora bien, este marcado giro que realizan los periódicos que hemos llamado culturales no está exento ni de retraimientos ni de mixturas en sus formas discursivas. De hecho, sus modalidades de enunciación, si bien se caracterizan por incorporar esos nuevos intereses que mencionaba *El Crepúsculo*, conviven con otras que son, por momentos, abiertamente políticas, o de carácter polémico o ideológico. Las estrategias discursivas de que se valen, en muchos casos, apelan a modelos de los que ellas mismas pretenden apartarse, como la prensa popular (fundamentalmente en el Río de la Plata), o la prensa política. No podría ser de otro modo en momentos en que los mismos saberes destinados a validar un tipo de enunciado específico no consolidaban aún su autonomía discursiva. Ha sido Carlos Ossandón (1998) quien, atento a los quiebres y emergencias de nuevas subjetividades públicas en la prensa chilena del siglo XIX, ha realizado un análisis sugerente de los modos relacionales entre escritura pública y esferas del poder. Su trabajo, aunque no se detiene en los cruces que habilitan el desarrollo de un canon literario, provee una serie de reflexiones muy agudas respecto de los modos enunciativos que irían pautando la emergencia de una subjetividad literaria autorreferida.⁴⁰ Ossandón describe algunas de esas modalidades

³⁸ *El Crepúsculo*, N° 1, 1 de junio de 1843, pp. 1 y 2.

³⁹ Sobre *El Crepúsculo* y el ensayo de Bilbao nos detendremos en el capítulo 5.

⁴⁰ Varios de sus argumentos, de hecho, han sido retomados aquí para pensar la emergencia de una prensa periódica cultural, tanto en Chile como en el Río de la Plata.

o sistemas de validación enunciativa, y llama “cultural, científica y literaria” a la prensa que aquí caracterizamos como cultural, precisamente aquella que emerge en 1842 con las publicaciones de Vicente López, Juan García del Río, Sarmiento, Lastarria, Sanfuentes, etc.⁴¹ En esa línea, el autor observa en *El Correo Literario*, aparecido en julio de 1858, el primer emplazamiento de una prensa que intenta “ser de otro modo”, es decir, distanciarse conscientemente de los discursos regidos por una moral civil, o patriótica, con la cual se identificaban todavía las primeras empresas literarias como *El Semanario* o *El Museo*. A tal fin confluyen distintos sujetos enunciativos como asimismo la presencia de caricaturas, con las que el periódico alimentará su discurso satírico. Si bien las puntuales observaciones de Ossandón resultan precisas en la diversificación del universo discursivo de la prensa del período, *El Correo Literario*, aun en su primera época,⁴² no deja de explotar –y explorar– la ambivalencia relativa en la que sitúa sus enunciados.⁴³ El propio Ossandón señala esa ambivalencia, remarcando que los emplazamientos enunciativos nunca están exentos de cruces e intercomunicaciones con emplazamientos de otro tipo. Por lo tanto, caracterizar las publicaciones de las nuevas generaciones letradas como *prensa cultural* permite al mismo tiempo atender a dichas mixturas y escapar a la búsqueda o postulación (aun implícita) de un periodismo literario, reconociendo, como decían los redactores de *El*

⁴¹ Las modalidades que tipifica Ossandón son: la prensa política y de barricada, la prensa doctrinaria, la prensa cultural, científica y literaria, la comercial e informativa, la estrategia y fundadora, cuyo máximo ejemplo es *El Araucano* dirigido por Bello, en el cual “la perfección o equilibrio de su formato, su cuidada impresión, la regularidad de sus secciones, su lenguaje comedido y, sobre todo, la confianza que sus páginas confieren a la letra y a la ilustración, a la corrección gramatical y a la ortografía (todo esto muy visible en los celos y cuidados de Bello), constituyen el modelo o la correspondencia del nuevo sujeto nacional y social que se busca inventar” (Ossandón, 1998: 35), y, por último, la prensa racionante e informativa, en la que el autor sitúa al periódico *La Semana* de los hermanos Arteaga Alemparte.

⁴² El periódico tiene tres épocas: la primera, que analiza Ossandón, de 1858, cuenta con 22 números, la segunda ocupa los años 1864 y 1865 y alcanza un total de 28 números, y la tercera y última, de 1867, sólo consta de 3 números.

⁴³ Así, por ejemplo, dará lugar a un intercambio epistolar polémico entre Bartolomé Mitre y Vicuña Mackenna a raíz de la publicación de éste último de *El ostracismo de los Carreras*, o también, a la polémica entre Bilbao y Sarmiento suscitada a raíz de los acontecimientos políticos en la Confederación del Río de la Plata. Al mismo tiempo, mantendrá una tradicional postura con respecto a nociones como las de “opinión pública”, verificable en el artículo que retoma los sucesos políticos reseñados en la “Historia de la semana”, del número 15, 23 de octubre de 1858.

Crepúsculo, los nuevos intereses que median su relación con el espacio público y, en consecuencia, las concepciones literarias moduladas por (y en) esa mediación. Las formas flexibles y heterogéneas de estas publicaciones admiten la contigüidad de los géneros, deambulando entre materiales ficticios y no ficticios, entre ensayos y relatos, entre crítica y representación de costumbres, etc. En todo caso, se trata de la formación de un discurso “crítico” que, como en la Inglaterra del siglo XVIII, combina el análisis de textos literarios con la exploración de las costumbres sociales, el discurso político con el comentario poético, y cuyo sujeto de enunciación se identifica más con la figura del “estratega cultural” que con el crítico literario especializado (Eagleton, 1999: 22).

Es necesario, en este sentido, insistir sobre los nuevos modos de relación que estas publicaciones procesan con el espacio público. En general, la mayoría de ellas nacen por fuera de las instituciones de gobierno, aunque mantengan contactos diversos con las esferas del poder, ya sea por incluir entre sus redactores a personas dependientes de o emparentadas con el poder político, ya sea por el ineludible sistema de suscripción, o bien por originarse al amparo de intereses políticos específicos. En el marco de un campo editorial tan precario como incipiente, las publicaciones periódicas de la primera mitad del XIX nacieron y murieron ligadas a condiciones de producción específicas que, en la mayoría de los casos, pautaban su desarrollo y circulación pública. El factor económico era determinante para el sustento de tales empresas y, aunque efectivamente suplían en la época la carencia de un mercado libresco, los periódicos, revistas y semanarios dependían primorosamente del sistema de suscripción pública, al que el Estado imponía su regencia decisiva. En efecto, el grueso de las publicaciones sólo se sostenía mediante el presupuesto gubernamental destinado a impresos, o, en ciertas ocasiones, mediante suscripciones o aportes colegiados.⁴⁴ Aun en un régimen moderadamente permisivo en cuanto al debate público como lo era el chileno de los años 40, las posibilidades de la circulación del impreso periódico eran, como quedó dicho, más bien efímeras. Sarmiento, que desde

⁴⁴ En el trabajo ya citado, Auza cita un elocuente pasaje de una carta de Valentín Alsina a Bartolomé Mitre en el que se evidencia, aún a fines de la década de 1850, la necesidad de la ayuda oficial para el sostén de los diarios y periódicos porteños (Cfr. Auza, 1978: 23-24).

la redacción de *El Progreso* batallaría por despertar el interés del sujeto lector a fin de ampliar la lista de suscriptores al “primer diario” santiaguino, a poco de andar reflexionaba del modo siguiente:

Hemos principiado nuestros trabajos, y ha acudido en efecto todo lo que hay en Santiago de *suscribable* [sic], y ¡qué poca cosa es Dios mío! Por las listas de suscripción del *Museo* y *Semanario* vemos con dolor, que ya se ha estirado la cuerda hasta donde no más. ¿De qué medio valerse, pues, para hacer caer en la red a los millares de hombres que tenemos por acá que no han pasado nunca por la prueba de verse inscritos en una lista? ¿Escribir para ellos? ¡Predicar en desierto!⁴⁵

La frase del *Figarillo* alberdiano –“predicar en desierto”– podría acompañar cualquiera de las publicaciones periódicas de la época.⁴⁶ De hecho, la carencia de suscriptores era uno de los motivos principales de desaparición de las empresas periodísticas, aunque no haya sido éste el caso de *El Progreso* de Sarmiento.⁴⁷ El carácter transitorio de las publicaciones estaba estrechamente vinculado, en primera instancia, a condiciones materiales concretas, de las cuales, paradójicamente, José Mármol extraería una prescripción acerca del periodismo de la época. Para el futuro autor de *Amalia*, bajo las condiciones políticas reinantes en la época un periódico no podía ser objeto de especulación ni cosa durable. Lo primero, porque “entre nosotros, más que en ninguna parte, es necesario el patriotismo y el desinterés en la prensa, la juventud y la abundancia en que rebozan nuestros países, les hace ser severos con los que se prostituyen”. Lo segundo porque “en rigor no debe serlo, si es que el

⁴⁵ *El Progreso*, Santiago, N° 6, 16 de noviembre de 1842, pág. 2, col. 3.

⁴⁶ En uno de los boletines cómicos que publicaba Alberdi bajo ese seudónimo en *La Moda*, el escritor argentino, retomando ingeniosamente la frase de Larra “Escribir en Madrid es llorar”, había dicho: “Escribir en *La Moda* es predicar en desiertos, porque nadie la lee. ¿Para que la han de leer?” (*La Moda*, N° 17, 10 de marzo de 1838, pág. 2, col. 2).

⁴⁷ *El Progreso* fue una empresa editorial de los hermanos Vial Formas y al amparo del gobierno de Bulnes, que le brindaría el apoyo económico necesario. La prédica de Sarmiento, por lo tanto, está encaminada más a fagocitar y ampliar el espectro de lectura que a la búsqueda de un sustento para su diario (cfr. Silva Castro, 1958: 180ss).

patriotismo y el bien sentido interés político del momento, dan título y origen al periódico. Muy pronto habrá cambiado la situación que le dio vida, y el redactor debe entonces retirarse como todo el que completa una misión dictada por la conciencia en estado de pureza y de inspiración generosa”.⁴⁸ Con estas palabras, sin saberlo, Mármol anticipaba uno de los argumentos centrales de Alberdi en la discusión con Sarmiento sobre la función de la prensa en Argentina después de Caseros.⁴⁹

Aunque las reflexiones de Mármol discurren acerca de la prensa periódica de partido, vale decir facciosa y política, que era la prensa mayormente ejercida por los exiliados argentinos desde Montevideo, son válidas igualmente para pensar los límites del sistema comunicacional público de la época. Aun así, interesa subrayar que las implicancias generadas por las condiciones que acabamos de reseñar no diluyen ni la emergencia de los nuevos intereses letrados ni su preeminencia en el universo discursivo de sus empresas editoriales. En todo caso, las vuelven más complejas. La conciencia de una etapa formativa o, como decía la nueva camada de escritores, de regeneración social, orienta las prácticas escriturarias hacia una búsqueda de socialización de los saberes, de formación y captación del lectorado, indispensable para bosquejar los programas de una cultura nacional. Por encima de las prácticas políticas, la literatura periódica se transformaba en el instrumento más efectivo para canalizar esos saberes y diseñar, de modo consecuente, un imaginario moderno, secularizado, de la cultura nacional.⁵⁰ Un periódico como *El Corsario*, en cuyas páginas se dieron a conocer, entre otros asuntos de carácter estrechamente político, los apuntes de la campaña de Lavalle contra Rosas, expresaba de manera cabal esa prerrogativa:

⁴⁸ *El Paquete de Buenos Aires*, Montevideo, N° 1, pág. 35, 1841.

⁴⁹ Antes de eso, Mármol tendría la oportunidad de conocer el funcionamiento de la prensa periódica en otras regiones, como Brasil o Chile, deduciendo de ello la necesidad de una prensa abocada no ya a la discusión política sino a la formación de los gustos y las inclinaciones del público lector.

⁵⁰ “Nuestro primer deber –decía Echeverría en su segunda intervención en el Salón– debe ser para nosotros, generación nueva y robusta, observar qué deseos, qué esperanzas, qué necesidades manifiesta nuestra sociedad actualmente y qué género de luces imperiosamente demanda”. Cfr. Weinberg (1977: 177).

En estos momentos en que todos los intereses, todas las afecciones, y hasta las cuestiones de mayor trascendencia, parecen subordinadas a los hechos, nosotros sentimos la necesidad de ocuparnos de esos hechos, sin prescindir de las cuestiones que ellos afectan, sin subordinar [...] Notamos que la Prensa no ha asumido la mejor y más alta parte de su misión: la iniciativa de las cuestiones políticas, literarias, y orgánicas [...] La literatura, las artes, las costumbres, son elementos que no figuran aun entre los que forman este cuerpo que se llama sociedad. Se podría decir que ella no vive sino incompleta, mutilada, porque de todos sus miembros sólo ha puesto en desarrollo uno solo: su brazo.⁵¹

La descripción es por demás contradictoria. Difícil sería imputar a la imagen corporal que trazan estas líneas –la sociedad como un órgano de acción, sin desarrollo de la inteligencia y de los afectos– la causa misma que las hizo posibles. Sin embargo, en esas mismas líneas está implícita la asunción de un nuevo modelo de escritura pública. No sólo por el interés “literario” –literatura, artes y costumbres– sino principalmente por la reconfiguración de la función pública de las letras: una nueva manera de procesar la relación de la literatura con la política mediada por un público al que se busca captar al mismo tiempo que cooptar. Tal vez el ejemplo más claro de esa conciencia sea el que aparece en una carta dirigida por Juan María Gutiérrez a Juan B. Alberdi en relación con las empresas editoriales de Montevideo: *“Es preciso introducir en la nueva política el elemento afectivo como en la literatura de la época: la cabeza ha sido hasta ahora el blanco de los gaceteros y la cabeza argentina no tiene aún bastante desenvolvimiento: más el corazón nunca es infantil ni se cubre de arrugas con la vejez: siempre responde a las excitaciones que se le dirigen”*.⁵²

El pasaje citado permite inferir la comprensión por parte de Gutiérrez de ese fenómeno particular que Habermas describió como el traspaso de la subjetividad – directa o indirectamente inserta en la publicidad– de los intercambios privados a la nueva disposición literaria de la época. Permite, además, visualizar un nuevo

⁵¹ *El Corsario*, Montevideo, N° 1, 1 de marzo de 1840, pp. 1 y 2.

⁵² Gutiérrez, *Epistolario* (Morales, 1942: 25). El subrayado es mío.

emplazamiento discursivo en cuyo seno el “tribunal literario” ha perdido ya sus atributos tradicionales.⁵³

2. 4. Modalidades de mediación pública

2. 4. 1. *Frivolidad y seducción. Las formas de lo banal*

¿Cuántas bellas lectoras y galantes caballeros [...] no habrán arrojado desdeñosamente aquellas páginas después de la rápida lectura de alguna de sus líneas en que tan palpablemente se desmiente su título? Esa moda, amables lectoras, no es aquella.⁵⁴

... la esclavitud de una porción tan grande de la humanidad a necesidades artificiales.⁵⁵

Para explicar la dialéctica del consumo, Michel de Certeau recordaba la comparación de Clausewitz entre el ardid, destinado a prestidigitar unos actos, y el chiste, cuya efectuación tiende siempre a desbaratar el articulado sistema de las ideas.⁵⁶ Entre tácticas y estrategias, la economía de los actos verbales establece una comunidad con la mercancía, y con la guerra. A partir de esa comparación mercantil y bélica, se puede imaginar el alto impacto que tuvo la obra de Mariano José de Larra en la prensa periódica hispanoamericana de la primera mitad del siglo XIX. No es casual que dos de sus artículos más conocidos y visitados por los letrados hispanoamericanos se desplacen por ambos campos semánticos. En el primero, en el que Larra adopta por primera vez su famoso seudónimo, concluye afirmando que entra en su afán reformista “con la misma disposición de ánimo que tiene el soldado que va a tomar una batería”. En el segundo, dos años después, en el que especula con la aparición de su nuevo periódico y con los temas que en él abordaría, al llegar al ítem *Modas*, curiosamente, escribe: “En esta sección hablaremos de empréstitos”.⁵⁷ Desde

⁵³ Es por demás significativo que con ese título, “Tribunal Literario”, se denominara en 1821 el consejo directivo de la Universidad de Buenos Aires. Cfr. Gutiérrez (1998 [1868]: 268).

⁵⁴ *El Iniciador*, N° 2, Montevideo, 1 de mayo de 1838, pág. 6, col. 1.

⁵⁵ John Stuart Mill, en *Mill on Bentham and Coleridge* (Citado por Williams, 2001: 57).

⁵⁶ De Certeau, 2007: 44.

⁵⁷ El primer artículo es el que publicó en *La Revista Española* bajo el título de “Variedades teatrales”, luego convertido en “Mi nombre y mis propósitos”, el 15 de enero de 1833. El

entonces la figura de Larra pasará a ocupar un lugar central en las tácticas discursivas de las élites criollas, y el objeto *moda* se convertirá en la mascarada con la cual afinar los discursos destinados a formar instituciones modernas para sustituir las viejas (Kirkpatrick, 1978: 31). Trajes de señoras, peinados, figurines, paseos, muebles, álbumes, instrucciones para las visitas, vestimenta, tertulias, estos y más objetos teñirán la retórica publicista de la prensa liberal criolla.

La presencia del llamado por entonces “bello sexo” en el reverso de estos montajes discursivos conjugaba la percepción, no siempre tan flexible como alerta, de un entramado de intereses relativamente novedoso en el seno del público lector. Como vimos en el primer capítulo, bajo la figura de “la mujer lectora” se amparaban las contradictorias representaciones letradas de ese incipiente proceso de diversificación cultural. En este sentido, la mediación del objeto *moda* servía para realizar la táctica larriana más comúnmente explotada por la prensa criolla: como en la comparación de Clausewitz, aun la chanza más pueril llevaba su voluntad renovadora. De modo que el emplazamiento de una lógica del intercambio, de consumo y porosa, no debe hacer olvidar la primacía del discurso utilitario, pedagógico e ilustrado de las élites letradas que buscaban trasladar al público sus convenciones culturales y literarias.

Así se refería el periódico chileno *El Alegre. Repertorio de sonrisas, risas y carcajadas* a las motivaciones que justificaban esa lógica entre sus páginas: “Aunque los artículos de modas no tuviesen otra ventaja que la de enriquecer el pobre idioma castellano, bastaría esta poderosísima razón para que no se les negara el lugar que les corresponde en todo periódico que aspire a ser digno de estar en las lindas manos del bello sexo”.⁵⁸ Este párrafo debe leerse en el marco de su peculiar perfil editorial, que no responde sólo a la articulación de una nueva sensibilidad lectora, en la que se verificaría un contraste con la cultura tradicional, como interpretó Poblete (2003: 122), sino que está diseñado, además, bajo modelos literarios resueltamente moderados, lo

segundo, “Un periódico nuevo”, apareció en la misma revista el 26 de enero de 1835. Cfr. *Fígaro*, edición de Pérez Vidal (1997: 7 y 292).

⁵⁸ *El Alegre*, N° 1, 1846, p. 7, col. 2.

que para la época puede considerarse un gesto más bien conservador.⁵⁹ El pasaje combina con los intereses del mundo femenino la necesidad, para nada aleatoria dados el contexto y la época, de “enriquecer” el idioma castellano. No casualmente el periódico dedicaría buena parte de sus columnas a las crónicas sociales, como los bailes de máscaras, las tertulias o las representaciones teatrales, recurriendo a los costumbristas españoles más tradicionales:

Firmes en nuestro propósito de no entrar en ninguna clase de polémica, no iniciaremos aquí la cuestión de si a la sociedad para quien escribimos puede presentársela, sin compromiso para el escritor, el cuadro de sus propias costumbres [sic], con los fuertes y vivos colores que tanto complacen en Europa [...]; pero no titubeamos un momento en proclamar la oportunidad de un periódico destinado a formar con la sucesión de sus números un lindo repertorio de todo lo mejor que en estilo jocoso hallemos escrito en lengua castellana.⁶⁰

⁵⁹ Es indispensable cruzar la retórica de esa “nueva sensibilidad” con las empresas editoriales en las que tiene sitio su desarrollo. Una razón bastante obvia reside en el hecho de que los nuevos intereses de lectura, y sobre todo los relacionados con la lectura femenina, pueden ser (y suelen ser) utilizados con objetivos claramente conservadores. Puesto que si, por un lado, dan cuenta en sus páginas de la receptividad de nuevos intereses de lectura, por el otro, tal receptividad puede combinarse con un emplazamiento discursivo más bien clásico. Para decirlo en pocas palabras, la liviandad y distensión en la superficie retórica de esos textos no siempre es indicio de un distanciamiento del sistema de autoridad tradicional. *El Alegre* es un caso peculiar de tal ensamblaje. Apelando a un estilo ameno y jocoso (“hagamos párrafos cortos”, dice el primer número), el periódico sin embargo desarrolla un discurso literario ligado al costumbrismo más conservador de España, de cuyos representantes los redactores se jactan de incluir en sus páginas a por lo menos dos: Mesonero Romanos (aunque no lo citen) y Juan Martínez Villergas. Poblete cita las páginas de *El Alegre* subrayando únicamente la novedad retórica: “frente al *prodesse* horaciano la concentración en el *delectare*; frente a la seriedad del aprendizaje clásico, la liviandad de la lectura como una forma de ocio para evadir el tedio; frente, finalmente, a la unicidad de la voz y el estilo del gran autor clásico, la multiplicidad de lo heterogéneo y heteroglósico” (2003: 122-123). Por supuesto, lo que señala Poblete forma parte del discurso desplegado por *El Alegre*; pero lo que habría que agregar inmediatamente es que su perfil editorial reproduce de manera ejemplar –aunque a otro nivel– esa misma “unicidad de la voz” que el crítico ve desvanecerse en su forma estilística.

⁶⁰ *El Alegre*, N° 4, 1846, p. 25, col. 1.

Lengua castellana y estilo jocoso perpetúan los alcances estilística y editorialmente moderados de un escritor como Mesonero Romanos, de quien, por otra parte, el periódico transcribirá –sin explicitarlo– algunos artículos. Evitando aun la polémica literaria, como se deduce del párrafo citado, los redactores recurren para su “crítica” de costumbres no sólo a la tradición española, sino a su versión más tradicionalista. Por ejemplo, al desglosar la intimidad que se da noche tras noche en los encuentros de la élite cultural, transcriben: “[en la segunda noche] ¿Se hablará del temporal? No, porque esto pertenece al primer día. ¿De literatura o política? Tampoco; porque las mujeres querrán meter su cucharada, y no hai cosa más repugnante y más tonta que una mujer hablando de política, o haciendo coplas”. Considerando la orientación editorial, lo que aparece a primera vista como una crítica satírica –que, además, debe serlo en su origen– puede o podría en ese marco refugiarse al menos en la ambigüedad semántica. Como si los redactores previeran los dobleces de la lectura, la sátira conforma a todos. Se sabe que esa visión reproduce bastante fielmente la mirada conservadora de las élites tradicionales chilenas, de tal modo que llegará a convertirse en motivo recurrente en la narrativa de Alberto Blest Gana. Pero aún a mediados de los años cuarenta esa visión bien podía tener un asidero social más firme, sobre todo porque la crítica cultural había comenzado a expandirse recién a principios de esa misma década. Si se atiende, además, al hecho de que el artículo pertenece a la pluma de Juan Martínez Villergas y que, por lo tanto, está dedicado a cuestionar o, en todo caso, describir costumbres de la alta sociedad española, evidentemente el carácter jocoso es, en este caso, bien poco punzante (para decirlo brevemente: la fuerza crítica merma desde el momento en que se admite el parangón entre la tradición chilena y la peninsular).

Por lo dicho, no sería desatinado imaginar cierta decepción en la lectura de *El Alegre* por parte de una figura como Juan Bautista Alberdi quien, en efecto, figuraba en la lista de suscriptores del periódico chileno.⁶¹ Habiendo arribado a Valparaíso en

⁶¹ Además de Alberdi, en la lista de suscriptores aparecen, entre los argentinos, Juan María Gutiérrez y Petrona Lamarca, cuyo hogar funcionó como espacio de reunión de los emigrados argentinos, y una centena de los apellidos más reconocidos de la élite de Santiago y Valparaíso, entre ellos: Garfias, Núñez, Talavera, Vial, Bello, Warner de Peña, Prieto, Larraín,

abril de 1844, Alberdi llegaba con una dilatada experiencia en el arte de redactar y editar trabajos para la prensa (y, de hecho, recién arribado a la costa chilena sería convocado por Santos Tornero para asumir la dirección de *El Mercurio*). Por supuesto, su empresa más conocida, *La Moda*, sobre la que en seguida nos detendremos, se había destacado por ser el primer experimento de crítica cultural propiamente dicha en el Río de la Plata. Junto a la firma tranquilizadora como editor responsable de Rafael Corvalán –hijo del general Manuel Corvalán, por entonces edecán de Juan Manuel de Rosas–, y un grupo de colaboradores salidos de la misma experiencia universitaria –Juan María Gutiérrez, Demetrio y Jacinto Peña, Carlos Tejedor, Vicente Fidel López, Carlos Eguía, José Barros Pazos, Nicanor Albarellos y Manuel Quiroga de Rosa, entre otros–, el futuro autor de las *Bases* desplegó con sutileza sus ardides discursivos en pro de captar y cooptar al joven público de la Buenos Aires rosista.

El prospecto que acompañó el número inicial de aquella publicación, cuyo título inofensivo, *La Moda. Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres*, ha sido punto de discusión más o menos productiva en el campo de la crítica literaria, subrayaba sobre todo la intención de utilizar un lenguaje “al alcance de todos” y recortaba el nuevo tipo de lector al que apuntaban sus escritos. “Se declama diariamente sobre la necesidad de cultivar el espíritu de las niñas y de los jóvenes dados a los negocios. Valiera más buscar el remedio y tomadle [sic]. Nos parece el más propio, el de mezclar la literatura a los objetos ligeros que interesan a los jóvenes”.⁶² Claramente enfocada a la juventud bonaerense, *La Moda* pretendía hacer de los “objetos ligeros” la excusa del interés de la lectura para, de ese modo, hacer que la literatura ingresase en la subjetividad lectora y modelase los hábitos culturales. Para ello, se proponía tratar: “Nociones simples y sanas de urbanidad democrática y noble

Vicuña, Pinto, Tagle, Matta, Portales, Santamaría, etc., y hasta un cura de Curacaví, el reverendo Fernando López de Heredia. (Cfr. *El Alegre*, “Lista de los Sres. Suscriptores al Alegre”, 1847, p. 416). Las pocas listas de suscriptores que se conservan del periodismo de la época resultan un documento único, pues permiten dilucidar las características de un público selecto que, aunque no es fidedigno en cuanto a la extensión real de la lectura (hay que tener presente el sistema de préstamos o lecturas colegiadas) sí puede considerarse representativo del sostén económico de esas empresas.

⁶² *La Moda*, N° 1, Buenos Aires, 18 de noviembre de 1837, pág. 1, col. 1.

en el baile, en la mesa, en las visitas, en los espectáculos, en los templos. Indicaciones críticas de varias prácticas usadas a este respecto” (*La Moda*, ídem).

Entre las estrategias discursivas para canalizar esas críticas, además de la conocida apelación a los escritos de Larra –de quien *La moda* se considera su “obra póstuma” –, se despliega lo que podríamos llamar *usos de lo frívolo*. Tal estrategia tiene un doble movimiento: por un lado, las ideas políticas serían filtradas en el intersticio de aquellos artículos dedicados a los “objetos ligeros” y, por el otro, el mismo objeto *moda* debería funcionar semióticamente como expresión de esas ideas. No por azar los jóvenes a los que busca interpelar el *gacetín* son aquellos “dados a los negocios”.

En un artículo titulado “Moda de señoras”, que discurre acerca de los peinados que usan las damas nobles de Londres y su posible adaptabilidad a la república sudamericana, dirán los redactores: “Es preciso que hagamos la declaración de los principios que deben reglar nuestros juicios en punto a modas [...], es menester caminar a la homogeneidad [...] El faro, digámoslo así [...], es la democracia.” Es decir, a un tipo de moda se debe anexar un sistema político y social. Y viceversa. Y a ese principio se debe encauzar el todo social. Por cierto, el comentario no es gratuito, puesto que el artículo menciona el estudio de la sociedad norteamericana de Tocqueville, el cual es ponderado (“todo parte allí de la igualdad y propende a la igualdad de las clases”, dicen los redactores), para luego concluir:

Colocados en idéntica ruta nosotros debemos observar las propias leyes, de modo que una moda, como una costumbre, como una institución cualquiera, será para nosotros tanto más bella cuanto más democrática sea en su esencia, es decir, cuanto más sobria, más simple, más modesta fuera, *cuanto menos se habrá armado de una pompa insultante a la honrada medianía del común de los ciudadanos*.⁶³

Este tipo de operaciones demuestran claramente el uso de lo frívolo como artefacto para transmitir valores que algunos artículos más decididamente políticos no

⁶³ *La Moda*, N° 3, Buenos Aires, pág. 3, col. 1. Subrayado nuestro.

podían asumir. No es, por otra parte, desatinado pensar que los propios redactores enfrentaran críticas de pares por el carácter “pueril” o “inocente” de su publicación. Y uno de los puntos claves del semanario tiene que ver precisamente con el público al que se dirigía: es evidente que para aquellos que compartían las mismas ideas que los editores, la publicación arrastraba el lastre de una mediación, establecida por la política federal del Buenos Aires rosista, que impedía la prédica pública más consustanciada con sus intereses; pero al mismo tiempo la conciencia de esa mediación no debe opacar el hecho de que los redactores buscaban un público más amplio o menos comprometido con ese régimen de ideas:

La frivolidad en sus primeros números pudo presentar visos de seducción mercantil. Es cierto que se intentó seducir lectores, pero no para sacarles su dinero sino para hacerles aceptar nuestras ideas. Ha seguido y seguirá empleando formas semejantes. Es una desgracia requerida por la condición todavía juvenil de nuestra sociedad. Para los hombres serios que van siempre al fondo de las cosas este no es un inconveniente. [...] *La más frívola de sus chanzas lleva su objeto serio, y este objeto no es jamás personal sino público.*⁶⁴

Este pasaje es revelador en la consideración de las estrategias discursivas del semanario: en primer lugar, se asume el *uso de frivolidades* como estrategia de cooptación de un público que aparece definido, de suyo, por un horizonte de expectativas que resultan efectivamente pueriles pero que pueden y deben ser reconvertidas; por otro lado, la clara conciencia que diseña dicha estrategia (al estilo larriano: “la más frívola de sus chanzas lleva su objeto serio”) muestra que los editores piensan seriamente en la posibilidad de un doble movimiento publicitario: mientras se busca la modelización de un público lector a través de bagatelas y amenidades (los hombres serios sabrán distinguir, y aun tolerar, esa estrategia) se espera que su efecto *implique* los estratos más altos del poder; la imaginada Buenos Aires todavía *incluye*

⁶⁴ *La Moda*, N° 18, Buenos Aires, pág. 1, cols. 1 y 2. Subrayado nuestro.

(*quiere* incluir) la política federal de su Jefe Supremo. Ese perfil de seducción hacia el rosismo, conjugado con la intención reformista de sus artículos, quizá defina el tipo de crítica del semanario. Algo que puede comprobarse a medida que esa ilusión empieza a declinar. Son, en efecto, los últimos números los que asumen un carácter de crítica política más despojada frente a la figura de Rosas y a su gobierno.⁶⁵

Sin embargo, será recién durante el exilio montevideano cuando esas estrategias puedan empezar a ser autorreferidas por la nueva generación. Hablando de trajes y vestidos en Buenos Aires y en Montevideo, los redactores de *El Talismán. Periódico de Modas, Literatura, Teatro y Costumbres* que, por su título, se sitúa conscientemente en la estirpe de *La Moda* porteña, observarán el preciso lugar que otorgaban a la “puerilidad” de esos asuntos:

Estas cosas no deben ser despreciadas como frívolas. No lo serán sin duda por las personas sensatas, que las respetarán más porque las comprenderán más, que las personas comunes. Frívolo sería el anteponer estos asuntos a los intereses del comercio, de la política o la ciencia. Pero no es menester anteponerlos a nada: la civilización tiene lugar para todas las cosas, y cuanto más desenvuelta es, mayor es el número de cosas frívolas que abraza: testimonios, la Inglaterra, la Francia y Estados Unidos [...] París no es una

⁶⁵ No se intenta decir con esto que la inclinación filorrosista pase a un segundo plano, sino señalar que, a pesar de esa filiación (desde nuestro punto de vista estratégica), sobre los números avanzados empiezan a publicarse artículos más comprometidos políticamente como, por ejemplo, los del número 21 (7 de abril de 1838), “Espíritus positivos”, donde se lee: “Triste con estas bagatelas andaba yo el otro día por las calles del Cabildo. Indiscreto de mí, sin haber antes pensado que no se puede pasar impunemente por este jardín de nuestra festiva juventud. Así fue. De repente, cogíome uno del brazo siniestro con estas palabras: ‘Viva don Fulano’, ¿cómo va ese valor?’, pasado de un estilo tan democrático [...] no supe contestarle más que: ¿cómo está Ud. caballero?” (“Qué me importa”, pág. 3, col. 1). En el número 20, del 31 de marzo, la crítica velada sobre la omnipotencia del Gobernador que aparece en el Boletín titulado “El nombre”, no pudo pasar inadvertida. Dice allí *Figarillo* (Alberdi): “No hay más llevar, venga o no venga, el nombre de Juan para ser completo. Porque Juan es prudente, porque Juan tiene mucha paciencia, porque Juan es muy callado, porque Juan es muy complaciente, porque Juan es el todo, pasando por alto a Perico de los palotes sin cuya intervención nada puede hacer ni malo ni bueno” (pág. 5, col. 2). Sobre las estrategias discursivas y los asuntos tratados por *La Moda* me he detenido en otro trabajo (Véase Pas (2007) “La impresión de lo nacional”, en: www.bn.gov.ar, dossier *Nervaduras de la esfera pública: revistas, periódicos y discusiones*).

aldea, no es un pueblo de niños, ni de locos: es al contrario el foco de la inteligencia y de los intereses de la Europa y el Mundo. Y sin embargo, en el gran París, en el sabio París, se escriben más de diez periódicos para tratar de los cambios que han sufrido, en la última semana, el ala de sombrero, un bolado [sic], una esclavina, un peinado de señora.⁶⁶

Y más adelante, un pasaje que amerita ser citado *in extenso*:

Nada es frívolo para el hombre culto, porque sabe que hasta la frivolidad misma es una necesidad de la vida. ¿Qué de más frívolo que ese aparato de muebles, de espejos, de cuadros, de que los hombres gustan tanto de rodearse? Pues bien; detened al Sr. Esteves, al Sr. Lafont, en medio de sus grandes tareas, y pedidles la última razón de sus incansables fatigas; os enseñarán por toda respuesta sus hermosas chimeneas, sus ricas alfombras, sus brillantes muebles, es decir, un montón de cosas frívolas.⁶⁷

La cita es de interés porque presenta entrelazados varios aspectos que caracterizan la crítica cultural de la época. La primera cuestión que se destaca es la conciencia acerca de la multiplicidad de factores que inciden conjuntamente –sin necesidad de anteponerlos unos a otros, antes bien procurando advertir sus lazos– en el proceso de modernización alentado por la élite y, por lo tanto, en las funciones que la escritura pública está destinada si no a satisfacer, al menos a estimular. Como ha observado recientemente Cecilia Rodríguez Lehmann, esta multiplicidad en las crónicas periódicas dedicadas a la moda está vinculada a la posibilidad y a la necesidad de insertarse en algunas formas del mercado. Por lo tanto, nos encontramos ante una élite letrada cuyas intervenciones públicas deben contrastarse con la lógica mercantil del intercambio (lógica, también, de guerra, como vimos al principio): la escritura, en consecuencia, también debe diversificar sus cualidades. Dice al respecto Rodríguez Lehmann:

⁶⁶ *El Talismán. Periódico de Modas, Literatura, Teatro y Costumbres*, N° 1, 13 de septiembre de 1840, pág. 8, col. 1.

⁶⁷ *El Talismán*, ídem, pág. 8, cols. 1 y 2.

Este proceso de negociación implica entonces distintos procedimientos: por un lado, hay una serie de concesiones que se le hacen a ese mercado, y por otro, hay un proceso claro de enmascaramiento que permite esconder detrás de las blondas de un traje propuestas más ‘serias’. Si bien ambos procesos parecen antagónicos, en el fondo se trata del reconocimiento de que existen formatos y géneros que sólo pueden dialogar con la política de manera enmascarada (Rodríguez Lehmann, 2008: 222).

Es ese enmascaramiento, entonces, una de las tácticas que rigen el discurso reformista de la prensa cultural del período.

Por lo mismo, resulta pertinente contrastar esa estrategia con la recepción de un lector que pudiera decodificar sus presupuestos. Tal lector fue Bernardo Prudencio Berro, escritor, poeta y publicista uruguayo, entre cuyas obras literarias más renombradas se hallan la “Epístola a Doricio” (escrita en 1832 y publicada recién en 1878) y el “Catecismo de la doctrina puritana cimentadora” (1838). Hermano del poeta Adolfo Berro, cuya colección de poesías sería prologada por Andrés Lamas, Bernardo fue sin embargo un defensor del americanismo federal representado por Rosas en Buenos Aires y por Oribe en la Banda Oriental, a quien secundó con sus publicaciones y actuaciones en el gobierno del Cerrito. Luego de desempeñarse como Ministro de Gobierno en 1853 y como Senador en 1857 llegaría, finalmente, a ser Presidente de la República Oriental del Uruguay en 1860.⁶⁸

En una carta escrita a su hermano desde el departamento de Minas en enero de 1840, Bernardo Berro comunica su interés por la nueva obra recientemente aparecida de Tocqueville, mencionada por *El Talismán* en su número 9, que no es otra que la segunda parte de *De la Democracia en América*, para deslizar su mirada sobre la

⁶⁸ La figura de Bernardo Berro es sumamente importante para pensar el sistema letrado y las discusiones públicas en Uruguay, dado que poco se han estudiado las publicaciones del Cerrito y su incidencia en los debates de la época. Una reseña bio-bibliográfica puede consultarse en el Prólogo a sus *Escritos Selectos*, publicados en el volumen 111 de la Colección de Clásicos Uruguayos, Pivel Devoto (1966: IX-LVI). Jorge Myers, en su trabajo sobre el discurso del régimen rosista, incluye algunos trozos de sus escritos políticos publicados en *El Defensor de la Independencia Americana* (Cfr. Myers, 2002: 276-286). A su vez, algunos de los escritos de Berro son analizados por Pablo Rocca (2003).

publicación montevideana: “Los cortos trozos que para muestra de verdad [...] ha insertado *El Talismán* en sus números 9 y 10, me parecen generalmente bien; al paso que me ha movido no sé si diga a risa o a lástima, la aplicación que de ellas hace a nuestra actual literatura el editor del citado periódico.”⁶⁹ Y cita un fragmento, justamente, de esa trasposición: “¿Quién no ha reconocido en estas últimas líneas de Mr. Tocqueville, el retrato hecho *rasgo por rasgo*, de la fisonomía que la literatura ha presentado en nuestras repúblicas especialmente en los últimos diez años?” (Ídem, 88). Quien subraya los términos “rasgo por rasgo” es el propio Berro, para inmediatamente afirmar: “Preciso es haber perdido el juicio, o estar muy falto de reflexión, de conocimiento y experiencia para publicar semejante disparate” (ídem).

A partir de allí, el escritor uruguayo se desentenderá de lo escrito por el viajero francés para concentrarse en las ideas de *El Talismán*. Le parecía un error trasladar las características de la democracia norteamericana –y su influjo sobre las costumbres, y particularmente sobre la literatura– a las diseminadas repúblicas sudamericanas; peor aún le resultaba esa especulación dado que respondía a la visión de unos pocos agentes de Buenos Aires y Montevideo.

En efecto, en el número 10 del periódico montevideano, bajo el título genérico “Fisonomía literaria de los siglos democráticos”, se habían extractado y publicado varios pasajes de las observaciones de Tocqueville, alternando entre ellas algunos párrafos, como el que citaba Berro, tendientes a establecer un paralelo entre el proceso político y social del norte con el sudamericano. Decía al inicio de ese artículo *El Talismán*: “la dirección que en los últimos 6 años han dado a las letras las generaciones jóvenes de los dos lados del Plata, va a encontrar su justificación en la clara y hermosa doctrina del célebre publicista sobre la tendencia natural de la literatura Americana.”⁷⁰ Como se ve, los interlocutores previstos por el redactor pertenecen a sus propias filas. Ahora bien, el fragmento de Tocqueville que antecede al comentario citado por Berro, dice:

⁶⁹ B. P. Berro (1966 [1840]: 88). Todas las citas las extraigo de esta edición. A continuación coloco entre paréntesis el número de página correspondiente.

⁷⁰ *El Talismán*, Montevideo, N° 10, pág. 109, col. 2.

Considerada en su conjunto, la literatura de los siglos democráticos, no podría ofrecer aun como en los tiempos de aristocracia, la imagen del orden, de la regularidad, de la ciencia y del arte; la forma se verá, por lo común, abandonada, y muchas veces despreciada. El estilo se manifestará con frecuencia arrogante, incorrecto, sobrecargado y flojo, y casi siempre atrevido y vehemente [...] Los escritos ligeros serán más frecuentes que los libros voluminosos; el espíritu, que la erudición, la imaginación que la profundidad; reinará una fuerza casi inculta y salvaje de pensamiento, y una singular fecundidad en las producciones. Se tratará de sorprender más bien que de agradar, y se esforzará por encadenar las pasiones más bien que por complacer el gusto.⁷¹

Las cualidades que el publicista francés atribuye a la literatura norteamericana bien podrían describir algunos de los escritos fundamentales de la llamada generación romántica argentina; sin duda, el *Facundo*, de Sarmiento, cuya idea de “la mal disciplinada concepción” ha dado motivo a múltiples incursiones de la crítica.⁷² Es decir, por encima de la exactitud o incluso de los juicios valorativos, lo que el redactor de *El Talismán* extrae de esos términos es una clara orientación romántica (y si se quiere, por añadidura, moderna) para las letras, donde lo que importa es el fondo antes que la forma, el espíritu antes que la erudición, los sentimientos antes que las

⁷¹ *El Talismán*, Montevideo, N° 10, pág. 112, cols. 1 y 2.

⁷² Desde el epígrafe inicial del *Facundo*, perteneciente a Villemain, que demanda al lector que deje de lado su impasibilidad, hasta la exclamación del capítulo IV: “¡no es posible mantener la tranquilidad de espíritu necesaria para investigar la verdad histórica, cuando se tropieza a cada paso con la idea de que ha podido engañarse a la América i a la Europa tanto tiempo (...)!” (1961 [1845]: 69), encontramos una especie de metacomentario de lo que Jitrik (1983) señaló como recurso propiamente literario del sanjuanino, a saber, que Sarmiento “trata menos de demostrar que de convencer”. Existe en ese recurso una voluntad literaria claramente manifiesta y muy comentada por la crítica sobre la cual no nos detendremos aquí. Baste recordar el pasaje en que Sarmiento se disculpa frente a Alsina: “Ensayo i revelación para mí mismo de mis ideas, el *Facundo* adoleció de los defectos de todo fruto de la inspiración del momento”. Y luego: “He usado con parsimonia de sus preciosas notas, guardando las mas sustanciales para tiempos mejores i mas meditados trabajos, temeroso de que por retocar obra tan informe, desapareciese su fisonomía primitiva, i la lozana i voluntariosa audacia de la mal disciplinada concepción” (ídem: 21).

reglas del gusto. En este sistema de ideas se inserta la lectura de Berro que nos lleva a la cuestión de las modas y, también, del mercado.

El escritor uruguayo es partidario del romanticismo de la época, pero de un modo bastante incrédulo y matizado por una reflexión que le permite separar aguas entre lo literario, lo político y lo social.⁷³ En este sentido, se encuentra bien alejado de las inclinaciones románticas de *El Talismán*. En esa línea, apuntará una cuestión fundamental sobre el objeto moda:

Periódicos de esta clase, son más propios de una sociedad en que rebasen la cultura y las artes de agrado, y donde de necesidad haya que presentarle un desahogo adecuado [...] No pretendo que se excluya la literatura amena, de los periódicos; lo que me desagrada es que no se le dé un lugar secundario, y de que [sic] nos olvidemos de que estamos en los márgenes del Río de la Plata” (ídem, 97).

Berro traza aquí, claramente, una reflexión acerca de la lógica del intercambio; las estructuras de la sociedad sudamericana o, al menos, rioplatense, permanecen estancadas en su desarrollo democrático-institucional, a tal punto que no reconoce un avance con respecto a los tiempos de la Colonia (“el pueblo tiene menos parte que entonces en sus negocios” [ídem, 89]) y, en consecuencia, discursos como los de *El Talismán* estarían desacoplados de las positivas demandas sociales de la región.

La reflexión de Berro pone de manifiesto lo que el discurso de *El Talismán* intenta enmascarar aun en sus reflexiones más transparentes: los márgenes del Río de la Plata no pueden estar más distantes de los pretendidos testimonios: Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Es decir, Berro está señalando los riesgos de una adopción no mediada de los modelos (y modas) foráneos. Pero, además, también está señalando las consecuencias de un uso irreflexivo de ese intercambio que, a nivel discursivo, repercuten en la economía de la cultura letrada criolla (“son mucho mejores” –dice

⁷³ Hay que resaltar la coherencia del pensamiento de Berro sobre estos temas. Sus concepciones sobre el romanticismo literario y político se hallan en su correspondencia privada, de la que la carta que nos ocupa apenas es una muestra.

Berro—, “escritos, en que con sencillez y de un modo más directo, claro y positivo, se adoctrine al pueblo en aquellos conocimientos elementales más indispensables, que tengan relación con sus primeras necesidades” [ídem, 97]). El escritor uruguayo ve en *El Talismán* una persuasión exclusiva y excluyente que no le permite sopesar adecuadamente la lógica de ese intercambio:

Porque en París se escriben más de diez periódicos para tratar de los cambios que han sufrido en la última semana, el ala del sombrero, un volado, una esclavina, y un peinado de señora, por una conclusión lógica sacada de aquella persuasión no trepida en asegurar que aquí debemos imitarlos escribiendo sobre esos puntos filosófico-morales que los pueblos cultos solos saben valorar y que son despreciados por los pueblos atrasados (ídem, 97).

No es que Berro no piense en tales modelos, sino que su percepción de las tácticas y estrategias destinadas a mediar con el mercado lo llevan a realizar una evaluación distinta de las jerarquías de lo frívolo en los emplazamientos discursivos de la élite. De ahí que entienda que las trasposiciones de las observaciones de Tocqueville sobre la literatura norteamericana al terreno de las letras rioplatenses no sea más que una errada reproducción de una (no menos errónea por lo exagerada) descripción *a lo francés*. En un comentario que se acerca de manera sorprendente a la concepción del narrador Alberto Blest Gana sobre el “talento secundario”, Berro ya había contrastado ambos modelos, inclinándose por el norteamericano: “Yo reverencio, aplaudo y envidio el modesto, sencillo y poco literato congreso de Norteamérica; y miro con ceño al ilustrado, científico, brillante y esplendoroso parlamento de Francia. Este, hablando a lo romántico, es la expresión de una sociedad *civilizada*; es tono de una cultura. En aquél no hay grandes talentos; hay medianías, pero bien intencionadas y juiciosas” (Berro, 1966: 73).

Medianías juiciosas, pragmáticas, pide Berro a los publicistas de Montevideo. Ahora bien, lo que interesa resaltar de este contrapunto, sin embargo, es la multiplicidad de planos —y los riesgos— que atraviesan el objeto *moda* en los discursos de la élite letrada hispanoamericana. La divergencia de miradas estrictamente contemporáneas sobre un mismo fenómeno debe alertarnos acerca de las

contradicciones, mixturas, avances y retrocesos, de los nuevos emplazamientos discursivos y de las formas emergentes de lectura social. Entre algunas de esas contradicciones, como hemos podido comprobar en el primer capítulo, se cuentan las diversas figuraciones de la élite letrada sobre el público lector al que se dirigen o intentan dirigirse. De hecho, entre la mirada de Alberdi y la de Berro sobre la moda se alza la imagen de los destinatarios que suponen ambos publicistas.

Pero tal vez una de las mayores contradicciones que en buena medida cercenan la posibilidad de una conciencia autorreflexiva sobre los procesos de modernización en la primera mitad del XIX sea la brumosa relación entre la economía verbal y la economía mercantil. Como bien leyó Berro, no se trata de negar el espacio que esos discursos de lo frívolo (amena literatura, modas, etc.) tienen en la lógica del mercado, sino de adecuarlo a las necesidades del sujeto receptor que, atravesado por esa lógica, puede sin embargo permanecer ajeno a “sus negocios” tal como ocurría durante el régimen colonial. Si la disputa sobre los usos y los consumos de los productos del mercado no se dirimen en el terreno meramente discursivo, lo cierto es que las formas de una literatura representan, en última instancia, una abstracción de las relaciones sociales (de producción) y culturales que determinan su diferencia (Moretti, 2000: 66). Es necesario recordar ahora que la “medianía” de la que habla Berro tiene como subtexto el modelo norteamericano, el mismo que ponderaban en *La Moda* al hablar de Tocqueville y de “la honrada medianía del común de los ciudadanos”, colocada como meta social a conseguir. Por lo tanto, si “la civilización tiene lugar para todas las cosas, y cuanto más desenvuelta es, mayor es el número de cosas frívolas que abraza”, como sostiene Alberdi, difícil sería, comprobada la distancia entre el modelo del norte y la sociedad rioplatense (y esto es lo que señala Berro) procurar invertir los términos desde una lógica discursiva presa de las imposiciones del mercado.

La incorporación de temas banales en la prensa cultural no sólo muestra las estrategias de mediación de la ciudad letrada con los intereses emergentes del público y de lo público, también suele expresar, tal como ironizaba Larra al hablar de la moda, la soterrada complicidad entre letras de empréstito y letras de molde. Y de esa connivencia no siempre se deduce una propuesta comunicativa democrática. Porque, aunque es cierto que el periódico socavó los límites entre público y autor, durante

buena parte de la centuria distintas instituciones modelaron las competencias literarias que podían hacerse “visibles” en el estrecho espacio de la “opinión pública”. ¿A quién, en definitiva, le está hablando Alberdi? Condescendientes, voluntariosas, incluso pragmáticas, las formas de la prensa cultural lejos estaban aún de abrigar aquella competencia politécnica de la que hablaría Walter Benjamin en “La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica”, al referirse, en el contexto de expansión de la prensa europea, al nuevo “patrimonio común” que minaba la tradicional República de las letras. (2002: 51)

2.4.2. Bajo la máscara del comunicado (fingiendo lectores, imaginando un mercado)

No es casual que una de las zonas en que esa lejanía se hace más ostensible sea la destinada a incorporar la voz del público, el espacio efectivo de interpenetración y democratización de la discursividad social. Los remitidos, correspondencias, y formas genéricas afines como las cartas o comunicados de lectores, que posibilitarían la formación del mencionado “patrimonio común”,⁷⁴ funcionaron durante gran parte de la centuria como lo que Roland Barthes designó, refiriéndose a las estrategias de la narración realista, un “efecto de lo real”. De hecho, podrían llegar a enumerarse las comunicaciones efectivas (y aun más aquellas que aparecen firmadas) realizadas en el sistema de la prensa durante todo el período. La escenificación o ficcionalización de los remitidos de lectores, como hemos señalado, guarda una estrecha relación con las estrategias discursivas que signaron el pasaje de las publicaciones del antiguo régimen a las primeras gacetas republicanas. Quizá sea en este tipo de prácticas donde pueda medirse con mayor verosimilitud el espesor de la llamada “opinión pública”.

Una “correspondencia” insertada en *La Moda* de Buenos Aires, nos va a permitir apreciar las implicancias y funcionalidad de esa construcción:

Sr. Editor de la Moda.

⁷⁴ Con esta expresión, Benjamin se refiere al proceso por el cual, a través de tal tipo de prácticas incorporadas y explotadas por los periódicos, “una parte cada vez mayor de [los] lectores pasó, por de pronto ocasionalmente, del lado de los que escriben”. Dice Benjamin: “La cosa empezó al abrirles su *buzón* la prensa diaria” (2002: 50-51).

¿Es verdad, Sr. Editor, que para ser una persona urbana, sea indispensable el gastar esos estilos extremados, esos gestos y contorsiones de femenil pulcritud, ese andar equilibrado, como de volatín, ese hablar exánime, imitación de mujer hipocondríaca, ese vestir de más cuidado y más prolijo que el de una coqueta de mal tono?

[...]

Para decir que una persona es fina, se acostumbra decir que es persona de corte. Esto es bastante para saber lo que es la finura –fruto de corte: es decir, de gente venal floja, servil, ligera.⁷⁵

La inquietud de este imaginario lector despliega de modo extremo los elementos de la compostura urbana. La pregunta inicial es, sin más, una pregunta retórica: no hará falta negar lo que implícitamente aparece como mordaz. “Coqueta de mal tono”, “gestos y contorsiones”, “estilos extremados”, todas estas frases construyen la figura de la impostación, de lo falso o artificial, de lo afectado. Por supuesto, la urbanidad que se intenta consagrar, la que nos va a llevar a las palabras enmascaradas del redactor, es la que se entiende por sociabilidad republicana (en oposición a los modales cortesanos): “Comprendo también aquí en mi rudeza –dice esa voz impostada– que la urbanidad más está en las palabras que en el modo de decirlas, y más en las ideas que en las palabras, y más en las acciones que en las ideas”.⁷⁶ La cadena virtuosa de ese razonamiento, en la que priman los conceptos antes que sus formas, las acciones antes que las ideas, lleva a refutar el mundo de las apariencias (única “banalidad” verdaderamente nociva para la ideología republicana). Curiosamente, esa misma cosmetología impugnada es utilizada para intervenir públicamente bajo la máscara de la voz individual, o privada.⁷⁷

El juego de esta teatralización permite vislumbrar dos polos de valores en tensión: venalidad y servidumbre, por un lado, “rudeza” y “bondad”, por el otro. Rudo,

⁷⁵ *La Moda*, Buenos Aires, N° 15, 24 de febrero de 1838, pág. 1, col 1.

⁷⁶ *La Moda*, ídem.

⁷⁷ Esta notoria precariedad en el sistema público de la élite criolla es uno de los motivos –el más visible, aunque no el único– por los cuales el modelo de la “esfera pública” habermasiana debe ser repensado.

bondadoso, firme en sus convicciones, sujeto de acción más que de elocución, así imagina al hombre urbano el redactor que, equilibradamente, debe revestir y contorsionar su opinión para hacerla *pública*. Para rematar esa operación, el redactor le hace firmar al imaginario lector con la más ubérrima de las abstracciones: “Uno del Pueblo”.

Digamos, brevemente, que enmascarar la palabra del *pueblo* no sólo es una operación calculada, mediante la cual se llevarían a cabo las disputas por la legitimidad política, sino también la manifestación concreta de las características más o menos objetivas del *público real* de las élites letradas: más o menos objetivas, en tanto otras prácticas de lectura favorecen ciertamente la circulación y la posibilidad de una relativa ampliación del número de lectores previstos por el sistema de suscripción. Pero, aun contemplando dichas prácticas, es evidente que sobre su potencial expansivo se impone el diagrama –no sólo ideológico sino político, social e institucional– de la ciudad letrada. Buena prueba de ello son las incansables invectivas de Sarmiento ante la apatía del público que, no obstante “merodear” por las páginas periódicas, no reflexiona sobre la necesidad de su sostén económico. Hemos visto ya que, aun en el auspicioso contexto de la prensa chilena de los años cuarenta, el sanjuanino corroboraba la inercia del público lector y verificaba, acudiendo a los parámetros de otros periódicos como *El Semanario* o *La Gaceta*, la apremiante escasez de la demanda lectora. Pero quizá tales características se hagan más patentes al considerar la primera experiencia de Sarmiento como escritor público en su provincia natal.

Con una población que hacia fines de los años treinta rondaba alrededor de los 25.000 habitantes, la provincia de San Juan, como tantas otras provincias cordilleranas o del noroeste argentino, contó con una imprenta propia bastante tardíamente, recién en 1825. Fue Salvador María del Carril, gobernador por entonces, quien aprovechó los bienes expropiados al fuero eclesiástico para fundar la primera Imprenta de la provincia. El primer texto impreso por el estado provincial es la famosa *Carta de Mayo*, redactada por el propio del Carril, y el primer periódico se ligaría circunstancialmente a

esa proclama desde su mismo título: *El Defensor de la Carta de Mayo*.⁷⁸ Con la misma retórica ilustrada que había utilizado Camilo Henríquez en Chile, la proclama celebraba las victorias militares de Junín y Ayacucho al tiempo que recurría a la maniquea imagen de la tiranía peninsular: “¡Recuerdos sublimes y sangrientos! ¡Oh Dios! ¡Oh libertad! Vosotros dejáis vengada la América de tres siglos de opresión, y escrito al universo, que la esclavitud es un error, y el despotismo un escándalo”.⁷⁹

Desde la fecha de aquella proclama hasta la aparición de *El Zonda*, la imprenta de San Juan dio a la luz pública poco más de una decena de periódicos. Pocos, si se piensa que transcurrieron casi tres lustros. No tan pocos, si se los compara con los publicados en otras provincias.⁸⁰ Como sea, evidentemente el público lector sanjuanino –o el interés público por la lectura– era realmente escaso, dado que la mayoría de esos periódicos habían sido solventados con prebendas del gobierno. En su segundo número, bajo el sugerente título de “Bancarrotas”, los redactores de *El Zonda* (el propio Sarmiento y Quiroga Rosas, aunque al primero suele adjudicarse la mayoría de los artículos⁸¹) se quejaban de los apenas 25 números previos vendidos y, después de una extensa digresión acerca de las costumbres sociales de la provincia, concluían: “Ya caemos... Los que leen de prestado son, pues, nuestros más crueles y encarnizados

⁷⁸ A poco de publicada la *Carta*, se imprime en Córdoba por la imprenta de la Universidad una hoja suelta, titulada *Rasgos encomiásticos de San Juan*, y atribuida al canónigo Castro Barros, que ataca las ideas liberales de del Carril, sobre todo respecto de las medidas de la reforma eclesiástica promulgadas en la provincia, que había seguido la orientación de la reforma rivadaviana en Buenos Aires. Para contrarrestar esos vituperios, a su vez, del Carril editó entonces el periódico mencionado, del que sólo alcanzaron a salir dos números (Cfr. Zinny, 1868: 181 y Beltrán, 1943: 333).

⁷⁹ Zinny (1868: 183).

⁸⁰ Entre 1825 y 1839 se publicaron en San Juan alrededor de 14 periódicos, descontando los registros y boletines oficiales (Fernández, 1943: 219-229). Aunque los datos recogidos por Zinny en su *Efemeridografía* dedicada a las provincias no sean del todo exactos, valen sin embargo para una estimación comparativa; mientras que para San Juan, en el período que llega hasta febrero de 1825, Zinny consigna 10 periódicos, en Salta sólo se publicaron 4, en Tucumán 8, en La Rioja 1, y en provincias como Entre Ríos y Corrientes, 11 y 12 respectivamente (Cfr. Zinny, 1868: 4).

⁸¹ En la primera página de la colección de los seis números del periódico, encuadrada por el propio Sarmiento, que se conserva en el Museo Histórico Sarmiento de Buenos Aires, escribió el sanjuanino: “Faros luminosos/ EL ZONDA/ Redactado por los señores Quiroga Rosas y D. D. F. Sarmiento/ 1839/ Murió al mes y medio haciendo su testamento” (Cfr. Verdevoye, 1988: 25).

enemigos, y es fuerza hacerles cruda y perpetua guerra. O NO LEER EL ZONDA O COMPRARLO ¡Escoged malaventurados!”⁸²

Bajo esa reflexión, los redactores pasaban a describir las modalidades de lectura que, si bien expandían el campo de circulación, eran, por otra parte, contraproducentes para la empresa editorial:

Gentes hay que van a la Imprenta a que les presten el Zonda: gentes que detienen al repartidor en la calle para leerlo: gentes, que lo piden a los suscriptores a quienes les cuesta su blanca, y que quieren reunir la colección, para tenerla completa a los diez años, y poder enseñarla a sus hijos a fin de que conozcan la historia y el estado de su país en el tiempo de sus padres. Ya se ve: para todo hay gentes en este mundo. Los pobres Editores, entre tanto, ¿que coman tierra?⁸³

Atento a las condiciones materiales de circulación y lectura, Sarmiento se empeña sin embargo en reconvertir el hábito de “leer de prestado” para capitalizar esos intereses en materia de producción. Desde esta perspectiva, *El Zonda* contrasta con su modelo inmediato, *La Moda* de Buenos Aires, no sólo por la mayor continuidad que tuvo esta última, sino por los motivos de la prédica y aun de la crítica social que se esparcen en sus páginas.⁸⁴ De todos modos, cuando era necesario llamar la atención sobre los hábitos “nocivos” de la sociedad sanjuanina, los redactores apelaban al conocido recurso que vimos actuar en *La Moda*: la invención de un lector, “Don Serio”, que envía su diatriba contra la publicación “progresista”. Entre otros conceptos, este “Don Serio” se queja de que el semanario difame las costumbres y cualidades de la provincia, en vistas del famoso “qué dirán” del resto de los estados provinciales. El artificio sirve para dar cuenta precisamente de aquello que un discurso directo no

⁸² *El Zonda*, N° 2, San Juan, 27 de julio, 1839, pág. 1, col. 1.

⁸³ *El Zonda*, ídem, pág. 1, col. 2.

⁸⁴ *El Zonda* dirigirá su prédica fundamentalmente a dos frentes de ideas: la educación y el gobierno. En relación al primero, en su número inicial publicará el discurso dado por Sarmiento en la inauguración de la Escuela para Señoritas, en el que se destaca una idea fundacional del discurso sarmientino, la de ser “el intérprete de los deseos de la parte pensadora de nuestro país”, idea a la que acudirá nuevamente en *Recuerdos de provincia*, de forma programática.

podría afrontar sin quedar encerrado en su misma lógica: la de la denuncia. La carta, dirigida a los editores, dice entre otras cosas:

VV pintan a San Juan en un estado muy atrasado, qué dirán los mendocinos, qué se dirá en Buenos Aires y en las demás provincias de las nuestras [...] Cualquiera va a creer que aquí no hay casas, ni iglesias ni plazas ni escuela ni tiendas ni qué comer ni gente tampoco ni nada más. El que lea que las niñas sólo verán al *Zonda* al envolver una tableta creará que son unas golosas que no piensan sino en comer y que desde que salieron de la escuela, si estuvieron en ella, no agarran un libro ni una pluma. El que vea que de treinta mil habitantes sólo sabrán leer cinco mil, creará que este es un país semi-salvaje, porque siendo la lectura un conocimiento tan vulgarizado en todo país civilizado, en el nuestro sólo la sexta parte de sus habitantes lo ha adquirido. El que vea que sólo cincuenta [...] serán los suscriptores del *Zonda*, dirá que aquí no les gusta leer periódicos, ni por consiguiente otra cosa.⁸⁵

Párrafo que quedaría en reproche si no fuera por la aceptación de que, en realidad, todo lo enumerado anteriormente viene a ser cierto. Así continua la “correspondencia”:

Aconsejo, pues, a VV, como verdadero amigo, que no escriban en este estilo a que se pueden dar tan malas interpretaciones en el *extranjero*, y que escriban de modo que aquí se entiendan en todo y sin sátiras ni gracias, que no hablen de los defectos ni vicios del país, *qué necesidad hay que se sepa en otras partes lo que aquí pasa [...] ¿no saben ustedes que la verdad amarga siempre? Y qué necesidad hay de decirla cuando todos la conocen y sienten tan bien como VV.* (ídem, pág. 4., col. 1 [subrayado nuestro])

⁸⁵ *El Zonda*, N° 2, San Juan, 1839, 27 de julio, pág. 3, col. 3.

Entre ver y creer, saber y conocer, leer e interpretar, se teje la delicada malla de los soportes materiales de la publicidad criolla. Las imaginadas preguntas de los lectores potenciales, en todo caso, muestran la insuficiencia del sistema comunicacional para legitimar esos soportes desde la misma lógica en la que se insertan: la del mercado. No por casualidad la mayoría de los periódicos viven poco tiempo, y resuenan constantes las quejas por la exigua suscripción. En ese contexto, el mercado cobra el valor riguroso de lo que Castoriadis llamó un “imaginario instituyente”. Ante la falta de una socialización extendida de la lectura, el intercambio fingido construye un imaginario como modo de legitimar la intervención pública que absorbe *de facto* el poder político. Como si la élite letrada se dispusiera a imaginar esas “necesidades artificiales” de las que hablaba John Stuart Mill en su ensayo sobre Coleridge, la palabra pública finge un intercambio para que *lo público* no se reduzca al escritorio de un amanuense.

A tal punto se comprueba la insuficiencia de ese intercambio, que el simulado buzón de la prensa llegó a alcanzar los contornos de un género autónomo:

El comunicado ha llegado a adquirir un tono, un estilo, un gesto, por decirlo así, y una manera talmente peculiares y propios, que contrituye [sic] por ahí una entidad particular de nuestra prensa, cuya fisonomía nos ha parecido digna de estudiarse a la par de nuestras costumbres y estilos hispano-americanos.⁸⁶

Como “estilos” y “costumbres” hispanoamericanas, estas escenas de ficcionalización de la publicidad criolla parecen sugerir una manifestación racionalista de ese deseo travestido del que hablara Ángel Rama (1994b [1985]) al referirse a la erótica de la modernidad, sólo que aquí la necesidad del disfraz no es el resultado de una inhibición institucional sino, por el contrario, la muestra positiva de la precariedad de sus redes. La prosa cáustica y reflexiva de *El Talismán*, ofrece un catálogo de las poses asumidas por el escritor público que sorprende por su despojada confidencia:

⁸⁶ *El Talismán*, N° 16, “El comunicado”, pág. 185, col. 1.

El comunicado es a veces el periodista mismo, que, teniendo deseos de decir alguna insolencia o alguna animosidad indigna [...] toma las máscara de 'un suscriptor [sic] o de un imparcial', dice su torpeza, arroja luego la máscara y vuelve a presentarse muy orondo y muy serio a tratar de los altos intereses del país.

*La 'correspondencia' es una perpetua farsa de 'carnaval', una mascarada continua, donde pobres diablos se disfrazan de 'padres de familia, de ciudadanos, de patriotas, de amigos de la razón', como los taberneros se visten de duques y reyes en las noches de carnaval. Bajo la máscara del comunicado, todo el mundo se ve dispensado de la buena educación y de los buenos estilos: firmarse 'un ciudadano, un imparcial' y volverse un marinero, un soldado en su lenguaje, es todo uno; lo que da lugar a creer que la verdadera careta, el verdadero disfraz es el que traen en la sociedad cuando se presentan como gentes educadas y civiles; y que *nunca están menos enmascarados que cuando están enmascarados*.⁸⁷*

Increíblemente, esta declaración desmenuza una a una las modalidades de publicidad de la élite letrada, que los propios redactores de *El Talismán* supieron utilizar, y aun en sus mismas páginas utilizan. Desenmascara el enmascaramiento, y ofrece tipos, como los viajeros cuadros de costumbres. Lo interesante de este reconocimiento explícito es la introducción del universo semántico del carnaval para hablar de las "correspondencias": quienes envían sus escritos de opinión optan por el disfraz –para decir lo que a cara descubierta no se animarían–, y esa opción es la única que reserva la legitimidad de sus dichos: quienes así se expresan *nunca están menos enmascarados que cuando están enmascarados*. Bajo la máscara del comunicado, todo el mundo puede dejar de ser un "ciudadano" y convertirse, por el momento que fija la escritura, en "marinero" o "soldado". El modo condescendiente en que es introducida la figura del carnaval, como "perpetua farsa", no repara sin embargo en su impulso democratizador, puesto que aquí el énfasis está colocado en su valor negativo, de uso

⁸⁷ *El Talismán*, N° 16, ídem, pág. 186, col. 2. El subrayado es mío.

cínico del anonimato.⁸⁸ No sorprende que así sea, dado que, por mucho tiempo, el periodismo se nutriría con el uso de seudónimos o de escritos anónimos. Al entrar a la órbita del carnaval, no obstante, el redactor disipa su propio fuero mediante esa locuaz autorreferencia.

Pues siempre pierde el partido
Aquel que muestra su juego.⁸⁹

2.4.3. *Escritores nuevos, lectores viejos (o cómo afirmar verdades guachas)*

En el último número de *La Moda*, el sistema de anonimato encuentra una justificación política. El “Boletín cómico” que cierra esa entrega escenifica un diálogo entre los intereses de los nuevos escritores y las ideas que dominan a los lectores de antaño. Conminado a hablar de cosas serias (“dejémonos de cosas vulgares, que el público no es ninguna criatura, ni ningún zonzo, ni ningún niño de escuela”), el “joven escritor” principia el diálogo con los temas sentenciosos del imaginario liberal y en seguida es replicado:

- Escriba Vd. en primer lugar: “el derecho es la vida”.
- ¿Quién dice eso?
- ¿Y qué importa quién? ¿Es o no cierto?
- No, camarada, eso es cuento. Si Vd. piensa no poner nombres bajo sus teoremas, vale más que no los publique: nadie les hará caso. ¿Quién cree en una verdad anónima, guacha, digámoslo así, sin estirpe, sin dinastía, en esta tierra de república?⁹⁰

La ironía de este artículo satírico de Alberdi muestra la distancia entre los sistemas de pensamiento y de formación de viejos y nuevos letrados, pero también entre diferentes modos de legitimación del discurso público. Al antiguo sistema de

⁸⁸ Similar, en ese sentido, a lo escrito por Larra en su famoso artículo “El mundo todo es máscaras”, donde “la hipocresía” social es la verdadera máscara del mundo y se impone a los bailes de disfraces y aun a las representaciones teatrales. Cfr. *Fíguro* (Pérez Vidal, 1997: 665-677).

⁸⁹ *El Corsario*, Montevideo, 1840, “Mascarada 2ª”, p. 22.

⁹⁰ *La Moda*, N° 23, 21 de abril de 1838, pág. 4, col. 1.

autorización de la prensa doctrinaria se impone la nueva publicidad cultural que, como vimos, pasa a tratar “seriamente” asuntos “ligeros”. La distancia implica también una puja por la legitimidad de los nuevos publicistas y, en ese sentido, antes que las propias ideas será la autoridad discursiva la que generará mayores controversias, como veremos en las discusiones de la prensa chilena.

Es en Montevideo donde esa disputa alcanza mayor desarrollo en el Río de la Plata, pues allí los exiliados argentinos tratarían de atraer a sus filas a los viejos unitarios desterrados desde la debacle iniciada en Buenos Aires con el fusilamiento de Dorrego. *El Iniciador*, fundado por el argentino Miguel Cané y el uruguayo Andrés Lamas, será el periódico encargado de extender esos ideales al otro lado del río. Además de sus colaboradores, *La Moda* y *El Iniciador* comparten un imaginario común, por lo que podría pensarse al último como continuación del proyecto reformista del primero, aunque menos atado a esa política de “coquetería” con que definiera Miguel Cané al semanario de Alberdi y Corvalán.⁹¹ La afinidad con las concepciones literarias del semanario alberdiano se comprueba no sólo por las colaboraciones de sus ex redactores, sino también por la inserción de artículos o bien ya publicados o que quedaron sin publicarse en Buenos Aires. De hecho, el diálogo que citamos arriba aparecerá reproducido en la cuarta entrega del periódico montevidiano.⁹²

⁹¹ El periódico montevidiano comenzó a publicarse el 15 de abril de 1838, seis días antes del último número de *La Moda*, con una frecuencia quincenal y con páginas a dos columnas. Entre sus colaboradores, además de Lamas y Cané (padre), cabe mencionar a Mitre, Frías, Echeverría, Irigoyen, Méndez, Viola, J. B. Cúneo (un italiano emigrado a la costa uruguaya por pertenecer a una logia mazzinista), y los autores que participaron del proyecto de *La Moda*: Alberdi, Juan María Gutiérrez, Carlos Tejedor y Rafael J. Corvalán, entre otros. A esos nombres Mariano de Vedia y Mitre (1941) suma los de Juan Cruz y Florencio Varela. Lo mismo hace Fernández y Medina en su historia sobre la prensa uruguaya (1900: 24-25). Ambos parecen seguir a Antonio Zinny, quien atribuye a Florencio Varela el ensayo sobre Florencio Balcarce (publicado bajo el título genérico de “Poesía” en el número 8), y a su hermano Juan Cruz el poema “De la muerte del poeta”, aparecido en el segundo número (Cfr. Zinny, 1883: 212). Salvo estas excepciones, los Varela no parecen haber tenido demasiado interés por participar de la publicación pues, como se ve en su correspondencia privada, estaban lejos de asumir sin reticencias ese ideario.

⁹² Entre los artículos aparecidos en *La Moda* de Buenos Aires que son reeditados en *El Iniciador* figuran los *Boletines Cómicos* titulados “Los escritores nuevos y los lectores viejos” y “El Bracete”, firmados por *Figarillo*. Entre los inéditos, se destaca el que apareció en el anteúltimo número del periódico montevidiano (N° 3 del segundo volumen), titulado “Cursos públicos. Enseñanza del Idioma”, que retoma la cuestión del lenguaje a través de una parodia (la figura

Como rasgo característico, entonces, que esa retórica asume al otro lado de la rivera, se presenta un impulso mayormente doctrinario junto al intento de aproximación (y asimilación) a ciertos sectores de unitarios reacios a las efusiones románticas de la joven generación (la presencia de los hermanos Varela es sintomática en ese sentido). Bajo ese esquema, que reproduce a escala local y circunstanciada la querrela entre antiguos y modernos, y apelando a la máscara de figuras lectoras, los jóvenes escritores expondrán las ideas con que pretenden competir en el espacio público dominado aún por valores de cuño ilustrado. Una prueba de ello aparece en el número 3 mediante un artículo que pone en escena un diálogo ficticio entre un (anónimo) lector y un colaborador del periódico. A medida que avanza, el artículo nos va presentando a ese lector anónimo con los rasgos característicos de un viejo unitario y, previsiblemente, el colaborador intenta iniciarlo en la corriente de las nuevas ideas que son, por supuesto, las que se publican en el periódico y la excusa para la “carta de lector”. Dice allí el “lector unitario”:

–Tributarse *Iniciadores*; muchachos que han aprendido apenas a balbucear algunas palabras de esa jerga misteriosa, que tanta bulla hace en Europa, y que hasta ahora no ha producido otra cosa que confusión en los ánimos y las más extravagantes ideas en el mundo; pretender echarla de maestros en nuestras barbas como si fuéramos ciegos [...]; y vuestros padres que os han conquistado una patria, que os han elevado al rango de las naciones civilizadas [...] os merecen tan poco precio para llegar hasta odiarlos para no contar con ellos siquiera? ¡Y como si ellos nada hubieran hecho, como si no hubieran existido siquiera, ahora os venís tributando *Iniciadores*! (*El Iniciador*, N° 3, Montevideo, 15 de mayo de 1838, pág. 11, col. 1)

A lo que el colaborador del periódico contesta:

de un “profesor castizo”) sobre qué lengua debe ser usada y de qué modo en “América la castellana” (*El Iniciador*, N° 3, Tomo II, Montevideo, 15 de noviembre de 1838, págs. 19 y 20).

–V. nos acusa de que despreciamos a nuestros padres. Nosotros no los despreciamos, ¡por Dios! [...] Pero a pesar del amor y admiración que les profesamos, no dejamos de conocer que si ellos mucho hicieron, no lo han hecho todo [...] Todo lo que pretendemos hacer es una continuación de lo que hicieron nuestros padres [...] La historia, ha dicho Mazzini, es un gran libro en el que cada siglo viene a completar su renglón (ídem, pág. 12, col. 1)

Iniciar la “marcha” de esa batalla –o escribir su “renglón”– es el lema que sustenta el ideario de los jóvenes redactores y que se exhibe en el acápite italiano que encabeza todos los números de la publicación: *“Bisogna ripossi in via”*. En el artículo citado, el diálogo continúa en el mismo tono; el (anónimo) lector unitario hace un repaso de su actuación material por la Patria y de sus “acumulados desengaños” y, al final, ante una invitación del joven redactor (“Únase V. a nosotros”, le dice), el viejo unitario responde: “Ah, sí, vuestras palabras han resucitado en mí toda mi antigua fuerza que se acunaba en mi pecho” (ídem, pág. 13, col. 1). Estas ficcionalizaciones, en que las palabras de la joven generación aparecen resucitando los viejos ideales, podrían haberles parecido poco más que jactanciosas a esos mismos sujetos que se buscaba convencer (basta pensar, por ejemplo, en Florencio Varela quien, a pesar de que por su edad pertenecía a la misma generación, compartía las ideas ilustradas de su hermano mayor o las de un José Joaquín de Mora). Lo que interesa destacar, en todo caso, es que transmiten representaciones que formaban parte del imaginario de la época. La preocupación sobre el mejor modo de capitalizar ese imaginario atraviesa esa zona del periódico en la que se pone en escena la distancia (y el intento de adecuación) generacional que separa a los viejos unitarios de los jóvenes románticos a ambas orillas del Plata.

Es notable, en este sentido, la emergencia de una conciencia histórica que prevé un horizonte de actuación futura para las nuevas generaciones. En un artículo, escrito por Alberdi⁹³ en el N° 5 del periódico, cuyo título es “La generación presente a la faz de la

⁹³ El artículo aparece firmado sólo con la inicial “F” que, en este caso, corresponde al seudónimo alberdiano “Figarillo”. La totalidad de los textos aparecen firmados de ese modo. La autoría de los artículos del periódico se deduce de las inscripciones manuscritas realizadas

generación pasada”, vuelve a escenificarse un diálogo entre jóvenes y un viejo patriota. Sólo que aquí, la ironía se yergue hacia las propias filas generacionales, representadas por “seis jóvenes elegantes, con más descoso que despejo” que le quieren jugar una mala pasada a un viejo que no encuentra sitio en “el café del Comercio”. Lo incitan a sentarse con ellos y comienzan una charla con el fin de burlarse. Para sorpresa de los jóvenes, el viejo –dice el cronista– “supo decirles claridades que merecen ser contadas”.⁹⁴

El texto interesa sobre todo porque da cuenta de esa conciencia particular que se anticipa en prever un terreno futuro de actuación e imagina un escenario en el que los jóvenes letrados prescriben la letra (jurídica, para el caso de Alberdi) de la nación futura: “nosotros sabemos bien que nuestras ideas son incompletas y pasadas, que, como en todo hay un progreso indefinido [...] ¿Pero han dado ustedes bastantes pruebas de que están al cabo de estos conocimientos?,” pregunta el “viejo patriota” a los jóvenes reformistas, y continúa:

¿A qué se reduce el saber decantado de ustedes, sino a un saber de plagios y copistas? [...] Hablan de Legislación, y no conocen ni las leyes del país: incapaces de todo saber de aplicación, en todo procedimiento positivo, de que Cicerón, esta cabeza inmensa, hacía su primer título de gloria. ¿Qué harían ustedes si el día menos pensado se viesan llamados a redactar un código para el país?⁹⁵

En primer lugar, se constata ya en esta época temprana la preocupación alberdiana por los saberes prácticos y legales, la letra jurídica en este caso. El interrogante último evidencia una demanda hacia el interior del circuito letrado de la joven generación: los saberes prácticos, legislativos e institucionales deben formar parte de la formación intelectual de la nueva generación. Hay, en el pasaje, un reclamo y un llamado de

por Miguel Cané sobre el ejemplar de *El Iniciador* perteneciente a la Biblioteca Nacional. De esas referencias, transcritas por Vedia y Mitre en la edición facsímil, extraigo los nombres de los colaboradores.

⁹⁴ *El Iniciador*, N° 5, Montevideo, 15 de junio de 1838, p. 7, col. 1.

⁹⁵ *El Iniciador*, ídem, pág. 8, col. 1.

atención a los propios redactores del periódico. En segundo lugar, la referencia temática hacia los códigos de legislación en una publicación en donde los saberes “literarios” rebasan toda reseña jurídica (el “hablan de Legislación”, en este sentido, no es representativo de los contenidos del periódico) pone en escena algunas de las contradicciones propias de la nueva generación e, incluso, parecería estar marcando un vacío o una carencia que las mismas páginas del periódico vendrían a subrayar.

Esas escenas ficcionalizadas que ponen en juego representaciones sobre la autoridad (generacional y discursiva) de las nuevas élites letradas, ofrecen no pocas contradicciones (como vimos en el texto de Alberdi) sobre las competencias lingüísticas y literarias legitimadoras del “espacio público” (es decir, de la publicidad política). Pero también afectan al propio discurso de la prensa cultural puesto que las tendencias literarias dependen de su autoridad para “ganar” el debate público. De ahí que las controversias de las nuevas élites letradas sobre sus programas literarios sean combatidas y forzosamente mediadas por la correspondencia privada, como un modo de unificar posiciones ante su visibilidad pública.⁹⁶

Vale la pena contrastar esas estrategias con lo que ocurre en la prensa chilena pocos años después, aunque suficientes como para que esa “nueva sensibilidad” cobrase notoriedad pública. Dada la particularidad del sistema cultural chileno, las querellas y discusiones por la prensa impregnaron abiertamente todos los aspectos implicados en esas competencias. Las polémicas entabladas con los escritores argentinos, que comenzaron a dominar la escena pública en esa misma década, favorecieron la confrontación de los modelos literarios y generaron una interpelación a los sistemas de autorización letrada, aunque tales fenómenos debieron medirse con la regulación institucional del Estado –especialmente mediante su sistema de enseñanza pública– y la Iglesia.

El periódico *El Mosaico*, por ejemplo, entabló una polémica con *El Progreso* a raíz de los “Estudios teatrales” que se publicaban en ese diario santiaguino. Sin embargo, la confrontación implicaba, por encima de las ideas o los juicios sobre el arte dramático

⁹⁶ Esto es lo que deja ver la correspondencia de Juan María Gutiérrez, el más mediador y conciliador de la joven generación rioplatense. Sobre este punto nos detendremos en el siguiente capítulo.

en disputa, los protocolos de enunciación desde los cuales se intervenía sobre un asunto artístico y, a la vez, público. En el “suplemento” publicado tras la suspensión de aquellos “estudios”, refiriéndose a su redactor, los escritores de *El Mosaico* sostenían: “cualquier quídam se cree con el derecho de dar al público sus patochadas, cualquier quídam piensa que ha venido al mundo con la misión de ilustrar a sus compatriotas, y se cree con los conocimientos necesarios, y escribe y publica sus necias ocurrencias.”⁹⁷

Por cierto, *El Mosaico*, dedicado a las “ciencias, literatura y bellas artes”, había incorporado entres sus objetivos “todo lo que puede ser agradable al bello sexo”,⁹⁸ indicando la presencia de temas “ligeros”, es decir, de aquellos temas que la nueva prensa cultural había puesto en circulación, demostrando mayor flexibilidad para captar los nuevos intereses de la demanda cultural. Pero la crítica que realizaban al redactor de los “estudios” ponía nuevamente en primer plano la cuestión de la autoridad discursiva:

Aquellos tiempos, añaden, en que cada cual, si quería alguna vez llamar la atención pública hacia él se despestañaba estudiando sobre los libros y meditaba los buenos modelos, para aprender buenas doctrinas y formarse un estilo propio con que expresarse y darse a entender; esos tiempos han cambiado mucho, esos eran los tiempos en que se creía supersticiosamente que no era dado sino a muy pocos el iniciarse en las profundidades de las ciencias y de las artes.⁹⁹

Como se ve, los redactores de *El Mosaico* dirigen su crítica al núcleo de autorización de los nuevos publicistas, encumbrando “aquellos tiempos” en los que la formación letrada se hacía mediante el estudio de los “buenos modelos”. No es casual que, tras esa mención, se aclare inmediatamente su finalidad práctica, “para aprender buenas doctrinas y formarse un estilo propio con que expresarse”, dada la resonancia que aún tenían esos términos, que recordaban la famosa polémica promovida por

⁹⁷ *El Mosaico*, N° 7, 26 de julio de 1846, “Suplemento”, pág. 1, col. 2.

⁹⁸ *El Mosaico*, N° 1, Prospecto”, pág. 1, col. 2. Se referían a “modas, poesías y novelas”.

⁹⁹ *El Mosaico*, N° 7, ídem, p. 1, col. 2.

Sarmiento con varios jóvenes letrados chilenos desde la columna de ese mismo periódico. Tampoco sorprende, en ese marco, que el autor de los “estudios” denigrado por los redactores de *El Mosaico* fuera un argentino.¹⁰⁰ Lo que tal vez resulte sorprendente es el hecho de que entre los redactores y colaboradores principales figuren jóvenes que apenas alcanzan los 25 años,¹⁰¹ y que si bien escriben desde un periódico que presta sus páginas a “todo lo que puede ser agradable al bello sexo”, no dejan de hacerlo desde la autoridad clásica de “las bellas letras”. Hay factores personales que inciden, sin duda, en esa circunstancia.¹⁰² Sin embargo, las expresiones del periodismo cultural chileno mantendrán una distancia notable con las empresas editoriales comandadas por los argentinos. Las “verdades guachas” deberán lidiar por mucho tiempo en el ríspido terreno de las creencias consagradas.

¹⁰⁰ De acuerdo con lo escrito por Vicente Pérez Rosales (uno de los redactores esporádicos de *El Mosaico*) en sus *Recuerdos del pasado*, el autor de esos “estudios” fue Carlos Tejedor (Cfr. Pérez Rosales, 1980: 236).

¹⁰¹ Los redactores de *El Mosaico* eran Vicente Pérez Rosales, José Luis Borgoño, Hermógenes Irisarri y Manuel Blanco Cuartín (Cfr. Briseño, 1965 [1862]: I, 225). Los dos primeros pertenecían a la generación inmediatamente posterior a la independencia, mientras los dos últimos eran jóvenes que recién se iniciaban en la prensa (Irisarri, nacido en 1819, había formado parte de la Sociedad Literaria; Blanco Cuartín, tres años más joven, empezó a hacer su carrera literaria por los mismos años de *El Mosaico*). Entre los jóvenes colaboradores figuraba Eusebio Lillo (1826-1910).

¹⁰² Entre ellos, habría que recordar que Hermógenes Irisarri era discípulo de Bello, y que Blanco Cuartín se educó en un ambiente familiar frecuentado asiduamente por el español José Joaquín de Mora.

3. Literatura periódica y crítica cultural

3. 1. Introducción

Los programas literarios de la generación del 37 comenzaron su desarrollo mediante la inserción pública de sus fundamentos y protocolos estéticos. El sentido de la *publicidad*, es decir, el hecho de que los tópicos y las ideas fueran convertidas en materia pública resulta fundamental, puesto que a la par de ofrecer un vínculo cierto con el espectro indiferenciado del público lector –y, por lo tanto, con la posibilidad de socializar esos programas– otorga nueva legitimidad a sus proyectos literarios y políticos.

Las diferencias y discrepancias estético-literarias entre los miembros de la mentada generación han sido en general consideradas como marginales. Sin embargo, es posible advertir en el entramado discursivo de la época –tanto público como privado– distintas inflexiones respecto de los programas que deberían definir el cauce de una literatura nacional. La producción poética de Echeverría ha sido hasta ahora un capítulo canónico de la crítica literaria relacionada con el tema. *La cautiva*, poema faro de la nueva generación, expresaría lo fundamental de esa presuposición: Echeverría fue el encargado de plasmar poéticamente el programa del romanticismo literario rioplatense. Esta lectura, que hasta hoy domina en el campo de la crítica, desatiende varios factores históricos decisivos. En primer lugar, el hecho de que el conato de nacionalización de Echeverría responde a un programa no sólo compartido sino discutido y orientado por los distintos miembros del famoso Salón Literario de Marcos Sastre. En segundo lugar, la recepción crítica de las publicaciones echeverrianas durante la década de 1830 en Buenos Aires no ha sido considerada desde la perspectiva de la mediación de la prensa periódica en su conjunto. El trabajo reciente de Félix Weinberg (2006), que recoge los textos de esa recepción, no le otorga, sin embargo, el carácter cardinal y formativo que la misma tuvo en su época. Es notable

en este sentido comprobar el valor de apéndice que el crítico echeverriano le otorga a los textos recogidos en su libro.

En este capítulo indagamos detalladamente el episodio de la recepción crítica coetánea a Echeverría, incorporando a la discusión otras publicaciones que contribuyeron en la orientación y definición de los programas literarios. Para tal fin, comenzamos explorando las publicaciones periódicas de la prensa cultural romántica en Buenos Aires y Montevideo (*La Moda*, *El Iniciador*, *El Talismán*, entre otras). La indagación en las páginas de la prensa nos permite dilucidar los vínculos entre literatura y política, por un lado, así como las contradicciones flagrantes respecto a las ideas románticas que se intentan socializar, por el otro. Las nociones utilitarias heredadas del modelo ilustrado de las letras siguen teniendo evidente peso en las especulaciones de la nueva generación de escritores. De allí que sea el costumbrismo la plataforma literaria fundamental en la orientación de una literatura nacional. En efecto, debido en parte a la coincidencia entre romanticismo y nación que propugna el género, el costumbrismo será la materia primordial con la cual los escritores rioplatenses crearán las bases de una tradición literaria.

En la segunda parte, entonces, examinamos las características del género costumbrista y su plasmación en el periódico *El Recopilador*, primer órgano publicitario representativo de los intereses letrados de la nueva generación. La particular imbricación entre letra e imagen —el periódico publicaba una litografía en cada número, del conocido grabador Bacle—, nos permitirá abordar las características retóricas del género y observar su funcionamiento en el *Facundo* de Sarmiento. Por último, dedicaremos un apartado a analizar el discurso de las gacetas populares y gauchescas de Luis Pérez en contraste con las intervenciones y concepciones de la cultura liberal romántica, a fin de esclarecer con mayor precisión las operaciones letradas en la constitución de una tradición criollo-nativista cuya importancia, no está de más agregar, se verificará casi un siglo más tarde en obras como *El Payador* de Lugones o la *Historia de la literatura argentina*, de Rojas.

3. 2. Literatura periódica antes que literatura

Mucho tiempo pasará, antes de que hayamos formado nuestra literatura; porque la mayor parte de los obstáculos que hay que superar son hábitos nacionales, cuyas profundas raíces no serán fácil [sic] arrancar en muchos años.

La imprenta es el único vehículo para comunicar las producciones del ingenio. Si su ejercicio es libre, si su perfección facilita la multiplicación de sus escritos, y no exige gastos considerables, indudablemente ganará la causa de la literatura.

Juan Cruz Varela, 1828.¹

Casi una década antes de aquellas legendarias reuniones en el Salón de Marcos Sastre, Juan Cruz Varela publicaba un extenso ensayo dedicado a indagar las causas de la escasa producción literaria en el Río de la Plata. Entre ellas, la principal para el ex publicista rivadaviano era la degradación del idioma. Y la solución, por supuesto, era el pulimento de su uso a través de “modelos perfectos”. Con más precisión: los modelos castizos de la lengua española. Si los avatares políticos habían generado por necesidad el descuido de la lengua, Varela veía con preocupación extenderse esa contingencia más allá de lo conveniente y alertaba, en consecuencia, sobre la necesidad de volver al estudio de las fuentes.

¿Cómo es posible delinear grandes cuadros, hacer bellas descripciones, producir imágenes sublimes, si se ignora el idioma que ha de servir de intérprete a todas estas ideas? Es imposible escribir bien, si no se sabe antes pensar bien: pero también es difícil pensar bien si no se sabe escribir correctamente [...] Es indispensable, pues, para que formemos una literatura nacional, empezar por conocer el idioma en que hablamos.²

Nada más distante de las iconoclastas propuestas lingüísticas de los admiradores de Hugo y Cousin que este diagnóstico purista e ilustrado sobre el uso de lengua. Sin embargo, medular en el planteo de varias cuestiones que veremos aparecer en las

¹ En *El Tiempo*, números N° 36 y 44, del 14 y 25 de junio, respectivamente.

² *El Tiempo*, N° 36, 14 de junio de 1828, pág. 1, col. 3.

décadas siguientes (entre ellas, la relación entre idioma y mercado, y entre prensa y literatura), este ensayo también anticipa dos ejes que cruzarán los programas de las generaciones siguientes. El primer eje es el de la formación de una literatura nacional; el segundo, ligado al anterior, es el de la formación de un lectorado para esa literatura. Contradictoriamente, el impedimento mayor que señalaba Varela para la formación de una literatura de ese tipo eran los “hábitos nacionales”, es decir aquellas costumbres perniciosas arraigadas en la sociedad y que, según el autor, la revolución no había hecho más que extender. Entre ellas, a su modo de ver, tenía mayor relevancia la incorporación de galicismos y giros idiomáticos que atentaban contra el buen uso de la palabra pública.³ Según la explicación de Varela, el distanciamiento con la madre patria que produjo la independencia, así como el hecho de que los principios políticos de la emancipación se debieran buscar en otras fuentes, contribuyeron en buena medida al ingreso de modismos extranjeros en la lengua:

¿Dónde, pues, buscaríamos los americanos los maestros que necesitábamos? Indispensablemente en el vastísimo almacén de la Francia. Sus escritos han sido los primeros libros que hemos tomado en la mano, y en los que siempre hemos estudiado. Nadie puede desconocer esta verdad práctica. Véanse todas las bibliotecas particulares de Buenos Aires, y se hallará un prodigioso excedente de libros franceses sobre los españoles: véanse los libros que sirven de texto en nuestra universidad, y se reconocerá que casi todos son franceses.⁴

³ Varela da por supuesto un interlocutor culto, por lo tanto los hábitos “dañinos” que menciona refieren al mal uso y manejo del idioma por un sector determinado de la sociedad. Sin embargo, es fácil comprobar que Varela tiene en mente un modelo jerárquico de pedagogía ilustrada y que, por lo tanto, supone permanentemente un sujeto educando más amplio, el “pueblo”, que deberá absorber por medio del ejemplo la norma lingüística. Luego de discurrir sobre los “vicios” y errores cometidos en tertulias, conversaciones, foros o tribuna, dice: “Para desarraigar estos hábitos perniciosos, es preciso dedicarse con alguna contracción al estudio del idioma: *fijar mucho la atención en la conversación de las personas que lo hablan bien*, y familiarizarse con los buenos escritos españoles. La literatura, aunque pobre, no carece de modelos perfectos; pero es menester saberlos escoger.” (*El Tiempo*, N° 36, 14 de junio de 1828, pág. 3, col. 1 [el subrayado es mío]).

⁴ *El Tiempo*, N° 36, 14 de junio de 1828, pág. 2, col. 3.

Curiosamente, este argumento que sirve a la explicación del ideólogo rivadaviano más ilustrado y neoclasicista sobre el uso impropio de la lengua que hacen los letrados hispanoamericanos servirá también, más de una década después, al fervoroso Sarmiento en la polémica contra las propuestas normativas de Bello y sus seguidores en Chile. Para entonces, Sarmiento sería terminante: “tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma”. Y apelando a esa “verdad práctica” reconocida diez años antes por Varela, afirmaría que también en Chile “todos los libros de que se hace uso para la enseñanza elemental son de origen extranjero”.⁵

El problema, como se puede intuir, cubre varios aspectos, y sobre él volveremos más adelante. Por ahora, enfocaremos su relación con el espacio público y, más precisamente, la formación en la prensa periódica de un discurso crítico (o reflexivo) sobre los modelos literarios y sobre los alcances de ese discurso en las primeras producciones de la nueva élite letrada.

Al recordar las publicaciones sobre “materias científicas, artísticas y literarias” de la ya caduca Sociedad literaria, Varela indicaba las virtudes de la prensa en la construcción del espacio público ilustrado:

La literatura periódica contribuye del modo más activo a formar el gusto en estas materias: insensiblemente nos acostumbramos a leer cada mañana uno o dos pliegos de papel; y esta costumbre llega muy pronto a ser una necesidad, que es preciso satisfacer. Así se va adquiriendo poco a poco la afición a la lectura, y la curiosidad de profundizar las materias tratadas ligeramente en los periódicos. Como todos los leen a la vez, nada es más natural que el hablar sobre lo que se ha leído, luego que algunos hombres se reúnen: la discusión empieza; su interés ocupa progresivamente; nacen

⁵ *El Mercurio*, 19 de mayo de 1842 (en: Sarmiento, 1909: I, 222-223). La polémica con Bello, como se sabe, surgió a raíz de la publicación de los “Ejercicios populares de lengua castellana” de Pedro Fernández Garfias en Santiago y la reseña favorable que le dedicó Sarmiento en las páginas de *El Mercurio*, donde el sanjuanino dejó deslizar sus dardos contra los “gramáticos”, a quienes catalogó “como el senado conservador”. Tales comentarios recibirían respuesta del propio Bello y allí aprovecharía Sarmiento para hacer de la lengua una polémica de neto alcance político.

dudas; es menester consultar autores capaces de decidir la cuestión; y de todo esto resulta la ilustración de la materia.⁶

Es notable la coincidencia, nuevamente, con la visión sarmientina acerca del valor de la prensa como instrumento de expansión de *literacy*. Notable, también, la optimista descripción que realiza Varela de la formación de aquello que Habermas llamó “esfera pública”. Pero es precisamente su visión ilustrada del espacio público la que lo distancia de una reflexión más práctica sobre la socialización de la lectura, como la que empezarían a elaborar los escritores subsiguientes y, entre ellos, el mismo Sarmiento.

En efecto, pese a la aguda observación de Varela sobre el sistema de producción literaria en países donde el mercado editorial pendía casi por completo de las prensas periódicas (si se perfecciona ese sistema, especulaba, “ganará la causa de la literatura”),⁷ no deja de ser contradictoria su propuesta si se piensa que, entre otras cosas, el espectro lector que imaginaba era decididamente reducido.⁸ Claramente, el modelo de esa especulación es el ilustrado de la retórica clásica, a cuyo núcleo prescriptivo sobre el uso correcto de la lengua suscribían figuras importantes de la época, como los propios hermanos Varela, José Joaquín de Mora o Andrés Bello. Este último, en su discurso inaugural en la Universidad chilena, adjudicaría a la Facultad de Filosofía y Humanidades la tarea de “pulir las costumbres” y afinar “el lenguaje, haciéndolo vehículo fiel, hermoso, diáfano, de las ideas”. Rechazando el “purismo exagerado”, el venezolano sostenía sin embargo que se podía “ensanchar el lenguaje

⁶ *El Tiempo*, N° 44, 25 de junio de 1828, pág. 3, cols. 2 y 3.

⁷ Las consideraciones económicas, que ya aparecen en la cita a través de los “gastos considerables”, son una muestra de lo avanzado del pensamiento de Varela en relación con el incipiente mercado literario (por entonces más imaginado o deseado que real); a esto se suma la idea, que cobrará nuevo vigor en Andrés Bello, de que el idioma común puede facilitar el intercambio en la producción de los países hispanoamericanos. Varela muestra un grado de conciencia inusual respecto a la necesidad de que para que exista una literatura nacional debía existir primero un mercado para esa literatura.

⁸ A esta cuestión, que hemos tratado en el capítulo anterior, debería agregarse el hecho de que, para Varela, los “hábitos perniciosos” referían a sujetos letrados, es decir sujetos con competencias lingüísticas que les permitían el acceso a la lectura y la escritura.

[pero] sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones”.⁹ La idea de la literatura como instrumento de refinamiento de las costumbres supone, por cierto, un sujeto instruido, con alguna educación formal que le permita adquirir las peculiaridades del idioma. “La Retórica sirve para pulimentar”, decía uno de los tratados más frecuentados por la élite, agregando en seguida: “y se sabe, que solo admiten pulimento cuerpos sólidos y macizos” (Blair, 1798, I: 5).

El problema de las nuevas repúblicas consistía en que esa “solidez” sólo era verificable hacia el interior de la propia clase dirigente. Contribuir a su expansión sería una de las tareas de los sistemas de educación formal pergeñados por el gobierno. Pero si en esa tarea podían coincidir figuras como Sarmiento y Varela, o Bello y Jotabeche, lo cierto es que las nuevas generaciones de escritores apelarían a la prensa reconvirtiendo, no sin contradicciones, la estrecha mirada del autor de *Dido* sobre el carácter de esa literatura. En un artículo que apareció en *El Semanario de Santiago*, bajo el sintomático título de “Civilización en las provincias”, el anónimo redactor (posiblemente Lastarria) indicaba un considerable cambio de perspectiva:

Para que la lectura ejerza su influencia civilizadora es necesario habilitar para leer, estimular a leer y proporcionar qué leer. Lo 1° es la base, la condición *sine qua non*. Las escuelas están destinadas a llenarlas [...] Pero esto no basta; es necesario que inspiremos deseos de leer ¿Qué sacaríamos con que todos los chilenos supiesen leer sino leyeran? Nada, absolutamente nada. *Es preciso pues excitar el gusto a la lectura con escritos apropiados a las circunstancias de los lectores y donde se encuentre algo de lo que de antemano apetezcan.*¹⁰

⁹ Citado en Durán Cerda (1957, I: 78-79).

¹⁰ *El Semanario de Santiago*, N° 13, 29 de septiembre de 1842, pág. 101, col. 1. [El subrayado es mío]. La autoría de este artículo hasta hoy permanece en el anonimato. Ni los registros de Fuenzalida Grandón (1911, II: 314), ni los supervisados y reunidos casi ochenta años después por Alamiro de Ávila Martel (1988: 28-32) mencionan este texto entre los escritos de Lastarria. Tampoco lo hace Bernardo Subercaseaux (1981). Sin embargo, tanto por el estilo como por el contenido podría ser adjudicado a su pluma. Recordemos que, como indicamos en una nota previa sobre la Sociedad Literaria, Lastarria expresaba en una de sus reuniones “la necesidad que tenía el pueblo de un libro, que por su asunto, estilo y método fuese adaptable a las circunstancias presentes del pueblo”. En un pasaje del artículo citado, leemos: “Publíquense pues libros o escritos que instruyan agradando, que contengan preceptos o consejos útiles,

Es por demás significativo el pasaje entre “habilitar” a leer (deber del gobierno) y “estimular” y “proporcionar” el interés por la lectura, tarea que el escrito destina a la prensa periódica (“incomparablemente más ventajosos que los libros son los periódicos para civilizar a un pueblo”, dirá). Pero lo que sin duda se acentúa en ese cambio es la nueva conciencia letrada acerca de los modos en que debe encaminarse la literatura periódica: ya no es el espacio imaginado por Varela, en el que los redactores esparcirían sus reflexiones con el didactismo de una clase universitaria o con la confianza de imponer su magisterio, sino uno en el cual el redactor o periodista intente captar aquellos temas o asuntos que los lectores “de antemano apetezcan”. El fragmento citado muestra, con una pericia y una plasticidad tal vez impensadas, el nuevo posicionamiento del escritor frente al público, al que ya no puede “ilustrarse” si no es con publicaciones que recojan *apropiadamente* sus intereses.

Ese cambio debía producirse, entonces, no sólo mediante nuevas percepciones literarias y estéticas (no sólo mediante una “nueva sensibilidad” de la élite letrada), sino también atendiendo a, y mediando con, las nuevas demandas de un público en formación. Para ello, el discurso literario y la crítica cultural deberían *convertirse en materia pública*. Y ese sería el eje central de varias controversias, pues manifestaría también el rigor de las competencias tanto en el plano ideológico como en el lingüístico-literario. En uno de los cruces epistolarios más ríspidos entre Juan María Gutiérrez y Florencio Varela –vinculado con los discursos del Salón de Buenos Aires–, el primero responde y se queja: “También está mal con que se imprima: no señor, se deben *gustar* las luces en la conversación, en la tertulia de malilla, en el café; pero para el pueblo nada”. Bajo la clásica idea de expandir las luces, Gutiérrez está también abordando el tema de esas competencias al vituperar el modelo de “gustar” las letras por parte de un sector, el más tradicional, de la élite.¹¹

que se ocupen de asuntos que toquen de cerca a aquellos a quienes se destinen o al pueblo en que han nacido y se leerán y difundirán las luces en la masa de ciudadanos” (ídem, col. 2).

¹¹ Carta de Gutiérrez a F. Varela, 22 de septiembre de 1837. Gutiérrez terminaba diciendo: “Mucho quería decirle a usted sobre este asunto y sobre algunas ideas de su carta y dos o tres cargos que me hace más o menos fundados; pero estoy tan disgustado sin saber por qué, que doblo la hoja para cuando nos encontremos y podamos conversar cuatro o cinco días sin

Por otra parte, el ilusorio proyecto de Varela (que una literatura nacional se estableciera contra los “hábitos [lingüísticos] nacionales”) no perderá vigencia en los sectores conservadores de la élite letrada y reaparecerá, aunque teñido de nuevos intereses y con otros objetivos, en los programas de las “jóvenes generaciones”. Arrancar las raíces de costumbres consideradas arcaizantes se convertirá a partir de entonces, como vimos en sus intervenciones sobre el público lector, en la principal figura retórica de la prédica reformista y liberal, para lo cual la literatura periódica se presenta como el más adecuado de los instrumentos. En ese contexto, la cuestión de la lengua conforma uno de los asuntos más contradictorios y problemáticos aun dentro de las propias filas de la cultura liberal. Y aunque los protocolos difirieran sustancialmente de los mentados por Varela, la nueva generación mantiene sin embargo una actitud típicamente ilustrada frente a los límites de lo que debe o puede considerarse cultura literaria. Esos límites comenzarán también a definirse frente al avasallante ingreso de folletines y modelos estéticos extranjeros que, para mediados de siglo, saturarán el mercado editorial de la región.

En esa coyuntura, la literatura periódica de la nueva generación propenderá a un doble movimiento. Como discurso “crítico”, busca definir aquellos *objetos* a los que deberá abocarse la producción literaria para llegar a conformar aquel “repertorio” según Varela inexistente en 1828.¹² Por otro lado, absorbiendo la ilustrada voluntad pedagógica, el periodismo se propondrá reencauzar los hábitos culturales que retrasan la formación de un público letrado liberal. Ambos aspectos confluyen en una *operación* que puede definirse como una serie de intervenciones sobre la cultura vigente destinadas a codificar la credibilidad del *sujeto ciudadano*. En esa operación, constituir

respirar ni escupir” (Morales, 1942: 22-23). Hay que tener en cuenta, además, lo que Varela dice en una carta posterior refiriéndose, precisamente, a una de las empresas editoriales de la joven generación, *El Iniciador*: “no apruebo la doctrina de que todos deben escribir, porque una sola verdad entre mil errores es un triunfo [...] Quisiera en algunos, menos deseos de aparecer enseñando y más de aprender, en otros, menos adornos y más fondo; en muchos más tolerancia, menos adhesión a las ideas propias y en algunos que perdiesen menos tiempo en combatir errores que ya no tienen partidario alguno y empleasen más en propagar verdades útiles”. Carta de Varela a Gutiérrez del 26 de junio de 1838 (Gutiérrez, *Archivo*, Tomo I, 1979: 210).

¹² Aun la *Lira Argentina*, publicada en París en 1824, le parecía a Varela “una mezcla confusa de lo bueno, de lo malo, y de lo detestable que tenemos en poesía” (*El Tiempo*, N° 36, 14 de junio de 1828, pág. 2, col. 1).

una literatura nacional es el modo simbólicamente más efectivo de nacionalizar la tradición de la cultura heredada.¹³

3. 3. Los programas de la crítica en la prensa rioplatense

3.3.1. *Ni somos ni queremos ser románticos*

Es indudable que el contexto donde las ideas y expectativas de la joven generación rioplatense comenzaron a tener visibilidad pública resultó, por varias circunstancias, muy poco favorable. Aquella de mayor trascendencia fue, sin dudas, el bloqueo francés del puerto de Buenos Aires declarado a fines de marzo de 1838 por el contraalmirante Leblanc, declaración que tenía como trasfondo la connivencia con las filas unitarias expatriadas en Montevideo y la anuencia del insurgente general oriental, Fructuoso Rivera. ¿Cómo conciliar, en ese clima, los intereses literarios que la “entrada torrencial de libros y autores” había años atrás estimulado con las intenciones de legitimar la prédica pública desde la prensa, si esos autores y libros provenían mayoritariamente de la literatura francesa?¹⁴ ¿De qué modo propagar las doctrinas de Leroux, Fortoul, Saint-Simon, Hugo, ante un público inclinado a los modelos clásicos, o mal predispuesto a causa de las tensiones y privaciones políticas desencadenadas por

¹³ La idea de “operación” sigue de cerca lo practicado por Bello en el *Código civil* chileno. Siguiendo a Bentham, el venezolano se propuso una serie de manipulaciones particulares sobre el código vigente a fin de codificarlo. Esas operaciones codificadoras cubrían varios aspectos, como la formulación lógica y sistémica de las normas heredadas (el *Corpus Iuris Civilis* de Justiniano), pero también su formulación literaria. Sobre los aspectos de la codificación existe un pormenorizado trabajo de Alejandro Guzmán Brito (1982, 2 tomos; sobre las operaciones realizadas por Bello, ver especialmente el tomo I: 432). La noción de código social, por otra parte, ha sido teorizada por Michel de Certeau. El código establece las redes de intercambio social basado en discursos normativos que deben tener un estatuto de *relato*, es decir, articularse sobre lo real y situarse en un contexto histórico. De allí que la credibilidad cobre un carácter performativo: “Hacer creer es hacer hacer” (De Certeau, 2007 [1990]: 161).

¹⁴ En su *Autobiografía*, Vicente Fidel López recuerda así esa “invasión” francesa: “las obras de Cousin, Villemain, Quinet, Michelet, Jules Janin, Merimée, Nisard, etc., andaban en nuestras manos produciendo una novelaría fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores, románticos, clásicos, eclécticos, San Simonianos. Nos arrebatábamos las obras de Víctor Hugo, de Sainte Beuve, las tragedias de Casimir Delavigne, los dramas de Dumas y de Victor Ducange, Geoges Sand, etc.” (López, 1929: 39).

las luchas facciosas? ¿Cómo combatir la tradición y las costumbres españolas en una sociedad notoriamente impregnada por el legado cultural de la península?

Esas y otras preguntas seguramente acompañaron las reflexiones de los jóvenes letrados que aspiraban a establecer los principios de una literatura y una cultura modernas. Sin embargo, la discrepancia entre esas ideas y las que dominaban entre el público de Buenos Aires no podía ser más evidente. Por los mismos días en que se discutían en la legislatura porteña los términos del intercambio diplomático entre Rosas y Leblanc, algunos de esos jóvenes volvían a insistir desde Montevideo –y lo seguirían haciendo– contra la herencia española en el estilo ya utilizado meses antes por *La Moda*:

La España, egoísta en su política, en sus costumbres, en su literatura, tiene que combatir esos viejos gustos que la agobian, para que el espíritu nuevo, progresivo, pueda sacarla del fango en que está sumida. Nosotros que de 28 años acá hemos tenido una vida instintivamente republicana, no necesitamos sino, oponer una fuerte y vigorosa resistencia, para que el influjo retrógrado de la realidad, del egoísmo, no invada nuestros sentimientos, no limite nuestro espíritu, destruya las altas tendencias que empiezan a nacer hacia el progreso, hacia la concepción de otras verdades que no se derivan de sólo el espectáculo material de las cosas.¹⁵

La coincidencia entre el bloqueo francés y esa diatriba contra la política española, a la que se denigra por frenar “las altas tendencias” “que no se derivan de sólo el espectáculo material de las cosas”, resulta una muestra ejemplar de las concepciones y realidades implicadas en los programas rupturistas de la literatura moderna. Pocos días antes, en una de las agitadas sesiones legislativas que trataban el tema del bloqueo, Nicolás Anchorena –uno de los pilares del régimen– se había expresado en los siguientes términos:

¹⁵ *El Iniciador*, N° 1, Montevideo, 15 de abril de 1838, pág. 16, col. 1.

La causa que actualmente sostenemos es la de toda la Confederación, es la de todas las repúblicas americanas, porque en ella nos proponemos repeler una nueva colonización que se trata de hacer en los Estados americanos [...] Los españoles eran nuestros padres, nos transmitieron su idioma, su religión, sus costumbres, y aun conservamos sus mismas leyes. Pero después que hemos conquistado la libertad e independencia a costa de todo género de sacrificios, se pretende que renunciemos a los derechos que habíamos adquirido por la misma independencia que han reconocido las naciones europeas.¹⁶

El padrinazgo español mencionado por Anchorena tiene como objetivo resaltar la ilegitimidad aún mayor que supone la imposición de un país que, como Francia, no tiene ningún lazo –ni siquiera el de la herencia cultural– con las repúblicas independizadas. Pero antes que eso –que, en definitiva, es parte de la retórica política de la época–, conviene resaltar el hecho de que esa idea de herencia cultural formaba parte del imaginario de entonces y que la distancia con la “madre patria” era más un problema que una disposición internalizada. Se podía constatar, por ejemplo, en la difusión de los modelos literarios de los clásicos españoles en la prensa periódica¹⁷; en la preocupación de Florencia Varela por el cuidado del idioma y su inclinación por esos mismos modelos; en fin, en las discusiones públicas y privadas entre miembros de la misma generación, cuyo mejor ejemplo puede representarlo la publicación en 1835 del *Voto de América* de Rivera Indarte, que generó una respuesta por parte de Alberdi mediante un folleto editado ese mismo año por la Imprenta Argentina.

El breve resumen de la situación cultural y política de Buenos Aires a fines del 30 tiene por objeto recordar las contrariedades con las que debieron lidiar los jóvenes reunidos en el Salón del 37, una vez que decidieron dar visibilidad a sus programas culturales, es decir, convertir sus especulaciones y lecturas en *materia pública*. Si bien

¹⁶ Diario de Sesiones de la H. J. de Representantes de la Provincia de Buenos Aires, XXIV, sesión 604, pp. 6-8. Citado por Saldías (1975 [1884]: II, 101).

¹⁷ *El Lucero*, por ejemplo, publicó una serie de escritos dedicados a Calderón. Más importante, sin embargo, es el ensayo que, bajo el título “Filosofía. Elocuencia”, el mismo periódico extrajo de *El Mercurio* chileno, aparecido en sus números 869, 870 y 871 (septiembre de 1832). Ese ensayo es el que publicó José Joaquín de Mora en 1828 en el citado periódico chileno, y del que Juan Cruz Varela tomaría no pocas ideas.

El Recopilador es el primer periódico que organiza un espacio de reflexión en ese sentido, será un año después, con *La Moda*, que esas reflexiones comenzarán a medirse con los lectores de la ciudad bonaerense. A fines de 1837, las ideas de españolismo y romanticismo ocuparon buena parte de las discusiones públicas de la nueva generación. En su número 6, *La Moda* publicaba un artículo sobre Friedrich Schlegel, extraído de un ejemplar de 1825 de la revista británica *Westminster Review*, en el que se criticaba la visión del alemán sobre la literatura española y su fascinación por la Edad Media.

El artículo de *La Moda* comenzaba cuestionando el sentido de la crítica hacia el “españolismo”, y subrayando la confusión de partes: “Se ha creído de ver atribuir las tendencias antipáticas de la juventud contra la literatura española manifestadas de algún tiempo a esta parte, a una buena preocupación de patriotismo emanada de la cuestión pasada.”¹⁸ Lo que sugiere el redactor es que existe la errónea interpretación de que las críticas se fundan por efecto de la independencia política. Pero, dicen los redactores, “se va a demostrar en estas líneas que la preocupación está, por el contrario, de parte de los que tienen por nuevas y acreditadas vistas de que en el día no son sino viejas tanto en Francia, que las ha propagado como en Alemania, que las ha concebido (ídem)”. Esa demostración es la transcripción del artículo mencionado sobre Schlegel. Allí se dice que el escritor alemán “todo lo inspecciona con un sistema personal cuyas dos grandes síntesis son el cetro y la tiara” (ídem, pág. 1, col. 2).

Según este razonamiento, “la España” es criticada por su atraso cultural, identificado aquí con el ímpetu místico que el escritor alemán supo hallar en la península, y que Francia, en época monárquica, adoptó sin escrúpulos. Pero la joven Francia, al igual que la joven Italia, supo reponerse inmediatamente de ese traspié, mientras en España (y en el Río de la Plata) aún domina un espíritu retrógrado. Tras el argumento que justifica la crítica a la literatura española yace, de fondo, la cuestión del romanticismo y el afán de desligar la toponimia romántica de cualquier viso de “fantasía”, “misticismo” o “locura”, nombres con los que se vilipendiaba el ideario

¹⁸ *La Moda*, N° 6, 23 de diciembre de 1837, pág. 1, col. 1.

uropeísta de la nueva generación y que habían sido materia de polémica en la misma España.¹⁹ En esta línea, afirmarán entonces los redactores:

Ni somos ni queremos ser *románticos*, ni es gloria para Schlegel ni para nadie el ser *romántico*. Pues el romanticismo, de origen feudal, de instinto antisocial, de sentido absurdo, lunático, misántropo, excéntrico, acogido entre las mentes por los hombres del ministerio, rechazados por los de la oposición, ha aparecido en Alemania en una época triste, en Francia en una época peor, pues ningún título es acreedor a las simpatías de los que quieren un arte verdadero y no pervertido, un arte que prefiere el fondo a la forma, que es racional sin ser clásico, libre sin ser romántico, filosófico, moralista, progresivo, que expresa el sentimiento público y no el capricho individual, que habla de la patria, de la humanidad, de la igualdad, del progreso, de la libertad, de las glorias, de las historias, de las pasiones, de los deseos, de las esperanzas nacionales, y no de la pérdida, de la lágrima, del Ángel, de la luna, de la tumba, del puñal, del veneno, del crimen, de la muerte, del infierno, del demonio, de las brujas, del duende, de la lechuza, ni de toda esa cáfila de zarandajas cuyo ridículo vocabulario constituye la estética romántica.²⁰

¹⁹ La polémica en España también estuvo centrada en la figura de los hermanos Schlegel. Fue a raíz de las traducciones y publicaciones del alemán Johann Nikolaus Böhl von Faber (naturalizado español) de las conferencias de Viena de August Wilhelm, en 1808-1809, y de Friedrich en 1812, en la prensa gaditana entre 1814 y 1817. Böhl presentaba a sus lectores una visión de la literatura romántica centrada en el nacionalismo y en la religión, que glorificaba la España medieval y promovía el retorno a formas y tradiciones característicamente españolas. En una perspectiva diametralmente opuesta, José Joaquín de Mora insistía desde las páginas del periódico *Crónica Científica y Literaria* en que el Siglo de las Luces representaba el pináculo de los logros humanos. Cabe resaltar que la polémica entre Böhl y Mora estuvo desde el inicio atravesada por factores políticos. Similar a los cruces entre lo político y lo literario que se darían en el Río de la Plata, primero, y en Chile, después, el problema central de esas tempranas discusiones era el peligroso parangón entre romanticismo y monarquismo, que un liberal como Mora no podía tolerar. Luego de la caída del régimen absolutista en 1820, Mora llegaba a escribir en España lo siguiente. “El liberalismo es en la escala de las opiniones políticas lo que el gusto clásico es en la de las literarias”. Sólo en el contexto político español podía escribirse una frase como ésa, reverso del apotegma que estamparía casi una década después Victor Hugo en el *Cromwell*. Las citas y la revisión de esa polémica las tomo de Flitter (1995: 8-28).

²⁰ *La Moda*, N° 8, 6 de enero de 1838, pág. 3, col. 2 y pág. 4, col. 1.

Varias cuestiones se exponen en el fragmento citado. En primer lugar, el sentido “absurdo”, “excéntrico” y “misántropo” de las ideas que se adjudican al romanticismo, claramente identificadas con el medievalismo del pasaje anterior. Así, y aunque resulte paradójico, parecería ser *romántico* el apego por la cultura española que todavía mantienen ciertos sectores sociales en Buenos Aires. La toponimia romántica es desarticulada de tal modo que las ideas en auge por ese entonces en Francia deben traducirse y, en ese pasaje, explicarse, en términos de “claridad” y de lo “verdadero”. Un arte que es “racional sin ser clásico, libre sin ser romántico”, en realidad, estaría dando cuenta de una evolución en las ideas propiamente románticas de los pensadores franceses, en la cual habría que destacar su vínculo no declarado con ciertas tendencias de la época de la *Encyclopédie*. En efecto, la idea, central en el pensamiento romántico, de la misión del escritor como encargado de descifrar y hacer conocer “el código moral de las naciones” (que tiene su máxima expresión en la figuración del poeta como inspirado divino que va a “obligar a Dios a mostrarse”, provista por Hugo en *Les Mages*) era terreno ya abonado por pensadores como Volney o Diderot (Picard, 1947: 64).

En segundo lugar, aparece de modo claro la tendencia social y política en la concepción de una literatura “no individual” que pueda expresar “el sentimiento público”. En este sentido, igualdad, patria y progreso se oponen al sentido egocéntrico del individualismo romántico y retoma, implícitamente, valores claramente ilustrados: la literatura como creadora o propagadora de civilización. Por último, es notable que en la enumeración negativa del arte “pervertido” del romanticismo místico o “lunático”, que se contrapone a esa función civilizadora apreciada y predicada por los redactores, aparezcan términos muy cercanos a los semas de algunas de las piezas que se pueden hallar en *Los consuelos* de Esteban Echeverría, y aun en las *Rimas*: “la pérdida”, “la lágrima”, “el Ángel”, “la tumba”, “el veneno”, “la muerte”, “el infierno”.

Es considerable el esfuerzo de los redactores del semanario por autorizar las nuevas ideas mediante rebuscadas elipsis o paráfrasis que pudiesen dar cuenta de la evolución intelectual europea que aun para ellos debía ser, por entonces, más bien compleja. Las distinciones entre el romanticismo alemán y el francés e inglés, por un

lado, y las propias disensiones o reformulaciones en el campo de las ideas de aquellas metrópolis que –no sin reducciones a veces esquemáticas– deben traducirse hacia el frente opositor de la federalizada Buenos Aires, por el otro, terminan por inducir a los redactores a negar, rotundamente, su afiliación al romanticismo.²¹ En este sentido, la apelación a *Figarillo* funciona en el periódico como catalizadora de una tendencia que en Francia cobraba mayor relieve a partir de la década de 1820. La trillada idea de que la literatura debía expresar la sociedad, cuya temprana formulación data de principios de siglo,²² dio paso a una concepción en la que la literatura aparecía, además, como el instrumento más adecuado para efectuar su transformación, concepción que Larra desarrolló desde la sátira y la crítica de costumbres en la España absolutista y restauradora del monarca Fernando. Esa concepción, propia del romanticismo social francés, es la que los miembros del Salón pudieron encontrar en *Le Globe*, *Revue des Deux-Mondes*, *Revue Encyclopédique* o *Le Mercure*, algunos de los periódicos literarios extranjeros más frecuentados por la élite.²³

Es en Montevideo donde las ideas del romanticismo literario serán asumidas frontalmente, y donde sus concepciones literarias alcanzarán un mayor desarrollo. Sobre esto último nos detendremos en seguida; antes quisiéramos introducir brevemente las instancias de una polémica sobre Romanticismo que servirán para contrastar los debates sobre este asunto que se dieron poco tiempo después en la prensa chilena.

El periódico *El Correo*, redactado por Luis Domínguez y Bernabé Guerrero Torres, había transcripto entre sus páginas el artículo satírico “El romanticismo y los románticos”, de Mesonero Romanos, sin tomar distancia del juicio mordaz del español

²¹ Conviene recordar, en ese marco, las burlas de Pedro de Angelis sobre el *Dogma* de la nueva generación, al que acusaba de una “mezcolanza contradictoria” de “delirantes inspiradores”: Fournier, Saint-Simon, etc. (Cfr. Arrieta, 1958: II, 83).

²² Como sostiene Wellek, la tradición dieciochesca heredada por la cultura francesa se resumía en una frase temprana de De Bonald, después citada hasta el hartazgo: “La littérature est l’expression de la société”, escrita originalmente en el *Mercure de France*, en 1802. Cfr. Wellek, 1972: III, 359.

²³ Esto escribían, en la década del 20, en *Le Mercure du XIX siècle*: “Si la literatura es la expresión de la sociedad, no debe limitarse a pintarla tal como es y a copiar sus costumbres, sus caprichos y sus vicios, solamente para perpetuar su recuerdo; tiene además que tratar de expresar sus necesidades para adelantar el momento en que se conviertan en realidad sus esperanzas”. Citado por Picard, 1947: 44.

respecto a los desatinos de esa escuela. *El Corsario*, redactado entre otros por Alberdi, publicó una contestación contundente a esa sátira que fue, a su vez, respondida por un colaborador anónimo de *El Correo*, entablándose un debate que acrecentó el malentendido antes que la profundidad en la discusión. Veamos sin embargo los términos de la contestación. Recordando tal vez lo que se había escrito en *La Moda*, así principiaba su ataque *El Corsario*:

Lo hemos dicho en otras ocasiones: no tenemos el honor de ser románticos; no deseamos tampoco este honor; no defendemos pues nuestro partido: sabemos únicamente que se necesitan títulos que nadie nos ha dado a los españoles y a los americanos del día para reírnos de un sistema literario en que figuran los nombres de Shakespeare, Milton, Schiller, Byron, Chateaubriand, Lamartine y Victor Hugo.²⁴

Y luego de describir los títulos que críticos como Planché o Nisard sí podían exhibir para criticar los excesos del romanticismo,²⁵ arremetía:

Ningún sistema es responsable, por otra parte, de los abusos que de él hacen los necios. No se debe pues confundir el romanticismo con los abortos de los falsos románticos. Romanticismo es Hamlet, Ricardo III, Montegon y Capuleto, Chil d' Harold [*sic*], el Fausto, el Carmagnola. Las Meditaciones, René y Hernani. Románticos son Schiller, Goethe, Byron, Walter Scott, Chateaubriand, Manssoni [*sic*], Lamartine. ¿De este romanticismo y de estos románticos se mofa el *Panorama Matritense*? Ha hecho mal en llamar románticos y romanticismos, si con estas denominaciones ha querido señalar la tontería de los tontos que se dicen románticos. Tanto valiera que hubiese

²⁴ *El Corsario*, Montevideo, N° 3, 1840, pág. 80.

²⁵ Decía al respecto: "Esto sucede en Francia: otra cosa es España y América, donde el romanticismo comienza recién su misión de revolución y de independencia literaria. A nosotros, americanos y españoles, oprimidos bajo el peso de las más pesadas, de las más añejas y serviles tradiciones de una literatura sin vida y sin elegancia, ¿quién nos ha dado derecho para quejarnos de las libertades licenciosas y de las brillantes petulancias del pensamiento y del estilo romántico?" (*El Corsario*, N° 3, 1840, p. 80).

dicho *del clasicismo y de los clásicos*, porque también hay tontera y tontos en el clasicismo. ¿No hubiera sido más exacto titular el artículo: *De la tontera y de los tontos?*²⁶

Esta discusión ilustra al menos dos aspectos que importa destacar. En primer lugar, muestra una mayor apertura en la discusión ideológica sobre el romanticismo, que debió ser matizada en Buenos Aires con rebuscadas estrategias discursivas. En segundo lugar, permite vislumbrar la notable diferencia de bagaje cultural e ideológico, de presupuestos y concepciones literarias y estéticas, entre los letrados argentinos y los chilenos, así como algunos de los núcleos generadores que veremos actuar en las discusiones en aquel terreno.²⁷ El artículo de Mesonero Romanos, por ejemplo, será publicado en las páginas de *El Alegre*, periódico de Santiago ya mencionado y al que, como hemos visto, se había suscripto el mismo Alberdi. El siguiente pasaje es claro en cuanto a uno de esos núcleos, que Sarmiento sabrá explotar contra las apacibles aspiraciones de sus pares chilenos:

Que el joven pensamiento Americano corra como un torrente y sin barreras ni diques aunque su linfa salga fangosa y turbia: ella conseguirá limpieza y claridad más a la larga. Hagamos poetas y escritores templando fuertemente las almas de los jóvenes, arrastrándolos a una vida de sacrificio y de grandeza, de sublimes tentativas y de nobles peligros; y no enseñándoles a medir versos y a contar frases.²⁸

Resuenan en estas últimas palabras los dicerios de Sarmiento contra el aprendizaje de los clásicos de la lengua, que tanta repercusión tuvieron en las

²⁶ *El Corsario*, Montevideo, N° 3, 1840, pág. 80.

²⁷ Por supuesto, esas diferencias abarcan un conjunto de temas más amplio. Para no salirnos del caso, en el periódico chileno mencionado la burla y la sátira contra el romanticismo –en línea con ese artículo de Mesonero Romanos– será constante, formando parte de su perfil editorial.

²⁸ *El Corsario*, ídem, pág. 81.

polémicas de Santiago. Pero volviendo a la concepción social de la literatura, es sugestivo comprobar cómo las ideas desplegadas en el fragmento que empezaba declarando *Ni somos ni queremos ser románticos* traslucen el diseño de un programa literario que, si bien se venía bosquejando desde hacía tiempo, aún debía ser socializado y definido públicamente. La prensa periódica cumplió un rol verdaderamente formativo de esos programas, aun hacia el interior de las propias filas generacionales.

Interesa, por eso, describir ahora algunos rasgos característicos de esa tendencia social, y señalar las concepciones estéticas que están detrás de sus enunciados. Como veremos más adelante, aunque las formas de la crítica no asumieron un carácter especializado hasta bien avanzada la centuria, es posible, sin embargo, vislumbrar los fundamentos que guiaron la producción letrada mediante el cotejo de los comentarios, reseñas y ensayos publicados en las páginas periódicas.

En el segundo número de *La Moda*, por ejemplo, el artículo “Literatura” deja bien en claro cuál es la idea de literatura que suscriben los redactores. Tras una serie de citas de los más importantes pensadores franceses (Béranger, Fortoul, Leroux, Quinet), los redactores agregan una paráfrasis que resulta anónima: “La patria es mi musa; el mundo mi parnaso. La musa sin patria es *guacha*; y la madre de la patria es la humanidad. El axioma de Béranger es el del poeta nacional: el mío es del poeta humanitario, esto es, del poeta completo (Anónimo).”²⁹

La identificación de la patria con la musa del poeta responde a un tipo de romanticismo popular, como el del cancionista francés Béranger, y no resulta extraña la cita a los jóvenes letrados nucleados en torno al semanario. Pero debemos suponer que el axioma del “poeta nacional” en su paso al anónimo del “poeta completo” no indica una reformulación sino, más bien, una expansión de los términos. El axioma anónimo del “poeta humanitario” permite una incorporación del subtexto al terreno de lo nacional. Es decir, la nacionalidad que se está queriendo definir no armoniza con las manifestaciones más o menos populares que estaba oficiando el rosismo, sino con una idea cosmopolita de lo nacional representada por entonces por algunas de las

²⁹ *La Moda*, N° 2, 25 de noviembre de 1837, pág. 3, col. 1.

metrópolis europeas (Francia, Inglaterra, Italia). El modo particular de inserción de esa ideología del romanticismo ilustrado, se aclara cuando, en la página siguiente, se leen juntamente una poesía (un *cielito*) caracterizada como “bella”, y su crítica:

A Ella (Cielito)

Cielito, cielito del alma,
No es tan blanca la azucena
Como la mujer divina
Que me causa oculta pena.

Sus ojos son dos diamantes
Que entre violetas relumbran,
Pequeños son y modestos
Pero el corazón me turban.

[...]

Cielo, cielito del alma
Si este ángel a mí me adora
Cielo, estaré cantando
Desde una aurora a otra aurora.³⁰

Y la crítica inmediata:

Esta poesía que sin duda es bella, es, no obstante, como una gran parte de la poesía que se escribe en nuestro país, incompleta y egoísta. No expresa una necesidad fundamental del hombre, ni de la sociedad, ni de la humanidad, ni del progreso: es la expresión de un sentimiento individual y por tanto, a pesar de su belleza, es una poesía pueril y frívola en el fondo. Es dedicada a ella: ¿cuál ella? ¿La patria? ¿La humanidad? No, una mujer. Es un amante que en pago de un amor egoísta promete pasar su vida cantando día y noche: bello y noble destino, sin dudas, para el hijo de una patria y una humanidad que

³⁰ *La Moda*, N° 2, Buenos Aires, pág. 4, col. 1.

sufren ignorancia y pobreza y necesitan palabra elocuente que lo grite” (ídem: pág. 4, col. 3).

La crítica se funda precisamente en la idea de utilidad social de la poesía y, mediante la identificación suscitada entre “ella” (la inspiradora) y la “patria”, refuerza el aforismo berangeriano de lo nacional: “la musa sin patria es *guacha*”. Esa identificación es la que permite a Francine Masiello leer en clave metonímica la prédica de *La Moda*, en la cual la patria debe recurrir a lo femenino para hacerse presente en el discurso. Ahora bien, si al episodio se lo lee inserto en el contexto de la definición sobre literatura de la página anterior, parecería ser claro que estamos frente a un discurso pedagógico en el cual una definición teórica tiene como correlato inmediato su demostración práctica. El *ejemplo* del *cielito* no es más que un modo de reforzar el dicterio con que concluye la exposición previa: “Que se grave esta síntesis en la mente de nuestros lectores” (ídem, pág. 3, col. 2). Y si se tiene en cuenta que (según el estudio preliminar de José A. Oría que acompaña la edición facsímil de *La Moda*) poesía y crítica pertenecen a Gutiérrez y a Alberdi, respectivamente, no sería desatinado imaginar que la estrategia discursiva del semanario ya incluía en su diagrama el malogrado objetivo poético como forma de predicar una literatura nacional preocupada por hollar los caminos de un programa social. Si la hipótesis se sostiene, los alcances del discurso del semanario superarían, aunque sin obviarlos, el estrecho marco de una lectura genérica.³¹

Es ante todo frente a una idea intimista del romanticismo *literario*, de un uso de las letras desvinculado del compromiso social, de un arte “pervertido” y ya caduco,

³¹ Masiello subraya la referencia metonímica al mundo femenino en *La Moda* como un modo de inflexión genérica que pondría en escena el uso político de lo femenino: “las mujeres representan a todos los sujetos sociales condenados a la oposición del régimen rosista y, en forma alternativa, a la humanidad y el progreso de la nación” (1997: 37). El ejemplo que da Masiello es justamente el del poema y su comentario, que acabamos de transcribir; sobre ello, concluye: “Mujer, nación y humanidad se confunden en un solo pronombre vinculado al género” (Masiello, 1997: 37). Sin desestimar esta lectura, habría que precisar los alcances de ese discurso. Si bien Masiello cita la edición facsímil, no repara en el hecho para nada menor de quiénes pudieron haber sido los responsables de ambos textos. En las *Notas* finales de esta edición, Oría menciona incluso la posibilidad (aunque al final la desecha), de que ambas composiciones pertenezcan a Alberdi, de acuerdo con las *Obras Completas* del mismo (Oría, 1938: 216).

atento más a la forma que al fondo –y aquí la crítica conjuga la oposición al neoclasicismo–, que los redactores del semanario traman sus invectivas. Lo que habría que destacar es que esta crítica romántica del romanticismo no es privativa de *La Moda*, ni de una circunstancia más o menos identificable (como sería la de su complicada estrategia pública en la Buenos Aires rosista que reseñamos al inicio). Es, por el contrario, un discurso procesado previamente –aunque no de modo formulario– y que se irá desarrollando a medida que las experiencias públicas de la nueva generación vayan pautando sus reflexiones. Una de esas experiencias será el contraste con el campo cultural chileno. Antes, no obstante, el pasaje por Montevideo marca una instancia significativa en el debate cultural, así como en la especulación política.

Ya hemos visto cómo desde las páginas de *El Talismán* se continuaba un discurso anclado en la sensibilidad romántica que había inaugurado *La Moda*. Pero fue sin dudas *El Iniciador* el órgano de expresión más consustanciado con las ideales de la joven generación romántica. No sin contradicciones –como después veremos–, el periódico fundado y dirigido por Cané y Lamas se convirtió en un verdadero emporio de las nuevas ideas literarias; de allí se expandieron y surgieron nuevas empresas editoriales, algunas con intereses circunstanciales y políticos, como *El Grito Argentino*, *El Tirteo* o *El Paquete de Buenos Aires*; otras, como el ya mencionado *Talismán*, buscando forjar adeptos literarios; otras más combinando ambos planos, como *El Corsario* o *La Semana*, de Mármol. Pero fue en *El Iniciador* donde se daría por primera vez una compacta visibilidad pública a los programas de los jóvenes argentinos, quienes a partir de entonces escribirían, según la imagen posterior de Rodó, “más que como insurrectos que proclaman, como vencedores que dominan”.³²

3. 3. 2. *La invención de una tradición nacional*

Una de las preocupaciones que diseñaron los escritos del periódico montevideano fue la de idear los protocolos de lo que debía concebirse como “literatura nacional”. En sus primeros cuatro o cinco números esas ideas marcaron

³² Rodó, J. E. (1957: 683). En el último número de *El Iniciador* se publicaron las famosas *Palabras simbólicas*, que después formarían el núcleo del *Dogma socialista*, publicado por Echeverría en 1846.

claramente la tendencia. En el extenso ensayo publicado con ese objetivo en su tercera entrega, después de describir la oposición entre clásicos y románticos (a la que daba por superada), se deslindaban las condiciones de la producción literaria local:

Que los hombres felices a quienes les cupo la dicha de vivir bajo un cielo dulce y puro, bajo la influencia de un Gobierno estable y querido, llenen su alma de solo aquello que contribuya al deleite de la vida, está en el orden racional de las cosas; pero nosotros que aun no hemos armonizado los elementos sociales entre sí, ni dádoles la impulsión correspondiente para llegar al objeto de nuestra asociación, nosotros digo, no debemos ocuparnos de esa literatura de lo bello, que para los antiguos era todo, sino como uno de los accesorios que puede dar más valor a la obra.³³

Frente al modelo neoclásico, que asignaba al objeto literario el valor de un “adorno”, tal como expresaba Florencio Varela, la nueva sensibilidad literaria debía encargarse de incorporar los diferentes aspectos del tejido social, y sólo preocuparse por la forma (“lo bello”) secundariamente. Sin embargo, dado que la combinación entre “fondo y forma en las obras de imaginación” –para usar los términos de Echeverría– era uno de los puntos de mayor controversia del romanticismo literario, era necesario despejar, a su vez, los abusos de un lirismo meramente subjetivo. Dos artículos, los dos pertenecientes a Alberdi, vendrían a sistematizar con más precisión esa definición. En el titulado “De la poesía íntima”, decía:

No ha de hacer el poeta jazmín más bello, que el jazmín natural; y yo quiero saber qué tendencia, qué influencia útil deja en mi alma la sensación de su perfume. No es pues sobre lo bello que recae la cuestión del arte, sino sobre la elección sobre el género de lo bello. Bella es la naturaleza, pero no basta que sea bella; la sabiduría humana exige que sobre ser bella sea útil y moral.³⁴

³³ *El Iniciador*, Montevideo, N° 3, 15 de mayo de 1838, pág. 3, col. 2.

³⁴ *El Iniciador*, Montevideo, N° 4, 1 de junio de 1838, pág. 4, col. 1.

En el siguiente, “Del arte socialista”, se aclaraban los alcances de esa utilidad:

Es necesario precisar esta noción sintética de la patria o de la sociedad, porque hay hombres para quienes la poesía social no es más que la poesía política, como si la sociabilidad se limitase a la política y nada más. La política es una faz, una rama, una sección de la sociabilidad que es la ciencia y la armonía de todas las relaciones posibles que estrechan a los hombres recíprocamente [...] La sociabilidad al contrario, todo lo domina, todo lo abraza; estado, familia, individuo, sexos, edades, condiciones; todo lo penetra de un espíritu único, de una sola y misma impulsión, lo predispone uno para otro, lo amalgama armónicamente y constituye la economía del cuerpo social cuyos dos principales miembros son el “pueblo y el individuo”.³⁵

Esta función social de la literatura caracterizada por Alberdi mediante la noción de “sociabilidad” puede corroborarse, como mostró Juan Poblete, en la literatura chilena de la época, particularmente en la narrativa de Blest Gana, y podría sintetizarse en la trasposición de una conciencia ciudadana (es decir, de una “sociabilidad deseada”) en la subjetividad lectora a través de la proyección de una determinada moral de la novela (Poblete, 2003: 56 y 67). Aquí, la sociabilidad de la poesía indica su peculiar (y también deseada) interpenetración con la “economía del cuerpo social”. La literatura y la poesía que postulan los redactores del periódico montevideano se alejan tanto de la poesía civil de antaño –y, como corolario, de la estética neoclasicista-, como del lirismo exacerbado. A partir de allí, la noción de literatura nacional podía caracterizarse de manera peculiar: “Debe contener la expresión de nuestra vida; sin esto, será un plagio, una ficción de más, y nos presentaremos al mundo como los viles, que toman la fisonomía de todos, y no se parecen a ninguno.”³⁶

Dado que la poesía era el único género que contaba con un prestigio tradicional, acrecentado por la ideología romántica que depositaba en ella la expresión original de la humanidad y, por lo mismo, de los pueblos, no sorprende que los dos

³⁵ *El Iniciador*, Montevideo, N° 5, 15 de junio de 1838, pág. 1, cols. 1 y 2.

³⁶ *El Iniciador*, N° 3, 15 de mayo de 1838, pág. 3, col. 2.

artículos de Alberdi se concentren en su posibilidad de armonizar lo útil y lo bello, lo individual y lo social, y que derive de ella la doctrina que debe guiar la producción de una literatura nacional. Dos años después, desde las páginas de *El Talismán*, podía comprobarse que esa doctrina comenzaba a expandirse entre los poetas:

Nos complace al ver ya a algunos de estos penetrados de una verdad: consiste esta, en que, para ser originales, es necesario escoger asuntos y motivos propios y recuerdos de nuestra historia: no tener reparo ni dificultad en decir lo que se siente aun cuando en nada se parezca a lo que otros hayan expresado en circunstancias parecidas.³⁷

La originalidad de la poesía, entonces, reside en el tratamiento de asuntos propios, culturales o históricos. La observación que acabamos de citar pertenece a un artículo dedicado precisamente a comentar un poema de Adolfo Berro, que había sido publicado en el número anterior y que narraba en cuartetos octosílabos un episodio de la conquista. Yandubayú, indio del Paraná, perseguido por las tropas de Juan de Garay, se traba en una contienda con uno de los soldados que le da alcance:

Tremenda lucha se traba,
Que son guerreros bizarros;
Y a su contrario dar muerte
Los dos al cielo juraron.

Mil veces el indio fiero
Cree ya vencido a Carvallo
Pero mil veces sin fruto
Le anuda al cuello los brazos.³⁸

³⁷ *El Talismán*, 1840, N° 3, pág. 28, col. 2.

³⁸ *El Talismán*, 1840, N° 2, pág. 15, col. 1.

Cuando el indio logra doblegar al español (el tal Carvallo es, según se indica en nota al pie, un personaje histórico), aparece Liropeya (“India de rostro lozano/ Del Paraná rica perla/ Que guarda el bosque callado”). La mujer lo conmina a abandonar la lucha, pues empeñaba en ella el mandato contraído con su familia. Yandubayú obedece, pero es sacrificado a traición por el español que, además, confía en adueñarse de su mujer. Ésta, fingiendo aceptar al español, le solicita que antes le dé entierro a su prometido “Para que pasto no sea/ De los voraces Caranchos”. El español entierra al indio, y cuando vuelve sobre sus pasos:

Ella del suelo ligera
El fuerte acero ha tomado,
Y al español inclemente
Fiera mirada lanzando,

“Abre otra fosa” le dice
“Oh maldecido cristiano”
Y con la espada sangrienta
Se pasa el seno angustiado.³⁹

El poema, como se ve, explota uno de los recursos más frecuentados por la poesía indianista de la época (la falta de ética española y la pureza aborigen), a partir de un episodio histórico: la expedición de Juan de Garay. Pero lo que más interesa es el comentario crítico que se detiene en este poema. Teniendo en cuenta las concepciones literarias que acabamos de reseñar, así como el hecho de que entre ellas se debe intercalar una de las producciones más avenidas con esas concepciones (me refiero a *La cautiva* de Esteban Echeverría), el pasaje siguiente es demostrativo de una tendencia cuyos prolegómenos, como veremos más adelante, serán decisivos en la producción del romanticismo literario. Dice el comentario:

³⁹ *El Talismán*, ídem, pág. 16, cols. 1 y 2.

El Sr. Berro ha hecho un romance que encierra la mera relación del suceso, a la manera de los romances históricos castellanos. Este proceder es excelente para vulgarizar y derramar en el pueblo el conocimiento de lo que pasó en épocas remotas; pero creemos que si el romance de Liropeya tuviera algo de la imaginación del autor; si en él se descubriese el teatro en que se mueven los personajes; si la voz de la selva virgen y majestuosa se mezclase a la de los amantes; si el Sol de América se reflejase en el cuadro y le iluminase [...]; en fin, si en la escena se descubriese el paisaje con sus lejos y sus colores peculiares, entonces la composición de D. A. Berro sería más perfecta de lo que es.⁴⁰

Se trata de un programa de nacionalización de la literatura que coloca en el paisaje y en las costumbres del territorio uno de sus pilares fundamentales; programa en el que los “colores peculiares” definen la condición nacional y americana de la producción literaria. No por casualidad este comentario repone precisamente aquellos rasgos que consagraron al poema sobre el “desierto” de Echeverría. Se trata no meramente de relatar “sucesos del pasado”, sino de infundirles una caracterización y una expresión particular. Se trata, en definitiva, de *instituir* una tradición literaria a partir de la memoria cultural, pero transformando esa memoria en material poético. De qué modo esa tradición literaria debe ser creada es lo que, con una claridad pasmosa, refieren los redactores de *El Talismán* en el pasaje siguiente:

El que se interesa por los restos de una nave náufraga sepultados en las arenas de la playa; el que se siente conmovido a la vista de las piedras desquiciadas de un edificio donde vivieron semejantes y compatriotas suyos, *indague y refiera, y supla inventando lo que falte a la tradición.*⁴¹

Indagar en la memoria cultural, e inventar lo que en ella no se encuentra (o se prefiere olvidar) será la misión del poeta romántico.

⁴⁰ *El Talismán*, 1840, N° 3, pág. 29, col. 1.

⁴¹ *El Talismán*, 1840, N° 3, pág. 28, col. 1. El subrayado es mío.

3. 4. Primeros ensayos y comentarios críticos

La poesía es siempre el espejo que presenta la imagen del carácter nacional.
Juan Cruz Varela.⁴²

Sobre el final del ensayo que dedicó a la literatura nacional –y al que ya nos hemos referido–, Juan Cruz Varela hallaba, entre los distintos géneros poéticos tentados, un vacío: el de la poesía descriptiva. Y especulaba con la posibilidad de que alguna pieza inédita, en poco tiempo, viniese a llenarlo:

La poesía descriptiva no ha dado aun un solo paso entre nosotros, a pesar de que el suelo de la América parece que convida a los poetas a despegar su genio en esta clase de composiciones [...] Hasta ahora los poetas argentinos solo han pulsado la lira, o inflamados por el entusiasmo nacional, o en los grandes triunfos de la patria, o deseosos de mostrar al mundo su esplendor, sus instituciones y progresos. Acaso, entre las numerosas composiciones de nuestros genios, que no han visto la luz pública, se hallarán modelos de poesía descriptiva, debidos a los portentos de la naturaleza en el suelo de la América.⁴³

Ese vacío, sabemos, sería reconvertido casi una década después con *La cautiva*. En el poema de Echeverría, sin embargo, la representación de la naturaleza no coincidiría con los portentos paisajísticos que imaginaba por entonces Varela, pues el poema retrataría la vida “salvaje” de la pampa argentina, desviándose de las miradas que fraguaron su versión pastoril e idílica.⁴⁴ En esa representación, la élite letrada

⁴² *El Tiempo*, N° 68, 23 de julio de 1828, pág. 3, col. 3.

⁴³ *El Tiempo*, N° 68, 23 de julio de 1828, pág. 3, col. 1.

⁴⁴ Varela proyectaba un imaginario paisajístico casi bucólico: “un suelo siempre verde y florido, un clima dulce y templado, un cielo sereno y despejado, donde parece que el sol brilla con mayor ostentación, una cadena de montes, cuyas cimas propiamente se esconden en las nubes, y donde todo es grande, nuevo y portentoso, las nieves, los torrentes, la infinita

codificaría un significado cultural de extraordinaria relevancia para la literatura nacional. El paisaje del interior argentino en el poema de Echeverría es un desierto, “misterioso” e “inconmensurable” pero, a diferencia del programa de nacionalización cultural que alentaba Bello desde Londres o, en su versión local, del discurso agrarista del período rivadaviano, el espacio “abierto”, extendido y expectante que brinda esa imagen se liga a una visión de horizontalidad conforme a las impresiones inaugurales de la cartografía inglesa de la época.⁴⁵ No es, estrictamente hablando, un espacio geográfico, sino una cartografía imaginada que provee al territorio un sentido, que es estético –figurativo– pero también político –en la medida en que tal representación naturaliza el objeto representado. Si la imagen del “desierto” llena el vacío señalado por Varela, en términos simbólicos proyecta, en su desvío, otro más significativo, porque donde hay desierto no puede haber cultura (Sarlo, 1997: 40).

En la primera parte del poema (“El Desierto”) la descripción de los indígenas “irrumpe” –de modo violento– desarticulando esa idílica visión del “suelo siempre verde y florido” que imaginaba Varela, para ofrecer una imagen más bien caótica y lúgubre del territorio, cuya “silenciosa llanura” es horadada por la presencia del salvaje:

Entonces, como el ruido
que suele hacer el tronido
cuando retumba lejano,
se oyó en el tranquilo llano
sordo y confuso clamor...
...
Veíanse lanzas agudas,
cabezas, crines ondeando,
y como formas desnudas
de aspecto extraño y cruel.

variedad de la naturaleza, más caprichosa allí que en ninguna otra parte, unos ríos soberbios y caudalosos que ofrecen a la vista la imagen misma del Océano” (*El Tiempo*, ídem).

⁴⁵ Graciela Silvestri señala agudamente la incidencia de los planos sudamericanos de Aaron Arrowsmith para casos específicos del Río de La Plata, cuyo ejemplo más notorio es el de Darwin, quien llevó en su viaje por el territorio rioplatense el *New general Atlas*, de Arrowsmith, publicado por primera vez en Edimburgo, en 1817 (Silvestri 2005: 229ss).

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba,
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?⁴⁶

Si, por un lado, el aspecto “cruel” de esa naturaleza salvaje remite al intertexto romántico cuyo tópico proviene de una larga cadena literaria, por el otro, el rediseño paisajístico muestra una inflexión particular de la cultura y la política locales.⁴⁷ El problema ha sido suficientemente analizado por la crítica.⁴⁸ Sin embargo, el pasaje de

⁴⁶ Echeverría (1972 [1837]: 456).

⁴⁷ Larga cadena que puede remontarse a Montaigne y su ensayo *Des cannibales* (1580), al *Supplément au voyage* de Diderot (1772), al *Émile* de Rousseau (1760), y aun a las *Mémoires* del barón de Lahontan, publicadas por primera vez en 1703, y de las cuales Chateaubriand tomó no pocas imágenes e ideas para su descripción de los “salvajes” de América. Gramuglio ha propuesto un análisis de esos motivos, pensándolos en el entramado de una red virtual que proveería la materia con la cual Echeverría habría imaginado, y escrito, su versión sobre los salvajes. De este modo, se podrían leer desde una perspectiva menos lineal las probables influencias; por ejemplo, la consabida escena del rescate de Chactas por Atala, que habría permeado la narración del poema echeverriano, dejaría de ser un dato determinante en la construcción imaginaria del poema. Cfr. “El buen salvaje no existe. (Para una relectura comparativa de dos textos románticos)” (*mimeo*). Creo oportuno señalar que, a mi juicio, en esa red interfieren factores históricos que decididamente limitan su carácter virtual (sobre este aspecto y el texto de Gramuglio volveré más adelante). En el Prefacio a *Atala*, Chateaubriand sostenía: “Era muy joven cuando concebí la idea de hacer la epopeya del hombre de la naturaleza, o sea pintar las costumbres de los salvajes relacionándolas con algún acontecimiento conocido [...] De todos mis manuscritos relativos a América, sólo he salvado algunos fragmentos, y en particular *Atala*, que no era más que un episodio de los *Natchez*. *Atala* ha sido escrita en el desierto y bajo las chozas de los salvajes; ignoro si agrada al público esta historia que se aparta de todo lo conocido hasta hoy, y presenta una naturaleza y unas costumbres completamente extrañas a Europa” (1954 [1801]: 3-4). Es evidente que el proyecto de “hacer la epopeya del hombre de la naturaleza” tal como lo imagina Chateaubriand, diverge de los intereses letrados de los criollos románticos del Río de la Plata.

⁴⁸ Entre las lecturas de la crítica especializada cabe mencionar las de Romano (1983: 9-40), Sarlo (en Altamirano y Sarlo, 1997: 17-47), Prieto (2003 [1996]: 139-170), Andermann (2000: 39ss.) y, más recientemente, Fermín Rodríguez (2006: 149-170). Para los románticos del 37, el *desierto* no era sólo una forma de nombrar una realidad caótica y resistente que experimentaban en la vida pública y que se afianzaba en las extensiones “inconmensurables” de la pampa argentina. Era el modo de *operar* simbólicamente sobre ese territorio, cuyos aspectos utilitarios, como deja ver la nota que acompaña a *La cautiva* (el “pingüe patrimonio” del que habla allí Echeverría), por otra parte, no escapaban a su percepción estética. Esa perspectiva es claramente asumida en el poema inédito y homónimo, recogido por Gutiérrez entre los papeles de Echeverría, “Los cautivos”. Sobre este aspecto nos hemos detenido en otro trabajo (Pas, 2008: 53-71).

“un suelo siempre verde y florido, [con] un clima dulce y templado” –en la proyección imaginaria de Varela– a un “desierto” misterioso e inconmensurable donde la vista se pierde o, de pronto, se estremece ante la irrupción del “salvaje”, además de un cambio en la representación paisajística ofrece asimismo un cambio en la propia producción poética de Echeverría.

En efecto, si se toman sus primeros volúmenes publicados, esto es, *Elvira o la novia del Plata* (1832) y *Los consuelos* (1834) –e incluso, también, aquellos poemas que el autor fue dando a conocer en la prensa de la época desde su regreso de Europa (en *El Diario de la Tarde* o *La Gaceta Mercantil*) y se los compara con las *Rimas*, se comprueba fácilmente que, salvo *La cautiva*, los últimos poemas comparten con los primeros una estética de corte intimista y, salvo pocas excepciones, ni en unos y ni en otros se hace presente la inclinación paisajística, o meramente pintoresca. Las pocas excepciones, además, no logran encauzar una formulación estética, sino que ofrecen algunas pinceladas coloristas, más bien aleatorias y dispersas.⁴⁹

En ese contexto que va desde el poema “El regreso”, publicado en *La Gaceta Mercantil* en 1830, hasta el volumen de las *Rimas* de 1837, ¿qué presupuestos o motivaciones estéticas posibilitaron en Echeverría la concepción de una poesía destinada a “formar su cuadro” con aquellos “colores locales” inexistentes o casi inexistentes en el resto de su producción? En las páginas que siguen se intentará dilucidar esos presupuestos, así como las intermediaciones que articularon su *consagrada* construcción literaria.⁵⁰

⁴⁹ En verdad, son más bien escasas esas excepciones, entre ellas se podrían contar los poemas “Al clavel del aire” y algunos pasajes de “Layda”, de *Los consuelos*. Y de *Rimas*, el único, “La diamela”.

⁵⁰ Adolfo Prieto (2003 [1996]) ha ensayado una interpretación sugerente. Sin embargo, su indagación se concentra en descifrar la mediación intertextual de la literatura de viajes inglesa, desestimando otra mediación posible, y desde mi punto de vista, de igual o mayor relevancia: la intermediación de las reflexiones y discusiones programáticas.

3. 4. 1. La misión del poeta: entre el interés y la imaginación

La literatura alemana es quizá la única que ha comenzado por la crítica; en todas las demás, la crítica viene después de las obras de arte: pero en Alemania ella las ha producido.
Mme. de Staël.⁵¹

Recién llegado de su viaje europeo, Echeverría daba a conocer al público de Buenos Aires uno de sus primeros poemas, cuyo sintomático título (“El regreso”) se cargaba de cierto patetismo autobiográfico del sujeto que volvía, “cual tierno esposo al suspirado lecho”, y podía manifestar a la patria que ella, a diferencia de Europa, como sugería el epígrafe de Byron que portaba el poema, seguía siendo tierra de plenitud y libertad. A ese poema acompañaba otro, “En celebridad de mayo”, que portaba, en cambio, un epígrafe del neoclásico Juan Cruz Varela.

Jorge Monteleone ha propuesto una sugestiva interpretación de ese suceso. Lo que en verdad se producía en esas manifestaciones públicas del recién llegado sería, según el crítico, la entrada por primera vez en el Río de la Plata de una subjetividad lírica: “el sujeto lírico romántico no ‘regresaba’, sino más bien ingresaba en su puro presente” (2003: 120).⁵² Pero, como reconoce el mismo Monteleone, esa manifestación era la de un “sujeto en ciernes”: las primeras manifestaciones de quien se había extasiado con las lecturas de Goethe, Victor Hugo y Lamartine expresaban todavía el mismo repertorio de los cantos civiles de la *Lira Argentina*.

Los escasos comentarios públicos que recibieron estos primeros poemas muestran más el apremio y la precariedad del sistema público –tan en ciernes como el sujeto lírico– que la supuesta indiferencia que su amigo y futuro biógrafo, Juan María Gutiérrez, dejó apuntada en las notas con que acompañó cuarenta años después la edición de sus *Obras*. El mismo día en que se publicaban esos poemas, desde las

⁵¹ *De L'Allemagne*, 1835 [1813]: 129-130.

⁵² Esta interpretación, de algún modo prevista en el hecho tan comentado por la crítica de que Echeverría estampara, a su regreso, su condición de “literato” en el registro aduanero, sugiere que el sujeto lírico es, en la Argentina que va hasta el 80, un imaginario que iría ampliándose y colmándose hasta alcanzar su relativa autonomía, limitado en esa carrera por las borrosas líneas que separaban lo público de lo privado en la república atravesada por los conflictos y las guerras civiles. Véase, Monteleone (2003: 119-159). Quien señaló la más que pintoresca anécdota de ese ingreso de Echeverría por vez primera fue Abel Cháneton en *Retorno de Echeverría* (Cfr. Lanuza, 1967: 30 y 47).

páginas de *El Lucero* se propagaba la necesidad de un acuerdo entre las provincias del litoral para “salvar el país de los riesgos que lo rodean” y se insinuaban esos riesgos en su faz pública: “En vez de opinión pública, hubiéramos debido decir *espíritu de partido*, por ser el único que la representa entre nosotros.”⁵³ Frescos aún los recuerdos del fatídico desenlace del año 28, la publicidad permanecía requerida por la política.

Sin embargo, aun en ese marco los periódicos más representativos de la llamada “opinión pública” bonaerense, como el mismo *El Lucero*, el *Diario de la tarde* o *The British Packet*, reservarían un espacio entre sus páginas para comentar los versos del recién arribado “joven argentino”. Si bien esos comentarios reflejan la primacía de intereses públicos (como en el caso de *El Lucero*), no puede decirse, como viene repitiendo la historiografía literaria desde lo escrito por Gutiérrez, que la irrupción del poeta haya pasado desapercibida o, en la versión más interesada, que su manifestación fuera desatendida, menospreciada o directamente silenciada. El 15 de julio de 1830, en la sección “Literatura”, *El Lucero* daba cuenta de esa recepción en los términos que siguen:

Hemos recorrido con placer los versos insertos en la Gaceta del 8, que ciertamente merecen la aprobación pública. Celebramos que un joven argentino se distinga por esta clase de trabajos. Algunas líneas encierran ideas cuya brillantez fascina la imaginación: la rima es, con pocas excepciones, perfecta; y muy feliz la elección de los conceptos. Hubiéramos deseado, sin embargo, que nuestro poeta no se hubiese dejado arrastrar de la exaltación de su musa. Sentar que la *Europa está degradada*, es juzgar muy ligeramente de la parte más civilizada del mundo; y cuando es un joven el que falla, podría

⁵³ *El Lucero*, N° 236, 7 de julio de 1830, pág. 2, col. 2. Así lo demostraban las gacetas populares que, con más profusión que la literatura periódica culta, circulaban y alertaban al público sobre ese espíritu: “Y así con esto declaro,/ Que todo hombre motinero/ Lo he de poner tan en claro/ Como aquellos del *primero*// Del primero de Diciembre/ Quiero decir, caballeros:/ No quieran desentenderse/ Y venir a alegar luego”. *El Gaucho*, 1830, pág. 2, col. 2. Se refiere al movimiento llamado “decembrista” que culminó con el asesinato de Dorrego.

sospecharse que es por presunción o ignorancia; defectos que estamos lejos de imputar al autor de tan elegante composición.⁵⁴

Y, más adelante, escribía el pasaje que para Juan María Gutiérrez anunciaba la “ética de Tartufo” de la prensa de Buenos Aires: “Los vicios que se les podría reprochar [a las naciones europeas] son una consecuencia tal vez inevitable de una grande civilización; y en la imposibilidad de desterrarlos enteramente, mejor es verlos *encubiertos de rosas, que rodeados de espinas*”.⁵⁵

Como puede comprobarse, el comentario era favorable y hasta ponderativo con respecto a la combinación entre formas e ideas. En verdad, no hubo novedad literaria hasta dos años después de esos primeros versos, cuando el autor publicó en folleto, de forma anónima, su *Elvira o la novia del Plata*.⁵⁶ Las críticas, en este caso, y dados los comentarios previos, fueron más benevolentes de lo que podría esperarse –y aún más de lo que las palabras de su biógrafo permitirían imaginar. Y muestran hasta qué punto la arrebatada sensibilidad y el narcisismo sentimental del autor eran producto, también, de ese ingreso tan imaginario como diferido de 1830.⁵⁷ Veamos, para que no queden dudas, el comentario crítico del napolitano De Angelis quien,

⁵⁴ *El Lucero*, N° 242, pág. 3, cols. 1 y 2.

⁵⁵ Recientemente, Félix Weinberg (2006: 269-367) publicó en su biografía crítica sobre Echeverría un valioso apéndice documental que incluye la serie de textos periodísticos que aquí manejamos. Nuestra hipótesis, sin embargo, como se verá en estas páginas, difiere sustancialmente de su interpretación respecto de la ascendencia atribuida a Echeverría con respecto a sus pares generacionales.

⁵⁶ En efecto, Echeverría publicó, además de los poemas mencionados, el titulado “Profecía del Plata. Antes de la Revolución de Mayo”, en mayo de 1831, anunciado así por la prensa: “La siguiente poesía nos ha sido remitida por un joven, hijo de Buenos Aires, para que le demos lugar en nuestras páginas” (*Diario de la Tarde*, N° 7, 24 de mayo de 1831, pág. 1, col. 3, y pág. 2, col. 1). No casualmente, poco antes de aparecer *Elvira*, Echeverría publicó en el mismo periódico el primer poema en el que exhibía por primera vez el “yo romántico”: “El túmulo de un joven”, también anónimo (*Diario de la Tarde*, N° 341, 16 de julio de 1832, pág. 2, cols. 1 y 2).

⁵⁷ Echeverría, aparentemente disconforme con esos juicios, escribió un opúsculo contra los periodistas argentinos que, finalmente, no publicó y que Gutiérrez no incluyó en sus *Obras*. Fue publicado recién en 1942 por Ricardo Piccirilli en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, t. XXVI, N° 89-92. Cfr. Arrieta, 1958: II, 40. El texto fue reeditado por Weinberg (2006: 275-278).

según Gutiérrez, se habría eximido “de los compromisos de crítico” para lucirse únicamente con “una vasta erudición de nombres propios”:⁵⁸

Estos cambios [se refiere a las alteraciones métricas], cuando son justificados, no solo no contrarían las reglas del arte, sino que pueden invocar en su favor el ejemplo de grandes modelos, como Schiller, Byron, Alfieri [...] Es verdad que *Saul, Manfred, Deformed transformed*, etc. son poemas dramáticos, en que los trozos líricos se apartan de la monotonía general del verso: pero, ¿qué tema más dramático que el de Elvira, y que trozos más líricos que la canción en que manifiesta sus tristes presentimientos? [...] Al contrario, nos parece que hubiera sido difícil escoger un metro más a propósito que el anacreóntico para hacer pasar en el ánimo de los lectores sentimientos tiernos de que estaba poseído el corazón de Elvira; y en cuanto a su canción nos bastará citar los elogios que le prodigan aquellos mismos que opinan que “en los asuntos nobles el octosílabo no puede disputar la preferencia al endecasílabo; porque deben ser presentados de un modo elevado y nadie podrá ennoblecer en materia alguna lo que una vez envileció la opinión”.⁵⁹

El juicio del napolitano, a la par de resaltar el carácter dramático y sentimental del poema –carácter verdaderamente novedoso para la producción literaria de la época–, estaba destinado a contradecir los asertos de otro comentario periodístico, el de *El Telégrafo del Comercio*, que volvía a recelar –como lo había hecho con el poema “El Regreso”– de la mezcla indebida de metros.⁶⁰ Que estos comentarios no hayan satisfecho las aspiraciones públicas del anónimo poeta y hayan generado la construcción post-facto de su romántica imagen de escritor incomprendido debe

⁵⁸ Gutiérrez, “Noticias biográficas sobre Esteban Echeverría” (Cfr. Echeverría, 1972: 26-27).

⁵⁹ *El Lucero*, N° 882, 4 de octubre de 1832.

⁶⁰ Lo sustancial de ese comentario –presumiblemente perteneciente a Miguel Valencia– está en el pasaje siguiente: “Hemos hecho esta digresión con el objeto de manifestar francamente nuestra opinión, y no por el vano placer de criticar [...], nos parece muy buena esta composición, a excepción de algunos pequeños defectos que, ni ocultan sus bellezas principales ni los raptos de una imaginación viva y eminentemente sensible. Pero no nos parece bien esos cambios repentinos de metro y rima, porque el asunto que ha tratado el autor de la Elvira, es grave y elevado, y no admite trocar sus galas majestuosas de los dísticos o endecasílabos, por las más humildes de los versos parasilábicos” (*El Telégrafo del Comercio*, N° 124, 13 de septiembre de 1832, pág. 2, col. 2).

alertarnos sobre el particular tejido interpretativo que vela la contingencia histórica de su canonización.⁶¹

Ese tejido hallaría sus fundamentos –hasta entonces verdaderamente inexistentes– en 1834, con la aparición de *Los consuelos*. No por casualidad a partir de entonces el nombre de Echeverría comenzaría a gozar de una base de sustentación algo más firme.⁶² Ahora bien, al reconstruir, como venimos haciendo, el espacio de intermediación y de producción pública de los escritos que acompañaron esos fundamentos, surge una primera e irrevocable certeza: tal base de sustentación no es sino el efecto de la oportuna respuesta por parte de Echeverría a un programa literario que se venía gestando previamente y que, en principio, el consagrado poeta romántico no había hecho más que atisbar de manera formularia.

⁶¹ En este sentido, el reciente libro de Weinberg dedicado a Echeverría es una muestra palmaria de esa línea de canonización. En efecto, la interpretación de Weinberg cede en mucho a la lectura romántica y consagratoria establecida tempranamente por Juan María Gutiérrez. El autor reconoce en Echeverría un “espíritu hipersensible” (Weinberg, 2006: 38) el cual, sumado a sus dotes intelectuales, permitió a Echeverría exponer “una serie de postulaciones teóricas” a sus seguidores que resultaron –según esa interpretación– fundacionales en el pensamiento literario y político de la nueva generación. Ahora bien, por varias razones –entre las cuales las referidas a los programas literarios no son las menores–, parece conveniente matizar ese carácter de liderazgo. Cuando Weinberg coteja la recepción pública por parte de la prensa de *Elvira o la novia del Plata* y la respuesta pergeñada por Echeverría realiza dos movimientos complementarios: por un lado, justifica ese opúsculo por esa cualidad de hipersensibilidad del poeta; por el otro, le adjudica una toma de conciencia cívica y una primera –como temprana– incursión “en el terreno de las opiniones políticas” (ídem, 39). El hecho de que esa sátira del poeta no se haya publicado matiza en buena medida esa “incursión”; lo público es determinante para pensar la política de la época. Como reconoce el propio Weinberg, el nombre del poeta era hasta ese momento desconocido del público, pero no de lo que el crítico llama “mundillo literario”, puesto que el mismo estaba conformado tanto por los publicistas a los que esa sátira se dirige como por los pares del mismo Echeverría. ¿Hay que atribuir la no publicación de ese opúsculo al carácter *político* de su diatriba o, más bien, a la incongruencia entre los comentarios públicos del poemario y la respuesta tan incisiva como exagerada pergeñada por el poeta?

⁶² Graciela Batticuore (2006: 15-41) ha analizado recientemente las estrategias de Echeverría para ganarse la “fama” de poeta reconocido en su ambiente. A diferencia de Weinberg, Batticuore señala la posibilidad de que el uso del anonimato haya favorecido esas estrategias. Una vez alcanzado el reconocimiento público con *Los consuelos*, Echeverría se sustrae a su ambiente, y con ello explota su “popularidad”. Comentando lo escrito por Gutiérrez respecto a ese suceso, dice la autora: “En verdad, no es que cuando logra al fin la fama tan deseada la desdeña, sino que entonces descansa en ella y se relaja” (2006: 32). El problema, a mi juicio, es previo, y es otro. La cuestión no reside en creerle o no a Gutiérrez las razones de esa “huida” de la escena pública; el problema, en verdad, está en creerle o no la condición de poeta “famoso” o “celebrado por todos” que tejió el mismo Gutiérrez alrededor de *Los consuelos*.

Dado, entonces, que esa “consagración” otorga a *Los consuelos* un carácter inaugural en tal recorrido, es necesario detenerse en el entramado de referencias que en la época pudieron haber contribuido a diseñarlo. Entre ellas, las que más interesan son las de carácter público. A diferencia de *Elvira*, el volumen *Los consuelos* recibió una apreciable cantidad de reseñas en la prensa. Sin embargo, sólo una de ellas descollaría por sus propósitos críticos y programáticos, particularmente abocados a definir los protocolos de una literatura (o poesía) nacional.

En efecto, el primer comentario lo ofreció un anónimo del *Diario de la Tarde* que, más que el volumen o las concepciones poéticas allí desplegadas, se dedicaba a subrayar la función social del poeta, mostrando su cándido descubrimiento: “no hay pueblo que no haya tenido un poeta que le ilustrase y condujese en los primeros pasos de su existencia; y los poetas merecieron del agradecimiento público el renombre de *inspirados* y de *profetas*.” Y sobre *Los consuelos*, decía: “Todas las composiciones que comprende, manifiestan una imaginación fértil, un talento cultivado, un gusto puro y nutrido con los únicos modelos dignos de imitarse en nuestros días; y prometen a la patria un poeta más, capaz de producir grandes cosas.”⁶³ De las piezas del volumen, destacaba “El cementerio”, “El y Ella” y “Layda”, de la que transcribía no pocos versos.

Estas primeras reseñas públicas que saludaban al “poeta porteño” con tonos afectados de vanidad, no dejaban sin embargo de apuntar críticamente algunos rasgos o aspectos formales en su poesía. *La Gaceta Mercantil*, que fue el periódico que más espacio le brindó, publicó una correspondencia anónima y un editorial entero sobre el volumen. El artículo anónimo no dejaba de indicar la extraña impresión que el tono general del libro podía producir en los probables lectores,⁶⁴ pero la justificaba al

⁶³ *Diario de la Tarde*, N° 1036, 18 de noviembre de 1834, pág. 1, cols. 2-4. Concluía encomiando su aspecto material, digno de tenerse en cuenta para calibrar las concepciones literarias de la época: “Diremos finalmente que la impresión, forma y encuadernación del libro, son tan buenas y elegantes, como si se hubiera publicado en Europa”. Por la proximidad de este último comentario con otro similar deslizado en una carta privada, Weinberg sugiere que este anónimo pertenece a Gutiérrez.

⁶⁴ Decía así: “Sin embargo, puede ser muy bien que nuestra sociedad penetre la situación particular del autor, el sentimiento de sus versos, se complazca con la dulzura y fluidez de ellos, y no exija su mismo modo de sentir a un joven formado en otro clima, imbuido en las ideas de pueblos ya viejos, agitados de pasiones profundas, y tristes y melancólicos por lo

resaltar “la elección de los modelos y [que ha formado su gusto en] la lectura de los verdaderos poetas y de los libros sagrados”. Y repetía, como un tiempo antes De Angelis, los mismos argumentos favorables a la alternancia de metros. El editorial, publicado en dos entregas, seguía esa línea, la del “buen gusto que ha formado su autor en la escuela de los verdaderos poetas”, y se inclinaba por aquellos poemas que supuestamente representaban “el colorido del país como sucede en *El Pensamiento*, *La contestación a D. J. T.*, *El Regreso*, *El Clavel del aire*, y otras.”⁶⁵

Hasta aquí las reseñas no hacen más que manifestar la buena acogida que apuntó Juan María Gutiérrez al referirse a estos episodios. Los tópicos comunes de esa recepción se resumen en el siguiente elenco: “sublimidad y energía” de los pensamientos, “bello colorido de las imágenes”, fluidez y corrección del estilo, buena elección del metro y de los modelos y, tal vez lo más novedoso aunque no lo más frecuentemente destacado, el “cuadro animado y sentimental” de muchas de sus piezas. Esta apreciación pública de los periódicos más encumbrados de la época bastaría para inferir el carácter inaugural atribuido póstumamente a esa publicación. Salvo, quizás, que tal inferencia desatiende el hecho de que ninguno de estos comentarios asume un juicio crítico cuyo núcleo argumentativo resida en la consideración de una literatura nacional.

El primero de los discursos críticos que analiza la publicación desde esa tesitura evidencia, contrariamente a los encomios que hemos registrado, el carácter inestable, insustancial y ambivalente de esa poética romántica para trascender la generalidad y colocarse en el marco de una producción local. El discurso se publicó también anónimamente, pero sabemos, por las disensiones que generó y por la correspondencia privada de la época, que su autor es Juan Thompson, contertulio del

mismo que han adelantado mucho en la carrera de la civilización” (*La Gaceta Mercantil*, 20 de noviembre de 1834, n° 3430, pág. 2, col. 5; pág. 3, col. 1).

⁶⁵ Se publicó en el mismo número 3430 del anónimo (pág. 2, col. 5; pág. 3, col. 1) y en el siguiente, n° 3431, del 21 de noviembre de 1834, (pág. 2, col. 2-3).

autor e hijo de una de las damas en cuyo hogar hallaron refugio muchas de las aspiraciones de esa promoción letrada.⁶⁶

La reseña ofuscó al autor del poemario, y su amigo y futuro biógrafo Juan María Gutiérrez expresó en correspondencia privada su sorpresa ante semejante reacción, a la que calificó de “absurda”.⁶⁷ El episodio registra una de las primeras controversias entre los integrantes de la llamada “generación del 37” frente a un programa literario que empezaba a bosquejarse de manera incipiente, encauzado por las nuevas lecturas y las nuevas corrientes de ideas, provenientes principalmente del romanticismo francés.

Como hemos visto, hacia fines del 30 ya circulaban en Buenos Aires la mayoría de los autores y publicaciones que nutrirían el bagaje literario de la juventud bonaerense. Los nombres de Madame de Staël, Chateaubriand, Sainte-Beuve, Sismondi, Villemain, Leroux, Jeffrey, Schlegel, y de las publicaciones más conocidas que aglutinaban a esos autores, como *De l'Allemagne*, *Atala*, *De la littérature du Midi de l'Europe*, *Tableau de la littérature française*, o los periódicos *Le Globe*, *Revue Encyclopédique*, *Edinburgh Review*, para nombrar los más frecuentados, se habían convertido, como apuntó en sus evocaciones históricas Vicente López, en la panacea torrencial de la literatura moderna.

Vale la pena destacar particularmente esos nombres y esos títulos, porque indican la presencia de un caudal de literatura histórica y crítica con el cual la élite letrada rioplatense comenzó a familiarizarse tempranamente. Recordemos que en el mismo año de la publicación de *Los consuelos* y de su recepción crítica, Tomas Guido y Alfredo Bellemare habían comenzado a traducir los *Cours* de Victor Cousin, que Alberdi hacía referencia en su descripción de Tucumán a “las plumas melancólicas de Madame de Staël, Chateaubriand, Hugo y Lamartine” (1920 [1834]: 24), y que poco después, en *El Recopilador*, serían habituales esos mismos nombres y los de Milton —poeta

⁶⁶ Sobre Juan Thompson puede consultarse el libro que a él dedicó Ricardo Piccirilli (1949).

⁶⁷ Así lo expresaba J. M. Gutiérrez en una carta enviada a F. Varela: “... está muy enojado con Thompson (y conmigo de rechazo) por el artículo del *Diario de la Tarde* que usted ha leído y al cual contestó en la *Gaceta* bajo el título de *Un verdadero amigo del Autor*. Este artículo antipoético en que se mezcla e invoca la amistad en materia de crítica literaria (cosa absurda), debió ser la señal de esos combates que enuncian diariamente nuestros diarios y dan tanto a que reír a los discretos” (Morales, 1942: 10-11).

recuperado por el romanticismo inglés contemporáneo—, Goethe, Larra, Schiller y Byron, entre otros.

Por lo tanto, la evidencia de la circulación de ese bagaje cultural nos permitiría reenfocar el tema de la discusión de los programas literarios locales así como de la producción de una literatura nacional, prestando atención a las contingencias históricas que pudieron haber incidido en su evolución y desarrollo, esto es, reponiendo esas discusiones y otorgándoles el carácter *actancial* —para tomar en préstamo un término de la lingüística pragmática— que debieron o pudieron haber tenido en su momento.

Cuatro años después de la reseña de Thompson —en junio de 1838—, Miguel Cané (padre), editor por entonces de *El Iniciador*, le expresaba en carta desde Montevideo a Juan María Gutiérrez su desconcierto por las opiniones encontradas frente a los prolegómenos de ese mismo programa, y exhortaba a un común acuerdo sobre el asunto:

Siento que las ideas de los jóvenes de mi patria no estén bien armonizadas entre sí; *por algunos artículos que me han sido remitidos conozco que el arte y su unión no es considerado de un modo uniforme*; querría (porque es de un interés vital) que se pusiesen de acuerdo para no ponerme en el caso de publicar cosas contradictorias en un periódico que es el eco de una generación entera, y proclama la fraternidad de ideas y sentimientos.⁶⁸

Entre las disidencias y contradicciones señaladas por Miguel Cané, mayormente referidas a la disputa clasicismo/romanticismo y, como corolario, a las concepciones literarias que deberían orientar la emergente producción letrada,⁶⁹ aquella crítica

⁶⁸ Carta de Miguel Cané a Juan María Gutiérrez, 23 de junio de 1838, Montevideo (Gutiérrez, 1979: I, 208 [subrayado mío]).

⁶⁹ Por lo que puede deducirse de los números publicados hasta entonces, entre esas disidencias podrían computarse los modos de evaluar aquellos protocolos destinados a dar forma a un programa literario local. En el tercer número, el artículo titulado “Literatura”, que ha sido atribuido al propio Cané (Cfr. Zinny, 1883: 211) y que puede considerarse la plataforma editorial del periódico, sostenía: “nuestra literatura debe ser caracterizada por rasgos verdaderamente nacionales. Debe contener la expresión de nuestra vida; sin esto, será un plagio, una ficción de más, y nos presentaremos al mundo como los viles, que toman la

inicial de Thompson había señalado los aspectos centrales de una discusión estética que se vería en parte –y *sólo en parte*– zanjada con la publicación de las *Rimas*, especialmente con el poema *La cautiva*, allí incluido.

Suele caracterizarse al grupo de letrados que se reunió en la librería de Marcos Sastre como un conjunto relativamente homogéneo, más o menos cohesionado en sus convicciones políticas o literarias, las cuales, en términos generales, englobarían una serie de presupuestos básicos compartidos, que con el correr de los acontecimientos se irían redefiniendo y diferenciando paulatinamente.⁷⁰ Sin embargo, el entramado textual de la época –formado, entre otros discursos, por la correspondencia privada, aunque ahora me interesa destacar el universo de la prensa periódica– muestra no sólo que esas posiciones resultan tempranamente encontradas sino el hecho de que fue gracias a un esfuerzo también temprano de mediación que, al menos en materia literaria, las mismas pudieron aparecer como relativamente unificadas.

fisonomía de todos, y no se parecen a ninguno” (*El Iniciador*, N° 3, pág. 3, col. 2). Si a esto sumamos los artículos de Alberdi que abren los números 4 y 5, “De la poesía íntima” y “Del arte socialista”, con los que seguramente acordaría Cané, es evidente que esas disidencias respondían a concepciones residuales del clasicismo. En la misma carta que hemos citado en la nota anterior, Cané agregaba: “Ocúpense menos de la forma y del individuo en provecho del fondo y de la humanidad” (ídem).

⁷⁰ Esa paulatina desmembración y su correlativa proyección en programas políticos diferenciados que emergerían después de Caseros ha sido tratada por Halperin Donghi (1980a). La historiografía literaria, por su parte, suele catalogar a este grupo como “generación del 37” o “generación romántica” e incluso “primera generación romántica”, y algunos de los tradicionales trabajos dedicados a ella suelen borrar las diferencias para destacar la perspectiva generacional. Félix Weinberg, por ejemplo, le atribuye “homogeneidad en sus enfoques analíticos y críticos” (Weinberg, 1977: 9), además de resaltar algo tendenciosamente la figura de Echeverría (lo que anticipa en buena medida los argumentos de su último trabajo (2006) ya comentado). William Katra, en su visión de conjunto, adhiere a esa caracterización aunque, en la línea abierta por Halperin Donghi, no desatiende “las perspectivas contrastantes” e “inclusive las discontinuidades y los cambios en el pensamiento de cualquiera de ellos” (Katra, 2000: 8). Por su parte, en el trabajo ya citado, y comentando esas desavenencias, dice Batticuore: “lo interesante, creo, es comprobar que estas disonancias entre aliados no son el resultado de criterios diversos sobre asuntos políticos o temas culturales y estéticos, sino la consecuencia lisa y llana de las competencias abiertas por ver quién se gana el puesto vacante y para muchos apetecido del mejor escritor y poeta americano” (Batticuore, 2006: 20-21). Al contrario de lo que esas líneas sugieren, creemos que esas “disonancias” expresan efectivamente juicios estéticos diversos que tuvieron una efectiva incidencia en la definición de los programas estéticos y literarios.

En efecto, en aquel artículo (citado siempre fragmentariamente),⁷¹ Thompson analizaba por primera vez el volumen *Los consuelos* desde la perspectiva de una evaluación de la literatura nacional, y señalaba la carencia de un rasgo original en las piezas del volumen, quizá incluso decepcionado por las “notas” que acompañaban la edición, debido a su poca inclinación a incorporar “temas” propios de la sociedad rioplatense. Y así como afirmaba que en la época de la independencia los poetas civiles habían entonado sus cantos apelando a un registro poético extemporáneo, el del neoclasicismo, no dudaba en señalar que este otro registro, el que ofrecía ahora *Los consuelos*, a la par de novedoso resultaba igualmente poco adecuado. El crítico lisonjeaba la aparición del volumen, pues marcaba un giro para las letras nacionales, pero el reconocimiento se limitaba a señalar su carácter programático:

Ella manifiesta en sí una tendencia, y quizás hayamos penetrado el pensamiento del autor, diciendo que es necesario tengamos una literatura nacional. No dudamos que el autor de los *Consuelos* trabaje con tan noble objeto; pero nos permitiremos decir también, que las cuerdas que él ha pulsado con dulzura y armonía han resonado ya otras veces entre nosotros con bastante éxito. La elegía, pues este género es el predilecto del Sr. Echeverría, fue cantada antes de un modo sublime, y lo hemos indicado refiriendo trozos de una muy patética, y que como los *Consuelos* pide y consigue lágrimas.⁷²

Como se puede apreciar, a diferencia de lo que había ocurrido con sus primeras publicaciones y los comentarios que entonces las acompañaron, en este caso Echeverría tenía motivos reales como para expresar públicamente su disconformidad. Puesto que lo que Thompson no dejaba de subrayar era, justamente, el aspecto fundamental de esa base de sustentación que requería el poeta: la falta de originalidad

⁷¹ Así lo cita, por ejemplo, Arrieta, 1958, tomo II, pp. 50-53. Weinberg (2006: 317-323) lo transcribe completo en el apéndice documental ya mencionado. Sin embargo, los argumentos y juicios de Thompson parecen no haber hecho mella en las consideraciones que Weinberg dedica a la producción literaria de Echeverría.

⁷² *Diario de la Tarde*, n° 1041, Bs. As., 24 de noviembre de 1834, pág. 1, col. 3.

y, como corolario, la carencia de piezas en el volumen que pudieran computarse dentro del incipiente repertorio de la literatura nacional.⁷³

Curiosamente, el cuidado tono de la crítica de Thompson parece haber opacado el carácter verdaderamente disruptivo de sus comentarios.⁷⁴ En efecto, aún en su inflexión elogiosa –más bien declamatoria, si atendemos al conjunto del escrito–, Thompson no dejaba de expresar ciertos reparos: “En la existencia del poeta, y de nuestra joven literatura, el libro de los *Consuelos* hará época, aunque su género en globo participe de algún modo de influencias extrañas, de las ideas de otra sociedad más ilustrada en la carrera de la civilización”.⁷⁵ En esa línea, sobre el final de la reseña, señalaba la impertinencia del tono marcadamente intimista de la mayoría de las composiciones: “Entre nosotros las pasiones, como todo, se resienten de una juventud tierna: es obligación entonces de aquel que reasume la elevada misión de escritor, si quiere desempeñarla con lealtad, ya que a la par de sacerdote tiene también conciencias a su cargo, animar, no afligir; cantar la esperanza, no la muerte” (ídem: col. 4). Y concluía: “He aquí el camino abierto a nuestra literatura: estudiar nuestras costumbres, evocar el pasado, y embellecer el porvenir” (ídem, col. 4). De las tres frases exhortativas, lo que la primera requería, el estudio de las costumbres, sería uno de los puntos centrales en la discusión sobre el carácter nacional de la literatura y marcaría, con distintas modulaciones, tanto las reflexiones como las producciones estético-literarias que en esos años sobrevendrían.

La indignación del vate romántico ante semejante lectura lo llevó a tomar la pluma y escribir, bajo la máscara de “Un verdadero amigo del autor”, la respuesta pública que Gutiérrez calificaría de inadmisibles. Vale la pena detenerse en ella, pues

⁷³ Recordemos que en la nota que acompañaba el volumen, Echeverría había escrito: “La poesía entre nosotros aún no ha llegado a adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad [...], preciso es [...] que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres y la expresión más elevada de nuestras ideas” (Echeverría, 1972: 716).

⁷⁴ A la luz, por supuesto, de la intervención posterior de J. M. Gutiérrez. La mediación de este último –cuya labor crítica e historiográfica resultó determinante en las orientaciones de la crítica ulterior– pudo silenciar el carácter controversial de esas primeras manifestaciones públicas. Es significativo, en este sentido, el modo en que la historiografía ha evaluado esa crítica inaugural. Arrieta, por ejemplo, parece no reparar en los aspectos negativos de la misma (Cfr. Arrieta, 1958: II, 50-53), como tampoco lo hace Weinberg en su reciente trabajo.

⁷⁵ *Diario de la Tarde*, n° 1041, Bs. As., 24 de noviembre de 1834, pág. 1, col. 4. Subrayado mío.

allí aparecen algunos aspectos decisivos que modulan y encuadran los presupuestos implicados en esta discrepancia. Echeverría comenzaba su respuesta dispensándose de tomar la pluma del crítico. Sin embargo, veremos que allí se exhibe uno de los aspectos centrales de esta discusión. Así se refería Echeverría a aquella reseña:

Después de un largo preámbulo, en el cual parece se ha propuesto Ud. trazar el cuadro de nuestra poesía, olvidando, en mi concepto, injustamente algunos poetas sobresalientes que desgraciadamente no existen ya, y a los cuales era más *lícito, que la crítica ofreciese un respetuoso recuerdo*, pasa Ud. a hablar de la obra que ha dado motivo a tan brillante inspiración, y asienta Ud. que nada hay nuevo en los *Consuelos*, porque ya antes poseía nuestra *tierna literatura, sublimes elegías y pindáricos cantos*.⁷⁶

Incómodamente colocado en el lugar de un tercero, toda la respuesta de Echeverría viene a poner en escena una disputa por el saber. Pero el saber aquí representado es antes el del crítico que el del poeta. Es sintomático, en este sentido, que el poeta llame “brillante inspiración” al artículo de Thompson, y que se arroge la autoridad para reconvertir la labor del crítico, que se mostró, según su juicio, injusto en sus razones. En lo que sigue, Echeverría descubre el nudo de esa contradicción:

Hubiera deseado que no hubiese puesto en cotejo intempestivamente sus producciones, con las de los poetas que le han precedido en la carrera, pues no es al Sr. articulista, a pesar de su magisterio, a quien toca pronunciar el fallo sobre su intrínseco y relativo mérito, sino a la pública opinión, y al tiempo, únicos jueces a quienes, como dijo un crítico de la Gaceta, deben su celebridad algunos poetas inmortales.

Lo que Ud., Sr. articulista, debió haber hecho a mi ver, para *desempeñar con lealtad y buena fe, la elevada misión de escritor público*, era, al hablar de nuestra poesía, hacer mención de los Lucas, Lafimeres [*sic*], Rodríguez, etc., compararlos entre sí, y adjudicarles coronas, ya que ha tomado Ud. a pecho el

⁷⁶ *La Gaceta Mercantil*, n° 3437, 27 de noviembre de 1834, pág. 2, col. 2. Subrayado en el original.

empuñar el cetro de la crítica, y el hacernos ver, que si no tenemos literatura no nos faltan al menos Jeffreys, St. Beuves, y La Harpes.⁷⁷

Varias cuestiones surgen de este pasaje. La primera tiene que ver con la función de la crítica. Más aún, con la disputa entre crítica y poesía –o crítico y poeta–, que se deja ver no sólo en las reconvenciones previsibles de Echeverría, sino, sobre todo, en las adjetivaciones utilizadas para ello que a pesar del tono irónico que las reviste, no dejan de ser significativas: “magisterio”, “cetro de la crítica” se combinan con esa otra forma ligada al estro poético: “brillante inspiración”. De hecho, el poeta devuelve la crítica con las mismas palabras utilizadas por el crítico: la *elevada misión de escritor* que exigía Thompson, aunque aquí sea matizada por su carácter *público*. Pero justamente, ese mismo carácter público era el que llevaba al crítico a reconvenir al poeta: no cantar a la muerte, sino a la esperanza... de la sociedad. Sobre el final, el tono irónico no hace sino exponer aún más esa reyerta: Thompson habría escrito su reseña no tanto para analizar la publicación del volumen cuanto para lucirse con su escritura crítica, demostrando que, si no hay literatura, sí existen en el Río de la Plata críticos como Jeffrey o Saint-Beuve.

En segundo lugar, es curioso que Echeverría reserve al juicio de la “opinión pública” el mérito o demérito de la obra literaria, puesto que esa opinión, en verdad, no consistía en otra cosa que en los comentarios como el de Thompson o los anteriores publicados en la prensa. El carácter ideológico de esa presunción se combina con un rasgo idealista: si para Echeverría, idealmente, es el público lector el encargado de fallar a favor o en contra de la obra poética, su concepción de ese público debería llevarlo a admitir que la de Thompson es, sin más, una manifestación de ese fallo. De modo que la separación entre público y crítica viene a reforzar el terreno emergente de las competencias en disputa y, sobre todo, su carácter endeble.

Por último, habría que resaltar el incipiente conato que esas divergencias manifiestan de la formación de saberes “autónomos”. Echeverría cita a Victor Hugo: “¿La obra buena o mala? He aquí la jurisdicción de la crítica” (ídem: pág. 2, col. 2). Sin embargo, el juicio del poeta puede, como lo muestra el propio Echeverría, anticiparse

⁷⁷ *La Gaceta Mercantil*, ídem.

al del crítico: “El autor de los ‘Consuelos’ ha conocido antes que Ud. la falta de literatura nacional, pues lo indica en su segunda nota” (ídem, pág. 2, col. 2). La disputa, como la ambigüedad de las competencias, es sumamente relevante en la instancia protocolar de definición del carácter nacional de la literatura. Los resultados de esa disputa indican que la crítica, por esos años, cobraba suficiente espesor pragmático como para inmiscuirse en la jurisdicción del poeta. Más, seguramente, de lo que el “genio” poético de Echeverría se permitía imaginar.

Efectivamente, casi tres años después, aparecía en el mismo *Diario de la Tarde* un “discurso crítico” sobre la obra de Echeverría, que incluía una reseña sobre la reciente aparición de las *Rimas*.⁷⁸ El artículo reproducía básicamente lo apuntado entonces por el escrito de Thompson, aunque de un modo en el que ya primaba, sintomáticamente, la reconciliación de los argumentos: renegaba de la poesía neoclásica,⁷⁹ celebraba la inclusión del paisaje y su tratamiento formal en *La cautiva* y declaraba, por último, su diferencia frente a las piezas líricas que Echeverría se había encargado de “salvar” en el último párrafo de su Advertencia, justificando precisamente su tono, dado que pertenecían a “la época de *Los consuelos*”.

Hay que aclarar que el discurso, publicado anónimamente los días 3 y 4 de octubre de 1837, pertenece a la pluma de Juan María Gutiérrez. La aclaración interesa sobre todo por el tipo de mediación que ejerció el amigo y biógrafo de Echeverría entre las posiciones encontradas de sus pares, y que se plasma categóricamente en su “discurso crítico”. Entre las líneas de ese texto es oportuno reponer ahora aquellas que portan un carácter programático. Dice Gutiérrez: “contéplense la pampa y nuestro río, estúdiense sus armonías y las escenas del desierto palpiten animadas en los productos de la mente argentina: máticense con las imágenes que allí abundan, para que campee la originalidad, condición esencial de las obras de imaginación si es que quieren suscitar el interés”.⁸⁰ Es indudable que los vectores de ese programa están

⁷⁸ Se publicó en el *Diario de la Tarde*, los días 3 y 4 de octubre de 1837, núm. 1879 y 1880, respectivamente.

⁷⁹ “Cansados estábamos ya de la Arcadia y de sus pastores; fatigados con el uso absurdo de una mitología a la que los últimos romanos ya no daban crédito”. *Diario de la Tarde*, N° 1879, martes 3 de octubre de 1837, pág. 1, col. 2.

⁸⁰ *Diario de la Tarde*, N° 1879, martes 3 de octubre de 1837, pág. 1, col. 3.

ahora mucho mejor definidos, y que el sentido de “originalidad” encuentra un reaseguro en las costumbres e imágenes del territorio, “la pampa y nuestro río”.

Característicamente, ese giro sigue la senda abierta por *La cautiva*; pero característicamente, también, en consonancia con la senda ya señalada tres años antes por Juan Thompson. El discurso de este último había instalado una cuestión fundamental: para que existiera originalidad y, como corolario, literatura nacional, era necesario hurgar en el pasado y en las costumbres del territorio, y para eso había que despojarse de los modelos foráneos (que, para Thompson, no sólo estaban representados por la estética neoclásica de antaño, sino también por la poesía introspectiva e intimista que dominaba en *Los consuelos*). Ahora bien, es posible suponer que esa visión programática de Thompson fuera representativa de una tendencia letrada grupal y que, dado que las manifestaciones críticas previas no atinaban a ponerla en discusión, éste se hubiera decidido a exponerla públicamente.⁸¹

Para ajustar esta hipótesis es necesario leer con atención el ensayo crítico de Gutiérrez, pues en él se expresa por primera vez la línea hegemónica de interpretación que colocará a *La cautiva* como el poema faro de esta generación.

El ensayo de Gutiérrez se propone analizar toda la obra publicada hasta esa fecha por el vate argentino. Comienza, entonces, por referirse a *Elvira*:

Elvira (digámoslo sin embozo) no pudo ser comprendida en nuestro pueblo: era una piedra preciosa; pero desconocida, avalorada por unos pocos. Nueva Ofelia, concepción mística y caprichosa, escapó a los sentidos y se desvaneció como una ráfaga o como un sueño. *Elvira* es una producción cuyo tipo no se halla en las literaturas que nos son familiares: parece nacida en los climas de Septentrión.⁸²

⁸¹ El siguiente pasaje de la respuesta de Echeverría es significativo al respecto: “Creo Sr. articulista, que en esto de críticas es preciso irnos muy a tuestas, y no lanzarnos a decir cuanto se nos pase por la imaginación, y cuanto nos hayan sugerido mal digeridas lecturas, o *amistosas conversaciones*”. *La Gaceta Mercantil*, n° 3437, pág. 2, col. 3. El subrayado es mío.

⁸² *Diario de la Tarde*, N° 1789, pág. 1, col. 1.

Y haciéndose eco de esa incompreensión, el crítico traslada a su prosa los pruritos de su lectura: “Por qué embarazar la atención en el desenvolvimiento de un suceso sencillo (cual es el amor desgraciado de los seres) con una forma exótica y complicada. He aquí los cargos que nuestra perezosa razón y pocas ideas artísticas dirigen a su autor; he aquí lo que sin duda preguntamos todos al ojear su poema en los días de su aparición” (ídem).

A pesar de esos cargos, Gutiérrez señala que la obra “prometió un poeta puramente artístico”, es decir, un poeta que “juzga y calcula” los efectos de su pieza, y que puede desenvolver técnicamente su arte de manera autónoma. La mención de esta “promesa” es importante pues en la versión retrospectiva de Gutiérrez *Elvira* es el germen de lo que va a venir y *Los consuelos*, antes que las *Rimas*, su confirmación. De hecho, lo que Gutiérrez comprueba en *La cautiva* es válido también para *Elvira*. El poeta, dice Gutiérrez, “guiado por la estética que él se ha fraguado, arregla y distribuye sus cuadros; pone a aquel personaje en el fondo sombrío, a ése a la luz viva y llena: da a uno una voz bronca y disonante, a otros un acento armonioso y tierno; un poeta nacido para el drama”.⁸³ Lo que acabo de citar bien podría definir el tipo de representación que ofrece *La cautiva*; sin embargo, el crítico se refiere allí a *Elvira*.

Esta operación nos presenta a un poeta que ya desde su primera obra manifiesta un aguda competencia y al que le bastará tender la vista a su alrededor –imagen, ésta, cristalizada por Sarmiento en un famoso pasaje del *Facundo*– para dar inicio a los portentos de la poesía nacional.⁸⁴ Imagen romántica, por cierto. Hay por lo menos dos momentos claves en esa operación: el primero, la referencia del ensayo a la recepción crítica de *Los consuelos*; el segundo, la reevaluación que ejerce el ensayista de ese volumen.

Sobre el primer aspecto, al referirse entonces a la aparición de *Los consuelos*, dirá Gutiérrez: “Buscábamos una poesía que no consistiera en palabras, y una filosofía

⁸³ *Diario de la Tarde*, N° 1789, pág. 1, col. 3.

⁸⁴ Producto de esa imagen, Weinberg (2006: 59-60) llega a inferir que por los años en que Rosas volvía de su “campana del desierto”, es decir, entre 1832 y 1833, Echeverría “estaba bosquejando” su poema *La Cautiva*. No hay ningún indicio cierto al respecto y, por lo demás, la crítica suele ubicar ese “bosquejo” en el carácter ensayístico de las *Cartas a un amigo*, presumiblemente escritas en 1836 (en las páginas que siguen veremos que el poema incluido en ese ensayo fue publicado en *El Recopilador*).

sin afectación ni pedantismo. Hallamos todo esto en los *Consuelos*, y los elogios resonaron en las prensas y *en la boca de todos*.⁸⁵ Deliberadamente, Gutiérrez silencia el episodio controversial de aquella recepción. Ahora bien, si tal silenciamiento sólo es posible desde una mirada retrospectiva, ello se debe, fundamentalmente, al hecho de que esa mirada se apoya en una derivación ya consumada: la construcción literaria del paisaje rioplatense en *La cautiva*. Es notable, en este sentido, el esfuerzo que realiza el ensayo de Gutiérrez por equilibrar la producción de Echeverría (aspecto que se nota incluso por el espacio material dedicado a cada uno de sus libros). Es decir, Gutiérrez no necesita encomiar –o “defender”– las *Rimas*, puesto que a partir de ellas *La cautiva* viene a confirmar aquello que los programas y las discusiones sobre literatura nacional procuraban instalar.

En la lectura del poema que ofrece Adolfo Prieto puede inferirse un aspecto de lo que venimos tratando. Al revisar la interpretación que supone que la visión condenatoria del indio vendría a contradecir, categóricamente, los supuestos románticos de “la armonía de la naturaleza” y el “noble salvaje”, Prieto plantea: “Pero si se admite que el romanticismo del poema [...] es la versión del romanticismo ajustada a la práctica de los viajeros de las primeras décadas del siglo XIX, la contradicción parece menos categórica, y en último análisis, inexistente” (2003 [1996]: 152). Esa admisión, dice Prieto, resulta difícil de fundamentar en declaraciones explícitas, ya sea en el mismo poema (cuyos epígrafes no incluyen, como sí lo hace el *Facundo* de Sarmiento, a ninguno de los nombres de los viajeros), o bien en los comentarios críticos sobre el mismo. Sin embargo, continúa el crítico, ello se debe a una suerte de “consigna disciplinaria” de los intelectuales porteños, que no veían con agrado las distorsiones que ofrecían ese tipo de relatos e incitaba, entonces, al ocultamiento de esas fuentes. Ahora bien, esta lectura, por demás incisiva, deja sin embargo de lado las discusiones sobre las concepciones y presupuestos estéticos que, en sus conjeturas programáticas, tal vez hayan funcionado con igual o mayor potencia “disciplinaria” que dicha consigna.

⁸⁵ *Diario de la Tarde*, N° 1789, pág. 1, col. 3.

Es curioso que Prieto, al citar el texto de Gutiérrez del que venimos hablando, contribuya a cristalizar el “carácter inaugural” de *La cautiva* iniciado por ese ensayo. Es decir, su lectura asume la consagración del poema que *se efectiviza en ese escrito*, haciéndole decir lo que el texto presupone pero no dice. Así enuncia Prieto la operación de Gutiérrez en ese artículo: “El poema era, para Gutiérrez, una efectiva cristalización de los atisbos programáticos anunciados por Echeverría en *Los consuelos*” (ídem, 154). En realidad, Gutiérrez no dice exactamente eso. Por el contrario, atribuye la “inauguración” de una literatura nacional a los pocos poemas de *Los consuelos* que confirmaban, aunque precariamente, la dirección señalada por el poeta en su “Advertencia”. Decía Gutiérrez:

Los *Consuelos*, a más, dejaban traslucir una idea, que hoy ha echado raíces en el suelo siempre fértil de las inteligencias cultivadas. *Layda*, el *Regreso*, el *Clavel del aire*, reflejaban un tanto, o por mejor decir dejaban entrever, ya en el fondo ya en lo accesorio, la fisonomía peculiar de nuestra naturaleza: *el poeta había mirado en torno suyo*, y encontrado poesía donde antes no la hallábamos (ídem [subrayado nuestro]).

Y aún agregaba: “Más claro: la idea de una poesía nacional, tuvo su aurora en las páginas de los *Consuelos*, y el autor expresa allí en una nota su manera de concebirla” (ídem). A continuación, el crítico citaba el pasaje de la “Advertencia” en el que se enuncia el famoso programa echeverriano sobre la poesía nacional.

La reproducción y coronación de ese programa que Gutiérrez ejerce con las palabras que hemos citado más arriba (“contéplense la pampa y nuestro río, estúdiense sus armonías y las escenas del desierto”) podrían hacernos sospechar que su inscripción en la famosa advertencia de *Los consuelos* es, antes que nada, producto de esas “amistosas conversaciones” que mencionaba Echeverría en su respuesta pública. Es decir, que esa famosa nota que acompaña el volumen *Los consuelos* no fuera una inspirada reflexión del vate que miró en torno suyo, sino, con más probabilidad, el registro de un programa que por entonces estaba siendo socializado y al que Echeverría, oportunamente, acudiría en beneficio de su autoridad como poeta.

El comentario de Gutiérrez que sigue en su ensayo al pasaje citado de la “advertencia” es suficientemente elocuente: “Dijo en esto [Echeverría] una acertada e incuestionable verdad, de aplicación inmediata en parte, de aplicación remota en lo demás; señaló el principio y el término de un camino, que sin duda se andará en adelante no sólo en poesía, sino también en los demás ramos de la literatura y de las artes.”⁸⁶ ¿Quién, en definitiva, “señaló el principio y el término de [ese] camino”?

El hecho de que sea válido tanto para la poesía como para “los demás ramos de la literatura y de las artes”, demuestra que, en verdad, ese camino representaba una tendencia consustanciada con lo que había propuesto Thompson tres años antes; tendencia, además, que Thompson no veía en aquel momento plasmada en *Los consuelos*. Que la crítica de Thompson haya sido silenciada por Gutiérrez cuando esa tendencia se comprobaba efectivamente con *La cautiva* contribuyó, sin dudas, a la consagración del poema que por entonces mejor podía capitalizarla; que no estaba en *Los consuelos*, o que sólo aparecía enunciada pero no lograda en los poemas de ese libro, y que, además, esa tendencia se confirmaba aunque sólo de manera sesgada con *La cautiva*, lo demuestran las publicaciones periódicas de la época.

Vale la pena, en este sentido, volver a citar un fragmento del ensayo que Gutiérrez dedicó a Echeverría. Luego de exhortar a buscar la originalidad de la literatura en las escenas de la pampa, agregaba Gutiérrez lo siguiente:

Mas, no diremos de igual modo, en cuanto a nuestra naturaleza moral y social: es decir, en cuanto a nuestras pasiones y costumbres, porque éstas ni medias tintas prestan al poeta para colorear sus cuadros. Un pueblo mercantil [...] cuyas costumbres son las mismas del mundo civilizado, cuyos hábitos y trajes a cada hora, a cada instante llegan en las naves que tocan el puerto; no puede dar materiales a la poesía ni herir fuertemente la imaginación del bardo.

⁸⁶ *Diario de la Tarde*, N° 1789, pág. 1, col. 3.

Un año antes –es decir, antes también de que Echeverría escribiera *La cautiva*, y por la misma época en que el vate romántico ensayaba su descripción del paisaje criollo en las *Cartas a un amigo* y publicaba su costumbrista versión del matambre argentino–, el mismo Gutiérrez, en un ensayo que analizaremos en las páginas que siguen, escribía:

La ilustración borra de la fisonomía de los pueblos todos los rasgos originales, porque su tendencia es la de reducir a los hombres a una sola familia y traerlos a un mismo modo de pensar, de proceder y de vivir [...] Pero las modas y las pestes huyen de los campos: allí la ley de la necesidad dictó las formas del traje, y tal cual es y ha sido, permanecerá mientras el hombre identificado con el caballo necesite soltura en los miembros y agilidad en los movimientos [...] Jóvenes una mina inagotable de originalidad tenéis bajo las plantas: los que deseáis escribir con independencia de las trabas que imponía un gusto caduco y apocado, buscad en vosotros mismos y en la naturaleza que os rodea, los rasgos de nuestra fisonomía y retratadla. (*El Recopilador*, Buenos Aires, N° 3, 1836)

En esas últimas líneas está latente el programa propuesto en la reseña crítica de Thompson. El poeta debía buscar en sí mismo y, *a la vez*, mirar en torno suyo. Doble movimiento que, efectivamente, el poema de Echeverría sobre el “desierto” cumplía.⁸⁷ Pero en esa viñeta inaugural, el paisaje se ha desplazado hacia el gaucho y sus costumbres. Las costumbres de los habitantes de la pampa argentina se ofrecen al

⁸⁷ En la segunda entrega del ensayo de Gutiérrez, dedicada a *La cautiva*, existe un pasaje significativo en relación a ese doble movimiento. Sobre el tema de la pasión, o el sentimentalismo exacerbado, el ensayista afirmaba: “Esta pasión (el amor) que siempre predomina en la obra de todo poeta, se halla expuesta a rayas en trivial, o a extrañarse en el sentido moral, cuando no la concibe una razón filosófica y no la siente un corazón elevado. El amor en María, es una centella que a infundirle de virtud y fortaleza, se ha desprendido de los cielos: ella es fuerte porque ama: tiene esperanza y fe porque ama: el amor orienta su vida y guíala en todas sus acciones por un camino que deja señalando con luz vivísima y hermosa. Mientras el poeta no vea en el amor una predestinación y la aleje de los sentidos para acercarla al alma, sus personajes serán como el D. Juan de la tradición, dignos del infierno, dignos sólo de ser estimados por inteligencias depravadas.” (*Diario de la Tarde*, N° 1880, pág. 1, cols. 1 y 2).

mismo tiempo como fuente y como prácticas destinadas a la doble domesticidad de la letra ciudadana: la pampa, aquí, (¿como quería Echeverría?) es tierra promisoría para las letras nacionales.

3. 4. 2. De la literatura de viaje a los cuadros de costumbres

Viajar es leer; pero desgraciadamente los viajes son libros muy voluminosos y de alto precio para el mayor número de las personas. Los periódicos obvian en el día este inconveniente, pues el litógrafo transporta a sus páginas y a poco costo los pueblos y los palacios del orbe y el redactor sirve de guía a los lectores que quieren visitarlos.⁸⁸

Las peculiaridades patrias, la originalidad de costumbres, que constituyen quizá el único padrón de nuestra tendencia nacional, desaparecen rápidamente bajo la lima extranjera.⁸⁹

¿Cómo se conecta aquella crítica inicial de Thompson con las discusiones sucedáneas en torno a la idea de “literatura nacional”? ¿Qué concepciones fraguaron la materia que permitiría establecer los parámetros de una estética diferencial, cuyo resultado había sido en parte logrado con *La cautiva*? Y, por último: ¿qué tipo de operaciones realizan los escritores al ensayar en las páginas periódicas textos encaminados a codificar literariamente lo que sus prédicas postulan? En las páginas que siguen indagaremos los modelos retóricos y literarios con los cuales y frente a los cuales la élite letrada perfiló los protocolos de una tradición (literaria) nacional, los modos en que fueron apropiados, discutidos y reelaborados algunos de los tópicos fundamentales del romanticismo europeo –entre ellos, el de originalidad y el de exotismo como particularidad cultural– y el tipo de representación literaria que esa reelaboración presupone. Antes, sin embargo, es preciso explorar las tendencias culturales y literarias implicadas en esa trama peculiar de símbolos y representaciones, constituyentes, según Quentin Skinner, de la subjetividad de una época (2007 [1972]: 184).

⁸⁸ *El Recopilador*, N° 2, 1836, pág. 16, col. 2 [extraído del *Magasin Pittoresque*].

⁸⁹ Joaquín Blest Gana, en *La Revista de Santiago*, Tomo II, 1848, pág. 59 (Silva Castro, 1969: 70).

Como observó Mary Louise Pratt (1997 [1992]), hacia fines del siglo XVIII los viajes de exploración interior y exterior de los límites nacionales europeos comenzaron a acrecentarse augurados tanto por un ideal de conocimiento como por las expectativas de intereses económicos de las principales potencias; acrecentamiento estrechamente ligado al nuevo orden mundial representado en parte importante por el destino de las ex-colonias americanas. La literatura de viaje, ligada por entonces cada vez más a una percepción cultural subjetivista, exploraría una serie de recursos narrativos que, en la estela de la *Naturphilosophie* de tradición alemana, se consagraría hacia principios de siglo, acompañando el interés por el registro de las distintas culturas del globo.⁹⁰ Ese tipo peculiar de trama narrativa –en donde la frontera entre las diversas esferas del saber permanece lábil– tuvo su consagración en la pluma del naturalista germano Alexander von Humboldt quien, como explica Pratt, popularizó con sus *Cuadros* las imágenes que determinarían “la representación metonímica estándar” de América del Sur.⁹¹

En relación con esa novedosa fórmula narrativa, cabe recordar que ya en sus *Tableaux de la nature* (1808) Humboldt reflexionaba sobre el tratamiento estético de los objetos naturales, anticipando de algún modo lo que después se convertiría en una fórmula descriptiva consagrada.⁹² Vale la pena detenerse brevemente en esas reflexiones. En el prólogo de sus *Tableaux*, el naturalista apuntaba:

Esta aplicación de la estética a los objetos de la historia natural ofrece, a pesar de la energía y la flexibilidad de la lengua alemana, grandes dificultades de composición. La riqueza de la naturaleza invita a acumular las imágenes, y esta acumulación turba la calma y la impresión general del cuadro. El estilo

⁹⁰ Una interesante lectura de los paradigmas de representación científica –morfología alemana y cartografía inglesa– en relación con la descripción del territorio rioplatense durante el siglo XIX puede consultarse en: Silvestri (2005: 225-243).

⁹¹ Pratt subraya la fuerza de esas imágenes en la reconstrucción ideológica del nuevo mundo: “Hasta revive –dice la autora– el rótulo de ‘Nuevo Continente’, como si los tres siglos de colonización europea no hubieran sucedido o no hicieran diferencia alguna” (Pratt, 1997: 225).

⁹² Humboldt publicó sus *Tableaux* (*Cuadros*) en 1808, en francés y en alemán, antes de dar a la imprenta su monumental *Voyages aux régions équinoxiales du Nouveau Continent* (París, 1809-1824).

hecho para servir a la expresión de los sentimientos y de la fantasía degenera a menudo en declamaciones poéticas. (Humboldt 1851 [1814]: IX-X).⁹³

En otras ocasiones volverá Humboldt sobre las dificultades que plantea ese nuevo estilo de composición que requiere un esforzado equilibrio entre las apreciaciones estéticas y la descripción naturalista (así, por ejemplo, en el *Préface* de la segunda y tercera ediciones de sus *Cuadros*).⁹⁴ Frente al intento de contravenir esas “declamaciones poéticas” en una prosa que debe permanecer en las lindes de la estampa objetivista, lo que subyace en la reflexión de este pasaje es la idea de una naturaleza exuberante que fagocita la acumulación de imágenes. Las imágenes turban la calma, y el estilo deviene poesía. Ante la exuberancia de una naturaleza tan “rica” como desconocida⁹⁵, la propensión a una “unidad de composición” –es decir, un ensamble estilístico que vendría a responder a ese tan novedoso como complejo “arte de dar cuenta de la naturaleza”⁹⁶– abarcaría entre sus elementos el exotismo que en Europa había comenzado a orientar la búsqueda de distintos escenarios, con valores culturales diferentes, bajo el afán de documentar el proceso de nacionalización de diversos países y regiones.

⁹³ En todos los casos, salvo indicación, la traducción me pertenece.

⁹⁴ “La alianza de preocupaciones literarias y de un objetivo puramente científico, el deseo de controlar [*d’attecher*] la imaginación y de enriquecer la vida con ideas y conocimientos nuevos, hace muy difícil ordenar las diferentes partes y satisfacer la exigencia de unidad de composición” (Humboldt, 1851 [1826]: XII).

⁹⁵ La fuerza de esa imagen en la que la naturaleza americana aparecía consignada como fuente de riquezas cobró una temprana orientación criolla bajo el impulso del proyecto independentista. Desde Londres, el caraqueño Andrés Bello –quien, por otra parte, acompañó a Humboldt en una de sus expediciones por Venezuela– daba a luz en la revista *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura* paralelamente a sus traducciones de Humboldt su “Alocución a la poesía”, fragmento de un poema mayor al que proyectaba titular *América*. Luego publicaría, en *El Repertorio Americano* (1826), “La agricultura de la zona tórrida”, donde América aparecía no ya como territorio de explotación minera, sino agrícola. Sobre este tema volveremos en el capítulo 4.

⁹⁶ La idea de “unidad de composición” está presente en el prefacio de Humboldt a sus *Cuadros* (véase nota 8). Saint-Pierre, en una carta “Sobre los viajeros y los viajes”, adjunta a su relato de expedición a Madagascar (*Voyage a L’île de France*, 1773), sostenía: “El arte de dar cuenta de la naturaleza es tan nuevo que los términos mismos no han sido inventados” (citado por Prieto, 2003 [1996]: 13).

En ese proceso, como ha demostrado convincentemente Prieto, la retórica de esa particular combinación alentaría las efusiones subjetivistas de aquellos viajeros que recorrieron el Río de la Plata en etapas posteriores, apoyando en muchos casos sus escritos en *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, de Humboldt.⁹⁷ En el uso de las imágenes consagradas por la prosa de Humboldt se hallan varias extrapolaciones que, de modo sorprendente, configuran un sedimento simbólico-discursivo que desempeñará un rol fundamental en el imaginario letrado rioplatense; la imagen de la pampa como un océano es quizá una de sus proyecciones más evidentes.⁹⁸

Ahora bien, lo interesante es, más que detenerse en el despliegue de un recurso de autoridad discursiva –digamos, el uso excesivo o anómalo que esas escrituras ejercen citando al modelo–, atender al tipo de descripción que esa fórmula retórica implica. Porque en ese modelo de configuración textual, el carácter exótico del objeto “retratado” suponía, al mismo tiempo, la idea de una singularidad cultural que no sólo podía ser recuperada (o fijada) por medio de la escritura, sino incluso creada (o alentada) por ella. En este marco, resulta imprescindible incorporar aquí una reflexión sobre la otra vertiente que por la misma época emerge en consonancia con esa retórica descriptiva: el género costumbrista.

Como se sabe, el origen del costumbrismo está vinculado al desarrollo de la prensa periódica europea a principios del siglo XVIII. En Inglaterra, el periódico *The Spectator* de Addison, publicado entre 1711 y 1714, se convirtió en un modelo prestigioso para aquellos escritores que, como Mesonero Romanos un siglo después,

⁹⁷ Las firmas más destacadas de esa segunda etapa expeditiva son las de Francis Bond Head, Joseph Andrews y Edmond Temple, cuyos respectivos relatos elaboraron una imagen del país de gran incidencia en la imagen que empezaban a proyectar los letrados románticos locales. Head, F. B. *Rough Notes Taken During Some Rapid journeys Across the Pampas and Among the Andes*, de 1826 y *Reports on the Failure of the Rio de la Plata Mining Association*, de 1827; Andrews, J. *Journey from Buenos Ayres Through the Provinces of Cordova, Tucuman, and Salta to Potosí...*, de 1827; Temple, E. *Travels in various Parts of Perú. Including a Year's Residence in Potosí*, de 1833.

⁹⁸ Las sugerencias de esa “apropiación” están en la base del estudio de Prieto (2003 [1996]). Como se sabe, el territorio del Río de la Plata no fue recorrido por la expedición de Humboldt y Bonpland. En relación con el tópico paisajístico de la “pampa como un mar”, Silvestri ha destacado recientemente, antes que los escritos humboldtianos, la función de las cartografías inglesas (2005: 233ss).

combinarían la prosa pasatista con objetivos y tendencias moralizantes. Sin embargo, fue recién después de la Revolución Francesa que el costumbrismo llegó a constituirse como género, incorporando definitivamente los cambios que el nuevo diagrama de la cultura europea imponía. El más importante de éstos resultó ser el pasaje de un ensayismo de corte ilustrado a la descripción de costumbres nacionales, pasaje sin duda vinculado al incremento de una tendencia subjetivista en la literatura de viajes y al interés de un público metropolitano fogueado en la lectura de revistas y periódicos (Pérez Vidal, 1997: LII). En efecto, los estudios más autorizados sobre costumbrismo, Correa Calderón (1950, 1957), Fernández Montesinos (1960), Kirkpatrick (1978), Herrero (1978), coinciden en que esos cambios están estrechamente relacionados con el desarrollo mercantil y al auge de la prensa de fines del XVIII. De hecho, uno de los rasgos que definen al género es su acotada extensión, acorde con su inserción en las páginas periódicas. No nos detendremos en la doble vertiente del género: la una, crítica y satírica, la otra, ponderativa o descriptiva (es decir, materias morales o físicas), cuyos epítomes españoles serían Larra y Mesonero Romanos, respectivamente. Señalaremos, en cambio, un complicado ensamblaje en el que debe insertarse la discusión sobre literatura nacional tanto en el Río de la Plata como en Chile: la relación, por un lado, entre costumbrismo y narrativa de viajes y, por el otro, entre esa materia textual o discursiva y los programas del nacionalismo (o romanticismo) literario sudamericano.

En ese ensamblaje la prensa periódica cumple un rol determinante. En su condición de fenómeno tanto de expansión como de objetivación de esa trama textual en la que confluyen dispares autoridades discursivas, el periódico proveía una plataforma singular, que se singularizaría aún más al comenzar a explotar la cultura de la imagen, que en Europa propagaría las nuevas técnicas tipográficas, como el grabado en madera de boj, o el grabado en acero.⁹⁹ En Sudamérica, sin embargo, la técnica de mayor utilización hasta mediados de siglo fue la litografía, novedoso instrumento que

⁹⁹ Sobre estos avances tecnológicos, cfr. Frédéric Barbier, "L'industrialisation des techniques", en Roger Chartier (1990). Un buen resumen sobre la cultura de la imagen en los periódicos rioplatenses en: Szir, "De la cultura impresa a la cultura de lo visible", en: www.bn.gov.ar

ingresaría al Río de la Plata en la década del 30 y en Chile una década después.¹⁰⁰ Los trabajos de los dibujantes a partir de entonces se incorporarían al incipiente mercado de la circulación impresa, estableciendo una ampliación del registro discursivo en la que lo visual interactuaba con lo textual y establecía, por lo tanto, nuevos parámetros de lectura.¹⁰¹ Así, un costumbrismo iconográfico se iría desarrollando parejamente con el costumbrismo de la prensa periódica.

El interés por las costumbres, caracteres y modos de vida que tanto significado tuvo en las concepciones naturalistas de Humboldt, orientó asimismo los trabajos de conocidos científicos y artistas, pintores y litógrafos europeos que realizaron una labor de exploración y “representación” de las diferentes regiones y culturas sudamericanas. Entre los más destacados debe mencionarse al bávaro Mauricio Rugendas, al británico Essex Vidal, a los franceses Alcide D’Orbigny, Claudio Gay¹⁰², Augusto Quincac Monvoisin, Carlos Pellegrini, Juan Douville y al suizo Hipólito Bacle, entre otros.¹⁰³ Sin detenernos en el análisis de sus obras, cabe resaltar sin embargo que la disposición

¹⁰⁰ La litografía llegó a Buenos Aires desde Francia de manos de Juan Bautista Douville y del conocido litógrafo suizo César Hipólito Bacle, entre 1826 y 1827. Este último fue el primero en publicar periódicos ilustrados, entre ellos el *Museo Americano* y *El Recopilador*, sobre el cual nos detendremos en las páginas que siguen. Cfr. Buonocore, 1973: 16-19. En Chile, las empresas litográficas comienzan a desarrollarse recién en la década de 1840, bajo los auspicios de impresores y tipógrafos como Santos Tornero y Manuel Rivadeneyra (Cfr. Subercaseaux, 1993: 67ss.).

¹⁰¹ Como sostiene Sandra M. Szir, “Analizar las publicaciones periódicas como productos culturales complejos resultado de un proceso colaborativo intelectual, material y técnico implica asimismo atender tanto a los contenidos como a su calidad de objetos materiales, es decir, sus formas discursivas y gráficas. De modo que los objetos impresos son considerados aquí como discursos en sí mismos en los cuales lo visual conquista terreno, interactuando con lo textual” (p. 3).

¹⁰² La empresa historiográfica y científica del naturalista francés en Chile tuvo una enorme relevancia para la época. Contratado por el gobierno de Portales en 1830 para estudiar la flora, fauna y geografía del país, finalmente sus tareas se extendieron durante dos décadas, dando lugar a la monumental *Historia física y política de Chile*. (Sobre la figura de Gay volveremos al estudiar el problema historiográfico).

¹⁰³ En su *Monumenta Iconographica*, que recoge los grabados, pinturas, óleos y litografías desde el viaje de Ulrico Schmidel hasta mediados del XIX en el Río de la Plata, Bonifacio del Carril pasa revista a las trayectorias y obras de los distintos pintores, litógrafos y dibujantes que realizaron su labor en América. Véase especialmente al apartado “El tiempo de Rosas” (Del Carril, 1964: 69ss.).

general que las engloba es la de un costumbrismo vernáculo en donde el *cuadro* exotista y organicista de impronta romántica domina la representación plástica.¹⁰⁴

En la confluencia de texto e imagen el género costumbrista hallaría una expansión en las descripciones tipológicas, configurando a través de la palabra escrita la descripción de circunstancias o escenas que los grabados vendrían a subrayar visualmente. Las ilustraciones, entonces, se presentaban como una representación iconográfica de lo que el texto trataba de transmitir a través de descripciones localizadas.¹⁰⁵ En esa particularidad discursiva, el sentido pictórico disponía un tipo de

¹⁰⁴ Son por demás conocidas las pinturas de Essex Vidal y Carlos Pellegrini sobre algunas escenas características de la época en Buenos Aires, como *El matadero*, *El Saladero*, *La Recova* o *El Puerto*. Los cuadernos con las famosas litografías de Bacle, publicados en 1833 con el célebre título de *Trages y Costumbres de la Provincia de Buenos Aires*, permanecen en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional, Argentina. Entre ellas sobresalen las del *Gaucha*, el *Lechero*, la serie de las *Señoras porteñas*, entre cuyas representaciones una litografía resalta la moda de las exuberantes peinetas que usaban las mujeres de la clase acomodada de la ciudad. Algunas de esas láminas pueden verse en Del Carril (1964). El pintor francés Monvoisin pasó por Buenos Aires y llegó a Chile a principios de 1843, donde fundaría una Escuela de Pintura. Sobre las características estéticas de su obra puede citarse este comentario de Antonio R. Romera: “El romanticismo en Monvoisin está enriquecido por distintos aportes. No es tampoco el suyo un romanticismo puro. Está entreverado de elementos espurios y con frecuencia deja aflorar las vetas de otras normas. Es indudable que en el pintor se unen tres cauces suficientes para impedir que alguno de ellos, por su diversidad respectiva, predomine jerárquicamente” (Romera, 1951: 45). De las pinturas de Rugendas se han hecho múltiples ediciones y son más que conocidos sus trabajos costumbristas relativos al Río de la Plata y Chile. Recientemente, en el marco de su tesis doctoral, Alejandra Mailhe ha analizado las representaciones plásticas del Brasil en la primera experiencia con el “nuevo continente” del artista bávaro, subrayando la tensión entre el modelo romántico de representación exotista (bajo el cual Rugendas aborda la culturas indígenas como esencias “incontaminadas” y arcaicas que intervendrían desde su otredad en la formación de la identidad nacional) y el mundo de los esclavos negros que desestabiliza las convenciones miméticas, obligándolo a transgredir los límites de visibilidad estética en procura de captar los efectos de la esclavitud desde una perspectiva ética. Sin embargo, esa imposibilidad se trasluce, como apunta Mailhe, en la oscilación de los códigos representacionales, sólo salvables en las cómodas mallas de “un exotismo reduccionista y superficial” (Cfr. Mailhe, 2003: 65-75).

¹⁰⁵ Sarmiento, siempre atento a los modos de ampliación del público lector, apelaría a la imagen litográfica desde el recién fundado periódico *El Progreso*. En su cuarto número, bajo el auspicioso título de “Litografía”, el sanjuanino ironizaba respecto a la novedad tipográfica, dada la mala calidad de la misma, en los siguientes términos: “en toda tierra de garbanzos se hacen láminas para ilustrar el artículo, y nosotros hemos hecho el artículo para ilustrar la lámina; porque ha salido tan descolorida que es necesario mirarla con el lente del comentario” (*El Progreso*, N° 4, 14 de noviembre de 1842, pág. 1, col. 1). La lámina, que representa a dos personajes de la alta sociedad, vestidos de frac, galera y bastón, acompaña en el sector del folletín al artículo “Fisiología del paquete”.

escritura escenográfica, que empalmaba muy bien con la prosa descriptiva del costumbrismo y de los cuadros (*tableaux*) tan ponderados de la literatura de viajes. No es casual que los escritos más populares de Humboldt llevaran por título *cuadros [de la Naturaleza]* o *vistas [de las Cordilleras]*, ni que esta última obra haya aparecido originariamente como un atlas cuyo título, *Atlas Pittoresque*, se inscribía en la tendencia del pintoresquismo costumbrista que una década más tarde dominaría las empresas editoriales bajo la exitosa fórmula editorial de trasladar al ámbito doméstico los escenarios más remotos del orbe, tal como consigna el epígrafe del *Magasin Pittoresque* que encabeza este apartado.¹⁰⁶

Quizás la mejor manera de exponer la emergencia de esta particular interpenetración de géneros sea recurriendo a la caracterización que el propio Larra hizo del fenómeno cuando evaluó el *Panorama Matritense* de Mesonero Romanos:

Acumulado el movimiento social en las capitales, pudo existir entre la fisonomía de una provincia y de aquéllas la misma diferencia que entre una y otra nación, y otros escritores se dedicaron a publicar cuadros de costumbres de las provincias; pero sometida esta idea, como toda idea humana, a la exageración [...] las naciones más adelantadas no se contentaron ya con observarse a sí propias y bosquejarse, sino que asomaron el lente observador sobre los vecinos, hasta sobre países remotos, y un diluvio de descripciones de costumbres inundó la literatura con título de viajes, paseos, ojeadas, novelas, cartas, etc.¹⁰⁷

Es sugerente la expresión que elige Larra para hablar de la expansión del género: “un diluvio de descripciones costumbristas”. Más aún, la metáfora del diluvio y la inundación es sintomática de esa interpenetración genérica –Larra habla de literatura de viajes, ojeadas, novelas, cartas, como si todos los géneros cayeran bajo la rúbrica

¹⁰⁶ El *Atlas pintoresco* de Humboldt incluía 69 grabados y fue publicado como complemento a su *Tableaux de la nature*. El *Magasin Pittoresque* comienza a publicarse en 1833 a imitación de la *Penny Magazine* inglesa. En el ejemplo de la revista francesa se basará Mesonero Romanos al publicar su *Semanario Pintoresco Español*, en 1836 (Correa Calderón, 1950: XCIII; Seoane, 1983: 168).

¹⁰⁷ “Panorama Matritense”, en *El Español*, 1836 (Pérez Vidal, 1997: 541).

dominante del trazo costumbrista. “Tales producciones”, había dicho un poco más arriba, “no hubieran tenido oportunidad [...] no contando con el auxilio de la rapidez de la publicación. Los periódicos fueron, pues, los que dieron la mano a los escritores de estos ligeros cuadros de costumbres” (ídem). En líneas generales, esto mismo es lo que repetirá la crítica sobre el género.

Entre las indagaciones más interesantes sobre los componentes ideológicos del costumbrismo se sitúa la que Susan Kirkpatrick dedicó al género español. Esta autora sostiene que “lo que es vendido por la prensa periódica es una imagen de la realidad que el público lector está interesado en consumir” y que “los modelos extranjeros vinieron de países donde el triunfo del capital y la burguesía era para muchos españoles la imagen de su propio futuro deseado; los artículos de Jouy [Victor-Joseph Etienne, autor del influyente *L’Hermite de la Chaussée d’Antin...*] seguramente fueron tomados como una indicación de los gustos y los intereses del consumidor/lector en una nación modernizada del tipo que España, por primera vez, podría previsiblemente convertirse” (Kirkpatrick, 1978: 31). Por lo tanto, del mismo modo en que una convención paisajística estructurada en la racionalidad burguesa metropolitana definiría las representaciones pictóricas y pintoresquistas de la época, el costumbrismo literario explotaría los rasgos sobresalientes de esas convenciones para trasladar una determinada idea de cultura y de nacionalidad al público lector con el cual se identificaba.¹⁰⁸

La relevancia de los cuadros de costumbres en la literatura hispanoamericana ha sido señalada en múltiples oportunidades, y algunos estudios se concentraron en analizar la potencial mixtura entre el género y otras formas narrativas, como el cuento

¹⁰⁸ Al respecto, dice Kirkpatrick: “Podríamos comenzar con la paradoja contenida en la articulación de nuestros dos costumbristas [se refiere a Mesonero y a Larra] de nación y clase: por un lado, el carácter compartido nacional y la realidad son representados como superando divisiones de clase para proporcionar una identidad común unificada, pero por el otro, es concebida en la imagen de una clase particular, la clase media. El alcance en que era posible para un costumbrista en este período confrontar esta paradoja, reajustar sus términos o evitarla, define lo que podría llamarse el horizonte ideológico del escritor y el público, la línea que marcó los límites impuestos por varios factores de vida social sobre el conocimiento de clase media.” (Kirkpatrick, 1978: 35-36)

o la novela.¹⁰⁹ Se sabe, en este sentido, que en algunos países las estampas costumbristas saturaron el ámbito de la producción literaria. Pupo-Walker recuerda en este sentido lo que Sanín Cano señalaba sobre Colombia: “Hubo una época tiranizada por el cuadro de costumbres” (Pupo-Walker, 1978: 7). Notablemente –o mejor, previsiblemente– esa época corresponde con el auge del romanticismo: “la ola romántica trajo entre nosotros la boga del cuadro de costumbres”, afirma el colombiano.¹¹⁰

En el Río de la Plata, particularmente, la temprana presencia de artículos de costumbres ha sido investigada por Paul Verdevoye (1994), quien dio cuenta de la circulación en los periódicos bonaerenses y montevideanos anteriores a 1834 de las firmas más afamadas del costumbrismo europeo, como Jouy [Etienne], Mesonero Romanos, Larra, e incluso Addison, a través de extractos de *The Spectator* realizados por la prensa inglesa de Buenos Aires.¹¹¹ En Chile el género costumbrista comienza a cobrar espesor recién con el crecimiento de la prensa cultural a mediados de 1840, acompañado a su vez por el continuo ingreso de folletines extranjeros, y llegará a

¹⁰⁹ Un panorama general puede hallarse en “La narrativa breve en Hispanoamérica: 1835-1915”, trabajo que preparó Enrique Pupo-Walker para la *Historia de la literatura hispanoamericana* editada por él y González Echevarría (2006: 499-542). En el caso de Brasil, señala Candido, el romanticismo “fue tributario del nacionalismo, que fue el espíritu directivo que animó la actividad literaria general” (Candido, 1971: II, 15). Y agrega: “describir costumbres, paisajes, hechos, sentimientos cargados de sentido nacional, era el modo de liberarse del yugo de la literatura clásica, universal, común a todos, preestablecida, demasiado abstracta, afirmando en contraposición lo concreto, espontáneo, característico, particular” (ídem).

¹¹⁰ Pupo-Walker (1978: 7). Es evidente que el costumbrismo comparte con la estética del romanticismo algunos de sus núcleos retórico-representativos más duros como es la categoría de lo *pintoresco*. No por azar el cambio decisivo en la composición del género se da, como argumentó Herrero, “a partir de 1830”, cuando el tono didáctico que acompañaba hasta entonces a los artículos de costumbres desaparece y “no solamente adquiere el género una autonomía propia, sino que avasalla el material literario, especialmente el periodístico, no sólo dominando la prensa, sino creando una innumerable serie de revistas dedicadas exclusivamente a *la costumbre*” (Herrero, 1978: 345). Aun así, Correa Calderón, en su Estudio preliminar a *Costumbristas españoles* (1950: XI-XVCIII), se esfuerza por separar romanticismo y costumbrismo, ligando este último al realismo que sobrevendría con la novela decimonónica (el esfuerzo se nota particularmente con su interpretación de Galdós). Evidentemente, el catedrático español considera una sola vertiente de la estética romántica, aquella representada por el estilo byroniano, y pasa por alto la relación entre tradicionalismo, nacionalismo y visión organicista.

¹¹¹ *The Cosmopolitan*, por ejemplo, en julio de 1832 publicó varios artículos extraídos directamente del periódico inglés (Cfr. Verdevoye, 1994: 24).

adquirir un desarrollo distintivo en manos de Jotabeche (José Joaquín Vallejo) y, como veremos luego, de modo especial con la narrativa de Alberto Blest Gana.¹¹² Sin embargo, antes que el desarrollo de esos antecedentes, nos interesa volver sobre el nivel tropológico de esas representaciones.

Indudablemente, como enfatizaban los tratadistas ilustrados, las cuestiones de retórica nunca se reducen a meros artificios lingüísticos. Lo mismo podría decirse de las convenciones que codifican la representación pictórica de espacios o escenas pretendidamente naturales. Como observó W. J. T. Mitchell, la conversión del espacio material en representación de paisaje está mediatizada por un fenómeno cultural íntimamente ligado a los discursos del imperialismo. La doble estructura semiótica del paisaje –su simultánea articulación y desarticulación de la diferencia entre naturaleza y convención– lo convierte, según Mitchell, en un medio que sirve tanto para expresar valores como significados culturales.¹¹³ En consecuencia, las representaciones (pictóricas o literarias) destinadas a fijar, realzar o modelar las características culturales de un territorio o sociedad específicos articulan en sus códigos estéticos la transmisión de determinados valores, así como de significados socialmente legitimados o en busca de serlo. El aparato retórico del costumbrismo no sólo aspira entonces a “representar” *tableaux vivants* como un modo de cristalizar una tipología de la cultura nacional, sino que también procura –o puede procurar– la representación simbólica de valores culturales para ser integrados a un código (social y estético) legítimo.

Así, las escenas del *picholeo* del “medio pelo” o de las tertulias aristocrático-burguesas de la sociedad chilena en *Martín Rivas* producen una representación social que efectiviza el traslado a la subjetividad lectora de valores culturales específicos. Como observó Poblete (2003), esos espacios marcan los límites de un universo de valores que deben ser inculcados –en términos del crítico chileno, los del sujeto

¹¹² Carlos Foresti, Eva Löfquist y Álvaro Foresti (1999) sitúan el origen del costumbrismo chileno en fecha tan temprana como la de la aparición en 1819 de las *Cartas Pehuenches*, de Juan Egaña (1999: 18). Sin embargo, este tipo de escritos, si bien se emparentan con la crítica de costumbres, lejos están de constituirse en género. Por lo demás, los mismos autores, aunque implícitamente, reconocen esto. En efecto, cuando hablan de costumbrismo como género indefectiblemente se refieren a Jotabeche (José Joaquín Vallejo), Lastarria y Blest Gana.

¹¹³ Mitchell (2002: 5-34). Una traducción de este capítulo puede consultarse en *Katatay*, Año V, N° 7, 2009, pp. 112-129.

ciudadano— a la mayoría de la sociedad a través de un proceso de expansión de la educación formal y de desjerarquización de las prácticas culturales, entre ellas la lectura. Pero del mismo modo, la permanente tematización de la polarización entre moral y dinero que atraviesa toda la narrativa de Blest Gana y que Doris Sommer (2004) ve conciliada en la función alegórica del personaje principal, resulta por demás sugerente sobre la manifestación ilustrativa de una ética de las relaciones sociales de clase. La moral del “ciudadano pacífico” puede homologar, según esos cuadros, la ética tradicional de la nobleza que exhibe la figura de Dámaso Encina con la ascética burguesa de Martín; lo que no puede resolver en términos simbólicos, en cambio, es la combinación entre “ciudadanos pacíficos” y “ciudadanos hambrientos”, como en la novela se nombra a los integrantes “populares” de la Sociedad de la Igualdad.¹¹⁴ En esa disyunción, el género costumbrista despliega toda su esencia. Es por ello que el reformismo irónico de los artículos que Jotabeche dedica a la figura del provinciano — cuya base de sustentación es una visión legitimista del espacio social—¹¹⁵ halla un estricto paralelismo con el “buen sentido” que le permite al provinciano Martín mediar entre los diferentes ámbitos de la domesticidad capitalina.

Como se sabe, Julio Ramos señaló esa función reguladora en la escritura de Sarmiento al evaluar los cuadros descriptivos del *Facundo*. El “caos” o el desorden que propugna esa entelequia encarnada en los caudillos, la “barbarie”, es reenviado en el entramado discursivo del texto a pasar por el tamiz de las cinceladas tipologías costumbristas, con las que Sarmiento oficia entonces de verdadero transcriptor. De modo que podríamos suscribir la idea de que el costumbrismo subsume en su aparato retórico una función estatal de la escritura, tal como la definió Ramos. En buena medida las reflexiones de Kirkpatrick sobre el género avalan esa idea. Pero aún hay un

¹¹⁴ Los términos aparecen en uno de los primeros diálogos en casa de Dámaso Encina, referidos a la recientemente creada Sociedad de la Igualdad: “¿A dónde vamos a parar con que todos se metan en política? — ¡Pero si son tan ciudadanos como nosotros! —replicó don Dámaso. —Sí; pero ciudadanos sin un centavo, ciudadanos hambrientos —repuso don Fidel.” (Blest Gana, 1985: 30). Sobre la narrativa de Alberto Blest Gana, ver el capítulo 5.

¹¹⁵ En sus artículos de costumbres Jotabeche coloca al “provinciano” en una zona también intermedia: su “aire de familia” (su familiaridad provinciana) lo distingue del santiaguino hacendado o elegante, pero también del “roto”. “Eso sí: con los rotos no capitula jamás”. Cfr. “El provinciano en Santiago” (Jotabeche, 1911: 239).

punto en el que es preciso detenernos: la contemporaneidad entre costumbrismo y narrativa de viajes. El hecho paradójico de que ese “diluvio de descripciones de costumbres” –en palabras de Larra– tenga su origen en el sistema transnacional de la cultura del viaje ya era motivo de reflexión en la autopercepción de los propios letrados latinoamericanos. La pretensión costumbrista de captar mediante detalles exclusivos las características de una nación o un pueblo se afirma, paradójicamente, en el impulso de una narrativa internacional cuyo ejemplo coetáneo y paradigmático fueron los *Tableaux* de Humboldt, pero en la que también deben inscribirse los nombres de Bernardin de Saint-Pierre, Barrow, Tocqueville y Chateaubriand, entre otros.¹¹⁶ La cuestión de los “caracteres nacionales” arrastraría así una tensión con los

¹¹⁶ En lo que sigue retomamos y desarrollamos sucintamente las reflexiones de María Teresa Gramuglio sobre el comparatismo literario. Me baso fundamentalmente en el texto que leyó en el Congreso Internacional “Cuestiones críticas”, Rosario, octubre de 2007: “El buen salvaje no existe. (Para una relectura comparativa de dos textos románticos)”. Se trataría, de acuerdo con su propuesta metodológica, de “apartarse de la noción lineal de influencia propia del comparatismo tradicional, para intentar la construcción de una red de relaciones que, sin ignorar los datos comprobados, no busca afirmarse exclusivamente en ellos sino proponer interconexiones más conceptuales y virtuales que empíricas” (mimeo). Bajo esta perspectiva, Gramuglio establece una inteligente lectura sobre las posibles relaciones estéticas entre *Atala*, de Chateaubriand, y *La cautiva*, de Echeverría, prestando atención a la configuración de una serie de tópicos literarios que caracterizarían la dimensión transnacional de ese imaginario y que posibilitarían, por lo tanto, extraer las representaciones del poema de “las fronteras estrechas de una problemática local” así como de “una relación término a término entre un modelo (sea Byron o Chateaubriand) y su adaptación, por más inteligente que esta sea” (ídem). En otro tramo de su trabajo, y enfatizando esa dimensión “virtual”, Gramuglio sostiene: “Poco importa que para su ‘reflexión conjetural’ (Starobinski) Rousseau haya apelado a relatos de viajeros y a descripciones de sociedades primitivas. Lo que resulta indiscutible es que la configuración que imaginó conlleva la afirmación más rotunda de que ‘el buen salvaje no existe’” (ídem). En el espacio de esta nota es oportuno apuntar brevemente dos cuestiones. La primera tiene que ver directamente con algo que la propia Gramuglio reconoce y subraya: no hay que “olvidar –dice– que *esas relaciones no se articulan en un pie de igualdad*”. Ahora bien, reconocer esa desigualdad supone al mismo tiempo, como indica Even-Zohar, a quien Gramuglio cita y sigue en su idea de “polisistema”, reconocer los múltiples factores –políticos, sociales, institucionales y lingüísticos– que determinan ese intercambio en un tiempo y lugar específicos. Por lo tanto, no es un dato menor el hecho de que Rousseau haya abrevado en fuentes como la literatura de viajes para formar su “reflexión conjetural”, tanto si discute con ellas como si las usa para autorizarse. No lo es porque esa misma red transnacional o ese imaginario –para apelar a la conceptualización de Castoriadis– se constituye en un proceso cultural que, aunque complejo, nunca es únicamente “virtual” (digamos, un proceso en el cual Montaigne pudo estructurar su concepción sobre los caníbales no sólo con sus lecturas de André Thévet y Jean de Léry –a quienes, por otra parte, no cita– sino también a partir de su “encuentro” en Ruán con los tres indígenas traídos del Brasil por una expedición financiada por

tópicos literarios difundidos por un sistema de circulación metropolitana. El periódico *El Araucano* registraba tempranamente ese problema mediante la reproducción de un artículo que con ese título había dado a luz el *Mercurio Peruano*:

Asunto es éste que ha dado origen a muchos errores y paradojas, y a ello no han contribuido poco los viajeros, equivocándose groseramente en las cualidades que han atribuido a los pueblos que han visitado, porque unas veces han creído que el colorido moral que distinguían en una nación era permanente, cuando sólo procedía de circunstancias accidentales, y en otras ocasiones algunos hechos aislados les han parecido suficientes para pronunciar un fallo universal. Se ha dicho que las montañas eran las localidades propias de las instituciones libres, como si los llanos no ofrecieran un recurso inmenso contra la servidumbre. ¿Qué nación hay más libre que la beduina?, y sin embargo siempre habita en llanuras. Se ha dicho que los países calientes favorecen la indolencia, como si hubiera en el mundo un trabajo más violento que el del segador siciliano. Se ha dicho que el calor se opone a la multiplicación de la especie humana, y no se echa de ver lo que fue Egipto, y lo que es en el día la gran península indostánica. Los alemanes dicen que los climas fríos favorecen la meditación, como si las doctrinas de Platón y de Aristóteles, que se deben contar entre los mayores esfuerzos de la razón humana, hubiesen tenido su origen en el círculo polar.¹¹⁷

Por supuesto, como dejan entrever estas líneas, el texto de base en esa discusión es *El espíritu de las leyes* (1748) de Montesquieu, con el cual el racionalista francés había trazado los principios de tres formas de gobierno (republicano, monárquico y despótico), relacionándolos con el clima de las distintas regiones del planeta, mediante un modo deductivo que evidenciaba sus deudas con el cientificismo europeo que

la corte de Carlos IX). Como reconoce Moretti, a quien Gramuglio sigue de cerca, las formas son, en última instancia, una abstracción de las relaciones sociales y culturales que determinan esa diferencia (en palabras del propio Moretti: “Forms are the abstract of social relationships: so, formal analysis is in its own modest way an analysis of power” [2000: 66]).

¹¹⁷ *El Araucano*, N° 97, 1832, “Variedades. Caracteres nacionales”, pág. 2, cols. 2 y 3.

empezaba a dominar en la época.¹¹⁸ Fundamental, como en seguida veremos, para la transposición de ciertos tópicos sobre la cultura rioplatense, la obra de Montesquieu es discutida indirectamente en este artículo al desbaratar las más obvias cristalizaciones ideológicas promovidas por su texto. Sin embargo, lo que es necesario resaltar es el hecho de que ese ataque esté dirigido a “los viajeros” que, con sus descripciones e impresiones, son los que más contribuyen a difundir un “fallo universal”. No es casual esta última figura retórica en un momento en el que el sistema literario europeo comenzaba a imaginar una república mundial de las letras. En efecto, más o menos por la misma época Goethe acuñaba el término *Weltliteratur* (literatura mundial) que un siglo después fundaría el estudio de la literatura comparada y que en los últimos años ha vuelto a ser eje de renovadas discusiones en torno al tema.¹¹⁹ Por lo tanto, la aparente paradoja de la consolidación del costumbrismo en el seno de un sistema de circulación y reproducción textual transnacional comienza a despejarse si pensamos en los efectos que esa circulación fronteriza pudo acarrear sobre la formación de modelos culturales y literarios nacionales.¹²⁰

¹¹⁸ Las observaciones aparecen en el libro decimocuarto, “De las leyes con relación al clima”. El evidente modelo cientificista puede constatar en los “experimentos” relatados por Montesquieu como base argumentativa. Uno de ellos refiere al análisis del “tejido exterior de la lengua de un carnero” del que Montesquieu deriva la diferencia de “sensibilidad” entre los países fríos, templados y tórridos. Cfr. Montesquieu, s/f: I, 330.

¹¹⁹ El concepto de *Weltliteratur* aparece formulado seminalmente en los dictados de Goethe a su secretario Eckermann (material traducido al castellano con el título de *Conversaciones con Goethe*, 1949). Los textos fundamentales de la actual revisión y discusión sobre el tema son los de Itamar Even-Zohar, *Polysystem Studies* (1990), Pascale Casanova, *La República mundial de las letras* (2001), y los artículos publicados en la *New Left Review* por Franco Moretti, “Conjectures on World Literature” (2000), “More Conjectures” (2003) y Christopher Prendergast, “Negotiating World Literature” (2001). Para su discusión en el marco de la literatura latinoamericana, véase el volumen editado por Ignacio M. Sánchez Prado (2006).

¹²⁰ Usamos la noción de “sistema literario” de modo no analítico, más o menos derivado de la categorización sociológica. Sin embargo, en todo este párrafo se tienen presentes las ideas de Even-Zohar respecto del funcionamiento sistemático de la literatura. En este sentido, por “efectos” puede entenderse lo que el crítico israelí denomina interferencia (*interference*), es decir aquellas instancias en las que una literatura (ya desarrollada) entra en contacto con otra (aun en desarrollo, joven o menor, según el crítico). Tales interferencias se dan en distintos niveles y “no pueden ser analizadas en sí mismas, como fenómenos separados del contexto histórico” (Even-Zohar, 1990: 53).

3. 4. 3. La escritura de las imágenes: de *El Recopilador* al *Facundo*

Es en las páginas del semanario ilustrado *El Recopilador* –continuidad de *El Museo Americano* (1835)–, publicado en Buenos Aires en 1836, donde imagen y palabra se combinan por primera vez de manera razonada.¹²¹

Entre las características sobresalientes del periódico porteño, cuyo redactor principal fue Juan María Gutiérrez, hay que destacar la presencia de imágenes litográficas que acompañan cada número como complemento de su empresa editorial, además de la variada gama de temas culturales desarrollados en sus páginas.¹²² En el número 16, bajo el título de “*El Recopilador* a sus suscriptores”, se aclara el eclecticismo de la publicación mediante la idea de una necesaria educación de “muchas noticias, ideas y nociones tan exactas como necesarias”, y se resume la propuesta de los redactores bajo un adagio latino que une al deleite la necesaria utilidad de las lecturas (*Omne tulit punctum, qui miscuit utili dulci, Lectorem delectando*).¹²³ Bajo el imperio de esa utilidad que debe acompañar toda lectura en la Buenos Aires post-independentista, la empresa del semanario incluye la descripción de

¹²¹ En efecto, su antecesor, el *Museo Americano*, era más bien una empresa enciclopedista y miscelánea que publicaba una combinación de litografías y textos de diverso carácter, sin ningún tipo de editorial que direccionara la revista, destacándose la presencia de textos e imágenes de la historia natural. Así, por ejemplo, se publicaron una historia del rinoceronte junto a la historia del “Santo sepulcro”, unas “escenas de la Edad Media” acompañadas por una historia de la jirafa, etc. En este sentido, es notable el cambio que se produce en su conversión a *El Recopilador*, cuya redacción estuvo a cargo principalmente de Juan María Gutiérrez. A partir de entonces, las láminas comenzaron a referenciarse con los textos, y las historias recolectadas pasaron a ser culturales, literarias y políticas.

¹²² Las litografías que publicaba cada número de *El Recopilador* –a cada lámina correspondía un artículo temático– mostraban el impulso universalista de la empresa editorial. Las imágenes litográficas –del conocido grabador César Hipólito Bacle– condensaban así el saber ilustrado al hacer concurrir en las páginas del semanario imágenes no sólo de distintas regiones del mundo sino de disímil carácter iconográfico, acompañadas por un artículo descriptivo. Así, si en el n° 1 se destaca una “Historia del vapor. Aplicado a la navegación”, y en el n° 11 aparece la historia sobre la “Fabricación del papel”, el n° 2 muestra una litografía en la que se ven, en medio de un bosque cenagoso, una serie de habitantes lugareños en zancos (“Habitantes de Las Landas”) y el n° 10 porta una litografía sobre los “Juegos de los antiguos mexicanos”, donde se narran y describen las fiestas populares indígenas de los juegos cuyos participantes son llamados “voladores”. Esta variada gama de representaciones mediante imágenes, que va desde los progresos de la industria hasta las costumbres exóticas de diversas regiones, escenifica una operación en la que debe inscribirse el tipo de apercepción romántica que incluye al propio territorio.

¹²³ *El Recopilador*, n° 16, pp. 121-123, cols. 1 y 2.

lugares y sociedades desconocidas, cuyo carácter de *extrañeza* buscan “retratar” las representaciones litográficas que las acompañan. Pero, además, en el marco de ese costumbrismo iconográfico se diseñan los primeros ensayos del costumbrismo literario argentino y las primeras producciones ligadas a diseñar los contornos de una literatura nacional.¹²⁴

Un fragmento de esas descripciones iconográficas puede iluminar algunas de las características prominentes de ese programa. En su segundo número, el artículo descriptivo que acompañaba su lámina correspondiente, concluía diciendo:

Si sus habitaciones y andrajos repugnan y repelen, no por eso tema nada el viajero que se extravíe en aquel páramo, pues hallará allí más hospitalidad y sincero desinterés que en los demás puntos ricos y civilizados [del Departamento]. (*El Recopilador*, N° 2, pág. 10, col. 2)

Cualquiera que haya abrevado en el intertexto formado por los relatos de viaje extranjeros y los ensayos iniciales de la llamada “generación romántica” argentina – entre los cuales las *Cartas* de Echeverría resultan un ejemplo privilegiado– no dudaría en asimilar a este pasaje la referencia a las “sencillas y hospitalarias” “chozas”¹²⁵ –así como a las virtudes– de los gauchos argentinos. Sin embargo, este fragmento pertenece a un artículo sobre “Los habitantes de *Las Landas*”, una región francesa ubicada entre “el río Adur y la ciudad de Burdeos”, y cuya lámina litográfica “representa –dicen los redactores– a los habitantes de los páramos de la Gascoña, vestidos con el traje *singular que les es propio*, que en vano se buscaría en algún otro

¹²⁴ *El Recopilador* (1836) dio a luz en su primer número la “Apología del matambre” de Esteban Echeverría, así como varios de sus poemas, que luego serían incluidos en las *Rimas*: “Serenata” (N° 1, pág. 8, col. 1) (pieza que también aparece en las *Cartas a un amigo*, dato que quizá permita estipular con más precisión la fecha de redacción de las mismas); “El Desamor” (N° 2, pág. 11, col. 2), “A una lágrima” (N° 4, pág. 32, col. 2), “La Aroma (canción inédita)” (N° 14, pág. 112, col. 2) y “TINIS. Extracto de un poema titulado Rosaura” (N° 20, pp. 162-164, cols. 1 y 2). Y de Juan María Gutiérrez, los siguientes poemas: “La margen del Río” (N° 1, pág. 8, col. 2), “La diamela (inédita)” (N° 9, pág. 72, cols. 1 y 2). Además, el semanario dedicó extensos artículos (como “La poesía y la Música”, *El Recopilador*, n° 16, pág. 125) a comentar y analizar las nuevas producciones poéticas de Buenos Aires.

¹²⁵ Cito de las *Cartas a un amigo*, de Echeverría (1972: 404).

lugar del mundo”.¹²⁶ El significado de singularidad y extrañeza se liga a lo lejano, a lo desconocido, y remite sobre todo al tópico romántico del *exotismo* como particularidad cultural que, como acabamos de ver, es propio de una región, un pueblo o una nación.¹²⁷ En ese contexto debe destacarse el espacio que el semanario dedicó a las piezas poéticas y a los ensayos encargados de orientar la nueva producción literaria de la región. Entre ellos sobresale el ensayo “El caballo, en la provincia de Buenos Aires”, presumiblemente escrito por el propio Gutiérrez, cuya publicación se inició en la tercera entrega y cuya conclusión apareció recién en su número veintidós. Con la intención de reflexionar acerca de “cuál es la parte de originalidad que debemos nosotros ya civilizados [en oposición a los aborígenes], al uso hábil y frecuente que sabemos hacer de las nobles condiciones del caballo” (*El Recopilador*, N° 3, pág. 17, cols. 1 y 2), el ensayista dedicaba extensos pasajes a describir las costumbres y los hábitos de la población rural enfatizando la mutua dependencia entre paisano y caballo. Esa dependencia cobra en el ensayo el carácter de una contigüidad que se extiende de manera metonímica hasta identificar a la población rural con el espacio natural que ella habita:

El movimiento del caballo despierta la meditación e impone silencio al jinete: las ideas se suceden con la rapidez del galope; pero los labios se niegan a expresarlas, tal vez porque la excesiva actividad como el profundo reposo producen iguales efectos. ¿No podrían explicarse por esta observación, el carácter silencioso de los hombres de nuestra campaña y la especie de pereza que tienen para expresar lo que piensan y sienten? (*El Recopilador*, n° 3, pp. 18 y 19, cols. 1 y 2)

¹²⁶ *El Recopilador*, n° 2, pág. 9, col. 1. El subrayado es nuestro.

¹²⁷ En el marco de ese programa entre romántico e ilustrado lo exótico es también lo original, lo pintoresco. Cabe recordar aquí que lo pintoresco (palabra de origen italiano, y que designa “un punto de vista propio de los pintores”) tuvo su elaboración teórica en Inglaterra en la segunda mitad del XVIII (elaboración que en cierto sentido anticipa a la estética del romanticismo) y se liga a uno de los significados con que en Francia fue concebido en sus inicios el término *Romantic*, proveniente, como lo *pittoresque*, de Inglaterra. Ver al respecto la Introducción de Mario Praz a *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica* (1999 [1976]: 33-61).

Esa relación de contigüidad aparece, además, codificada literariamente mediante la cita shakespeariana –“*A horse! a horse! my kingdom for a horse!*”– que porta como acápite el ensayo y que, como se sabe, llegará a las páginas del *Facundo* en su traducción francesa. Pero en el orden descriptivo la identificación entre bestia y “paisano” excede la retórica erudita en un movimiento que naturaliza el objeto “retratado” y lo coloca por fuera de la escritura y, por lo tanto, por fuera del lugar de enunciación que al principio dibujaba, ambiguamente, un “nosotros” genérico. Así, a diferencia de las modas que rigen los usos de la vestimenta en las ciudades, en los campos:

La ley de la necesidad dictó las formas del traje, y tal cual es y ha sido, permanecerá mientras el hombre identificado con el caballo necesite soltura en los miembros y agilidad en los movimientos. Lo que decimos del vestido puede aplicarse a los hábitos morales, a las pasiones del ánimo y al desenvolvimiento y cultura de los sentidos y de la inteligencia. (ídem, pág. 18, col. 1)

Como se ve, el ensayo de Gutiérrez puede leerse como el incipiente bosquejo de un programa literario del nativismo criollo: las formas (rústicas) de la vestimenta, condicionada por el tipo de labor de los peones rurales, se extienden en este ensayo a las capacidades morales e intelectuales de los sujetos en cuestión. Es necesario, sin embargo, inscribir el artículo en el contexto de la propuesta del semanario para delinear los posibles alcances de ese programa. En este sentido, como se ha dicho, es prominente en las páginas de la publicación la presencia de imágenes y artículos dedicados a culturas extrañas o desconocidas, como el caso del pueblo francés citado más arriba. Resulta sugerente, por lo mismo, la cantidad de artículos o reseñas que *El Recopilador* dedica a los países asiáticos, como Siria o Turquía, entre otros, con el fin de ofrecer, como se dice acerca de Japón, “algunos rasgos característicos de la fisonomía de aquellos pueblos cuyos usos y costumbres son del todo distintos de las

naciones para nosotros más conocidas”.¹²⁸ Lo que esas páginas ponen en circulación, sin embargo, es un modo de representación en el que imagen y palabra se complementan ofreciendo una descripción estereotípica. Una litografía que reproduce una pintura original del francés Deschamps, por ejemplo, sobre un “Cuerpo de guardia turco”, incita a los redactores al comentario siguiente:

Nada mejor, que una serie de cuadros de esta especie, para dar una idea exacta de las costumbres de un país: *representadas por un medio que tanto se acerca a la naturaleza*, y hace tan viva impresión en los sentidos, se recibe una instrucción más exacta y duradera, que con la lectura de las descripciones de viajeros, por muy prolifas que estas sean. (*El Recopilador*, N° 9, pág. 71, col. 1 [nuestro subrayado])

Este comentario no impide sin embargo a los redactores la recurrencia constante de esos mismos relatos que describen desde una perspectiva europea dichas costumbres. Dirán en este mismo artículo: “M. Mac Farlane, que visitó la Turquía asiática en 1828 da interesantes pormenores, acerca de los progresos que allí se han introducido con respecto a la parte militar” (ídem, col. 2). El artículo, como es previsible, reproduce la perspectiva irónica sobre los intentos por parte de los generales franceses de domesticar a las milicias nativas: “los turcos aprenden con mucha dificultad a llevar el paso”, dirá. El modo de representación se liga entonces a un formato codificado por la literatura europea pero del que no son ajenas otras manifestaciones artísticas, tal la pintura o los grabados. Ese régimen mimético –que coincidía con el auge del romanticismo europeo a principios de siglo– otorgaba además un sentido particular a lo *exótico*, categoría con la cual el incipiente relativismo cultural podía describir los rasgos peculiares de un pueblo al mismo tiempo que los definía en relación a valores provenientes de su propia mirada.

¹²⁸ Transcribimos la serie de artículos e imágenes litográficas dedicados a oriente: “Las ruinas de Palmira” (n° 8); “Cuerpo de guardia turco en Esmirna” (n° 9); “Los gemelos siameses” (n° 13); “Las Petimetras de Japón” (n° 15); “Tipou-Saib” (n° 20); “Las costumbres de las islas Noukahiva” (n° 24).

Esa noción, típicamente romántica, fue reelaborada o reapropiada por los letrados criollos frente a la necesidad de construir una tradición diferenciada de la colonia. Porque si bien el repertorio de esa literatura de viaje proveía las imágenes y los sentidos de un territorio todavía desconocido, la élite letrada criolla seleccionó las estampas que mejor se avenían a la necesidad de establecer los rasgos propios de un primitivismo cultural que consagrara al mismo tiempo origen y originalidad literaria. Entre ellas, las dedicadas a describir el espacio geográfico o los rasgos tipológicos que pudieran portar los habitantes rurales, pues en ellos se centraba la identidad criolla que empezaba a configurarse en la progresiva diferenciación de las nuevas repúblicas. De esas estampas sobresale –por su amplia repercusión entre los letrados del Río de la Plata– el relato del capitán Francis Bond Head, *Rough Notes Taken During Some Rapid Journeys Across the Pampas and Among the Andes*, publicado en volumen en Londres en 1826.

Gutiérrez remite a ese intertexto cuando, sobre el final de su ensayo, indica que, como observaba el viajero inglés, “el gaucha en su pampa no es menos sagaz que Zadig; Zadig el oriental que se lleva la palma y la gloria del sabio” (ídem, col. 2). Ahora bien, la mención de la obra de Voltaire, *Zadig o el destino* (1747), proviene en realidad de la reseña que el periódico *Le Globe* hizo del libro de Head poco después de su publicación, y es una buena muestra del modo mediado de lectura en el que ese intertexto se configura.¹²⁹ Habría que agregar, además, que la apelación de Gutiérrez a la obra francesa –antes que al propio relato del inglés a quien supuestamente cita– no parece del todo fortuita.¹³⁰

¹²⁹ Es en esa reseña francesa donde aparece la referencia a la novela de Voltaire, y no en el libro del viajero inglés. Una reedición de dicha reseña aparece en la nueva traducción de las *Rough Notes* que realizaron recientemente P. Fontana y C. Román (2007: 187-204). Es evidente que no sólo abrevaron en esa versión Sarmiento y Echeverría, como bien sostienen Fontana y Román, sino que era un texto conocido por varios de sus pares letrados. Por otra parte, la mención de Gutiérrez de la novela de Voltaire, confirma la sospecha de David T. Haberly sobre la posible lectura, también mediada por esa reseña francesa, del texto de Bond Head por parte de Sarmiento. Cfr. Haberly (2005: 287-293).

¹³⁰ En efecto, la mención al personaje de la *nouvelle* de Voltaire la introduce el reseñista de *Le Globe* en relación con una nota en la que Head discurre brevemente sobre el modo que tienen los gauchos de “descifrar las pisadas de los caballos” (véase la edición de Fontana y Román [2007], pp. 146 y 197). El motivo inmediato de esa relación se halla en el capítulo 3 del relato de Voltaire, en donde Zadig es capaz, sin haberlos visto, de reconocer y describir con exactitud

En sus notas sobre la pampa, Bond Head, al detenerse en describir la vida de sus “rústicos” habitantes, había subrayado la condición pre-moderna y, por lo tanto, históricamente dislocada, del gaucho. “Es cierto –escribió– que el gaucho no tiene lujos, pero el gran rasgo de su carácter es su falta de necesidades” (Bond Head 1920 [1826]: 32).¹³¹ El viajero inglés, maravillado por la falta de interés pecuniario en la mentalidad gaucha, no había dudado en decretar la desaparición de esas costumbres en manos del Progreso: “Un individuo humilde que vive solitario en la llanura sin fin, no puede introducir en las vastas regiones deshabitadas que lo rodean, artes o ciencias” (ídem: 32). El gaucho, entonces, podía permanecer allí, como la misma pampa, “hasta que la población, que creará necesidades, invente los medios de satisfacerlas” (ídem: 32).

Lo que en el viajero inglés es descripción exotista o, si se prefiere, modulada por un horizonte de lectura europeo, en el ensayo de Gutiérrez se transforma en una sutil operación letrada capaz de convertir en “hábitat natural” un territorio y, al mismo tiempo, en *motivo literario* la naturalización de las costumbres que ejerce el ensayo al identificarlas con la naturaleza que se describe. Su escritura enmarca lo particular en un *cuadro* cuyo sentido connota rigidez e inmutabilidad (“nuestros paisanos que son sobre el caballo como hechos de una misma pieza, un mismo tronco, una estatua ecuestre” [ídem, n° 22, pág. 172, col. 1]) al mismo tiempo que diseña el tópico romántico del primitivismo cultural al trasvasar las propiedades animales al orden físico y moral de los gauchos, o “paisanos”, a quienes describe como “hombres salidos de manos de la naturaleza” (ídem, pág. 173, col. 2). La categórica dislocación temporal del gaucho –quien, según el viajero inglés, “brinda poco servicio a la gran causa de la

a la perra y al caballo de los reyes por los rastros que dejaron en el suelo. Ahora bien, en el ensayo de Gutiérrez esa relación es ampliada a “ciertas observaciones ingeniosas” de los gauchos: “ellos dirán, por ejemplo: por aquel bajo va un hombre –y va a todo galope. ¿Cómo lo saben, si entre el lugar que señalan y el que ocupan, se interpone una altura? Lo saben por los pájaros que se levantan del bañado y huyen atemorizados. Dirán también: en aquel *matorral* hay un animal muerto, y también lo saben por el grito o el vuelo de las aves de rapiña que se disputan los despojos del cadáver” (*El Recopilador*, pág. 171, col. 2). La mediación del intertexto europeo señala así una construcción ampliamente explotada por los letrados rioplatenses, cuyo caso paradigmático se consolidará casi una década más tarde en la prosa de Sarmiento: la analogía entre el mundo árabe y el mundo gaucho.

¹³¹ La traducción de Fontana y Román es casi la misma: “Es verdad que el gaucho no tiene lujos, pero el principal rasgo de su carácter es que es un ser sin necesidades” (2007: 47).

civilización, que es deber de todo ser racional promover” (Bond Head 2007 [1826]: 47)–, es la materia maleable con la cual erigir una tradición: su irracionalidad se convierte, en la prosa ilustrada de Gutiérrez, en propiedad naturalizada cuya particularidad, como “la nutria, las plumas de avestruz” o “la sal mineral”, puede ser sublime –es decir, *poetizable*– porque en esa escritura modélica se la representa como un producto atávico de la tierra cuya originalidad radica, precisamente, en su primitivismo cultural: “si quieres conservar tu gracia y tu belleza –dice Gutiérrez–, y despertar ideas y sentimientos poéticos, no dejes el campo por el estrecho pesebre de las ciudades” (*El Recopilador*, n° 3, pág. 18, col. 1).

Mediante una escritura que busca retratar las “escenas nacionales”, como se advierte en el ensayo, Gutiérrez parecería reproducir un tópico paisajístico (pintoresco) consagrado por el romanticismo: es en el campo donde el gaucho convoca la efusión poética pues allí se da la impresión del cuadro, la común armonía entre individuo y territorio, entre cultura y naturaleza. Y, de hecho, Gutiérrez reproduce dicho tópico. Pero hace, además, otra cosa. Porque la exhortación del pasaje recién citado no está dirigida al gaucho, sino al caballo.¹³²

De caballos y corbatas: íconos e imaginarios culturales

Es indudable, por otra parte, la regencia de algunas “notas” de Bond Head en el *Facundo*. Claro que la misma supera ampliamente el sistema de citas que puebla los capítulos de la biografía del sanjuanino. Empezando por la errónea atribución al capitán inglés, en el primer capítulo, de una frase que pertenece en realidad a Humboldt, hasta recalar en aquella que encabeza precisamente el capítulo en el que se discurre sobre el tipo de asociación rural, se comprueba que el intertexto funciona como autoridad y matriz descriptiva, que, por supuesto, el texto del sanjuanino expande de manera particular.¹³³ En relación con la condición pre-moderna subrayada

¹³² El pasaje continúa así: “... y sobre todo no permitas que se suba a tus espaldas el que surca los mares y os maltrata por falta de destreza en gobernar las bridas” (ídem, pág. 18, col. 1).

¹³³ Como apuntamos en una nota anterior, Haberly, contrastando el epígrafe de Bond Head citado por Sarmiento con la reseña anónima de *Le Globe*, llega a la conclusión de que “el único contacto de Sarmiento con la narrativa de Bond Head se dio a través de una copia del periódico *Le Globe* que pudo llegar a sus manos en San Juan o, más probablemente, en Chile”

por Head, Sarmiento dirá: “[El gaucho]: es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia *como sin necesidades, es feliz en medio de su pobreza* i de sus privaciones” (Sarmiento 1961 [1845]: 40 [subrayado nuestro])

Pero la reproducción y expansión de esas citas que demuestran el funcionamiento del intertexto, quisieramos sostener, va más allá del carácter apelativo del mismo o de su fundamento meramente retórico. Sarmiento lee en el capitán inglés esa condición pre-moderna y anti-capitalista del gaucho de las pampas argentinas de manera tal que la “barbarie” que allí sitúa es ya un pasado proyectivo de la identidad criolla. La lectura capitalista del viajero inglés (“es cierto que podría hacer queso y venderlo por dinero”, dice), es decir específicamente moderna y nacionalista, aclara el régimen de lectura sobre la realidad social de los campos argentinos que ciñe las páginas del *Facundo*. Si la ausencia de civilización, de la *civitas* y, por supuesto, del mercado y de la economía que “distribuye” los bienes de uso y permite refinar las costumbres, es una muestra categórica de un *vacío* en la Historia de esas formaciones sociales, llenarlo significa para los criollos rioplatenses como Sarmiento transformar esa carencia en principio de actividad productiva. Queda, sin embargo, un *resto* que es necesario apresurarse a “pintar”, pues allí reside el material de una “verdadera identidad criolla”: el *epos*, “que el infeliz [el “gaucho cantor”] despliega en sus rapsodias ingenuas” (Sarmiento 1961 [1845]: 54).

Entre el amplio espectro de descripciones que el sanjuanino dedica al gaucho –en el que se destacan, por supuesto, los “cuadros” del segundo capítulo– resulta notable una frase que nos reenvía al ensayo de Gutiérrez. Dice Sarmiento: “El caballo es una parte integrante del argentino de los campos; es para él lo que la corbata para los que viven en el seno de las ciudades” (1961 [1845]: 58). El *sustrato esencial* de esta frase se aproxima más al tipo de descripción realizada por el articulista de *El Recopilador* – donde paisano y caballo son “como hechos de una misma pieza”– que al tópico

(Haberly, 2005: 292). Evidentemente, como vimos en la lectura de Gutiérrez, esa copia circulaba en Buenos Aires y le pudo llegar a través de Quiroga Rosas, integrante de las reuniones del Salón porteño, que se trasladó a fines de 1838 a San Juan y con quien Sarmiento emprendería la publicación de su periódico *El Zonda*.

exotista de la literatura de viajes. Además, los sintagmas de la frase sarmientina estructuran una oposición arquetípica cuyo sentido absoluto encuentra en la cita orientalista, a la que recurre en ese mismo párrafo, su fundamento retórico: “Aquí vuelve a aparecer la vida árabe, tártara. Las siguientes palabras de Victor Hugo parecen escritas en la pampa: ‘No podría combatir a pie; no hace sino una sola persona con su caballo: Vive a caballo; trata, compra i vende a caballo...’ etc.

El recurso a las equivalencias o el uso que hace el sanjuanino del sistema analógico es un rasgo común compartido por la escritura de la época y aparece, por ejemplo, en el mismo relato del viajero inglés a quien Sarmiento cita (comparaciones, por ejemplo, entre la “choza” del gaucho y la del “*high-lander*” escocés). La analogía, por otra parte, resurge con el pensamiento romántico para afinar un cúmulo de correspondencias universales que tiene por finalidad, como sugiere Octavio Paz, hacer más “habitabile al mundo”.¹³⁴ Ricardo Piglia ha hecho una lectura sagaz del uso de la analogía por parte de Sarmiento en el *Facundo* y las conclusiones a las que ha arribado resultan concurrentes: “la lógica de las equivalencias –dice Piglia– disuelve las diferencias y resuelve, mágicamente, las contradicciones” (1980: 16). El fundamento ideológico del *Facundo*, entonces, disuelve las disimetrías. Como explica Piglia: “Si se compara lo conocido con lo desconocido (...) es porque lo desconocido (Oriente, África, Argelia) ya ha sido juzgado y definido por el pensamiento europeo” (1980: 17). En esa “definición” podemos reconocer la construcción de un visión *orientalista* que operó como un dispositivo de hegemonía cultural –lo que Edward Said definió como “orientalismo moderno”– erigiendo “la idea de una identidad europea superior a todos los pueblos y culturas no europeos” (Said, 1990: 26).¹³⁵

Ahora bien, como sostiene Altamirano (1997), la imagería orientalista en el *Facundo* está estrechamente vinculada a la constelación de nociones e imágenes que componían el tópico del despotismo en esa época, cuya articulación conceptual remite

¹³⁴ “La analogía –dice Paz– es la metáfora en la que la alteridad se sueña unidad y la diferencia se proyecta ilusoriamente como identidad” (1974: 109-110).

¹³⁵ Una de las fuerzas que actuaban en la construcción de esa visión, dice Said, era, precisamente, la analogía: “Mahoma era para el islam lo que Cristo para el cristianismo”. A partir de esa analogía –entre otras– se formó “un círculo cerrado que nunca fue roto por una exteriorización de la imaginación (...) El concepto cristiano del islam era integral y autosuficiente” (Said, 1990: 87).

a *El espíritu de las leyes* (1748), de Montesquieu, como vimos más arriba en el artículo publicado por *El Araucano*. La especificidad de un uso funcional del archivo orientalista no parece contravenir sin embargo el hecho de que uno de los procedimientos retóricos del romanticismo (como del costumbrismo) se asociara a una serie de estereotipos ideológicos. Lo que habría que subrayar aquí es que casi diez años antes de que Sarmiento comenzara a publicar su texto por entregas esos estereotipos ideológicos operaban en el modo de representación literaria de la élite letrada rioplatense.¹³⁶ Porque no es la mención de la *nouvelle* de Voltaire –relato que, por supuesto, se inscribe en la visión orientalista que señala Said– sino el tipo de representación que ejecuta Gutiérrez en su ensayo sobre la pampa el que explota un régimen mimético afín a los *cuadros* que reproducen las páginas del semanario. Es en ese régimen mimético de exterioridad, estructuralmente similar al realismo –cuyos “cuadros” descriptivos, como señala Ramos para el *Facundo*, confirman la voluntad racionalizadora de esa escritura, así como las láminas litográficas se acercan para los redactores de *El Recopilador* a lo “natural”– donde la funcionalidad de la cita

¹³⁶ Recordemos que ya en la *Memoria descriptiva del Tucumán* (1834), de Alberdi, el pensamiento de Montesquieu y sobre todo su noción de “despotismo” son retomados en la “sección” del ensayo que lleva por título “Carácter físico y moral del pueblo tucumano bajo la influencia del clima” (título que anticipa, por supuesto, la mención al “aspecto físico” del primer capítulo del *Facundo*). Alberdi intentaba demostrar por entonces que el “clima” selvático de Tucumán no ejercía influencias negativas sobre la población y terminaba contradiciendo y negando los asertos del racionalista francés. Sin embargo, terminaba por avalar la influencia climática y geográfica y diseñaba dos grandes categorías sociales (los temperamentos “biliosos y melancólicos”) que definían, a su vez, caracteres reconocibles en los distintos estratos. “Una de las conclusiones que se siguen de estas observaciones –escribe Alberdi– es que el plebeyo tucumano es más apto para la guerra y el distinguido para las artes y las ciencias” (Alberdi 1920 [1834]: 24). Desde una perspectiva típicamente romántica, Alberdi sostenía que esos hombres (los plebeyos) estaban propensos siempre “a las grandes virtudes o grandes crímenes”, y remataba diciendo: “o es hombre sublime o peligroso” (ídem, 23). El 22 de diciembre de 1834, *La Gaceta Mercantil* publicó una “Carta crítica sobre la Memoria” de Alberdi, en la que sugería, entre otras cosas, que esos cantos fueran recopilados antes que enunciados: “Me sería sumamente grato el que Vd. me proporcione algunos de esos versos que canta la gente del pueblo en Tucumán y siento mucho que Vd. no nos haya dado alguna muestra de ellos: es un estudio muy curioso e instructivo el de las impresiones sencillas que la naturaleza y las pasiones producen en las almas incultas cuando sienten con vigor y son impresionables” (*La Gaceta Mercantil*, N° 3466, pág. 2, col. 3). Este interés por lo popular será abordado en las páginas que siguen.

orientalista puede ser pensada como *algo más* que un uso retórico –de acuerdo con el planteo de Altamirano– de una imaginería consagrada por el saber europeo.

Por otra parte, es mediante ese régimen mimético –que engloba lo circunstancial que pueda haber en el libro del racionalista francés¹³⁷– que el historicismo pudo pensar la historia como “la lucha recíproca que sostienen los que quieren detener el progreso con los que quieren desatar los lazos que le impiden volar sin obstáculo sobre las alas de la libertad”.¹³⁸ Probablemente, la *Memoria* de la que son extraídas estas palabras –que mucho le deben al espiritualismo hegeliano a través de sus herederos franceses– haya tenido alguna influencia en el esquematismo historicista del *Facundo*. La idea de una “ley del progreso continuo” en la que “los pueblos centrales del Asia son la familia primitiva del género humano” (López, V. F., 1943 [1845]: 30 y 39) presupone una economía temporal históricamente constituida que, a nivel discursivo, explota una retórica estereotípica en la representación del *otro*.¹³⁹ En ese esquema el gaucho, que, según escribió Head, carece de “ciencias y artes”, redime su letargo improductivo y atávico cediéndolo a “la causa de la civilización” que en letras de molde sabrá fijar la *originalidad* de su “gracia” y “belleza” –entre otras cosas, sus premodernas dotes arábigas– con la misma fidelidad mimética que los redactores del semanario porteño atribuían a los cuadros que sus litografías reproducían.

¹³⁷ Basta un breve repaso del texto de Montesquieu para ver que las obras de las que se sirve para dar forma a su idea del mal político absoluto se inscriben en lo que Said llama orientalismo. Algunas de las más notables son: Ricault, *Del Imperio otomano*; Bernier, *Sobre el Mogol y Viajes*; La Loubere, *Relación de Siam*; Aristóteles, *Política*. Cfr. Montesquieu. *De L'Esprit des Loix*, Société Les Belles Lettres, Paris, 1950.

¹³⁸ *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*, de Vicente Fidel López, 1943 [1845]: 28-29.

¹³⁹ La productividad del estereotipo –su régimen de verdad– radica en ser un modo de representación que somete lo particular (la diferencia) a un discurso normalizador. “El estereotipo no es una simplificación por ser una falsa representación de una realidad dada. Es una simplificación porque es una forma fijada, detenida, de representación que al denegar el juego de la diferencia (que la negación a través del Otro permite) constituye un problema para la *representación* del sujeto en significaciones de relaciones psíquicas y sociales” (Bhabha 1994: 75; la traducción es nuestra).

3. 5. Gauchos, gauchesca y las políticas de la lengua

3. 5. 1. Las alianzas de la prensa popular. Una estética plural

Apenas una semana después del comentario dedicado al primer poema de Echeverría, *El Lucero* anunciaba la aparición de un nuevo periódico redactado “por un habitante de las costas del salado”: *El Gaucho*.¹⁴⁰

La coexistencia de esta gaceta popular con las primeras manifestaciones del futuro poeta romántico se extenderá, sugestivamente, casi un lustro. En el mismo año en que el nombre de Echeverría ganaba un lugar en el espacio público rioplatense, Pérez asumía el propio para firmar su “despedida” con la menos gauchesca de sus publicaciones, *El Gaucho Restaurador*.¹⁴¹ Conviene reparar en las palabras con que el denodado autor de la prensa popular rosista expuso sus quejas ante las autoridades que reprobaban su labor periodística:

Yo compadezco a este hombre público que ha abandonado sus principios [se refiere al Ministro de gobierno, Manuel J. García] y olvidádose de sí mismo hasta el extremo de proponer a la sanción de la H. Sala ese proyecto de imprenta, que será un monumento vergonzoso, digno de alternar con la censura previa y demás trabas tiránicas que opuso el despotismo a los esfuerzos de la inteligencia y de la libertad en aquellos tiempos bárbaros.¹⁴²

Y, en el número siguiente, analizando el discurso pronunciado ante la Sala de Representantes por el mismo ministro, Pérez afirmó:

¹⁴⁰ El aviso completo reza: “El Gaucho: Nuevo periódico, por un habitante de las costas del salado. Saldrá los miércoles y sábados de cada semana. En la Imprenta del Estado se reciben suscripciones a razón de dos pesos mensuales, sin anticipación” (*El Lucero*, N° 249, 23 de julio de 1830, pág. 4, col. 2).

¹⁴¹ Se publicó entre el 16 de marzo y el 3 de abril de 1834 por la Imprenta Republicana, en la que Pérez imprimió varios de sus periódicos y sueltos. Sobre la figura de Luis Pérez y su actividad de publicista pueden consultarse las obras de Soler Cañas (1958), Jorge B. Rivera (1968) y Rodríguez Molas (1957). Una revisión de las medidas tomadas sobre leyes de imprenta en: Beltrán (1943: 192-207).

¹⁴² *El Gaucho Restaurador*, N° 3, 21 de marzo de 1834, pág. 3, col. 1.

M. García [...] refiriéndose a mi persona, me ha clasificado de *orador de taberna, de hombre perverso, de hombre malvado, de hombre nacido para la ruina y perdición del país, hombre miserable, vulgar y coplero*, sin que haya exhibido prueba alguna contra mí.¹⁴³

Es significativo que algunos de los términos de esa descalificación, “miserable, vulgar y coplero”, nutran poco después el lenguaje de los escritores románticos que veían en el ropaje vulgar y miserable de la lengua popular un principio de literatura nacional. Antes de detenernos en esa operación, es necesario hurgar un poco más en la coincidencia temporal en que la prensa popular y gauchesca se coloca al lado de la prensa culta y de los primeros esfuerzos por constituir la producción de una poesía local. En ese marco, resulta por lo menos llamativo que, en su alegato, el gacetero oficial se pronuncie contra la censura periodística en términos homologables al discurso del liberalismo romántico que sobrevendrá a esos años. En efecto, Pérez se queja tachando de “trabas tiránicas” y despóticas al restablecimiento del sistema de censura previa como lo podría haber hecho un Alberdi o un Juan Cruz Varela. Ocurre que la peculiar filiación política del gacetero con Juan Manuel de Rosas no fue obstáculo para que su desempeño de publicista acallara la polémica; se sabe, incluso, que llegó a trabarse en agrias disputas con algunos de los intelectuales del régimen, como el mencionado Manuel J. García o el napolitano Pedro de Angelis.¹⁴⁴ Esa particularidad, apuntada en los pocos estudios dedicados a su figura, merece sin embargo ser leída a partir del exitoso sistema de comunicación que el popular publicista supo establecer mediante sus gacetas y hojas sueltas.

Lo primero que llama la atención en ese sistema es la enorme versatilidad del publicista para incorporar a sus publicaciones los diversos temas, lenguajes y personajes del público lector “plebeyo”, diseminado en los suburbios y en las campañas de la provincia. Los títulos de sus gacetas son representativos de esa amplitud receptiva: *El Gaucho, El Torito de los Muchachos, De Cada Cosa un Poquito*,

¹⁴³ *El Gaucho Restaurador*, N° 4, 23 de marzo, pág. 3, col. 2.

¹⁴⁴ Soler Cañas extiende algunos comentarios al estudio de Rodríguez Molas y cita esclarecedores avisos en el *Diario de la Tarde* y en *La Gaceta Mercantil*, de 1843, que permiten inferir la labor del publicista por esos años. Cfr. Soler Cañas (1958: 58-62).

La Gaucha, La Negrita, etc. A ello se suma el recurso de la ficcionalización de personajes, que lo acerca a la producción del padre Castañeda –a quien, por otra parte, el mismo Pérez cita, afiliándolo a su prédica anti-unitaria: Juancho Barriales, redactor de *El Torito de los Muchachos* y amigo de Pancho Lugares Contreras, redactor de *El Gaucho*, su madre Juana Contreras, Chanonga, su mujer, Antuco Gramajo, Ticucha, Jacinto y Pedro Lugares, Don Chingolo, las morenas Catalina y Juana Peña, entre tantos otros. Como en las de Castañeda, en las gacetas de Pérez los *retazos* configuran una trama de personajes y voces que los asemejan a una escena teatral, un espacio ficticio de representación de los otros.¹⁴⁵

Dejando de lado las ya transitadas definiciones de la gauchesca,¹⁴⁶ vale la pena destacar tres aspectos de esas representaciones. En primer lugar, el modo en que la prensa popular construye su sistema de mediación con un público que es, en su mayoría, iletrado o semiletrado. En segundo lugar, la presencia de distintos íconos de representatividad social y cultural y, entre ellos, el de un discurso marcadamente profeminista. Por último, el tipo de relación que la prensa popular, y particularmente gauchesca, plantea desde el orden lingüístico con el orden cultural y social. Los tres aspectos, por cierto, están interrelacionados. Estos tres elementos serán analizados con la finalidad de contrastarlos con los modelos literarios del nacionalismo romántico que surge por la misma época.

¹⁴⁵ En *De cada cosa un poquito*, Pérez publica una serie de versos bajo el título de “Lamentaciones”, pertenecientes supuestamente al Padre Castañeda, que vituperan las figuras de Martín Rodríguez y Rivadavia (*De cada cosa un poquito*, 1831, N° 19, 19 de septiembre, pp. 1-2). Entre su variada producción, Castañeda publicó de 1821 a 1823 el periódico titulado *Doña María Retazos*, en el que se fingía una redactora con ese sugestivo nombre. En el prospecto, esa ficcionalización era asumida en los siguientes términos: “Yo me llamo María, porque ese nombre fue el que me pusieron en la pila, y el apellido retazos, no lo deribo [sic] de mis antepasados, sino de los retazos que componen mis panfletos” (Cfr. *Doña María Retazos*, “Prospecto”, p. 5, en: edición facsímil y estudio preliminar de Néstor t. Auza, 2001: 49). Fernández Latour de Botas, en su estudio preliminar a la edición facsímil de *El Torito...*, señala ese carácter teatral, recordando para ello lo escrito por Castañeda sobre sus propias publicaciones: “Los seis periódicos componen un poema épico, por consiguiente son periódicos de otro orden. O más bien diré que son un poema de nueva invención, o una comedia en forma de periódicos” (Cfr. F. Latour de Botas, 1978: IX).

¹⁴⁶ Para una definición del género remito a Ludmer (1988) y Rama (1994 [1982]). Una distinción oportuna entre poesía tradicional, poesía popular y poesía culta puede consultarse en Romano (1983: 9-32).

Desde el prospecto de *El Gaucho*, la escritura de Pérez postula un desvío y, por lo tanto, una novedad en la tradición de la gauchesca estipulada por Hidalgo. El gaucho deja su pago –digamos, su lugar “natural”, que en los “Diálogos” del uruguayo estuvo siempre representado por una iconografía de la vida campestre– para introducir y filtrar sus asuntos en el ámbito urbano:

Como allá en la Guardia no hay
Quien sepa bien imprimir
A la ciudad me he venido
Este asunto a imprimir

Lo único que temo es,
Que aquí los hombres sabidos
Me quedarán hacer reparos,
Como que son hombres leídos.¹⁴⁷

Al efectuar esa inscripción, Pérez diseña una de las formas más corrosivas del género: aquel que antes era personaje, el gaucho de los *Cielitos*, ahora es protagonista. El gaucho gacetero disputa en el terreno letrado la base de su propia sustentación.¹⁴⁸ Se trata, en definitiva, de una inscripción de su “voz” en el orden público y, por lo tanto, de una disputa política de (y por) las letras:

Y así con esto declaro,
Que todo hombre motinero
Lo he de poner tan en claro
Como aquellos del *primero*

Del primero de Diciembre

¹⁴⁷ *El Gaucho*, 1830, “Prospejo”, pág. 1, col. 1.

¹⁴⁸ Nicolás Lucero (2003: 17-38) señala esa nueva inscripción y ofrece una buena reseña de la producción de Pérez, Godoy y Ascasubi.

Quiero decir, caballeros:
No quieran desentenderse
Y venir a alegar luego.¹⁴⁹

Ahora bien, lo que esa inscripción permite cotejar, además, es la consustanciación de una “opinión pública” cuyos parámetros, en varios momentos, se asimilan al discurso de la nueva generación. Por lo tanto, (a la par de la cuestión léxica) las gacetas populares compiten sobre la representación política de esa opinión. Si los redactores de las *Palabras simbólicas* pudieron imaginar una posición equidistante de las facciones políticas que disputaban el poder, otro tanto postulaba el discurso de la prensa popular: “También estoy mal con esto/ De *unitario y federal*:/ Porque esto a la larga/ Nos ha de hacer mucho mal// Constitución ha de haber/ Precisamente algún día;/ Pero nunca la veremos/ Siguiendo en esta porfía” (ídem, pág. 2, col. 2). A la vez que se coloca en la tradición de Mayo,¹⁵⁰ el gacetero popular exhibe una serie de tópicos discursivos que buscan capitalizar el nuevo orden político imperante después de los sucesos de 1828 (lo mismo, podría decirse, que buscaban los jóvenes reunidos en el Salón de Sastre).

Es en el marco de esas competencias, entonces, que deben ser consideradas las modalidades y estrategias discursivas desplegadas por la prensa popular, las cuales buscan legitimar su palabra “plebeya” frente al espacio de un público letrado que se piensa como *el* espacio público.

Una de esas estrategias será la articulación de una alta variedad en el registro léxico, como modo de llegar a una audiencia de características populares, amplia y diversificada, en la que deben contarse gauchos o peones rurales, orilleros, mulatos, zambos y negros (en varias ocasiones las gacetas de Pérez estilizan el habla de las

¹⁴⁹ *El Gaucho*, ídem, pág. 2, col. 2. Con “aquellos del primero” se hace referencia a la sublevación del 1° de diciembre de Lavalle y su consecuencia más nefasta, el fusilamiento de Dorrego el 13 del mismo mes, acontecimiento del que Pérez hará no poca explotación. También se los llama “Decembristas”: la lengua, aquí, opera como corrosión política del sentido.

¹⁵⁰ “Al gallego con tanto ojo/ Siempre es preciso mirarlo;/ Porque ellos siempre trabajan/ Por su adorado FERNANDO” (*El Gaucho*, ídem, pág. 2, col. 2).

comunidades negras).¹⁵¹ Asimismo, dada la efectiva y amplia circulación de estas gacetas, es posible que su redactor incorporara comunicados o piezas escritas en colaboración. Sea como fuere, el caso es comprobar que la adecuación a los diversos registros de esa audiencia revela una extensión cierta en el sistema comunicacional de la época. Así, por ejemplo, en el periódico *De cada cosa un poquito* se da lugar a un comunicado de una “portuguesa federal” (“Se vose mercé me fizer ó obseuio de insertar no seu Periodico a declaracao...”), que cuenta que en su vecindad hay una tal Jerónima que “fala ó diablo contra á federaçao” y a la que quieren, lo propios vecinos, “fazerlhe cuspir os dentes”.¹⁵² La publicación en el periódico es, en ese sentido, una forma de publicidad que busca su impacto amenazador, del mismo modo que lo buscaron con la publicidad de partes o esquelas militares los periódicos cultos al otro lado de la orilla del Plata.

Vale la pena contrastar aquí los intentos de los exiliados por competir con el público lector (y político) al que interpelaban esas gacetas. Se sabe, por ejemplo, que Ascasubi comenzó a publicar sus piezas gauchescas en Montevideo a pedido de Florencia Varela como un modo de incentivar los ánimos de las tropas de Lavalle en su campaña de Entre Ríos.¹⁵³ Ese mismo año, Ascasubi comenzó a publicar su periódico gauchesco *Jacinto Cielo*, continuando la guerra facciosa en el estilo del gacetero rosista.¹⁵⁴ Sin embargo, interesa detenerse en los ensayos de la prensa culta

¹⁵¹ Soler Cañas ofrece una selección de piezas destinadas a los negros y, en una nota, transcribe el número y el nombre de las sociedades africanas que colaboraron mediante una donación con el ejército de Rosas. Las Sociedades son alrededor de cuarenta (Soler Cañas, 1958: 42-43).

¹⁵² *De cada cosa un poquito*, Buenos Aires, 1831, N° 22, 30 de septiembre, pág. 1, cols. 1-2. El periódico portaba este epígrafe en verso: “Impostores, cuidadito/ si no quieren que les diga/ de cada cosa un poquito”.

¹⁵³ En la “advertencia” con que Hilario Ascasubi acompañó su poema “Media caña del campo para los libres” se lee: “La composición siguiente me fue exigida en Montevideo por mi respetable amigo el Dr. D. Florencio Varela, quien a su costa la mandó imprimir con profusión para mandarla como un obsequio al Ejército Argentino Libertador que en esos días invadió a Entre Ríos a las órdenes del valeroso general Juan Lavalle” (Ascasubi, 1853: I, 36).

¹⁵⁴ Algunas de las piezas de Ascasubi, además, fueron insertadas en periódicos como *El Nacional* o *El Comercio del Plata*. Así, por ejemplo, su “Media caña del campo”, apareció en *El Nacional*, N° 451, 30 de mayo de 1840, pág. 2, cols. 3-4. *El Comercio del Plata* dio a publicidad su poema “Los Misterios del Paraná”, curiosamente bajo el epígrafe de “Bellas letras”. El aviso decía así: “Inútil sería ocultar el nombre del autor de esa preciosa composición, que se publica hoy por la imprenta de este Diario. Los versos del Señor Ascasubi son como los cuadros de

destinados a captar aquellas voluntades “plebeyas” que las gacetas de Luis Pérez habían aclimatado durante casi un lustro y que fueron subestimadas por su propio discurso. Me refiero a los periódicos *El Grito Argentino*, publicado en 1839, *¡Muera Rosas!* y *El Tirteo* (periódico escrito en versos), aparecidos estos últimos a mediados de 1841. Estas publicaciones escenifican una estrategia comunicativa que intenta competir con el discurso oficial del rosismo y, por lo mismo, se asimilan a los pasquines u hojas sueltas que apostaban a una mayor circulación antes que a una edición periodística bien cuidada.¹⁵⁵

En el número inicial de *El Grito Argentino*, tal emplazamiento se asumía de modo explícito: “No hablamos con los hombres que están enterados de las cosas; sino solamente con la Campaña, y con aquella parte de la Ciudad, que no sabe bien quién es Rosas, porque solo ve la embustera *Gaceta Mercantil*. Usaremos, por lo mismo, de un estilo sencillo, natural, y lo más claro que podamos”.¹⁵⁶

El periódico se proponía lograr mayor efectividad en la circulación de sus mensajes articulando el mundo de la escritura con el de la imagen: “Tenemos acopiados muchos materiales [...] los invitamos a que nos envíen cuantas noticias y detalles gusten, sobre los hechos de Rosas, y también diseños y dibujos para las láminas; o al menos la idea, que será dibujada por nosotros”.¹⁵⁷ Cada número del

Murillo o de Rubens: el que los ha visto una vez reconoce el colorido, el *estilo*, donde quiera que encuentra otros”. (Cfr. *El Comercio del Plata*, N° 114, 17 de febrero, pág. 2, col. 4).

¹⁵⁵ El trabajo de Claudia Román (2005: 49-69) sobre los periódicos *El Grito Argentino* y *¡Muera Rosas!* es una de las pocas y valiosas lecturas del periodismo faccioso montevideano de la época. Por lo tanto, seguimos aquí su trabajo y remitimos a él para un análisis de las estrategias discursivas compartidas por ambas publicaciones. La estrategia comunicacional de *El Grito Argentino* se asumía desde su presentación: “Nuestros artículos serán generalmente cortos, para poder así hablar en cada número de muchas cosas. Publicaremos dos números a la semana, en los Jueves y Domingos; y cada uno de ellos llevará una lámina o cuadro, ya del género serio, ya del ridículo, que represente alguno o algunos hechos del tirano; y aunque, por lo mismo, este periódico no es de mucho costo, como nuestro deseo no es ganar sino que circule, costará por la mitad de su valor” (*El Grito Argentino*, Montevideo, N° 1, 24 de febrero de 1839, pág. 1, col. 1). Esa estrategia era resaltada, por ejemplo, en el anuncio que sobre el periódico daba *El Nacional*: “Promete buena acogida en el seno de las masas a quien parece dirigido” (*El Nacional*, N° 84, 26 de febrero de 1839, pág. 2, col. 3).

¹⁵⁶ *El Grito Argentino*, Montevideo, N° 1, 24 de febrero de 1839, pág. 1, col. 1.

¹⁵⁷ *El Grito Argentino*, ídem, cols. 1 y 2.

periódico estaba acompañado por una litografía que apuntaba a representar la depravación del régimen a partir de una iconografía centrada en la vejación de las instituciones patrias. Así, por ejemplo, la lámina del número 2 representaba el frontispicio de la Casa de los Niños Expósitos con madres y niños que, entre penumbras, lloraban y padecían la expulsión de sus servicios, y un epígrafe que apuntaba: “¡Ay! Éste es el que se llama padre de los pobres, y arroja a la calle a tanto huérfano”.¹⁵⁸

¡Muera Rosas! participa también de esa estrategia discursiva. Aunque apareció dos años después, compartió con *El Grito Argentino* condiciones materiales de producción y modalidades enunciativas, como la reproducción de láminas litografiadas. Según narra Antonio Zinny en la biografía que dedicó a Juan María Gutiérrez, las láminas eran dibujadas en el mismo Buenos Aires por el coronel Antonio Somellera, ex capitán del puerto de la ciudad, quien las remitía a Montevideo. Éste y Félix Tiola recibían el periódico y lo distribuían a los amigos, arrojándolo de noche en los zaguanes de las casas, hasta que fueron descubiertos por la policía (Zinny, 1878: 15). Como bien señala Román (2005: 54), las imágenes litografiadas, por la disparidad y la precariedad de su composición, evidencian un esfuerzo de representación que apunta más a la elocuencia del trazo que a la destreza del oficio. En ambas publicaciones, las imágenes apelan a un universo de significación alegórica, postulando una figura de Rosas medievalizada, tétrica e irracional cuya funcionalidad argumentativa resulta coherente con los discursos políticos de los exiliados románticos, y que ha sido muy bien analizada por la misma autora.¹⁵⁹

Ahora bien, la elocuencia que se busca a través de la representación icónica revela, al mismo tiempo, el tipo de público lector que imaginan los redactores. En este sentido, entre la precariedad o desaliño de los dibujos litografiados y la claridad o

¹⁵⁸ *El Grito Argentino*, N° 2, 28 de febrero de 1839.

¹⁵⁹ Dice, al respecto, Román: “De ribetes goyescos, la representación de un mundo medievalizado, decadente y terrorífico, gobernado por fuerzas malignas e irracionales, encarnadas en seres sobrenaturales pero también varones –del rey al padre– que amenazan a desfallecientes doncellas, y en el que los monasterios y castillos en ruinas estructuran las acciones que transcurren entre cámaras de torturas y mazmorras apenas ocultas tras paneles secretos resulta, extrapolada al contexto rioplatense, sorprendentemente funcional a la argumentación política.” (2005: 66)

sencillez de estilo del que se jactan sus redactores se organiza un dispositivo comunicacional que, en su misma plataforma, evidencia la distancia insalvable frente a los códigos culturales de la audiencia a la que se busca persuadir. En *El Grito Argentino*, por ejemplo, escribían:

Rosas ha quitado la ocupación a todos los pobres, que vivían de trabajar en los Saladeros, en el Muelle, en la Aduana, en el Resguardo, y los ha dejado a pedir limosna.

Rosas ha quitado a los labradores la venta de sus trigos, y de sus harinas, porque no pueden sacarlas para fuera del país, a causa del bloqueo.

Rosas ha quitado a los hacendados pobres la venta de sus ganados y sus cueros, porque no hay quien sale, y porque no se sacan cueros. (*El Grito Argentino*, N° 1, pág. 1, col. 2)

La repetición de la cláusula con que se inicia cada oración, además del efecto retórico, muestra asimismo una organización informativa del mensaje que adolece de lógica empírica: si la producción agrícola no puede comercializarse a raíz del bloqueo francés al puerto de Buenos Aires, difícil sería imaginar un destinatario que, víctima de esa situación, pudiera reponer la elipsis de esa trama argumentativa (es decir, que el bloqueo se debe a la política de Rosas y no a las fuerzas extranjeras, como difundía el discurso del rosismo contra el que esa diatriba pretendía alzarse). En el número siguiente, esa disparidad entre estructura argumentativa y estrategia comunicativa se hace más palmaria:

Vosotros hombres de color, ¡escuchad! Desde que se hizo la revolución contra España, se formó en Buenos Aires el famoso regimiento llamado de *Pardos y Morenos* [...] ¿Peleasteis entonces, y pelearon vuestros padres por la libertad, o por sostener a un tirano cobarde? Rosas nada hizo por esa revolución, y hay la llama merienda de negros [...] ¿Y qué le debéis a Rosas? –Escuchad: El dio un decreto, ahora ocho años, permitiendo introducir negros esclavos porque

él y los Anchorena los necesitan para sus estancias. Este es todo el bien que os ha hecho. ¡Escuchad! (*El Grito Argentino*, N° 2, 28 de febrero, pág. 2, col. 2)

El léxico y la retórica de este fragmento plantean varios problemas. En primer lugar, la reiteración del uso del imperativo disipa, en este caso, su efecto retórico frente a una audiencia que, insistimos, aparece nuevamente hipostasiada en el discurso: el uso del “vosotros” –es decir, de la norma lingüística castellana– en un párrafo destinado a los negros (pardos y morenos) resulta, como mínimo, inconducente. En segundo lugar, tal inconsistencia entre mensaje y destinatario muestra que, en realidad, el público lector al que estas publicaciones se dirige no supera el horizonte de la clase media o burguesa con la que se reconoce, aunque culturalmente se distingue, la élite letrada. Por último, la apelación a la norma lingüística dominante, como bien ha señalado Rama (1984), manifiesta una contradicción con la prédica sobre la emancipación de la lengua que los jóvenes románticos efectuaban en sus intervenciones públicas. No sólo en este fragmento citado sino en varias publicaciones de la élite las convenciones lingüísticas del castellano permean sus escritos, mostrando que el “escribir como se habla” arrastra (y oculta) una tensión entre el ideal de una escritura atenta a las modulaciones dialectales y la injerencia de los modelos literarios consagrados, provenientes de la tradición literaria española.

A diferencia de esos ensayos, la incorporación de las voces comunitarias –vale decir, de los giros léxicos de ese público lector “plebeyo” o semiletrado– como publicidad política es uno de los recursos más frecuentes en estas gacetas populares. La máscara del comunicado que vimos actuar en la prensa cultural de la élite letrada se multiplica en la prensa popular mediante el envío de cartas, coplas, comunicados y declaraciones de varios registros y personajes: “Te suplico po Rioso,/ Seño Pancho Conterera/ Mi pongasi en tu papeli/ Las queja di uno morena”.¹⁶⁰ Las quejas de Frachica Cambundá exponen los padecimientos que sufrió en tiempos de “unirá” (es decir, de Rivadavia), y se corresponden con la ficcionalización de una carta enviada por

¹⁶⁰ *El Gaucho*, N° 20, 6 de octubre de 1830.

Juana Contreras, madre del gacetero, en la que relata la violencia de tiempos pasados, cuando las milicias unitarias fueron a su tapera a buscar a su marido:

No se me encajaron cuatro,
Y entre ellos un oficial
Que de guenas a primeras
Me dijo ¿Usted es Federal?

Yo, Señor, le respondí,
Soy Señá Juana Contreras:
Callese la hija de P...
Que también es montonera

Y sin decir más palabra
Del caballo se volieron
Y antes de decir *amen*
En pelotas me dejaron.¹⁶¹

Estas escenas de ficcionalización transmiten un mensaje claramente político pero, a diferencia del sistema de la prensa culta o romántica, aquí el mensaje es narrado a través de las (supuestas) experiencias de sus “protagonistas”, buscando de ese modo un efecto de persuasión más cercano al mundo de los afectos y de la cotidianeidad.

Al igual que los letrados de la joven generación, estas gacetas realizan el montaje de una lectura semiótica de lo social. Como Sarmiento al distinguir el desarrollo social mediante el uso de la indumentaria, o como Alberdi al centrar en el objeto *moda* una representación cultural y política, en las gacetas de Pérez lo iconográfico cobra el valor de una representación de la realidad sociopolítica y, por lo

¹⁶¹ *El Gaucho*, N° 5, 13 de agosto, “Carta de Juana Contreras, madre de Pancho Lugares Contreras”, pág. 3, col. 2.

mismo, será el modo más efectivo de extender su publicidad.¹⁶² Exponer y publicar, en este sentido, son términos aledaños:

Soy un aguatero
De aquesta ciudad
Y aunque soy un pobre
Soy buen federal

Tengo en mi carreta
Bueyes colorados
Y dos banderitas
Que traigo a los lados

Llevan en la frente
Cada uno testera
Con letras doradas
Que las lee cualquiera

En ellas publico
Cual es mi opinión;
Pues no dicen más
Que FEDERACION.¹⁶³

¹⁶² Recordemos, por ejemplo, lo que escribió Sarmiento en su *Campaña del Ejército Grande* comandada por Urquiza: “Y para acabar con estos detalles de mi propaganda culta, elegante y europea, en aquellos ejércitos de apariencias salvajes, debo añadir que tenía botas de goma para el caso, tienda fuerte y bien construida, catre de hierro del peso de algunas libras, de manera de poder dormir dentro de una laguna, velas de esperma de noche, y mesa, escritorio, y provisiones de boca de cargarlo todo en un caballo” (Sarmiento, 1958 [1852]: 142). Pérez, por su parte, desplegará un importante contingente de representaciones semióticas tendientes a caracterizar irónicamente al sector unitario. Así, por ejemplo, parodiando el universo genérico de las secciones de los periódicos, presentará el siguiente “Remate importantísimo”: “Patillas postizas/ Bucles para señoras/ Añadidos para el pelo/ Barniz para la cara/ Perfumería y otras cosas de gusto” (*De cada cosa un poquito*, N° 17, 12 de septiembre).

El aguatero que hace esta exposición, dice esta gaceta, expone además la virtud del sistema político: la federación aquí es el ícono de la democracia en su sentido más pleno.

Pero tal representación quizás se haga más explícita –y verdaderamente democrática al nivel del discurso– en el modo de incorporar a la tarea periodística y publicitaria el universo femenino. Con una diferencia notable respecto de las visiones dominantes de la época –tanto ilustradas como románticas–, las gacetas populares de Pérez no dudan en darle la voz a la mujer. Como hemos visto, las dos correspondencias anteriores pertenecían a mujeres. Pero el lugar que esa ficción otorga al llamado “sexo débil” es, además, el de la propia redacción e intervención pública. *La Gaucha* y *La Negrita* son las hojas destinadas a efectuar esa trasposición. Chanonga contesta a lo escrito por Pancho Lugares desde las páginas de *La Gaucha*; Juana Peña es la “negrita” que publicita en sus páginas homónimas laudos a Juan Manuel y sátiras contra los “cagatillas”.¹⁶⁴

Una serie de hojas sueltas, incluso, extiende una pendencia iniciada tempranamente en la llamada “guerra de los moños” (que se dio en las páginas de *El Torito de los Muchachos*, a partir de un comunicado publicado por *La Gaceta Mercantil*)¹⁶⁵, manifestando claramente la posición profeminista del versátil

¹⁶³ *El Gaucho*, “Al público. Exposición de un aguatero Federal”, N° 19, 2 de octubre de 1830.

¹⁶⁴ *El Gaucho* se publicó en 1830 y reapareció, junto a *La Gaucha*, en 1833. Entre estas dos gacetas se estableció un permanente juego de comunicación, sostenido por los ficticios redactores. En el primer número de *La Gaucha*, del 23 de agosto de 1833, se publica una 1ª carta de Chanonga en contestación a otra escrita por Lugares en el número inicial de *El Gaucho*, del 20 de agosto. Ya en *El Gaucho* de 1830, las cartas entre el redactor y su mujer van y vienen. El sistema establecido por Pérez es de un virtuosismo inusual para la época. No sólo por la variedad de registro, no sólo por una inclinación notable a dar voz a la mujer, sino porque el despliegue de recursos resulta asombroso. Los personajes que desfilan por sus páginas forman, como quería el autor de *Doña Retazos* –de quien toma varias estrategias– una verdadera comedia (íntima, familiar) en forma de periódicos.

¹⁶⁵ En efecto, un comunicado publicado en *La Gaceta*, escrito supuestamente por De Angelis (“comunicato”, dirá Pérez), reconviene al gacetero su inclinación a inmiscuir a las mujeres en cuestiones políticas (el redactor de *El Torito* había comenzado a hablar de las mujeres que llevaban o no la divisa punzó, calificándolas de federalas o unitarias, de acuerdo con ese sistema de identificación). El número 11 del periódico, comenzaba diciendo: “Me han dicho que en *La Gaceta*/ Han puesto un *comunicato*/ Diciendo que en *El Torito*/ Se habla con poco recato”. Y más adelante, planteaba de modo contundente: “¿A qué son esas pinturas/ De decir que las mujeres/ Se ofienden en obligarlas/ A decir sus pareceres?” (*El Torito de los*

gacetero.¹⁶⁶ Bajo el título de “Contestación de Ticucha a Don Cunino”, el papel despliega una retórica belicista y desafiante: “¿Para que nos provocó/ A salir a la campaña,/ No teniendo usted bigotes/ Para cumplir su palabra?”¹⁶⁷ El significado de esa refriega sorprende, insistimos, por la avanzada posición liberal respecto al rol de la mujer en momentos en que el discurso público (como el de *La Aljaba* o, años después, el de *La Moda*) se presenta reticente y moderado frente a los alcances de los proyectos de reivindicación femenina.

Si mis ilustres guerreras
Hubieran capitulao,
Se hubieran puesto los hombres
Mas bravos que un perro atao.
Mas cuando ellos se han rendio
Y han mostrao su cobardia,
Claro está que sin las hembras
No pueden pasar un dia.¹⁶⁸

La escenificación de esta interesante querrela se extendió en otros papeles sueltos, sin fecha, y sobre los cuales es difícil precisar sus trayectorias.¹⁶⁹ Pero vale la pena transcribir los versos que pudieron haber funcionado como cierre, para ver en todo su alcance esa posición de avanzada del gacetero rosista:

Muchachos, “Carta de un lechero a Juancho Barriales”, N° 11, 23 de septiembre de 1830, pág. 1, col. 1, y pág. 2, col. 1).

¹⁶⁶ Schwartzman (1996: 117-133) señala esa inclinación protofeminista en el discurso popular de Pérez. Asimismo, véase Romano (1994).

¹⁶⁷ *La Gaucha. Contestación de Ticucha a Don Cunino*, hoja suelta, s/f. En Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional.

¹⁶⁸ *La Gaucha. Contestación*, ídem.

¹⁶⁹ Las “hojas sueltas” que hemos podido consultar referidas a este tema son las siguientes: *La Gaucha. Contestación de Ticucha a Don Cunino* (s/f); *El Gaucho. Carta de Ticucha a su padrino D. Alifonso, interceptada por Don Cunino* (s/f); *El Gaucho. Suspensión de armas. Capitulación de Don Cunino con Ticucha* (sf). *El Gaucho. Nuevas hostilidades á las Hembras. Guerra con ellas. Papel suelto para el domingo. Chingolo, Hijo de Chanonga* (s/f). *La Gaucha. Guerra a los hombres a sangre y fuego* (1833). Todas se hallan en la Biblioteca Nacional [T].

Si antes hubiera sabido
De las hembras el poder,
Primero me hubiera ahorcao
Que llegarlas a ofender.

Mas agora que conozco
Lo que vale una mujer,
Una y mil veces me pesa
Tan injusto proceder.¹⁷⁰

Por último, cabe reflexionar brevemente sobre los usos lingüísticos en estas gacetas. No todas las piezas de esta prensa popular son gauchescas, pero todas comparten la alianza que define al género: todas suscriben el pacto que funda el género mediante la ficcionalización de la “voz” ajena.¹⁷¹ Si la palabra del otro es “copiada” o asimilada en pos de ampliar el sistema de comunicación escrita, la variedad de registro muestra asimismo el impulso democratizador de ese intercambio inaugurado con la gauchesca. Muy escasos son los momentos en que esa particularidad merece por parte del gaucho letrado una referencia explícita. Por eso, no es casual que esa transacción sea explicitada desde el inicio. En el primer número de *El Gaucho* (primera gaceta popular de Pérez), el supuesto remitido de un cura le aconseja:

Permítame que le diga, que Vd. ha ido muy imprudente en no mostrar su papel a algún inteligente, para rectificar su ortografía que es muy viciosa: le hubieran dicho por ejemplo, que se dice *prospecto*, y no *prospejo*, *madre*, *bueno*, *fuerte*, y no como Vd. lo ha puesto, *magre*, *gueno*, *juerte*. (*El Gaucho*, N° 1, 31 de julio de 1830, pág. 2, col. 2)

¹⁷⁰ Y termina: “Yo por mi parte confieso/ Que me doy por targinado,/ Y que en la lid con las hembras/ Hi salió redotao”. *El Gaucho. Suspensión de armas. Capitulación de Don Cunino con Ticucha*, hoja suelta, s/f.

¹⁷¹ Sobre los aspectos de ese “pacto” véase Ludmer, “El cuerpo del género y sus límites” (1988: 75ss.).

Al número siguiente, la respuesta a esa reconvención doblemente autorizada (letrada y religiosa) asume con desparpajo los beneficios de la intencionalidad:

Sr. Cura. Le agradezco sus prevenciones, que no he extrañado, pues ya sospechaba que mi ortografía sería objeto de crítica. A estos *reparones* Vd. podrá contestar en mi nombre con los siguientes versitos: Al escribir mi prospejo/ Dicen que me he equivocado:/ Mas cuando yo me equivoco/ También de *macaco* lo hago. Su apasionado. Pancho Lugares. (*El Gaucho*, N° 2, 4 de agosto de 1830, pág. 4, col. 1)

Sin ninguna declamación sobre la “emancipación de la lengua”, el coplero oficia su torsión y asume esa gramática del error como propia.¹⁷²

3. 5. 2. Poesía y tradición: la proximidad de un origen

De manos de la naturaleza

La originalidad es la barbarie primitiva.
Vicente Fidel López.¹⁷³

Por las escuetas y despectivas consideraciones que Lugones dedicó al verso gauchesco de Ascasubi en las famosas conferencias que consagraron al *Martín Fierro* como *el* poema nacional, es fácil imaginar la suerte que hubieran corrido las coplas y cielitos del gacetero Pérez en la codificación lugoniana de la lengua y la cultura argentinas. Como Ascasubi, Pérez no habría atinado a comprender “el tipo” –esa forma ideal que reviste en *El payador* “el fundamento diferencial de la patria”–, ni habría ejecutado con su poesía “arrabalera” otra cosa que “ineptas mimesis” lingüísticas.¹⁷⁴ Más condescendiente, el “credo indianista” de Ricardo Rojas contempló la prensa

¹⁷² “Emancipación de la lengua” titula Alberdi uno de sus artículos destinados a discutir los modelos castizos del castellano rioplatense (en *El Iniciador*, N° 10, pp. 16-17, cols. 1 y 2).

¹⁷³ *La Gaceta del Comercio*, Valparaíso, N° 114, 18 de junio de 1842, Editorial, pág. 1, col. 1.

¹⁷⁴ Las referencias entrecomilladas pertenecen a *El payador*, edición de Ayacucho (Lugones, 1992: 14 y 127). Además de Ascasubi, Lugones menciona a Godoy entre los primeros que usaron la gauchesca como panfleto político, pero desconoce la producción de Pérez.

popular y gauchesca en el proceso de formación de la llamada “argentinidad”.¹⁷⁵ Pudo, así, incorporar a su propuesta historiográfica el periodismo gauchesco, al que le dedicó un capítulo, y detenerse en la producción de aquellas figuras poco menos que denostadas en el prestidigitado “linaje de los Hércules”: Juan Godoy, Bartolomé Hidalgo, Francisco de Paula Castañeda, Hilario Ascasubi, Luis Pérez, Estanislao del Campo. Sin embargo, la anuencia de Rojas frente a esa producción no impedía calificarla de “prensa salvaje” ni impugnaba la incorporación, tan deliberada como contradictoria, de *La cautiva* de Echeverría entre las páginas dedicadas a los gauchescos.¹⁷⁶

Si, como se ha dicho, las intervenciones de Lugones y Rojas en la historización de la literatura argentina obedecen a la premura de instituir un repertorio simbólico de identificación nacional frente al agitado contexto de masificación inmigratoria,¹⁷⁷ no menos cierto es que la filología romántica que nutre esas intervenciones mantiene un vínculo no siempre declarado, pero indudable, con la temprana serie de operaciones realizadas por los protoformadores de la cultura nacional en el siglo XIX.

Las nociones de “primitivismo” o “nativismo” que enhebran la teoría de los gauchescos postulada por Rojas, o el *analogon* bucólico-naturalista capaz de homologar la universal candidez de la indumentaria con la sencilla y espontánea expresión del *nuevo* lenguaje de la patria en Lugones, encuentran en los programas del primer romanticismo su punto de origen.¹⁷⁸

¹⁷⁵ A su “doctrina estética” y su “credo indianista” hace referencia Rojas en la introducción de su *Historia de la literatura argentina (1917-1922)*. Cfr. Rojas, 1948a: I, 57.

¹⁷⁶ Rojas habla de “prensa salvaje” al referirse al periódico *El Gaucho* de Luis Pérez (Rojas, 1948a: II, 434). Sobre la incómoda inserción de Echeverría entre los gauchescos, decía el historiador: “La sola inclusión de *La cautiva* en un estudio de los poetas nativos o payadorescos, ha de parecer a muchos una irreverencia [...] Yo no disminuyo con esta crítica a *La cautiva*; elevo hasta ella a un poema que por ciertos pasajes merece parangonarse con aquél, y coloco a uno y otro, por lo que ambos tienen de ‘pampeano’, en una misma corriente espiritual y estética de la literatura argentina” (Rojas, 1948: II, 465-466). En esa unificación, Rojas proponía una operación de asimilación de las disimetrías (formales y sociales) bajo esa entelequia peculiar que llamó “panargirismo” (Rojas, ídem: I, 34).

¹⁷⁷ Ver Altamirano y Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos” (1997: 161). Para una lectura en torno a las diferentes propuestas de canonización del *Martín Fierro* por parte de Lugones y Rojas, ver Dalmaroni (2006: 79-124).

¹⁷⁸ La “teoría de los gauchescos” establece, además, una cronología: el primitivismo cultural se identifica, así, con el primitivismo biológico. Cfr. Rojas (1948; I, 47-58). Las referencias de

La codificación letrada de las costumbres y contingencias históricas de la vida rural o campestre tiene, como vimos, dos sustratos textuales fundamentales que la rigen: el género costumbrista y los cuadros naturalistas de los viajeros. El tipo de apercepción romántica que explota esa codificación,¹⁷⁹ implica tener presente que la construcción simbólica por medio de la escritura de dicho imaginario surge vinculada a la problemática de la lengua nacional como herramienta racionalizadora de los modelos culturales y, por lo tanto, estético-literarios.

Si la figura del “gaucho patriota” como nuevo signo social –base, a su vez, del surgimiento de la gauchesca (Ludmer, 1988: 27)– emerge a causa de la militarización del sector rural que desencadenaron las guerras de independencia, esa figura es reformulada desde el dispositivo ideológico que el nacionalismo cultural consagra a la república a más de diez años de la última acción bélica contra la madre patria. En el contexto de las luchas facciosas del 30, la construcción de la imagen del gaucho se vuelve *otra*: no ya el “gaucho patriota”; tampoco el pendenciero o vago (aunque esa imagen nunca desaparezca del todo) sino el tipo social ahora recodificado por la élite letrada “romántica” como singularidad cultural de la nación en ciernes.

Esa nueva codificación letrada de las “virtudes” del gaucho es la que rige el ensayo de Gutiérrez publicado en *El Recopilador*, cuyo modo de representación ya hemos analizado. Nos interesa retomarlo ahora con el objeto de precisar el tipo de operación

Lugones al “nuevo” lenguaje, o nuevos modos de expresión de la gauchesca, aparecen ya en el prólogo de *El payador*. Las inducciones naturalistas referidas a la indumentaria, estilo de vida y lenguaje del gaucho pueden registrarse en las páginas 47, 52, 64-65 y 112 de la edición citada. Cabe aclarar que, al indicar el sustrato romántico en las operaciones de Rojas o Lugones, no se pretende establecer ni una prioridad cronológica ni una homologación simplista entre la generación del 37 y la finisecular, sino más bien apuntar una línea convergente del nativismo literario criollo. La interpretación de Lugones del lenguaje poético del *Martín Fierro*, por ejemplo, ofrece un corrimiento sutilmente elaborado que lo lleva a sostener que los giros del habla popular registrados en el poema lejos de ser “barbarismos” son “preciosos elementos de una lengua más genuina” (ídem, 113); interpretación (impensable para los románticos del 37) que alcanza su máximo artilugio especulativo al postular que los “pretendidos barbarismos” son, en realidad, lengua castiza y castellana (ídem, 126).

¹⁷⁹ Andermann utiliza la noción de “apercepción” para dar cuenta de un dispositivo de miradas y actitudes de un “sujeto desplazado del territorio que apenas intuye” pero que reclama como “algo que orgánicamente le pertenece” (2000: 20). El sentido de la categoría se recorta de términos complementarios, “apreciación” y “apropiación”, que Andermann fija como lectura crítica de los distintos posicionamientos de la élite letrada criolla frente a la cultura del territorio.

letrada implicada en la construcción de una tradición literaria y cultural sobre la que volverán las configuraciones nacionalistas finiseculares.

Como vimos, el escrito de Gutiérrez estaba dirigido a componer, mediante descripciones aliadas a la retórica de viaje –de la que además recortaba los motivos pintorescos que se avenían a una representación tópicamente singular–, escenas que pudieran resultar “verdaderamente nacionales”. Entre ellas, despuntaban “los más lúcidos arreos del domingo” que congregaban a “todo un pago entero” alrededor de los juegos que unían en la destreza jinete y caballo. Al mismo tiempo, el “nosotros” genérico con el que se reconocía el ensayista –que bien podía enajenarse “de gozo” en esos juegos campestres como uno más de sus espectadores– nunca se despojaba de la distancia enunciativa que le permitía marcar el contraste con el objeto de su representación. Entre algunos de esos párrafos en los que convive una empatía figurada con un distanciamiento controlado, el pasaje siguiente, además, es representativo del tipo de operación que hemos mencionado:

Si todas las capitales se parecen, no es dentro de Buenos Aires donde ha de examinarse el influjo que ha tenido este animal *en nuestro carácter y propensiones*: la ilustración borra de la fisonomía de los pueblos todos los rasgos originales porque su tendencia es la de reducir a los hombres a una sola familia y traerlos a un mismo modo de pensar. El hombre de nuestra campaña es *esencialmente* independiente, y reúne todas las buenas condiciones que acompañan al amor de la libertad personal y al aborrecimiento de la sujeción y de la fuerza (...) Señor de los campos, rey de la llanura, como un cóndor lo es de los aires y de la cordillera ¿quién le sojuzgará si monta un caballo propio para burlarse de un alcalde? (*El Recopilador*, N° 3, pág. 18, cols. 1 y 2 [subrayado nuestro])

Es en el campo donde el gaucho, “rey de la llanura”, *representa*, como un ícono del paisaje que lo rodea, las costumbres originales del territorio que perviven por fuera del impulso civilizador de las naciones modernas. Exentas del rasero de la ilustración, esas costumbres se presentan como fuente privilegiada para fundar una tradición local –

desligada ya de los modelos neoclásicos– y, por lo tanto, deben ser incorporadas al orden de la letra a fin de retratar los rasgos diferenciales que debería adoptar una literatura nacional. Como la imagen litográfica que acompaña cada número del semanario, el “señor de los campos” permanece en su esencia y, como la naturaleza, se presenta como la materia pasible de ser moldeada por el “genio de la poesía” al mismo tiempo que “explorada” por la ciencia: “Los naturalistas –dice el ensayo– han observado la íntima relación que existe entre la velocidad de los animales y la intensidad de su potencia visual”.¹⁸⁰ Y más adelante: “Nuestros paisanos que son sobre el caballo como hechos de una misma pieza, de un mismo tronco, como una estatua ecuestre [...] han convertido en propiedad suya la velocidad del movimiento de aquel animal”.¹⁸¹

Con una prosa que combina pinceladas románticas con juicios y nociones asentadas en valores ilustrados, Gutiérrez delinea tempranamente en esas escenas que él llama con ánimo prospectivo “nacionales” un programa literario para la nueva élite letrada urbana que comenzaba a fijar en el territorio los “rasgos característicos” que debería(n) forjar una literatura nacional.

De modo que el primitivismo asentado por Rojas o la convención naturalista con que Lugones invierte la dicotomía sarmientina figuraba ya tempranamente en el programa romántico-costumbrista que, como vimos, comenzó a definirse a mediados de los años 30. Esa naturalización del gaucho puede percibirse de modo notable en la producción poética que buscaba definir los contornos particulares del territorio y que, como dejamos dicho, *La cautiva* sólo cumplía parcialmente. Las citas de los poemas que siguen muestran los protocolos literarios de ese esteticismo primitivista:

I)

En la llanura sin fin

Tú señalas las barreras

¹⁸⁰ Esta figura, amparada por la autoridad de la “ciencia”, distinta y jerarquizada (Ramos, 1989: 32), no sólo anticipa la prosa descriptiva –sobre todo de la primera parte– del *Facundo* sino que religa la intención programática del articulista de *El Recopilador* con el recurso a la frenología y a la anatomía –saber ilustrado– del sanjuanino al describir al “tigre de los llanos”.

¹⁸¹ *El Recopilador*, N° 22, pág. 172, col. 1

Que dividen el desierto,
Y oyes el vago concierto
Que alzan las auras ligeras
De la pampa en el confín.

[...]

Recorrerás el desierto
Cual mensajero de vida,
Y, tu misión concluida,
Caerás cual cadáver yerto
Bajo el pino secular.

II)

Él solo, poderoso, puede elevar la frente
Sin que la abrase el fuego del irritado sol,
En la estación que el potro discurre en la llanura
De libertad sediento, frenético de amor.

Él solo, hijo gigante de América fecunda,
Aislado se presenta con ademán audaz.

Ambos poemas pertenecen a dos de los más activos representantes del nacionalismo o nativismo literario: Bartolomé Mitre y Juan María Gutiérrez, respectivamente. Los dos fueron escritos en 1842, en Montevideo. En la segunda estrofa citada del poema I (que, además, es la última) puede cotejarse esa suerte de predestinación que el mismo Mitre elucubró en los versos dedicados a “Santos Vega. Payador argentino”. En el poema II, la imagen se construye a partir de un americanismo literario que Gutiérrez buscaría desarrollar consecuentemente, sobre todo a partir de la publicación de la *América poética*, en 1846. Ahora bien, ninguno de los dos poemas refieren al gaucho, sino al ícono por excelencia de la naturaleza

pampeana: el ombú.¹⁸² Sin embargo, cualquiera de esas estrofas podría muy bien codificar esa imagen naturalista del gaucho. Y no sólo en estas estrofas, sino en las varias que se escribieron hasta llegar a la formulación de “el hijo de la pampa” con que Lugones se solaza en *El payador*, puede corroborarse la construcción de ese primitivismo cultural.¹⁸³ Esa suerte de fórmulas esteticistas intercambiables que modulan el estro poético de la generación del 37 (o, por lo menos, de algunos de sus integrantes) muestran una doble operación figurativa: por un lado, se asientan en concepciones logocéntricas y legitimistas de la cultura que cifran el sistema de marginalización y explotación social del jornalero rural; por el otro, construyen la imagen de ese cuerpo marginal como salido de “las manos de la naturaleza”.¹⁸⁴

Seis meses después de aparecidas las *Rimas*, en una de las empresas periodísticas de la joven generación se podía leer lo siguiente:

La majestad imponente de nuestros desiertos, su ilimitada extensión, inspiran al alma secreta veneración, revelando al corazón desconocidos encantos, en medio de gratas impresiones, sencillas como la naturaleza, graves como la creación. La fisonomía de nuestra poesía popular, su engalanado ropaje, su expresión sobresaliente reunida a la versión metafísica eminentemente ponderativa que reviste enuncian *la proximidad de un origen*. (*La Moda*, N° 16, Buenos Aires, 3 de marzo de 1838, pág. 3, col. 2)

El pasaje citado pertenece a un ensayo (“Poesía”) publicado en *La Moda*, cuyo autor presunto es Rafael J. Corvalán, en el que despuntan claramente las notas voluntaristas de un proyecto literario reconocible en la tendencia costumbrista que

¹⁸² El poema de Mitre se titula: “A un ombú en medio de la pampa”, y fue publicado en *Rimas*, en 1854. Citamos de la edición *La Cultura Argentina* (1916: 123 y 126). El de Gutiérrez lleva por título: “El árbol de la llanura”, que forma parte de sus *Poesías*, publicadas en volumen en 1869. La cita es extraída de la edición *Clásicos Argentinos* (1945: 133).

¹⁸³ “El hijo de la pampa” se titula el capítulo II de *El Payador*. En el siguiente, “A campo y cielo...”, esa predestinación naturalista y primitivista se enfatiza: “La pampa que engendró al gaucho”, dirá Lugones (1992: 52).

¹⁸⁴ Para un análisis de esa construcción literaria, véase el indispensable ensayo de Eduardo Romano, *El nativismo como ideología en el “Santos Vega” de Rafael Obligado* (1991).

guió las discusiones literarias de la época. Lo sorprendente no es, entonces, la referencia paisajística en consonancia con el poema narrativo de Echeverría, sino la claridad con que el autor del ensayo diseña la “proximidad de un origen”: es en la “fisonomía” de la “poesía popular” donde se halla la “versión metafísica” de una expresión que es necesario atender para fundar un origen. Algunos meses después –y a un año exacto de las *Rimas– El Iniciador* daba a luz un ensayo sobre “Poesía nacional”, que extendía y complementaba las ideas del fragmento que acabo de citar:

Un poeta argentino ha iniciado con la palabra y el ejemplo la necesidad de crear una poesía nacional, nosotros no creemos anunciar una mentira, diciendo que esta poesía nacional existe. *El tiempo llegará en que los habitantes de los campos sean explorados por algunas de las capacidades metafísicas y observadoras que brillan en las filas de la joven generación.* Entonces se enseñará a la meditación del filósofo las novedades poéticas que el desierto oculta. Manantial fecundo de altas deducciones deberá ser sin duda esta *poesía original, expresión espontánea del hombre de la naturaleza [...]* La filosofía sabrá el suelo en que debe arraigarse, y la literatura recibirá su nacionalidad. *El lenguaje de todas estas composiciones es pobre y prosaico; pero como los andrajos del mendigo encubren un hombre, así bajo estas formas mezquinas, bellas a veces en su extravagancia como los remiendos del pobre, hay un fondo original y grandioso.* (*El Iniciador*, N° 10, Montevideo, 1 de septiembre de 1838, pág. 15, col. 1 [Subrayado nuestro])

La primera cláusula de este pasaje parece referirse al artículo “Canciones” publicado por Echeverría en el número siete del mismo periódico, en el que el autor de *Los consuelos* bosquejaba la realización de un cancionero popular.¹⁸⁵ De algún modo, este artículo responde al fracasado intento del propio Echeverría por hallar tales canciones, como si la impericia del poeta no perjudicara la proyección de esa búsqueda. Como sea, resulta abrumadora la claridad programática de ambos pasajes.

¹⁸⁵ Se publicó igualmente en *El Nacional* de Montevideo, N° 74, el 14 de febrero de 1839. En *Obras* aparece con el título “La canción” (Cfr. Echeverría, 1972: 338-340).

Lo “poesía original” permanece oculta en el territorio de la pampa. Metáfora geológica y subterránea que acude a fortalecer la idea romántica de una genealogía y de un origen. O de un origen con el que fundar una genealogía. El desplazamiento hacia las costumbres rurales o campestres impone, además, otro movimiento: la naturaleza del lenguaje gaucho naturaliza al sujeto de su dicción (la poesía popular es una “expresión espontánea del hombre de la naturaleza”). Las concepciones orgánicas de la lengua se alían así a las convenciones naturalistas del romanticismo literario: quien dice *juerte* en lugar de *fuerte* expresa, “como el pájaro canoro” del “Santos Vega” de Mitre, su raigambre ancestral.

El Hospital de la poesía

En febrero de 1839, *El Nacional* publicaba un artículo que pretendía señalar los obstáculos que habían impedido la integración social del gaucho a los códigos ciudadanos. Sintomáticamente, el artículo comenzaba desplegando los tópicos literarios que nutrieron los cuadros más representativos de esa tendencia costumbrista:

Sin más hábitos que los torpemente producidos por ese mundo propiamente animal, el Gaucho, ni ama ni espera otra dicha que la de vagar libre y sin vínculos. Caprichoso y soberano, la guerra, los amores, el juego y los festines, describen el círculo del que no sale en todos los días de su vida. La sociedad puede estar en agonía, los dominios de la patria hollados por hombres extranjeros, el Gaucho, tiene su caballo, su querida; y sus placeres aislados, son su Dios, su patria. Con la conciencia de que él es todo y los otros nada, de que no tiene no debe tener obligaciones hacia otra criatura de su especie, los demagogos y ambiciosos, saben aprovechar esas desgraciadas cualidades de nuestros hermanos para hacer de ellos las víctimas o instrumentos de intereses criminales con frecuencia. Constantemente lisonjeados en la parte más sensible del amor propio, se precipitan al crimen, a la anarquía, llevando en el pecho la convicción de que sus acciones son virtudes; y esto, los pierde y

nos pierde a nosotros mismos. (*El Nacional*, “Gauchos”, N° 68, 5 de febrero de 1839, pág. 1, cols. 1 y 2)

La imagen del gaucho “caprichoso y soberano”, que vaga por la llanura “libre y sin vínculos” es la misma que vimos articulada en el ensayo sobre “El caballo en la provincia de Buenos Aires” de Gutiérrez y, si a ella le sumamos la visión anárquica e instrumental de sus acciones, podría parecer una glosa del *Facundo* de Sarmiento. La solución que proponía el redactor de esa página no dejaba de ser, en su misma simpleza, representativa de esa contradicción fundante del romanticismo rioplatense:

Mejoremos la condición miserable y triste de esos hombres que ignoran aun los primeros deberes de todo hombre, y la maldad no hallará satélites valerosos en el seno mismo de la patria: demos a los campos lo que piden; brazos, trabajo, y entonces los tranquilos placeres de la industria, más íntimos mil veces, que los torpes y fugaces del ocio, harán que todos seamos verdaderos ciudadanos. (*El Nacional*, ídem, col. 2)

En la misma página en que se describen los hábitos del “gaucho” como cuasi naturales y contrarios a los deberes patrios, se formula una política implícita para su reducción: los campos piden brazos, el ocio del gaucho debe, por lo tanto, convertirse en el placer de la industria.

“Queremos ciudadanos”, decían por la misma época los jóvenes letrados exiliados en Montevideo: “La ciudadanía en la poesía, el arte, la filosofía, la política y la literatura.”¹⁸⁶ Esa literatura es concebida “como uno de los más eficaces elementos de que puede valerse la educación pública”.¹⁸⁷ Y la poesía, como aquella herramienta que pudiera suscitar sentimientos “elevados”, es decir “patrióticos”. El Hospital de la poesía sería, como publicó *El Iniciador*, el ámbito para acoger el cuerpo incivil —o su margen ruinoso— de la república y volverlo ciudadano:

¹⁸⁶ *El Iniciador*, N° 10, Montevideo, 1 de septiembre de 1838, pág. 14, col. 1.

¹⁸⁷ *El Iniciador*, n° 3, Montevideo, mayo de 1838, pág. 3, col. 1.

Su moralidad [la de la poesía nacional] estará en ser caritativa. Los esclavos, los pobres, los mendigos, los enfermos, la viuda, el huérfano, todos deben ser acogidos con maternal cariño en el Hospital de la poesía. Para completar nuestra idea, diremos que queremos una poesía cristiana, como queremos que el cristianismo sea el alma de la filosofía y la política, el alma de la democracia de la joven América. (*El iniciador*, N°10, 1° de septiembre de 1838, pág. 14, col. 1)

Extraña imagen del poder de las palabras, la poesía y la literatura acogen en su seno, como los sacerdotes de las misiones jesuíticas, las ruinas del cuerpo social de la república. Esa caridad es la del fisiólogo, el médico o el etnógrafo que explora el cuerpo social desmembrado de la res-pública y funda una toponimia –entre romántica e ilustrada– en el espacio cuya escritura conquista. Protocolos de una literatura todavía conectada en algunos aspectos con las poéticas neoclásicas, sobre todo en su vertiente ciceroniana, donde el modelo de la oratoria propugnaba, en palabras de Sarmiento, “una resurrección de prácticas antiguas y [una] generalización de medios que se había reservado la Iglesia para la predicación de la moral” (1950 [1849]: 402). De allí que tanto la prédica de una “poesía cristiana” cuanto el cristianismo como “alma de la filosofía y la política” –presente, como se sabe, en el *Dogma* de la nueva generación– construyan la utopía de fraguar un espacio público acogedor, como se deduce de la cita, que entra en colisión con los espacios concretos de la política en el territorio. Porque de lo que se trata en estas escrituras es de interpelar al sujeto social mediante la apelación a las prerrogativas del “ciudadano”, una categoría rectora del ideario post-independentista que la pluma ilustrada de los escritores “románticos” no deja de exhibir aun en los “cuadros épico-dramáticos” más acendrados de su estirpe: “¿De qué sirve al ciudadano/ manifestar su opinión”, se pregunta el Don Juan de Echeverría, “si se hará contra razón/ lo que quiera de antemano/ la pandilla o el mandón” (1972 [1844-50]: 641). Pregunta que, por encima de cualquier referencia estrictamente política, no deja de apuntar un referente ideológico y cultural que replica desde lo simbólico la restricción política de la letra jurídica: “Porque la Patria, a mi ver,/ el pueblo es, los ciudadanos” (ídem). En el uso gramatical del octosílabo se

define un uso de la lengua, poética y política: el pueblo es soberano sólo si la razón cívica lo asiste; de lo contrario, como los gauchos que describe Head o como los ranqueles que interpelará más tarde Mansilla y aun como los criados o los negros que aparecen en ese mismo poema byroniano, figuras estas últimas sobre las que recaló pionera y agudamente Viñas, quedan excluidos del espacio de la patria, que no es el suelo, no es el territorio, sino el espacio abstracto y universal del ciudadano.

4. La prensa y los programas del romanticismo en Chile

4. 1. Introducción

Entre fines de abril de 1842 y principios de febrero de 1848 el campo de la cultura letrada chilena se vio agitado por varias polémicas públicas, decisivas respecto de los saberes y las políticas que el Estado buscaba legitimar social e institucionalmente. Las discusiones en torno a la lengua, la ortografía, la literatura y la historia nacional tramaron de manera compleja aspectos sociales y políticos cuya influencia, si en lo inmediato fue canalizada por la hegemonía institucional del régimen, resultó determinante en los programas letrados de la cultura liberal. El llamado “Club de la Reforma”, asociación creada por un grupo de liberales chilenos bajo el influjo de la Segunda República francesa y anticipo de la revolucionaria “Sociedad de la Igualdad”, comenzó a difundir las ideas del romanticismo social a mediados, precisamente, del año 48, cuando las polémicas que aquí abordaremos habían trazado ya algunas diferencias fundamentales sobre la cultura nacional.¹

La década iniciada con la presidencia de Manuel Bulnes (1841-1851) estuvo acompañada por una dilatada aceptación entre los miembros de la élite y posibilitó, en el marco de un desenvolvimiento gradual y consensuado de los cambios, una relativa liberalización de la política. Chile había derrotado recientemente la Confederación peruano-boliviana (1836-1839) encabezada por el general Andrés de Santa Cruz, y su líder militar, el mismo Bulnes, era sobrino del presidente anterior –Joaquín Prieto– y estaba casado con la hija del liberal Francisco A. Pinto, su mayor contrincante en las

¹ Vale la pena recordar que algunos de los más destacados miembros o colaboradores de la “Sociedad de la Igualdad” de 1850 –Francisco Bilbao, Eusebio Lillo, J. V. Lastarria– irrumpieron en la escena pública a partir de publicaciones periódicas independientes, como *El Crepúsculo* (1843) o *El Siglo* (1843-1845). Cfr. Zapiola (1902).

elecciones de 1841.² Con el triunfo de Manuel Bulnes, a quien Sarmiento secundó desde las páginas de *El Mercurio*, el estado chileno garantizaba el equilibrio necesario para el desarrollo institucional del país y para el ejercicio hegemónico del poder por parte de la clase dirigente.³

Por lo demás, fue en ese período en el que se asentaron las bases institucionales del régimen portaliano que permitieron extender su predominio hasta la guerra civil del año 91 y el trágico desenlace de la presidencia de Balmaceda (1886-1891).⁴ En el marco de una cultura conservadora y fuertemente católica, la creación de la Escuela Normal de Preceptores en 1842 y de la Universidad de Chile al año siguiente, estimuló la formación intelectual y apuntaló la preocupación estatal por los beneficios de la educación, orientada a la integración de los segmentos populares como modo de garantizar la estabilidad política e institucional.⁵ Al mismo tiempo, el ultramontanismo asentado en la Iglesia –liderado por el nuevo Arzobispo Rafael V. Valdivieso– canalizó su expresión pública a través de la creación, en 1843, de *La Revista Católica*, fundada

² Cabe resaltar la mediación de las relaciones interpersonales en el sostén de la cultura pública. Vicuña, en su estudio sobre la cultura de los salones en Chile, recoge un dato significativo: “Durante el gobierno de Bulnes, Enriqueta Pinto, madre de Lucía Bulnes, sostuvo una tertulia en la que, atendiendo al expreso deseo de su marido, se evitaba hablar de política, con el afán de ofrecer un ‘campo neutral’ donde pudieran encontrarse los ‘pipiolos amigos de su padre y los pelucones partidarios del esposo’. A ella, amiga de figuras de la relevancia de Claudio Gay, Ignacio Domeyko, Andrés Bello, José Joaquín de Mora y Bartolomé Mitre, se le atribuye haber promovido el giro conciliador de la administración de su marido, particularmente en lo relativo a la ley de amnistía de 1841, que favoreció a todos los desterrados por motivos políticos”. (Vicuña, 2001: 97).

³ El sector dirigente chileno estaba constituido básicamente por la clase propietaria, terrateniente en su mayoría. Era la clase que definía la administración del Estado portaliano. Mario Góngora cita una carta de Rengifo al presidente Bulnes, de 1841, en la que aquél manifiesta que son los “grandes propietarios” los verdaderos “amantes del orden y de la tranquilidad pública”; y otra de Bello a un amigo venezolano, a quien le manifiesta que en Chile, para su suerte, dirige el país “una clase de propietarios”. Cfr. Góngora (1986: 44-45).

⁴ El conflicto de la guerra civil se desató en enero de 1891, y finalizó con las sangrientas batallas de Concón y Placilla. El 18 de septiembre de 1891, el presidente Balmaceda se quitó la vida de un disparo. Cfr. Villalobos et al. (1992: 574-707). Una lectura provechosa sobre los aspectos implicados en la guerra civil del año 91 puede consultarse en el texto “Balmaceda y la guerra civil del 91” de Bernardo Subercaseaux (1991: 41-54). También, del mismo autor, *Fin de siglo: la época de Balmaceda* (1997, vol. 2).

⁵ La primera ley de Instrucción Primaria fue promulgada en 1860. Para un análisis de la misión y función de las medidas pedagógicas destinadas a los sectores populares, véase Monsalve y Egaña (2005: 119-137).

con el claro propósito de polemizar con el regalismo gubernamental y el liberalismo de la opinión.

Por su parte, los publicistas de la emigración argentina (Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Félix Frías, Miguel Piñero, Bartolomé Mitre, entre los más destacados), tendrán una incidencia significativa en la discusión y reevaluación de los códigos tradicionales de la cultura chilena a través de su inserción en el sistema de la prensa periódica y de la administración pública.

En las cartas enviadas por Alberdi durante su residencia en Valparaíso a los más conspicuos integrantes de la emigración argentina, las referencias a esa inserción pública son elocuentes: arreglos económicos con los editores y las imprentas, propuestas y recomendaciones de pares, comentarios sobre periódicos chilenos o extranjeros, etc. plagan su correspondencia privada. En una carta a Félix Frías, Alberdi expresa lo siguiente: “Valencia, escribe el *Comercio*, Mitre el *Progreso* (con 16 \$ al mes), Gutiérrez la *Tribuna* (papel soñoliento) y Sarmiento la *Crónica*. Tenemos, pues, como de ordinario la prensa en manos de argentinos”.⁶ Efectivamente, si quitamos de la nómina al periódico oficial redactado por Bello, por lo menos durante la década del 40 los periódicos más importantes de Chile –*El Mercurio*, *La Gaceta del Comercio*, además de los mencionados por Alberdi– estuvieron en manos de los argentinos.

Sol Serrano sostiene que, en este período particular de la historia chilena, la importancia de los argentinos asilados en el país radicó en “la formación de una política moderna basada en el imperio de la opinión pública que reclamaba para sí la encarnación de la soberanía” (Serrano, 1996: 117). No hay que olvidar, sin embargo, que la llamada “opinión pública” representaba un sector social específico, el cual, sin pertenecer necesariamente al grupo dirigente, mantenía lazos con las esferas del poder y de la administración.⁷ Las controversias literarias funcionaron, por lo tanto,

⁶ Carta de Alberdi a Félix Frías, Valparaíso, 29 de octubre de 1849 (*Cartas inéditas*, recopiladas por Mayer y Martínez, 1953: 247).

⁷ Serrano destaca las relaciones familiares que originaron la red de influencias de alto nivel que tejieron los argentinos: “Baste señalar que el presidente Joaquín Prieto era casado con la porteña Manuela Warnes y que su predecesor Francisco Antonio Pinto era casado con la argentina Luisa Garmendia. La hija de ambos, Enriqueta, se casó con el presidente Manuel

mediadas por ese tipo de inserción pública, y sus límites fueron canalizados institucionalmente.

En este y en el próximo capítulo abordaremos los principales objetos de esas polémicas. Aquí comenzaremos con los debates sobre literatura nacional, a partir del discurso con que Lastarria coronó su rol de guía intelectual de los jóvenes chilenos. En ese discurso inaugural del llamado movimiento romántico del 42 conviven, sin embargo, fuertes núcleos conceptuales del pensamiento ilustrado. El más relevante es la valoración de la lengua castellana como instrumento imprescindible para la formación de una literatura nacional. Las intervenciones de V. F. López y D. F. Sarmiento se orientarán a captar, y reconducir, los principios modernos de esa plataforma inaugural.

El análisis del discurso de Lastarria y su recepción pública nos permitirá focalizar con más precisión los presupuestos implicados en las discusiones sobre modelos literarios y lengua nacional. La múltiple mediación de Andrés Bello será objeto de atención en varias oportunidades. En primer lugar, a partir de su labor pedagógico-administrativa –director del Colegio de Santiago, miembro del directorio de estudios del Instituto Nacional, rector de la Universidad– analizaremos las polémicas en las que participó desde la década del 30, a fin de objetivar la relación entre la figura del letrado –o la del sabio, en la clasificación de Ossandón– y el orden político. El examen de esas polémicas permite revisar la carga política de las discusiones letradas, especialmente las que se montan en el terreno de saberes particulares. En segundo lugar, la famosa discusión sobre la lengua, con Sarmiento, nos servirá para indagar las vinculaciones de los presupuestos lingüísticos de Bello con los órdenes histórico y político (especialmente, el vínculo entre la legitimación de la jurisprudencia romana y la visión historicista que tipifica su método *ad narrandum* para las “ciencias históricas”, que será fundamental para el análisis de la polémica historiográfica del siguiente capítulo). Por último, abordaremos el vínculo entre esas

Bulnes [...] La chilena Emilia Herrera de Toro, de prominente familia, apodada la madre de los argentinos por ser su hacienda y su casa el centro de reunión de los exiliados, jugó un importante papel. Su hija Mercedes contrajo matrimonio con Jacinto Rodríguez Peña y su hermana Virginia con Mariano Sarratea. Los próceres Nicolás Rodríguez Peña y el general Gregorio Las Heras contribuirían a articular la red” (Serrano, 1996: 115).

inscripciones modélicas sobre la lengua y la literatura y los objetos de las tendencias literarias puestas en discusión. En este sentido, de particular interés será el examen de *El Semanario de Santiago*, primera publicación literaria donde se trazan incipientemente los programas estéticos de la literatura chilena. Contrariamente a lo previsto, la canalización de las tendencias románticas se dará en *El Semanario* principalmente a través del drama y la crítica teatral. Una revisión de esas discusiones permitirá visualizar el subtexto político de las formas estéticas y revalorar los alcances normativos de las intervenciones lingüísticas.

4. 2. Literatura nacional y modelos literarios

En literatura, como en política, es imposible escapar a la ley de los extremos. Para pasar de la servidumbre a la libertad es indispensable atravesar por la licencia.
Juan Bautista Alberdi, 1840.⁸

Libertad en todo; pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa en las orgías de la imaginación.
Andrés Bello, 1843.⁹

Entre una y otra cita existe, como se puede apreciar, una distancia mayor que los escasos tres años que las separan. A la mera cronología hay que agregar varios factores que determinan el componente de sus enunciados. El principal, en verdad, lo resume la disímil situación comunicativa: mientras que la frase de Alberdi se emplaza en el contexto de la prensa periódica montevideana en los años de la sublevación de Rivera y los preparativos de la avanzada de Lavalle contra Rosas, Bello ejecuta su discurso en el acto inaugural de la Universidad chilena y ante un auditorio de compuesto por lo más selecto de la clase dirigente.¹⁰

⁸ *El Corsario*, Montevideo, N° 3, 1840, pág. 3.

⁹ "Discurso de instalación de la Universidad de Chile", en: Durán Cerda (1957: I, 82). También en *AUCH* (Cuarta Sección, 1846).

¹⁰ Compuesto, como dice el acta correspondiente, por "El Presidente de la República acompañado [por] los Señores Ministros del Despacho, de diputaciones de las dos Cámaras Lejislativas, de los Tribunales i Corporaciones, de un gran número de funcionarios civiles i militares, i de los Alumnos del Instituto Nacional" (*AUCH, Correspondientes al año 1843 y 1844*, el año de impresión es 1846).

Las siguientes palabras de Alberdi transmiten claramente esas diferencias: “No estamos, por desgracia, en esos bellos tiempos en que el pensamiento puede desenvolverse extensa y cómodamente: vivimos en una época de tumultos y de choques terribles; nuestros trabajos serán, pues, tan incompletos como los días en que vivimos”.¹¹ Nada más revelador del abismo que separa a ambos discursos que el sentido de lo urgente, tumultuoso e inacabado que transmiten esas palabras del periodista de *El Corsario* (más adelante veremos la incidencia de ese escenario en las discusiones lingüísticas y culturales del mismo periódico) frente al mesurado y equilibrado tono institucional que reviste la locución de Bello.

A ello se suma, en segundo término, la distancia generacional así como la desigual formación intelectual de ambos escritores. Sin embargo, y a pesar de esa innegable divergencia, lo cierto es que entre ambas concepciones interfieren motivos que de ningún modo se reducen a esas dos trayectorias individuales. Habría que pensar, en cambio, en campos culturales diversos, en situaciones políticas y sociales no concurrentes y sólo a medias comparables, en ritmos institucionales incompatibles.¹² Todo ello, por supuesto, determina el contexto enunciativo (la voz autorizada de Bello no puede estar más alejada de la palabra efímera de Alberdi, cuya grafía, además, solía tener que lidiar con la precariedad de los caracteres tipográficos, los cuales lo obligaban a decir *jay!* por *hay*).

Pero al mismo tiempo, ambos enunciados transmiten una divergencia más sutil, que escapa –aunque no absolutamente– a las condiciones macro-institucionales. Más sutil, pero no menos importante. Se refiere a los protocolos de la crítica cultural y de las concepciones literarias que manejan las dos generaciones denominadas comúnmente “románticas”. Mientras que, en el Río de la Plata, propuestas programáticas como las de Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi asumían un

¹¹ *El Corsario*, Montevideo, N° 1, pág. 2.

¹² Algunos estudios críticos e historiográficos que ofrecen miradas de conjunto son los de Zanetti (2002), Fernández Bravo (1999), Halperín Donghi (1969), Kaplan (1969), Lacoste (2003), Véliz (1996: 293-403), también los trabajos de Góngora y Serrano en Edwards (comp.) (1996), y los de Lempérière (2008: 242ss.) y Stuvén (2008: 412ss.) en el volumen I de la *Historia de los intelectuales en América Latina* dirigida por Carlos Altamirano. Claudio Véliz señala algunas de las divergencias históricas y geográficas más importantes, como la extensa guerra de Arauco, o el carácter centralista e insular de la sociedad chilena (Véliz, 1996: 293: 403).

carácter francamente rupturista con el legado cultural español (incluida la lengua), en Chile la nueva promoción de letrados encabezada por José Victorino Lastarria proponía una diferenciación más matizada, y claramente moderada respecto del idioma. De hecho, esa sería la brecha que incitaría las polémicas entre los emigrados argentinos (entre ellos, el propio Alberdi) y los chilenos presididos por Lastarria. No se trata aquí de insistir en la dificultad que supone inscribir las expresiones del liberalismo letrado bajo los presupuestos estéticos del romanticismo, como agudamente ha observado Subercaseaux. Se trata más bien de reconocer líneas divergentes cuyos momentos de acople o de rechazo marcan las producciones de ambos territorios.

4.2.1. Lastarria y el “extranjerismo regenerador”

El 3 de mayo de 1842, José Victorino Lastarria leyó su discurso de incorporación como Director de la Sociedad Literaria de Santiago ante los jóvenes fundadores de dicha asociación.¹³ Pocos días después, el discurso se publicó por la imprenta de M. Rivadeneira y, seguidamente, recibió algunos comentarios en la prensa periódica, sobresaliendo la serie de artículos escritos por Vicente F. López en las páginas de *La Gaceta del Comercio*.¹⁴ Es importante la reconstrucción de esos comentarios y reseñas públicas, puesto que en ellos se cifran varios de los objetos que las rencillas personales o grupales con el tiempo terminarían por opacar o teñir de parcialidad. En este sentido, resulta interesante releer a la luz de esos documentos la versión ofrecida por el mismo Lastarria en sus *Recuerdos literarios*, publicados, conviene aclarar, con el fin

¹³ Sobre José Victorino Lastarria puede consultarse la clásica biografía de Alejandro Fuenzalida Grandón (1911, 2 tomos), el indispensable estudio de Bernardo Subercaseaux (1981) y los trabajos reunidos con el título de *Estudios sobre José Victorino Lastarria* (Ávila Martel et al., 1988). Es importante señalar, como ha hecho Guillermo Feliú Cruz, que Lastarria no fue miembro fundador de la Sociedad, sino que se incorporó dos meses después de su creación, ocurrida el 5 de marzo de 1842. En efecto, como muestran las Actas, la propuesta de su designación como Director se trató y aprobó en la sesión del 17 de marzo del mismo año. Cfr. *RChHG*, 1920, 37: 450.

¹⁴ Los artículos dedicados al discurso de Lastarria comenzaron con un editorial en el número 99 de *La Gaceta del Comercio* (Valparaíso, 31 de mayo de 1842) en el que se anunciaba que se lo abordaría en artículos posteriores bajo el título de *Cuestiones Filológicas suscitadas por el Discurso del Sr. Lastarria*. Esos artículos aparecieron en los números 103 (4 de junio), 107 (9 de junio), 109 (11 de junio) y 114 (18 de junio).

de rectificar las apreciaciones históricas realizadas por Isidoro Errázuriz, Vicuña Mackenna y Miguel Luis Amunátegui.¹⁵

El autor de aquel discurso inaugural del movimiento literario chileno sostiene en sus *Recuerdos* que la prensa periódica (sobre todo la oficial, es decir *El Araucano*, que dirigía Andrés Bello) no hizo mención a su discurso hasta que Juan García del Río publicó un comentario elogioso en su *Museo de Ambas Américas*. Y, en efecto, la primera manifestación pública fue la realizada por el colombiano el 21 de mayo en el número siete de su revista. Diez días después, Vicente Fidel López comenzaba a publicar la serie de artículos que ya mencionamos, con el título de “Cuestiones Filológicas suscitadas por el discurso del Sr. Lastarria”. Ahora bien, en la evaluación de esa recepción pública, Lastarria adjudica a su intervención un carácter reformador que los párrafos mesurados de su discurso, en realidad, desmienten. Es notable el modo en que el memorialista se atribuye una osadía similar a la de Sarmiento en su polémica sobre la lengua con Bello cuando, en verdad, sus ideas sobre la lengua y el idioma nacional lejos estaban de emparentarse con las propuestas lingüísticas de los románticos rioplatenses.¹⁶ Más aún, su propuesta sobre el estudio de la lengua y de los modelos españoles fue uno de los puntos destacados por García del Río en el *Museo de Ambas Américas*. Y fue, además, uno de los puntos discutidos por Vicente F. López. Es decir, la interesada reconstrucción de Lastarria nos devuelve un discurso en el que

¹⁵ El primero había comenzado a publicar en 1877 la *Historia de la Administración Errázuriz*, que abordaba la lucha partidaria desde 1823 hasta 1871, y hacía algunas observaciones sobre el movimiento literario chileno. M. L. Amunátegui había dado a conocer los adelantos de su *Vida de don Andrés Bello* (publicada finalmente en Santiago, en 1882) en los que la encumbrada figura del venezolano opacaba las del resto, y Vicuña Mackenna había dicho en sus *Cartas de Guadalete* que Mora era, en aquella época, el autor de la “contrarrevolución intelectual”, algo que Lastarria, que había sido su alumno, no podía aceptar. Los *Recuerdos* de Lastarria se publicaron originalmente por entregas en la *Revista Chilena* e inmediatamente en volumen en 1878; fueron reeditados en 1885 por la Librería de M. Servat, e impresos en Leipzig por F. A. Brockhaus. En todos los casos, citamos de esta última edición.

¹⁶ Lastarria mezcla la polémica sostenida por Sarmiento con Bello y sus seguidores con las supuestas proposiciones rupturistas de su discurso. Tal confusión fue posible dado que la polémica del sanjuanino comenzó por los mismos días: el 27 de abril Sarmiento daba su visión en *El Mercurio* de los *Ejercicios populares de la lengua castellana* de Fernández Garfias, y ese sería el principio de la polémica. Lastarria cita un pasaje de ese artículo y luego otro del 22 de mayo, en el que Sarmiento responde a la siguiente frase de Bello: “en las lenguas como en la política es indispensable que haya un cuerpo de sabios”, haciéndose eco de la postura sarmientina, verdaderamente ausente en su discurso. Cfr. Lastarria (1885 [1878]: 120 y 130).

sus conceptos centrales parecen aliarse con la prédica de la emigración argentina tanto como alejarse del magisterio bellista. A decir verdad, los pilares de ese discurso menos comulgaban con unos que lo que supuestamente se alejaban del otro.

De manera similar a las lecturas que inauguraron el Salón literario de Buenos Aires, el discurso de Lastarria principiaba asumiendo el carácter complementario de la nueva generación de los ideales independentistas y señalando la ausencia de una tradición literaria que pudiera considerarse verdaderamente nacional: “nuestra nulidad literaria es tan completa en aquellos tiempos [se refiere a la Colonia], como lo fue la de nuestra existencia política” (Lastarria, 1885 [1878]: 102). De aquella época, menciona a Pedro de Oña, Lacunza, Ovalle y Molina, y a Camilo Henríquez entre los escritores de la Independencia.¹⁷ Pero la constatación es resuelta: “Desde 1810 hasta pocos años a esta parte, tampoco hallo obra alguna que pueda llamarse nuestra i que podamos ostentar como característica” (ídem, 102). Ante ese vacío, entonces, el joven ilustrado ingresa en el terreno programático de su discurso. Las propuestas de Lastarria en relación a los modos en que debería formarse una literatura nacional parecerían reducirse a la siguiente pregunta: “¿de qué manera podremos ser prudentes en la imitación?” (ídem, 105).¹⁸ Conviene en distanciarse de los modelos literarios españoles tanto como de la copia indiscriminada de la literatura francesa y, siguiendo a Larra y a Artaud, propone una literatura “útil”, capaz de ser, como había

¹⁷ Es por demás curioso que en ese recuento Lastarria no mencione a Ercilla, a quien sí recurrirá, aunque de modo implícito, en sus *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista...* del año 44. Sobre las *Investigaciones* nos detendremos en el próximo capítulo.

¹⁸ La reflexión acerca de los beneficios o desfavores de la imitación es bastante ambivalente, como lo muestran los siguientes pasajes: “Tenemos mil arbitrios para ello; pero el que se nos ofrece más a mano es el de la imitación, que también es el más peligroso para un pueblo, cuando es ciega y arrebatada” (Lastarria, 1885 [1878]: 104); “debo deciros que muy poco tenemos que imitar, nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia” (ídem, 105); “pero nada considero menos adecuado a nuestras circunstancias que la literatura de esos tiempos, i por consiguiente nada tampoco menos digno de nuestra imitación” (ídem, 110); “La Francia [...] le ha dado [a la literatura] la divisa de la verdad i le ha señalado a la naturaleza humana como el oráculo que debe consultar para sus decisiones: en esto merece nuestra imitación” (ídem, 112). Luego de esa alternancia entre imitar, imitar mesuradamente y no imitar, Lastarria pedirá originalidad en los ensayos literarios. Estos temas son los que Vicente F. López retoma, como veremos, en su crítica al discurso.

escrito Bonald, expresión de la sociedad.¹⁹ Sobre el final de su discurso, Lastarria subrayará la necesidad de una literatura nacional en los siguientes términos:

Fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad [...] La nacionalidad de una literatura consiste en que tenga vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter. (ídem, 113)

Y añadía a esa idea la tan concurrida noción del paisaje americano como fuente de originalidad literaria y poética: “La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada; aguarda que el jenio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que le brinda” (ídem, 114).

Pero el segmento del discurso que fundamentalmente lo aleja de proposiciones como las de Sarmiento, Gutiérrez o Alberdi es aquel que Lastarria dedica al legado de la lengua española. En efecto, con respecto a la cuestión del idioma, el chileno no sólo comparte visiones como las de Mora (a quien sigue de cerca) o Bello, sino que incluye en sus argumentos una referencia indirecta a las propuestas provenientes del Río de la Plata de las que, efectivamente, su propia actitud se distancia:

Algunos americanos, sin duda fatigados de no encontrar en la antigua literatura española más que insípidos i pasajeros placeres, i deslumbrados por los halagos lisonjeros de la moderna francesa, han creído que nuestra emancipación de la metrópoli debe conducirnos hasta despreciar su lengua i formarnos sobre sus ruinas otra que nos sea más propia, que represente nuestras necesidades, nuestros sentimientos [...] creen que nuestro lenguaje

¹⁹ En el artículo “Literatura” que publicó en *El Español* en 1836, Larra sostenía: “En nuestros juicios críticos preguntaremos a un libro: ‘¿Nos enseñas algo? ¿Nos eres la expresión del progreso humano? ¿Nos eres útil? Pues eres bueno’” (Cfr. *Figaro*, edición de Pérez Vidal, 1997: 433).

no es bastante para expresar tales conceptos; forman e introducen sin necesidad palabras nuevas, dan a otras un sentido impropio i violento, adoptan jiros i construcciones exóticas. (ídem, 107)

Luego de señalar las virtudes de la lengua española recurriendo a las palabras del español Mora,²⁰ agregaba:

Estudiad esa lengua, Señores, defendedla de los extranjerismos; i os aseguro que de ella sacareis siempre un provecho señalado, si no sois licenciosos para usarla, ni tan rigoristas como los que la defienden tenazmente contra toda innovación, por indispensable i ventajosa que sea. (ídem, 108)

Y en seguida, Lastarria enumeraba los modelos: Garcilaso, de la Torre, Herrera, Fray Luis de León, Mendoza, Mariana, Solís, Granada, Cervantes. Para el chileno, una vez consustanciada con los grandes de la lengua española, la juventud podría enfrentarse a las “influencias de la literatura francesa”.

No cabe duda de que una proposición semejante se avenía muy bien al programa cultural que alentaba el caraqueño Andrés Bello, y que la supuesta apatía de la prensa oficial que Lastarria consignó en sus *Recuerdos* no pudo responder al carácter “revolucionario” de sus propuestas. La buena acogida de García del Río en su *Museo de Ambas Américas* indica, por el contrario, que ese discurso cumplía muy bien con las máximas que tanto él como Bello compartían desde sus años de exilio en Londres.²¹

²⁰ Lastarria sigue muy de cerca la *Oración inaugural del curso de oratoria del Liceo de Chile*, pronunciada por José Joaquín de Mora en 1830, pieza retórica que defendía la pureza de la lengua castellana y que fue publicada ese mismo año. La *Oración* es reproducida por Alamiro de Ávila Martel (1982: 112-122) y por Stuardo Ortiz (1950: 87-98). Decía Mora: “[El orador] además de hablar con razón y exactitud, debe hablar con pureza, con gusto y con elegancia. Este deber os impone el de buscar en los tipos genuinos de nuestro idioma [...] aquella fisonomía nacional, a cuyo restablecimiento deben aspirar con infatigable conato todos los que se interesan en la propagación, y en el esplendor de la sólida literatura”. Y a continuación sugería como modelos literarios los mismos a los que apeló el chileno: Hurtado de Mendoza, Mariana, Solís, Granada, Luis de León, Cervantes (Cfr. Ávila Martel, 1982: 118).

²¹ Andrés Bello compartió con Juan García del Río la redacción en Londres de la *Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826-1827). Sobre las relaciones londinenses de los hispanoamericanos puede consultarse el estudio de Berruezo León (1989).

Por lo tanto, es posible pensar que la reserva de Bello haya tenido razones de orden estratégico. Si bien las ideas de Lastarria se correspondían con sus propios miramientos sobre el estudio del idioma castellano, la apelación a la autoridad letrada del gaditano pudo incidir en su decisión de llamarse a silencio. En efecto, más de una década antes, el redactor de *El Araucano* había mantenido una ardua polémica pública con el español, director por entonces del Liceo, al que oponía su propio magisterio desde el Colegio de Santiago, impulsado por Portales.²² Aunque para la época del discurso de Lastarria la relación entre Mora y Bello se había restablecido, no es desatinado imaginar que la referencia a su antiguo rival haya incomodado a quien se concebía su auténtico maestro, optando por dejar en manos de su par colombiano el merecido reconocimiento público.²³ Sea como fuere, lo cierto es que el propio Bello, en el discurso de inauguración de la Universidad que leyó al año siguiente, desplegó conceptos sobre la lengua muy cercanos a los desarrollados por su “discípulo”:²⁴

El estudio de nuestra lengua me parece de una alta importancia. Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma [...] pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, y

²² La polémica ha sido reconstruida por Ávila Martel en su estudio pormenorizado sobre Mora y Bello en Chile (1982).

²³ Lastarria fue alumno de Bello en los cursos de gramática y literatura dictados por el caraqueño en su casa entre 1834 y 1836. El mismo Lastarria lo rememora en *Suscripción de la Academia de Bellas Letras a la estatua de don Andrés Bello*, Santiago, 1874 (Cfr. Fuenzalida Grandón, 1911: I, 26-30).

²⁴ La historiografía y la crítica chilena han esclarecido la particular relación de Lastarria con Bello, conviniendo en general en que el chileno mezquinó el real magisterio que ejerció sobre su propio pensamiento el venezolano. Desde la exhaustiva biografía que le dedicó Fuenzalida Grandón (1911, 2 tomos) se ha repetido de un modo u otro que “a Lastarria le cabía la suerte i honra de ser discípulo de Bello”, y que el chileno “ha sido injusto con su maestro” (Fuenzalida Grandón, 1911: I, 26 y 27). La versión ofrecida por Lastarria en sus *Recuerdos* ciertamente deja mal parado al venezolano, a quien adjudica ser el promotor de una “contrarrevolución literaria”. En este sentido, es notable el entramado de intereses que atraviesa sus *Recuerdos*. Sin embargo, como el propio Fuenzalida Grandón reconoce, “Bello y Lastarria en muchos puntos ocupan lugares antagónicos, sea que se les considere en cuanto a creencias i sistemas de escribir la historia o a ideas políticas” (1911: II, 137). Son esos puntos, como veremos, los que dan verdadero espesor a las polémicas de la época.

aún a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio.²⁵

La sustancial coincidencia entre estas palabras y las del último fragmento citado de Lastarria no deja lugar a dudas respecto de la continuidad en la valoración de la lengua castellana. Así, además, lo había dejado ver García del Río en un pasaje que, curiosamente, Lastarria no cita en sus memorias: “Debemos alabar, por último, las reflexiones que hace el Sr. Director de la Sociedad Literaria sobre la lengua castellana, y sobre el menosprecio en que muchos la tienen”.²⁶

Tal valoración sobre la lengua llevaba implícito un posicionamiento frente a las manifestaciones públicas de quienes, según apuntaba Bello, escribían en un “dialecto español-gálico”, arrastrados por la moda y el “imperio incontestable” que ejercía la literatura francesa. No por casualidad Lastarria, en su versión retrospectiva, asume las principales réplicas que desarrolló V. F. López desde *La Gaceta* como propias, sobre todo aquellas que subrayan la oposición entre las dos tendencias literarias (la española, retrógrada e inconducente, y la francesa, moderna y progresiva) que librarían la batalla pública sobre los modelos literarios y la cultura nacional. En todo caso el discurso, antes que un viraje frente a los presupuestos de la cultura hegemónica, ofrecía la posibilidad de su cuestionamiento público.

En efecto, saludando la oportunidad del discurso del Director de la Sociedad Literaria, V. F. López señalaba desde el inicio lo que sus propios escritos buscarían poner en discusión: “habríamos deseado ver en su discurso más profundidad para desentrañar de la sociedad las causas y las leyes del desenvolvimiento intelectual del país”.²⁷ Y, también desde el inicio, dejaba en claro la base de sustentación de sus argumentos al citar las palabras con que Alberdi había inaugurado las lecturas del Salón de Buenos Aires: “de dónde venimos y hacia dónde vamos”.²⁸ La comparación, el

²⁵ Citado en Durán Cerda (1957: I, 79).

²⁶ *Museo de Ambas Américas*, N° 7, 21 de mayo de 1842, Tomo I, pág. 279.

²⁷ *La Gaceta del Comercio*, n° 99, 31 de mayo de 1842, pág. 1, col. 1.

²⁸ Así introducía López el discurso de Alberdi: “Bello es para nosotros poder poner al lado de las palabras del Sr. Lastarria las que dijo otro joven americano en una situación perfectamente idéntica con la que ha motivado el discurso de que nos ocupamos. Éstas son: ‘No pudiéramos

contraste entre ambas asociaciones presentaba a López una ocasión de socializar el cúmulo de lecturas programáticas que se habían formalizado al otro lado de la cordillera, y de orientar a la juventud de la Sociedad Literaria chilena en ese sentido. Todo el análisis del redactor de *La Gaceta* estaba dirigido a presentar la lucha entre los resabios coloniales, es decir el legado español, y la tendencia modernizante de la cultura francesa, que según su visión no estaba debidamente sopesada en el discurso.

¿Con que la literatura tiene entre nosotros que llenar una misión socialista y popular? Es decir: ¿con que tiene que regenerar nuestra sociedad? Éste es un hecho que muy bien puede ser negado o no comprendido (aunque no lo será ciertamente por nosotros) [...] Mas si se nos hubiera explicado nuestros antecedentes y se hubiera hecho arrancar de ellos nuestras necesidades literarias, habríamos sabido cuál era para nosotros la verdadera literatura social. Si era aquella que representan Oña, Lacunza, Ovalle, La Torre, Herrera, Mariana, Solís, Hidalgo, etc. etc. o bien aquella que representan Villemain, Artaud, Hugo, Dumas, Larra, Zorrilla, etc. etc. Porque a la verdad esto es vital, y el Sr. Lastarria nada nos ha dicho a este respecto. (*La Gaceta del Comercio*, n° 109, 11 de junio de 1842, pág. 1, col. 2)

Luego de sostener que los mentados modelos españoles representaban “un fondo retrógrado” y que debían constituir “una literatura repudiada por el mismo autor”, terminaba aseverando:

Concluiremos pues estableciendo que a nuestro juicio la educación intelectual del país está sometida a la influencia francesa. La razón de este hecho se halla en las leyes morales que han regido nuestra regeneración social. Fundados en esta base, atribuimos un gran mérito nacional al discurso

saber por qué y para qué entramos en el movimiento revolucionario. Estoy persuadido que mal nos sería dado comunicar si no averiguásemos de dónde venimos y hacia dónde vamos.’ Aquí tenéis pues a nuestra revolución en presencia de la Filosofía que la detiene en su eterno *por qué y para qué.*” (*Gaceta del Comercio*, 31 de mayo de 1842, n° 99, pág. 1, cols. 1 y 2).

del Sr. Lastarria, *por ser una producción que representa de un modo neto y terminante el extranjerismo regenerador*, bajo cuya influencia se está civilizando la América del Sur. (*La Gaceta del Comercio*, N° 114, 18 de junio de 1842, pág. 1, col. 2)

En esta última intervención, López realizaba un movimiento significativo. En momentos en que Sarmiento sostenía desde las páginas de *El Mercurio* su discusión con Bello acerca de la lengua y los modelos literarios, el comentarista de Lastarria ponderaba la influencia francesa como fuente renovadora y atribuía al discurso del chileno lo que sus propias palabras se habían cuidado de manifestar: en la versión de López del discurso de Lastarria, eran la lengua y la literatura francesa, y no los castizos modelos españoles, los instrumentos de regeneración social y cultural.²⁹

4. 3. La cuestión de la lengua nacional

El que ordena las condiciones normales de los pueblos,
es realmente el que determina la lengua.
Alberdi.³⁰

La recepción pública del discurso de Lastarria quedó, así, inscrita en la serie de polémicas que colmaron en esa década el circuito de comunicación de la élite letrada. No obstante la subestimación de esas polémicas en la *Historia* de Isidoro Errázuriz, Lastarria señaló con imparcialidad su trascendencia al recordar, entre otras cosas, el destino que le cupo al periódico *El crepúsculo*.³¹

²⁹ Por supuesto, en ese argumento, los nombres de Larra y Zorrilla, por ser los españoles contemporáneos que se congraciaban con el romanticismo francés, confirmaban esa tendencia. Tal argumento, además, favoreció la interesada reconstrucción del chileno en sus *Recuerdos*: consumados los hechos, Lastarria se coloca del lado de la emigración argentina. Su actuación histórica, sin embargo, estuvo pautada –al igual que su propio discurso– por el saber ilustrado, y por una concepción de las letras más cercana a la orientación bellista que a la del romanticismo rioplatense.

³⁰ *El Iniciador*, Montevideo, N° 10, 1 de septiembre de 1838, pág. 16, col. 1.

³¹ El periódico fue suspendido por un juicio de imprenta a raíz de la publicación del ensayo “Sociabilidad chilena” de Francisco Bilbao, suceso que tuvo, además, una repercusión pública de gran importancia. En su *Historia*, decía Errázuriz: “¿Qué importaba al sistema de gobierno

Como afirma el epígrafe de Alberdi, la discusión sobre la lengua –y, como corolario, sobre los modelos literarios– implica una disputa de orden político e ideológico sobre el patrimonio cultural común, y está directamente relacionada con los proyectos de construcción del estado-nación y los dispositivos de homogeneización cultural consecuentes con ese imaginario moderno. Como se sabe, las primeras manifestaciones de emancipación de los cánones lingüísticos y los códigos culturales heredados se produjeron en el Río de la Plata a través de los más destacados publicistas de la generación del 37. De modo que su inserción en el contexto cultural chileno permite cotejar los alcances de esas disputas relativas a la construcción de un imaginario y un canon literario diferenciado. En lo que sigue, analizaremos las implicancias políticas y culturales de esas “controversias literarias”, incorporando los aportes que otros estudios han realizado sobre el tema y prestando una atención particular a los contrastes y divergencias –como a las aproximaciones ciertas– entre ambos grupos letrados.³²

Uno de los aspectos que interesa despejar en esas discusiones es el diseño de una lengua estándar como patrimonio común normativizado, que buscaba dar expresión a un imaginario nacional diferenciado de la metrópolis. Como vimos, la manifestación temprana de esa preocupación se había hecho presente en las consideraciones sobre literatura nacional de Juan Cruz Varela, en 1828. En ese ensayo –que, vale la pena recordar, también seguía de cerca a José Joaquín de Mora–, Varela señalaba la necesidad de estudiar y perfeccionar la lengua heredada, y exponía una de las razones que resultarían claves en la valoración del idioma común:

que fundó Portales i que Montt estaba destinado a continuar [...] que los jóvenes adeptos de la naciente literatura nacional librasen entre sí, en el *Semanario de Santiago* i en el *Crepúsculo*, las batallas de clásicos i románticos?” (citado por Lastarria, 1885 [1878]: 140). La interpretación del historiador ha sido la dominante en la historiografía tradicional chilena (Cfr. Barros Arana, 1913: I, 523-538). Los aportes de la historia cultural, sin embargo, produjeron una revaloración de esas discusiones públicas. Los alcances y las modalidades de la polémica nutren, por ejemplo, el estudio que le dedicó a la época la historiadora chilena Ana María Stiven V. (2000). Sobre *El Crepúsculo* y *El Siglo* nos detendremos en el próximo capítulo.

³² Sobre los debates lingüísticos en Hispanoamérica tenemos presente los trabajos de José del Valle y Luis Gabriel-Stheeman (2004), de Belford Moré (2004: 67-92) en el mismo volumen, de Mercedes Blanco (1994: 99-120) y de Graciela Salto (2007: 23-46); para el caso del Río de la Plata, los trabajos de José Luis Moure (2005: 168-177) y de Juan Antonio Ennis (2008); y para el caso chileno, el pormenorizado estudio de Elvira Narvaja de Arnoux (2008).

Es indispensable, pues, para que formemos una literatura nacional, empezar por conocer el idioma en que hablamos. Este conocimiento es el que ha de abrirnos el camino que deseamos. Las Repúblicas Americanas tienen en esta parte una ventaja inmensa sobre todas las naciones del viejo mundo. Desde el Cabo de Hornos hasta las orillas del Misisipi, es uno mismo el idioma en que se habla; y esto produce, a nuestro juicio, dos efectos muy importantes. Primero: la mayor facilidad de progresar, tanto en el conocimiento del idioma, como en la literatura, desde que simultáneamente nos empeñemos en ello [...] Además, las producciones literarias de cada República, servirían recíprocamente de modelos originales, y se prestarán una mutua cooperación. (*El Tiempo*, N° 36, 14 de junio de 1828, pág. 2, col. 2)

La unidad lingüística, entonces, es el argumento de base para la trasposición de los códigos prestigiosos de la lengua heredada a la lengua nacional. Varela percibía la ventaja que ofrecía esa unidad lingüística para la producción literaria del continente, fundamentalmente en la consolidación de un mercado editorial que lograra articular las demandas de los públicos lectores extendidos en las distintas repúblicas. En consecuencia, consideraba que el “arte de imprimir” —es decir, la prensa periódica— debía perfeccionarse para conseguir la institución de una literatura nacional y americana.

Argumentos similares en torno a las ventajas de un idioma unificado presentaría dos décadas después Andrés Bello en su *Gramática de la lengua castellana*, publicada en 1847, pero cuya elaboración había comenzado varios lustros antes.³³ En el prólogo a la *Gramática*, el venezolano hacía explícita su idea de la

³³ Los intereses sobre la lengua aparecen tempranamente en la trayectoria de Bello. La primera publicación sobre el tema fue el artículo que, con el título “Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar la ortografía”, publicó junto a García del Río en la *Biblioteca Americana*, en 1823 (Cfr. Bello, 1985: 459-469). A ellas siguió la “Ortografía castellana”, texto aparecido en *El repertorio Americano* (1827), que era, en realidad, una respuesta a un artículo de *El Sol* de México referente a las anteriores “Indicaciones” de la *Biblioteca Americana*. Ya en Chile, Bello publicaría varios trabajos sobre la lengua. Entre ellos, “Gramática castellana”, en *El Araucano*, 1832; las “Advertencias sobre el uso de la lengua castellana, dirigidas a los padres de familia”,

necesidad de una uniformidad lingüística como base para la “unidad nacional” y la “administración del Estado”. En un párrafo que suele ser considerado como “manifiesto de la emancipación hispanoamericana”³⁴, Bello se apartaba de la autoridad de la Real Academia Española y sostenía:

No tengo pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso lo que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar nuevas ideas. (Bello, 1985: 557)

Como se ve, Bello reitera lo que, en otro contexto, ya había enunciado en su discurso de inauguración de la Universidad respecto de la *cualidad* de pureza que prescribía para la lengua; posición que, además, recuerda la de Lastarria contra los innecesariamente “tan rigoristas” partidarios del purismo. Es decir, se aceptan las innovaciones adecuadamente convenidas, pero se impugnan (y repugnan) las formas consideradas como degeneradas (los neologismos, por ejemplo) tanto como las expresiones populares (los llamados barbarismos o modismos del habla inculta). La localización que supone el establecimiento de una gramática para los hispanoamericanos, y el deslizamiento frente a la autoridad de la Real Academia, en

también en *El Araucano*, entre diciembre de 1833 y marzo de 1834; y los *Principios de ortología y métrica* (1835). Sobre la labor gramatical y lingüística de Bello pueden consultarse el prólogo de Pedro Grases a la edición de Ayacucho de su *Obra literaria* (1985: IX-XLVII), la introducción a los estudios gramaticales de Amado Alonso en el tomo IV de sus *Obras completas* (1951: IX-XCIII), los capítulos 4 y 5 de Elvira Narvaja de Arnoux (2008: 165-198 y 215-252) y el trabajo de Jaime Concha sobre la Gramática y el Código chilenos (1996). Para una visión global, véase Silva Castro (1965), Rodríguez Monegal (1969), los estudios reunidos por la Universidad de Chile (Ávila Martel *et al.*, *Vida y obra de Andrés Bello*, 1973) y la reciente biografía histórica de Ivan Jaksic (2001).

³⁴ Así, por lo menos, lo considera Jaksic (2001: 182).

verdad puede decirse que es menos un acto de emancipación lingüística que un ajuste de aquellos presupuestos que Bello creía necesario reemplazar o actualizar.³⁵ En el mismo prólogo, esa autoridad es aceptada junto a la gramática de Vicente Salvá.³⁶ Por lo demás, los criterios culturales que orientan en Bello el proceso de selección de la variedad legítima de la lengua –ese dato empírico que responde a la entimemática figura de la “gente educada”– se construyen, paradójicamente, sobre una uniformidad preexistente (Moré, 2004: 71 y 73). El grupo de letrados cuyas competencias lingüísticas definían el canon de la tradición literaria oficiaba de autoridad en ese proceso de jerarquización y selección lingüística para el Estado.

Se trata, como sostiene Elvira Narvaja de Arnoux, de la elaboración de un pensamiento gramatical que responde a normativas del Estado moderno, asentadas en la tradición ilustrada que intenta establecer, en el plano lingüístico, lo que la administración estatal en el plano jurídico: orden, regularidad, transmisión y disciplinamiento de las prácticas (2008: 254). Ahora bien, en su aspecto literario –y, de modo más amplio, letrado– la discusión por las reformas y codificaciones de una lengua estándar (vale decir, de una lengua estipulada como lengua nacional) afecta a una figura particular: la protofigura del intelectual, cuya labor en Hispanoamérica estuvo dirigida a formar las bases de una institucionalidad letrada moderna. Como ha propuesto Gutiérrez Girardot, esa protofigura del intelectual-escritor debía en Hispanoamérica establecer, difundir y expandir una racionalidad diversa a la que dominó durante la Colonia; es decir, patrocinar el paso de una sociedad teocrática a

³⁵ Sobre todo, para Bello el error fundamental de la gramática de la Academia, como dejaba ver en su artículo sobre “Gramática castellana” de 1834, era haber tomado como base “la teoría y las clasificaciones de la lengua latina”; “Un error conduce a otro, y una vez que la Academia ha sentado que los nombres castellanos son declinables por casos sólo porque lo son los latinos, consecuente con sí misma era natural que estableciese que la declinación castellana tiene exactamente el mismo número y diferencia de casos que la declinación latina” (Bello, 1951: IV, 178).

³⁶ “En cuanto a los auxilios de que he procurado aprovecharme, debo citar especialmente las obras de la Academia española y la gramática de D. Vicente Salvá” (Bello, 1985: 555). La *Gramática de la Lengua Castellana* de Salvá fue publicada en 1830.

una sociedad civil, secularizada, que conduciría a la sustitución de la “ética del honor” por la “ética del trabajo” (Gutiérrez Girardot, 1990: 39).³⁷

Por lo tanto, la labor lingüística de una prominente figura como la de Bello debe ser articulada con la función múltiplemente mediadora que sus prácticas y discursos ejercieron en el campo letrado chileno; en ella confluyen su inflexión político-doctrinaria a través del periódico oficial *El Araucano*,³⁸ su labor como miembro de la junta directora de estudios del Instituto Nacional y luego como rector de la Universidad, su ascendencia en las nuevas promociones letradas (palpable en la colaboración del venezolano en algunas de sus publicaciones, como *El Crepúsculo*, de 1843, o *La Revista de Santiago*, de 1848, pero sobre todo en la primera expresión orgánica de la élite letrada chilena, *El Semanario de Santiago*, de 1842), su función de escriba de los máximos representantes del gobierno³⁹ y su monumental tarea de codificador y redactor del *Código Civil* chileno (1857). De modo que las discusiones públicas sobre la gramática o la ortografía de la lengua, así como aquellas sobre los modos de estudiar y escribir la historia, resultan manifestaciones particulares de una mediación mayor en la cual se inscriben, aun sin perder el asentamiento relativamente autónomo que les diera conducto.

Como bien señala Ennis, siempre que se argumenta sobre la lengua acontece, velada o abiertamente, una disputa en la que los sujetos despliegan y confrontan sus fábulas de identidad. La figura intelectual asume, en el terreno de los debates públicos, las funciones del *philologos*: voz autorizada que encastra en la prosapia de los “guardianes de la lengua”, sujetos considerados “expertos” en consonancia con los

³⁷ Para Gutiérrez Girardot (1990: 21ss.) la figura inicial de esa estirpe en Hispanoamérica fue Fernández de Lizardi, el primer difusor a través del papel periódico de “una crítica didáctico-moral”. Una reflexión general sobre la figura del intelectual latinoamericano puede consultarse en los dos textos introductorios al volumen II de la *Historia de los intelectuales en América Latina* (2008), el primero de su director, Carlos Altamirano, pp. 9-27, el segundo del editor del volumen, Jorge Myers, pp. 29-50.

³⁸ Sobre la tarea periodística de Bello, además del trabajo ya citado de Carlos Ossandón (1998), pueden consultarse los siguientes trabajos: Silva Castro (1973: 220-233), “Andrés Bello en el periodismo”, e Iriarte Peña, *La influencia de Andrés Bello en la formación de la realidad social a través de la prensa. 1830-1865* (Universidad de Chile, Escuela de Periodismo, 1997, tesis de licenciatura).

³⁹ Se sabe que el venezolano escribió algunos de los discursos más importantes del presidente Prieto ante la legislatura (Cfr. Guzmán Brito, 1982).

saberes de la época y que suele confundirse con cierta versión del lingüista (Ennis, 2008: 71). Es el carácter *polémico*, en consecuencia, el que concentra los aspectos glotopolíticos de las discusiones letradas sobre el idioma. Si el intelectual debe convertirse en escritor, éste necesita del aparato público que lo sostenga y legitime, es decir, de un público lector y un mercado relativamente institucionalizado. Cómo lograr esas instituciones es, en el fondo, lo que esas polémicas instalan en el debate público. Las discusiones sobre la lengua devienen discusiones políticas e institucionales o, dicho con precisión, son ellas mismas una forma institucional de la política.

4.3.1. *Revolucionar la lengua, ¿politizar el discurso?*

Para los escritores congregados en el Salón de Buenos Aires en 1837, el camino adecuado para formar un corpus de literatura nacional era el de la emancipación lingüística, que implicaba no sólo el desapego a las normas de la academia española y a los modelos castizos del idioma sino también la asunción de una propiedad específica: la de poder definir su propia lengua (y el estilo literario derivado de ello).

Fue Juan Bautista Alberdi quien, desde las páginas periódicas, hizo pública esa posición asumida por sus pares.⁴⁰ De los varios textos que dedicó a la cuestión,⁴¹ quiséramos comenzar por aquel en que expone su doctrina apelando a la ironía. Bajo

⁴⁰ Respecto a las discusiones sobre la lengua en el Río de la Plata he tenido en cuenta los trabajos previos de José Luis Moure, Juan Antonio Ennis y Ángela Di Tullio, el primero en *La biblioteca* (2005: 168-177), el segundo en el capítulo 3 de su tesis doctoral (2008: 99-159), la última en su contribución a la *Historia crítica de la literatura argentina* (2003: 543-580).

⁴¹ Alberdi intervino, por los menos, en cinco ocasiones en las discusiones sobre la lengua. En *La Moda*, N° 20, publicó un “Álbum alfabético” en el que sostenía: “En las calles de Buenos Aires circula un castellano modificado por el pueblo porteño, que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdeñan por el castellano de Madrid. Dudamos que la importancia tenaz de una lengua que nuestra patria no quiere hablar, subsista mucho tiempo. Una juventud independiente y ávida de progreso, acaba de comprender que el castellano de Madrid, no será jamás el castellano de Buenos Aires. Pueblos tan diferentes no podrán hablar un mismo idioma. El estilo, es el hombre, ha dicho un escritor de genio. La lengua es la nación, concluimos nosotros. La lengua de un pueblo es el reflejo de su historia, gobierno, clima, costumbres y carácter.” (pág. 7, col. 2, pág. 8, cols. 1 y 2). En *El Iniciador* daría a luz dos artículos sobre el tema: el titulado “Emancipación de la lengua” (N° 10) y el “Boletín cómico. Cursos públicos. Enseñanza del idioma” (N° 3, tomo II). En *El Corsario*, a su vez, daría a conocer otra versión de esa discusión con un título más beligerante: “Revolución de la lengua” (n° 6, Montevideo, 1840, pp. 176-179). Por último, también se refirió a la cuestión del idioma en la introducción de su *Fragmento preliminar al estudio del derecho*.

el simulacro de una “cátedra” dictada por el rigorista “Figarillo” acerca de la enseñanza de la lengua, dirá en tono jocoso Alberdi:

No contentos con haber embarullado la política de España, ahora queréis embarullar también su lengua: ya no hacéis caso de la Academia ni de Cervantes, ni de Jovellanos, ni de los dueños del idioma que tenemos prestado: os habéis figurado que es vuestro, y le tratáis sin la menor ceremonia, sin prever que mañana nomás, si a la España le da también la gana, viene y nos quita su lengua, que es suya porque ella la formó; y no se la dio el Papa, ni la robó a nadie, ni la ha enajenado, ni la ha arrendado a nadie, y nos deja mudos a todos, mirándonos unos a otros y hablándonos por señas. (*El Iniciador*, Montevideo, N° 3 (tomo II), 15 de noviembre de 1838, pág. 17, col. 1)⁴²

Con inflexión cómica, el artículo pone en primer plano el fundamento político de la discusión: la cuestión del patrimonio. Es decir, la asunción del idioma como propio, que habilita a la propia legislación o codificación (de ahí la posibilidad del “embarullar” la lengua). Este aspecto, por supuesto, está directamente vinculado con la escritura, los modelos literarios y los cánones lingüísticos:

¿Queréis escribir vuestro idioma?: no escribáis el idioma que habla vuestro país porque vuestro idioma, no es vuestro idioma. Vos debéis escribir como nadie habla ni escribe aquí; y si escribís como se habla y escribe aquí, no sabéis escribir. Es cierto que la literatura debe ser la expresión de la sociedad, pero eso es para otras partes. La literatura nacional debe ser la expresión de la sociedad española, porque nuestra sociedad no tiene boca todavía ni tiene nacionalidad, es pupila, y debe hablar la España por ella. (*El Iniciador*, ídem, pág. 17, col. 2)

⁴² El artículo es de un supuesto “Boletín cómico” inédito de *La Moda*.

La deliberada escenificación léxica (el uso del “vosotros”) de este pasaje apunta precisamente a ridiculizar los argumentos castizos sobre el idioma. La lengua repone así la cuestión de fondo: el tutelaje desmadrado por la revolución. Escribir como se habla sería el modo de convenir lingüísticamente con el nuevo orden político que fundó la independencia.

A partir de ese argumento, Alberdi impulsará la discusión pública de lo que Juan María Gutiérrez había imaginado como emancipación cultural y literaria en su lectura del Salón Literario: un idioma propio, basado en las características particulares de la región, que pudiera captar y transmitir, desde una perspectiva pragmática, los aspectos culturales representativos de una identidad política. Contra las posturas tradicionales como las de Varela o Mora, Alberdi expresará en más de una ocasión la impertinencia de sus proyecciones:

Que los puristas digan lo que quieran, el pueblo americano no hablará jamás la lengua neta de la España: porque el pueblo americano tiene un suelo, sentidos, ideas, necesidad, recuerdos, esperanzas, gobierno, leyes, costumbres, tradiciones, sentimientos que le son propios, y cuyo conjunto forma el espíritu americano, de que la lengua americana quiere ser un fiel reflejo. (*El Iniciador*, N° 10, 1 de septiembre de 1838, pág. 16, col. 1)

En ese contexto, las acusaciones de galicismo que reciben los letrados del 37, y que cobrarán un vigor particular en el contexto chileno, son refutadas desde la asunción explícita de una creencia en la perfección de la lengua francesa (perfección que los modelos prestigiosos españoles no pueden ofrecer por representar, según esa visión, un carácter estanco, anacrónico o vetusto):

Lo que llamamos diversas lenguas, no son sino diversos dialectos de una sola lengua filosófica. Hay, pues, un progreso gramatical filosófico que es común a todas las lenguas, que tiene por objeto conquistar para la emisión del pensamiento una forma cada día más simple, más exacta, más breve, más elegante. Tales son el origen y el carácter de la forma actual de la lengua

francesa. Es una lengua de la mayor perfección filosófica, y de una perfección a que todas las lenguas tienen el mismo derecho que ella. (*El Iniciador*, ídem, pág. 17, col. 1)

Esa “lengua filosófica”, entonces, portadora de la modernidad anhelada por los jóvenes letrados rioplatenses, era la que estipulaba el “escribir como se habla” y, sobre todo, los protocolos estéticos y literarios instalados por el romanticismo europeo, alejados ya de la preceptiva clasicista de antaño.⁴³ De modo que la discusión implica también las competencias previstas para la literatura y para la escritura pública de la élite letrada cuya función, desde el modelo de las “bellas letras” profesado por Juan Cruz Varela, José Joaquín de Mora o Andrés Bello, había sido consignada a la preservación de los códigos lingüísticos autorizados.

Graciela Salto ha señalado que por la época en que Juan Cruz Varela especulaba con la posibilidad de que la literatura periódica condujera el proceso de formación de un público lector capacitado, “la superficie de visibilidad de la temida fragmentación lingüística” era, paradójicamente, “la prensa, mientras que la literatura aparecía, en contraposición, como fuente de conservación y control de la norma” (Salto, 2007: 28-29).⁴⁴ La paradoja se desvanece si recordamos que el propio planteo de Varela estaba envuelto en una flagrante contradicción. En el contexto de un mercado editorial precariamente institucionalizado e incipiente y de la emergencia de nuevos intereses contrapuestos producto del proceso revolucionario, la literatura periódica, como se encargaron de demostrar los jóvenes letrados, no podía permanecer atada a un modelo retórico clásico. De ahí que la politización del discurso apuntara a dar

⁴³ Respecto de la consideración del francés como “lengua filosófica”, Ennis ha señalado la influencia del discurso iluminista (particularmente de Voltaire) que la consagró como “lengua perfecta”, por su supuesta mejor adaptación al *ordo naturalis* del pensamiento (2008: 115). Puede consultarse, también, *La ricerca della lingua perfetta nella cultura europea* (1993) de Umberto Eco.

⁴⁴ Es ésta una preocupación que, con distintos matices, atravesará toda la centuria. El trabajo de Salto focaliza dos momentos de esa trayectoria: una primera manifestación en la década de 1820, con enclaves en Bogotá y Buenos Aires, acerca de los beneficios de una asociación literaria que custodiaría el buen uso de la lengua; y la renovada discusión que emerge en la misma Buenos Aires a fin de siglo con la expresiones del criollismo y el auge de la prensa popular.

visibilidad al entramado de intereses velados hasta entonces en la polémica pública, sobre todo cuando ésta deliberadamente se afincaba en saberes proyectados sobre campos específicos. Puesto que esos mismos saberes estaban en formación, la autoridad discursiva debía lidiar no sólo con el aparato lógico y argumentativo de su emplazamiento sino también con el cúmulo de creencias, imaginarios e intereses que afectaban su formación.

Quizás no haya episodio más representativo de ese tan brumoso como efectivo entramado de competencias que la polémica entablada entre José Joaquín de Mora y Andrés Bello en 1830, el primero como director del Liceo de Chile –institución creada por el gobierno liberal de Pinto–, el último como rector del Colegio de Santiago, fundado a instancias de Portales en 1829.⁴⁵ Durante todo el año 28, Mora se había dedicado a plantear la fundación de un colegio, el Liceo, que abarcara desde la educación elemental hasta la universitaria y funcionara, además, como centro formador de oficiales del ejército.⁴⁶ El gobierno, cuyo presidente era por entonces Pinto, aprobó el proyecto, cediendo una propiedad estatal para su establecimiento y otorgando mayor presupuesto al recién fundado Liceo que al Instituto Nacional, el cual a partir de entonces quedaba en clara desventaja. Por su parte, luego de una breve residencia en Chile en 1826, el francés Pierre de Chapuis hizo un viaje a su país natal en busca de recursos para el establecimiento de un colegio en Santiago; en diciembre de 1828 arribaba a Valparaíso con el núcleo de profesores franceses que fueron los que formaron parte del Colegio, apoyado por Diego Portales y financiado por un número considerable de miembros de la clase dirigente, entre ellos el vicepresidente Pinto, el general Freire, el ministro de Hacienda Ruiz Tagle, José Benavente, Francisco García Huidobro, Francisco Meneses, José Gandarillas y Domingo Bezanilla. Fundado finalmente en 1829, el Colegio pasaría a ser regentado por Andrés Bello, arribado en junio de ese mismo año, por intermediación diplomática de Mariano Egaña y Miguel

⁴⁵ Un detallado estudio sobre esos sucesos, con documentos de la época, puede consultarse en el libro sobre *Mora y Bello en Chile* de Alamiro de Ávila Martel (1982). De allí se extraen en adelante las citas, encabezando la fuente con las iniciales (AM), consignando luego el número de páginas.

⁴⁶ Ese interés puede verse en el ya comentado intercambio epistolar con Varela (Cfr. *RCHG*, 1924: XIV, 35-66). Una exhaustiva compilación de documentos acerca del Liceo de Chile y de las actuaciones de Mora y de Portales puede consultarse en Stuardo Ortiz (1950).

de la Barra, quienes lo habían convencido de trasladarse a Chile y brindar sus servicios a la administración del Estado.

El fondo de la polémica, entonces, contenía dos proyectos políticos en abierta oposición. Sin embargo, el modo en que esa disputa se hizo pública a través de la prensa muestra la complejidad (y complicidad) de las competencias imbricadas. La lucha se entabló desde *El popular*, periódico regentado por Portales y redactado por Meneses y Nicolás Pradel, con *El Mercurio* y *El Centinela*, ambos adictos al gobierno liberal de Pinto, no obstante ser el último el que tuvo una posición claramente partisana. Sin explicitar ese fondo, lo que en esas páginas aparentemente se discutía era la idoneidad tanto de los programas educativos de ambas instituciones cuanto de sus respectivos directores.

En su *Oración inaugural del curso de oratoria* del año 28 –a la que recurriría una década después Lastarria para autorizar su valoración de la lengua–, Mora subrayaba la necesidad del cuidado de la lengua heredada, apoyándose en el programa de la retórica ilustrada (hablar el español con pureza, con gusto y con elegancia), condenando la corrupción proveniente de allende los Pirineos, y haciendo una mención indirecta pero muy clara al grupo de profesores franceses del Colegio de Santiago: “feliz cuando [la juventud] evita el yugo de algún pedante ultramarino, que empieza a iniciarse en la lengua que va a servirle de intérprete el mismo día en que se abre su almacén de enseñanza rutinera” (AM, 115).⁴⁷

Como respuesta, Bello dio a luz en *El popular* un extenso escrito en cuatro secciones, con el título “Liceo de Chile”, dedicado a rebatir y discutir los conceptos y giros vertidos por Mora en su *Oración*. Entre otras cosas, el primer artículo del 13 de mayo decía lo siguiente: “Comenzaban a nacer luchas políticas en el país, y en el momento mismo en que se debió creer que el señor Mora estaba sin duda ocupado en el seno de su Liceo en cultivar tranquilamente las letras y las artes [...] deja a un lado la augusta misión que había tomado sobre sí para tomar el frívolo y fácil oficio de folletinista” (AM, 123). Bajo la interesada idea de una función autónoma del letrado

⁴⁷ Vale la pena aclarar que la *Oración* de Mora tenía como trasfondo la reciente batalla de Lircay, fraguada apenas tres días antes, en la que triunfó el ala conservadora comandada por Portales.

“las letras apetece retiro y huyen de los manejos y agitaciones de una política turbulenta” [ídem]), función que los mismos artículos de *El Popular* desmentían, Bello se propuso desautorizar el magisterio de Mora criticando minuciosamente la plataforma de su curso de oratoria a partir, justamente, de la crítica al discurso de su máximo representante. A partir de allí, la polémica fue creciendo (se sumaron al debate los anónimos de *El Mercurio* que terciaron en favor de Mora y del Liceo), pero comprimiendo cada vez más el pleito a los aspectos meramente literarios, lingüísticos y educativos del asunto.

Ahora bien, son precisamente esos aspectos, estimados en general de poco valor frente a la discusión de fondo,⁴⁸ los que, sin embargo, concentran una relevancia que permite reconsiderar la complejidad de los planos imbricados. Es verdad, como afirma Rodríguez Monegal, que la discusión se ciñe al “mezquino terreno filológico” y que una muestra palmaria de esa mezquindad es la cantidad de párrafos dedicados a debatir la pertinencia o impertinencia del uso de la palabra *genio* en castellano, cuando el Diccionario de la Academia prescribe *ingenio* (1969: 171-172); pero lo que también es cierto es el hecho de que esa discusión particularizada atenta contra la autoridad letrada de ambos contrincantes, que lo político –en sentido amplio del término– está ligado estrechamente a las formas de autorización discursiva y que, finalmente, el valor de esa disputa no debe ser buscado en su doctrina explícita sino en su mediación y articulación de otros objetos e intereses, velados pero no menos efectivos en su recepción pública. En el segundo artículo dedicado a la *Oración* de Mora, a la que se calificaba de “charlatanería grosera”, Bello preguntaba:

⁴⁸ Así los considera el propio Ávila Martel, “La polémica sobre extremos literarios es bastante fastidiosa, los más de los puntos discutidos son de poca monta” (AM, 41). La versión de Silva Castro (1965: 37-50) de este episodio pasa por alto los pormenores de la polémica. Por su parte, Rodríguez Monegal, si bien reconoce que el fondo de la discusión es la lucha ideológica, considera que la polémica de Mora con Bello no tuvo “importancia política”. Dice el crítico uruguayo: “La crítica moderna, y el mismo Amunátegui en su *Vida*, han insistido en el escaso o nulo valor de la polémica literaria. En efecto: la discusión se plantea en un mezquino terreno filológico o de menuda erudición, sin levantarse jamás a la doctrina misma (Rodríguez Monegal, 1969: 171).

¿Pero ese juez severo, ese defensor de las letras es digno de defender su causa? Una ojeada sobre aquel folleto probará lo contrario. Entremos ya en el examen de esa obra preciosa, triste testimonio de la completa ignorancia del autor en las materias que trata, y aun en su lengua nativa.

Pág. 2ª y otras. Se halla la palabra *genio*. Abrase el Diccionario de la Academia, y se verá que esta palabra no ha significado jamás la facultad de crear. Para expresar esta idea los autores clásicos emplean constantemente la palabra *ingenio*. Capmani, cuya autoridad en esta materia es conocida, ha dicho formalmente que el uso de *genio*, en el sentido de que se trata, es un galicismo. (AM, 134)

A las citas de autoridad de la Academia y de la *Filosofía de la Elocuencia* de Capmany seguirán las de Herosilla, Condillac, Quintana, Meléndez Valdés y Cervantes, entre las más concurridas. Y la discusión seguirá el orden de esas minucias filológicas. Pero, justamente, ¿cómo no ver que en esa discusión se juega la pericia o impericia del *philologos*, del sujeto cuya voz autorizada puede intermediar en la dirección de la administración cultural del Estado? Por eso Mora responderá una a una las imputaciones de esas “minucias”. Dirá, sobre la palabra *genio*: “Literato que no tiene más criterio que el Diccionario de la lengua, es poca cosa” (AM, 138). Y sobre el final de su intervención, volverá a la cuestión de la autoridad:

El autor del artículo se presenta bajo el velo del anónimo; todos designan sin embargo el único punto de donde puede salir tan torpe ataque. Comparemos la autoridad de estos hombres oscuros, que hasta ahora no han podido sostenerse sino a la sombra del poder, con los ilustres testimonios que tiene en su favor el Director del Liceo, y para citar, entre otros muchos uno que debe hacer alguna fuerza a nuestros comentarios, limitémonos al *Repertorio Americano*, publicado en Londres bajo la dirección del señor don Andrés Bello. (AM, 141).

A continuación, Mora cita el comentario elogioso del caraqueño sobre su traducción del *Ivanhoe*, publicada en esa revista. Tal argucia le permite, por un lado, desenmascarar a quien se presentaba de manera anónima ante la arena pública, y, por el otro, desarticular la diatriba contra su autoridad puesto que ponía de manifiesto los intereses que habían llevado a cambiar tan rotundamente de opinión al director del Colegio. En definitiva, lo que interesa resaltar de esta polémica es tanto el cuestionamiento público de la autoridad letrada –y una de sus figuraciones más relevantes, la del sabio- como las formas mediadas de discusión política cuando lo político, como en este caso, necesita recurrir a otro género para expresarse de manera pública.⁴⁹

De modo que la interpretación de esta polémica –como de otras en las que lo político se sobreimprime a competencias específicas, basta pensar aquí en la discusión entre el mismo Bello y Sarmiento– como disputa “mezquina”, de “poca monta” o “meramente filológica” no refleja la complejidad de la comunicación política en momentos en que el mercado editorial incipiente comienza a resentirse de su estructura elitista y tradicional. Por lo demás, parece necesario insistir en el carácter estratégico y velado que asume la discusión política (sobre todo en el Chile de la década del 40, donde la estabilidad política y las políticas de consenso imprimen al campo cultural el dominio hegemónico de la clase gobernante). Es notable, en este

⁴⁹ A esta altura no parece necesario insistir en que tal publicidad se restringe al acotado espacio de la élite letrada. Es interesante, en ese sentido, lo planteado al respecto en uno de los anónimos publicados en el periódico *El Mercurio*: “Hasta ahora hemos estado acostumbrados a sobrecogernos, como las ranas cuando Júpiter sumergió un palo por rey en la laguna, luego que algún hombre de letras transatlántico o formado allá en el *firmamento de la civilización* se ha dignado venir a morar entre nosotros, que aún, se dice, somos muy rústicos pero ya es tiempo que empecemos a ocuparnos de justipreciar esas producciones alabadas en el *London Morning Chronicle* [...] que más de una vez suelen ser peores que *ridícula prosa* [...] Sentiríamos infinito que el Sr. Bello, si se digna querer probar que el uso de Dédalo por laberinto es galicismo, lo hiciese anunciando con énfasis que un veterano se rebaja en *descender a la arena* [...]; porque es necesario se persuada de que en materias cuya decisión se somete al criterio público, no se atiende al que dice, sino a lo que se dice” (AM, 176). El anónimo articulista repone un aspecto central de esa discusión: la autoridad letrada ya no puede afincarse en el prestigio de la reputación, sino que debe medirse con el “criterio público”. La preocupación por *lo que se dice*, y no por *quién lo dice*, conlleva el reconocimiento de un nuevo imaginario público –liberal e ilustrado- en cuyo seno las competencias letradas deben medirse. Por cierto, el anónimo redactor no desconoce el hecho de que en la especificidad de esos saberes están imbricados niveles ideológicos y políticos.

sentido, la figura legada de Andrés Bello como un letrado que nunca descendió al estrecho terreno de la política. Esa imagen, por ejemplo, es retomada y reiterada por Rodríguez Monegal cuando escribe, en relación con esta polémica, que “Bello no trató nunca de pasar al primer plano político” (1969: 149). La afirmación del crítico uruguayo puede haberse basado, como otras de Amunátegui y varios de sus biógrafos, en expresiones fidedignas de Andrés Bello, como la carta que envió al director del periódico *El Popular*, en la que afirmaba: “Lo que se llama *excitación al Gobierno* no es mía, ni se ha hecho con mi participación. En las discusiones *puramente literarias* he tenido parte, y *sólo en ellas*” (AM, 193). Julio Ramos (1989), desde otra perspectiva, ha subrayado también la temprana voluntad autonómica de Bello –y del campo cultural chileno en particular, sobre todo con la creación de la Universidad en 1843. Pero lo cierto es que tal voluntarismo esconde una estrategia discursiva cuya sutileza no impide que observemos la contingencia de su formación: los asuntos “puramente literarios” de los que habla Bello suelen ser decisivos, como veremos en la discusión historiográfica, en la construcción de las condiciones políticas dominantes. Para decirlo de otro modo, ¿por qué intentaría pasar al primer plano político quien, cómodamente instalado en su escritorio, influía de modo sustancial en la dirección administrativa y política del Estado? Si algo demuestra el ejemplo de la polémica entre Mora y Bello es que la politización del discurso sobre la lengua no se manifiesta sólo a nivel de las propuestas, esto es, a nivel de los criterios específicos del saber gramatical, literario o lingüístico, sino que es inherente a su uso.

Por lo demás, que las políticas de la lengua *son* la política, como sostiene Ludmer (1988), queda manifiesto en el programa de emancipación cultural llevado a cabo en el Río de la Plata. Aprovechándose de un argumento que reaparecería en el Modernismo posterior en expresiones como las de Rubén Darío cuando sostuvo que el “sablazo de San Martín” había desencuadrado el diccionario y descuartizado la gramática del idioma heredado,⁵⁰ Alberdi aúna lengua y política, revolución y emancipación:

⁵⁰ Cfr. Darío, Rubén, “La novela americana en España” (1898), en: *Obras Completas*, T. 2, Madrid, Afrodisio Aguado, 1950. Pág. 1138.

La revolución americana de la lengua española, comenzó el día que los españoles por la primera vez pisaron las playas de América. Desde aquel instante, ya nuestro suelo les puso acentos nuevos en su boca, y sensaciones nuevas en su alma. La revolución americana la envolvió en su curso; y una juventud llena de talento y de fuego acaba de comunicarla [...] Que se lean con cuidado los primeros escritores que la regeneración Americana ha presentado en todos sus rangos, y se verá que la juventud actual no hace más que consumir con más bravura y altivez una revolución literaria comenzada instintivamente, por sus ilustres padres, los Moreno, Belgrano, Monteagudo, Funes, Alvear, Bolívar. (*El Iniciador*, N° 10, 1 de septiembre de 1838, pág. 17, col. 2)

Revolución política y revolución literaria aparecen imbricadas en este párrafo como argumento irrefutable contra el tradicionalismo de aquellos sectores que defendían la escritura de un español castizo. Los alcances de esa imbricación entre lengua y política, o entre las políticas de la lengua y las lenguas de la política, quizás se comprendan mejor si prestamos atención a otro escrito de Alberdi, contemporáneo pero distante dos años del anterior y de su situación comunicativa. Esa distancia emerge para mostrar los usos de la lengua, la politización de su discurso y las escrituras de la política. Lo hace en un pasaje, similar al que acabamos de citar, en el que vuelve a inscribir el programa de emancipación lingüística en la prosapia de los héroes de la independencia a la que suma, significativamente, algunos nombres:

Nos arrebatava, sobre todo, el ejemplo fascinador del lenguaje con que nuestros grandes hombres de espada y de estado, conducidos por el sentimiento de su siglo y del nuevo espíritu de cosas, habían arrastrado a nuestras masas en los grandes trabajos de nuestra revolución política y social; aquel lenguaje elocuente, rápido y nuevo, como nuestros destinos, que habían empleado a su turno Moreno, Castelli, Pasos [sic], Monteagudo, Funes, López, Bolívar, Santander, Alvear y Lavalle, a quien es preciso colocar, por su estilo, a la altura de Bolívar. (*El Corsario*, n° 6, Montevideo, 1840, pág. 177)

Que en la ristra de próceres o caudillos de la revolución aparezcan nombres nuevos, no mencionados anteriormente, como Castelli o Paso, puede pasar como un cambio de poca importancia. Pero que entre esos nombres Alberdi sitúe el de quien se encargaba en ese preciso momento de reclutar las tropas para comenzar su campaña contra Rosas, esto es, el del general Lavalle, a quien se venera desde las páginas de ese mismo periódico, y que, además, sea colocado por su mérito lingüístico y comunicacional a la altura de un orador como Bolívar, demuestra y explica la trascendencia adjudicada a la lengua, y a su uso.⁵¹

En ese contexto, hay que recordar las múltiples ocasiones en que los integrantes de la nueva generación letrada reflexionaron sobre el discurso público de Rosas, como un modo de conjuración de su poder efectivo. Sarmiento, por ejemplo, se mostró interesado en revelar los resortes y mecanismos utilizados por el caudillo para acceder al poder y adueñarse de la ciudad portuaria. En un pasaje de su *Facundo* relativo a los mensajes de Rosas, Sarmiento escribió: “La proclama aquella, que es uno de los pocos escritos de Rosas, es un documento precioso que siento no tener a mano” (1961 [1845]: 232). La escritura del poder para Sarmiento es un “documento precioso”. Y es que para Sarmiento, Rosas, el domador de la *ciudad*, ha sabido constituir su poder político en un territorio que había sido una “máquina de guerra” y, por eso mismo, su estrategia simbólico-discursiva resulta para el sanjuanino un elemento encomiable.⁵²

⁵¹ *El Corsario* se publicó en Montevideo durante el año 1840. Entre sus objetivos, combinaba la discusión y difusión de las nuevas tendencias literarias, particularmente del romanticismo francés, con la publicidad de las actividades militares de Lavalle y de los acontecimientos relativos al bloqueo francés. En el número 2, por ejemplo, se publicaban las cartas intercambiadas entre el comandante francés Pénaud y el comandante del ejército de San Pedro, en las que el francés avisaba el paso de sus buques por el Paraná y pedía que no fueran atacados so pena de respuesta ofensiva por su ejército, algunos comentarios sobre la Campaña de Lavalle, y la “lista de ciudadanos destinados a las armas en el batallón denominado Libertad al mando del coronel Mariano Maza, desde el 2 de febrero”. En el número siguiente, además de una nueva entrega del folletín Claudio Guex, de Victor Hugo, que había principiado en el número anterior, y un artículo sobre romanticismo literario, se daban a luz comentarios y dichos que llegaban desde Buenos Aires acerca de la situación política y militar junto con la difusión de algunos de sus agentes encubiertos, como el retratista Fernando García, de quien se decía que “sin la menor duda, es agente principal del espionaje y policía secreta, delación y picardía de Rosas; está muy rico, ha recibido cuantiosos regalos del tirano” (*El Corsario*, N° 3, pág. 94).

⁵² Rosas, según un pasaje del capítulo XII del *Facundo*, “sabe usar de las palabras i de las formas” (ídem, 200). Ante ese uso efectivo de la escritura oficial, dirá irónicamente Sarmiento:

Las fiestas públicas serán manifestación de un “diseño político, el más fecundo en resultados” en un territorio atravesado por las disputas de los diferentes bandos y por las revueltas de la guerra civil.

Clave en ese programa, como dejaban ver los propios letrados exiliados, resultó la elaboración de un discurso americanista que combinaba una imaginería republicana con elementos de identificación nativista ya presentes en la época, pero hasta entonces no canalizados políticamente.⁵³ En más de una ocasión, los exiliados argentinos se detuvieron en ese aspecto del andamiaje público rosista. El mismo Alberdi, recién llegado a Valparaíso, publicó una serie de artículos que, bajo el título de “Política continental. Altas conexiones de las cuestiones del Plata”, ensayaban una interpretación de la causa americanista de Rosas –cuya manifestación inmediata había sido su resistencia al bloqueo francés primero y anglo–francés después. En la segunda entrega de esos artículos, sostenía: “Llamamos causa americana, en otra época, a la de nuestra independencia, no solamente porque ella importaba a toda América, sino también por oposición al origen europeo de nuestro común enemigo”.⁵⁴ Esas circunstancias habían variado, según Alberdi, quien proponía desde Chile en lugar de un americanismo localista un sistema de relaciones al que le convenía el mote de “cosmopolitismo”. Dos años después, en otro artículo periodístico cuyo título era representativo de la lograda expansión de la ideología rosista, el tucumano corroboraba esa efectividad al sostener irónicamente: “Si el primero que llamó a Rosas defensor de la Independencia Argentina se propusiese levantar una gran suscripción remuneratoria de su dichosísima locución se pondría rico en muy poco tiempo”.⁵⁵

“Me prosterno i humillo ante tu poderosa inteligencia!” (ídem, 201). Pero la ironía de esta frase parece disolverse en el momento en que el sanjuanino intenta develar los mecanismos discursivos del poder del rosismo sobre el final de su biografía.

⁵³ Los escritos de Bernardo P. Berro aportaron una base de sustentación fundamental a ese discurso. Sobre el americanismo de la retórica rosista, véase Myers (2002).

⁵⁴ Los artículos de ese texto, siete en total, fueron publicados a principios de octubre de 1844 en el periódico santiaguino *El Siglo*. Los mismos fueron compilados por Carolina Barros (1997: 67-90).

⁵⁵ “Rosas, defensor de la Independencia Americana”, en *El Mercurio*, Valparaíso, 26 de julio de 1846 (citado por Barros, 1997: 93-95). También participaron del mismo interés varios artículos publicados por Sarmiento ante la llegada a Santiago de Chile del ministro argentino Baldomero García. Por ejemplo, “El sistema de Rosas” (28 de mayo de 1845), “Lo que a Rosas debe la América del Sur” (13 de junio de 1845), etc. Cfr. *Obras*, tomo VI, 1909: 157-197. Asimismo, *El*

Lo interesante de esas intervenciones es que manifiestan claramente el reconocimiento por parte de la joven generación rioplatense de la inherente vinculación entre uso de la lengua y práctica política o, para decirlo de otro modo, de la inscripción lingüística y publicitaria del poder político. Tal conciencia reflexiva de los usos políticos de la lengua condujo, como hemos visto en páginas previas, a ensayar desde Montevideo distintas alternativas de competencia comunicacional.

4.3.2. *Bellas lecciones: lengua y tradición*

Cuando Sarmiento publica el 27 de abril de 1842 su comentario a los “Ejercicios populares de la lengua castellana” de Pedro Fernández Garfias, las discusiones sobre la lengua tenían ya una sólida base de sustentación en los antecedentes de la generación del 37, como pudimos ver más arriba. Por lo tanto, la intervención del sanjuanino puede considerarse la excusa para la consecución del debate público en Chile de los saberes socializados al otro lado de la cordillera. Ni en San Juan –donde Sarmiento pudo comprobar la precariedad y apatía públicas– ni aún en Santiago se constataba una correlativa expresión de aquella iniciativa. Si tenemos en cuenta, además, que tras la respuesta del primer comunicado anónimo a ese comentario de Sarmiento, cuya resonancia polémica fue más bien nula, Lastarria leyó su famoso discurso y que V. F. López había escrito ya su artículo “Clasicismo y Romanticismo” en *La Revista de Valparaíso*, es posible imaginar que la polémica con Bello haya contribuido a incitar indirectamente las discusiones literarias hasta entonces adormecidas, sobre todo si recordamos la dirección que el discurso inaugural del chileno en la Sociedad Literaria había señalado con respecto a la lengua y la literatura españolas.⁵⁶

Comercio del Plata, de Montevideo, combatió denodadamente contra el “americanismo” propagado por el rosismo. Entre enero y febrero de 1846, por ejemplo, publicó una serie de artículos destinados a refutar la propaganda pública del régimen. Véase especialmente el artículo titulado “El sistema Americano” (*El Comercio del Plata*, N° 105, 6 de febrero de 1846, pág. 2, cols. 1-2).

⁵⁶ Dos respuestas recibió el artículo del 27 de abril de Sarmiento. La primera se mostraba conforme con los trabajos del estilo de F. Garfias; la segunda, en cambio, criticaba algunas expresiones que F. Garfias había atribuido al pueblo chileno: “Es falso y falsísimo decir en Chile que la expresión ‘aleta del tejado, no se oye sino en boca de la gente vulgar y común’. También es un solemne desatino querer que el pueblo diga hilo de acarreo en vez de acarreto” (*El Mercurio*, Valparaíso, 3 de mayo de 1842, firma: T.R.E.S., citado en Durán Cerda, 1957: I, 237).

Al contestar el anónimo de Andrés Bello, firmado “Un quídam”, Sarmiento había tocado los puntos esenciales de los debates que agitarían el mundo chileno de las letras. En los dos artículos que dedicó a rebatir la intervención del caraqueño, entre otros giros, manifestó así esos puntos: “Cuando queremos adquirir conocimientos sobre la literatura estudiamos a Blair el inglés, o a Villemain el francés, o a Schlegel el alemán”; “Ocupaos de formas i no de ideas, i así tendréis algún día literatura”; “los pueblos en masa i no las academias forman los idiomas”.⁵⁷ Y en relación a la mención indirecta que hizo Bello sobre los escritores argentinos (“en cuyos periódicos se va degenerando el castellano en un dialecto español-gálico”), dijo: “pero hai que notar un hecho, i es que esos literatos, *bastardos* como se quiere, han escrito más versos, verdadera manifestación de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria” mientras que en Chile, “con todas las consolaciones de la paz, con el profundo estudio de los *admirables modelos*, con la posesión de nuestro castizo idioma” no se había escrito “uno solo, lo que es uno”.⁵⁸

Sarmiento respondía diciendo tan sólo que esa queja arrastraba, en definitiva, “una solución liberal, aplicable por analogía a nuestra cuestión, y que puede dar origen a muchos y muy interesantes desenvolvimientos” (*El Mercurio*, Valparaíso, 7 de mayo, ídem, 240). Ahora bien, entre este intercambio sin demasiado vuelo y la primera intervención de Bello el 12 de mayo, Lastarria lee su discurso (3 de mayo) y López publica su artículo sobre romanticismo (4 de mayo). Es interesante señalar que Sarmiento responde en dos entregas al anónimo de Bello, las del 19 y 22 de mayo, y que cuando responde a su discípulo, Núñez, quien había tomado la posta del caraqueño, el discurso de Lastarria ya circulaba impreso por Rivadeneyra y Vicente Fidel López había principiado a publicar en *La Gaceta* (31 de mayo) la serie de artículos que ya hemos visto. En ese entramado de intereses hay que insertar entonces la famosa polémica. Por lo demás, ni bien concluida ésta (el 30 de junio Sarmiento publica su último artículo bajo el nombre “Raro descubrimiento”, en referencia a uno suyo anterior en el que usufructuó textos de Larra como propios), principiarían los cruces con *El Semanario de Santiago* y las discusiones sobre romanticismo.

⁵⁷ Las frases están entresacadas de los artículos “Contestación a un Quídam” y “Segunda contestación”, publicados en *El Mercurio* el 19 y el 22 de mayo de 1842, respectivamente (Sarmiento, 1909: I, 222, 225 y 226).

⁵⁸ Sarmiento (1909: I, 229). Y también: “Cuando la prensa periódica, única literatura nacional, se haya desenvuelto, cuando cada provincia levante una prensa, i cada partido un periódico, entonces la babel ha de ser mas completa, como lo es en todos los países democráticos” (ídem, 229). La respuesta del sanjuanino, en verdad, sería mucho más punzante con la figura de su contrincante. Utilizando un sistema de referencias de larga data, el mismo que usó hacia finales del año 20 José Miguel Infante en su periódico *El Valdiviano Federal*, escribió Sarmiento: “¡Bella solución por cierto, que no solo condena a la impotencia i a la esterilidad la jeneración presente, sino que insulta a las venideras i pronuncia sobre ellas un fallo tan injusto como arbitrario!”. Y, en ese mismo escrito, más adelante: “si la lei del ostracismo estuviese en

Las respuestas no tardarían en llegar. Por cierto, por su volumen y los nombres implicados, superarían las que José María Núñez, el discípulo de Bello, concibió en las mismas páginas de *El Mercurio*. Antes de concentrarnos en ellas, conviene detenerse por última vez en las concepciones lingüísticas e ideológicas de quien fuera el mayor articulador del campo cultural chileno. Esto es lo que había dicho Bello ante la propuesta liberal de Sarmiento:

Contra estos reclaman justamente los gramáticos, no como conservadores de tradiciones y rutinas, en expresión de los redactores [es decir, Sarmiento], sino como custodios filosóficos a quienes está encargado por útil convención de la sociedad fijar las palabras empleadas por la gente culta, y establecer su dependencia y coordinación en el discurso, de modo que revele fielmente la expresión del pensamiento.⁵⁹

En este pasaje Bello expone lo fundamental de su concepción sobre la labor lingüística. La función social de los lingüistas, gramáticos o académicos, delegada por una convención que Bello no duda en calificar de “útil”, no es conservar, sino custodiar, no velar por la tradición, sino fijar lo que de ella consagra el uso adecuado. Esa es la tarea supervisora del *philologos*. Es decir, reponiendo los términos políticos abjurados: no es conservador ni tradicionalista, sino patrocinador y administrador del desarrollo gradual de los bienes culturales. Debemos, pues, preguntarnos por la propiedad y el valor adjudicados a esos bienes. En su aspecto lingüístico, Belford Moré (2004) ha demostrado que la noción de la lengua en Bello se define en relación con la experiencia que genera el contacto con los textos escritos y, además, que esos textos pertenecen a los cánones de la tradición literaria española, que dignifican las formas y usos ideales de la lengua.⁶⁰ La jerarquización de la norma lingüística que arbitra el

uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado i haber profundizado mas allá de lo que nuestra naciente civilización exige” (Sarmiento, 1909: 229-230).

⁵⁹ Citado en Durán Cerda (1957: I, 242).

⁶⁰ Dice Moré: “La lengua a la que se refiere Bello es primordialmente la que aparece en el registro alfabético” (2004: 86).

criterio sociocultural (la “gente decente” de la que habla en su *Gramática*, y aquí la “gente culta”) concuerda con la selección ejercida a nivel dialectal (la norma de Castilla) y se apoya de igual modo en la reificación de la escritura por sobre la oralidad. De modo que la subjetividad del gramático contribuye a la legitimación de la norma lingüística proveyendo escalas de valores que jerarquizan los fenómenos objetivos con los cuales se enfrenta el custodio de la lengua.

En su polémica con Mora de 1830, Bello ya consignaba esa escala de valores al decir: “Se citan las academias y los autores como testigos e intérpretes, no como legisladores del uso [...] El uso es un déspota caprichoso que no se paga de argumentos” (AM, 163). Las academias y los “admirables modelos” aparecen aquí como meros deponentes ante el despotismo injustificado del uso (vulgar, indocto, masivo) de la lengua. Sin embargo, no hay que cifrar allí el carácter conservador del iluminismo bellista. El caraqueño podía muy bien coincidir con el principio organicista que alentaba las discusiones sobre la lengua de la generación del 37 argentina, principio que llevaba a algunos de sus integrantes a afirmar, por ejemplo, que “el castellano de Madrid, no será jamás el castellano de Buenos Aires. Pueblos tan diferentes no podrán hablar un mismo idioma. El estilo, es el hombre, ha dicho un escritor de genio. La lengua es la nación, concluimos nosotros. La lengua de un pueblo es el reflejo de su historia, gobierno, clima, costumbres y carácter.”⁶¹ En lo que no podía coincidir era en el argumento *ad hoc* que el carácter programático de esa generación le imprimía,⁶² puesto que la comunidad lingüística imaginada por Bello prescribía una homogeneidad supraempírica, de tradición ilustrada, cuyo origen iba

⁶¹ *La Moda*, N° 20, pág. 7, col. 2. Las operaciones fundamentales en el siglo XIX de la tradición organicista sobre la lengua han sido bien descritas por Ennis: “por un lado, la lengua recibe un cuerpo, y este cuerpo es el de una comunidad lingüística monoglósica cuyos límites, historia y destinos coinciden con las del estado-nación y hacen de ella una entidad discreta y diversa de otras del mismo tipo, adyacentes o enfrentadas a ella. Por otra parte, se le asigna otra corporeidad, metafórica (la del ‘organicismo’), que a su vez opera una sustracción de la lengua de la historicidad humana.” (Ennis, 2008: 58)

⁶² Alberdi, en ese texto, había implícitamente estipulado una analogía entre la operación de Dante con el idioma de Florencia y las propuestas regeneradoras de su grupo en Buenos Aires (véase la transcripción completa del pasaje en nota 41).

más allá no sólo de los autores del Siglo de Oro español sino incluso del período de formación de las lenguas romances.⁶³

No obstante la clara diferenciación entre estructura del latín culto y estructura de la llamada lengua patria –que amerita, en Bello, el distanciamiento de la Academia Española–, las reflexiones literarias y lingüísticas del caraqueño se nutren en varias ocasiones de fuentes clásicas, en su mayoría latinas. Por supuesto, donde se verifica de modo más palpable esa influencia es en sus ensayos literarios y poéticos. En los dos poemas que escribió en Londres sobre América, esto es, “Alocución a la poesía (1823)” y “La agricultura de la zona tórrida” (1836),⁶⁴ la presencia del modelo latino es marcada, no sólo en la forma de versificación o en los tópicos de la estética neoclasicista, sino incluso a nivel de contenido. Un fragmento del primero de esos poemas, el cual, a su vez, anticipa de modo programático al segundo, reza:

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
algún Marón americano, ¡oh diosa!
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrado corona.⁶⁵

⁶³ Moré (2004: 87) consigna, por ejemplo, las tres fuentes fundamentales que organizan la *Gramática* de Bello: en primer lugar, las obras del Siglo de Oro español; en segundo orden, las obras pertenecientes al período contemporáneo (Jovellanos, Fernández de Moratín y Martínez de la Rosa, principalmente); por último, los textos medievales, entre los cuales el *Poema del Cid* reviste mayor importancia. Sin embargo, en las reflexiones literarias y lingüísticas de Bello las autoridades clásicas (Horacio, Virgilio, principalmente, pero también Homero y Aristóteles) ocupan un lugar, aunque menos recurrente, sucedáneo.

⁶⁴ El primero publicado en la *Biblioteca Americana*, con el título completo “Alocución a la poesía, en que se introducen las alabanzas de los pueblos e individuos americanos, que más se han distinguido en la guerra de la independencia (Fragmentos de un poema inédito, titulado “América”); el segundo fue publicado en el *Repertorio Americano*, y se denominaba “Silva I”, de las *Silvas Americanas*, poema mayor en el que Bello pensaba refundir las dos piezas. Cfr. Bello, 1985: 165-166.

⁶⁵ Bello, 1985: 24-25.

El “Marón” ahí mencionado es, desde luego, Publio Virgilio Marón, el cantor de la épica fundación de Roma. Como bien señaló Gutiérrez Girardot (1990: 37), Bello homologa en un gesto premeditado al poeta latino con su propia labor: el “Marón americano” no es otro que el mismo Andrés Bello, cuyo proyecto equivaldría al de la *Eneida* de Virgilio.

También en el *Repertorio Americano* de Londres, Bello publicó un ensayo sobre el “uso antiguo de la rima asonante en la poesía latina”, escrito para demostrar que el uso asonantado del verso español no era de propiedad exclusiva, sino que derivaba de la versificación monorrítmica de la antigüedad latina, cuyos ejemplos Bello no dejaba de apuntar: Comodiano, San Agustín, San Columbano, Userio (Bello, 1985: 503-511). Pero no debe pensarse que la autoridad clásica se ciñe a las preceptivas de un proyecto estético y literario, modificado con el correr del tiempo y la incorporación de nuevas lecturas. En sus “Advertencias sobre el uso de la lengua castellana”, publicadas en *El Araucano* entre 1833 y 1834, el caraqueño recurre al menos en dos ocasiones a esa fuente para dilucidar el uso correcto de los términos; una, en la entrada número 20, cuando discurre sobre la pronunciación de la palabra “sincero”, apoyándose en Virgilio y Horacio; otra, en la entrada 25, cuando afirma que la modalidad de los sustantivos derivados en *-ción* proviene del uso latino (*producción, productio*).⁶⁶ Y, por supuesto, también en la *Gramática*, compendio final de sus ensayos lingüístico-gramaticales, esa función del uso latino media en no pocas oportunidades la legitimidad de la norma.⁶⁷

Desde esta perspectiva, resulta por demás significativo que la construcción de la base empírica de la norma lingüística maneje argumentos compatibles con la construcción del aparato normativo jurídico. Es sabido que la fuente primordial a la

⁶⁶ Cfr. Bello, 1951: IV, 155 y 159. No está de más subrayar que estos trabajos previos confluyen en la confección y redacción de su *Gramática* de 1847.

⁶⁷ Walter J. Ong señala la implicancia que tuvo el texto impreso en la consideración de los usos “correctos” del lenguaje y la ideologización de las lenguas de origen: “La impresión produjo diccionarios exhaustivos y fomentó el deseo de legislar lo ‘correcto’ en el lenguaje. Este deseo surgió en gran parte de un concepto del lenguaje basado en el estudio del latín culto. Las lenguas cultas ‘textualizan’ la idea del lenguaje, haciéndolo parecer básicamente como algo escrito. La impresión refuerza el sentido del lenguaje como esencialmente textual. El texto impreso, no el escrito, es el texto en su forma más plena y paradigmática” (Ong, 1987: 129).

que recurrió Bello en su trabajo de codificación fue, en sustancia, la del derecho romano. De la compilación de Justiniano (el *Corpus Iuris Civilis*, del siglo VI) y de la realizada por Alfonso el Sabio, adoptada oficialmente en 1348 y conocida como las *Siete Partidas*, Bello extrajo lo fundamental de la jurisprudencia romana “cuya intrínseca justicia y sabiduría” –declaró– “son indisputables” (Guzmán Brito, 1982: I, 414).⁶⁸ Sobre esa escala de valores, Bello estableció tempranamente una continuidad cultural con los orígenes romanos de las ciencias jurídicas, que le permitió aunar su tarea de codificación de las leyes chilenas con los estudios sobre Derecho en el Instituto Nacional y, con mayor injerencia, en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas a partir de la década del 40. En los inicios de la década del 30, sin embargo, no logró que el Instituto otorgara dos años al estudio del derecho romano, y fue blanco de un ataque desmedido por parte de José Miguel Infante desde las páginas de su periódico *El Valdiviano Federal*, al que más adelante nos referiremos.

Basta repasar las sesiones, memorias y trabajos consignados por la Facultad de Leyes desde su creación hasta los años de consolidación del Código chileno, para notar la tendencia dominante que le cupo en los planes de estudio a la jurisprudencia romana.⁶⁹ Ya en su discurso de inauguración de la Universidad, al referirse a las

⁶⁸ Como muestra el exhaustivo trabajo de Alejandro Guzmán Brito, la preocupación de Bello –y del estado chileno– sobre la codificación de las leyes comenzó tempranamente por la fijación del derecho procesal y judicial, en 1832. A partir de entonces, Bello volvería insistentemente sobre la necesidad de formalizar el sistema de leyes en Chile, cuya labor más acuciosa fue la realizada entre 1847 (año en que se publica su *Gramática*) y 1853. Cfr. Guzmán Brito (1982: I, 263-283 y 337-343). Además del trabajo de Guzmán Brito sobre el *Código Civil*, una reseña concisa sobre la valoración del derecho romano por parte de Bello puede consultarse en Ávila Martel (1973: 80-97).

⁶⁹ En la *Memoria* leída en el seno de la Facultad de Leyes en septiembre de 1846 por Federico Errázuriz se hace referencia, por ejemplo, a las virtudes de la compilación de Alfonso el Sabio y se menciona la necesidad de “encargar la formación de los códigos” a “una comisión de hombres respetables” para darle así autoridad ante las opiniones del “pueblo”. En las conclusiones de esa *Memoria*, se sostiene: “1°, que es necesaria la estabilidad de las leyes; 2°, que su reforma es peligrosísima; i 3°, que solo la mas urgente necesidad puede dispensar el que se proceda a ella observando entonces todos aquellos arvitros que indique la prudencia mas sabia i severa” (*AUCH*, 1846: 227 y 231). En la *Memoria* del año siguiente, presentada por José Agustín Barros i Varas, también en septiembre, que discurre sobre la legitimidad de los bienes de familia y de parentesco, se mencionan “las sabias leyes romanas” y se especula sobre la legislación tomando como fuente la *Novísima Recopilación* (ley 2°, título sexto, libro décimo) y el denominado “Fuero Real” (ley 7°, título doceavo, libro tercero). Cfr. “Memoria sobre la Institución de las Lejítimas”, *AUCH*, 1847: 416 y 420.

competencias de la Facultad de Leyes, el venezolano hacía compatibles la necesidad de “purgar” la legislación heredada para volverla republicana con “el estudio de las leyes romanas” (Durán Cerda, 1957: I, 76-77). Tiempo después, en la “Memoria” que leyó como rector en el año 1848, Bello exponía varios de los aspectos de su programa:

Yo desearía, Señores, que el estudio de la jurisprudencia romana fuese algo mas extenso i profundo. Lo miro como fundamental [...] Abusaría de vuestra paciencia si tratase de recomendar este método con autoridades de los jurisconsultos más eminentes de nuestros días. Ni creo tampoco que sea menester refutar la preocupación de aquellos que desconocen la utilidad práctica del derecho romano, sobre todo en países cuya legislación civil es una emanación i casi una copia de la romana.⁷⁰

Las referencias a la utilidad práctica del estudio del derecho romano, tal como había ocurrido en su discurso de inauguración del año 43, se dirigen a neutralizar las críticas que sostenían que la jurisprudencia latina y española contrarrestaba el desarrollo de cuerpos forenses y jurídicos republicanos. Ésa había sido la crítica fundamental de José Miguel Infante en 1834, cuando Bello dio a conocer en *El Araucano* los avances de la enseñanza en el Instituto, augurados también por la mejora que, según él, proveía la inclusión de la cátedra de Derecho Romano en los planes de estudios legales del Instituto, a cuyo cuerpo directivo pertenecía desde 1832. Infante, en cambio, creía que el derecho romano y la jurisprudencia española, sumados al estudio del latín como especie de lengua franca, perjudicaban el desarrollo forense tanto a nivel práctico como a nivel ético o ideológico. En una serie de artículos publicados en su periódico *El Valdiviano Federal*, entre enero y septiembre de 1834, Infante se encargó de rebatir uno a uno los auspiciosos términos que Bello había desarrollado en su primera respuesta desde *El Araucano*.⁷¹ Sobre la reintroducción en

⁷⁰ “Memoria leída por el Rector de la Universidad de Chile en el aniversario solemne de 29 de octubre de 1848” (*AUCH*, 1848: 175).

⁷¹ Sergio Martínez Baeza ha estudiado esta polémica y reeditado los artículos completos de ambos periódicos. Cfr. *RChHG*, N° 132, 1964: 196-229. De esta edición se extraen las citas.

los planes de estudios del Instituto de la cátedra de Derecho Romano –que Infante atinadamente sospechaba era responsabilidad del caraqueño-, expresaba *El Valdiviano*:

¡Bello plan para una República! Se oye nuevamente en las escuelas de derecho, repetir como en el tiempo de la servidumbre, que tienen fuerza de ley las Respuestas de los Prudentes, los Edictos de los Pretores, la voluntad del príncipe, “sed et quod Principi placuit”, y otra multitud de disposiciones de que abunda cada una de las páginas de ese rancio código, y que hoy como antes se obliga a los alumnos a aprender de memoria.⁷²

Infante, como Sarmiento con respecto al idioma, abogaba por una democratización de la praxis forense, cuya columna vertebral fuera la probidad de sus magistrados antes que los soportes técnicos y retóricos de la especialidad, por lo que sus argumentos se dirigían, por una parte, a resaltar la necesidad de simplificar el sistema (de enseñanza) judicial y, por la otra, a demostrar que la inclusión del derecho romano y del latín en los planes de estudio respondía, en el fondo, a una tendencia política restauradora de normas y autoridades que la independencia había si no derrocado, al menos sí cuestionado en sus bases. Antes que la pertinencia o agudeza de estos argumentos, conviene reparar en la acertada identificación por parte del periodista valdiviano de esa tendencia con la figura de Bello quien, por entonces, comenzaba a diseñar el sistema de institucionalidad y discursividad pública que culminaría, entre otras cosas, con la aprobación del Código chileno. En ese mismo año, *El Valdiviano* polemizó con el periódico oficial acerca de las negociaciones encaradas por el gobierno para restablecer lazos comerciales con la península y conseguir el reconocimiento por parte de España de la independencia política, que hasta su muerte

⁷² *El Valdiviano Federal*, N° 75, 20 de enero de 1834. (*RChHG*, ídem: 210). La frase en latín está incompleta: *Quod principi placuit legis habet vigorem* (la voluntad del príncipe tiene fuerza de ley). Sobre José Miguel Infante Rojas (1778-1844) y sobre su periódico puede consultarse Piwonka Figueroa (2000), especialmente pp. 57-63.

el rey Fernando VII se había negado a aceptar.⁷³ En esas intenciones, Infante veía orquestada una restauración del absolutismo real y la anuencia del órgano de prensa oficial, comandado por el caraqueño.

Dada la ley de imprenta que regía desde diciembre de 1828, Infante se veía en la imposibilidad de nombrar directamente a su contrincante, pues podía ser denunciado y procesado por injuria, delito reglamentado en el artículo 15 del título tercero de dicha ley.⁷⁴ Una de las estrategias más esgrimidas por Infante fue utilizar el apellido de su contrincante en su función adjetiva, catalogando de ese modo las acciones atribuidas al caraqueño: “Bellas lecciones para un pueblo que naciendo apenas a la vida pública, necesita crear en él un noble espíritu de libertad”, decía *El Valdiviano* sobre las propuestas de director del Instituto.⁷⁵ Cuando éste fue designado como integrante de la comisión encargada de redactar el nuevo código civil, Infante lanzó una descarga periodística recordando su condición de extranjero, y sugirió que en la *Historia de la revolución hispanoamericana* (1830) de Mariano Torrente se demostraba que Bello había participado de una delación a la conspiración de Bolívar contra el régimen colonial de Caracas.⁷⁶

Por encima de sus valoraciones históricas,⁷⁷ conviene reparar en la vinculación de objetos e intereses en que se asientan los dictionarios de Infante. No sólo discute el sistema de estudios de leyes, también pone en cuestión la autoridad letrada desde el idioma, en este caso el latín, y la pretendida (o anhelada) autonomía de saberes

⁷³ Las negociaciones eran más bien complicadas. El nuevo ministro de la regencia, Martínez de la Rosa se mostró renuente a realizar una declaración de la independencia de las naciones hispanoamericanas. Sólo México la obtuvo, desentendiéndose de una política común que habían acordado el resto de los estados, entre ellos Chile. Una reseña sobre este punto conflictivo puede verse en Barros Arana (1913: XIV, 50-55).

⁷⁴ El artículo referido decía así: “La nota de injurioso corresponde a todo impreso contrario al honor i buena opinión de cualquier persona.” El reglamento está transcrito en Piwonka Figueroa (2000: 171-175).

⁷⁵ *RChHG*, 1964: 220. El recurso fue utilizado también por Sarmiento (ver nota 58).

⁷⁶ Una reseña de estas polémicas en Jaksić (2004: 107-137).

⁷⁷ Los dictionarios de Infante, calificados en general por la historiografía como desplantes sin justificación (Ávila Martel comparte, por ejemplo, el mote de “descontrolado cerebral” que le atribuyó Francisco Antonio Encina) deben ser considerados en el marco del auge del régimen portaliano, al cual el federalista consideraba como una restauración del absolutismo en connivencia con los intereses estanqueros.

específicos respecto del universo de la praxis política.⁷⁸ Es ese entramado de intereses, entonces, el que permite replantear la relación entre lengua y política en Bello, o entre saber gramatical e ideología. En la Memoria ya citada del año 48, señalamos, el programa de Bello asumía esa vinculación en el tono pautado por la reseña institucional. En países cuya legislación civil es una emanación, una copia de la romana, había dicho, resultaba indispensable extender el conocimiento sobre esas leyes, algo que no dejaría de proponer hacia el final de su Memoria.⁷⁹ Y, del mismo modo, Bello insistía con los modelos clásicos de la lengua:

Juzgando por el uso general i por las producciones de nuestra prensa, se echa de ver que es limitadísimo el número de los que escriben el castellano con mediana pureza; i digo mas, el número de los que incurren en faltas graves, que arguirían una ignorancia grosera i la mas vulgar educación, si no viésemos muchas veces en los mismos escritos que se deslucen con ellas, muestras evidentes de escojida instrucción, i extensa cultura intelectual [...] Es preciso confesar que bajo este punto de vista la literatura chilena no está a la altura de la de otras Repúblicas Americanas. Pero no basta indicar el mal; es preciso señalar las causas [...] Encuentro la principal de todas en que no se leen los clásicos de la lengua, que se miran con excesivo desden, cabalmente cuando son mas estudiados i admirados que nunca en las naciones cultas de Europa.⁸⁰

A más de un lustro de distancia de la polémica sostenida con Sarmiento, el programa de Bello no sólo ganó terreno sino que permaneció incólume. La autoridad

⁷⁸ Decía Infante en relación al latín y las leyes: “contesta *El Valdiviano* que esa misma observación debió llevarle a considerar, que también el mercader, el labrador, el artesano, el jornalero, tienen negocios que clasificar, y las distinciones y sutilezas de los tratadistas sirven a este objeto; es un grave mal se hallen en idioma que aquellos no conocen: mal que pronto remediaría el tiempo, si en lugar de aconsejar y sostener el estudio del latín, y lo que es más notable: introducir de nuevo el del derecho romano abolido veinte años antes, se hiciese ver el atraso que el uno y el otro causan a los progresos de las ciencias. No se fije la consideración solo en lo que redunde en bien exclusivo de ciertas clases” (*RCHG*, 132, 1964: 217).

⁷⁹ “Desarrollado, como he tenido el honor de indicarlo, el estudio de las ciencias legales, se hace preciso extender a tres años el que ahora se hace del derecho civil, romano i patrio” (*AUCH*, 1848: 186).

⁸⁰ *AUCH*, 1848: 170-171.

clásica, tanto en jurisprudencia como en literatura, otorga un carácter peculiar al organicismo bellista: permite configurar y legitimar una cultura nacional como “una verdadera y casi independiente personalidad”; el adverbio de esa frase regula la emancipación de los parentescos.⁸¹

El debate público alentado por Infante muestra los múltiples vínculos implicados en las discusiones acerca de saberes institucionalizados o que se buscan institucionalizar en las repúblicas poscoloniales; particularmente, su crítica a la reintroducción y afianzamiento del estudio del derecho romano –y del latín como idioma de base– asume de modo explícito el aspecto político de la discusión que las intervenciones de Bello buscaban denegar, amparadas en la autoridad de una relativa autonomía de saberes específicos –como ocurriera con Mora o, más tarde, con Sarmiento. Lo que Infante señalaba, en cambio, era la complicidad entre autoridad política y autoridad discursiva, viendo en esa rehabilitación de saberes legales una restitución de prácticas del antiguo régimen. Más aún, esa reposición implicaba para Bello la construcción de una cultura nacional ligada al origen de la madre patria. La definición de una lengua estándar como idioma nacional (o americano) coincidía con el diseño de un aparato jurídico que también se asentaba en la autoridad clásica de las letras.

4. 4. El dominio de las Bellas Letras

4. 4. 1. El Semanario de Santiago: modelos retóricos y crítica social

El 14 de julio de 1842 apareció el primer número de *El Semanario de Santiago*. Aunque es verdad que el periódico no nació como expresión orgánica de la Sociedad

⁸¹ La frase pertenece a un pasaje que con el título de “Exposición de motivos” integra los preliminares del Código Civil chileno, discurso leído por el presidente Manuel Montt ante la legislatura en 1855, como se sabe, escrito por el mismo Bello. El pasaje se refiere a los vínculos de legitimidad familiar: “Se exime del usufructo que las leyes conceden al padre sobre los bienes del hijo todo lo que éste adquiriera en el ejercicio de una profesión, de un oficio, de una industria cualquiera; y bajo este respecto se le reviste de una verdadera y casi independiente personalidad, que se extiende por supuesto a los menores emancipados mientras se hallan bajo curaduría” (Bello, 1954: XII, 8-9).

dirigida por Lastarria, el impulso y los nombres comunes que nutren ambas empresas así como la proximidad de ideas que los reúne y caracteriza, muestran que el vínculo es inexcusable. De hecho, en el primer artículo que sigue a la presentación editorial del semanario, titulado “Literatura”, se pueden apreciar ideas similares a las desarrolladas por Lastarria en aquel su discurso de mayo.⁸²

En el contexto de los debates iniciados a principios de mayo, *El Semanario de Santiago* puede considerarse el primer órgano publicitario en cuyas páginas la discusión sobre literatura (y sobre literatura nacional) vehiculiza no sólo modalidades de enunciación específicas sino también principios y valores estéticos que, con el correr de los años, se irán consolidando como una de las líneas de mayor relevancia para la formación de una tradición literaria local. Como escribieron los redactores en su primer número, el periódico aparece en escena con la esperanza de dar a sus lectores:

Algo menos grave y oficial que ‘el Araucano’; menos especial y técnico que ‘el Agricultor’ o ‘la Gaceta de los Tribunales’ [...] algo que no sea de un interés tan efímero, generalmente hablando, como ‘el Mercurio de Valparaíso’, ni tan esencialmente mercantil como ‘la Gaceta del Comercio’; algo en fin que sea más familiar, más casero, más nacional que ‘el Museo de Ambas Américas’ o ‘el Instructor.’⁸³

⁸² La necesidad de seguir de cerca los modelos literarios europeos aparece, aunque con distintos matices (que en el caso de Lastarria suponen una distancia reflexiva más marcada), tanto en el artículo inaugural del semanario como en el discurso del Director de la Sociedad Literaria. “Recibimos de Europa las artes, las ciencias, las costumbres, las telas con que nos vestimos y hasta los manjares para el adorno de la mesa ¿y podíamos negarnos a obedecer el influjo poderoso a que ella está sujeta?” (*El Semanario*, N° 1, pág. 5, col. 1). Así, por su parte, se expresaba Lastarria (1885: 112) en su Discurso: “La Francia ha levantado la enseña de la rebelión literaria, ella ha emancipado su literatura de las rigurosas y mezquinas reglas que antes se miraban como inalterables y sagradas; le ha dado por divisa la verdad y le ha señalado a la naturaleza humana como el oráculo que debe consultar para sus decisiones: en esto merece nuestra imitación”.

⁸³ *El Semanario de Santiago*, N° 1, 14 de julio de 1842, pág. 2. *La Gaceta de los Tribunales*, periódico judicial y de jurisprudencia, fue fundado en 1841, por Gabriel Palma, A. García Reyes y J. V. Lastarria. *El Instructor o Repertorio de Historia, Bellas Letras y Arte*, era un periódico redactado por el español Villalobos que se publicaba en Londres en castellano, destinado a

Una breve descripción del semanario puede servir para indicar el carácter general de la publicación. El periódico tenía sólo dos secciones fijas: la que iniciaba cada número bajo el título de “Congreso Nacional” (sección que daba cuenta de los debates parlamentarios, de las leyes que allí se discutían, aprobaban o modificaban) y la dedicada al “Teatro”, que aparecía con regularidad en casi todos los números, aunque no siempre con la misma extensión. La empresa se completaba con artículos de opinión (generalmente referidos a cuestiones institucionales o de “policía”, es decir de orden público), la inserción de piezas poéticas (la mayoría de las cuales aparecen sin firma de autor), siendo la más relevante de ellas *El Campanario* de Sanfuentes, que se publica en varias entregas, y algunos artículos de literatura (relatos, correspondencias, artículos de costumbres, etc.). De esta escueta descripción se pueden inferir los intereses estéticos y culturales de la publicación, intereses en los que la crítica teatral cobra mayor relieve en comparación con otros conjuntos temáticos, a la par que se verifica el intento de poner en circulación un corpus poético y literario incipiente, como modo de validación simbólica en la discusión sobre las letras nacionales. Ese intento, además, se vigoriza mediante la publicación, en los números 11 y 12 del periódico, tanto del dictamen como de los trabajos premiados en el primer Certamen literario abierto por la Sociedad, con motivo de la celebración del 18 de septiembre.⁸⁴

El periódico publica, desde el 14 de julio de 1842 hasta el 2 de febrero de 1843, un total de 31 números semanales. Como sostuvo Pinilla (1943: 127) en su clásico estudio, *El Semanario* tenía por finalidad demostrar que si en Chile no existía por entonces una literatura nacional, ésta podía ser objeto de (su) creación. En el inicio de

Europa y a América, a partir de 1834, y cuyo sucesor fue *La Colmena. El Agricultor*, finalmente, era el boletín oficial de la Sociedad Chilena de Agricultura, entidad fundada en 1838.

⁸⁴ Los poemas premiados en esa ocasión aparecieron en el número 12 del semanario, con una nota en la que se podía leer: “El autor de la composición premiada en verso –se refiere a Santiago Lindsay, cuyo poema, “A la libertad de Chile” obtuvo el primer premio del Certamen– tiene 20 años y don Ramón Ovalle, autor de la que obtuvo el *accésit* 16. Más o menos tienen la misma edad don Francisco Bilbao [*sic*], autor de la tercera, don Javier Rengifo, autor de la cuarta, y don Juan Bello, de la premiada en prosa” (*El Semanario*, N° 12, 22 de septiembre, pág. 93). Como se ve, el jurado destaca como característica común y auspiciosa la edad poco avanzada de los premiados, indicando de ese modo el “despertar” de la juventud a la afición de las letras.

ese voluntarismo programático la literatura chilena se presenta como un espacio en construcción, sin tradiciones legítimas ni antecedentes históricos válidos a los cuales recurrir para dar forma, en la línea pautada por Herder, a una *Nationalkultur*:

Chile, apenas salido de las tinieblas en que permaneció durante tres siglos, Chile que al comenzar su vida política, debió contraer exclusivamente sus desvelos a aquellas exigencias de más vital importancia para las naciones principiantes, no ha podido dispensar hasta ahora a las bellas artes toda la atención que merecen. Pero cuando a beneficio de algunos años de paz y de independencia, ha logrado entrar tan prósperamente en la carrera de la civilización (...) mengua sería que Chile no hiciese también algunos esfuerzos para formarse una literatura. (*El Semanario*, N° 1, 14 de julio de 1842, pág. 1)

Como se ve, la publicación se asigna la tarea de fomentar la producción literaria nacional o, aun más mesiánicamente, de crearla. Conviene destacar en este pasaje la noción de “bellas artes” que, adscripta mayormente a la producción poética, ceñirá las disquisiciones sobre los modelos estéticos con los que se sopesará la obra literaria: “en vano intentaríamos –dicen a continuación– pulir y perfeccionar nuestras costumbres, sin el cultivo de las bellas artes” (ídem). Esta noción de “bellas artes”, o de “bellas letras”, remite a una conceptualización de los usos sociales de la literatura que postula, abrazando las ideas del conocido *Compendio de las Lecciones de Retórica* de Hugo Blair y de las famosas “artes de hablar” que van, en España, de Ignacio Luzán a José Gómez Hermosilla, la alta codificación de los discursos literarios como promoción de una estricta moralidad, del “decoro” en el acto verbal y del “buen gusto” como principio regulativo.⁸⁵ La creencia pedagógica en la combinación entre ciencias y letras, que tanto destacaría Bello en su discurso inaugural de la Universidad un año más tarde,

⁸⁵ Las *Lecciones* del escocés Hugo Blair se publicaron originalmente en 1783, y fueron traducidas al español por Joseph Luis Munarriz, Madrid, 4 tomos, 1798-1801, edición que seguimos aquí (BN [T]). *Arte de hablar, o sea, retórica de las conversaciones*, de Ignacio Luzán, se publicó en 1729 (existe una edición contemporánea: Gredos, 1991) como anticipo de la que sería su obra más conocida, la *Poética o reglas de la poesía*, aparecida en 1737. El *Arte de hablar en prosa y en verso*, de Gómez Hermosilla, se publicó por primera vez en 1826 (aquí manejamos la edición anotada de Martínez López, París, 1865).

asoma claramente en el periódico chileno: si las ciencias no pueden vulgarizarse dado su carácter técnico –la “aridez” que le atribuyen los redactores–, las bellas letras podrán funcionar como traspaso: “que venga el buen gusto a darles una forma, un orden y una vida, que la elocuencia revista esos preceptos de todas las galas del buen decir, y se verá al punto, que desapareciendo el desagrado que antes inspiraban, ellas se hacen eminentemente populares” (*El Semanario*, ídem). Los términos “elocuencia”, “buen gusto” y “buen decir” arrastran una concepción del lenguaje literario marcada fuertemente por un modelo dieciochesco –en el que la prosa y el verso eran subcategorías de la elocuencia retórica.

Como vimos al tratar las concepciones lingüísticas de Bello, la reificación de un origen culto del lenguaje –y el culto a la escritura como lenguaje del origen– se apoyaba en la racionalidad lingüística ilustrada, en una creencia derivada de los ensayos iluministas que conectaban el desarrollo intelectual con la manipulación del alfabeto. Como una fórmula matemática, el pulimento del lenguaje contribuiría a la distinción de lo verdadero. Así, por ejemplo, lo enunciaba Blair:

Merece la mayor atención todo lo que se refiere al estudio de la eloqüencia [sic] y de la composición por la conexión íntima que tiene con la mejora de nuestras facultades intelectuales: pues puedo asegurar, que quando nos empleamos con buen método en el estudio de la composición, cultivamos la razón misma. La verdadera Retórica y la sana lógica están estrechamente enlazadas. El estudio de coordinar y de expresar nuestros pensamientos nos enseña a pensar con la misma exactitud con que procuramos hablar. Poniendo en palabras nuestros sentimientos, los concebimos siempre con mayor distinción. (Blair, 1798: I, 8).

La trasposición del orden emotivo al racional se conjuga con una trasposición –velada– de la oralidad a la escritura. Bajo ese sistema de creencias, la literatura y la poesía se concebían como instrumentos civilizadores, capaces de vulnerar el peligroso mundo de las pasiones:

El que tiene la fortuna de haber tomado afición a estos estudios [de la literatura y las Bellas Letras], tiene siempre a mano una diversión inocente para los ratos ociosos; y que le libre del peligro de muchas pasiones perniciosas. No está a riesgo de hacerse molesto a sí mismo: ni se ve tentado a juntarse con malas compañías, o entregarse al libertinaje, para libertarse de una existencia empalagosa. (Blair, 1798: I, 14).

Como se ve, la dedicación a las “bellas letras” conduce a un refinamiento de las costumbres, sentimentales e intelectuales, y funciona como elemento de distinción social –de allí la noción bellista de “gente educada” como base de jerarquización sociocultural.⁸⁶ La categoría que sustenta todo el andamiaje de esta creencia es la del “buen gusto”. Núcleo fundamental de las disputas literarias (“buen” o “mal gusto”, “falta de gusto”, “gusto retrógrado” son algunas de las fórmulas que expresan esas batallas), la categoría “buen gusto” determina en buena medida la construcción ideológica de los discursos sociales. Es sugerente, en este sentido, la equilibrada maniobra de los tratados de retórica para definir el gusto como una facultad que, si bien se nutre del universo sensible, se determina en última instancia por el orden racional. Así lo expone el mismo Blair:

Pero aunque el gusto se funde por último en la sensibilidad; no se funda solamente en una sensibilidad, obra del instinto. La razón y el buen sentido, como antes insinué, tienen tan grande influencia en todas las operaciones y decisiones del gusto; que para decirse este perfecto, debe ser considerado como una facultad compuesta de la natural sensibilidad a la belleza, y de un entendimiento cultivado. (1798: I, 28 [subrayado nuestro].)

⁸⁶ Las implicancias ideológicas suelen ser, por momentos, más transparentes de lo que las rebuscadas mediaciones eruditas suponen. Dice Blair: “la falta de gusto en la eloquencia, poesía, y todas las Bellas Artes es un síntoma desconsolado en un joven; y da que sospechar, que es inclinado a los gustos más ruines, y nacido para correr en pos de los apetitos mas groseros y soeces de la vida” (ídem, 15).

La división entre *fundirse* y *fundarse* que realiza la ideología ilustrada sobre el gusto construye, paralelamente, una división social: la “natural sensibilidad a la belleza” –noción en apariencia universal–, debe ser completada por “el entendimiento cultivado” –relativismo social y cultural. Lo interesante es que esa construcción manipula argumentos históricos y localizados, perfectamente compatibles con proposiciones de invariabilidad en los cánones. Los principios del gusto, la sensibilidad a la belleza, son presentados como naturales –es decir, son naturalizados–, mientras que el principio racional de la palabra escrita aparece como un complemento que, si al alcance de todos, no está necesariamente incorporado a facultades inherentes al hombre: puede haber ignorantes sensibles a la belleza; lo que no puede existir son gustos cultivados sin sensibilidad.⁸⁷

Hemos hecho referencia a la hegemónica presencia de la *Retórica* de Blair en la formación intelectual de los letrados hispanoamericanos en el primer capítulo. Baste agregar que, en lo fundamental, quienes discurrieron sobre las “artes de hablar” o de escribir en momentos posteriores abrevaron masivamente en el tratado del canónigo escocés. Hermosilla, por ejemplo, en la introducción a su *Arte de hablar en prosa y en verso* hizo explícita esa deuda: “Blair es el único que he citado con frecuencia, porque a veces he empleado sus mismas palabras; y porque, siendo su obra la mejor y más filosófica de cuantas se han publicado hasta el día, es la que principalmente he disfrutado.” (1865 [1826]: 46)

Pero también es patente la deuda en el *Curso de Bellas Letras* de Vicente Fidel López, publicado en Santiago en 1845 por la Imprenta del Siglo.⁸⁸ No sólo porque reconoce en la introducción que Blair “es asta ahora el autor qe entre nosotros goza de

⁸⁷ “Los aldeanos más ignorantes se entretienen con gusto con cantigas y cuentos: y se complacen en los bellos aspectos de la naturaleza en el suelo, y en el cielo. Aun en los desiertos de América, donde se muestra la naturaleza en un estado más tosco, los salvages tienen sus adornos de vestidos, sus cantos guerreros y fúnebres, sus harengas, y sus oradores: de donde debemos inferir que los principios del gusto están profundamente grabados en el corazón del hombre; y que no le es menos esencial tener algún discernimiento de la belleza, que poseer los atributos de la razón, y la palabra” (Blair, 1798: I, 20-21).

⁸⁸ Narvaja de Arnoux (2008) ha estudiado suficientemente la relación del *Curso* de V. F. López con las artes de escribir ilustradas y particularmente con las *Lecciones de retórica* de Blair. Véanse especialmente los capítulos 8 y 9 de su libro *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del Estado (Chile, 1842-1862). Estudio glotopolítico*.

una autoridad mas sólida i general en esta materia” (López, 1845: I) sino porque los núcleos centrales que organizan conceptualmente su trabajo derivan de la ideología ilustrada. En efecto, pese a que el escritor argentino traza visibles diferencias con la autoridad citada,⁸⁹ su exposición de la “teoría del gusto” así como sus concepciones de base sobre la materia literaria creativa (llamada por López “asuntos de fantasía”) se apoyan indudablemente en concepciones ilustradas, que bien se pueden encontrar en las *Lecciones* de Blair.⁹⁰

Sin embargo, ese modelo retórico estableció una distancia conflictiva entre los chilenos y los emigrados argentinos en las discusiones sobre literatura nacional. En efecto, en el tratado de V. F. López la distancia mayor se establecerá con las prescripciones del “buen decir” y con el dominio de la corrección formal por sobre el

⁸⁹ Esas diferencias, como mostró Narvaja de Arnoux (2008), se centran básicamente en la distancia entre el viejo modelo de la Retórica y los nuevos géneros de la literatura moderna. En verdad, parecería que López sigue de cerca a Hermsilla en sus planteos o distanciamientos sobre el modelo de la retórica ilustrada. Se puede comprobar una misma posición en la explicación que daba el español sobre la elección del título para su tratado: “La he intitulado *Arte de hablar en prosa y en verso*, porque los otros títulos con que hasta ahora se han distinguido las de su clase, no son exactos. *Retórica y Poética* no pueden significar mas que tratados particulares sobre las composiciones oratorias y poéticas. *Principios de literatura*, es demasiado vago, porque la palabra literatura dice mucho mas que *exposición de las reglas para componer en cualquier género que sea*. *Bellas letras, buenas letras*, el uso los hace tolerables; pero en sí mismos son absurdos. ¿Hay acaso algunas letras *feas* o *malas*, de las cuales se distinguan estas con los epítetos de *bellas* o *buenas*? [...] *Arte de escribir*, título que dio Condillac al tratadito que compuso sobre la materia, no seria del todo impropio, si no pareciese que limitaba el arte a las solas composiciones escritas [...] Además *arte de escribir* significa entre nosotros *colección de reglas para escribir bien*, en el sentido de formar bien los caracteres materiales que llamamos letras, no en el de hacer una buena composición literaria” (Hermsilla, 1865 [1826]: 40-41).

⁹⁰ Al referirse a la literatura creativa, dice López: “Esta operación, por la cual nuestra alma concibe lo perfecto abstrayendo ideas i combinándolas, se llama idealización; porque es una operación verificada sobre ideas puras, que sirve para obtener un resultado puramente ideal también, requerido por la naturaleza perfectible del hombre” (López, 1845: 238). La teoría del gusto puede confirmarse no sólo en la sección específica del trabajo (Primera parte, Libro primero, capítulo, 2, artículo 2°), sino, más importante, en secciones donde López discurre sobre literatura o poesía. Así, por ejemplo, cuando presenta *El campanario* de Sanfuentes (hay que notar que la inclusión del poema del chileno también es una operación significativa en el libro del argentino) como ejemplo de poesía descriptiva, sostiene: “Para sobresalir en este género de poesía, es menester mostrarse sencilla i candorosamente impresionado por las bellezas naturales, acertando a espresarlas con novedad i sin contravenir a las reglas tradicionales del gusto” (ídem, 242). Obsérvese que el autor utiliza el sistema ortográfico modificado, tal como lo aprobó la Universidad.

orden de las ideas y de las determinaciones históricas.⁹¹ Para los escritores chilenos, en cambio, la literatura se concibe como codificación diferenciada de los discursos sociales, de ahí la especial atención a la corrección del estilo y al decoro expresivo. Habría que ver allí el verdadero motivo para comprender el carácter sedicioso que el semanario le atribuye a la escuela romántica. Pero también, y más importante aún, en ese modelo parece radicar la influencia más efectiva del magisterio de Bello: la literatura, aun en brío de nacionalizarse, debe conjurar la “embriaguez licenciosa” de las “orgías de la imaginación” mediante un uso afinado, pulido, del lenguaje.⁹²

Como en seguida veremos, el carácter discipular de esa juventud para con el futuro rector de la Universidad explica las características peculiares del romanticismo chileno, señaladas tempranamente por Fernando Alegría (1947), y al mismo tiempo impugna en buena medida el carácter de manifiesto que el mismo crítico creyó encontrar en el discurso de Lastarria.⁹³

⁹¹ Así lo enuncia López (1845: 23) en su libro: “miramos con algún desden el estudio de las reglas abstractas del buen decir, al paso que miramos con el mayor respeto i atribuimos una alta importancia al estudio de las exterioridades de un libro, echo sobre sus páginas.” La diferencia se establece desde una mirada historicista de las letras, carente en las reglas normativas: “La literatura es un echo histórico por cuanto demuestra de un modo documentado con la serie de libros que la constituyen, la serie de ecos, de ideas, de creencias, de escuelas i de épocas que forman la vida de la unamidad, vida que todos damos el nombre de historia” (ídem, 25).

⁹² En el “Discurso de instalación de la Universidad de Chile”, Bello sostuvo: “el departamento literario posee de un modo peculiar y eminente la cualidad de pulir las costumbres; haciéndolo un vehículo fiel, hermoso, diáfano, de las ideas”. Y también: la “bella literatura” y “sus reflejos en las obras del genio” “purifica el gusto, y concilia con los raptos audaces de la fantasía los derechos imprescriptibles de la razón” (citado en Durán Cerda, 1957: 78-79). Sobre la injerencia de Bello en *El Semanario*, Lastarria dio sobradas muestras en sus *Recuerdos literarios*. Entre otras cosas, allí cuenta que el venezolano aconsejó a los jóvenes chilenos para que no hicieran “un periódico exclusivo, de una sola doctrina literaria, de un partido” y que estableció contactos con escritores de tendencia más conservadora, como Salvador Sanfuentes, Juan E. Ramírez y M. A. Tocornal, para que colaboraran en el periódico. Cfr. Lastarria (1885 [1878]: 146 y 149).

⁹³ Para Alegría (1947: 190, y 1954: 218) el discurso de Lastarria debe ser considerado como el manifiesto romántico de la literatura chilena. Subercaseaux (1981: 106-122), en cambio, matiza convincentemente esa tesis y ofrece una lectura más aguda del carácter ilustrado que asume la literatura en Lastarria. Sin embargo, ni Alegría ni Subercaseaux se detienen en el aspecto central del discurso de Lastarria: el de la lengua, que fue, además, el que suscitó más respuestas de los argentinos (Subercaseaux liga a Lastarria con Bello por su preocupación sobre el “uso descuidado de la lengua”, p. 120; pero podría haberlo ligado a Mora en ese mismo aspecto). Ya Vicente F. López señalaba, en los artículos que hemos tratado, la

4.4.2. Poesía, corrección y ejemplaridad

¡Vamos, vamos! Que es en suma
preciso ser consecuentes
y hacernos independientes
con la espada y con la pluma.
El campanario, Sanfuentes.

A pesar del pujante entusiasmo que concitan los versos citados, y a pesar también de que en el prospecto se auguraba la inclusión de composiciones sobre “asuntos nacionales”, las poesías que acogen las páginas del semanario se caracterizan por un marcado apego a modelos retóricos prestigiosos y por el tratamiento de materias generales, en cierta medida tópicos de una subjetividad romántica a la moda. A excepción de *El Campanario* –de donde está extraído el epígrafe y sobre el que volveremos más adelante–, los poemas contenidos en el semanario confeccionan en su mayoría una formalización de recursos meramente estilísticos: manejo adecuado de la versificación (en el mejor de los casos), formas métricas reconocidas, presencia de un léxico codificado, es decir, de un vocabulario culto, normativo.⁹⁴ Los títulos mismos de los poemas son representativos de esa vertiente estilística: “Un suspiro y una flor”, “El desengaño”, “Soneto a Mercedes de Alcalde de Hurtado”, “Momentos de la vida”, “El enfermo”, “A una mujer”, “El beso”, etc.⁹⁵

El primero de ellos recibió una crítica punzante por parte de Vicente Fidel López desde las páginas de *La Gaceta del Comercio*; crítica que Norberto Pinilla (1943: 132) consideraría como “la chispa inicial de la polémica del romanticismo”.⁹⁶ Para el lector

contradicción entre el ideal de una literatura “progresista” y el afincamiento en los modelos clásicos de la lengua.

⁹⁴ En esas mismas páginas iniciales, los redactores prometían un espacio para las piezas poéticas siempre que “se observen en ellas aquel decoro y respeto al público que deben guardar todas las que se presentan a su vista” (*El Semanario*, N° 1, pág. 2). Es decir, ni poesía satírica ni burlesca y, como se llamaba por entonces a la prensa partidaria, mucho menos poesía “de barricada”.

⁹⁵ Aun un poema que recurre al tópico del “color local” como “Al Mapocho”, publicado en el número 19 del semanario, queda subsumido en esa estilización: “A gozar de la brisa placentera/ *Mapocho*, en tu ribera,/ caminaba./ Y al respirar balsámicos olores/ Lo cruel de mis dolores,/ se calmaba...” (*El semanario*, N° 19, pág. 159-160)

⁹⁶ Pinilla compiló y publicó, primero, los textos periodísticos relativos a la polémica sobre el romanticismo, bajo el título *La polémica del romanticismo en 1842* (V. F. López, D. F. Sarmiento, S. Sanfuentes) (1942). Un año después, y en base a esos documentos, dio a luz su

argentino, una versificación correcta no bastaba para otorgar a la pieza valor literario: “Los versos que llevan por título *Un suspiro y una flor* clasificados como *poesía* no tienen mérito poético”, decía, y agregaba: “Aunque no somos concedores en metro creemos poder decir que, en cuanto a esto, están bien satisfechas las condiciones literarias: mas hay un no sé qué de prosaico y de vulgar en las ideas de la composición que deja fría el alma después de haberla leído”.⁹⁷ La crítica ponía en escena desde el inicio los términos implicados en la discusión sobre literatura: lenguaje literario y modelos retóricos parecían no sólo *fundirse* sino también *fundarse* en las prácticas letradas de los chilenos.

En el número correspondiente al 18 de septiembre de aquel año, además de un largo editorial dedicado a destacar los progresos en materia institucional durante los últimos años en Chile, el semanario dio a luz, como se mencionó antes, el “Informe de la Comisión encargada de calificar el mérito de las composiciones” presentadas al Certamen convocado por la Sociedad Literaria con motivo de la conmemoración de la fecha patria. En el número siguiente, se dieron a conocer los poemas que obtuvieron el accésit. Más que en los poemas, dedicados como era de esperar a la apoteosis de las luchas de la independencia, interesa detenerse en la prosa del dictamen. Entre los criterios expuestos para evaluar las obras, el jurado sostenía: “Consideramos como un defecto notable de gusto las repetidas alusiones a la mitología, hartamente manoseadas en los días de Herrera y Lope, y que con sus cansadas invocaciones a las musas, prelude indispensable en otros tiempos, no pueden sufrirse hoy día”.⁹⁸

estudio titulado *La generación chilena de 1842* (1943). Sobre la polémica del romanticismo nos detendremos más abajo.

⁹⁷ El comentario crítico se completaba con el siguiente párrafo: “Después, está demasiado plásticamente copiada la vida material; y nos parece que en una composición del género a que ésta pertenece, no es tan lícito sustituir de un modo tan exclusivo el diálogo al canto poético como lo hace el autor; mucho más cuando la intención suya ha sido hacer una composición lírica en el fondo. Aunque se ha hablado mucho en estos últimos tiempos sobre la sencillez de la poesía, creemos que a nadie se le haya ocurrido decir que esta sencillez consista en la materialidad de la copia de la vida vulgar: la sencillez a nuestro modo de ver consiste en la pureza de la relación que se trate de cantar entre lo real y lo ideal, lo positivo y lo absoluto.” (*La Gaceta del Comercio*, N° 139, 18 de julio de 1842, pág. 3, cols. 2 y 3). El poema pertenecía a la pluma de Joaquín Prieto Warnes, hijo del presidente Prieto.

⁹⁸ *El Semanario*, N° 11, 18 de septiembre de 1842, pág. 86, cols. 1 y 2.

Hay que recordar que en la *Revista de Valparaíso*, además de su artículo “Clasicismo y Romanticismo”, V. F. López había publicado la reseña que escribió Alberdi en Montevideo sobre el certamen poético de 1841, donde se postulaba abiertamente el carácter innovador de las piezas allí presentadas, distanciadas de la producción poética precedente.⁹⁹ Por lo tanto, tal juicio, mediado incluso por el “Canto al incendio de la Compañía” de Bello, podría considerarse como una suerte de reafirmación morosa del distanciamiento producido ante la estética neoclasicista empleada en los cantos patrióticos.¹⁰⁰ Además de recomendar a los distintos autores premiados “más esmero en la versificación”, los miembros del Jurado sentenciaban: “tachamos tanto en esta composición como en varias otras el empleo de palabras que sobre no ser de la lengua, ninguna idea nueva expresan, y que teniendo equivalentes deben desecharse por inútiles” (ídem, pág. 87, cols. 1 y 2). Es decir, las piezas consagradas por el Certamen no sólo debían celebrar los “grandes días” de la patria, sino que debían hacerlo en correcto lenguaje, sin “locuciones exóticas”.¹⁰¹

El Campanario. Leyenda nacional en tres actos comenzó a publicarse en el número 5, del 11 de agosto del mismo año, en abierta respuesta a los perspicaces comentarios de Sarmiento.¹⁰² El argumento del poema se puede resumir en pocas

⁹⁹ En ese texto, Alberdi se encargaba de rebatir los argumentos de la comisión evaluadora, protestando sobre el carácter adocenado de la poesía neoclásica: “Se ha dicho también que nuestra primera poesía, *siendo hermana gemela* de la independencia, no podía tener otro carácter [...] La guerra presentaba diferentes facetas: la poesía sólo expresaba una [...] La libertad era la palabra de orden en todo, menos en las formas del idioma y del arte” (*Revista de Valparaíso*, N° 6, pp. 109-110).

¹⁰⁰ De hecho, en el propio semanario, algunas semanas antes, se había insertado un comentario crítico sobre un poema enviado a la redacción, “El desengaño”, del que sólo se publicaron algunos fragmentos, que sostenía, entre otras cosas: “Los nombres de Euríalo, Fabio etc., y las alusiones a los dioses y objetos de las fábulas son medios de que la poesía moderna no gusta valerse” (*El Semanario*, N° 7, 25 de agosto de 1842, pág. 56, col. 2).

¹⁰¹ “Celebrad sus grandes días” aún recomendaba, un año más tarde, el caraqueño en su discurso inaugural de la Universidad. En la discusión que sostuvo con Sarmiento a raíz de los *Ejercicios populares de la lengua castellana* había dicho: “admitidas las locuciones exóticas, los giros opuestos al genio de nuestra lengua, y aquellas chocarreras vulgaridades e idiotismos del populacho, vendríamos a caer en la oscuridad y en el embrollo” (Bello, 1985: 390).

¹⁰² Así aludía Sanfuentes, en los versos introductorios del poema, a las dichos del sanjuanino: “Pero sé también, Chilenos,/ que si nunca comenzamos/ campo vastísimo damos/ a los dichterios ajenos.// Ya sabéis lo que nos dice/ un periódico perverso,/ que no ha producido un verso/ nuestro caletre infelice” (*El Semanario*, N° 5, 11 de agosto de 1842, pág. 37, col. 2). El poema de Sanfuentes se publica en los números 5, 6, 7, 16, 17, 18, 24, 25 y 26.

líneas: ambientada a mediados del siglo XVIII en Santiago, la historia narra el conflicto amoroso entre Eulojio, virtuoso aunque plebeyo soldado, y Leonor, hija de un marqués español, es decir, la imposibilidad que supone la unión entre un guerrero sin otro mérito más que su honor militar, y una hija de la aristocracia tradicional de la colonia. En un soliloquio, el soldado “nacido de humilde esfera”, se pregunta: “¿en qué les soy inferior?/ ¿con qué hazañas de valor/ ellos la Patria han honrado/ cuánta sangre han derramado/ en los campos del honor?”.¹⁰³ El conflicto se plantea, entonces, a nivel social e histórico. El poema ha sido considerado como la mejor obra poética de Sanfuentes, pues recurre al tópico romántico del amor imposible para narrar, con estilo claro y sencillo (es decir, clásico) un episodio del pasado colonial chileno (Alegría, 1954: 228). Por otra parte, el poema exhibe algunos trazos descriptivo-costumbristas que le otorgan un soporte histórico definido, y que le han valido favorables comentarios críticos.¹⁰⁴

Ahora bien, el trágico desenlace de la historia (Eulojio muere presuntamente asesinado por el marqués; Leonor se suicida ahorcándose con una soga del campanario de la iglesia de Santiago) parecería contradecir una lectura alegórica del (anticipado) momento fundacional de la nación, tal como se ha propuesto siguiendo la tesis de Doris Sommer.¹⁰⁵ Antes que el supuesto carácter alegórico puede observarse en lo narrado una forma del *exemplum*,¹⁰⁶ o, como está dicho en el mismo poema, un cuento “de moral no escaso”: el desenfreno de la pasión, “locura de las que amor inspira”, no hace más que poner en escena el choque de intereses: la compulsión entre

¹⁰³ *El Semanario*, N° 16, pág. 135.

¹⁰⁴ Por ejemplo, los convites en la casa del marqués (*El Semanario*, N° 6, pp. 45-47) o la procesión de Semana Santa (*El Semanario*, N° 17, p. 143). Amunátegui Solar (1915), por ejemplo, reconoce y comparte esos comentarios a “las estrofas del *Campanario* donde se describen las costumbres del marqués chileno”. Cfr. *RChHG*, XVI, 20, 343.

¹⁰⁵ Ignacio Álvarez no desacredita ni descarta esa lectura aunque la suya intente mostrar una alegoría política de trama más sutil: “el poema de Sanfuentes alegoriza lo nacional como inevitable, como ‘providencial’, y por esa vía asegura también los contenidos ideológicos que trasmite en tanto ficción fundacional: defensa de la aristocracia criolla, repudio al caudillismo, defensa conservadora del ‘peso de la noche’ portaliano” (Álvarez, 2006: 28)

¹⁰⁶ El tema de lo *ejemplar* remite, como se sabe, a la tradición de la literatura medieval. En su *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, Hans Robert Jauss se detiene en el análisis del *exemplum* en su doble función, la de la explicación de sentencias morales y la de ser un medio de demostración a la hora de convencer o disuadir de una decisión (Jauss, 1986: 182).

fuerza militar y élite gobernante lleva, de manera inevitable, a la imposición de una sobre otra. Y, para el momento en que fue escrito el poema, tal resolución parecería venir a subrayar la coacción misma de la historia. Pero quizá resulte igualmente significativo prestar atención al “yo” narrativo del poema, dado que desde ese lugar enunciativo se refuerza la función del *exemplum*. Así, por ejemplo, cuando se discurre sobre las costumbres domésticas del marqués, el “yo lírico” expresa: “Yo estoy con este padre: yo me aduno/ a los consejos de su santo celo/ y al ver tal mutación en años pocos/ exclamo: ‘O tempora corrupta ¡O locos!’”. Evidentemente, la identificación del “yo” lírico o narrativo del poema con el estilo de vida del marqués conlleva también una identificación temporal: aquella que asume la degradación de las costumbres en el tiempo presente en que se escribe el poema, anhelando, de ese modo, la restitución de valores del antiguo orden.¹⁰⁷ Sin locuciones exóticas, a no ser la prestigiosa del latín, “en difícil metro envuelta”, esto es, en endecasílabos de rima consonante, la historia de Leonor y Eulojio se presenta como algo más que una leyenda ejemplar.

4.4.3. *El velo del romanticismo: ¿literatura original o literatura nacional?*

“Buena es la polémica considerada como la vida de la prensa periódica, como un medio de poner en claro cuestiones dudosas”.¹⁰⁸ Con este comentario, los redactores de *El Semanario* afrontaban los ataques de *La Gaceta* y de *El Mercurio*, delineando una doble vertiente en la disputa verbal del periodismo de la época: el debate razonado de ideas, por un lado, y los vituperios dirigidos en carácter de empresa personal o colegiada, por el otro. *El Semanario*, por supuesto, pretendía con esas palabras ubicarse en la primera de esas dos vertientes. Ahora bien, conviene describir aunque sea brevemente las circunstancias de esas polémicas en torno al romanticismo y los programas literarios alentados por ambos grupos.

En general, la crítica y la historiografía literarias han caracterizado esas polémicas siguiendo, en lo fundamental, el clásico estudio de Pinilla (1943). En efecto, se aducen las intervenciones cáusticas de Sarmiento sobre la poesía chilena –sobre su

¹⁰⁷ Para el problema de identificación entre “yo lírico” y sujeto simbólico remito al interesante trabajo de Jorge Monteleone (2003: 119-159).

¹⁰⁸ *El Semanario de Santiago*, N° 4, pág. 32, col. 1.

inexistencia, para ser precisos— como el inicio de una querrela entre clásicos y románticos —o como una renovada lid entre antiguos y modernos— que culminaría con el triunfo de los segundos con el artículo anónimo del 9 de agosto publicado en *El Mercurio*.¹⁰⁹

Si bien es cierto que la disputa se conecta con los dichos deslizados por Sarmiento, otros textos no recogidos en torno a la polémica permiten vislumbrar con mayor precisión el sustrato de ideas que da forma a los programas literarios puestos en discusión.¹¹⁰ Porque, aunque en ese lapso se produjeron las rispideces públicas más notorias, lo cierto es que las posiciones encontradas entre una parte de la intelectualidad chilena y otra de la argentina allí residente, sobre todo en cuestiones literarias y estéticas, no se redujeron a esas polémicas situadas, sino que perduraron durante toda la década del 40 y aún se extendieron más allá, aunque sin el vigor que tuvieron con los agentes *in situ*.

¹⁰⁹ Los más entusiastas sitúan ese comienzo en la reseña que escribió Sarmiento en *El Mercurio* sobre el “Canto al incendio de la Compañía” de Andrés Bello, el 15 de julio de 1841. Allí Sarmiento había enunciado, es verdad, una punzante pregunta que reiteraría en su abierta discusión con Bello un año después: “¿Será cierto que Chile no es tierra de poetas?”. Ahora bien, sea que no tuvo la acogida esperada por Sarmiento, sea que no hubo una clara intención de polemizar, lo cierto es que la frase quedó sin respuesta alguna. El escrito anónimo del 9 de agosto es el último documento registrado por Pinilla en *La polémica del romanticismo en 1842*. Una década después, John-Kenneth Leslie publicó en la *Revista Iberoamericana* dos artículos no recogidos por el erudito chileno: el primero, una breve nota en la que su redactor, para Leslie el mismo Sarmiento, reconoce haber tomado el sustantivo Coliseo por el nombre de un autor romano. En efecto, en su artículo del 25 de julio, “El Romanticismo según *El Semanario*”, Sarmiento había dicho: “Se necesita además estar muy al corriente de los escritos de la época, del pro i del contra de las cuestiones que se han ventilado en Europa [...] mucha mengua sería en un escritor moderno, salirnos a cada paso con Estacio, *Coliseo*, Pradon, Horacio, Moratin, i otras reputaciones de antaño” (*Obras*, 1909: 296). Los redactores de *El Semanario* no dejaron pasar ese desliz y se burlaron mediante la ficcionalización de un diálogo satírico entre ambos periódicos; de ahí, entonces, esa nota recuperada por Leslie (1951: 250). El segundo artículo es una correspondencia anónima enviada al *Mercurio* que comienza con la pregunta “¿Qué es romanticismo?” y se dedica a revisar las diferentes posturas asumidas por los diferentes periódicos (*Gaceta de Comercio*, Valparaíso, N° 157, 8 de agosto de 1842, en: Leslie, 1951: 251-253).

¹¹⁰ Algunos de esos textos son, por ejemplo, los dos editoriales que dedicó *La Gaceta* al *Semanario* en sus números 139 y 146, no recogidos ni por Pinilla ni por Durán Cerda en sus volúmenes sobre el movimiento literario del 42, y los artículos de *El Mosaico* y *El Alegre* que continúan la discusión sobre literatura y romanticismo, que no han sido considerados por la crítica en el contexto de esas polémicas. Poblete (2003), por ejemplo, pasa por alto estas cuestiones en su lectura de *El Alegre*.

Como vimos en la memoria universitaria del año 48, la susceptibilidad de Bello respecto al uso incorrecto de la lengua se centraba, precisamente, en el sistema de la prensa periódica, dominado hacía por lo menos un lustro por los emigrados argentinos. Otros artículos y periódicos posteriores a los debates del año 42 confirman la prolongación de esas diferencias, demostrando que los programas del romanticismo en Chile, a diferencia de lo que ocurrió en el Río de la Plata, nunca resultaron en esa década dominantes.¹¹¹

Por otra parte, la permanente superposición de los aspectos literarios y los sociales o institucionales, sumada a las contingencias políticas del período, hizo que los debates extenuaran sus límites, redireccionando y resemantizando los argumentos. Así, por ejemplo, en la misma *Gaceta del Comercio*, a menos de un año de los artículos de Vicente Fidel López sobre el discurso de Lastarria y sobre romanticismo, un artículo destinado a rebatir los términos con que Sarmiento, desde *El Progreso*, calificaba y elogiaba al gobierno, replanteaba el tema del modo que sigue:

El romanticismo debía volver otra vez a aparecer, no ya como un literato, que recorre el mundo intelectual, sino como un político, que invadiendo todas las reglas, que los hombres han establecido para su gobierno y su organización, decretase una otra forma, hasta ahora desconocida, y que *El Progreso* bien románticamente llama el *Gobierno de inteligencia*, el único que debe llevarnos por el buen sendero [...] Sentimos la más grande repugnancia al

¹¹¹ Aún en 1860, esas diferencias emergían en ámbitos formales. La *Revista del Pacífico*, en el primer número de su tercer tomo, daba a luz el informe que premió el *Juicio crítico sobre los principales poetas hispanoamericanos*, obra de los hermanos Amunátegui presentada a la convocatoria abierta por la Universidad el año anterior. El informe, redactado por J. V. Lastarria y J. Blest Gana, mencionaba en un pasaje a los escritores argentinos, “a quienes – decía– sin rubor debemos confesarlos deudores del servicio de haber hecho despertar entre nosotros el gusto por las letras, generalizando el conocimiento de la literatura moderna, pero que al propio tiempo nos infundieron el espíritu de imitación de la escuela romántica, la menos adecuada a nuestras costumbres, la menos conciliable con el interés primordial de la literatura del nuevo continente”. (*Revista del Pacífico*, Valparaíso, 1860, tomo III, pág. 32). Cuando, en 1861, la obra se publicó en libro, esa misma frase era acompañada por una nota al pie que decía: “El señor rector de la Universidad [Bello] i el señor vice-decano de humanidades protestaron, en la sesión del 27 de julio de 1860, contra la verdad de estas expresiones: *A quienes sin rubor, etc. Nota del Secretario de la Facultad de Humanidades.*” Cfr. Amunátegui, M. Luis y G. Víctor, 1861: VII.

entrar en lid con algunos de nuestros desgraciados vecinos, que huyendo de un déspota sanguinario han buscado entre nosotros asilo [...] Pero ellos quieren hacernos un argumento de su lamentable situación, para que nos sometamos a la caprichosa marcha de cualquier gobierno, que despreciando nuestras instituciones no quiera tener más regla que la de su inteligencia. (*La Gaceta del Comercio*, Valparaíso, N° 316, 13 de febrero de 1843, pág. 2, cols. 2 y 3)

El artículo, publicado sin firma,¹¹² resulta esclarecedor pues pone en escena la complejidad de los vínculos entre literatura y política, por un lado, y entre la posición de los letrados argentinos y chilenos con los asuntos del gobierno o, más ampliamente, del espacio público, por el otro. El autor de ese texto sustentó sus argumentos mediante una larga reseña de los acontecimientos políticos en el Río de la Plata, desde la independencia hasta la asunción del poder por parte de Rosas, comparándolos suspicazmente con los dichos de Sarmiento. Al repasar el derrocamiento de Dorrego, decía: “El general Lavalle volvía del Brasil con un ejército victorioso [e] hizo uno de aquellos ensayos que vulgarmente se llama conspiración, que los editores del *Progreso* podrían muy bien llamar una acción de *inteligencia*”. Es decir, el artículo repone el ideario liberal de la generación romántica argentina, acallado interesadamente en las páginas del mismo periódico que había solicitado la ley de ostracismo en su bulla populista contra el custodio oficial del patrimonio lingüístico en Chile. Por lo tanto, es necesario abordar la complejidad y la extensión de esas polémicas atendiendo a los contrastes y diferencias –como a las similitudes– entre programas, idearios y posiciones diversas.

¹¹² Se publicó en tres entregas, en los números 316, 317 y 319. Por el conocimiento de los sucesos argentinos, es muy probable que el autor fuera el argentino D. Rodríguez Peña. Según Briseño (1965 [1862]: 152) y Silva Castro (1958: 255), la *Gaceta* fue fundada por Nicolás Pradel y redactada sucesivamente por Demetrio Rodríguez Peña, Juan José Cárdenas y Juan Nepomuceno Espejo. Se sabe que este último entró a la redacción poco antes de que el gobierno le quitara la suscripción. En la edición n° 928, del 4 de febrero de 1845, se publica un editorial sobre el cambio de redacción.

En su recepción del primer número de *El Semanario*, los argentinos V. F. López y D. F. Sarmiento trazaron las líneas compatibles con sus propias ideas y señalaron, a su vez, el carácter retraído que cobraban esas ideas en la redacción de los chilenos. Sarmiento, perspicaz como de costumbre, sostuvo que en *El Semanario* se hacía efectiva la disposición que él alentaba en la polémica con Bello, y anticipó estratégicamente la polémica, afirmando que era buena la discusión.¹¹³ Un día antes que el sanjuanino, en ese mismo editorial en el que criticó el poema de Prieto Warnes, López celebraba el auspicioso camino que tomaban las ideas literarias en Chile pero no dejaba de señalar la falta de disposición en las propuestas:

El artículo *Literatura* es bueno, excelente, pero hay un no sé qué de tímido y de diplomático en sus principios y en sus consecuencias que nos hace sospechar que su autor ha tenido miedo de ser más franco; no sería extraño tampoco, que no lo hayamos entendido bien, porque sus fundamentos arrancan de cierta *tendencia nueva* que se deja notar en nuestra joven literatura y que nosotros no conocemos todavía; deseáramos mucho ver de un modo claro y neto lo que pretende y lo que quiere esa nueva tendencia. (*La Gaceta del Comercio*, N° 139, 18 de julio de 1842, pág. 3, col. 2)

De manera coherente, López volvía a subrayar lo que, en ocasión del discurso de Lastarria, había expresado sobre el carácter de la literatura moderna. Ver de modo claro lo que esa nueva tendencia significaba, era lo que pedía el argentino; algo que el ex redactor de la *Revista de Valparaíso* había intentado con su ensayo sobre romanticismo y con el más programático de Alberdi, publicado bajo el título de “Algunas vistas sobre la literatura Sud-americana” en esa misma revista, N°6. En otro editorial, que respondía al número 2 de *El Semanario* (en el cual se había publicado el texto de Sanfuentes sobre romanticismo), López retomaba sus planteos previos y ponía en escena las suspicacias entre chilenos y argentinos:

¹¹³ *El Mercurio*, 19 de julio de 1842 (Sarmiento, 1909: II, 289-293).

Y así es que, si en Buenos Aires hubo un *salón literario* en que todos los miembros, sin que faltara uno, dijeron que la juventud argentina aspirara a una poesía y a una *literatura original*; un *salón literario* en que se ventilaron algunas poquitas cuestiones de literatura, y de *industria*, y de *sociabilidad*; fuerza es ahora, que cuanto se escriba en la *Gaceta* se haya escrito en el *salón*. El *salón* predicó la *literatura original*; la *Gaceta* dice, la primera quizá en toda la América, que no es posible entre nosotros alcanzar una *literatura original*; y el *Semanario*, tan impuesto en lo que se hizo en Buenos Aires, grita ¡pues! ahí tiene Ud.: eso mismo se escribió en el *salón*. El *salón* separaba la *industria* de la *ilustración*; la *Gaceta* dijo que eran inseparables ¡nuevas seguridades de que este periódico repite! Por último, la *Gaceta* nada ha publicado ahora que pertenezca de un modo especial a los trabajos del *salón*, ¿qué importa? ¿deja, por eso, de estarnos repitiendo lo que oyó decir u oyó leer en el *salón*? Esto: (continuaba la *Gaceta*) esto se llama adelantar en crítica; [...] ¡Vean qué diablos! decía la *Gaceta*, ¡cómo me han averiguado que estoy copiando al *salón* de Buenos Aires! (*La Gaceta del Comercio*, N° 146, 26 de julio de 1842, pág. 2, col. 3)

En este párrafo hay varias cuestiones que atender. Por un lado, hace visible el reconocimiento de la mediación de los programas del Salón de Buenos Aires en los escritores argentinos que es, en definitiva, contra lo que se alza la élite letrada chilena, aun sin que esos programas se hayan hecho explícitos (“la *Gaceta* nada ha publicado ahora que pertenezca de un modo especial a los trabajos del *salón*, ¿qué importa? ¿deja, por eso, de estarnos repitiendo lo que oyó decir u oyó leer en el *salón*?”).¹¹⁴ En segundo lugar, de un modo más sutil de lo que a primera vista parece, López establece una distancia con aquellas lecturas programáticas. La sutileza radica en el tono casi irónico con que López describe la cualidad orgánica de aquellas propuestas: “un *salón literario en que todos los miembros, sin que faltara uno, dijeron* que la juventud argentina aspirara a una poesía y a una *literatura original*”. Ese carácter orgánico, que

¹¹⁴ La mención que realiza López desde *La Gaceta* a las lecturas del Salón del 37 es la ya comentada cita de Alberdi en las “Cuestiones filológicas” que dedicó al discurso de Lastarria.

supone para los chilenos, según López, tomar en bloque los intereses estéticos y literarios de sus contrincantes, impide que la crítica pueda definir su objeto mediada por los nuevos intereses (que para López, según deja ver este pasaje, percutían incluso la unicidad de aquellas propuestas).

Por último, cabe detenerse en esa diferencia planteada hacia el interior de las propias filas. La más importante es la discrepancia por parte de López con el ideario romántico basado en la producción de una literatura original: “El salón predicó la literatura *original*; la *Gaceta* dice, la primera quizá en toda la América, que no es posible entre nosotros alcanzar una literatura original.” En efecto, en el último artículo destinado al discurso de Lastarria (al que ya nos referimos), López no sólo le había hecho decir al chileno lo que sus propias palabras negaban, sino que había reservado un último párrafo para discutir los protocolos de una literatura nacional –que, cabe recordarlo, en la propuesta del chileno quedaban apegados a los modelos clásicos de la lengua. A pesar de su extensión, el párrafo merece citarse en su integridad:

No es lo mismo una literatura nacional, que una literatura original. Muy bien puede alcanzarse lo primero, sin alcanzarse lo segundo. Es nacional toda literatura que expresa situaciones, necesidades, e ideas nacionales; más, cuando estas situaciones, necesidades e ideas nazcan de influencias extranjeras y se desenvuelvan bajo la acción de éstas, es claro que la expresión que se haga de ellas, esto es, la literatura, será nacional sin ser original; expresará ideas y necesidades nacionales, sin expresar ideas y necesidades propias y exclusivas, que es lo que constituye la *originalidad*. Hemos visto ya que nuestra sociedad de nada tiene menos que de originalidad, sus elementos civilizadores son europeos; sus elementos retrógrados lo son también, porque son españoles. ¿Cuál será pues la originalidad que logrará expresar nuestra literatura? Veamos. Hasta aquí no tenemos todavía sino dos elementos de literatura, a saber: la naturaleza y la guerra de la independencia. La naturaleza es original por cierto, pero como la naturaleza inspira ideas que toman la forma del hombre que las concibe, si el hombre no es original, estas ideas pierden en él su originalidad primitiva; se

transforman y se visten a la europea. Copiaremos distintos cuadros; pero los copiaremos del mismo modo que la Europa civilizada; y a pesar de nuestra originalidad natural perteneceremos por mucho tiempo a las escuelas europeas, por los modos que expresaremos esta originalidad. La guerra de la Independencia nada tiene de original. Es una epopeya, pero una epopeya europea.

Así, pues, a nosotros nos sucederá lo que les está sucediendo a todos los pueblos civilizados: que a medida que se civilizan más, pierden su originalidad; porque la originalidad es la barbarie primitiva. (*La Gaceta del Comercio*, N° 114, 18 de junio de 1842, pág. 1, col. 2)

El desplazamiento que produce esta reflexión de López es significativo. Reconoce, por un lado, la necesidad de una literatura nacional, pero la acota a dos tópicos o motivos sobresalientes: las batallas de la independencia y la naturaleza americana. Al mismo tiempo, ni uno ni otro de los motivos prescriptos redundan en originalidad puesto que, al igual que ocurre en Europa con las naciones civilizadas (vale decir, Francia e Inglaterra), las repúblicas sudamericanas “se transforman y se visten a la europea”. Como indicaba Juan María Gutiérrez, los cuadros de esa naturaleza sólo pueden incluir rasgos originales sin son *pintados* al estilo europeo.¹¹⁵ El carácter original es así rechazado pues se aproxima demasiado a la “barbarie primitiva”, primitivismo que en este párrafo remite implícitamente a la tendencia medievalista del romanticismo alemán, con la cual los clásicos modelos de la lengua española, peligrosamente, armonizan.

Casi un lustro más tarde, *El Mosaico* se hacía eco de esa polémica volviendo a trazar las diferencias entre argentinos y chilenos: “Hay una disputa entre los escritores de aquende y los de allende la cordillera”, comenzaba un artículo sobre literatura nacional, y agregaba: “disputa que lleva visos de ser eterna, porque ya van contados

¹¹⁵ Como vimos, ese costumbrismo centraba en el ámbito rural su plataforma literaria, pues allí residía la particularidad de la cultura criolla, y no en el ámbito urbano que, para Gutiérrez como para López en el párrafo citado, se asimilaba (pretendía asimilarse) a las ciudades europeas.

cinco años mortales desde que se principió y en estos cinco años los partidos contendientes se mantienen en sus trece el uno y el otro en sus catorce”.¹¹⁶ Esa diferencia, notablemente, rige una buena cuota de la interpretación tendenciosa. En efecto, los redactores de *El Mosaico* olvidaban que Sarmiento había protestado contra “las galas del decir” y la pretendida corrección del lenguaje, y que había declarado el anacronismo de la crítica al romanticismo realizada por *El Semanario*; olvidaban, también, lo que López sostuvo en ese y otros pasajes sobre el discurso de Lastarria y su demanda de una literatura nacional; olvidaban todo eso, por ejemplo, cuando se preguntaban:

¿Qué se nos quiere decir cuando se nos echa en cara que no somos originales en nuestra literatura? ¿Qué se entiende, pues, por una literatura original? ¿Qué se exige de nosotros? ¿Que seamos originales en nuestras producciones? ¿Que no copiemos servilmente a los franceses, a los alemanes y a los españoles modernos? No se nos querrá decir sin duda que inventemos nosotros nuevas artes y nuevas ciencias, tampoco se pretenderá que nos formemos una lengua propia que nosotros solos entendamos, ni será posible que una nueva religión y usos y costumbres nuevas vengan en nuestro auxilio para ayudarnos a formar una literatura original. Nuestros escritos, nuestras producciones han de estar concebidas por necesidad en la lengua de Castilla; nuestra religión es la misma que profesan los españoles y franceses; y nuestras costumbres y nuestros usos son con corta diferencia los mismos que heredamos de nuestros abuelos; con las modificaciones propias de las localidades y las que resultan del comercio de las naciones europeas, que cada día nos ponen en mayor contacto con los pueblos civilizados del globo. Nuestra literatura pues, no puede por ahora ser otra cosa que un trasunto fiel de la literatura europea. (*El Mosaico*, ídem, pág. 2, col. 1)

¹¹⁶ *El Mosaico*, “Literatura nacional”, N° 2, 21 de junio de 1846, pág. 1, col. 1.

No puede haber mayor distancia entre dos proposiciones en apariencia homologables: que la literatura hispanoamericana debe ser “un trasunto fiel” de la europea, como dicen los redactores de *El Mosaico*, parece coincidir con lo que escribieron López y Sarmiento en distintas oportunidades (en el fragmento citado arriba, por ejemplo, López había dicho: “copiaremos del mismo modo que la Europa civilizada”). Sin embargo, los letrados chilenos se apoyaban en ese argumento con el fin de autorizar un linaje español que era, desde el inicio (desde el discurso de Lastarria), el punto de verdadero conflicto. Ni usos ni costumbres nuevas ni lengua propia, sostienen los redactores de *El Mosaico*, la literatura chilena debe expresar las costumbres heredadas y escribirse con la lengua de Castilla.

4. 4. 4. *Crítica y teatro. La inscripción social de las formas*

Nunca perdonaremos al escritor que no disponga sus planes,
invente sus escenas, medite sus expresiones,
alumbrado por la luz de la razón.
Sanfuentes.¹¹⁷

Para pensar la relación de la crítica con el debate de ideas –y, asimismo, enfocar con más precisión el carácter incisivo de las polémicas periódicas– resulta fructífero detenerse a analizar la sección de *El Semanario* dedicada a la crítica teatral. No por azar el primer artículo crítico sobre el romanticismo de la joven generación chilena arguye contra las piezas teatrales antes que contra la poesía o la narrativa de los autores románticos. *El jugador* de Victor Ducange, el *Ruy Blas* de Victor Hugo y los “excesos” de Dumas componen el núcleo de la crítica de Sanfuentes.¹¹⁸ Por lo que permiten vislumbrar los periódicos de la época, fueron las obras dramáticas las que introdujeron la tendencia del romanticismo literario antes que las discusiones teóricas o específicamente literarias.

En 1839, la intendencia de Santiago había adquirido una casa en la Plaza de la Independencia para la instalación de un nuevo teatro. Un año después arribó el argentino Hilarión Moreno, quien edificó el teatro local y trajo de Buenos Aires a Máximo Jiménez, como principal actor de una Compañía de Lima, a Toribia Miranda

¹¹⁷ *El Semanario de Santiago*, “Romanticismo”, N° 2, 21 de julio de 1842, pág. 13, col. 1.

¹¹⁸ El artículo “Romanticismo” de Sanfuentes se publicó en el número 2 de *El Semanario*, 21 de julio de 1842, pp. 12 y 13, cols. 1 y 2.

como primera actriz y, poco más tarde, al reputado Juan Casacuberta. Poco antes de que comenzase a llegar el núcleo fuerte de la emigración argentina, se tradujeron para la escena *Le proscrit* de Soulié, por Lastarria, *Hernani*, de V. Hugo, por Minvielle, y *Ángelo*, también de Hugo, cuya representación generó la protesta del arzobispo de Santiago ante el ministro de gobierno Ramón Irarrázabal.¹¹⁹ La década del 40, además, será en Chile la etapa de recepción de las innumerables traducciones españolas del avasallador *vaudeville* francés, que hacia los años 30 había impuesto en España la nueva moda del drama romántico, bajo traducciones y adaptaciones de, entre otros, Mariano José de Larra y Manuel Bretón de los Herreros.

La primera obra comentada por el periódico chileno fue *El mulato*, de A. Dumas: “Todo el mundo deseaba ver *el Mulato* –dice el comentarista– porque se creía encontrar en este drama alguna tendencia social” (*El Semanario*, N° 1, pág. 7, col. 1). La idea del teatro como arte reformista se instaló en la época revolucionaria, sostenida por autores como Camilo Henríquez, que percibieron al teatro como “escuela pública”.¹²⁰ En la década del 40, en este sentido, el teatro será la institución privilegiada para la crítica, y eso por dos razones: en primer lugar, porque es en las tablas donde la relación de la forma –a través de la representación y la puesta en acto– con el contenido temático presenta mayor despliegue, y, en segundo lugar, porque el teatro es pensado a partir de su amplia –como, en ocasiones, asidua– convocatoria de

¹¹⁹ El primer teatro, llamado de la Independencia, fue diseñado en 1818 por Domingo Arteaga; en 1820 se construyó un nuevo edificio que fue derrumbado por el terremoto de 1822 y reconstruido bajo las órdenes del mismo Arteaga. Ese teatro, de la época de la independencia, funcionó hasta 1836, año en que fue demolido. Sobre el teatro chileno pueden consultarse las obras de Latorre (1949: 239-277), Durán Cerda (1959), Silva Castro (1961: 394-432) y la detallada introducción de Nicolás Peña M. al primer tomo de *Teatro dramático nacional* (1912: VI-CXXXIII).

¹²⁰ Esa función, sin dudas, es la que permite leer su *Camila o la Patriota de Sud América*, obra de tendencia indianista publicada en Buenos Aires en 1817 y que quedó sin representar. La obra fue incluida por Peña M. (1912: I, 9-39). En uno de sus artículos de la *Aurora de Chile*, Henríquez había escrito: “Yo considero al teatro únicamente como una escuela pública; bajo este respecto es innegable que la musa dramática es un gran instrumento en las manos de la política” (citado por Silva Castro, 1961: 395).

público; un público definido, según palabras del semanario, como “la más sana y escogida parte de una población”.¹²¹

La tendencia social que destaca el comentarista en la obra de Dumas aparece tematizada en el siguiente pasaje: “El autor de la pieza se ha propuesto sin duda, manifestar que un hombre de bajo nacimiento puede abrigar sentimientos nobles y generosos y que es tan aparente para la sociedad como el noble más esclarecido” (ídem, pág. 8). Pero los efectos de dicha tendencia se ven obturados pues, como se dice en esa misma reseña, en la sociedad chilena “eminente aristocrática aunque con instituciones republicanas, el mulato es todavía un nombre de escarnio y de desprecio, porque aún reina la preocupación antigua” (ídem, pág. 7). Para medir las aristas de las polémicas llamadas literarias, es oportuno recordar que tal comentario fue elogiado por V. F. López en el mismo número de *La Gaceta* en que fustigaba el poema ya mencionado de Prieto Warnes:

La verdadera *corona* así material como social del *Semanario*, está en el excelente y socialista artículo escrito sobre la representación del *Mulato*; este artículo está valientemente concebido, es digno de ser leído y ha sido inspirado por un amor verdadero a la humanidad. Todo cuanto pudiéramos decir de él se reduciría a alabar los pensamientos regeneradores de que está lleno y más bien que hacerlo, queremos recomendar a nuestros lectores que lo lean ¡ojalá el público todo lo guste y lo adopte! (*La Gaceta del Comercio*, N° 139, 18 de julio de 1842, pág. 3, col. 3)

¹²¹ *El Semanario*, N° 6, pág. 6, col. 2. Durante la existencia de *El Semanario* se reseñaron 14 representaciones teatrales, incluidas las originales de Menvielle y Carlos Bello. Las obras criticadas fueron las siguientes: *El mulato*, de A. Dumas (N° 1); *El entretenido*, de Gil y Zárate (N° 2); *Luis Onceno*, de Casimir Delavigne (N° 4); *Dos padres para una hija* y *El moralista seductor*, adaptaciones de Sheridan (N° 5); *No más mostrador*, traducción-adaptación de Larra de la obra de E. Scribe *Les adieux au comptoir* (N° 7); *Los amores del poeta*, de Carlos Bello (N° 8); *Ernesto*, de Menvielle (N° 15); *Los hijos de Eduardo*, adaptación de C. Delavigne del *Ricardo III* (N° 16); *La batalla de Maipú*, del argentino Enrique Rodríguez (N° 20); *El ambicioso o La dimisión de un ministro*, de E. Scribe (N° 21); *Adel, el Zegrí*, de Gaspar Coll (N°22); *El Rey se divierte*, de V. Hugo (N° 24) y *Diane de Chivri*, de F. Soulié (N° 29).

Los valores que guiaron al crítico teatral frente a esa pieza de Dumas, a diferencia de los que estipularon la crítica al *Ruy Blas* de Víctor Hugo aparecida en el número siguiente (crítica que incitaría la consabida respuesta de Sarmiento desde las páginas de *El Mercurio*)¹²² conjugan para López elementos de la nueva tendencia “socialista” del arte que tanto él como Sarmiento habían instalado en el debate público.¹²³

Ahora bien, un dato que ha pasado desapercibido –o al que no se le ha prestado suficiente atención– en los estudios críticos sobre el movimiento del 42, es que el responsable de ese comentario parece desconocer quién es el autor de la pieza tratada. Aunque los letrados chilenos estuviesen familiarizados con las obras en boga del drama moderno francés, parecería que el de Dumas es un nombre que ingresa con posterioridad a los de sus compatriotas más encumbrados por el mercado editorial (Ducange, Delavigne, Scribe, Hugo).¹²⁴ Hay que decir que no sólo en ningún momento

¹²² En su crítica al romanticismo, Sanfuentes sostuvo: “Por mucho que respetemos a Victor Hugo [...] no podemos menos que revelarnos contra él, cuando en *Ruy Blas* nos pinta un lacayo que nunca ha sido más que un lacayo, locamente enamorado de una Reina, y preñado el corazón de pensamientos y aspiraciones que apenas cabrían en el alma de uno de los más orgullosos grandes de España” (*El Semanario*, N° 2, 21 de junio de 1842, pág. 13, col. 1). Sarmiento debió solazarse con semejante vindicación del *statu quo*. Su respuesta fue contundente: “¿Qué quiere decir *un lacayo que nunca ha sido más que un lacayo*? Querría que hubiese sido siquiera licenciado, o hidalgo, o rico, o qué querría que hubiese sido antes? Esto es lo más groseramente estúpido que se ha escrito jamás [...] ¿Cree acaso que se necesita haber cursado las aulas y estudiado a los clásicos para tener sentido común, perspicacia y miras encumbradas?” (*El Mercurio*, 28 de julio de 1842, en: Sarmiento, 1909: 313-314).

¹²³ No está de más recordar que el “socialismo” por el que puján los escritores argentinos es el de los representantes del romanticismo social francés, particularmente Saint-Simon y sus seguidores, Leroux, Lermenier, Mazzini, y los propagadores del historicismo ecléctico Cousin y Quinet. Una lectura exhaustiva de esas influencias se encuentra en el clásico estudio de Raúl Orgaz (1950). Véanse, especialmente, los capítulos dedicados a Echeverría, Alberdi y Sarmiento, pp. 129-156, pp. 161-209 y pp. 271-332, respectivamente.

¹²⁴ El repertorio de las obras representadas hasta 1836, año en que fue demolido el viejo teatro de la Independencia, incluye las siguientes obras: *Catón de Utica*, *Otelo*, *Los hijos de Edipo* de Alfieri, *La enterrada en vida*, *Túpac Amaru*, por Morente, *El duque de Viseo*, de Quintana, *Dido*, de Juan Cruz Varela, *Zaira* y *Mélope* de Voltaire, *El marido ambicioso*, arreglado por J. J. de Mora, y *Treinta años o La vida de un jugador*, de Ducange (Cfr. Peña M., 1912: LXXV). A esta lista pueden sumarse, de acuerdo con la compulsión que hemos realizado de las publicaciones de *El Araucano* previas al año 40, los siguientes títulos: *El Asesino o La obsecuencia final*, *El odio llega a la tumba, o sea Montegón* [sic] y *Capuleto*, *El amigo íntimo*, del comediógrafo español Manuel Eduardo Gorostiza, *El Negro y la Blanca*, del español Vicente Rodríguez de Arellano, *El sueño* y *Una hora de ausencia*. Por su parte, en las páginas que Pinilla

de la reseña se nombra a Dumas, sino que aun en un pasaje se asume explícitamente el (supuesto) carácter anónimo de la obra: “Su fin moral se dirige a hacer recaer la indignación del espectador sobre el padre inhumano que abandona sus hijos naturales [...] pero no ha unido el ejemplo al precepto, pues él también ha abandonado su obra. La pieza es bastarda como el héroe de ella, su autor no la ha reconocido prestándole su nombre; el traductor don J. Varela la ha prohijado”.¹²⁵ De ese desconocimiento pueden desprenderse dos cuestiones: por un lado, que el autor del comentario crítico no tuvo en vista una *obra romántica* cuando realizó su reseña; por el otro, que a pesar del juicio relativamente favorable de esta primera reseña teatral, las concepciones estéticas que predominan en la crítica dramática del semanario se aproximan bastante a las desarrolladas por Salvador Sanfuentes, encaminadas a vituperar los “excesos” del romanticismo literario.¹²⁶

Una correspondencia inserta en el número 6 del semanario, bajo el título “Producciones dramáticas modernas” está redactada con el claro objetivo de poner en cuestión la discusión sobre el carácter moral del teatro moderno así como sobre los presupuestos con que la crítica debe evaluar tales producciones. Después de pasar revista a los cambios acaecidos entre el arte dramático clásico y el contemporáneo, y sostener que “la unidad de acción debe respetarse, casi como una regla matemática”,

le dedicó al teatro del 42, menciona 4 obras de Dumas (padre), entre las que incluye *El Mulato*, pero ubica vagamente su representación entre 1842 y 1843 (Pinilla, 1943: 148-155). Por lo que muestran las reseñas y folletines de los periódicos de la época, parecería ser que las obras de Dumas comienzan a circular efectivamente recién a mediados del año 42. *La Gaceta del Comercio*, primer periódico que inaugura, en mayo de ese año, la sección “folletín”, salvo el artículo que publicó con motivo de la representación de *Catalina Howard*, de A. Dumas, (N° 116, 20 de junio de 1842), no menciona ni publica folletines del autor francés en todo ese año. *El Progreso*, de Sarmiento, publica un primer folletín de Alejandro Dumas recién el 17 de junio de 1843, titulado “El voto de la garza”, que es en realidad un capítulo de la novela *La condesa de Salisbury*, y que apareció en *El Progreso* entre los números 184 y 188.

¹²⁵ *El Semanario de Santiago*, N° 1, “Primera representación de *El Mulato*”, 14 de julio de 1842, pág. 8, col. 1.

¹²⁶ El autor de las críticas teatrales de *El Semanario* es, según estableció la historiografía, Manuel Talavera. Según apunta el *Diccionario Biográfico de Chile* editado por Pedro Pablo Figueroa (1897-1901), Talavera nació en 1820, se formó en las aulas del Instituto Nacional y mantuvo estrecha relación de amistad con J. J. Vallejo (Jotabeche) y los hermanos Francisco y Carlos Bello. (Cfr. Figueroa, 1901: III; 304).

el autor del artículo, tomando distancia de las consideraciones ilustradas del período independentista, pero sin dejar de contradecirse en sus propias observaciones, dirá:

La pintura de los sentimientos y el combate de las pasiones es lo que constituye la moralidad de un drama, y en este punto no es donde los modernos pueden cantar el triunfo. [...] No consideramos el teatro precisamente como una escuela de la moral; pero sí lo consideramos como el campo de la imaginación y del buen gusto; y el que aspire a la gloria y a nuestra aprobación, necesita sernos útil, o por lo menos, no dañarnos. (*El Semanario de Santiago*, nº 6, 18 de agosto de 1842, pág. 6 (47), col. 2)

La reflexión apunta a desenmarañar un punto de controversia ya transitado: al igual que en la poesía, la moral del “buen gusto” debe controlar los deslices del amplio “campo de la imaginación”; los poetas o los dramaturgos deben considerar, y considerar con parsimoniosa meditación, las necesidades sociales *de su tiempo*:

La literatura, se ha dicho, es o debe ser la expresión de una época, y esto es una verdad. Pero desconocer o desatender el espíritu y necesidades de una época, olvidar que los principios deben predominar sobre las pasiones y que su influencia debe ser promovida para nuestra propia utilidad y para la conservación de todo lo que puede hacernos moralmente mejores ¿no es prostituir la profesión de literato? (ídem, pág. 48)

Controlar las pasiones, meditar las expresiones, y disponer los planes de la obra de manera racional son las operaciones ponderadas por *El Semanario*, para cuyos redactores los motivos románticos no son más que “otros infinitos disparates, que son otros tantos insultos a la moral, al buen gusto y a la sana crítica”.¹²⁷ La comunidad existente entre estas reflexiones y la “fe literaria” de Andrés Bello es tal que, anticipándose a su discurso como rector de la Universidad, los redactores llegan a

¹²⁷ “Romanticismo”, *El Semanario de Santiago*, N° 2, pág. 4 (13), col. 2.

convertir su famosa sentencia en un lugar común: “es preciso no confundir, y no abusar, o como dice una frase común, *no confundir la libertad con la licencia*”.¹²⁸

La certidumbre de esa concurrencia se verifica no sólo por el nivel temático y formal de las obras analizadas por *El Semanario*, sino incluso por los aspectos lingüísticos que concurren en el segundo nivel. Así, por ejemplo, cuando la noción de “bellas letras” –que rige la moral del buen gusto– arbitra aun cuestiones verbales-expresivas: “En la escena del segundo acto que pasa entre don Gabriel y doña Cesarea, hemos oído las exclamaciones de ‘Esta vieja, *Señor*’; ‘Vieja de los diablos’; y creemos que no las ha empleado el señor Gil y Zárate” (*El Semanario*, N° 2, pág. 15), dirán sobre la representación de *El entremetido* de aquel autor.

Dos obras originales, *Los amores del poeta*, de Carlos Bello, y el drama *Ernesto*, de Rafael Minvielle, vienen a reforzar tales presupuestos. A más del entusiasmo suscitado por ambas piezas originales, en los dos casos la corrección de estilo comporta uno de los méritos a destacar por los críticos. No es fácil –dirán de la primera– “dar una idea del *escogido y poético lenguaje* de que está revestida, ni de los abundantes, bien expresados y valientes pensamientos que en ella campean.”¹²⁹ El lenguaje vuelve a ser uno de los motivos ponderados en la segunda: “*escrita con un estilo castizo y elegante, vehemente y apasionado*”, dirán.¹³⁰ A pesar de esa recepción optimista, ninguna de las dos obras sitúa sus acciones en Chile o en América (la primera lo hace en Francia; la segunda en España). Las dos desarrollan el tópico del amor romántico, de corte folletinesco, pero el desarrollo y la tensión dramática que producen es bien diferente. En *Los amores del poeta*, el protagonista, Gressey –una especie de alter ego del autor– es un escritor y poeta que, para olvidar su amor por Matilde, ha decidido viajar por toda Europa; Matilde, por su parte, vive sojuzgada por el coronel Fiercour. La obra concluye con un duelo entre el poeta y el militar,

¹²⁸ El subrayado es nuestro. La frase pertenece a la correspondencia ya citada (*El Semanario de Santiago*, n° 6, pág. 6 (47), col. 2). No es casual que esa concepción aparezca en el periódico en forma de “correspondencia”. Las iniciales con que firma su autor son J. C. E.

¹²⁹ *El Semanario*, N° 8, 1 de septiembre de 1842, pág. 63, col. 2. Subrayado nuestro.

¹³⁰ *El Semanario*, N° 15, 13 de octubre de 1842, pág. 128. Subrayado nuestro. *Los amores del poeta* fue representada hacia fines de agosto y el *Ernesto* de Minvielle el 9 de octubre de 1842.

triunfando el primero y su amor con él. La obra no puede considerarse más que como un débil ensayo, en el que son más notorias las faltas que los aciertos.¹³¹

En *Ernesto*, en cambio, la tensión dramática es más lograda puesto que aborda un tema que, a pesar de situarse en la cultura europea y en los años posteriores a las guerras de la independencia americana, no está tan alejado de los sentimientos de la época. En primer lugar, porque el escenario europeo es España; en segundo término, porque los valores que despliega son los del patriotismo. Ernesto, militar español que se pasó a las filas de los patriotas criollos y terminó luchando por la independencia chilena, vuelve a Valencia, auspiciado por la liberalidad de la reina Cristina, en busca de su antiguo amor, Camila. Allí es recibido por su familia y, a pesar de la fidelidad de Camila, la opinión general lo señala como traidor, y la amnistía no lo favorece; por lo tanto, no puede permanecer en tierras españolas ni Camila puede acompañarlo en su destierro. La obra tiene un cierre folletinesco: Ernesto se suicida y sus últimas palabras son: “Camila. Patria... Chile”.¹³²

Como se puede inferir del breve resumen que hicimos, las dos obras, a pesar de sus diferencias, presentan una misma estructura folletinesco-romántica, en boga en la época, pero se deslucen en la medida en que no logran articular un conflicto cercano a los intereses del público.¹³³ Ese aspecto fue señalado con suspicacia por Sarmiento en su comentario crítico al *Ernesto* de Menvielle. El sanjuanino notaba que el desajuste de ambas obras se debía a las formas empleadas, incapaces de modular temas cercanos a la sociedad chilena, aunque lo decía de modo inverso:

Si se trata, pues, de formar el esqueleto de un drama que se apoye en nuestras costumbres, que se suponga posible o verosímil en nuestra

¹³¹ Nicolás Peña explica el éxito de la obra en aquella época por la identificación del protagonista con el propio autor, hecho que atraería al público deseoso de “inquirir la verdad y hasta donde llegaría la ficción” (Peña M., 1912: CXXV).

¹³² Las dos obras se hallan reproducidas en el tomo de Nicolás Peña (1912: 42-129) y en la recopilación de Durán Cerda (1957: II, 680-755). La cita en Durán Cerda, pág. 755.

¹³³ Las mismas ponderaciones sobre el “cuidado lenguaje” de Talavera, lo llevan a Sarmiento a indicar ese desajuste: “una mujer nuestra hablando como la Tisbe de Hugo, como la Sonámbula de Scribe, es un contrasentido [...] Estas observaciones nos hacen justificar al joven Bello de haber llevado sus personajes a Francia i al señor Menvielle a España” (en Durán Cerda, 1957: II, 784).

sociedad, es preciso que sea simple i desnudo de acción como ella; porque de lo contrario será una producción exótica, no obstante el barniz de los nombres propios de personas i lugares a que nuestros oídos están acostumbrados. (Sarmiento, 1909: II, 110).

Ese desajuste es el que, de fondo, orienta los juicios críticos sobre las producciones extranjeras: lo que de ellas se puede adaptar, cuáles temas son adecuados para la culta sociedad santiaguina y qué formas resultan convenientes para su tratamiento.¹³⁴

Al criticar la puesta en escena de la obra de Larra, *No más mostrador*, reescritura de *Les adieux au comptoir* de Eugène Scribe, que tematiza asuntos propios de la sociedad y de la mentalidad burguesas, recordarán que con el *Gentilhombre*, Molière, “después de haber combatido algunos vicios inherentes al corazón del hombre, sacó a la mofa del público (...) *la necia pretensión de algunas gentes de figurar entre la nobleza y de buscar una esfera distinta de la que la naturaleza les ha*

¹³⁴ En el número 19, del 10 de noviembre de 1842, los redactores del semanario sugerían a la Compañía teatral la representación de dos obras: “si como aficionados, tenemos el negativo derecho de petición, rogamos a la Empresa se sirva poner en escena entre las piezas nuevas de su elección: El Poeta y su dama del señor Díaz, y La misión de un Ministro de Mr. Scribe” (*El Semanario*, N° 19, pág. 8 (160), col. 2). Esta última fue, finalmente, representada. En el número 21, del 24 de noviembre, la crítica y la reseña de la pieza representada son muy sugerentes respecto a las proyecciones sobre el público. La crítica comenzaba diferenciando las tendencias románticas: “La ambición ha prestado al teatro en todos tiempos asunto muy fecundo para ponernos a la vista las ridiculeces, los excesos y hasta los enormes crímenes que consigo arrastra aquella pasión avasalladora y volcánica: así Victor Hugo y Dumas nos representan en Fabian Fabiani, en Ricardo Darilington [sic] y en Catalina Howard tres monstruos en quienes ya seco el corazón, sólo queda un vértigo horrible que no mira a su alrededor, sino sangre, venenos y víctimas. Empero en El ambicioso de Scribe no se desarrolla esta pasión con aquellos elementos de muerte. Roberto Walpole, que desde sus primeros años no tuvo otro afecto ni ahínco más imperioso que el del *poder*, luego que llegó a ser primer Ministro de Jorge II, a fuerza de intrigas y humillaciones, sólo trató de conservar su puesto, sojuzgando tres reinos por espacio de veinte años, a costa de grandes sacrificios y de una absoluta abnegación; pues como dice él mismo, “*jamás disfrutó de placer alguno, nunca sintió palpitar su corazón por el amor de una mujer; nunca amó a nadie, ni fue amado de nadie.*” Sin embargo, la recepción del público parecería no haber congeniado con esa preferencia de los redactores: “Algunos la creerán pesada, soporífera tal vez, cuando hemos visto impasible a una numerosa concurrencia que no la ha favorecido con un aplauso, ni tampoco a los actores que la han desempeñado con propiedad y aun maestría sobresalientes.” (*El Semanario*, N° 21, pág. 8 (176), cols. 1 y 2).

concedido” (*El Semanario*, N° 7, pág. 54, col. 2 [subrayado nuestro]). Larra, en cambio, “ridiculiza al vanidoso, *degrada* la nobleza, manifiesta que la pretendida superioridad del nacimiento es una quimera; que el noble es un hombre como cualquier otro” (ídem, pág. 55, col. 1). La condescendencia hacia los artilugios de Larra se ve matizada no sólo por su condición de plagiarío¹³⁵ sino porque parecería ser una traducción destinada a una sociedad del viejo orden, que dominaría en España, pero no en el Chile poscolonial, como imaginan los redactores de *El Semanario*:

Esta comedia –dice el crítico– no nos parece de completa utilidad moral para nuestra sociedad chilena donde reina la igualdad de condiciones, donde solo puede considerarse plebeyo el desvalido, y nobles el hombre rico y el de talento. Todo individuo que con su trabajo y economías adquiere alguna fortuna que su previsión destina a sus hijos, será siempre estimado y considerado como un noble y un buen ciudadano (ídem, pág. 55, col. 1)

La nobleza reconsiderada bajo el sistema de meritocracia de la sociedad poscolonial adolece de una ambigüedad significativa. Las virtudes del ciudadano no dejan aquí de estar supeditadas a valores tradicionales, ya sean pecuniarios, o culturales. En este sentido, la mención a la obra de Molière provee un reaseguro para la crítica del *Ruy Blas*, de V. Hugo: así, estéticas románticas exacerbadas no sólo las *formas* del drama o la literatura, sino también las formas o convenciones sociales de la República.

¹³⁵ “Es verdad que la pieza francesa solo consta de un acto, mientras que la de Larra tiene cinco; pero también lo es que esta mayor extensión proviene de haberse agregado el papel del conde que sólo está indicado en el original; de haberse introducido uno que otro accidente; parafraseado algunos pensamientos y prolongado a toda costa la acción hasta producir el mismo desenlace que tiene la pieza de Scribe. Aun estas agregaciones no son del propio fondo de Larra, pues bastante están demostrando que al reformar *Les Adieux au comptoir* de Scribe, ha tenido a la vista *L’École des Bourgeois* de D’Allainval, así como éste tuvo sin duda presente al *Bourgeois Gentilhomme* de Molière. Mas dejemos a un lado los plagios para descubrir la idea filosófica de Larra al introducir un nuevo personaje en la pieza que traducía, el fin social que se propuso, el modo como ha llevado a cabo su pensamiento y el provecho que en Chile se puede sacar de su pieza”. (*El Semanario*, n° 7, 25 de agosto de 1842, pág. 54, col. 1 y 2)

5. De la Historia a la novela

5. 1. Introducción.

En el presente capítulo analizamos dos instancias decisivas en la formación de la cultura nacional chilena. Por un lado, examinamos la discusión historiográfica suscitada a partir del discurso histórico que Lastarria presentó a la Universidad, a pedido de su rector, Andrés Bello, y los presupuestos tanto ideológicos como epistémicos implicados en esa polémica. Por el otro, abordamos la formación de un discurso crítico y literario alrededor de aquellas publicaciones que hacia fines de la década del 40 retoman los debates sobre la poesía y la literatura nacionales comenzados por *El Semanario de Santiago*. En ese marco, prestamos especial atención a las publicaciones en las que se fue consolidando el proyecto novelístico blestganiano.

La crítica especializada comparte en general la idea de que a mediados de la década de 1860 en Chile, como afirmó Lastarria en sus *Recuerdos*, “el progreso de la literatura nacional tenía ya vida propia”.¹ La expansión del mercado del impreso, el incremento de las publicaciones periódicas y del público lector de clase media o urbana –resultado en parte del progresivo desarrollo de la educación formal que había elevado por esa fecha a 17 por ciento los índices de alfabetización de la sociedad chilena²– favoreció sin dudas la consustanciación de los programas literarios trazados y

¹ Lastarria era aun más preciso, puesto que apuntaba el año 1864 como momento de esa realización (Lastarria, 1885 [1878]: 423). No casualmente la primera etapa narrativa de Alberto Blest Gana se extiende entre 1853 y 1863, año en que publica *El ideal de un calavera* en el folletín *La Voz de Chile*. De las lecturas críticas que abordan esa formación pueden consultarse los trabajos de Promis (1977: 15ss.), Subercaseaux (1981: 159ss.) y Zanetti (2002: 145ss.).

² Los datos refieren al año 1865. Cfr. Serrano (1993: 99). Como dice esta autora, en el estado chileno del XIX “la formación de un sistema nacional de educación responde al afán racionalizador de los sectores ilustrados de la clase dirigente que buscan ordenar desde el Estado una sociedad que aparece como caótica” y “forjar una nación con una identidad común a todos los habitantes de un territorio” (ídem, 64). El carácter de “absolutismo ilustrado” de la elite gobernante es descrito por Bravo Lira (1992, véase especialmente el capítulo “Apogeo de la república ilustrada”, pp. 303-428).

discutidos por la Sociedad Literaria del 42.³ En la década del 50, según Subercaseaux (1981: 175), la literatura pasó a tener la misma importancia que había tenido la historia en la década anterior. Pero ya no se trataba –afirma el crítico chileno– de una literatura de regeneración y emancipación de la sociedad, sino más bien de un programa de emancipación de la misma literatura en el que se combinaban, además de la exigencia de su nacionalidad, demandas de carácter estético.

Como vimos el primer capítulo, la dificultad mayor en la expansión de la *literacy* –a la par, por supuesto, de los bajos índices de alfabetización– radicaba en la composición elitista y tradicional de los agentes sociales que dominaban el mercado del impreso. En ese marco, fue el impulso de una opinión liberal y secularizadora – como vimos en el caso de los escritores agrupados alrededor de *El Crepúsculo*– lo que permitió, para usar los mismos términos de Lastarria, el progreso de la literatura nacional. Porque si es cierto que ese progreso se constata hacia fines del década del 50 y principios de la década siguiente, lo es en tanto las publicaciones periódicas fueron captando y mediando la diversidad de intereses de un público lector emergente, cuya dinámica determinó el incipiente mercado de socialización y democratización de las prácticas lectoras. A los periódicos *La Gaceta del Comercio*, *El Progreso*, *El Semanario de Santiago*, *El Crepúsculo*, *El Siglo* que iniciaron ese recorrido en la década del 40 se sumarán otros como *El Mosaico*, *El Alegre* o la *Revista de Santiago* y, una década después, *El Correo Literario*, la *Revista del Pacífico*, *La Semana* o *La Voz de Chile*, entre otros,⁴ e irán profundizando las estrategias periodísticas abocadas a captar y potenciar

³ José promis (1977: 20) ofrece una interpretación sugerente respecto al funcionamiento de las tendencias literarias de la época. Según esa interpretación, el programa fundacional de Lastarria habría comenzado a efectivizarse con la producción de A. Blest Gana, mientras que el discurso que este último pronunció en su incorporación a la Universidad en 1860 “establece lo que será a grandes rasgos la literatura chilena a partir de 1875”.

⁴ *El Correo Literario* publicó 22 números entre julio y diciembre de 1858. La *Revista del Pacífico* tuvo dos épocas. La primera, desde su fundación por Guillermo Matta en 1858 hasta 1859 (*Revista del Pacífico*, Publicación Quincenal, Tomo I, Valparaíso, Imprenta y Librería del Mercurio, De S. Tornero y Ca., 1858); la segunda, inaugurada con la dirección de Jacinto Chacón y la Sociedad de Amigos de la Ilustración, desde 1860 hasta 1862, ocupó los tomos II, III y IV (BNCh [M]). *La Semana. Revista noticiosa, literaria y científica*, redactada por Justo y Domingo Arteaga Alemparte, se publicó entre mayo de 1859 y julio de 1860. Por último, *La Voz de Chile*, periódico fundado por Manuel A. Matta, apareció el 12 de marzo de 1862 y llegó hasta el n° 675, del 26 de mayo de 1864.

los intereses lectores de un público relativamente amplificado. Por lo tanto, conviene situar la frase de Lastarria en el contexto discursivo de finales y principios del 60, en el cual la constitución de una literatura nacional respondía en primer orden a los escritos publicados en las páginas periódicas.

En primer lugar, bosquejaremos y analizaremos las líneas historiográficas y teóricas que circundan el objeto nación. El debate renovado en Chile sobre las tradiciones históricas del pasado nacional servirá para revisar nociones destacadas de la cultura decimonónica chilena como, por ejemplo, el tipo de calidad institucional generado por la intervención de Portales en la década de 1830. Desde esta perspectiva, abordaremos la polémica de más resonancia pública de la década, esto es, la publicación del ensayo “Sociabilidad chilena” de Francisco Bilbao en *El Crepúsculo*, en junio 1844. El análisis de periódicos como *El Crepúsculo* y *El Siglo*, primeras publicaciones redactadas por los jóvenes letrados de la Sociedad Literaria, nos permitirá observar la emergencia de un cúmulo de ideas liberales que marcarán los límites del consenso establecido por el aparato estatal. La polémica historiográfica estará así ambiguamente delimitada por esas controversias públicas que, pocos años después, se verán transformadas en praxis política con la fundación de la Sociedad de la Igualdad.

En segundo término, indagaremos la consolidación del programa narrativo de Blest Gana, revisando el episodio central de su consagración, esto es, el premio otorgado por la Universidad, así como las intervenciones críticas y ensayísticas del periodo que se extiende entre la *Revista de Santiago* (1848) y *La Voz de Chile* (1862-64). Al contrario de lo que suele estipular la crítica, veremos que fueron los intereses literarios propagados por la prensa periódica y las sociedades literarias, como la Asociación de Amigos de la Ilustración, de Valparaíso, o el Círculo de Amigos de las Letras, fundado por Lastarria en 1859, los que posibilitaron la existencia de un concurso literario en la institución más prestigiosa de la época. En ese contexto, contrastaremos la narrativa blestganiana con otras expresiones novelísticas, intentando dilucidar los factores que posibilitaron una temprana consolidación en Chile de un corpus novelístico considerable. Por último, examinamos algunas de las

estrategias retóricas utilizadas por Blest Gana y su inscripción en el horizonte discursivo de la nacionalidad chilena.

5. 2. Estado, nación y los debates de la historia

5. 2. 1. Una discusión del presente

Hoy, aquellas discusiones están perfectamente olvidadas.
Diego Barros Arana.⁵

Los conceptos nación y nacionalismo han sido objeto en las últimas décadas de varios estudios teóricos, críticos e históricos. Los aportes más significativos en ese terreno convienen en señalar el carácter “inventivo” o de “artefacto cultural” de las naciones modernas.⁶ Ernest Gellner (1988: 19) ofrece dos definiciones de nación, una culturalista –regida por un sistema compartido de ideas, creencias, códigos comunicacionales– y otra, voluntarista –cuyo consenso se asemeja bastante al articulado equilibrio entre memoria y olvido que postuló hacia fines del siglo XIX Renan como garante de una historia común.⁷ A su vez, la mayoría de estos estudios señalan que los discursos culturales del nacionalismo presuponen un “principio nacionalista” o “principio del umbral” caracterizado como requisito previo para su emergencia: ya la formación de un estado, ya la extensión y limitación de un territorio, ya ambas cosas entrelazadas.⁸

⁵ *Un decenio en la historia de Chile* (1913: 547).

⁶ Nos referimos principalmente a los representantes de la llamada corriente modernista: Anderson (1993 [1983]), Gellner (1988 [1983]), Hobsbawm (1991), Bhabha (1990). Un enfoque conjunto de las teorías del nacionalismo en: Delannoi-Taguieff (1993).

⁷ El texto de Ernest Renan, “Qu’est-ce qu’une nation?”, fue pronunciado en 1882 en la Sorbona (ver: <http://www.bmlisieux.com/archives/nation04.htm>). En versión inglesa puede consultarse en: Bhabha, 1990: 8-22.

⁸ Hobsbawm distingue, con respecto a esto, dos concepciones de nación: la revolucionaria-democrática, que llegaría hasta 1830, y la nacionalista, que pertenece al período clásico del liberalismo, entre 1830 y 1880. En este sentido, el discurso romántico-liberal de las élites criollas daría lugar a narraciones proto-nacionalistas que, recién en el período finisecular consolidarán un discurso propiamente nacionalista –ligado a la lengua y la etnicidad– si

Como recuerda Gellner, el Estado para Max Weber es un mecanismo de dominación implícita, apoyado en agentes especializados que detentan el poder legítimo. El Estado sería entonces la institución o conjunto de instituciones específicamente relacionadas con la conservación del orden y, al mismo tiempo, el agente que detenta el monopolio de la violencia legítima dentro de la sociedad. Por lo tanto, se podría decir que el Estado es un fenómeno histórico que emerge bajo ciertas circunstancias –cierto grado de complejidad institucional y social–, cuyo éxito se debe en gran medida a la articulación de sus cuerpos legales y burocráticos con las condiciones territoriales y poblacionales.

En Chile existen distintas interpretaciones acerca de la formación del Estado y de la nación.⁹ La historiografía conservadora del siglo XIX construyó un relato del Estado-nación afincado en la figura de Diego Portales, congruente con la visión de la clase dirigente que asumió el poder después de la batalla de Lircay de 1829. El predominio pelucón, es decir, conservador, quedó plasmado en la Constitución de 1833, obra de Mariano Egaña y en parte de Andrés Bello, pero inspirada en Portales. Tal predominio se sustentaba en un régimen centralista, que otorgaba una enorme autoridad al poder ejecutivo en la figura del presidente –entre otras cosas, mediante poderes excepcionales como las “facultades extraordinarias”–, cuyo período de gobierno se podía extender durante dos lustros, y cuya elección quedaba supeditada a una ínfima minoría de la población.¹⁰ El dirigismo de Portales habría así constituido un

entendemos a éste, siguiendo a Hobsbawm, en referencia con el estado-nación ya consolidado.

⁹ Aprovechamos para agradecer aquí al profesor Luis Corvalán, de la Universidad de Valparaíso, su oportuno llamado de atención sobre las vertientes y pujas interpretativas acerca de la historia nacional chilena.

¹⁰ En la elección de Manuel Bulnes para Presidente de la República votaron sólo 39.029 personas de una población total de más de un millón de habitantes (Cfr. Gazmuri R., 2006: 46). Barros Arana, en *Un decenio de la historia de Chile*, señala que la inscripción en los registros electorales se hacía entonces adquiriendo un boleto denominado “calificación”, sin el cual nadie podía votar. Las condiciones para tal adquisición eran, según lo estipulado por la Constitución de 1833, tener 25 años los solteros y 21 los casados, saber leer y escribir, tener empleo y renta a determinar (cfr. Leiras, 2003: 92). Si bien el requisito de la alfabetización tuvo cumplimiento recién después de año 1840 (con lo cual Portales se garantizaba un importante espectro de electores provenientes del ejército), en Santiago había por esa época cuatro mil doscientos electores inscriptos (Cfr. Barros Arana, 1913: I, 113-114). Si se tiene en cuenta que la población de esa ciudad alcanzaba hacia 1840 los 60.000 habitantes, se comprenderá el

régimen centralista y autoritario cuyos pilares fundamentales Gazmuri resume en los siguientes términos: un concepto de autoridad política inatacable, sacralizada, propio de la concepción de Estado monárquica; la aceptación de una estructura social jerarquizada como algo “natural”; y un apego al orden como modo de conjurar el temor por toda situación política de incertidumbre (2006: 43).

La obra historiográfica conservadora que consagró en el siglo XX la figura de Portales fue sin dudas *La fronda aristocrática* de Alberto Edwards, cuya influencia ha sido extensamente reseñada por trabajos posteriores. En ese ensayo, Edwards, tomando de Spengler la idea del “Estado en forma”, postulaba que Portales había puesto en práctica una concepción del poder enraizada en la tradición Real: “lo que hizo fue restaurar material y moralmente la monarquía, no en su principio dinástico, que ello sería ridículo, sino en sus fundamentos espirituales como fuerza conservadora del orden y de las instituciones” (Edwards, 1945: 51-52).¹¹

Durante el largo período dominado por la historiografía llamada positivista, que llegaría en Chile hasta las obras de Francisco Antonio Encina, el mito de Portales mantendría una vigencia incólume, a pesar incluso de las vertientes liberales decimonónicas como las de Vicuña Mackenna o Barros Arana.¹² En las últimas décadas, no casualmente, una serie de trabajos han retomado el tema.¹³ El de mayor resonancia

carácter reducido del sistema de legitimidad pública del poder político. Simon Collier (2005: 68) agrega información: el electorado apenas superaba en 1846 el dos por ciento de la población, cuando 24.000 votos fueron sufragados para el Congreso, y 21.000 para el gobierno.

¹¹ Edwards llega a caracterizar a Portales, como pudieron haberlo hecho los románticos argentinos con Rosas o Lavalle, apelando a la teoría del genio y de los “grandes hombres” de Carlyle. (cfr. Edwards, 1945: 50ss.).

¹² Recientemente, Cristián Gazmuri ha publicado un amplio estudio sobre la historiografía chilena, cuyo primer volumen principia en 1842 y llega hasta 1920, cuando “la veta interpretativa y metodológica central de la historiografía chilena tomó un rumbo muy diferente al que había tenido en el siglo XIX” (Gazmuri, 2006: 36). La primera parte incluye un estudio pormenorizado de la historiografía decimonónica y de los trabajos y memorias escritas a pedido de la Universidad de Chile.

¹³ Es sabido que la figura de Portales fue el apoyo simbólico e ideológico de la Junta Militar durante la dictadura de Pinochet. Cuando el periódico *La Nación* de Buenos Aires solicitó a principios de septiembre de 1976 a Pinochet que mencionara su modelo de hombre de Estado, éste indicó: “Véalo ahí, sobre mi cabeza tengo el retrato de don Diego Portales” (Cfr. Subercaseaux, 1991: 11). El texto de Subercaseaux fue publicado originalmente en 1978, en *Araucaria* (Madrid) y en *Cuadernos Americanos* (México).

fue tal vez el de Mario Góngora, publicado en 1981 bajo el título de *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*.¹⁴ Góngora abreva allí en el trabajo de Edwards, al que considera “la mayor y mejor interpretación de la historia del siglo pasado”, para desarrollar su idea de que “el Estado es la matriz de la nacionalidad: la nación no existiría sin el Estado, que la ha configurado a lo largo de los siglos XIX y XX”.¹⁵ Donde se apartaba, en cambio, de la visión de Edwards era en su interpretación sobre la forma concreta que debía adoptar para Portales el gobierno, afincado en clases particulares de la élite chilena, y no, como suponía Edwards, de modo impersonal y abstracto (Góngora, 1994: 43-44).

El ensayo de Góngora suscitó una serie de respuestas polémicas. Sergio Villalobos, por ejemplo, impugnó dos de los mitos que el trabajo de Góngora venía a glorificar: por un lado, el mito de Chile como un país esencialmente bélico, fundado en afectadas interpretaciones que ven en la guerra de Arauco un principio organicista de la nación y, por el otro, “uno de los mitos portalianos más difundidos: la creación de la institucionalidad”.¹⁶ Para Villalobos, en cambio, “la influencia de Portales no sobrevivió a la muerte de éste, porque estaba basada en el personalismo. Lo que se ha llamado régimen portaliano, en cuanto se identifica con la institucionalidad, la concepción abstracta del poder y la virtud gubernativa, es una creación posterior”.¹⁷

Estudios recientes han puesto en discusión esa línea hermenéutica de la historiografía que identifica el llamado “peso de la noche” portaliano con el régimen institucional republicano.¹⁸ Gabriel Salazar (2005), por ejemplo, indagó en la tradición

¹⁴ La primera edición es de 1981. Aquí manejamos la 5ª edición de Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1994, que incluye el prefacio a la primera edición y un prólogo de Ricardo Krebs (pp. 11-24), así como un anexo con entrevistas y escritos polémicos sobre el ensayo de Góngora (pp. 275-389).

¹⁵ Góngora, 1994. Las referencias pertenecen a las páginas 40 y 25, respectivamente. La última está tomada del prefacio a la primera edición.

¹⁶ Villalobos, Sergio, “El papel histórico del Estado” (incluido en Góngora, 1994: 330-342).

¹⁷ Idem, 341. Hay que tener en cuenta que las respuestas se sitúan en el marco del gobierno militar de Pinochet en pleno ejercicio. El trabajo de Villalobos se publicó en el diario *Hoy* entre marzo y junio de 1982. Para una lectura de los usos retóricos de la figura de Portales por parte del gobierno militar, véase Subercaseaux (1991 [1978]: 11-40).

¹⁸ “El peso de la noche” ha sido la frase convencionalizada por la historiografía chilena para caracterizar el sistema de gobierno de Portales. La frase surge de su intercambio epistolar: “el orden se mantiene en Chile por *el peso de la noche*”, “palo y bizcochuelo, justa y

previa a la institución conservadora de 1830, caracterizada generalmente como “período de anarquía”, para demostrar que la instauración del régimen portaliano lejos de significar una permanente garantía institucional –el supuesto “Estado en forma”– interrumpió un proceso popular y democrático e impuso el consabido mito mencionado por Villalobos de la durabilidad y excepcionalidad del orden constitucional chileno.¹⁹ Cabe señalar que la construcción ideológica de ese proceso fue alentada de manera coetánea tanto por las filas conservadoras del régimen como por los sectores de tendencia liberal, que veían en la estabilidad política alcanzada un reaseguro para el desarrollo cultural que en otras regiones (por ejemplo, el Río de la Plata o el Perú) se veía interrumpido por las permanentes asonadas militares y caudillistas que disputaban el poder.

Un extenso editorial del periódico oficial de la época, escrito con el fin particular de alentar la elección del sucesor presidencial, es decir, Manuel Bulnes, exponía varios de los núcleos centrales de esa construcción, retrayéndose a lo actuado en el segundo período del mandato de Joaquín Prieto. Citamos lo principal de esos conceptos:

Habíamos llegado a un tiempo en que no se discutía principio alguno puramente abstracto; que no se pensaba ya en el establecimiento de este o aquel sistema de gobierno, satisfechos con el que existía; que a nadie le era dado invocar hipócritamente a la libertad para promover miras ambiciosas; y que la demagogia, en una palabra, y el proselitismo, despreciados o vencidos, habían ido a ocultarse lejos de nosotros. El verdadero deseo de la gran

oportunamente administrados, son los específicos con que se cura cualquier pueblo”, decía en cartas a Joaquín Tocornal y Fernando Urizar Garfias. (Cfr. Collier, 2005: 58).

¹⁹ La revisión de ese período coincide con el estudio sobre el periodismo de la época de Gonzalo Piwonka Figueroa (2000). El estudioso y erudito Guillermo Feliú Cruz ya sostenía, a mediados del siglo pasado, que “cuando se dice que el principio del orden fue la contrapartida que se opuso al militarismo, a los caudillos militares, engendrados del caos y de la anarquía, perturbadores del orden social y de la continuidad del orden constitucional, se hace una aseveración inexacta que sólo ha podido mantenerse por repetición incesante” (cfr. *Durante la República* [1951], reeditado por el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000: 72). A los trabajos de Salazar pueden sumarse, aunque desde perspectivas diferentes, los de Villalobos (1987, 1992 [1974]) y Pinto Rodríguez (2003). El de este último se centra especialmente en los pueblos aborígenes.

mayoría del país estaba decididamente expresado a favor del orden y de una organización regular que lo asegurase para siempre, por medio de instituciones protectoras y benéficas, adecuadas a su estado, o sea la práctica gradual de una libertad racional y moderada.

Con semejante disposición de los ánimos pudo llegarse muy pronto a los más felices resultados, y la mano activa y vigorosa del gobierno de entonces contribuyó no poco a acelerarlos. Su acción firme y constante era indispensable para mantener el orden en aquella época de organización, para dar impulso a los trabajos que se iniciaban por todas partes, y para vencer principalmente los obstáculos que no podía menos de encontrar en su marcha. Todo esto pudo lograrse felizmente en menos de cuatro años; y la nación que acababa de salir de la anarquía y la guerra civil, entregada ahora a la industria y al trabajo, no solo vio desaparecer pronto hasta las últimas trazas de los males pasados, sino que también empezó a disfrutar de una prosperidad y adelanto, desconocidos antes en este país o en cualquiera otro de los hispano-americanos. (*El Araucano*, N° 557, 23 de abril de 1841, pág. 3, cols. 3 y 4)

El argumento de la estabilidad institucional ha sido un tópico común de la época, mediante el cual los sectores política y económicamente más encumbrados mostraban su anhelo de un gobierno fuerte que garantizara las instituciones para el intercambio comercial de la región, tal como sucedió en Buenos Aires con el gobierno de Rosas.²⁰

Pero a diferencia de Buenos Aires, en Chile el carácter particularmente compacto y cerrado de la clase dirigente, conformada en su mayor parte por los propietarios de haciendas y grandes comerciantes (el mismo Portales lo era), sumado a factores de orden geográfico, que favorecían cierto provincianismo o, como se ha dicho, insularismo, y a mecanismos de descompresión social, hizo que el proceso de

²⁰ Stuvén V. señala esa similitud entre el discurso sobre el orden de la clase dirigente chilena y el discurso republicano ostentado por Rosas, tal como indagó Jorge Myers en *Orden y virtud*, 2002 [1995]. (Cfr. Stuvén, 2000: 42-43).

unificación estatal y homogeneización nacional fuera menos accidentado.²¹ El usufructo minero del norte (las minas de plata descubiertas en 1832 en Chañarcillo, en Copiapó, iniciaron el auge de la actividad económico-minera) y la agricultura del Valle Central fueron la base de una economía de comercio exterior que, con altibajos ciertos, constituyó sin embargo la prosperidad de la “clase mercantil”, la más beneficiada, a su vez, por las estructuras del poder.²²

Las dos facciones políticas que hasta 1830 se habían disputado el poder no se identificaban, como en Argentina los unitarios y los federales, por sus disposiciones en términos federalistas o centralistas sino por rasgos culturales y por una mayor o menor aproximación a la ideología liberal.²³ Stuvén V. (2000) ha señalado que ambos sectores coincidían en privilegiar la noción de orden institucional y que, por lo tanto, las diferencias convencionales entre conservadores (llamados “pelucos”) y liberales (“pipiolos”) redundaban en Chile en una cuestión de énfasis. Sin embargo, las cualidades identificadoras de ambos grupos se hicieron visibles ya en la década del 20. El periódico *El liberal*, por ejemplo, publicaba un “artículo gramatical sobre las palabras Pelucos y Liberales”, en el que ensayaba una amena descripción de los atributos que debían considerarse como rasgos distintivos de ambos partidos:

PELUCONES

PRIMERA ACEPCIÓN (Con la que se conforman los mismos denominados).

PELUCONES, hombres ricos, nobles, viejos, devotos, empleados de primer orden, sanos, puros y formales; que no van a chinganas, que no beben ponche, que no tiran las mozas por la calle, que no piden prestado.

SEGUNDA ACEPCIÓN (que les dan sus adversarios) PELUCONES avarientos, servilones, estúpidos, ambiciosos, orgullosos, gazmoñosos, fanáticos, hipócritas, *monarquistas*.

LIBERALES

²¹ Los mecanismos de control social en Chile han sido descritos por Bengoa (1990).

²² Villalobos aborda la formación de esa clase comercial en *Origen y ascenso de la burguesía chilena* (1988).

²³ La expresión pública del federalismo más llamativa de la época fue en Chile la prédica infatigable de José M. Infante desde las páginas de su periódico *El Valdiviano Federal*.

PRIMERA ACEPCIÓN (Con que se conforman los mismos denominados) LIBERALES, hombres hábiles, despreocupados, tolerantes, patriotas fogosos y siempre consecuentes; caballeros atrasados; amigos de la libertad y de la independencia, de la propagación de las luces y de la reforma de las leyes currutacas.

SEGUNDA ACEPCIÓN (que les dan sus adversarios) libertinos, impíos, herejes, rotosos; despedazados, pobretones, *dominguejos*, pueblistas, revoltosos, [...] enemigos de la religión. (*El Liberal*, N° 28, 4 de septiembre de 1824, en: *CAPCh*, XVII, págs. 12-14)

Luego de esta presentación general, los redactores proponían su propia acepción. De los pelucones, sus enemigos políticos, apuntaban:

SU CARÁCTER: Vanidad e importancia, fundada sólo en títulos de hidalguía, de relaciones o de dinero; regularmente, altivos, ignorantes, presuntuosos [...]

EN POLÍTICA. Amor a la independencia por la que muchos de ellos han hecho muy dignos sacrificios, pero tiemblan al solo de la libertad; hombres de rutina en literatura, en gobierno, en rentas, para quienes, todo lo que hay que saber, son las leyes y reales órdenes de Madrid; y todo lo que se debe desear, volver al estado del año 1808 (exceptuando sólo la obediencia a España)

EN RELIGIÓN. [...] confunden la religión con los frailes, el dogma con las prácticas exteriores [...] sirviéndose para esto de los ministros de Jesucristo, a quienes sacan de su verdadero reino haciéndoles mezclarse y apasionarse de los negocios temporales. (Ídem, pág. 161)

De los liberales consignaban su inclinación por la libertad de culto, en religión, y en política su oposición al antiguo sistema colonial y su predisposición militante a la libertad y la ilustración republicanas. No obstante el carácter tendencioso como cierto grado burlesco de esa descripción, interesa detenerse mínimamente en las calificaciones y en los contrastes. De esos contrastes surge la ascendencia política del

sector conservador con la religión católica, así como el pragmatismo y la clara tendencia tradicionalista de sus filas.

Ricardo Donoso (1946: 174ss) señaló la gravitación de la Iglesia y de las autoridades eclesiásticas en la configuración del poder político chileno, no sólo a través de sus intermediaciones personales sino también de sus intervenciones públicas, tanto desde el púlpito como desde la prensa. *La Revista Católica*, por ejemplo, órgano oficial de la Iglesia, defensor y difusor de los principios del catolicismo, apareció en 1843 con el claro objetivo de combatir las tendencias liberales y secularizantes de la época.²⁴

El antecedente de ese órgano de expresión de la curia fue *El Observador Eclesiástico*, que surgió a fines de junio de 1823 con el fin de combatir las medidas de reforma eclesiástica alentadas desde los sectores liberales y apoyados por periódicos como *El Tizón Republicano*, *El Respondente*, y *El Corresponsal del Imparcial*. Más allá de esa disputa específica, el emplazamiento discursivo de la Iglesia constituye desde entonces un elemento de particular relevancia –mucho mayor que en la Buenos Aires rosista– en la moderación de los debates públicos chilenos. *El Observador Eclesiástico*, por ejemplo, anticipó con la sección “Libros Malos” la homóloga que reinstaló *La Revista Católica* a fines de 1845, con el título de “Libros prohibidos”.²⁵ En aquella

²⁴ Cabe consignar que uno de los episodios que decidieron la formación de la revista fue la publicación en *El Mercurio* de Valparaíso (diciembre de 1842) de un artículo destinado, a “preparar el terreno para establecer en Chile la tolerancia religiosa, o la libertad de cultos, como una necesidad de las sociedades modernas, y como signo representativo de la civilización del país”. (Cfr. Barros Arana, 1913: XIV: 343). A ello debe sumarse la polémica entre Sarmiento, desde *El Progreso*, y Jotabeche, desde *El Semanario de Santiago*, a raíz de la representación de la obra de teatro *Adel, el Zergí*. Sarmiento, con poco tino, deslizó algunos comentarios poco favorables a la monja Zañartu que, según el sanjuanino, había tenido cierta vida licenciosa de la que no se olvidaría en su reclusión monacal. Enseguida intervino el presbítero y futuro arzobispo de Santiago, Rafael Valdivieso, pariente de la monja. La polémica fue muy comentada en la alta sociedad chilena, donde la monja tenía mucha parentela (cfr. Peña M., 1912: I, LXXXI). Recientemente, en *¿Qué hacer con Dios en la República?* (2008), Sol Serrano hizo una interesante reevaluación de la cultura católica en el Chile decimonónico, atendiendo a los modos de modernización y adaptación del clero al impulso secularizador del Estado.

²⁵ También la sección dedicada al teatro. Así se expresaba *El Observador Eclesiástico* sobre la función del espectáculo teatral: ““Está en problema si esta diversión es útil o perjudicial a las costumbres del pueblo: el Pensador de Madrid, el Censor, y el Autor de la moral universal declaman fuertemente contra ella. Sin meterme yo en esta cuestión, ni decir si es o no en

sección, además, el periódico del dominicano Tadeo Silva diseñaba una modalidad específica, la de ser expresión mediadora del Estado: “Aunque el gobierno soberano debe tomar las medidas más enérgicas para impedir en el Estado la introducción de aquellos libros que atacan la religión y su moral; no son menos interesados en velar para que no se introduzcan en sus casas todos los padres de familia.”²⁶ Si el Estado velaba por la moral pública, la Iglesia podía además intervenir allí donde sus fueros, en principio, no llegaban: el espacio doméstico. Esa función social que se atribuía el clero encontró a principios de la década del 40 las primeras manifestaciones públicas de una discusión sobre la relación entre Estado e Iglesia, las readaptaciones y modificaciones que afectarían a ambas potestades, y la redefinición de los alcances de lo público y lo privado. En esa discusión los significados de la cultura nacional también se vieron implicados, principalmente aquellos relativos al pasado y a la tradición hispánico-colonial. Como veremos a continuación, fue en el espacio de la prensa periódica donde esos significados alcanzaron visibilidad pública y trazaron el carácter de las contiendas que el Estado sometería a su intervención administrativa e institucional.

5. 2. 2. *Los límites de la sociabilidad chilena: de El Semanario a El Crepúsculo*

Como ya señalamos en el primer capítulo a raíz del artículo publicado por Espejo en *El Crepúsculo* acerca del libro de Aimé Martin y la educación de la mujer, *La Revista Católica* fue un órgano de intervención que, en algunos aspectos –y ciertamente no menores–, se amparaba en las filas conservadoras del gobierno, a la vez que las legitimaba.²⁷

contra del espíritu del cristianismo, observo solamente que no debe el gobierno permitir las representaciones que perjudican la religión y las costumbres.” (*El Observador Eclesiástico*, N° 1, 28 de junio de 1823, en: *CAPCh*, 1962: XVI, 235). En octubre de 1846, luego de la aprobación de una nueva ley de imprenta, más restrictiva, *La Revista Católica* comenzaba a su vez a publicar una serie de artículos bajo el título “Teatro” en los que retomaba la tendencia de *El Observador Eclesiástico*: “Ante todo, advertimos que no queremos examinar la institución del teatro; sí solo criticar, alzar la voz contra sus abusos” (“Teatro. Artículo 1°”, *La Revista Católica*, N° 106, 22 de octubre de 1846, pág. 1, col. 2).

²⁶ *El Observador Eclesiástico*, N° 12, 6 de septiembre de 1823 (en: *CAPCh*, 1962: XVI, 308).

²⁷ *La Revista Católica* intervino en varias polémicas públicas, entre las cuales sin duda la de mayor relevancia –por la extensión de sus objetivos– estuvo relacionada con la educación femenina. Cabe mencionar también la entablada con los redactores de *El Amigo del Pueblo*,

Una de las polémicas de mayor resonancia pública en la década del 40, antecedente inmediato de la discusión académica sobre la historia, fue la suscitada a raíz de la publicación en *El Crepúsculo* del ensayo “Sociabilidad Chilena”, de Francisco Bilbao. En general, la historiografía ha considerado ese ensayo de Bilbao como un escrito de juventud, incoherente en sus argumentos e hiperbólico en sus expresiones. Tal interpretación ha sido consagrada a partir incluso de opiniones propiamente contemporáneas. Como vimos en el primer capítulo, los redactores de *La Gaceta del Comercio* le restaban relevancia y sostenían que, de no mediar el juicio del fiscal, el ensayo habría pasado desapercibido. Algo similar dice Barros Arana en *Un decenio de la historia de Chile*.²⁸ Como muestra el epígrafe que inicia esta sección, para Barros Arana esas discusiones –que incluyen la motivada por Lastarria con sus *Investigaciones*– estaban, a fines de siglo, *perfectamente* olvidadas.

Sin embargo, como sostiene uno de sus biógrafos, con ese escrito Bilbao se convirtió en “un precursor ardiente del socialismo en Chile”.²⁹ No nos detendremos aquí en la reseña de esa evaluación historiográfica, que ha vertido últimamente nuevas hipótesis sobre el caso.³⁰ Pero sí nos interesa analizar los puntos conflictivos del

periódico aparecido en 1850 y ligado al Club de la Reforma y a la Sociedad de la Igualdad, a raíz de la publicación de un fragmento de *Palabras de un creyente* de Lamennais, y que culminó con la suspensión de dicho periódico.

²⁸ “El artículo de Bilbao pasó desapercibido en los primeros días. Pero desde que llegó a noticias del clero, i desde que *La Revista Católica* dio la voz de alarma, se produjo un impulso de indignación contra aquel escrito i contra su autor, que iba a tomar grandes proporciones” (Barros Arana, 1913: XIV, 527-528). Hay que agregar, por otra parte, que los juicios del historiador sobre la capacidad intelectual de Bilbao son más bien despectivos.

²⁹ Donoso, Armando (1940: 18). Es preciso insistir que el socialismo que manejan los letrados criollos es el promovido por Saint-Simon, y más específicamente aún el de sus seguidores, como el de Leroux a través de sus publicaciones en *Le Globe*, *La Reveu Encyclopedie*, *Reveu de deux mondes*, o los estudios sobre filosofía del derecho de Lermenier (*Introduction Générale a l’Histoire du Droit*, 1829 y *De l’Influence de la Philosophie du XVIIIe Siecle sur la Législation et la Sociabilité de XIXe*, 1833), o, en el orden religioso, el de *Las palabras de un creyente* del abate Lamennais. Con la palabra “socialismo”, Leroux buscaba oponerse al individualismo, mostrando la unilateralidad de ambos términos, y expresando “una crítica de la propiedad” (Orgaz, 1950: II, 131).

³⁰ Stuvén, por ejemplo, ensaya una renovada lectura de los alcances políticos del texto de Bilbao. Sobre los juicios históricos, señala: “No percibieron la imposibilidad de separar la capacidad de Bilbao como agitador, de sus ideas revolucionarias, y la relación de ambas con la estructura del poder. La separación entre sociedad civil y sociedad política como categorías de

ensayo y de su recepción, pues resultan cruciales en la evaluación de la discusión sobre el pasado nacional. Por lo demás, Bilbao es el primero en Chile que aplica en sus conjeturas las nociones socialistas introducidas en el Río de la Plata en el año 37, y aun podría decirse que lleva sus reflexiones a extremos impensados por los románticos argentinos.³¹

Como dijimos, el ensayo apareció en el periódico *El Crepúsculo*. Se publicó en el número correspondiente al 1 de junio de 1844.³² El periódico había sido fundado por los integrantes más jóvenes de la Sociedad Literaria, presididos por Lastarria, contando con la colaboración de Andrés Bello y de sus hijos Francisco y Carlos. De los ex redactores de *El Semanario de Santiago*, cuyo último número salió el 2 de febrero de 1843, sólo quedaba el director de la Sociedad. Entre sus colaboradores, además del propio Bilbao, se hallaban J. N. Espejo, Cristóbal Valdés, Francisco de Paula Matta (uno de sus fundadores y redactores principales), Santiago Lindsay y Jacinto Chacón. Este deslinde de nombres es importante puesto que indica un cambio de rumbo con respecto a los intereses de la anterior empresa editorial. A diferencia de *El Semanario*, *El Crepúsculo* puede definirse como la primera manifestación pública de las inclinaciones y tendencias fraguadas por “los más entusiastas de los jóvenes” –como los calificaría Lastarria– de la Sociedad Literaria.³³

análisis, presente en Lastarria, ha impedido visualizar cómo ambas estaban unidas en la cultura política de la clase dirigente chilena.” (Stuven, 2000: 268)

³¹ Francisco Bilbao es tal vez el primero que se propuso convertir las arengas de los argentinos en plataforma política en Chile. De hecho, en su traducción de las palabras de Voltaire: “Qué soy, a dónde voy y de dónde he salido” con que cierra su ensayo parecería responder a la frase de Alberdi, “de dónde venimos y hacia dónde vamos”, que V. F. López había transcrita en su primer artículo sobre el discurso de Lastarria. Una de las biografías críticas más completas sobre Francisco Bilbao es la de Alberto J. Varona (1973). Pueden consultarse, además, los siguientes trabajos: Figueroa (1894), Donoso (1940) y Jobet (1942: 48-78).

³² *El Crepúsculo*, N° 2, 1° de junio de 1844, Vol. II, pp. 57-90. (BNCh [M]). Cabe aclarar que el periódico editó dos volúmenes: el primero llega hasta el número 12, del 1° de abril de 1844, y el segundo hasta el número 4, del 1° de agosto del mismo año. El microfilm de la Biblioteca Nacional de Chile sólo contiene hasta el número 11, del Vol. I, del 1° de marzo de 1844. El volumen II se halla en la Sala Toribio Medina.

³³ Conviene diferenciar dentro de las filas del llamado movimiento de 1842 dos formaciones intelectuales distanciadas cronológicamente. Una la integran aquellos letrados formados durante la década anterior y nacidos entre los años 1810 y 1818, entre los cuales cabe destacar los siguientes: José Joaquín Vallejo (1811-1858), Carlos (1815-1854) y Francisco Bello (1817-1845), Antonio García Reyes (1817-1855), Salvador Sanfuentes (1817-1860), Manuel A.

Entre sus páginas se publicaron artículos de crítica literaria de F. de Paula Matta (sobre el *Hernani* de Hugo, sobre Espronceda), el relato “Jorge”, de Lindsay, “El Mendigo”, de J. V. Lastarria –relato que ha llamado la atención de la crítica y sobre el cual volveremos en la segunda parte de este capítulo–, una leyenda en verso de Juan Bello titulada “Elena y Eduardo”, “La oración por todos” (imitación de V. Hugo), artículos de historia literaria y de filosofía didáctica de Andrés Bello, el artículo de Espejo sobre la educación de las mujeres al que ya hemos aludido y una serie de poesías originales y traducidas.³⁴ Cabe citar aquí dos fragmentos de los artículos críticos de Paula Matta, puesto que son representativos del nuevo emplazamiento discursivo que promueve el periódico. En su comentario crítico al *Hernani*, Matta parecería incluso responder a lo escrito por Sanfuentes en *El Semanario*: “En política, en religión, en literatura, hai libertad, tolerancia e independencia. El drama por consiguiente tiene que admitir las causas, si su destino es representar la sociedad en un cuadro lleno de vida y movimiento. *Nadie se admira ahora de ver al plebeyo pensar como un rei; ni ninguno cree imposible la caída de su trono al soplo del pueblo*”.³⁵ La tendencia romántico-liberal de esta publicación se hace aún más palmaria en el estudio que el mismo Paula Matta dedicó a Espronceda. Allí el enjuiciamiento de la cultura y la literatura españolas coincide con la visión de los argentinos: Espronceda es

Tocornal (1817-1867) y José Victorino Lastarria (1817-1888). La otra la forman aquellos que, habiendo nacido entre 1818 y 1826, en los inicios de la década del 40 se encontraban –la mayoría de ellos– cursando en las aulas del Instituto Nacional: Hermógenes Irisarri (1819-1886), Manuel Talavera (1820-1859), Juan N. Espejo (1821-1876), Jacinto Chacón (1822-1893), Francisco Bilbao (1823-1865), Cristobal Valdés (1821-1853), Santiago Lindsay (1825-¿1875?), Juan Bello (1825-1860), Francisco de Paula Matta (1821-1854) y Eusebio Lillo (1826-1910) (Cfr. Figueroa, *Diccionario biográfico de Chile*, 1897-1901, 3 tomos). Es decir, que los integrantes del primer grupo tendrían en el año 42 entre veinticinco y treinta años, mientras que los del segundo estarían entre los dieciséis y veintitrés. La diferencia explica, en parte, la disímil orientación editorial que tuvieron periódicos como *El Semanario de Santiago*, por un lado, y *El Crepúsculo* y *El Siglo*, por el otro. También sirve para estimar distintas posiciones y recuperar particularidades que, como ocurre con la llamada generación del 37 argentina, suelen quedar subsumidas en el sesgo generacional con que son abordadas.

³⁴ Además de los ya mencionados, entre los poemas originales cabe destacar “El pobre y el rico” de Jacinto Chacón (N° 3, 1 de agosto de 1843), “Sara en al baño [sic] (Imitación de Victor Hugo)” de Hermógenes Irisarri (N° 6, 1 de octubre de 1843), “La mujer de un soldado” de Santiago Lindsay (N° 9 y 10, 1 de enero y 1 de febrero de 1844), “La novia y la carta”, de Mercedes Marín del Solar (N° 8, 1 de diciembre de 1843), entre otros.

³⁵ *El Crepúsculo*, N° 1, 1° de junio de 1843, pág. 23. Nuestro subrayado.

valorado por su aproximación a Byron, y sólo se rescatan Cervantes y Larra como los únicos escritores de mérito.³⁶

Ahora bien, en el contexto de esas publicaciones, en verdad, sorprende la aparición de un ensayo como “Sociabilidad chilena”. A diferencia del cuento de Lastarria, y a diferencia también de las propuestas doctrinarias del *Dogma* de Mayo, el ensayo de Bilbao embiste abiertamente contra los aspectos medulares de la legitimidad política reinante. En efecto, el ensayo ataca el legado colonial en la religión católica, específicamente en sus agentes, a quienes señala como los culpables de extender el régimen feudal sobre la república, y ataca también el sistema político imperante en Chile después de la revolución, al que ve como un artificio de los pelucones para que aquella no se plasme. Del catolicismo y de la iglesia dice lo siguiente:

El catolicismo es religión simbólica y de prácticas que necesita y crea una jerarquía y una clase poseedora de la ciencia. Religión autoritaria que cree en la autoridad infatigable de la iglesia, es decir, en la jerarquía de esos “Hombres” [...] La Iglesia necesita incienso, pompa, candelabros, campanas que asusten, monumentos que aterren, oro, plata, cobre; necesita el sostén del clérigo y de la comunidad, que no pueden trabajar, sino estudiar para la

³⁶ Es interesante señalar que el estudio de Paula Matta estaba destinado, en principio, a acompañar la reedición de *El Diablo Mundo* de Espronceda, pero el editor (Santos Tornero) no convino con los juicios por él desarrollados. Una nota al final del artículo expresaba esa desavenencia del modo que sigue: “Este artículo estaba destinado para la reimpresión del *Diablo-Mundo*; pero el impresor (editor del Mercurio) lo desechó por largo y por hablar mal de los autores españoles. Lo publicamos tal como ha sido hecho en su principio con el objeto de dar a conocer el criterio de un pobre impresor y de agregar un nuevo argumento en apoyo de ese fatuo quijotismo español. *El mismo autor. Santiago, enero 15 de 1844.*” (*El Crepúsculo*, N° 11, 1° de marzo de 1844, pág. 452). Sobre la labor editora de Santos Tornero en *El Mercurio* puede consultarse el libro de José Peláez y Tapia, particularmente los capítulos VI y VII dedicados a esos años (1927: 188-207). Cabe agregar que la empresa de los jóvenes letrados chilenos parecería haber tenido buena respuesta del público, sobre todo del público femenino. Un “aviso de la imprenta”, por ejemplo, decía: “Tenemos la satisfacción de anunciar al público que en lo sucesivo el Crepúsculo saldrá en un tipo nuevo y elegante como así mismo en un papel mui superior, cuidando mui particularmente de adornar las poesías con buenos dibujos y viñetas” (N° 10, 1° de octubre de 1843, pág. 420).

interpretación; luego el pueblo tiene que dar diezmos y primicias de su trabajo. “Pagar diezmos y primicias”, dice el texto.³⁷

La obediencia y la imposición son, para Bilbao, las bases fundamentales del catolicismo. El señalamiento de los ornamentos de la iglesia y del trabajo para pagar los diezmos, además del simbolismo de la oposición, reproduce el sistema medieval de creencias, particularmente su manifestación barroca. Pero además, Bilbao afila sus dardos contra las instituciones de ese sistema: la educación, la propiedad y la familia. “La educación –dice– consiste en 6 años u 8 de latín (misericordia, Señor); unos 4 de filosofía escolástica y otros tantos de teología”. Y agrega mordazmente: “Si pasan las 4 reglas de aritmética, es mucho, si saben lo que hay del otro lado de los Andes, si saben que andamos alrededor del sol, es mucho” (idem, 61). Luego, al revisar el sistema de la propiedad, apunta contra los hacendados:

El pobre necesita comer y buscar trabajo. El trabajo no puede venir sino del que tiene industria y capital. La industria o capital son las tierras: luego los hacendados son los dueños del trabajo, de aumentar o disminuir el salario [...] El “robo” queda definido por quitar a otro lo que “posee”, sin considerar el despotismo del rico (idem, 62-63)

Sobre la familia señalará el atomismo religioso, que propende a un “aislamiento misantrópico” y al acallamiento de las pasiones. Pero Bilbao va más allá. Ciertamente, no obstante el sesgo poético de varios pasajes, las no pocas incoherencias de algunos otros, o el hiperbólico sistema de evaluación que esas páginas suscitan, es indudable la contundencia política de sus enunciados. Bilbao no sólo analiza la herencia española y los fundamentos de la iglesia, también le dedica algunas páginas al orden político: “¿Qué son esos hombres de los gobiernos que hemos tenido y que tenemos, que se precian de poseer el secreto de la felicidad, conservando las tradiciones antiguas,

³⁷ “Sociabilidad chilena”, en: Donoso (1940: 53 y 56). De ahora en más se extraen las citas de esta edición.

respetando la organización de la propiedad, que evita el noble desarrollo de los hombres, fomentando las creencias destruidas por la revolución?” (ídem, 73).

Ahora bien, tal vez el pasaje más disruptivo de esas páginas haya sido para los miembros del gobierno la interpretación del proceso revolucionario, coartado según el escritor por los intereses conservadores (“Lircai, sabemos tu fin”, dirá Bilbao), y la mención a las “facultades extraordinarias” del gobierno como herramienta de dominación y mantención del *statu quo*.³⁸

Semejante batería de dicterios contra los pilares del régimen no podía pasar desapercibida de ningún modo, a pesar de que sus mismos pares no hayan comprendido el carácter ciertamente provocador de sus comentarios.³⁹

El sector conservador y ultramontano, en cambio, sí pareció comprender el alcance de sus ideas. *La Revista Católica* no tardó en responder. El 18 de junio, a tres días de que el Fiscal de la Corte de Apelaciones presentara su acusación,⁴⁰ editó un número especial en el que hacía una refutación general del ensayo, y comenzó a publicar una serie de diez artículos bajo el título de “Refutación de los errores relijiosos y morales del artículo ‘Sociabilidad Chilena’”, destinados a rebatir los argumentos

³⁸ Hay en esas páginas, además, un cuadro descriptivo sobre las luchas facciosas que se aproxima a los cuadros del *Facundo*: “ved esos hombres, ved las selvas del sur que aspiran por la destrucción de la ciudad o por su dominio conquistador” (ídem, 80). *El Siglo* respondió a ese aspecto del ensayo, como veremos más abajo.

³⁹ Lastarria, por ejemplo, sostuvo que el escrito de Bilbao no “satisfacía a la nueva [escuela] ni correspondía a las aspiraciones liberales, porque su metafísica y su misticismo nada enseñaban ni prometían” y que “habría pasado solamente como un ensayo [...] si a la sazón no hubiese estado desempeñando una de las fiscalías [...] un rabioso representante del antiguo régimen” (Lastarria, [1885] 1878: 283). Cabe consignar que en esa batahola de dicterios, Bilbao señalaba un camino específico para la revolución: el de la industria y la educación. Estas herramientas quedaban en manos del gobierno, responsable de llevarla adelante: “Nosotros carecemos de representación capaz de reorganizar un batallón de propaganda. Luego el Poder Ejecutivo que en los pueblos nuevos ejerce un poder tan importante, debe ser el encabezador [sic] de la revolución” (ídem, 85).

⁴⁰ El dato es de la misma *Revista Católica*, que consigna: “El señor Fiscal de la Corte de Apelaciones en cumplimiento de su deber, y correspondiendo al deseo de todo el pueblo que ha levantado un grito de execración contra ese escrito eminentemente blasfemo y desmoralizador, lo ha acusado con fecha 15 del corriente al señor Juez del Crimen; el jurado reunido ayer declaró haber lugar a formación de causa contra el impreso acusado de blasfemo, inmoral y subversivo.” (“Alcance al número 30”, *La Revista Católica*, 18 de junio de 1844, pág. 252, col. 1)

antirreligiosos del escritor “socialista”.⁴¹ En su primera intervención, llamaba la atención a los padres de familia sobre la educación que estaban recibiendo los jóvenes educandos chilenos:

Ved el suceso de la educación filosófica cuyo plan se os está trazando por algunos de los inspirados mentores de la juventud de poco tiempo a esta parte: ved las lecciones que reciben vuestros hijos entregados en su edad mas preciosa a la dirección de estos maestros presuntuosos que hacen alarde de sus aberraciones. No se crea que declamamos; colejio hai en Santiago donde el autor de la “sociabilidad chilena” es profesor, es decir está encargado de ilustrar el espíritu humano, de rectificar sus ideas, de instruir. (*La Revista Católica*, “Alcance al número 30”, 18 de junio de 1844, pág. 252, col. 1).

La mención no es fortuita ni se reduce a la figura de Bilbao. Por extensión, remite al cúmulo de ideas que algunos de los emigrados argentinos venían propagando desde la prensa. El 24 de junio se reunió en sesión extraordinaria el consejo de la Universidad a pedido de Mariano Egaña, decano de la Facultad de Leyes: se decidió la expulsión de Bilbao del Instituto, y se suspendió a Guillermo Blest Gana como profesor de medicina en la Universidad, acusado de haber vitoreado a Bilbao a la salida del juicio.⁴² En otra reunión, el mismo Egaña solicitó una reprensión para Vicente Fidel

⁴¹ La serie se publicó a partir del número 31 del 1 de julio de 1844 hasta el número 45, del 1 de noviembre del mismo año. Los artículos se ceñían a discutir, basados en la doctrina del evangelio, los enunciados de Bilbao directamente relacionados con la religión católica. Así, por ejemplo, rebatían su idea de que el apóstol Pablo había corrompido el mensaje cristiano: “El segundo punto en que incurre el inventor del artículo ya dicho, es considerar a san Pablo como un refractario de la moral del Salvador, sujetando a la mujer a un cautiverio penoso, cuyas cadenas había roto su maestro [...] ninguno de los apóstoles, ni S. Pablo variaron con su doctrina el texto de la antigua lei. Dios había dicho a la mujer en el principio del mundo como lo atestigua el más antiguo de los libros que estaría sujeta al dominio y potestad del marido en pena de su pecado” (*La Revista Católica*, N° 33, 15 de julio de 1844, pág. 2 (266), col. 2, y pág. 3 (267), col. 1).

⁴² En el número 75 de *El Siglo*, del 1 de julio de 1844, un remitido firmado “Unos cuantos” daba a conocer los pormenores de esa reunión: “El consejo de la universidad ha suspendido de la clase de medicina al Dr. D. Guillermo Blest por haber victoriado [*sic*], según se nos ha dicho al joven Bilbao. A este joven se ha expulsado del Instituto nacional, y se ha mandado que se indague la conducta de los demás alumnos que se hallaron en la plaza el día del jurado. En la

López, supuesto maestro y partidario del injuriado.⁴³ Posteriormente, la Corte Suprema de Justicia dispuso la destrucción de cuantos escritos del acusado se hallasen, y se prohibió la publicación de *El Crepúsculo*.

Por su parte, Bilbao asumió su defensa ante el jurado, fue asistido para pagar los costos de la sentencia y publicó, amparado y acompañado por algunos amigos, su justificación en los periódicos afines, como *El Siglo*, que había comenzado a salir a principios de abril de ese mismo año y era redactado por algunos de los escritores del cesante *Crepúsculo* –como Francisco de Paula Matta, Santiago Lindsay y Cristóbal Valdés– o *La Gaceta del Comercio*, de Valparaíso, redactada por entonces por otro de sus correligionarios, Juan Nepomuceno Espejo. Los episodios relativos al juicio han sido suficientemente estudiados y documentados por la historiografía, de modo que no es necesario reponer aquí sus particularidades.⁴⁴

Sin embargo, cabe revisar brevemente algunas de sus repercusiones públicas. El periódico *El Siglo* comenzó a publicar un extenso artículo por entregas dedicado a evaluar tanto el fenómeno en sus alcances públicos como, más importante, las ideas vertidas por Bilbao en su ensayo.⁴⁵ Al mismo tiempo que se publicaban en *El Siglo* remitidos o artículos en defensa del autor, *El Mercurio* y *El Progreso* desataron una serie de inectivas que profundizaron la polémica.⁴⁶ La posición de Sarmiento frente a

sesión celebrada, D. Andrés Gorvea y D. Andrés Bello se opusieron al proyecto iniciado, según se corre, por D. Mariano Egaña”. Y más adelante, en tono sarcástico: “Yo por mi parte querría que se restableciera en Chile la Inquisición, y que D. Mariano fuese el jefe del tribunal. Mucho ganaríamos con esto: tendríamos un buen juez de las conciencias, y un orador que se aproximase a San Ambrosio en la elocuencia eclesiástica” (*El Siglo*, N° 75, 1 de julio de 1844, pág. 2, cols. 1 y 2).

⁴³ Efectivamente, López fue uno de los maestros de Bilbao que lo introdujo en las nuevas corrientes de ideas. Cfr. Varona (1973: 53ss.).

⁴⁴ Pueden consultarse, en principio, las páginas que le dedicó Barros Arana (1913: XIV, 523-542). También las obras de Donoso (1940: 9-46); Varona (1973: 75-92) y Stuvén (2000: 251: 282).

⁴⁵ Comenzó en el número 63, del 17 de junio de 1844, y continuó en los números 64, 65, 66, 67, 68 y 69. Cabe consignar que los artículos aparecieron en la primera página, sección editorial, ocupando tres columnas, y llevando por título “El Crepúsculo”.

⁴⁶ Bilbao mismo comenzó a publicar en *El Siglo* un texto suyo bajo el título “Ilustración del artículo Sociabilidad Chilena por D. Francisco Bilbao” (se inició en el N° 64, 18 de junio, y llegó, con algunas interrupciones, hasta el número 87, del 15 de julio). También apareció una “Correspondencia”, firmada por “Unos pocos amigos de Bilbao” en respuesta a los ataques de *El Mercurio* (*El Siglo*, N° 79, del 5 de julio de 1844, pág. 2.)

las ideas de Bilbao ha sido reseñada también por la crítica,⁴⁷ pero vale la pena señalar que sus críticas a las ideas de Bilbao se enmarcan en la contienda abierta con los redactores de *El Siglo* y *La Gaceta del Comercio*. Estos periódicos venían manteniendo una discusión pública sobre los hechos del gobierno, y Sarmiento tomó su defensa desde su periódico “semi-oficial”, como él mismo lo llamó.

Por otra parte, conviene reponer otro hecho de relativa importancia en las controversias públicas de la época: la muerte y las exequias de José Miguel Infante. El redactor de *El Valdiviano Federal* murió el 9 de abril de 1844, pero el gobierno denegó el permiso concedido para realizar la oración fúnebre que acompañaría las exequias, y éstas debieron celebrarse recién el 5 de junio de aquel año.⁴⁸ Durante ese tiempo, las páginas de *El Siglo* acogieron las protestas de amigos y familiares, y dieron publicidad a los textos que leyeron ante su tumba los alumnos del Instituto Nacional que, con ese acto, habían descatado lo dictaminado por las autoridades del Instituto.⁴⁹ Asimismo, la muerte de Infante profundizó aún más las diferencias entre Sarmiento y los redactores de *El Siglo*. En efecto, el 26 de abril Sarmiento publicaba un editorial titulado “El Valdiviano Federal”, en el que resumía las ideas de Infante aprovechándose de los escritos en el último de sus periódicos publicados. En ese texto se concentran los puntos principales de la discusión entre ambos bandos. Sarmiento criticaba el federalismo por el que abogaba Infante, calificándolo de anacrónico –dado

⁴⁷ Sarmiento, alistándose en los defensores del orden, atacó el ensayo de Bilbao desde las páginas de *El Progreso*, calificándolo de sedicioso (en los términos de la acusación fiscal) y acusándolo de promover el desorden social. En sus páginas, además, dio cabida a las manifestaciones que reclamaban “velar por la conservación de la moral pública y de la religión” (*El Progreso*, N° 506, 25 de junio de 1844).

⁴⁸ Al día siguiente de la muerte de Infante, *El Siglo* publicaba una carta firmada por “Un chileno, que resumía su propia opinión y anticipaba el debate que vendría: “A las dos de la tarde de ayer murió D. José Miguel Infante de sesenta y cinco años de edad. La patria ha perdido el mejor de los padres. El Valdiviano acabó su constante y brillante carrera. El republicano hallará en este libro, sin pasiones de partido, y en la memoria de los hechos que ilustraron la vida de D. José Miguel Infante, los consuelos de que necesita para neutralizar el sentimiento producido por esta calamidad pública. D. José Miguel Infante consagró toda su vida al servicio de la patria; justo es que el gobierno honre sus cenizas; así lo exigen la gratitud y la necesidad de fomentar patriotismo” (*El Siglo*, N° 5, 10 de abril de 1844, pág. 2, cols. 1 y 2).

⁴⁹ No casualmente, quienes pronunciaron sus discursos fueron Francisco Bilbao, Eusebio Lillo, que leyó un poema en su memoria, y Juan Nicolás Álvarez. *El Siglo* publicó esos textos en su número 7, del 12 de abril, y el poema de Lillo en el número siguiente.

que, según el sanjuanino, y como demostraba el sistema de Rosas, el federalismo desencadenaba la tiranía—, sostenía que su pensamiento representaba una inclinación españolizante y retrógrada y, como si fuera poco, lo presentaba como un viejo ilustrado, con ideas de otra época, preocupado por combatir libros piadosos, como el recientemente aprobado e incorporado por la Universidad, *Vida de Jesucristo*. Sarmiento, como se puede inferir, mezclaba con poca discreción sus propios intereses en su reseña necrológica.⁵⁰

El Siglo respondió con una acalorada defensa, desmontando esos argumentos y señalando indirectamente esa provocación: “D. José Miguel Infante no consideraba a Rosas un tirano, cuya pasión es la matanza y toda clase de crímenes. Lo consideraba, sí, como un caudillo de un sistema político que, a su juicio, era el más a propósito para establecer de un modo sólido la libertad”.⁵¹ Luego sostenía que Infante “no aborrecía a España, como a pueblo ninguno”, pero sí a sus gobiernos despóticos, y que eso podía comprobarse en cualquiera de sus escritos periodísticos. Por último, refutaba los dichos sobre su inclinación antirreligiosa diciendo que Infante “jamás combatió la religión de Jesucristo; impugnó sí la ambición del poder eclesiástico.” Y agregaba:

La impugnación a la obrita recomendada por el rector de la Universidad, que con tanto interés defiende *El Progreso*, no es un ataque directo a las ideas religiosas: importa sí una crítica inspirada por el verdadero amor a la libertad. No se dice que la tal obrita sea mala, sino que de ese recurso se valieron, en otros tiempos, los tiranos para adormecer al pueblo en el fanatismo. (*El Siglo*, N° 22, ídem)

⁵⁰ Conviene recordar la polémica que tratamos en el capítulo 1 sobre la educación de la mujer, sostenida entre Espejo y *La Revista Católica*. Allí Sarmiento se había quejado ante los redactores de la revista por no tener en cuenta su traducción de la *Vida de Jesucristo*. Cfr. Capítulo 1: “La figura de la mujer lectora”.

⁵¹ *El Siglo*, N° 22, 30 de abril de 1844, pág. 2, col. 2.

A partir de allí la polémica estuvo atravesada por cuestiones políticas y personales.⁵² Lo interesante de esta reyerta es comprobar la asunción pública por parte de los letrados chilenos de un programa que expresaba, tanto en lo político como en lo literario, la tendencia que Vicente Fidel López tanto se había preocupado por develar en la cuidada prosa de Lastarria. Para decirlo en los términos propuestos por Alberdi, los jóvenes habían asumido que en política como en literatura era “imposible escapar a la ley de los extremos”. No sorprende, desde ese punto de vista, que en el número que *La Gaceta del Comercio* dedicó al juicio de Bilbao, identificara a éste con la figura patriótica del fenecido Infante.⁵³ Además de las evidentes conexiones que esta polémica y, particularmente, el ensayo de Bilbao tienen con la discusión sobre la cultura nacional, hay que tener en cuenta que ésta es la primera manifestación de un grupo de jóvenes liberales que participarán activamente en los sucesos revolucionarios de finales de la década, patrocinados por la Sociedad de la Igualdad y conocidos históricamente como “jornadas del 20 de abril de 1851”.

Quisiéramos retomar aquí el artículo en varias entregas de *El Siglo* al que ya aludimos, dedicado a analizar el ensayo de Bilbao. Vale aclarar, además, que es uno de los escasos textos que analizan las ideas del ensayo relacionadas con la nacionalidad y el pasado chilenos. La primera entrega se encargaba de hacer una justificación del periódico donde apareció el ensayo —y por corolario, de sus redactores—,

⁵² *El Siglo* publicó una diatriba jocosa y anónima contra el sanjuanino y los argentinos: “Los birlocheros que deseen comprar un buen surtido de caballos cuyanos con todas sus cualidades características, y además educados por un método moderno, bajo la dirección de un cuyano altamente civilizado, pueden pasar al Progreso que allí encontrarán con quien tratar. Tienen además la ventaja de saber leer y escribir por la ortografía americana redactada con gloria y honor por Monsieur Sarmiento o maese como lo llama el Progreso. Corren, como ningunos para atrás y para adelante: relinchan con la maestría que hablan y escriben sus compatriotas loros, y en fin, son buenos animalejos hasta para tirar carretas cargadas con todo lo más pesado que produce la República argentina. Sus escritores.” (N° 38, sábado 18 de mayo de 1844, pág. 3, col. 3). Sarmiento, tras los ataques de *El Siglo* escribió una carta a Lastarria diciéndole que “toda armonía e inteligencia entre ambos [había] cesado”. Este último respondió, de puño y letra, y al pie de la misma carta, haciéndole saber que acusaba “recibo de la declaración de guerra” que allí se le hacía. Véase la correspondencia entre Sarmiento y Lastarria editada por María Luisa del Pino de Carbone (1954: 25).

⁵³ “¡BILBAO! Has dado a la patria un día de gloria: la tumba de su fundador se ha conmovido: INFANTE te ha escuchado” (*La Gaceta del Comercio*, “Plácemes a la nación”, N° 735, 21 de junio de 1844).

argumentando que *El Crepúsculo* no era una empresa unitaria, como sí *La Revista Católica*, sino que “cada redactor [tenía] diversas creencias”. En las siguientes entregas se pasaron a tratar las ideas del ensayo en cuestión, refutando algunas de sus tesis. Por ejemplo, sobre la dispar evaluación que había realizado el autor del ensayo de las figuras políticas de Prieto y Bulnes, el anónimo articulista corregía: “Bulnes es una continuación de Prieto”.⁵⁴ No es necesario describir la totalidad de esas discrepancias. Sí, en cambio, merece consignarse la que refiere al pasado nacional, que Bilbao había vapuleado por la oprobiosa connivencia del feudalismo con el catolicismo. “¿Pero solo esto hai en nuestro pasado?”, se preguntaba el redactor de *El Siglo*, y agregaba:

Es preciso pues creer que Chile (Arauco) ha debido dar un elemento definido, palpable, o por lo menos contribuir con una influencia débil, pero susceptible de engrandecimiento y de poder con el correr de los años.

El suelo araucano recorrido por los bárbaros, hollado en donde quiera por la planta orgullosa del indio, se presentaba a los españoles, con sus árboles elevados, sus cercanas cordilleras, la fertilidad del terreno, la dureza de las estaciones. He ahí lo que en nuestro pasado olvidó Bilbao. ¿Acaso no es el suelo y las razas primitivas lo que tiene influencia fecunda en el desarrollo humano?

*El araucano ha quedado sin figura en la historia del pasado; este es un error histórico que culpa mucho más al autor cuando le vemos, en su examen de la resurrección del pasado, introducir al huaso (hombre de campo) entre los elementos reaccionarios.*⁵⁵

⁵⁴ *El Siglo*, N° 68, 22 de junio de 1844, pág. 1, col. 2. Bilbao establecía una diferencia entre el gobierno de Prieto, al que adjudicaba los rasgos de una dictadura, y el contemporáneo de su sucesor, al que veía menos comprometido con el ultramontanismo y la autoridad de la Iglesia.

⁵⁵ *El Siglo*, 18 de junio de 1844, pág. 1, col. 1 (nuestro subrayado). De esa confluencia entre pobladores primitivos y españoles, el comentarista deriva una visión distinta del huaso: “Chile debió ser agricultor, y agricultor con algo de ropaje araucano”, sostiene. De allí se explicaría el carácter estacionario del huaso, que debe su estado al lento desarrollo comercial de la agricultura.

Ese olvido histórico es el que reaparecerá en la primera polémica institucional sobre el pasado chileno. Me refiero a la suscitada por la memoria histórica presentada por concurso de la Universidad, las *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*, de José Victorino Lastarria. Pero mientras el ensayo de Bilbao se había permitido –aun desde el misticismo que le criticara Lastarria– confrontar abiertamente con la autoridad de la Iglesia y con el régimen autoritario del peluconismo –señalando, además, su linaje colonial–, el trabajo de Lastarria debía, en primer lugar, lidiar con la mediación institucional que su aceptación como miembro de la Universidad hacía efectiva. En ese marco, la disputa debía absorber todas las prerrogativas de un discurso reglamentado. Aun así, veremos que Lastarria montaría una sutil estrategia retórica en la que lo político, como ocurría en las polémicas entre Bello y Mora, definiría el significado de su intervención sin llegar a convertirse en objeto manifiesto del discurso.

5. 3. La escritura de la Historia: polémicas *entramadas* en el cuerpo de la patria

5. 3. 1. Autoridad y legitimidad del discurso histórico

“Facundo no ha muerto”, escribió Sarmiento, “está vivo en las tradiciones populares, en la política i en las revoluciones argentinas; en Rosas, su heredero”. Y, por supuesto, habría que añadir, en el gesto ritualístico de su propia evocación: se resucita al muerto para hacerle comprender lo que sus actos *significan*. En ese movimiento, como señala De Certeau (1993: 17), se visualiza una estructura propia de la cultura occidental: el develamiento de una subjetividad cuya inteligibilidad se establece en relación al “otro”. La historiografía –en el sentido moderno del término– se afianza mediante un corte tripartito que supone, en primer lugar, la figura del “otro”, objeto (doble) de saber, la necesaria diferenciación entre un *pasado* y un *presente* que habilita la noción de distancia en las formaciones discursivas y, por último, la separación de esos discursos (saber) que hablan sobre ese *cuerpo* (social) que le da, en

silencio y desde su tranquilidad mortecina, la palabra. La historia moderna occidental comienza así con la irrupción de una escritura moderna de la historia.

En el proyecto inédito de su prefacio a la *Historia de Francia*, Michelet define su rol de historiador al entablar un diálogo, “extraño” y “filial”, con las ruinas del pasado que se intentan develar. Después de haber transitado por la *Historia de Francia*, dice Michelet, las sombras espectrales “regresaron menos tristes a sus tumbas”: la escritura del historiador convoca los ritos funerarios que exorcizan la muerte (la introduce en un discurso) y permite simbolizar el espacio de una continuidad y un abandono. Tumba de doble sentido, la escritura historiográfica habla del pasado, resus-*cita* sus muertos, para mejor enterrarlos (De Certeau 1993: 117). Así también, en su historia inconclusa del siglo XIX, leemos:

Cada muerto deja un pequeño bien, su memoria, y exige que se la atienda. Al que no tiene amigos, habrá que suplirlo el magistrado (...) Y esta magistratura es la historia (...) He dado a muchos muertos demasiado olvidados la ayuda que yo mismo necesitaré. Los he exhumado para una segunda vida (...) Hoy viven con nosotros, que nos sentimos sus padres, sus amigos. Así se forma una familia, una ciudad común entre los vivos y los muertos.⁵⁶

La memoria de los muertos es recuperada por una escritura filial cuyo magisterio traza un puente comunitario con los ausentes y, en su envés, el artilugio de una genealogía que ordena el origen histórico del presente. Claro que aquellos ausentes que Michelet buscaba exhumar con su escritura no formaban una serie azarosa de muertos anónimos y olvidados. Por el contrario, como señala Anderson (1993: 274), eran aquellos cuyos sacrificios a lo largo del tiempo hicieron posible la revolución de 1789, aun cuando estos sacrificios no fueran considerados como tales por las víctimas. Al igual que Sarmiento, intérprete y cartógrafo del “Esfinge

⁵⁶ Michelet, “Prólogo” a *Jusqu’au 18 Brumaire*, vol. 2 de sus *Oeuvres Complètes*, citado por Anderson (1993: 275). La cita, a su vez, Anderson la extrae de Hayden White, de su *Metahistoria* (1992: 157). Para una visión crítica sobre la ideología del “universalismo” en la concepción histórica de Michelet, véase: Todorov (1991: 241ss).

Argentino”, Michelet se propone la tarea de discernir los significados subyacentes del Enigma que los actores históricos no estaban en condiciones de comprender por sí mismos: “Necesitan de un Edipo que les explique su propio enigma cuyo sentido no captaron, que les enseñe lo que querían decir sus palabras, sus actos, que ellos no han comprendido” (Anderson, 1993: 275).

La tarea que esas palabras de Michelet auguran coincide con la formación de los estados modernos. El nacimiento de la escritura moderna de la historia se apoya en un orden legal (Sujeto supraempírico) que legitima la producción de un saber y que Hegel, en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, había identificado con el Estado:

La palabra historia reúne en nuestra lengua el sentido objetivo y el subjetivo: significa tanto *historia rerum gestarum* como las *res gestae*. Debemos considerar esta unión de ambas acepciones como algo más que una casualidad externa; significa que la narración histórica aparece simultáneamente con los hechos y acontecimientos propiamente históricos (...) El Estado es, empero, el que por vez primera da un contenido que no sólo es apropiado a la prosa de la historia, sino que la engendra. (Hegel, 1953 [1830]: 134)

Esta íntima relación entre sujeto y legalidad autoriza a pensar la historiografía como un tipo de escritura que se vuelve inteligible en la medida que se inserta en un determinado sistema social, aquello que De Certeau llama el *lugar* del discurso historiográfico: el poder que organiza una práctica de escritura que abreva en lo “real” para acceder a la racionalidad que autoriza su *decir* sobre el pasado (1993: 24).⁵⁷ En su análisis de las tres formas reconocidas del discurso historiográfico, a saber los *Anales*, las *Crónicas* y la *Historia* propiamente dicha (es decir, la historiografía moderna), Hayden White señala que lo que falta en la lista de acontecimientos propia de los *Anales* para darle un orden y una regularidad (narrativa) a ese discurso “es una noción

⁵⁷ Lo “real” es aquí entendido en la extensión conceptual que le otorga De Certeau, es decir, aquellas determinaciones de un “lugar” (de producción) que hacen a la práctica historiográfica (1993: 24ss).

de centro social por la cual ubicarlos unos respecto de otros y dotarles de significación ética y moral” (White, 1992: 26). Como sostiene el propio Hegel en sus *Lecciones*: el Estado crea “no sólo la narración sino el interés de los hechos” (1953: 134). De allí que para Hayden White la relación entre ley, historicidad y narratividad defina los protocolos de la historiografía caracterizada por su contenido poético-retórico, esto es, por un uso del lenguaje figurativo (proceso tropológico más que lógico) mediante el cual el historiador construye su relato de acuerdo con los efectos preteóricos que supone la fricción de intereses e inclinaciones emotivas frente a dicha Ley. Dejando de lado los riesgos ciertos que supone un enfoque formalista como la teoría tropológica postulada por White,⁵⁸ interesa rescatar la función “latente o manifiesta” con que carga toda narrativa histórica cuando un centro de poder diagrama el espacio de su inscripción imaginaria: “cuanto más históricamente consciente de sí mismo es el escritor de cualquier forma de historiografía, más le incumbe la cuestión del sistema social y la ley que lo sostiene” (White, 1992: 28).

La necesidad de forjar desde la letra una historia local y particular dio a los escritores latinoamericanos una conciencia extrema de la artificiosidad de su propio oficio, verificable en las reflexiones y polémicas sobre los modos y estilos narrativos abocados a definir el carácter nacional de las regiones independizadas.⁵⁹ La precaria –o casi nula– institucionalización de las prácticas relacionadas con el saber historiográfico parecería determinar la masiva presencia del componente histórico en las tramas ficcionales (y ensayísticas) de los letrados criollos en la primera mitad de siglo.⁶⁰ En

⁵⁸ Una visión de las críticas a la teoría tropológica de Hayden White, en: Palti 1998 y Chartier 1998. Como sostiene este último en la ponencia publicada en la revista *Prismas* (“La historia entre representación y construcción”), siguiendo los postulados de Ricoeur y de Certeau, lo que define al saber histórico es un conjunto de reglas, entre las cuales sobresale la noción de archivo como constituyente de un discurso que, aunque comparte con la narración ficticia sus mecanismos tropológicos, remite siempre a su “huella”. Véase Chartier, R. 1998: 197-207.

⁵⁹ La necesidad de “un concepto más fuerte de la nacionalidad, fundado en el principio de la preexistencia de la nación”, y por lo tanto superador de nociones afincadas en la sociedad contractualista del Antiguo Régimen, es lo que está en la base de esas polémicas. Véase Palti (2003: 138ss.).

⁶⁰ Aun en el caso de Chile, donde la Universidad propició la discusión y escritura de “memorias” históricas nacionales, lo que está en formación, como en seguida veremos, es el propio estatuto del saber historiográfico. Por lo demás, a ello hay que sumar las condiciones

este sentido, es sintomático que cuando Anderson indaga los mecanismos de construcción imaginaria de las comunidades nacionales europeas haga mención a la práctica y apogeo de las “ciencias” historiográficas en Francia, mientras que, para el caso americano, a la hora de dar cuenta de esa “fraternidad imaginaria” recurra al romance (uno de sus ejemplos es *The Pathfinder*, de Fenimore Cooper) como modo de construcción de un imaginario histórico y comunitario (1993: 281).

Fácil sería derivar de esa hermenéutica andersoniana razones que ameriten la comparación del romance de Cooper con la prosa del *Facundo* –derivación que al propio Sarmiento hubiera agradado. De hecho, como en seguida veremos, el sanjuanino atribuyó a su texto cualidades capaces de convertirlo en documento histórico. Es oportuno insistir, sin embargo, en el carácter legitimador que orienta esas escrituras en las nuevas repúblicas, las cuales necesitan, como dirá Andrés Bello en la polémica con su discípulo Lastarria, hacer su propia historia.⁶¹

Por cierto, en esa tarea las disputas no han de ser menores. Una manifestación de ellas, por ejemplo, fue la controversia entre Vicuña Mackenna y Mitre alrededor de la figura política del general Carrera, a raíz de la publicación del chileno de su obra *El ostracismo de los Carrera*. La polémica tomó la forma de un intercambio epistolar y se hizo pública a través de las páginas de *El Correo Literario*, de Santiago.⁶² El escritor argentino, que ya por entonces había empezado a trabajar sobre su historia de Belgrano, le endilgaba al chileno dejarse “arrastrar alguna vez por la imaginación, interpretando más bien que narrando los hechos del pasado, i dando a sus cuadros ese

materiales de esa escritura. En este sentido, sorprende la insistencia con que algunos escritores, como Vicuña Mackenna, aun en condiciones nefandas dedican su tiempo a consignar en papeles sucesos del pasado. Se sabe que durante su estadía de tres meses en la cárcel, producto del estado de sitio declarado por Montt a fines de 1858, Vicuña escribió tres obras mayores, *El sitio de La Serena*, *Vida de Almagro* y, sintomáticamente, el primer tomo de la *Historia de los diez años de la administración de Manuel Montt*, que ha sido considerada su mejor obra. Sobre la labor historiográfica de Vicuña Mackenna puede consultarse el reciente trabajo de Gazmuri (2004: 11-60), que incluye también trabajos sobre Barros Arana y Edwards Vives.

⁶¹ “¿Qué retroceso cabe en hacer la historia de Chile, que no está hecha?” (Bello, 1957: XIX: 248).

⁶² Las cartas se publicaron en los números 4 y 5, del 7 y 11 de agosto de 1858, respectivamente. Allí también se dio a conocer la polémica entre Sarmiento y Bilbao al otro lado de la cordillera.

colorido, esa luz, esa movilidad, que no siempre se encuentra en la naturaleza”.⁶³ El retrato que surgía de las fuentes utilizadas (documentos, papeles de la familia, relatos orales), para Mitre era generalmente falso.

Vicuña Mackenna respondió diciendo que su obra había sido escrita sobre la base de “documentos argentinos”, y que lo veía a Mitre participar “de una opinión [contra Carrera] que en sí misma es exagerada, injusta, i me atrevo a decirlo, en gran manera falsa delante de los hechos justificados”.⁶⁴ De lo que se trataba, por parte de Vicuña Mackenna, era de revisar la imagen que se había construido del general Carrera, “puesta en la misma balanza en los fastos argentinos con la del bandolero Pablo Pincheira”⁶⁵, de modo que el autor de *El ostracismo de los Carrera* terminaba identificando al propio Mitre como un instigador de esos juicios falsos sobre el general chileno, a quien Vicuña Mackenna prefería comparar con San Martín.

La polémica muestra el carácter político de los presupuestos, los valores y las concepciones historiográficas puestas en juego en 1858, cuando la Universidad de Chile ya había acopiado varios trabajos monográficos sobre su historia patria y en Argentina pocos años antes se había fundado el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata, cuyas bases orgánicas fueron redactadas por el propio Mitre.⁶⁶ En todo caso, las diferencias entre los dos historiadores sudamericanos revelan una conciencia

⁶³ *El Correo Literario*, Santiago, N° 4, 7 de agosto, pág. 2 (39), col. 2.

⁶⁴ *El Correo Literario*, Santiago, N° 5, 11 de agosto, pág. 1(49), col. 1.

⁶⁵ Los Pincheira eran cuatro hermanos, hijos de un campesino de una hacienda cercana a Chillán. Antonio, el mayor, había combatido en Maipú en el ejército realista, transformándose en el jefe de la banda hasta su muerte, ocurrida en 1823. Santos, el segundo, murió ahogado en un río de la cordillera, mientras huía a refugiarse entre los pehuenches. Pablo, el tercero, dirigió la banda hasta 1832, cuando fue fusilado por el general Manuel Bulnes. Por último, José Antonio, el menor, pasó la cordillera en 1827, emprendiendo diversas acciones contra las autoridades y hacendados de Mendoza, Santa Fe y Córdoba, aliado a los caciques indígenas de la zona. Terminó pactando con Bulnes un retiro en una hacienda de Alico, donde falleció en 1884. (Cfr. Pinto Rodríguez, 2003: 75 [nota]).

⁶⁶ Mitre había publicado, un año antes, su primera biografía de Belgrano, en la *Galería de celebridades argentinas* (1857). Sobre el Instituto, fundado en 1854, y la labor de Mitre en esos años puede consultarse lo escrito por Ricardo Caillet-Bois para el tomo VI de la *Historia* de Arrieta (1960: 52-80). Véase, asimismo, el trabajo de Alejandra Laera sobre los cambios producidos después de Caseros en los proyectos literarios de algunos escritores rioplatenses como Mitre y V. F. López (2003: 407-437).

reflexiva sobre los alcances que el trabajo historiográfico podía tener en territorios donde algunos “héroes” patrios aún esperaban ser encumbrados.

Esa conciencia aparece claramente tematizada y asumida en la “Memoria” que leyó Sarmiento en octubre de ese mismo año, al ser nombrado Director de Historia del Ateneo del Plata. El sanjuanino indicó allí que “la súbita aparición de la América en la escena histórica [...] ha[n] trastornado todo el plan de la historia como arte, como enseñanza y como ciencia. El mundo está viendo nacer Estados en toda la plenitud de su fuerza, con la misma sorpresa que si viera aparecer nuevos planetas en el espacio” (1899 [1858]: XXI, 93).⁶⁷ Nótese que la asunción por parte de Sarmiento tanto de la nueva escena histórica como del surgimiento de los nuevos Estados americanos que redistribuyen geopolítica y geoculturalmente el mapa historiográfico de las civilizaciones modernas no opaca sino que subraya su reconocimiento de la escritura historiográfica como artificio (“arte”, “enseñanza” y “ciencia”). Con la bisagra de Caseros a su espalda y a más de diez años de su obra capital, Sarmiento puede ahora explayarse sobre cuestiones que en su exilio chileno aparecían condicionadas tanto por su ubicación fronteriza como por los acontecimientos políticos del momento. Puede así referirse, sobre el final de su discurso, a la experiencia de aquellas páginas que “alguna verdad debían encerrar [...] puesto que han sido aceptadas como esclarecimiento de los hechos” (ídem: 110) como un *modus operandi* de narración histórica para los nuevos países hispanoamericanos. En consonancia con ello, dirá que la “Historia” no es “la sencilla narración de los humanos acontecimientos; es además una de las bellas artes, y como la estatuaria, no sólo copia las producciones de la naturaleza, sino que las idealiza y las agrupa armónicamente” (ídem: 92).

Sarmiento recomienda a sus discípulos la profundización histórica sobre los cuadros agrupados en el proceso voluntarista de tiempos pasados. “Haced monografías”, dice Sarmiento. Es tiempo de explayarse sobre acontecimientos particularmente significativos para esa trama, detenerse con minucia en las singularidades, parece decir, ahora que la principal batalla ha dado paso seguro al

⁶⁷ La “Memoria” de Sarmiento lleva por título “Espíritu y condiciones de la historia en América”; fue leída el 11 de octubre de 1858 en el Ateneo del Plata.

“augusto magisterio” de la historia que “es enseñar, amonestar, precaver, premiar, corregir” (ídem: 107):

Sois vosotros, hijos de los descubridores y de los conquistadores, quienes han de dar a la Europa la descripción topográfica de los lugares, disipando la ilusión que el miraje había acreditado como realidades, y revelando verdades nuevas que el europeo no puede alcanzar, por faltarle la intuición que nace del medio ambiente. (ídem: 95)

Esa “intuición” de la que habla el sanjuanino, pensada en términos del sujeto criollo, descendiente de “descubridores” y “conquistadores”, es la que posibilita pensar la historia como campo de disputas: “la guerra fue siempre la tela de la historia”, dice Sarmiento (ídem: 98). Esas disputas, también, ordenan el campo de saberes que los letrados criollos pudieron encontrar en las prosas organicistas y providencialistas de Herder, Cousin –el ecléctico continuador del hegelianismo en Francia– y, más tarde, en sus discípulos Quinet y Michelet.⁶⁸ No está de más señalar aquí que la traducción de Quinet de las *Ideas sobre la filosofía de la historia*, de Herder, es la fuente principal en la que se basan las disquisiciones filosófico-historiográficas de Lastarria, a las que nos referiremos en las páginas que siguen.

5. 3. 2. *Las Investigaciones de Lastarria y los fundamentos de la nacionalidad*⁶⁹

El artículo 28 de la Ley Orgánica de la Universidad de Chile establecía que en la reunión de claustro anual se pronunciara “un discurso sobre alguno de los hechos más señalados de la historia de Chile, apoyando los pormenores históricos en documentos

⁶⁸ Véanse Halperin Donghi (1996) y Jitrik (1977). Para el caso chileno pueden consultarse Stiven (2000: 223-232), Subercaseaux (1981: 208ss.) y Gazmuri (2006: 41ss.).

⁶⁹ Sobre la polémica suscitada a raíz de las *Investigaciones* de Lastarria pueden consultarse los siguientes trabajos: Alfonso Bulnes (1965: 33-40); Guillermo Feliú Cruz (1933: 366-384 y 1942: 254-268); Álvaro Fernández Bravo (1999: 101-139); Ana María Stiven (2000: 221-250); Álvaro Kaempfer (2006: 9-24) y Joseph Dager Alva (2002: 97-138). Asimismo, ver Beatriz González Stephan (1987: 82ss) sobre el historicismo en Hispanoamérica y su relación con el pensamiento europeo, principalmente Hegel y Herder.

auténticos, y desarrollando su carácter y consecuencias con imparcialidad y verdad.” A continuación agregaba que el discurso sería pronunciado por un miembro de la Universidad elegido por el rector.⁷⁰

La elección para la confección de ese primer discurso recayó en José Victorino Lastarria. Pero Lastarria no se limitó a preparar un discurso sobre un hecho histórico particular, sino que ofreció un ensayo interpretativo sobre el pasado nacional, tergiversando lo dispuesto por la ley e inaugurando al mismo tiempo la práctica de elaborar una memoria histórica y, en ocasiones, un libro entero.⁷¹

Se ha dicho que Bello, rector de la Universidad, mostrando un gesto de liberalidad encomendó a Lastarria la redacción del primer discurso por ser éste uno de sus discípulos más “rebeldes” y aun “revolucionarios”. Sin embargo, teniendo en cuenta lo sucedido con el ensayo de Bilbao y los debates promovidos por los jóvenes redactores nucleados en torno a *El Crepúsculo* y *El Siglo*, recordando además que los conceptos vertidos por el joven liberal en su discurso de la Sociedad literaria seguramente suscitaron la aprobación de su innostrado maestro, podría pensarse que, lejos de eso, la elección de Bello estuvo motivada por razones de otro orden.⁷²

⁷⁰ El artículo completo decía: “La Universidad se reunirá todos los años en Claustro pleno en uno de los días que subsiguen a las fiestas nacionales de Setiembre, con asistencia del Patrono y Vice-Patrono. La sesión será pública. En ella se dará cuenta de todos los trabajos de la Universidad y de sus varias Facultades en el curso del año; se distribuirán los premios; y se pronunciará un discurso sobre alguno de los hechos más señalados de la historia de Chile, apoyando los pormenores históricos en documentos auténticos, y desarrollando su carácter y consecuencias con imparcialidad y verdad. Este discurso será pronunciado por el miembro de la Universidad que el Rector designare al intento.” (*AUCH*, 1846: 9).

⁷¹ En efecto, a partir del trabajo de Lastarria, las memorias que sucesivamente fueron presentadas cobraron por su extensión el formato de ensayo o libro. Entre 1844 y 1860 se escribieron trece memorias, y fueron publicadas en los Anales sólo hasta 1850; a partir de entonces se publicaron separadamente por la extensión que alcanzaban las mismas. Cfr. Gazmuri, 2006: 60-76.

⁷² Es casi un lugar común en las reseñas de este episodio sostener que Bello impulsó esa discusión (Véase, por ejemplo, lo que dicen Gazmuri [2006: 65] y Stuvén [2000: 232]). Esa interpretación promueve dos creencias instaladas de las que es oportuno tomar distancia. La primera aboga por liberalizar la figura rectora de Bello. Éste habría cedido a los impulsos de los jóvenes comandados por Lastarria, mostrando así su inclinación liberal. La segunda contribuye a radicalizar la posición de su discípulo (“el más rebelde”, “el más revolucionario”). Por cierto, tal interpretación se basa en la reconstrucción interesada que hizo el propio Lastarria de ese episodio, interpretación que ofrece no tanto en sus *Recuerdos Literarios*, sino en una obra anterior: *Recuerdos del Maestro* (1874). Allí escribió Lastarria: “El Rector quería algo de nuevo,

Sea como fuere, lo cierto es que Lastarria leyó el 22 de septiembre de 1844 un discurso que se alejaba metodológica e ideológicamente de las propuestas que pretendía impulsar el rector de la Universidad. Debe destacarse la importancia del evento, en el que participaban no sólo los miembros de la Universidad sino su Patrono, es decir, el presidente de la república, y otros miembros del gobierno. Es decir, esas lecturas ensayan los márgenes del espacio público pos-colonial: hasta dónde puede discutirse y qué discursos son permitidos o no por el Estado chileno.⁷³

El antecedente inmediato de la memoria de Lastarria fue la publicación del primer tomo de la *Historia física y política de Chile*, escrita por Claudio Gay.⁷⁴ Ante la aparición de la primera entrega al público suscriptor en agosto de 1844, Sarmiento

i para que se vea cuál era su espíritu en esos momentos, se nos escusará referir la manera como encomendó aquel trabajo [...] Bello, oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, entró al gabinete del que tenía igual puesto en el Ministerio del Interior, i sin saludar, en tono casi imperativo, dijo a éste: ‘Usted escribirá la memoria histórica’. ‘De ninguna manera, hai muchos que pueden hacerlo mejor’, respondió el otro. ‘No veo quién, replicó el maestro, la Universidad debe ir adelante, i puesto que usted los trata a todos de retrógrados, i es el único revolucionario que hai entre mis discípulos, a usted le toca dar el impulso. Diciendo i dando vuelta la espalda para no oír la respuesta, se fue, dejando una orden que fue cumplida” (reproducido en: Fuenzalida Grandón, 1911: I, 99). La elección de Bello puede pensarse como una decisión meditada. Desde lo formal, Lastarria garantizaba un uso no sólo adecuado sino correcto del lenguaje (algo que en su reseña destacó el propio Bello) y una oportunidad para poner en cuestión la metodología imperante en cierta corriente literaria francesa, que comenzaba a dominar, como se pudo comprobar con Bilbao, en los trabajos de la joven intelectualidad chilena.

⁷³ Una reseña detallada sobre el contexto político y cultural en el que se insertan estos debates en Chile puede consultarse en *Un decenio de la historia de Chile* de Diego Barros Arana (1913, tomos XIV y XV), y Stiven (2000); también, aunque mediada visiblemente por sus propios intereses en la disputa, en los *Recuerdos literarios* de Lastarria. En relación al movimiento literario chileno del 40 y sus protagonistas, véanse los artículos referidos al tema que la revista *Atenea* compiló en su número especial del centenario (año XIX, Tomo LXVIII, n° 203, mayo de 1942), y el trabajo de Pinilla (1943).

⁷⁴ El naturalista francés Claudio Gay llegó a Chile en 1828 para dictar clases en el Colegio de Santiago. Después de la batalla de Lircay, fue contratado por el ministro Portales para estudiar la historia natural y la geografía de Chile, tarea que comenzó a efectuar en 1830. En poco tiempo su labor ya era reconocida incluso fuera de Chile. En efecto, entre el 2 y el 9 de diciembre *La Gaceta Mercantil* de Buenos Aires publicó un “Extracto de las observaciones científicas de M. Gay en Chile” (nros. 3450 a 3455). Hacia 1839, M. Egaña, le encargó además escribir una historia política de Chile. En 1844, comenzó a publicarse en París la primera entrega de su *Historia física y política* que llegaría, por suscripción, a los miembros de la élite chilena. La obra constaba, en total, de 30 volúmenes, que se publicaron en París entre 1844 y 1871. Sobre el naturalista francés y su labor historiográfica puede consultarse el estudio que le dedicó Guillermo Feliú Cruz en su edición de las *Conversaciones históricas de Claudio Gay* (1965: XVII-CXXIV).

publica una reseña en el *Progreso* en la que, antes que ofrecer un juicio más o menos detallado sobre la obra, se encarga de apuntar algunas precisiones que hacen a la narración historiográfica en América. Estas primeras ideas del sanjuanino sobre el tema son fundamentales si tenemos en cuenta que al año siguiente él mismo se encargará de plasmarlas en la biografía del caudillo riojano. Sarmiento celebra la publicación de la *Historia* de Gay pues ésta posibilita el conocimiento de América en Europa –obras así “abren las puertas a la industria europea conociendo el valor de las producciones no elaboradas ni explotadas aun entre nosotros”–, pero al hacerlo apunta lo siguiente:

Lo que aun no se ha escrito de la historia de América, lo que por su alta concepción histórica necesita una pluma francesa, i no americana ni española, es ese momento en que la España se reposa de su larga lucha con los moros, enciende una hoguera para quemar a todo el que entiende perturbar el sueño al que va a abandonarse, i manda al océano tres carabelas para que le traigan de qué vivir en la indolencia i en la ociosidad de espíritu i de cuerpo que se prepara bajo la sombra de todos los despotismos concebibles mancomunados. (1909 [1844]: II, 214).

La alusión a la necesidad de una “pluma francesa”, justamente, en una reseña sobre la obra del francés se justifica, en realidad, por el hecho de que Gay era un naturalista antes que un historiador, y carecía de una visión filosófica como la reclamada por Sarmiento que pudiera, además de recapitular los hechos del pasado, proveerles un sentido. En esta línea, párrafos más adelante, se anima a aconsejar al autor de la *Historia* el camino que su investigación debería seguir:

La historia de la revolución chilena [...], el espíritu de los pueblos en aquella época, sus ideas, sus esperanzas, formarán sin duda uno de los más interesantes episodios de la historia del señor Gay, si para estudiarlos sigue las luminosas huellas que la escuela histórica francesa le tiene señaladas. *En*

*América necesitamos, menos que la compilación menos de los hechos, la explicación filosófica de causas i efectos. (idem: 215 [nuestro subrayado])*⁷⁵

La idea de un sistema filosófico que pudiese integrar en un *sentido* los hechos del pasado, más que compilarlos, es uno de los principios que guiaron la escritura de la nueva generación romántica de letrados criollos latinoamericanos y el paradigma desde el cual Lastarria ensayó su interpretación del pasado colonial chileno. Veremos, pues, que la polémica suscitada por la lectura y publicación de las *Investigaciones...*⁷⁶ de Lastarria tendrá dos niveles de discusión: el primero se enmarcará en los modos del abordaje histórico, esto es, las estrategias de representación puestas en juego por la escritura historiográfica, y aquí veremos a Sarmiento coincidir con su par chileno en la necesidad, como sostiene en el párrafo citado, de “una explicación filosófica de causas i efectos”; el otro nivel queda supeditado al tipo de construcción imaginario-discursiva que proyectan las *Investigaciones* sobre el pasado chileno y, por extensión, del americano. Es en este segundo nivel donde Sarmiento se distancia de Lastarria y viene a coincidir oblicuamente con algunos de los postulados críticos de Andrés Bello. Dos niveles que podríamos caracterizar como de forma y contenido, si es que la forma en la que piensa el caraqueño no es ya, como trataremos de dilucidar posteriormente, contenido en otro nivel del discurso historiográfico.

A distancia de los esfuerzos etnográficos y naturalistas de Gay, las *Investigaciones* de Lastarria intentarán indagar en el tipo particular de mixtura “racial” que heredó el

⁷⁵ Críticas similares recibió el primer tomo de la *Historia* de Gay de los redactores de *El Siglo*, quienes sostenían que el escritor francés “no había sabido elevarse a esas altas regiones de las ideas generales que permiten determinar el significado de los hechos históricos interpretados como modeladores de la civilización” (*El Siglo*, N° 128, 22 de agosto de 1844). Feliú Cruz (1965: XXVIII-XXXI) cita una carta enviada por Gay a Manuel Montt donde responde a esas críticas coincidiendo, en lo fundamental, con los postulados de Andrés Bello. Dice un pasaje: “Siendo particularmente la historia una ciencia de hechos, vale mucho más, según mi opinión, contar concienzudamente esos hechos, tal como han ocurrido, y dejar al lector en completa libertad para sacar él mismo las conclusiones”.

⁷⁶ La introducción de la memoria de Lastarria fue publicada en *La Gaceta del Comercio*, números 815, 816 y 817, del 25 al 27 de septiembre de 1844 y en *El Progreso*, números 584, 585 y 586, correspondientes al 29 y 30 de septiembre y al 1° de octubre del mismo año, y fue editada en volumen por la Imprenta del Siglo (1844).

pueblo chileno a través del proceso de “transculturación” entre las culturas indígenas y la cultura occidental que instauró la conquista española, desde una perspectiva acorde con la “filosofía de la historia”, cuyos principales exponentes provenían de la nación francesa, sobre todo de la traducción que Quinet había realizado de las *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*, de Herder.⁷⁷ En la introducción a su ensayo, Lastarria insistirá en la idea herderiana de que “la divinidad no ha impuesto al hombre otros límites que los que dependen del tiempo, del lugar i de sus propias facultades” (1865 [1844]: 7), como modo de autorizar una interpretación histórica según la cual el hombre es promotor de sus causas y, por lo tanto, su acción no puede ser imparcial al desarrollo perfectible de la humanidad. La historia, desde esta visión, es el sitio donde el hombre debe buscar las razones de esas causas con el fin de encaminar, anticipándose a los acontecimientos, el desenvolvimiento moral de los pueblos y las civilizaciones. Dirá, entonces, Lastarria:

La historia es el oráculo de que Dios se vale para revelar su sabiduría al mundo, para aconsejar a los pueblos y enseñarlos a procurarse un porvenir venturoso. Si sólo la consideráis como un simple testimonio de los hechos pasados, se comprime el corazón, y el escepticismo llega a preocupar la mente, porque no se divisa entonces más que un cuadro de miserias y desastres [...] Empero, ¡cuán de otra manera se nos revela la historia si la consideramos como ciencia de los hechos! Entonces la filosofía nos muestra [...] una sabiduría profunda que la experiencia de los siglos ha ilustrado [...] Los pueblos deben penetrar en ese santuario augusto con la antorcha de la

⁷⁷ El colombiano García del Río había publicado en *El Museo de Ambas Américas* una serie de diez artículos bajo el título “La historia considerada como ciencia de los hechos”. Allí seguramente abrevaron varios jóvenes interesados por las nuevas corrientes de ideas y, sobre todo, por los escritos relacionados con la historia, entre ellos, como lo demuestra la lista de suscriptores publicada por la revista, J. V. Lastarria (la lista de suscripción se encuentra en las pp. 493-495, del tomo I, 1842). Los artículos aparecieron en el siguiente orden: Tomo I, N° 4, pp. 129-133 [extraído de la *Revista de Madrid*], N° 8, [extraído del *Magasin Universe!*], pp. 318-323, N° 9, pp. 363-366; Tomo II, N° 13, pp. 36-42, N° 15, pp. 111-118, N° 17, pp. 183-188, N° 19, pp. 232-239, N° 20, pp. 311-314; Tomo III, N° 25, pp. 60-66, N° 35, pp. 417-425.

filosofía para aprender en él la experiencia que ha de guiarlos. (1865 [1844]: 11-12)

El augusto santuario de la historia permite comprender las causas de los hechos y obtener de ese modo las herramientas necesarias para la reformulación de los aspectos negativos del pasado que perviven en el presente. El distanciamiento de la tesis determinista de los pueblos es clave en el ensayo en tanto le sirve a Lastarria para subrayar la idea de una perfectibilidad societal que, en los términos planteados por el memorialista, debe ser precisamente encauzada descubriendo el sentido de los hechos históricos tal como se desarrollaron a partir de la conquista española.⁷⁸ Ese desarrollo, de acuerdo con la “Memoria” del chileno, tiene más puntos negativos y oscuros que los que los propios criollos han querido aceptar (sobre todo aquellos identificados con el gobierno chileno): la cultura colonial será condenada por el ensayista como cultura de opresión; pero lo más relevante y significativo es la continuidad funesta de ese sistema en la sociedad pos-colonial que Lastarria señala para el propio momento de enunciación. Dirá entonces que “los hombres públicos”, los encargados de dirigir un

⁷⁸ Lastarria, en una nota al pie, dirá: “Tal vez podrá calificarse de osado, porque me aparto aquí de la base de las brillantes teorías de más de un genio de los tiempos modernos (...) Yo no creo en el fatalismo histórico, según lo conciben algunos sabios” (1865 [1844]: 12). Por cierto, la osadía que pretende el memorialista para su propio pensamiento venía mediada no sólo por la traducción de Herder hecha por Quinet, sino por el faro del eclecticismo historiográfico francés, Victor Cousin. En la lección número once de sus *Cours*, dedicada a los pensadores y filósofos de la historia –Vico, Montesquieu, Bossuet, Herder, entre otros–, Cousin había identificado el gran error –“grand défaut”– del sistema herderiano al subrayar que era “poco favorable a la libertad del hombre” y que colocaba a éste en el lugar de “pacífico infante y aprendiz de la naturaleza” (cfr. Cousin, 1847: 249). Como señaló Stuvén, el pensamiento de Cousin tuvo una enorme influencia en Chile, cuyos cursos llegaron allí dos años después de su publicación y pudieron ser leídos en su idioma original: “Fue tal el impacto –afirma Stuvén– que *El Mercurio* debió responder a un reproche de *El Araucano* cuyo editor consideraba inaceptable que se hubiese publicado primero en Bolivia la traducción del curso de Cousin. *El Mercurio* se excusó diciendo que quienes se interesaban podían leerlo en francés” (Stuvén 2000: 224). Por lo demás, en el octavo artículo que publicó el *Museo de Ambas Américas* sobre la historia, titulado “Del fatalismo aplicado a la historia de la Revolución Francesa”, se dice, por ejemplo, que “este dogma es el mismo que el de la necesidad, que excluye la libertad del hombre y todo lo que es arbitrario; que sujeta al universo a leyes invariables [...] Encuentro más poderoso el siguiente argumento de Mr. Bonald contra el fatalismo: ‘El destino, dice, es en la política lo que la casualidad en la física; y como la casualidad, según Leibnitz, no es más que la ignorancia de las causas naturales, el destino y el fatalismo no son más que la ignorancia de las causas políticas’” (*El Museo de Ambas Américas*, Tomo II, n° 20, págs. 312-313).

estado, “deben por esta razón conocer a fondo la historia del pueblo cuya ventura se les encomienda” (1865 [1844]: 13).

El discurso historiográfico de Lastarria va a centrarse principalmente en el período de la conquista y de la resistencia indígena, sin detenerse en descripciones heroicas ni en la narración de “episodios brillantes” ya que, desde la perspectiva asumida en sus *Investigaciones*: “¿qué provecho real habría[mos] sacado de estos recuerdos halagüeños?” (ídem: 16). Pero tampoco se detendrá en los cuadros del proceso revolucionario, pues como sostiene en el pasaje siguiente:

me ha arredrado, os lo confieso, el temor de no ser fiel y completamente imparcial en mis investigaciones. Veo que viviendo todavía los héroes de aquellas acciones brillantes y los testigos de sus hazañas, se contestan y contradicen a cada paso aún los datos más sencillos que nos quedan sobre los sucesos influyentes en el desenlace de aquélla epopeya sublime. (ídem: 16-17)

La proximidad de los acontecimientos, y el hecho nada menor de que aún los sucesos de la independencia pugnen por una debida interpretación, diluye en los letrados criollos la seguridad de sus incursiones filosóficas y se convierte así en un elemento especialmente relevante en la escritura: en el diseño imaginario del “nosotros” en el cual se reconocen, la distancia ideológica prima en su relación con los “héroes” de la independencia a quienes, sin embargo, deben recurrir para fundar el espacio simbólico que los autoriza como legítimos sucesores de la patria futura. Varios son, en este sentido, los momentos en que Sarmiento elabora el mismo argumento que se halla en el pasaje de Lastarria arriba citado.⁷⁹ Esa estrategia se torna evidente

⁷⁹ Así, por ejemplo, en el artículo publicado el 25 de mayo de 1842, escrito en conmemoración a dicha fecha, en el *Mercurio*, decía Sarmiento: “Pero nosotros debemos detenernos en el umbral de este pórtico llamado 25 de mayo en Buenos Aires, 18 de septiembre en Chile. La mano del tiempo, guiada por la imparcial filosofía, no ha clasificado aun todos los hechos, no ha distinguido las especies, i géneros i familias a que pertenecen; i el que se aventure en su examen intempestivo, correría riesgo de tomar un efecto por una causa, un hombre por una época, un hecho por un principio” (1909 [1842]: VI, 57). Aun la *Historia* de Gay se vería seriamente compelida de abordar el episodio de la independencia por los lazos y relaciones

asimismo en uno de los escritos tempranos del joven Alberdi. En una nota aclaratoria que acompaña la publicación de *La revolución de Mayo*, el autor de las *Bases* dice lo siguiente:

No se puede decir que esta crónica sea toda verdadera, ni toda falsa. Al ser pura realidad, no se habría apellidado dramática: y si hubiese sido enteramente fantástica, no se habría titulado crónica. Tiene, pues, de realidad y de fantasía, como esa multitud de romances y dramas que nos ofrece la literatura de nuestros días [...] *La revolución de Mayo, en la imaginación del pueblo es una epopeya: en la realidad histórica no es, por su forma, más que una evolución parlamentaria, como las que se hacen todos los días en Inglaterra y los Estados Unidos* [...] Al pintarla, pues, en su realidad, hubiese salido descolorida y marchita la pintura [...] Baste decir que el 25 de Mayo no se quemó un grano de pólvora ni se desenvolvió una espada. (Alberdi, 1920 [1839]: I,108 [nuestro subrayado])

De este modo traduce Alberdi el carácter intempestivo del movimiento revolucionario de 1810, ligado más a sucesos externos que a preocupaciones o a agentes propios del territorio americano.⁸⁰ El carácter mixto que el propio Alberdi adjudica a su obra teatral, entre *crónica* y *drama*, vuelve más relevante el reconocimiento performativo de ese discurso, pues la revolución “en la imaginación del pueblo es una epopeya: en la realidad histórica [...] una evolución parlamentaria”.

estrechas que éste mantuvo con las familias más encumbradas de Chile, puesto que aún vivían muchos de los actores históricos de aquella época (Cfr. Feliú Cruz, 1965: XLI).

⁸⁰ En su “Memoria autógrafa”, esto decía al respecto Cornelio Saavedra: “Es indudable en mi opinión, que si se miran las cosas a buena luz, a la ambición de Napoleón y a la de los Ingleses, en querer ser señores de esta América, se debe atribuir la revolución del 25 de mayo de 1810” (citado por Chiaramonte, (1989: 81). Nótese que las palabras de Saavedra, como las de Belgrano citadas en el mismo trabajo de Chiaramonte, indican sólo lo accidental del suceso; la interpretación de la revolución como una “evolución parlamentaria”, en cambio, pertenece a la pluma de Alberdi).

El letrado está en el secreto, como quería Rojas.⁸¹ Y no sólo eso: el *manejo* de ese *saber* es lo que demuestra Alberdi mediante la escritura de una obra teatral sobre la revolución con los fines de agitar los ánimos de la sociedad brasileña que esperaba quitarse de encima al monarca lusitano. Aquí Alberdi, al igual que Lastarria y al igual que Sarmiento, muestra el uso deliberado de la confección sistémica de los hechos. Y es que en el momento en que los letrados de esta nueva generación empiezan a legitimar su postura, las ideas de aquellos hombres de la revolución parecen haber perdido todo vigor, sobre todo si, como es el caso para los románticos argentinos, el poder efectivo que se beneficia de ellas representa, en la concepción bélica de la historia, al enemigo:

Los guerreros de 1810, por quienes tengo la veneración que el pueblo por los mártires revestidos de la canonización papal, no son, sin embargo, para mí los que poseen ideas más acertadas sobre el modo de hacer prosperar la América que con tanto acierto supieron abstraer al poder español. *Las ficciones de patriotismo, el artificio de una causa puramente americana de que se valieron como medios de guerra convenientes al momento, los dominan y poseen hasta hoy.* Después de haber representado una necesidad real y grande de la América en un momento dado, hoy desconocen hasta cierto punto las nuevas exigencias de nuestro continente. La gloria militar los preocupa aún sobre el interés del progreso. (Alberdi, 1920 [1845]: V, 36)

Lo que sostiene crudamente aquí Alberdi es que las ideas de patriotismo que sirvieron para movilizar la conciencia criollo-americana contra la madre patria en el proceso de independencia, era una *ficción* conveniente al momento político de entonces. Pasado ese momento, Alberdi decreta su nulidad y propone *otra ficción*, la del *progreso*. Y es que la nueva generación letrada argentina apunta mediante sus estrategias discursivas a convertirse en el grupo sucesor o, más exactamente,

⁸¹ Aludimos, por supuesto, a la afirmación de Ricardo Rojas en su biografía del sanjuanino: “escribió contra los gauchos, pero yo no le creo, porque estoy en el secreto: nadie se parecía más a Facundo que Sarmiento” (1948b: 171).

continuador de la tradición ilustrada del momento independentista pero descartando el imaginario americanista propio de las primeras expresiones de protesta y los primeros levantamientos contra los colonos españoles que seguía fluctuando en la retórica del poder rosista. A medida que la élite de letrados criollos ve aproximarse el umbral que la hará finalmente partícipe en los diseños jurídicos de la futura nación, la ficción del progreso se irá matizando, acorde también a las repercusiones de los acontecimientos políticos en la Francia del 48, y el “nosotros” representativo que los aúna bajo una misma aspiración pulirá los rasgos conflictivos con sus antecesores en el entramado utópico y autobiográfico, para terminar por dar un cuadro armonioso, donde las sucesiones y las continuidades serán debidamente saldadas en detrimento de los momentos de ruptura.⁸²

Nos hemos detenido en las consideraciones de Alberdi porque ilustran de manera clara la conflictiva relación de los letrados post-independentistas con el legado político e ideológico del momento de la independencia. Así, la idea de una “causa puramente americana”, el americanismo tan fustigado por Sarmiento, aparece en los argentinos atravesado por motivaciones ideológicas que pugnan por redefinir el relato unificador de ese momento supranacional mediante el cual Rosas supo construir parte de su legitimidad política.

En el momento en que Lastarria pergeñó su memoria histórica, los chilenos contaban con un imaginario indianista bastante internalizado, el cual, a diferencia de lo que ocurría en el Río de la Plata, alentaba su construcción republicana aún por encima del momento independentista. Nos referimos, por supuesto, al llamado mito de Arauco que, como vimos en el artículo de *El Siglo* dedicado al ensayo de Bilbao, constituía un elemento simbólico fuertemente arraigado. Investigaciones recientes han demostrado que la frontera de Chile con la Araucanía se configuró durante la colonia como un espacio de intercambio, producto de la resistencia indígena al avance del conquistador español. Obligados a buscar una alianza, los españoles —a través

⁸² Es significativo, en este sentido, el modo en que Alberdi sintetiza un proceso complejo en la definición de una identidad política que, por entonces, alternaba imaginarios e intereses locales, provinciales y suprarregionales. Cfr. Chiaramonte, 1989 y 1997. En relación al trabajo autobiográfico, véase: Rodríguez Pérsico, 1993.

sobre todo de las misiones jesuíticas– terminaron por establecer, luego de un largo período de luchas infructuosas, pactos de convivencia con los pobladores de Arauco que permitieron un desarrollo sustentable de la economía regional y colonial (Pinto Rodríguez, 2003). Con la independencia, las nuevas autoridades trataron de ganarse la voluntad indígena, aprovechando la antigua enemistad contra los españoles. Algunos eventos son decisivos respecto a ese conato de recuperación de la cultura mapuche,⁸³ pero tal vez haya sido *La Araucana* de Alonso de Ercilla el documento fundamental de una construcción ideológica sobre el imaginario chileno.

Como ha señalado Fernando Alegría, las interpretaciones de *La Araucana* estuvieron mediadas en su mayoría por factores políticos e ideológicos.⁸⁴ El mismo Alegría reconoce que el poema funcionó en Chile como un “mito activo” (1954: 40). Conviene recordar que el ensayo que le dedicó Bello se publicó en *El Araucano* a principios de febrero de 1841. Se sabe que en ese comentario Bello homologó el poema de Ercilla con los cantos homéricos. Más importante aún, lo caracterizó como la piedra fundadora de la nacionalidad chilena, al decir que era la *Eneida* de Chile. Pero en esa operación, Bello además sostuvo que, más allá del mérito estilístico del autor, éste “contrajo la obligación de sujetarse algo servilmente a la verdad histórica” (1985 [1841]: 345). Así, adelantándose a su época, Ercilla habría logrado combinar la “verdad histórica” con el realismo estético. Con esto, el caraqueño señalaba la doble vertiente de esa escritura fundacional: histórica, por cuanto Ercilla fue protagonista de los hechos narrados y tuvo que contraerse a contar lo visto, y estética, puesto que esa misma contracción lo habría llevado a desechar las exageraciones del fabulismo.⁸⁵

⁸³ Por ejemplo, el tan elocuente como pintoresco suceso del primer aniversario del 18 de septiembre, donde las mujeres de la élite asistieron al baile de gala celebrado en el palacio de gobierno vestidas de indias. (Cfr. Pinto Rodríguez, 2003: 65).

⁸⁴ Esas valoraciones comenzarían con Cervantes y Lope de Vega y llegarían, pasando por Quintana, Martínez de la Rosa y Bello, a Menéndez y Pelayo en su *Antología de poetas hispanoamericanos*, 1895. Cfr. Alegría, 1954: 1-55. Sobre el carácter mítico y épico del poema de Ercilla en comparación con las crónicas de la época, véase Triviños (1996: 5-26).

⁸⁵ Las reflexiones de Bello incitan a pensar en *La Araucana* como la novela realista del Renacimiento. Los artilugios fabulistas, para Bello, son licencias poéticas, poco desestabilizadoras de esa verdad histórica. Para Alegría, en cambio, Ercilla podría considerarse “un precursor más de la poesía maldita que tantos cultores tiene en Europa y América, especialmente entre los adeptos al surrealismo.” (1954: 45)

Prueba de que ese imaginario había contribuido a consolidar un discurso nacional es, entre otras cosas, el poema de Santiago Lindsay, “A la independencia de Chile”, premiado en el primer certamen organizado por la Sociedad Literaria, al que ya hemos aludido. En una estrofa de ese poema, Lindsay retomaba la figura de Caupolicán, guerrero araucano encumbrado por Ercilla, y le hacía decir: “el empuje de mi lanza/ Y de mi honda la pedrada/ Han de servir de venganza/ A la América ultrajada./ Y no temo a tus caballos,/ Pues a mis laques caerán;/ Y tus infernales rayos/ Mis flechas apagarán”.⁸⁶

Aún dos décadas después, en el comienzo mismo de la llamada pacificación definitiva de la Araucanía, *Mariluán*, “la novela olvidada del ciclo nacional de Alberto Blest”, como la ha llamado John Ballard (1981), ofrece una ficcionalización de la cultura mapuche en la que su protagonista –cuyo nombre da título a la novela– no sólo es un descendiente de Arauco sino que, gracias a la aculturación experimentada, gusta leer las hazañas de su pueblo en el poema del español: “El poema de don Alonso de Ercilla despertaba en el alma de este indio, pulido por la civilización, ese orgullo que las razas perseguidas cultivan como una religión salvadora.” (Blest Gana, 2005 [1862]: 7).

Entre el poema de Lindsay y la novela de Blest Gana se interpone un cambio de apreciación sobre la llamada cuestión de la Araucanía. En los años de creación de la Universidad, se había pasado, según Pinto Rodríguez, de una primera fase de inclusión a otra de “retorno de los mecanismos de relaciones fronterizas existentes en la Colonia (principalmente parlamentos y misiones)” (2003: 64). Producto de esta segunda fase es el viaje realizado en 1845 por Ignacio Domeyko, profesor de la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas, con el fin de inspeccionar el territorio al sur del Bío-Bío. En el libro que recoge esas experiencias, Domeyko, como todo viajero, construye una imagen de la Araucanía y de sus habitantes entremezclada con citas literarias, entre ellas las de Ercilla.⁸⁷ En el contraste entre los héroes consagrados por el poema y los habitantes pacíficos que encuentra Domeyko se cifran no pocas razones de ese viraje.

⁸⁶ *El Semanario de Santiago*, N° 11, 18 de septiembre de 1842, págs. 86-87.

⁸⁷ Domeyko acude también al viajero alemán Poeppig, *Reise in Chile... (1827-1832)*, al *Cautiverio feliz*, de Pineda y Bascuñán y a la *Histórica Relación de Chile*, del padre Ovalle, entre otros.

Y en ese contraste, y en la ambigüedad, la evaluación del araucano tiende a su incorporación pasiva: “El indio chileno es agricultor, agricultor por su carácter, por la naturaleza física de su país, por su genio i sus costumbres”.⁸⁸ El que antes era valorado por su impronta guerrera, ahora lo es por su condición pacífica e industriosa.

El relato de Domeyko expresa en varios de sus pasajes esa construcción indianista que surgió con la independencia. El indio, a pesar de su “mentalidad infantil” (Domeyko, 1846: 41), o precisamente por eso, puede ser parte de la nación sólo si es reeducado en los valores del humanismo republicano. Esos mismos valores que provienen, como señaló el historiador colombiano Germán Colmenares (2006), del proceso de independencia y que llevaron a los más conspicuos integrantes de las nuevas generaciones, como Alberdi o Sarmiento, a desprenderse de las ideas americanistas que nutrían los discursos patrios, puesto que obturaban la posibilidad de montar un discurso que sirviera para la reconversión de las costumbres domésticas y regionales.

En las *Investigaciones* de Lastarria el momento revolucionario, como vimos, queda en suspenso y, en cambio, la conflictiva relación con el pasado colonial y pre-hispánico va a constituir, justamente, uno de los elementos centrales en la definición de la subjetividad chilena. El ensayo de Lastarria, cuyas fuentes principales son las *Noticias secretas* de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, la *Historia chilena* de Molina y la de Guzmán, algunos relatos de viajeros y documentos oficiales, se apropia la idea de una lucha permanente entre españoles e indígenas –parte de ese mito fundante analizado por Triviños (1996)– para extenuar los límites temporales de esa conflictividad hacia el momento presente de su enunciación. Para Lastarria la resistencia araucana será un rasgo de identificación en la tipología de la subjetividad chilena pues representa la oposición histórica a un régimen “envilecido”,⁸⁹ el que instauró la colonia. Los sucesos

⁸⁸ Domeyko, *Araucanía i sus habitantes*, 1846. El relato de Domeyko es sumamente interesante en la valoración de los araucanos, y de la Araucanía como tierra a conquistar, pues ofrece una serie de cuadros descriptivos atravesados por la ambivalencia y el interés del contacto etnográfico. Sobre el final, Domeyko evalúa las alternativas de civilización, es decir, de incorporación del territorio, afirmando que la mejor es el sistema de las misiones religiosas.

⁸⁹ Lastarria podrá de este modo identificar ese rasgo con la peculiaridad de la nacionalidad chilena, adjudicándose a la superioridad indígena de los araucanos. Cuando hable de los españoles que llegan a Chile sostendrá que “la devastación los fatiga, la resistencia los

estudiados hilvanan una serie de episodios que estructuran un relato mayor que remite a un pasado homogéneo, cuya unidad representa el americanismo que estimuló el proceso independentista y cuyo momento actual de dispersión es una de las causas que explicarían la inconsistencia del carácter nacional. Dice Lastarria:

No me será posible dejar de referirme a toda la América española, porque en la época del coloniaje, cuya historia examino, éramos un mismo pueblo todos los americanos, un pueblo homogéneo, que partía de un mismo origen i se encaminaba a un mismo fin: la denominación de extranjero no era entonces una voz de nuestro lenguaje de hermanos. (Lastarria 1865 [1844]: 42)

La idea de un origen comunitario, en el cual Lastarria se reconoce a través de su discurso, se superpone a una contradicción real que afecta a las distintas expresiones colectivizantes en el momento de su enunciación: la definición de ciudadanía en las nuevas repúblicas distaba en la práctica de reconocer a esas culturas fronterizas como integrantes de la nacionalidad.⁹⁰ La ficción de la que hablaba Alberdi, entonces, parece ser en la interpretación del ensayista chileno uno de los dilemas centrales en la constitución de la nacionalidad. Al considerar el carácter nacional chileno, dirá Lastarria:

Hemos de reconocer como elementos influyentes en él, tanto las costumbres, y con ellas las leyes y preocupaciones de los conquistadores, cuanto las del

exaspera i al fin consienten en reconocer la superioridad de los araucanos sobre los demás pueblos de América" (ídem: 22). Esa superioridad es la que al autor proyecta como herencia constitutiva de la nacionalidad chilena. Más adelante, dirá: "De modo, pues, que este pueblo a que hoy pertenecemos, antes de ser industrioso fue guerrero, i antes de saborear placer alguno de los que constituyen la dicha del hombre social, soportó las angustias de una guerra eterna i funesta" (ídem: 25).

⁹⁰ Como recientemente argumentó Pinto Rodríguez (2003), las constituciones nacionales, incluida la de 1833, nada estipulaban acerca de la condición ciudadana de los indios; en ellas sólo se designaba el territorio hasta Magallanes como parte integrante de la nación. En Argentina, y más de veinte años después, en 1868, en su famosa excursión Mansilla inquirirá a los aborígenes ranqueles: "Y ustedes también son argentinos –les decía a los indios– ¿Y si no, qué son? –les gritaba–; yo quiero saber lo que son" (Mansilla 1947 [1868]). Ver nota 92, más abajo.

pueblo indígena, en la inteligencia de que la mayoría de nuestra Nación se compone de la casta mixta que deriva su existencia de la unión de aquellas dos fuentes originarias. Los accidentes físicos de la localidad, por otra parte, también han debido modificar indudablemente las inclinaciones características de nuestro pueblo, porque es evidente que la latitud, la situación orográfica, y en fin, el aspecto físico de la naturaleza influyen poderosamente, no tan sólo en la organización física del hombre, sino también en su moral. (ídem: 85-86)

El énfasis puesto en la herderiana idea de las determinaciones físicas de la región y en la influencia de las costumbres indígenas sobre los españoles, lleva a Lastarria a postular un relato de la nación en el que el componente hispánico debe ser debidamente sopesado de acuerdo a una amalgama cultural que recupere los rasgos americano-indigenistas del pasado colonial. Dicho de otro modo, la “esencia” de la nacionalidad chilena que construye el ensayo se ve afectada por el sentimiento de nostalgia hacia un pasado homogéneo en el que tanto los indígenas como los españoles (moralmente influenciados por el carácter autóctono) confluían en una unidad cultural. Dicha interpretación de las fronteras temporales de la nacionalidad apunta en realidad a una crítica no declarada del momento presente de enunciación, al que Lastarria ve como “profundamente envilecido”, producto de los peores resabios del elemento conquistador.⁹¹ Para el chileno el proceso revolucionario se mostró parcial y contaminado de las ideas conservadoras de los colonos españoles: “estoy persuadido”, dice sobre el final de su ensayo, “de que esta [la revolución] fue lenta i progresiva, parcial i no radical, obra de unos pocos varones ilustres, i no nacional, precisamente a causa de su influjo” (ídem: 94). De modo similar a los planteos de Bilbao, el ensayista postula que una revolución no nacional es una revolución inconclusa. Ahora bien, es la consideración de las culturas pre-hispánicas como

⁹¹ Cuando Lastarria hable, en el capítulo II, del sistema colonial, dirá que las leyes supuestamente “benéficas” hacia las culturas autóctonas eran “letra muerta” y que la historia muestra también que “todos los empleados que la España mandaba a la América se convertían en déspotas verdaderos, que ejercían la más arbitraria autoridad para procurar su particular beneficio” (ídem: 35).

formadoras del carácter nacional lo que interesa resaltar (y retener) aquí pues Lastarria parece sugerir que la ideología americanista es la que ha sido traicionada en el proceso, parcial y no nacional, de la independencia chilena. En esa construcción hay que incluir, junto a las culturas aborígenes, a los colonos criollos que se vieron avasallados y excluidos (y de ahí su identificación con las comunidades pre-hispánicas) por la imposición de leyes virreinales que favorecían el poder despótico de los peninsulares. En esa línea, Lastarria recurrirá a la *Historia de Chile* de Guzmán para demostrar que “los americanos estaban rigurosamente excluidos de todo cargo público” (ídem: 34) y apuntará un dato que es central en la tesis de Benedict Anderson sobre el tipo de *comunidad imaginada* que es la nación de los “pioneros criollos”: “de ciento sesenta virreyes que hubo en América, sólo cuatro se numeran que no fueron españoles, i entre más de seiscientos presidentes i capitanes generales, sólo se contaba catorce en la misma excepción” (ídem: 34). Indios, criollos colonos y mestizos forman en la interpretación del chileno un mismo cuerpo social en oposición a los representantes peninsulares en (las) América(s). Es esa mixtura del cuerpo social la que pone en cuestión los resultados políticos de la revolución. Las *Investigaciones* de Lastarria no sólo difieren en el modo de extender los límites de la identidad hacia las culturas aborígenes, a diferencia de Bello y de Sarmiento –como veremos enseguida–, sino que fundan el espacio para una lectura distinta del proceso social de las colonias sudamericanas. Si las concepciones herderianas sobre la influencia del medio ambiente en los pueblos es un común denominador en el pensamiento tanto de Sarmiento como de Lastarria, éste último, al revalorar los rasgos culturales de los araucanos, escapa consecuentemente del determinismo social y apunta al indagar las causas de disolución política, preponderantemente coloniales, hacia un régimen despótico identificado con la conquista. Allí donde Sarmiento ve “incapacidad industrial”, Lastarria denuncia la opresión de leyes que condicionan el desarrollo del mestizo y del indígena: “los indígenas, fueron sucumbiendo ostensiblemente al peso de la desgracia que les causaba la pérdida de su independencia natural i la odiosa esclavitud a que vivían sometidos; i los que tuvieron la fortuna de sobrevivir, se incorporaron poco a poco en el pueblo criollo” (ídem: 57). Y más adelante:

las leyes no sólo formaban de los mestizos, mulatos i zambaigos una clase vil y despreciable en la sociedad, sujetándola a restricciones onerosas i diferencias ridículas que atacaban su libertad i su dignidad de hombres (...) sino que también, cada vez que se referían a ella, lo hacían en términos humillantes i atribuyéndola vicios y sentimientos inmorales i degenerativos” (ídem: 61).⁹²

Sin embargo, y a pesar del sesgo visiblemente laudatorio hacia las culturas aborígenes –rasgo éste que será uno de los puntos sobresalientes de la polémica–, es evidente que los argumentos de Lastarria resultan funcionales a una ideología homogeneizadora de la cultura y la historia nacional: su noción de “mestizaje” repone justamente el impulso retórico (e ideológico) que niega a los indígenas cualquier tipo de agencia en el desarrollo civil de la sociedad chilena. Dice Lastarria: “Así han desaparecido para siempre las numerosas tribus que Almagro i Valdivia encontraron diseminadas en el vasto territorio de Chile” (ídem: 58). Los opresivos tres siglos de la conquista española sobre el territorio aborígen bastaron para “esterminarlo i no dejar siquiera vestigios de su existencia” (ídem). Así, en los diseños protocolares de una imaginación que se yergue sobre el pasado colonial, la *Memoria* de Lastarria propende a un doble movimiento: por un lado, realza a los indígenas como protagonistas heroicos de la resistencia colonial y, por el otro, les niega cualquier agencia política en el presente de la enunciación de la historia que su propio discurso proyecta. Las intervenciones de Bello, de Alberdi y de Sarmiento, sin embargo, mostrarán hasta qué

⁹² Puede pensarse, incluso, que Lastarria socava con las mismas herramientas del pensamiento liberal el ideograma de “civilización o barbarie” de los postulados del liberalismo decimonónico presentes en el *Facundo* y se anticipa, por esa vía, a las operaciones críticas de Mansilla en su *Excursión* ranquelina. Dice el chileno: “Fácil también es explicar por qué yace aún en la miseria, en la corrupción i en la ignorancia esta última clase de nuestra sociedad [el mestizo o huaso, que Lastarria unifica bajo un mismo nombre común: ¡proletario!], que demasiado bien ha probado que sus facultades físicas i morales no son degradadas, como lo creyeron los conquistadores, sino tan susceptibles de mejoramiento i de cultivo como las de los pueblos más sobresalientes en civilización” (ídem: 71). En esas últimas palabras resuenan las que Mansilla proferirá desde su pasantía en la comunidad ranquel: “La raza de este ser desheredado que se llama gaucho, digan lo que quieran, es excelente, y como blanda cera, puede ser modelada para el bien: pero falta, triste es decirlo, la protección generosa, el cariño y la benevolencia.” (Mansilla, 1947 [1868]: 208).

punto para el “humanismo republicano” post-independentista la presencia indígena resultaba un obstáculo en la consecución de los fines ideales y materiales del progreso.

Bello o la ideología de la forma

En dos reseñas aparecidas en *El Araucano*, los días 8 y 15 de noviembre del mismo año, Andrés Bello discutirá, excusado en la figura de “alabanza” intelectual hacia su discípulo, dos rasgos centrales que hacen a la escritura de la historia tal como fue presentada en la *Memoria* del chileno. Aunque la discusión atañe en principio a cuestiones metodológicas, es decir, al mejor “modo de escribir [de estudiar] la historia”, como titulará el caraqueño dos de sus ensayos dedicados al tema y publicados pocos años después⁹³ (sobre algunos de estos aspectos volveremos más adelante), es claro que la polémica refiere también a los resultados interpretativos del chileno con respecto al pasado colonial y, sobre todo, a la línea que señalaba su opresiva continuidad en el gobierno conservador de Bulnes. Así, sobre la idea de un régimen autoritario y despótico instaurado con la conquista, Bello argumentará que la historia de los pueblos responde a un desarrollo de la civilización occidental y que sería falsear los hechos adjudicar a la conquista una inclinación hacia el autoritarismo y la opresión. Afirma:

Los españoles abusaron de su poder, oprimieron, ultrajaron la humanidad; no con impudencia, como dice el señor Lastarria, porque no era preciso ser impudente para hacer lo que todos hacían sin otra medida que la de sus fuerzas, sino con el mismo miramiento a la humanidad, con el mismo respeto

⁹³ “Modos de escribir la historia” y “Modos de estudiar la historia”, publicados por Bello en *El Araucano* en enero y febrero de 1848, respectivamente, forman parte (y son el cierre) de la polémica historiográfica en Chile por esos años, iniciada con las *Investigaciones* de Lastarria y continuada en los debates que su *Bosquejo Histórico de la Constitución del Gobierno de Chile* (1848) volvió a instaurar en el seno de la comunidad universitaria. Jacinto Chacón, amigo y colega del chileno, fue el encargado de recoger el guante de la disputa, como el propio Lastarria reconoce en sus *Recuerdos*, prologando su obra premiada (la única, por otra parte, que se presentó ese año a concurso) y discutiendo en dicho prólogo algunos pasajes del Informe de la Comisión –que volvían sobre las recomendaciones de Bello–, integrada por Antonio Varas y García Reyes. Cfr. “Prólogo de la edición de 1847” al *Bosquejo Histórico*, en: Lastarria 1909: IX, 37-58.

al derecho de gentes, que los estados poderosos han manifestado siempre en sus relaciones con los débiles, y de que aún en nuestros días de moralidad y civilización hemos visto demasiados ejemplos. (Bello 1957 [1844]: 163)

En la reseña escrita sobre la publicación de la *Historia física* de Gay, Bello sostuvo la idea de que la época colonial correspondía al “nacimiento y la infancia de las principales ciudades que hoy forman la república” (1957 [1844-45]: 151-152), idea que afianza una continuidad por encima de un momento de ruptura entre el pasado colonial y el presente republicano. Al mismo tiempo, la interpretación acerca de las culturas indígenas dista de tener las aristas reivindicativas que le adjudicara Lastarria en su lectura. Bello, al igual que Sarmiento, esgrime un concepto evolucionista de la historia según el cual su desarrollo acuerda necesariamente con el curso de las civilizaciones occidentales, y en cuyo ámbito el poderío español debía ser pensado como una de las etapas de su desenvolvimiento: “La misión civilizadora que camina, como el sol, de oriente a occidente, y de que Roma fue el agente más poderoso en el mundo antiguo, la España lo ejerció sobre el mundo occidental más distante y más vasto” (1957 [1844]: 165)). Ese modelo epistémico de pensamiento⁹⁴ le permitía aseverar lacónicamente que:

Las razas indígenas desaparecen, y se perderán a la larga en las colonias de los pueblos trasatlánticos, sin dejar más vestigios que unas pocas palabras naturalizadas en los idiomas advenedizos, y monumentos esparcidos a que los viajeros curiosos preguntarán en vano el nombre y las señas de la civilización que les dio el ser. (ídem: 168)

Esa “fatalidad” histórica es la que la *Memoria* de Lastarria intenta disolver a partir de la necesidad de una reforma política y social que logre conjugar las herencias

⁹⁴ En palabras de González Stephan: “una concepción de la historia, que, aunque secularizada, seguía atada a un esquema providencialista que permitía, dada la percepción finalista que la burguesía tenía de su propio quehacer, describir el proceso histórico de la humanidad en términos de un evolucionismo, cuyas etapas se sucedían en una cadena de sentido orientadas desde formas primitivas a formas más perfectas” (1987: 85).

(no sólo culturales sino también poblacionales, las mixturas, la “sangre mezclada”) precolombinas con la ascendencia de la clase criolla. Frente a una posición tal, el rector de la Universidad no dudará en estrechar filas con el legado expansionista de la colonia: “No se coloniza, matando a los pobladores indígenas: ¿para qué matarlos, si basta empujarlos de bosque en bosque, y de pradería en pradería?” (ídem: 163-164).

Pero lo que más afecta al eje de la polémica, debido a los intereses y a las resonancias políticas puestas en juego en el ensayo del chileno, es la crítica que se proyecta sobre el momento presente de ambos interlocutores. Bello contestará:

Sentimos también repugnancia para convenir en que el pueblo de Chile (y lo mismo decimos de los otros pueblos hispano-americanos) se hallase tan profundamente envilecido, reducido a una completa anonadación, tan destituido de toda virtud social, como supone el señor Lastarria. La revolución hispano-americana contradice sus asertos. (ídem: 169).

Para Bello el suceso revolucionario, por su alta concepción ideológica y su no menos vindicativo fin político, es un claro ejemplo de que el componente hispano-criollo ha sido el elemento central en la constitución de las jóvenes repúblicas americanas. Otra vez, la continuidad estrecha los lazos con la cultura hispánica y, por ende, con el legado colonial. Precisamente ese es el punto más áspero de la discusión: para Lastarria la revolución no ha tenido un carácter nacional y, por lo tanto, aún espera ser reconvertida: la *Memoria* del chileno hace de la revolución un proceso parcial e inacabado. Por su parte, más preocupado por el rumbo que podía desencadenar ese pensamiento que por los riesgos objetivos al orden establecido, Bello insistirá en la preeminencia de los hechos en la confección del relato histórico ya que los detalles del conjunto, debidamente establecidos, daban así el soporte necesario para extraer entonces, y sólo entonces, las enseñanzas del pasado. Bello advierte que el modelo desplegado por Lastarria en sus *Investigaciones* –ligado al método *ad probandum* o filosófico- muestra los riesgos potenciales de ideologización del discurso en el escenario de discusión preestablecido por el gobierno chileno. Acordando con el autor de la *Memoria* que el período de la revolución aún puede

suscitar enconos y controversias desmedidas e injustificadas, el caraqueño insistirá en la necesidad de reconstruir los sucesos del pasado colonial recurriendo a fuentes que podríamos llamar de “primera mano”. Sin embargo, ese abogar por la reconstrucción de la “historia contemporánea” –por ejemplo, la de Bernal Díaz del Castillo– como una necesidad fundamentalmente epistémica conlleva un posicionamiento político frente al legado colonial, que se resume en el dicitario de que “las ordenanzas administrativas de los Carlos y Felipes son leyes patrias” (1957 [1844]: 171).

El americanismo de Bello es el que había bosquejado desde Londres con sus publicaciones ensayísticas y poéticas, una comunidad que incluye los aportes hispánicos y que toma de las culturas indígenas aquello que las relaciona con el paisaje, mientras que el de Lastarria es un imaginario construido por dos coordenadas: por un lado, la reflexión iluminista y antihistórica, que lo lleva a condenar en bloque la cultura colonial –casi como una sofisticada réplica de las ideas de Camilo Henríquez– y, por el otro, la curiosa apropiación del “mito araucano” que, desde una posición romántica e idealista, lo lleva a revalorar la herencia indígena. Sin embargo, en los distintos recortes que esas discusiones por las fronteras temporales de la nación presuponen se expone algo más que una cuestión de método, algo más que el impulso propedéutico hacia los bordes de un saber en su búsqueda de autolegitimación.

Sarmiento: la historia se escribe marchando

Sarmiento, al publicar su comentario en el *Progreso* casi dos meses antes de la reseña firmada por Bello,⁹⁵ establecerá su crítica a partir de los protocolos impuestos por esa doble coordenada. Así, el sanjuanino alentará el método utilizado por su par chileno en el estudio histórico, método que él mismo defendió desde su exilio chileno (como pudimos comprobar más arriba en su reseña de la *Historia* de Gay) hasta la escritura de ese “Facundo envejecido” que fue su *Conflicto y armonía de las razas en América*. Pero Sarmiento, a menos de un año de publicar su biografía del caudillo riojano, no podía coincidir con el sentido de recuperación del pasado pre-hispánico que alentaban las *Investigaciones* del Lastarria. Aceptar que las culturas indígenas

⁹⁵ El artículo de Sarmiento aparece publicado el 27 de septiembre de 1844.

integraban la fisonomía cultural de las jóvenes repúblicas, era dar lugar a una interpretación que echaba por tierra uno de los presupuestos ideológicos de la nueva élite criolla, aquél que emulaba al “salvaje” con el desierto según la representación rectora de *La cautiva* y lo hacía obstáculo para el desarrollo de la civilización, como bien podían deducir de las malas políticas de integración y de las incursiones de las *malocas* que fragmentaban cada vez más las fronteras internas de la república. De hecho, el *Facundo*, esa gramática domesticadora de la barbarie, apenas dedica un breve pasaje a la cultura indígena. La posición de Sarmiento, además, será confirmada a su regreso a la Argentina.⁹⁶ En referencia a esta cuestión, expondrá un punto de vista concordante con la denuncia de ficciones de patriotismo expuesta por Alberdi en sus *notas a La revolución de Mayo*:

⁹⁶ El tema de las fronteras interiores y de la llamada “cuestión del indio” en Argentina ha sido extensamente desarrollado por la crítica, iniciándose ese desarrollo con las propias publicaciones oficiales, documentales y periodísticas de la época. Las ideas sobre la necesidad de establecer una frontera interior permanente y de avanzar hasta el río Colorado son bastante tempranas y datan de principios de siglo. En 1816, el coronel Pedro Andrés García se internaba al interior de la provincia de Buenos Aires y de esa experiencia presentaba su “Nuevo Plan de Fronteras de la Provincia de Buenos Aires” acompañado con un informe de la expedición que sostenía la necesidad de establecer una guardia permanente en los “Manantiales del Casco o Laguna de Palantelen”. Tanto el Plan como el Informe fueron publicados en 1838 por Pedro de Angelis en su *Colección de Obras y Documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. García propone allí una política mixta, de “respeto amistoso” frente a los indios como mejor modo de ir ganando terreno a la pampa: “Este orden, que deberá precisamente guardar conformidad con los pactos que se estipulan, alejará las desconfianzas que siempre tienen los indios de ser atacados, y al paso que se afirma la población, se reconoce topográficamente el terreno que se le asigne por jurisdicción” (en: De Angelis 1972 [1838], VIII, 619). Después de la expedición de Rosas en 1826, y hasta 1858, la frontera tuvo, según Colin M. Lewis, movimientos de expansión y retroceso, no unidireccionales. Recién en la década del 70 la frontera empezó a ser vista como barrera entre la sociedad civilizada y la pampa “salvaje” (cfr. Lewis. “La consolidación de la frontera argentina a fines de la década del 70”, en: Ferrari-Gallo 1980: 469ss.) Después de Caseros, en el periódico *El Nacional* de Buenos Aires, Sarmiento publicará un sinnúmero de escritos en referencia a la problemática de las fronteras, con claras muestras de un pensamiento determinista y xenófobo: “Desgraciadamente a los indios no se los combate con palabras, sino con dinero, con soldados, caballos y armas”, dirá en un artículo de 1855 (1899: XXVI, 290). Ya en el *Facundo*, en su segunda edición, entre los añadidos y recortes programáticos, había introducido una nota en referencia a la frontera que anticipaba el sistema de fortines y el zanjado de Alsina (véase en la edición de Palcos citada, pp. 210-211).

El autor [de las *Investigaciones*] no ha podido en estos conceptos emanciparse de las ideas que puso en boga la revolución de la independencia para azusar los ánimos contra la dominación española, mintiendo una pretendida fraternidad con los indios (...) como si estos hombres salvajes perteneciesen a nuestra historia americana, i como si Arauco, después de la revolución, como durante el coloniaje, no fuese un país fronterizo i una nación estraña a Chile i su capital e implacable enemigo, ha quien Chile ha de absorber, destruir, esclavizar, ni más ni menos que lo habrían hecho los españoles (Sarmiento 1909 [1844]: II, 219)

Hay varios elementos interesantes en este fragmento citado pero, como se puede apreciar, el eje temporal es el que organiza su crítica a la “interpretación” de las *Investigaciones*. Sarmiento señala la manipulación discursiva ensayada en los momentos de la independencia y argumenta que en la actualidad una ficción como ésa había perdido toda efectividad y necesidad. En la demarcación temporal del sanjuanino las culturas indígenas deben ser expulsadas incluso de la “[nuestra] historia americana” para fundar otra unidad (la ficción alberdiana del “Progreso”) en donde la “barbarie” sea apenas un recuerdo forzoso, apenas un dato de color, en la memoria civilizada de las nuevas (y futuras) generaciones criollas. La crítica de Sarmiento apunta a desestabilizar el elemento retórico que asume dicha temporalización. Sarmiento dice lo que el texto de Lastarria calla: que aquellos “imaginados” indígenas son los mismos que en la actualidad asolan las fronteras internas de la república –argumento que volverá a repetir en su *Facundo* y aún más tarde en su *Conflicto y armonías...*: “Cuando uno lee a Ercilla i oye repetir hoy día aquellas imaginadas virtudes de Colocolos i Lautaros, está a punto de creer que los antiguos araucanos eran otro pueblo distinto de los araucanos que conocemos nosotros” (ídem: 222).

El problema, entonces, de la dimensión pretérita del tiempo histórico reside en el aspecto proyectivo que supone la estrategia desplegada en las *Investigaciones*. A diferencia de Bello, Sarmiento coincide con Lastarria en el método utilizado en su ensayo historiográfico pero –ahora acordando con Bello– se distancia precisamente de los asertos a los que llega el chileno mediante su uso. Las distancias interpretativas

pueden entenderse mejor si se tienen en cuenta los modelos idiosincrásicos desde los cuales se proyectan ambos discursos. Para Lastarria la emancipación de España constituye todavía un proceso incompleto y por lo tanto plausible aún de ser encaminado hacia la futura (e imaginaria) república para lo cual, consciente de la incidencia cultural de su discurso, propone una subjetividad chilena que recupera los rasgos principales (la resistencia) de las culturas indígenas de la región. Sarmiento, en cambio, y aquí su perspectiva se une a la del caraqueño, propende una continuidad con el orden hispánico sobre la ruptura que supuso la revolución por la independencia (operación que se hará más patente en sus *Recuerdos*) y cierra las esclusas temporales a las culturas pre-hispánicas, que “nada tienen que ver con nosotros” (ídem: 220), destituyéndolas de la historia americana.

Dijimos al principio que la concepción de la historia es en Sarmiento eminentemente bélica: “Nosotros escribimos la historia marchando”, decía el sanjuanino en su conferencia de 1858. El lugar de la escritura historiográfica está, en Sarmiento como en Bello, determinado por un horizonte de pensamiento que remite a una ideología superior, la del Progreso, amparada en la visión providencialista del historicismo europeo.⁹⁷ Al igual que en el caraqueño, en el imaginario sarmientino las formas más avanzadas (civilizadas) vencerán a las más rezagadas. En este sentido, el discurso historiográfico de Sarmiento desarticula las temporalidades que, como la ensayada por Lastarria, pretenden incluir en el orden nacional las formas “bárbaras” que subvierten ese sentido providencial, es decir, progresista, de las naciones. Por eso Sarmiento, en su refutación de Lastarria, acudirá a esa ideología social sustentada en la

⁹⁷ La idea no sólo del carácter inevitable de la guerra sino de su necesidad, como fatalidad histórica, está presente en la mayoría de los historiadores europeos de principios del XIX, quienes describían la evolución de la historia –las diferentes fases evolutivas del espíritu hegeliano– en los términos de un pasaje de Oriente a Occidente. Adscripta a esa formación ideológica que Said definió como *orientalismo*, la filosofía de Hegel situaba en Oriente la fase corporal e infantil del espíritu del mundo (cfr. *Lecciones de filosofía de la historia universal*). Su seguidor francés, Victor Cousin, sostenía, por ejemplo, que “todos los elementos de la naturaleza humana están en Oriente, indistintamente, involucrados unos a los otros. El estado de desarrollo de todas las partes de la naturaleza humana es el carácter del Oriente. Él es la infancia del individuo: es al mismo tiempo la infancia de la humanidad” (*Cours sur L’Histoire de la Philosophie moderne*, “Deuxième Leçon”, 1847: 26 [nuestra traducción])

Providencia, el evolucionismo, que preanuncia las manifestaciones del positivismo cientificista de los años 80:

La población del mundo está sujeta a revoluciones que reconocen leyes inmutables, las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantán en la posesión de la tierra a los salvajes. Esto es providencial i útil, sublime i grande. (ídem: 220)

En este fragmento, a la par de la nota providencial que prescribe la fatalidad histórica de la que hablamos más arriba, Sarmiento hace explícito uno de los objetivos centrales de su voluntad política: la posesión del suelo. Y es que para el sanjuanino el elemento central de la disputa del poder será la dominación del territorio, pues dominar el “desierto” es el modo efectivo de realizar la autoridad, esto es, de resucitar el flujo modernizador que imprimen las ciudades. Recuértese que para Sarmiento el mal que aqueja a la república es la extensión: la pampa argentina imprime su deficiencia, su déficit (un amplio espacio sin comunicación y, por lo tanto, sin nexos que permitan establecer formas de sociabilidad) a los pobladores quienes, por esa afección físico-climática, adquieren los hábitos a-sociales análogos a los de las comunidades nómades. Es en este punto donde la frontera asume categóricamente su definición política: en el cruce y en la amalgama de las culturas fronterizas existe una trama perversa de disociación que posibilita el dominio “salvaje” (“bárbaro”) de los campos argentinos. Para Sarmiento los indígenas son, no sólo una cultura, sino *un país distinto*. Esa frontera interna hace pensar en la existencia de *una nación dentro de otra*.⁹⁸ Por eso Sarmiento no ve en la estrategia discursiva de Lastarria una función asimilable al presente político de su enunciación: esa ficción de identidad, el llamado americanismo (por Lastarria), que sirvió en los años de la independencia para aunar y convocar fuerzas contra el enemigo, no tiene sentido en el momento en que se están

⁹⁸ Esa misma idea de *dos naciones* en un mismo territorio está presente en la *Memoria* de Lastarria, sólo que el chileno ubica su arco temporal en el proceso de colonización y, por eso mismo, esas tensiones quedan implicadas en un tiempo pretérito cuyos efectos –en la imaginación de Lastarria– sólo pueden ser recuperados por la escritura.

definiendo los límites de la ciudadanía de las diferentes repúblicas⁹⁹, ciudadanía a la que los salvajes no tienen, o no deberían tener, acceso:

Quisiéramos apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poder remediar, una inevitable repugnancia, i para nosotros Colocolo, Lautaro i Caupolican, no obstante los ropajes civilizados i nobles de que los revistiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar ahora, si reapareciesen en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla. (ídem: 221)¹⁰⁰

La identificación de la ciudadanía chilena para el redactor que prescribe la propia enunciación de este párrafo, no debería hacernos perder de vista que la argumentación de Sarmiento parece estar sostenida más que por una definición cultural de la nación chilena, por una mirada oblicua y exterior a su propia república, de la que se halla ausente precisamente por el triunfo del federalismo al que el sanjuanino atribuye todos los rasgos del denostado americanismo: los pactos del rosismo con las tribus indígenas de la pampa bonaerense son apenas uno de los subtextos posibles que sostienen su intervención.

⁹⁹ La funcionalidad de las construcciones simbólicas identitarias en Hispanoamérica en los siglos XIX y XX, para establecer fronteras (internas y externas), o alianzas estratégicas (intelectuales y políticas) es claramente visualizada en el volumen compilado por Granados y Marichal (2004) sobre la construcción de las identidades latinoamericanas. Para el período que nos ocupa, remitimos especialmente al capítulo de Aimer Granados, “Congresos e intelectuales en los inicios de un proyecto y de una conciencia continental latinoamericana, 1826-1860.” (pp. 39-69)

¹⁰⁰ La discusión atañe al reconocimiento del indígena como ciudadano. Todavía en 1883, dirá Sarmiento: “Pero la patria no es solo un extensión de tierra que hemos hecho el patrimonio exclusivo de una familia, tribu, o pueblo, es un sentimiento común a la presente generación, para transmitirla a las futuras con el recuerdo, el amor y el vínculo que nos une al pasado”. Y más adelante: “A este despegó a un suelo que no es la patria, sino la misión, se añade, como lo hemos visto, el desafecto natural del conquistado a su dominador, de la raza inferior a la superior (...) con lo que se forma una nación no ya en la nación, sino fuera de la nación” (1900 [1883] XXXVII: 193). Dos cuestiones: ya en el '80 Sarmiento puede referirse a la tradición de un “pasado común” que ocupa el lugar del “patrimonio exclusivo” pero, y al mismo tiempo, en el párrafo inmediato vuelve a subrayar el vínculo entre “patria” y “suelo”, cohesionado ahora por el “sentimiento” de pertenencia, del que vendrían a carecer los indios por influencia, entre otras cosas, de las misiones jesuíticas, según el propio Sarmiento.

El hispanismo castizo de Alberdi

En agosto de 1845, Alberdi publicó en *El Mercurio* un artículo en el que definía el carácter europeo de los criollos americanos adscribiendo al desarrollo civilizado de las naciones europeas. Todo el artículo puede ser leído como una expresión celebratoria de esa ideología del Progreso al que las élites de las futuras repúblicas aspiraban, aspiración que auto-justificaba la intervención anglo-francesa en el Río de la Plata. La idea central de ese texto es que la civilización americana extiende en estas tierras la europea pues, como sostiene allí Alberdi, “todo en la civilización de nuestro suelo es europeo. Podríamos definir la América civilizada diciendo que es la Europa establecida en América” (1920 [1845] V: 16). Bajo esta perspectiva, la intervención anglo-francesa se veía para los jóvenes románticos como una avanzada del *telos* progresista más que bajo la pátina de un “delito de lesa americanismo” como sostuvo Sarmiento sobre el final de su *Facundo*.¹⁰¹ En el contexto de esta polémica, Alberdi, al igual que Sarmiento y al igual que Bello, anudará los hilos de continuidad con el pasado colonial como modo de otorgar un sentido a la historia americana que la desligase de las formas bárbaras que amenazaban con desvirtuar el sustento ideológico de las jóvenes repúblicas. Dice Alberdi: “Hemos historiado con mucho talento el mal que nos dejó [Europa]. Pero hemos silenciado, no sé si con talento, el bien que también nos hizo por manos de la España” (1920 [1845]: 28). El paso del tiempo y los acontecimientos políticos (digamos, el dominio político de Rosas y la Alianza extranjera) estructuran una nueva síntesis de ideas que llevan a cerrar filas frente a la “barbarie” (sea ahora indígena o gaucha) y a reanudar lazos de continuidad con España, en la medida que ésta, al revés de lo que se cansaron de escribir los jóvenes románticos durante más de una década, es ahora entendida como extensión de Europa, no su rezago sino su brazo, su puente, su conexión transatlántica. Alberdi, consciente de su inserción en las

¹⁰¹ Alberdi mismo, dos años después, en su repaso de la situación sociopolítica de la República Argentina, dirá en referencia a esa pretensión: “El partido federal echó mano de la tiranía; el unitario, de la Liga con el Extranjero. Los dos hicieron mal. Pero los que han mirado esta Liga como crimen de traición, ¿por qué han olvidado que no es menos crimen el de la tiranía? Hay, pues, en ellos dos faltas que se explican la una por la otra. Digo faltas, y no crímenes, porque es absurdo pretender que los partidos argentinos hayan sido criminales en el abuso de sus medios” (1920 [1847] V: 55).

disputas del país que lo acoge, postula la idea, defendida sobre todo por Andrés Bello, de que las jóvenes repúblicas deben más a su pasado colonial de lo que reconocen ciertas formaciones discursivas (que incluyen las propias de la nueva generación): “No necesito más que atravesar la plaza de Santiago y observar las bellas formas de la catedral para admirar el descaro con que hemos llamado nulos a los españoles. En cien años de progreso no seremos capaces de hacer obras semejantes” (ídem: 32). En esa línea argumentativa ya despunta el juicio en el que tanto Bello como Sarmiento habían coincidido: España es el puente de Europa con América y, por eso mismo, la identificación con las culturas pre-hispánicas se torna inconcebible:

En cuanto a mí, yo amo mucho el valor heroico de los americanos cuando los contemplo en el poema de Ercilla, pero a fe mía que al dar por esposa a una hija o hermana mía no *daría de calabazas* a un zapatero inglés por el más ilustre de los príncipes de las monarquías habitadoras del otro lado del Bio-Bio (...) A la Europa debemos todo lo bueno que poseemos, incluso nuestra raza, mucho mejor y más noble que las indígenas; aunque lo contrario digan los poetas, que siempre se alimentan de las fábulas. (Alberdi 1920 [1845]: 30-31)

Extraña recurrencia al españolismo lingüístico (la expresión “dar de calabazas” aparece, por ejemplo, en *El Lazarillo de Tormes*) para afirmar un linaje europeo en un escritor que no se privó, como la mayoría de sus pares generacionales, de achacar el casticismo idiomático como parte de un programa de re-generación cultural. Curiosamente, Alberdi apunta desde lo formal esa revaloración: España trajo la civilización europea a América. En esa lectura, las “fábulas” como las de Ercilla (y las de Lastarria) que sirvieron para un momento político determinado han dejado de tener sentido. Alberdi y Sarmiento, exiliados en Chile, definen el diseño de la patria futura hablando de una cultura doblemente otra: es otra porque la subjetividad chilena construye otros parámetros imaginarios en su peculiar relación con las fronteras y es otra porque en esas fronteras se halla representada, en los términos del *Facundo*, la

potencialidad política de la “barbarie”, que explota estratégicamente Rosas al otro lado de la cordillera.

5. 3. 3. *Retorno a Roma. El imperio de la tradición*

1848 suele considerarse el año de cierre de esta primera polémica historiográfica en Chile. Los artículos de Bello, “Modo de escribir la historia” y “Modo de estudiar la historia”, publicados en *El Araucano* en enero y febrero de ese año representan, a su vez, el pensamiento autorizado del rector de la Universidad sobre el tema.

Sin embargo, antes de esos dos artículos Bello publicó su reseña sobre el *Bosquejo histórico de la Constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la revolución*, del mismo J. V. Lastarria, trabajo que obtuvo el premio de la Universidad en el año 47, y que había sido publicado con un prólogo de Jacinto Chacón en el que el condiscípulo de Lastarria discutía los términos de la comisión evaluadora.¹⁰² En ese artículo, Bello insistió sobre lo que sus contrincantes parecían obstinadamente decididos a malinterpretar como vano empirismo: “Poner en claro los hechos es algo más que apuntarlos a la ligera en sumarios descarnados [...] *Poner en claro los hechos es escribir la historia*”.¹⁰³

Las concepciones historiográficas de Bello han sido suficientemente aclaradas por la crítica ulterior. El caraqueño ostentaba una posición claramente moderna sobre el quehacer historiográfico, en la que combinaba un empirismo filosófico de raigambre inglesa con los aportes del historicismo romántico francés y sus propias percepciones sobre el trabajo filológico. La confección de los hechos significaba el recabado de datos y documentos originales, la compulsión de archivos y textos cronísticos, cartas, proclamas, leyes, etc., que pudieran otorgar el sustento material para la objetividad anhelada y limitar el filosofar apriorístico. La posición historiográfica de Bello es, sin dudas, la del fundador: “Cuando la historia de un país no existe, sino en documentos incompletos, esparcidos, en tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el

¹⁰² Véase la edición del *Bosquejo histórico* junto al prólogo de Chacón y al dictamen de la comisión en *Obras completas* de Lastarria (1909: IX: 37ss.).

¹⁰³ Bello, “Bosquejo histórico de la Constitución...” (1957: XIX: 223). Subrayado nuestro.

método narrativo es obligado.”¹⁰⁴ No es casual la decidida inclinación de su magisterio hacia la promoción de nuevos cuadros intelectuales.¹⁰⁵

La modernidad de esa postura de Bello, además, coincide con la consideración de un programa de emancipación intelectual y literaria. En la memoria universitaria que leyó en ese mismo año 48, Bello se preguntaba: “¿Estaremos condenados todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discutir las, a ilustrarlas con aplicaciones locales, a darles una estampa de nacionalidad?”¹⁰⁶ Es ese carácter moderno, combinado con el programa del historicismo romántico, el que vamos a atender ahora en relación con las polémicas analizadas.

En su respuesta a la *Memoria* de Lastarria, Bello había censurado la pretensión de abarcar en un solo ensayo un período tan extenso de la historia americana, y señalado audazmente el punto débil de su escritura: en la amplitud de perspectiva se pierden los detalles u objetos menores que sirven al conglomerado final del discurso historiográfico:

Hay mil objetos parciales, pequeños si se quiere, comparados con el tema grandioso de la memoria de 1844, pero no por eso indignos de fijar la atención, antes por eso mismo susceptibles de aquellos tintes vivos, de aquella delineación individual, que resucitan para el entendimiento lo pasado, al mismo tiempo que *suministran a la imaginación un placer delicioso*. (ídem: 159. [Nuestro subrayado])

Las peculiaridades de las “costumbres domésticas” o episodios menores como “la fundación de un pueblo” pueden suministrar ante los sistemas filosóficos provenientes de Francia no sólo claridad en el cuadro historiográfico sino también *placer a la*

¹⁰⁴ Bello, “Modo de estudiar la historia” (1957, XIX: 246).

¹⁰⁵ Dice Bello (1957 [1848]: XIX, 250): “Pero deberíamos hablar a los jóvenes. Nuestra juventud ha tomado con ansia el estudio de la historia; acabamos de ver pruebas brillantes de sus adelantamientos en ella; y quisiéramos que se penetrase bien de la verdadera misión de la historia para estudiarla con fruto”.

¹⁰⁶ *AUCH*, 1848: 165. En su reseña del *Bosquejo* de Lastarria, ya había exclamado: “¡Jóvenes chilenos! Aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento” (Bello, 1957 [1848]: XIX, 251)

imaginación. Los datos menores, pero concretos, del pasado son resucitados por la escritura y repuestos como “tintes vivos” en la memoria, y de ahí el “placer” que generan en el plano imaginativo: se imagina a partir de esa resurrección de parcialidades pretéritas que llenan el vacío de la memoria historiográfica. En realidad, el caraqueño acusa el indebido traspaso a peculiaridades americanas de los modelos de esas filosofías marcadamente subjetivistas que ofrecen un “cuadro grandioso” sustentado únicamente en el discurso, en detrimento de documentos y archivos que iluminen zonas oscuras del pasado de las naciones:

Si no se escribe la historia por los contemporáneos, será necesario que las generaciones venideras lo hagan sobre tradiciones orales adulteradas (porque nada se desfigura y vicia tan pronto como la tradición oral) [...]; y el escritor, si quiere darnos una pintura, y no una relación descarnada, tendrá que comprometer la verdad, sacando de su imaginación, o de falibles conjeturas, lo que ya no le prestan sus desustanciados materiales. (1957 [1844]: 161)

Si tenemos en cuenta que las reseñas del caraqueño sobre la “Memoria” fueron publicadas con más de un mes de posterioridad a las de Sarmiento y suponemos, como es dable hacerlo atendiendo a la resonancia de la polémica, que ambos reseñistas pudieron leer sus respectivos juicios acerca de la escritura historiográfica americana,¹⁰⁷ no nos sorprenderá que algunas notas resulten reveladoras al pensar en la aparición del *Facundo* seis meses después. Dice Bello:

¹⁰⁷ En el artículo dedicado a la *Historia* de Gay, publicado dos semanas después del que diera a conocer Sarmiento en el *Progreso*, Bello, en un pasaje que parece determinado por ese intertexto, dirá: “En cuanto a la falta de ciertas miras filosóficas elevadas, que algunos imputan como un defecto en la presente obra, estamos por decir que para nosotros es más bien un mérito. El prurito de filosofar es una cosa que va perjudicando mucho a la severidad de la historia; porque en ciertas materias el que dice filosofía, dice sistema; y el que profesa un sistema, lo ve todo al través de un vidrio pintado, que da un falso tinte a los objetos” (1957 [1844-45]: 141). Pareciera que, efectivamente, tanto Sarmiento como Bello, entran en la polémica informados por las lecturas de sus respectivos juicios.

Si el que resume la vida de un pueblo es como el astrónomo que traza las leyes seculares a que se sujetan en sus movimientos las grandes masas, el que nos da la vida de una ciudad, de un hombre, es como el fisiologista o el físico, que en un cuerpo dado, nos hace ver el mecanismo de las agencias materiales que determinan sus formas y movimientos, y le estampan la fisonomía (...) la vida de un Bolívar, de un Sucre, es un drama en que se juegan todas las pasiones, todos los resortes del corazón humano, y a que la concentración y la individualidad dan un interés superior. (1957 [1844]: 159-160)

En este fragmento hay varias notas importantes que, por encima de las críticas a las *Investigaciones*, apuntan a la definición de un campo de saberes que pugna por afianzarse. En primer lugar, la analogía entre el historiador y el astrónomo/físico de este pasaje es emblemática acerca del estatuto científico que pugna por legitimarse.¹⁰⁸

A su vez, las figuras de un Bolívar o un Sucre están allí revelando la peculiar trama biográfica de las naciones emergentes: “la historia del Chile independiente [que] se está por escribir”, como dirá en su ensayo sobre el “Modo de estudiar la historia” (1957 [1848]b: 245), puede encontrar en esas figuras “el drama en que se juegan todas las pasiones” de un pueblo. Resuenan en estas notas las palabras con que el autor del *Facundo* invocara, en su introducción, al Bolívar “verdadero”, espejo de su biografía caudillesca (“nadie comprenderá a Facundo Quiroga, como nadie, a mi juicio, ha comprendido todavía al inmortal Bolívar”, decía en la segunda entrega de su folletín). Para lograrlo, dice Bello, “no faltan materiales que consultar, si se busca con sagacidad o paciencia en las colecciones de los curiosos, en los archivos, *en tradiciones fidedignas, que debemos apresurarnos a consignar*, antes que acaben de oscurecerse y olvidarse” (ídem: 159, el subrayado es mío).

¹⁰⁸ Por supuesto, la ambivalencia en el carácter científico del quehacer historiográfico formaba parte de lo que podríamos llamar un “clima de época” o, en los términos de Foucault, de un cambio de *episteme*. Michelet, por ejemplo, no dudará en identificar la tarea del historiador con la más juzgada labor que profesaba por aquellos años el científico naturalista. Cfr. *Historire du XIX siècle* (Michelet 1880: I, XVI).

Ahora bien, ¿cuáles son esas “tradiciones fidedignas” que deben consignarse, cuáles los documentos legítimos que Bello propone como fuentes?

Hemos visto ya que, para Bello, el elemento hispánico (en su implícita asunción de un juicio étnico) había resultado decisivo no sólo para explicar sino, fundamentalmente, para conducir el movimiento de emancipación política. Desde esa perspectiva, las ordenanzas administrativas de los antiguos colonos no eran, como suponía Lastarria, “instituciones corruptas” sino leyes patrias.¹⁰⁹ No obstante el insistente reclamo por parte del caraqueño de consignar las tradiciones fidedignas y de elaborar la fisonomía particular del pueblo chileno a sus “formas especiales”¹¹⁰, la historia de los contemporáneos –principalmente los cronistas, pero también los escritos de la Corona– son las fuentes principales a las que Bello remite. Así, al reseñar la primera entrega de la obra de Gay, el caraqueño aconsejaba que se incorporasen a esa historia las cartas de Valdivia que guardaba copiadas el naturalista francés. “Esta especie de narrativa autógrafa”, decía Bello, “tiene para nosotros un grande atractivo: porque, prescindiendo de la sustancia de los hechos, en que es muy factible que el interés personal, o por lo menos, el interés de la reputación, haya torcido alguna vez la pluma [...] contribuyen a hacernos una exhibición viviente del hombre, y del siglo y país en que figuró” (1957 [1844]: XIX, 141). Es decir, a pesar de que esas escrituras estuviesen atravesadas por intereses particulares –algo que, como se sabe, era lo frecuente–, el historiador, mediante una lectura filológica, podía recuperar lo vivencial de la época. Con esta tesitura, Bello está casi reproduciendo y justificando su interpretación de *La Araucana* como poema épico a la vez que como pieza histórica.

¹⁰⁹ Una cuestión interesante en el marco de estas concepciones resulta el hecho de que la condena del escrito de Bilbao, “Sociabilidad chilena”, que determinó su confiscación y quema pública, apeló al Código de Indias que se refería a los libros heréticos o contrarios a la autoridad real que los corsarios holandeses solían introducir en las colonias españolas en los siglos XVI y XVII. Cfr. Barros Arana, 1913: XIV, 533.

¹¹⁰ En “Modo de estudiar la historia”, decía Bello (1957 [1848]: XIX, 249): “Ábranse las obras célebres dictadas por la filosofía de la historia. ¿Nos dan ellas la filosofía de la historia de la humanidad? La nación chilena no es la humanidad en abstracto; es la humanidad bajo ciertas formas especiales; tan especiales como los montes, valles y ríos de Chile, como sus plantas y animales; como las razas de sus habitantes; como las circunstancias morales y políticas en que nuestra sociedad ha nacido y se desarrolla”.

Sin embargo, la razón que sustenta la evaluación de esos textos como documentos legítimos no parece radicar en su disposición romántica. En el único momento en que Bello se dispuso a discurrir sobre los presupuestos étnicos que guiaron la interpretación de Lastarria, comparó el contacto cultural americano con el contacto de las razas arábicas y españolas en la península. Y dijo: “Cuando se mezclan dos razas, la idea de la raza trasmigrante prevalecerá sobre la de la raza nativa”. Esa noción de “raza trasmigrante” le permite a Bello explicar la prevalencia del elemento hispano que llevó a la independencia: “La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España. El instinto de patria reveló su existencia a los pechos americanos [...] Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia transatlántica fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos improvisados de la otra Iberia joven” (1957 [1844]: 167 y 169).

Semejante explicación, curiosamente, coincide con ciertas expresiones de la ideología ilustrada de la independencia. La podemos encontrar, por ejemplo, y para no salirnos de Chile, en Camilo Henríquez. Su obra teatral *Camila o la Patriota de Sud-América*, no obstante ubicar la escena en Perú, tal vez sea suficientemente representativa de esa tendencia. La obra tematiza un episodio de las luchas revolucionarias. Un grupo de familias criollas se esconden en los montes de Quito por temor a caer en manos de las tropas realistas, que han saqueado la ciudad. Allí, en medio de la selva, se esconden al amparo de un cacique omagua, y Camila se encuentra con su prometido, a quien había dado por muerto, refugiado casualmente en las tolderías del mismo cacique. Sin detenernos en las inverosimilitudes que plagan la obra,¹¹¹ quiero reponer el siguiente pasaje: “Las pretensiones de la España están en contradicción con la naturaleza. La naturaleza separa de los padres a los hijos, desde que están crecidos y se hacen hombres”.¹¹² El dicho proviene de D. José, padre de Camila, pero además es admitido por los indios, quienes son considerados sus

¹¹¹ Entre ellas, la más notable: que el ministro criollo que vive en las tolderías de los omaguas propague entre los indios el sistema de educación conocido como Lancaster.

¹¹² *Camila o la Patriota de Sud-América. Drama sentimental en cuatros actos*, 1817 (reproducido en Peña M, 1912: 16). La obra de Henríquez no pudo ser representada.

“paisanos”.¹¹³ Como en la más sofisticada percepción historiográfica de Bello, aquí también la independencia política es un proceso natural. La revolución, la consecuencia de un tutelaje *antinatura*: la rebelión de la Iberia joven contra la Iberia vieja.

El concepto de “raza trasmigrante” no sólo muestra cierta improvisación por parte de Bello al tener que inmiscuirse en un terreno poco transitado –el de la etnografía cultural–, también es decidora de la articulación de valores que sustentan su mirada histórica. En la sesión universitaria ya citada, al reseñar los trabajos sobre historia de la Universidad, decía Bello: “Tómese el mejor texto elemental de historia moderna que se haya escrito en francés; i notaremos que dándose en él, como es natural, dimensiones colosales a la Francia se presenta en una escala mucho más reducida la España, cuya historia en casi su totalidad es la nuestra” (*AUCH*, 1846: 175). La nacionalidad chilena, para Bello, tiene un origen tan magnánimo como sacro. En el pasaje siguiente, el pensamiento de Bello exhibe los presupuestos ideológicos que fundan, como diría Belford Moré, la base empírica de su particular americanismo:

Tal vez nos engañamos; pero ciertamente nos parece que ninguna de las naciones que brotaron de las ruinas del Imperio, conservó una estampa más pronunciada del genio romano: la lengua misma de España es la que mejor conserva el carácter de la que hablaron los dominadores del orbe. (1957 [1844]: 165)

Si es evidente que el carácter moderno de la concepción historiográfica de Bello resulta de haber comprendido el fundamento que proveían a la disciplina histórica los documentos originales –núcleo epistémico de la corriente romántica europea–, también lo es que en el diseño de ese carácter las convenciones historiográficas impusieron sobre la realidad americana el sello de un etnocentrismo milenarista.¹¹⁴ De

¹¹³ “¿Unos patriotas infelices no hallarán asilo ni entre sus mismos paisanos?”, le dice la madre de Camila al cacique indio. Cfr. Peña M. (1912: 20).

¹¹⁴ Me refiero, por supuesto, a la formulación en la *Política* de Aristóteles de una nominación lingüística demarcadora del espectro social. Sabido es que los *barbaroi* para los griegos eran

allí que para la historiografía decimonónica la cultura aborigen haya permanecido como un fragmento colorista del paisaje, en el mejor de los casos, o, la mayoría de las veces, como un obstáculo para el desarrollo social que debía ser “superado”.

De allí también el hecho de que historiadores como Barros Arana pudieran sostener, sin contradicción alguna, que “*La Araucana* de don Alonso Ercilla es la primera historia de Chile en el orden cronológico”.¹¹⁵ No sólo porque el poema de Ercilla devolvía una imagen poéticamente maleable del indígena. También porque era un documento que conservaba, según la concepción de Bello, el carácter del “genio romano” a través de su lengua. La jerarquización lingüística de Bello se vincula coherentemente con una visión específica de la tradición hispánica. La tradición del humanismo republicano bellista, como su archivo, es nomológica, instituyente y conservadora.¹¹⁶

5. 4. Costumbres y novela nacional

5. 4. 1. Del “momento crítico” a la “época de transición”

Manuel Blanco Cuartín, en un artículo titulado significativamente “Estudios sobre el periodismo y la literatura nacional”, indagaba en los inicios de la década de 1860 los alcances y el carácter de la producción literaria chilena, formulando una pregunta que venía atormentando a la élite letrada por lo menos desde la época de la Sociedad Literaria: “Si se quiere ser imparcial, si dejamos por un instante la pueril vanidad que nos consume, ¿podría decirse con fundamento, sostenerse con un viso de razón siquiera, que tenemos, no decimos una literatura nacional, como puede

pueblos diferenciados por su condición de extranjería o por su rezago social hacia el interior mismo de su propia cultura. También que estos, insuficientes en el reconocimiento del *logos*, eran considerados por naturaleza esclavos. La probable etimología de la palabra “bárbaros”, según apunta Lévi-Strauss, puede estar referida a “la confusión y la inarticulación del canto de los pájaros, opuestos al valor significante del lenguaje humano” (*Race et histoire*, Paris, 1968, p. 21, el texto de Lévi-Strauss se puede leer completo en Grignon-Passeron, 1991: 127).

¹¹⁵ *Historia General de Chile*, T. I, pág. 203.

¹¹⁶ El archivo, dice Derrida (1997: 15): “guarda, pone en reserva, ahorra, mas de un modo no natural, es decir, haciendo la ley (*nómos*) o haciendo respetar la ley.”

asentarlo uno que otro iluso, pero solo los elementos que pueden constituirlos?”¹¹⁷
Para Blanco Cuartín esos elementos todavía no estaban institucionalizados, y el mayor escollo que notaba era el mismo que había preocupado a Sarmiento al fundar casi dos décadas antes *El Progreso*. ¿Por qué –se preguntaba– en un pueblo que tenía ya bastantes hombres de letras, el mercado del impreso periódico permanecía atado a la injerencia de las prebendas del Estado? Y respondía:

Porque el pueblo que es el que sostiene la literatura periodística, a pesar de los adelantos que en estos últimos años ha conseguido, no se halla todavía en el caso de necesitar diariamente de un pábulo a su curiosidad, de una voz que haga resonar sus deseos, de un acento que le prometa cumplida cima de sus esperanzas, que le aletargue en su pesadumbre, i que hasta azuze i encienda las pasiones que fermentan en su seno. (*El Mosaico*, ídem, pág. 5, col. 1)

El periodista chileno volvía a señalar la precariedad del sistema institucional de la prensa periódica que, como hemos visto, fue un flagelo que atravesó la región durante todo el período. Pero a la vez señalaba el carácter restringido –social y políticamente hablando– del oficio de literato o publicista, así como los prejuicios tradicionales que determinaban su emplazamiento:

Si en contra de esto, se nos citan los ejemplos de Lastarria, Sanfuentes, García Reyes, Tocornal, Francisco Bello i uno que otro favorecido por la suerte a pesar de las contrariedades dichas, responderemos que si estos señores han conseguido el lugar que ocupan ha sido menos por haber cultivado las letras que por pertenecer al gremio de los abogados, que por estar cubiertos con

¹¹⁷ *El Mosaico*, N° 1, 21 de julio de 1860, pág. 4, col. 1. La mayoría de los trabajos de Blanco Cuartín publicados en este periódico fueron recopilados en la colección *Artículos escogidos* de la Biblioteca de Escritores de Chile (1913). No obstante, aquí manejamos el texto original (nótese, de paso, que éste es otro periódico *El Mosaico*, diferente al publicado en 1846). De esos trabajos, vale la pena destacar el dedicado a la poesía, el cual, bajo el título “Destino de nuestra poesía”, apareció en una extensa serie de catorce entregas: N° 2, pp. 1-4, N° 3, pp. 1-4, N° 4, pp. 1-3, N° 5, pp. 1-3, N° 6, pp. 1-5, N° 7, pp. 1-3, N° 8, pp. 1-4, N° 9, pp. 1-5, N° 11, pp. 5-7, N° 12, pp. 1-3, N° 13, pp. 1-3, N° 14, pp. 1-3, N° 15, pp. 1-4, y N° 16, pp. 1-4.

esa toga que en nuestra tierra parece indispensable para todo empleo. (*El Mosaico*, ídem, pág. 6, cols. 1-2)

Es decir, la figura del abogado asciende a la tradicional del letrado heredada de la Colonia –con la cual podrían identificarse claramente Mora y Varela. No es, entonces, la producción literaria la que otorga la base de sustentación a la figura del escritor, sino su linaje togado. En el momento en que Blanco Cuartín escribía estas palabras, la Universidad chilena contaba ya con un prestigio inexcusable. El saber docto, académico, no sólo estaba formando y había formado nuevas generaciones letradas de la república, sino que se presentaba como la instancia consagratoria de mayor relevancia de la época. Sin embargo, desde su posición de escritor-periodista –y de opositor al gobierno montt-varista¹¹⁸, Blanco Cuartín se permitía discurrir con soltura sobre los mecanismos institucionales que intervenían en esa consagración:

¿Se da, por otra parte, el título de miembro de la Universidad de Chile al hombre de saber, de ingenio, si no tiene parientes en la corte como se dice?
¿No se ha hecho i se hace este honor a mas de uno, cuyas luces i cuyos méritos no son otros que el patrocinio con que cuenta i los empeños de que ha podido disponer? (*El Mosaico*, ídem, pág. 7, col. 1)

¹¹⁸ El contexto en el que Blanco Cuartín escribe sus pesimistas comentarios es el de la desmembración de la falange conservadora y ultramontana del gobierno presidido por Montt y su ministro Antonio Varas, y el del comienzo de la fusión con el sector liberal de la oposición. Ese proceso se inició con la llamada “cuestión del sacristán”. Pedro Santelices, quien se desempañaba como sacristán de la Catedral de Santiago cometió un desliz (hurtó y tomó con sus amigos el vino destinado para la comunión), a raíz de lo cual fue despedido. El despido fue anulado por los canónigos del cabildo metropolitano. El arzobispo de Santiago, Valdivieso, defendió la medida del despido y los canónigos acudieron entonces a la Corte Suprema, saliéndose del fuero eclesiástico. A partir de allí se trabó una disputa entre Iglesia y Estado, que culminó con la conminación al arzobispo por parte de la Corte para que acatara su fallo bajo la pena de exilio y el embargo de sus bienes. La disputa separó aguas en las filas del gobierno, entre aquellos pelucones católicos que apoyaban al arzobispo y quienes, alistándose en la postura de Montt, abogaban por el regalismo eclesiástico (Los pormenores de este episodio pueden consultarse en Collier (2005: 26-283). Asimismo, sobre la relación del episodio con la formación de los partidos políticos, véase Bravo Lira [1992: 11-34]). Estos acontecimientos tensionaron el espacio público, anticipando los motines que llevarían a la sublevación y a la guerra civil en varias ciudades como Valparaíso, Talca y Concepción y a la declaración por parte del gobierno del estado de sitio a fines de 1858.

Por encima de la justeza o parcialidad de estos dicterios¹¹⁹, las reflexiones de Blanco Cuartín nos interesan en la medida en que son representativas de la emergencia de un entramado discursivo novedoso respecto a las concepciones literarias de la época: aquel que comenzaba a definir la (relativa) profesionalización del escritor –y, por ende, de la literatura– en abierta oposición a los saberes prácticos o positivos, ora relativos a la praxis política o doctrinaria, ora concernientes al ámbito académico o científico. No por casualidad sería Alberto Blest Gana quien, tanto en sus intervenciones críticas como en sus obras ficcionales, desplegaría los motivos principales de esa posición emergente.

Si, a mediados de la década del 40, periódicos como *El Alegre* habían apelado a la sátira y a los recursos de la comicidad para ridiculizar la tendencia del romanticismo literario en boga, a mediados y fines de la década siguiente esa misma tendencia servía para encauzar las nuevas figuraciones de la escritura literaria. “Las manías”, primer

¹¹⁹ Sobre este comentario de Blanco Cuartín cabe traer a colación un pasaje de *Don Guillermo*, relato de Lastarria publicado ese mismo año en *La Semana* (a partir del N° 35, del 3 de marzo de 1860). En el comienzo del capítulo VII, titulado “Nadie sabe para quien trabaja”, se lee: “Ese es un adagio vulgar que encierra más filosofía que la facultad designada con este nombre en la Universidad de Chile. No es esto decir que no sean mui filósofos sus miembros, pues a buen seguro que hartarían a desvergüenzas a cualquiera que se les atreviera. No siendo el gobierno, que cuando la autoridad hace o dice lo que quiere, no hai filosofía que se tengan, pues ella es más filósofa que Aristóteles”. Una nota a pie de página agregada por el mismo Lastarria en su reedición de 1885, aclara ese pasaje: “Alude a la sumisión con que entonces la Universidad de Chile, dominada por el partido gobernante, obedecía las voluntades del poder, no solo en los capítulos electorales, sino hasta en las más insignificantes resoluciones. Esto sucedía en la época en que se escribió el cuento i mucho después” (Lastarria, 1885: 90). Habría que agregar dos comentarios sobre el asunto. En primer lugar, el hecho de que la injerencia del gobierno en la Universidad estaba determinada desde el momento mismo de su fundación, pues colocaba, siguiendo el modelo napoleónico, al presidente en el lugar del Patrono, y al rector como vice-patrono de la misma. La designación del rector como la de los decanos era competencia directa del Patrono, como también su remoción. *El Semanario de Santiago* discutió desde sus columnas esa cuestión cuando era tratada en la cámara de diputados. En el número 3 (28 de julio de 1842), mediante un artículo titulado “Universidad de Chile”, pp. 18-19, y en el número siguiente (4 de agosto), en el artículo dedicado a la sesión de diputados. Por último, no habría que pasar por alto el dato curioso de que el mismo Lastarria haya sido nombrado decano de la Facultad de Humanidades con la firma de Montt, en sesión del 5 de septiembre de 1860. Cfr. *AUCH*, 1860: 880.

artículo de costumbres publicado por Alberto Blest Gana en *El Museo* es representativo de ese deslizamiento. Blest Gana apela al tópico de la “fiebre romántica” al hablar de “los miasmas contagiosos que han traído a nuestros climas sanos y despejados, este achaque nocivo y enervador, este *literaria-morbus* de nuestro Chile progresista”.¹²⁰ Sin embargo, la parodia en este caso sirve para canalizar dos desvíos significativos. Por un lado, señala la minusvaloración de la poesía y su escritura en cierto sector de la sociedad chilena: “hay la manía del que no lee versos so pretexto de buen gusto y que los versos están hechos en Chile; éstos son el hacendado civilizado y el comerciante que gira con grandes capitales”.¹²¹ Por el otro, apunta tempranamente uno de los rasgos más relevantes del proyecto literario blestganiano. El narrador cuenta que, al entablar un diálogo con una de las “niñas” de una familia de Santiago, ésta admite haber leído los versos publicados en su periódico, es decir, *El Museo*, los cuales le resultaron fastidiosos por ser demasiado extensos. La conclusión del artículo es por demás significativa: “Si quieres ser algo [...] no te ocupes de ciertas opiniones, sigue tu manía; pero si aspiras al aura femenina [...], fabrica en adelante los [versos] cortitos y tristes”.¹²² Es decir, perseverar en el oficio e incorporar aquello que el público más solícito –el femenino– demanda, sería el modo de estimular la lógica del mercado literario.

En la *Revista del Pacífico*, Guillermo Blest Gana, hermano del novelista y fundador de la revista, escribe un breve relato en forma de diálogo que comienza con esta pregunta: “¿Cuál es la mayor de las desgracias que puede suceder a un hombre entre nosotros?”. Narrado en primera persona, el artículo continúa especulando con el objeto de esa interrogación, a la que, entre otras tentativas, intenta responder como sigue:

- Ser ministro de estado, repuse sin vacilar después de una breve meditación.
- No, no es eso.
- Pues ser liberal, exclamé lleno de confianza.

¹²⁰ *El Museo*, N° 24, 19 de noviembre de 1853, pág. 375. Reproducido en Silva Castro (1956: 95-102).

¹²¹ Ídem, p. 375, col. 2.

¹²² Ídem, p. 377.

-Tampoco, aunque V. se va aproximando a la verdad. (p. 59)

[...]

-Creía la cosa tan sencilla... En fin, la mayor de las desgracias es... Pero ¿Qué es V?

-Hombre, a lo que creo.

-Vamos! Le pregunto a V. lo que es en el orden social.

-Yo? nada.

-Cómo nada? Algo ha de ser...

[...]

-En qué trabaja V.?

-Yo no trabajo, escribo.

-Ah! V. escribe, luego V. trabaja en escribir.

-Como aquí nadie llama a eso trabajar...

-Es decir que V. es escritor?

-Ni más ni menos.

-Pues, amigo, esa es la mayor de las desgracias que a un hombre le puede acontecer entre nosotros.¹²³

A la par de inscribir este diálogo ficticio en la línea editorial de la revista –es mayor desgracia ser liberal que ministro de gobierno–, las reflexiones acerca del oficio del escritor muestran una temprana búsqueda de profesionalización que se dará en Buenos Aires recién en los inicios de la década de 1870.¹²⁴ Apenas un año después, Alberto Blest Gana asumiría ese discurso social pero lo haría con el fin de contrarrestar la base de sus fundamentos. En “De los trabajos literarios en Chile”, afirmaba:

También nosotros, como muchos, hemos arrojado a veces la pluma con el invencible desaliento del desengaño; también, en medio del trabajo, hemos

¹²³ “La mayor de las desgracias”, G. Blest Gana, *Revista del Pacífico*, Tomo I, 1858, pp. 59-63.

¹²⁴ Las quejas del autor de *Juvenilia*, Miguel Cané, que aparecen compiladas en sus *Ensayos* (“Nuestros padres eran soldados, poetas y artistas. Nosotros somos tenderos, mercachifles y agiotistas”), son del año 1872.

creído divisar la sardónica sonrisa de una sociedad a quien egoísta y apática se ha hecho casi una costumbre el apellidar; pero después hemos querido profundizar las causas que helaban nuestro entusiasmo, nos hemos acercado para divisar esa sonrisa y percibir mejor la hiel de su sarcasmo: nuestra indagación, lejos de traernos desaliento, ha vigorizado nuevamente nuestra fe y, tratando de palpar más de cerca, el egoísmo tan decantado de la sociedad, lo hemos visto reducido en escasos y miserables círculos, que apenas merecen mencionarse, donde el soplo del materialismo o de la envidia ha apagado la llama divina del espíritu. (*La Semana*, n° 4, 11 de junio de 1859, págs. 51-52, cols. 1-2)

Entre las causas que señala Blest Gana aparece en primer orden la intrusión de las producciones extranjeras que inundan el mercado y tienden a sofocar los conatos de literatura local: “El viejo mundo se nos dirá, nos envía las producciones de su más cultivado espíritu y las fuerzas desmayan a la sola idea de luchar con su inmensa superioridad. Nuestras convicciones a este respecto, sin apoyarse en una presunción pueril o desmedida, nos alejan de semejante temor” (ídem, pág. 51). Tales convicciones son las que apadrinan la noción blestganiana de los “talentos secundarios”, una peculiar trasposición al campo literario de los valores pragmáticos que el uruguayo B. P. Berro percibía en figuras políticas americanas como Washington:

El espíritu de los pueblos jóvenes se alimenta con más sencillas producciones que el ya gastado de las naciones que han vivido mucho de la vida intelectual; entre nosotros puede ser nuevo lo que solo arrancarían al refinamiento de aquellos pueblos, una fría mirada de compasiva indiferencia. En América, pues, suelo pobre aún de notabilidades literarias, puede reclamarse mejor que en cualquiera punto de Europa la consideración y el apoyo para los talentos secundarios: de ese modesto círculo, bien podría más tarde adelantarse el hombre en cuya frente el dedo de Dios hubiese estampado el sello resplandeciente del genio. (*La Semana*, ídem, pág. 52, col. 2)

Como observó Poblete (2003: 46-47), Blest Gana está legitimando con esta intervención la calidad deficitaria –en comparación con la producción europea– de las obras nacionales con el recurso a la metáfora digestiva que operaba frecuentemente en relación al sector popular de la sociedad americana.¹²⁵ Pero también es cierto que Blest Gana está reiterando un aspecto social y cultural que ya había apuntado Sarmiento en sus comentarios críticos a los dramas originales presentados por Bello y Minvielle en los inicios del 40: “Nuestra sociedad es poco dramática todavía; demasiado simple en sus relaciones no ofrece complicación ninguna en los medios de acción. La vida real carece de aquellos ejemplos ya terribles, ya cómicos de una sociedad vieja, numerosa i llena de anomalías, contrariedades i situaciones singulares”.¹²⁶ Lo que indican estas palabras de Sarmiento es la permanencia de los estilos de vida y de las estructuras societarias coloniales, que en los años en que Blest Gana escribía las suyas aún mantenían su dominio, no obstante los avances ciertos en términos de desarrollo económico y tecnológico. Si J. V. Lastarria había caracterizado el contexto de su discurso como el “momento crítico” de la intelectualidad chilena, casi veinte años después Blest Gana podrá decir en su discurso de incorporación a la Universidad que los chilenos viven “una época de transición” en la que conviven “una revolución radical” de los hábitos sociales con “notables vestigios de costumbres del

¹²⁵ Metáfora común en la formación intelectual poscolonial. A ella acude Daniel Barros Grez en su artículo “Observaciones sobre nuestro sistema de enseñanza”, publicado en la *Revista del Pacífico*: “Pero la educación del pueblo no debe ser a medias; ella debe naturalmente empezar por aquellos conocimientos necesarios e indispensables al individuo, según sea la posición que ocupe en la sociedad, sin adelantarle verdades que pueden trastornar a la sociedad misma, verdades que, mal comprendidas por la mayor parte, sólo sirven para introducir el desorden y la anarquía en la ilustración. Se debe hacer a imitación del médico, que observa atentamente el estado del estómago de su enfermo para darle la clase de alimento que necesita, apartando de su vista aquellos que pueden serle nocivos.” (*Revista del Pacífico*, Valparaíso, 1858, Tomo I, pág. 129). Pero también aparece en *El Iniciador*, de Montevideo, casi veinte años antes: “Nosotros pensamos, desde luego, que los establecimientos destinados a preparar e imprimir en el corazón de la juventud los afectos que por lo general forman la base de la vida, exigen una atención no mediana; que es mucho mejor dejar ignorar al hombre ciertos conocimientos, que hacer crecer el vicio sobre la raíz de cada virtud. En pocas palabras, preferimos pocos y sólidos elementos, a extensas y obscuras teorías sobre todo.” (*El Iniciador*, N° 5, Montevideo, 15 de junio de 1838, pág. 4, col. 1).

¹²⁶ Comentario a *Ernesto*, de Minvielle. *El Progreso*, N° 82, 15 de febrero de 1843, pág. 1, col. 2.

colonial”. Favorecer esa transición –ajustándola al imaginario de una nación moderna– sería, para Blest Gana, la función primordial de la literatura.

5. 4. 2. La aritmética en el amor y *la consagración de la literatura*

Conviene recordar, entonces, que Blest Gana escribe ese artículo apenas un año antes de consagrarse como novelista nacional con el premio adjudicado por la Universidad a su novela *La aritmética en el amor*, que además patrocinó su ingreso al establecimiento como miembro de la Facultad de Humanidades. Es necesario reparar tanto en su discurso de incorporación –verdadera plataforma literaria de su proyecto narrativo– como en los conceptos vertidos por el jurado en su dictamen, puesto que estuvo a cargo nada menos que de figuras descollantes de las letras chilenas como José Victorino Lastarria y Miguel Luis Amunátegui. Antes, vale la pena que nos detengamos brevemente en los pormenores de ese certamen.

Bernardo Subercaseaux ha señalado acertadamente la preeminencia de los intereses literarios por sobre los históricos durante la década en que gobierna Montt. El crítico chileno señala además que esos intereses pueden constatarse en los discursos de incorporación a la Universidad. Si bien es cierto que a partir del discurso de ingreso a la Facultad de Humanidades de Miguel Luis Amunátegui, cuyo tema versaba sobre “Literatura americana (si podrá haberla alguna vez, así como hai una francesa i una inglesa)” (*AUCH*, 1852: 457) comienza a percibirse una proyección de asuntos literarios en los fueros de la Universidad inexistente en la década anterior, no menos evidente resulta el carácter minoritario y ciertamente marginal que, en conjunto, representan esos discursos al lado de los temas tratados en esos diez años.¹²⁷ Esta consideración es fundamental para repasar el certamen que premió a

¹²⁷ De hecho, además del ya mencionado discurso de Amunátegui, sólo pueden computarse el de Joaquín Blest Gana dedicado a Camilo Henríquez en 1856 (*AUCH*, 1856: 329-336) y, de modo relativo, el de Domingo Santamaría, pues es más una reconstrucción histórica del movimiento cultural y literario entre 1841 y 1846 que la elaboración de un tema específico sobre literatura (ídem, 321-329). El resto de los discursos no abordan temas literarios. El de Juan Bello versa sobre su reemplazante Ventura Causiño (*AUCH*, 1853: 399-408). El de Barros Arana es una biografía del profesor francés Luis Antonio Vendel-Heyl (*AUCH*, 1855: 723-731). Por último, el de Gregorio Amunátegui discurre sobre enseñanza de idiomas (*AUCH*, 1857: 221-231). Cabe aclarar que la ley orgánica de la Universidad estipulaba que los discursos de

Blest Gana, pues siguiendo la lógica de Subercaseaux se correría el riesgo de creer que el mismo fue producto de esa propensión, lo que en verdad parece improbable. Al contrario, no sería la Universidad la institución en la que se asentaron esos intereses, sino la prensa periódica y las asociaciones letradas creadas con ese fin. En efecto, si se examinan los temas propuestos para los concursos anuales por la Facultad de Humanidades desde su creación hasta principios de la década de 1860, no sólo se corrobora la hegemonía de los intereses históricos por encima de los literarios, sino que además se vislumbra un tipo de práctica promocional que resulta por demás significativa.

Mientras que un total de 10 temas refieren a trabajos históricos, 3 lo hacen a cuestiones educativas y otros 3 a literarias.¹²⁸ Pero además de esa avasallante

incorporación debían estar dirigidos a la figura del antecesor en el cargo, de ahí el mayoritario sesgo histórico y biográfico de los mismos.

¹²⁸ Hay que tener en cuenta que, en varias ocasiones, las convocatorias se reiteran de un año a otro. Los temas designados por la Facultad de Filosofía y Humanidades entre 1844 y 1862 son los siguientes: 1) Año 1844: “¿Qué objeto debe proponerse la educación en las diversas clases de la Sociedad Chilena, y cuáles son los medios prácticos que pueden emplearse para conseguir este objeto?”; 2) Año 1845: “¿Cuál debe ser la educación primaria en Chile, i medios prácticos de propagarla entre los niños i adultos de todas las clases de la sociedad” (se repite para el próximo año); 3) Año 1847: “Una composición literaria, en prosa o verso, que tenga por asunto un suceso o época de la Historia Nacional”; 4) Año 1848: “¿Cuál es el mejor modo de enseñar la historia?” (Se repite al año siguiente); 5) Año 1850: “Una memoria sobre la historia nacional desde 1814 hasta 1817, o desde la batalla de Rancagua hasta la de Chacabuco” (Se repite para el año siguiente); 6) Año 1852: “Un trabajo sobre la Historia Nacional durante los años de 1811 y 1812.” (Se reitera el mismo tema hasta el año 1855. En la sesión del 30 de septiembre de 1854 se lee un oficio del Decano de Humanidades “en que participa que su Facultad ha acordado señalar para el concurso literario del año venidero el mismo tema que se había señalado para el que debía tener lugar el presente año. Se dejó el acuerdo para publicarlo en la próxima función aniversario de la Universidad”, AUCH, 1855: 384). Este concurso, que se extendió desde 1851, fue ganado por Diego Barros Arana con la memoria titulada: “Historia general de la independencia de Chile”; 7) Año 1856: “Una apreciación crítica de los poetas que han florecido en las repúblicas hispano-americanas desde 1810 hasta la fecha, con designación de sus nombres y composiciones” (se repite para el año siguiente); 8) Año 1858: “Una memoria sobre historia nacional, que comprenda los sucesos ocurridos desde el fin del gobierno de don Ramón Freire en 1826 hasta la promulgación de la constitución de 1828”; 9) Año 1859: “Juicio crítico sobre las más notables obras de los principales poetas hispanoamericanos”; 10) Año 1860: “Una novela en prosa, histórica o de costumbres, al arbitrio del autor, pero cuyo asunto sea precisamente chileno”; 11) Año 1861: “Vida de don

preeminencia de intereses históricos, resulta sugerente el modo en que son ajustados los temas de concurso según la información manejada por los mismos miembros de la Facultad que participaban en las sesiones consignatarias. Para el año 1856 se promulgó como tema “Una apreciación crítica de los poetas que han florecido en las repúblicas hispano-americanas desde 1810 hasta la fecha, con designación de sus nombres y composiciones”; el tema se reiteró al año siguiente y, sintomáticamente, en 1859 el mismo tema, que no había obtenido premio alguno, se enuncia con el título con que los hermanos Amunátegui preparaban sus ensayos sobre poesía: “Juicio crítico sobre las más notables obras de los principales poetas hispanoamericanos”.¹²⁹

De lo examinado hasta aquí puede inferirse que el concurso que consagró al autor del *La aritmética en el amor* pudo seguir los mismos andariveles que el de los Amunátegui. Y, en efecto, los informes de las sesiones correspondientes son esclarecedores de esa intermediación. Hay que recordar que el original de *La aritmética del amor* no estaba terminado cuando quedó extinguido el plazo que se había fijado para la recepción de los trabajos, y que en una de las sesiones correspondientes Joaquín Blest Gana (es decir, el hermano del novelista) anticipó que sabía de un trabajo de esas características estaba pronto a concluirse.¹³⁰ *La aritmética del amor*, además, compitió con *Judith*, de autor anónimo, y con *Alberto, el jugador*, novela de Rosario Orrego de Uribe. En rigor, esta última no fue considerada por el jurado ya que se presentó fuera del plazo concedido.¹³¹ Lo significativo, en todo caso,

Juan Egaña y juicio crítico de sus obras”; 12) Año 1862: “Apreciación crítica de los principales prosadores chilenos, antiguos y modernos”.

¹²⁹ *AUCH*, 1858: 237bis.

¹³⁰ El tema es tratado por Silva Castro en Atenea, 1960: 27-55.

¹³¹ De modo evidente, los ritmos institucionales se adaptaron a los de los escritores. Parece ser que tanto Blest Gana como Rosario Orrego solicitaron una prórroga del plazo pautado por la Facultad. En la sesión del 18 de agosto de 1860, se da cuenta de “una solicitud anónima, en que se pide que se prorrogue, hasta el 29 del presente, el término para presentar un trabajo destinado al certamen de la Facultad de Humanidades en el año actual. Se acordó acceder a dicha solicitud” (*AUCH*, 1860: 784). Esta solicitud, de acuerdo a Silva Castro (1960: 28), respondía a Blest Gana. Por su parte, Jacinto Chacón –contertulio y futuro esposo de Rosario Orrego- envió una nota desde Valparaíso “en que anuncia que una persona de ese puerto se ocupa en componer una novela de costumbres para presentarla al certamen de la Facultad de Humanidades”, pidiendo se extendiera el plazo hasta el 29 de septiembre de ese año, lo que fue aceptado (*AUCH*, 1860: 786). En la sesión del 8 de octubre de 1860 se decidió dar por concluido el plazo y evaluar las dos novelas presentadas hasta entonces, es decir, *La aritmética*

es la proximidad entre los términos vertidos por el jurado y el discurso de incorporación del autor premiado. El informe de la comisión subrayaba la inexistencia de obras literarias de carácter histórico –mencionaba *El campanario* como la obra que “mejor hace comprender lo que era la existencia doméstica y ordinaria de los chilenos en la época colonial”– y pasaba a evaluar las dos obras en cuestión.

La descalificación de *Judith* se centraba en que no representaba las costumbres locales –“esas narraciones superpuestas a la narración y fáciles de ser cambiadas sin inconveniente por otras relativas a países distintos del nuestro, no constituyen lo que se llama una novela de costumbres chilenas”.¹³² En segundo lugar, el dictamen señalaba la impericia de su autor en la modelación de los valores necesarios para ser difundidos en la sociedad chilena: “es preciso que los novelistas procuren formar buenas madres de familia y no mujeres afectadamente sentimentales; buenos ciudadanos, y no individuos inútiles que por moda aparentan disgusto de la vida” (Silva Castro, ídem: 33). Esos aspectos, precisamente, eran los que infundían en *La aritmética en el amor* su valor literario: “ha hecho resaltar la fealdad del egoísmo y la belleza de la virtud, haciendo pasar delante de sus lectores un cierto número de personajes que simbolizan la degradación o la elevación moral”. Respecto al carácter nacional de la novela, el juicio confirmaba: “*La aritmética en el amor* se halla animada por un gran número de cuadros de costumbres nacionales llenos de colorido y de verdad”. (Silva Castro, ídem: 34-35)

El discurso con el que Alberto Blest Gana se incorporó a la Universidad es un verdadero programa literario, que recoge varias de las ideas que venían tratándose en la crítica periódica –entre otras, las que su hermano, Joaquín Blest Gana, había dado a conocer en sus ensayos críticos de la *Revista de Santiago*–, y las despliega de un modo mucho más orgánico. El discurso de Blest Gana comenzaba refiriéndose a la poesía, señalando el carácter “esencialmente sentimental” que revestía hasta entonces

en el amor y Judith. Finalmente, en la sesión del 3 de noviembre se dio cuenta de una “solicitud del autor de la novela titulada El Jugador, con la cual acompaña la conclusión de esta obra, i pide sea admitida” a pesar de haber terminado la prórroga concedida. El pedido fue rechazado, y entre las razones de esa decisión los miembros del Consejo referían que el dictamen ya estaba concluido (*AUCH*, 1860: 1010).

¹³² Esta y la cita anterior en Silva Castro, 1960: 29 y 31.

(efecto de un romanticismo afectado criticado incisivamente por los hermanos Amunátegui, con quienes Blest Gana coincidía¹³³) e indicando las ventajas que proveía la novela en comparación al lenguaje poético, dado que se permitía llegar a un público más amplio, menos iniciado: “Todas las clases sociales, todos los gustos [...] encontrarán en la novela un grato solaz, un descanso a las diarias tareas, un alimento en la expansión del pecho, algo, en fin, que contente el espíritu, halague el corazón o alivie el ánimo de sus afanosas preocupaciones” (Silva Castro, ídem: 43). Y más adelante agregaba:

Las obras que, sin descuidar la forma ni atropellar el buen gusto, dirijan sus esfuerzos a satisfacer las necesidades de esta gran mayoría de la población, serán, sin duda, las que más auge obtengan y también más duradera fama. Para llenar las condiciones que anunciamos, sin disputa la novela de costumbres es la más adecuada. Por la pintura de cuadros sociales llamará la atención de todos los lectores; por sus observaciones y la filosofía de su estudio, adquirirá las simpatías de los pensadores, y por las combinaciones infinitas que caben en su extenso cuadro despertará el interés de los numerosos amigos del movimiento y de la intriga [...] el escritor puede combatir los vicios de su época con el vivo colorido que resalta en el diseño de cuadros de actualidad y encomiar, por medio de otros de igual naturaleza, las virtudes cuya imagen importa siempre presentar al lector en contraposición de las flaquezas humanas. (Silva Castro, ídem: 44)

En este fragmento reside el núcleo del programa narrativo blestganiano. El costumbrismo prescripto resulta de la necesidad de acercar al lector escenas y motivos compartidos, que sirvieran para despertar el interés en la lectura. Por otra parte, la

¹³³ Decía Blest Gana al respecto: “[...] la poesía nacional, a la que pediríamos para su bien, que arrojase cuanto antes la egoísta capa del personalismo y buscase su inspiración en el estudio de la naturaleza, en el hombre colectivamente considerado [...] acordándose lo menos posible de sus propios sufrimientos morales”. El discurso, además de su publicación en la Anales, tuvo varias ediciones desde entonces. Lo editan, entre otros, José Promis (1977) y Silva Castro (1969). En 1960 el mismo Silva Castro lo había publicado en la revista Atenea. De esta última versión tomo de aquí en más las citas. Silva Castro (1960: 42)

narración costumbrista convoca varios públicos: el culto –“pensador” en los términos del novelista-, y el popular –aquellos “numerosos [y numerosas] amigo/as del movimiento y de la intriga”. Por último, la novela de costumbres respondía mejor que ninguna otra a lo que habían dictaminado Lastarria y Amunátegui: la utilidad de la lectura, pues con ella podía modelizarse la conciencia ciudadana de los lectores mediante el contraste narrativo de vicios y virtudes. Por lo demás, en su discurso Blest Gana volvía a plantear coherentemente los obstáculos que se imponían a ese proyecto: la preponderancia de las novelas extranjeras y, con más precisión, de las tramas folletinescas que estigmatizaban para un amplio sector culto la función social de la literatura. En las páginas que siguen consideraremos la relación entre novela y folletín, revisando la función de la prensa periódica en la constitución de un programa literario compartido y, por último, estudiaremos los principales aspectos de la narrativa blestganiana enlazados al imaginario moderno de la literatura nacional.

5. 5. Las artes de escribir románticas

5. 5. 1. Costumbres, costumbrismo y la producción de los folletines

Teatro, moda, tertulias, conciertos, asuntos de interés puramente femenino (“algo para las señoritas”), literatura (ensayos, poesía y artículos de costumbres), conocimientos útiles (como por ejemplo los relativos a la Sociedad Agricultura, o a la Sociedad Literaria de Santiago), estos eran los temas que Sarmiento prometía ofrecer en la sección del “folletín” del primer diario santiaguino, *El Progreso*, fundado por él en 1842. Y agregaba:

Y cuando todo esto falte, ocurriremos a los folletines que embellecen las páginas de los diarios franceses y españoles de más nombradía; pudiendo sin jactancia decir desde ahora que en esta parte nuestro diario aventajará a los más afamados de Europa y América, por la razón muy obvia de que siendo

uno de los últimos periódicos del mundo, tendremos a nuestra disposición y para escoger como en peras, lo que han publicado todos los demás diarios.¹³⁴

De las precarias condiciones de una publicación sudamericana, típicamente Sarmiento producía un desplazamiento ingenioso: al igual que con el trabajo de traducción, convertía una posición marginal en una preclara ventaja del oficio letrado.¹³⁵ Ahora bien, la apelación a los folletines, que en el caso de Sarmiento se explica por un pragmatismo que aboga por una expansión de la lectura y un crecimiento del público lector, será al mismo tiempo considerada por un amplio sector de la élite letrada como una forma “degradante”, que afecta tanto al sistema literario como a las formas de sociabilidad de la república.

Tres años después, el mismo Sarmiento se congraciaba irónicamente frente a esa visión conservadora de la elite chilena: “Sabe ya el público que gemimos bajo dos acusaciones horribles, la de haber hecho conocer a Michelet, Cousin y Jouffroy, y lo que es más horrible, la de haber introducido en los diarios *folletines*.”¹³⁶ Con esa frase que recordaba las polémicas de antaño, el sanjuanino subrayaba la palabra “folletín”, indicando la materialidad de una práctica evidentemente subestimada por un amplio sector de la élite chilena.

Casi veinte años después de esa entusiasta incitación sarmientina, Alberto Blest Gana enfrentaba el mismo tema en su discurso universitario cuando constataba la poca afición de los literatos por la escritura de la novela:

Reconocemos como causa principal de este fenómeno, además de las dificultades que ofrece la ejecución de obras de esta clase, el natural desaliento que infunde la idea de luchar con la muchedumbre de novelas europeas puestas a tan bajo precio por la industria moderna en manos de los lectores [...] Más, a

¹³⁴ *El Progreso*, Santiago de Chile, N° 1, pág. 1, col. 2, Sección “Folletín”. “Tendrán en este lugar privilegiado grata y cordial acogida los ensayos literarios de nuestros jóvenes, ya sea que quieran dar rienda a la travesura de su ingenio en un articulillo de costumbres, o manifestar lo delicado de su sensibilidad con algunos rasgos apasionados”

¹³⁵ Respecto a esa operación sarmientina, véase Molloy (1996).

¹³⁶ *El Progreso*, 30 de agosto de 1845 (Sarmiento, 1945: II, 320)

nuestro juicio, éste que hasta el día ha sido grave obstáculo para el adelantamiento de la novela nacional, debe, con atención examinado, considerarse más bien como un estímulo [...] porque, si bien la no siempre acertada elección de los periódicos para sus folletines, la popularidad de ciertas novelas europeas de muy problemático valor, y la poca ilustración de la generalidad de los lectores, traen, hasta cierto punto, viciado el buen gusto y subvertidos los sanos principios que deben presidir en la ejecución de la novela, puede sentarse el importante aserto de que la afición a la lectura ha ganado inmenso terreno en Chile desde algunos años a esta parte.¹³⁷

Es decir, como para Sarmiento, para Blest Gana el impreso periódico –y su subproducto, el folletín– fue el instrumento que preparó el terreno para la labor del novelista nacional; aunque la preeminencia en el mercado de los folletines extranjeros haya, en parte, afectado negativamente el gusto del público, el hecho es que solventó la ejercitación en la lectura y, por lo tanto, el escritor podía contar con esa base para sus propias producciones. Y, al igual que Sarmiento, Blest Gana consideró la novela como la producción que mejor se ajustaba a los programas que bregaban por reencauzar ese gusto “viciado” por la literatura periódica –puntualmente, por los “malos” folletines. Pues apelando a esa sensibilidad lectora ya ejercitada con la literatura por entregas el escritor podía, en palabras de Blest Gana, “arrojar la simiente de su ingenio”, es decir, transformar ese tiempo de ocio que consumen las “amenas lecturas” en tiempo de productividad social –y cívica: la novela “habla el lenguaje de todos” “y lleva la civilización hasta las clases menos cultas de la sociedad” (Ídem, Silva Castro, 1960: 43). En definitiva, la novela es el producto literario más propicio para crear ciudadanía.

Como observó Poblete (2003), se trata de la puesta en circulación de formas simbólicas que apuntan a transmitir una sociabilidad deseada –la de la nación moderna–, es decir, a la producción del sujeto ciudadano estéticamente constituido, sujeto que internaliza los valores culturales de la burguesía sin que la ley funcione en él

¹³⁷ Blest Gana, “Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella”, Silva Castro (1960: 43).

de manera coercitiva. Pero para ello, el escritor de novelas de costumbres debía incorporar, como mostraba Blest Gana en su artículo “Las manías”, las preferencias del público lector al que se quería seducir. En la discursividad de la época, la prensa periódica y el espacio dedicado al folletín no era sólo la expresión dominante de la circulación escrita, formaba además la materia con la que el escritor debía contrastar sus aptitudes literarias –es decir, producir literatura.

No sorprende, entonces, que Blest Gana haya publicado –a excepción de *Juan de Aria*, que se editó separado en el *Aguinaldo* del periódico *El Ferrocarril* y de *La aritmética en el amor*, premiada y publicada por la Universidad de Chile– todas sus novelas y sus relatos de costumbres bajo ese formato.¹³⁸ Existe, por supuesto, una marca distintiva para el género que se impuso con *Le Presse* de E. Girardin, en 1836, con el que establecerían su dominio Balzac, Dumas y Sue (*Los misterios de París* se publica en 1842, en *Journal des Débats*): la diferencia, por un lado, entre el formato folletín –específicamente, el *roman-feuilleton*–, es decir narraciones caracterizadas por estructuras ternarias, donde domina el suspenso y la articulación de sucesos cruentos para incentivar el interés del lector, configuradas con personajes arquetípicos (el héroe y el villano) y publicadas con cortes deliberados para producir la expectativa de su resolución y, por el otro, aquellas narraciones o novelas publicadas también por entregas pero que no necesariamente se enmarcan en dichas estructuras, puesto que o bien fueron escritas previamente o bien no contemplan los ritmos del *roman-feuilleton*.¹³⁹

La mayoría de los relatos extranjeros que se publicaron en los veinte años que transcurren entre el comentario de Sarmiento y el discurso de Blest Gana no responde a la estructura estricta del folletín sino al relato seriado, que ya funcionaba en Francia

¹³⁸ Además de sus artículos de costumbres, Blest Gana publicó *Una escena social* en *El Museo* (1853); *Engaños y desengaños*, y *Los desposados* en la *Revista de Santiago* (1855), *El jefe de la familia* (obra teatral) en *El Correo Literario* (1858), *El primer amor*, *La fascinación* y *El pago de las deudas* en la *Revista del Pacífico* (las dos primeras en 1858, y la última en 1861), *Un drama en el campo* en *La Semana* (1859), *Martín Rivas*, *El ideal de un calavera*, *La venganza* y *Mariluán* en *La Voz de Chile* (entre 1862 y 1863).

¹³⁹ Foresti et al. (1999: I, 92) ofrecen una caracterización genérica de las distintas variantes del relato folletinesco en el contexto de las publicaciones periódicas chilenas del siglo XIX.

desde 1829 en la *Revue de Paris*.¹⁴⁰ Asimismo, muchos de los relatos producidos en Sudamérica y publicados en la prensa periódica se nutrieron del formato seriado, sin llegar a operar estrictamente mediante la estructura del *roman-feuilleton*. Como ha mostrado Elizabeth Garrels (1988), el *Facundo* de Sarmiento tal vez sea el caso paradigmático de esa ambigüedad formal, que utiliza ciertos elementos del folletín – como el melodrama o algunos efectos de corte premeditados- sin responder apropiadamente a su estructura. En todo caso, lo interesante es observar la interpenetración entre formato periódico y creación literaria, considerando los diversos modos en que la trama narrativa se ajusta al espacio de las páginas periódicas –no sólo materialmente, sino también en relación al público al que se dirige. Es lo que trataremos de hacer en las páginas que siguen.

5. 5. 2. *Del folletín a la novela. La ambigüedad de la ficción*

Apenas unos años antes de que Blest Gana diera a las páginas de la prensa periódica su primera novela, catalogada con entusiasta énfasis con el sello de *original chilena*, Mitre ensayaba su tino novelístico con la publicación de *Soledad*, publicada también en las páginas de un periódico –*La Epoca*, de La Paz, Bolivia-, entre el 7 y el 25 de octubre de 1847. Publicada inmediatamente después en volumen por la propia imprenta del periódico, fue reeditada nuevamente en Chile en *El Comercio de Valparaíso*, periódico fundado y dirigido por J. B. Alberdi a partir de 1847.¹⁴¹

¹⁴⁰ La Biblioteca de J. T. Medina sobre las traducciones que se publicaron en Chile durante el siglo XIX arroja datos por demás sugestivos. Entre 1842 y 1863, por ejemplo, se publicaron 261 traducciones. De ellas, 86 eran literarias (novelas, biografías, poesías, teatro). De estas 86, 30 eran de obras de teatro y 39 novelas y relatos. Entre los autores más destacados figuran A. Dumas, con 26 traducciones; E. Scribe, con 8; y E. Sué, con 5. Una excelente reedición de la obra de Medina es la reciente de Payás (2007). Hay que tener en cuenta que Medina catalogó únicamente aquellas traducciones que aparecieron en volumen, y no en los folletines periódicos. Nuestras propias indagaciones basadas en el corpus de periódicos analizados registran un total de 159 folletines periódicos, entre artículo y relatos breves publicados por chilenos y argentinos, y relatos extranjeros. De estos últimos, 11 llevan la firma de Dumas, 4 de Sand, 1 de Hugo y 1 de Balzac. Por su parte, Foresti et al (1999), en el tomo I, que abarca los años que van de 1810 a 1859 recopilaron un total de 168 relatos chilenos publicados en periódicos. La exhaustiva investigación no incluye, sin embargo, algunos periódicos (que se incluyen en nuestro corpus) como *El Mosaico* (tanto el de 1846, como el de 1860) o *El Alegre* (1846-1847).

¹⁴¹ Se publicó en *El Comercio de Valparaíso* en 1848 y luego también en volumen.

Previsiblemente, la novela relata una historia de amor, la de la protagonista – cuyo nombre da título al relato-, y su primo Enrique.¹⁴² Ambientada en Bolivia alrededor del año 1826, es decir, poco después de la independencia, la historia es el arquetípico montaje de una peripecia de cuño romántico. Curiosamente, su autor –que por entonces tenía apenas 26 años– declara en el prólogo que la obra es un “debilísimo ensayo que no tiene otro objeto sino estimular a las jóvenes capacidades a que exploten [*sic*] el rico minero de la novela americana” (pág. 95). Mitre asume el carácter precario de su relato y expone a la vez los criterios que condenaban a la ficción como trabajo infructífero: “No faltan entre nosotros espíritus severos que consideran a la novela como un descarrío de la imaginación, como ficciones indignas de ocupar la atención de los hombres pensadores”. Sin embargo, dice Mitre, “al lado de esos millares que deshonran la literatura están las grandes obras del genio para hacerle honor” (ídem, pág. 94). El futuro historiador argentino está pensando, al decir esto, en autores como Cervantes, Richardson, Scott, Cooper, Dickens, Rebeláis y Rousseau. Por lo tanto, agrega, “quisiéramos que la novela echase profundas raíces en el suelo virgen de la América”, y pasa a describir los objetivos que debería asumir el género: “El pueblo ignora la historia, sus costumbres apenas formadas no han sido filosóficamente estudiadas [...] la novela popularizará nuestra historia echando mano de los sucesos de la conquista, de la época colonial, y de los recuerdos de la guerra de la independencia.” (ídem, págs. 94-95)

¹⁴² El idilio adolescente entre Soledad y Enrique se quiebra cuando este marcha a luchar por la independencia; los mismos acontecimientos bélicos llevan a la madre de la joven a entregarla al cuidado de un aristocrático español, mucho mayor que ella, don Ricardo, en cuya casona de campo vive como una prisionera. Cuando su primo Enrique reaparece, se interpone entre ellos Eduardo López, sobrino de unos amigos de don Ricardo, quienes habían llegado de visita, quedando retenidos unos días en la casa por el fragor de una tormenta. Eduardo, fascinado por la belleza de la joven, logra seducirla y concertar una cita clandestina –es decir, pecaminosa- de la que la joven es rescatada oportunamente por su primo, quien desarticula así el plan de su oponente, en el último capítulo titulado “El ángel de la guarda”: “Quiero salvarte y salvar tu inocencia. Yo seré el ángel de tu guarda y te sacaré pura de las manos de tu seductor, porque, Soledad, yo te amo...” (Mitre, s/f: 152). La declaración final busca el efecto de reponer un sentimiento que había sido silenciado.

La novela es para Mitre un instrumento pedagógico y modelizador: enseña la historia y modela las costumbres. Lo sorprendente es la ambigüedad de valores que exhibe su concepción; admite, por un lado, el flagelo de los folletines, pero salva la ficción novelesca al apelar a una ristra de nombres prestigiosos que la consagran. Si quien efectúa un “debilísimo ensayo”, evidentemente lejos está de asimilarse a esa tradición, el resultado lógico es que su obra sea una más de las tantas “ficciones indignas de ocupar la atención de los hombres pensadores”. Como sostiene Alejandra Laera (2004), tanto en el caso de esta novela como en *La novia del hereje*, de Vicente López –publicada en *El Coreo Científico y Literario* de Navarro Viola en 1854 pero escrita una década antes–, o en *El capitán de patricios* de Juan María Gutiérrez –publicada en la *Revista del Río de la Plata* en la década de 1870 aunque presumiblemente escrita alrededor de 1843–, se verifica la imposibilidad de un proyecto novelístico tanto por contingencias históricas –la necesidad del sustento, los periplos y exigencias del exilio y la lucha política– como por concepciones inconciliables –evidentes en las declaraciones de Vicente F. López– con la única práctica disponible en esas circunstancias: el escrito periódico.

A ello se suma, de modo notable, un factor decisivo para pensar la producción literaria de la época: la tan ambigua como poco internalizada idea de ficción literaria, imprecisión constitutiva de los proyectos letrados cuyas manifestaciones atraviesan toda la centuria. En efecto, la categoría de ficción no comportaba en el siglo XIX un estatuto ni estable ni definido y podía comulgarse tanto con los folletines fantásticos del romanticismo europeo como con la prosa historicista y ecléctica de Michelet o Tocqueville.¹⁴³ Esa ambigüedad es, en todo caso, constitutiva de un texto como el *Facundo*, pero difícilmente pueda engrosar los programas modernizantes de la ficción novelesca. El modelo dominante de ficción narrativa en Latinoamérica fue, sin duda, Walter Scott. Por varios motivos, pero sobre todo por la exitosa combinación entre historia y novela, el escritor inglés aparece con frecuencia en las discusiones sobre la función de la novela. Enrique Anderson Imbert (1954), en un trabajo sobre la novela histórica del XIX, muestra la relevancia del autor de *Ivanhoe* en las reflexiones y

¹⁴³ Una excelente reflexión sobre este aspecto en la prosa del *Facundo* véase en Halperin Donghi (1996)

producciones literarias del continente. La más destacada de esas reflexiones, por su vuelo teórico –según el apunta el crítico- fue la que se dio en Cuba, especialmente promovida en la *Revista Bimestre Cubana* por figuras como Domingo del Monte y José María Heredia –cuyo famoso *Ensayo sobre la novela* definía su posición al respecto. En un pasaje de su ensayo dedicado a Scott, decía el cubano: “sus novelas son de una nueva especie. Y se ha creído definir las bien con llamarlas históricas; definición falsa...;...la novela es una ficción y toda ficción es una mentira. ¿Llamaremos *mentiras históricas* las obras de Walter Scott?”.¹⁴⁴ La idea de ficción como mentira o falsedad resulta un elemento destacado en las concepciones denigrativas sobre la novela. Aun la obra argentina más representativa del género a mediados del siglo, *Amalia* de Mármol, no puede eludir el peculiar emplazamiento discursivo del que forma parte: su periódico *La Semana*, en el que se combinaba la sección del folletín con la denominada “Parte política”. La imbricación entre discurso ideológico y político y discurso literario propugna una escritura ficcional proyectiva, es decir, una novela que depende del tiempo futuro para poder constituirse dentro del género.

Clave en el funcionamiento de este tipo de escritura es la “Explicación” que ofrece José Mármol al comienzo de su novela:

La mayor parte de los personajes históricos de esta novela existen aún, y ocupan la misma posición política o social que en la época en que ocurrieron los sucesos que van a leerse. Pero el autor, por *una ficción calculada*, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquellos. Y es esta la razón porque *el lector no hallará nunca en presente los tiempos empleados al hablar de Rosas, de su familia, de sus ministros*, etc. El autor ha creído que tal sistema convenía tanto a la mayor claridad de la narración cuanto al *porvenir de la obra, destinada a ser leída*, como todo lo que se escriba, bueno o malo, relativo a la época dramática de la dictadura argentina, *por las generaciones venideras, con quienes entonces se armonizará perfectamente el sistema*, aquí

¹⁴⁴ Citado por Anderson Imbert (1954: 33).

adaptado, de describir en forma retrospectiva personajes que viven en la actualidad. (Mármol 1955 [1851]: 3 [Subrayado nuestro])

Un obra “destinada a ser leída por las generaciones venideras” enuncia una operación de deslinde de los ejes temporales de la patria (y de la novela) futura. La “ficción calculada” da cuenta de una narrativa que se eleva para que nunca estén en presente los tiempos del enemigo y que, al mismo tiempo, debe prever necesariamente un público lector identificado con los ideales de la novela en un tiempo de la “patria” prospectivo, prometeico.

A diferencia de esa ficción tensionada por la política, la narrativa de Alberto Blest Gana acude a la serie de protocolos estéticos ya explorados por el romanticismo literario de la época: el costumbrismo. Como hemos visto al tratar esos programas en el Río de la Plata, el género costumbrista se presentaba como la plataforma más adecuada para la nacionalización de las expresiones literarias. La estampa costumbrista podía combinar la búsqueda de una representación identitaria con la inclinación reformista del liberalismo político. Pero las diferencias también se ubican en el desarrollo estructural de la trama narrativa. Mientras que en las novelas más afamadas de Blest Gana, como *Martín Rivas* o *La aritmética del amor*, las tertulias funcionan como un espacio de representación de la sociabilidad, es decir, como un motivo narrativo que posibilita el artilugio ficcional de la trama, en *Amalia* los espacios públicos nunca pueden llegar a ser verdaderamente relacionales o amenos (“Un no sé qué, sin embargo, se encontraba allí de ajeno al lugar en que se daba la fiesta”, dice un pasaje de la segunda parte respectivo al baile del palacio de gobierno) (Mármol 1955 [1851]: 271). Asimismo, el discurso femenino aparece fuertemente trasvasado por la idiosincrasia generacional –lo que lo aleja de la verosimilitud- y los criados, que en las novelas de Blest Gana entrelazan y hacen funcionar la comunicación, forman parte en la novela de Mármol del tejido clandestino de la delación. Asimismo, el tratamiento específico de los códigos de lectura resulta en ambas propuestas disímiles. Como observó Susana Zanetti, la plasmación de ambos novelistas de las representaciones de la lectura difiere de modo sustancial:

La constitución paralela e invertida de las competencias de los lectores y de los efectos de la lectura [...] establecen evidentemente en la novela de Mármol parámetros sólidos y difíciles de sortear por individuos ajenos a la élite social y política diseñada, no solo posibles sino postulados por Blest Gana en la carrera del mérito de Martín Rivas y en la valoración del personaje de Edelmira. Leídos desde el rol asignado a la educación [...], se establece una separación de las aguas entre uno y otro autor por las posibilidades que la lectura brinda a los individuos y a la sociedad en su conjunto. (2002: 168)

La diferencia señalada por Zanetti –a nivel de la representación simbólica– nos sirve para introducir a su vez una divergencia de orden material que afecta de modo integral al contexto de producción: la distancia existente entre la relativa continuidad del sistema institucional chileno –y, por ende, de la publicidad periódica y la formación lectora– y el campo cultural rioplatense hegemonizado por el rosismo y atravesado por las luchas facciosas –entre las cuales se inscribe la novela de Mármol.¹⁴⁵ Tal continuidad proveyó, aun con la mediación del jurado de censura y con la ley de prensa chilena más restrictiva de 1847, la posibilidad de una práctica periodística y literaria más extendida entre los miembros de la élite chilena.

En cuatro ensayos publicados entre 1848 y 1849, Joaquín Blest Gana señaló con sorprendente lucidez los obstáculos que debían superarse para lograr encauzar la producción de una literatura nacional.¹⁴⁶ El primero, precisamente, estaba dedicado al famoso novelista inglés. En las obras de Walter Scott, Joaquín Blest Gana, además de señalar la feliz combinación entre historia y narrativa, destacó la particular disposición realista de esa estética moderna:

¹⁴⁵ Mármol comienza a publicar su novela por entregas en el periódico, por él fundado, *La Semana* de Montevideo, en la sección dedicada a la literatura. Sobre la relación entre esa publicación y el folletín puede consultarse el trabajo de Liliana Zuccotti, “La ficción documentada”, en: Iglesia (comp.) (1998: 131-146).

¹⁴⁶ De esos trabajos, dos estaban dedicados a la novela (“Walter Scott” y “Tendencias del romance contemporáneo”), uno a la poesía (“Consideraciones generales sobre la poesía chilena”), y otro, finalmente, abordaba ambos géneros desde una perspectiva que revisitaba los programas del romanticismo de antaño: “Causas de la poca originalidad de la literatura chilena”.

Columbramos surgir de su frente audaz, creadora, un pensamiento de grandiosa sublimidad, bajo su párpado, una pupila de águila que acecha cautelosa, el menor movimiento, la más pequeña oscilación del corazón humano; escalpelo mágico con el que analiza la más secreta fibra; luciente antorcha que lo ilumina en la investigación del enredado laberinto del corazón. (*Revista de Santiago*, 1848, Tomo I, pág. 156)

En el ensayo siguiente, dedicado a la novela contemporánea dirá que el mayor mérito de ésta es que “pinta la sociedad en que vivimos” y que, diferenciándose “del romance de los siglos pasados, que mendigando sus escenas en una vida bella, a la verdad, pero ideal i ficticia, o satirizado un defecto que entre nosotros no existe, o embotando el cerebro con la narración indigesta de inverosímiles aventuras o cansados amoríos [...] la novela contemporánea es un hábil naturalista que estudia, analiza i descompone hasta las mas ocultas fibras del cuerpo social.”¹⁴⁷ Para que ese impulso de carácter realista –dramático, dice el crítico– pueda desarrollarse en la literatura chilena es necesario, según los argumentos trazados en esos ensayos, destrabarse de las influencias del romanticismo europeo que se manifiestan en los cuadros inverosímiles como en la poesía intimista y abocarse a plasmar escenas históricas o a retratar las costumbres que caracterizan al pueblo chileno.¹⁴⁸

Esa es también la perspectiva que nutre su indagación en “Causas de la poca originalidad de la literatura chilena”. En este ensayo, además, Joaquín Blest Gana toma distancia tanto del discurso programático de Lastarria como del movimiento iniciado con *El Crepúsculo*. Del primero refutará su idea de una poesía descriptiva –crítica que será más punzante en el ensayo sobre la poesía chilena–, puesto que para Blest Gana antes que el paisaje la poesía debe dedicarse a retratar los fastos de la historia (“los gigantescos contornos de nuestros intrépidos abuelos”, “los heroicos mártires de la

¹⁴⁷ *Revista de Santiago*, Tomo I, 1848, pág. 244.

¹⁴⁸ Es significativo que en su programa crítico Joaquín Blest Gana rescate sólo a Vallejo y a Sanfuentes: “*El Campanario* y *Jotabeche* formarán siempre una de las más queridas páginas de nuestra historia literaria” (en Silva Casto, 1960: 78).

libertad araucana”¹⁴⁹); del movimiento iniciado con *El Crepúsculo* dirá que “la nacionalidad moría ocupando su lugar afectadas imitaciones de escuela”, por lo que la producción poética “ha vegetado hasta ahora en un insípido y eterno yo te amo” (ídem, págs. 78-79)

Entre las razones sociales que debían contribuir al desarrollo literario, Blest Gana introduce una digresión –siguiendo la línea aquí inaugurada por J. N. Espejo acerca del rol social de la mujer: “Las erróneas ideas que sobre el carácter social de la mujer profesaron nuestros abuelos, no se han del todo extirpado [...] han limitado el imperio de la mujer al reducido mundo de los trajes, teatros y bailes”. La civilización moderna, sin embargo, había demostrado que la mujer entraba “en la cifra de los [sujetos] racionales libres” y que tenía “una misión importante, no ya de inútil pasividad, sino de un efecto inmediato en la manera de ser de las sociedades [...] La educación y el carácter de la mujer debe pues influir poderosamente en la esfera literaria” (ídem, págs. 78-79). Las consideraciones de Joaquín Blest Gana perfilan en gran medida los principales elementos del programa narrativo que, pocos años después, comenzaría a desarrollar su hermano. En efecto, desde el título de su primera novela, *Una escena social*, Alberto Blest Gana buscaría llevar a la práctica el estudio de la sociedad en sus cuadros íntimos –lo que le permitía el rigor de la verosimilitud realista- y diseñaría una plataforma literaria para un público lector nacional, incorporando el interés y el gusto de las mujeres en sus tramas narrativas.¹⁵⁰

En la bibliografía anotada sobre Blest Gana, Jorge Román-Lagunas (1980: 607) indicó que casi la totalidad de la crítica se concentró en no más de cinco de las diecisiete novelas que Blest Gana alcanzó a publicar y que las obras anteriores a *La aritmética en el amor* fueron consideradas apenas como tanteos o esbozos de novela.

¹⁴⁹ *Revista de Santiago*, 1848, Tomo II, págs. 58-72. El ensayo fue reproducido por Silva Castro en *La literatura crítica de Chile* (1969: 69-79). De aquí extraigo las citas (pág. 72).

¹⁵⁰ “Esta escena –dice el protagonista de *Una escena social*-, la única que yo había presenciado de un drama doméstico, que tal vez se presentaba todas las noches, ocultando misteriosos y desgarrantes dolores, esta escena impregnada del tinte sombrío que todo lo dramático adquiere en la sociedad, llenó mi corazón de angustia y de inquietud; entonces comprendía la oculta melancolía de mi pobre Carolina” (Blest Gana (1947 [1853]): 185). La escena se refiere al momento en que el marido de Carolina ingresa ebrio en la sala en la que ésta y Alfredo –el protagonista de la novela- conversaban, bebe varias copas más de licor y se retira al cuarto lindante, donde funciona una sala de juego.

En efecto, tal vez siguiendo las opiniones del propio Blest Gana, la crítica ha focalizado sus análisis en la mentada trilogía de esta primera etapa narrativa iniciada con *La aritmética en el amor*, continuada con *Martín Rivas* y completada con *El ideal de un calavera*, y en la producción del último período, especialmente las novelas *Durante la Reconquista* y *El loco Estero*.¹⁵¹ Pero si se examinan algunas de las obras previas a su novela consagrada por la Universidad, como *La fascinación* (1858), *El primer amor* (1858), *Un drama en el campo* (1859), y aun su primera novela, *Una escena social* (1853), se puede constatar no sólo un ejercicio preparatorio del futuro novelista sino el hecho más decisivo de que en ese ejercicio ya aparecen trazados los tópicos narrativos más característicos y eminentes de la prosa literaria blestganiana –como la relación entre el orden sentimental y el interés material (vale decir, entre amor y dinero), el componente valórico del estudio y el esfuerzo que define, por ejemplo, a Martín Rivas, la representación literaria a través de figuraciones de la cultura femenina, etc. –, así como también ya aparecen ensayadas sus estrategias de representación ficcional más destacadas –la comunicación epistolar, la dupla de personajes opuestos, la representación de los planos sociales característicos, esto es, burguesía y “medio pelo”, la tematización de la educación femenina a través de las lecturas, la indagación de los espacios de sociabilidad doméstica, etc.

Lo mediación de aquellos relatos que no forman parte del núcleo narrativo canonizado del novelista chileno permite ajustar la lectura de su proyecto literario al contexto de producción en el que se inscriben sus opciones estético-narrativas. Conviene recordar que antes de su presentación al concurso pautado por la Universidad en el año 60, Blest Gana había escrito ya siete novelas y más de diez artículos de costumbres, publicados todos ellos –con excepción de *Juan de Aria*, como se dijo– por entregas en distintos periódicos chilenos. De modo que es el universo discursivo de la prensa periódica el que otorga un régimen de visibilidad a las

¹⁵¹ En una carta escrita el 7 de diciembre de 1863 y enviada a José Antonio Donoso, Blest Gana escribe: “Tú sabes, o te lo diré por si lo ignoras, que desde que escribí *La aritmética en el amor*, es decir, desde que escribí la primera novela a la que yo doy el carácter de literatura chilena, he tenido por principio copiarlos accidentes de la vida en cuanto el arte lo permite.” (Cfr. Fernández Larraín, 1991: 51). Acerca de estas líneas, comenta Silva Castro (1955: 40): “Con semejante declaración, la más explícita que cabía esperar de sus labios, se allana el camino de la crítica. Los trabajos anteriores son esbozos y no indican la meta efectiva del autor”.

propuestas narrativas que irán consolidando el incipiente campo de la literatura nacional y, en particular, a la producción blestganiana.¹⁵²

5. 5. 3. *El sabor de la realidad, o la diplomacia del buen gusto*

Los rencores desarrollados a la sombra del hogar doméstico, son la base de mil dramas íntimos ignorados por el mundo, pero que refluyen sin duda contra el bienestar de la sociedad en general.¹⁵³

En agosto de 1859 Justo Arteaga Alemparte publicaba en su periódico un artículo crítico titulado “Cuatro novelas de Blest Gana”. Las novelas comentadas fueron *Juan de Aria*, *Engaños y desengaños*, *El primer amor* y *La fascinación*. Y las más elogiadas por Alemparte, *Juan de Aria* y *El primer amor*.¹⁵⁴ La posibilidad de reconocerse en el mundo de los personajes –que ese mundo sea verosímilmente el mundo del lector– es la nota característica del juicio de Alemparte sobre las ficciones blestganianas:

El mundo en que viven, los círculos que frecuentan son los mismos que frecuentas, tú lector, y yo: mundo insípido, círculos donde la vulgaridad está a la orden del día, donde se bosteza mucho, se juega malilla y cada uno se ocupa en martirizar a los demás. En una palabra, cada uno de esos cuadros es un daguerrotipo de nuestra sociedad, solo si iluminado con los colores de un rico estilo. (*La Semana*, n° 14, 20 de agosto de 1859, págs. 209-211)

¹⁵² Cuando Blest Gana escribe su artículo “De los trabajos literarios en Chile” en el periódico *La Semana*, en 1859, ya había publicado 6 de esas 7 novelas, su obra teatral *El jefe de la familia* y varios artículos de costumbres. Por lo tanto, no parece muy acertada la acotación que realiza Juan Poblete (2003: 46) al decir que, en ese año, “la producción publicada de Blest Gana era muy escasa”.

¹⁵³ *Un drama en el campo*, publicado en *La Semana*, 1859, N° 8 (9 de julio), págs. 116-120 y N° 9 (16 de julio), págs. 131-135. La cita pertenece a la entrega del número 8, pág. 118, col. 1.

¹⁵⁴ “De las cuatro novelas de Alberto Blest Gana, la más superior por la concepción es, sin disputa, *Juan de Aria*; por el desarrollo, *El Primer Amor*; por la belleza y pureza de los rostros, por la suavidad de las tintas, *Engaños y desengaños*” (*La Semana*, ídem).

A la elección de esos cuadros, sigue la maestría con que Blest Gana produce el efecto realista: “La ilusión es completa”, dirá Alemparte. En la novela *Juan de Aria*, el crítico destacará el sistema de oposición de los personajes que pone a funcionar los contrastes tan recurrentes en la novelística blestganiana como modo de canalizar los “vicios y virtudes.”¹⁵⁵ Sobre *El primer amor*, dirá: “No hay una escena en *El Primer Amor* que no sea la realidad; pero la realidad evocada, llamada al movimiento, a la vida por la mágica varilla del estilo”. Y concluirá con la siguiente afirmación: “Quien ha creado *El Primer Amor* no es ya un neófito del arte.”

En la narrativa blestganiana se han indicado suficientemente las lecturas modélicas de Balzac y Stendhal. El realismo de las descripciones, apoyado en la veta costumbrista, así como la tematización del desarrollo sentimental ceñido cuidadosamente a la teoría del amor de Stendhal, son aspectos insoslayables en su proyecto narrativo (Goić, 1968: 33-49). Pero tal vez el elemento que más haya explotado Blest Gana en su narrativa sea la tradición del género epistolar iniciada por Rousseau con *La Nueva Eloísa* (1761) y continuada por las novelas de Richardson en Inglaterra. Todas las novelas del chileno, absolutamente, introducen el intercambio epistolar como modo narrativo. Entre los géneros de representación social de la lectura –novelas, poemas, periódicos– que aparecen tratados en las novelas de Blest Gana, las cartas son, además, representaciones codificadores también de la escritura. En la traza de una letra –en la gramática y en la ortografía– se visibilizan las costumbres y las jerarquizaciones sociales.¹⁵⁶

La comunicación epistolar era uno de los modos de relación íntima que mejor podía, en la época, soslayar los rígidos límites de la moral pública, especialmente, como vimos en el primer capítulo, en el caso de las mujeres. Pero además era un modo de “puesta en escena de la lectura y de la interacción con los libros”, como muestra Susana Zanetti en su excelente análisis de la correspondencia intercambiada entre la

¹⁵⁵ “Este perenne contraste, esta lucha entre la realidad y la ilusión, entre la sombra y la luz, entre la duda y la creencia, entre el bien y el mal que forman el tejido de la asendereada existencia humana, es a nuestro entender difícil personificarlo mejor que lo que Blest lo ha hecho en su *Juan de Aria*.” (*La Semana*, ídem).

¹⁵⁶ En su prefacio a *Julia, o la nueva Eloísa*, Rousseau había escrito: “He visto las costumbres de mi época y he publicado estas cartas.”

chilena Carmen Arriagada y el pintor Mauricio Rugendas, por los mismos años en que Sarmiento comenzaba a publicar sus cartas ficticias entre Rosa y Emilia desde las páginas de *El Progreso*.¹⁵⁷ En este sentido, vale la pena hacer mención aquí a las actividades de la Sociedad de Amigos de la Ilustración, fundada en Valparaíso por Jacinto Chacón en 1859. Por lo que se comprueba de la lectura de sus Actas, la Sociedad, tal como su nombre lo indica, se definía más como una asociación del “buen gusto” y de las “artes ilustradas” que como una asociación tendencia romántica o “socialista”, como caracterizaban en la época al liberalismo romántico.¹⁵⁸ Los miembros de la asociación se hicieron cargo de la publicación de la *Revista del Pacífico*, luego de las agitaciones de la guerra civil que comenzaron en abril de ese mismo año. En las reuniones de la Sociedad se leyeron trabajos “científicos” y literarios, y se organizaron los certámenes poéticos anuales con motivo de la fecha patria. Un dato de interés de esas actividades radica precisamente en el intercambio epistolar y poético iniciado por Rosario Orrego de Uribe (la autora de *Alberto, el jugador* y futura esposa de Jacinto Chacón) quien, con la firma característica de “Una madre” envió un poema dedicado a la poetisa Mercedes Marín del Solar. El intercambio produjo una respuesta, también en forma de poema, de la autora del “Canto fúnebre a la muerte de Don Diego Portales”. Más importante aún, Rosario Orrego envió a la Sociedad en dos ocasiones los adelantos de la novela que presentaría al concurso universitario con el nombre *Alberto, el jugador*.¹⁵⁹ Lo que interesa destacar, en todo caso, es el tipo de

¹⁵⁷ Zanetti ofrece información que refuerza nuestra hipótesis acerca del cambio producido por el nuevo periodismo cultural, al mostrar el interés de Arriagada por lo que se publicaba en los periódicos. Cfr. Zanetti (2002: 61-106). Recientemente, Gazmuri le dedicó un ensayo a Carmen Arriagada en la Historia de la vida privada en Chile, en el que indica que “la correspondencia epistolar sus normas permitían soñar con la correspondencia amorosa” (Gazmuri y Sagredo (dirs.) (2005: 356).

¹⁵⁸ Las Actas se publicaron en la *Revista del Pacífico*, órgano de expresión de la asociación a partir de su tomo segundo. La asociación fue fundada por los siguientes miembros: Adolfo Ibáñez, Jacinto Chacón, Javier Renjifo, Manuel Rosselló, A. E. Gent, Andrés Chacón, E. Feullet, Juan R. Muñoz, Martín Palma, Joaquín Villarino, Aniceto Chacon, Emilio Sotomayor, A. Desmadril, Joaquín Zelaya, Manuel Carmona, Miguel Mantrola y M. Idalgo. “Anales de la Sociedad de Amigos de la Ilustración”, *Revista del Pacífico*, Tomo II, 1860, pp. 53-55.

¹⁵⁹ Estos datos de interés merecen un trabajo específico. Poblete (2003), por ejemplo, ha dedicado un capítulo de su libro a la actividad de Rosario Orrego, pero no menciona el episodio del envío de capítulos de su novela, ni del poema donde aparece, tal vez por primera vez, su

relaciones intersubjetivas que tramaron este tipo de asociaciones. Como dijo en su discurso de inauguración Jacinto Chacón: “Aquí, en fin, en *pláticas familiares* sobre cuestiones de porvenir, mantendremos vivo el culto de las letras”.¹⁶⁰ Esa familiaridad era la que se hacía extensiva en la revista donde se publicaban las producciones letradas de la élite. En la *Revista del Pacífico*, Alberto Blest Gana publicó dos de las novelas mencionadas por Arteaga Alemparte, y en sus páginas también fue se reeditado “El mendigo”, relato de J. V. Lastarria que había aparecido originalmente en *El Crepúsculo*. Este relato ha llamado la atención de la crítica por ser uno de los primeros cuentos de la narrativa chilena. Aquí nos interesa particularmente, dado que vehiculiza una alegoría no suficientemente transitada por la crítica y que nos reenvía a la relación entre intercambio epistolar y afición literaria.¹⁶¹

“El Mendigo” es la historia de un viejo soldado de la patria, Álvaro de Aguirre, “un personaje muy diferente del personaje que representaba”, pues a pesar de haber combatido en Chillán y en Rancagua al mando de Carrera, primero, y de O’Higgins, después, pasaba sus días como pordiosero mendigando por las calles de Santiago. Detrás de esos andrajos de mendigo –como los andrajos de la poesía popular imaginada por la elite letrada romántica del Río de la Plata– se oculta la identidad de la patria. Junto a la figura del proscrito, señalada por Subercaseaux (1981: 63), el relato tematiza el pasaje del gobierno español a la república y sus consecuencias perdurables, no resueltas aún en el presente de la enunciación narrativa.¹⁶² Tema recurrente de la historiografía patria, el soldado criollo devenido pordiosero padece en cuerpo propio (presente de la república) las inclemencias del régimen despótico. En consonancia con

seudónimo característico. Recordemos que fue justamente Jacinto Chacón quien envió una misiva solicitando a las autoridades de la Universidad una extensión al plazo concedido.

¹⁶⁰ *Revista del Pacífico*, Tomo II, 1860, pág. 58.

¹⁶¹ Bernardo Subercaseaux le ha dedicado algunas páginas en su libro sobre Lastarria, señalando su condición de ensayo novelístico con el que su autor pretendía poner en práctica sus concepciones literarias. Como señala el propio Subercaseaux (1981: 55), si el “El mendigo” no es, cronológicamente, el primer relato novelesco que se publicó en Chile, sí es el primer ensayo literario que atiende más o menos coherentemente a los programas elaborados sobre literatura nacional por esa generación.

¹⁶² Aunque no del todo claro, ese momento corresponde más o menos a la segunda mitad de la década de 1830. Dice el narrador: “No ha muchos años, en una tarde de octubre, me paseaba sobre el malecón del Mapocho, gozando la vista del sinnúmero de paisajes bellos que en aquellos sitios se presentan” (*El Crepúsculo*, N° 7, 1843, pág. 270).

sus planteos historicistas, la narración de Lastarria se concentra en las contingencias históricas de ese devenir –todas relacionadas negativamente con la cultura española– antes que en los motivos amorosos de su personaje. El tema está románticamente emplazado en una historia de amor pero, a diferencia de *El Campanario* de Sanfuentes, aquí el amor no es imposibilitado por conflictos de clase sino por contingencias históricas que resultan determinantes, como las guerras de independencia, las traiciones, las imposiciones coloniales. En ese marco, es sintomático que lo que decida el destino de ese amor –y del personaje– sea la imposibilidad de la comunicación escrita. Cuando Aguirre retorna de Lima a La Serena, Lucía, su joven amada, ha sido encomendada a los cuidados de un español, Gumesindo Salias (tópico del romanticismo historicista presente también, como vimos, en la novela de Mitre). Después de varias especulaciones e intentos fallidos por acercarse a su amada, Aguirre logra hacerse pasar por carpintero para infiltrarse en la casa y poder entregarle una carta:

Luego trajeron a D. Gumesindo una gran tasa de chocolate, él se desvió un poco de la puerta del oratorio para tomársela al sol y aprovechando yo aquel momento, saco mi carta, y se la tiro a Lucía; ella la recogió y sonriéndose la besó. Vuelvo a aserrar otra tabla y Lucía acercándose a la puerta me dice en una voz suave y dulce: “Álvaro, ¡yo no sé leer!” (*El Crepúsculo*, N° 7, pág. 281)

Manuel Vicuña (2001: 81) recuerda lo apuntado por Miguel Luis Amunátegui respecto del resquemor que durante la Colonia guardaban los padres de familia hacia el aprendizaje de la escritura, por temor a que sus hijas pudieran intercambiar misivas con sus amantes a escondidas. Es significativo que Lucía quede, finalmente, como prenda de España y Aguirre pierda el juicio por una “pasión funesta” –y no por la guerra. De hecho, la única marca corporal de ese flagelo no responde al motivo de las luchas por la independencia, sino al dominio de las pasiones.¹⁶³

¹⁶³ Lucía, para salvar a su amante de la muerte, resuelve casarse con un general español, con el que queda viviendo en Lima. Cuando Aguirre va en su busca ésta lo rechaza, asumiendo

Lo que en el relato de Lastarria es impedimento para la consecución del lenguaje amoroso –herencia del enclaustramiento colonial–, en Blest Gana es el mayor recurso para que la trama amorosa despliegue la representación de los códigos sociales y culturales de la época. El lenguaje amoroso que en las novelas de Blest Gana plaga la correspondencia de sus personajes, enfrenta la gramática de la sensibilidad pasional con la gramática de la institucionalidad civil. En las formas de la comunicación epistolar se pone en juego la evaluación de la condición social de sus protagonistas. Cuando Abelardo Manríquez, el héroe de *El ideal de un calavera*, le escribe su primera carta declaratoria a Inés Arboleda –hija de don Calixto, dueño de un fundo vecino al de Manríquez–, el narrador comenta que Inés se vio en el apuro de contestar:

Mas era necesario hacerlo por escrito, y de aquí surgía una poderosa dificultad, que el autor se ve precisado a enunciar francamente, a fin de no quitar a su historia el sabor de la realidad, tan importante en los estudios de costumbres.

Inés se arredraba ante las tiránicas exigencias de la ortografía y de la redacción.

Como las personas de su sexo en general, la hermosa joven temía más descubrir su falta de cultura en una carta mal escrita, que el compromiso que esa misma carta podría originar a su buena reputación. Muchos amantes han maldecido el recato de una querida, sin figurarse que sus verdaderos enemigos han sido las reglas de ortografía. (Blest Gana, 1999 [1863]: 131)

A la vez que muestra las secuelas de los programas pedagógicos conservadores con respecto a la educación femenina –superadas mediante la lectura individual, como la de doña Francisco en Martín Rivas–, el pasaje figura los modos en que los códigos sociales se transmiten a través de la escritura. Pero si esa figuración parece en este pasaje ser genérica –“las personas de su sexo en general” dice–, la misma novela se encarga de imprimirle su marca de clase. Luego de que Manríquez abandona el campo

fidelidad a su amante español. En su locura, Aguirre saca un puñal; un esclavo intercede y lo hiere en la mano.

–y el amor imposible de Inés– y vuelve a Santiago, entabla un romance con Candelaria, una mujer de baja esfera social, con la que Manríquez pretende olvidarse de Inés. Cuando recibe la declaración de amor por parte de Candelaria, uno de los amigos “calaveras” que lo acompaña en sus devaneos amorosos al leer su carta, comenta: “Hay más pasión que ortografía” (Blest Gana, 1999 [1863]: 253). El descuido de la ortografía lleva previsiblemente a la imposibilidad de la reunión amorosa entre la pobre Candelaria y Abelardo Manríquez quien, sin pertenecer a la aristocracia del dinero, proviene de una familia burguesa, al igual que Martín Rivas.

La introducción de la lectura de *La nueva Eloísa* resulta en esta novela por demás significativa. En Santiago, Manríquez decide abrazar la carrera militar. Estando de guardia en casa de gobierno, en momentos previos a reencontrarse inesperadamente con Inés (quien irá casualmente de visita a la casa presidencial), Manríquez se compenetra con la lectura de la novela de Rousseau. Cuando Blest Gana hace que su héroe explique el sentido de su ideal –el que da título a su novela–, lo que el autor nos ofrece es una representación de la eficacia social de la lectura de novelas:

Una simpatía inexplicable arrastró mi predilección hacia Eloísa. Las llamaradas de amor que arrojó en sus cartas, fiel trasunto de su inmensa pasión, produjeron en mi espíritu un delirio que las realidades de la vida no bastaban a disipar. Naturalmente, quise buscar a mi Eloísa en el mundo; pero mi orgullo la quería rica y rodeada de consideraciones sociales, bajando de un Olimpo aristocrático a ofrecerme el tributo de su corazón; hallando en mí su mundo, y no aspirando a más título que al de querida mía, como la heroica Abadesa que supo hacer del amor de mujer un amor único en el mundo, y amor ¡inmortal! Desde entonces soy esclavo de esta idea, vivo para realizarla, le consagro mi alma, hago de ella el único grande objeto de mi vida: ¡ese es mi ideal! (Blest Gana, 1999 [1863]: 363)

El ideal de un amor eterno, romántico, que bosquejan estas líneas en las que la voz del narrador parece confundirse con notable versatilidad –amor, por otra parte, que califica y distingue la carrera del mérito de Martín Rivas–, define no sólo los rasgos

modernos de su proyecto literario, sino también el imaginario político que arrastra esa sensibilidad literaria –imposible, como dejaba ver el relato de Lastarria, durante la colonia y los años agitados de la revolución.

Se trata, desde la perspectiva de Blest Gana, de ofrecer a través de la lectura de tramas amorosas un modelo de subjetividad que impregne los valores de una conciencia pública y burguesa. En este sentido, los espacios domésticos, las escenas íntimas representan, como sostiene el epígrafe de esta sección, la base de los dramas familiares y privados que constituyen la trama política de la sociabilidad nacional. En esos reductos íntimos es donde el novelista debe abreviar para extraer la materia de representación y modelización social. De ese modo, la novela se presenta como un conducto para transformar los hábitos arraigados por fuera del orden jurídico e institucional. A eso se refiere Blest Gana en su discurso universitario cuando señala que Chile vive una etapa de transición. No por casualidad en la mayoría de sus novelas, la imposibilidad material del amor se resuelve con la acción de la fuga. En *Un drama en el campo*, breve novela publicada en *La Semana* que, dicho sea de paso, comienza con una carta enviada por Emilio Reina a su primo Pablo Reina, este último su fuga con su amante Paulina, quien deberá asumir los costos: “El paso que has dado –le escribe su padre al enterarse de su resolución– sólo a ti te perjudica, pues desde ahora quedas privada de toda herencia”.¹⁶⁴

Los vínculos de legitimidad familiar tratados en el Código Civil de 1855, la regulación de los bienes de parentesco y la responsabilidad paterna en el núcleo familiar, no fortuitamente son temas que aparecen ligados en el costumbrismo narrativo de Blest Gana con las experiencias subjetivas amorosas. Hacia finales de la década del 50, *El Correo Literario* proveerá de una plataforma afín a las expresiones liberales y costumbristas, apelando a un material heterogéneo –desde las caricaturas que impregnan el discurso satírico hasta las crónicas semanales, pasando por la

¹⁶⁴ *La Semana*, N° 9, pág. 133. En la novelita *Juan de Aria*, el “bachiller de leyes” y por eso “única esperanza de la casa”, escapa con Julia, quien vivía apoderada de un militar. En *La aritmética en el amor*, Fortunato Esperanzano, su protagonista, elucubra una fuga con Margarita Mantoverde, que finalmente fracasa por un típico enredo melodramático.

publicación de poemas, folletines y relatos seriadados. En sus páginas Alberto Blest Gana publicó *El jefe de la familia*, obra dramática no representada entonces pero en la que se percibe claramente la intriga entre el interés material y la moralidad de las costumbres que confluye en la estructura de sus novelas más afamadas. La historia transcurre en la casa de Manuel y Prudencia Bustos, cuya hija de diecisiete años, llamada Clara, suscita la disputa amorosa entre Enrique (un “tunante” que le hace creer a la familia que es dueño de una mina en Copiapó) y Casimiro, pretendiente pobre, pero de nobles aspiraciones. En uno de los diálogos que entablan ambos jóvenes se parecería anticipar notablemente la perspectiva de Fortunato Esperanzano en *La aritmética en el amor*:

Enrique: Pues bien, si practicas esas bellas ideas, conseguirás un día casarte por amor, tendrás una mujer llena de ilusiones y ambos bajaréis tomados de la mano del séptimo cielo de esa felicidad, a comer puchero y el charquicán servido por alguna gorda huasa de Maipo.

Casimiro: Y por qué no he de alcanzar la fortuna.

...

Casimiro: No, con honradez y laboriosidad se puede alcanzar todo, y si al fin se logra la fortuna, ¡con qué orgullo se disfrutará de un bien tan noblemente adquirido! (*El Correo Literario*, N° 11, págs. 131-132)

La relación entre dinero y moral, esfuerzo y orgullo –nótese que el protagonista modelo, Casimiro, no cede al amor romántico, sino que le impone la laboriosidad que le dará fortuna, es decir sustento y prestigio social– reaparecerá tanto en Fortunato Esperanzano –cuyo nombre, por supuesto, resume toda una estructura simbólica– como en el protagonista homónimo de *Martín Rivas*.

Hay por lo menos dos lecturas interpretativas muy generalizadas de la novela capital de Blest Gana: por un lado, la que la crítica tradicional estableció desde las pautas del relato costumbrista (Silva Castro, 1941; Hernández Arrieta, 1940); por el otro, la que ve en la novela o bien una representación de la economía que rige los comportamientos y alianzas de la burguesía capitalina (Jaime Concha, 1985 [1977]), o

bien una representación social de las virtudes cívicas (Goić, 1968). Doris Sommer (2004), siguiendo de cerca a Jameson, ha leído la alianza matrimonial entre Leonor y Martín como la resolución simbólica de conflictos sociales reales. Para Sommer, la novela representa un híbrido entre erótica y política –que el término romance alienta en su ambigüedad terminológica. En definitiva, esta lectura de Sommer no se aleja de lo argumentado por Concha, pero enfatiza su costado melodramático, al ensalzar las relaciones entre amor y política, moral y dinero. Susana Zanetti (2002), por su parte, prefiere leer la orientación del liberalismo moderado de su autor, visible en la representación de escenas de lectura –en especial a través de la figura de doña Francisca, pero también en la de Edelmira que, gracias a su frecuentación de las novelas y folletines románticos, puede distinguirse de su sector social– que promueven la legalización de los efectos morales que ofrece la alfabetización y el desarrollo de los programas de educación formal.

A su vez, Poblete (2003) se ha concentrado en los nuevos géneros discursivos promovidos por la cultura femenina en los espacios de sociabilidad de la élite chilena. Para Poblete, Blest Gana supo incorporar esos intereses de un público amplio para encauzarlos en una lectura reformuladora de los hábitos sociales de la época. De ahí que ese tipo de educación de la sensibilidad lectora femenina –la más inclinada al sentimentalismo romántico de los folletines– se avenga a los programas pedagógicos con que las elites buscaban, como hemos visto, educar al pueblo. Por lo tanto, el sistema modelizador de lectura implica también la postulación de una esfera hegemonizada y única de lo público, reconocible en los valores de la élite urbana. Dice al respecto el crítico que la educación debía, en los proyectos ideológicos dominantes, inculcar el respeto de la propiedad: “hacer que el ciudadano legal popular comprendiese que la propiedad de que gozaban los propietarios era legítima y que ella reflejaba a la vez que se expresaba en la propiedad con que apropiadamente usaban el lenguaje” (Poblete, 2003: 181).

La cuestión de la ciudadanía y de la propiedad del lenguaje resulta fundamental en la simbología narrativa blestgaciana. Desde este punto de vista, no puede pasarse por alto el programa editorial de *La Voz de Chile*, periódico fundado por el liberal Manuel A. Matta, a quien Blest Gana dedicaría posteriormente su novela. El

reformismo alentado en esas páginas coincide con la idealización de las virtudes empeñadas por el protagonista,¹⁶⁵ a la vez que alienta desde sus secciones dedicadas a la “Literatura nacional” las producciones de la élite letrada.¹⁶⁶

Tal inscripción quizá explique la inclinación de Blest Gana a situar la historia de Martín Rivas en el año de la revuelta promovida por la Sociedad de la Igualdad. La elección de narrar los distantes sucesos de 1850 y no los acaecidos en la guerra civil de 1859, permite a Blest Gana modular una representación que, sin una referencia a los sucesos recientes, active sin embargo un reformismo alejado del peligro y la violencia que esas mismas líneas editoriales conjuran. En este sentido, no es tanto el diverso destino que les cupo en la participación de Martín Rivas y de su amigo byroniano Rafael San Luis en los acontecimientos de la revolución de Urriola, sino los motivos que

¹⁶⁵ En su primer número, el editorial del periódico señalaba esa dirección liberal: “Amantes de la República, partidarios sinceros de la Democracia, vemos la seguridad, la grandeza i el bienestar de nuestra sociedad en la plantación de todo lo que propenda a consolidar las bases de la primera, alejando cada día más la violencia i la corrupción –desquiciadoras de todo orden social- i en una organización más racional, más adecuada a nuestro modo de ser de la Democracia, abriendo libre i ancho campo al pleno ejercicio de la libertad i de la justicia –niveladoras de todas las desigualdades, equilibradoras de todas las fuerzas encontradas. Por eso, nuestro principal propósito será defender, consolidar i extender el gobierno propio para los individuos i para los pueblos, pues estamos convencidos de que este es el mejor i único medio para quitar a los cambios frecuentes, pero necesarios de la República i a las luchas continuas, pero fecundas, de la Democracia, lo que a veces, gracias a los abusos de gobernantes i gobernados, tienen de alarmante, de peligroso i de perjudicial, para ello abogaremos” (*La voz de Chile*, N° 1, 12 de marzo de 1862, p. 1).

¹⁶⁶ En la sección “Literatura nacional”, que en general ocupaba la parte superior de las primeras dos o tres páginas del periódico, se publicaron poemas de Guillermo Blest Gana (hermano del narrador) (N° 24, 8 de abril de 1862), artículos de costumbres de Daniel Barros Grez (N° 18, 1 de abril de 1862), ensayos de poesía, como los de los hermanos Amunátegui sobre Andrés Bello (N° 86, 21 de junio de 1862), junto a folletines locales y extranjeros. Entre los últimos cabe citar, entre otros, *Dicha y suerte, cuadro de costumbres populares*, por Fernán Caballero (N° 18, 1 de abril de 1862), *Guillermo Tell*, de Schiller, traducido por el propio Manuel A. Matta, (N° 21, 5 de abril de 1862), *Cuerdos y locos*, de José de Castro y Serrano (N° 39, 28 de abril de 1862), *Un cementerio a la orilla del mar*, Charles Dickens (N° 223, 4 de diciembre de 1862). Entre los folletines locales figuran, en primer lugar, los de Alberto Blest Gana: *La venganza (tradición limeña)* (N° 15, 28 de marzo de 1862), *Martín Rivas*, cuya primera entrega comienza en el N° 47, del 7 de mayo de 1862, *Mariluan (crónica contemporánea)* (N° 186, 30 de octubre de 1862) y *El ideal de un calavera* (N° 438, 12 de agosto de 1863). Cabe agregar que en el N° 243, del 25 de diciembre de 1862, es decir después del *Martín Rivas* y *Mariluan*, se comienza a publicar *Amalia*, de Mármol.

llevaron a uno y a otro a esa participación lo que resulta verdaderamente significativo. En efecto, el activo militante de esa sublevación no es Rivas sino su amigo, Rafael San Luis –quien además lo incita y convence de su participación. Cuando finalmente la sublevación es aplastada en la capital y Martín llevado preso, interviene Leonor para que la ascendencia de su padre en el gobierno permita su liberación.

Usted sabe, papá, que Martín es un joven de esperanza: usted mismo lo ha dicho muchas veces; es también de muy buena familia; no le falta, por consiguiente, más que ser rico, y estoy segura de que con las aptitudes que usted le reconoce, nunca será pobre [...] Ahora que él se encuentra gravemente comprometido y que por desesperación tal vez ha tomado parte en la revolución, debemos nosotros pagarle con servicios los muchos que le debemos. (Blest Gana, 1985 [1862]: 347).

El cuidado coloquio de la protagonista, los valores en él representados –Martín no es “rico” pero tampoco será “pobre”- y la indicación como al pasar de una participación ilegítima –arrastrado más por desesperación (amorosa) que por voluntad política-, resumen de modo magistral el moderado proyecto liberal de la narrativa blestganiana. Más importante aún es tal vez verificar que en la laboriosidad y en el estudio empeñados por su protagonista modélico, la literatura encuentra una doble y contradictoria representación: por un lado, la del talento secundario afirmado por su autor en su artículo “Sobre los trabajos literarios en Chile”, por el otro, el destino institucional y diplomático que sugiere la consagración de la estirpe martinrrivista frente a personajes como Juan de Aria, Fernando Reinoso, Camilo Ventour o el mismo Rafael San Luis.¹⁶⁷

¹⁶⁷ En efecto, Juan de Aria, “bachiller en leyes”, y “única esperanza de la casa”, batalla entre los estudios de la Novísima Recopilación y sus inclinaciones románticas, que lo llevan en definitiva a emprender la fuga con su amante Julia (el fallecimiento de esta última es una indicación de la moralidad martinrrivista no desarrollada plenamente). Cfr. Blest Gana (1858: 11 y 13). Fernando Reinoso, el Werther de *El primer amor*, es el personaje literario que mejor representa las inclinaciones literarias incipientes. Poeta, de escasos recursos, logra sin embargo vender 100 ejemplares de sus poesías para saldar una deuda que lo aflige, y llega a

constatar: “la poesía entre nosotros es un lujo” (Blest Gana, 1949 [1858]: 89). Camilo Ventour, la más eximia figuración del artista de todas las novelas de Blest Gana, se consagra como músico de ópera con su obra *La fascinación* (nótese, de paso, la moderna autorreferencia literaria en Blest Gana) gracias a la intermediación de su amigo, crítico y periodista. Por último, el byroniano Rafael San Luis lucha por las ideas liberales de la Sociedad de la Igualdad y muere en la refriega contra el ejército portaliano. ¿Consagración de la literatura, o de la aritmética moral de la burguesía ciudadana?

6. Conclusiones

En 1925, Rubén Darío afirmaba: “Hoy, y siempre, un periodista y un escritor se han de confundir.”¹⁶⁸ Si bien dicha formulación debe ser pensada en el contexto de profesionalización del escritor y de las disputas por la autoridad literaria acrecentadas hacia fines del siglo XIX por la estética modernista –fenómeno bien estudiado por Ángel Rama (1984), Julio Ramos (1989), Susana Rotker (1992), Susana Zanetti (1997, 2004) y Eduardo Romano (2007), entre otros–, lo cierto es que lleva inscripta una sospecha sustancial acerca de los modos en que discurso literario y discurso periodístico se relacionan, se interpelan y se constituyen.

No sería un desatino conectar esta reflexión de Darío con aquella otra escrita una centuria antes por Juan Cruz Varela y que inaugura el recorrido que planteamos en este trabajo, si consideramos las particularidades culturales y contingencias históricas que sustentan ambos enunciados. Evidentemente, en el caso de la prensa periódica de la primera mitad del siglo XIX rigen otras determinaciones que afectan tanto su emplazamiento como su régimen discursivo: la precariedad institucional del impreso periódico ligada a la estrechez de la cultura letrada y, por lo tanto, a la imposibilidad de contar con un público masivo –imposibilidad que se convierte en deseo diferido y en proyección de públicos imaginarios–, hace de la relación entre impreso periódico y discurso literario una relación de estricta necesidad antes que de complementariedad o yuxtaposición. Por lo menos hasta bien avanzado el siglo –cuando los estados nacionales garantizan cierta estabilidad institucional que favorece la formación de públicos lectores con competencias diversificadas–, no existe un estatuto definido de las diversas modalidades y condiciones de producción de las esferas discursivas y, por lo tanto, el escritor no puede pensarse desligado de las figuras del publicista, del educador, del político, del funcionario. Esto no significa desconocer las tensiones y contradicciones que acompañan el proceso de relativa autonomización de los estatutos discursivos, especialmente las establecidas por las concepciones románticas

¹⁶⁸ Darío, *Impresiones y sensaciones* (1925), en: *Obras*, 1950, I, 880-881.

de la poesía –como género privilegiado de escritura artística– en oposición al amplio universo de las formas prosísticas. Al contrario, esas mismas tensiones son indiciarias de un arduo proceso de constitución de saberes específicos.

En tal sentido, el principal conflicto generador de nuevas percepciones letradas no se dio entre prensa periódica y literatura sino entre diferentes sistemas de autorización discursiva, esto es, entre el modelo de las “bellas letras” o “artes ilustradas” y el nuevo emplazamiento promovido por la popularización de la cultura letrada. El conflicto no se reduce a la oposición entre las estéticas neoclásicas y románticas, ni tampoco puede afirmarse que el triunfo de las últimas a mediados de siglo haya agotado sus derivaciones en el plano de la cultura escrita. Aun en los escritos de la prensa periódica de las nuevas generaciones letradas –desde *La Moda* a *El Talismán* en el Río de la Plata, desde *El Semanario de Santiago* hasta *El Correo Literario* en Chile–, puede comprobarse la sugestiva ambivalencia entre el uso frecuente del “vosotros” y la deliberada apelación a galicismos o neologismos como modo de autorización léxica diferenciada. Y hacia fines de siglo, por lo demás, el conflicto resurgirá bajo la forma clínica de la prevención de los cultores del lenguaje literario, preocupados por la masificación de las expresiones de las culturas populares.¹⁶⁹

Por lo tanto, habría que situar en esa primaria oposición la función destabilizadora que proveyó la circulación del impreso periódico. Retomando la conexión que planteamos entre las expresiones de Rubén Darío y Juan Cruz Varela, esto significa no sólo el hecho de que los escritos periódicos y la literatura comparten durante todo el siglo XIX modalidades enunciativas y sistemas de producción afines, sino que fue el sistema de la prensa periódica el que orientó la formación de una cultura y una tradición literarias modernas. Esta constatación obliga a repensar los modos de interrelación y de plasmación de las ideas estéticas en el siglo XIX así como la dimensión y extensión de los roles tradicionales del sujeto letrado.

¹⁶⁹ Todavía en los años ochenta, la cuestión de la lengua nacional resonaba incluso en el intercambio epistolar entre Lastarria y Sarmiento: “No hay lengua moderna –decía el primero– que tenga más términos de mando i de gobierno que la castellana, como no la hay más rica en palabras de insulto”. Carta de Lastarria a Sarmiento, 15 de abril de 1884. Cfr. Pino de Carbone (1954: 152).

Suele considerarse la etapa formativa de la nacionalidad en consonancia con las producciones letradas del período romántico. Pero esta presuposición, a la par de verse necesitada de enfrentar el engorroso problema de los influjos, adaptaciones o reformulaciones estéticas, suele subestimar el hecho de que la formación de una cultura literaria estuvo supeditada por los ritmos de la institucionalidad comunicativa, condicionada en Latinoamérica por múltiples aspectos de carácter histórico, político y económico. Puesto que así como no puede pensarse la formación de una literatura nacional sin la mediación de la prensa periódica, tampoco es posible emplazar la naturaleza de una nueva sensibilidad literaria por fuera de las condiciones materiales que definieron la posibilidad de su consecución.

La interrelación entre formación literaria y formación de público lector debe ser analizada a partir del complejo tejido de conexiones –circulación del escrito, competencias lectoras, mediación de las traducciones, mercado, entre las más destacadas– que confluyen en esa díada dialéctica.¹⁷⁰ En ese marco, el periódico fue la materialidad principal en el desarrollo de la cultura literaria que emergió tras la independencia. Las concepciones literarias que forjaron la producción de una literatura nacional se constituyeron a su vez en la interrelación de prensa periódica y público lector. El sentido de la *publicidad* –es decir, que las reflexiones o lecturas compartidas en ámbitos privados se convirtieran en materia pública– fue determinante para las producciones letradas pues apelaba al nuevo sistema de legitimación social postcolonial, la llamada “opinión pública”. En la medida en que la élite letrada restringió la mentada autoridad de la opinión pública al ámbito culto de la producción escrita, las concepciones literarias se vieron imposibilitadas de captar la diversificación de los nuevos intereses lectores. Con el surgimiento de un nuevo emplazamiento discursivo, el de la prensa cultural –en sus diversas inflexiones, liberal-romántica o gauchesca-popular– se produjo una transformación en los sistemas de autorización letrada. Más atenta a las incipientes demandas del mercado, esa prensa fue el conducto de socialización y discusión pública tanto de los programas como de las producciones literarias abocadas a construir un primer repertorio de textos nacionales.

¹⁷⁰ Estoy pensando el público lector en términos generales, es decir, también en la formación lectora de la elite letrada.

Asimismo, en el sistema de la prensa se *publicitaron*, debatieron y contrastaron los programas literarios destinados a conformar la tradición de la cultura nacional, y en sus mismas páginas se consolidó el discurso crítico cultural que modelaría los protocolos estéticos y literarios de esa producción.

Hemos analizado las divergencias y confluencias de la prensa cultural entre Chile y el Río de la Plata así como las diferentes inscripciones retóricas y programáticas que confluyeron en la formación de una tradición literaria determinada. El contraste entre el sistema público de la prensa chilena –favorecido por una continuidad y una relativa estabilidad política e institucional– y el agitado circuito de la prensa rioplatense resulta sumamente significativo para pensar ambas tradiciones.

Esa diferencia contribuye a explicar la temprana emergencia en Chile del género novelístico –y, también, la prematura profesionalización de Alberto Blest Gana. Pero a esta constatación hay que agregar que, como ocurre con la novela argentina en el 80, es primordialmente la institución de la prensa periódica la que impulsa la formación de la novela. No por azar casi todos los relatos de Blest Gana –así como aquellos relatos locales que se publican en los folletines de la prensa chilena– llevan el subtítulo de “novela de costumbres”. En efecto, el costumbrismo –iconográfico y literario– fue, por las varias razones que hemos estudiado, el medio más adecuado para consolidar un protocolo literario caracterizado por su afán de representar la cultura nacional, y el medio que sirvió –y que serviría incluso en las producciones de fines de siglo–, para conjugar las particularidades sociales y culturales que secundaron un imaginario nacional a la vez que para criticar las costumbres y hábitos arraigados del tradicionalismo cultural que se buscaba reformar. A su vez, los protocolos estéticos y literarios que otorgaban sustento al costumbrismo –protocolos ligados a la cultura romántica–, constituyeron una compleja red con la literatura de viajes y fueron, por lo tanto, un emergente estético transnacional. Es oportuno traer a colación un ejemplo de ese tipo de representación costumbrista en la prensa periódica europea.

En Londres, la firma Ackermann publicaba un periódico trimestral, titulado *La colmena*, cuyo redactor principal era el español Ángel de Villalobos, dedicado a una variedad de temas entre los cuales se destacaban las “costumbres de los diferentes

pueblos” y los relatos de viajes.¹⁷¹ El periódico, en verdad una especie de revista ilustrada, era a su vez continuación de *El Instructor o Repertorio de Historia, Bellas Letras y Arte*, que se había publicado por el mismo autor desde 1834, destinado principalmente a Sudamérica. La nueva empresa de Villalobos contaba con el éxito de una audiencia hispanoamericana formada en casi dos lustros de publicación, y aparecía en un momento en que las técnicas del grabado habían introducido las planchas de acero, lo que mejoraba bastante la calidad de las imágenes. La relevancia de esta publicación reside en el hecho de ser mencionada por los integrantes de la Sociedad Literaria de Santiago, que se propusieron adquirirla mediante suscripción.¹⁷² Por lo tanto, es imaginable que la publicación de Villalobos haya circulado entre la elite chilena.¹⁷³

El periódico contribuía, además, con singularidad en esa inscripción transnacional del género, puesto que incorporaba la cultura de la imagen, decisiva para pensar la construcción de una tipología social (por ejemplo, en las famosas estampas litográficas de Bacle sobre las costumbres sociales de Buenos Aires en la década de 1830) así como las convenciones estéticas de las representaciones pictóricas y literarias. Al indagar la combinación entre letra e imagen en *El Recopilador* del Río de la Plata hemos tratado de demostrar la preeminente incidencia de la prensa periódica en los programas del romanticismo literario.

Por último, el proceso de nacionalización de la cultura que hemos estudiado se asentó en diferentes modalidades discursivas. La creación literaria fue una de las formas elegidas por la élite letrada; otras se concibieron desde el sistema educativo y, particularmente en Chile, desde los saberes académicos relacionados con la historia. La

¹⁷¹ El predominio del tema costumbrista, histórico y literario (sobre todo español) se hace evidente en el mismo índice de la publicación. La sección correspondiente se dividía a su vez en “Costumbres de los diferentes pueblos” y “Artículos críticos de costumbres”. Estos últimos pertenecían a Mesonero Romanos (BNA [T]).

¹⁷² En efecto, en la sesión del 20 de diciembre de 1843, Jacinto Chacón propuso la compra de “*La Colmena*, periódico nuevo e interesante”, propuesta aprobada por la totalidad de los miembros de la Sociedad. *RChHG*, 1920, 38: 103.

¹⁷³ Sarmiento había dado cuenta de su aparición a través de las páginas de *El Progreso* y no sería desacertado suponer que de sus páginas extrajo material para nutrir las de su propio periódico. El comentario bibliográfico sobre *La Colmena* apareció en el número 32 del 17 de diciembre de 1842.

polémica historiográfica suscitada a partir del ensayo de J. V. Lastarria fue en cierta medida la canalización institucional de un discurso social que había empezado a cobrar visibilidad pública —es decir, dentro del sistema comunicacional de la élite— con las publicaciones periódicas de los jóvenes letrados de la Sociedad Literaria del 42, *El Crepúsculo* y *El Siglo*.

Como señaló el historiador colombiano Germán Colmenares, fue característica del discurso historiográfico decimonónico su apelación a la veta costumbrista, a tal punto de concebir la narración de los grandes sucesos de la historia como la pintura de un cuadro. De modo que ni el discurso historiográfico ni el literario podían ostentar un estatuto epistémico relativamente autónomo. Las discusiones por el pasado nacional — y por el presente de la república— que abrevaron en el historicismo romántico fueron orientadas en Chile por la Universidad y, especialmente, por la labor articuladora de Andrés Bello, figura prominente en la construcción de la cultura nacional chilena. Su intervención en los debates y códigos lingüísticos se combinaron con la búsqueda de una construcción histórica en la que pudiera asentarse y legitimarse la cultura pública de la república. La inclinación de Bello por la reconstrucción histórica de los documentos no está reñida con la tendencia costumbrista —por ejemplo, en el *Facundo*— puesto que las tradiciones fidedignas de las que hablaba el venezolano tenían la particularidad de hacer revivir las costumbres y ragos culturales de los estilos de vida pasados. ¿Contribuyó la labor historiográfica, aun desde su discusión epistémica, a zanzar el camino para los ensayos literario-narrativos? En todo caso, la existencia de un novelista como Alberto Blest Gana indica que en Chile, a diferencia de Argentina, se había logrado iniciar con cierto éxito la construcción del archivo de esa tradición. No por azar dos de los tres escritores argentinos que probaron el rol de novelistas desde el exilio, resultaron ser los historiadores que consagraron la cultura liberal argentina: Bartolomé Mitre y Vicente F. López. El tercero, por otra parte, abandonó su novela cuando Urquiza ingresó a Buenos Aires para sólo retomarla tres años después y sería, al decir de Darío (1950 [1899]: 1140), tan admirable en el uso del yámbico como mediocre novelador.

Bibliografía (documento aparte)

7. Bibliografía

A) Periódicos analizados (fuentes básicas)¹

De cada cosa un poquito. Buenos Aires, 1831.

El Alegre. Valparaíso, 1846-1847.

El Correo Literario. Santiago, tres épocas: 1858; 1864-1865; 1867.

El Corsario. Montevideo, 1840.

El Crepúsculo. Santiago, 1843-1844.

El Gaucho Restaurador. Buenos Aires, 1834.

El Gaucho. Buenos Aires, 1830.

El Iniciador. Montevideo, 1838-1839. Edición facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, estudio preliminar de Mariano de Vedia y Mitre, Buenos Aires, Kraft, 1941.

El Mercurio. Valparaíso, [1842-1845].

El Mosaico. Valparaíso, 1846.

El Museo de Ambas Américas. Valparaíso, 1842-1843.

El Museo. Santiago, 1853.

El Nacional. Montevideo, segunda época, [1838-1842].

El Progreso. Santiago, [1842-1845].

El Recopilador. Buenos Aires, 1836.

El Semanario de Santiago. Santiago, 1842-1843.

El Siglo. Santiago, 1844-1845.

El Talismán. Montevideo, 1840.

El Torito de los muchachos. Buenos Aires, 1830. Edición facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, estudio preliminar de Olga Fernández Latour de Botas, Instituto Bibliográfico "Antonio Zinny", Bs. As., 1978.

El Toro de Once. Buenos Aires, 1830.

El Zonda. San Juan, 1839. Edición facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, "Prólogo" de Juan Pablo Echagüe, Buenos Aires, Kraft, 1939.

La Gaceta del Comercio. Valparaíso, [1842-1845].

La Gaucha. Buenos Aires, 1833.

La Moda. Buenos Aires, 1837-1838. Edición facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, "Prólogo y Notas" de José A. Oría, Buenos Aires, Kraft, 1938.

¹ Entre corchetes se indican los años del período analizado para este trabajo.

La Negrita. Buenos Aires, 1833.
La Revista Católica. Santiago, [1843-1845].
La Revista de Santiago. Santiago, 1848-1849.
La Revista de Valparaíso. Valparaíso, 1842.
La Revista del Pacífico. Valparaíso, 1858-1861.
La Semana. Montevideo, 1851-1852.
La Semana. Santiago, 1859-1860.
La Voz de Chile. Santiago, 1862-1864.
Tirteo. Montevideo, 1841.

Periódicos y colecciones revisadas (fuentes auxiliares)

Aniceto el Gallo. Buenos Aires, 1853.
Crónica Política y Literaria de Buenos Aires. Buenos Aires, 1827.
Diario de la Tarde. Buenos Aires, [1831-1838].
El Araucano. Santiago, [1830-1851].
El Argos de Buenos Aires. Buenos Aires, [1822-1824].
El Comercio de Valparaíso. Valparaíso, [1847-1849].
El Comercio del Plata. Montevideo, [1845-1848].
El Copiapino. Atacama, [1845-1847].
El Correo del Domingo. Santiago, 1862.
El Curioso. Periódico Científico-Literario-Económico. Buenos Aires, 1821.
El Grito Argentino. Montevideo, 1839.
El Huasquino. Vallenar, 1856-1857.
El Liberal. Santiago, 1823 (CAPCh).
El Lucero. Buenos Aires, 1829-1833.
El Museo Americano. Buenos Aires, 1835.
El Observador Americano. Buenos Aires, 1816. (CBM, IX).
El Observador Eclesiástico. Santiago, 1823 (CAPCh).
El Paquete de Buenos Aires. Montevideo, 1841.
El Plata Científico y Literario. Buenos Aires, 1854.
El Tiempo. Diario político, literario y mercantil. Buenos Aires, 1828.
La Abeja Argentina. Buenos Aires, 1822-1823.
La Aljaba. Buenos Aires, 1830.
La Camelia. Buenos Aires, 1852.
La Gaceta Mercantil. Buenos Aires, [1827-1840].

La Juventud. Periódico literario. Órgano de los estudiantes. Santiago, 1867.

La Linterna. Periódico literario, social y de costumbres. Santiago, 1867.

¡Muera Rosas!. Montevideo, 1841.

Periódicos extranjeros:

El Correo de Ultramar. Periódico Político, Literario, Mercantil e Industrial. París, [1845-1846] (BNA [T]).

La Colmena. Periódico trimestral de Ciencias, Artes, Historia y Literatura. Londres, 3 tomos: 1842-1844 (BNA [T]).

B) Colecciones y revistas especializadas

Colección de antiguos periódicos chilenos, publicados por Guillermo Feliú Cruz, Ediciones de la Biblioteca Nacional, Santiago de Chile, 1962. Tomos XV, XVI, XVII, XVIII y XX.

Colección de Obras y Documentos para la Historia Argentina, Biblioteca de Mayo, Periodismo, Tomos IX y X, Buenos Aires, 1960.

Anales de la Universidad de Chile, Santiago, [1846-1862].

La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura, Derecho y Variedades. Periódico dedicado a la república Argentina, la Oriental del Uruguay y la del Paraguay, publicado bajo la Dirección de Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola, Buenos Aires, Imprenta de Mayo [1868].

Revista Chilena de Historia y Geografía, publicada por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y el Archivo Nacional, Santiago de Chile.

Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes, publicada por la Universidad de Concepción, Chile.

C) Fuentes literarias y materiales de archivo

Alberdi, Juan Bautista. 1920 [1834]. *Memoria descriptiva sobre Tucumán*, en: *Obras Selectas*, Tomo III, Buenos Aires, La Facultad.

. 1920 [1835]. "Contestación al *Voto de América*", en: *Obras Selectas*, Tomo V, Buenos Aires, La Facultad.

. 1920 [1839]. *La revolución de mayo*, en: *Obras Selectas*, Tomo I, Buenos Aires, La Facultad.

. 1920 [1841]. *Certamen poético*. Montevideo-25 de Mayo, en: *Obras Selectas*, Tomo I, Buenos Aires, La Facultad.

- . 1920 [1841]. *El gigante Amapolas y sus formidables enemigos*, en: *Obras Selectas*, Tomo I, Buenos Aires, La Facultad.
- . 1920 [1845]. *Veinte días en Génova*, en: *Obras Selectas*, Tomo III, Buenos Aires, La Facultad.
- . 1920 [1845]. *Acción de la Europa en América*, en: *Obras selectas*, Tomo V, Buenos Aires, La Facultad.
- . 1920 [1847]. *La República Argentina 37 años después de su revolución*, en: *Obras Selectas*, Tomo V, Buenos Aires, La Facultad.
- . 1920 [1843-1859]. *Impresiones y recuerdos*, en: *Obras Selectas*, Tomo III, Buenos Aires, La Facultad.
- . 1953. *Cartas inéditas a Juan María Gutiérrez y a Félix Frías*, recopilación e introducción de Jorge M. Mayer y Ernesto A. Martínez, Buenos Aires, Luz del Día.
- . 1959 [1852]. *Bases y Puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Estrada.
- . 1979?. "Facundo y su biógrafo", en *Escritos póstumos*, Buenos Aires.
- Amunátegui, Miguel Luis y Gregorio Víctor. 1861. *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril.
- Barcia, P. L. (ed.). 1983. *La Lira Argentina o Colección de las piezas poéticas dadas a luz en Buenos Aires durante la guerra de la independencia*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras.
- Barros, Carolina (comp.). 1997. *Alberdi periodista de Chile*, Buenos Aires, Verlap.
- Barros Arana, Diego. 1913. *Un decenio de la historia en Chile (1841-1851)*, en: *Obras completas*, tomos XIV y XV, Santiago de Chile, Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona.
- Bello, Andrés. 1951. "Exposición de motivos", *Código Civil de la República de Chile*, en: *Obras completas*, Tomo XII, Caracas, Biblioteca Nacional.
- . 1951. "Advertencias sobre el uso de la lengua castellana dirigidas a los padres de familia..." y "Gramática Castellana", en: *Obras completas*, Tomo IV, Caracas, Biblioteca Nacional.
- . 1957 [1844-45]. "Historia física y política de Chile", en: *Obras completas*, Tomo XIX, Caracas, Ministerio de Educación, Comisión Editora de la Biblioteca Nacional.
- . 1957 [1844]. "Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile", Memoria presentada a la Universidad en la sesión solemne de 22 de septiembre de 1844 por don José Victorino Lastarria", en: *Obras*

- completas*, Tomo XIX, Caracas, Ministerio de Educación, Comisión Editora de la Biblioteca Nacional.
- . 1957 [1848]a. "Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile durante el primer período de la Revolución", en: *Obras completas*, Tomo XIX, Caracas, Ministerio de Educación, Comisión Editora de la Biblioteca Nacional.
 - . 1957 [1848]b. "Modo de estudiar la Historia", en: *Obras completas*, Tomo XIX, Caracas, Ministerio de Educación, Comisión Editora de la Biblioteca Nacional.
 - . 1957 [1848]c. "Modo de escribir la Historia", en: *Obras completas*, Tomo XIX, Caracas, Ministerio de Educación, Comisión Editora de la Biblioteca Nacional.
 - . 1985. *Obra literaria*, prólogo de Pedro Grases, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Berro, Bernardo Prudencio. 1966. *Escritos selectos*, prólogo de Juan E. Pivel Devoto, Biblioteca "Artigas", Colección Clásicos Uruguayos, vol. 111, Montevideo.
- Bilbao, Francisco. 1940. "Sociabilidad chilena" y otros, en: *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao*, por Armando Donoso, Santiago de Chile, Nascimento.
- Blair, Hugo. 1798-1801. *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*: las tradujo del inglés Don Joseph Luis Munarriz, Madrid, 4 tomos.
- Blanco Cuartín, M. 1913. *Artículos escogidos*, Santiago de Chile, Imprenta Barcelona.
- Blest Gana, Alberto. s/f [1853]. *Una escena social*, [1858] *La fascinación*, [1860] *La Aritmética en el amor*, Santiago, Zig-Zag.
- . 1949 [1858]. *El primer amor*, Santiago, Zig-Zag.
 - . 1858. *Juan de Aria*, en *El Aguinaldo de El Ferrocarril*.
 - . 1956. El jefe de la familia, Silva Castro compilador, Santiago, Zig-Zag.
 - . 1862. *Un drama en el campo*, en *La Semana*, Santiago, N° 8 (9 de julio), pp. 116-120 y 9 (16 de julio), pp. 131-135.
 - . 1884 [1861]. *El pago de las deudas*, México; París, Librería de Ch. Bouret.
 - . 1985 [1862]. *Martín Rivas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, (2° ed.)
 - . 1999 [1863]. *El ideal de un calavera*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
 - . 1942 [1897]. *Durante la Reconquista*, Santiago de Chile, Zig-Zag.
 - . 1945 [1900]. *El loco estero*, Buenos Aires, W. M. Jackson.
 - . 1991 [1856-1903]. *Epistolario*, compilado por Sergio Fernández Larraín, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Bond Head, Francis. 1920 [1826]. *La pampa y los Andes*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- . 2007. [1826]. *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las pampas y entre los Andes*, 2° edición, traducción, estudio preliminar y notas de Patricio Fontana y Claudia Román, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor.

- Cousin, Victor. 1847 [1828]. *Cours de L'histoire de la philosophie moderne*, Deuxième Série, t. I, Nouvelle Edition, Paris, Didier-Ladrange.
- De Angelis, Pedro. 1972 [1838]. *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, tomo octavo, volumen B, Prólogo y notas de A. Carretero, Buenos Aires, Plus Ultra.
- De Chateaubriand, François René. 1954. *Atala – René, Las aventuras del último abencerraje*; y De Vigny, Alfred. *Servidumbre y grandeza militares*, traducción de Eduardo Rey Millet, 3ª ed., Grandes Novelas de la Literatura Universal publicadas bajo dirección de Ricardo Baeza, 5, Buenos Aires, W. M. Jackson Inc. Editores.
- De Staël, Madame. 1835 [1813]. *De l'Allemagne*, Nouvelle Édition, Tome Premier, Paris, Librairie Garnier Freres.
- Del Pino de Carbone, M. L. (ed.). 1954. *Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria, 1844-1888*, Buenos Aires.
- Domeyko, Igancio. 1846. *Araucanía i sus habitantes*, Santiago, Imprenta chilena.
- Echeverría, Esteban. 1972. *Obras completas*, Buenos Aires, Antonio Zamora.
- Eckermann, J. P. 1949 *Conversaciones con Goethe*; en Clásicos Jackson, Vol. XXXVII. W. M. Jackson Inc. Editores , Buenos Aires.
- Ercilla y Cuñiga, Alonso de. s/f. *La Araucana*, Salamanca, Portinarijs.
- Feliú Cruz, Guillermo. 1920. "Actas de la Sociedad Literaria, 1842-1843", Año X, Vol. XXXIII, N° 37, pp. 445-464; y Vol. XXXIV, N° 38, pp. 78-115, 1920.
- .. 1965. *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile, 1808-1826*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- Fernández Larraín, Sergio. 1991. *Epistolario Alberto Blest Gana, 1856-1903*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Goethe, J. W. 1980. *Las cuitas de Verther; Fausto*, décima edición, México, D. F., Editorial Porrúa.
- Gómez Hermosilla, José. 1865 [1826]. *Arte de hablar en prosa y en verso*, edición anotada por D. P. Martínez López, Paris, Librería de Rosa y Bouret.
- Graham, Mary. 2005 [1824]. *Diario de mi residencia en Chile en el año 1822*, Santiago de Chile, Grupo Editorial Norma.
- Gutiérrez, Juan María. 1846. *América poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo*. Parte lírica. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, Calle de la Aduana.
- .1865. *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas Sud-americanos anteriores al siglo XIX*, Tomo I, Buenos Aires, Imprenta del Siglo.

- . 1928?. *El capitán de patricios*, Buenos Aires, noticia de Max Rohde.
 - . 1945. *Críticas y narraciones*, Buenos Aires, Jackson.
 - . 1945. Poesías estudio preliminar y notas de Rafael Alberto Arrieta, Buenos Aires, Ediciones Estrada.
- Hegel, J. G. F. 1953 [1830]. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, traducción de José Gaos, 3° edición, Tomo I, Madrid, Revista de Occidente.
- Henríquez, Camilo. 1912 [1817]. *La Camila o la patriota de sud-américa, drama sentimental en cuatro actos*, en: Peña M. (comp.) 1912: 7-39.
- Humboldt, Alexander. 1851 [1814]. *Tableaux de la nature*, traduite par CH. Galusry, Tome Premier, Paris, Gide et J. Baudry, Libraires-Éditeurs.
- Kant, Immanuel. 1958. *Filosofía de la Historia*, estudio preliminar y trad. de Emilio Estiú, Buenos Aires, Nova.
- Larra, Mariano José. 1997 [1835-1837]. *Fíguro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. de Alejandro Pérez Vidal, estudio preliminar de Leonardo Romero, Barcelona, Crítica.
- Lastarria, José Victorino. 1868 [1844]. *Investigaciones sobre la influencia de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*, Santiago, Universidad de Chile.
- . 1909 [1847]. *Bosquejo Histórico de la Constitución del Gobierno de Chile*, en: *Obras completas*, Vol. IX, Estudios Históricos, Tercera Serie, Santiago de Chile, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.
 - . 1868 *Antaño i ogaño. Novelas y cuento de la vida Hispano-americana*, Santiago de Chile, Librería de la República.
 - . 1885 [1878]. *Recuerdos literarios*, 2° edición, Santiago de Chile, Librería de M. Servat.
- López, Vicente Fidel. 1943 [1845]. *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*, Buenos Aires, Nova.
- . 1845. *Curso de Bellas Letras*. Santiago de Chile, Imprenta del Siglo.
 - . 1929. *Evocaciones históricas*. Buenos Aires, El Ateneo.
- Lugones, Leopoldo. 1992. *El payador y antología de poesía y prosa*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Luzán, Ignacio. 1991 [1729]. *Arte de hablar, o sea, retórica de las conversaciones*, edición, introducción y notas de Manuel Béjar Hurtado, Madrid, Gredos.
- Mansilla, Lucio V. 1947 [1868]. *Una excursión a los indios ranqueles*, edición, prólogo y notas de Julio Caillet Bois, México, Fondo de Cultura Económica.

- Mesonero Romanos, Ramón de. 1945. *Escenas matritenses*, estudio, bibliografía y notas de Sainz de Robles, Madrid, Aguilar.
- Michelet, J. 1880. *Histoire du XIX^E Siècle*, nouvelle édition revue et annotée, Tomo I, Paris, C. Margon et E. Flammarion Éditeurs.
- Mitre, Bartolomé. s/f. [1847]. *Soledad*, nota preliminar de Juan Millé y Giménez.
 . 1916. *Rimas*, con una introducción de José Cantarell Dart, Buenos Aires, La Cultura Argentina.
- Montesquieu. 1950 [1748]. *De L'Esprit des Loix*, en: *Œuvres Complètes de Montesquieu*, Société Les Belles Lettres, Paris.
- Montesquieu. *Del espíritu de las leyes*, traducción de Nicolás Estévanez, Paris, Casa Editorial Garnier Hermanos, s/f, 2 tomos.
- Morales, Ernesto (ed.). 1942. *Epistolario de Juan María Gutiérrez*, Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González.
- Orrego de Uribe, Rosario. 1860. *Alberto el jugador. Novela que parece historia*, Santiago, *Revista del Pacífico*, tomo II.
- Pérez Rosales, Vicente. 1980. *Recuerdos del pasado (1814-1860)*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- RChHG. "Actas de la Sociedad Chilena de Historia, establecida en 1839", Tomo LXVII, octubre-diciembre de 1930, N° 71, pp. 237-250.
 . "Epistolario. Cartas de don José Joaquín de Mora a don Florencio Varela", Año XIV, Tomo L, segundo semestre de 1924, N° 54, pp. 35-66.
 . "Epistolario. Cartas de Francisco Bilbao a don Miguel Luis Amunátegui", Tomo LXIX, abril-junio de 1931, N° 73, pp. 7-32.
- "Papeles inéditos de Don. J. V. Lastarria", N° 25, 1917, pp. 467-481.
 ."Papeles inéditos de Don. J. V. Lastarria", N° 25, 1917, pp. 467-481.
- Rodríguez, Gregorio F. 1921. "Actas originales de la Sociedad Literaria de Buenos Aires y de la Sociedad Secreta denominada Valeper de Buenos Aires, fundadas en los años 1821 y 1822", en: *Contribución histórica y documental*, Buenos Aires, Talleres Jacobo Peuser, tomo I, pp. 271-503.
- Ruschenberg, William S. W. 1956 [1834]. *Noticias de Chile (1831-1832)*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico S. A.
- Sanfuentes, Salvador. 1842. "El Campanario", en: *El Semanario de Santiago*, N°. 5, pp. 37-39, N° 6, pp. 45-47, N° 7, pp. 53-54, N° 16, pp. 131-135, N° 17, pp. 142-144, N° 18, pp. 149-151, N° 24, pp. 195-198, N° 25, pp. 204-207, N° 26, pp. 213-215.

- Santa María, Domingo. "Apuntes y documentos sobre la revolución de 1851", RCHG: Vol. LXXXIV, N° 92, 1938, pp. 5-25; Vol. LXXXV, N° 93, 1938, pp. 211-239; Vol. LXXXVI, N° 94, 1939, pp. 139-171; LXXXVII, N° 95, 1939, pp. 248-256.
- Sarmiento, Domingo F. 1961 [1845]. *Facundo*, prólogo y notas del profesor Alberto Palcos, reedición ampliada de la edición crítica y documentada que publicó la Universidad de La Plata, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.
- . 1950 [1849]. *De la Educación popular*, en: *Obras Completas*, Tomo XI, Buenos Aires, Editorial Luz del Día.
 - . 1939 [1850]. *Argirópolis o la Capital de los Estados Confederados del Río de La Plata*, introducción biográfica de Ernesto Quesada, Buenos Aires, Ediciones La Cultura Argentina.
 - . 1970 [1850]. *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Salvat Editores.
 - . 1996 (1845-47). *Viajes por Europa, África y América, 1845 – 1847*, edición crítica al cuidado de Javier Fernández y Paul Verdevoye, Colección Archivos, Alca XX, Ediciones Unesco.
 - . 1965. *Cartas y discursos políticos. Itinerario de una pasión republicana*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.
 - . 1958 [1852]. *Campaña en el Ejército Grande*, edición, prólogo y notas de Tulio Halperin Donghi, FCE, México, Buenos Aires.
 - . 1916. *Las ciento y una*, Buenos Aires, L.A, Cultura Argentina.
 - . 1909. *Obras*, Tomos I, II y VI, Paris, Belin Hermanos Editores.
 - . 1900 [1883]. *Conflicto y armonías de las razas en América*, en: *Obras*, Tomo XXXVII, Buenos Aires, Belin Sarmiento Editor.
 - . 1899. *Obras*, Tomos XXI y XXVI, Buenos Aires, Belin Sarmiento Editor.
- Segreti, Carlos (comp.) 1988. *La Correspondencia de Sarmiento*, Primera Serie: Tomo I, Años 1838-1854, Poder Ejecutivo de la Provincia de Córdoba, Comisión Provincial de Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento.
- Tornero, Santos. 1889. *Reminiscencias de un viejo editor*, Valparaíso, Imprenta de la Librería del Mercurio.
- Vallejo, José Joaquín. 1911. *Obras de Vallejo José Joaquín (Jotabeche)*, estudio preliminar de A. Edwards, Biblioteca Escritores de Chile, Vol. VI, Santiago, Imprenta Barcelona.
- . *Colección de los artículos de Jotabeche: publicada en el Mercurio de Valparaíso*, Santiago de Chile, Imprenta Chilena, 1847.
- Zapiola, José. 1902. *La sociedad de la igualdad i sus enemigos*, Santiago de Chile, Guillermo E. Miranda.

D) Bibliografía específica [Imprenta, prensa periódica, periodismo y opinión pública]

- Alonso, Paula (comp.) 2004. *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, FCE.
- Anrique, Nicolás. 1904. "Bibliografía de las principales revistas y periódicos de Chile", *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo CXV, Santiago.
- Arrieta, Rafael Alberto. 1955. *La ciudad y los libros. Excursión bibliográfica al pasado porteño*, Buenos Aires, Librería Del Colegio, Editorial Sudamericana.
- Auza, Néstor Tomás. 1978. *El periodismo de la confederación. 1852-1861*, Buenos Aires, Eudeba.
- Auza, Néstor. 1988. *Periodismo y feminismo en la Argentina (1830-1930)*, Buenos Aires, Emecé.
- Auza, Néstor. 2001. "Estudio preliminar" a *Doña María Retazos*, Buenos Aires, Taurus, pp. 9-39.
- Auza, Néstor. 2004. "Estudio preliminar" a *La Aljaba. Dedicada al bello sexo argentino, 1830-1831*. Edición facsímil del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, pp. 13-28.
- Beltrán, Oscar. 1943. *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Sopena Argentina.
- Bocco, Andrea. 2004. *Literatura y Periodismo 1830-1861. Tensiones e interpenetraciones en la conformación de la literatura argentina*, Universidad Nacional de Córdoba, Editorial Universitas.
- Briseño, Ramón. 1965. [1862 y 1879]. *Estadística bibliográfica de la literatura chilena: 1812-1876: impresos chilenos, publicaciones periódicas*, Tomo I (1812-1859) y Tomo II (1860-1876), Estudio preliminar de Guillermo Feliú Cruz, edición facsimilar de la Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.
- Buonocore, Domingo. 1973 [1944]. *Libros, editores e impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino*, Buenos Aires, Bowker Editores.
- Campbell, Margaret V. 1962. "The Chilean Press. 1823-1842", en: *Journal of Inter-American Studies*, Coral Glabes, Florida, Vol. IV, N° 4, October, pp. 545-555.
- Chartier, Roger et Henri-Jean Martin (dirs.). 1990. *Histoire de l'édition française. Le temps des éditeurs*. Tomo III, Paris, Fayard/ Promodis.
- Del Carril, Bonifacio. 1964. *Monumenta Iconographica. Paisajes, Ciudades, Tipos, Usos y Costumbres de la Argentina, 1536-1860*, Buenos Aires, Emecé Editores.
- Díaz A., Miguel Angel. "Las revistas literarias chilenas", en: *Atenea*, Año XLI, Vol. CLIV, N° 404, abril-junio de 1964, pp. 250-253.

- Donoso, Ricardo. 1927. "Veinte años de historia de *El Mercurio*", Vol. LIV, N° 58, 1927, pp. 331-388; Vol. LV, N° 59, pp. 265-298.
- Donoso, Ricardo. 1955. *La sátira política en Chile*, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria.
- Feliú Cruz, Guillermo. 1926. "La Imprenta Federal de William P. Griswold y John Sharpe, 1818-1820", pp. 405-457.
- Fernández, Juan Rómulo. 1943. *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Perlado.
- Fernández y Medina. 1900. *La imprenta y la prensa en el Uruguay desde 1807 a 1900*, Montevideo, Imprenta de Dornaleche y Reyes.
- Ford Aníbal et al. 1970. *Medios de comunicación y cultura popular*, Sudamericana, Bs. As., 1970.
- Galván Moreno, Carlos. 1944. *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Claridad.
- García Costa, Víctor. 1972. *El periodismo político*, Buenos Aires, CEAL.
- Gonzalez Bernaldo de Quirós, Pilar. 1999. "Literatura injuriosa y opinión pública en Santiago de Chile durante la primera mitad del siglo XIX", en: *Estudios Públicos*, N° 76, pp. 233-262.
- Habermas, Jürgen. 1986. *Historia y crítica de la opinión pública*, México, Gustavo Gili.
- Hortelano, Benito. 1936. *Memorias*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Iriarte Peña, Margarita. 1997. *La influencia de Andrés Bello en la formación de la realidad social a través de la prensa. 1830-1865*, U. de Chile, Escuela de Periodismo, tesis de licenciatura.
- Jaksic, Ivan. 1991-1992. "Sarmiento y la prensa chilena, 1841-1851", *Historia*, 26, pp. 117-144.
- Janik, Dieter. 2000. "Periodismo y Literatura: su alianza en la época de la Independencia (Argentina, Chile, Colombia)", *Acta Literaria*, 25, Universidad de Concepción, Chile.
- Kim Verba, Ericka. 1993. "*Las hojas sueltas* [Broadside]: Nineteenth-Century Chilean popular Poetry as a Source for the Historian", en: *Studies in Latin American Popular Culture*, Vol. twelve, pp. 140-158.
- Lapido, Graciela y Spota B. 1976. *The British Packet. De Rivadavia a Rosas*, Buenos Aires, Solar/Hachette.
- Lettieri, Alberto R. 1999. "De la 'República de La Opinión' a la 'República de las Instituciones'", en: Bonaudo, M. (dir.). *Nueva Historia Argentina. Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 99-160.
- Martínez Baeza, Sergio. 1982. *El libro en Chile*, Santiago, Biblioteca Nacional.
- Masiello, Francine (comp.). 1994. *La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Feminaria.

- Molina, Eugenia. 2009. *El poder de la opinión pública. Trayectos y avatares de una nueva cultura política en el Río de La Plata, 1800-1852*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.
- Moreno, Galván. 1944. *El periodismo argentino*, Buenos Aires, Editorial Claridad.
- Myers, Jorge. 2002 [1995]. *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Negt, Oscar and Kluge, Alexander. 1993 [1972]. *Public Sphere and Experience. Toward an Analysis of the Bourgeois and Proletarian Public Sphere*, University of Minnesota Press, Minneapolis, translated by Peter Labanyi, Jamie Daniel and Assenka Oksiloff.
- Ossandón, Carlos. 1995. "El Correo Literario de 1858", en: *Mapocho. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, N° 38, Segundo Semestre, pp. 135-151.
- Ossandón, Carlos. 1997. "Nuevas estrategias comunicacionales de la segunda mitad del siglo XIX en Chile: la prensa 'raciocinante' de los hermanos Arteaga Alemparte", en: *Mapocho. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, N° 41, Primer Semestre, pp. 193-203.
- Ossandón, Carlos. 1998. *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas*, Santiago, Universidad Arcis, LOM Ediciones.
- Oviedo y Pérez de Tudela, Rocío. 1980. "Periodismo hispanoamericano de Independencia y sus antecedentes", en: *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Vol. VIII, N° 9, Universidad Complutense de Madrid, pp. 167-185.
- Peláez y Tapia, José. 1927. *Historia de El Mercurio*, Santiago de Chile, Talleres de El Mercurio.
- Piwonka Figueroa, Gonzalo. 2000. *Orígenes de la Libertad de prensa en Chile: 1823-1830*, Santiago de Chile, RiL Editores.
- Quesada, Ernesto. 1883. "El periodismo argentino (1877-1883)", en: *Nueva Revista de Buenos Aires*, Año III, Tomo IX, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, C. Casavalle, pp. 72-101.
- Rivera, Jorge. 1995. *El periodismo cultural*, Buenos Aires, Paidós.
- Rojas, Ricardo. 1948. "Las empresas editoriales", en: *Historia de la literatura argentina. Los modernos*, Tomo II, capítulo XXI, Buenos Aires, Losada, pp. 573-608.
- Román, Claudia A. 2003a. "La prensa periódica. De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)", en: Schwartzman 2003b: 439ss.
- Román, Claudia A. 2003b. "Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas", en: Schwartzman 2003b: 469ss.
- Román, Claudia A. 2005. "Caricatura y política en *El Grito Argentino* (1839) y *¡Muera Rosas!* (1841-1842)", en: Batticuore, Gallo y Myers (comps.). 2005: 49-69.

- Santa Cruz, Eduardo. 1988. *Análisis histórico del periodismo chileno*, Santiago de Chile, Nuestra América Ediciones.
- Seoane, María Cruz. 1983. *Historia del periodismo en España. II. El siglo XIX*, Alianza, Madrid.
- Silva Castro, Raúl. 1958. *Prensa y periodismo en Chile, 1812-1956*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile.
- Subercaseaux, Bernardo. 1993. *Historia del libro en Chile (Alma y Cuerpo)*, Santiago de Chile, Andrés Bello.
- Szir, Sandra M. "De la cultura impresa a la cultura de lo visible. Las publicaciones periódicas ilustradas en Buenos Aires en el Siglo XIX", en: *Nervaduras de la esfera pública: revistas, periódicos y discusiones*, Biblioteca Nacional: www.bn.gov.ar
- Tornero, Santos. 1889. *Reminiscencias de un viejo editor*, Valparaíso, Imprenta de la Librería del Mercurio.
- Valdebenito, Alfonso. 1956. *Historia del periodismo chileno*, Santiago de Chile, Círculo de la Prensa de Valparaíso.
- Verdevoeye, Paul. 1994. *Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina desde 1801 hasta 1834*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras.
- Vilches, R. "Las revistas literarias chilenas del siglo XIX", en: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Vol. XCI, N° 99, julio-Diciembre de 1941, pp. 324-355; Vol. XCII, N° 100, enero-junio de 1942, pp. 117-159.
- VVAA. 2006. *Revista Iberoamericana. Cambio cultural y lectura de periódicos en el siglo XIX en América Latina*, Vol. LXXII, Núm. 214, enero-marzo, 2006.
- Weill, Georges. 1994. *El periódico. Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*, México, Limusa, Grupo Noriega Editores.
- Weinberg, Félix. 1957. "El periodismo en la época de Rosas", en: *Revista de Historia*, Buenos Aires, N° 2.
- Zinny, Antonio. 1868. *Efemeridografía Argiroparquiótica o sea de las provincias argentinas*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
- Zinny, Antonio. 1869. *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída de Rosas*, Buenos Aires, Imprenta del Plata.
- Zinny, Antonio. 1883. *Historia de la prensa periódica de la República Oriental del Uruguay, 1807-1852*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, Casavalle Editor.

E) Bibliografía crítica y teórica

- Achugar, Hugo (comp.). 1998. *La fundación por la palabra. Letra y Nación en América Latina en el Siglo XIX*, Universidad de la República, Montevideo, FHCE.
- Adorno, Theodor. 1962. "El ensayo como forma", en: *Notas de literatura*, Barcelona, Ariel, (reproducido en *Pensamiento de los Confines*, n° 1, segundo semestre, 1998, Buenos Aires, pp. 247-59).
- Agulhon Maurice et al. 1992. *Formas de sociabilidad en Chile*, Santiago de Chile, Fundación Mario Góngora.
- Ayroló, Valentina. 2007. "Los caminos de las *noticias* en la sociabilidad cordobesa. Libros, bibliotecas y *saberes* entre la colonia y la independencia", en Baltar, R. y C. Hudson (eds). *Figuraciones del siglo XIX. Libros, escenarios y miradas*, Mar del Plata, Univ. Nacional de Mar del Plata, pp. 17-38
- Alegría, Fernando. 1947. "Origen del romanticismo en Chile", *Cuadernos Americanos*, 5, Año VI, XXXV, septiembre-octubre, México, pp. 173-193.
- . 1954. *La poesía chilena. Orígenes y desarrollo del siglo XVI al XIX*, México-Buenos Aires, FCE. Col. Tierra Firme, 55.
- . 1960. "Lastarria: el precursor", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XXXVII, Tomo CXXXIX, N° 389, julio-septiembre de 1960, pp. 48-55.
- Alonso, Amado. 1951. "Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello", en: Bello, *Obra Completa*, Tomo IV, Caracas, Biblioteca Nacional.
- Altamirano, Carlos. 1990. "Lo imaginario como campo del análisis histórico y social" en, *Punto de vista*, XIII, 38, oct. Buenos Aires, pp.11-14.
- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo. 1997. *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel.
- Altamirano, Carlos (dir.) y Jorge Myers (ed.). 2008. *Historia de los intelectuales en América Latina. Vol. I: La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires-Madrid, Katz.
- Altamirano, Ignacio M. 1949. *La literatura nacional. Revistas, Ensayos, Biografías y Prólogos*, edición y prólogo de José Luis Martínez, México, Editorial Porrúa S. A., 3 tomos.
- Álvarez, Ignacio. 2006. "Cuestión de tiempo: problemas del imaginario nacional en 'El Campanario' (1842) de Don Salvador Sanfuentes", *Taller de Letras*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Alone, (Díaz Arrieta, Hernán). 1954. *Historia personal de la literatura chilena*, Santiago,

- Amunátegui Solar, Domingo. 1889. *Los primeros años del Instituto Nacional, 1813-1835*, Santiago, Imprenta Cervantes.
- . 1925. *Las letras chilenas*. Santiago de Chile, Universidad de Chile.
- Andermann, Jens. 2000. *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Anderson, Benedict. 1993 [1983]. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, F. C. E.
- Anderson Imbert, E. 1954. *Estudios sobre escritores de América*, Buenos Aires, Raigal, Biblioteca Juan María Gutiérrez.
- .1954-67. *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, FCE., 2 volúmenes.
- . 1961. "El historicismo de Sarmiento", en: *Humanidades*, Tomo XXXVII, Vol. 1, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, pp. 158-177.
- Annino, A., Castro Leiva, L., Guerra, F-X. 1994. *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*, Zaragoza, IberCaja.
- Anrique, Nicolás. 1904. "Bibliografía de las principales revistas y periódicos de Chile", *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo CXV, Santiago.
- Araneda Bravo, Fidel. 1965. "Andrés Bello, crítico literario", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XLII, Tomo CLX, N° 410, octubre-diciembre de 1965, pp. 19-32.
- Area, Lelia. 2001. "Geografías imaginarias: El *Facundo* y la *Campaña en el ejército Grande* de Domingo Faustino Sarmiento, en: *Revista Iberoamericana*, Vol. LXVII, Núms. 194-195, enero-junio, pp. 91-103.
- . 2006. *Una biblioteca para leer la Nación. Lecturas de la figura de Juan Manuel de Rosas*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Arrieta, Rafael (dir.). 1958-1959. *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Ediciones Peuser, Tomos I-III.
- Auza, Néstor Tomás. 1978. *El periodismo de la confederación. 1852-1861*, Buenos Aires, Eudeba.
- . 1988. *Periodismo y feminismo en la Argentina (1830-1930)*, Buenos Aires, Emecé.
- Ávila Martel, Alamiro de. 1982. *Mora y Bello en Chile, 1829-1831*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile.
- . 1979. *Reseña histórica de la Universidad de Chile*, Santiago Universidad de Chile.

- Avila Martel, A. et al. 1973. *Estudios sobre la vida y obra de Andrés Bello*, Santiago, Universidad de Chile.
- . 1988. *Estudios sobre José Victorino Lastarria*, Santiago, Universidad de Chile.
- Baczko, Bronislaw. 1991. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Ballard, John. 1981. "Mariluán: la novela olvidada del ciclo nacional de Alberto Blest Gana", *Literatura chilena, creación y crítica*, N° 18, pp. 2-9.
- Bajtín, Mijail. 1998. *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.
- Bajtín, Mijail. 1987. *Problemas de la poética de Dostoïevski*, México, FCE.
- Barthes, Roland. 1994. *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós.
- Barros Arana, Diego. 1942a. "El movimiento político de 1842", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIX, Vol. LXVIII, N° 203, mayo de 1942, pp. 269-289.
- . 1942b. "Los primeros cincuenta años de la Universidad de Chile", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIX, Tomo LXX, N° 209, noviembre de 1942, pp. 158-176.
- Batticuore, G., Klaus, G., y Myers, J. 2005. *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba.
- Batticuore, Graciela. 2005. *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*, Buenos Aires, Edhasa.
- . 2006. "La formación del autor. Apuestas, retos y competencias", en: Laera, Alejandra y Martín Kohan (comps.). 2006: 15-41.
- Battistessa, Ángel J. 1961. "Los modos expresivos de la literatura de Mayo", en: *Algunos aspectos de la cultura literaria de Mayo*, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.
- Becco, Horacio. 1961. "Bibliografía de Sarmiento", en: *Humanidades*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, Tomo XXXVII, Vol. 2, pp. 119-144.
- Beltrán, Oscar. 1943. *Historia del periodismo argentino*, Sopena Argentina, Buenos Aires.
- Bello, Joaquín Edwards. 1965. "Crónicas sobre Andrés Bello", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XLII, Tomo CLX, N° 410, octubre-diciembre de 1965, pp. 41-72.
- Bengoa, José. 1990. *Haciendas y campesinos*, Santiago de Chile, Ediciones Sur.
- Benichou, Paul. 1981. *La coronación del escritor, 1750-1830. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México, FCE.

- Benjamin, Walter. 2002. *Ensayos. Tomo I*, trad. de J. Aguirre, R. Blatt, A. Mancini, Madrid, Editora Nacional.
- Benveniste, Emile. 1985. "Civilización. Contribución a la historia de la palabra", en: *Problemas de lingüística general*, Tomo I, Cap. XVIII, México, Siglo XXI.
- Berlin, Isaiah. 1999. *The roots of romanticism*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey.
- Berruezo León, María Teresa. 1989. *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra. 1800-1830*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.
- Bhabha, H. K. 1990. *Nation and narration*, London and New York, Routledge.
- Bhabha, H. K. 1994. *The location of culture*, London and New York, Routledge.
- Blanco, Mercedes I. 1994. "Aspectos históricos e ideológicos de las actitudes lingüísticas en el Río de la Plata y Chile", en: Fontanella de Weinberg, María Beatriz (comp.). *El español en el Nuevo Mundo: estudios sobre historia lingüística hispanoamericana*, OEA/OAS, Interamer, pp. 99-120.
- Blanco, Oscar. 1999. "La constitución de la historia literaria argentina", en: Rosa, Nicolás (ed.) 1999: 21-31.
- Bollème, Geneviève. 1990. *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo "popular"*, trad. de R. Cusminsky de Cendrero, México, Grijalbo.
- Borges, Jorge Luis. 1944. "Prólogo" a *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Emecé.
 . 1974. "Prólogo" a *Facundo*, Buenos Aires, "El Ateneo".
- Bourdieu, Piere. 1993. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.
 . 1997. "Para una ciencia de las obras" y "La economía de los bienes simbólicos", en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.
- Bravo Lira, Bernardino. 1992. *El absolutismo ilustrado en Hispanoamérica. Chile (1760-1860). De Carlos III a Portales y Montt*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Brennan, Timothy. 1990. "The national longing for form", en: Bhabha 1990: pp. 44-70.
- Bulnes, Alfonso. 1965. "Bello y la historiografía chilena", *Atenea, Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XLII, Tomo CLX, N° 410, octubre-diciembre de 1965, pp. 33-40.
- Bürger, Peter. 1987. *Teoría de la vanguardia*, Barcelona, Península.
- Campbell, Margaret V. 1962. "The Chilean Press. 1823-1842", en: *Journal of Inter-American Studies*, Coral Glabes, Florida, Vol. IV, N° 4, October, pp. 545-555.
- Candido, Antonio. 1971. *Formação da Literatura Brasileira*, 2 vols., San Pablo, Livraria Martins. 2° ed.

- Carilla, Emilio. 1958. *El Romanticismo en la América Hispánica*, Madrid, Editorial Gredos.
- Cavallo, G. y Chartier, R. (dirs.). 1998. *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus.
- Castillo, Alejandra, E. Muzzopappa, A. Salomone, B. Urrejola, y C. Zapata (eds.). 2003. *Nación, Estado y cultura en América Latina*, Santiago de Chile, Universidad de Chile-LOM.
- Castoriadis, Cornelius. 2003 [1975]. *La institución imaginaria de la sociedad*, 2 volúmenes, Barcelona, Tusquets.
- Castoriadis, Cornelius. 1998. "Imaginación, imaginario, reflexión", en: *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*, Buenos Aires, Eudeba.
- Castro, Américo. 1938. "En torno al 'Facundo' de Sarmiento", en: *Sur*, Año VIII, N° 47, agosto, pp. 26-34.
- Cavieres Espinoza, Eliana G. 1989. *El periodista Benjamín Vicuña Mackenna*, Santiago, Universidad de Chile.
- Chacón, Jacinto. 1942. "Una carta sobre los hombres de 1842", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIX, Vol. LXVIII, N° 203, mayo de 1942, pp. 193-201.
- Chartier, Roger. 1994. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza.
- . 1995a. *Espacio público, crítica y desacralización e el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa.
- . 1995b. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa.
- . 1998. "La historia entre representación y construcción", en: *Prismas. Revista de historia intelectual*, 2, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 197-207.
- Chiaramonte, José Carlos. 1979. *El pensamiento de la ilustración*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- . 1986. *La cuestión regional en el proceso de gestación del Estado argentino*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- . 1989. "Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, tercera serie, N° 1, Primer Semestre, pp. 71-92.
- . 1997. *Ciudades, provincias, Estados. Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel.
- Colmenares, Germán. 2006. *Las convenciones contra la cultura*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Collier, Simón. 2005. *La construcción de una república, 1830-1865. Política e ideas*, Santiago de Chile, Univ. Católica de Chile.

- Concha, Jaime. 1996. "Bello y su gestión superestructural en Chile", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XII, N° 43-44, Lima-Berkeley, pp. 139-161.
- Cornblit, O, Gallo(h), E y A. O'Connell. 1965. "La generación del 80 y su proyecto. Antecedentes y consecuencias", en *Argentina, Sociedad de masas*, dirigida por Di Tella, Germani Graciarena, Buenos Aires, Eudeba.
- Cornejo Polar, Antonio. 1995. "La literatura hispanoamericana del siglo XIX: continuidad y ruptura (hipótesis a partir del caso andino)" en: González Stephan, Lasarte, Montaldo y Daroqui (comps.), 1995: 11-23.
- Correa Calderón, E. 1950. *Costumbristas españoles*, tomo I, Madrid, Aguilar.
- . 1957. "El costumbrismo en el siglo XIX", en: Díaz-Plaja, Guillermo. *Historia general de las literaturas hispánicas*, IV, siglos XVIII y XIX, Primera Parte, Barcelona, Editorial Barna, pp. 237-248.
- Cortés Conde, R. "Algunos rasgos de la expansión territorial en Argentina en la segunda mitad del siglo XIX", en: *Desarrollo Económico*, Instituto de desarrollo Económico y social, pp. 3-29.
- Cosgrove, D. and Daniels, S. (ed.). 2000. *The iconography of landscape*, London, Cambridge University Press.
- Croce, Marcela. 1999. "Fundación y resonancias de la crítica sociológica argentina: Juan María Gutiérrez", en: Rosa, Nicolás (ed.) 1999: 33-40.
- Cruz de Amenábar, Isabel. 1989. "La cultura escrita en Chile 1650-1820. Libros y bibliotecas", en: *Historia*, Vol. 24, pp. 107-213.
- Cruz, Pedro N. 1944. *Bilbao y Lastarria*, Santiago, Editorial Difusión Chilena.
- Dager Alva, J. 2002. "El debate en torno al método historiográfico en el Chile del XIX", *Revista Complutense de Historia Americana*, Vol. 28, pp. 97-138.
- Dalmaroni, Miguel. 2006. *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Darío, Rubén. 1950 [1925]. *Impresiones y sensaciones*, en: *Obras Completas*, I, Madrid, Afrodisio Aguado.
- De Certeau, Michel. 1993. *La escritura de la historia*, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, (2° ed.).
- . 2007. *El lugar del otro. Historia religiosa y mística*, Buenos Aires, Katz Editores.
- Delannoi, G. y Taguieff P. (comps). 1993. *Teorías del nacionalismo*, Bs. As., Paidós.
- del Valle, José y Stheeman, Luis Gabriel (eds.). 2004. *La batalla del idioma: la intelectualidad hispánica ante la lengua*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana Vervuert.

- Derek, Gregory. 1996. *Geographical imaginations*, Cambridge Massachusetts.
- Derrida, Jacques. 1997. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid, Editorial Trotta.
- Díaz A., Miguel Angel. 1964. "Las revistas literarias chilenas", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XLI, Vol. CLIV, N° 404, abril-junio de 1964, pp. 250-253.
- Di Tullio, Ángela. 2006. "Organizar la lengua, normalizar la escritura", en: Rubione (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina, La crisis de las formas*, Bs. As., Emecé, 2006: 543-580.
- Dollfus, Olivier. 1976. *El espacio geográfico*, Barcelona, Oikos-tau, S,a-ediciones.
- Donoso, Armando. 1940. *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao*, Santiago de Chile, Editorial Nascimento, (sexta edición).
- Donoso, Ricardo. 1946. *Las ideas políticas en Chile*, México, FCE.
- Durán Cerda, Julio. 1957. *El movimiento literario de 1842*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, vols. 1 y 2.
- . 1959. *Panorama del teatro chileno, 1842-1859*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico.
- . 1963. *El teatro chileno moderno*, Anales de la Univ. de Chile (Separata), Año CXXI, N° 126, enero-abril 1963.
- Durand, Luis. 1933. "Algo sobre el cuento y los cuentistas chilenos", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año X, Tomo XXIV, N° 100, agosto de 1933, pp. 262-275.
- . 1942. "Significación de Lastarria", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIX, Vol. LXVIII, N° 203, mayo de 1942, pp. 228-232.
- Eagleton, Terry. 1999. *La función de la crítica*, trad. de Fernando Inglés Bonilla, Barcelona, Paidós.
- Earle, Rebecca. 2006. "Monumentos y museos: la nacionalización del pasado precolombino durante el siglo XIX", en: Andermann, J. y González Stephan, B. (eds.). 2006. *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual e América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 27-64.
- Eco, Umberto. 1993. *La ricerca della lingua perfetta nella cultura europea*. Roma, Laterza.
- Edwards, Alberto. 1945. *La fronda aristocrática. Historia política de Chile*. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico S. A..
- Edwards, Esther (comp.). *Nueva mirada a la historia*, Santiago de Chile, Ver.

- Elias, Norbert. 1993. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires, FCE.
- Encina, Francisco Antonio. 1935. *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, Santiago, Nascimento.
- . 1949. "Breve bosquejo de la literatura histórica chilena", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XXVI, Tomo XCV, Nros. 291-292, septiembre-octubre de 1949, pp. 27-68.
- Ennis, Juan Antonio. 2008. *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*, Frankfurt am Main, Peter Lang.
- Even-Zohar, Itamar. 1990. "Polysystem Theory", *Poetics Today*, 11:1, Spring 1990, pp. 9-26.
- Espósito, Fabio (2009). *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*. Univ. Nacional de La Plata, Tesis doctoral (mimeo).
- Feijóo, Bernardo Canal. 1955. *Constitución y Revolución. Juan Bautista Alberdi*, Buenos Aires, México, FCE.
- Feliú Cruz, Guillermo. 1933. "Hombres, ideas y hechos. Barros Arana y el método analítico en la historia", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año X, Vol. XXV, N° 104, diciembre de 1933, pp. 366-384.
- . 1937. "Jorge Isaacs en Chile", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIV, Tomo XXXVIII, N° 142, abril de 1937, pp. 22-29.
- . 1942. "Literatura histórica chilena", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIX, Vol. LXVIII, N° 203, mayo de 1942, pp. 254-268.
- . 1949. "Interpretación de Vicuña Mackenna: un historiador del siglo XIX", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XXVI, Tomo XCV, Nros. 291-292, septiembre-octubre de 1949, pp. 144-181.
- . 1965. "La literatura de viajes sobre América y Chile y Andrés Bello", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XLII, Tomo CLX, N° 410, octubre-diciembre de 1965, pp. 73-88.
- . 2000. *Durante la república. Obras escogidas*, Vol. 2, Santiago de Chile, Univ. de Chile- Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Fernández, Juan Rómulo. 1943. *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Librería Perlado Editores.
- Fernández Retamar, Roberto. 1989. *Algunos usos de civilización y barbarie*, Buenos Aires, Editorial Contrapunto.

- Fernández Bravo, A. 1999. *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés.
- Fernández Montesinos, José. 1960. *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*, Madrid, Castalia.
- Figueroa, Pedro Pablo. 1897-1901. *Diccionario biográfico de Chile, 1897-1901*, 3 tomos, Santiago de Chile, Imprenta i Encuadernación Barcelona.
- Fleming, Leonor. 1991. "Civilización y barbarie: el conflicto de Sarmiento en la obra de Echeverría", en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 489, pp. 91-96.
- Flitter, Derek. 1995. *Teoría y crítica del romanticismo español*, trad. de B. Fernández Salgado, Cambridge, Cambridge University Press.
- Ford Aníbal et al. 1970. *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Foresti, Carlos, Eva Löfquist y Álvaro Foresti. 1998. *La narrativa chilena. Desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico*, tomo I: 1810-1859, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- . 1999. *La narrativa chilena* tomo II, 1859-1890. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- Foucault, Michel. 1996 [1984]. *¿Qué es la ilustración?*, Madrid, Ediciones Endymión.
- . 2002a [1968]. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- . 2002b [1969]. *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Fuenzalida Grandón, Alejandro. 1911. *Lastarria i su tiempo (1817-1888). Su vida, obras e influencia en el desarrollo político e intelectual de Chile*, Santiago de Chile, Imprenta: Litografía i Encuadernación Barcelona, 2 tomos.
- . 1935. "Barros Arana y su época (1830-1907)", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XII, Vol. XXX, N° 119, mayo de 1935, pp. 183-197.
- Garrels, Elizabeth. 1988. "El *Facundo* como folletín", en: *Revista Iberoamericana*, Número Especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Vol. LIV, Núm. 143, abril-junio, pp. 419-447.
- Gazmuri, Cristian y Rafael Sagredo (dirs.). 2005. *Historia de la vida privada en Chile*, Santiago de Chile, Aguilar Chilena de Ediciones S. A., 2 tomos.
- Gazmuri, Cristián. 1999. *El '48 chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*, Santiago, Editorial Universitaria.

- . 2004. *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Colección *Todo es Historia*.
- . 2006. *La historiografía chilena (1842-1970)*, Tomo I (1842-1920), Santiago de Chile, Taurus, Centro de Investigaciones Barros Arana.
- Gelz, Andreas. 2000. "La tertulia. Sociabilidad, comunicación y literatura en el siglo XVIII: Perspectivas teóricas y ejemplos literarios (Quijano, Jovellanos, Cadalso)", *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 8-9, pp. 101-125.
- . 2006. *Tertulia. Literatur und Soziabilität im Spanien des 18. und 19. Jahrhunderts*, Frankfurt/M., Iberoamericana-Vervuert.
- Geertz, Clifford. 1992. "Después de la revolución: el destino del nacionalismo en los nuevos estados", en: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Gellner, Ernest. 1988 [1983]. *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza.
- Ghiano, Juan Carlos. 1961. "La forma autobiográfica en *Recuerdos de provincia*", en: *Humanidades*, Tomo XXXVII, Vol. 2, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, pp. 23-41.
- Giordano, Alberto. 2005. *Modos del ensayo. De Borges a Piglia*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Godoy Urzúa, Hernán. 1970. *El oficio de las letras. Estudio sociológico sobre la vida literaria*, Santiago.
- Goic, Cedomil. 1968. *La novela chilena*, Santiago, Universitaria.
- Goic, Cedomil. 1973. *La novela hispanoamericana. Descubrimiento e invención de América*, Valparaíso, Editorial Universitaria.
- Goldman, Noemí. 2000. "Libertad de imprenta, opinión pública y debate constitucional en el Río de la Plata (1810-1827)", *Prismas. Revista de historia intelectual*, Univ. Nacional de Quilmes, N° 4, 2000, pp. 9-20.
- Góngora, Mario. 1994 [1981]. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- . 1998. *Estudios sobre la historia colonial hispanoamericana*, Santiago, Editorial Universitaria.
- González, Horacio (comp.). 2008. *Beligerancia de los idiomas. Un siglo y medio de discusión sobre la literatura latinoamericana*, Buenos Aires, Ediciones Colihue.
- González Bernaldo de Quirós, Pilar. 2007. [1999]. *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina*. Buenos Aires, FCE.

- González Echevarría, Roberto. 1988. "Redescubrimiento del mundo perdido: el *Facundo* de Sarmiento, en: *Revista Iberoamericana*, Número Especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Vol. LIV, Núm. 143, abril-junio, pp. 385-406.
- . 2000 [1990]. *Mito y Archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*, trad. de Virginia Aguirre Muñoz, México, FCE.
- González Stephan, Beatriz. 1987. *La historiografía literaria del liberalismo hispano-americano del siglo XIX*, La Habana, Casa de las Américas.
- González Stephan, B., J. Lasarte, G. Montaldo y M. J. Daroqui. (comps.). 1995. *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila.
- Gorelik, A. et al. 2004. "El comparatismo como problema" (Dossier) *Prismas*, 8, 2004: 121-181.
- Granados, Aimer y Carlos Marichal (comp.). 2004. *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.
- Gramuglio, María Teresa. 2007. "El buen salvaje no existe. (Para una relectura comparativa de dos textos románticos)", *mimeo*.
- Grinor Rojo et al. 2003. *Nación, estado y cultura en América Latina*, Ediciones de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile.
- . 2003. *Poscolonialidad y Nación*, Santiago de Chile, LOM ediciones.
- Grüner, Eduardo. 2000. *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones.
- Guerra, François-Xavier. 1992. *Modernidad e independencias. Ensayo sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, Mapfre.
- Guerra, François-Xavier, Annick Lempérière et al. 1998. *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-FCE.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. 1990. *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XX*, Maryland, Univ. of Maryland, Latin American Studies Center Series, N° 3.
- Guzmán Brito, Alejandro. 1982. *Andrés Bello codificador. Historia de la fijación y codificación del derecho civil en Chile*, 2 tomos, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile.
- Haberly, David T. 2005. "Francis Bond Head and Domingo Sarmiento: A Note on the Sources of *Facundo*", *MLN Hispanic Issue*, Vol. 120, N° 2, March 2005, pp. 287-293.
- Habermas, J. 1998. *Identidades nacionales y postnacionales*, Madrid, Tecnos.
- Halperin Donghi, T. 1969. *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza.
- . 1972. *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en el Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI.

- . 1980a. "Una nación para el desierto argentino", en: *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- . 1980b. "La historiografía: treinta años en busca de un rumbo", en: Ferrari, G. y Gallo, E. (eds.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana.
- . 1985. *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana.
- . 1996. "Facundo y el historicismo romántico", en: *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto (publicado en dos partes el 13 de marzo de 1955 y el 23 de septiembre de 1956, en *La Nación*).
- Halperín Donghi, I. Jaksic, G. Kirkpatrick y F. Masiello. 1994. *Sarmiento, Author of a Nation*, Berkeley-Los Angeles-London, Univ. of California Press.
- Hernández, María del Carmen. 1998. "Tres primeras escritoras latinoamericanas del siglo XIX", en: Achugar, Hugo (comp.). 1998: 177-219.
- Herrero, Javier. 1978. "El naranjo romántico: esencia del costumbrismo", *Hispanic Review*, University of Pennsylvania, Vol. 46, n° 3, pp. 343-354.
- Hobsbawm, E. J. 1989. "Banderas al viento: Las naciones y el nacionalismo", en: *La era del imperio (1875-1914)*, Barcelona, Editorial Labor.
- . 1991. *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica.
- . 1997. "El nacionalismo", en: *La era de la revolución, 1789-1848*, Bs. As., Crítica, Grijalbo Mondadori.
- Hobsbawm, E. J. and Ranger T. 1996. *The invention of tradition*, London, Cambridge University Press.
- Huysen, Andreas. 1986. *After the Great Divide. Modernism, Mass culture, Postmodernism*, Bloomington, Indiana University Press.
- Iglesia, Cristina. 2003. "La ley de la frontera. Biografías de pasaje en el *Facundo* de Sarmiento", en: *La violencia del azar*, Buenos Aires, F. C. E.
- Iglesia, Cristina y Liliana Zuccotti. 1997. "El estilo democrático: último grito de la moda", en: *Mora. Revista del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer*, n° 3, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, pp. 64-73.
- Jaksic, Iván. 2001. *Andrés Bello: La pasión por el orden*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- . 2004. "Andrés Bello y la prensa chilena, 1829-1844", en: Alonso, Paula (comp.). 2004: 107-137.
- Jameson, Fredric. 1989. *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*, Madrid, Visor.

- Jauretche, Arturo. 1989. *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Peña Lilio Editor.
- Jauss, Hans Robert. 1986. *Experiencia estética y hermenéutica literaria. Ensayos en el campo de la experiencia estética*, Madrid, Taurus.
- Jitrik, Noé. 1968. *El 80 y su mundo*, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez.
- . 1970. *Ensayos y estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna.
- . 1983. *Muerte y resurrección de Facundo*, Buenos Aires, CEAL.
- . 1985 [1977]. "La riqueza de la pobreza", "Prólogo" a *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Kaempfer, Álvaro. 2006. "Lastarria, Bello y Sarmiento en 1844: genocidio, historiografía y proyecto nacional", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XXXII, N° 63-64, Lima-Hanover, pp. 9-24.
- Kaplan, M. 1969. *Formación del Estado nacional en América Latina*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Katra, William. 1988. "Sarmiento frente a la generación de 1837", en: *Revista Iberoamericana*, Número Especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Vol. LIV, Núm. 143, abril-junio, pp. 525-549.
- . 2000. *La generación de 1837. Los hombres que hicieron el país*, Buenos Aires, Emecé.
- . "Sarmiento en los Estados Unidos", en: *Sarmiento: 1996 (1845-47)*, pp. 853-911.
- Kirkpatrick, Susan. 1978. "The ideology of Costumbrismo", *Ideologies and Literature Journal*, N° 7, pp. 28-44.
- Kusch, Rodolfo. 1953. *La seducción de la barbarie. Análisis herético de un continente mestizo*, Buenos Aires, Editorial Raigal.
- LaCapra, Dominick. 2006. *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*, Buenos Aires, FCE.
- Laclau, Ernesto. 2005. *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.
- Lacoste, Pablo. 2003. "La percepción de los límites entre Argentina y Chile (1810-1876)", *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*, Santiago de Chile, Univ. de Chile, FCE.
- Laera, Alejandra. 2003. "Géneros, tradiciones e ideologías literarias en la Organización Nacional", en: Schwartzman (dir.). 2003b.: 407-467.
- . 2004. *El tiempo vacío de la ficción*, Buenos Aires, FCE.
- Laera, Alejandra y Martín Kohan (comps.). 2006. *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*, Rosario, Beatriz Viterbo.

- Laera, A., G. Batticuore y L. El Jaber (comps.). 2008. *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Lanuzza, José Luis. 1967. *Echeverría y sus amigos*, Buenos Aires, Paidós.
- Latchman, Ricardo. 1942. "Las ideas del movimiento literario de 1842", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIX, Vol. LXVIII, N° 203, mayo de 1942, pp. 149-192.
- Latorre, Mariano. 1933. "El pueblo chileno en las novelas de Blest Gana", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año X, Tomo XXIV, N° 100, agosto de 1933, pp. 180-197.
- . 1949. "Anotaciones sobre el teatro chileno en el siglo XIX", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XXVI, Tomo XCV, Nros. 291-292, septiembre-octubre de 1949, pp. 239-277.
- Leiras, Marcelo. 2004. "Ladrando a la luna: periodismo, política y legislación en la elaboración de la Constitución de Chile, 1831-1833", en: Alonso, P. (comp.). 2004: 79-106.
- Lempérière, Annick. 1998. "República y publicidad a finales del Antiguo Régimen (Nueva España)", en: Guerra y Lempérière. 1998: 54-79.
- . 2008. "Los hombres de letras hispanoamericanos y el proceso de secularización (1800-1850)" en: Altamirano, C. (dir) y J. Myers (ed.), 2008: 242-266.
- Leslie, John Kenneth. 1951. "La polémica del romanticismo en Chile. Dos artículos desconocidos", *Revista Iberoamericana*, Vol. XVI, N° 32, pp. 245-254.
- Lévi-Strauss, Claude. 1984 [1962]. *El pensamiento salvaje*, México, FCE.
- Lewis, Colin M. 1980. "La consolidación de la frontera argentina a fines de la década del '70", en: Ferrari, G. y Gallo, E. (eds.) *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Livon-Grosman, E. 2003. *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- López, Olga. 1945. *Una polémica sobre los métodos históricos. Ensayo sobre la influencia de Bello y Lastarria*, Valparaíso.
- Lúkacs, Georg. 1968. *Goethe y su época*, traducción de Manuel Sacristán, Barcelona, México, D. F., Ediciones Grijalbo.
- Ludmer, Josefina. 1988. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana.
- . 1999. *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil.
- Lucero, Nicolás. 2003. "La guerra gauchipolítica", en: Schwartzman (dir.). 2003b: 17-38.

- Luzio, Juan Durán. 1992. "Modos de relación entre historia y literatura hispanoamericanas durante el siglo XIX, en: *Escritura. Teoría y crítica literarias*, Año XVII, N° 33-34, Caracas, enero-diciembre, pp. 83-100.
- Mailhe, Alejandra. 2003. *Márgenes imaginarios. Sectores populares y cultura popular en la novela y el ensayo social brasileños del s. XIX a la vanguardia*, Univ. Nacional de La Plata, Tesis doctoral, mimeo.
- Malosetti Costa, Laura. 2005. "¿Un paisaje abstracto?. Transformaciones en la percepción y representación visual del desierto argentino", en: Batticuore, G., Klaus, G., y Myers, J. 2005: 291-303.
- Marinone, Mónica. 2006. *Rómulo Gallegos. Imaginario de nación*, Mérida, Venezuela, Ediciones *El otro el mismo*.
- Martínez, José Luis. 1955. *La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX*, México, Imprenta Universitaria.
- . 1960. *De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana*, México, FCE.
- Martínez Baeza, Sergio. 1964. "Bello, Infante y la enseñanza del derecho romano: Una polémica histórica, 1834", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 132, 1964, pp. 196-229.
- . 1982. *El libro en Chile*, Santiago, Biblioteca Nacional.
- Martínez Estrada, E. 2001. *Sarmiento. Meditaciones Sarmientinas. Los invariantes históricos en el Facundo*, Rosario, Beatriz, Viterbo.
- Masiello, Francine. 1997. *Entre civilización y barbarie. Mujeres, Nación y Cultura literaria en la Argentina moderna*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Matamoro, Blas. 1986. "La (re)generación del 37", en: *Punto de Vista*, Año IX, N° 28, noviembre, pp. 40-43.
- Mc Evoy, Carmen y Ana María Stuyen (eds.). 2007. *La República Peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur. 1800-1884*, Lima, IEP-IFEA. Estudios Históricos, 46.
- Melfi, Domingo. 1933. "Blest Gana y la sociedad chilena", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año X, Tomo XXIV, N° 100, agosto de 1933, pp. 162-179.
- . 1937. "La generación de Lastarria", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIV, Vol. XXXVII, N° 141, marzo de 1937, pp. 235-283.
- . 1949. "Manuel Rodríguez", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XXVI, Tomo XCV, Nros. 291-292, septiembre-octubre de 1949, pp. 69-75.

- Mignolo, Walter. 1982. "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", en: *Historia de la literatura hispanoamericana*, Tomo I, Madrid, Cátedra, pp. 57-116.
- . 1999. "Linguistic Maps, Literacy Geographies, and Cultural Landscapes: Languages, Linguaging, and (Trans)nationalism", en: *The Places of History*, Durham and London, Duke University Press, pp. 49-65.
- . 1995. "La razón post-colonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales", en: *Celehis, Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, Año 4, N° 4-5, Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 265-290.
- . 2003. *Historias locales/diseños globales*, Madrid, Ediciones Akal.
- Minguet, Charles. 1979. "Alejandro de Humboldt ante la Ilustración y la independencia de Hispanoamérica", en: VVAA. *Homenaje a Noel Salomón. Ilustración Española e Independencia de América*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 69-79.
- Miroux, Jean-Philippe. 2005. *La autobiografía. Las escrituras del yo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Mitchell, W. J. T. 2002. *Landscape and power*, Chicago, Chicago UP.
- Molloy, Silvia. 1996. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, F. C. E.
- Monsalve, Mario y María Loreto Egaña. 2005. "Civilizar y moralizar en la escuela primaria popular", en: Gazmuri, C. y R. Sagredo (dirs.). 2005, II: 119-139.
- Montaldo, Graciela. 1994a. *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- . 1994b. "El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento", en: *Hispanamérica*, n° 68, pp. 3-20.
- Monteleone, Jorge. 2003. "La hora de los tristes corazones. El sujeto imaginario en la poesía romántica argentina", en: Schwartzman (dir.), 2003b: 119-159.
- Monteleone, Jorge. 2006. "La pasión y el desierto", en: Laera, A. y M. Kohan (comps.), 2006: 43-56.
- Montes, Hugo. 1974 [1955]. *Historia de la literatura chilena*, Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag.
- Montserrat, Marcelo. 1980. "La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso", en: Ferrari, G. y Gallo, E. (eds.) *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Moreno, Galván. 1944. *El periodismo argentino*, Bs. As., Editorial Claridad.
- Moré, Belford. 2004. "La construcción ideológica de una base empírica: selección y elaboración en la Gramática de Andrés Bello", en: del Valle y Stheeman (eds.). 2004: 67-92.

- Moretti, Franco. 2000. "Conjectures on World Literature", *New Left Review*, Jan-Feb. 2000, pp. 54-68.
- Moure, José Luis. 2005. "El joven Alberdi y la creación filosófica del español de América", *La Biblioteca*, N°2-3, Buenos Aires, 2005, pp. 168-177.
- Mumford, Lewis. 1966. *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, Buenos Aires, Ediciones Infinito.
- Myers, Jorge. 1998. "La revolución en las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas", en: Goldman, Noemí (dir.). *Nueva Historia Argentina. 3. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- . 1999. "Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad en la elite porteña, 1800-1860", en: Devoto, F. Y Madero, M. (dirs). *Historia de la vida privada en la Argentina. I. País antiguo. De la Colonia a 1870*, Buenos Aires, Taurus.
- . 2004. "Identidades porteñas. El discurso en torno a la nación y el rol de la prensa: *El Argos de Buenos Aires, 1821-1825*", en: Alonso, Paula (comp.) 2004: 39-63.
- . 2006. "Un autor en busca de un programa: Echeverría en sus escritos de reflexión estética", en Laera, A. y M. Kohan (comps.). 2006: 57-75.
- . 2008. "Los intelectuales latinoamericanos desde la Colonia hasta el inicio del siglo XX", Introducción al volumen I de *Historia de los intelectuales en América Latina*, Altamirano, C. (dir.) y J. Myers (ed.), 2008: 29-50.
- Narvaja de Arnoux, Elvira. 2008. *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del Estado (Chile, 1842-1862). Estudio glotopolítico*, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor.
- Newland, Carlos y San Segundo, María Jesús. 1992. "Ingresos y capital humano: el caso de Buenos Aires a mediados del siglo XIX", en: *Revista de Historia Económica*, Año X, N° 3, pp. 451-466.
- Newland, Carlos. 1992. *Buenos Aires no es pampa. La educación elemental porteña 1820-1860*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Ong, Walter. 1987 [1982]. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, trad. de Angélica Scherp, México, FCE.
- Orgaz, Raúl A. 1950. *Sociología argentina en: Obras completas*, II, Córdoba, Assandri.
- Orrego Luco, Augusto. 1933. "Hombres, ideas y hechos. El movimiento literario de 1842", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año X, Vol. XXIV, N° 100, agosto de 1933, pp. 317-350.
- Ortiz, Renato. "El viaje, lo popular y el otro", en: *Otro territorio*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, 2004, 27-46.

- Ossandón, Carlos. 1995. "El correo literario de 1858. Análisis descriptivo", *Mapocho*, N° 35, pp. 135-151.
- Palcos, Alberto. 1960. *Rivadavia. Ejecutor del pensamiento de Mayo*, La Plata, Biblioteca de Humanidades, Facultad de Humanidades Y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, Tomo XXXIII, Vol. I.
- Palti, Elías. 1998. *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, UNQ.
- . 2004. "Los poderes del horror: *Facundo* como epifórica", en: *Revista Iberoamericana*, Vol. LXX, Núm. 207, abril-junio 2004, pp. 521-544.
- . 2003. *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*, Buenos Aires, FCE.
- . 2007. *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Payás, Gertrudis (ed.). 2007. *Biblioteca chilena de traductores (1820-1924), ordenada por J. T. Medina*, segunda edición, corregida y aumentada, con estudio preliminar de G. Payás, colaboración de Claudia Tirado, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Pas, Hernán. 2008. *Ficciones de extranjería. Literatura argentina, ciudadanía y tradición (1830-1850)*, Buenos Aires, Katatay.
- Paz, Octavio. 1974. *Los hijos de limo*, Barcelona, Seix Barral.
- Peña M, Nicolás (comp.). 1912. *Teatro dramático nacional*. Tomo I, Santiago de Chile, Imprenta Barcelona.
- Pereira Salas, Eugenio. 1949. "Notas sobre la novela histórica acerca de Chile", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XXVI, Tomo XCV, Nros. 291-292, septiembre-octubre de 1949, pp. 278-296.
- Pérez Vidal, Alejandro. 1997. "Prólogo" a *Figaro*, en: Larra, 1997: XXIX-XCIII.
- Picard, Roger. 1947. *El romanticismo social*, México, F. C. E.
- Piccirilli, Ricardo. 1949. *Juan Thompson. Su forja, su temple, su cuño*, Buenos Aires, Ediciones Peuser.
- Picón Salas, Mariano. "Bello y la Historia", Prólogo *Obras completas de Andrés Bello*, XIX, *Temas de Historia y Geografía*, Caracas, Ministerio de Educación, Comisión Editora de la Biblioteca Nacional.
- Piglia, Ricardo. 1980. "Notas sobre *Facundo*", en: *Punto de Vista*, Año 3, número 8, marzo-junio, 15-18.
- . 1990. *Crítica y Ficción*, Buenos Aires, Siglo Veinte, Universidad Nacional del Litoral.
- . 1998. "Sarmiento, escritor", en: *Filología*, Año XXXI, 1-2, pp. 19-27.

- Pinilla, Norberto. 1942. *La polémica del romanticismo en 1842* (V. F. López, D. F. Sarmiento, S. Sanfuentes), Buenos Aires, Ed. Americalee.
- . 1943. *La generación chilena de 1842*, Santiago de Chile, Universidad de Chile.
- Pinto Rodríguez, Jorge (comp.). 1998a. *Modernización, Inmigración y mundo indígena. Chile y la Araucanía en el siglo XIX*, Temuco, Universidad de la Frontera.
- Pinto Rodríguez, Jorge. 1998b. *Del discurso colonial al proindigenismo. Ensayos de historia latinoamericana*, Temuco, Universidad de la Frontera.
- . 2003. *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Pizarro, Ana (org.). 1994. *América Latina: palabra, literatura e cultura*. Vol. II: Emancipación e discurso"; Fundação Memorial da América Latina, San Pablo.
- Poblete, Juan. 2003. *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*, Santiago, Editorial Cuarto Propio.
- Pratt, Mary Louise. 1997 [1992]. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, trad. de Ofelia Castillo, Buenos Aires, U. N. Q..
- Praz, Mario. 1999. [1976]. *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, traducción de Rubén Mettini, Barcelona, El Acantilado.
- Prieto, Adolfo. 2006 [1988]. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- . 1982 [1966]. *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, CEAL.
- . 2003 [1996]. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Promis, José. 1977. *Testimonios y documentos de la literatura chilena (1842-1975)*, Santiago de Chile, Nascimento.
- Pupo-Walker, Enrique. 1978. "El cuadro de costumbres, el cuento y la posibilidad de un deslinde", *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, Vol. XLIV, enero-junio, N° 102-103, pp. 1-15.
- . 2006 "La narrativa breve en Hispanoamérica: 1835-1915" en Pupo-Walker y González Echevarría (eds.), vol. I, 2006: 499-542.
- Pupo-Walker, Enrique y Roberto González Echevarría (eds.). 2006. *Historia de la literatura hispanoamericana*, 2 vols., Madrid, Gredos.
- Quijada, Mónica. 2003. "¿Qué nación?. Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano", en: Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coords). 2003. *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, FCE.
- Rama, Ángel. 1984. *La ciudad letrada*, Montevideo, Fundación Ángel Rama.

- . 1994a [1982]. *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Buenos Aires, CEAL.
- . 1994b [1985]. *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montevideo, Arca.
- Ramos, Julio. 1988. "Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo* de D. F. Sarmiento", en: *Revista Iberoamericana*, Número Especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Vol. LIV, Núm. 143, abril-junio, pp.551-569 (publicado luego en Ramos: 1989).
- . 2003 [1989]. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE.
- Renan, Ernest. 1882. "What is a nation", en: Bhabha 1990: pp. 8-22.
- Ricoeur, Paul. 1986. "De l'interprétation", en: *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique II*. Paris, Seuil.
- . 1995-1996. *Tiempo y narración*, 3 tomos, Madrid, Siglo XXI.
- Rivera, Jorge B. 1968. *El folletín y la novela popular*, Buenos Aires, CEAL.
- Rocca, Pablo. 2003. *Poesía y política en el siglo XIX. (Un problema de fronteras)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- Rodó, José Enrique. 1957. "Juan María Gutiérrez y su época", en: *Obras completas*, introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, pp. 672-721.
- Rodríguez, Fermín. 2006. "Un desierto de ideas", en: Laera, Alejandra y Kohan, Martín (comps.). 2006: 149-170.
- Rodríguez Lehman, Cecilia. 2008. "La ciudad letrada en el mundo de lo banal. Las crónicas de moda en los inicios de la formación nacional", *Estudios*, 16: 32, Caracas, julio-diciembre 2008, pp. 203-226.
- Rodríguez Molas, Ricardo. 1957. *Luis Pérez y la biografía de Rosas escrita en verso en 1830*, Buenos Aires, Clio.
- . 1994 [1968]. *Historia social del gaucho*, Buenos Aires, CEAL.
- Rodríguez Monegal, Emir. 1969. *El otro Andrés Bello*, Caracas, Monte Ávila.
- Rodríguez Pérsico, Adriana. 1993. *Un huracán llamado progreso. Utopía y autobiografía en Sarmiento y Alberdi*, Washington, OEA, Interamer.
- Rojas, Ricardo. 1948a. *Los gauchescos*, II, Vol. 2; *Los proscritos*, I y II, Vols. 5 y 6; *Los modernos*, II, Vol. 8, en: *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Losada.
- . 1948b. *El profeta de la pampa*, 2° ed., Buenos Aires, Losada.
- Roldán, Darío. 2003. "La cuestión de la representación en el origen de la política moderna. Una perspectiva comparada (1770-1830)", en: Sabato, Hilda y Lettieri, Alberto (comps.). 2003, 25-43.
- Román-Lagunas, Jorge. 1980. "Bibliografía anotada de y sobre Alberto Blest Gana", en: *Revista Iberoamericana*, Vol. XLVI, julio-diciembre, Núms. 112-113.

- Romano, Eduardo. 1983. *Sobre poesía popular argentina*, Buenos Aires, CEAL.
- .1991. *El nativismo como ideología en el "Santos Vega" de Rafael Obligado*, Buenos Aires, Biblos.
- Romano, Eduardo. 1994. "Originalidad americana de la poesía gauchesca: su vinculación con los caudillos federales rioplatenses", en: Pizarro, Ana (org.). 1994: 129-149.
- Romano, Eduardo. 2007. *Revolución en la lectura. El discurso periodístico de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos.
- Romera, Antonio R. 1951. *Historia de la pintura chilena*, Santiago, Editorial del Pacífico.
- Romero, José Luis. 1976. *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Romero, J. L. y Romero, L. A. 1977. *Pensamiento político de la emancipación*, 2 volúmenes, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Rosa, Nicolás. 2004. "El oro del linaje", en: *El arte del olvido y tres ensayos sobre mujeres*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- . 1987. "Los discursos de la crítica", en: *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, Cuadernos de Extensión Universitaria, N° 15, pp. 19-77.
- . 1999. "Hipótesis sobre la relación entre la historia y la literatura argentina", en: Rosa, Nicolás (ed.). *Políticas de la crítica. Historia de la crítica en literatura argentina*, Buenos Aires, Biblos.
- Rossel, Milton. 1942. "Un crítico de nuestro amanecer literario: Joaquín Blest Gana", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIX, Vol. LXVIII, N° 203, mayo de 1942, pp. 202-213.
- . 1965. "Presencia de Andrés Bello en el centenario de su muerte", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XLII, Tomo CLX, N° 410, octubre-diciembre de 1965, pp. 5-9.
- Rotker, Susana. 1992. *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena.
- Sabato, Hilda 1998. *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Sabato, Hilda y Lettieri, Alberto (comps.). 2003. *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, FCE.
- Sabella, Andrés. 1942. "Poesía de Chile en 1842", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIX, Vol. LXVIII, N° 203, mayo de 1942, pp. 326-346.
- Sacks, Norman P. 1988. "Lastarria y Sarmiento: el chileno y el argentino achilenado", en: *Revista Iberoamericana*, N° 243, pp. 491-512.
- Said, Edward W. 1990. *Orientalismo*, Madrid, Libertarias.

- Salazar, Gabriel. 2005. *Construcción de Estado en Chile (1800-1837)*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana.
- Salto, Graciela. 2007. "Entre Bogotá y Buenos Aires: debates sobre los usos literarios de la lengua popular", en Chicote, G. y M. Dalmaroni (eds.), *El vendaval de lo nuevo*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 23-46.
- Sánchez Prado, Ignacio M. (ed.). 2006. *América Latina en la "literatura mundial"*, Pittsburgh, ILLI-Univ. de Pittsburgh, Biblioteca de América.
- Santa Cruz, Eduardo. 1988. *Análisis histórico del periodismo chileno*, Santiago de Chile, Nuestra América Ediciones.
- Santana, Francisco. 1942. "Hombres de 1842", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIX, Vol. LXVIII, N° 203, mayo de 1942, pp. 290-325.
- Sazbón, José. 2002a. "Facundo: la vida de los signos", en: *Historia y representación*, Buenos Aires, U. N. Q.
- . 2002b. "La representación de la historia en *Facundo*", en: *Historia y representación*, Buenos Aires, U. N. Q.
- Scavino, Dardo F. 1992. *Barcos sobre la pampa. Las formas de la guerra en Sarmiento*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.
- Schvartzman, Julio. 1996. *Microcrítica. Lecturas argentinas (cuestiones de detalle)*, Buenos Aires, Biblos.
- . 2003a. "¿Polémica o guerra? Echeverría, De Ángelis y los viejos unitarios", en: *Boletín/ 11 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, Rosario, diciembre de 2003.
- (dir.). 2003b. *La lucha de los lenguajes*, en: Jitrik, N. (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*, volumen 2, Buenos Aires, Emecé.
- Serrano, Sol. 1994. *Universidad y Nación. Chile en el siglo XIX*, Santiago, Editorial Universitaria.
- . 1996. "Emigrados argentinos en Chile (1840-1855)", en: Esther Edwards (comp.). *Nueva mirada a la historia*, Santiago de Chile, pp. 107-126.
- . 2008. *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)*, Santiago de Chile, FCE.
- Silva, Renán. 1998. "Prácticas de lectura, ámbitos privados y formación de un espacio público moderno. Nueva Granada a fines del Antiguo Régimen", en: Guerra, François-Xavier, Annick Lempérière et al. 1998: 80-106.
- Silva Castro, Raúl. 1941. *Alberto Blest Gana (1830-1920). Estudio biográfico y crítico (obra premiada por la Universidad de Chile)*, Santiago, Imprenta Universitaria.

- . 1958. *Prensa y periodismo en Chile, 1812-1956*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile.
- . 1960. "Blest Gana y su novela *La aritmética del amor*", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XXXVII, Tomo CXXXIX, N° 389, julio-septiembre de 1960, pp. 27-47.
- . 1961. *Panorama literario de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria.
- . 1964. *Eusebio Lillo, 1826-1910*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- . 1965. *Don Andrés Bello, 1781-1865*, Santiago, Editorial Andrés Bello.
- . 1969. *La Literatura Crítica de Chile*, Santiago de Chile, Andrés Bello.
- . 1973. "Andrés Bello en el periodismo", en: Ávila Martel *et al.* 1973: 220-233.
- Silvestri, Graciela. 2005. "Errante en torno de los objetos *miro*. Relaciones entre artes y ciencias de descripción territorial en el siglo XIX rioplatense", en: Batticuore, G., Klaus, G., y Myers, J. 2005: 225-243.
- Skinner, Quentin. 2007. *Lenguaje, política e historia*, prólogo de Eduardo Rinesi, trad. de Cristina Fangmann, Bernal, Universidad de Quilmes.
- Soler Cañas, Luis. 1958. *Negros, gauchos y compadres en el Cancionero de la Federación*, Buenos Aires, Theoria.
- Sommer, Doris. 1990. "Irresistible romance: the foundational fictions of Latin America", en: Bhabha 1990: pp. 71-98.
- . 1999. "The places of History: Regionalism Revisited in Latin America", en: *The Places of History*, Durham and London, Duke University Press, pp. 1-10.
- . 2004. *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales en América Latina*, trad. de José L. Urbina y Ángela Pérez, Bogotá, FCE.
- Sorensen Goodrich, Diana. 1988. "Facundo y los riesgos de la ficción", en: *Revista Iberoamericana*, Número Especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Vol. LIV, Núm. 143, abril-junio, pp. 573-583.
- Sorensen, Diana. 1998. *El Facundo y la construcción de la cultura argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Starobinski, Jean. 1957. *Jean-Jacques Rousseau. La transparence et l'obstacle*, París, Librairie Plon.
- . 1998. "¿Es posible definir el ensayo?", en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 575, mayo (traducción de Blas Matamoros), pp. 31-40.
- . 1999. "La palabra *civilización*", en: *Prismas, Revista de historia intelectual*, 3, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 9-36.

- Stuardo Ortiz, Carlos. 1950. *El liceo de Chile, 1828-1831. Antecedentes para su historia*, Santiago, Imprenta Universitaria.
- Stuven, Ana María. 1997. "Una aproximación hacia la cultura política de las elites chilenas: concepto y valoración del orden social, 1830-1860", *Revista Estudios Públicos*, n. 66, otoño, pp. 259-311.
- . 2000. *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile.
- . 2004. "Ser y deber ser femenino: *La Revista Católica*, 1843-1874", en Alonso, P. (comp.). 2004: 243-271.
- . 2008. "El exilio de la intelectualidad argentina: polémica y construcción de la esfera pública chilena (1840-1850)" en: Altamirano, C. (dir.) y J. Myers (ed.), 2008: 412-440.
- Subercaseaux, Bernardo. 1981. *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX (Lastarria, ideología y literatura)*, Santiago, Aconcagua.
- . 1991. *Historia, literatura y sociedad: ensayo de hermenéutica cultural*, Santiago de Chile, Documentos
- . 1993. *Historia del libro en Chile (Alma y Cuerpo)*, Santiago de Chile, Andrés Bello.
- . 1997. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Vol. II: *Fin de siglo. La época de Balmaceda*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Svampa, Maristella. 1994. *El Dilema Argentino. Civilización o Barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.
- Terán, Oscar. 1987. *Positivismo y nación en la Argentina*, con una selección de textos de J. M. Ramos Mejía, A. Alvarez, C. O. Bunge y J. Ingenieros, Buenos Aires, Puntosur Editores.
- Ternavasio, Marcela. 2003. "La visibilidad del consenso. Representaciones en torno al sufragio en la primera mitad del siglo XIX", en: Sábato y Lettieri (comps.). 2003: 57-73.
- Todorov, Tzvetan. 1991. *Nosotros y los otros*, México, Siglo XXI.
- Triviños, Gilberto. 1996. "El mito del tiempo de los héroes en Valdivia, Vivar y Ercilla", *Revista de Literatura Chilena*, N° 49, nov. 1996, pp. 5-26.
- Valdés A. X. 1950. "El asalto a la Sociedad de la igualdad en 1850", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 116, 1950, pp. 195-237.
- Varona, Alberto J. 1973. *Francisco Bilbao. Revolucionario de América*, Buenos Aires, Ediciones Excelsior.

- Vega, Miguel A. 1942. "Visión panorámica del movimiento literario del 42", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XIX, Vol. LXVIII, N° 203, mayo de 1942, pp. 233-239.
- Véliz, Claudio. 1996. "Simetrías y divergencias en la historia de Argentina y Chile", *Estudios públicos*, N° 63, Santiago de Chile, 1996, pp. 393-403.
- Verdevoeye, Paul. 1988. *Domingo Faustino Sarmiento. Educar y escribir opinando (1839-1852)*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- . 1994. *Costumbres y costumbrismo en la prensa periódica argentina desde 1801 hasta 1834*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires.
- Vicuña, Manuel. 2001. *La belle époque chilena: alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*, Santiago de Chile, Editorial Sudamericana.
- Villalobos, Sergio et al. 1992 [1974]. *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Villalobos, Sergio. 1987. *Origen y ascenso de la burguesía chilena*, Santiago, Editorial Universitaria.
- . 1994. "El papel histórico del Estado", en: Góngora, 1994 [1981]: 330-342.
- Viñas, David. 1971. *De Sarmiento a Cortázar, Literatura argentina y Realidad política*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XX, pp 9-80.
- . 1995. *Literatura Argentina y Política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- VV.AA. 1942. *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Año XIX, Vol. LXVIII, N° 203, número especial, Universidad de Concepción.
- VV.AA. 1988. *Actas Internacionales Domingo Faustino Sarmiento*, Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del COMAHUE.
- Wasserman, Fabio. 1997. "La Generación de 1837 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, Tercera Serie, N° 15, 1er semestre de 1997, pp. 7-34.
- Watt, Ian. 1968. *The Rise of the Novel. Studies in Defoe, Richardson and Fielding*, London, Penguin Books Ltd.
- Weinberg, Félix. 1970. *Juan Gualberto Godoy: literatura y política. Poesía popular y poesía gauchesca*, Bs. As, Solar/Hachette.
- . 1977. *El Salón Literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette.
- . 2006. *Esteban Echeverría. Ideólogo de la segunda revolución*, Buenos Aires, Taurus.

- Wellek, René. 1972. *Historia de la crítica moderna (1750-1950)*, tomos I-III, trad. de J. C. Cayol de Bethencourt, Madrid, Gredos.
- White, Hayden. 1992. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Buenos Aires, Paidós.
- . 1992. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE.
- . 2003. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Paidós.
- Williams, Raymond. 1980. *Marxismo y literatura*, Barcelona, Ediciones Península.
- .1982. *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*, Barcelona, Paidós.
- . 2001. *El campo y la ciudad*, Bs. As., Paidós.
- Wittmann, Reinhard. 1998. "¿Hubo una revolución de la lectura a finales del siglo XVIII?", en Cavallo y Chartier (dirs.). 1998: 437-472.
- Woll, Allen. 1982. *A Functional Past. The uses of History in Nineteenth-Century Chile*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.
- Zamudio, José. 1960. "Novela histórica y romanticismo en Chile", *Atenea. Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes*, Univ. de Concepción, Año XXXVII, Tomo CXXXIX, N° 389, julio-septiembre de 1960, pp. 255-259.
- Zanetti, Susana (dir.). 1980-1986. *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Zanetti, Susana. 1994. "Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)", en: Pizarro (org.) 1994: 491-534.
- . 2002. *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- (coord.). 2004. *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires (1892-1916)*, Buenos Aires, Eudeba.
- Zinny, Antonio. 1878. *Juan María Gutiérrez. Su vida y sus escritos*, Buenos Aires, Imprenta y Librerías de Mayo.

Nota preliminar

El anexo con que acompañamos nuestro trabajo consiste de una recopilación de textos publicados en periódicos rioplatenses y chilenos entre los años 1828 y 1864. El volumen de semejante empresa fue deliberadamente limitado por la construcción de nuestro propio objeto de estudio. En toda colección, por lo demás, rigen criterios de selección que nunca alcanzan a justificarse plenamente. En nuestro caso, primaron criterios si no antagónicos al menos diversos. Por un lado, elegimos aquellos textos que, o por sus características literarias, o por su incidencia discursivo-contextual, resultaron insoslayables a la hora de pensar el corpus de nuestra tesis. Pero, por el otro, fuimos hallando mucho material aún desconocido y que merece una cuidada edición aunque, por supuesto, los límites de este trabajo hayan terminado por imponer las necesidades de un recorte. Por otra parte, existen documentos que por su relevancia no pueden pasarse por alto. Por lo tanto, hemos decidido incorporar textos que aun habiendo tenido una reedición –ya sea en forma facsimilar, ya en reproducciones previas– no son de fácil acceso.

Tal es el caso de los textos de *La Moda* o *El iniciador* que si bien circulan en ediciones facsimilares, aún no suelen hallarse en todas las bibliotecas. Por la misma razón, decidimos incorporar los ensayos sobre “Literatura nacional” que publicó Juan Cruz Varela en *El Tiempo*, recogidos previamente por la pionera labor de Félix Weinberg. En su última producción, Weinberg publicó un estudio de Echeverría con un apéndice voluminoso de textos de la época. La noticia nos llegó cuando esta investigación se encontraba muy avanzada. Esta razón, sumada al carácter verdaderamente epistémico de los textos respecto de nuestras hipótesis, nos convenció de su necesaria inclusión en el corpus.

Hemos dividido los textos de nuestro anexo en tres categorías. Por un lado, aquellos que se colocan en estrecha relación con el objeto “literatura” o, para ser precisos, con las modalidades que asumió lo que llamamos literatura en la primera mitad del siglo XIX, a los que hemos agrupado bajo la denominación de “Textos de literatura y

comentarios críticos”. En segundo lugar, hemos reunido un corpus de reseñas, ensayos y comentarios sobre el teatro y el arte dramático. Por último, bajo el título poco halagador de “documentos” ofrecemos aquellos textos ligados a sucesos o eventos históricos de cierta relevancia, como es el caso de la fundación en Chile de la Sociedad de Amigos de la Ilustración.

Hasta donde nos fue posible realizamos un trabajo de edición: modernizamos la ortografía y repusimos topónimos siempre que los cambios no implicaran una alteración o aplanación de peculiaridades de época. Cuando lo creímos conveniente, colocamos [sic] para salvar esa distancia.

Por último, cabe advertir que en algunos de los textos, dada su extensión o su precariedad material, hemos tenido que hacer recortes o selecciones. Cuando esto sucede lo señalamos mediante tres puntos encerrados entre corchetes ([...]). Cuando una palabra o fragmento textual era irrecuperable colocamos también entre corchetes el término “ilegible”. Asimismo, se consigna [pág.] y [col.] cuando corresponde un cambio de página o de columna en el periódico.

TEXTOS DE LITERATURA Y COMENTARIOS CRÍTICOS

[Ensayo de Juan Cruz Varela sobre literatura nacional, en *El Tiempo. Diario político, literario y mercantil*, Buenos Aires, junio-julio 1828].

“Literatura nacional” (primera entrega), *El Tiempo*, N°36, 14 de junio de 1828, pág. 2, cols. 1-3, pág. 3, col. 1.

Extraño parecerá este título. ¿Qué podremos comprender bajo él? Propiamente hablando, no puede decirse que tenemos una literatura nacional; lo que en este ramo de ilustración hemos adelantado está reducido a algunos trozos sueltos, de diferentes géneros, de un número reducido de autores, muchos de ellos cargados de defectos, bastante que pueden llamarse buenos, y muy pocos que merezcan el nombre de perfectos. Estas fracciones diseminadas todavía no han formado, ni están en estado de formar, un todo que se pueda llamar literatura del país, y ni siquiera tenemos un pequeño repertorio de ella; porque la Lira Argentina, publicada en París en 1824, es una mezcla confusa de lo bueno, de lo malo, y de lo detestable que tenemos en poesía. Hay más: mucho tiempo pasará, antes de que hayamos formado nuestra literatura; porque la mayor parte de los obstáculos que hay que superar son hábitos nacionales, cuyas profundas raíces no serán fácil arrancar en muchos años.

Pero esta época ha de llegar, y, para acercarla, es menester empezar indicando los caminos que deban conducirnos al término que deseamos, los escollos en que han tropezado los que han emprendido esta carrera, y, finalmente, las mejoras a que debemos aspirar. Este será el objeto de nuestros artículos *literatura nacional*. Al indicar las causas del atraso en que se halla, entre nosotros, este ramo importante de los conocimientos humanos, manifestaremos los resortes que es preciso tocar para removerlas, y ponernos en estado de progresar. En seguida, nos contraeremos al examen de las principales producciones indígenas de esta especie; y aquí debemos advertir que sólo hablaremos de las obras, sin nombrar a sus autores, porque aun existen casi todos, y como muy a menudo tendremos que censurar, queremos evitarles, en cuanto sea posible, el que vean herido su amor propio. Finalmente, expondremos nuestro juicio sobre el carácter que debe tener la literatura, y sobre los objetos que debe llenar. No nos lisonjemos con la esperanza de desempeñar nuestro plan con perfección, pero estaremos satisfechos si conseguimos que se fije la atención sobre un punto tan importante, y abrimos el camino a genios más fecundos, y capaces de ilustrar en la materia.

[col. 2] En los nuevos estados americanos, todas las instituciones útiles se resienten de impotencia de la infancia. Ocupados, desde su nacimiento político, en

rechazar a sus opresores, con las armas en la mano, o en establecer en orden a cualquiera que afianzase su tranquilidad interior, y su seguridad exterior, no han podido distraer su atención a objetos, que, aunque de la mayor importancia, no urgía tan instantáneamente [pasa a col. 2] como aquellos. La legislación, el sistema de hacienda, la política interior, la educación pública, todas las instituciones, en una palabra, solo han recibido mejoras parciales y pequeñísimas, ocasionadas por las necesidades del momento, que era preciso satisfacer, o debidas al genio particular de algunos hombres, que se propusieron empezar a apartar los desmontes que embarazaban el campo que querían explotar. Esta causa general de atraso ha sido común también a la literatura, y nos contentamos con indicarla, porque está al alcance de todos, sin necesidad de analizarla. No sucede lo mismo con otras de que vamos a hablar.

Un eminente literato, de quien probablemente nos acordaremos más de una vez en nuestros artículos, dijo, hace poco, que el único resto precioso que conserva el nuevo mundo de la dominación española es la lengua, que sirve de vínculo común a las repúblicas que lo componen; y en verdad que este resto es precioso, porque la lengua en que hablamos nada tiene que envidiar a los demás idiomas vivos, ni por la sencillez de la construcción, ni por la armonía de los sonidos, ni por la energía con que expresa las ideas, y mucho menos por la abundancia de sus recursos. Pero este tesoro es, en nuestras manos, lo que son los metales preciosos, mezclados aun con las demás sustancias minerales, en manos de quien no sabe beneficiarlos. Nuestro idioma se presta a todo con la misma facilidad; a las inspiraciones del genio, como a los preceptos de la razón; al terror de la tragedia, como a la agudeza del epigrama; pero en nada sabemos emplearlo. No conociendo, ni su índole, ni la extensión de sus recursos, forzamos, a cada paso, sus construcciones, adulteramos su pureza, y ninguna ventaja sacamos de él. No se crea que, al decir nosotros, nos ceñimos únicamente a Buenos Aires: estos vicios son comunes a todos los nuevos estados, y acaso en Buenos Aires es donde más se ha hecho para reformarlos.

Pero los americanos nos somos responsables de este pecado original. Nuestros opresores nos legaron su idioma como los campos de que eran dueños; fecundísimo, pero inculto. En la península fue donde primero se corrompió. Desde Felipe 2 empezó la España a retrogradar a pasos largos: como era rica y fértil fue el objeto de las aspiraciones de varias potencias del continente: pero la Francia, sobre todo, ayudada hasta de su posición geográfica, logró influir poderosamente, no sólo en la suerte política de aquella nación infeliz, sino que también le dio sus costumbres, sus ideas, y hasta sus modas y caprichos; y el idioma fue lo primero que se resintió del contagio. Puesto a cada paso en tortura, fue perdiendo progresivamente se belleza primitiva, y esta fuente copiosa y cristalina se enturbió al fin con mil sustancias heterogéneas. El contagio debía pasar naturalmente a la América, cuyo estado de atraso, de nulidad, era muy propio para

propagarlo, sin que siquiera se advirtiese. Pero aun hay más: el deseo mismo de ilustrarnos ha contribuido al descuido con que miramos al idioma patrio. Desde que nacimos al mundo político, sentimos la necesidad de saber alguna cosa, y procuró [col. 3] cada individuo satisfacerla, ¿Pero en qué fuentes habíamos de beber los conocimientos que deseábamos adquirir? La España no podía suministrarlos libros originales, donde hallásemos consignados los principios de todas las ciencias: porque ella misma no los tenía. Sus hombres distinguidos (y a fe que los ha tenido, y los tiene en todo género) ignorados de la multitud, y viendo despreciados sus talentos, o se han perdido en la obscuridad de la vida privada, o han emigrado a otros países, donde les era preciso trabajar para satisfacer sus primeras necesidades, sin tener tiempo, por lo mismo, para desplegar sus talentos. ¿Dónde, pues, buscaríamos los americanos los maestros que necesitábamos? Indispensablemente en el vastísimo almacén de la Francia. Sus escritos han sido los primeros libros que hemos tomado en la mano, y en los que siempre hemos estudiado. Nadie puede desconocer esta verdad práctica. Véanse todas las bibliotecas particulares de Buenos Aires, y se hallará un prodigioso excedente de libros franceses sobre los españoles: véanse los libros que sirven de texto en nuestra universidad, y se reconocerá que casi todos son franceses.

¿Quién podrá desconocer que esta precisión de consultar diariamente los escritos extranjeros produce el descuido del idioma patrio, acostumbrándonos a mirarlo con indiferencia? ¿Y quién no advierte que la falta de conocimiento del idioma patrio es una causa potísima del atraso de la literatura? Destinada ella a enseñar deleitando, cómo se podrá alagar a la imaginación con un estilo incorrecto, duro, o chabacano? ¿Cómo es posible delinear grandes cuadros, hacer bellas descripciones, producir imágenes sublimes, si se ignora el idioma que ha de servir de intérprete a todas estas ideas? Es imposible escribir bien, si no se sabe antes pensar bien: pero también es difícil pensar bien si no se sabe escribir correctamente.

Es indispensable, pues, para que formemos una literatura nacional, empezar por conocer el idioma en que hablamos. Este conocimiento es el que ha de abrirnos el camino que deseamos. Las Repúblicas Americanas tienen en esta parte una ventaja inmensa sobre todas las naciones del viejo mundo. Desde el Cabo de Hornos hasta las orillas del Misisipi, es uno mismo el idioma en que se habla; y esto produce, a nuestro juicio, dos efectos muy importantes. Primero: la mayor facilidad de progresar, tanto en el conocimiento del idioma, como en la literatura, desde que simultáneamente nos empeñemos en ello; porque entre muchos millones de habitantes, serán numerosísimos los esfuerzos parciales que se hagan, y de este modo se conseguirá más fácilmente el resultado. Además, las producciones literarias de cada República, servirían recíprocamente de modelos originales, y se prestarán una mutua cooperación; si agregamos a estas consideraciones la de que el estímulo, causa fecunda de los progresos

en todo ramo, tiene una esfera muy dilatada, por la comunidad del idioma, será preciso convenir en la importancia de esta ventaja. El segundo efectos es, que, no teniendo por vecinos sino naciones que hablan una misma lengua, en ningún [pág. 3, col. 1] caso estamos expuestos al contagio de la fraseología extranjera; peligros cuyos efectos hemos manifestado con relación a la España. La concurrencia de extranjeros a nuestro territorio, no puede dañarnos a este respecto, pues, por numerosa que sea, nunca podrá, ni remotamente, [anular, superar] el número de los naturales.

A pesar de las ventajas que hemos indicado, no es obra de un momento la perfección en el conocimiento del idioma. A este respecto hay, como dijimos al principio, hábitos muy arraigados. En las tertulias, en las conversaciones más serias, en los escritos, en la tribuna, se cometen diariamente los errores más groseros. Prescindamos, por ahora, de la pronunciación, que es viciosísima en todas las [fases], y fijémonos en cosas más importantes. En la propiedad de las palabras, en la exactitud de las construcciones, se observa generalmente la mayor ignorancia del idioma; y es tan frecuente oír a un joven decir un cumplimiento a una señora, en una frase alambicada, cuyo sentido nadie entiende, como oír a un político pronunciar su opinión por medio de un pomposo barbarismo. De aquí nace necesariamente el descuido total en corregir a los niños, mientras dura su infancia: así es que llegan a la edad de empezar sus estudios sin saber hablar más que un dialecto confuso, en el que apenas se advierte el idioma español, y se desconocen enteramente sus sonidos.¹

Para desarraigar estos hábitos perniciosos, es preciso dedicarse con alguna contracción al estudio del idioma: fijar mucho la atención en la conversación de las personas que lo hablan bien, y familiarizarse con los buenos escritos españoles. La literatura, aunque pobre, no carece de modelos perfectos; pero es menester saberlos escoger. Felizmente los escritos en que el idioma español despliega todas sus galas, resalta tanto entre los que son producciones de almas mezquinas, e inteligencias limitadas, que una vez leídos, es imposible dejar de conocer su superioridad. Abramos *El Español*, del célebre Blanco White, repasemos los escritos de Jovellanos, leamos las odas de Quintana, empapémonos en la lectura de Melendez, consultemos los *Árabes*, el *No me olvides*, los varios escritos que conocemos de su ilustrado autor; y conoceremos la distancia a que nos hallamos de manejar nuestro idioma con perfección; conoceremos la infinita variedad de bellezas de que es susceptible, y no podremos menos que empeñarnos en sacar de él todo el partido posible. Repasemos después las comedias del inmortal Moratin, algunas de sus poesías sueltas, el prólogo y las notas de su traducción de Hamlet, y no nos contentemos con reír de sus ingeniosísimas agudezas: meditemos su estilo, los preceptos que envuelve cada frase, y nunca acabaremos de admirarnos de que

¹ Es generalísimo entre nosotros, pero [...] y principalmente los niños, el alargar las palabras finales de los imperativos, y aun el agregarles una letra, diciendo, v. gr. *tomá* por *toma*, *corré* por *corre*, *vení* por *ven*.

el [...ado] no esté inundado de obras clásicas españolas, con el recurso de un idioma como este, si no supiéramos cuanto influyeron los buenos o malos gobiernos sobre los progresos o atrasos de las naciones.

“Literatura nacional” (segunda entrega). *El Tiempo*, N° 44, 25 de junio de 1828, pág. 2, col. 3, pág. 3, cols. 1-3.

Hemos demostrado² que la causa principal del atraso de la literatura, y el obstáculo que más se opone a sus progresos, es la ignorancia del idioma patrio. Indicaremos ligeramente algunas otras, que, aunque menos poderosas, tienen una grande influencia en los progresos o atraso de este precioso ramo del saber humano.

La primera que se nos ofrece es el mayor o menor grado de perfección a que haya llegado, en un país, el arte inestable de imprimir. El amor propio es uno de los motivos más poderosos de nuestras acciones de todo género. Al deseo de gloria debemos quizá las más brillantes hazañas, los descubrimientos más importantes, las más acabadas producciones de las artes. Así pues, cuanto mas dilatada sea la esfera que ofrezca a los talentos de un escritor, cuantos más [pág. 3, col. 1] medios haya de propagar sus escritos, tanto mayores serán los estímulos que lo animen al trabajo; y su aplicación y su esmero crecerán a medida que se aumente el número de sus jueces. La imprenta es el único vehículo para comunicar las producciones del ingenio. Si su ejercicio es libre, si su perfección facilita la multiplicación de sus escritos, y no exige gastos considerables, indudablemente ganará la causa de la literatura. Pero la acción de este resorte poderoso es muy débil entre nosotros. Tendremos, si se quiere, libertad de escribir,³ pero el arte de imprimir está tan poco adelantado en su ejecución, es tanto lo que cuesta la impresión de un pliego de papel, que son pocos los que pueden procurarse los medios de publicar sus ideas. Muchos serán, sin duda, los proyectos formados para escribir periódicos, y abandonados por aquellos motivos. ¿Y quién no sabe cuánto contribuyen los periódicos a la ilustración de un país? ¡Cuántos talentos fecundos se habrán esterilizado por esta causa! Entretanto, es indudable que, si el filósofo que medita en su gabinete, el orador que discute en la tribuna grandes intereses nacionales, el que trabaja en reunir datos para escribir las historia, y el poeta que ejercita su imaginación, copiando la naturaleza, tuviesen la facilidad de dar al público sus producciones, en el momento de acabadas, el gusto se formaría; el deseo de obtener la estimación general haría nacer esa noble emulación de que resultan siempre las mejoras de toda clase, y la mayor *demanda* de ese

² Véase el número 36 del *Tiempo*.

³ Puede ser que no sea una injusticia el agregar a las numerosas objeciones que se han hecho a nuestra nueva ley de imprenta, la de que es un obstáculo a los progresos de la literatura.

género, si así podemos explicarnos, aumentaría su *cantidad ofrecida* como sucede con todos los demás.

Indicaremos, por último, otra causa de atraso, que, aunque remota, no por eso tiene una acción menos cierta. Sea por carácter nacional, sea por las convulsiones que han agitado hasta ahora a nuestro país, sea porque las riquezas no han estado muy repartidas, o por otro motivo cualquiera; lo cierto es que, en nuestros paisanos, es muy poco común la costumbre de viajar lejos de su suelo natal, y menos la de atravesar el Atlántico. Los viajes, sin embargo, contribuyen poderosamente a la ilustración de los hombres. Todo lo que los libros contienen sobre los diversos pueblos del mundo, sobre sus costumbres, sus leyes, su civilización, sus monumentos, su industria, su fertilidad, sus bellezas naturales, &c., nunca podrán producir, en el hombre que los estudia, el mismo efecto que si él se hallase en estos pueblos, y examinase por sí mismo todos aquellos objetos. Pues que ¿será lo mismo leer que la Inglaterra es el país más industrial del universo, y donde el comercio ha llegado a su último grado, que presenciar ese rápido desarrollo de la industria, ver florecer los campos más ingratos bajo la mano activa y laboriosa del isleño, hallarse envuelto en ese gran movimiento comercial que atrae los tesoros de todo el mundo, para enviar a todo el mundo productos de la isla? ¿Sentiremos el mismo efecto al ver escrito que la falta de libertad y los vicios del gobierno [col. 2] producen el atraso de la industria y traban los progresos de las ciencias, que al presenciar la desnudez del suelo fertilísimo de España, al ver los ciudadanos temblando al nombre del opresor, al advertir desiertos los talles, y al lamentar la esclavitud en que yace la alta inteligencia de los hijos de la desgraciada península? Ciertamente que no. Hallándose en el teatro de los sucesos, el historiador podrá referir con más propiedad lo que ha visto que lo que ha leído; el político podrá meditar mejor y hacer aplicaciones más exactas de las instituciones que ha palpado, y cuyos efectos conoce prácticamente: el filósofo, el poeta, todos, en una palabra, sacarán más ventajas de lo que ven que de lo que oyen, y este estudio práctico será, sin duda, favorable a todos los conocimientos humanos, y a la literatura, como uno de ellos. ¿Y no podremos decir con razón que esa tendencia a no salir del país influye en el atraso de la nuestra? Creemos que sí, aunque remotamente, como antes lo hemos dicho.

Contraigámonos ya un poco más, y veamos cuál ha sido el resultado de nuestras tentativas en el cultivo de la literatura. El deseo de aprender fue siempre uno de los caracteres distintivos de nuestro país; y permítasenos un sentimiento de vanidad, al decir que en Buenos Aires se han educado los hombres todos que más han ilustrado a Buenos Aires desde la época de nuestra emancipación. Sus esfuerzos han debido ser más que comunes, destituidos, como lo estaban, de los numerosos auxilios que encuentra la educación en las grandes capitales de la Europa. Pero desde que descansamos de las fatigas de la guerra, desde que logramos alguna tranquilidad interior, , los hijos de este

país se dedicaron, con más empeño que nunca, al cultivo precioso de la inteligencia, y desde entonces también han visto la luz pública las producciones de algunos ingenios particulares.

La literatura periódica dio algunos pasos firmes desde al año 21 hasta el 24 en que varias sociedades de hombres ilustrados se propusieron comunicar a sus conciudadanos los frutos de sus meditaciones. *La Abaje Argentina*, que publicaba mensualmente la Sociedad literaria merece sin disputa un lugar distinguido en la biblioteca de un hombre de gusto. Su objeto era ilustrar al pueblo sobre materias científicas, artísticas y literarias; y sus autores llenaron dignamente su objeto. Después de disuelta aquella sociedad, se han hecho algunas otras tentativas de este género, pero con poca constancia de parte de sus autores. Hay más de un motivo para sentir este abandono. La literatura periódica contribuye del modo más activo a formar el gusto en estas materias: insensiblemente nos acostumbramos a leer cada mañana uno o dos pliegos de papel; y esta costumbre llega muy pronto a ser una necesidad, que es preciso satisfacer. Así se va adquiriendo poco a poco la afición a la lectura, y la curiosidad de profundizar las materias tratadas ligeramente en los periódicos. Como todos los leen a la vez, nada es más natural que el hablar sobre lo que se ha leído, luego que algunos hombres se reúnen: la discusión empieza; su interés ocupa progresivamente; nacen [col. 3] dudas; es menester consultar autores capaces de decidir la cuestión; y de todo esto resulta la ilustración de la materia. Pero, desde aquella época, esta fuente benéfica, destinada a satisfacer al pueblo su sed de conocimientos, se ha enturbiado considerablemente, por no decir que se ha cegado. *El Conciliador* publicado en mayo de 1827, hubiera producido los mejores resultados, si su vida hubiera sido más larga. Por lo demás, los periódicos todos se han alistado bajo banderas de algún partido político, y han defendido su causa con ardor fanático, semejante a los de las guerras de religión. La imprenta se ha hecho la arena donde se han dado grandes batallas: y la intolerancia y el encarnizamiento de las opiniones políticas, que nada perdonan, o respetan muy poco, no es ciertamente el mejor medio de ilustrar. En este vasto campo de batalla apenas podremos señalar la *Crónica política y literaria de Buenos Aires*, como el único campeón que se mantuvo firme en su puesto, y que solo visitó la armadura para defenderse, abandonando después el campo con honor.

“Literatura Nacional” (tercera entrega). *El Tiempo*, N° 49, 1 de julio de 1828, pág. 2, cols. 1-2, pág. 3, cols. 1-2.

Hablemos ahora sobre el cultivo de la elocuencia en nuestro país. Este ramo de literatura es de la mayor importancia y merece una atención muy especial, sobre todo en las naciones que gozan de los beneficios de la libertad y del sistema representativo. ¡Qué ejemplo tan noble el de las facultades intelectuales del hombre, cuando las ejerce

discutiendo en la tribuna los grandes intereses nacionales, sosteniendo la dignidad y los derechos de sus conciudadanos, reprimiendo los avances del poder, protegiendo en el foro la inocencia, y destruyendo con el poder luminoso de la verdad las tenebrosas maquinaciones de la intriga! ¡Qué ministerio tan digno de la inteligencia humana, el de instruir al pueblo, desde el púlpito, en los principios de la sana moral, en los deberes religiosos del hombre en sociedad, y en las puras y suaves doctrinas del evangelio! Con razón ha merecido la Oratoria, en todo tiempo, las mayores consideraciones. En la Grecia y en Roma se la miraba como una parte esencial a la buena educación, y a su ejercicio deben, casi exclusivamente, Demóstenes y Cicerón una celebridad, que quizá durará tanto como el mundo.

La libertad civil y política contribuye poderosamente a los progresos de la elocuencia; y esto tiene, en parte, adelantado a las repúblicas Americanas. El hombre que goza de una libertad perfecta, siente toda su dignidad, se forma una idea elevada de sí mismo, se cree capaz de grandes investigaciones, de sorprender los misterios de la naturaleza, se lanza con orgullo en esta carrera, y expresa con energía y precisión las concepciones de su inteligencia. No es esta una idea bella, propia de la fantasía de un poeta: nosotros la creemos una verdad innegable. ¿Qué cosa grande y noble puede producir la imaginación de un esclavo miserable, que despliega los labios temblando, o para adular a su Señor, o para anunciar sus voluntades? ¿Cómo puede atreverse a investigar su propia naturaleza, y la de todos los objetos que lo rodean, un ser degradado, que consiente en su degradación, y que se cree destinado a servicio? No: entonces verdaderamente está la inteligencia aprisionada.

Es estrecho recinto, en que se opaca
El numen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca⁴

Pero aunque tengamos en nuestro favor la ventaja que acabamos de indicar, su influjo se halla muy debilitado por las causas que hemos desenvuelto en nuestros anteriores artículos, y principalmente por la ignorancia del idioma; pues el idioma es la materia de que se forma la elocuencia. Así es que este arte precioso está tan atrasado en nuestro país. Pocos, muy pocos, son los oradores que tenemos: a nadie ofendemos en decirlo, y nadie debe darse por ofendido. En todas las naciones que hablan nuestra lengua, inclusa la España, está perdida enteramente la elocuencia: ¿Qué extraño será que lo esté entre nosotros? Muchos creen que esta es un don natural; pero nosotros pensamos que la naturaleza podrá, cuando mucho, dotar a los individuos de más o menos capacidad para aprender; mientras la elocuencia es un arte difícilísimo, en que no es

⁴ Quintana, Od. A Españ. Desp. De la revol. De Marzo

posible perfeccionarse, sino a fuerza de estudio, de meditación y de un trabajo constante. Para ser buen orador es indispensable conocer a fondo el corazón del hombre, es preciso, en una palabra, ser humanista y moralista consumado. Contentándonos con indicar esta verdad, pasaremos a considerar, con relación a nuestro país, los tres géneros de elocuencia generalmente conocidos.

1°. Elocuencia de la tribuna.

Podemos decir que en el año 21 recién se estableció en Buenos Aires un cuerpo deliberante; y por consiguiente hemos tenido muy poco tiempo de versarnos en este género de elocuencia. En nuestra tribuna hemos oído millares de veces resonar frases hinchadas, huecas y anfibológicas, prodigar a manos llenas los [pág. 3, col. 1] galicismos, cometer muy a menudo faltas imperdonables de gramática, emplear un estilo poco digno, ramplón y a veces indecoroso, quebrantar en fin, los preceptos todos de la oratoria. Repetimos que nadie debe ofenderse de esto, porque nadie duda de que es verdad lo que decimos. Este género de elocuencia es el más difícil, a nuestro juicio, y exige requisitos que le son peculiares. No hay un acto más augusto, más solemne que la discusión de una ley; todo debe corresponder, en ella, a la dignidad del objeto; todo debe ser noble, y majestuoso; todo debe respirar un profundo respeto al cuerpo soberano de la nación. ¿Pero ha sido así entre nosotros? ¿No es verdad que el furor de los partidos, y aun en los sentimientos personales se han desplegado siempre en la tribuna, y profanado aquel augusto recinto? ¿Y cómo puede ser un buen orador el que va dispuesto, no a procurar el esclarecimiento de la verdad no el triunfo de la razón, sino el abatimiento de un partido y la elevación de otro? ¿Qué dignidad, qué decoro puede conservar un hombre, que, olvidando el alto puesto que ocupa y los grandes intereses que se le han confiado, se desata en personalidades, y cita, como argumentos contra una medida, los defectos y debilidades de los que la sostienen? ¿Una sátira amarga, un dicharacho punzante puede jamás pertenecer al idioma sagrado de los legisladores de un pueblo?

Es verdad que todo esto es un efecto lastimoso de nuestras tempestades políticas, y de nuestra infancia en la representación nacional. Si en las cámaras de Inglaterra se oyese una personalidad, una palabra descompuesta, la opinión pública se sublevaría, la miraría como un escándalo, y el que la hubiese proferido necesitaría mucho valor para volver a pedir la palabra. Pero allí las costumbres están formadas; la opinión es el juez supremo a quien todos se sujetan, y cuyo beneplácito solicitan todos a fuerza de estudio, de dignidad, y de racionios. Nosotros nada de eso tenemos: no sabemos contener los impulsos de nuestro carácter, naturalmente vivo e inflamable. De aquí resulta que nada es más frecuente que el que un orador sea interrumpido en medio de su discurso, por una réplica inoportuna e impolítica; que las discusiones sean diálogos de medias palabras que no permiten desplegar razones ni desenvolver las ideas del orador, obligando a defenderse instantáneamente de ataques parciales y sucesivos. Necesitamos aprender a

oír, porque todavía no lo sabemos. Cuando un orador tiene la palabra, es falta de crianza que el otro representante, o la Barra, lo interrumpa; en ninguna parte debe respetarse más la opinión que en un cuerpo deliberante. Por eso es que nosotros pensamos que un buen reglamento de debates contribuirá poderosamente a los progresos de la elocuencia parlamentaria. Ciérrase enteramente la puerta a las personalidades; hágase que los representantes respeten la autoridad del presidente, que a él solo le dirijan siempre la palabra, como en los Estados Unidos; que ni siquiera repliquen, cuando aquel los llame al orden; que respeten la opinión de los toros, sin interrumpirlos jamás; que el pueblo sea un espectador [col. 2] impasible de todos los debates; y entonces tendremos una dignidad en nuestros cuerpos deliberantes, las discusiones serán luminosas, los representantes tendrán la tranquilidad e independencia necesarias para desplegar enteramente sus talentos, para presentar sus razones en todos los aspectos que quieran, y de todo esto resultará el descubrimiento de la verdad, el acierto en las medidas legislativas, y la perfección y brillantes de los discursos. Facilítese además, cuanto sea posible, la pronta publicación de los diarios de sesiones, hágase circula rápidamente por todas partes los discursos pronunciados en la tribuna; y los individuos que la ocupen se verán precisados a aplicarse al estudio, a meditar los grandes modelos de todo género , a aprender su idioma en los autores clásicos, porque nadie querrá exponerse a parecer en público delirante en política, cometiendo errores crasos en historia o en geografía, y usando un lenguaje desaliñado y mestizo.

“Literatura nacional” (cuarta entrega). *El Tiempo*, N° 51, 3 de julio de 1828, pág. 3, cols. 1-3, pág. 4, col. 1.

En el número anterior hablamos del estado de la elocuencia en nuestros cuerpos legislativos, indicamos algunas causas particulares de su atraso, y algunos medios de promover su mejora; bien entendido, que el principal y más indispensable es el estudio y la aplicación más constante, sin lo que nada puede conseguirse en este ramo. Siguiendo el plan que nos hemos propuesta, hablaremos ahora.

2°. De la elocuencia en el foro.

Esta no existe absolutamente entre nosotros. Tenemos algunos abogados que saben perfectamente su profesión; pero la [col. 2] saben del único modo que es posible saberla en los países donde rige la jurisprudencia española; es decir, conocen a fondo las leyes, saben interpretarlas rectamente y aplicarlas con exactitud a los casos particulares. Pero sus escritos, sus discursos no son, ni pueden ser, trozos de elocuencia (hablamos siempre de la generalidad). Que no lo son, está demostrado con abrir cualquier proceso y leer los escritos que contiene, con asistir al tribunal de justicia y oír los discursos de los

abogados. En todos reina un estilo árido y cansado, desnudo de elegancia, de gracia y de fluidez. Que no pueden serlo, es lo que vamos a demostrar.

El motivo más poderoso es el modo con que ha sido preciso hasta hoy estudiar la jurisprudencia. Sin un plan de enseñanza fijo y sencillo, sin un curso elemental de derecho, que reúna clara y metódicamente sus principios, llevando al estudiante por un camino seguro; sin un cuerpo de leyes en que estén consignadas con precisión las disposiciones vigentes; un joven se lanza en una carrera espinosísima, sembrada, a cada paso, de obstáculos casi insuperables, en un laberinto obscuro e intrincado donde es imposible saber el rumbo que debe seguirse; y de aquí resulta necesariamente el desaliento, y el descuido de la elocuencia, incompatible con la fastidiosa aridez de que el estudio. Nuestra legislación civil y penal es un conjunto de disposiciones diseminadas en diversos códigos, dictadas por necesidades concurrentes, sin relación las unas a las otras, derogadas estas por aquellas; es, en una palabra, un caos lleno de contradicciones; y, como alguno ha dicho,

... Rudis indigestaque moles;

Frigida ubi pugnant calidis, humentia siccis,

Mollia cum duris, sine pondere habentia pondus.

Agréguese a esto el idioma en que están escritas la mayor parte de nuestras leyes, el escuadrón de autos acordados, de ordenanzas, de reales cédulas, de pragmáticas, que rigen, sin registrarse en los códigos; la falange de comentadores que un estudiante se ve obligado a consultar; y véase si basta la vida de un hombre para la operación de alambicar toda esta multitud de escritos, y sacar la sustancia pura que se desea; dígasenos si el joven, que se ve obligado a hacer este estudio, puede tener tiempo para cultivar su estilo sacando partido de las bellezas del idioma, para enriquecer su imaginación con los conocimientos necesarios a un buen orador; si la naturaleza misma de la materia sobre que discurre no le impide adoptar un estilo pulido, fácil y gracioso, trazar el plan ordenado de un discurso, y desenvolverlo con elegancia y brillantez. No se crea por esto que queremos patrocinar un vicio, diametralmente opuesto a la aridez, que es muy frecuente en el foro. Algunos jurisconsultos, queriendo huir de esta, han adoptado un estilo declamatorio y pomposo, formando discursos compuestos de sonidos sin significación, y descubriendo el secreto de no decir nada en muchas palabras, cuando hasta ahora era un mérito el decir mucho en pocas. Nosotros juzgamos que este extremo es más perjudicial que el otro, porque pone más [col. 3] trabas al descubrimiento de la verdad, y a la ilustración de la materia. Creemos que la arma que más conviene usar en el foro es la lógica, una lógica estricta y severa, desnuda de arreos opacos y fastidiosos. Es verdad que puede haber muchas causas en cuya defensa sea preciso echar mano de los

recursos de la Retórica y dirigir los ataques al corazón más bien que a la cabeza: pero esta será siempre un excepción de aquella regla; y el talento del orador le indicará el estilo que debe adoptar. Entre tanto creemos necesario repetir que la lógica debe ser la principal arma del foro. El interés de la justicia y la tranquilidad social así lo exigen. A nuestro juicio, es un error creer que el defensor de un reo está obligado a salvarlo de la pena a todo trance, aunque sea sacrificando la justicia. Los jueces tienen sentimientos como los demás hombres; y un jurisconsulto que poseyera el arte de conmover los corazones podría con facilidad arrancar una sentencia dictada por la compasión y la humanidad a favor de un criminal, o de muchos. ¿Habría quien diga que esto es conveniente? Si así fuera, la jurisprudencia tendría por objeto la protección de los delitos.

Concluiremos, pues, diciendo que, mientras nuestra legislación civil y penal no reciba una mejora fundamental, un ser enteramente nuevo, mientras no se formen códigos rurales, luminosos y capaces de satisfacer completamente las necesidades de la justicia; mientras el estudio de la jurisprudencia no se metodice y facilite, desnudándolo de los inconvenientes que hoy tiene; será imposible que veamos nacer y progresar en nuestro país la elocuencia del foro. La forma que se dé a nuestros tribunales, y el orden que se establezca en los juicios debe contribuir también a su progreso. Si se sanciona la completa publicidad de los juicios, si se llama a todos los ciudadanos a presenciar los debates, si se logra, en una palabra, administrar la justicia por los medios establecidos en Inglaterra;⁵⁵ entonces nuestros jurisconsultos tendrán mayores estímulos. En esta profesión, como en todas, es preciso tener crédito para ganar dinero; este crédito no se consigue sino brillando ante el pueblo; para brillar es indispensable el estudio y la aplicación: y así es como el interés personal haría progresar nuestra jurisprudencia y fomentaría la elocuencia en el foro. Sigamos adelante.

3° Elocuencia del púlpito.

Nunca no es más amarga que ahora la necesidad de criticar. El púlpito, destinado a ilustrar el pueblo sobre puntos tan importantes, sobre materias que tienen un influjo tan poderoso en la tranquilidad de las conciencias particulares, en el régimen interior de las familias, en las costumbres públicas, en la organización de los Estados, el púlpito ha sido por largo tiempo en nuestro país la cátedra del error, el oráculo del fanatismo. Muy poco tiempo hace que este [pág. 4, col. 1] último sufrió los primeros ataques; poco a poco se ha ido debilitando su poder; pero aun no lo hemos extirpado; y no lograremos extirparlo, mientras los sacerdotes ilustrados no tomen a su cargo este empeño, enseñando, desde la cátedra del evangelio, los verdaderos principios de la religión, las máximas de la sana moral; y desengañando al pueblo sobre los abusos que se han mezclado con el dogma. Esta materia es delicadísima; y no creemos oportuno ni conveniente desenvolver en este

⁵⁵ Puede ser que alguna vez nos ocupemos de la institución de los jurados aplicada a nuestro país. Ahora no es ocasión de examinar si se puede o no establecer; por eso es que sólo decimos si se logra... etc.

lugar todas las ideas que tenemos sobre ella. Así que, nos contentaremos con decir que la elocuencia del púlpito necesita una reforma fundamental, tanto en la parte moral como en la oratoria. Por lo que respecta a la primera, ya hemos dicho cual es el deber de los ministros de culto –enseñar al pueblo, explicarle las máximas y los preceptos contenidos en nuestras santas escrituras, recomendarles la práctica de las buenas acciones; y no ir a contar en el púlpito cuentos absurdos y ridículos, o sucesos maravillosos, extraordinarios e inverosímiles, que asustan la imaginación sin convencer el entendimiento. Por lo que respecta a la parte oratoria, que es la que tiene más relación con nuestro asunto, no podemos dejar de decir que apenas hemos oído uno que otro sermón que merezca nombre de tal. El estilo claro, sencillo, inteligible a todos, pero no bajo, la unidad del discurso, su división conveniente, son cosas desconocidas en nuestro púlpito; y mucho más el tono, la acción y el gesto del predicador. Los gritos descompasados, las contorsiones violentas son impropias de toda oración y de todo lugar, pero mucho más del templo de Dios, donde todo debe respirar moderación, recogimiento y respeto. En nuestro país no es de extrañarse el abandono de este género de elocuencia. Prescindiendo de muchas consideraciones, relativas al estado y beneficios del clero, que no son de nuestro resorte, hay en nuestra educación pública un vacío que conviene llenar, La enseñanza de la moral religiosa, y de las materias que debe saber un ministro del altar está muy descuida en Buenos Aires; y si queremos tener un clero ilustrado, es menester proporcionar medios de formarse a los jóvenes que quieran dedicarse a esta carrera.

“Literatura nacional” (quinta entrega). *El Tiempo*, N° 68, 23 de julio de 1828, pág. 3, cols. 1-3.

En nuestros dos últimos artículos tratamos del cultivo de la elocuencia, y creemos que lo que allí dijimos con relación a Buenos Aires, es aplicable, con más o menos extensión, a todos los puntos del [col. 2] del nuevo continente, donde se habla el idioma español. Siguiendo el plan que nos hemos propuesto en estos artículos, nos abstendremos de considerar las pocas obras científicas que han visto la luz en Buenos Aires, porque este análisis no es de nuestro resorte; y y pasaremos a examinar los progresos de la poesía, de ese arte delicioso, conocido y practicado en todas las épocas por todos los pueblos del mundo, desde las hordas errantes de los desiertos hasta las naciones más cultas de la Ilustrada Europa.

La poesía sigue siempre paso a paso los progresos de la civilización y del idioma. Aquella enriquece la fantasía; este da fuerza y elegancia a la dicción: la una pone a disposición del poeta medios necesarios, no solo para copiar la naturaleza, sino también para enseñar deleitando las lecciones útiles de la filosofía, y presentar, bajo un disfraz

halagüeño, los preceptos severos de la moral; el otro es el campo que se ha de explotar, y del que se sacarán más riquezas, cuanto más cultivado se encuentre. Si falta la primera, la poesía servirá solo para alhagar [*sic*] la fantasía con imágenes brillantes, pero de ninguna utilidad práctica: si el segundo es semi-bárbaro, o se halla corrompido, ni lo útil ni lo bello se pueden conseguir, con una versificación dura y disonante, con un estilo incorrecto, y con una fraseología adulterina. Esta verdad nos servirá para apreciar con exactitud los progresos de nuestra poesía. Nuestra civilización data de una época no muy remota, y, como mil veces lo hemos dicho,

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy a nuestro idioma gravemente aqueja⁶

agregándose al peligro natural de esta enfermedad el descuido con que la miramos.

Nuestras prensas han dado a luz millares de composiciones métricas de todo género; y ¡ojalá no hubiesen dado tantas! La fiebre de hacer versos y de ser autor ha puesto la pluma en manos de muchos, que, sin talentos, sin estudios, sin conocimiento siquiera de las primeras y más triviales reglas del arte, y aun sin saber la gramática castellana, se han creído con derecho a publicar las producciones insulsas de su estéril imaginación. Así hemos visto, en un *Poema épico-descriptivo sobre la batalla de Maipú*,⁷ seguir escrupulosamente las rachas y contramarchas de ambos ejércitos, describirnos las más minuciosas circunstancias, contar lo que hablaban los jefes entre sí, decir el empleo que cada uno tenía, especificando sus nombres y apellidos, poner, en una palabra, el parte y los detalles de aquella jornada en versos ramplones, sin armonía, sin estilo, sin ideas, Así hemos visto desnudar a la oda de su orgullosa dignidad por un poeta que, describiendo las batallas de Salta y Tucumán, y esclavizando su imaginación a la ingrata ley del consonante, dice que

Venían las falanges enemigas
Como tropas de hormigas⁸

[col. 3] Y nos cuenta después la aparición de la Santísima Virgen en el campo de batalla. Así también hemos visto en nuestro desgraciado teatro las traducciones jenízaras del Mahoma, de la Alzira, de la María Estuarda, y los insulsos Araucanos, pieza original de que hablaremos en su lugar.

⁶ Iriarte

⁷ Este poema se publicó en un folleto suelto en 1818, y se halla inserto en la Lira Argentina, publicada en París.

⁸ *Oda sobre las batallas de Tucumán y Salta*, publicada en Buenos Aires en aquella época.

Nunca llegaríamos al fin si nos propusiéramos enumerar todas las composiciones métricas que han sido la afrenta del buen gusto, y han alimentado la ignorancia en este ramo de la literatura. En vano se ha escrito tanto contra los malos poetas; en vano se les ha ridiculizado bajo mil formas diversas: nada ha sido bastante para evitar que se multipliquen sus producciones. La razón es clara: porque los malos poetas, o no leen los escritos de los maestros, o no entienden sus preceptos, ni conciben el espíritu de sus sátiras. “¡Oh corvas almas! Dice don Hermógenes, para quienes los silbidos son arrullos, y las maldiciones alabanzas!” Pero doblemos esa hoja tan desagradable.

La poesía es siempre el espejo que presenta la imagen del carácter nacional. El de los Americanos es vivo, variable y alegre; y sin embargo, por una singular anomalía, la poesía ligera y festiva es la más atrasada en nuestro país. El epigrama, la letrilla satírica, todas las composiciones de este género, o no se han cultivado, o se han cultivado con muy poco suceso. De esto tenemos pruebas muy recientes. En los últimos tiempos, en que las prensas han servido tanto al furor de los partidos, han visto la luz millares de composiciones del género que nos ocupa, celebradas por unos con entusiasmo, y vituperadas por otros con acritud, sin que en el juicio de estos ni de aquellos tuviesen parte la reflexión y la imparcialidad. Lo cierto, a nuestro juicio, es que, en ese gran repertorio de agudezas, hay poquísimos trozos que puedan llamarse perfectos, algunos buenos, muchos malos, y muchísimos detestables. Puede ser que, cuando estemos más tranquilos, y pensemos en reformar nuestras costumbres, y en atacar seriamente a los que corrompen el gusto literario, estos y aquellos sirvan de asunto a la sátira festiva de nuestros poetas.

Con algún más suceso ha sido cultivada la poesía lírica, en todos sus otros ramos, y tenemos muchas composiciones que honrarán siempre al Parnaso argentino. Ninguno de nuestros poetas ha publicado todavía una colección completa de sus versos; así es que sólo conocemos los que se han escrito sobre objeto de un interés público, y algunas piezas dramáticas. De estas hablaremos en su lugar, examinándolas una a una, porque su número es reducido. De los demás sólo podremos hablar con generalidad. El género más cultivado ha sido el canto lírico y la oda. Entre los primeros merece alguna atención el que se publicó en celebridad de la Defensa de Buenos Aire contra las armas británicas, en 1807. Verdad es que no carece de defectos, pero fue de los primeros ensayos de nuestra poesía, y, por otra parte, tiene trozos bellísimos, e imágenes muy valientes. El *Canto al vencedor de Maypú*, conocido generalmente por su primer verso:

[pág. 3, col. 1] “Allá en la cumbre de los altos Andes”⁹

⁹ Publicado, en 1818, en Buenos Aires, e inserto en la *Lira Argentina*.

es también un bello trozo de literatura, y su autor ha sostenido la elevación de su estilo, de un modo digno de aquel principio. Menos feliz en su *Canto lírico a la libertad de Lima*¹⁰, su estilo desdice a veces, por su debilidad, de la grande del asunto, y de los muchos trozos bellos en que abunda la composición. Ha pasado tan poco tiempo desde la publicación del *Canto lírico* titulado *Campaña del Brasil y triunfo de Ituzaingó*, que nuestros lectores deben tenerlo aun muy presente, y pueden juzgarlo por sí mismos. Nosotros lo miramos como una producción en la que el poeta ha sentido toda la elevación de su asunto, y lo ha desempeñado de un modo digno. Puede ser que, pasado el entusiasmo nacional, cuando pasen las circunstancias que lo producen, le consideremos de otro modo.

En la oda se han hecho también ensayos bastante felices. Muchas, y de diversos autores, han visto la luz en celebridad de los triunfos de nuestras armas, o en elogio de la prosperidad de nuestro país, que figurarán siempre de un modo digno en los fastos de la literatura nacional. No sucede así con la Elegía. Algunas hemos visto aparecer, consagradas únicamente a nuestros hombres distinguidos; pero son poquísimas las que, en nuestro sentir, merecen una mención honrosa, y diremos que las virtudes y los méritos del ilustre general D. Manuel Belgrano, por ejemplo, merecían ser cantados de un modo más digno que lo que fueron por cuantos expresaron en verso el duelo de nuestra patria, en aquel lance doloroso.

La poesía descriptiva no ha dado aun un solo paso entre nosotros, a pesar de que el suelo de la América parece que convida a los poetas a despegar su genio en esta clase de composiciones. Una vegetación rápida y prodigiosa, un suelo siempre verde y florido, un clima dulce y templado, un cielo sereno y despejado, donde parece que el sol brilla con mayor ostentación, una cadena de montes, cuyas cimas propiamente se esconden en las nubes, y donde todo es grande, nuevo y portentoso, las nieves, los torrentes, la infinita variedad de la naturaleza, más caprichosa allí que en ninguna otra parte, unos ríos soberbios y caudalosos que ofrecen a la vista la imagen misma del Océano; todos estos objetos son propios para inflamar la imaginación de los poetas, y producir bellas y grandiosas descripciones. Pero hasta ahora los poetas argentinos solo han pulsado la lira, o inflamados por el entusiasmo nacional, o en los grandes triunfos de la patria, o deseosos de mostrar al mundo su esplendor, sus instituciones y progresos. Acaso, entre las numerosas composiciones de nuestros jénios, que no han visto la luz pública, se hallarán modelos de poesía descriptiva, debidos a los portentos de la naturaleza en el suelo de la América.

Dijimos al principio que, al hablar de las obras, nunca nombraríamos los autores. Pero permítasenos hacer una excepción en este lugar, y que la amistad pague el mérito el tributo de una justa alabanza [pasa a col. 2], ya que las musas desagradecidas del Plata no

¹⁰ Publicado, en 1821, en esta capital, e igualmente inserto en aquella colección.

han sembrado de rosas la tumba de uno de sus hijos más ilustres. ¡Virtuoso y dulcísimo Luca!¹¹ Tu vida fue la delicia de tus amigos, el consuelo de tu familia. Tus virtudes públicas, tu patriotismo y tus talentos, fueron la gloria de tu país, cuyo nombre ilustraron las bellas producciones de tu genio: pero tu muerte desgraciada y prematura fue el duelo de todos tus conciudadanos, y tu memoria arranca hoy las lágrimas de cuantos tuvieron la fortuna de conocerte. Nosotros que tuvimos la de ser tus amigos, que conocimos y apreciamos tus virtudes privadas, que nos gloriamos de merecer tu confianza, y que sentimos hoy una pena amarga, al consagrarte este recuerdo de nuestra amistad, nosotros te aseguramos que el nombre de Estaban Luca jamás se borrará de la memoria de tus amigos. Tú nos faltas, es verdad; pero has dejado entre nosotros los recuerdos de tus servicios, de tus virtudes, y los rasgos inmortales de tu pluma.

Permítasenos, repetimos, este pequeño desahogo, mientras pasamos a ocuparnos del estado de nuestro teatro, y del examen de las piezas dramáticas que pertenecen a nuestra literatura.

(Continuará)

[Comentarios críticos sobre la producción de Esteban Echeverría]

[Sobre “El Regreso”] “Literatura”. *El Lucero. Diario político, literario y mercantil*, N° 242, Buenos Aires, 15 de julio de 1830, pág. 3, cols. 1-2.

Hemos recorrido con placer los versos insertos en la *Gaceta* del 8, que ciertamente merecen la aprobación pública. Celebramos que un joven argentino se distinga por esta clase de trabajos. Algunas líneas encierran ideas cuya brillantez fascina la imaginación: la rima es, con pocas excepciones, perfecta; y muy feliz la elección de los conceptos.

Hubiéramos deseado, sin embargo, que nuestro poeta no se hubiese dejado arrastrar de la exaltación de su musa. Sentar que la *Europa está degradada*, es juzgar muy ligeramente de la parte más civilizada del mundo; y cuando es un joven el que falla, podría sospecharse que es por presunción o ignorancia; defectos que estamos lejos de imputar al autor de tan elegante composición.

Las principales naciones de Europa, al amparo de leyes constitucionales, disfrutaban de una libertad sabia y templada. Los esfuerzos magnánimos de tres grandes potencias, sustrajeron a los descendientes de Temistocles [*sic*] de la cimitarra otomana. Las prensas

¹¹ El distinguido porteño D. Esteban Luca naufragó en el Banco Inglés, a principio del año 1824, volviendo de Janeiro en clase de secretario de una legación. Se arrojó al agua sobre una armazón de tablas, y aun se ignora la suerte que corrió.

inglesas, francesas, holandesas y alemanas están proclamando ideas liberales, y toman el mayor empeño en difundir las luces y los conocimientos útiles, y este interés en mejorar la suerte de los pueblos supone vigor, no degradación. Si hay gobiernos que contraríen tan nobles aspiraciones, no es razón para denigrar a las naciones que resisten con tesón los desmanes del poder. Los vicios que se les podría reprochar son una consecuencia tal vez inevitable de una grande civilización; y en la imposibilidad de desterrarlos enteramente, mejor es verlos *encubiertos de rosas*, que *rodeados de espinas*.

[col. 2] La libertad moderna no lleva ese carácter austero y extravagante, que tanto halagaba a los antiguos. ¿Quién admiraría a Diógenes, que para vivir libre se encerró en una tinaja?

[Sobre *Elvira, o la novia del Plata*]. *El Lucero. Diario político, literario y mercantil*, N° 882, Buenos Aires, 4 de octubre de 1832, pág. 3, cols. 1-2.

Sin tener graves cuidados que nos rodeen nos falta a veces el tiempo, o mejor diremos la oportunidad, de llenar algunos deberes que nos corresponden como escritores públicos; y nos consideramos obligados a hacer esta declaración, para que la omisión que confesamos no se atribuya a defecto de voluntad que no podemos reprocharnos.

Hace algún tiempo que se nos favoreció con un ejemplar de una obrita en verso, titulada *Elvira, o la novia del Plata*, y hemos visto después los elogios y las críticas, de que ha sido objeto. Sin pretender rectificar el juicio de nuestros coescritores, manifestaremos francamente el nuestro en una materia, en que la libertad de las opiniones no debe tener más trabas que el buen sentido y los buenos ejemplos.

Ni unos ni otros se oponen a que se alternen los metros, para que la mayor o menor rapidez del verso corresponda a los pensamientos que queremos expresar o los afectos que nos proponemos mover.

Estos cambios, cuando son justificados, no solo no contrarían las reglas del arte, sino que pueden invocar en su favor el ejemplo de grandes modelos, como Schiller, Byron, Alfieri; y nos sería fácil aumentar este catálogo si un sentimiento de respeto y de conveniencia no nos impidiese asociar a nombres tan clásicos, los de Grossi, Manzoni, Lamartine, Hugo, etc., aunque predilectos entre los hijos de Apolo. Todos ellos han variado los ritmos en el mismo poema, sin que esta mezcla ofenda el oído más acostumbrado a la igualdad de metros.

Las obras de los autores que hemos citado están en manos de todos, y [col. 2] pueden consultarlas los que dudan de nuestros asertos.

Es verdad que *Saul*, *Manfred*, *Deformed transformed*, etc. son poemas dramáticos, en que los trozos líricos se apartan de la monotonía general del verso: pero, ¿qué tema más dramático que el de *Elvira*, y que trozos más líricos que la canción en que manifiesta sus tristes presentimientos?

Creció acaso arbusto tierno etc.

Y las estrofas que empiezan:

Tú serás mía, etc.

Yo vi en mis sueño, etc.

Al contrario, nos parece que hubiera sido difícil escoger un metro más a propósito que el anacreóntico para hacer pasar en el ánimo de los lectores sentimientos tiernos de que estaba poseído el corazón de Elvira; y en cuanto a su canción nos bastará citar los elogios que le prodigan aquellos mismos que opinan que “en los asuntos nobles el octosílabo no puede disputar la preferencia al endecasílabo; porque deben ser presentados de un modo elevado y nadie podrá ennoblecer en materia alguna lo que una vez envileció la opinión”.

Los versos que canta Elvira son octosílabos, y sin embargo, dicen sus censores, que “les parecen expresar con cierto aire de novedad y de ternura sentimientos que, aunque comunes, dejan de serlo, por la fluidez y nuevo aspecto en que se nos ofrecen”. Véase pues cuán infundado es el ataque, y cuán legítima la defensa.

“Elvira o la novia del Plata. Elvira or the Bride of the Plata”. *The British Packet and Argentine News*, N° 318, Buenos Aires, 22 de septiembre de 1832, pág. 2, col. 3.

We have had the pleasure to receive a poem under the above title, written as we are informed by a native of this country. It is in twelve Cantos, the subject of course amatory, and the eleventh Canto particularly so. It has quoted (by way of Motto) the following.

Ven, Himeneo, ven. Ven Himeneo.

Moratín.

‘This said that some have died for love’.

Wordsworth.

With all due respect for the talents of our countryman Wordsworth –we must remark that that great judge of human nature- the “Immortal Shakespeare”, speaks in very different language about dying for love, he says.

“The poor world is almost six thousand years old, and in all this time there was not any man died in his own person, videlicet, in a love-cause. Troilus has his brains dashed out with a Grecian club; yet he did what he could to die before; and is one of the pattern of love. Leander, he would have live many a fair year, though Hero had turned nun, if it had not been for a hot midsummer night: for, good youth, he went but forth to wash the cramp, was drowned; and the foolish chroniclers of that age found it was- Hero of Sestos. But these are all lies; men have died from time to time, and worms have eaten them, but no for love”

As you like it.

A perusal of Elvira has convinced us that its author has poem talent –that he has made a successful wooing to the Muses– and may here after deserve a niche in the temple at Parnassus.

Literatura. “Los consuelos, Poesías de Esteban Echeverría”. *Diario de la Tarde*, N° 1036, Buenos Aires, 18 de noviembre de 1834, pág. 1, cols. 2-4.

La mitología para significar los primeros pasos de la civilización y tránsito de la vida salvaje a las dulzuras sociales, finge que se obró este cambio con el influjo de una lira cuyo sonido armonioso detenía el ímpetu de los torrentes, domaba la ferocidad de los leones y comunicaba vida y movimiento a árboles y piedras. Este velo alegórico cubre ligeramente la verdad, porque casi no hay pueblo que no haya tenido un poeta que le ilustrase y condujese en los primeros pasos de su existencia; y los poetas merecieron del agradecimiento público el renombre de *inspirados* y de *profetas*. Estos hombres obraban a su antojo sobre las sociedades, porque éstas al nacer como en la infancia del individuo, la imaginación es la facultad mental que predomina sobre las otras, y es a la que se dirigen las imágenes abultadas y brillantes del poeta.

Cuando se aumenta la cultura, y la ilustración, se presenta la poesía no solo adornada con las galas ideales que forman su esencia, sino también con las más sólidas que le prestan la meditación, el conocimiento del hombre moral y de las leyes que rigen el universo. Entonces la razón, la ciencia y la verdad tan amargas y desapacibles, penetran suave y agradablemente a iluminar la inteligencia, a merced de los versos armoniosos que las disfrazan y embellecen. El poeta se apodera de nuestra sensibilidad y la impresiona a su antojo, como el que ablanda un metal para imponerle un sello. ¡Tal es el poderío de este arte!

En una de las naciones europeas, un poeta ha cambiado el giro que habían tomado las ideas religiosas, y otro contribuido eficazmente a destruir los restos de fanatismo y tiranía que aún pesaban sobre su patria.

Tales han sido las consideraciones que nos han hecho ver con complacencia la obra que con el título de *Consuelo* [sic] acaba de publicarse, y cuyo carácter melancólico anuncian los versos que le sirven de epígrafe. Todas las composiciones que comprende, manifiestan una imaginación fértil, un talento cultivado, un gusto puro y nutrido con los únicos modelos dignos de imitarse en nuestros días; y prometen a la patria un poeta más, capaz de producir grandes cosas.

El poema último, el *Cementerio*, *Él* y *Ella* han fijado particularmente nuestra atención. En *Layda*, está pintado con maestría el estado de una mujer abandonada por su

amante, y que ha perdido el fruto de sus amores sobre cuyo sepulcro derrama flores y lágrimas: no hemos podido contener las nuestras al leer los sáficos en que exhala sus quejas, interrumpidas de cuando en cuando por aquellos versos [col. 3] verdaderamente inspirados que recuerdan la agitación de la naturaleza:

Y el diáfano horizonte se cubría
De capuz tenebroso; centellaba
Flamíjero el relámpago en su seno
Y sordísomo el trueno retumbaba

La nave que lleva a Layda, parece en la tormenta, y véanse los colores que emplea el autor para pintarla:

La tempestad sonora en un momento
Se enseñoreó del mundo; las estrellas
Y la Luna y el cielo recatando
Fueron su opaca luz, y a fuer de montes
Lanzaban los sombríos horizontes
Escuadrones de nubes, que rodando
Con horrísono estruendo por la esfera,
Hacían retemblar en su hondo asiento,
El sólido terraqueo pavimento.
Se encapotó el cenit, con ceño torbo
Miró el cielo iracundo
Al angustiado mundo;
El trueno retumbando
Se acercó mas y mas, y rebramando
Sus resonantes alas sacudieron
Frenéticos los vientos, y azotaron
Las corrientes del Plata que se incharon.
Todo fue horror entonces; levantaba
El rio soberano embravecido
Su aterrador bramido,
Y al sonoro rugido de los vientos,
De los truenos y rayos lo mezclaba
Con el ímpetu ciego de un torrente,
De su hidrópico seno vomitando
Sobre las ondas, ondas, que espumeando

El límite asaltaban prepotente,
Bramaban, se agitaban, resurtian
Y con nueva pujanza lo embestían.
Los eléctricos fluidos se chocaban,
Ardía cual hoguera, el firmamento,
Y con mas rapidez que el pensamiento,
Los rayos y los truenos se seguian,
Y rugiendo estallaban,
Y en la tierra, en el aire o en las aguas
Su abrasadora llama sepultaban.
En vano fiaron las soberbias naves,
Que poblaban los senos del gran rio
En sus anclas ferreas; la tormenta,
Con impetuoso brío,
Las levantó en sus hombros, y bramando
Dio con su presunción en los escollos,
O las sorbió por siempre, derramando,
Para triste espectáculo á los ojos,
Por la playa arenosa y estendida
De su tremenda saña los despojos.

No podemos dejar de transcribir el Canto VIII de este poema, en el que reina la expresion de la sensibilidad mas delicada, y en el que el poeta ha unido a la suerte de Layda, el sentimiento de su fragilidad: este fragmento basta a nuestro juicio para dar celebridad a su autor.

Ya no vereis del Plata en la rivera
Resplandecer de Layda en la hermosura,
Llorad ninfas del Plata generosas
Lágrimas de dolor y de ternura;
Se marchitó la flor mas bella y pura
De vuestro sacro rio; el débil pino,
Que llevaba a otro suelo su destino,
Despojo fue de las airadas ondas;
Diole el gran rio en sus entrañas ondas
Digno sepulcro, y con ligero vuelo
Se sublimó su espíritu divino,
Desdeñando la tierra, al alto cielo.

Murió como la rosa de los campos,
Privada del balsámico rocío,
Y que deshoja el soplo del estío,
Cuando su pompa á desplegar empieza.
Se agostó, cual se agosta la esperanza,
El deleite, el amor, y la ventura.
Así también, á la inclemencia dura
De la suerte enemiga, amortiguada
Siento mi juventud; pronto el viajero
Contemplará, con ojo indiferente
Mi losa funeral, y sepultada,
Por la mano del tiempo en el olvido,
Layda infelice, quedará la gloria
Del Bardo que consagra hoi afligido,
Este fúnebre canto á tu memoria.

[col. 4] Sentimos que el poco tiempo de que hemos podido disponer nos impida detenernos como deseamos en el examen de los Consuelos. Tal vez volvamos sobre el mismo asunto.

Diremos finalmente que la impresión, forma y encuadernación del libro, son tan buenas y elegantes, como si se hubiera publicado en Europa.

Correspondencia. “Los consuelos”. *La Gaceta Mercantil*, N° 3430, Buenos Aires, 20 de noviembre de 1834, pág. 2, col. 2-4.

Con este título se ha publicado en estos últimos días una colección de poesías originales, escritas por un porteño. 37 son las composiciones que encierra el libro, y en casi todas ellas predomina un sentimiento melancólico y un desvío de las cosas del mundo, que extrañaríamos ver enseñoreados del corazón de un joven, si la reflexión no explicara este enigma mortal.

La vida, es un camino que todos andamos con pereza y aburrimiento, cuando nos acercamos a su término, y con alegría y precipitación cuando damos en él los primeros pasos conducidos por ese presentimiento de dicha futura que divinizaron los antiguos, que la imaginación adorna y embellece, y todos llamamos *esperanza*. ¿Quién se acuerda en la juventud del día de mañana? ¡Quién en la aurora de la vida piensa que ha de llegar la noche profunda y misteriosa! Esto pasa en el hombre y también en las sociedades, que nacen, envejecen y mueren, y tienen en estos distintos períodos de su [col. 3] existencia, las calidades que distinguen al mozo y al anciano: el primero alegre, fugaz, vigoroso; el

segundo lento, reflexivo, experimentado, triste, en fin, como el que después de perseguir con ahínco a un fantasma revestido de formas hechiceras, encuentra al palparle, que solo era sombra y vanidad.

Parece que tales deben haber sido las consideraciones que sugirieron al autor de los Consuelos, estas palabras de su nota primera: "Tal vez el tono lúgubre... disonará al corazón de la mayor parte de los lectores, como dan escozor cuando nadamos en regocijo, los sonidos de una fúnebre música." Tal vez así suceda. Buenos Aires solo cuenta veinte y cuatro años, porque la vida de un pueblo esclavo, es como la de las plantas sin voluntad ni movimiento, y puede decir como aquella anciana de una provincia argentina: "No soy tan vieja como parezco... nací el 25 de Mayo; hasta entonces no he vivido un solo día." Su cielo es hermoso y despejado, sus anales están escritos por la victoria, y hasta aquí sólo han cantado sus poetas himnos de triunfo y de alegría. Sin embargo, puede ser muy bien que nuestra sociedad penetre la situación particular del autor, el sentimiento de sus versos, se complazca con la dulzura y fluidez de ellos, y no exija su mismo modo de sentir a un joven formado en otro clima, imbuido en las ideas de pueblos ya viejos, agitados de pasiones profundas, y tristes y melancólicos por lo mismo que han adelantado mucho en la carrera de la civilización.

Varias observaciones nos ha sugerido la lectura de Los Consuelos y todas favorables a su autor. Hemos notado que puede indicarse sin equivocación el orden *cronológico* de sus composiciones colocándolas por el *aumento* progresivo que se nota en ellas, con respecto a la pureza del idioma, claridad y soltura del estilo, elección de metros, naturalidad y belleza en las imágenes y profundidad en los pensamientos; y esto vale por sí solo un elogio, pues la perfectibilidad es calidad exclusiva del hombre de talento *contraído* y estudioso. Observamos que ha sido muy feliz en la elección de los modelos y que ha formado su gusto en la lectura de los verdaderos poetas y de los libros sagrados; y que rara vez (y eso a nuestro juicio solo en sus primeras composiciones) se olvida que las divinidades del paganismo yacen entre las ruinas de los templos griegos y romanos solitarios en el día, sin víctimas ni sacerdotes. Estamos convencidos de que el Sr. Echeverría cree con nosotros que la religión de Melendez y de Lamartine ensancha mucho mas el corazón y la mente, que la de Horacio y de Ovidio. Digamos si no se ha sentido con el ánimo más tranquilo después que corrieron de su pluma estos versos suaves y sencillos, sin artificio:

Mi espíritu se humilla
A tu divina planta,
Y su dolor levanta
Esperanzado á tí;
Acoge la sencilla

Plegaria que te envia
Señor, y tu faz pia
Vuelve un instante á mí.
.....
De dolor consumido,
De angustias y dolencia
Tu divina asistencia
Necesito Señor;
Levanta mi abatido
Corazón, vuelve á mi alma,
Vuelve la dulce calma
Que le roba el dolor.
.....

Algunos de aquellos críticos que solo ven con ojos ajenos y se atienen, al juzgar las obras de imaginación y de gusto, a lo que han dicho Quintiliano, La Harpe o Martínez de la Rosa; creerán que es una licencia imperdonable la mezcla de diferentes metros que se nota en *El y Ella*, y en el poema titulado *Layda*, como lo dijeron cuando apareció una obrita que se atribuía al autor de los Consuelos: pero nosotros que sabemos que la celebridad de que gozan algunos poetas inmortales, la deben al juicio público, y no a los anatomistas de palabras y de frases; creemos por el contrario que la diversidad de medidas en el verso, son en una pieza de poesía como las cuerdas de un instrumento, de las cuales cada una tiene un tono propio, y pulsadas a la vez o alternativamente por una mano inteligente, forman una armonía que nos encanta y arrebatada.

Creemos que así como el músico precipita o detiene los sonidos, según la impresión que quiere producir, debe el poeta del mismo modo uniformar la pasión o el pensamiento con la cadencia y medida de sus versos. De esta verdad estaban penetrados los dramáticos españoles, pues vemos en las más de las comedias antiguas empleados el romance y el endecasílabo.

Verdad es, que, si se mezclan los metros sin necesidad y sin orden, y por lo tanto sin que se pueda explicar la razón que indujo al poeta a hacerlo, resulta una discordancia tan desagradable como la de un instrumento destemplado: pero véase cómo el poeta se vale de es- (col. 4) tos resortes, con los cuales a todos impresiona; pero cuya causa no es dado a todos discernir. No hay un hombre que no abrigue algunas ideas, y los más ignoran que las deben a los sentidos y que las engendró la percepción. Veamos, decíamos, cómo el poeta se vale de esos resortes, y cómo hace que Laida exhale sus quejidos en el metro más adecuado y cuya invención se atribuye a otra mujer también víctima del amor:

Crudo el destino deshojó en un día
Las flores todas de mi vida ufanas;
Diólas al viento, y me dejó desnuda
De toda gloria.

Doquiera miran mis cansados ojos
Duelo tan solo y confusión encuentran,
Y nada, nada, que a mis ansias pueda,
Darles consuelo.

Lágrimas tristes de dolor ardientes,
Estéril llanto sin cesar derraman;
Buscan en vano, y ni aun la luz divisan
De la esperanza.

Arido yermo para mi es la tierra:
El tierno fruto de mi amor funesto
Yace en la tumba, y el q' reina en mi alma
Mis ansias no oye.

El resto de este poema está casi todo escrito en silva, porque el uso alternativo de versos de 7 y 11 sílabas y la libertad de la colocación de los consonantes que ésta permite la hacen apropiado para las descripciones que piden movilidad y soltura en ésta:

Ya el astro de la noche derramaba,
Serenos y melancólicos su lumbre,
Sobre la triste tierra, y muchedumbre
De fúlgidos diamantes esparcidos
En su diáfano velo rutilaba
La noche era apacible, y los alientos
De los tranquilos vientos,
Suavemente lamían
Las corrientes del Plata que dormían;
Mientras, tendido al aire el ancho lino,
Un bajel se alejaba
Arando suave el líquido Argentino.
Sentada Layda en la soberbia popa,
Sola con su dolor, al desvarío
De su afligida mente se entregaba,
Y su vista espaciaba

Por el cristal sereno del gran río,
Do gozosa la Luna se miraba,
Y en piélago de luz lo transformaba.
Su cabellera airosa,
De color de azabache, ondeaba al viento,
Y sus ojos hermosos,
Cual astros macilentos y radiosos
En la cándida frente de la noche,
Sobre su tez nevada relucían;
En tanto que la obscura
Sombra de la tristeza
Los divinos encantos y pureza
Velaba de su angélica hermosura.

...Muchas otras citas podríamos hacer en comprobación de nuestro modo de pensar; pero creemos que las hechas hasta aquí bastan a la penetración de los lectores, que serán seguramente muchos los que tengan una obra tan llena de bellezas y que tanto honor hace a nuestra literatura naciente.

“Los Consuelos. Poesías de D. Estevan Echeverría”. *La Gaceta Mercantil*, N° 3430, Buenos Aires, 20 de noviembre de 1834, pág. 2, col. 5, pág. 3, col. 1.

Esta interesante colección de poesías selectas de un joven compatriota nuestro ha visto ya la luz pública; y es una obra clásica entre las composiciones de esta especie. Parece que el Sr. Echeverría ha ensayado el trazar la senda al poeta por un campo nuevo; representando al natural las escenas de nuestro país que más imperio ejercen en la imaginación y excitan más la sensibilidad. En la descripción de aquellos objetos que más interesan al corazón humano, en el cuadro animado de aquellas ilusiones queridas que halagan nuestra fugaz existencia, siempre prefiere representárnoslos con el colorido del país como sucede en *El Pensamiento*, *La contestación a D. J. T.*, *El Regreso*, *El Clavel del aire*, y otras.

Un colorido tierno y melancólico domina en las armoniosas composiciones de este joven poeta. Aquellos acentos penetran lo más vivo de la sensibilidad; y parecen los soliloquios de un corazón que ha experimentado pasiones y solo ha recogido pesares. ¿A quién no interesan los siguientes versos?

En vano busco la muger hermosa,
Iman de mi alma, que llenó mis días

De tiernas ansias, deliciosos sueños,
De amor y dichas.
La busco en vano, que doliente siempre
Voz ominosa de la negra tumba
Burla mi anhelo y me responde triste:
"Aquí se oculta."
Se oculta sí... ¿mas sempiterna noche
Cubrirá el lecho dó mi amor descansa?
¿No verá un angel que moró en la tierra
La luz de otra alba?
Pero que importa, si su imagen bella
Mientras yo aliente vivirá en mi pecho,
Dó el aura aspira que á los serafines
Destina el Cielo:
Hasta que airada la insaciable muerte
Corte la trama de mi frágil vida,
Una mis restos á los suyos caros
Y todo estinga.

No es menos interesante el cuadro animado y sentimental que nos presenta en el *Poeta enfermo*; tanto más cuanto que es análogo a su situación. Parece que la naturaleza al favorecernos con esos ingenios hijos de la armonía, que nos deleitan y conmueven con sus sublimes cantos, ha circunscripto su existencia a un círculo más pequeño que los del resto de los mortales. Sea que la intensión del sentimiento aje más prontamente los resortes de la vida, o que la melancolía del corazón unida a la asidua representación de escenas afligentes ejerza una influencia funesta sobre su organización física, ello es cierto que apenas brillan un momento; dejando solo la celebridad de un nombre que se transmite a la posteridad...

Oigamos al *Poeta enfermo*:

El Sol fulgente de mis bellos dias
Se ha oscurecido en su primer aurora,
Y el caliz de oro de mi frágil vida
Se ha roto lleno.
Como la planta en infecundo yermo
Mi vida yace muribunda y triste,
Y el sacro fuego, inspiración divina,
Devora mi alma

Don ominoso! En juventud temprana
Yo me consumo, sin que el canto excelso,
Eco sublime de mi dulce Lira,
Admire el Mundo.
Gloriosos lauros las divinas Musas
Me prometieron, y guirnalda bella

[pág. 3, col. 1] Notamos que a la cadencia poética se halla reunida en estas composiciones aquella naturalidad amena con que se deslizan, por decirlo así, sin afectación ni pompa, los pensamientos más sublimes y las imágenes más vivas. El corazón del lector se interesa, y herida su sensibilidad por esos ecos melodiosos, tributa en silenciosas lágrimas el encomio más sincero y elocuente al ingenio que ha sabido presentarle un cuadro fiel de sus pasiones, de sus afectos y de sus simpatías. En los *Recuerdos*, romance a Dalmira, se halla descrita con admirable naturalidad aquella época indeleble siempre en el albergue del corazón: *Los primeros amores*; es imposible leer esta bella producción sin trasladarnos a la contemplación de aquellos momentos felices con que nos deleitó la primera, la más fuerte simpatía del corazón; y sin que nos excite el recuerdo de lo que más amamos, y de lo que no encontramos después en las ulteriores escenas de la existencia. [Continuará]

“Los Consuelos. Poesías de D. Estevan Echeverría. (Concluye el artículo del Núm. anterior)”. *La Gaceta Mercantil*, N° 3431, Buenos Aires, 21 de noviembre de 1834, pág. 2, col. 2-3.

La bella e infeliz *Layda* es un objeto que interesa en sumo grado. Aquí el poeta nos retrata de un modo tierno y dolorosamente elocuente el amor maternal desgraciado y el amor mal correspondido.

¿Donde irá Laida, adonde
Llevará su dolor y desconsuelo?
Nadie se apiada de su triste duelo;
Nadie en la tierra á su clamor responde.
Dó quiera vuelva sus inquietos ojos
Halla solo los mismos despojos
Que le dejó el amor, dó quier vestigios
De glorias y venturas que pasaron,
Dó quier caros objetos que le dicen,
Con voces penetrantes, de amargura:

“Aquí fuiste feliz, aquí gozaste,
En brazos del amor y la ternura,
Deliciosos momentos que volaron,
Y para ti por siempre se acabaron.”

Parece que en este rápido e ingenioso cuadro ha comprendido el autor toda una época de caros pero mortificantes recuerdos; época en que nos arrojamos inciertos y descuidados en la corriente de la felicidad, halagados por la esperanza, el amor y los placeres... Después, desimpresionados del brillo de aquellas ilusiones, solo encontramos ya caros objetos que nos dicen:

“Aquí fuiste feliz, aquí gozaste, &.”

¿Y qué diremos del *Cementerio*, de esta composición maestra en que resalta la sublimidad en los pensamientos, y en que una melancólica melodía corresponde a la naturaleza del objeto?

Al resplandor sereno de la Luna
Yo andaba por los sitios solitarios
Que al vulgo atemorizan, pesaroso,
Y en lúgubres ideas embebido;
Y mis inciertos pasos me llevaron
A la mansión sagrada de los muertos:
Religioso pavor cubrióme al punto,
Y exclamé sofocando mis angustias;
Silencio ¡ó corazón! he aquí el asilo
Donde reina la paz inalterable,
Dó no alcanza el tumulto de los hombres,
Dó se acaban las ansias y tormentos
De la altiva ambición y el infortunio,
Dó se estrella el poder y la grandeza,
Dó el amor y el deleite se anonadan,
Donde la gloria es humo y las pasiones
Que agitan al mortal; aquí el esclavo
De sus hierros se olvida, y con el polvo
Del que oprimió insolente, á confundirse
Viene el feroz tirano; aquí del crimen
Cesa el remordimiento, y los gemidos
De la virtud paciente se sepultan;
Aquí se abruma, sin cesar, los siglos

Y mil generaciones y mil otras,
Con rapidez se agolpan, no dejando
Vestigios de su ser; aquí su cetro
Levantán el misterio y el olvido,
Las esperanzas mueren, y en su aurora
El ingenio brillante se disipa.

En otra parte se hallan estos versos:

..... “Silencio, réptil vano,
La mansión del misterio es el sepulcro”
Un eco moribundo respondiome,
Y silencio, silencio repitieron
Los cóncavos helados de las tumbas.

Y más adelante:

Y ví de una muger la vaga sombra
De una muger que conocí en la tierra
Y que profano labio nunca nombra
Y otra voz repitió –“ven, hijo mio,
Ven te consolaré, ¡qué infeliz eres!
Tu alma no es de ese Mundo, aquí es su centro:
El lodo es del réptil” –un grito entonces
Quise dar, y no pude, y la voz madre
En mis labios se ahogó, y yo miraba
Pasmado de terror, sin movimiento
De la tumba fatal aquel portento.

No es menos digna de encomio la *Contestación á D. J. T.*, compañero y amigo del autor. El hombre religioso se presenta aquí, sin fanatismo, sin funestas preocupaciones; el hombre religioso por un profundo convencimiento derivado del orden admirable del Universo, y de las armonías de la creación. El es quien nos dice:

Allí tu alma inflamada en su desvelo
Hasta el trono de Dios levanta el vuelo
Y olvidada del Mundo
Escucha la armonía soberana
Que de su eterna gloria eterna mana

Cual venero fecundo.
Allí anhela calmar su sed ardiente
En esa viva inagotable fuente
Que al universo anima,
Y con alas de fuego divagando
El infinito abarca y remontando
Más y más se sublima.

En fin, *Los Consuelos* tienen derecho a un puesto eminente en el Parnaso Argentino. El buen gusto que la formó su autor en la escuela de los verdaderos poetas, la nobleza, sublimidad y energía de los pensamientos, el bello colorido de las imágenes, la fluidez del estilo, la buena elección del metro, y esa elegante sencillez con que sabe interesar el corazón del lector, todo recomienda el justo mérito de esta obra.

Interior. Literatura. “Los Consuelos. Poesías originales de Estevan Echeverría”. *Diario de la Tarde*, N° 1041, Buenos Aires, 24 de noviembre de 1834, pág. 1, col. 1-4.

En una sociedad cuyas bases descansan en instituciones sancionadas por el tiempo, y por los progresos del espíritu humano, la literatura ocupa su lugar, porque todas las ciencias ya tienen el suyo exactamente marcado. Allí la literatura sigue siempre la huella que le traza la filosofía de la época, y a su vez ella también ilumina el camino por donde la historia debe pasar más tarde con su séquito de hechos ciertos, o cuentos fabulosos. Entonces, y cuando llega a ocupar ese lugar, la literatura se reviste de un carácter propio, toma un nombre, y su misión es ensanchar el dominio de la inteligencia. Por el contrario una sociedad naciente, que no puede haber recibido nada de la marcha de sus instituciones, no es posible tenga literatura verdadera, porque ésta, lo repetimos, viene mucho después; es decir, cuando ya están los materiales reunidos, y prestos a ser colocados para levantar el edificio; es, por decirlo así, como los adornos que deben hermosearlo, o como las columnas que indican el orden y el objeto del monumento.

Efectivamente en los tiempos primitivos no conocemos literatura alguna que merezca ser llamada así. Tenemos cantos fugitivos inspirados por el espectáculo de la naturaleza, o por las risueñas ficciones de la mentirosa mitología. Tenemos a Homero; pero Homero no representa ninguna literatura: es un inmenso genio que lo abarca todo, leyes, moral, artes, poesía. Homero es uno de aquellos Semi-Dioses que bajaban de cuando en cuando del Olympo para consolar al desgraciado y aleccionarlo con versos armoniosos sobre sus deberes para con el que preside todos los destinos, y sus obligaciones para con sus semejantes. Los hombres reconocidos y admirados le levantaron templos, le tributaron culto, y le pusieron en el número de los inmortales.

Tampoco Osian, ni las proezas rimadas del Cid representan la literatura de sus países; y ¿cómo sería dado, la representasen cuando asoman en los días primitivos de sociedades movidas apenas de un espíritu progresivo?: serán cuando las fuentes preciosas donde irán después los que quieran, y sepan escribir en busca de nociones para pintar aquellos mismos tiempos cual se traslucen que pudieran ser, y tomar para sus cuadros personajes idénticos a fin de que reflejen el lenguaje y el espíritu de épocas casi olvidadas, si el historiador, y el poeta no se apresuraran a darle vida. [sic] Entonces sí, empieza la literatura, entonces, como ya dijimos, merece un lugar, y en efecto lo tiene: entonces empieza la tragedia o el drama, el poema, el canto, la novela; entonces la literatura ya trabaja ansiosa a favor de la inteligencia: no se contenta con tocar por encima objetos frívolos. Desde la epopeya hasta la crónica, desde la oda hasta la elegía todo lo abraza; pues la sociedad es su teatro. Por consiguiente pinta las pasiones sin dejar ya ese cuidado a la historia, y muy al contrario le suministra rasgos que hubieran pasado quizás sin que ella los percibiera.

Si no nos hemos engañado al decir que una sociedad virgen no puede tener literatura, bajo todas sus formas, sus géneros y colores, confesaremos que nosotros aún carecemos de ella. Poseemos, es cierto, admirables inspiraciones del genio más atrevido, discursos elocuentes, y en el púlpito y en la tribuna ha resonado más de una vez la voz bienhechora de los varones doctos, y la poesía a su turno llevó también lauros a las aras populares. Pero no esto no basta para creer que tengamos una literatura. Inspiraciones del momento, hijas del entusiasmo, son pasajeras, y casi siempre esas producciones fogosas y valientes, engendradas en el corazón del poeta, recibieron su forma en molde extraño, y calmado el primer sentimiento de simpatía, hallamos que el objeto era noble, pero que los colores con que fue pintado eran exóticos, y hubiésemos querido fueran nuestros. No son tampoco inculpaciones. Una sociedad marcha a su tiempo, y en su carrera encuentra las galas que mejor le sientan. En la nuestra joven, nacida ayer, y nacida esclava, ¿qué literatura podría haber cuando apenas sabíamos hablar? Apenas un pálido reflejo de la literatura de la Metrópoli llegaba hasta nosotros, porque era pacto ya firmado con la ignorancia, y la maldad embrutecernos para gozarnos, sumirnos en las tinieblas para mandarnos. Pero enternecida la providencia repitió segunda vez para nosotros *fiat lux et lux facta est*.

Se cumplieron, como se cumplen siempre los decretos supremos, y pudo decirse después de la esclavitud.

¡Aquella ingrata noche había pasado!

Días de entusiasmo nacieron; días de gloria nos esperaban. Hondeó abrigándonos con su sombra otra bandera de colores más suaves, porque le prestó el cielo el hermoso cándido de sus estrellas, y el azul de sus bóvedas. Edad nueva para nosotros. Aquí el entusiasmo, y la realidad imperan; la ficción nada tiene que hacer; y es preciso que los

primeros sonidos de la lira, sean cuales debieron ser, exclamaciones, gritos, clamores, algazara: que todos los pechos latan, que el corazón rebose, y se derrame: Es preciso que el poeta grite en alta voz, y desde la cúspide, temple su lira al unisón del entusiasmo, del brío, y de las exigencias nacionales: es preciso que a nuestros guerreros jóvenes e inexpertos inspire denuedo; que la gloria les llame sentada allá entre las nevadas regiones de los Andes, y que para que trepen sin desmayar las frías sendas le cante con mágico acento:

A vosotros se atreve argentinos
El orgullo del vil invasor.

La victoria no tarda en lavar la afrenta de un pueblo libre. El tiempo apura, no se detiene el poeta en adoptar tal o tal género, le pide a su corazón loores para sus hermanos, y prorrumpe en cánticos como éste:

Oigo el eco veloz que atravesando
Del Pacífico mar la quieta hondura
Resuena de los Andes en la cima
Libertad, libertad, no mas resuena
Por todo el continente; y el ruido
Del último eslabon de la cadena
En trozos dividido
Amedrenta, y aterra
A todos los tiranos de la tierra

He aquí un género sin embargo; el género lírico: un principio de literatura nacional. Comenzamos nosotros por donde siempre empieza la literatura, y es porque nosotros recién nacemos, que la gloria nos dio el ser, y que era justo tributarla homenaje y gratitud. Muchos trozos hallaríamos que pertenecen enteramente al tono atrevido, y grandioso de la oda, posición respetable en donde los acontecimientos han colocado siempre al poeta, y que nos impulsa más y más a creer que nuestra literatura se ha movido muy poco. Sí, ella ha empezado por lo más sublime, por la oda pindárica, pues no pudo ser de otra manera, y era natural que un pueblo joven cuyo cielo hermoso se refleja en su mirar altivo; que pasó sus tempranos días bajo la tienda militar, en medio de las balas y de la humareda de la pólvora, de un pueblo cuyos oídos no conocían más armonía que el sonar de una corneta, y el *relinchar del alazán fogoso* entonara su primer himno a la victoria, que por tantas veces ciñó sus sienas con laureles inmarcesibles.

Esta es la razón que nos hace creer de que [sic] nuestra literatura ha recorrido un corto trecho, y que no ha llenado aún lo mucho que pide el entendimiento para que le demos aquel nombre. Ella no ha girado alrededor del poema épico, de la tragedia o del drama, de la comedia, del cuento, de la novela. No se ha revestido de las caprichosas ficciones de la fantasía, y por lo mismo está aún en su primer[a] infancia, pero en una infancia robusta, y lozana. Pronto la veremos en la calma de la tormenta, cuando se haya disipado un poco el ruido de las armas, pronto la veremos adoptar otra forma.

A medida que un pueblo marcha, los elementos de su grandeza lo rodean: ya igualmente la literatura quiere tomar parte en el movimiento común. El que cantó con valor y fuerza, el poeta espera celebrar aún los progresos de esa sociedad que le dio vida; busca un nuevo género cuando de repente la muerte le arrebató un padre o un amigo, y entonces hallándose con (col. 3) un laúd en la mano, pídele un sonido, y al pulsar las cuerdas ya no saca como antes cantos bélicos, sino voces lúgubres y melancólicas. Tal el género elegíaco.

No hay duda que [sic] este género como el lírico son los que más dominan en nuestra escuela poética, y que ambos han sido tratados con igual ingenio, y por lo mismo pertenecen a nuestra tierna literatura. Citaremos a fin de robustecer nuestras ideas:

Vano llorar y suspirar mas vano!
Que al reino del olvido
La voz no llega que lanzó el gemido
Mas valiera; Ramón, sí mas valiera
Ni sentir, ni querer; y cual huimos
De carnívora fiera
Así del hombre cuyo pecho vimos
Abierto á la amistad, y á sus encantos,
Ay! ¿quién resiste si se pierden ellos
Tan acerbo pesar, tan largos llantos,
Resista el duro; mientras yo postrado
Sobre el cadáver del que fué mi amigo
Todos los nombres del amor le daba
Y desoido y solo
De ingrato á mi cariño le acusaba.

Es cierto que a más de esos dos géneros hubo quien ensayase también la tragedia, pero lo decimos con pesar, a este respecto el poeta olvidado de su verdadera misión, desconociendo sus nobles intereses, tomó sus héroes en otra historia que la nuestra: no comprendió que así como la América tenía su libertad peculiar, era indispensable crease

su teatro donde ella misma se reflejase; pues no se dirá falte el asunto, y que el espectador no saldría más entusiasmado, más conmovido de la representación de un hecho acaecido en su patria, que de un acontecimiento de la Grecia o de Roma. He aquí lo que nosotros llamamos literatura nacional, y por qué manifestamos que la nuestra está aún en su cuna.

No carecemos por cierto de elementos, no nos faltan recuerdos de todo género, capaces de despertar la inspiración.

Cuando nos propusimos hablar de nuestra literatura, comunicando nuestras ideas respecto a su estado, nos fijamos en los *Consuelos*, poesías originales del Sr. D. Estevan Echeverría, y nos pareció exigían, por el interés con que han sido acogidos, examinásemos detenidamente, si tenemos o no una escuela literaria.

La aparición de los *Consuelos* debe lisonjear a todo argentino. Nosotros hemos participado de la más sincera emoción al ver salir a luz una obra fruto de los desvelos de un compatriota. Ella manifiesta en sí una tendencia, y quizás hayamos penetrado el pensamiento del autor, diciendo que es necesario tengamos una literatura nacional. No dudamos que el autor de los *Consuelos* trabaje con tan noble objeto; pero nos permitiremos decir también, que las cuerdas que él ha pulsado con dulzura y armonía han resonado ya otras veces entre nosotros con bastante éxito. La elegía, pues este género es el predilecto del Sr. Echeverría, fue cantada antes de un modo sublime, y lo hemos indicado refiriendo trozos de una muy patética, y que como los *Consuelos* pide y consigue lágrimas.

El lenguaje del autor de los *Consuelos* es dulce y melodioso. La fuente en que bebe es pura, pero no tan nueva que olvidemos otros hermosos cantos a cuyos autores es lícito que la crítica ofrezca a su tiempo un respetuoso recuerdo, única y bien humilde recompensa para el poeta que al mitigar el dolor ajeno solo aspira a una mirada de reconocimiento, y de simpatía.

El poeta ha llamado también [a] la religión en su auxilio, y en esta parte confesamos que el santuario será siempre un asilo de paz donde el corazón que sufre puede ir sin temor a desahogarse a presencia de la divinidad. No hay duda que (sic) el silencio y la majestad de un templo merecen los himnos de la lira. En este género el autor de los *Consuelos* no satisface, a juicio nuestro, las ideas que podemos abrigar, y que nos infunden esos solemnes cánticos de David, esos versos de la Biblia, leídos y meditados allá en el silencio misterioso del santuario, postrados humildemente delante del Dios de Israel. Sí, hubiéramos querido que tuvieran más unción, fueran más místicas las poesías religiosas del Sr. Echeverría; así como no le pedimos ni más calor, ni más vida en las líricas, porque el que se lamenta con tan acerbo dolor, el que exclama desde su lecho de agonía:

“El sol fulgente de mis bellos días
Se ha obscurecido en su primer aurora;
Y el caliz de oro de mi frágil vida
Se ha roto lleno,”

[col. 4] no podrá nunca, aunque quiera, acomodar su lira a la entonación elevada. Así es que en esta parte lo hallamos muy inferior a otro poeta argentino, cuyo pecho se conoce arde al hablar de Patria:

Ya las voces escucho
De los mismos guerreros
Que fueron el terror de los Iberos
En Pichincha, en Junin, en Ayacucho;
Guerreros argentinos, que llevaron
Triunfante sus banderas
Desde la margen del undoso Plata
Hasta el ópimo Chile las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al terrible marchar de los campeones.
Parten de allí, cual rayo á otras regiones
Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimar sonoro:
El Ecuador los vió, Quito amagada
Miró argentinos, y quedó asombrada...

En cuanto a la preferencia de las piezas, admitimos la opinión luminosa de otro crítico, que en el brillante análisis que ha hecho sobre los *Consuelos*, sienta que el *Poeta enfermo*, *Lara o la Partida*, el *Cementerio* conmueven. No dudamos por lo mismo que el poeta obtenga en alivio de sus penas, una *lágrima* de la *ternura*, un *suspiro* de la *belleza*, sobre todo si en ciertos días de la vida, acerbos y solitarios, los bellos ojos de alguna cándida e inocente virgen miran estas estrofas:

Adios amores, de la vida rosas
Que exhalais grato vuestro aroma un dia
Y perdeis luego el poderoso hechizo
Que delirar nos hizo.

Y tu también angelical criatura
Guarda celeste de mi triste vida
Que yo ví en sueño y en feliz instante
Pude llamar mi amante.

Tu que supiste embelesar mi mente
Tu que las ansias de mi amor pagaste
Que el dulce nectar del amor me diste
Y dichoso me viste!

No hemos querido al formar este cotejo de las producciones de nuestros poetas, salir de nuestra escuela, pues hubiéramos hecho mal de traer autoridades que si bien eminentes y respetables no nos pertenecen bajo ningún título, ni satisfarían nuestro propósito. Como tampoco pretendemos discutir si el libro de los *Consuelos* se acerca a la escuela antigua o a la moderna. Nada gana el entendimiento con esas vanas cuestiones de nombres, y de clasificaciones vacías; porque para nosotros no puede haber otra escuela que aquella en que se ostenta con toda su brillantez lo natural y lo bello.

Mucho tiempo ha que nuestros escritores dejaban de producir algo, y no pertenece a nadie culpar esta falta, deplorarla más bien, porque dimana de circunstancias tristes y poco propicias a las producciones del talento. Ahora aparece un nuevo poeta exhalando sus quejidos, hablando un lenguaje íntimo, fácil de entender, si alguna vez la melancolía ha penetrado en nuestros corazones. Su voz es dolorida, y si él no hubiese prevenido el juicio de la crítica en una de sus notas, diríamos que lejos de ser *Consuelos* son *desahogos* de un pecho marchitado que batalla sin cesar con el dolor.

En la existencia del poeta, y de nuestra joven literatura, el libro de los *Consuelos* hará época, aunque su género en globo participe de algún modo de influencias extrañas, de las ideas de otra sociedad más ilustrada en la carrera de la civilización, de una sociedad ya envejecida por las vicisitudes humanas, en donde las pasiones se desarrollan bajo una forma distinta día a día, en donde el amor mismo, ese sentimiento puro y delicado despojado de sus amables hechizos se muestra melancólico y casi siempre enlutado para herir el corazón que adora. Mas entre nosotros, las pasiones, como todo, se resienten de una juventud tierna: es obligación entonces de aquel que reasume la elevada misión de escritor, si quiere desempeñarla con lealtad, ya que a la par del sacerdote tiene también conciencias a su cargo, animar, no afligir, cantar la esperanza, no la muerte.

He aquí el camino abierto a nuestra literatura: estudiar nuestras costumbres, evocar lo pasado, y embellecer lo porvenir.

[Respuesta anónima de Echeverría]. *La Gaceta Mercantil*, N° 3437, Buenos Aires, 27 de noviembre de 1834, pág. 2-3, cols. 2-3.

Sr. Editor de la G. M.

Dígnese Ud. insertar las siguientes observaciones sobre el artículo *Literatura*, que publicó el *Diario de la Tarde* en su número 1041, analizando *Los Consuelos*.

Sr. articulista:

No es mi ánimo disputar a Ud. la palma de la crítica literaria, ni menos arrostrar el magisterio con que Ud. desde su cátedra, reparte coronas a nuestros poetas; sólo sí, hacerle notar algunas candideces, que inadvertidamente sin duda, se han escapado a su *elegante pluma*.

Después de un largo preámbulo, en el cual parece se ha propuesto Ud. trazar el cuadro de nuestra poesía, olvidando, en mi concepto, injustamente algunos poetas sobresalientes que desgraciadamente no existen ya, y a los cuales era más *lícito, que la crítica ofreciese un respetuoso recuerdo*, pasa Ud. a hablar de la obra que ha dado motivo a tan brillante inspiración, y asienta Ud. que nada hay nuevo en los *Consuelos*, porque ya antes poseía nuestra *tierna literatura, sublimes elegías y pindáricos cantos*. No ha dejado de sorprenderme a la verdad este aserto, tanto por el aire de novedad con que se arroja ante los ojos del público porteño, cuanto porque de él deduce Ud. que a pesar de ser el género predilecto del autor de los *Consuelos* el Elegíaco, él no ha podido llegar a igualar a los sublimes trozos que Ud. cita. El autor de los *Consuelos* no se ha propuesto disputar el lauro a nuestros poetas, ni menos deslucir su reputación fundada en algo más sólido que los elogios del Sr. articulista; pero hubiera deseado que no hubiese puesto en cotejo intempestivamente sus producciones, con las de los poetas que le han precedido en la carrera, pues no es al Sr. articulista, a pesar de su magisterio, a quien toca pronunciar el fallo sobre su intrínseco y relativo mérito, sino a la pública opinión, y al tiempo, únicos jueces a quienes, como dijo un crítico de la Gaceta, deben su celebridad algunos poetas inmortales.

Lo que Ud., Sr. articulista, debió haber hecho a mi ver, para *desempeñar con lealtad y buena fe, la elevada misión de escritor público*, era, al hablar de nuestra poesía, hacer mención de los Lucas, Lafimeres (sic), Rodríguez, etc., compararlos entre sí, y adjudicarles coronas, ya que ha tomado Ud. a pecho el empuñar el cetro de la crítica, y el hacernos ver, que si no tenemos literatura no nos faltan al menos Jeffreys, St. Beuves, y La Harpes.¹²

El autor de los “Consuelos” ha conocido antes que Ud. la falta de literatura nacional, pues lo indica en su segunda nota; pero no ha dicho, ni pretendido con sus “Consuelos” echar el cimiento de aquella magnífica obra. Su solo objeto ha sido, no

¹² Célebres críticos extranjeros.

exhalar sus quejidos, sino expresar sus sentimientos en el idioma de las musas: tampoco ha implorado para *aliviar su pena*, lágrimas de la ternura, ni suspiros de la belleza, lo que sería ridículo, sino que dijo de modo que todos pudiesen entenderlo “que el poeta al modular el canto que le inspira su corazón, si consigue una lágrima de la ternura y un suspiro de la belleza, debe llenarse de satisfacción, pues estos sinceros elogios le muestran que ha herido realmente la cuerda que se propuso herir, y son sus más gloriosos trofeos”.

Asienta Ud. con ligereza, Sr. articulista, que el que se lamenta con tan acerbo dolor, y exclama en su agonía

El sol fulgente...

no podrá nunca aunque quiera, acomodar su lira a la entonación elevada; y esta deducción me parece tan ridícula y tonta, que estoy aún indeciso si debo prohijarla a su cerebro, o a algún desliz de pluma o de imprenta. Me asiste el convencimiento, que no le sería difícil al autor de los “Consuelos”, si viviese en época de entusiasmo y de gloria nacional y ocupase *esa posición respetable, en donde los acontecimientos han colocado al poeta*, elevarse a esa *entonación* robusta que campea en los Pirineos [sic] trozos, con que ha engalanado su artículo, ya que ha estado Ud. tan corto de vista, que no ha encontrado nada comparable a ellos en los “Consuelos”.

Acaba Ud., Sr. articulista, por decir que el poeta, como el sacerdote, tiene también conciencias a su cargo, y hubiera sido bueno que no echase en olvido las siguientes líneas que puso también Hugo en el prefacio de sus Orientales:

El autor de esta obra no es de aquellos que reconocen en la crítica el derecho de interrogar al poeta sobre sus fantasías, ni menos de preguntarle, por qué escogió tal asunto, aplicó tal color, o bebió en tal fuente. ¿La obra buena o mala? He aquí la jurisdicción de la crítica.

Y que fiel a las doctrinas de su maes- (col. 3) tro, se hubiese Ud. ceñido a analizar los “Consuelos”, y a averiguar si podrán ellos influir de algún modo en el progreso de nuestra literatura, sin cargar la mano sobre su autor, por haber dado a sus composiciones un colorido sombrío.

Bueno hubiera sido, Sr. articulista, que sin dejarse llevar de la extravagante manía de singularizarse, se hubiese Ud. acordado que [sic] el autor de los “Consuelos” se abstuvo de tocar en sus notas algunos puntos de crítica literaria, porque no se creyó con derecho ni autoridad, para dogmatizar sobre este ramo como Ud. lo ha hecho.

Disimulo a Ud. el tono magistral con que se pronuncia relativamente a los “Consuelos” y con que falla sin apelación en materias de gusto, porque veo que Ud. se ha propuesto nada menos que el público ajuste su humilde juicio a la arrogancia y vanidad

de su crítica: pretensión a la verdad extravagante. Creo Sr. articulista, que en esto de críticas es preciso irnos muy a tientas, y no lanzarnos a decir cuanto se nos pase por la imaginación, y cuanto nos hayan sugerido mal digeridas lecturas, o amistosas conversaciones.

No se crea que ningún sentimiento innoble me ha movido a trazar estas observaciones, sino el deseo de reprimir los arrojados de la petulancia, y de decir algo en obsequio al mérito y [a] la justicia.

Un verdadero amigo del autor de los "Consuelos".

Interior. "RIMAS de don Estevan Echeverría". *Diario de la Tarde*, N° 1879, Buenos Aires, 3 de octubre de 1837, pág. 1, cols. 1-3.

Sabemos a no dudarlo que el autor tenía premeditado el poner al frente de su nueva publicación, una teoría extensa y nueva sobre el arte, o sobre su metafísica estética.¹³ Este trabajo interesante para los estudiosos, servirá a la vez al poeta, ya de escudo contra los tiros ciegos de la crítica descaminada, ya para colocar al lector en el punto de vista adecuado a la talla de sus personajes, a las sombras, luces y coloridos de sus cuadros. Servirá igualmente de antorcha fiel para seguirle los pasos en el camino de su pensamiento, decidiéndonos a proseguir por su vida o a darle las espaldas tomando otro sendero.

Ha desistido por ahora, de su propósito, considerando sin duda que aún no ha cerrado el círculo de sus trabajos artísticos, ni hecho vibrar todas las cuerdas de su harpa: condición necesaria para poseer todos los materiales que debe alzar el edificio de tu teoría. Trabajo es este útil y necesario: trabajo por que clama una generación que se endereza ansiosa a los veneros del saber, y que aplicando la razón a todo objeto, detiene el paso (al poeta mismo) preguntándole qué quiere, a dónde se encamina.

Nos hemos propuesto decir algo no ya acerca del arte en general; no tampoco de la poesía en particular, sino acerca de las que contiene el volumen de Rimas del Sr. Echeverría. Mas séanos permitido remontar por un instante hasta la primera producción del poeta.

ELVIRA

En 1834 [*sic*], apareció en Buenos Aires un corto poema titulado: *Elvira o la Novia del Plata*, sin prólogo y anónimo. Hijo de autor retirado y desconocido, pasó como huérfano sin valimiento: apenas el dedo de la prensa periódica le señaló a las miradas distraídas del público. Sabemos que la ira del poeta, le hizo cribar entonces las cuerdas de la sátira, marcando con sello ígneo la frente mezquina de los diaristas que enmudecieron

¹³ Estudio de lo bello en las artes y la literatura.

ante el primer vuelo de una imaginación en su aurora. Juró en lo secreto de su conciencia tender en adelante sus alas, y agitarlas de modo que resonaran con eficacia; y levantar el acento de sus armonías hasta que fueran escuchadas; juró formarse un nombre, y trabajó por no burlar la voz misteriosa que le decía: eres poeta.

El autor de los *Consuelos* es aclamado tal por el público, y nuestra opinión particular le asigna un puesto señalado entre las luces de nuestra constelación poética.

Elvira (digámoslo sin embozo) no pudo ser comprendida en nuestro pueblo: era una piedra preciosa; pero desconocida, avalorada por unos pocos. Nueva Ofelia, concepción mística y caprichosa, escapó a los sentidos y se desvaneció como una ráfaga o como un sueño. *Elvira* es una producción cuyo tipo no se halla en las literaturas que nos son familiares: parece nacida en los climas de Septentrión; escrita al dulce calor de los hogares del invierno, en tanto que la tempestad sacude las selvas, y las estrellas se esconden entre nubes preñadas de fatales presagios. Nuestra alma meridional abierta siempre a las influencias del sol; embriagados nuestros sentidos con el perfume que difunde el seno de una naturaleza pródiga, libidinosa como una vacante; alejan al alma de las abstracciones y de los presentimientos.

La belleza femenil, puramente intuitiva, colocada sobre fondo sombrío; alzada a una cima de donde la amenaza el *mal* a que la precipita el abrazo encarnizado del destino; es un cuadro que no entendemos; es una copa que nunca hemos llevado al labio. Y tal es la Novia del Plata. ¿Qué significa aquella turba de engendros, aquel *Sabat* nocturno acaudillado por Satanás? ¿Aquellos ensueños febriles de Lisandro? ¿Aquellos corazones sanguinolentos que una mano yerta oprime? Por qué embarazar la atención en el desenvolvimiento de un suceso sencillo (cual es el amor desgraciado de los seres) con una forma exótica y complicada. He aquí los cargos que nuestra perezosa razón y pocas ideas artísticas dirigen a su autor; he aquí lo que sin duda preguntamos todos al ojear su poema en los días de su aparición.

Nada más difícil de absolver... pero dejamos esta tarea al poeta. Al darnos él cuenta [col. 2] de sus meditaciones sobre el arte, sabrá probarnos que lo bello, es bello por el contraste con lo deforme y feo; así como, el albor de la mañana es sensación de luz tras la sensación de tiniebla: sabrá probarnos que la poesía no reside tan solo en las armonías palpables de la naturaleza visible, sino también en las secretas de los corazones y de las almas; que los mudos pavores que suelen avasallarnos aun en medio del gozo, son colores en la paleta del poeta, y realidad en el mundo de la fantasía. Digamos, en fin, con él mismo:

“..... misterio!

Visiones del alma son

Quizá los sueños brillantes

De la inquieta fantasía
Forman coro en la armonía
De la invisible creación”¹⁴

Si tras esto viene el estólido escepticismo a desvanecer nuestra visión deleitosa, y a repetirnos como la *duda* personificada en Hamlet: *palabras, palabras...* le diremos que la más alta filosofía reside en la humanidad, y que la humanidad nos comprende.

En cuanto a nosotros que no pretendemos entrar en los misterios del arte, decir qué cosa sea la poesía, sería en este lugar, descender a una vulgaridad, o más bien, alzarse con la pretensión de explicar lo que cada ánimo experimenta según los grados de su sensibilidad o de su imaginativa. Ella es una divinidad a que cada uno tributa culto a su manera, y como a ser sobrenatural le pide lo que el hombre y el mundo real no puede darle. Pregúntese a los poetas mismos, qué cosa sea, y ellos, como recobrándose de una perturbación o un ensueño, no acertarán a explicarla ni a definirla; alzarán, tal vez, la mano mostrando el cielo; las nubes que vagan, los luceros que resplandecen; o el espacio sembrado de árboles sombríos y de colinas risueñas. Oprimirán luego su pecho y en lamento armonioso, dirán por último que la poesía está en la naturaleza, en el corazón, y por consiguiente en Dios hacedor de todo y Señor de nuestros afectos.

Elvira nos prometió un poeta puramente artístico; es decir, que guiado por la estética que él se ha fraguado, arregla y distribuye sus cuadros; pone a aquel personaje en el fondo sombrío, a ese a la luz viva y llena: da a uno una voz bronca y disonante, a otros un acento armonioso y tierno; un poeta nacido para el drama; que juzga y calcula los efectos, aun en medio del arrebató lírico, como el jefe de la escuela visible de la Francia.¹⁵ Pero Elvira nació en días de tranquilidad para el autor: en días de ilusión y de fuerza, en que el corazón responde al llamado del ingenio, porque está libre y sano; en días en que el poeta no se dobla como débil caña al peso de una idea fija, y se mantiene erguido a manera de cedro inalterable al soplo de los huracanes,

..... che non crolla
Giamaí la cima per soffiari de'venti.¹⁶

LOS CONSUELOS

Pero no sabemos qué borrasca turbó el pecho del autor de *Los Consuelos*. Aparecieron estos revelándonos un nombre. Su autor se mostró desesperanzado, atormentado por el dolor. Toda la naturaleza se le presentaba amortajada, y como

¹⁴ Epílogo de la *Cautiva*.

¹⁵ V. Hugo.

¹⁶ Dante.

Millevoye [*sic*], veía un presagio de muerte en cada hoja que se desprendía de los árboles. ¿Qué mal es este que se apodera de todo joven que medita sobre la vida y la sondea? Oh Dios! Será cierto que si avivas los ojos de la inteligencia humana, es solo para que vea con más claridad su nada y su miseria!

Distínguense *Los Consuelos*, entre las otras obras de igual clase que conocíamos, como un individuo se distingue del resto de los de su especie. Reina en ellos la personalidad, el yo, el lamentar continuo del autor; este es el carácter principal de aquel libro y la razón primera del interés que despertó. Los *Consuelos* son la biografía moral del autor, y todos nos manifestamos curiosísimos de conocer al hombre que sobrepasa del nivel común de la generalidad.

Como obra de poesía se presentaba trayéndonos novedades: interpretaciones de la naturaleza no conocidas por nosotros; imágenes de colorido desusado; pasiones hondas y sentidas, una dicción armoniosa y noble; pero más humana, digámoslo así, que la empleada por el mayor número de los hijos de Apolo de la Península Española, y de la corte de Luis décimo cuarto. Cansados estábamos ya de la Arcadia y de sus pastores; fatigados con el uso absurdo de una mitología a que los últimos romanos ya no daban crédito. Buscábamos una poesía que no consistiera en palabras, y una filosofía sin afectación ni pedantismo. Hallamos todo esto en los *Consuelos*, y los elogios resonaron en las prensas y en la boca de todos. Es de notar [col. 3] (porque esto importa un progreso) que en el examen que se hizo entonces en los diarios de la obra de que hablamos, se mostró la crítica como no era de esperarse. Ella se alzó sobre lo vulgar, y sin acordarse de los preceptistas consideró el todo sintéticamente, y guardó discreta el escalpelo: no desmenuzó la frase ni se engolfó en el trivial análisis de las palabras y de su recta, y por lo tanto, prosaica significación. El crítico que así no procede (no tratando de enseñar la gramática ni la retórica) se asemeja, como lo ha dicho un contemporáneo, a esos insultadores mercenarios que seguían los carros triunfales de los antiguos, prodigando denuestos al vencedor en medio de su gloria.¹⁷

Los *Consuelos*, a más, dejaban traslucir una idea, que hoy ha echado raíces en el suelo siempre fértil de las inteligencias cultivadas. *Layda*, el *Regreso*, el *Clavel del aire*, reflejaban un tanto, o por mejor decir dejaban entrever, ya en el fondo ya en lo accesorio, la fisionomía peculiar de nuestra naturaleza: el poeta había mirado en torno suyo, y encontrado poesía donde antes no la hallábamos. Cuando nuestras cosas de ahora y de ayer pertenezcan a la crónica y a la historia; cuando las iras de nuestro Plata, por ejemplo, se contemplen al través de las nubes que condensa el tiempo, entonces los versos descriptivos de *Layda* ayudarán a dar idea de aquel fenómeno.

Más claro: la idea de una poesía nacional, tuvo su aurora en las páginas de los *Consuelos*, y el autor expresa allí en una nota su manera de concebirla: "Preciso es, dice,

¹⁷ Ms. C. Nadier, prefacio a las *Meditaciones* de Lamartine.

que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes... sentimientos, pasiones e intereses sociales". Dijo en esto una acertada e incuestionable verdad, de aplicación inmediata en parte, de aplicación remota en lo demás; señaló el principio y el término de un camino, que sin duda se andará en adelante no sólo en poesía, sino también en los demás ramos de la literatura y de las artes. La conformación física del suelo y los accidentes de la naturaleza, son cual fueron, invariables y constantes, y así lo serán eternamente. Salieron acabados de la mano del hacedor; no se hallan sujetas a menguar ni a envejecer, y son por lo tanto una fuente de poesía que abundantemente corre ya para el que la busque. Conviértase, pues, la vista a las dos inmensidades que a semejanza de dos gigantes en reposo se extienden a uno y otro lado de nuestro pueblo: contéplense la pampa y nuestro río, estúdiense sus armonías y las escenas del desierto palpiten animadas en los productos de la mente argentina: máticense con las imágenes que allí abundan, para que campee la originalidad, condición esencial de las obras de imaginación si es que quieren suscitar el interés, fijar la atención y conquistar la admiración. Mas, no diremos de igual modo, en cuanto a nuestra naturaleza moral y social: es decir, en cuanto a nuestras pasiones y costumbres, porque estas ni medias tintas prestan al poeta para colorear sus cuadros. Un pueblo mercantil fundado en suelo heredado de míseros salvajes, que ni un momento tiene santificado por las edades; cuya historia es pobre en épicos sucesos, y en personajes dignos de la apoteosis del ingenio, cuyas costumbres son las mismas del mundo civilizado, cuyos hábitos y trajes a cada hora, a cada instante llegan en las naves que tocan el puerto; no puede dar materiales a la poesía ni herir fuertemente la imaginación del bardo. El drama hallará asuntos en América, pero no en Buenos Aires ni en la República toda. La sublevación de un pueblo indígena contra opresores insolentes, sería un espectáculo dramático, pero el tiempo aun no ha revestido con los colores de su prisma, y en igual caso se halla el heroísmo de nuestra sagrada revolución. La Comedia no tiene ridiculeces; vicios que pintar; ni aun ámbito para moverse, sin tropezar con el tipo que señalase a la irrisión del público.

El transcurso de los tiempos amalgamará todos los elementos que dan fisionomía a una sociedad; y los hechos y los hombres que ayer acaecieron o conocimos, se agrandarán en interés y en importancia. El tiempo, al interponerse entre unos y otros les abulta y enalza [sic] cual lo hace la refracción con los cuerpos que pueblan el espacio. Sólo el tiempo, pues, será poderoso a dar pábulo al arte, con los elementos morales de nuestra sociedad naciente.

RIMAS (concluirá en el número siguiente)

“RIMAS. LA CAUTIVA (Conclusión)”. *Diario de la Tarde*, N° 1880, Buenos Aires, 4 de octubre de 1837, pág. 1, cols. 1-3.

Aunque hojeásemos con afán cuantas poéticas conocemos, ciertos estamos en no hallar en sus nomenclaturas, nombre que dar a esta composición mirada por su aspecto más saliente; que es, su forma o estructura. Será un poema, si tal denominación debe darse a la relación de un hecho en que intervienen dos o más personas; pero no es épico en el sentido didáctico, considerada su duración, la calidad de los héroes, el metro mismo y la versificación. Pero no nos atormentemos en clasificar una producción de la fantasía con la exactitud que emplea un naturalista en ordenar su herbario. Entre la tragedia regia, y la comedia que pinta humildes costumbres, así como entre una epopeya y un cuento o una balada, hállanse infinitos escalones en que puede detenerse el poeta, quien por otra parte, esencialmente creador, sale a veces de las veredas andadas por sus predecesores. Para él, a más, existe una ley sobre todas las demás leyes que le ordena armonizar las formas con los afectos, las pasiones y la naturaleza inerte, a la manera que el pintor dispone los fondos y lejos de sus cuadros en relación misteriosa con el asunto manifestado en la actitud de los seres vivientes que les ocupan.

Cuando el lugar de las escenas de la *Cautiva* es nuevo y recién descubierto para el arte; cuando en él resuena el alarido del salvaje de la pampa; serpean llamas del incendio, la sequía esteriliza y yerma, y el yajá se levanta fatídico sobre todo este mundo raro que anima el poeta; imposible era someterse a una forma que no naciese espontáneamente del seno de estas mismas cosas. Así nace, y la forma queda santificada, sin necesidad de mayor examen ni apología.

Una serie de cuadros en número de diez desenvuelven el asunto, con variedad y sin cansada monotonía. El primero representa la Pampa en los momentos en que la luz del día la abandona. Esta primera descripción no abunda en pormenores, es más bien, la pintura de las impresiones que transmiten al ánimo la inmensidad, el silencio, la planicie sin interrupción, en medio de la cual como una evocación del infierno se muestra una horda victoriosa de salvajes. Entréganse estos a los excesos de la embriaguez y de placer, en tanto que Brian el guerrero, yace herido y maniatado entre las más valiosas preseas del botín. María (mujer celestial a quien el amor infundió alma de héroe) llega armada de un puñal, y a merced del sueño de los bárbaros y de la tiniebla liberta a su esposo de los lazos y del cautiverio. Huyen; María alentando a Brian, atraviesan la soledad, leyendo como acontece al desgraciado su fatal o próspera fortuna en las mudanzas del cielo. Un pajonal les da reposo y abrigo; el incendio aumenta la deplorable situación de los esposos. María salva a Brian de nuevos peligros, y llevándole sobre sus hombros, le pone en la opuesta y menos desolada orilla de una corriente que ella ha atravesado con carga tan preciosa. El guerreo muere en delirio soñando con sus contrarios, con su gloria y con

el objeto digno de sus amores. María sigue al occidente en demanda de su hijo, su único vínculo con la tierra; halla victoriosos a los soldados de su esposo y de entre ellos sale una voz que le dice: “murió tu hijo”. A esta nueva cae María cual planta que el viento desarraiga: muere, y como en manifestación de que el cielo le ha abierto sus mansiones, revive en su rostro la apagada belleza y las marchitas gracias.

¡Cuánta poesía campea en la pintura de la naturaleza inculta! ¡Cuánta en el heroísmo de María y en el amor hacia su esposo! Esta pasión (el amor) que siempre predomina en la obra de todo poeta, se halla expuesta a rayas en trivial, o a extrañarse en el sentido moral, cuando no la concibe una razón filosófica y no la siente un corazón elevado. El amor en María, es una centella que a infundirle de virtud y fortaleza, se ha desprendido de los cielos: ella es fuerte porque ama: tiene esperanza y fe porque ama: el amor orienta su vida y guíala en todas sus acciones por un camino que deja señalando con luz vivísima y hermosa. Mientras el poeta no vea en el amor una predestinación y la aleje de los sentidos para acercarla al alma, sus personajes serán como el D. Juan de la tradición, [col. 2] dignos del infierno, dignos sólo de ser estimados por inteligencias depravadas.

Al poema de la *Cautiva*, siguen un *Himno al dolor*, unos *versos al corazón* y algunas canciones. Dícenos el autor que las dos primeras composiciones pertenecen a la época de los *Consuelos* y que son acentos de la misma lira. No lo dudamos; pero las consideramos nacidas en momentos en que el alma sola velaba a la luz de la contemplación. El tumulto de los sentidos se deja oír a veces en los *Consuelos*; y los recuerdos del placer y del amor, cruzan a menudo como nubes doradas el cielo sombrío de aquellas poesías. El himno y los versos al corazón, son, tras las anteriores obras del autor, como el fruto de una larga experiencia en la escuela de los padecimientos del espíritu: podrán tal vez compararse a esos profundos corolarios que deduce la edad madura al meditar sobre las circunstancias de la ya pasada. Triste escuela, por cierto. Pero, desgraciado también del que no se alecciona para resistir al dolor y al infortunio que son la común herencia del hombre. ¡Feliz el que sube a tanta altura que en el potro del tormento puede entonar un himno! Entonces es, cuando el hombre se muestra digno de serlo: cuando, a la manera de nuestro poeta, se reconcentra en su alma, y desafía desde allí, como desde un baluarte, al mal que se encarniza en su porción perecedera: cuando, sondeando la cima de su corazón, pide a Dios le diga cuál fue la materia de que quiso hacerlo y acalla y somete a aquel con el poder de la reflexión y de la filosofía.

¿Qué mayor elogio podríamos hacer de las mencionadas poesías, que el recordar que ellas nos han sugerido estas serias consideraciones? ¿Qué mayor triunfo para el poeta y para la poesía, siempre considerados, el uno como un ser de ameno ingenio nacido para ahuyentar el fastidio, la otra, como una expósita, de bajo linaje en el mundo de la razón, y solo por consiguiente estimada como vil objeto de deleite?

El hombre ha debido ser siempre, y tiende a serlo en nuestra época, grave, meditador, religioso, penetrado hondamente de que viene a la tierra a cumplir con una misión noble y útil. Ya el que vive sobre un suelo que cubre tantas generaciones, es rico de la experiencia de todas ellas, y ha dejado de ser infante: no busque, pues, frivolidades, no alimente solo sus sentidos: nutra el espíritu y la inteligencia con sólido alimento, y demande a la poesía, a la música, a las artes todas, a las pasiones mismas, algo que deleitando el alma, la mejore, la ennoblezca, la ensanche para comprender en ella a la humanidad toda como a una numerosa familia de hermanos... Sí, y la palabra del poeta, es la trompa que debe hacer que palpiten y vivan los cadáveres; debe ser el mandato de la resurrección que ha comenzado en el viejo mundo, y ya tal vez en el que nosotros habitamos.

El Civismo, ha dicho en nuestros días un ilustre mártir de la verdad¹⁸, mantiene al hombre en el fango, y la verdadera y religiosa filosofía se esfuerza por arrancarlo de él. He aquí el secreto de ese giro que han tomado las modernas producciones, y del cual los hábitos contraídos de antemano alejan aun a muchos creyéndole una exaltación, una sublevación contra los maestros; una novedad de mal gusto. Pero, pasando de la corteza al corazón, desde la forma al fondo ¿qué hallamos en el nuevo proceder del arte? Hallamos que el soplo que le anima, no es ya el aterido y letal del sensualismo y la materia, sino el vivificante y fecundo de aquella filosofía que reconoce en el hombre una esencia que no perece; una llama que anhela por levantarse a regiones más puras; un vínculo que le mantiene siempre en presencia de Dios, y le recuerda que en todos sus actos le preside. La escala por donde los deseos, las esperanzas, las plegarias del hombre subían hasta el cielo, y que la filosofía que agoniza había sacrílegamente roto, es la que se trata de reconstruir y de rehabilitar, por decirlo así. Tal es la demanda de las olas de ese torrente que arrasa ciertas fábricas reputadas por gigantes, y ensaya otras más completas, más acabadas que representan la doble faz del hombre. Esas alteraciones en el lenguaje; ese cambio de lo que se llama gusto; ese afanosos buscar de ideas y pensamientos; los matices desusados de las imágenes; las creaciones fantásticas que se apartan de la realidad material. ¿y qué nos dicen? ¿qué prueban? Dicen y prueban que el espíritu brega por desasirse del error para ampararse de la verdad; que se divorcia de una filosofía que ha conocido mala, para someterse a la influencia de otra, que como el Sol, luz y vida y calor infunde en cuanto toca.

Pero, es preciso decirlo: el autor de las *Rimas* y de los *Consuelos*, no ha entrado enteramente por este sendero. El, sin dudas que es un atleta en la palabra del Progreso; pero más como artista que como hombre de creencia y fe. Su *Himno al dolor* y sus versos al corazón, que nos han hecho, tal vez, comprometer las ideas anteriores tocándola así de paso, parecen más bien escritos por un discípulo de Zenón, que por un discípulo de aquel

¹⁸ Pellico.

[pasa a col. 3] otro maestro que con su ejemplo sublime eclipsó las ásperas virtudes del Pórtico; más se acercan a los raptos altivos de aquel genio que dijo: “el dolor es la ciencia”¹⁹ que a la mansa resignación del autor de las meditaciones poéticas y religiosas. Esperamos sí que llegará día en que el autor de las *Rimas* nos dé margen a decir de él todo lo contrario. El, que hasta en las más ligeras y vaporosas canciones ha huido de la trivialidad a que había condenado a este género la medianía, está al umbral de la poesía social y religiosa porque anhelamos. Ella, como todos los demás ramos de la literatura que asumen tal carácter, son los ángeles guardianes que protegen a los pueblos, perfeccionan al hombre y convierten la vida en una ventura permanente.

Hay de notable en las *Rimas* de que hemos hablado, la generalidad con que domina el *metro de ocho sílabas*, tan pocas veces usado por los poetas que en épocas recientes han escrito en lengua de Castilla. Dícenos el autor en su Advertencia, que le cobró repentinamente particular afecto y quiso exhumarlo restituyéndole el valor y el mérito con que campeó en lo antiguo. Si tienen los españoles un metro o una versificación completamente nacional, es sin duda el octosílabo: en él fueron celebradas las proezas sobrehumanas del Cid, por poetas cuyos nombres nos son desconocidos, alzados desde la faz del pueblo hasta la inmortalidad a esfuerzo solo de la virilidad de sus imaginaciones. La braveza de los caudillos cristianos y sus combates y justas en noble emulación con los árabes: la religión, el amor, cuanto fuera poético, en fin, le encarnó bajo la forma octosilábica, en los sabrosísimos romances que sólo perecerán con nuestra lengua. Cristobal de Castillejo fue el adalid que defendió esta forma de versificación contra el cisma o herejía, que con el endecasílabo italiano introdujo Boscán o más bien difundió, puesto que como lo dicen muchos, era ya conocido de los españoles.

Fundábase Castillejo en que la nueva trova era oscura y prolija, y por consiguiente opuesta a la índole de la lengua española, devota de la clara brevedad. Hicieron bien los poetas de entonces en no hacer caso de aquel coplero, como le llama Quintana, y en dar a la lira de su nación una cuerda más sonora y armoniosa. Pero, como es indispensable que la obra se resienta a veces del instrumento con que se atiza, el endecasílabo ha contribuido en nuestro humilde modo de entender, a la flojedad del pensamiento que se nota en la generalidad de las poesías castellanas y a ese eterno rodear y circunvalar en torno de la idea y de la expresión más propia y natural. “En los más de los poetas castellanos (dice el autor del Español y de las Variedades) desde Garcilazo a los de nuestros días se observa que rara vez dicen lo que quieren sino lo que pueden. La rima, el metro italiano, con su entono y poca flexibilidad para nuestra lengua... les ha quitado la libertad de pensamiento y expresión”.

Puede ser que estas consideraciones sirvan no a condenar los demás metros ni a levantar al octosílabo sobre todos ellos, sino a justificar la afición que le profesa el autor

¹⁹ Byron.

de las *Rimas*. A cualesquiera límites que reduzca el verdadero poeta sus concepciones, siempre tendrán el valor y el brillo que a cuanto toca sabe dar el talento y el ingenio: así, instrumentos de pocas cuerdas y tenue sonoridad, suelen en manos de diestros tañedores encantar al auditorio de gusto más refinado y descontentadizo. No seamos, pues, exclusivos en cosa alguna y muy particularmente en materias que solo tocan al instinto y a las inexplicables simpatías del artista: no nos aventuremos a condenar la versificación de que hablamos solo porque el autor de una poética novísima haya dicho en sus anotaciones que es poco acomodada para asuntos sublimes. Si lo sublime no consiste solo en la rotundidad, ni en la palaciega ostentación de un fasto cifrado únicamente en el ropaje, las *Coplas* de Manrique, por ejemplo, son el más sublime y sentido lamento que jamás haya lanzado el alma de un gran poeta.

Conclusión

[Ensayo de Juan María Gutiérrez] “El caballo, en la provincia de Buenos Aires”, *El Recopilador*, Buenos Aires, Imprenta del Comercio, N° 3, pp. 17-19 y N° 22, pp. 171-173. [primera entrega]

A horse! a horse! my kingdom for a horse!

Shakespeare – King Richard III

Si nuestros padres y conquistadores no nos hubiesen enseñado las verdades del evangelio, tal vez contaríamos entre nuestros dioses a este arrogante y fogoso animal, que nos proporciona placeres indecibles y es uno de los medios más poderosos de nuestra riqueza: y si abandonados a nosotros mismos, hubiésemos formado como los pastores de Egipto, la nomenclatura de las constelaciones que brillan en el cielo, sin duda que habríamos colocado al caballo entre las estrellas meridionales. Ley hubiera sido impuesta por el agradecimiento, el darle el mismo lugar que dio la mitología a la fabulosa Amaltea. –¿No es para nosotros el caballo, símbolo de abundancia, como el adorno de la frente de aquella?

Qué serían las tendidas pampas sin el animal que puso alas al hombre que las habita? Vastos desiertos, abrigo de algunas tribus aisladas, soledades estériles, mares de tierra inútiles para servir de comunicación a unos pueblos con otros pueblos: la piel del gamo, de los leones, del tigre, de la nutria; las plumas del avestruz, la sal mineral, tantas otras producciones de nuestros campos, y sobre todo la ganadería, habrían quedado sin fruto para la industria y el comercio, a no ser la agilidad, inteligencia y robustez del caballo.

Debemos la adquisición del caballo a la conquista. La raza belicosa que plantaba su toldería donde hoy se asienta Buenos Ayres, compró con su sangre el instrumento remoto de sus venganzas; y los nietos de los que perecieron en la Matanza, a merced del caballo que manejaron con mayor destreza tuvieron largos años reducido al poder español entre los límites del Salado.

Sin duda que instructivo a la par de curioso, sería el examen que se hiciese del influjo que ha podido tener este animal, en la condición de nuestros indígenas; cuál sería su suerte y carácter sin este medio de acelerar la huida, de atacar con mayor violencia. Y averiguar también con mayor detención que en este artículo, cuál es la parte de originalidad que debemos nosotros ya civilizados, al uso hábil y frecuente que sabemos hacer de las nobles condiciones del caballo. Jóvenes una mina inagotable de originalidad tenéis bajo las plantas: los que deseáis escribir con independencia de las trabas que imponía un gusto caduco y apocado, buscad en vosotros mismos y en la naturaleza que os rodea, los rasgos de nuestra fisonomía y retratadla.

Nuestros caballos descienden de la mejor raza del mundo: los céfiros del Betis, como apellida un historiador americano a los caballos andaluces, son conocidamente árabes o cuando menos berberiscos; y si han podido degenerar algo por el poder del clima, han mejorado mucho por la mano del hombre que les maneja. El caballo europeo es por lo general una máquina, un esclavo que tiembla a la voz de su amo, que pierde su natural fiereza bajo el peso de la vil carga y de los palos con que se le doma: el nuestro aunque dócil a la voluntad del jinete, conserva, reducido a un alto grado de mansedumbre su voluntad e independencia: reconoce denuedo y bravura en quien le monta, y cede de sus brios y se amansa convencido, digámoslo así, de que no puede triunfar en la lucha que sostiene con el hombre. –Cualquiera que compare los medios empleados por los Europeos y los nuestros para domar un caballo, debe forzosamente deducir que el nuestro le envilece menos, dejándole muchas de las nobles condiciones que le ennoblecían y hermoseaban, cuando en estado de bravío volaba por los campos entregados completamente a su capricho.

Manso ya, sellado por la cruel marca de la propiedad, lejos de la hembra cuya posesión disputaba a su iguales, ante la cual ostentaba sus crines, de que el tuce le ha despojado, empieza una nueva vida bajo el poder de las pujantes piernas de un ganadero: debe ser fiel como el mastín de un pastor del viejo mundo, de buena rienda, o como nos obliga a decir la cultura del estilo, dócil al freno; debe alcanzar al toro y no temerle, adiestrarse en las faenas del rodeo y correr a la par de los avestruces y los ciervos. Cargará los utensilios y armas de su jinete, el trenzado lazo, las bolas silbadoras y certeras: llevará a su amo a la remota laguna si tiene sed, le pondrá a tiro de la gama si tiene hambre; le dará sombra en las ardientes siestas del verano y anunciará con un relincho la proximidad del peligro, al que descansa confiado en su fidelidad. –Criatura

inapreciable, cuán diferente te nos muestras según la persona que os maneja! Si quieres conservar tu gracia y tu belleza, y despertar ideas y sentimientos poéticos en quien te contempla, no dejes los campos por el estrecho pesebre de las ciudades y sobre todo no permitas que suba a tus espaldas el que surca los mares y os maltrata por falta de destreza en gobernar las bridas. –Un porteño llora cuando alcanza el significado de estas palabras: *Horses to let*.

No sólo ha de ser útil a su dueño sino que también ha de proporcionarle placeres, ganando premios en la carrera y en otros juegos, especie de torneos en que no se derrama sangre humana; en donde la liza es la llanura, el palenque, el horizonte que la limita, y las gradas para los espectadores, los lomos y las ancas de todos los caballos de un pago entero, enagenado de gozo y vestido con los más lucidos arreos del domingo. En estas escenas, verdaderamente nacionales es donde debe estudiarse la índole del caballo y no en la guerra y en la caza, donde únicamente le halló Buffon digno de la poesía y la elocuencia.

Tantos placeres y servicios le son recompensados con un amor sin límites: él y la querida se disputan en viva lucha el corazón de un paisano, y si este como el héroe de Shakespeare poseyera un imperio, lo cambiaría sin trepidar por un caballo.

Si todas las capitales se parecen, no es dentro de Buenos Ayres donde ha de examinarse el influjo que ha tenido este animal en nuestro carácter y propensiones: la ilustración borra de la fisonomía de los pueblos todos los rasgos originales, porque su tendencia es la de reducir a los hombres a una sola familia y traerlos a un mismo modo de pensar, de proceder y de vivir: -un paquete de la calle Cabildo, un elegante de las Tullerías, un fashionable del parque del Regente, un lechugino del Prado, son todos de la misma familia, como lo son cuatro mariposas aunque en sus alas brillen diferentes tintes y cambiantes; se parecen como cuatro bustos de un mismo personaje, cincelados en cuatro diversas edades de su vida. Pero las modas y las pestes huyen de los campos: allí la ley de la necesidad dictó las formas del traje, y tal cual es y ha sido, permanecerá mientras el hombre identificado con el caballo necesite soltura en los miembros y agilidad en los movimientos. Lo que decimos del vestido, puede aplicarse a los hábitos morales, a las pasiones del ánimo y al desenvolvimiento y cultura de los sentidos y de la inteligencia.

El hombre de nuestra campaña es esencialmente independiente, y reúne todas las buenas condiciones que acompañan al amor de la libertad personal y al aborrecimiento de la sujeción y de la fuerza. Acostumbrado desde la infancia a encontrar en el caballo un medio seguro de evadir la injusticia de los hombres, a no medir nunca las distancias, a no detenerse ante un río o un precipicio, porque todo lo salvan las alas del animal que monta; llega a creer que su voluntad es prepotente y que si esta no se estrella contra los obstáculos naturales, tampoco debe ceder a la de los demás hombres. Señor de los campos, rey de la llanura, como un cóndor es de los aires y de la cumbre de la Cordillera

¿quién le sojuzgará si monta *un caballo propio para burlarse de un alcalde*? En esta expresión proverbial está encerrada la idea que hemos intentando analizar y desenvolver.

El movimiento del caballo despierta la meditación e impone silencio al jinete: las ideas se suceden con la rapidez del galope; pero los labios se niegan a expresarlas, tal vez porque la excesiva actividad como el profundo reposo producen iguales efectos. ¿No podrían explicarse por esta observación, el carácter silencioso de los hombres de nuestra campaña y la especie de pereza que tienen para expresar lo que piensan y sienten? Agréguese a esto, el silencio del desierto y el pasmo que produce su extensión, sólo comparable con la de nuestro río o con la inmensidad del cielo...

[segunda entrega]

Los naturalistas han observado la íntima relación que existe entre la velocidad de los animales y la intensidad de su potencia visual: las aves que se levantan a mucha altura y juegan en el aire dando graciosos giros unas veces, y otras quedando como estáticas contemplando la tierra, tienen la facultad de percibir hasta los insectos que el arado por ejemplo saca de las entrañas del suelo, y se lanzan sobre ellos para alimentarse. – Los animales de andar perezoso y tímido, no alcanzan a ver lejos, y a cada momento tenemos lugar de observar los pasos vacilantes e inciertos de un ciego, y la presteza de los niños, cuya vista aun virgen de años y fatigas es penetrante y alcanzadora como una flecha. – Nuestros paisanos que son sobre el caballo como hechos *de una misma pieza*, de un mismo tronco, como una estatua ecuestre, y que pudieran muy bien haber dado lugar a la fabulosa existencia de los centauros, han convertido en propiedad suya la velocidad del movimiento de aquel animal. Recorriendo a brida suelta vastos espacios en cortísimos instantes; prevenidos siempre al encuentro de un tropiezo y preparados a evitarle con la celeridad del relámpago, tienen una vista cuyo alcance pasma a los hombres de las ciudades, cuyos rayos visuales muy pocas veces llegan a ver los confines del horizonte: ellos divisan la más ligera y rala nube de polvo que se levanta en lo más remoto del campo; descubren en un punto negro y distante que asoma, sobre alguna de las suaves colinas de nuestra campaña, a un animal, cuyo género y tal vez el color de la piel dirán sin equivocarse ni trepidar. Dirán si aquel polvo es levantado por una tropa de animales vacunos, o por jinetes; y sabrán distinguir si estos son los pavorosos Indios, o *Cristianos* hermanos y amigos.

Es verdad que no sólo al sentido de la vista, sino también a ciertas observaciones ingeniosas, deben la especie de adivinación que ejercen sobre los misterios que oculta la distancia: –ellos dirán, por ejemplo: por aquel bajo va un hombre –y va a todo galope. – Cómo lo saben, si entre el lugar que señalan y el que ocupan, se interpone una altura? – Lo saben por los pájaros que se levantan del bañado y huyen atemorizados. –Dirán también: en aquel *matorral* hay un animal muerto, y también lo saben por el grito o el

vuelo de las aves de rapiña que se disputan los despojos del cadáver: y sabrán decir también, juzgando por lo apartado o cercano que se halle de las casas y del camino principal, si ha sido robado del rodeo, y muerto o para aprovechar la piel o para saciar la necesidad gástrica de algún viajero. Sí, lo saben, porque como observa Mr. Head, el gaucho en su pampa no es menos sagaz que Zadig; Zadig el oriental que se lleva la palma del sabio, por que el genio que fue su padre le dio cuna en la región del mundo más decrepita.

No hay exageración: la idea que nos hemos propuesto en estas líneas, es digna de ser desenvuelta con madurez y reflexión en un volumen entero. El hombre, frágil, inconstante, hijo del hábito, está sujeto a la influencia de las causas más imperceptibles. - ¿Qué mucho es pues que sobre hombres salidos de manos de la naturaleza y sin que el refinamiento de la civilización haya obrado nada en ellos, pueda tanto un animal a quien deben media existencia? No es exageración, cuanto hemos dicho de la influencia ejercida por el caballo sobre la parte física y moral de nuestros habitantes de la campaña, es un hecho, una verdad palpable para todos.

En todas partes del mundo, en la antigüedad como en los tiempos presentes, el caballo ha sido compañero inseparable del hombre en todos los actos de valor, y muy particularmente en la guerra. -La Europa, adelantada en este arte terrible de exterminar los hombres, ha reducido la libertad del caballo a la ciega obediencia a que somete la disciplina al soldado. -Las filas de la caballería avanzan con la regular monotonía de unos autómatas: el clarín manda las evoluciones, y aquellos animales siempre inteligentes, aun siendo esclavos, se mueven de concierto sin esperar los movimientos de la brida. -El hombre en este caso es menos inteligente que el generoso bruto, y la caballería obra sobre el enemigo como una muralla que tuviese la facultad de moverse y adelantarse.

No así entre nosotros. -El jinete se presenta en la batalla con toda la importancia que le da la fuerza del animal que monta, y al cual dirige y maneja con tanta facilidad como a su sable. -El pecho robusto del cuadrúpedo es la más terrible arma que puede emplear contra un enemigo poco avezado en los ejercicios ecuestres. -Cuántas veces no ha roto por un cuadro de infantería un caballo argentino al sentir en sus hijares las punzantes espuelas de un bravo!

Mucho más digno es del hombre que la influencia de la voluntad se ejerza sensiblemente sobre el animal que dirige: este es el caso de nuestros paisanos, siempre señores absolutos de los bríos del caballo que montan....

Pero dejemos la guerra; no es en los campos de batalla donde falta al pueblo argentino títulos de gloria: no es en los campos de batalla donde menos ha brillado la eficacia de esa alianza benéfica entre el hombre y el caballo. -La historia fecunda en hechos singulares y grandes, dirá las maravillas que han pasado en la pampa que se extiende desde el Paraná y el Plata hasta las faldas de la Cordillera.

Las artes, hijas de la paz, se preparan a sacar fruto de la originalidad que derrama el caballo sobre nuestros hábitos y costumbres. –La pintura hallará variados movimientos, graciosos grupos, escenas divinas de animación y vida.

La poesía, apoderándose de las pasiones hondas que la soledad arraiga en el pecho del hombre: de la inmensidad de la pampa y de los misterios y ocultas armonías que encierra, presentará divinos poemas originales y arrebatadores. –¿Quién podrá soportar los zagales del parnaso español, cuando un compatriota inspirado por el genio de la poesía del siglo, nos muestre hasta qué punto es sublime el hombre en cuyo seno late un corazón magnánimo y sensible, que atraviesa los desiertos, libre, independiente, sin más compañero que su generoso caballo!

[Poema y comentario crítico, de Juan M. Gutiérrez y J. B. Alberdi respectivamente]
***La Moda*, N° 2, 25 de Noviembre de 1837, pág. 4, cols. 1-2**

A Ella (Cielito)

Cielito, cielito del alma,
No es tan blanca la azucena
Como la mujer divina
Que me causa oculta pena.

Sus ojos son dos diamantes
Que entre violetas relumbran,
Pequeños son y modestos
Pero el corazón me turban.

Cielo, cielito las nubes
De púrpura matizadas
Pálidas son y sin brillo
Con mi amada comparadas.

El aire de aromas lleno
No es tan fragante y sabroso
Como el aire que respira
De su pecho candoroso.

Cielo, cielito del alma
Si este ángel a mí me adora

Cielos estaré cantando

Desde una aurora a otra aurora

Esta poesía que sin duda es bella, es no obstante como una gran parte de la poesía que se escribe en nuestro país, incompleta y egoísta. No expresa una necesidad fundamental del hombre, ni de la sociedad, ni de la humanidad, ni del progreso: es la expresión de un sentimiento individual y por tanto, a pesar de su belleza, es una poesía pueril y frívola en el fondo. Es dedicada a *Ella*: ¿cuál ella? La patria? La humanidad? No, una mujer. Es un amante que en pago de un amor egoísta, promete pasar su vida cantando día y noche: bello y noble destino, sin dudas, para el hijo de una patria y una humanidad que sufren ignorancia y pobreza y necesitan palabra elocuente que lo grite.

***La Moda*, N° 5, 16 de diciembre de 1837, págs. 1-3, cols. 1-2**

MI NOMBRE Y MI PLAN.

Es de necesidad que yo de cuenta de estas dos cosas.

Por muchas razones me llamo *Figarillo* y no *Fígaro*. Primero, porque este nombre no debe ser tocado ya por nadie, desde que ha servido para designar al genio inimitable cuya temprana e infausta muerte lloran hoy las Musas y el siglo. No hay mejor modo de hacerse burla a sí mismo que ponerse un nombre de coloso, siendo uno pigmeo. Llamar Napoleón a un hombre vulgar, es una ironía, una burla manifiesta; es llamar elefante a una hormiga; es también una impiedad por la memoria del grande hombre cuyo nombre no debe ser profanado por aplicaciones indignas. En el día ya nadie quiere llamarse Juan, ni Pedro, ni Manuel, ni Mariano: se tiene a menos, a mal tono, a mal gusto nombrarse como los pobres Apóstoles y Mártires del cristianismo, después que sus ilustres nombres han sido gastados y vulgarizados a punto de no encontrarse hoy un changador que no se llame lo mismo que el autor de las Epístolas a los Romanos, a los Corintios, a los Galatas, etc. Al oír los nombres de la generación niña, se diría que es una raza de héroes, y no parece sino que hubiésemos querido hacer a costa de nuestros hijos, la parodia de las ilustraciones [col. 2] profanas de la historia. La gracia es heredar un nombre común, y legarle ilustre, a hijos que probablemente no gozarán de otra ilustración. Me llamo *Figarillo*, en segundo lugar, porque yo no entro tan en lo hondo de las cosas y de la sociedad como el Cervantes del siglo XIX. Yo no me ocupo sino de frivolidades, de cosas que a nadie van ni vienen, como son las modas, los estilos, los usos, y alguna que otra vez las ideas, las letras, las costumbres y así, cosas todas de que los espíritus serios no deben hacer caso, como puedo apelar a la España, que en punto a gravedad y desprecio por

estas fruslerías jamás fue aventajada: a bien que ella no me dejará mentir en sus barbas blanca, delante de las cuales, nunca se dijo ni escribió mentira alguna. Me llamo Figarillo y no otra cosa porque soy hijo de Fígaro, es decir, soy un resultado suyo, una imitación suya, de modo que si no hubiese habido Fígaro tampoco habría Figarillo: yo soy el último artículo, por decirlo así, la obra póstuma de Larra y, por supuesto, debo tener toda la debilidad de las obras hechas en medio de la laxitud que precede a la muerte. Que haya tomado para distinguirme una modificación del nombre del genio que me ha dado el ser, lejos de ser un acto de extrañeza, lo es más bien de gratitud. No obran así esos padres [pág. 2, col. 1] comunes y vanos que dan sus nombres vulgares que debieran llevar al sepulcro, a unos hijos que los entregarán, a su vez, a los suyos, tan vulgares como los recibieron: bien que esto es justo en cierto modo, porque, qué cosa más justa que dar un nombre vulgar a una persona vulgar. Llamar silvestre al padre, y llamar Silvestre al hijo, es decir que tan Silvestre es el hijo como el padre. Me llamo *Figarillo* todavía, porque el genio de Larra ha conseguido hacer sinónimos su nombre y la sátira, y el figarismo es hoy la comedia. Si no me llamase *Figarillo*, por otra parte, es decir, si no me llamase como se ha llamado otro ya, si no fuese lo que ha sido ya otro, si no fuese una repetición, una continuación, una rutina de otro, en una palabra, en esta rutinera capital no conseguiría yo ser leído; porque todo lo que no es igual a lo que ha sido, esto es, todo lo que no es viejo, no tiene acogida en esta tierra clásica de renovación. Tiene además mi nombres el caro privilegio de ser español de origen; porque en esta sociedad hispanoamericana, todo lo que no tiene origen hispano tampoco logra hacerse americano: lo cual es muy justo si se atiende a que nosotros mismos somos originarios de España, y nada más natural que amar aquello que salió de donde también nosotros salimos: son como hermanas nuestras, y como tal nuestras predilectas, las costumbres españolas; y lastima es, a la verdad, que algunas de ellas hayan perecido a manos de la revolución que nada nos ha dado en su lugar. Por eso me decía con mucho candor, un inglés, los días pasados, hablando del estado de la moral en nuestro país (Lo revelo aquí con confianza, en el círculo obscuro de los lectores de este papelin, que el inglés no leerá en su vida) “En este país, exceptuando una que otra familia, que por *no haber entrado en la revolución*, conserva las costumbres puras de España, todo el resto se divide en tres clases de canalla...” Lo miré a la cara: medio se turbó el ibérico, y me dijo: “pues....ésta es mi opinión....yo no sé...” Por decontado [*sic*]: continúe V. le dije, por [col. 2] ver en qué clase de canalla me clasificaba a mí; luego que me vi entre la segunda, me di por satisfecho de mí y de nuestro país. Con que, vean ustedes, si hacemos bien en mantener todo lo que es español y no ha entrado en la revolución. Puedo agregar a todo esto, que también me da derecho a éste nombre, la posesión de ciertas calidades del Barbero de Sevilla, que eso si no deseara, tengo sin embargo alguna cosa de charlatán, enredador y curioso como el

personaje de Beaumarchais. De modo que yo no me llamo Figarillo tan a humo de paja, como otros se acostumbran llamar Washington, Napoleon, César, Alejandro.

He explicado mi nombre: voy a explicar mi plan, que poco tiene que explicar a la verdad. Soy hijo de español y ya se sabe que todo hijo de español no debe hacer en toda su vida sino lo mismo que hizo su padre; no debe ser más que una imitación, una copia, una tradición de su padre, es decir, siempre imitación, siempre copia, siempre rutina, como por ejemplo nuestra patria de su madre patria. ¿Qué ha hecho mi padre dentro de su corta pero aprovechada y provechosa vida? Alabar a sus abuelos, recomendar sus tradiciones, respetar lo que el tiempo ha respetado, pues tal será también mi constante afán: alabar, aprobarlo todo como buen hijo de español y en especial lo que traiga origen de ínsula porque, en virtud de la índole ibérica, el mejor hijo es aquel que no sólo imita al padre sino también al abuelo, al bisabuelo, y así de generación en generación hasta llegar a nuestro primer padre Adán, exclusive por haber caído él de puro innovador y experimentador; por lo cual los españoles y descendencia siempre hemos tenido horror al árbol de la ciencia, de que no seremos nosotros, a buen seguro, los que volveremos a comer el fruto. Pienso no dejar mi nombre ni mi plan mientras viva, y dejaría de ser hijo de Fígaro si así no lo hiciera. A bien que, corta será mi vida para [pág. 3, col. 1] alabar todo lo que tengo de alabar en esta tierra llena de recuerdos y legados de nuestras pasadas generaciones, que Dios perdone.-

Figarillo

[Ensayo sobre poesía publicado en varias entregas; ofrecemos un extracto de los pasajes más relevantes]. *La Moda*, N° 14, Buenos Aires, 17 de febrero de 1838, pág. 4.

VI.

Nuestra literatura, como nuestra libertad, dormía reclinada en el seno de la España, como inexperta joven candorosa en el regazo de madre que había entregado al ocio de pueril cortesanía los tiempos dichosos de su edad florida. Su sueño no era el reposo benéfico que vigorizaba las potencias que despeja el alma, no era sueño, era mortífero sopor que ni aún tenía en el fondo para consuelo de la esperanza la remota dulzura de ambiciosos delirios en el etéreo mundo de las cavilaciones.

Todo era incierto, débil, tímido entonces como los primeros pasos de un infante; todo incompleto, oscuro, vago, como sus primeros acentos. Algunos siglos habían pesado sobre la virgen inculta tierra de los Incas, ninguno fue su siglo de oro. Ningún Pericles, ningún Augusto prestó su nombre para ilustrarlos. Gérmenes infecundos, semillas sofocantes fueron arrojadas a este lado del Atlántico. Las cultivaron férreos brazos que anonadaban hasta sus mortíferos frutos; y desde el Golfo de Méjico [*sic*] hasta el undoso Plata, hiende las ondas altiva nave europea, cargada de pesadas cadenas,

retornando preñada de riquezas: infortunado [col. 2] presente que le acordó para su ruina la pródiga mano de la naturaleza.

Un genio poderoso, un ente privilegiado, de aquellos que la Providencia envía de vez en cuando, para hacer temblar con su nombre el universo, rompió los cetros de la Europa, hacinando sobre su cabeza gigante las coronas feudales de los señores del mundo.

Brilló para nosotros fulgor luminoso, vimos la caída de nuestros mandarines: los escombros de la monarquía hubieran oprimido nuestro cándido suelo, si el ruido espantoso de sus convulsiones no hubiera turbado el reposo monótono de nuestros esforzados padres. Saludónos el sol de Mayo hombres libres, la civilización nos señaló distinguido lugar en la jerarquía de las naciones, cuando el cañón de Julio haciendo estremecer en el trono de los Incas los enervados sucesores de Pizarro, perdieron hasta su estandarte al grito de guerra de nuestros valientes. Intrépidos ciñéronse la frente de laureles... ¡Tenemos glorias!.

Nuestro genio no puede marchar sin la emancipación de la literatura, o más bien, entre las ilusiones encantadoras de un futuro adelanto. Tiempos fabulosos no tenemos: el alma no puede embriagarse con el delicioso néctar de venturosas épocas: no poseemos Edad Media, ni a manera de los hijos del Norte, los bardos del sud cantan dolorosas baladas sobre los escombros del solar feudal. No seduce nuestra mente embeleso risueño de antiguas tradiciones; pero tenemos campos sagrados, tan venerables monumentos como el osario de Morat. Limitados son nuestros fastos literarios, poco enérgicas nuestras tareas; pero tenemos la virginal tierra de Colón, independiente, rica, fecunda, radiante de belleza y pura de esplendor... Sujeta un día, humillada, vilipendiada, rompió sus prolongadas cadenas. Declaróse augusta señora de sus derechos, triunfó el pensamiento. ¡También tenemos restauración!... (Continuará)

“Poesía. (Continuación)”, *La Moda*, N° 16, Buenos Aires, 3 de marzo de 1838, págs. 3-4, cols. 1-3.

VII.

Nuestras épocas no se pierden en la oscuridad del temeroso pasado. Aún no se ha despejado, es verdad, el laberinto sinuoso de la conquista. Nuestros literatos no han interpretado el numen de los hijos del Sol, no han contemplado los destrozos de sus vencedores, su feraz tierra no ha sido explotada. Sólo el filósofo extranjero, ávido de maravillas, surcando los mares ha venido a interrogar con religioso res- [col. 2] peto el silencioso polvo de los Incas, sentado tristemente sobre la tumba de los conquistadores.

El campo vasto de nuestra literatura no ha sido recorrido; porque un pueblo nuevo como un joven es arrebatado por la fantasía. Su vida se desarrolla con rápido curso en el

mundo de las felices concepciones, en la órbita infinita de ilusorio idealismo. Com él canta amorosos desdenes, pasiones furiosas o sangrientos combates. Toda nación, alerta por sus libertades, no se ocupa de literatura en los tiempos calamitosos de sus guerras. Toda ella es poesía: poesía heroica, marcial, llena de fuego, enérgica, tempestuosa, sublime como el tumulto de las batallas. Un vigor colosal se desenvuelve admirablemente en los cantos guerreros. La originalidad es su investidura. En ellos nada hay exótico, prestado; porque todo pertenece al suelo que se pisa, a la querida que se ama, a la patria que se defiende. Habla la inspiración al corazón, el corazón a la patria, la patria a la humanidad.

[...]

En poesía, como en todo, la popularidad no se improvisa, es el resultado positivo de la sanción de las masas. La filosofía no puede tener influencia directa en ellas, porque les habla de una elevación que aún no alcanzan, un lenguaje que aún no comprenden. Si queremos tener rol de importancia, de rango, en la marcha socialista del panorama popular, debemos tener siempre el arado en la mano, la espada en el arzón, el libro en el hogar. El trabajo nos dará riqueza, la espada independencia, el saber consolidará nuestra libertad.

VIII.

La majestad imponente de nuestros desiertos, su ilimitada extensión, [pág. 4, col. 1] inspiran al alma secreta veneración, revelando el corazón desconocidos encantos, en medio de gratas impresiones, sencillas como la naturaleza, graves como la creación. La fisonomía de nuestra poesía popular, su engalanado ropaje, su expresión sobresaliente reunida a la versión metafísica eminentemente ponderativa que reviste, enuncian la proximidad de un origen.

[...]

La poesía popular, siendo idéntica en toda la extensión de nuestras dilatadas comarcas, representará un tiempo el grado de civilización, las tendencias, el desenvolvimiento efectivo, nacional, de nuestros conocimientos. Para las capacidades generosas, extrañas a toda afección que no sea el bien, a todo mezquino sentimiento que no sea la integridad, irrevocable decreto de la providencia es el progreso del género humano. Su sólida base es el pensamiento, su experta guía la razón, que teniendo experiencia de lo pasado, abriendo el luminoso libro del presente se avanza con rápido firme paso, mostrándole a lo [col. 2] que debe aspirar, lo que debe ser en la escena grandiosa del drama social, allá en el fondo de las más felices, no muy remotas edades.

(Continuará)

“La anarquía Literaria”, *La Moda*, N° 16, Buenos Aires, 3 de marzo de 1838, pág. 2, col. 1.

La anarquía es un dardo envenenado en el corazón de la patria. Este nombre es con razón odioso a los buenos ciudadanos. Sin una dulce anarquía en literatura todas las inteligencias parecen estar en una completa parálisis y todas las pasiones sumergidas en un mar de hielo [...] A qué tienden estas reflexiones se preguntará. Ah, mirad a nuestros jóvenes, la sociedad es para ellos como la toga viril de los romanos, el reposo moral es toda su ambición (...) Marchemos pues, continuemos el impulso lírico de la revolución que rompió las cadenas ibéricas. Volveremos es verdad, encubiertos de polvo, pero coronas de laurel adornarán nuestras sienas. Ay! del que no las prefiera a sus blancos vestidos [...] La literatura es como una querida celosa, no permite en sus amantes una tibia adhesión, un entusiasmo intermitente.

[Artículo de Alberdi donde expone las intenciones y estrategias discursivas de su periódico], *La Moda*, N° 18, Buenos Aires, 17 de marzo de 1838, págs. 1-2, col. 1-2.

Aviso

La Moda desde su origen no ha sido establecida con miras de un lucro pecuniario, habría sido un medio de especulación demasiado pobre. Los que la redactan no han caído todavía en estrecheces semejantes. Muy distinto y opuesto interés le ha dado origen. Tal vez no ha nacido una publicación más pura del interés del bien público. La frivolidad en sus primeros números pudo presentar visos de seducción mercantil. Es cierto que se intentó seducir lectores, pero no para sacarle su dinero sino para hacerles aceptar nuestras ideas. Ha seguido y seguirá empleando formas semejantes. Es una desgracia requerida por la condición todavía juvenil de nuestra sociedad. Para los hombres serios que van siempre al fondo de las cosas este no es un inconveniente. Quisiéramos ver convencidas a muchas personas de que *La Moda* es nada menos que un papel frívolo y de pasatiempo. Es, o al menos procura serlo, la aplicación continua del pensamiento a las necesidades serias de nuestra sociedad (...) La más frívola de sus chanzas lleva su objeto serio, y este objeto no es jamás personal sino público: es de más bello carácter de papel. Hay, bajo su aparente indiscreción, más prudencia de lo que se calcula, bajo su estudiada negligencia menos ignorancia que la que se oculta por lo común bajo las pretensiones de cultura. *La Moda* no es un plan de hostilidad contra las costumbres actuales de Buenos Aires como han parecido creerlo algunos. Hija, ella misma, de las ideas porteñas, no admite por blanco de sus ataques sino costumbres cuya vejez y tendencia las hace indignas de pertenecer más a Buenos Aires. Es el joven Buenos Aires que se levanta sobre el Buenos Aires viejo. [...] [pág. 2, col. 1] Si el patriotismo de los que leen corresponde al

de los que escriben, *La Moda* irá en aumento de día en día, sin que el precio sufra alteración jamás. Si el desprendimiento de unos y otros no se rinde como por desgracia tiene de costumbre, *La Moda* concluirá por ser un papel popular, una enciclopedia que el pueblo pueda leer a costa de un pequeñísimo precio.

[Artículo de Alberdi sobre aspectos lingüísticos] *La Moda*, N° 20, Buenos Aires, 31 de marzo de 1838, pág. 7, col. 2 y pág. 8, cols. 1-2.

“Álbum Alfabético (continuación)”

C.

Castellano. El Dante tomó de las calles de Florencia, el idioma que hoy habla la Italia. El Dante hizo su deber: obró como un hombre de genio; aceptó como buen republicano, lo que el pueblo, omnipotente en todo, había sancionado.

En las calles de Buenos Aires circula un castellano modificado por el pueblo porteño, que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdeñan por el castellano de Madrid. Dudamos que la importancia tenaz de una lengua que nuestra patria no quiere hablar, subsista mucho tiempo. Una juventud independiente y ávida de progreso, acaba de comprender que el castellano de Madrid, no será jamás el castellano de Buenos Aires. Pueblos tan diferentes no podrán hablar un mismo idioma. El estilo, es el hombre, ha dicho un escritor de genio. La lengua [pág. 8, col. 1], es la nación, concluimos nosotros. La lengua de un pueblo es el reflejo de su historia, gobierno, clima, costumbres y carácter.

Trescientos años de una observación experimental deberían convencernos de que el castellano argentino no será jazz el castellano español. En vano copiaremos a Cervantes y a Moratín, nuestras copias no conseguirán hacerse populares: el pueblo habla un lenguaje suyo y no copiado, modificado por el sello de su genio, de su carácter propio y nacional. Nosotros preferimos el mal lenguaje del pueblo a las más bellas copias del mundo; y hablaremos con más gusto el castellano informe de Buenos Aires que no el más culto castellano de Madrid.

Clasisimo [sic]. Se llama *clasisismo [sic]* un sistema de creación imitativa, modelada sobre las creaciones acabadas y perfectas que se llaman clásicas. Se deja ver que un tal sistema, niega y destruye el progreso continuo del genio poético, porque se subordina al imperio absoluto de la tradición. Este sistema es hermano del método escolástico: ambos vienen de Aristóteles. En el siglo 17, Descartes había dado en tierra con la filosofía escolástica. Recién en este siglo se ha consumado la ruina de la poesía escolástica; la escuela, pues, no existe ya ni en el arte ni en la ciencia, y Aristóteles solo podrá obtener en adelante una rehabilitación histórica. Hoy no es clásica sino la medianía: siempre lo ha sido, y no puede menos de serlo.

¿No nos cansaremos nosotros alguna vez de abusar de esta palabra clásico, aplicada a cualquier cosa, *documento clásico, prueba clásica, verdad clásica, testimonio clásico*? ¡Qué poco gusto, señor! ¡qué vulgaridad!

Costumbres. Un tratado de meras costumbres, podría llegar a ser el tratado más constitucional del mundo, supuesto que en las costumbres de un pueblo es donde verdaderamente reside su constitu- [col. 2] ción política. Es este código vivo lo que nosotros hemos descuidado hasta hoy, mientras nos hemos ocupado de escribir códigos abstractos. Hemos querido siempre empezar por el fin, por el resultado de aquello que no queremos hacer: un sistema nuevo de ideas y de costumbres democráticas. Pero, ¿qué son las costumbres de un pueblo? Nada más que las prácticas habituales de las ideas sociales de ese pueblo. Ocuparse pues de esas ideas y de esas costumbres, investigar la más adecuada y emprender su propaganda, es hacer más por la constitución de ese pueblo, que pudieran hacer todo los congresos del mundo a este respecto [*sic*]. Siempre hemos tenido mucha fe en los congresos, y hasta hoy estamos creyendo que ellos nos han de dar lo que nos falta. Sin embargo, es preciso confesarlo, los congresos son estériles: nada crean, observan, formulan, escriben y sancionan: he ahí toda su misión. Entreguémonos pues al desenvolvimiento de los antecedentes, si queremos tener un congreso que deje resultados.

El último resultado que M. Tocqueville saca de sus largos estudios de la democracia de Norte América, es que la Constitución de los Estados Unidos reside esencialmente en las costumbres de sus habitantes. En efecto, Méjico ha adoptado esta constitución, y no hay en el mundo un país más trastornado.

Hace mucho tiempo que no viene a las repúblicas de Sud América un libro de política más adecuado y más bello que el tratado *De la Democracia en la América del Norte*, por Alejo de Tocqueville. La obra cuenta más ediciones que años, y no hay lengua viva en que no se halle traducida.

(Continuará)

[Comentario crítico a la traducción realizada para *El Iniciador* del texto de Leroux “Golpe de vista sobre la literatura española, por P. Leroux”, a propósito de una obra de Luis Viardot titulada ‘Estudio sobre la historia de las instituciones, de la literatura, del teatro y de las bellas artes en España’; ese libro de Viardot había sido comentado también en *La Moda*, destacando los aspectos negativos sobre España] *El Iniciador*, N° 1, Montevideo, 15 de abril de 1838, pág. 15, col. 2, pág. 16, cols. 1-2.

“Sobre la anterior traducción”

El autor de esta mala traducción conoce la obra de Mr. Viardot y juzga el artículo de Mr. Leroux como un apéndice necesario a aquella obra; porque es de opinión que un

libro destinado a hacer conocer la inteligencia de una nación, en todas sus fases y desarrollos, no debería, como lo ha hecho el autor de los *Estudios*, haber despreciado la parte crítica de la misma- Mr. Viardot se ha contentado con bosquejar el cuadro sin ocuparse del fondo; con dar las bellezas sin criticar los defectos; con señalar los resultados sin mostrarnos las causas; en una palabra ha olvidado que también la perfección pertenece a esa cadena absoluta a que todo va ligado en la tierra y a la única en que todo debe reasumirse. Esta omisión de Viardot, ha sido corregida por un hábil escritor, y hay quien conceda con gusto un doble mérito, al libro de los estudios, por haber motivado el artículo de Leroux.

[pág. 16, col. 1] La Francia ha podido aprender en la obra de Viardot, nosotros hijos de la España tenemos que hacer algo más. Dominados hasta hoy, por un espíritu material y egoísta, en todos los elementos de nuestra sociedad, podemos decir que es el único legado que nos ha quedado de la España, legado que aunque no lo agradecen nuestros corazones, no han tenido tiempo de repudiarlo.

Ninguna época es más a propósito para evitar los efectos de una mala imitación, que cuando se empieza la educación intelectual: nosotros estamos en este período. Mr. Leroux nos ha hecho el mayor servicio que se podía esperar, de un escritor como él: nos ha descubierto la parte dominante y característica del arte español: ese espíritu positivo y de cálculo, llevado hasta el grado en que la España lo posee, es mortífero para las cabezas republicanas; ¿si no se hace el sacrificio de dedicar los pensamientos a la Patria, a la humanidad, qué podéis esperar del hombre que no piensa sino en lo útil y en lo real? ¿Si la inteligencia nacional no se ocupa sino del valor material de las cosas, cómo podrá ser republicana, cuando en esta forma hay tanto de ideal, tanto que solo pertenece al sentimiento? La España, egoísta en su política, en sus costumbres, en su literatura, tiene que combatir esos viejos gustos que la agobian, para que el espíritu nuevo, progresivo, pueda sacarla del fango en que está sumida. Nosotros que de 28 años acá hemos tenido una vida instintivamente republicana, no necesitamos sino, oponer una fuerte y vigorosa resistencia, para que el influjo retrógrado de la realidad, del egoísmo, no invada nuestros sentimientos, no limite nuestro espíritu, destruya las altas tendencias que empiezan a nacer hacia el progreso, hacia la concepción de otras verdades que no se derivan de solo el espectáculo material de las cosas.

Como la armonía entre los elementos sociales de una necesidad absoluta, nosotros sin cometer una vergonzosa contradicción, no podemos quedar bajo el yugo literario de la España, después de haber hecho pedazos el político. No podemos ser positivos, reales, y egoístas, sin quebrantar el pacto que nos dieron nuestros padres con su sangre: no podemos, como la España, contentarnos con los placeres de una mera distracción; el momento en que nos dijimos hombres libres, fue sagrado; nos impuso

fuertes y pesadas obligaciones que es forzoso “llenar” [ilegible], so pena de que se nos eche al rostro una “falsía”, una deserción vergonzosa, esperamos no merecerla.

En este sentido ha hecho Mr. Leroux un favor inapreciable a nuestro país. Los viejos hábitos de los pueblos, son leyes que pueden precipitarlos en eterna obscuridad o [col. 2] llevarlos hasta la alta categoría de una verdadera civilización: nosotros, desgraciados hijos de una conquista terrible, conservamos aun innumerables atributos de nuestros amos; hoy se oponen a nuestro ser, debemos tener toda la fuerza que el sacrificio exige, para desprendernos de ellos; algo más, para combatirlos, pues que son enemigos, y enemigos tan poderosos como los que se apoderan del corazón.

Pocas son, sin duda, las producciones literarias de nuestro país. Y doloroso es no poder indicar una sola, que tenga una tendencia verdaderamente social, ni sea como dice Leroux, la expresión de la vida; hemos creído hasta ahora, que la Poesía, por ejemplo, no es ni debe ser sino un lujo del espíritu, una distracción del corazón, que ante todo debe afectar los sentimientos personales del hombre. La España ha creído lo mismo, pero ella contaba con elementos que no tenemos nosotros; cuando menos tenía sus recuerdos. Su espíritu caballeresco se deleitaba en los altos hechos de sus edades gloriosas; la América, es un vasto cementerio: impiedad bárbara es cantar alegrías en medio de las tumbas. Somos hijos del genio destructor; para tener vida desgarramos el seno materno: y bien, ¿nos detendremos como el insensato a contemplar las ruinas, cuando el lamento de la Patria nos llama al trabajo, a la producción de todo lo que nos falta? No, no por Dios, si no queremos contrariar el destino de la Patria.

Con razón se nos podría llamar injustos con la joven España, pero no hablamos con ella. Sus escritos, las víctimas de ese espíritu viejo, por cuya destrucción tanto trabaja, nos merecen profundas y sinceras simpatías. La España joven, es nuestra mejor amiga, es nuestra hermana; pues que nuestra misión es idéntica a la suya. La ofrecemos (*sic*) una mano de amigo, y un corazón de hermano.

[Firma] “E”

**[Artículo programático acerca de la literatura, probablemente escrito por Miguel Cané]
El Iniciador, N° 3, Montevideo, 15 de mayo de 1838, págs. 1-3, cols. 1-2.**

“Literatura”

“Nuestra misión es grande. Los tiempos nos imponen pesadas obligaciones que es forzoso llenar, si no queremos caer en la vileza de ponernos en lucha con nuestro siglo, con nuestras necesidades, y hasta con las tendencias soberanas de nuestra sociedad. Nos hallamos en una época de acción, de trabajo: un campo inculto nos legaron nuestros padres, ellos pelearon destruyeron; a nosotros nos toca alzar el edificio, levantar el templo de nuestras adoraciones y creencias.

Pensamientos aislados, escritos fugitivos, alabados y despreciados a un tiempo, nos han revelado la consolante verdad: de que en medio de este choque furioso de elementos materiales que nos agobia, hay hombres que no desesperan de una suerte mejor, y ponen sus ojos llenos de fe en el rico porvenir que nos aguarda. En el porvenir, sí, porque allí está la vida de las Repúblicas Americanas; no nos declaramos contra él, sería una impiedad, la Patria sería la víctima.

No ha mucho tiempo que la Europa sostenía una lucha encarnizada; la invasión de una literatura toda nueva, hostil y atrevida, se presentó con rostro descubierto a combatir corporalmente las reglas, los gustos formados por ellas, y los colosos que dirigían los destinos literarios del mundo.

La insurrección levantó su estandarte y las generaciones jóvenes corrieron a combatir con él y por él. Las viejas autoridades sacudieron el polvo al pabellón que un largo transcurso de tiempo había hecho innecesario, y apoyadas en la más fuerte potencia del mundo, el hábito, pretendieron anonadar esa hueste débil y despreciable en apariencia, pero fuerte e invencible en el fondo. Los nombres de clásicos y románticos, vinieron a ser la divisa de los combatientes; estos peleaban por la libertad absoluta del arte, aquellos defendían la rutina, las formas iniciadas por Aristóteles y observadas hasta nuestro siglo. La lucha no fue larga, ni pudo serlo. El espíritu democrático de nuestra época, ha penetrado por todas partes, y no hay poder humano que pueda resistir a su influjo. El clasicismo cayó, y cayó cuando menos hasta que un nuevo orden de cosas, diferente en todo del que hoy existe, le vuelva a hacer necesario.

Fácil es concebir que una escuela que levanta el estandarte de la regeneración, que peleaba denodadamente por romper las cadenas del genio tendría secuaces, fuertes como la juventud, santos como la libertad. Byron, Hugo, Chateaubriand, Hoffman, Novalis, Pellico, Grossi fueron apóstoles de la nueva doctrina: fue la batalla de los primeros talentos del mundo: la batalla de las nuevas generaciones contra las viejas que querían dominar desde el sepulcro; fue la batalla del movimiento contra la inercia hecha ley por el solo transcurso de los siglos.

Se ventilaban grandes intereses sociales en esta lucha: la insurrección romántica invocaba los nombres de patria, religión, libertad; los clásicos, los de obediencia, respeto, autoridad. Los unos peleaban por la armonía del arte con el espíritu político del siglo, los otros defendían las reglas, como fundamentos de la aristocracia, del poder. La causa de Dios y de la Patria, la causa de los pueblos y de la humanidad, no admite enemigo; toda oposición es un delirio, todo coloso un pigmeo: la derrota del clasicismo fue completa.

El espíritu de innovación, de libertad, inundó la faz artística de la Europa, que, estéril después de tanto siglo, bebió hasta el exceso ese nuevo elemento de vida que sus hijos le daban. En los primeros albores de ese mundo conquistado a viva fuerza, se

oyeron los himnos del dolor y los cantos de la victoria. Eran los suspiros del moribundo confundidos al eco fuerte del que vence; las quejas del que llora, a la algazara del que ríe. [pág. 2, col. 1] Hubo un momento en que el arte no tuvo fisonomía propia; el polvo de la batalla había alterado sus facciones. El arte todo era un drama, fecundo, inmenso, como la nueva creación; obscuro, indefinido, como la época.

Los restos del destronado clasicismo, quisieron vengar su afrenta, atacando un arte, que en sus más bellos días, se presentaba frívolo, sin tendencias y sin misión verdaderamente social. Empezó la conmoción, luego la lucha, luego las lágrimas y la victoria: un nuevo rayo vino a la tierra, y hoy podemos marcar la fisonomía del arte, como lo podríamos hacer con la de la virgen de nuestro corazón.

Los rasgos característicos del arte, son difíciles de tomarse en esa época de acción y destrucción, en que el talento no producía sino para destruir, en que el espíritu de partido literario, tenía sus distintivos personales y de secta. ¿Buscad las semejanzas entre Byron y Hugo, por ejemplo, entre estos dos colosos de nuestros días? ¿Buscad el pensamiento común a esas dos cabezas noblemente republicanas? ¿Buscad la fe de sus ardientes corazones? Ambos difieren, tendencias, vistas, fisonomía, todo es distinto entre ellos; sin embargo hay un punto en que esas capacidades se tocan, y vienen a él como al manantial de la vida, a rehacerse para volver al campo de las santas batallas. Un sentimiento les era común, característico, dominante; la fe en la victoria; el mismo ardor en el combate.

Es una triste verdad, pero históricamente probada, que sea cual fuera la santidad del sentimiento que agita al corazón humano, el sello de la personalidad, se imprime siempre y está en las obras del hombre, como esas eternas manchas que se descubren en el sol. Los magnánimos campeones de esa cruzada regeneradora, de vida, de libertad, por un sentimiento fatal, quisieron formular la vida universal porque habían peleado dentro de los mezquinos límites de la personalidad, del individuo: *Goethe*, redujo la vida a una forma de indiferencia; *Byron*, a un canto sublime de desesperación; *Hugo*, a un capricho; *Lamartine*, a una queja, a un llanto celestial. De esa potencia de capacidades, de esas almas de amor y de fe, ¿qué nos queda en efecto? Recorred sus trabajos con la avidez del hombre que desentraña los tesoros de la tierra; leed esas páginas de fuego, de esperanzas, de amor; deleitarán vuestra alma, hallareis recorrida la historia toda de vuestra vida; pero no la gran síntesis de la vida humanitaria; no las grandes profecías del porvenir; [col. 2] no los indestructibles eslabones de esa cadena inmensa que a él nos liga.

Fue un tiempo de insurrección; se peleaba por una causa santa, pero combatía el individuo contra el individuo, la idea con la idea, el principio nuevo con el principio viejo; los elementos todos de la gran unidad moral, pero no era esta misma en toda su plenitud, eran combates parciales, poderosos para destruir, pero estériles para la gran obra de la regeneración artística.

Un vacío inmenso quedó en el arte, después de restaurado con tanta intrepidez por los románticos. Pero la victoria no fue estéril. Se destruyó la tiranía y por pequeños que sean los adelantos que hasta hoy se han hecho, se ha conseguido cuando menos, tener la independencia del pensamiento, la libertad de dirigirlo en armonía con las necesidades de los tiempos, y la fuerza de despreciar profundamente ese arte estéril, pueril, exótico. Esto es mucho, *“nosotros pensamos que cada paso de la humanidad en la carrera que recorre es un progreso”*.

Del muerto clasicismo y del nuevo espíritu vencedor, se ha alzado una nueva categoría intelectual, más vasta, más social, nacida con nuestros días, que trabaja por ellos y para ellos. A sus ojos la literatura no es sino una faz de la inteligencia humana, uno de los atributos de nuestra vida, de nuestro estado y condición. Reasume la personalidad, sin dejar de ser objetiva; refleja el progreso individual, sin contrariar la ley del progreso humano, pero siempre bajo la doble Ley del tiempo y del espacio.

Esta concepción, que en política es vieja, aplicada a la literatura es una verdadera gloria de nuestros días. Son tal vez muy pocas las obras en que se halla realizada, pero el sentimiento agita el corazón de la juventud, se trabaja por la aplicación, y el resultado será infalible.

Fecunda es sin duda la idea de hacer de la literatura un elemento vital: no considerarla ya ni como sujeta a los gustos y necesidades de un mundo muerto, ni como el eco de la individualidad del escritor. Esta alta idea, hija del desarrollo humano, y no de los trabajos parciales de los hombres, lleva en sí el profundo concepto de la armonía humanitaria, del sentimiento dominante de una unidad artística, como el de la unidad política, el de la unidad social. Se ha abierto el campo a los grandes trabajos; tenéis un mundo nuevo, libre, fecundo en hechos y en doctrinas. ¡Jóvenes! Abrid el pecho a las grandes esperanzas, prestaos a la fe que inspira la mejora. Sentid y expresad sentimientos de la humanidad, seréis artistas.

[pág. 3, col. 1] He procurado demostraros el sentimiento dominante en la Europa literaria; ahora permitidme descender hasta nosotros, tocar nuestra individualidad, puesto que somos miembros de la gran familia humana, y como tales la [sic] debemos trabajo, cooperación.

Fácil sería la tarea del que se propusiese pasar en revista los elementos de nuestra vida: política, comercio, ciencias, industria, literatura, todo está en embrión. Llenos de provenir, sin duda, pero estériles aún: no es extraño. Principiamos esta azarosa vida de las repúblicas sin los profundos y fuertes sentimientos que son el freno a los que como nosotros, rompen de un solo golpe el tenebroso yugo de la tiranía, y se declaran hombres libres. Pueden bastar en las batallas los brazos fuertes y vigorosos, los deseos y las esperanzas, pero no bastan para las conquistas de la civilización. Son lentas, por lo mismo

que son profundas, y podemos decir lo que *Lamennais* de la libertad, que los pueblos la compran con el sudor de su rostro.

Entramos recién en esta vasta carrera del movimiento intelectual: el sable rompe de un solo corte las cadenas de la tiranía, pero la de los hábitos es más fuerte: un medio solo hay para quebrantarla, *los hábitos*.

Si estos no se formaran diariamente y momento a momento solidasen su poder, yo os diría desde luego, tales gustos son malos, tales tendencias os perjudican, y tal vez mi palabra no sería inútil, pero os haría un mal, pues que os daría un remedio ineficaz. Nosotros tenemos un doble trabajo que llenar: nuestro estado exige una acción destructora, y una reacción que construya. Tenemos que despojarnos tal vez, de lo que nos es más caro, para proveernos de otras cosas mejores, que con el tiempo nos serán doblemente queridas, porque llegaremos a comprenderlas en todo su valor. La obra es lenta, difícil, pero no es imposible, y el momento de principiarla ha llegado.

Nosotros concebimos que la literatura de una nación joven es uno de los más eficaces elementos de que puede valerse la educación pública. Sin duda, que no entendemos por esta palabra, lo mismo que con ella significaban los antiguos; ni tampoco lo que en tiempo de la insurrección romántica se quiso expresar por medio de ella. Para nosotros su definición debe ser más social, más útil, más del caso, será *el retrato de la individualidad nacional*. En este sentido, la literatura es una gran síntesis en la que se reasumen todos aquellos elementos, que, por su naturaleza, no pertenezcan a alguna de las otras clasificaciones en que la inteligencia humana ha dividido sus atributos.

[pág. 3, col. 2] Pensamos que las Repúblicas Americanas, hijas del sable y del movimiento progresivo de la inteligencia democrática del mundo, necesitan una literatura fuerte y varonil, como la política que las gobierna, y los brazos que las sostienen. Que los hombres felices a quienes les cupo la dicha de vivir bajo un cielo dulce y puro, bajo la influencia de un Gobierno estable y querido, llenen su alma de solo aquello que contribuya al deleite de la vida, está en el orden racional de las cosas; pero nosotros que aun no hemos armonizado los elementos sociales entre sí, ni dádoles la impulsión correspondiente para llegar al objeto de nuestra asociación, nosotros digo, no debemos ocuparnos de esa literatura de lo bello, que para los antiguos era todo, sino como uno de los accesorios que puede dar más valor a la obra. Ante todo la verdad, la justicia, la mejora de nuestra pobre condición humana, en fin, todo lo que, aun sacrificando la perfección nos dé un progreso moral e intelectual. La obra que no llene esta doble misión, sino es del todo mala, es cuando menos importuna.

No estamos, por desgracia, en aquellos momentos celestiales en que la inteligencia nacional, satisfechos todos sus deseos por su abundancia presente necesite retrotraer su vida a lo que fue para embriagarse de dulces y grandes recuerdos; nos falta todo: somos hijos desheredados de una madre cuyo seno ha sido desgarrado por

nuestras propias manos. El patrimonio de la patria es ilusorio; a sus hijos les toca realizarlo, tal es nuestra misión.

Ya veis, pues, que ante todo, nuestra literatura debe ser caracterizada por rasgos verdaderamente nacionales. Debe contener la expresión de nuestra vida; sin esto, será un plagio, una ficción de más, y nos presentaremos al mundo como los viles, que toman la fisonomía de todos, y no se parecen a ninguno.

Pero, pensad, al hablaros de la individualidad nacional representada por nuestra literatura, no he querido aconsejaros una individualidad, raíz, como llama Larra a ciertos hombres, y como ha tenido la España desde tantos siglos atrás. Sería un consejo pérfido: las Repúblicas Americanas entran ya en la vasta carrera intelectual que recorren los pueblos jefes de la civilización humana: hacerlas marchar solas, aisladas y sin relación alguna con ellos sería precipitarlas en el egoísmo que es, sin disputa, la más negra mancha que puede caer sobre el carácter de una nación.- Desarrollo propio, carácter nacional, tendencias nacionales pero siempre bajo la doble [pág. 4, col. 1] armonía de nuestro ser con el espíritu civilizante de los tiempos; ved ahí la obra que la juventud debe desempeñar, si quiere dejar a sus hijos la mejor base de todo provenir, de toda felicidad.

[Artículo sobre poesía y literatura de Alberdi] *El Iniciador*, N° 4, Montevideo, 1 de junio de 1838, págs. 4-5.

“De la poesía íntima. Fragmentos”,

1°. *El arte es la expresión de la vida humanitaria, dice Fortoul. La poesía es la expresión de la vida infinita, dice Leroux.* Estas fórmulas quieren decir que la poesía no debe expresar sino las ideas, las costumbres, los deseos, los votos y las esperanzas que constituyen los votos de los pueblos y de la humanidad: que constituyen la vida, se dice, porque vivir es pensar, sentir, desear, amar, expresar; expresar, pues, estas cosas que forman la vida humanitaria, es expresar la vida de la humanidad.

Pero pintar por pintar la naturaleza material no es expresar la vida; no es aliviar, no es desenvolver la vida humana; es perder el tiempo en expresar bellezas que no conducen a nada. Se puede poetizar la naturaleza material, es verdad, porque también en la materia reside la belleza, pero esto es frívolo, inconducente. No ha de hacer el poeta jazmín más bello, que el jazmín natural; y yo quiero saber qué tendencia, qué influencia útil deja en mí alma la sensación de su perfume. No es pues sobre lo bello que recae la cuestión del arte, sino sobre la elección sobre el género de lo bello. Bella es la naturaleza, pero no basta que sea bella; la sabiduría humana exige que sobre ser bella sea útil y moral. Cuando la belleza material visible, no es para expresar un hecho importante de [pág. 5, col. 1] la vida del alma, no vale nada. Por dos cosas nos gusta el color azul, y no porque es bello solamente; porque nos recuerda a Dios en el Cielo y la libertad en la

tierra. Pintar la venida de la aurora para expresar la venida de la libertad, es ser poeta; pero pintar la aurora porque es linda, es expresar un signo sin idea; es cuando más ponernos en presencia de la aurora a media noche, en nuestras camas, sin darnos el trabajo de levantarnos a las cuatro de la mañana para contemplar este espectáculo bello y trabajoso por la hora en que tiene lugar; pero entonces la poesía es un panorama, un tutilimundi, un juego de óptica y el maestro de estas pamplinas, no tiene derecho a que se le distinga de un titeretero [sic]. Que la poesía nos pinte la aurora, poco importa; la aurora es eterna y llegará a la posteridad. Que la poesía alce los espíritus y siembre el progreso humano, y entonces el porvenir será nuestro, porque será hijo nuestro. Si la poesía quiere el porvenir, que lo siembre, que lo trabaje.

2°. La pintura de los lugares no es pues interesante, sino por las ideas que ellos despiertan. La pintura de una tierra virgen y graciosa que no ha pisado el hombre, no será nunca comparable al cuadro de un sitio marcado por una victoria del espíritu nacional y humano. Lejos de ser bello un lugar solitario y desierto, solo es bello el lugar que refleja al hombre. No hay árbol que se tenga con más gracia sobre los campos que el árbol de la gloria y de la libertad. Esta vegetación divina, porque es humana, tiene el privilegio de convertir un páramo en un paraíso. La humanidad besa con toda su alma se madero tosco en forma de Cruz, porque sobre ese madero tosco selló su salvación con la sangre del hijo de Dios. Toda la poesía que ha derramado el Cielo sobre el suelo de mi patria, no me ha hecho tanta impresión como el Campo de Ituzaingó. No hay pedazo de tierra más poético en todo el Perú que el valle de Ayacucho; y las costas deliciosas del Pacífico, no presentan nada comparable a los Campos de Chacabuco y Maypú. Que les pregunten a los franceses si sus campos Eliseos son más bellos que los de Austerlitz y Marengo.

[Firma] N.

[Artículo sobre literatura de Alberdi] *El Iniciador*, N° 5, Montevideo, 15 de junio de 1838, págs. 1-2, cols. 1-2.

“Del arte socialista (Fragmento)”

Jamás el poeta debe proponerse por único fin el engrandecimiento de la literatura nacional. No es tan pequeña su misión. ¿Qué es el engrandecimiento de la literatura nacional sin el engrandecimiento de la nación? La poesía es obra de la nación y no del poeta que la expresa; si es una faz, una expresión de la nación, el solo medio de agrandar esta expresión, es decir, la poesía nacional, es agrandar la nación. Se desea que un pueblo posea una expresión, esto es una literatura poderosa, dese al alma, al corazón, al espíritu de ese pueblo una capacidad poderosa. Lo que se siente es lo único que se expresa. Póngase la poesía en el alma del pueblo y saldrá a sus labios. Elevar el espíritu de una nación, es crear la poesía nacional. La poesía como la elocuencia es la expresión de lo que

hay de sublime y de divino en el alma. Sublimar y divinizar al pueblo es hacerlo poeta y orador. No se ha visto jamás salir la poesía y la elocuencia de una boca corrompida. La poesía es el aliento vital de un corazón sano.

—Así pues, por sobre la poesía, el poeta debe ver la nación, de cuya vida no es sino una faz inseparable. El poeta pues, como el filósofo y el estadista, debe ser un espíritu sintético: debe partir y caminar a la idea general de la patria, que es el sistema armónico de todas las individualidades.

-Pero es necesario precisar esta noción sintética de la patria o de la sociedad, porque hay hombres para quienes la poesía social no es más que la poesía política, como si la sociabilidad se limitase a la política y nada más. La política es una faz, una rama, una sección de la sociabilidad que es la ciencia y la armonía de todas las [col. 2] relaciones posibles que estrechan a los hombres recíprocamente. La política, si es posible decirlo, es la faz pública y solemne de la sociabilidad: como la religión tiene sus templos y sus tribunas donde sus doctrinas son enseñadas y prescriptas; no desciende a las intimidades domésticas, a las regiones de la familia, de la mujer, del menor, del proletario. La sociabilidad al contrario, todo lo domina, todo lo abraza; estado, familia, individuo, sexos, edades, condiciones; todo lo penetra de un espíritu único, de una sola y misma impulsión, lo predispone uno para otro, lo amalgama armónicamente y constituye la economía del cuerpo social cuyos dos principales miembros son el “pueblo y el individuo”. La sociabilidad moderna y verdadera, no hace desaparecer a estilo de Grecia y Roma el individuo en la unidad panteísta de la patria. El cristianismo vino a despojar este segundo término del problema social: el individuo. Tampoco permite disminuirse la unidad de la patria en individualidades egoístas y aisladas: la época que empieza viene a despojar (*sic*) esta otra incógnita, la sociedad. Combinar la patria y el individuo, el pueblo y el ciudadano, y en el equilibrio armónico de esta combinación está encerrada la solución del problema social; tal es también, lo que harán la filosofía y el arte, la una organizando la autoridad de la razón por la combinación de una rama colectiva del pueblo y la razón individual, y el otro por el concierto de la expresión del individuo con la expresión del pueblo. De suerte que la poesía social viene a ser, como dice Fortoul, “el concurso de los deseos de un hombre, con los deseos de su tiempo: un sufrimiento particular en la comunión con los sufrimientos generales, un gozo ennoblecido por los gozos de todos”.

Y toda la ciencia social con las ramas accesorias que le están subordinadas, no tienen otro destino que buscar la ley del progreso y de armonía entre la individualidad [pág. 2, col. 1] y la generalidad, estos dos términos que constituyen el mundo social, como el mundo universal. La individualidad y la generalidad son más bien los dos modos de ser fundamentales del universo: el universo es una unidad múltiple por decirlo así, y así quiere ser organizada la sociedad y la humanidad. Tal es la constitución política de la federación de Norte América, que por tanto no es una pura confederación sino algo más.

No es la generalidad ni la individualidad sino la combinación armónica de ambas cosas. Es una unidad múltiple también, una fórmula completa de sociedad que todos los pueblos del mundo acabarán por adoptar a la larga, porque ella abraza y combina en una justa proporción los dos modos esenciales del universo: la generalidad y la individualidad.

Sobre esta fórmula completa es que el arte social debe elevar su patria moderna. El arte social y moderno no excluye pues el romance que es la poesía individual en provecho del drama que es la poesía general: combina el drama y el romance, el individuo y el pueblo, el finito y lo infinito, el fenómeno y lo absoluto, lo visible y lo íntimo. Al dar la expresión de la sociedad no sofoca la del individuo, ni se olvida de aquella al dar la expresión de éste, sino que sus signos reflejan a la vez expresión de todos y de cada uno.

El poeta social no es un mero poeta político, un puro poeta lírico, destinado perpetuamente a cantar la patria y sus glorias: como la sociedad vive de lo privado como de lo público, de lo individual como de lo general, el poeta social puede tomar también su asunto hasta de lo más privado de la familia y del individuo. El poeta es social desde que sirve directamente de órgano de una exigencia social, sea que esta exigencia sea pública o privada, de estado o de familia, de gobierno o de individuo; socializar el pueblo es hacerlo útil para sí y para el individuo; socializar el individuo es hacerlo útil para sí y para el pueblo; socializarlo todo es hacerlo todo propio al progreso y al bien de todos y cada uno. Así, atacar las pasiones egoístas es socializar, como lo es también atacar las pasiones panteístas, porque ambas pasiones son exclusivas y enemigas de uno de los elementos del orden social. Excitar las pasiones nobles y elevadas, la generosidad, el desprendimiento, la constancia y designar a estas pasiones su objeto, a la vez humano social y personal, es socializar.

Así, caminando a la democracia que es la última forma de la sociabilidad, el poeta social y democrático debe cuidar siempre de atizar el fuego de aquellos [col. 2] sentimientos de igualdad, de atacar fuertemente las preocupaciones que se oponen al progreso democrático, de concluir con las reliquias de las edades bárbaras. De modo que la poesía democrática es tan vasta como la democracia; y así como la democracia no vive únicamente en la carta constitucional, sino que reside principalmente en las ideas, en los usos, en las costumbres tanto públicas como privadas, la poesía democrática debe cuidar de dar a las ideas, a las costumbres, a los sentimientos del pueblo una dirección enteramente democrática. Claro es que en ningún punto tiene más que hacer esta poesía que allá donde el régimen democrático está proclamado y sin embargo en lugar suyo existe en la vida real un régimen opuesto.

Tiene pues un campo tan vasto y tan variado como la democracia, que, identificada a la vida social todo lo ha penetrado; no tiene que ser puramente lírica, ni puramente dramática; ni puramente romancera; puede ser cada una de estas cosas

cuando le convenga, y frecuentemente le convendrá abandonar uno por otro de estos modos.

[Firma] N

[artículo de Miguel Cané] *El Iniciador*, N° 5, Montevideo, 15 de junio de 1838, págs. 2-6.

“Educación”,

El hombre y la mujer son el individuo social han dicho los discípulos de San-Simon, nosotros declaramos que este juicio no se conforma al nuestro. Pensamos, sí, que la mujer necesita una emancipación que la eleve de la pobre condición en que la han colocado usos y costumbres menos republicanas que las necesarias a nuestra sociedad, pero que no estamos ni con mucho en el caso de que la mujer ocupe el lugar que el hombre mismo no sabe desempeñar entre nosotros. Bajo esta declaración, desagradable para muy pocos, y hasta ahora muy lisonjera para el que no lea entero este artículo, vamos a discurrir sobre algunos puntos de los que más se extrañan en nuestra educación.

La providencia nos ha evitado el trabajo de muchos centenares de años; hijos del siglo XIX nacimos bajo el imperio del espíritu democrático, que de todas partes brota en el mundo: nosotros no hemos sacrificado para la conquista del principio indicado como base de las sociedades modernas, sino la sangre de algunos valientes, y las fatigas de una guerra bien corta. Podemos contar con que nadie nos quitará en adelante la Independencia y libertad [pág. 3, col. 1] que legítimamente adquirimos. Que allá en el centro de la civilización humana, que también lo fue del feudalismo y la barbarie, mientras ellos pelean, y destruyen, nosotros debemos marchar, no ya de conquista en conquista, ensangrentando el suelo americano, sino de principio en principio, de aplicación en aplicación de esos mismos principios.

El código más fuerte que a naturaleza ha puesto en el corazón de los pueblos, como en el corazón del hombre, es el de sus costumbres: se puede vivir sin leyes escritas, pero no sin costumbres; se puede vivir sin leyes escritas, pero no sin costumbres, se ha dicho desde muchos tiempos atrás. Si las costumbres se formularsen como los decretos del poder ejecutivo, pocas serían las infracciones de la ley, porque el hombre no gusta de ponerse en lucha con sí mismo. Dirigir y fomentar el desarrollo de la costumbre, es a nuestra opinión la obligación más urgente del Gobernante de toda nación joven, que como la nuestra tenga un objeto en cada una de sus tendencias, en cada uno de sus gustos. Si pues el objeto de nuestra asociación es el de llevar al mayor grado de perfección posible la forma que nos dimos ahora 28 años, y no se puede perfeccionar la forma gubernativa de una nación sin fomentar el desarrollo de todas las cosas que ella contiene, necesario es ante todo atender a lo que constituye la vida íntima de los pueblos, para pasar luego a lo que solo es convencional y exterior.

El Gobernante como el padre de familia debe formar el corazón del ciudadano; las formas en que luego se retratan los sentimientos dependen ya de otra influencia; téngase un corazón bueno, amante de la paz, del trabajo, y la forma social también será buena, porque no hay vestido malo que no mejore en un buen cuerpo.

Si en las monarquías es difícil llegar a un desarrollo completo, que venciendo todos los obstáculos que ellas ofrecen, pueda en último resultado hacer la felicidad nacional, no es menos difícil llegar a ese mismo resultado en las sociedades democráticas, aunque no haya que vencer los obstáculos de la forma. Hay elementos intrínsecos al corazón humano, que, desarrollándose licenciosamente pueden precipitarnos a un abismo de desgracias si no se atienden y se les da la dirección que conviene a la felicidad nacional. Norte América es libre y feliz porque sus códigos son el retrato de sus costumbres; las repúblicas en que han plagiado sus instituciones, no lo son porque no tienen costumbres, aunque tienen códigos. El ministerio de la educación democrática, consiste en [col. 2] dirigir esos mismos elementos hacia el objeto de nuestra asociación; en imprimirles desde su origen los caracteres de nuestras necesidades, en modificarlos de modo que por medio de ellos, la sociedad encuentre en cada ciudadano un magistrado, y en cada uno de sus actos un elemento más para la felicidad común. De ahí, la rigurosa necesidad de una moralidad profunda; de ahí la exigencia no menos urgente de inspirar en el corazón de la juventud el amor del trabajo, y de la paz. Dadme una sociedad que reúna esos dos elementos y yo diré sin titubear esa sociedad es feliz.

Es siempre reputado un mal padre de familia aquel que no llena sus obligaciones hacia sus hijos; lo es también aquel que no teniendo en sus actos otro objeto que el de su interés personal, hace de la familia un instrumento, y de la educación un sistema cuyo resultado infalible sea el de su utilidad exclusiva. Por desgracia es esto lo que sucede en toda sociedad en que no haya un fuerte vínculo que una los intereses de todos, y en que todo deseo, todo sistema no se proponga un fin común; la infancia de las sociedades como la infancia del hombre presenta un aspecto bastante obscuro, que con alguna propiedad merecería el nombre de desquicio; difiere del que sobreviene cuando falta el centro a que debe dirigirse el desarrollo, porque entonces todo camina a la muerte, y bien pronto desaparece el cuerpo que antes era gallardo y bello; en uno la fuerza de destrucción aísla y anonada separadamente los miembros de ese cuerpo, y en el otro es la fuerza de acción y producción, sin guía, sin objeto, y sin más móvil que el de la vida que todo lo anima y reproduce.

[...]

[pág. 4, col. 1] Supuesto, pues, que ni los desvelos del padre ni la dirección de un maestro que por sí y ante sí se ha arrogado de ese título, bastan para conducir e imprimir en el espíritu de nuestros jóvenes las tendencias que deben desarrollarse en el curso de la vida

en provecho de la patria ¿cuál será el sistema de educación más conforme con nuestras necesidades actuales y con nuestras esperanzas?

Nosotros pensamos, desde luego, que los establecimientos destinados a preparar e imprimir en el corazón de la juventud los afectos que por lo general forman la base de la vida, exigen una atención no mediana; que es mucho mejor dejar ignorar al hombre ciertos conocimientos, que hacer crecer el vicio sobre la raíz de cada virtud. En pocas palabras, preferimos pocos y sólidos elementos, a extensas y obscuras teorías sobre todo.

Haciendo una aplicación rápida de todo lo que hemos dicho a los únicos establecimientos de educación que tenemos, no se puede desconocer la inmensa imperfección en que se encuentran, y la no menos dañosa influencia que ellos ejercen.

Las escuelas primarias, que son por su oportunidad, el campo en que se arroja la semilla que más tarde ha de [col. 2] dar fruto; el templo en que un espíritu virgen y dócil viene a recibir los afectos y creencias que luego serán, con pocas variaciones, las reglas de su vida, deben ser desempeñadas con la santidad del sacerdocio, y la sincera diligencia del apóstol de todo porvenir.

La democracia vive en las masas; las calles, las plazas públicas, nuestros inmensos y hermosos campos, son los templos del pueblo: en ellos derrama sus ideas, sus afectos, su vida toda entera. Observad esa muchedumbre que a todas partes se precipita, estudiad a un momento; buscad el sentimiento dominante que al través de su rústico lenguaje, de sus toscos y casi repugnantes proverbios se descubre en cada movimiento, en cada aptitud de ese pueblo joven vigoroso, la patria, la libertad, hallareis en todo: examinadla algo más: hallareis la discordia, la envidia, la enemistad, el egoísmo. ¿Y por qué toda esa muchedumbre dominada por un sentimiento único, poderoso, carece de los medios que la estrecharían a amarse, protegerse recíprocamente, a no dejar profanar sus derechos, y a conducir la gran obra de nuestra sociedad al alto grado a que es forzoso llevarla? ¿Por qué? Buscad la razón en vuestra conciencia; preguntaos qué adquiristeis en los primeros años de la vida, cuáles verdades se grabaron en vuestro espíritu, cuáles obligaciones se les hiciera concebir; pulsad las cuerdas de vuestro corazón, buscando el sonido de armonía y amor que debe haberse depositado allí como un cáliz sagrado: ¿qué hallareis? Estériles y oscuros conocimientos sobre la materialidad de la escritura, de la aritmética, una o dos ideas religiosas, y luego mucha licencia, podría decir, mucha inmoralidad.

[...]

Si, pues, es la mayoría, la multitud, la plebe, la que constituye la nación en los Gobiernos democráticos, y no hay verdadera libertad sin que la inteligencia de la mayoría haya recibido la cultura necesaria, cuando menos hasta el grado de conocer que tiene *derechos, que tiene obligaciones*, todo establecimiento destinado a la educación de esa misma muchedumbre, debe ser público; todo sistema [pág. 5, col. 1] de enseñanza,

uniforme y en armonía con el espíritu nacional; toda doctrina, todo consejo del que desempeña el augusto ministerio de padre y mentor del espíritu de los jóvenes, debe ir impregnado del sentimiento dominante de nuestra sociedad, porque si se empieza por aislar los miembros de un mismo cuerpo, por dirigirlos hacia objetos y por móviles distintos se introduce una muerte oculta pero infalible en el corazón de ese cuerpo que más o menos tarde, vendrá a llevarse lo que es suyo.

[...] Por pronunciado que sea el sentimiento de nuestra sociedad hacia la democracia, si la generación que nos ha de reemplazar mañana, no recibe otra educación que la que hasta hoy se le da, tendremos sociedad republicana en el nombre, soberanía, leyes e instrucciones sin vigor, y no saldremos del caos en que vivimos. Formad un mismo camino y hacia un solo objeto, destruid las tendencias egoístas que el hombre trae consigo al mando, y tendréis paz, felicidad doméstica, fuerza y gloria a la faz de todos los pueblos del mundo.

[col. 2] La mujer, oh! La mujer, ¿cómo hablar de su estado sin agraviar a esos hombres felices que en cada una hallan un ángel, y en cada una de sus sonrisas un poema? Si nuestra misión fuera menos austera que la que nos imponen las necesidades de la patria y de los tiempos, tal vez no nos faltaría una flor que depositar a los pies de nuestras bellas. Pero los que han hecho el sacrificio de los tiernos y dulces sentimientos del corazón, los que han dado un adiós a ese mundo de encanto y poesía, por consagrarse al culto de la verdad y de la razón, deben volver la vista de todo lo que no sea él.

Hubo una edad en que el hombre vivía y moría por su dama; hoy la dama de todo corazón noble, no es menos bella, ni menos dulce, es la patria, la humanidad; hubo un tiempo en que el lánguido acento de una virgen hacía correr las lágrimas del fuerte caballero, que en los campos del honor y entre los horrores de la muerte, ofrecía un pecho de piedra; pero pasaron ya los tiempos en que el hombre vivía para el hombre; y con ellos ese culto profano que degradaba la divinidad que incensaba: las trovas amorosas no suspiran en las soledades de la noche, a las plantas del gótico castillo, las cuitas del caballero apasionado; ni el oído vigilante de la dama responde con un lamento de amor al poético penar de su querido. La mujer entonces tan altamente colocada, fuente y objeto de todas las acciones del hombre, estaba en su lugar; la corriente del tiempo la colocó en el trono; la corriente del tiempo la ha conducido hasta el abismo en que hoy se encuentra. Tenemos todavía una forma de poesía, que se conserva y reproduce, pero es la forma sola; inútil, ridícula frecuentemente, y sin misión: caerá también porque contra la fuerza del tiempo no hay lucha duradera.

[...]

El hombre se ha puesto en camino; la mujer está olvidada, como si las causas que un día la hicieron dueña y soberana de la tierra, se hubieran esterilizado; como si los

encantos que en ella colocó la naturaleza, fueran amargos hoy, cuando tanta dulzura ayer tenían.

“Una injusticia eterna pesa sobre la mujer: ¡hermanos tenéis que reparar esa injusticia!”, ha dicho Lando [pág. 6, col. 1] a los jóvenes italianos; nosotros repetimos las palabras del bello joven, y querríamos que también nuestros hermanos las escucharan sin odio.

La mujer, como existe en nuestras sociedades, es un ser desgraciado en efecto; es una criatura sin misión ni carácter verdaderamente social. Nace y muere como las flores; destinadas al deleite de uno o pocos más, la patria conserva en su seno, más de la mitad de sus hijos como miembros improductivos, muertos para todo lo que no sea el amante, el hermano, el padre. Oh! Las tiranías y preocupaciones de edades menos humanas que la nuestra, se han cebado en el más tierno ser que Dios puso en la tierra! Sí, y se conservan todavía. Pero ya es tiempo de que ese espíritu que todo lo conmueve, ese espíritu que vivifica hasta las cosas menos animadas, penetre el hogar doméstico y arranque la víctima que en él gime; es tiempo ya de que ese elemento poderoso, sea despojado de la hipócrita influencia que hoy ejerce, y en vez de ser causa y objeto de pasiones puramente egoístas, salga a trabajar como el hombre, por la civilización, por la humanidad, por la patria.

“Enseñad vuestro ángel de amor a ceñiros la espada, a embellecer vuestro pecho con sus colores y a premiar vuestras virtudes con su beso”

“Y si ella educa a sus hijos en la verdad, las tiranías no renacerán”

Sublime será la generación que haya bebido en el seno materno el entusiasmo y el amor.²⁰

[Firma] H

[Ensayo de Félix Frías que aborda el tema de la poesía romántica y popular]

***El Iniciador*, N° 10, Montevideo, 1 de septiembre de 1838, pág. 14, cols. 1-2, pág. 15, col. 1.**

“La poesía nacional”

Como los individuos no son la patria, la poesía individual no es la nacional. La nacionalidad de la poesía no le viene por derecho de nacimiento. Cervantes no fue escritor nacional por ser español, sino porque escribió la España. Todo escritor que es un eco de su nación es escritor nacional, esto es escritor popular. Hoy la nación es el pueblo. En los tiempos en que la gloria de las naciones era la de sus escritores, estos se elevaban y reflejaban su celebridad sobre la patria. La Patria era el círculo estrecho de egoístas individualidades. El pueblo entonces no manejaba ni la espada, ni la pluma. Pero estos

²⁰ Lando.

tiempos de opresión han pasado. En el día los pueblos son genios; improvisan una epopeya en tres días, componen odas sublimes en pocas horas. La poesía del pueblo es la de la acción. ¿Queréis una elegía más tierna que una derrota popular? ¿Un drama más grandioso que una lucha y un triunfo nacional? En lo grande está la belleza. Las lágrimas del pueblo, sus llagas, su heroicidad, su amor y sus esperanzas son temas fecundos donde debe el poeta tomar los motivos de sus inspiraciones. El pueblo no es frívolo. Quiere contemplar algo más serio que una flor, una pasión, un sentimiento individual.

En circunstancias como las actuales de regeneración y movimiento, nada más intempestivo e indiscreto que distraer la atención de las vitales exigencias de nuestra sociedad, para entregarse a pueriles e ingeniosas vaguedades. Queremos ciudadanos. La ciudadanía en la poesía, el arte, la filosofía, la política y la literatura. Queremos representantes del pueblo; que su soberanía infinita sea comprendida y practicada. Unidad científica que sea la expresión de la unidad nacional. La revolución pide una interpretación filosófica y poética. Una revolución es el golpe más poético y el más racional. Una revolu [col. 2] ción es una conclusión filosófica y un desenlace dramático; una idealización racional. Una revolución es también la moral en acción. Fue, pues, nuestra revolución filosófica, moral, y poética. Tuvo una alma trinitaria, esto es una inteligencia, un corazón y una imaginación. El escritor del día debe ser pues un todo, como la revolución fue un todo, y el pueblo es un todo.

La poesía que no atienda esta triple exigencia, será una poesía hueca, sin alma. Debe ser lógica sin ser prosaica, espontánea sin individualidad, moral sin ser consejera, sublime sin oscuridad. Siempre un grito, un clamor popular. Su moralidad estará en ser caritativa. Los esclavos, los pobres, los mendigos, los enfermos, la viuda, el huérfano, todos deben ser acogidos con maternal cariño en el Hospital de la poesía. Para completar nuestra idea, diremos que queremos una poesía cristiana, como queremos que el cristianismo sea el alma de la filosofía y la política, el alma de la democracia de la joven América. Y nos fundamos. El cristianismo es la expresión más verdadera y alta de la individualidad americana. El primer artículo de nuestro credo político, es el dogma de la soberanía nacional. Un pueblo que viste luto el aniversario de la muerte del Salvador, que golpea su pecho y llora al pie de la Cruz, que pide a Dios el pan de cada día, que pobre y desgraciado espera y no se suicida, que abraza en su pecho arrepentimiento, esperanza y fe, que muere con el crucifijo en las manos; lo decimos, un pueblo que practica el cristianismo es cristiano. La razón del pueblo es más racional que la razón filosófica. El buen sentido es infalible. Si la razón colectiva de las masas ha de ser la luz de la democracia americana, y si esta razón es la razón inmortal de Cristo, cristianos deben ser la filosofía, la política y el arte, elementos íntimos y vitales de la ciencia social.

No es nuestra intención en este momento ventilar la cuestión del lenguaje que deben revestir las producciones literarias. Diremos solamente que si fuera necesario los

poetas deben sacrificar su fama literaria a su fama civil. Que el pueblo que lee no es literato y ante todo pide que se le hable claro. Que el pueblo lee sin diccionario. Que el pueblo no entendería a Cervantes, ni sus imitadores, pero sí entiende la Biblia. Este es el libro a nuestro juicio modelo del lenguaje popular.²¹ Además estos modelos [pág. 15, col. 1] existen y han nacido de los rangos mismos del pueblo. Un poeta argentino ha iniciado con la palabra y el ejemplo la necesidad de crear una poesía nacional, nosotros no creemos anunciar una mentira, diciendo que esta poesía nacional existe. El tiempo llegará en que los habitantes de los campos sean explorados por algunas de las capacidades metafísicas y observadoras que brillan en las filas de la joven generación. Entonces se enseñará a la meditación del filósofo las novedades poéticas que el desierto oculta. Manantial fecundo de altas deducciones deberá ser sin duda esta poesía original, expresión espontánea del hombre de la naturaleza. La espontaneidad es siempre una verdad. Esta poesía, mostrándonos la anatomía del corazón de nuestros hombres, nos dirá su carácter individual y sus tendencias primitivas. De inmensa utilidad será este estudio para el conocimiento exacto de nuestra personalidad. La filosofía sabrá el suelo en que debe arraigarse, y la literatura recibirá su nacionalidad. El lenguaje de todas estas composiciones es pobre y prosaico; pero como los andrajos del mendigo encumbren un hombre, así bajo esta forma mezquina, bella a veces en su extravagancia como los remiendos del pobre, hay un fondo original y grandioso, humilde y sublime, la verdad del sentimiento, el fuego de la pasión, el brillo de alta imaginación. Quizá son estos delirios de fantasía extraviada; pero para justificar este juicio nuestro, mostraremos en adelante algunas de las producciones que hemos conseguido, cuyo análisis probará ser muchas de ellas modelo de la poesía, cual la concebimos, lógica y verdadera, clásica y romántica, esto es, la expresión de un corazón y una imaginación racional.

El que se sienta [sic] la capacidad musical hará sin duda iguales observaciones sobre los cantos de nuestros gauchos, que con suave y tierna melodía acompañan los sentidos suspiros de un corazón virgen. Quizá nos atreveremos, a este juicio en adelante; porque creemos ser el corazón, el juez único de la música, que es lenguaje del alma, no de los sentidos.

[Firma] D. y L.

[Intervención de Alberdi sobre la lengua nacional] *El Iniciador*, N° 10, Montevideo, 1 de septiembre de 1838, págs. 16-17, cols. 1-2.

“Emancipación de la lengua”,

²¹ Deseamos que no se crea que en estas pocas palabras está envuelto nuestro pensamiento sobre el lenguaje y la necesidad de nacionalizarlo. En este punto somos eclécticos, si se nos permite la expresión, aceptamos la tradición y creemos en el progreso de las lenguas. Creemos al pueblo en esta materia maestro y discípulo; otra vez desarrollaremos nuestra idea.

I.

La revolución estallada, o consumada más bien, en la lengua que habla nuestro país, es una faz nueva de la revolución social de 1810, que la sigue por una lógica indestructible:

*Si la lengua es el conjunto de las relaciones simples y elementales de nuestro pensamiento con la materia de que estamos rodeados, y por tanto, es dúctil, perfectible, variable, como el pensamiento y la materia.*²²

*Si ella sigue y provoca infaliblemente los cambios del espíritu humano.*²³

*Si la lengua no se da, si ella como el sol no para jamás.*²⁴

*Si en las revoluciones de la lengua nosotros no presidimos; si ellas nos arrastran a pesar nuestro.*²⁵

¿Qué valen pues nuestras impotentes protestas contra la revolución que hoy vemos sancionarse en nuestra lengua? ¿Está en la mano de nadie el sofocarla? ¿No es el pueblo quien la ha hecho? ¿Y quién destruye lo que levanta el pueblo? Que los puristas digan lo que quieran, el pueblo americano no hablará jamás la lengua neta de la España: porque el pueblo americano tiene un suelo, sentidos, ideas, necesidad, recuerdos, esperanzas, gobierno, leyes, costumbres, tradiciones, sentimientos que le son propios, y cuyo conjunto forma el espíritu americano, de que la lengua americana quiere ser un fiel reflejo. Ni pues el pueblo mismo ha hecho esta mudanza, sino el suelo, la situación, la revolución, las necesidades, los acontecimientos en fin independientes y superiores a la voluntad del pueblo no hace ni la lengua, ni la ley; la lengua, como la ley, es la razón, la naturaleza declarada por el pueblo. El que ordena las condiciones normales de los pueblos, es realmente el que determina la lengua. De suerte que hay cierto fatalismo inteligente en los destinos de la lengua, como en la historia de los pueblos.

Pero si es necesario abandonar la estructura española de la lengua que hablamos, y darle una forma americana y propia ¿cuál pues deberá ser esta forma? Ella no está dada como no está dada tampoco la forma de nuestra sociedad: lo que sabemos es a quién toca darla, es el pueblo americano y no el pueblo español.

[col. 2] Sería una vergüenza que la España misma, que todos los días tratamos de esclava, retrógrada, añeja, viniese a darnos lecciones en esta parte, cuando escribe en las columnas del *Guardia Nacional*²⁶ estas palabras: “Marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas a las viejas, combinaciones de hoy a las de ayer, analogías modernas a las antiguas, y pretender

²² Fortoul

²³ Id.

²⁴ V. Hugo

²⁵ Villemain

²⁶ De 30 de marzo de 837.

estacionarse en la lengua, que ha de ser la expresión de estos mismo progresos, perdónennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza”.

Pues nosotros tenemos puristas, y no de España, sino de América, que han creído que hemos perdido la cabeza cuando hemos tenido el pensamiento feliz de la *emancipación de nuestra lengua*.

“Las lenguas, dice Larra²⁷, siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado a fuer de escribir castizo, es intentar imposible; es imposible hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierte, sólo podrá perjudicar a la marcha y al efecto general de la obra que se escribe”.

Así protesta la literatura española contra la inmovilidad de la lengua; ¡qué no pudiera exigir con más razón la ciencia en que la lengua española no ha recibido la más ligera elaboración! Antes que la Alemania derramase su nueva tecnología jurídica en las ciencias meridionales de Europa, hemos visto al hábil comentador y traductor de Bentham romper mil veces las barreras del purismo, y crearse una nomenclatura nueva con escándalo de la Academia. La fusión del espíritu germánico con el espíritu francés, ha traído después un movimiento en el lenguaje filosófico de las ciencias morales, que ha hecho todavía más difícil la versión de las nuevas ideas en su español castizo y neto, es decir, en un español sin idealismo, sin filosofía, material como la nación que lo formó. Eh!, ¡y qué es este casticismo egoísta y estrecho de una lengua en un siglo que corre a la unidad del espíritu europeo y humano! Ya no es la gloria de una lengua el ser castiza sino el ser cosmopolita y humanitaria. ¿Y se obtiene esta universalidad levantando entre los idiomas extranjeros y el idioma nacional murallas feudales?

II.

Anunciamos un pensamiento que absuelve la nueva [pág. 17, col. 1] dirección que ha tomado nuestra lengua en las manos de una porción de jóvenes de talento.

Conviene no pensar que la forma exacta y económica que admiramos en la lengua francesa sea una mera especialidad que la caracteriza, una forma privativa que dependa del carácter francés; y que la difusión y verbosidad de la lengua española sea un resultado del carácter español. Creemos en la especialidad de las naciones, porque creemos en las diversidades de la naturaleza; pero hay una especialidad que no depende de los climas sino del tiempo, por la cual un pueblo tiene hoy un modo de ser y mañana otro; por la cual un pueblo niño difiere de un pueblo viril. Claro es que esta especialidad se acaba con el tiempo que concluye con la niñez, volviendo la virilidad. Bajo este punto de vista, las naciones pierden su especialidad a medida que avanza el progreso humano, tal es, pues, en gran parte la especialidad de la España, especialidad de cronología. La España difiere de la Francia, porque ella es niña, y la Francia adulta. Y la mayor parte de la diferencia

²⁷ Fígaro, tomo 2º, art. 6º.

entre la lengua española y la lengua francesa, no resulta sino del progreso mayor del espíritu humano en Francia que en España.

El entendimiento es uno en sus leyes, como en su sustancia; la gramática es una, como la lógica es una; la lengua, pues, no es más que una. Lo que llamamos diversas lenguas, no son sino diversos dialectos de una sola lengua filosófica. Hay, pues, un progreso gramatical filosófico que es común a todas las lenguas, que tiene por objeto conquistar para la emisión del pensamiento una forma cada día más simple, más exacta, más breve, más elegante. Tales son el origen y el carácter de la forma actual de la lengua francesa. Es una lengua de la mayor perfección filosófica, y de una perfección a que todas las lenguas tienen el mismo derecho que ella. Bien, pues: aproximarnos a esta forma por las imitaciones francesas, no es abandonar por un mero capricho de la moda, las formas españolas por las formas francesas; es acercarse a la perfección de nuestra lengua, porque las formas de la lengua francesa son más bien las formas del pensamiento perfeccionado; son más bien formas racionales y humanas, que francesas. La lengua, lo hemos dicho ya, es una faz del pensamiento; perfeccionar una lengua, es perfeccionar el pensamiento, y recíprocamente, imitar una lengua perfecta es imitar un pensamiento perfecto, es adquirir lógica, orden, claridad, laconismo, es perfeccionar nuestro pensamiento mismo. Tal es lo que a nuestro ver sucede con nuestras imitaciones francesas. Ellas pues [col. 2] son útiles, cuando son practicadas con discernimiento, por razón de mejora, de claridad, de concisión, y no por motivo de capricho, por afectación. Conviene aceptar cuanto nos ofrece de perfecto, cuidando de no importar aquello que es peculiar del espíritu francés.

III.

Después de todo, este movimiento es inevitable; ya está dado, y no sólo dado, sino sancionado. Es invencible porque no es de ayer. La revolución americana de la lengua española, comenzó el día que los españoles por la primera vez pisaron las playas de América. Desde aquel instante, ya nuestro suelo les puso acentos nuevos en su boca, y sensaciones nuevas en su alma. La revolución americana la envolvió en su curso; y una juventud llena de talento y de fuego acaba de comunicarla

Que se lean con cuidado los primeros escritores que la regeneración Americana ha presentado en todos sus rangos, y se verá que la juventud actual no hace más que consumir con más bravura y altivez una revolución literaria comenzada instintivamente, por sus ilustres padres, los Moreno, Belgrano, Monteagudo, Funes, Alvear, Bolívar.

En adelante ya nadie envidiará el mérito pobre y estrecho de escribir español castizo. Escribir claro, profundo, fuerte, simpático, magnético, es lo que importa, y la juventud se va portando. Ya no hay casi un solo joven de talento que no posea el instinto del nuevo estilo y le realice de un modo que no haga esperar que pronto será familiar en nuestra patria el lenguaje de Lermenier, Hugo, Carrel, Didier, Fortol, Lerroux [*sic*].

Sin firma

[Intervención de Alberdi sobre el tema de la emancipación lingüística]

Boletín Cómico. *El Iniciador*, Tomo II, N° 3, Montevideo, 15 de mayo de 1838, pág. 17, col. 1, pág. 18, cols. 1-2.

Fragmento inédito de *La Moda*.²⁸

Cursos públicos.

Enseñanza del idioma.

Profesor: el señor Figarillo.

La sala es vasta, el concurso inmenso:

el orador sube a la cátedra en medio

de ruidosos aplausos; se inclina mo-

destamente; sigue un profundo si-

lencio, y comienza:

Calaveras:

Voy a principiar por enseñaros a hablar, porque ni eso sabéis. Vos no habláis la lengua castellana, sino la lengua que os da la gana; y entre nosotros no hablar la lengua castellana, es no hablar ninguna lengua.

Siempre en nosotros la gana por delante, y jamás la razón. No contentos con haber embarullado la política de España, ahora queréis embarullar también su lengua: ya no hacéis caso de la Academia ni de Cervantes, ni de Jovellanos, ni de los dueños del idioma que tenemos prestado: os habéis figurado que es vuestro, y le tratáis sin la menor ceremonia, sin prever que mañana nomás, si a la España le da también la gana, viene y nos quita su lengua, que es suya porque ella la formó; y no se la dio el Papa, ni la robó a nadie, ni la ha enajenado, ni la ha arrendado a nadie, y nos deja mudos a todos, mirándonos unos a otros y hablándonos por señas.

¿Quién os ha dicho que las lenguas deban ni puedan cambiar jamás? ¿Qué son mujeres acaso? ¿Son veletas? ¿son opiniones? ¿son peinetas para que un día estén de un modo y otro día de otro? De ningún modo, señor: la constancia, la constancia en todo, y en esto más que en nada, aunque es mala comparación, el hombre firme debe ser como el benteveo, que lo mismo canta hoy que cantó ahora tres mil años, esto si el benteveo es de los que escaparon en el arca de Noé, que yo no sé lo que dice Cuvier a este respecto.

He preferido también principiar por la lengua, porque no solo es el primero, sino también el último, el más interesante de los estudios, para el pueblo sobre todo. Para que un pueblo no pueda ser libre, ni rico, ni feliz sin el manojito puro de su lengua. Así pues,

²⁸ Hemos podido obtener algunos fragmentos inéditos de la difunta *Moda* de Buenos Aires, y creemos que el público nos agradecerá su inserción en nuestro papel.

pobre del pueblo, que, hablando la lengua castellana, confunde, por ejemplo, en algún caso, la S con la Z, ya está próximo a caer en servidumbre; porque así como hoy confunde la s con la z, mañana no más confundirá también la justicia [pág. 18, col. 1] con la injusticia, la verdad con la mentira, la virtud con el crimen. Notad que los pueblos nunca han sido más libres, que en los tiempos floridos de su lengua: ved la Francia bajo Luis XIV; la España bajo Felipe III; la Italia bajo León X, Roma bajo el imperio de Augusto. Y ya se ve que debe ser así, ¿en qué han de pensar los pueblos libres sino en su más primordial y sublime interés? ¿Cuál? ¿La libertad? ¿El progreso? ¿La igualdad? ¿La riqueza? ¿La paz?; nada de eso, en lo que está primero que todo, esto: la lengua. ¿Para qué queréis una libertad escrita con v en vez de b? ¿Para qué sirven la riqueza y la paz escritas con s en vez de z? Bien saben pues como proceden esos literatos que renunciarían los siete cielos juntos si los viesan escritos con s.

¿Queréis escribir vuestro idioma?: no escribáis el idioma que habla vuestro país porque vuestro idioma, no es vuestro idioma. Vos debéis escribir como nadie habla ni escribe aquí; y si escribís como se habla y escribe aquí, no sabéis escribir. Es cierto que la literatura debe ser la expresión de la sociedad, pero eso es para otras partes. La literatura nacional debe ser la expresión de la sociedad española, porque nuestra sociedad no tiene boca todavía ni tiene nacionalidad, es pupila, y debe hablar la España por ella.

Otro gran secreto del español castizo, está hoy día en la sintaxis.

[Artículo polémico escrito por Alberdi sobre romanticismo, en respuesta a la publicación en *El Correo* de Montevideo de la sátira de Mesonero Romanos sobre los escritores románticos] *El Corsario*, N° 3, Montevideo, 1840, págs. 79-82.

“Artículo sobre el romanticismo”.

Cada vez que veamos publicarse una invectiva contra el romanticismo y los románticos, hemos de publicar un artículo como el que acaba de leerse: es la mejor respuesta que pueda darse a burlas impertinentes y miserables.

Lo hemos dicho en otras ocasiones: no tenemos el honor de ser románticos; no deseamos tampoco este honor; no defendemos pues nuestro partido: sabemos únicamente que se necesitan títulos que nadie nos ha dado a los españoles y a los americanos del día para reírnos de un sistema literario en que figuran los nombres de Shakespeare, Milton, Schiller, Byron, Chateaubriand, Lamartine y Victor Hugo. Creemos al contrario que es éste el mejor modo de ponerse en ridículo, porque es reírse de la estatura del Chimborazo siendo uno un pigmeo.

Está bueno que Nisard, Planche y Fortoul, allá en Francia, con los antecedentes literarios de su País, levanten sus protestas contra las demasías de una literatura que ha pasado de los límites en que debía cumplir su misión de reforma y de liber- [pág. 80] tad.

Pero que un tenebroso papelucho de Madrid se ponga a reír del sistema que han proclamado los Schlegel a la faz de la sabia y brillante Alemania, es lo que no debe sancionarse por hombres que tengan buen sentido. Bueno es no parodiar a Chateaubriand, pero también es bueno no parodiar a Nisard. ¿Qué se pretende sustituir en el lugar del romántico Shakespeare? ¿Al clásico Bretón de los Herreros?

El romanticismo es hoy batido en Francia, porque en Francia ha cumplido su misión. Esta misión ha sido grande y ha comprendido la lengua, el arte, la elocuencia, y el gusto. Fortoul ha hecho la historia de los servicios que la literatura de este siglo debe a las reformas operadas por el romanticismo. Entre otros beneficios, el romanticismo, ya decadente él mismo, ha hecho que no se pueda soportar en lo sucesivo la clásica literatura del siglo XVII. Un sistema debe destronar inevitablemente al romanticismo, pero ese sistema está por crearse, y nunca será el caduco sistema de Boileau. Esto sucede en Francia: otra cosa es España y América, donde el romanticismo comienza recién su misión de revolución y de independencia literaria. A nosotros, americanos y españoles, oprimidos bajo el peso de las más pesadas, de las más añejas y serviles tradiciones de una literatura sin vida y sin elegancia, ¿quién nos ha dado derecho para quejarnos de las libertades licenciosas y de las brillantes petulancias del pensamiento y del estilo romántico? Nosotros, como los franceses, necesitamos pasar de un extremo a otro, para caer más tarde en el justo medio. En literatura, como en política, es imposible escapar a la ley de los extremos. Para pasar de la servidumbre a la libertad es indispensable atravesar por la licencia. Sin Robespierre la Francia no hubiese pasado de Luis XV a Luis XVII; sin Víctor Hugo, no hubiese andado de Boileau a Nisard. Nos hemos puesto a proclamar la templanza antes de haber pasado por el exceso. Antes de llegar a los tiempos constitucionales de nuestra literatura, es preciso que tengamos nuestras barricadas y saturnales de pensamiento y de arte.

Nada más estéril, más pedantesco y más digno de lástima que las pretensiones de clasicismo entre nosotros, pobres escueleros que no tenemos nada que nos distinga sino los pocos [pág. 81] golpes instintivos y casuales que se escapan a nuestra inteligencia todavía en mantillas con más pasión y reflexión. En vez de alentar los ensayos de un pensamiento que comienza, alabando hasta sus despropósitos, nos armamos del cartabón clásico y juzgamos con el rigor de Boileau y de Planché los productos inexpertos de espíritu que recién quieren dar pasos. Pedantería miserable, que no merecía otro castigo que la de ser puesta en el ridículo que ella busca para los otros, por un examen tan severo como el suyo. Que el joven pensamiento Americano corra como un torrente y sin barreras ni diques aunque su linfa salga fangosa y turbia: ella conseguirá limpieza y claridad más a la larga. Hagamos poetas y escritores templando fuertemente las almas de los jóvenes, arrastrándolos a una vida de sacrificio y de grandeza, de sublimes tentativas y de nobles peligros; y no enseñándoles a medir versos y a contar frases; que la pasión por

lo que es grande y noble rebose en sus pechos, y corra luego sobre el papel más abundante que escogida, más fecunda que pura, más rica que correcta.

Ningún sistema es responsable, por otra parte, de los abusos que de él hacen los necios. No se debe pues confundir el romanticismo con los abortos de los falsos románticos. Romanticismo es Hamlet, Ricardo III, Montegon y Capuleto, Chil d' Harold [sic], el Fausto, el Carmagnola. Las Meditaciones, René y Hernani. Románticos con Schiller, Goethe, Byron, Walter Scott, Chateaubriand, Manssoni [sic], Lamartine. ¿De este romanticismo y de estos románticos se mofa el *Panorama Matritence*? Ha hecho mal en llamar románticos y romanticismos, si con estas denominaciones ha querido señalar la tontería de los tontos que se dicen románticos. Tanto valiera que hubiese dicho *del clasicismo y de los clásicos*, porque también hay tontería y tontos en el clasicismo. ¿No hubiera sido más exacto titular el artículo: *De la tontería y de los tontos*?

Es malo atacar de una manera general la literatura romántica, porque en el público inexperto, esto despierta una prevención peligrosa contra la innovación literaria. El común del público que no conoce más que dos sistemas, el romántico y el clásico, o bien el nuevo y el viejo, ve combatir al romanticismo y deduce de esto que el clasicismo, es decir, lo viejo [pág. 82] es lo mejor. Cobra repugnancia a las mudanzas y se apega a los viejos hábitos de pensamiento. Por eso hubiese sido bueno que nuestro amigo *El Correo*, al reproducir el artículo del *Panorama Matritence*, hubiese declarado que su desdén por el romanticismo no significaba su amor por el clasicismo, si como nosotros, profesa él, el *progreso indefinido* por la ley del desenvolvimiento literario; ley que proscribía todas las restauraciones y los retrocesos a las cosas que han caducado una vez. De este modo hubiese evitado también que se tomase la acogida que daba a la chansoneta del *Panorama*, como una complacencia no muy independiente hecha a una preocupación literaria más desacreditada todavía que la preocupación romántica.

¡Qué de más pobre, por otra parte, que estas miserables críticas contra un sistema que, bueno o malo, es proclamado Rey de la opinión del momento! ¡Hablar contra Victor Hugo, entre nosotros y en España! ¿Para qué, por Dios? ¿Para que el lector que acaba de recorrer una de esas críticas, al volver la hoja, dando con el aviso de teatro que anuncia la *Catalina Howard*, corra a comprar luneta aunque sea a doble precio? Miserables bostezos de la plebe de los charlatanes; lancetazos de mosquitos sobre los cuernos del toro, pedradas burlonas a la cabeza del Anconquiya, insultos rabiosos y vanos contra el astro que, insensible a las vanas injurias,

¡Sigue en silencio su inmortal carrera!

Planche, el sabio Planche, con sus admirables análisis no puede conseguir en Francia un solo rayo de la luz que rodea a Victor Hugo, ¡y se quiere oscurecer en España y entre nosotros el sistema y los títulos del autor del *Hernani*!

[Escrito en respuesta a *El Correo* sobre la cuestión del romanticismo]

El Corsario, N° 4, Montevideo, 1840, págs.127-128.

Al corresponsal del *Correo*

Nos faltan dos páginas que llenar, ocupémonos de dar una respuesta superflua.

El Corsario no ha tenido jamás la intención de apresar al *buquecito de guerra al servicio de la libertad Americana: El Correo*. No ha cargado su *cañón giratorio hasta la boca a bala y metralla para dispararle sin piedad sobre el infeliz Correo*. Esta imputación por parte del corresponsal, es gratuita y torpe; es ofensiva también al buen sentido del mismo *Correo*, porque es suponerle, por una parte, incapaz de conocer él propio sus heridas, y por otra, una susceptibilidad pueril siempre al servicio de la primera sugestión de un charlatán. Conocemos la bandera del *Correo*, conocemos a sus redactores; estimamos la una y somos amigos de los otros. No hemos escrito en hebreo nuestra diatriba; puede volverse a leer, a ver si es el *Correo* a quien se dirigen nuestros más punzantes golpes. No hay pues lugar a nuestro arrepentimiento, porque no hemos incurrido en pecado; y que el corresponsal diga *tarde o temprano piache*, nos importa un bledo.

No hay *heridas rojas y frescas* en el *Correo*; esto es ridículo, sedicioso, inepto; las *burlas impertinentes y miserables*, son las del *Panorama*: el *Correo* no ha hecho ninguna. *Ponerse en ridículo siendo un pigmeo* es lo que ha hecho el *Panorama*, no el *Correo*. *Tenebroso papelucho*, es el *Panorama* de Madrid, no el *Correo*. *Las pesadas, añejas y serviles tradiciones de una literatura sin vida y sin elegancia*, no son las tradiciones de la brillante y clásica literatura española de la época de Cervantes y Calderón de la Barca; qué más se quisieran el miserable corresponsal y el honorable *Correo*, que el verse atados al hilo de oro de esa brillante tradición. Ese hilo se rompió para la España de estos últimos tiempos, como para nosotros; y las tradiciones que pesan, no sobre el *Correo*, sino sobre todo el mundo en estos países, son la de la más baja, pesada, insulsa, y pobre literatura española de los tiempos próximamente precedentes.

Es un sarcasmo lleno de acibar contra el pobre *Correo*, el suponerlo herido directamente por nuestra expresión de *libertades licenciosas y brillantes petulancias*. ¿Cómo es, buen corresponsal, que esta expresión le ha dejado también una herida *roja y fresca*?

Estéril, pedantesco y digno de lástima, es el clasicismo que aquí ostentan otros, no el *Correo*, que jamás se ha dicho clásico. *Pedantería miserable*, es la del *Panorama*, que se ha puesto a reír del sistema practicado por [pág. 128] Shakespeare y formulado por los Schlegel. *Miserables críticas* son las críticas como la del *Panorama*; el *Correo* no ha hecho ninguna que nosotros sepamos.

¿Qué nos importa vuestra miserable profesión de fe literaria, articulista vano, que estáis bajo la máscara como si todo el mundo os estuviese conociendo? ¿Que creáis más, que creáis que el artículo del *Panorama* es *bellísimo y solo se dirige a criticar a los necios*, qué nos importa, ni qué importa esto a la verdad de las cosas? ¿Quién sois, vos? ¿Qué valen vuestras creencias? ¿Vuestros abusos necios de las palabras cambiarán la naturaleza de las cosas? Para criticar a los necios, señor articulista, es muy inhábil, y muy absurdo, y muy pérfido, el titular la crítica con nombres que jamás han convenido a los necios, sino a los grandes hombres a quienes siempre han convenido y se ha dado. ¿Qué diríamos nosotros, si, para hablar de los ladrones y de los borrachos que hay en América, un extranjero titulase su artículo: *De la América y de los Americanos*? Antes que él dijera que no hablaba más que de los borrachos y ladrones ya no tendría una costilla sana, ¿no es verdad? Convénzase, señor corresponsal, que esa excepción es muy pueril y muy sonsa, y que nadie le quita al articulista del *Panorama* la malicia clásica con que ha usado de los nombres *romántico y romanticismo*.

El resto de la parte de comunicación publicada el viernes, no merece contestarse: es una pobre chicana de palabras, de nombres, de ideas mal entendidas, de burlas que dan piedad. El autor se muestra ignorante enteramente de lo que tiene entre manos; adultera nuestras palabras; convierte en caja de imprenta nuestro artículo, y tomándonos de aquí una palabra, de allá otra, compone una frase arreglada a su plan de ataque, y nos dice: esto han dicho Vds. Así se discute en las escuelas de gramática, no en la prensa pública: solo los niños están dispensados del pudor y de la probidad en la conducta de su lógica. Hablamos de la literatura y de la crítica en Francia, y se cree que hablamos de la crítica universal; hablamos de los antecedentes literarios de la Francia del siglo 19; y se contesta: “¡Qué! ¿la España no tiene antecedentes literarios? ¿Y Quevedo? ¿Y Mateo Aleman y Luis Véles, &?”. La España tuvo un Quevedo, un Cervantes, un Jovellanos, luego necesita un Planche en el día, aunque no haya tenido en el intermedio un Victor Hugo, un Chateaubriand, un Dumas, un Lamartine. Señor articulista: todos los países tienen antecedentes literarios, y la España tal vez más ricos que ningún pueblo de su edad; pero no todos los antecedentes sirven igualmente a todos los postulados. Es preciso establecer antecedentes continuamente; antecedentes en cada siglo, en cada época, antecedentes nuevos sobre los viejos, a fin de sacar resultados continuamente, y mantener viva y enérgica esa cadena de creaciones continuas que se llama el progreso.

(Continuará sin duda)

[Intervención de Alberdi sobre el tema de la lengua nacional] *El Corsario*, N° 6, Montevideo, 1840, págs. 176-179.

“Literatura. Revolución de la lengua castellana”

“Estudiad ante todo vuestra lengua nativa; conoced primero el instrumento con que debéis pensar y dar a conocer nuestro pensamiento. Sin este preliminar inevitable nunca seréis poeta, ni filósofo, ni orador.”

Sería preciso en efecto no poseer noción alguna sobre la intimidad de la lengua con el mecanismo de las facultades intelectuales, para desconocer toda la verdad contenida en este precepto. Pero ¿dónde estudiar nosotros esa lengua nativa? ¿Dónde encontrarla tal como la han formado la tradición pasada y la tradición contemporánea, y sobre todo, tal como lo demandan las necesidades de la presente civilización general y Americana? En sus fuentes primitivas, se nos contestaba antes de ahora, y por algunas gentes para quienes antes es ahora se nos contesta todavía, en los grandes monumentos de la lengua española, en Cervantes, en Mariana, en Luis de León y Jovellanos.

Podrá ser muy útil, y lo es evidentemente, el estudio reflexivo de estos grandes orígenes: ellos nos suministran cuando menos la tradición pasada de la lengua que hablamos en el día y que ha de servir de *substratum* para todos los cambios y progresos que se realicen en la constitución sucesiva del idioma. Pero un instinto más poderoso que todas las preocupaciones consagradas, aquel instinto mismo tal vez que había conducido a los grandes colaboradores de la lengua castellana, nos ha dicho desde luego, y antes que a nosotros ha dicho a nuestras masas y a nuestros talentos independientes, que Cervantes y Mariana no eran los únicos y principales manantiales de donde debería salir la lengua que quería hablar nuestro siglo y nuestro país. Observábamos en el ambiente de nuestra época algo de libre, de general, de espiritual, de serio que se escapaba a las formas largas y perezosas de la lengua bufa en que había sido escrito el Quijote. Nos sentíamos arrastrados [pág. 177] más que por la autoridad de Cervantes y de la Academia Española, por el imperio de nuestro clima Americano, de nuestras costumbres transformadas, del Castellano modificado que nuestra sociedad hacía sonar de continuo en nuestros oídos, de los grandes y nuevos modelos que nos enviaban las literaturas extranjeras, de la moda, del capricho que también es un regulador de los idiomas, de las nuevas leyes, de las nuevas ideas, de la nueva política; nos arrebatava, sobre todo, el ejemplo fascinador del lenguaje con que nuestros grandes hombres de espada y de estado, conducidos por el sentimiento de su siglo y del nuevo espíritu de cosas, habían arrastrado a nuestras masas en los grandes trabajos de nuestra revolución política y social; aquel lenguaje elocuente, rápido y nuevo, como nuestros destinos, que habían empleado a su turno Moreno, Castelli, Pasos, Monteagudo, Funes, López, Bolívar, Santander, Alvear y Lavalle, a quien es preciso colocar, por su estilo, a la altura de Bolívar.

Y cuando se nos veía proseguir esta tendencia con arrojo, y buscar en la filosofía los títulos de su legitimidad, se nos consideraba por los espíritus estacionarios y rutineros, como enteramente extraviados del buen camino y condenados a no conocer jamás nuestra lengua. Era preciso hacer inversiones, trasposiciones raras de palabras,

desenterrar voces anticuadas, emplear de propósito palabras inarmónicas, giros irregulares, frases sanchescas: esto se llamaba escribir español neto. Por desgracia nuestra nosotros no podíamos sancionar nuestras ideas acertadas, ni por la autoridad de nuestro nombre oscuro, ni por el ejemplo de nuestras páginas imperfectas. Pero la España joven, más denodada y más desprendida que nosotros, viene hoy a prestar en sostén de nuestras ideas sobre el nuevo giro del idioma, la autoridad de sus bellos nombres, de sus claras doctrinas y sus elocuentes ejemplos.²⁹ En adelante [pág. 178] podremos continuar adornándonos con los harapos que arroja la España libre y progresiva; y pronto conseguiremos que se aplique a nosotros, antiguos provincianos de la vieja España, la observación exacta de Nisard: que las hábitos literarias no comienzan a ser de moda en las provincias sino cuando han llegado a ser rancias en las Capitales.

[Uno de los primeros trabajos que analiza la literatura en relación con el mercado; se publica en la sección “Variedades”]

***El Nacional*, N° 716, Montevideo, 24 de abril de 1841, pág. 3, cols. 1-2.**

“Las novelitas francesas”

La literatura novelera francesa va en decadencia: su gran senescal Honorato Balzac, se planta ya en 800 ejemplares, algunas veces menos, muy pocas más. Jorge Sand llega con dificultad a mil. Alejandro Dumas, de 800 a 900, y Julio Janin para llegar a los 1000 tiene que hacer sonar un mes antes y otro después de la publicación la trompa de la fama; tómese pues por término medio 700 ejemplares, y resultará uno solo por cada cuarenta y ocho mil quinientos cuarenta franceses y francesas, y esto que las diez y nueve vigésimas partes de aquellos saben leer, escribir y contar; hacemos abstracción de los honrados lectores y lectoras rusos, ingleses, alemanes, bávaros, suecos, noruegos, españoles, italianos, americanos, asiáticos y otros que tienen la bondad de cambiar su dinero a trueque de esas lindas producciones.

Jorge Sand, con sus pretendidas disertaciones filosóficas, con sus detalles de tocador y con sus descripciones agrestes, marcha con una lentitud que fatiga al lector. Mr. Balzac es tan pesado y tan fastidioso como Jorge Sand, si bien supe a las disertaciones filosóficas de este con minuciosas observaciones y descripciones de antiguos muebles y adornos, de los que no perdona ni siquiera un clavo. La novela de Dumas es el reverso de aquellos; en él los hechos se precipitan con una rapidez

²⁹ La República Argentina posee dos talentos jóvenes, a quienes las circunstancias no nos permiten nombrar, que, habiendo llegado a adquirir con admirable habilidad la hermosa lengua de la España del siglo 16, la han abandonado por obedecer a las reformas, ganando en este cambio, para su estilo, una elegancia y una fuerza inmensas. Igual suceso nos atreveríamos a pronosticar al joven hábil que redacta el *Nacional*, si como sus compatriotas mencionados, rompiese de una vez las tradiciones de la antigua forma, y se lanzase con audacia en el camino en que ha entrado con tanto esplendor Donoso Cortés.

extraordinaria. Ábrese una trampa bajo los pies del héroe, y cae este en el foso, y apenas sale de él se halla con otra trampa: camina dos pasos más, otra trampa le espera; y así de trampa en trampa llega el héroe trampeando hasta que da en la última, que es por supuesto la más ancha y profunda, y o bien se hace añicos la cabeza, o sale triunfante y va a gozar en paz del fruto de sus proezas.

No hay que buscar en esta lectura ni filosofía, ni objeto. Todo el interés consiste en acumular hechos sobre hechos. Eulalia v. g. joven lindísima (y esto es muy esencial) va a las Tullerías en busca de su hermosa amiga Clarisa; encuentra allí un hombre de ojos verdes y de seis pies de estatura: Eulalia, sin tener la más mínima idea del amor, queda perdidamente enamorada, y a pesar de que la muchacha tiene virtud y educación, sin embargo se deja seducir, porque el hombre de *los seis pies y de los ojos verdes* a quien había tenido por un paladín es un monstruo tamaño. ¿Qué hace Eulalia? Va y se echa a llorar; pero con su educación y virtud vuelve al cabo de algunas semanas en busca de nuevas aventuras y de nuevos monstruos que le hacen reír y rabiar alternativamente. Tal es la novela de Alejandro Dumas, y en ella una situación hace olvidar a otra antes que la primera haya causado impresión alguna. Al paso que en las de Jorge Sand y de Balzac el lector saltará fastidiado veinte hojas de cada situación para haber de llegar a la peripecia.

Todos estos escritores pretenden además tener un estilo elegante; pero ¿sobre qué estriban sus pretensiones? En general le vemos duro y afectado. En una página la nube *cierne los rayos del sol* o de la Luna, las *cariátides* “salpican de sus pechos hilos de agua perfumada que cae en el estanque y empaña el cristalino espejo con sus vaporosas gotas”, o bien “los ojos de la heroína sepultados en sus órbitas quedarán como suspensos en el globo de lágrimas”; de forma que para comprender el lector esta jerigonza debe ser a la vez panadero, jardinero y oculista. Esto en toda tierra de cristianos no es otra cosa que palabras zurcidas a otras palabras, o en términos técnicos, “música celestial.”

Con palabras, es verdad, se habla y se escribe; enhorabuena; pero si para decir una joven hermosa nos tiene el autor durante diez pág. [*sic*] anatematizando la belleza de sus piernas, y la gracia de su cintura, el fuego de sus ojos y la transparencia de su cutis; si diez páginas más adelante emprende de nuevo, bajo el mismo tono, otra excursión por la muchacha adelante, el lector ni podrá menos de darse a los diablos, y digan lo que quieran los entusiastas, tirará el libro debajo de la mesa.

El estilo de Jorge Sand es ardiente como de mujer, y encierra bellísimos trozos, pero en general cada palabra tiene su epíteto [col. 2]. “Los ríos *tormentosos* arrastran sus *enardecidas* aguas a través de los *profundos* valles circunvalados de rocas *escarpadas*.” Carece también de gradación, a una página llena de animación sigue o precede otra que aunque bien escrita aparecerá lánguida por lo brusco del contraste, y después de haber elevado al lector hasta las nubes, tiene gusto en dejarle caer de un golpe en el duro suelo.

Pero si esto decimos en cuanto a la forma, ¿qué no podrá decirse en cuanto al fondo de todas estas obras? Sangre y cadalsos por doquier; crímenes espantosos justificados o convertidos en objeto de burla; la seducción, la violencia, el adulterio, el incesto; tales son los materiales en que fundan el éxito de sus obras aquellos autores. Así el *P. Goriot* (de Balzac) después de haberse arruinado por su hija, se deshace de la única renta que le queda para proporcionar a esta misma hija la distracción de una cita adúltera y secreta. Así en la *Mujer virtuosa* el juez Grandville, el héroe de la novela, compra una hija hambrienta de manos de una madre hambrienta también, por lo cual se arruina y concluye por engañarla; y en *Lelia* y *Leon Leoni* sólo se ven prostitutas, bandidos, maniáticos, asesinos y estafadores.

Una vez puestos a la obra los modernos noveleros, en nada se detienen, y la fábula más común que sirve de texto a sus novelas, suele ser esta u otra semejante. Un marido de cuarenta años toma por esposa a una doncella joven, tierna paloma, ángel de dulzura y de belleza, criatura ideal y vaporosa que no estaba formada para un marido tan prosaico. –Infidelidad obligada de la mujer aérea-. Si el marido tiene la tontuna de llevarlo a mal, entonces estocadas, puñaladas, pistoletazos entre el marido y el amante. Si este es el que se enfada, también hay puñaladas y golpe que canta el credo, con la diferencia de que entonces es al marido a quien le toca recibirlas de mano de su sustituto, que es exactamente el refrán de tras c... apaleado. Algunas veces hay una completa abnegación, un perfecto estoicismo del marido, y aún suele él mismo estimular los amores de su mujer; pero en todos casos [*sic*] la heroína siempre por supuesto es una criatura dócil, incomprensible, ángel de otra región más elevada. Ahora bien, preguntamos a estos señores autores, si es que tienen esposas, hijas o hermanas, ¿dan ustedes a leer sus obras a sus hermanas, a sus hijas y a sus mujeres?

No! Responderán, porque ningún corazón honrado puede dejar tales obras en manos de una doncella o de una mujer joven sin temblar por su virtud y por su felicidad. Abramos cualquiera de sus páginas. “Es casi imposible en Francia a una mujer casada el ser virtuosa”, de Mr. Balzac; lo cual no dejó de ser un agasajo para las señoras de su familia, y para las demás francesas. “No puedes entrar religiosa (dice Jorg Sand [*sic*]) aun tienes un recurso; hazte cortesana”. “La ley del matrimonio es dirimente ante los hombres”. “La fidelidad conyugal es una excepción; la mayoría tiene otras necesidades”.

¡Y quien así escribe es una mujer! Recorred los diarios franceses, y contad a cuantos desgraciados ha conducido esas máximas al Sena; cuántas seducciones, adulterios, violencias separaciones han causado; cuantos amantes se han dado la muerte mutuamente, cuántos hombres demérito se han dejado arrastrar de esta execrable manía.

Otro inconveniente de lo extraordinario es que no ha de ser manoseado; y precisamente ha sucedido todo lo contrario. Apenas hay cursante en cualquiera de las

aulas francesas que no sea autor de una o más de estas novelas terribles, y muchas veces la componen a cuatro manos. La forma es menos atrevida que las de las obras de Jorge Sand y de Balzac, pero en cuanto al fondo pudiera decirse que habían sido fundidas en la misma turquesa. La mina de lo extraordinario se agota muy en breve; una vez agotada, se roba de los antiguos y de los modernos, de la España y de la Inglaterra, de Italia y de la Alemania, y no pocas veces sucede que un autor se roba a sí mismo, sin acordarse ya de lo que escribió.

De aquí esa inmensa cantidad de novelas francesas en que nos ahogamos; cantidad tal que todo francés parece haber nacido novelista. El mancebo de una tienda forma su tomito; el oficial de sastre nos regala el suyo; la condesa, el militar, el estudiante, todos forman novelitas que es un primor. “¿Cuál es vuestra profesión, caballero?”. Si hacéis esta pregunta a doscientos jóvenes que veáis vagar por los paseos de París, los ciento noventa os responderán: “Literato”. Preguntadles que ramo de la literatura siguen, y os responderán con énfasis que saben *hacer de todo*. Y no os engañarán, porque seguramente no hay cosa más fácil que zurcir diez o doce páginas de un libro, a diez o quince de otro; diez o quince del tercero a diez o quince del cuarto; y de este modo hacer un tomo primero: se fabrica del mismo modo el segundo, y luego se le pone un título, y ya tenemos una novela más.

[Firma] (S. P.)

[Comentario crítico al poema “Liropeya” de A. Berro] “De la composición poética del número anterior”, *El Talismán*, N° 3, Montevideo, septiembre 1840, págs. 27-29, cols. 1-2.

Muchos son los modos de manifestar el patriotismo: no solo con acciones ruidosas se sirve al país en que nacimos, sino también con las más humildes. Y cuando está en todos los individuos este sentimiento, y preside a todas sus palabras y a todos sus actos, entonces una nación tiene forma propia y puede envanecerse de sus hijos.

Los literatos que son como el pensamiento del pueblo, la parte que discurre, pueden contribuir efectivamente a la obra del patriotismo que corresponde a todos. —No hablamos aquí de aquella parte alta del saber que dirige la moral, compajina la historia, formula los principios políticos y establece la ley filosófica de las ideas y de las cosas. Hablamos de aquella región más humilde en que la razón profunda y lógica cede gran parte [pág. 28, col. 1] sus derechos a la fantasía, y en donde los objetos se visten con el velo brillante de la imaginación.

Todos los pueblos tienen su tiempo pasado; la crónica de sus hechos; la biografía de sus hombres celebres, más o menos extensas, más o menos limpias del polvo del olvido. La parte grandiosa pertenece al historiador, se pinta en telas de grandes

dimensiones, se talla en mármoles que no perecen, se escribe en laminas de metal, se eterniza en monumentos, se abrigo a las injurias del tiempo bajo cúpulas que se levantan á las nubes. La parte mas sencilla y humilde; las individualidades y pormenores; la narración de los acontecimientos aislados que tuvieron lugar en el pobre albergue cuyas ruinas huella desdeñoso el transeunte; las penas ó alegrías humanas de una familia que se extingue y refiere á sus ultimos nietezuelos el anciano que se despide de la vida: -todo esto, no debe ser perdido; ni mirado con desden. La pluma del escritor debe hacer estables estos rasgos que pueden borrarse para siempre si pasan por sobre ellos las horas de un dia mas.

El que no se detiene indiferente ante la cruz del camino que pide una oracion por una victima y señala un acontecimiento lamentable: el que se interesa por los restos de una nave naufraga sepultados en las arenas de la playa; el que se siente conmovido á la vista de las piedras desquiciadas de un edificio donde vivieron semejantes y compatriotas suyos, -indague y refiera y supla inventando lo que falte á la tradicion.

Esta es una noble tarea: es el campo halagueño del artista, sea que maneje el lapiz, combine los colores de la paleta ó guie la pluma que narra y pinta á un mismo tiempo. Este es en cierto modo una especie de trabajo moral, porque asi como no nos atrevemos á pisar la lapida sobre la cual hay escrito un nombre, respetaremos de igual modo los demolidos [col. 2] escombros que animaron ó restituyeron á la vida los versos del poeta ó la prosa brillante del novelista.

America y ruinas son dos palabras que se contradicen, ha dicho un europeo hablando de los monumentos derruidos de los incas: y aunque es verdad que nuestros pueblos pudieran compararse al leon de la creacion de Milton que asoma la crinada cabeza y se impacienta esperando que se anime el resto de su cuerpo atado todavía á la tierra de que le formó Dios; ó á la estatua empezada cuyo busto ya tiene forma y el resto se esconde en las entrañas de la cantera; no por eso es menos cierto que nos rodean ya las ruinas, porque la mano que edifica destruye, y la vida de un ser supone casi siempre el aniquilamiento de otro semejante. Ayer, cuando Montevideo se ceñia al recinto de sus murallas, tenia un cementerio que hoy se denomina ya *el viejo*, y es una catacumba abierta al aire en la cual blanquean los cráneos y los huesos apilados en desorden. La ola de la población destruyó este lugar de descanso para fundar otro mas estenso en la ciudad nueva, porque la vida y la muerte caminan juntas y se desenvuelven en una misma proporcion.

Sería, pues, detener la obra de la muerte, el mantener viva la memoria de todo lo que ha sido y no merezca perderse en el olvido. Quisieramos ver algunos ensayos contraidos á la aplicación de lo que dejamos dicho, y prestaremos gustosos nuestras reducidas columnas á la narracion de sucesos nacionales, escritos por aquellos compatriotas que se consagran á la literatura y con especialidad á la poesía.

Nos complace al ver ya á algunos de estos penetrados de una verdad: consiste esta, en que, para ser orijinales, es necesario escoger asuntos y motivos propios y recuerdos de nuestra historia: no tener reparo, ni dificultad en decir lo que se siente aun [pág. 29, col. 1] cuando en nada se parezca á lo que otros hayan espresado en circunstancias parecidas. Porque asi como unas mismas cosas, rios, montañas, arboles y mares, cambian de aspecto y tienen algo de peculiar en cada zona, del mismo modo en sentimiento y las pasiones y su modo de manifestarse cambian en cada clima; y cambian tambien por las modificaciones que les presta la organización de cada individuo. Y esta variedad y diferencia, el atractivo encantador de la poesía. Nos arrojamos á los versos del poeta extranjero, con la misma curiosidad, con el mismo amor, con que nos arrojamos á los mares deseosos de ver paises y regiones nuevas, escenas desconocidas, y razas de hombres diversas de la nuestra.

En el número anterior del Talisman se ha publicado una composición de D. Adolfo Berro cuyo asunto es tomado de la historia del descubrimiento y conquista del Rio de la Plata. De esta misma fuente pueden sacarse otros muchos, no menos interesantes, y que como aquel hablen a la imaginación. El Sr. Berro ha hecho un romance que encierra la mera relacion del suceso, á la manera de los romances historicos castellanos. Este proceder es excelente para vulgarizar y derramar en el pueblo el conocimiento de lo que pasó en epocas remotas; pero creemos q' si el romance de Liporeya tuviera algo de la imanginacion del autor; si en él se descubriese el teatro en que se mueven los personajes; si la voz de la selva virgen y magestuosa se mezclase á la de los amantes; si el Sol de america se reflejase en el cuadro y le iluminase; si se pintase en él el suelo hasta entonces no hollado por planta alguna humana: en fin, si en la escena se descubriese el paisaje con sus lejos y sus colores peculiares, entonces la consupocion de D. A. Berro seria mas perfecta de lo que es.

Nos tomamos la libertad de hacer [col. 2] estas observaciones porque sabemos que se ocupa en escribir sobre otros asuntos de igual naturaleza á cuyo fin se ha contraido el estudio de los antecedentes historicos que se han publicado hasta hoy. En esta obra á que le alentamos con nuestra humilde voz puede levantar un monumento para su pais, y para su credito literario; pues que, como ha dicho un contemporaneo: - "Felices son los poetas que tratan asuntos nacionales, porque él que canta a su patria, canta para la posteteridad."

"Crítica literaria". *El Talismán*, N° 8, Montevideo, noviembre 1840, págs. 85-87, cols. 1-2.

Si en alguna materia puede verse hasta que punto varían las humanas opiniones, sin duda en los escritos criticos; pero no tanto en los que se contraen á las producciones

de las ciencias exactas, de la moral ó de la filosofía, sino en los que se contraen al examen y juicio de los partos de la imaginación. Apenas aparece sobre la escena europea un drama escrito por un autor conocido: apenas se vende el primer ejemplar de una novela publicada por algun editor de gusto acreditado y que tiene buenos tipos, graciosas viñetas y papel bien batido á su disposicion, cuando ya se pueblan los folletines de todos los periodicos con articulos sobre el drama ó sobre la novela *del dia*. La alta [col. 2] critica, establece su catedra en las nubes de la metafísica, y pide á la obra del arte, lo que apenas podria exigirse al orador sagrado. Pídele una moral severa, una idéa, germen de la obra, que lleve en sí una leccion eficaz y una aplicación inmediata á las necesidades sociales. La vara con que mide es de hierro é inflexible, y declara como malo, lo que no entra en la medida que despóticamente establece. La critica menos pretenciosa, no lleva la sonda hasta el corazon: se detiene en la superficie: pero con mala intencion y con malicia, dejando á un lado las bellezas, cerrando los ojos para no ver lo bueno, se fija en los lunares, en las manchas por lijeras que sean y poniendo alli su lente [pág. 86, col. 1] ponderativo, hace saltar y advertir á voces las partes flacas de la obra.

Los que á muchas léguas de la Europa, siguen y estudian los movimientos de su prensa literaria se hallan como en un laberinto oscuro é intrincado. Un critico proclama, primer poeta del mundo, al mismo que otro critico le niega originalidad y la imaginacion. El uno le llama escritor amanerado y sensual; le acusa de no ver mas que la epidermis de las cosas; le acusa de que no sabe levantarse de la imagen palpable á la consideración y á la idéa abstracta; le acusa de que su language es una jerga tomada de las artes mecanicas y aprendida en el taller del escultor ó en la tienda del mercader de antigüedades. —El otro encuentra en cada verso una sentencia, en cada estrofa un pensamiento que destila la mas pura y evangelica filosofía; en cada composición un mundo de cosas, una creación inmensa y armoniosa, en la que nada falta, ni la pasion humana, ni la naturaleza con sus montañas y llanuras, ni la lumbre del dia, ni los coros de serafines resplandecientes pulsando arpas de oro, ni la mirada fasinadora de Satanás, ni la apacible sonrisa del eterno.

Y nada seria la diversidad ó contrariedad de juicios, si estos fuesen espresados con la mesura, el comedimiento y la conciencia de Villemain ó de Sant Beuve. Lo peor es, que la critica de hoi es un negro furor de denigrar y de agredir; es un patibulo colocado al aire libre, en medio de la plaza, en donde se hace caer, como sí fuese víctima de la justicia, cuanto se levanta un apice del nivel de la generalidad; en una palabra, mas que critica es un verdadero sistema de terror literario.-

En estos criticos que atacan sin piedad, tanto al jóven que comienza, como al anciano que se retira de una carrera de labor y de gloria, nos parece ver á esos reyezuelos que desde el segundo piso de sus palacios [col. 2] descubren mas acá de la linea del

horizonte los límites de sus dominios; y para probarse a sí mismos que son señores y monarcas de algo, ahorcan de cuando en cuando á uno de sus subditos.

No faltan sin embargo en la literatura francesa algunos escritores desapasionados, y llenos de experiencia q' se consagran á la crítica, la cual bien entendida, no es otra cosa sino el examen hecho con amor y con inteligencia de las obras ajenas. Educados en la escuela de las revoluciones políticas y literarias; testigos de mil reputaciones bulliciosas por la mañana olvidados á la noche; y que duraron lo que duró la claridad de un día; dudan con razón de la infabilidad de los fallos de la crítica, y limitan la suya á alentar lo bueno, á callar lo malo, y á sonreír afablemente a los ensayos de la juventud, que es la única que puede tener entusiasmo y candor en medio de la civilización caduca de una capital europea.

A este número pertenece un DESCONOCIDO, que escribe en el folletín de uno de los diarios más acreditados de París, no como maestro de escuela, como el mismo dice, armado de su férula y con el gorro calado, sino como quien habla en una reunión escogida é inteligente, acercado al calor de la chimenea, y refiriendo las impresiones actuales y los recuerdos de otros días. El DESCONOCIDO, da muchas razones para fundar su doctrina crítica; pero no son razones puramente teóricas, sino hechos los que hace valer para demostrar la fabilidad de las opiniones y lo que cambian con los tiempos. Uno de estos hechos lo refiere así:

“Poco después de la revolución de Julio, la casualidad y la festividad del año nuevo, nos llevaron impensadamente á una mercería, á donde vimos entrar casi al mismo tiempo que nosotros á una mujer joven, de poca estatura, de cabello negro y estremadamente despierta. Su traje era muy [pág. 87, col. 1] sencillo; el vestido de zaraza, el sombrero muy usado y más usadas que el sombrero, las cintas con que lo ajustaba bajo la barba. Con aire misterioso sacó como del seno una cajita de pino pintada con flores de colores y la puso sobre el mostrador: entonces el dueño de la tienda le entregó dos duros á la joven, quien al tomarlos y retirarse echó hacia mí una mirada cuya expresión mezclada de melancolía y de fiereza, me interesó tanto, que pregunté el nombre de aquella criatura.

-Lo ignoro,- respondió con indiferencia ó más bien con desprecio, el dueño de la mercería: entre todas las personas á quienes reparto tarea, esa es la más hábil para pintar flores en madera, y será sin duda con el tiempo, nuestro desempeño en el almacén de juguetes que tenemos en la capital.

“No había pasado mucho tiempo, cuando teniendo que visitar á uno de los redactores del periódico *Figaro*, encontré en su casa, sentada cerca de la chimenea á mi desconocida de la mercería: estaba vestida del mismo modo, con el mismo traje y con el mismísimo sombrero ajado. Refería en aquel instante, con mucho talento é infinita gracia una historieta chistosa y con este motivo, tuve ocasión de examinarla detenidamente

mientas hablaba. Tenia la frente extremadamente desarrollada: en sus ojos brillaban repentinos relámpagos, que se ocultaban luego tras de una nube de indecible dolor, y las líneas curvas de su fisonomía demostraban una naturaleza superior. –Así que se concluyó su relación, se levantó y se despidió del redactor dándole familiarmente la mano.

- Como así? Dije á este, conoce vd. á uno de los más hábiles pintores de juguetes de la capital?

-Acabais de conocer, me respondió el redactor con aire serio, á la visneta de un rei, á una muger cuyo abuelo tuvo por secretario á J. J. Rousseau. Vivía en mi [col. 2] provincia, y después de los tres días gloriosos ha venido aquí atraída por la fiebre de la época y lo pasa con una escasez que casi raya en indigencia. Todos los días me trae para el FIGARO, malísimos artículos que a pesar de mi buena voluntad no puedo insertar en él. Creo que mejor se desempeñaría en la novela porque sus ideas son muy exaltadas y caballerezcas Aquí teneis, me dijo tomando de la meseta de la chimenea un abultadísimo manuscrito, no vale mucho, pero si tanto como esa multitud de producciones que se venden, se compran y se admiran. Debais buscarle un editor, puesto que sois de la Academia, y sería hacer una verdadera obra de caridad.

“Tomé el manuscrito y se lo llevé a mi sabio amigo Keratry que entonces tenía mucha relación con los editores de París y se lo recomendó espresamente. Keratry, que es la conciencia misma, me prometió leer el manuscrito y de hacerlo imprimir por el mejor editor. A la semana siguiente fui á informarme del estado de mi hijo adoptivo.

-Lleaos de aquí pronto ese laberinto, me dijo el académico diputado, desde el momento en que me divisó. Por cierto querido amigo que me proporcionais tales marchantes, que si hubiera de servirles de padrino me llevarian muy pronto á la casa de locos. Esa novela es un tejido de locuras. Decid á esa buena señora que se entromete á escribir, que cuide de sus hijos en adelante.

“Volvi con la respuesta y el manuscrito al editor de Figaro. Keratry le habia leído sin duda, porque así lo atestiguaban señales inequívocas en cada página, manchas frescas todavía del rapé derramado con profusión.

Este manuscrito, cuyo título solo conocia entonces, era el original de la famosa novela INDIANA, y aquella muger, nada menos era que JORGE SAND.

Y sin embargo, Keratry es un escritor que tiene mucho gusto, mas es simpático que hostil á las obras del arte moderno y es un crítico perspicaz é inteligente: Después que un hombre de este juicio, comete semejante error de concepto, que diremos de esa nube de critiquillos que revolotean y susurran en torno de los pobres autores? (...)

[Reseña sobre la publicación de la segunda parte de *La democracia en América* de Tocqueville] “Fisonomía de la literatura de los siglos democráticos”, *El Talismán*, N° 10, Montevideo, noviembre 1840, págs. 109-113, cols. 1-2.

En otro número del *Talisman* hemos anunciado la aparición de una nueva obra de M. Tocqueville sobre la democracia en América, que no es sino el complemento de su primera publicación sobre el mismo asunto. En la primera se ocupa de investigar la influencia de la igualdad de clases en la legislación y las costumbres: en la última investiga el poder del mismo principio sobre el carácter de las ideas y de los sentimientos. Aunque menos fuerte este último trabajo que el primero, á nuestro ver, creemos que no le cederá en reputación y en celebridad de aquí á poco tiempo. Esperamos al menos que esta obra ejercerá una influencia poderosa en nuestras opiniones y tendencias literarias: ella viene á esparcir una nueva y viva luz en esta materia tan oscurecida entre nosotros; y la dirección que en estos últimos 6 años han dado á las letras las generaciones jóvenes de los dos lados del Plata, van á encontrar su justificación en la clara y hermosa doctrina del célebre publicista sobre la tendencia natural de la literatura en América. Extraeremos algunas de sus opiniones sobre la materia.

“Cuando se entra en una librería en Estados-Unidos, y se revisa los libros americanos que llenan los estantes, se piensa que su número es muy grande, mientras que parece muy pequeño el de los autores conocidos.

“Se encuentra desde luego [pág. 110, col. 1] multitud de tratados destinados a dar las primeras nociones de los conocimientos humanos. Las más de estas obras se han compuesto en Europa. Los americanos las reimprimen adaptándolas á sus costumbres. Viene en seguida una cantidad innumerable de libros de religión, biblias, sermones, anécdotas piadosas, controversias, manifiestos de establecimientos de caridad. Llega por último el largo catálogo de los panfletos políticos; en América, los partidos no hacen libros para combatirse, sino cuadernos que circulan con una rapidez increíble, viven un día y mueren.

“En medio de todas estas producciones oscuras del espíritu humano, se dejan ver las obras más notables de un corto número de autores que únicamente son conocidos de los Europeos ó que deberían serlo.

“Aunque la América sea quizá el país de nuestra época que menos se ocupe de la literatura, se encuentran allí una porción de individuos que se interesan en las cosas del espíritu, y que si no hacen de ellas el estudio de su vida, constituyen al menos el atractivo de sus ojos. Sin embargo es la Inglaterra la que suministra á estas personas la mayor parte de los libros de que necesitan. Casi todas las grandes obras inglesas se reimprimen en los Estados-Unidos. El genio literario de la Gran-Bretaña lanza todavía sus rayos hasta el

fondo de las florestas del Nuevo Mundo. No hai cabaña de jornalero donde no se encuentren algunos tomos truncos de Shakespeare.

“No solamente los Américanos van á proveerse cada dia de los tesoros de la literatura inglesa, sino que se puede decir con verdad que ellos encuentran la literatura inglesa en su propio suelo. Entre los pocos hombres que se ocupan en los estados-Unidos de componer obras de la literatura, la mayor parte son ingleses por el fondo y mas que todo por la forma.

[col. 2] De este modo trasladan en medio de la democracia las idéas y los usos literarios que circulan en la nacion aristocratica que han tomado por modelo. Pintan son colores postizos costumbres estrangeras: no representando casi nunca en su realidad el pais que los ha visto nacer, rara vez consiguen ser populares.”

“Los habitantes de los Estados-Unidos, no tienen pues, propiamente hablando una literatura que les sea propia. Los únicos autores que reconozco por americanos son periodistas. Estos no son grandes escritores, pero hablan la lengua del pais y se hacen entender de los suyos. En los otros no veo sino estrangeros. Estos son para los americanos, lo que fueron para nosotros los imitadores de los griegos y de los romanos en la época del renacimiento de las letras, un objeto de curiosidad, no de universal simpatia. Divierten el espiritu, pero no influyen sobre las costumbres.”

Esto mismo sucede entre nosotros y es la razon del poco influjo que la literatura ejerce en nuestras costumbres: es que la que llamamos nuestra literatura, no es nuestra, porque no es la espresion de los intereses, de las costumbres y sentimientos de nuestros paises: no tenemos literatura que nos pertenezca: lo que llamamos nuestra literatura es literatura estranera, es literatura española, y nuestros literatos no son por lo comun nacionales, son literatos españoles, formados con los modelos y las costumbres literarias de los españoles. Es por eso que sus obras, perfectas muchas veces, consideradas como producciones españolas, no son sino reminiscencias de una literatura sin vida entre nosotros, de una literatura que solo existe escrita en estos paises como la literatura romana ó griega; pero que no esta en accion, que no es la espresion viva de la palabra y del pensamiento que oimos todos los dias: y es esta la principal causa de que la literatura solo sea en esta parte [pág. 111, col. 1] de America, un bello entretenimiento pero no un elemento social. Para que la literatura llegue á ser un poder de accion entre nosotros, es necesario que se constituya la imagen viva de las cosas que forman nuestra sociedad americana, que deje de ser estranera, que se inspire del genio de nuestros paises, que adquiera un carácter peculiar y suyo: pero que medios podran llevarnos á este resultado? Dejemos proseguir á M. Tocqueville.

“He dicho que este estado de cosas estaba lejos de proceder de la democracia unicamente, y que era necesario investigar sus causas en muchas circunstancias particulares é independiente de ella.

“Si los americanos, aun conservando su estado social y sus leyes, tubiesen otro origen y se viesen transportados en otro pais, no dudo que ellos no tubiesen una literatura. Yo estoy seguro que tales como son, acabaran por tener una literatura suya; pero tendrá un carácter diferente del que se manifiesta en los escritos americanos de nuestros dias y que le será peculiar. No es imposible trazar este carácter de antemano.”

No puede ser imposible efectivamente trazar desde hoy los grandes rasgos que deben caracterizar un dia á la literatura de estos paises, conociendo como se conocen las fuertes afinidades que ligan á la literatura con la politica y las instituciones de cada pais. Y partiendo de estas mismas afinidades podemos afirmar tambien que esa literatura, imitada de la literatura española, que se nos dá por nuestra, no lo es absolutamente, porque no tiene ninguna relacion de filiacion con el orden social que se desenvuelve gradualmente en estos paises; y solo es la espresion de una sociedad aristocratica, pasada, y estrangera.

Veamos, segun los hechos fundamentales del nuevo regimen social de estas republicas, cuales deben ser mas ó menos los caracteres de la literatura [col. 2] que ha de ser la espresion de este nuevo regimen. M: Tocqueville se espresa de este modo sobre las conexiones de la democracia con la literatura.

“Trasportemonos al seno de una democracia á quien las tradiciones pasadas y las luces presentes mantienen aficionada á los goces del espiritu. Allí los rangos estan mezclados y confundidos; los conocimientos, como el poder, están divididos al infinito, y si me atrevo á decirlo, desparramados por todos lados.

“Ved ahí multitud confusa cuyas necesidades intelectuales quieren ser satisfechas. Estos nuevos aficionados á los placeres del espiritu no han recibido todos la misma educación; no poseen las mismas luces, no se parecen á sus padres, y á cada instante cambian de lugar, de sentimientos y de fortuna. El espiritu de cada uno no esta pues ligado ál de todos los demas por tradiciones y habitos comunes, y jamas han tenido ni el poder, ni la voluntad ni el tiempo de entenderse entre sí.

“Es sin embargo en el seno de esa multitud incoherente y ajitada que nacen los autores, y ella es la que les distribuye los premios y la gloria.

“Asi establecidas las cosas no me cuesta comprender que debo atenerme á no reconocer en la literatura de un pueblo semejante sino un corto número de esas convenciones rigurosas que en los siglos aristocraticos reconocen los lectores y los escritores. Si sucediese que los hombres de una epoca se pusiesen de acuerdo sobre algunas de ellas, nada probaria esto todavia respecto á la epoca siguiente, porque, en las naciones democraticas, *cada generacion nueva es un nuevo pueblo*. En semejantes naciones pues, difícilmente podrian estar sometidas las letras a reglas estrictas, y es como imposible que lo esten jamas á reglas permanentes.”

Juzguese, por esta observación de [pág. 112, col. 1] M. Tocqueville, el caso que merecen las tentativas que en estas repúblicas se hacen por someter nuestras letras nacientes y vagas, á las conveniencias estrictas de literaturas clásicas y extranjeras.

“En las democracias, prosigue Tocqueville, es mucho que todos los hombres que se ocupan de la literatura hayan recibido una educación literaria; y entre aquellos que han recibido alguna tintura de bellas-letas, la mayor parte sigue una carrera política, ó abraza una profesión de que no pueden separarse, sino por momentos, para gustar a hurtadillas de los placeres del espíritu. Ellos no hacen pues de esos placeres el principal encanto de su existencia; pero los consideran como un pasatiempo transitorio y necesario en medio de los trabajos serios de la vida: semejantes hombres no podían adquirir jamás un conocimiento bastante profundo del arte literario para sentir sus delicadezas; los matices delicados se les escapan. No teniendo sino muy poco tiempo que dar á las letras, quieren aprovecharlo bien. Gustan de los libros que se consiguen á poco precio, que se leen pronto, que no exigen investigaciones sabias para ser comprendidos. Quieren bellezas fáciles que se revelen por sí mismas, y de que se pueda gozar inmediatamente: necesitan sobre todo cosas inesperadas y nuevas. Habitados á una existencia práctica, disputada, monótona, necesitan emociones vivas y rápidas, claridades repentinas, verdades ó errores brillantes que los saquen de un golpe de ellos mismos y los introduzca con igual prontitud en el asunto.

“Tendré necesidad de decir más? y quien no comprende, sin que yo lo diga, lo que vá á leerse?

“Considerada en su conjunto, la literatura de los siglos democráticos, no podría ofrecer aun como en los tiempos de aristocracia, la imagen del orden, de la regularidad, de la [col. 2] ciencia y del arte; la forma se verá, por lo común, abandonada, y muchas veces despreciada. El estilo se manifestará con frecuencia arrogante, incorrecto, sobrecargado y flojo, y casi siempre atrevido y vehemente. Los autores tirarán á la rapidez de la ejecución más que á la perfección de los detalles. Los escritos lijeros serán más frecuentes que los libros voluminosos; el espíritu, que la erudición, la imaginación que la profundidad; reinará una nueva fuerza casi inculta y salvaje de pensamiento, y una singular fecundidad en las producciones. Se tratará de sorprender más bien que de agradar, y se esforzará por encadenar las pasiones más bien que por complacer el gusto.”

Esta tendencia se podrá considerar como un bien? ó como una desgracia para la literatura? M. Tocqueville el retrato, hecho rasgo por rasgo, de la fisonomía que la literatura ha presentado en nuestras repúblicas especialmente en los últimos diez años?

Este movimiento normal del pensamiento entre nosotros, paralelo de un desenvolvimiento análogo de nuestra democracia, ha sido enteramente desconocido por los que han querido considerarlo como una tendencia de desorden literario que era preciso contener por medio de una crítica austera y rígida, ó por la contra-posición de una

literatura en que el orden, la ciencia, la regularidad y el arte se dejasen ver en los grandes como en los menores rasgos.

Es preciso reconocerlo: todas las tentativas que se encaminen en este último sentido. Todas las tendencias dirigidas al establecimiento de una literatura de formas perfectas y sabias, de clásica y severa disciplina, serán desbaratadas por la corriente impetuosa de un pensamiento [pág. 113, col 1] negligentemente elaborado, emitido en estilo incorrecto, arrogante y vehemente; contenido en escritos lijeros, con mas imaginación que instrucción intensa, lleno en fin de un vigor y de una fuerza casi salvajes, como dice M. Tocqueville. Se alzarán contra esta tendencia voces que denuncien en ella [col. 2] el desorden, la depravación, la ruina de nuestro corto caudal literario: todo será envano: es la democracia que se desborda de los antiguos límites, en la literatura, lo mismo que en la política, es la revolución que invade las letras, después de haberse apoderado de los gobiernos.!

“El romanticismo no decae”, *El Talismán*, Montevideo, N° 4, 4 de octubre de 1840, pág. 49, cols. 1-2.

El teatro francés ha vuelto á tomar á *Hernani*, y esta repetición ha tenido todo el atractivo de una primera representación; las hostilidades de la escuela clásica se han extinguido, salvo algunas críticas indigestas que desperdician su mala prosa en servicio de los viejos resavios de pandilla y que no pueden perdonar á Víctor Hugo el ser un gran poeta. Coraje Zoilos encanecidos! Dad libre curso a vuestra mordacidad villosa, vuestras saetas penosamente agudas no alcanzarán al autor de *Hernani*, semejantes á los golpes de los soldados de Pergamo, que se detenían impotentes en la coraza impenetrable de Aquiles. Podeis [col. 2] también abandonaros á vuestras tendencias de profetas y predecir la ruina de la escuela romántica. Tendreis la suerte de Casandra, no se os creará. En efecto, ahora que las pasiones están amortiguadas, que las prevenciones no ciegan ya á los adversarios del poeta, *Hernani* ha podido ser juzgado imparcialmente; los partidarios entusiastas de Víctor Hugo, reconocen que hai también en esta obra algunos defectos pequeños; pero de cuantos versos bellos no están recompensados! Si los resortes dramáticos no están perfectamente combinados, que de bellas escenas y de rica poesía no encierra en cambio! Así esta función ha acercado á las sectas literarias; comienza á comprenderse mejor, y bien pronto, es nuestra esperanza, las mezquinas dicidencias de partido dejarán de existir, y el porvenir teatral se volverá apacible y prospero.”

(*Psyché*)

Nosotros los americanos del Sud, que parecemos destinados á contemplar, en el seno de nuestras sociedades, la reproducción de todos los movimientos literarios de la Francia, hemos visto también aparecer y desembolverse, en nuestro suelo, el movimiento

romántico; y hoy creemos también tocar en la nueva situación literaria de la Francia, respecto a los partidos literarios. Quiera Dios que, como nuestras disidencias políticas, desaparezcan también nuestras pobres reyertas literarias a la luz de un día de prosperidad y de calma para todas las opiniones y todos los intereses!

[Primer artículo de la serie escrita por V. F. López sobre el discurso literario de J. V. Lastarria; se publica en la sección Editorial] *La Gaceta del Comercio*, N° 99, Valparaíso, 31 de mayo de 1842, pág. 1, col. 1-2.

Ésta es la primera vez que nos dedicamos a nuestra tarea de escribir para el público con una completa satisfacción; porque lo hacemos bajo la influencia de ideas netas y sobre un asunto de importancia que parece destinado a ocupar seriamente la atención del país.

Pocos días hace que ha salido impreso para el público un escrito titulado *Discurso de incorporación de D. J. Victorino Lastarria a una sociedad de literatura de Santiago etc. etc.*³⁰ y tanto por las teorías que dominan en este opúsculo, cuanto por el objeto que lo ha motivado, lo creemos llamado a iniciar un movimiento importante que sacudirá de sus pañales la literatura nacional y le imprimirá el impulso *libre y progresivo* que lleva en Europa, y en algunas otras partes de América también.

La publicación del discurso del Sr. Lastarria es en esta república algo más que la impresión de un escrito. Nosotros la clasificamos como *un suceso social*, sin pretender rebajar en lo más mínimo el alto elogio que envuelve esta palabra.

Este discurso es la primera voz que alza la generación nueva: esa generación a quien el tiempo y la fuerza necesaria de las cosas ha dado principios distintos de los que tuvieron sus padres, y ha presentado espectáculos que aquellos no presenciaron en los años de su educación. Manifiesta está en este escrito la conciencia de que la juventud actual está llamada a un trabajo nuevo, a una tarea silenciosa, pero fecunda; sólida aunque sin brillantes: al estudio en fin, que es la senda pacífica y lenta que dirige a los pueblos que caminan a la *ilustración* y a la *democracia*. El Sr. Lastarria es el primero, entre los jóvenes chilenos, que ha tocado con sus ideas y sus estudios las cuestiones que debieran ocupar al pensamiento nacional: las ha tocado de un modo bello y claro; pero diremos con franqueza que habríamos deseado ver en su discurso más profundidad para desentrañar de la sociedad las causas y las leyes del desenvolvimiento intelectual del país. Quisiéramos haberlo visto emplear la altura de su inteligencia y las gracias de su estilo en bajar al fondo de las situaciones pasadas de la nación, averiguar en ellas los progresos de las ideas, de los intereses, y de las costumbres, y explicarnos *su discurso*, las necesidades nuevas que han provocado *la sociedad de Santiago*, por medio del sucesivo desarrollo de

³⁰ Imprenta de M. Rivadeneyra 1842.

la historia nacional, aclarando así las causas que hacen que en la situación presente, la juventud y él piensen y hagan cosas que hasta ahora no se hicieron. Es de esperar que el Sr. Lastarria hará todo esto en adelante y que no separará la luz de su inteligencia de estas cuestiones; que son vitales en el estado actual de la civilización. Nosotros hemos visto que el autor concibe lo muy necesario que es no soltar la cadena que liga lo pasado con lo presente; porque de hacerlo podríamos llegar a extraviarnos sobre la vasta anchura de la tierra. Sin embargo no pensamos como él, que esa anarquía que tanto lamenta y que mira como una época estéril y de aberración, en nada haya servido para elaborar el pensamiento nacional y fecundizar los gérmenes que hoy muestran ya desenvuelto él mismo y los demás jóvenes que lo rodean. Quisiéramos haberlo visto explicar cómo es que se ha llegado a la situación actual pasando por las situaciones anteriores; porque el atribuirlo como el autor lo hace al encanto y la ventura nos parece algo impropio de su talento claro y filosófico.

El joven literato empieza por pintar su situación al verse llamado a presidir el desarrollo de ese germen de ciencia y de saber que se ha establecido en su patria bajo el nombre de *sociedad de literatura*. Se le ve poseído de la idea de que es una novedad fecunda la que aparece aquí; y que esta novedad es un resultado de la ley del progreso social que ha hecho resaltar en la historia de la humanidad la *ciencia nueva*: esa ciencia propiedad de nuestro siglo que se llama *Filosofía de la historia*; y que consiste en ligar *lo que es con lo que será*.

Bello es para nosotros poder poner al lado de las pa- [col. 2] labras del Sr. Lastarria las que dijo otro joven americano en una situación perfectamente idéntica con la que ha motivado el discurso de que nos ocupamos. Éstas son: “No pudiéramos saber por qué y para qué entramos en el movimiento revolucionario. Estoy persuadido que mal nos sería dado comunicar si no averiguásemos de dónde venimos y hacia donde vamos. Aquí tenéis pues a nuestra revolución en presencia de la Filosofía que la detiene en su eterno *por qué* y *para qué*.” He aquí lo que ahora dice también el Sr. Lastarria a sus conciudadanos. He aquí la cuestión importante que este joven presenta envuelta en bellísimas formas de estilo a los trabajos del ingenio nacional. Su escrito es el primer paso que se da en cuestiones de esta importancia; es como la primera palabra que pronuncia un niño con sus bellos y graciosos labios que imprime una sonrisa de júbilo en el semblante de su madre. La patria ha debido sonreírse de gusto al escuchar las palabras del joven escritor.

Apenas puede darse un espectáculo más consolador ni más santo a los ojos del hombre pensador, que la ratificación constante que da la historia de la humanidad a esas verdades que pronuncian los hombres grandes; que primero se nos presentan como un puñado de ideas recogidas en un libro y que a medida que pasa el tiempo se convierten en leyes estables y divinas; ideas que de cuando en cuando caen sobre la frente de los pueblos, como el bautismo sobre la frente del Neófito, para abrirles las puertas de un

porvenir inmortal y plantar las leyes del espíritu sobre las leyes de la materia y de la oscuridad. Cuando Leibnitz [*sic*] dijo: “Lo presente, hijo de lo pasado, está preñado del porvenir” pudo agregar también “He dictado el código fundamental de la humanidad”. Sus palabras están repetidas hoy por el movimiento del mundo entero, que tal vez no las recuerda; pero que obra conforme a ellas. Las generaciones están en una perpetua peregrinación hacia el porvenir; [no se lee] caminan por una senda que de más en más se ensancha y van desparramándose sucesivamente por ella hombres, razas, y pueblos nuevos. A los americanos nos ha llegado también la ocasión de ocupar nuestro lugar en las filas de la civilización y el discurso del Sr. Lastarria lo prueba bien.

Mas para ocuparnos de este escrito de un modo provechoso tenemos que volver nuestra vista a los antecedentes de nuestra situación, examinar el sentido de nuestra historia; el desarrollo de nuestras ideas; las anteriores situaciones por donde hemos pasado; para confrontar todo esto con el discurso que ahora nos ocupa y expresar sobre él nuestro juicio definitivo. Haremos esto bajo el título siguiente: *Cuestiones Filológicas suscitadas por el Discurso del Sr. Lastarria*.

[Segundo artículo de V. F. López sobre el discurso de Lastarria] Editorial. *La Gaceta del Comercio*, N° 114, Valparaíso, 18 de junio de 1842, pág. 1, cols. 1-2.

No creemos que puedan presentárenos como una objeción aquellas profundas y hermosas palabras³¹ con que el Señor Lastarria repudia la alianza de nuestra naciente y futura literatura con la vieja literatura española. Pocas veces se ha escrito sobre esto en la América del Sud con más verdad y acierto; pero a pesar de eso no hemos querido ver en esas palabras una objeción contra nuestras observaciones anteriores; porque muy pronto encontramos otras que a nuestro modo de ver las contradicen.

Antes de todo debemos observar que las cuestiones literarias se deducen de un modo preciso a cuestiones de estilo. No siendo la literatura sino la *expresión* de la sociedad, y no siendo la expresión de la sociedad otra cosa que el *estilo*, resulta que la literatura es esencialmente el estilo. El fondo, es decir las ideas, pertenecen a la filosofía y a las demás ciencias; pero no constituyen la literatura sino por el modo con que están expresadas, o lo que es lo mismo por el estilo. Ahora es pues cuando para solver [*sic*] las objeciones anteriores que hemos hecho tenemos que parangonar dos pensamientos del Sr. Lastarria. Dice este Sr. que: “Ha una literatura que nos legó la España con su religión divina, con sus pesadas e indigestas leyes, con sus funestas y anti-sociales preocupaciones”, concluyendo de todo esto que esa literatura no puede ni debe ser la nuestra. Pero al mismo tiempo nos dice (adoptando el parecer de un ilustre contemporáneo) que nuestra habla, es decir, *nuestro idioma, nuestro estilo, nuestra*

³¹ Página 10 del discurso.

expresión, nuestra literatura, anuncia los progresos de la razón. No sabemos cómo combinar estas dos expresiones; porque creemos que si es cierto que la literatura española es retrógrada y anti-social, es imposible que el *habla*, que no solo es el vocabulario sino el estilo y la literatura también, anuncie los progresos de la razón; y aun agregamos, que si es cierto lo primero, es claro que el idioma español no ha trabajado con sus instrumentos propios ciencia alguna de las modernas, que las matemáticas, la política, la filosofía, la industria, la química, etc. etc., no pueden contar en su vocabulario con palabras y modismos que las satisfagan; porque el idioma español en nada ha intervenido en los últimos trabajos, que han rehecho de nuevo todas estas ciencias.

Pareciéndonos innegable que la literatura consiste esencialmente en el estilo, no sabemos cómo conseguiríamos desarrollo literario que pudiera representar los últimos progresos de la razón humana, comparando un estilo que, como el de Garcilazo, La-Torre, Herrera, Mendoza, Solís, Mariana, etc. etc. representa un fondo retrógrado y constituye una literatura repudiada por el mismo autor. Y en efecto, si el *fondo* de la sociedad ha variado, la *expresión* debe variar también. No se debe pues *imitar*, sino *comprender* para reformar; no se debe estudiar para imitar sino para progresar. El fondo actual de la literatura española y de la nuestra es extranjero. ¿Cómo conseguiremos tener una expresión española y nacional de este fondo?... Ocupándonos en crear una habla que lo represente y no contrayéndonos a la imitación del estilo de escritores que nada tienen que ver con el orden de ideas que hoy nos domina y nos arrastra. Todos los nuevos escritores de la España hacen esto.

Para escribir bien no se necesita imitar; al contrario, todo estilo que es imitado es malo, es como un espejo empañado que vuelve caprichosas y desfiguradas las imágenes que se le ofrecen. Todo escritor notable está obligado a formarse un estilo, que llegará a ser tanto mejor cuanto más propio y peculiar le sea. Los escritores vulgares y medianos tenemos todos que imitar y copiar, es verdad; pero sólo debemos tomar por modelos a los escritores contemporáneos; porque sólo estos son los que representan con su estilo el fondo que constituye la vida y los juicios de toda una época; o para decirlo más claro, sólo ellos son los que ponen en su estilo algo de aquello que todos sentimos y tenemos. Los escritores viejos pasan con las sociedades de que vivieron; sus servicios son locales y contempo- [col. 2] ráneos, y muy grandes deben ser para que pisen el territorio del porvenir. De éstos no conocemos uno solo que sea español. La literatura de la España no cuenta con un pasado que revele un gran desarrollo inteligente y civilizador. ¿Cuál es su gran siglo? Esto es, un siglo tal que cuente con *una literatura que sea la expresión de una sociedad eminentemente ilustrada*. Y si no lo hay, ¿puede concebirse que en una sociedad retrógrada hasta ahora, como la califica el Sr. Lastarria, haya florecido una literatura que deba ser modelo de la época actual y del porvenir?

Sabemos bien que la literatura española cuenta con brillantes principios, con gérmenes preciosos que incesantemente deben ser estudiados para que sean bien desenvueltos; pero de ser principio a ser modelo hay una inmensa distancia. Rechazando a la literatura española como modelo y adoptándola como germen, realizaremos un trabajo útil y fecundo, análogo y digno de nuestro siglo. Pero copiando su estilo, ya sea descriptivo o sentencioso, sólo emprenderíamos un trabajo irrealizable y estéril. Creemos que a este respecto el Sr. Lastarria habría dado un consejo mucho más útil y positivo a la juventud, si en vez de presentarle modelos en los viejos autores españoles, le hubiera dicho: "Haced lo que yo he hecho: estudiad los últimos progresos de la razón europea y cread vosotros mismos una expresión española que los represente". Por sentado que su modestia le impedía tomar este partido; pero creemos que el autor del discurso puede muy bien presentarse como modelo de buen estilo, y como un modelo que en nada ha copiado a *Mariana*, a *Solís* y compañía: a no ser que se llame copiar usar de palabras tomadas del mismo idioma que ellos emplearon. En este sentido no habría escritor original en lengua alguna: Víctor Hugo sería copista de Voltaire y Larra del Padre Isla.

Concluiremos pues estableciendo que a nuestro juicio la educación intelectual del país está sometida a la influencia francesa. La razón de este hecho se halla en las leyes morales que han regido nuestra regeneración social. Fundados en esta base, atribuimos un gran mérito nacional al discurso del Sr. Lastarria, *por ser una producción que representa de un modo neto y terminante el extranjerismo regenerador*, bajo cuya influencia se está civilizando la América del Sur.

Esto nos conduce a una última observación: observación que tiene por objeto examinar si nuestra literatura puede y debe aspirar a ser original.

No es lo mismo una literatura nacional, que una literatura original. Muy bien puede alcanzarse lo primero, sin alcanzarse lo segundo. Es nacional toda literatura que expresa situaciones, necesidades, e ideas nacionales; más, cuando estas situaciones, necesidades e ideas nazcan de influencias extranjeras y se desenvuelvan bajo la acción de éstas, es claro que la expresión que se haga de ellas, esto es, la literatura, será nacional sin ser original; expresará ideas y necesidades nacionales, sin expresar ideas y necesidades propias y exclusivas, que es lo que constituye la *originalidad*. Hemos visto ya que nuestra sociedad de nada tiene menos que de originalidad, sus elementos civilizadores son europeos; sus elementos retrógrados lo son también, porque son españoles. ¿Cuál será pues la originalidad que logrará expresar nuestra literatura? Veamos. Hasta aquí no tenemos todavía sino dos elementos de literatura, a saber: la naturaleza y la guerra de la independencia. La naturaleza es original por cierto, pero como la naturaleza inspira ideas que toman la forma del hombre que las concibe, si el hombre no es original, estas ideas pierden en él su originalidad primitiva; se transforman y se visten a la europea. Copiaremos distintos cuadros; pero los copiaremos del mismo modo

que la Europa civilizada; y a pesar de nuestra originalidad natural perteneceremos por mucho tiempo a las escuelas europeas, por los modos que expresaremos esta originalidad. La guerra de la Independencia nada tiene de original. Es una epopeya, pero una epopeya europea.

Así, pues, a nosotros nos sucederá lo que les está sucediendo a todos los pueblos civilizados: que a medida que se civilizan más, pierden su originalidad; porque la originalidad es la barbarie primitiva.

“Cuestiones Filológicas suscitadas por el discurso del Sr. Lastarria. (Continuación*)”, *La Gaceta del Comercio*, N° 107, Valparaíso, 9 de junio de 1842, pág. 1, cols. 1-3.

Envueltos nuestros padres en este torbellino revolucionario; arrebatados por necesidades premiosas e inesperadas que a la vez que los tenían vueltos de frente unos contra otros, los sujetaban a un peligro común si se perdía la causa de la independencia, les era imposible atinar con la razón y el principio de esta lucha interna. Cuando la querían contener la encendían, y cuantas leyes daban al efecto, cuantos medios adoptaban eran otros tantos gérmenes asediados de confusión y de enemistad. Sin embargo, en medio de esta confusión tenían que luchar contra la España, que no solamente los amenazaba con sus ejércitos sino con las reacciones interiores que continuamente estaban preparando sus partidarios.

Entre las dos naciones que hemos dicho que nos presentaban modelos más nuevos y más análogos a nosotros de revolución, la una nada había tenido que hacer para organizarse sino vencer los ejércitos de su metrópoli. Educada, desde que nació, para ser libre, había crecido con costumbres y con industria, y se hallaba en el caso de emanciparse sin correr los peligros a que arrastran el extravío de las ideas y el poco asiento de los intereses. El trabajo y la industria tenían preparados para este pueblo gérmenes inmensos de riqueza y semillas fecundas de orden y de libertad: el hombre de las masas se hallaba allí nutrido con los dogmas del hombre libre y provisto además de todos los intereses del hombre industrial. No hay maravilla alguna que no esté en el caso de producir una sociedad compuesta de tales ele- [col. 2] mentos, donde sus miembros todos saben trabajar y saber ser libres, y así es que esas maravillas nada tienen de misterioso en los Estados Unidos, en cuyo país son el resultado de la feliz consolidación de los intereses y de las ideas.

El otro pueblo de que hemos hecho mención [se refiere a Francia] era un pueblo que desde muy atrás venía gobernado por un orden de cosas despótico: no tenía educación industrial; sus costumbres eran encontradas entre sí; las unas eran hijas del despotismo orgánico de sus sistema político; las otras eran gérmenes de revolución; y

* Véanse nuestros números 99 y 103.

otras también había que eran el resultado del egoísmo, y como tales eran costumbres sibaritas criadas por la duda y el escepticismo. Pero en desquite, ése era un pueblo en el que las ideas habían recibido un alto grado de desarrollo; la ilustración había preparado en su seno un divorcio enérgico completo entre sus costumbres tradicionales y los resultados de su ilustración.

Semejante situación (y fíjense nuestros lectores en los hechos de este párrafo, porque de aquí sacaremos deducciones, que corren de un modo directo sobre el discurso del Sr. Lastarria) había sido enteramente desconocida en los Estados Unidos, porque en este país aun en su estado de revolución las ideas eran hijas de las costumbres, y las necesidades nuevas hijas de las tradiciones; por consiguiente en el seno de la nación no había contradicciones interiores; todo era armónico y paralelo, y la guerra civil era absolutamente imposible. La Francia por el contrario; puesta en revolución, tenía que ponerse en lucha consigo misma para arrancar de las entrañas de su suelo las raíces de la monarquía absoluta; tenía que destruir las costumbres dominantes y tradicionales, para poder fundar el imperio de sus ideas nuevas, y para preparar con ellas el predominio de las costumbres y de la organización futuras; tenía, en fin, que fraccionarse, iniciando así una guerra recíproca e interna entre estas fracciones que no podía menos que ser uno de esos temporales que de cuando en cuando prepara en la atmósfera de un país la mano infalible de la Providencia, para regenerar el aire o la sociedad.

Las monarquías extranjeras sintieron todas el terremoto con que la revolución francesa había sacudido el suelo todo de la Europa. Todos los reyes llevaron instintivamente su mano a la cabeza, para examinar si estaba segura su corona; y los pueblos por un movimiento igual se miraron el brazo para conocer si era robusto. La cuchilla de la convención baja la cabeza de Luis XVI de los hombros que la sostenían; la sangre real mezclada con tierra va debajo del zapato de la plebe. Los reyes de todo el mundo tiemblan de pavor, y el viento del terror sopla sobre todos los tronos. Aterrados éstos empujan sus soldados sobre las fronteras de la Francia para contener la desatada inundación que los amenaza, y así es como comienza para esta nación una guerra formidable en el exterior; y en el interior también, porque la diferencia de las ideas, la contrariedad de los intereses, de las costumbres y de las creencias, suscita partidos, anarquía, y realiza un choque ruidoso que revuelve las ideas, las cosas y los hombres, para sacar de esta amalgamación una sociedad nueva, joven e hija legítima del siglo. No hay duda que este sacudimiento era regenerador pues que él ha producido esa Francia, que todos admiramos hoy, a pesar de los defectos que la afean un tanto todavía; ese sacudimiento ha producido grandes cosas; pero a pesar de eso, su espectáculo está muy lejos de inspirar ese sentimiento de tranquilidad y de belleza moral de que goza el alma cuando contempla la revolución norteamericana.

Tales eran los dos pueblos cuya revolución se presentaba [pág. 2, col.1] como modelo a los patriotas e independientes de la América del Sur. No hay uno entre estos hombres beneméritos y grandes que fueron nuestros padres que no haya suspirado por realizar en sí o ver realizado en otro el modelo de un Washington o de un Jefferson; pero tampoco había quien fuera capaz de realizarlo, ni pueblo preparado para recibirlo o apreciarlo. La sociedad se hallaba en un estado que hacía inútiles y estériles hombres como éstos; porque las virtudes y las capacidades que los hubieran hecho tales, lejos de hacerlos propios para dirigir y servir al triunfo del movimiento revolucionario, los habrían hecho más presto víctimas de él y los habrían gastado en un solo día.

Nuestra revolución tenía pues más analogías interiores y exteriores con la revolución francesa, y supuesto que había analogía entre las situaciones de ambas sociedades, es preciso confesar que la había y que la hay todavía entre los hombres y las ideas, y entre la marcha y los principios existentes en ellas.

Pero no solo eran la Francia y los Estados Unidos los únicos pueblos que vinieron a visitarnos después que fuimos independientes. No; otro gran pueblo también desplegó sus banderas al viento de nuestras costas, la Inglaterra. La Inglaterra no nos traía modelos de revolución, ni tampoco de organización social; entre su organización y la nuestra había un abismo cavado por una porción de siglos y por un sinnúmero de diferencias naturales y sociales que nos hacía imposible el copiarla en aquellos momentos apurados en que nosotros buscábamos modelos. Pero la Inglaterra nos traía el comercio con más abundancia y comodidad que los otros dos pueblos de que antes hemos estado ocupados; trayéndonos el comercio, fomentaba el desarrollo de nuestra riqueza y echaba los gérmenes del trabajo *industrial y productivo* en nuestra sociedad: trayéndonos el comercio, nos traía hábitos nuevos y criaba en nuestros pueblos necesidades no sentidas ni apreciadas hasta entonces.

He aquí el cómputo de las influencias europeas que recibimos con nuestra revolución. En el orden intelectual y político, la Francia, y en algún tanto los Estados Unidos; en el orden mercantil e industrial, la Inglaterra. Nuestra revolución se mueve pues en sus primeros años bajo el impulso de la Francia, y nuestra riqueza bajo el impulso de la Inglaterra.

Ahora bien: estamos en el caso de examinar un *discurso literario*; un discurso escrito exclusivamente bajo la influencia de las ideas francesas, y dirigido a una sociedad formada también para realizar estas ideas mismas y no otras algunas. Creemos pues haber sentado las bases de *ese discurso* y de *esa sociedad* de un modo neto y claro, y sin necesidad de *tomos* sobre los griegos y romanos y otros disparates como éstos.

Entremos ahora en el examen especial del discurso del Sr. Lastarria. Lo primero que encontramos es cierta separación poco meditada, hecha entre la *riqueza* y la *ilustración*; cierta creencia de que los brazos que absorbe la una, son cabezas perdidas

para la otra. Confesamos francamente que tal vez pudiéramos padecer a este respecto alguna mala inteligencia; pero las palabras del Sr. Lastarria nos autorizan a nuestro modo de ver para esto; él dice así “Todos conciben que necesitan promover sus intereses personales, acometen la empresa que los ha de engrandecer y que ha de dar a la nación el apoyo *que en su concepto necesita*, el de la *riqueza*: ... Pero la riqueza, señores, nos dará poder y fuerza, mas no libertad individual,... otro apoyo quiere la democracia, el de la *ilustración*.” Contra esta diferencia protestan muchos pueblos modernos, y nosotros juzgamos que lo hacen con muchísima razón. La *riqueza moderna*, que es la riqueza de Chile, que es la riqueza fundada sobre la industria y el trabajo, no arrastra diferencia alguna con la ilustración; y más nos atrevemos a decir, y es, que será imposible conseguir esta última sin identificarla con la primera, porque en los pueblos modernos no hay tal diferencia entre la riqueza y la ilustración. Los pueblos ricos son pueblos ilustrados; los pueblos ilustrados son ricos sin remedio: no hay ilustración sino donde hay intereses positivos que la fomenten y la consoliden; ni tampoco hay intereses donde no hay ideas ilustradas que los aclaren y los ordenen. La riqueza y la ilustración, es decir, una misma y única cosa –la civilización– ha empezado a marchar entre nosotros el día que estalló la revolución; no se han separado jamás: ni se separarán, no lo tema el señor Lastarria. Si son débiles todavía, no es porque hayan estado separadas, sino porque aún no tienen suficiente [col. 2] tiempo para haberse desarrollado de un modo completo. Echemos la vista sobre la situación presente y veamos lo que ella nos presenta: la riqueza y la ilustración marchando juntas, como un solo principio, el principio civilizador. Echemos la vista sobre algún otro país que no se halle en el mismo estado que el nuestro, y veremos que no están divorciadas, sino atacadas y destruidas a la vez.

Nos hemos permitido enristrar la lanza y descender con ella al palenque a disputar la posesión de una hermosura, la verdad; estamos seguros de que el campeón que ha ocupado la lid de un modo tan brillante, y que se ha granjeado en ella los aplausos de todos los espectadores, no desdeñará en romper una asta con nosotros en este torneo, cual lo hacían disputando otras cosas los antiguos y nobles caballeros, con franqueza y con lealtad.

(Continuará)

“Cuestiones filológicas suscitadas por el discurso del Sr. Lastarria. (Continuación*)”, *La Gaceta del Comercio*, N° 109, Valparaíso, 11 de junio de 1842, págs. 1-2, cols. 1-3.

En el número anterior en que nos ocupamos del discurso del Sr. Lastarria, determinamos las tres influencias socialmente revolucionarias que vinieron a combinarse con el sacudimiento político de nuestra emancipación. Dijimos que la revolución política e intelectual se verificaba bajo la influencia del pensamiento francés, que en las

* Véanse nuestros números 99, 103, 107.

exterioridades administrativas no dejaba de influir también como modelo la revolución norteamericana y la organización social allí fundada; y por último establecimos, que el comercio inglés ha sido para nosotros el principio revolucionario de nuestra industria, y que influyendo sobre las fuentes de riquezas y de trabajo propias del país introducía necesariamente una reforma en los hábitos y ayudaba a los demás principios regeneradores que obraban sobre las ideas y sobre los derechos públicos. Mas con esto no hemos hecho más que determinar los elementos de reforma que la revolución de 1810 había cimentado en nuestra sociedad; es decir, que solo conocemos de ésta, su faz revolucionaria; y que para poder conocerla en su conjunto, tenemos que encarar su faz antigua, es decir: su faz retrógrada y española.

Sobre este punto poco tenemos que decir para establecer que todos los principios de administración, todas las ideas, las costumbres, y los medios de trabajo y de economía legados por el régimen colonial, eran anti-regeneradores y retrógrados; y que como tales, constituían el verdadero elemento contradictorio de la marcha progresiva iniciada por las tres influencias que antes hemos examinado. Había pues en el fondo de nuestra emancipación social un verdadero choque de principios: una verdadera guerra (permítasenos esta palabra) entre las ideas, las costumbres, y los intereses engendrados por el comercio extranjero.

[col. 2] Ahora bien, el tiempo, las circunstancias, y el desarrollo de la prosperidad interior han fortificado de día en día la naturaleza de los elementos regeneradores y civilizadores, nacidos con la revolución del año 10 de este siglo, defendidos y sostenidos por nuestros padres, y conservados por éstos hasta el presente, que empiezan a ser depositados en la mano de la juventud. Sentado esto, es claro, que estos elementos de regeneración pertenecen a tres clases distintas de esta sociedad. El elemento gubernativo pertenece todavía, y pertenecerá por mucho tiempo, a los hombres formados ya, y que por su saber práctico y experiencia tienen la reputación de capacidad necesaria para girar con derecho en esta esfera; la reforma industrial pertenece al comercio extranjero y nacional, a los especuladores y a los trabajadores, a los capitalistas y al pueblo jornalero. Queda pues la regeneración intelectual, esto es, el aprendizaje, el estudio, ¿a quién pertenecerá? A la juventud con pleno derecho. Los hombres ilustrados que han dejado de ser jóvenes ya, tienen que obrar, y por bien del país ni deben ni pueden estudiar, su misión es realizar, aplicar lo que aprendieron; la juventud al contrario, por deber y por posición se tiene que dedicar al trabajo especulativo, a la reforma intelectual, a esa renovación de ideas que constituye la marcha progresiva de las sociedades.

Aquí es donde ella tiene que estrellarse contra un obstáculo fuerte, a saber: las ideas, las costumbres, y las tradiciones perjudiciales de la antigua educación. Esta resistencia por un lado, y su debilidad natural por otro, la obligan a una concentración, a una alianza que refundiendo todas las capacidades en una sola *—la de la asociación—* y

desenvolviendo todas las inteligencias por la mutua comunicación de las ideas, de las intenciones, y sobre todo, por la fuerza de acción y desarrollo que adquiere el trabajo intelectual cuando se hace en asociación y comunidad, la haga capaz de superar ese obstáculo, a pesar de su debilidad presente. He aquí la necesidad social de esa asociación de jóvenes efectuada en Santiago; he aquí lo que hace que ella no sea el efecto de un mero antojo, sino un resultado real y [col. 3] lógico de todos nuestros antecedentes sociales e históricos. Esta *sociedad* con el carácter peculiar que tiene, es un hecho que no ha podido realizarse sino ahora: una *necesidad social* que si no se ha satisfecho antes, no es por la razón que dice el Sr. Lastarria de no haberseles ocurrido a nuestros padres, sino porque recién ahora se han establecido circunstancias que lo hacen posible. En los años anteriores de nuestra revolución, la patria arrebatava para satisfacer sus necesidades todos aquellos hijos suyos en quienes alboreaba alguna capacidad intelectual; los ocupaba en la acción, que era la necesidad primordial que ella tenía, sin permitir que quedara en retiro, y ocupada de estudios especulativos y profundos una masa de juventud capaz de formar una asociación militante “contra los vicios sociales”³². Pero no por esto dejaban nuestros padres de desempeñar un trabajo eminentemente civilizador, igual, sino superior, al que actualmente emprende y realiza la juventud, trabajo que los ha hecho *dignos sin tacha alguna de la independencia* porque lidiaron. Este trabajo era el de destruir aquel poder que impedía el desarrollo de los principios civilizadores en el país, el poder español; y el de levantar en su lugar otro poder que alentara la vida de esos principios y permitiera por la naturaleza misma de su constitución la formación de asociaciones tales como ésta y otras formadas en la capital. Y bien claro es, que semejante trabajo no era un trabajo exclusivo del sable y del brazo, sino una tarea también del pensamiento; una alta tarea de ilustración a la cual la época presente debe todos los caracteres de prosperidad que tiene.

Por lo demás, la necesidad de las luces y de la civilización están sentidas y concebidas en el discurso que nos ocupa de un modo altamente honroso para su autor. Por todo lo que él ha escrito a este respecto se le conoce dotado de una inteligencia viva y perspicaz, que atrapa con seguridad las altas dificultades de las ciencias sociales que presenta la situación especial de esta república y la de la América toda, como él mismo lo dice. La inteligencia y el corazón del autor se hallan [pág. 2, col. 1] fuertemente impregnados de la idea y del sentimiento del *progreso*, que es la enseña de nuestro siglo, el resultado más grande y fecundo que han alcanzado hasta hoy las ciencias morales en Europa. Aunque no fuera más que por el modo con que el Sr. Lastarria ha sabido desplegar esta idea en su discurso, todos los hombres verdaderamente ilustrados debieran concederle la palma que pertenece al buen escritor.

³² Palabras del Sr. Lastarria.

Continuando pues nuestro examen detallado del discurso, diremos que el Sr. Lastarria no nos ha hecho sentir de un modo fuerte y necesario la necesidad de ocuparse de la literatura en la sociedad a quién se dirigió, a causa de la falta de antecedentes históricos y sociales que anteriormente le reprochamos; reproche que causó tan fuerte como injusto enojo al Sr. Corresponsal del *Mercurio*. Nosotros sabemos que el Sr. Lastarria no fue a aquella *sociedad* a hablar de literatura por antojo, sabemos que los miembros dispuestos a oírle, no lo estaban por antojo tampoco, sino que tanto en el escritor como en el auditorio había una necesidad anterior e íntima que exigía un escrito literario ante todo.

Profundicemos.

Según lo que anteriormente establecimos, aquella juventud estaba reunida allí para adquirir *ideas nuevas*; esto resulta del *discurso* y de la *noticia de la sociedad* que lo encabeza. Se trataba pues en aquella reunión de una regeneración intelectual y social. Muy bien. Esta regeneración era preciso realizarla en la esfera pura del pensamiento; diciendo esto se dice también que era necesario armonizar la inteligencia de todos los individuos reunidos y hacerles abrazar esas *ideas nuevas* como *creencias sociales* ¿Cómo pues llevar al cabo este trabajo? Por las *letras*, que es lo que responde directamente a las *ideas*. De aquí es de donde ha nacido la necesidad de hacer un discurso de literatura; discurso que si hubiera tenido otro objeto cualquiera no habría sido tan análogo, como lo es el del Sr. Lastarria, con la institución especial de la sociedad en que fue pronunciado. Si en él se hubiera ocupado el autor de Agricultura o de Economía Política, habría encontrado sin duda menos disposición en su auditorio y en el público [col. 2] para aplaudirlo con el entusiasmo con que ha sido aplaudido, a pesar de que estas materias no son menos interesantes al país que lo que es la literatura.

De la falta pues de esos antecedentes sociales e históricos que se hace notar en el *discurso*, y que constituyen la necesidad de la literatura entre nosotros, resulta un vacío notable en este bello trabajo del Sr. Lastarria. Parece que la dedicación especial que da a su obra, de ocuparse de literatura, fuese mero capricho individual en el que lo escribía, y en la *sociedad* que se lo escuchaba; y la verdad es, que en el fondo de las cosas no era así, sino que había una exigencia real por ambos lados de ocuparse primordialmente de ese ramo de la ciencia humana. He aquí pues en el discurso una transición repentina que obliga al lector a recapacitar y examinar por sí mismo cuál es la razón por que el autor nos ocupa de literatura, más bien que de otra cosa cualquiera, lo cual no sucedería si se nos hubiera preparado de un modo lógico a este empleo de nuestra meditación. Mas no solo resulta esto, sino que nos deja también sin darnos la razón de las hermosas palabras con que concluye este párrafo: “Porque, señores, no debemos pensar solo en nosotros mismos, quédese el egoísmo para esos hombres menguados que todo lo sacrifican a sus pasiones y preocupaciones: nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la

patria. Hemos tenido la fortuna de recibir una mediana ilustración, pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en la marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderosa.” ¿Con que la literatura tiene entre nosotros que llenar una misión socialista y popular? Es decir: ¿con que tiene que regenerar nuestra sociedad? Éste es un hecho que muy bien puede ser negado o no comprendido (aunque no lo será ciertamente por nosotros). Las ideas de que se alimenta la literatura son de dos clases, progresistas, nuevas, revolucionarias; y tradicionales, viejas, retrógradas. Actualmente hay una lucha en Europa que lo prueba; la hay también, y la ha habido siempre entre nosotros, aunque en una escala infinitamente inferior; luego en literatura hay siempre dos banderas; si la una de ellas es [col. 3] progresista y la otra no, alguna de las dos no es socialista, y no siendo socialista no puede realizar las pretensiones del Sr. Lastarria, que es hacer que sirva a la utilidad de su patria. Aquí es necesario servir a la patria haciendo triunfar una de las tendencias literarias sobre la otra, la progresista sobre la retrógrada. No hay medio entre estos dos caminos. He aquí la razón incontrastable que tuvimos en uno de nuestros artículos anteriores, para echar de menos en el discurso antecedentes sociales e históricos, antecedentes chilenos, *no griegos, romanos, dantescos*, como se ha querido hacer entender que dijimos. Mas si se nos hubiera explicado nuestros antecedentes y se hubiera hecho arrancar de ellos nuestras necesidades literarias, habríamos sabido cuál era para nosotros la verdadera literatura social. Si era aquella que representan Oña, Lacunza, Ovalle, La Torre, Herrera, Mariana, Solís, Hidalgo, etc. etc. o bien aquella que representan Villemain, Artaud, Hugo, Dumas, Larra, Zorrilla, etc. etc. Porque a la verdad esto es vital, y el Sr. Lastarria nada nos ha dicho a este respecto. Todos sabemos que si como dice el mismo autor *la literatura es la expresión de la sociedad*, una sociedad había, cuando escribieron los primeros autores, y otra hay, cuando escriben los segundos; podemos decir más, y es, que aquella sociedad tenía principios opuestos a ésta; que aquellos principios han sido destruidos en Europa por éstos; ¿a cuál de estas dos fracciones de la humanidad pertenecemos, a cuál de estas dos sociedades, a cuál de estas dos *expresiones*; o lo que es lo mismo, a cuál de estas dos literaturas? Volvamos a repetir que todo esto queda inexplicable si no se acude para hacerlo a los antecedentes históricos y *nacionales*. Estas cuestiones son vitales hoy en literatura, y al reprocharle al Sr. Lastarria esta falta no ha sido nuestro motivo una mezquina inclinación a encontrarle una, sino la necesidad de pedirle explicación de cosas que no ha explicado y que deben ser explicadas. Nosotros escribimos para el público; y al público no se le satisface alabando todo lo que es de una parte y criticando todo lo que es de otra; el público necesita la verdad y la independencia; y ésta se la prometemos de todo corazón.

(Continuará.)

**[Artículo editorial sobre *El Semanario de Santiago*, escrito por V. F. López]
La Gaceta del Comercio, N° 139, Valparaíso, 18 de julio de 1842, pág. 3, cols. 1-3.**

El jueves por la noche se repartió, o más bien diremos se vendió el primer número del *Semanario de Santiago*; contiene los artículos siguientes *Prospecto*, *Congreso Nacional*, *Literatura*, *Seminario de la Recoleta*, *Un suspiro y una flor* (versos), *El Mulato* (apreciación crítica de un drama que bajo este título se representó en el teatro de Santiago el domingo 10 del corriente), y un trozo traducido bajo el título del *hombre distraído*.

Este periódico recientemente fundado en la capital se contraerá, según lo manifiesta el *Prospecto*, a servir de un modo especial los *intereses de la inteligencia*; así es que en una continuación de ese prospecto que encierra el número publicado, se pasa revista por todos los periódicos existentes hoy en Santiago y Valparaíso, y caracterizándolos rápidamente, se les tacha de no llenar el objeto a que se dedicará esta nueva producción del pensamiento nacional. Su redacción pertenece a una asociación de jóvenes chilenos que nutridos de buenas ideas y alentados con el amor de la patria, se proponen hacerle el más importante de todos los servicios que se le pueden hacer, el de ilustrar las masas, y ensanchar la escala de las influencias que deben ejercer las ideas sobre nuestra sociedad.

[col. 2] Aunque en la revista que hemos dicho que hace este campeón de nuestro progreso de la prensa periódica chilena, le toca a la *Gaceta* la peor parte porque está clasificada así, como de *judía*; esto es, de no pensar sino en réditos, letras de cambios, recibos, *sueldos*, *lucro*, &. Sin embargo, como en este tiempo de anarquía religiosa hasta los judíos empiezan a meterse en todo, nos permitirá el *Semanario*, a quien no nos atrevemos a llamar *cofrade*, porque según él mismo nos lo ha dado a entender pertenecemos a religiones distintas, él a la *Universidad* y nosotros a la *Aduana* (lo cual no deja de ser cierto en el fondo); nos permitirá, decimos, saludarlo, si no como igual, como pariente lejano al menos, y deseárselo larga vida y felicidad completa.

Mas el caso es, que hasta entre los cofrades de la *Aduana* hay curiosos que quieren saber lo que se hace en el terreno de la filosofía y de la literatura; y por si acaso hay alguno de estos cofrades que ha tenido el desacato de no suscribirse al *Semanario*, lo que no sería muy extraño entre gente *tan mercantil* como es la que compone nuestra feligresía, nos vemos en el caso, como buenos predicadores, de darle cuenta de las doctrinas que se empiezan a publicar en el nuevo púlpito, reservándonos una libertad tímida, como conviene que tenga todavía la sinagoga, para dirigir la conciencia de nuestros fieles, y darles el alimento del *Semanario* cuando nos convenga, esto es, amonestándolos para que no lo traguen.

Así pues siguiendo el ejemplo del *Semanario* en cuanto a la rapidez de las apreciaciones empezaremos diciendo, que el *Prospecto* es una promesa de paga a la vista y en dinero efectivo; y como no estamos muy al cabo del capital de los banqueros y somos además hijos netos de nuestro título y de nuestro siglo, diremos que pasamos adelante; porque no encontramos realidad en las promesas aunque sean buenas y bien hechas como lo son las del prospecto del *Semanario*, y concluimos como éste saludando a Venezuela verdadera hermana legítima de Chile.

El artículo *Congreso Nacional* es excelente; está perfectamente adecuado al objeto del periódico y si se continúa así, hará un servicio real a la opinión pública y tendremos un buen órgano a donde recurrir para saber las discusiones de las cámaras legislativas.

El artículo *Literatura* es bueno, excelente, pero hay un no sé qué de tímido y de diplomático en sus principios y en sus consecuencias que nos hace sospechar que su autor ha tenido miedo de ser más franco; no sería extraño tampoco, que no lo hayamos entendido bien, porque sus fundamentos arrancan de cierta *tendencia nueva* que se deja notar en nuestra joven literatura y que nosotros no conocemos todavía; deseáramos mucho ver de un modo claro y neto lo que pretende y lo que quiere esa nueva tendencia; porque nos parece que si reventara de un modo franco nos había de dar un espectáculo muy lisonjero y que, a la verdad, nos dejaría llenos de satisfacción.

El artículo *Seminario de la Recoleta Dominica* es superior en nuestro concepto a los que hemos recorrido; contiene verdades que se deja ver que son nacidas del corazón de un patriota impregnado del verdadero espíritu de su siglo; que comprende la civilización y la moral, y que sabe el camino por donde hoy se desenvuelven las ideas sociales hermanadas con las ideas literarias y religiosas; su mérito es modesto pero práctico; su autor sin ponerse enfáticamente a otra altura que la de su país muestra que sabe respirar la atmósfera del siglo, en lo más puro que ella tiene.

Los versos que llevan por título *Un suspiro y una flor* clasificados como *poesía*, no tienen mérito poético; le pedimos mil perdones a su autor, nuestro carácter es franco y no sabemos adular, quizá por eso no nos ha ido muy bien en el poco tiempo que hemos vivido. Aunque no somos conocedores en metro creemos poder decir que, en cuanto a esto, están bien satisfechas las condiciones literarias; mas hay un no sé qué de prosaico y de vulgar en las ideas de la composición que deja fría el alma después de haberla leído. Su principio no es más que una traducción libre de un pensamiento pobre de Ovidio.

lamque quiescebant voces hominumque canumque
Lunaque nocturnos alta regebat aequus

Después, está demasiado plásticamente copiada la vida material; y nos parece que en una composición del género a que ésa pertenece, no es tan lícito sustituir de un modo

tan exclusivo el diálogo al canto poético como lo hace el autor; mucho más cuando la intención suya ha sido hacer una composición lírica en el fondo. Aunque se ha hablado mucho en estos últimos tiempos sobre la sencillez de la poesía, creemos que a nadie se le haya ocurrido decir que esta sencillez consista en la materialidad de la copia de la vida vulgar: la sencillez a nuestro modo de ver consiste en la pureza de la relación que se trate de cantar entre lo real y lo ideal, lo positivo y lo absoluto; si esta relación es pura la poesía será sencilla y será poesía; será cierta sin ser material; será humana y social sin ser doméstica.

La verdadera *corona* así material como social del *Semanario*, está en el excelente y socialista artículo escrito sobre la representación del *Mulato*; este artículo está valientemente concebido, es digno de ser leído y ha sido inspirado por un amor verdadero a la humanidad. Todo cuanto pudiéramos decir de él se reduciría a alabar los pensamientos regeneradores de que está lleno y más bien que hacerlo, queremos recomendar a nuestros lectores que lo lean ¡ojalá el público todo lo guste y lo adopte! No convenimos con el crítico en que la pieza sea tan vulgar como él la pinta, ni en que sus resortes sean gastados. Al contrario es una de las piezas en que está mejor *trabajada e idealizada* la vida de Salón, la vida europea; y por fin, por no ser demasiado extensos, diremos sin más autoridad que la que ha tenido el crítico del *Semanario* (*el criterio individual*) que la pieza está regularmente provista de lances nuevos, de resortes sorprendentes y de un movimiento que conserva en interés y en vigilia continua a la atención. Podríamos citar las escenas de la *taberna*, la del *canto*, la del *retrato* y en general todas las del último acto. Su analogía con la actual vida europea es perfecta, y esto solo ya es un verdadero mérito, y hasta cierto punto una verdadera novedad.

[Editorial de V. F. López]. *La Gaceta del Comercio*, N° 146, Valparaíso, 26 de julio de 1842, pág. 2, cols. 2-3, pág. 3, col. 1.

Nos escriben de Santiago que el *Semanario* se vende el jueves y se reparte el viernes, lo cual es para nosotros un enigma; porque no podemos determinar cómo es que un periódico se venda en un día a los compradores y se reparta en otro a los suscriptores.

El *Semanario*, desde la eminente altura que ocupa en el terreno de la opinión pública por su acreditado y vasto saber, nos suelta una tipada de tierra fina y cernida que nos ha dejado sin vista y sin resuello. A la verdad que esta nueva especie de galantería con una niña como la *Gaceta* tan pobrecita y humilde y que siempre anda tan peinadita (como que es pobre, aseada) nos ha parecido un *juguete* que de tan material raya en lo sublime de la poesía, ni más ni menos que *un suspiro* y *una flor*. Que la *Gaceta* tuviera sus fantasías con este caballero, nada tiene de extraño, al fin es *chiquilla*, y le está permitido ser caprichosa, coqueta y de vez en cuando irreverente, displiscente, atrabiliaria como se

hace en los salones sin que nadie lo tenga a mal. Pero ¡cáspita! ¡el *Semanario* se ha portado de otro modo! Por una levantada de hombros que le hizo la *Gaceta* con dulzura mujeril, la esperó al paso y le soltó tal nube de tierra, que la ha dejado convencida de que los judíos no están muy bien parados todavía en los pueblos católicos, y que son como los *rotos*, libres, muy libres para todo (como ciudadanos) menos para entrar a las iglesias cristianas en día de función, ni para mezclarse con la gente en la cañada en un día de *globo*. En ambos casos la *rotería* se asienta a una distancia lamiéndose el *pie* y mirándose las *uñas* como cóndor que codicia algún rebaño; y como este pájaro, busca las alturas; unas veces toma la pila y otras el cerro para extender con más avaricia su vista perspicaz sobre la rica y galana sociedad que se desenvuelve descuidada por el llano y que la aleja con enfado de su lado; lo cual, no lo hace la *constitución*, pero sí lo hace la *sociedad*. Con el tiempo hemos de ver si la constitución vence a la sociedad, o [col. 3] la sociedad a la constitución. Mas por ahora, esto es bueno; y si no se hiciera, veríamos de continuo las uñas del *cóndor* enredadas entre la parte colgante de la *lana* del rebaño, y ¡sabe Dios! cuántos vellones de menos se le encontrarían después de cada fiesta.

Pero... ¿qué diablo es el que nos ha traído a semejante digresión? ¡Ah! Ya nos acordamos: decíamos que los *judíos* se parecen a los *rotos* y que la pobre *Gaceta* es *judía*; es decir, que por más que ella quiere ser cristiana, y por más que se arrima a los cristianos, éstos abren los codos, la echan abajo de la vereda; ella los saluda, le vuelven la espalda, y cuando se anima a decirle a alguno de ellos; señor, lleva Ud. el fraque tuerto (ni más ni menos que la *hoja poética* de la *flor* que le dieron a uno con un *suspiro*) y mal cortado; ya no se usa ese corte, etc., etc., se vuelve el caballero, alza tierra y se la echa a la infeliz aturdida por los ojos; para que otra vez no hable de los defectos de su fraque, y deje que todos crean que va en regla y muy elegante.

Pero como los judíos tienen pacto con el diablo se lavan y sanan pronto y privados de hablar con la sociedad hablan consigo mismos; y así fue que la *Gaceta* cuando hubo acabado de leer el último articulito del *Semanario* dijo para su colete: “No hay mejor escuela que la polémica; vea ahora Ud. todo lo que me ha enseñado ahora el mismo *Semanario*; primero, que la *poesía cuando es juguete*, no es *poesía*; segundo, que aquel que no da mérito poético ni a sus pobres juguetes, es muy capaz de darlo a las obras serias. Esta verdad era vieja; pero dentro de poco nos va a dar de ésta un ejemplo *clásico*, en el *Semanario*, D. Suspiro, el marido de la Da. Flor, que por sus juguetes sin poesía ya se puede conjeturar lo muy poeta que será; tercero, que el mérito de una *poesía juguete* (clasificación nueva, pero tan sensata y atinada como la de idilios, églogas, elegías, etc., etc.) que ese mérito, pues, consiste en que la flor inspiradora tenga una hoja caprichosamente puesta, esto es, *tuerta*, y que por eso los que tenemos dos ojos y miramos derecho no estamos organizados para juzgar esta clase de caprichos, que no trepido en llamar *románticos*, ateniéndome al atinado y profundo artículo que sobre este

cometa incomprensible y guerrero ha publicado pacífica y comprensiblemente el magistral del *Semanario*: yo creía que había asuntos sobre los cuales nada se podía escribir que no fuera lírico, y tal me parecía el que sirvió de texto al *suspiro y una flor*, mas ahora dícenme que no, pero yo me quedo siempre creyendo lo contrario. Lo mejor de todo, dijo la *Gaceta*, es el progreso que hemos hecho en la crítica. Ahora pocos días decíamos que una cosa que no habíamos leído nosotros era porque ni al *diablo se le había ocurrido escribirla*. Pero ahora hemos dado vuelta la medalla y decimos: todo lo que el diablo ha dicho, está ya dicho desde mucho tiempo atrás. Y así es que, si en Buenos Aires hubo un *salón literario* en que todos los miembros, sin que faltara uno, dijeron que la juventud argentina aspirara a una poesía y a una *literatura original*; un *salón literario* en que se ventilaron algunas poquitas cuestiones de literatura, y de *industria*, y de *sociabilidad*; fuerza es ahora, que cuanto se escriba en la *Gaceta* se haya escrito en el *salón*. El *salón* predicó la *literatura original*; la *Gaceta* dice, la primera quizá en toda la América, que no es posible entre nosotros alcanzar una *literatura original*; y el *Semanario*, tan impuesto en lo que se hizo en Buenos Aires, grita ¡pues! ahí tiene Ud.; eso mismo se escribió en el *salón*. El *salón* separaba la *industria* de la *ilustración*; la *Gaceta* dijo que eran inseparables ¡nuevas seguridades de que este periódico repite! Por último, la *Gaceta* nada ha publicado ahora que pertenezca de un modo especial a los trabajos del *salon*, ¿qué importa? ¿deja, por eso, de estarnos repitiendo lo que oyó decir u oyó leer en el *salón*? Esto: (continuaba la *Gaceta*) esto se llama adelantar en crítica; ¡ya se ve! la *costalada* de D. Eleili fue demasiado fuerte para buscar el camino por el mismo lado; pero el *Semanario* se olvidó de que después de haberse resbalado por un pie se debía resbalar por el otro, y que la caída iba a ser total en ese caso. ¡Vean qué diablos! decía la *Gaceta*, ¡cómo me han averiguado que estoy copiando al *salón* de Buenos Aires! Preciso es confesar que éstos son gatos, de quienes no se escapan sino los ratones; inquisidores (y españoles) de quienes se escapan solo los judíos, policía que nunca prende a un *malhechor*; pero en desquite, sagaz como un diablo para saber lo que se hace en los oscuros rincones de la oscura Buenos Aires, por su parte [pág. 3, col. 1] oscura, que es su malhadada juventud. ¡Oh! éste es un tino que no tiene igual sino en el que mostró D. Eleili para criticar la *parentela* y la *organización física* de los días ¡qué fortuna es siempre el saber todo!

Diciendo aquesto se paseaba la *Gaceta* por su cuarto; cuando entra en el mismo instante un amigo suyo, y cortejo viejo; y le dice:

-Vamos, señora mía, le han cascado a Ud. con éxito.

-¡Oh! sí señor, eso mismo me estaba diciendo ahora.

-Y por supuesto le habrán quitado a Ud. las ganas de meterse con los *versos a la muerte de una madre* del segundo número del *Semanario*; eso les sucede siempre a las *tijereteadoras* y *enredistas* como Ud.

-Señor: déjese Ud. de bromas y de *poesía*, quiero decir de *versos* dedicados a los muertos; hoy no estoy para meterme en estas honduras; como Ud. sabe me han dado en gustar las *remoleúras* como al *Semanario el Agur*; y como soy calavera, no faltará esta noche a una preciosa tertulia a que estoy convidada; figúrese Ud. si tendré la cabeza como para pensar en versos a los muertos; cuando estoy toda ocupada de peinados, tules, encajes, cintas y todas esas cosas que como Ud. sabe, son para mí de primera necesidad. Pero ¿me ofrece Ud. el apoyo de su brazo para ir a la tertulia?

-Y ha podido Ud. dudar de mi gusto para acompañar a Ud.? ¡Qué falta de franqueza! Pero en fin, oígame Ud. ahora un cuento; mi cuento no es picante pero el suceso que lo motiva es raro. Ha de saber Ud. que esta mañana a eso de las ocho he encontrado por la calle un figurón muy raro: calcule Ud. cómo sería; llevaba zapatos de gran taco y gran moño de raso en las orejas (del zapato, no vaya Ud. a creer que era en las de la cara); media de patente, calzón corto, grandes hebillas de rubíes y de esmeraldas, chupetín de brocato o de tisú; casaca redonda con el talle suelto y largo hasta las asentaderas, bordada en todas las orillas con seda de colores rojo y amarillo (la bandera española iba flameando en toda su persona con gala), botones de piedras en el chupetín y en la casaca; una sábana de hilo puesta de corbata y atada con un gran moño, lo cual le tenía tiesa la cabeza como un palo; llevaba rico espadín de puño dorado; por entre la abertura de la camisa se le veía un rosario y un escapulario de nuestra señora del Carmen al lado de otro que llenó de indulgencias el Papa por la batalla de Lepanto: llevaba también peluca con grandes rulos muy clásicamente peinados, empolvados y coronados por un sombrero de tres picos a guisa de falucho: llevaba un reloj de sobremesa en la faltriquera que, desde allí mandaba al oído de su dueño *los acompasados y mudos sonidos* de sus segundos; y pendía de él hasta la rodilla una inmensa cadena de oro con dos sellos y una llave; un sello representaba a Santo Domingo con la iglesia en la mano y una multitud de *fieles* que le pedían la exterminación de los *infieles*; el otro sello representaba a Aristóteles mandando una batería de artillería en la batalla de Waterloo (feliz representación de lo que había de suceder cuando llegara el día de criticar al Romanticismo) y largando intrépidamente cañonazos contra Dante y Shakespeare y Goethe, que mandaban la caballería del campo de los aliados. ¡Oh! era un sello de reloj portentoso; porque todas las figuras estaban en bulto. No se olvide Ud. de que hoy estamos a 22 de julio de 1842. El dueño caminaba ufano por la calle con lentitud y compás: al verlo, *me paró no los monos que sí la atención*; me acerqué a una puerta y pregunté a un pobre roto que lo miraba absorto ¿quién es este sujeto? “Señor (me dijo el roto) es un caballero recién llegado de las montañas de Santander, y que dice que como él se han de vestir dentro de poco todos los pueblos modernos”. Cualquiera que oiga esto, se espantará de que estas palabras haya dicho un roto; pues lo dijo; ¡ya se ve! era de este siglo el pobre. ¿Y dónde vive? Le pregunté de nuevo. “Señor: vive... vive... no sé,

señor, me parece que ha parado en aquella imprenta con otros señores, que visten unos como él, y otros como Ud.” Con esto me despedí del roto, seguí mi camino y me vine aquí.

¡Vaya con el cuento! dijo la enredista *Gaceta*; lo contaré luego en el baile; aunque no deja de ser un poco *leso*; *soy contenta* de que Ud. me lo haya contado; porque *quero* saber siempre todo lo nuevo. Pero mejor me hubiera estado aprovechar el tiempo que he perdido oyéndolo, leyendo la poesía, quiero decir, los versos a la muerte de una madre. Ya es hora de que Ud. se retire D. Serapio, tengo que empezar mi *tualeta*.

“Literatura. Primer artículo”, *El Semanario de Santiago*, N° 1, Santiago de Chile, 14 de julio de 1842, págs. 4-5, col. 1-2.

Comienza a germinar en la juventud de Santiago una afición a las letras antes desconocida. Numerosas sociedades se forman en diversos puntos, óyese por todas partes el ruido de la discusión, los periódicos se consagran a las cuestiones del gusto, el teatro apenas puede contener la brillante concurrencia que va a poner allí en ejercicio el corazón y la men- [col. 2] te. Parece que un soplo de vida ha venido a animar aquella masa no ha mucho tiempo inerte y fría. Empero, ¿bajo qué auspicios se desarrolla este germen precioso? ¿Qué principios le servirán de guía en sus primeros pasos? ¿Cuál será la tendencia que deberá tomar? He aquí materia de graves consideraciones de que deberían ocuparse con la más circunspecta atención los primeros hombres del Estado. Materia de graves consideraciones, decimos, porque esta afición a la literatura que tan rápidamente se ha difundido hasta enseñorearse de los espíritus, no es, a nuestro ver, una de aquellas inclinaciones pasajeras que el viento de la moda suele dar al gusto de los pueblos; es un movimiento que trae su origen de causas más elevadas e importantes y que debe prolongarse en lo futuro ejerciendo un influjo inmenso en la suerte de la República. Mucho se engañaría aquel que no creyese dignos de su atención, los fenómenos que ofrece el desarrollo moral de un pueblo. En las sociedades humanas todo está enlazado con admirable economía, todo depende de hechos anteriores y positivos y conspira a formar la cadena que une lo pasado a lo presente, y lo presente al porvenir. Ni merece el nombre de Estadista el que no es capaz de comprender esta alianza. Así, pues, inquirir la causa de la reciente afición a la literatura es una investigación filosófica que debe poner en claro muchas verdades útiles, que debe descubrir los principios que están fermentando en el seno de nuestra sociedad; investigación de que no podrían desentenderse los ciudadanos que están encargados de la dirección de los negocios públicos, sin exponerse a cometer graves errores, o por lo menos, a incurrir en faltas de difícil reparación.

Desde luego no trepidaremos en decir que el nuevo giro que han tomado las ideas, es síntoma de una transición social. Cuando las naciones sienten conmovidas las bases de su organización, y amaga a todos los intereses establecidos el peligro de una ruina general los ciudadanos preocupados de los riesgos que les cercan, no piensan más que en la defensa propia, ni emplean el discurso y el saber sino como un instrumento de combate. Tuvimos nosotros una época igualmente azarosa. Mas por fortuna pasó rápidamente, y los rastros de su fatal trascurso se han borrado del todo. Dígalos de no el carácter apacible de los trabajos mentales; díganlos las asociaciones de instrucción que han sucedido a los clubs políticos, las producciones de la prensa periódica en las cuales no brilla el fuego de la impugnación, sino la suave llama de la emulación y del progreso.

Pero no es esto lo que queremos notar aquí, sino descubrir el origen de ese movimiento literario para que podamos comprender su carácter y su tendencia, para estimarlo en lo que realmente vale. Nosotros creemos ver en él la acción poderosa del siglo, que comienza a obrar sobre nosotros. Cada época ha tenido su genio, sus caracteres peculiares: en unas el espíritu guerrero que se cebaba en las conquistas; en otras el celo religioso que a veces se armaba para combatir con la espada desnuda a los enemigos de la fe, a veces encendía controversias y herejías que despedazaban la cristiandad; en aquellas el espíritu de aventuras que tantos millares de hombres trajo a las tierras lejanas de la América; en éstas el furor de las innovaciones y reformas sociales. Según el genio de cada una de estas épocas, así se ha tenido en más estima o el valor guerrero, o la devoción ferviente, o la fortaleza y la constancia del ánimo para soportar las penalidades de una vida errante, o el atrevimiento para romper los antiguos lazos de subordinación al trono [pág. 5, col. 1] y al altar. Nada de esto vemos en el presente siglo. En vano los Bernardos y los Pedros predicarían hoy las cruzadas, y los Corteces y Pizarros levantarían su bandera de asoldamiento. Tampoco quedarían satisfechos con los principios que hoy dominan, aquellos que en 1704 proscibieron el culto de la divinidad y derramaron en el patíbulo la sangre de un rey. Los tiempos de su dominación han pasado. Otro es el resorte del presente siglo —el *saber*; el saber que ha subrogado a las antiguas influencias, que ha roto las barreras que le oponía la aristocracia y escalado los tronos para dictar desde allí leyes a las naciones, para reorganizar los gobiernos, para lanzar al combate o refrenar en paz los ejércitos, para regir, en fin, los pueblos con el poder político después que los ha ganado con el hechizo poderoso del ingenio e imperado en ellos por la fuerza del convencimiento. Tiéndase por donde quiera la vista y no se verá otra cosa que el *saber* entronizado. El talento diplomático cría o destruye, engrandece o deprime las naciones que antes estaban a merced de la espada del guerrero; turbas de hombres nuevos aparecen en los parlamentos arrebatando a la antigua nobleza su prestigio por el solo poder de la palabra; siéntanse al lado de los reyes personajes que no tienen escudos de armas, ni más título que un libro en la mano o el diploma de profesor de colegio. ¿Qué es

la prensa periódica, esa institución fiera que se ha erigido en medio de las monarquías, sino la república del pensamiento? Allí bajan como a una arena común personas de todas jerarquías, para recibir el laurel del triunfo, o sufrir la vergüenza de la derrota: allí se discuten las opiniones, los sistemas; allí se forma la opinión pública, reguladora de todos los intereses sociales, y se decreta la caída de los gabinetes y la formación de otros nuevos. ¿Y quién tiene el mando en esta república sino el talento? Pasemos del poder a la gloria y pregúntese ¿cuáles son las más brillantes reputaciones de la época? Guizot, Villemain, Thiers, Hugo, Martínez de la Rosa, Brougham aparecen en primera línea. Ellos desde el fondo de la sociedad se han elevado como globos aerostáticos hasta las regiones más altas, por sola la virtud del talento, y en su ascenso rápido han ido recibiendo el aplauso entusiasta de los pueblos; sus obras salvado los términos de la Europa, han ensanchado los límites del imperio intelectual que ellos dirigen y granjeándoles honra y fama hasta en las últimas comarcas de la tierra.

Nosotros que rompimos las cadenas de la dependencia colonial para injerirnos en el mundo político, pequeña rueda agregada a la gran máquina social, ¿cómo hemos de seguir un movimiento distinto del que siguen las demás ruedas con que estamos unidos? Recibimos de Europa las artes, las ciencias, las costumbres, las telas con que nos vestimos y hasta manjares para el adorno de la mesa, ¿y podíamos negarnos a obedecer el influjo poderoso a que ella está sujeta? ¿Quedaremos a oscuras cuando nos hemos colocado en una atmósfera de luz? De ninguna manera. La conquista europea comienza a efectuarse entre nosotros y acabará por identificarnos con el otro hemisferio. Cortamos los lazos políticos que nos unieron a un extremo del continente Europeo; ¡qué importa!; nos hemos unido con otros vínculos más fuertes. El león de España en el siglo 16 vino a estos países, desgarró los imperios que estaban en él florecientes, y tendió sobre el teatro de sus carnicerías un velo denso que lo ocultase a las miradas del género humano. Este velo se ha roto, se han descubierto las úlceras profundas que nos aquejan y nuestra voz se dirige involuntariamente a la Europa pidiéndole un bálsamo [col. 2] que las cure. Este bálsamo es el *saber*. Nosotros lo recibimos con la más viva emoción, y devoramos los libros en que nos viene.

Insensiblemente hemos tocado otro de los principios que han hecho nacer la afición a las letras: la necesidad de trabajar en la mejora de nuestra sociedad naciente. Los padres de la revolución escuchando una inspiración repentina, dieron el grito de independencia y alzaron el monumento de nacionalidad que hoy se ha hecho el objeto de nuestros desvelos. Empero, este monumento levantado sin bases, sin columnas, bambolea sobre nuestras cabezas y amenaza sepultarnos en sus ruinas. Algunos brazos fuertes lo han sostenido cuando estaba próximo a caer: mas ¿será de esperar que se mantenga por largo tiempo sobre tan efímero apoyo? Leyes, costumbres, ilustración, riqueza, cimientos seguros en que las naciones descansan, nos faltan del todo, y es

necesario, es urgente echarlos desde luego para consolidar la obra de la revolución. Tal es el encargo augusto que pesa sobre la conciencia de la generación presente, ¿podrá desempeñarlo si no se prepara con el estudio y el saber?

La patria, por otra parte, nos estimula, nos convida con sus instituciones al cultivo del entendimiento. Rasando con igualdad las cabezas de los ciudadanos, ha dejado expedita y libre de obstáculos la región superior a que podamos elevarnos: abiertas están a todos las puertas de la gloria, francos los asientos de la legislatura, al alcance de los ciudadanos la silla de la magistratura suprema. Este convite, la perspectiva de un halagueño engrandecimiento, ¿no despertará la emulación, no encenderá en el pecho de la juventud una ambición noble? Ella la siente ya, y el ahínco con que acelera su educación y se libra a las fatigas del estudio, no es otra cosa que el aguijón de la gloria que obra activamente sobre ella.

La afición reciente a las letras que entre nosotros se difunde es, pues, la acción del siglo que pide a todo el mundo ilustración, saber; es efecto indispensable el desarrollo de nuestra sociedad y resultado indispensable del estímulo con que nuestra forma de gobierno nos excita. El Gobierno, los ciudadanos todos deben saludarla como el primer brote de una planta que crecerá y llegará a ser un árbol fecundo en frutos de vida. Desgraciada de la República si ella no hubiese prendido jamás. Pero desgraciada también mil veces si corrompida en su raíz, creciese torcida y enferma: entonces daría solo frutos de muerte.

“Las novelas en el día”, *El Semanario de Santiago*, N° 23, Santiago de Chile, 8 de diciembre de 1842, págs. 185-186, cols. 1-2, pág. 187, col. 1.

En un artículo que extractamos del *Diario de los Debates*, se hallan algunas observaciones relativas a las novelas, parte tan importante de la literatura moderna. Siendo en gran parte aplicables al drama y a toda especie de obras de imaginación, hemos creído oportuno publicarlas ahora que este género empieza a cultivarse entre nosotros.

“Una noche de invierno dormía tranquilo en su lecho Galland el traductor de las *mil y una noches*, cuando de repente le despierta una tropa de calaveras, gritando de voz en cuello al pie de su ventana “señor Galland, señor Galland”. Éste se asoma por fin, y les pregunta qué quieren con él. “¿No es Ud. a quien debemos esos lindos cuentos árabes? – Sí, a mí. –Pues bien, señor Galland, ya que Ud. no duerme, cuéntenos mientras amanece, uno de esos tan divertidos que Ud. sabe...”

En el día ya nadie va a sacar de su cama a los autores de cuentos. Pero sin ocurrir a esa treta anticuada, muy seriamente se les impide el dormir. A ver si a menos de consagrarse a ello día y noche, logra cualquiera satisfacer la furiosa pasión del público por la novela, única afición literaria de nuestra época. Demasiada delantera daría a sus

competidores el novelador que pretendiese sacar su sueño tranquilo. “Dadnos cuentos, les dice el pueblo, buenos o malos, triviales o sublimes, virtuosos o satánicos; pero dadnos cuentos, pues ya no podemos leer otra cosa.”

Y obedeciendo a este estímulo poderoso, brotan con tal rapidez las novelas que, mientras la crítica procura analizarlas, se expone a quedar como aquel barbero cuya lentitud ha inmortalizado Marcial. Hoy improvisan todos y todo se improvisa, constituciones, leyes, grandes hombres y grandes obras. Se improvisa en la pintura; se improvisa hasta en las ciencias; ¿por qué no se han de improvisar también las novelas? Ya lo he dicho: son la necesidad y la pasión del momento.

[col. 2] Nuestra sociedad se asemeja algún tanto a esas caravanas del oriente que por la tarde, en la velada, entre dos jornadas fatigosas bajo un cielo de fuego, se agrupan y se apiñan alrededor de sus improvisadores de cuentos. Gustamos de ellos; entre la revolución de ayer y la crisis de mañana, gustamos de oír alguna alegre relación que nos entretenga, alguna sentida historia que nos conmueva, algún bello cuento que nos haga meditar, que nos arrobe el alma. Cuánto menos hay de novelesco en la sociedad del día, tanto más le agrada la novela; y cuánto menos le placen las aventuras en la política tanto más las solicita en los libros. Las novelas le proporcionan sin peligro en la apacible estancia de la fábula las emociones que teme en el terreno abrasador de la realidad. Se cree que nuestra época es frívola; porque nada tiene de serio nuestra literatura: éste es un error. Para ser frívolo no basta el quererlo, sino que además son necesarios mucho ocio, mucha seguridad. Hoy todo el mundo se ocupa en sus asuntos o se mezcla en los del Estado, a menudo lo uno y lo otro. Arrebatados por el torbellino de la vida práctica, no hay lugar como había en otros tiempos, para el fomento cuidadoso y esmerado de aquella primera cultura intelectual que, en un bosquejo más o menos perfecto, todos sacamos de nuestra larga permanencia en el colegio. Si por una parte somos en el orden literario una nación de retóricos más o menos formados, por otra parte nuestros deberes, nuestros intereses, nuestros cuidados, nuestras ambiciones de todo género nos hacen inevitablemente serios. Es un engaño creer que la gravedad en los hábitos sociales ha de tener su correspondencia en los gustos literarios. Los Americanos del Norte, pueblo el más serio de todo el mundo en sus negocios y en sus costumbres, solo tiene un escritor sobresaliente, y éste es un novelador.

Pero cualquiera que sea la causa de este gusto singular y exclusivo del pueblo francés por la novela, ese gusto existe y es universal. No hay quien sepa lo que ha de durar; pero aguardando que se agote por su misma violencia, vemos que se hace un prodigioso consumo en París y en las provincias de novelas buenas o malas. ¿Y cómo abastecer a tal consumo, cómo aplacar esa hambre desordenada que con la boca abierta aguarda su pitanza literaria de cada día, si el mercado no estuviese bien surtido; [pág. 186, col. 1] si los proveedores no fuesen inteligentes y celosos; si en la producción de este

artículo de comercio, la improvisación rápida y arriesgada no se hubiese sustituido al trabajo serio y reflexivo; si el número no se hubiese sobrepuesto a la calidad; en una palabra, si la novela tal como agradaba a nuestros padres, la novela de costumbres tal como la escribían Lesage, Fielding, Prevost, con sus observaciones tan juiciosas y su estilo tan pulido y castigado, no hubiese cedido su lugar a la *novela folletín*, si la hemos de llamar por su nombre.

En nuestras novelas modernas, el vicio se presenta en proporciones colosales; y raro es que después de haberse creado así monstruoso e imposible, los noveladores no deriven de su propia hechura alguna objeción no menos extravagante contra el orden social y la humanidad... Ya sabemos que el vicio pertenece a la novela y es de su resorte. Los malvados están bajo su jurisdicción; y sea en hora buena esta justicia de novela severa y aún inexorable. Pero no inventéis crímenes que no tienen nombre en lengua alguna, por solo el placer de castigarlos con más ostentación. Mostradnos vicios que tengan figura humana y que hablen una lengua que podamos entender. No desechéis de vuestros cuadros a los malvados; pero poned a su lado hombres de bien, sin premiar a aquellos con una dicha inevitable ni condenar a éstos a una desventura sin remedio. ¿De dónde habéis bebido esa misantropía petulante y dogmática que rebosa de vuestros libros, ese espíritu hostil a la sociedad, que se ha hecho la inspiración de nuestra musa, vosotros escritores felices a quienes todo sonrío en el cielo y en la tierra, que no conocéis de la vida social sino la libertad que da a la juventud, sino la gloria que prodiga tan fácilmente a los triunfos del talento? Decir que éste

“Es el mejor de los mundos
Y solo bienes encierra”

es un sofisma que Voltaire hizo muy bien en atacar con el ridículo. Pero la paradoja contraria no es menos falsa y sí, mucho menos moral. El hombre, por más que se diga, necesita creer en el buen suceso de la virtud y en las probabilidades que hay en la tierra a favor de la honradez; y nada es más propio para desviarle del bien que el espectáculo del vicio enriquecido, poderoso y respetado. No tienen todos el temperamento calmoso que permite aguardar pacientemente la dicha en otra vida, y quieren muchos haber su parte en los bienes infinitos que la mano de Dios ha sembrado en nuestro humilde planeta. No juzgamos ésta una ambición culpable sino una pretensión muy legítima.

“Esta vida es un combate
Cuya palma está en los cielos.”

Sea enhorabuena, pero en los combates nadie quiere salir siempre derrotado. Si la vida no es más que una lotería, justo es ganar en ella alguna vez. Tan imposible es sofocar

en el corazón del hombre el deseo del bienestar, como el cuidado de su propia conservación; el uno se deriva del otro, y han de someterse al imperio de esta ley natural la razón más orgullosa a la par con la más resignada. No hay que erigir, pues, en teoría el triunfo del vicio y la opresión de la virtud. El instinto de la humanidad se rebela contra esa doctrina; y si es capaz de formar excelentes solitarios en una Tebaida, en la sociedad solo sirve para sembrar el desorden. Esta teoría es por otra parte radicalmente falsa, y la experiencia la desmiente a cada paso por boca de la historia. Sin pretender que la virtud abstraída e inerte, perdida en los espacios del pensamiento o abismada en las sombrías profundidades de la contemplación religiosa, sea un medio infalible de prosperar en el mundo, añadiendo más, que no aspira a tal prosperidad una virtud tan alta y desinteresada, creo sin embargo que la honradez en esta vida tiene mejores probabilidades que el vicio, y que, todo bien considerado, es hasta mejor cálculo.

La novela de costumbres es la verdadera novela. El mar sin duda es un hermoso cuadro para una ficción novelesca, pero es un cuadro que estrecha y destruye la pintura. Asimismo la historia si se mezcla con lo ficticio, lo domina con su altivez, lo entristece con su austeridad, lo embaraza con sus trabas; y solo es dado a ingenios de los más sobresalientes el realizar ese conjunto admirable de donde han salido obras como *los Puritanos de Escocia* y *las Cárceles de Edimburgo*. En la novela de costumbres el escritor se halla más a sus anchas; anda con más seguridad y franqueza; pisa sobre un terreno más sólido y que sostiene mejor a todo el mundo, a los grandes talentos y a los talentos mediocres, a los surcidores de rapsodias novelescas y a los verdaderos noveladores.

Aunque la novela de costumbres no excluye las aventuras, el principal interés recae sobre la pintura de los personajes. Hay verdad generalmente en los que figuran en las obras de los buenos escritores del día; pero es una verdad que anda en zancos. Sus vicios y virtudes tienen doce pies de alto. Son en el mundo, si se me permite la comparación, lo que los tambores mayores en su regimiento. Llevan el mismo traje que los demás, pero cortado por un modelo gigantesco; hablan el mismo lenguaje, pero con bocina. No existen, no, en la sociedad actual los caracteres que nuestros autores de novelas necesitan para componer obras en consonancia con el gusto reinante; y precisamente agradan los que nos representan porque no existen, porque son de invención. Si se contentasen con copiar la realidad monótona, descolorida, insustancial que tienen a la vista, el público aburrido se volvería hacia otro lado. Una nación positiva, egoísta, sin grandes pasiones, sin grandes vicios, que no pasa por otras aventuras que las de la Bolsa o del Parlamento, ha menester de noveladores de una imaginación valiente y de una inventiva fecunda y siempre dispuesta. Para tal nación la novela no es ya, como antes se decía, la expresión de la sociedad; es el instrumento dócil y vibrador de que algunos hombres de talento echan mano para entretener sus ratos de ocio. Pretender por otra parte que la sociedad, ya que no suministra personajes a las obras de ficción, se haya

dedicado a imitar a los que en ellas se le presentan, es una tesis todavía menos sostenible. Nada hay que esté menos comprobado que esa acción de la novela sobre el mundo real, se entiende en la época que alcanzamos. Contra su contagio tiene la sociedad una excelente defensa en su temperamento egoísta e interesado. Con esta coraza es capaz de arrostrar cuantos cuentos se puedan escribir. ¡Qué! porque un libro pernicioso ha caído en la manos de una niña de colegio, porque miembros de frases sacados de alguna novela del día se han encontrado en car-[pág. 187, col. 1] tas producidas en una casa de adulterio, ¿se inferirá que la sociedad toma sus formas a imitación de la novela? Es estimar la novela en mucho más, o si se quiere, en mucho menos de lo que vale:

.....no, no he merecido
Ni tan supremo honor ni tanta afrenta.

De otro agravio son responsables los noveladores para con la sociedad; no de corromperla porque es más fuerte que ellos, sino de calumniarla. Pero ella se tiene la culpa: cuanto más se la maltrata, más aplaude. Hágase una novela bien negra, bien despiadada, en que se saquen a la picota nuestra civilización, nuestras costumbres; en que se tire lodo a ese mundo elegante y pulido donde vivimos en una confianza tan legítima. ¡Bien! dice la sociedad, y palmorea de gusto; se arrebatan el libro; no hay que dudar del buen suceso. ¡Extraña fascinación de nuestra época! Nada nos agrada como el vernos flagelados por la férula de nuestros autores. Hallándonos de tan buena pasta, se van avezando a maltratarnos; y cuanto más fuerte nos dan, más contentos quedamos, sin contar con la multa que nos cobran. Esto me recuerda una anécdota con que voy a concluir. “Un abate, hombre de clase y de mérito, habiendo manifestado una admiración hartamente tibia por ciertos versos de Santeuil, díjole el poeta algunas expresiones de enfado. Al día siguiente el abate, para calmar el sentimiento que creyó haber causado al poeta, le envió diez ducados. Santeuil, al recibirlos, dijo al lacayo que se los traía: “dirás a tu amo que siento mucho solo haberle dicho injurias; y que otra vez le daré de golpes, porque sin duda así me enviará mucho más dinero.”

Una palabra todavía. Nuestra sociedad se parece demasiado a la mujer de Sganarelle, que tenía un gusto particular en que la zurrasen.”

“Literatura nacional”, *El Mosaico*, N° 2, Valparaíso, 21 de junio de 1846, págs. 1-2, col. 1-2, pág. 3, col. 1.

Hay una disputa entre los escritores de aquende y los de allende la cordillera, disputa que lleva visos de ser eterna, porque ya van contados cinco años mortales desde

que se principió y en estos cinco años los partidos contendientes se mantienen en sus trece el uno y el otro en sus catorce. Dicen los de allende que nosotros no tenemos literatura nacional y los de aquende se empeñan en probar que la tenemos. Los de allende que no la tendremos nunca, y nosotros, que somos tan capaces de esta friolera como de tener otras cosas de mucha mayor importancia. A nosotros desde luego se nos ocurre que la cuestión no ha sido considerada en su verdadero punto de vista y que dicha cuestión no ha sido expuesta con la claridad y precisión que era de esperarse para que de su ventilación resultase la verdad del caso.

Por literatura, considerándola en una de sus ramificaciones, entendemos la par-[col. 2] te de ella que más comúnmente se apellida bellas letras y que a nuestro entender abraza no poca parte del saber humano, que tomándola en su sentido lato y general comprende todo cuanto el arte y la ciencia han producido hasta nuestros días. Un literato, pues para merecer el nombre de tal no será ciertamente aquel que solo tenga en su cabeza un poco de gramática castellana, algunos principios de latín, unas cuantas lecciones de retórica, de filosofía ni de historia. Todo esto es muy bueno sin duda, y el estudio de las lenguas, de los principios elementales de las ciencias exactas y demás rudimentos que se adquieren en los colegios, y que solo sirven para poner al hombre en estado de que por sí solo vaya aprendiendo y adquiriendo nociones y conocimientos nuevos en todo el discurso de la vida, están [sic] muy lejos de formar un literato ni un hombre de letras, si a aquellos primeros rudimentos no añade un estudio asiduo, fortificado con la experiencia y alimentado constantemente con la lectura de las obras de los maestros. Un verdadero literato es lo que más propiamente se llama un sabio. Para haber hecho un estudio de las bellas letras y creerse instruido en ellas, es cierto que no se necesita tanto, y para llamarse literato, bajo este respecto, tampoco creemos que sea necesario despestañarse sobre los libros, ni una tarea tan difícil y tan fuera del alcance de una regular capacidad.

Ahora nosotros preguntamos ¿qué se nos quiere decir cuando se nos echa en cara que no somos originales en nuestra literatura? ¿qué se entiende, pues, por [pág. 2, col. 1] una literatura original? ¿Qué se exige de nosotros? ¿Que seamos originales en nuestras producciones? ¿Que no copiemos servilmente a los franceses, a los alemanes y a los españoles modernos? No se nos querrá decir sin duda que inventemos nosotros nuevas artes y nuevas ciencias, tampoco se pretenderá que nos formemos una lengua propia que nosotros solos entendamos, ni será posible que una nueva religión y usos y costumbres nuevas vengan en nuestro auxilio para ayudarnos a formar una literatura original. Nuestros escritos, nuestras producciones han de estar concebidas por necesidad en la lengua de Castilla; nuestra religión es la misma que profesan los españoles y franceses; y nuestras costumbres y nuestros usos son con corta diferencia los mismos que heredamos de nuestros abuelos; con las modificaciones propias de las localidades y las que resultan

del comercio de las naciones europeas, que cada día nos ponen en mayor contacto con los pueblos civilizados del globo. Nuestra literatura pues, no puede por ahora ser otra cosa que un trasunto fiel de la literatura europea, porque todo lo que tenemos es europeo; que si alguna vez fuéramos originales, esto solo pudiera entenderse cuando tratásemos de pintar aquellas peculiaridades que pertenecen exclusivamente a nosotros; y que no están todavía tan bien demarcadas que llamen la atención de los sabios y de los filósofos.

Aún creemos que podemos ser originales en medio de esta literatura tan vieja como el mundo, porque el mérito de la originalidad no consiste precisamente en crearse una literatura nacional, (que esto lo miramos en la época actual como una hipótesis improbable) sino en revestir el pensamiento con *formas nuevas*, expresando nuestras ideas y concepciones en un lenguaje que no carezca de *novedad*. Pero esto mismo es lo que hacen los escritores europeos que aspiran al renombre de originales; y fuera de aquellos trabajos científicos en que más se cuida del fondo que de la forma, poco vemos que merezca el título de originales en que no se note desde luego esta misma marcha. Una literatura nacional no se tiene con solo quererla, y es necesario, a nuestro juicio, que el trascurso de algunos siglos cambien nuestras costumbres, nuestras leyes y nuestro modo de ser, para que tengamos una literatura que se llame original, y que pueda a la vez ser copiada por las demás naciones de la tierra.

[col. 2] Se ha dicho también que debemos buscar el modo de ser originales en nuestra poesía, y desde luego convenimos en que esto no es tan difícil para quien nazca poeta, porque éste siempre será original. Poco importa que el poeta haya sentido sus primeras inspiraciones bajo el hermoso y azulado cielo de la Italia, cuna de tantos y tan celebrados poetas, como bajo la nebulosa atmósfera de la capital de Inglaterra, patria del príncipe de la poesía lírica, así en la romanésca España, como en la clásica Grecia. En dondequiera que haya nacido el verdadero poeta allí será original. Se ha dicho que entre nosotros es inútil buscar la poesía, y ésta es una de aquellas cosas que, una vez dichas y publicadas, se aprenden de memoria por algunos charlatanes, los que repitiéndolas a trochemoche llegan a darles todo el carácter y la consistencia de verdades probadas. Se ha dicho que nuestro clima y nuestro cielo no podían producir al poeta, porque no eran a propósito para el cultivo de este ser privilegiado de la naturaleza; como si el poeta no naciera poeta, como si para tener ideas grandiosas, pensamientos poéticos, y expresarlos con sublimidad o en el lenguaje que conviene a la concepción, careciera nuestra naturaleza de espectáculos grandiosos, fuentes inagotables en que el poeta puede beber a raudales lo sublimado de la inspiración. Este clima, sin embargo, y este cielo que algunos consideran tan contrarios a la poesía, han sido los que han inspirado a un literato español el más magnífico de los poemas épicos que se cuenta escrito en la lengua de Cervantes, la corona más preciosa del Parnaso castellano, la flor más bella de su jardín

poético. Aquí, en la contemplación de esta naturaleza llena de vida y de vigor, de esta naturaleza virgen y sembrada por todas partes de escenas imponentes, se sintió inspirado el cantor de *la Araucana* y dibujó el carácter y costumbres de sus mortales enemigos, encontrando robustas pinceladas con que mostrar en relieve el valor, el desprendimiento, la grandeza de alma y la misma simpática rudeza de sus indómitos contrarios.

Si este poeta no nos pertenece por no haber visto la luz primera en nuestro suelo, es evidente que si a este suelo se debiera el poema, debiéramos reclamarlo como hijo nuestro. Otros poetas han venido después y una falange de ellos ha ocupado las prensas de Chile en estos últimos años. Si sus [pág. 3, col. 1] trabajos se resienten todavía de su inexperiencia y de los defectos propios de las primeras composiciones, cúlpese no al suelo, no a la patria, pero sí al ansia de producir que los acosaba, cuando vieron que caía sobre su nación una mancha tan negra. Jóvenes todos ellos, tomaron la pluma para vindicarla; y si se examinan sus producciones, se verá que en ellas hay poesía, hay corazón, fuera de aquellos defectos que la crítica siempre encuentra aun en las obras de las reputaciones más bien sentadas, no digamos en las de aquellos que pincipian con ensayos tan difíciles a darse a conocer en el mundo literario.

Nosotros tendremos la ocasión de dar en las columnas del *Mosaico* algunos de los trabajos de nuestras jóvenes capacidades que merezcan ver la luz pública. Tenemos actualmente varios de ellos a la vista y hay algunos que talvez harán honor a nuestra prensa.

“De los trabajos literarios en Chile”, *La Semana*, N° 4, Santiago de Chile, 11 de junio de 1859, págs. 51-52, cols. 1-2.

Tiempo es ya de establecer en este mundo la dignidad de los talentos secundarios.

Eugenio Pelletan, *Horas de trabajo*.

Las bellas palabras que por epígrafe de este artículo hemos tomado, deben ser la divisa de todos en la difícil carrera de las letras. Sí, ya es tiempo de reconocer que es digno de aprecio para todo el que aspira al bien de la humanidad y de su patria, esta hermana predilecta de cada cual en la gran familia humana, el puesto de talento secundario. No es solo la luz de los planetas la que alumbrá y fecundiza nuestro globo; sus satélites le envían también sus resplandores, su calor y su luz, contribuyendo al desarrollo magnífico de la creación. El orgullo debe, pues, dejarse a un lado cuando se trata de entrar como labrador en el fecundo y elevado campo de la inteligencia, porque todo esfuerzo, toda tentativa hecha para enriquecer la más brillante herencia del ser nacional, recibe las más veces del mundo su merecida recompensa.

También nosotros, como muchos, hemos arrojado a veces la pluma con el invencible desaliento del desengaño; también, en medio del trabajo, hemos creído divisar la sardónica sonrisa de una sociedad a quien egoísta y apática se ha hecho casi una costumbre el apellidar; pero después hemos querido profundizar las causas que helaban nuestro entusiasmo, nos hemos acercado para divisar esa sonrisa y percibir mejor la hiel de su sarcasmo: nuestra indagación, lejos de traernos desaliento, ha vigorizado nuevamente nuestra fe y, tratando de palpar más de cerca, el egoísmo tan decantado de la sociedad, lo hemos visto [col. 2] reducido en escasos y miserables círculos, que apenas merecen mencionarse, donde el soplo del materialismo o de la envidia ha apagado la llama divina del espíritu. Entonces hemos creído de nuevo en la eficacia de los esfuerzos secundarios, hemos encontrado muestras de aprobación donde solo creímos cosechar indiferencia y desprecio y seguimos adelante nuestra humilde tarea, confiados en el porvenir y apoyados en el noble deseo de arrojar una piedra siquiera en los cimientos del inmenso edificio del progreso común.

A las inquietas declamaciones de los que, sintiéndose con fuerza, abandonan la tarea culpando a la indiferencia de la sociedad, nosotros responderemos diciéndoles que busquen en su voluntad la energía que su propia indiferencia les roba y hallarán en el trabajo y la perseverancia su propio desengaño. Chile se encuentra ahora como esos campos que solo esperan la mano del cultivador para rendir frutos abundantes y sazonados; la civilización ha arrojado ya los cimientos que preparan la inteligencia: tened constancia y veréis convertirse en flores las que creáis zarzas y malezas. No es el aprecio por los trabajos literarios lo que falta, es la constancia y el entusiasmo de los que pueden cultivarlo.

El viejo mundo se nos dirá, nos envía las producciones de su más cultivado espíritu y las fuerzas desmayan a la sola idea de luchar con su inmensa superioridad. Nuestras convicciones a este respecto, sin apoyarse en una presunción pueril o desmedida, nos alejan de semejante temor. Nosotros creemos que la literatura no es un palenque donde cada campeón, para obtener los aplausos de los espectadores, necesita sobrepujar a los demás y terrasar (sic) al adversario con el bote de su lanza. En el campo pacífico del estudio, negamos que deba haber contendores y rivales: las inteligencias, por el contrario, se dan la mano para ayudarse en la empresa y el público acoge los ensayos de cada cual, apreciándolos tarde o temprano en lo que valen y animado las más veces de indulgencia por todo lo que es obra de los que han nacido en el mismo suelo. La desdeñosa apreciación de alguno que solo se precie de leer libros de allende los mares, además de ser un juicio que por su peso a nadie arredra, merece mirarse como una opinión aislada y no como la fórmula del sentimiento social. A menos de ser un libro cuya comprensión demande conocimientos previos y especiales, las producciones de amena literatura encuentran en nuestros círculos ilustrados una acogida benévola y cordial.

En el dominio de las letras, sobre todo, nunca las sociedades han tenido que buscar a sus trovadores o novelistas, sino que éstos han debido inspirarles, por sus trabajos, el gusto por tan hermosa ocupación del espíritu. Desde los cantos informes de algún oscuro bardo del Egipto, que buscara su inspiración en las misteriosas leyendas de la civilización [pág. 52, col. 1] primitiva, hasta los que en nuestros días han marcado con su genio una época en el catálogo grandioso de los siglos, no creemos que ninguno haya esperado que la sociedad a quien iba a dirigirse, fuese un juez competente para apreciar las obras de su ingenio. Todos ellos, por el contrario, han hecho resonar su voz en medio de sociedades que no se hallaban preparadas para oírlas, salvando las épocas modernas solamente, y esas sociedades, las más veces, han escuchado su voz, alentando sus empeños.

Entre nosotros, además, la crítica ha perdido sus mordaces y punzantes sarcasmos, que en tiempos no lejanos, desplegara contra todo el que pretendía dar un paso en la vía literaria: los escasos juicios que en los últimos tiempos ha producido nuestra prensa, en análisis de obras nacionales, han llevado el sello de la generosidad y del buen criterio reconociendo el mérito y atenuando con indulgencia los defectos.

Nada se opone, pues, a que todos los que sienten el noble deseo de emplear su pluma al servicio del porvenir literario de Chile, ensayen sus fuerzas en favor del cultivo social al que todos deben su parte en la esfera de sus alcances, sin retraerse jamás por la modestia de la ofrenda, o la pequeñez del impulso que sean capaces de dar a las conquistas de la civilización, por medio de la poderosa palanca de las letras. Siendo nueva, además, nuestra sociedad, la misión de los escritores del día es echar los cimientos de un edificio que más diestros artífices, después, vendrán a enriquecer y a completar. Las sociedades americanas en general, y la chilena entre ellas, no han llegado aún, en punto a cultura literaria y científica, a esa especie de saciedad que parece al presente aquejar a los grandes mundos europeos. El espíritu de los pueblos jóvenes se alimenta con más sencillas producciones que el ya gastado de las naciones que han vivido mucho de la vida intelectual; entre nosotros puede ser nuevo lo que solo arrancarí a refinamiento de aquellos pueblos, una fría mirada de compasiva indiferencia. En América, pues, suelo pobre aún de notabilidades literarias, puede reclamarse mejor que en cualquiera punto de Europa la consideración y el apoyo para los talentos secundarios: de ese modesto círculo, bien podría más tarde adelantarse el hombre en cuya frente el dedo de Dios hubiese estampado el sello resplandeciente del genio.

Pedir, por otra parte, a nuestra naciente literatura una completa originalidad, es exigir la agilidad del adulto al niño que empieza a dar sus primeros pasos apoyado en el brazo de su madre. Aspirar a obtener esa originalidad, antes que el estudio haya madurado las dotes naturales de la inteligencia, es presumir muy alto, sin razones para ello, y olvidarse de que todo ha menester de un principio para alcanzar después al

perfeccionamiento deseado. La [col. 2] marcha progresiva de la civilización a través de los tiempos y de las naciones, nos manifiesta que cada pueblo ha recibido de otro las primeras bases de su futuro progreso y que esa civilización en su paso ha ido enriqueciéndose con lo que cada raza ha podido legarle después de recibirla de otros climas. En esa marcha colosal emprendida desde la India (la primera cuna de las ideas puestas al servicio del progreso) a las ardientes regiones del Egipto, de allí a Fenicia, de ésta a la Grecia, y de la Grecia a Italia, que envió sus irradiaciones a todos los puntos de la Europa, ningún pueblo ha desdeñado los beneficios de las luces por no haber tenido origen en su seno. Lo que se observa de la civilización en general, puede aplicarse a la literatura, esta expresión más avanzada de la cultura social. Nosotros, al recibirla de Europa, no debemos desmayar porque parezca haber llegado a su apogeo; tal vez la América está llamada a enriquecerla, siguiendo la ley que la historia puede atribuir a la naturaleza. La originalidad, además, no es obra de unos cuantos años ni de una sola generación; siendo una expresión del perfeccionamiento general, debe formarse de los adelantos progresivos de las generaciones que van sucediéndose, las que buscarán su inspiración en su clima, sus costumbres y su suelo, dándole necesariamente la nueva forma que ha de constituir su ser con la marcha de los tiempos.

Volveremos a repetirlo: lo que se opone, entre nosotros, al desarrollo literario, es principalmente la propia apatía de los que pueden ayudarlo. Si le falta el impulso de extraños auxilios que pudieran vigorizarla en su marcha, punto que aquí no tocaremos, esos auxilios pueden conquistarse, estamos ciertos, con la perseverancia y el estudio de los que inician la obra, animados de desprendimiento y buena voluntad. Si la vida material está ceñida a los estrechos límites fijados por la naturaleza, la vida intelectual no reconoce términos ni valla, porque no pertenece al hombre aislado sino a la humanidad, su savia es la herencia de los pueblos. ¡Qué importa que después del trabajo los resultados sean modestos y oscuros: valdrán al menos una ofrenda que habremos depositado en el altar de la civilización y que será recogida por todos los que crean con sinceridad en la grandeza del porvenir!

Mayo de 1859

Alberto Blest Gana

“Cuatro novelas de Alberto Blest Gana”, *La Semana*, N° 14, Santiago de Chile, 20 de agosto de 1859, págs. 1-2, cols. 1-2, pág. 3, col. 1.

Pocas sociedades más faltas que la nuestra de orgullo nacional bien entendido. Lo que es orgullo inoportuno y añejo, eso sí que no nos falta, nos sobra.

Esto es parte para que muchos errores corran el campo de la opinión, más libres, holgados y atendidos que la verdad misma. Lo es, también, para que el progreso, la vida

de casi todas las esferas de nuestra actividad sea lento, intermitente, difícil y en no pocas ocasiones imposible.

En la literatura es donde más de lleno se han venido dejando notar estos extravíos sociales.

Es general creencia que nada bueno podemos producir. Basta que una concepción haya nacido en nuestro suelo para que pierda todo prestigio, para que sea mirada de reojo y condenada sin apelación. ¡Preocupación! A ella debemos –la esterilidad en el pasado, el desaliento en el presente, las dudas en el porvenir.

Asistidos de fe ciega en nuestra impotencia literaria nos echamos a despreciar cuanto creación nos viene garantida por un nombre extranjero.

Pero entre todos los géneros literarios a ninguno ha cabido suerte peor que a la novela. Época ha habido en que se la consideraba parto de imaginaciones enfermas, y en que el vulgo de las gentes no tenía empacho para reír a las narices del que de tan lastimosa manera perdía su tiempo.

Y mientras tanto ¿qué hacíamos y qué hacemos? Leer las mal traducidas y muchas veces insípidas novelas que, por conducto del *Correo de Ultramar*, nos envían los *traditores* españoles. Esas novelas vienen firmadas Dumas, Sue, Jorge Sand, Feval, Emmanuel González, y esto nos basta. Sobre todo su acción pasa en París, en Londres o en Marruecos, y no en Chile. Porque hay otra creencia –y es que nuestra sociedad es la más prosaica del mundo, como si todas las sociedades no lo fueran: [col. 2] prosa es la vida en Chile como en París, como en Londres y Pekín.

Pero si en todas partes la vida es prosa, en todas partes, también, encierra el corazón tesoros de poesía que nada basta a agotar.

Para negar a la novela la entrada en una sociedad, es necesario empezar por negar el sentimiento, la pasión. Donde existen, la novela y el drama son posibles porque coexisten con ellos. ¿Por ventura no se siente, no se llora, se ríe, se ama, se odia, se padece y se goza en América como en Europa, en Santiago como en París? Bajo todas las latitudes el hombre es siempre la misma mezcla de bien y mal, de grandeza y pequeñez; es leal o traidor, derrochador o avaro, generoso o miserable, compasivo o cruel, ángel o demonio.

Rompamos alguna vez con errores que nada justifican, que no tienen otro apoyo, otra razón de ser que el desprecio de unos, la indiferencia de otros, la ignorancia de no pocos y la punible apatía del mayor número.

En medio de la tristeza, de la monotonía, de lo conventual de la vida de Santiago, es casi cierto que no corre día sin que más de un drama ignorado se realice. Es verdad que no habrá en él ni condes, ni marquesas, ni lores, ni banqueros, ni millonarios, ni escribanos a lo Ferrand, ni hipócritas ambiciosos a lo Rodin, ni malvados como el Maestro de Escuela, ni monstruos como la Lechuza, ni niños deformes de alma y cuerpo como en

Rengo, ni caballeros de industria como San-Remy; pero eso no quita que entren en campaña grandes pasiones, que haya cruda lucha de encontrados afectos, que haya drama, en una palabra. Lo que puede ser que nos falte son las exterioridades de la novela, el fondo no; ése no falta en parte alguna.

Pero ya esta cuestión ha pasado en autoridad de cosa juzgada desde la aparición de las cuatro novelas de Alberto Blest Gana. Ellas son la mejor y más espléndida defensa que hacerse puede de la novela nacional. ¿Qué dirán ahora los pesimistas de la literatura si se toman el trabajo de hojear esos dos volúmenes que nosotros hemos devorado?

Las novelas de Blest Gana parecen escritas de propósito para vindicar a nuestra sociedad de su tan gritada y compadecida esterilidad. Todas las figuras que dibuja en sus cuadros no tienen un pie, ni una pulgada más que cualquiera de los vecinos de nuestra buena capital: cuanto les rodea es prosa. El mundo en [pág. 2, col. 1] que viven, los círculos que frecuentan son los mismos que frecuentas, tú lector, y yo: mundo insípido, círculos donde la vulgaridad está a la orden del día, donde se bosteza mucho, se juega malilla y cada uno se ocupa en martirizar a los demás. En una palabra, cada uno de esos cuadros es un daguerrotipo de nuestra sociedad, solo si iluminado con los colores de un rico estilo. Y sin embargo, ¿quién se atreve a negar que todo eso es interesante sin hacer un agravio al arte?

Esto se comprende. Blest Gana no va a buscar los efectos de sus cuadros en las circunstancias exteriores, los va a buscar en la expresión, en la fisonomía que da a sus personajes. De aquí el que la materia tenga poca o ninguna influencia en el éxito de sus creaciones. Presenta siempre ante los ojos del lector al hombre moral: son sus sentimientos, sus ideas, sus pensamientos, sus pasiones en lucha, sus impresiones más fugitivas las que hacen todo el gasto. ¡Y qué delicadeza de observación, qué maravillosa facultad de adivinación en algunas escenas, qué pinceladas tan maestras y felices para comunicar cuerpo, vida y movimiento al personaje que retrata! Cuando se termina la lectura de una novela de Blest Gana, uno cree haber conocido a sus personajes, haber vivido en su intimidad. La ilusión es completa.

Sin embargo, preciso es confesar que la escrupulosidad de nuestro novelista para delinearnos sus figuras, para seguir paso a paso las alternativas, el constante ir y venir de la pasión; para no dejar nada al lector por adivinar, ni la arruga que marca la frente, ni el gesto de impaciencia o de despecho, ni la sonrisa, ni la lágrima furtiva, ni el ¡ay! a media voz, ni el estremecimiento más rápido, ni el tono con que cada palabra es pronunciada, ni el menor incidente de su vida presente y pasada, suele dañar de vez en cuando a la desembarazada marcha de la acción y perjudicar de algún modo al interés.

Blest, como Balzac, su maestro, parece se cura poco de las horas, se toma todo el tiempo que cree necesario, sin acordarse para nada del lector. "Quiere escribir la psicología de la sociedad; penetra hasta el último pliegue de la conciencia."³³

Con todo, pecado es éste de que pronto se le absuelve, porque donde falta la acción sobra la observación, donde la imaginación reposa se presenta la razón ataviada con todos los esplendores del estilo.

De las cuatro novelas de Alberto Blest Gana, la más superior por la concepción es, sin disputa, *Juan de Aria*; por el desarrollo, *El Primer Amor*; por la belleza y pureza de los rostros, por la suavidad de las tintas, *Engaños y desengaños*. *La Fascinación* es un estadio feliz del poder, de la inmensa y fecunda influencia del amor sobre las grandes creaciones del arte; es una prueba de que el sentimiento es la mitad del genio.

En desacuerdo andan las opiniones de los hombres de gusto y de crítica en lo que al mérito de *Juan de Aria* respecta. Quien la juzga, como nosotros, la creación más original de nuestro novelista, quien sostiene un parecer del todo encontrado.

Cuando se sentencia sobre *Juan de Aria* por la impresión de una primera lectura, es con verdad difícil informar favorablemente. Esto nace de que si la concepción es feliz el desarrollo es desgraciado. Los personajes del cuadro son hermosos; pero están vestidos con un traje impropio y pobre, lo que casi echa por tierra toda belleza en el conjunto.

Blest es ante todo observador, hombre de razón, que busca sus efectos no en el mundo de los sueños sino en el mundo de la realidad con toda su prosa, con toda su miseria, con toda su pequeñez y toda su vulgaridad. Esto, que es sin duda una de las grandes cualidades de su talento, es lo que más daño ha hecho a su *Juan de Aria*. En novelas de ese género es necesario que la imaginación tome la delantera a la razón, lo imposible a lo posible, la mentira a la verdad, el corazón a la cabeza. Se necesita no del estilo reposado del anatomista del corazón, sino de ese estilo fogoso, rápido, cortado, lleno de fuegos si fatuos brillantes, de constantes luces y sombras que vienen y van, cruzan, corren, vuelan, de ese estilo que es engendro legítimo de la imaginación.

Pero entrando en el fondo de esa novela, todo cambia. *Juan de Aria* es la vida: empezamos riendo y concluimos llorando. Juan y el Mayor, los dos protagonistas de la novela, son dos personajes que visten, andan, comen, ríen como buenos habitantes de este bajo mundo, y que sin embargo tienen algo de misterioso en su voz, en su andar, en su sonrisa.

Juan de Aria es la juventud, la ilusión, el Mayor es la edad viril, la realidad persiguiendo a aquella, agostando sus más bellos brotes.

Juan de Aria ama, ahí está el Mayor para nublar el cielo de su amor.

Juan de Aria ríe, ahí está el Mayor para helar la risa en sus labios.

³³ Eugène Pelletan, *Heures de travail*, T. 1, p. 104.

Juan de Aria corre tras la felicidad, ahí está el Mayor interponiéndose en su camino.

Juan de Aria cree haberla alcanzado por fin, ahí llega el Mayor para arrebatársela.

Este perenne contraste, esta lucha entre la realidad y la ilusión, entre la sombra y la luz, entre la duda y la creencia, entre el bien y el mal que forman el tejido de la asendereada existencia humana, es a nuestro entender difícil personificarlo mejor que lo que Blest lo ha hecho en su *Juan de Aria*.

Donde Blest está en su verdadero centro, donde domina, avasalla, esclaviza, y desbarata todas las dificultades, es en su *Primer Amor*. Si el argumento de esa novela no es tan nuevo como el de *Juan de Aria*, si no hay en ella [pág. 3, col. 1] figuras tan simpáticas como en *Engaños y desengaños*, hay en cambio una admirable firmeza de líneas en el trazo de las figuras, un empleo siempre feliz y a veces maravilloso de la luz y la sombra. No hay una escena en *El Primer Amor* que no sea la realidad; pero la realidad evocada, llamada al movimiento, a la vida por la mágica varilla del estilo. ¡Qué abundancia de profundas reflexiones, qué naturalidad en las situaciones, qué lógica en la marcha y desarrollo de la acción! Todo sucede como no podía menos de suceder.

Pero Blest no ha dicho aún su última palabra. Sus obras manifiestan que no se duerme sobre sus laureles y cree en el estudio y en la vigorización de la inteligencia por su medio.

De *Engaños y Desengaños* de pobre, amanerado y difícil desarrollo al *Primer Amor* hay de por medio todo un mundo de observación perseverante, de labor intelectual, paciente y concienzuda.

Constancia en el presente y fe en el porvenir es lo que pedimos a nuestro novelista.

Quien ha creado *El Primer Amor* no es ya un neófito del arte, es uno de sus caballeros que puede romper lanzas en su pro en campo abierto y sin temor de verse desarzonado [sic].

Ya es tiempo de que rompamos las ataduras de la preocupación, que no dudemos de la amplitud a que puede y debe llegar nuestro horizonte literario y tengamos buena voluntad para acoger, proteger y animar a los talentos que se alcen.

¡Qué la inteligencia sea una felicidad y no una desgracia! ¡Qué de hoy más solo quede encomendado a los imbéciles el armarse contra ella!

Lo que nos falta para conseguirlo, es fe en el talento.

¡Busquémola!

Justo Arteaga Alemparte.

[Joaquín Blest Gana] “Tendencia del romance contemporáneo”, *Revista de Santiago*, Tomo I, 1848, págs. 240-250.

Hay en el hombre una tendencia irresistible hacia toda especie de ficciones; tendencia que se pronuncia harto temprano, pues apenas unas pocas ideas cruzan por nuestra cabeza, apenas una chispa de sensibilidad hace latir el corazón cuando deseamos algo más, de lo que nuestros sentidos perciben, algo más que la realidad que se desarrolla a nuestra vista. La razón i la imaginación, zanján desde la cuna los lindes que deben dividirlos. Cuando la nodriza arrulla nuestra cabeza de niño con sus consejas i baladas, cuando repite a nuestro oído una canción para adormecernos, el pecho se ensancha i dilata, el cerebro estéril hasta ahora se lanza en una especulación desconocida hasta entonces; dorada concepción forjada más bella después en nuestras noches de ensueño, en las que apartados de mezquinas susceptibilidades del mundo, el pensamiento duerme en brazos de la ilusión, sin hallar en su vuelo la valla de nieve de la realidad. [...]

El estado de la sociedad debía reflejarse en la literatura. La novela, sobre todo que “es una hija legítima de la sociedad que la engendra,” debía consignarlo en sus páginas.

La sociedad actual, inmenso crisol en donde brillan elementos tan varios; remedo del caos, en él contemplamos el pasado i el presente, el siglo XVI i el siglo XIX, el crimen i la inocencia, el ateísmo i la fe, el lujo i la indigencia, ofrecen al novelista una perspectiva de contrastes: dilatado cuadro de cuyo fondo se destaca el pigmeo al lado del gigante: animado antítesis del dolor i delicia; variado panorama en donde vemos desfilar mil sombras, pálidas, amenazantes unas, risueñas, halagadoras las otras: campo vasto como el deseo; inmenso, cuanto la imaginación puede abrazar en su vuelo de águila.

El siglo XIX, reaccionario por esencia, trata de edificar después de haber destruido, trata de unir i combinar los elementos diversos, que amalgamados, deben producir la felicidad social. El romance es reformista en nuestros días. La novela contemporánea i principalmente la francesa, es como el esclavo romano colocado tras el cónsul triunfador; dice a la sociedad, avanzas, progresas; pero eres imperfecta; no porque tengas que doblegarte bajo una maldición divina; no porque halle viciado el germen de tu existencia, sino porque las organizaciones que tus preocupaciones o tus legisladores han establecido, son viciosas”. He aquí el rumbo que la novela sigue en nuestros días. Nos pinta la sociedad en que vivimos, a diferencia del romance de los siglos pasados, que mendigando sus escenas en una vida bella, a la verdad, pero ideal i ficticia, o satirizado un defecto que entre nosotros no existe, o embotando el cerebro con la narración indigesta de inverosímiles aventuras o cansados amoríos, no puede inspirarnos un interés vivo i creciente como el romance contemporáneo del que podemos decir: es la exposición fiel del drama, en cuya acción tenemos que desempeñar un rol. En efecto, la novela contemporánea es un hábil naturalista que estudia, analiza i descompone hasta las más

ocultas fibras del cuerpo social. Mil hechos, cuyo desenvolvimiento habíase efectuado desapercibido hasta ahora, han caído bajo su dominio, ensanchando de esta manera los lindes en que la moral, la filosofía i la legislación se hallaban circunscritas. He aquí al romance rompiendo la mezquina esfera en la que hasta aquí se había contenido, alzándose desde la miserable condición de un mero entretenimiento a un fin noble i grande. Helo aquí sirviendo de órgano a la imperiosa tendencia del siglo. Poderoso ariete aplicado al gigantesco fuerte que ansiamos derribar; abundante río, se deslizaba por un cauce estéril, pero desbordándose, ha esparcido sus aguas por la dilatada campiña.

He dicho que el romance de nuestros días adopta un fin mas noble i grande que el que anteriormente siguiera; i en efecto, extendiendo su círculo, abraza mil cuestiones que le eran desconocidas. Los intereses materiales, por ejemplo, considerados hasta ahora como ajenos de su carácter, constituyen en la actualidad una no pequeña parte del fin a que se encamina. La novela no es ya solo la razonada historia de las peripecias del corazón; es el animado memorándum, en donde se consigna el estado moral i material de la sociedad.

He dado el nombre de reformista al romance contemporáneo, porque es eminentemente regenerador. Si estudiamos su tendencia en los colosos que en este género de composición nos presenta la moderna escuela, veremos casi todas sus producciones impregnadas de un mismo espíritu, marcadas con el mismo sello. La época ha estampado sobre ella su mano de hierro. La complicada tarea del romancista contemporáneo no habrá tocado a su final complemento con la simple manifestación del estado social. Es necesario avanzar más allá, es preciso arrojar el dardo al edificio de las preocupaciones i de los errores, limar con mano osada la valla que detiene el progreso humano. Es menester, no solo mostrar la herida oculta bajo la tela que se ha rasgado, sino también proponer el bálsamo que la cicatrice.

Es verdad que el romancista contemporáneo escudado por esta tendencia del romance, prevalido del fin que se propone, fin útil a la humanidad, puesto que tiende a mejorar su condición actual, hace muchas veces de la novela el órgano de comunicación de las aberraciones en que su espíritu cae, ya por un estudio superficial del corazón humano, ya por hacerse sectario de un espíritu de originalidad mal entendido. Así no es de admirarse que mil absurdas teorías, ilusorias, quimeras contrarias al buen orden i a la sana moral, hayan venido a manchar las páginas de la novela, que muchos de los ilustres campeones de este género de composición, se lancen en busca de un bello ideal de reforma, que como un fuego fatuo, huye de nuestra vista a medida que nos acercamos i que solo existe en los ardientes cerebros que lo han forjado. Mas la novela tiene que doblarse al espíritu del siglo que la produce, i si observamos el nuestro, veremos que el hombre recuperando la libertad intelectual, que perdiera envilecido bajo el ominoso despotismo del añejo sistema, encadenada en el ridículo Dédalo de la escolástica, somete a su discusión i análisis todo lo que a su alcance se halla. De manera que la inteligencia no

circunscribiéndose al estrecho círculo de mezquinas especulaciones en que antes se encerraba, voltejea atrevida de cuestión en cuestión, como el ave de rama en rama, formulando muchas veces conclusiones erróneas. Más no por eso debemos condenar la novela en toda su latitud. Lancemos en buena hora un orden de proscripción en contra del romance que se presente en el palenque literario, acaudillando o sosteniendo un principio manifiestamente inmoral o subversivo a lo establecido, en lo que no puede tentarse reforma alguna, ya porque es una institución divina o sancionada por el no engañoso testimonio de la opinión general, ya porque son sobradamente notorios los grandes bienes que bajo su sombra disfrutamos. Pero no hagamos universal el anatema, no involvamos en él producciones inocentes, que están bien lejos de herir en parte alguna a la moral o la religión. Queriendo limpiar el prado de la dañada mies, no destruyamos el precioso plantel..... No se crea que soplo la ceniza que cubre el fuego de la discusión. No: harto joven es mi pluma para que uno de sus malos rasgos pueda arrancar el árbol de la preocupación, profundamente arraigado en muchas cabezas.

No es este el único escollo que tiene que salvar el romancista contemporáneo. Hay otro que, naciendo de la naturaleza actual del romance, es más difícil evitar. Tal es la exageración en los cuadros, el colorido demasiado fuerte en los caracteres. Un lector de nuestro siglo es más incrédulo que otro de los siglos pasados, i sin embargo exige en la novela más energía en los afectos, más movilidad en las escenas, más drama en las situaciones. Se aburre i duerme al hojear los estirados coloquios de los amantes antiguos a los que apenas bastan dos gordos tomos para explicarse su pasión. Aunque Nemoroso se presentase de frac entre nosotros, no nos cansarían menos sus lamentos.

Al escribir estas pocas cuanto imperfectas líneas, habría deseado que mi patria me suministrase algunos datos de cuya apreciación hubiese podido deducir el carácter distintivo que entre nosotros observa, el género de composición cuya tendencia he intentado [ilegible]. Mas al arrojar una mirada de observación sobre la historia del romance en Chile no he hallado un solo punto, en donde nuestra vista pueda detenerse complacida. Embriones groseros, parodias informes, que no bellas producciones, chispas bastardas arrancadas del brillante foco, por mano inexperta o negligente; he aquí todo lo que en novela poseemos. Esto nace de los antecedentes de nuestra sociedad i del carácter de sus miembros. El Chileno, amalgama confuso de la indolencia Oriental de la severidad Española, es como el árbol de nuestros bosques; lozano i fuerte, hermoso i firme; pero en su copa no se alza ni una flor que alterne con la monótona verdura de sus hojas. Además, hay entre nosotros un espíritu de positivismo a cuyo soplo de hielo, muere en nuestro cerebro, apenas forjada, una idea cualquiera a la idealidad de la imaginación. Nuestra inteligencia encadenada las más veces a intereses mezquinos, pero necesarios al bienestar material, ha despreciado todo lo ficticio a cuyo halago, el corazón late de emoción o placer. Aun hay más; nuestros efectos son templados como un rayo de

sol de invierno, vegetan ocultos en los pliegues del corazón sin romper jamás la certeza de indiferencia que los cubre. Podemos aplicar al pueblo Chileno lo que Jimon dice del Español. “Sin embargo, i perdónenme los escritores de novelas i de historietas, lo cierto es que no hay pueblo en la tierra mas taciturno, mas pasivo, menos entusiasta, i menos romancesco. Jamás he oído hablar en España de raptos, ni de desafíos por dos bellos ojos; la sensibilidad ilícita de las doncellas suele acabar en un casamiento forzado, o en un convento: en las conquistas de amor, hacen allí mas ruido las plumas de los escribanos i las citaciones jurídicas que los pistoletazos; ni hay allí mas serenatas que las que el vecindario entero dan los serenos gritando con su penetrante voz de falsete: “¡las once i media i nublado! ¡las doce i sereno!” Nuestra sociedad, severa i negligente, asida al viejo madero de las preocupaciones, como la yedra a una añosa muralla, vegetando tardamente al soplo de la brisa del pasado, corriendo sangre añeja por sus jóvenes venas, es como un pobre invalido que solo puede recorrer el menguado espacio que sus miembros fracturados le permiten. Ha mirado el romance como el frívolo patrimonio de una ardiente cabeza de 18 años, como una creación indigna de surgir de entre unos cabellos grises por la meditación o de una frente plegada por el pensamiento. Apenas el romance se alzaba entre nosotros, niño como el pueblo en que nacía, murió ahogado bajo la mano de plomo ridículo. Mas no lo debemos extrañar: muchos de nuestros compatriotas están firmemente persuadidos que una plumada dada al acaso, que una mal combinada aventurilla, producen el mas completo romance i llevando por divisa este necio principio se han arrojado en una senda difícil, resbalando siempre, arrancando del bello árbol de la novela no una hermosa flor, sino una rama seca i deshojada. ¡Esto es lastimoso en verdad! Cuando tenemos bajo la mano nuestra historia, inmenso libro que tan bellas páginas contiene, riquísimo venero no explotado aun; cuando se nos presentan nuestras costumbres, que reflejadas en el cristal de la novela nos darían un cuadro bellísimo, abundante vergel en el que la hoz del romancista no ha segado una sola espiga. I sobre todo las gigantes figuras de nuestros héroes que se destacan atrevidas de entre los negros nubarrones de nuestro pasado, de cuyas frentes se escapan mil rayos benéficos que van a proyectar sobre el prisma de nuestro provenir. Chile, oculta bajo los blancos pliegues del nevado ceñidor que lo circunda, entre sus verdes i poblados bosques, mil bellas tradiciones que nos darían otras tantas páginas llenas de animación i de interés nacional. Salid unas pocas leguas fuera de la capital: al discordo murmullo de la corriente de un rio, sentiréis zumbir en vuestro oído el estampido del cañón de Maipú. Marchad hacia la heroica Rancagua, cada paso que deis hará reproducir en vuestra memoria horribles episodios de sangre i de derrota; veréis presentarse a lustra vista el tricolor despedazado, el asta de nuestro pendón hecha trizas; entre las garras del triunfante león de Castilla.

Si nada hay de halagüeño en el presente de nuestro romance no debemos desesperar por esto de su porvenir. Nuestra poesía, bebiendo su inspiración en las copiosas fuentes que la naturaleza de Chile le presenta, nos regala ya sus dorados frutos. El romance a su turno, nos ofrecerá los suyos. Es tiempo ya de despertar de la pesada somnolencia que nos aqueja, de sacudir el polvo de la preocupación que cubre nuestro espíritu.

[Ensayo de Joaquín Blest Gana] “Consideraciones generales sobre la poesía chilena”, *Revista de Santiago*, Tomo II, 1849, págs. 337-353.

[...] Ya hemos dicho en otra parte “nuestros afectos son templados como un rayo de sol de invierno, vegetan ocultos en los pliegues del corazón sin romper jamás la corteza de indiferencia que los cubre”. Si jóvenes apasionados, ardientes, sintiendo toda la fuerza de nuestro espíritu, toda la sensibilidad de nuestro corazón, deseamos lanzarnos a la deliciosa región que hemos osado figurarnos, salvando el muro de nieve que por todas partes nos circunda, miraremos estrellarse la palabra de fuego que brota espontánea del sincero labio, en el mármol de una mezquina i egoísta indiferencia. Así no es de extrañar que nuestra poesía haya bebido tan poco en el raudal del corazón, que haya flotado tan largo tiempo entre la superficialidad, germen de la medianía i una oscuridad pedantesca, grosero i mentido barniz con que ha procurado encubrirse los descarnados miembros de un cadáver.

Nuestra situación moral ha obrado directamente en nuestra poesia i aunque ella abraza a casi todos los miembros de la nación, no dudaremos de acusarla de haber originado el egoísmo de esta; porque es mui facil explicar cómo nuestra moralidad no estando al nivel del deseo del poeta le ha obligado a encerrarse en una esfera individual. Sea lo que quiera, lo cierto es que la tendencia egoísta de nuestra poesía es suficientemente marcada para no distinguirla mediante una pequeña observación. El poeta chileno casi nunca ha enunciado una pasión popular, un sentimiento extensivo a la nación entera, un recuerdo, una creencia, un preocupación, un pensamiento que sea el patrimonio del pueblo todo, absorto en si mismo, concentrado en su corazón, ha cantado solo para él i para él. ¡¡Mezquina i percedera satisfacción de la negligencia o del orgullo de la misantropía o de la impotencia!! He aquí el término fatal necesariamente liado a la absoluta carencia de un sentimiento nacional, bajo cuyo imperio [pág. 346] nuestros pensamientos se aúnen, nuestras voluntades se encadenen: nuestra especialidad estéril, nuestros recuerdos olvidados, la nacionalidad perdida: fantasmas vanos que unos pocos nobles corazones osan vislumbrar aun en sus patrióticos delirios!! ¿I este será el legado que a la posteridad dejaremos? ¿Podrá esta poesía satisfacer sus exigencias, contestar victoriosamente las preguntas que sobre el cumplimiento de nuestra misión le hagan? No; de ninguna manera. Ella ha traicionado a la patria desoyendo la voz de la

nacionalidad; no ha sido sino el órgano infecundo, la reproducción estéril de pasiones privadas; i cuando el poeta no hace sino satisfacerse a si mismo verá fenecer con él la manifestación de sus ideas.

¿Cuál es el género de poesía que según nuestros antecedentes i nuestro estado actual podía convenirnos? Difícil es contestar a esta pregunta: pero no dudamos en responder que la poesía lirica ofrece algunos requisitos que cuadran perfectamente a las condiciones que imponemos. La poesía lirica es un arranque espontáneo sincero i ardiente profundamente inspirado del alma impresionada, el movimiento mas noble i elevado del corazón; símbolo palpitante i verdadero, eco entusiasta i elocuente de un sentimiento grande como nuestra alma: excepcional i exclusivo que roza apenas con sus alas la tierra. ¿No es verdad que estos variados i brillantes adornos sentarian mui bien a nuestras hermosas tradiciones, a las bellas páginas de nuestra historia, formando un caprichoso e interesante marco al animado cuadro de la leyenda nacional, género en el que debemos fundar nuestras mas trascendentes esperanzas? Además esta especie de poesía es tal vez la única que podrá germinar ampliamente en el árido seno de nuestra sociedad actual, labrándose un cetro de nuestra indiferencia, creándose un trono de nuestra susceptibilidad, conquistando una existencia estable i propia basada en el corazón, su origen radical, vinculada a la simpatía, su lejítimo apoyo. Si nuestra poesía, despreciando esa mediocridad funesta, tósigo fatal que descuidada apuró, hubiese desplegado su vuelo en las hermosas regiones de nuestra historia; si, renegando del presente, infecundo en poética inspiración hubiese explotado el virgen venero de las tradiciones patrias sin mendigar una vida bastarda, en someras concepciones; si hubiese en fin detenido mas sus pasos en el pasado nacional tan bello, como variado i fértil, habría conseguido una existencia verdaderamente lirica. Pero mal comprendido el espíritu de la poesía, procuróse ataviar con [pág. 347] galas, que no todas tallas se adaptan, objetos extraños a su peculiar esencia; torcióse su misión subordinándola a materias que por su vulgaridad i medianía, eran completamente ajenas de su carácter. Unos hermosos ojos que nos han regalado una dulcísima e indeleble mirada, una perfumada flor que hemos contemplado ansiosos en un seno querido, viniendo después a parar en nuestras manos, la primera emoción de amor, la primera caricia de nuestra amada, una noche silenciosa i plácida son cosas ciertamente poéticas; pero cuán menguados fuéramos si solo tan fútiles objetos arrancasen las inspiradas notas de nuestra lira. Mas noble i grande de nuestra misión, mas vasto i bello el horizonte que columbramos; pero ¡ai! Mui pocos han osado arrancar los zarzales que estorban nuestras huellas.

Mucho se ha pregonado la decantada hermosura de nuestra naturaleza, mucho se ha dicho i se dirá aun sobre ella; ha llegado a ser un lugar común, una cómoda posada en la que casi todos los escritores se detienen.

Esto es a la verdad mui licito; mui justa es la manifestación sincera del placer de haber nacido en tan precioso suelo; pero no lo es de ningun modo elevar a tal punto su admiración por él, que pretendamos como universalmente se quiere que el poeta se asimile de tal modo con la naturaleza que le rodea, que nuestra poesia parta directamente de ella, que no sea sino su [ilegible]. Seria un lienzo dilatado i bello, de brillantes matices, de variados contornos, pero le faltaria aun el fuego de la vida, la movilidad de la accion, el colorido del sentimiento. Nuestra poesia se arropará con el flotante cortinaje de nuestros bosques, vestirá el manto de esmeralda de nuestras llanuras, aspirará el perfume de nuestras flores, se bañará en nuestras cascadas, remedará el trémulo i entrecortado trino que el ave modula en la alborada, pedirá en fia a la naturaleza la vida de su inaccion, la voz de su silencio, su poesia real aunque muda; pero solo para engalanar con ella un cuadro preparado de antemano, cuadro sacado de la galería de la historia, del templo de las tradiciones o que la intelijencia ha explotado en las rejiones de la imaginación. Porque fuerza es que la poesia de un pueblo jóven, sea jóven tambien como él; es decir, ardiente como su alma, creadora i encumbrada como su intelijencia i su deseo, fogosa como su aspiracion, animada i vehemente como el jérmen impulsivo de vida que en su seno se ajita [pág. 348] i la poesia descriptiva es el último atrincheramiento, el baluarte postrero del númen poético, que prescrito de su anchuroso dominio de creador descende del menguado rango copista; es un aciano desterrado de sus patrios lares que estenuado de hambre i fatiga procura en vano recordar su pasada dicha, bajo la sombra mentida de los escasos árboles de un desierto, engañando su sed con las yerbas sin sabia del helado erial que le rodea.

Los pueblos tienen su juventud ardiente, su virilidad vigorosa, su vejez estúpida i fria, como la añosa atmósfera de insipidos recuerdos que la rodea: en cada una de estas épocas adoptan un desarrollo especial encaminado a un fin especial también; creadores i poetas en la primera, pensadores i lógicos en la segunda.....No calificaremos la ultima, pues podemos augurar que no alcanzaremos a ella: pues (cosa extraña) nuestra vejez ha sido la vanguardia de nuestra juventud, es decir el coloniaje, la ignorancia, el servilismo, la opresión, la aridez de la ancianidad en fin, fueron el indigno prelude de la nacionalidad, la fecundante animación de la juventud vivificante i briosa, de vasias esperanzas, de indomable esfuerzo.

Derrotado por fin el anciano coloso que con su mefitico aliento de opresión emponzoñaba los mas nobles afectos, marchitándolos aun en su ménos avanzada manifestación, nuestra atónita vista descubrió los purísimos gérmenes de original i duradera existencia, que vilmente ocultaba el despotismo como manjares velados a nuestro labio. El árbol nuevo que en la cabeza del colono jermínaba, produjo entónces su fruto; una poderosa reaccion operóse al instante. La patria, purificada en el borrascoso raudal de la revolucion, colgó los antiguos atavios en el ruinoso altar de su pasado, i rica

en esperanza i fé, poderosa en entusiasmo, exuberante en vigor i esfuerzo, pronuncio el sincero i fervoroso voto en las aras del porvenir. Los sentimientos en toda su plenitud, los recuerdos en toda su majestad, el jeneroso afecto a la comunidad, la noble aspiracion, las encumbradas miras, hicieron finalmente escuchar su desoída voz i el verdadero corazón restablecido en su lejitima faz, sin que la usurpadora mano de un odiosa opresión o de una equivoca prudencia arrebatase ninguna de sus preciadas galas, cobró la vida de la primera edad pronosticando su entero desarrollo. No fuimos ya una raza extranjera violentamente injerida en nuestro suelo, sino los hermanos de Lautaro i Millarauco: la proscricion del pasado español (es decir, extranjero); la rehabilitacion del Araucano (es [Pág. 349] decir, nacional), no es el menor legado de nuestra independencia.

Volvamos ahora a la cuestion; la poesia descriptiva sobre estar sujeta a degeneraciones funestas, no convendria de ningun modo a la particular tendencia de nuestro espiritu ni a nuestra edad actual, como se puede deducir de lo que llevamos asentado. La poesia chilena no deberá partir de los objetos materiales que nos rodean; i si es verdad que ese espíritu creador que se desborda en brillantes i espontáneos conceptos, reflejándose en el inanimado cuadro que se dibuja a su vista, podria prestarle un atractivo ropaje, no es menos cierto que entónces veriamos para siempre perdida la sincera expresion de esas hermosas modificaciones que siempre acompañan a la juventud de las naciones. Bella es por cierto la naturaleza de nuestra patria; mil peculiaridades se desenvuelven en su matizado seno; ¿pero renunciaremos a su favor, el adecuado puesto que nuestra civilizacion nos señala, que nuestra edad nos prescribe? ¿despreciaremos nuestra fértil historia, cuyos hermosos hechos podremos embellecer con el brillante tinte de nuestro pensamiento, con el vario colorido de nuestra imaginación? Las peculiaridades que nuestro suelo nos ofrece no son tan distinguidas ni numerosas para que a ellas sacrifiquemos manantiales mas copiosos en acertada e interesante inspiración. Si nuestra naturaleza “permanece virjen, si no ha sido aun interrogada”, no lo estan tampoco de otra suerte nuestras tradiciones e historia. ¿Háseles acaso preguntado los mil hechos que abrazan en su espacioso circulo?

No adoptamos tampoco la opinion jeneralmente admitida que la poesia chilena debe abrazar su circulo principal, en la peculiaridad exclusiva a ciertas subdivisiones sociales que ofrecen una fisonomia caracteristica i distinta, en tipo profundamente marcado, que constituye su exterioridad i su esencia, perfectamente deslindadas de la comun esfera como los *huasos* e indijenias intelectuales.

La poesia es una modificacion del alma regular i ordenada en su manifestación, que se desenvuelve i ensancha, jermiina i crece en una rejion especial adoptada a su naturaleza, bajo una atmósfera particular propia para su existencia. Es una fuente delicada, demasiado caprichosa en su curso para no agostarla desviándola de su lejitimo cauce, sobrado exclusiva, para no estinguirla esparciendo sus aguas sobre un terreno

ingrato a su fecundante riego. La poesía es un poder; su dominio, es imprescriptible; su jurisdicción, está perfectamente demarcada. La [pág. 350] observación i el buen gusto, el tiempo i el corazón le han dictado su código. Si quebranta las leyes que a su misión se ligaran, si desconociendo su espíritu osa salvar la barrera que a sus pasos se ha fijado, caerá como el icaro de la fábula suicidándose en la impotencia que ella propia se labrara. Abujaría su especialidad de otra manera; órgano bastardo de una tendencia opuesta a su carácter, ajena de su misión, sería un instrumento débil en su acción, nulo en su influencia, condenado a una vegetación infructífera, retrógrada i penosa.

Arrojemos ahora una ligera mirada sobre el inmenso campo, con cuya adquisición pretende acrecentarse el dominio de la poesía chilena i en el que no ha estampado aun su sello de posesión. Conocemos su originalidad, aceptamos a medias su belleza; pero negamos su idoneidad a todo trance. Es verdad que mas de un rasgo original se vislumbra en la especial existencia de estas jerarquías, segregadas del todo principal: su exterioridad es distinta, diversa su tendencia, su modo de ser diferente. Sus costumbres ofrecen mil cuadros llenos de no conocida verdad, de no explotada belleza, de variedad ignorada. Pero si es cierto que estos hijos espurios de la civilización del pasado i en los que la del presente no ha deslizado aun su mano regeneradora, presentan un modelo original al pintor, un tipo nuevo al novelista, revelando al filósofo, bajo su insignificante corteza, mas de un hecho trascendental o curioso, no es menos evidente que en vano buscaría el poeta su inspiración en ellos. Sus costumbres, si bien vaciadas en un molde original, no reflejan sino el despreciable destello de un genio vulgar i rutinero, no son sino la manifestación exterior de una alma común i antipoética que se enmaraña a cada paso en las tortuosas redes de una ignorancia sin par, verdadero reverso de la menos avanzada idealidad. Sería inútil rastrear el mas débil rastro de un sentimiento noble, elevado o grande, en esas razas groseras, combinaciones informes del fanatismo i servilidad de los conquistadores, de la fiereza e ignorancia de los conquistados; sin la austera i sencilla virtud de los primeros, sin la nobleza indómita de los segundos. Suficientemente incultas para no concebir el audaz desarrollo del vicio, la intrépida revelación de la virtud, sin bastante energía para militar bajo las banderas del uno, sin bastante abnegación para acogerse la sombra de la otra: suficientemente egoístas para encerrarse en un presente individual, sin recordar lo que han sido, sabiendo apenas lo que son, sin pensar jamás en lo que serán.

[pág. 351] Además, la forzada sencillez de sus hábitos está muy lejos de ofrecer esa pureza simple i poética, faz humana de la divinidad, que eslabonando al hombre a la primitiva humanidad le coloca a un paso del trono del Hacedor; esa dicha quieta i sin mancilla, preciado retoño de una inocencia sin cálculo, de una fé sin racionalismo, tesoro inextinguible para el estro apacible del poeta pastoril. Mas aun cuando así fuese la poesía pastoril, no sería aceptable en nuestro siglo i en nuestra sociedad. Una poesía basada

sobre tan comunes i escasos elementos, adolece mui pronto de pobreza en su esencia, agotándose tambien todas sus formas posibles, que naturalmente carecen de toda verdad, i unas cuantas estrofas concluirían tan mezquina fuente.

Tocamos al término de nuestros consideraciones; pero mal cumpliremos nuestro deber ciñéndonos solo a examinar los extravíos pasados, los errores presentes de nuestra poesia, sin proponer el remedio para evitar futuros descarrios.

Según las observaciones precedentes, podemos deducir que los defectos característicos de la poesia chilena, son la superficialidad i el egoísmo, la ausencia de un espíritu extensivo a toda ella i la oproviosa falta de nacionalidad. Cada vez que nuestra poesia ha deslizado sus pasos resbaladizos peldaños del corazón, cada vez que el poeta ha renunciado a la naturaleza que le brinda sus encantos, a la historia que le ofrece sus tesoros, a los recuerdos patrios que exigen su tributo deseando sacar la poesia de si mismo, como emanada del foco inspirador cuyas hirvientes olas siente bullir dentro del pecho, no ha golpeado sino mui débilmente en el dintel de la morada del sentimiento, no ha contemplado sino por un estrecho resquicio el complicado dédalo del corazón. El resultado de su investigación ha sido somero como ella, superficial i falto de interés. La absoluta carencia de un sentimiento verdadero que estampase su sello distintivo, que procuraba en vano reemplazarse con falsos i alambicados relumbrones, se ha hecho sentir a cada paso. El engañoso i lijero tinte, con que torpemente se ha ataviado el tenue i moribundo reflejo de un afecto vulgar pesadamente analizado, es un grosero i mentido barniz, frágil al menor contacto, ludibrio del tiempo i de la observación. Lo que debemos buscar es un blanco general que concentrando las pretensiones particulares hasta ahora divididas, destierre el egoísmo; que sea al mismo tiempo la copiosa fuente de grandes i nacionales pensamientos, salvando los escolios que encallamos a cada instante.

[pág. 352] Dificiles son estas condiciones; pero podemos lisonjearnos que nuestro pasado histórico i tradicional las resume perfectamente en si. En efecto, si deseamos un jiro vasto, uniforme en su conjunto, variado en su reproducción i formas accesorias, rico en naturales adornos, accesible a artificiales galas, coloreado por un tinte nacional distintamente pronunciado, susceptible de un mas grandioso ensanche, de una mas cercana perfección, lo encontraremos en él. Si a él vinculamos la inspiración poética, contemplaremos encumbrarse sin trabas la imaginación del vate, campear libre i franca en el precioso e ilimitado campo que recorre, llevando su creación el sello nacional cuya falta es sobrado lamentable. Este jénero de poesia adoptará todas formas, desde la epopeya hasta el romance, desde los multiplicados resortes del drama hasta la sencilla máquina de la leyenda; aceptará el apoyo del corazón, jéermen del sentimiento que es el ropaje necesario de toda poesia. Podrá llenar todas las aspiraciones: será desordenada i magnífica como una oda, sencilla i espiritual como un idilio, lijera i cándida como un madrigal, jigantezca como una epopeya, peripética e interesante como un drama; sentida

i dulce modelada i regular, desaliñada e impetuosa: nacional i patriótica siempre. Panorama inmenso, arrobador, infinito, en el que lucirán a porfia los encantos del corazon, los tesoros de la intelijencia, en cuyos bellos lineamientos el fuego de los recuerdos proyectará su vivificante rayo. Sobre todo, no llenaremos solo la exigencia de la actualidad; nuestra obra será la herencia de los venideros siglos, cuyas asiduas especulaciones la aumentará en gran manera.

Al segregar la providencia nuestro continente del antiguo, dióle copiosos elementos para crear una civilizacion adecuada a su naturaleza; civilizacion que deberá ser la verdadera expresión de nuestra especialidad i no el degradante e innecesario plajio del desarrollo de un mundo diverso al nuestro. Podemos elaborar una existencia nueva, original, Americana, fruto de nuestro esfuerzo, i la nacionalidad deberá ser la palanca matriz de esta existencia, el crizol de esta elaboración. Nuestro destino es de creadores, no de mendigos. Fuerza es convencerse; la jeneracion actual debe ser esencialmente anticuaria: su mision consiste en rehabilitar el pasado, en restaurar el empañado brillo de las grandiosas acciones a que nuestros abuelos dieron cima en rasgar el velo de la indiferencia i del olvido cuyos espesos pliegues ocultan las majestuosas sombras de mil héroes chilenos. Chilena [pág. 353] es la sangre que circula en nuestras venas, chilenos serán tambien nuestros recuerdos. I a fe que en esto no tenemos que envidiar a pueblo alguno; pues harto precioso es el abundante acopio que de ellos poseemos. I sin embargo, el jenio de los recuerdos nacionales duerme.....Cúmplenos despertarle; tras del letargo puede venir la muerte.

[extenso ensayo de D. Rodríguez Peña sobre la literatura nacional; se publicó en varias entregas en *La Semana* de los Alemparte; ofrecemos aquí una versión recortada], “De la literatura chilena”, por Demetrio Rodríguez Peña. *La Semana*, Santiago de Chile, N° 24, 29 de octubre de 1859, págs. 371-377, cols. 1-2.

SU NACIONALIDAD. SU CARÁCTER I SU INFLUENCIA EN EL PROGRESO I FELICIDAD DEL PAIS. O SEA

De la Literatura Chilena, considerada en sus fuentes, i en el carácter que debe revestir para llenar las condiciones de nacionalidad e influir en el progreso i felicidad del pais³⁴.

I.

La literatura en su acepcion mas elevada, considerada en su naturaleza, en su primitivo destino, en su influencia sobre el bienestar i la dignidad de las naciones, en sus grandes resultados, ha llegado en su vasta esfera, vulgarizándose i abrazando a todas las

³⁴ Estudio leído en el *Circulo de amigos de las letras*, por D. Demetrio Rodríguez Peña, en la reunión del viernes 21 del presente.

otras ciencias, prestando a todas sus dotes divinas, a constituir la ciencia de las ciencias, indispensable a todas, como medio imprescindible para ser escuchadas, atendidas i comprendidas.

Pasaron ya los tiempos en que el pueblo era nada i no se escribía para él. Separado de las clases privilegiadas por una gran distancia i un ancho abismo, que habían de cegar un día cadáveres humanos amasados con sangre; aislados los sabios mismos aun de estas clases, desdeñaban el lenguaje de los pueblos i escribían, hablaban i pensaban en latín.

Pasó ya el tiempo en que los literatos eran unos pocos hombres mirados con lástima por la humanidad, como una especie de locos inofensivos, pero miembros inútiles de la sociedad, condenados a arrastrar una existencia miserable, tolerados como seres curiosos en la mesa de los grandes o de los soberanos. Humillado i torcido a veces el vuelo de su ingenio por la limosna misma que se les hacía, desconocidos casi siempre por sus contemporáneos, estos seres escogidos por el soplo del genio i la inspiración, se veían condenados a ser nada [pág. 372, col. 1] mientras eran algo, i a ser algo en el recuerdo i la gratitud de los hombres, cuando llegasen a ser nada! ...

Así debía ser en épocas en que pocos espíritus se preocupaban en investigar i consignar las tradiciones de la humanidad, los recuerdos de tiempos pasados i el pensamiento i las aspiraciones de los tiempos presentes.

En el día, ensanchado inmensamente el campo de la instrucción, entrelazadas estrechamente las ciencias, necesitando todas ellas de la literatura como expresión del pensamiento, invadidas todas ellas por el espíritu democrático que es el rasgo prominente e incontrarrestable de nuestro siglo; obligados los hombres a hacer valer i sostener sus títulos al saber i a la virtud, únicos valeables en el día, en la plaza pública; tenemos el hermoso espectáculo del cultivo jeneral, de la vulgarización de la ciencia ántes misteriosa de las letras, en sus resultados al ménos, cuando no en sus procedimientos.

El cultivo de las letras, pues, en alas del espíritu democrático, al vulgarizarse, se hizo a la vez mas nacional, mas vigoroso, i vino a prestar en el concurso jeneral i armónico de sus fuerzas, un grande apoyo a las investigaciones filosóficas de la historia.

La historia no buscó ya solo en la interrogación de la pintura, de la escultura, de los sepulcros i en los monumentos, el origen i la marcha de la humanidad, sino que buscó i halló en el lenguaje, como expresión del pensamiento de los pueblos, tradicional i escrito, el origen i marcha de esos pueblos, i hasta la huella de sus emigraciones por los diversos puntos del globo.

Interrogue el que quiera a los astros, o la ciencia que enseña las leyes de sus movimientos, para averiguar la historia de este planeta i la de los seres que la pueblan: el investigador histórico filosófico, la buscará con mas acierto i preferencia, en lo que tenemos mucho mas cercano i a la mano; en la jeología para la historia del globo que

pisamos, en la literatura para la de la humanidad que nos rodea: interrogará al globo mismo sobre los misterios de su existencia, al hombre en su palabra, para la revelación del pensamiento del hombre.

II.

Antes de entrar en los detalles i aplicaciones que me he propuesto, permítaseme sentar, como base ancha i firme de estudio, lo que entiendo por literatura considerada en su influencia sobre los destinos de las naciones i de la humanidad entera, i no como simples estudio de la lengua o exámen frívolo del arte.

Si logro explicarme bien sobre este punto; si logro hacer ver el orijen divino de la literatura, en su esencia inseparable del hombre en todas las situaciones, las aplicaciones que haga a la literatura chilena i las investigaciones a que [ilegible] para encontrar las [col. 2] verdaderas fuentes de inspiracion de esa literatura esencialmente nacional que apetecemos, seran fácilmente comprendidas i aun adivinadas, por los claros talentos que me escuchan i que tan óptimos frutos prometen al cultivo de las letras entre nosotros.

La literatura segun la concibe mi espiritu i segun la considero como base de este estudio, comprende todas las artes i las ciencias lo mismo que todas las obras i producciones, que tienen por objeto la vida i el hombre mismo, pero que sin tener por fin ningun acto eterno no obran mas que por el pensamiento i el lenguaje, i solo se manifiestan con el auxilio de la palabra hablada o escrita.

Considerada la literatura desde el punto de vista en que yo me coloco, claro es que no puede haber pueblo, esto es, reunion de hombres de la misma raza, del mismo orijen, obedeciendo a iguales leyes o influencias sociales i climatéricas, que no tenga una literatura propia i peculiar a ese pueblo; puesto que no puede concebirse hombres reunidos sin pensamiento i sin lenguaje; dotes divinos que comunes a todo hombre, cultiva i desarrolla la civilización: dotes naturales que imprimen en sus variados matices en cada pueblo, un sello indeleble que lo distingue i que tanto sirve en el dia las investigaciones de la historia.

Es tan vasto, es tan inmenso el campo que se abre a mi mente en este instante, Señores, que temo perder la cabeza i extraviarme. Solo una idea me sostiene i me guia i espero que me llevará a buen fin; i es el convencimiento profundo en que estoi de que la literatura en su esencia divina i filosófica, como el pensamiento, como la palabra, existe en todos los pueblos para testiguar su orijen, su civilizacion, su historia, sus necesidades, sus aspiraciones, su pensamiento en fin.

Si esto es así, como lo creo, el punto a que debe encaminarse nuestra literatura contemporánea para no apostatar de su verdadera nacionalidad, para ser grande, útil i popular, es a las fuentes del pensamiento chileno en sus diversas manifestaciones, en su lengua, en sus cantos, en su vida, en sus dolores, en sus aspiraciones, en su historia.

Cuadro grandioso que cierra en su magnífico marco, una lujosa, variada i prodiga naturaleza, i que ilumina los reflejos del mas bello cielo del Universo.

Vamos a examinar esa primera fuente, la lengua.

III.

En la historia del mundo i de la literatura, que es la del pensamiento humano, la palabra hablada ha precedido de mucho tiempo a la [pág. 373, col. 1] palabra escrita: esto es, la literatura ha existido sin letras, o mas bien, si se me permite la espresion aparentemente contradictoria, han existido las letras sin la escritura.

La palabra hablada fue, pues, el único i primitivo medio de comunicacion del pensamiento, i en la palabra se busca la primitiva fuente de la literatura.

Analizando la palabra, hallamos los sonidos primordiales, en lo que los modernos llamamos las vocales, i la inspiracion divina, la parte musical, el principio del alma, el elemento divino del espíritu: las combinaciones diversas de esos sonidos van formando otros por movimientos de labios, la lengua i las aspiraciones, son la parte del arte humano, son empleos diversos que hace el hombre de la base divina del lenguaje, segun sus necesidades, segun su civilizacion.

Las raices constituyen, pues, lo que hai positivamente de divino en el lenguaje humano, la fuente original de la revelacion natural, confiada i espresada por palabras como las descubrio la intelijencia del primer hombre en una luz orijinariamente pura todavia. Las formas gramaticales del lenguaje i toda su estructura artificial, son obras de la razon; las figuras i los tropos, son los elementos de la imaginacion, espresando en las ondulaciones del ritmo i en el movimiento métrico, el flujo i reflujó del deseo i de la voluntad.

En el orijen del mundo, las sensaciones debian ocupar el primer lugar en la vida del hombre, i el pensamiento era eminentemente sintético. En tal situación del espíritu, las palabras eran frases, se hablaba por frases mas bien que por palabras, i se suplía a la imperfeccion de aquellas, se les completaba por la actitud i el jesto. Cada espresion era un organismo completo cuyas partes se enlazaban estrechamente; i a esto es a lo que los filólogos han dado el nombre de *polysintetismo*.

Considerando así el lenguaje, aun sin el auxilio de la escritura, lleva en sí mismo la marca de su orijen, su edad, i las huellas del progreso, desarrollo i grado de civilizacion a que han llegado los pueblos que se han servido de él para la comunicacion del pensamiento.

Hai una ciencia, ramo importante de la literatura, que en nuestros dias ha hecho tales progresos, que el publico ha venido a conocer casi al mismo tiempo que su existencia, su madurez. Esta ciencia es la *Filolojía comparada*, ciencia nueva, que ha venido a colocarse de intermediaria entre la *Psicolojía* i la *Etnolojía*.

Un idioma es un organismo, sometido como todo organismo, a una lei de desenvolvimiento. “Es preciso, escribe Guillermo Humboldt, no considerar una lengua como un producto muerto o acabado; es un ser viviente i siempre creador. El pensamiento se elabora con los progresos de la intelijencia, i el lenguaje es la manifestación de este pensamiento. Un idioma no puede, pues, permanecer [col. 2] estacionario, marcha, se desarrolla, crece i se fortifica, envejece i se marchita.”

Segun los principios a que obedece la nueva ciencia, del mismo modo que un botánico al encontrar en las cordilleras de Atacama una planta desconocida, sabe como clasificarla, en que familia de plantas colocarla i darla a conocer de un modo intelijible al mundo entero; así la Filolojía comparada, a la vista de la Gramática Araucana que poseemos, sabe como clasificar ese idioma, i determinar la familia de lenguas a que pertenece, las transformaciones que ha sufrido, su edad i el grado de civilizacion que representa.

Desde luego, fácilmente se comprende la diferencia que existe entre el estudio antiquísimo de las lenguas, en sí o comparadas con alguna lengua dada, de la Filolojía propiamente dicha, i la ciencia moderna de la Filolojía comparada, cuyo plan i objetos trataré de dar a conocer mui sucintamente i solo en cuanto juzgo indispensable a mi propósito. Una esposicion prolija de esta doctrina interesante que tiene ya su cátedra de enseñanza en la Sorbona, daria materia mui sobrada a un estudio especial que procuraré presentar en otra ocasión.

La Filolojía comparada, cuya patria por ahora es la Alemania i que cultiva como planta aun exótica la Francia, tiene por objeto establecer, por la *comparacion* de las palabras i de las formas gramaticales, las leyes del desenvolvimiento de la palabra misma: i en los diversos modos de aplicacion de esas leyes, llegar a conocer el orijen, la edad de un idioma, i el grado de civilizacion que representa, arrivando por el conocimiento de las lenguas, el orijen i clasificacion de las sociedades humanas.

Lo que constituye el fundamento, a la vez que el fin, de la Filolojía comparada, es la reconstruccion del trabajo mental que ha dado orijen a las lenguas i que ha presidido sus variaciones. Esta ciencia, cuyos verdaderos fundadores son Guillermo Humboldt, F. Bopp, i Jacques Grimm, recorre dos órdenes de estudios. El primero se reduce a retrazar la historia anterior, interna de una lengua o familia de lenguas. –El segundo clasifica las lenguas conocidas, cuenta las familias, i determina a cual de ellas pertenece cada lengua, i como en la botánica o la ornitolojía examina i descubre las afinidades que ligan entre sí a esas familias. El conjunto de las primeras investigaciones pone en la via de las segundas. Los principios que permiten trazar la historia de una lengua seguida en todas sus trasformaciones i derivaciones, enseñan a fijar la edad de un idioma, el periodo a que pertenece la forma que nos presenta, i ya no hai el peligro de tomar por diferencias especificas meras desigualdades de desenvolvimiento, i de caer en el error frecuente en

la ornitología de tomar por especies diversas, individuos específicamente idénticos, pero cuyo [ilegible] difiere en razón de la edad o del sexo.

[pág. 374, col.1] Permítaseme intercalar aquí una anécdota curiosa que hallo consignada en uno de los expositores más entusiastas de esta doctrina, i que doi como la encuentro. Cuentan que Alejandro Humboldt en sus últimos viajes en América, encontró en Maypure, a orillas del alto Orinoco, un loro viejísimo, que hablaba una lengua antigua que nadie comprendía. La longevidad del loro es conocida i la posesión en que se hallaba aquel de un idioma ignorado, llamó la atención de Humboldt, quien se puso a recoger del loro, miembros dispersos de aquella lengua fósil, que consignó al papel i remitió a su hermano Guillermo, para que allá en Berlin, con sus compañeros lingüistas, les buscara forma i colocación científica. –Los de Berlin se pusieron al trabajo, cuyo resultado fué el descubrimiento de un idioma usado en aquellas comarcas, por la tribu extinta de los Astrés, que al extinguirse dejó al loro único poseedor de su lengua. –Es así, esclama el que relata el cuento, como la Providencia por el intermedio de un loro, conservó a la ciencia una de las muchas paradas o postes que le faltan, para marcar el camino recorrido por la humanidad.

Si non é vero é ben trovato.

Las lenguas Europeas, según la Filología comparada, pertenecen todas a una gran familia, que se dividió muy pronto en muchas ramas, i cuya madre común es ignorada, pero que reconocen en el sanscrito, el jefe de una de las más antiguas líneas colaterales.

Los idiomas persa i zéndico son hermanos del sanscrito: en el griego i lenguas eslavas trasciende notablemente el sanscrito; mientras que las lenguas germánicas se aproximan más al persa i al zendico.

La Filología comparada forma de todos los idiomas europeos cuatro grandes clases, como otras tantas hermanas hijas de una madre común: pero estas hermanas no han sido llamadas a una igual participación en la herencia de la humanidad; i cuanto más se avanza hacia el Oriente, más rica es la parte que ha cabido en las lenguas en esa herencia. –Es así como mientras en los idiomas eslavos i en particular la familia lituana, han conservado casi sin alteración el molde sanscrito, las lenguas célticas, arrojadas hacia el occidente, solo recuerdan muy lejanamente la lengua madre.

Esta distribución de las lenguas en Europa, correlativa en su afinidad con los antiguos idiomas hablados a orillas del mar Caspio i del Ganges, es un indicio incontestable del origen asiático de los pueblos Europeos. Es claro que tribus salidas del Asia se han empujado unas a las otras, i que los Celtas de los primeros en esos movimientos, llegaron a ser los habitantes más occidentales. Allí, a orillas del Océano que oponía una barrera a nuevas emigraciones, ha venido a morir la lengua céltica. Invadida por las poblaciones latinas o germánicas. Las razas célticas perdieron en su mayor parte, el lenguaje que las distinguía, sin [col. 2] perder del todo el sello de una individualidad.

Las cuatro grandes familias de lenguas europeas, de origen indo-germánico, que clasifica la ciencia moderna, son:

La céltica.

La germánica.

La eslava.

La pelásgica, que comprende las lenguas griega, latina i las que de ellas se derivan de la nuestra.

Se llama pelásgica, por que habiendo sido la Grecia i la Italia originalmente pobladas por una raza comun, los Pelasgos, el idioma de estos forma la savia del griego i del latin. La primera de estas lenguas no es, como se ha creido por algunos, la madre de la otra: son simplemente dos hermanas, i si fuese necesario asignarles edades diferentes, el latin tendria el derecho a ser considerada la mayor. El dialecto mas antiguo del idioma helénico, el de los Eolios, se asemeja al latin en mayor grado que los dialectos mas recientes del griego. El latin presenta en sus elementos gramaticales, como en su vocabulario, analogias i relaciones con el sanscrito. –El mismo no era otra cosa que una rama de la antigua familia de las lenguas itálicas, que a su vez comprendia otras tres ramas, el japyjiano, el etrusco, el italiote; los que se subdividían en otras que constituian, la primera el latin, la segunda comprendia el dialecto de los Ombrios, los Marsos, los Volcos i los Samnitas.

Los límites de este estudio no permiten examinar separadamente los caracteres de cada una de las cuatro familias lingüísticas que dominan la Europa, ligadas por tan grandes recuerdos a la historia de la humanidad: solo me permitiré descubrir brevemente, el hilo que nos liga por la parte española, con la familia pelásgica. –Mas adelante veremos de donde proviene la individualidad lingüística Araucana, que la ciencia conoce con el nombre de chilena.

De que la historia de las lenguas indo-europeas sea la mejor guia para reconstruir a marcha de las emigraciones que han invadido i poblado a la Europa, no se deduce que esas emigraciones hayan poblado soledades i no hayan mas bien encontrado otros pueblos que han desalojado o conquistado, recibiendo el conquistador del conquistado, al mismo tiempo que daba, influencias filológicas.

La ciencia nos muestra desde luego tres grupos de lenguas que salieron al encuentro de las conquistadoras, influenciándolas en gran manera: estos eran, la lengua vasca o la euskarí, con dos dialectos: la lengua finesa que comprende la japonesa, la finlandesa o Suomí, la estonia, la livona; i la lengua madgyar o húngara.

La vasca, tambien llamada *ibérica*, es la que nos interesa i la que, refugiada en el mediodía de las Galias, en una parte de la Italia Occidental i en España, salió al encuentro i se incorporó con la pelásjica, formando una [pág. 375, col. 1] individualidad especifica de esa familia. –Esta individualidad importada con el evangelio, por los conquistadores de

América del Sud, i traída a estas comarcas por los Almagros i Valdivias, es la madre de nuestro idioma civilizado, del chileno, como yo lo comprendo en el carácter literario de este estudio.

Ahora en cuanto al otro idioma, a la lengua de los dueños primitivos i salvajes de este país, su jenealogía aun no bien determinada es sencilla, bien que larga de seguir i de narrar.

El araucano, en sus diversos matices o dialectos, de que se servían los habitantes de estas comarcas, desde Atacama hasta Magallanes está incluido en la gran familia lingüística Americana, el guaraní. El guaraní, como el quichua de los Incas, como el leuca de Honduras, como el quichomaya del Yucatan, como el nahualt de los mejicanos, como el otomí son familias que acusan un gran desenvolvimiento gramatical, i como todas las lenguas del nuevo mundo, en alto grado, el carácter polysintético, por que la ciencia no ha llegado aun a clasificar.

De esas familias principales se derivan una infinidad de dialectos que llevan consigo en su existencia vagamunda tribus subdivididas al infinito i fraccionadas en su vida nómada i salvaje.

Sin embargo las lenguas de la América presentan en su conjunto puntos de semejanza, de parentesco con los idiomas polinesiano i aun africano, i una homogeneidad gramatical, un aire de familia mui pronunciado.

Los polinesianos acusan una familia de lenguas bien caracterizada; familia por otra parte estrechamente relacionada con las lenguas del Nor-Oeste de la América i de la Siberia Oriental, al grado que pueden considerarse como los restos de la población de un vasto continente hoy sumerjido, i del que solo aparecen innumerables grupos de islas. Faltan los datos para resolver, aun de una manera conjetural, este problema curioso; pero por ciertos rasgos característicos puede concluirse, que los polinesianos constituyen el vínculo que una a las poblaciones indígenas de la América con el Asia.

La familia guaraní, a que pertenece la lengua chilena indígena, acusa segun se ha dicho, un desenvolvimiento gramatical bastante considerable, i fué hablada en una vasta extensión de territorio al Sud i al Oeste de la América Meridional. Inferior al quichua, lo eran ambas al Nahualt de los mejicanos, que ha dado monumentos literarios en signos aproximadamente jeroglíficos. —Debajo de todas en la jerarquía de los idiomas americanos, vienen las dos familias pampas, o mora i caribe de excesiva simplicidad gramatical.

Debo hacer notar aquí porque conviene mucho a mi propósito, que en la parte relativa a la lengua de la América del Norte, la filología comparada es deudora al concurso de las [col. 2] luces de lingüistas i etnólogos ya eminentes de los Estados-Unidos, de esa nación que conocemos mas por su lado brusco, grosero, material, que por las eminentes

cualidades que tambien encierra; que conocemos mas por su faz maquinal, mercantil i politica que por sus esfuerzos i adelantos en las ciencias físicas i sociales.

Tambien, aunque en una esfera mas modesta, aparecen contribuyendo dos nombres honorables chilenos. Las gramáticas araucanas i haymaracas que sirvieron a Guillermo Humbold en sus investigaciones i clasificaciones filológicas, pedidas por el mismo Humbold, entre otros a don Francisco Huidobro, fueron proporcionadas a éste por el jeneral Aldunate. –Me hago un placer en consignar estos nombres de dos verdaderos devotos de las ciencias i de cuanto tiende al progreso de su patria. Este hecho además por poco insignificante que parezca, favorece mi propósito de demostrar en que gran manera el nacionalismo en los trabajos literarios (mui diverso por cierto del *narcisismo* nacional, obstáculo invencible a todo progreso) está llamado a propender al adelanto de los conocimientos de la humanidad.

“Las lenguas americanas, dice Alfredo da Maury han pasado por fases de desenvolvimiento mui diversas; pero aun cuando han alcanzado, como en el quichua i el guaraní, a un grado remarcable de elaboracion, no han podido salir de las formas elementales que les sirvieron de andamio. Ellas han tenido su molde determinado, su término predestinado, del mismo modo que las lenguas africanas que recuerdan singularmente por su índole, su dulzura; pero a las que dejan mui atras en poder aglutinativo. Este fallo indica que los americanos no han llevado mucho mas alla que los negros la facultad del lenguaje.”

“Si me fuese permitido, concluye Maury, clasificar las lenguas del universo según su grado de desenvolvimiento, i sin tomar en cuenta ciertas riquezas propias, tendríamos la siguiente tabla de ascendentes:

- 1.er Grado. –Lenguas monosilábicas o de la familia indo-china.
- 2.º Grado. –Lenguas malayo-polinesianas.
- 3.º Grado. –Lenguas americanas.
- 4.º Grado. –Lenguas africanas.
- 5.º Grado. –Lenguas dravidianas i negro japonesas.
- 6.º Grado. –Lenguas semíticas.
- 7.º G. i mas alto. –Lenguas indo-europeas.

Si por la lengua araucana, salimos un grado inferiores a los africanos, no tenemos motivos para quejarnos del lugar que ocupa nuestra bellísima lengua literaria, la lengua de Quintana i de Cervantes, con las modificaciones no desventajosas que le presta nuestra bellísima naturaleza.

Estudiada así por las lenguas la etnología chilena, la marcha de su civilizacion: examinando a Chile salvaje, en el espíritu indo-americano que reflejaban sobre él las influencias [pág. 376, col. 1] que habia recibido i continuaba recibiendo del Asia por el Occidente i por el intermedio de los Incas, esos romanos de este mundo ignorado:

considerando a Chile invadido por el espíritu i el lenguaje de paz i caridad, el evangelio, al mismo tiempo que por la guerra, la opresion i la avaricia, la conquista; por el espíritu i la lengua indo-europeos que le venian del Oriente: luego a Chile colonial i trasformándose, despues a Chile transformado e independiente por la *Razon i la Fuerza!*....

Fuentes son estas de literatura, capaces de inspirar a la nuestra salud, robustez, lozanía i una vida propia i peculiar que la distinga de toda otra.

Es a la luz de la filología comparada, que la ciencia moderna busca i encuentra el orijen i la historia de un mundo aun mas nuevo que el de Colon, la nueva Holanda, la Australia; i ha de ser la luz de esa ciencia, la que ha de guiar a los ingenios chilenos de la árdua pero bellísima tarea, de retratar la historia i el progreso del pensamiento de nuestro pueblo, desde la época presente, al travez de la oscuridad que envuelve a esa marcha, en medio de las luchas i las alianzas, de la pugna i de la mezcla de diversas razas i matices de razas, de diversas lenguas i matices de lenguas, hasta descubrir el orijen, la edad i la marcha seguida por nuestra sociedad, i hasta el vínculo que nos une a los pueblos primitivos de estas comarcas, i a estos con el resto de la gran familia humana.

I este estudio no es de placer, no es de eleccion; es de necesidad. –Sin él, el porvenir será precario: no puede haber construccion sólida, sin un conocimiento del terreno sobre que se construye: nada sólido puede hacerse en provecho de un pueblo, de una sociedad, que no se conoce i en medio de la cual somos extraños. Los ensayos que hasta aquí se han hecho nos lo demuestran: el pueblo ha sido un mito i los que en su nombre han obrado, ni lo oyen ni lo comprenden. El se hará oír un día, i para ponernos en guardia, oigámosle desde ahora, estudiémosle i esta es la misión de la literatura chilena.

Una proclamación del monarca de la Gran Bretaña, ha declarado en estos dias, iguales sus subditos indios a sus subditos ingleses; i esa nacion en seguida, aleccionada por una guerra cruel en sus dominios del Asia, ha entrado con ardor en la tarea del estudio de las necesidades, las aspiraciones, las creencias, las costumbres, la etnología en fin de la India. ¿A la luz de qué ciencia? la literatura: ha ido a buscar en las tradiciones riquísimas de la India, en la filología comparada, los medios de asegurar su gobierno sobre la única base sólida de los gobiernos, el bienestar, la libertad, la felicidad de los gobernados.

Hagamos nosotros para con nuestro pueblo, lo que el previsor gobierno británico hace con el de la India; principalmente la obra del retratamiento de la historia de ese pueblo, i desde [col. 2] el paralelo de Atacama marchemos hácia el sud hasta Magallanes, hasta la Tierra del Fuego, interrogando a españoles, a mestizos en todos sus matices, a los indios mismos, sobre su orijen, su estado actual de civilizacion, su pensamiento, su esperanza.

¿Hablaré yo aquí de la rica herencia que nos cabe en la riquísima lengua de castilla? ¿De esa lengua que no cede a ninguna, como instrumento literario, en grandeza,

en sonoridad, en armonía i en una felicísima combinacion musical de todos los resortes del organismo humano? Hablaré de los grandes maestros de esa lengua? –Tarea inútil seria para los que conocen ya la índole, la historia i los inagotables tesoros de la literatura española. Para mi objeto me basta hacer constar, que la literatura chilena posee en su lengua, un instrumento de trabajo de primer orden.

Estudiada la lengua, paso a ocuparme de los caracteres que anhelo revista nuestra literatura, para ser verdaderamente nacional e influyente.

IV.

Extraño parecerá sin duda, que yo tan luego, que me precio de esencialmente cosmopolita; yo que repudio la ciudadanía del bandido que haya nacido en el mismo barrio o pueblo que yo, i llamo mi compatriota a todo hombre de bien i útil a la humanidad que encuentro en el mundo, que yo tan luego decia, venga a reclamar a la literatura chilena el sello claro e indeleble de su nacionalidad, a la última mitad del siglo XIX, en que el alambre eléctrico i el vapor, echan por tierra los límites mezquinos de las nacionalidades diplomáticas, i tienden cada dia mas, a unir a los pueblos en estrechos lazos de confraternidad.

Pero fácilmente se descubre que no es en nombre de un interés mezquino i egoísta que yo pido de los amigos de las Letras en Chile, chilenismo en sus estudios i el sello de su nacionalidad, sino en el interes de la historia del progreso de la humanidad, i del mejoramiento social i político del pueblo chileno.

En el interes de la humanidad está que el pensamiento de Chile se encuentre representado en su genuina expresion, en el gran congreso de la humanidad, i que el investigador filosófico, el historiador, el político, el viajero, halle en nuestra literatura el pensamiento de este pueblo, que ha sido i es gran cosa i que vendrá a serlo mucho mas de ese pueblo, señores, masa animada de hombres bien organizados, que cada dia recupera una porcion creciente de sus derechos; pueblo cuya aproximación temen con horror algunos, miran con aversion los unos, tratan de repeler los otros; pero al que es preciso dar el puesto a que el porvenir los llama.

¿Qué importa al mundo, a la historia, a las letras, el gasto estéril de preciosas dotes en imitaciones serviles del romance frances? ¿Qué importa al mundo i a las letras, que a orillas del Mapocho cante un poeta chileno [pág. 377, col. 1] como cantaría a orillas del Sena o del Manzanares un poeta frances o español. –Lo que el mundo pretende con derecho, del poeta chileno, es que presente embellecidos en cantos cadenciosos i sublimes, los recuerdos gloriosos i las tradiciones de los tiempos pasados de Chile; que presente a la imajinacion cuadros claros, animados de la vida chilena, de esa naturaleza estupenda i esencialmente poética que nos rodea. –Lo que el arte de la humanidad pide al arte chileno es, que en la invencion i en la esposicion sea, como en la inspiración, chileno: que en la poesia chilena, en su alma i en su forma, sea chilena.

¿Qué es lo que dá tan gran precio en Europa a cuadros de pintores mediocres, que representan con fidelidad, los contrastes grandiosos de la naturaleza de América, sus costumbres, su vida, sus montañas, sus prados, su ropaje peculiar i salvaje? Es el sello de nacionalidad que llevan i que se busca en ellos.

Era niño yo, i lanzado desde Chile, de las antípodas, me hallaba en un liceo de Inglaterra. –En invierno, rodeando el fuego, contabamos cuentos, i con frecuencia tenia yo que contarlos. –“Háblanos de la América, clamaban a una los muchachos, de la cordillera, del Condor, del Avestruz, del arriero, del gaucho; de San-Martín, de Bolívar: cántanos las canciones de tu patria: los cantos populares.

¿Qué buscaban aquellos niños en mí, vestido como ellos, que hablaba ingles como ellos? Mi nacionalidad americana: -mi alma hispanoamericana, al travéz del ropaje ingles que me envolvía.

I sin salir del campo de las letras: ¿A qué debe atribuirse la voga prodijiosa del romance poco notable como obra de ingenio, de Harriett Beecher Stove, *La Cabaña del Tio-Tom*? Claro está que a su carácter esencialmente Americano. –Sin ese carácter, sin ese sello de actualidad, de nacionalidad, de verdad, i de alto interes social que le da la llaga de la esclavatura en los Estados-Unidos ¿habría alcanzado reputacion tan grande?

¿Qué ha hecho de Dickens, pobre [ilegible] de una imprenta, uno de los escritores mas altamente situados, mas populares, mas ricos de la Gran-Bretaña? La nacionalidad, la sociabilidad de sus trabajos.

¿Qué ha hecho de Fenimore Cooper, el Walter Scott de la América del norte? La nacionalidad, el americanismo de sus obras; i en prueba de ello es que el autor de *Ultimo Mohicano*, siempre que ha salido de su terreno, su pais, aun cuando como en *El* [ilegible] haya ido a buscar un teatro en Venecia, i sus héroes entre pescadores i gondoleros, sus ensayos han sido [ilegible]

Pero es que la popularidad de la *Cabaña del Tio Tom*, como de los *Misterios de Paris*, como la de las obras de Dickens (...) [ilegible]

[col. 2] ... cada una de esas obras descubre al mundo una llaga, una herida, una enfermedad social nacional, i con una franqueza, un valor, que es preciso que imitemos, la sondea, la examina en todas sus fases, en toda su estension i profundidad, sirviendo de esta manera a la causa del pueblo i de la justicia, que es la de la humanidad.

Dickens hace mas de veinte años, que ataca incesantemente cuanto hai de pernicioso en las instituciones sociales de la Gran-Bretaña, ataca el rejimen de las Escuelas, los vicios de las instituciones caritativas parroquiales, revelando el pauperismo creciendo i propagándose impelido por esas mismas instituciones, el vicio i el crimen, naciendo, creciendo i desarrollándose con el hombre a impulso de las instituciones mal ideadas para comprimirlo; el materialismo mercantil comprimiendo i ahogando los sentimientos elevados i naturales del hombre. I asi en todas las obras ardientes,

expansivas, grotescas, bufonas hasta la caricatura, dolorosas, sensibles, dominando el alma por la risa i por las lágrimas; lento a veces en el retoque fantástico de ciertos cuadros, como conviene al gusto ingles, pero siempre en defensa de algun gran principio social, de alguna causa santa –la de los sentimientos naturales, la de la justicia, la de la debilidad i la inocencia, contra instituciones viciosas. (Continuará)

[Rodríguez Peña] “De la literatura chilena (continuación)”, *La Semana*, N° 25, Santiago de Chile, 5 de noviembre de 1859, págs. 394-396.

“Es una peculiaridad del siglo de positivismo en que vivimos, el que a todas las producciones del arte o del ingenio se les exija una utilidad social. Nada se produce en el día sin que la filosofía interponga su eterno *por qué*, y la sociedad su eterno *para qué*. No basta que la obra sea buena bajo el aspecto del arte, sea bien acabada, ingeniosa; es preciso que sea útil, que encierre un bien verdadero, una necesidad sentida, un dolor, una pena, una aspiración, una esperanza social, que ella sea útil en fin.

En toda producción del ingenio es preciso que campeen dos intenciones reveladas, sostenidas y desenvueltas en obra misma; la intención literaria, la intención social y política. Todo lo que sea separarse de esta doble mira es egoísta, es efímero.

El canto a mis amores, a los ojos de Elisa, a mi esperanza, a mi dolor, los retratos en verso, son flores de un día, gimnástica de la rima y el ingenio, no es la poesía en fin que debo considerar en este estudio. La poesía como yo la concibo y la deseo para los jóvenes talentos, es esa poesía en que con los colores del arte que combina el poeta en su fantasía, nos presente cuadros animados y magníficos de la vida real que nos rodea, de los dolores, de las esperanzas del pueblo; cuadros que deben ser juzgados de la altura del arte y de las ideas y necesidades democráticas, porvenir irresistible de nuestras sociedades.

Existe un mundo ideal para el arte; pero si en el vuelo a esa idealidad, perdemos de vista los intereses positivos de la sociedad en que vivimos, ¿qué extraño será que ella nos pierda de vista a nosotros, y ni nos escuche ni nos comprenda?

Todo libro, todo trabajo del espíritu, debe enseñar algo; pues en la época del ferrocarril que atravesamos, no estamos para perder tiempo. Si esto es así, toda producción del ingenio debe enseñar en términos que puedan ser comprendidos por aquellos a quienes es destinada; esto es, toda producción ha de ser nacional para ser popular. El escritor chileno en fin que escribe para su país y en su provecho [pág. 395, col. 1] debe buscar los medios de ser bien comprendido por el pueblo chileno; no el pueblo como el que se reúne en esta sala, sino el pueblo poderoso de que formamos una pequeña parte, que se nos viene encima y que es preciso que venga como amigo; pues ay! de nosotros si viniese como enemigo...

¿Y cómo hacer para que no haya ese antagonismo tan temido?- Preguntadlo a vuestra conciencia:... estudiad a ese pueblo, ilustradlo, combatid, moderad al menos, sus malas tendencias, favorecer el desarrollo de los buenos gérmenes que en él existen, sed justos para con él, y no habrá para nosotros cataclismos sangrientos como los de 89 y 93: en esa tormenta social horrible que llamamos Revolución Francesa.- Y ese estudio del pueblo chileno, combatiendo sus errores, defendiendo su justicia, descubriendo y mitigando sus dolores, es la nobilísima tarea de la literatura chilena, de la literatura nacional.

Hay en el Chile de otros tiempos, anteriores y posteriores a la revolución, fuerzas morales y tradiciones poderosas que es necesario no desdeñar. A la miserable presidencia colonial de otros tiempos se quiere sustituir una nación demócrata, poderosa y feliz, al hacerlo, no podemos, no debemos romper tan completamente con el pasado, que junto con la barbarie e ignorancia en que ese pasado abunda, perdemos también algunas influencias bienhechoras, algunos instintos de progreso moral que en él se encuentren. Esta obra de separación debe ser la tarea fecunda de la literatura chilena (...)

El movimiento reformador en nuestros países, ha recibido y recibe dos impulsiones muy conocidas y definibles: la una gubernamental, oficial; la otra, la destinada a ser la más poderosa (...) es la que proviene del pueblo mismo, de sus recursos, de sus ideas, de su progreso moral y material. La literatura chilena debe estudiar, ayudar, ilustrar, armonizar esta doble impulsión (...)

La literatura chilena fiel a su misión esencialmente revolucionaria, traerá entonces por su verdadero camino, sin trastornos ni zozobras, la revolución verdadera y benéfica que se dibuja en el porvenir de nuestra sociedad: no esas revoluciones de lucha, sangre y exterminio (...) sino esas revoluciones que Lermenier, con tan propia vehemencia, define "las inspiraciones de los pueblos", y como tales pacíficas, por su naturaleza misma irresistible. [pasa a col. 2]. Cuando invito a nuestra literatura a ser social, y siendo social a ser nacional, y siendo nacional a ser popular, la invito a obedecer a una inspiración nacida de una necesidad común a otros pueblos mucho más civilizados que el nuestro (...)

En la Gran Bretaña, donde existen entre otras hondas llagas sociales, como en los Estados Unidos, una esclavatura mucho más terrible aunque de distinto color, la esclavatura industrial, la literatura fiel a su nacionalidad británica y a su sociabilidad, ha creado y explota en todos los sentidos útiles imaginables, el romance que allá llaman de Costumbres Industriales; y los mismos principios, y los mismos motivos que dictaron las páginas y dieron tanta vida y sentimiento, en un lado del Atlántico, a los cuadros de negros de la Cabaña del Tío Tom, han dictado, al otro lado del océano, páginas y cuadros distintos en el color y en la escena, pero idénticos en su tendencia social y literaria (...)

[Continuación del ensayo de Rodríguez Peña] “De la literatura chilena”, *La Semana*, N° 27, Santiago de Chile, 19 de noviembre de 1859.

De la Literatura Chilena, considerada en sus fuentes, y en el carácter que debe revestir para llenar las condiciones de su nacionalidad e influir en el progreso y felicidad del país.

Continuación.

V.

De todos los géneros de literatura explotados entre nosotros, ninguno lo ha sido en tanto grado como el histórico; y sin embargo, ninguno es más difícil, ninguno requiere mayor extensión y diversidad de conocimientos, mayor caudal de dotes morales e intelectuales, que la literatura histórica.

Asusta verdaderamente la sola idea de los conocimientos, y cualidades que el arte moderno exige del historiador. Por lo mismo que la historia no está sujeta a formas necesarias y precisas; por lo mismo que ella es, de todos los géneros de literatura, el más vario y múltiple; por lo mismo que ella deja un ancho campo al talento del escritor, según el punto de vista que elige, según su genio, la época o el fin que se propone; las dificultades por vencer son mayores, y mayores también los medios necesarios para vencerlas. Y sin embargo, en este ramo de literatura, la nuestra cuenta ya obras de gran mérito y escritores distinguidos. ¿Será que las dificultades mismas han estimulado este estudio? ¿O habrán las pasiones políticas entrado por mucho en el fomento de la literatura histórica? O, lo que es más probable, ¿habrán nuestros escritores obedecido en esta predilección, a un impulso de la época en la dirección de los estudios históricos?

Sea de ello lo que fuere, el resultado es [col. 2] que nuestra literatura posee en crónicas [ilegible] e historias propiamente dichas, un caudal considerable que la historia general completa y filosófica que está por escribirse, recogerá algún día. Ella vendrá, esa historia de nuestra vida en sus relaciones con nosotros mismos, con el mundo, con el universo, y posesionándose de todos esos detalles, de ese número infinito de hechos consignados en nuestra historia social, política, militar, constitucional, científica, eclesiástica, consignará lo que merezca sobrevivir, aquello que sea durable en su relación eterna con la naturaleza del hombre y con el pensamiento de la humanidad: ella distribuirá sabiamente con el discernimiento que da la ciencia, todos los detalles de costumbres, de artes y de conocimientos, toda la variedad de la vida humana, impartiendo a todo el movimiento, la gracia, la novedad que el arte moderno exige de toda buena composición histórica.

Yo he pedido al romance, a la poesía, a la novela chilena, yo pido al teatro chileno, un nacionalismo peculiar e independiente; esto es, he pedido y pido a las obras de ficción y de imaginación, la expresión de la vida, las costumbres, las necesidades, las pasiones

chilenas; o en otros términos que el argumento sea sacado de nuestras costumbres y nuestras aspiraciones. Ahora pido a la historia chilena, cuyo argumento necesariamente debe ser chileno, que se guarde de encerrarse en los límites estrechos para ella, de la nacionalidad chilena; que por el contrario levante la vista y traspase esas barreras, en la apreciación filosófica de acontecimientos eslabonados precisamente con la marcha de la humanidad.

“No es necesario que Dios mismo hable, dice Tocqueville, para descubrir signos ciertos de su voluntad: hasta examinar cual es la marcha habitual de la naturaleza y la tendencia continua de los acontecimientos; yo sé sin que el creador alce la voz, que los astros siguen en el espacio las curvas trazadas por su dedo.” En efecto, todos sabemos, sin que dios hable, al observar el movimiento del mundo en su ley constante del progreso, que la humanidad marcha empujada por su mano poderosa. Yo sé, y lo sabéis vosotros, que no hay acontecimiento histórico por adverso que parezca, que en realidad no sea un eslabón mas en la cadena de la vida humana universal, un paso dado en la vía del progreso, una grada ascendida en la elevación del pueblo hacia sus ulteriores destinos, el mejoramiento social, la libertad, la democracia. De aquí proviene el carácter sincrónico que debe revestir la historia en nuestros días; esto es, que al consignar los hechos relacionados con un pueblo particular, no prescinda del vínculo que une su existencia al pasado de la humanidad y a la existencia actual de los demás [col. 1] padres, nuestros amigos, nuestros maestros los europeos.

En efecto, si tendemos la vista sobre el resto del mundo, sobre esa Francia centinela avanzada de la civilización, que lanza un grito de alerta a cada nueva idea que se presenta o se anuncia a esa nación espiritual y esencialmente habladora, incapaz de guardar un secreto, propio o ajeno, palanca indispensable en el movimiento del mundo; si estudiamos lo que pasa, veremos: en política la inteligencia del presente comprendida en sus relaciones aparentes u ocultas con el pasado; en las ciencias teológicas, el abandono de la rutina de la interpretación literal, y la aplicación de la crítica moderna al estudio de los libros sagrados de todas las naciones, llevando la erudición histórica por caminos enteramente nuevos; las bellas artes recibiendo del estudio la antigüedad un socorro precioso; veremos por fin en todos los ramos de los conocimientos humanos, una importancia incesante y progresiva dada a los estudios históricos. La vocación histórica del siglo es incontestable, y la explican los adelantos en las ciencias a la vez que los acontecimientos prodigiosos que contemplamos. De esos acontecimientos no es de los menos notables el que dio por resultado la independencia de la América española, y la separación de esa América, en nacionalidades distintas cuando la brisa disipaba apenas el humo del combate de Ayacucho. Allí se dieron el último abrazo de hermanos y se fraccionó un gran pueblo, en nuevas nacionalidades, para quienes principió aquel día la carrera de pruebas y sufrimientos, de lágrimas y de sangre, en persecución de una idea;

esa idea es la verdadera realización del pensamiento democrático que elaborado en el mundo por la filosofía, llegó en su vuelo providencial a nosotros, y constituye el alma de nuestra revolución y de nuestra existencia política.

La revolución Hispano-Americana representaba entonces una idea, una idea de alta filosofía encarnada en ella, e hija de la filosofía del siglo XVIII – Así es en efecto, y esa idea que dio vida a esa revolución, es el alma de nuestra existencia revolucionaria, es la idea que sustenta, agita y trabaja a toda la América española. El *Círculo* acaba de laurear en su Certamen literario de setiembre, un excelente estudio histórico de nuestro amigo don Joaquín Blest, escrito bajo la santa inspiración de esa fatalidad histórica. Desde el principio hasta el fin, desde el epígrafe de Monteagudo hasta la última expresión, ese escrito revela que la Independencia americana era inevitable como la realización de un pensamiento que venía elaborando el mundo en su marcha de progreso; que era incontrarrestable, invencible, fatal, por la naturaleza misma de su origen filosófico y divino.

El problema no admitía otra solución, sin caer en el dédalo de la casualidad y del acaso, admitido como causa histórica.

[col. 2] El historiador chileno debe pues mostrarnos, en conceptos tan sobrios como atractivos el lazo que une a la emancipación chilena con la emancipación general hispano-americana a ésta con la revolución Francesa, con la revolución, con las colonias Británicas de la América del norte, y a todas con la filosofía del siglo XVIII.

Ningún hecho histórico puede considerarse aisladamente, puesto que reconoce precisamente derivación más o menos aparente, mas o menos misteriosa, de causas generales que pueden manifestarse localmente aquí o allí; pero que emanan siempre de ideas que elabora la humanidad entera.

En la realización de las ideas, los hombres que ocupan la escena histórica son meros instrumentos de la Providencia. Colón, Pizarro, Valdivia, Washington, O'Higgins, Carrera, San Martín, Bolívar, deben ser apreciados por la historia según las ideas que representaban y a que servían; ellos constituyen en su misión transitoria, fuerzas a favor de ideas que tienen la edad del mundo, y que el mundo elabora, fermenta y madura por medios misteriosos que el historiador descubre. Ellos son hombres, formas pequeñas, falibles, mortales, que representan ideas inmortales, que tienen la edad del mundo, que han crecido con él y destinadas a marchar siempre con el tiempo, infatigable, constante, infinito.

Nuestra revolución representa una idea, un pensamiento, que comprendían los pocos a que obedecían instintivamente los mas; un pensamiento americano, humanitario. Ese pensamiento luchó entonces contra el primer enemigo que se presentó a combatirlo; pero la existencia de luchas que le preparaba su misma esencia revolucionaria y filosófica, no terminó ni podía terminar en Ayacucho, en Chiloé, ni en el Callao con la cesación

completa del dominio español en la América. Ese pensamiento, el pensamiento que obedecieron instintivamente los hombres del año 10, ha seguido luchando, lucha todavía contra resistencias lógicas y naturales, y luchará aún hasta que luzca su brillantez la verdad de las instituciones democráticas que son la forma actual de ese pensamiento, que resume todo el porvenir infalible de nuestras sociedades. Descubrir la marcha de esa idea, de ese pensamiento en su tránsito por los hombres y las cosas, por situaciones y acontecimientos, he ahí la ardua pero bellísima tarea de nuestra literatura histórica.

Una historia así escrita traería inmensos beneficios. En política, iluminaría y ayudaría a la marcha presente de la República la experiencia y la ciencia del pasado. En nuestras relaciones con el mundo, nos daría a conocer a esa Europa que ni nos conoce, ni nos estudia, ni nos comprende en otras relaciones que las de consumidores. En su diplomacia de mercaderes, ve en nuestras discusiones, no el efecto de grandes causas, de grandes [col. 1] principios que luchan con obstáculos naturales y lógicos con nuestros antecedentes, sino contiendas pequeñas, hijas de pasiones bastardas, que no contrabalancean virtudes cívicas que poseemos como ellos y tal vez en más alto grado que ellos. Y por último tal historia tendrá el grande y benéfico efecto de inspirar la fe y la esperanza a almas ardientes y elevadas que desesperan del presente y del porvenir, sin mas que porque ven a este muy debajo de sus elevadas concepciones y aquel muy lejano para su ardorosa esperanza; pero que se curarían de su pesimismo ilustrado al contemplar el camino andado, la altura conquistada. El menor efecto de la historia que apetezco sería producir el contentamiento necesario a la prosecución vigorosa del trabajo, y que a pesar de cuanto pudiera afligirnos, exclamásemos siempre con la abnegación del Dr. Pangloss, cuando le cortaban las narices: “todo es para lo mejor en el mejor de los mundos posibles”.

Demetrio Rodríguez Peña

“Literatura Americana”, *La Semana*, N° 35, Santiago de Chile, 3 de mayo de 1860, págs. 151-155, cols. 1-2.

En la literatura española se distinguen los mismos rasgos que marcan el carácter de la España. El honor, la jenerosidad, el orgullo, la galantería, el espíritu caballeresco, los sentimientos religiosos caracterizan la literatura española. Las imágenes brillantes i atrevidas que algunos atribuyen a la literatura de los árabes, de quienes se dice que las tomaron los españoles, a cuya imaginación las atribuiríamos de buena gana, son tambien uno de los lineamientos que distinguen la fisonomía de la literatura española. Todos esos rasgos aparecen mas o ménos en las diferentes épocas de la vida literaria de España; pero en el renacimiento de las letras fue cuando se mostraron con todo el gusto de la antigüedad, con toda la regularidad de las formas clásicas. El siglo XVI, que fué

literalmente el siglo de oro de la España, fué tambien metafóricamente la edad de oro de su literatura. El teatro español fué el modelo del frances i del ingles. La antigüedad, al salir de su tumba, llevaba en su seno el jérmen fecundo que debía dar vida al ingenio español. Desgraciadamente la corrupcion siguió mui de cerca al renacimiento de las letras; i a las buenas prendas de la literatura del siglo XVI, sucedieron el alambicamiento de las ideas, la falsedad de los sentimientos, i los defectos [pág. 152, col. 1] del estilo, que mirados como primores, se espresaban en la palabra *discreciones*.

“Despues de Cervantes, dice A. Martin, la España, creadora del drama moderno, cae abatida por un sueño letárgico: la civilizacion de España expira, i su musa no tiene acentos. A la época de Cervantes sucede el reinado de [ilegible], de Quevedo, de Góngora. La raza de los autores dramáticos se extingue por grados; esa España inspiradora de Corneille, llega a ser imitadora sin fuego, i comentadora sin gracia.”

Los pocos escritos publicados en América durante el coloniaje, estaban sujetos a las mismas vicisitudes i llevaban el sello del gusto dominante en España, por lo cual deben incluirse en la literatura española. La literatura hispano-americana propiamente dicha, data de la guerra que se encendió por la independenciam del Nuevo-Mundo. Honra es de los americanos no haber envilecido sus facultades, cantando al ruido de sus cadenas. Durante el largo i silencioso período de la esclavitud, han devorado en secreto sus sentimientos. Teniendo bastante sufrimiento para no quejarse, han tenido tambien bastante dignidad para no pronunciar una sola voz que pareciese el elojio de la tiranía. Con lo hecho por nuestros fueros empezaron nuestras inspiraciones; i así debía de ser, porque los pueblos necesitan de grandes acontecimientos que les ofrezcan el asunto que las ficciones deben engalanar. Haciendo una reseña de todos los portentos que ha producido la imaginacion, se verá que la verdad ha sido su fondo. La Iliada i la Odisea, ya se miren como obras de una sola persona, segun lo ha creído la antigüedad, o ya se atribuyan a toda una escuela poética, como piensan Vico i otros, son poemas basados en acontecimientos reales. La verdad está, bajo muchos respectos, pintada en la Eneida. Milton debió sus inspiraciones a la guerra civil de su patria. Hai en el Dante la verdad del odio i de la venganza de que estaban animados los güelfos i los jibelinos: un escritor ha dicho que en la *Divina Comedia* está retratada la libertad de la Italia, naciendo de la lucha sangrienta del sacerdocio i del imperio. Puede añadirse que la pintura del infierno es la imagen de los horrores a que estaba entregada la patria del primer ingenio de la Europa moderna. El mismo fondo de verdad se halla en la [ilegible] [col. 2], el poema de Ercilla tiene por asunto el heroismo con que los hijos de Arauco resistieron a la conquista. La guerra que, por los consejos de la razon i en defensa de sus fueros, emprendió la América española, debía inflamar la imaginacion de los americanos i hacerse el asunto dominante de nuestra literatura. En efecto, la libertad es el jénio que anima las composiciones americanas. Entre los monumentos levantados a nuestra literatura, deben tener un lugar

preferente los escritos del hombre que ha dado gloria i libertad a la América. Oigase a Bolívar, cuando refiriéndose a la América, dice: “¿quién se atreverá a levantar tronos en esta tierra abrasada por los rayos de la libertad i pronta a devorar esos cadalsos réjios?” Por una de esas inconsecuencias a que están sujetas las imaginaciones ardientes, esa misma América que debió a Bolívar tan merecido elojio, fue despues el objeto de un amargo sarcasmo. Parece que el hombre que, al enarbolar el estandarte de la independenciam, tuvo fija la vista en el porvenir del Nuevo-Mundo, la volvió al presente cuando dirijiendo una *Ojeada al continente americano*, dijo: “En América los tratados son papeles; las constituciones libros; las elecciones combates; la libertad anarquía i la vida un tormento.” Sea de esto lo que fuere, el sentimiento de la libertad es uno de los rasgos característicos de nuestra literatura.

La melancolía que, según madame de Staél, de la inspiracion del talento i el distintivo de la literatura moderna, i en especial de la del norte, es tambien uno de los mas fuertes colores de la nuestra. El jénio melancólico de los americanos se debe quizá a las impresiones que dejan en el alma las vastas soledades del Nuevo-Mundo, i tal vez ha sido sustentado por la servidumbre de que hemos sido víctimas. Pudiera ser tambien que llevando una vida de reconcentraci3n en que el alma no se distrae con los goces tumultuosos de las grandes ciudades tan [ilegible] en América, tengamos todo el tiempo necesario para entregarnos a meditaciones que al paso que son mas frecuentes i profundas, dejan mejor conocer el destino humano, destino sério en verdad. Sea cual fuere el valor de estas conjeturas, la música lúgubre i acaso monótona de los americanos, su vida silenciosa i retirada, todo prueba que hai en ellos un fondo de melancolía i de tristeza;

[...]

[pág. 154, col.1] Lo que antes hemos dicho no importa pretender que la literatura americana sea completamente orijinal; de ningun modo: ella debe ser, bajo muchos respectos, el resultado de las luces que posee el mundo. Remitámonos a un hecho reciente. La filosofía espiritualista que acaba de penetrar en el suelo americano, es ahora mismo uno de los rasgos de nuestra literatura. Si puede decirse que el espíritu de la literatura i la filosofía sensualista esta espresado por estas palabras de Byron: “sonrio contemplando que, despues de la muerte, no quedará de mí mas que una fría ceniza,” el espíritu relijioso de nuestra literatura está en esta espresion : “Dios i la esperanza de cumplir en otro mundo el destino que señala la Providencia.”

Hoy que la imprenta i el comercio ponen en contacto todos los pueblos, natural es que la literatura de un pais tome algo de lo que pertenece a la de los demas. Pudiéramos decir de las producciones literarias de diferentes pueblos, lo que de las razas humanas, que a medida que se cruzan se acercan a un tipo comun. La literatura americana que debe tener muchos rasgos de las que la han precedido, debe tener forzosamente

semejanzas mui notables con la española. La España nos ha dejado el colorido de su literatura en su lengua, en esa lengua que dice Raynal, “que es brillante como el oro puro, sonora como la plata, grave i mesurada como la danza de su [ilegible], noble i decente como las costumbres de la antigua caballería.” Si los españoles decian de los árabes: “han tomado nuestra tierra; pero la han cubierto de oro,” nosotros podemos decir a los españoles: “han llevado nuestro oro; pero nos han dejado un hermoso idioma.”

A pesar de lo que hai i lo que debe haber de comun entre nuestra literatura i las que la han precedido, aquella tiene ahora mismo una fisonomía propia, porque las semejanzas i no las diferencias, son lo que constituyen la naturaleza de las cosas.

Si la literatura de las naciones hispanoamericanas presenta hasta ahora un mismo (...) [ilegible] [col. 2] ...que aquellas recibieron, es indudable que despues se mostrarán diferencias harto sensibles. Ahora mismo ya se advierten algunas particularidades en la literatura de las distintas secciones hispano-americanas. Así, en algunas partes se ostenta la imaginacion calmada, serena i profunda como los rios caudalosos que riegan la América; en otras engalanada, risueña i pomposa como la vegetación de nuestros valles; aquí lijera i brillante como la mariposa de nuestros bosques; allí, magnífica, inflamada como las montañas volcánicas de la cordillera. Así, rasgos comunes i diferencias mui notables entre nuestra literatura i la de los pueblos de distinto orijen; i por el contrario, diferencias leves i semejanzas mui profundas en la literatura de los pueblos de Hispano-América, tal nos parece la fisonomía que en la actualidad muestra el ingenio americano.

La literatura de cada una de las secciones americanas sería todavía mas nacional, si se hiciera valer las tradiciones de cada una de nuestras repúblicas, tradiciones en que consiste nuestra mitología. No contribuiría ménos al mismo propósito el jénero de vida de cada nacion. Véase el gaucho arjentino entonando en alta noche, al son de la guitarra, una lúgubre cancion. Solo en el seno del dolor puede haber nacido esta tétrica armonía: la sentida endecha arjentina no puede ser sino la inspiración de una pasion profunda, alimentada en la soledad de los bosques, solo al aspecto del desierto, imájen severa de la eternidad, pueden modularse esas notas que se prolongan como para llenar el vacio de la naturaleza i del corazon. Tanto en la poesía popular arjentina como en la cultivada por el arte, se encuentra algo del fatalismo oriental. No sería estraño que los españoles trasmitiesen a sus hijos los arjentinos, algo de la herencia poética que recibieron de los árabes. Esta aserción parece confirmada por la semejanza que se nota entre el canto arjentino i el de los juglares españoles de la Edad media: se sabe que este no fue mas que un jemido prolongado i que aun antes de la época mencionada, tenía el canto español el mismo carácter.

[...}

“Tendencias literarias”, *El Correo Literario* (Segunda época), N° 3, Santiago de Chile, 7 de agosto de 1864, pág. 1, cols.1-2, pág. 2, col. 1.

No pretendemos desarrollar un tema que ofrecería un campo vastísimo, no para las columnas de un periódico, sino para formar un libro voluminoso. Sería, por otra parte, materia de un estudio concienzudo y serio, poco adaptable a la época presente en que la literatura hace un papel menos que accesorio en nuestra vida de pueblo. Queremos solamente decir unas pocas palabras, tratando el asunto sin profundizarlo, procurando, más que todo, de ser claros.

Difícil sería decir categóricamente cuáles son las tendencias literarias entre nosotros; algún pesimista podrá decir, con cierta justicia, que la literatura marcha a su ruina. Y muchos pesimistas hay que acaso pudieran ser creídos. Pero nosotros no tenemos tan triste convicción. Es verdad que ahora las bellas letras están completamente descuidadas, sumidas en una postración dolorosa que hace dudar de una existencia más larga y, lo que es peor, sin carácter ninguno que las distinga. Todo esto tiene muchas causas.

En primer lugar, la literatura entre nosotros no tiene vida propia; hemos estado enfermos de un mal de imitación que es muy temible se haga crónico; hemos ido a buscar en pueblos distantes inspiraciones que en nada nos tocan, mendigando materiales para alzar nuestro edificio, recogiendo como el trapero, de acá y de allá, retazos de costumbres extrañas, de escenas dramáticas, de episodios históricos, pidiendo prestado a otros lo que aquí podríamos tener con más brillo, sin fijarnos en que esa vida no era la nuestra, que esas costumbres nos eran desconocidas y que ese mundo no era el que nosotros habitábamos. Por el contrario, todos los géneros de literatura podían haber sacado [*sic*] de nuestro seno un inmenso alimento, un tesoro ignorado, digno de explotarse y que tiene la ventaja de ser una gloria propia de nosotros mismos. Nuestra historia, las tradiciones de [ilegible]

(col. 2) emancipación, esa época inmortal, de hazañas, de heroísmo, de persecuciones, de sacrificios, de victorias y derrotas, de martirio y de constancia, son una fuente infinita de donde los escritores podrían beber una agua inagotable. Ahí está también esa imponente y majestuosa naturaleza, llamando a los poetas para engrandecerlos con sus inspiraciones sublimes, y que por desgracia casi siempre ha sido olvidada por ellos.

También es cierto que el público ha mirado generalmente con desprecio toda clase de libros que no hayan venido del extranjero. Mientras las novelas francesas se agotaban en las librerías, el autor de una obra nacional veía con dolor apollillarse en los estantes sus volúmenes empaquetados, sin que nadie tuviese siquiera la curiosidad de hojearlos. Esto cuando no se despreciaba y criticaba su obra por todos los que apenas se

habían dignado echar una mirada indiferente al título escrito sobre las tapas. De manera que los escritores, que no han tenido valor de crear una nueva vida, se han dejado llevar por la esperanza del lucro y del elogio, que son los mayores alicientes de todo trabajo.

He aquí los motivos principales de nuestra falta de originalidad. Pero no quiere esto decir que los soldados de la literatura hayan abandonado por completo las filas en que han tenido un puesto. Buenos escritores ha habido, y hay, que lanzan de vez en cuando sus producciones originales y ya no se miran ellas con tanto desprecio. La historia nacional también ha sido explotada; pero necesario es decir con franqueza que no se ha trabajado la veta como se debiera. La historia no ha sido las más veces, más que apuntes inexactos, porque ha servido a la defensa o glorificación de un partido, y se ha vertido en sus páginas sagradas la hiel de odios políticos que los tiempos no han borrado y que han sabido conservarse con mucha vida aun cuando haya intervenido el polvo de la tumba. Nuestra historia por consiguiente, se puede decir que permanece como una veta virgen: todo lo que se ha hecho es trabajar las guías, sin que nadie todavía se haya atrevido a abrir [ilegible]

[pág. 2, col. 1] que ha sido cultivado con menos felicidad y es sin duda la que más debiera haber contribuido al brillo de las letras nacionales. Cuanto ha salido en ella de la narración, que muy pocas veces ha sido imparcial, se ha reducido a digresiones políticas sobre los partidos, que se han estado haciendo revivir; nunca la filosofía, la lógica o la moral han asomado en sus páginas su semblante severo, como el fin del estudio de acontecimientos pasados, ni tampoco se han dado lecciones para el porvenir. Aquí la culpa principal es de los historiadores, aunque también el público ha gustado poco de recrear e instruir su imaginación en la lectura de nuestro pasado, prefiriendo siempre leer las historias de otros pueblos. Gentes que saben casi de memoria la historia del Consulado y del Imperio, y las de Inglaterra o España, no saben tal vez uno solo de los gloriosos episodios de la nuestra. Y hay quienes se jacten de pertenecer a ese número.

No es, pues, extraño que la historia no tenga lectores ni autores, cuando aquellos la desprecian y éstos escriben desde el seno de un círculo político, viendo mal y desde lejos los sucesos que se desarrollan en la escena de otro partido. [...]

“Tendencias Literarias II”, *El Correo Literario* (Segunda época), N° 8, Santiago de Chile, 28 de agosto de 1864, pág.1, cols.1-2, pág. 2, col. 1.

Estudiando la historia de nuestra literatura desde los principios de nuestra vida de pueblo, siguiendo atentamente las distintas faces que ha venido tomando en su desarrollo y sus repentinas variaciones, siempre la vemos siendo un reflejo de la literatura del viejo mundo.

La originalidad alcanzada por los escritores de la revolución era hija solamente de las circunstancias y fue dejando poco a poco su lugar a la escuela del romanticismo que arraigaban en Francia las creaciones de Lamartine y Victor Hugo, y que hicieron dar una conversión notable al carácter literario de varios países. Cantaban a la patria o daban al pueblo sabrosas e importantes lecciones para educarlo en ese sentimiento que no tenía todavía consistencia y que solo se acaba de arraigar con la costumbre de la libertad.

La originalidad de nuestros literatos no se debe buscar sino en el círculo de los argumentos nacionales: la guerra de la independencia y la memoria de sus héroes. Ésa es la verdadera, la única literatura nacional. Cuanto ha salido de esa esfera no ha sido más que imitaciones más o menos felices, reflejos más o menos exactos de lo que se ha escrito en otros países.

Sin volver a la historia, que hemos tratado muy a la ligera en el primer artículo, echaremos una breve ojeada a la novela y a la poesía.

Muchos son los que han penetrado a sus templos, pero desgraciadamente los más han sido profanos que han desvirtuado la atmósfera pura que allí se debe respirar. La novela es entre nosotros casi desconocida, sobre todo la novela histórica. Lo que más se ha hecho en este género es escribir episodios, muchas veces adulterando épocas y acontecimientos; retazos de poemas que apenas servirían unidos para formar un cuadro regular [...]

[col. 2] [...] Ella guarda en sus anales materia para centenares de volúmenes y ninguna fuente de trabajo pudiera ser explotada con más felicidad.

Pero esto será solamente cuando las bellas letras lleguen a ser entre nosotros una profesión; cuando el gobierno y el público premien y paguen el trabajo laborioso de la inteligencia que se sacrifica por hacer inmortal el recuerdo de las glorias americanas. Por ahora es difícil, si no imposible, encontrar un escritor suficientemente abnegado para perder sus buenos años en un trabajo que no le reportaría más que el frío aplauso de unos pocos y la indiferencia o el desprecio de la mayor parte.

La novela de costumbres ha tenido más aficionados que aquella y debemos confesar con satisfacción que los ensayos hechos en este género han sido felices y prometen excelentes resultados para el porvenir. Y ojalá los que a ella se han dedicado con mejor acierto, no abandonen una tarea tan útil y tan provechosa por el gran fondo de moral que puede beber el pueblo en la contemplación de su propia vida, estimulándose o riéndose y criticándose a sí mismo en los actos de los personajes que el autor les presenta.

Por otra parte, en nada talvez pudieran nuestros escritores ser más originales que en la novela de costumbres; porque ella no sería el resultado de lecturas extranjeras sino solamente del estudio de nuestra vida íntima, del conocimiento de nuestro propio hogar y sobre todo del amor a la familia, al pueblo en donde se ha nacido, y de ese dulce amor a

la patria que se manifiesta en las acciones más insignificantes de la vida diaria. No hay duda que (sic) en este género hemos ganado admirablemente y que seguiremos ganando a medida que nos vayamos desprendiendo de esa capa de *extranjerismo* que ha tenido como oprimida durante largo tiempo nuestra facultad de pensar.

No sucede lo mismo en cuanto a la poesía. De ese sinnúmero de escritores en verso, que pretenden llamarse poetas cuando ni siquiera pueden ser legos del templo de las musas, hay apenas unos poquísimos que merezcan el nombre [ilegible] [Pág. 2, col. 1] que buscaban sus inspiraciones en las glorias de la patria, apenas pasado el tiempo de las agitaciones colgaron sus lirás y rara vez querían más tarde arrancar de ellas nuevos sonidos. Vinieron entonces los Byron y los Zorrilla de veinte años a llenar el aire con quejidos de penas que no sentían, con lágrimas estudiadas y con ideas que otros autores les prestaban. El amor, las flores, y la melancolía fueron el solo alimento de su imaginación y bien poco o nada guardaron para la naturaleza y para la patria, esas dos creaciones inmortales, fuentes infinitas de poesía y de nobles inspiraciones.

Los pocos elegidos compensan, sin embargo, el mal de aquella plaga y ellos solos bastan para formarnos también una poesía verdaderamente original. Nos hemos querido abstener de citar nombres propios, porque nuestra idea no es detenernos detalladamente [...]

Ahora la poesía como los demás géneros de literatura han tomado otro carácter de feliz augurio para el porvenir. Esta buena tendencia se debe en gran parte a que la crítica no venga, como antes acostumbraba, a clavar su aguijón envenenado en las producciones que van saliendo a luz. Lo mejor que la crítica ha hecho (tal como la hemos conocido aquí) es dejarse dormir tranquilamente. Su muerte ha sido un gran beneficio para las bellas letras, porque nunca tuvo ese carácter imparcial y severo que deben revestir la corrección y la enseñanza; nunca penetró el interior de las cosas, limitándose solo a dar vueltas de etilo, no acordándose jamás de filosofía, y entendiendo casi siempre las tendencias al revés. Y es sensible que ella se halle del todo abandonada, pues es bienhechora y de fecundos resultados la buena y verdadera.

Por último, el carácter que va tomando insensiblemente nuestra literatura nos hace esperar mucho para una época no lejana. No desesperamos que llegue un tiempo en que se pierda ese horror que se tiene a los literatos por los hombres graves de la sociedad; en que los escritores puedan ganar la vida con su pluma; en que los poetas no sean considerados como vagos; y en que todos aquellos que tienen disposiciones para desempeñar esta misión, no las abandonen para dedicarse a otra clase de trabajos también de dudosas esperanzas, para dejar su lugar a otros que luego seguirán su ejemplo.

[...]

TEXTOS SOBRE ARTE DRAMÁTICO

[Reseña crítica de la obra dramática de Mitre que bajo el título de “Las cuatro épocas” se estrenó en Montevideo], *El Nacional*, N° 452, Montevideo, 1 de junio de 1840, pág. 2, cols. 3-4.

Drama nacional en seis cuadros, por B. Mitre, representado por primera vez en Montevideo el 26 de mayo de 1840.

La juventud literaria de ambas repúblicas del Plata había dicho desde mucho tiempo: el drama quiere ser nacional por su forma y sus colores, y civilizante [*sic*] por sus destinos: el teatro actual es llamado al desempeño de un deber austero; su misión más alta es tribunicia y política como la de su prensa diaria; instrumento admirable de propaganda y de iniciación popular, debe agitar en su seno todas las cuestiones políticas de la época y presentar por rasgos incisivos y enérgicos las soluciones más conformes a las opiniones, a los intereses, a las necesidades más generales y más completas de la sociedad. Nuestra juventud había establecido esta doctrina: y un talento que ha nacido, que pertenece y será todo para la juventud, es decir, para las ideas y los impulsos más progresivos y más nuevos, acaba de realizarla de una manera sorprendente.

Liras sonoras y nuevas habían demostrado que podía existir una poesía americana: el autor de las cuatro épocas acaba de enseñarnos que puede existir también un teatro americano. Si la poesía es la idealización patética y brillante de las esperanzas, de los recuerdos y los sueños queridos del pueblo, ¿hay pueblo más rico en poesía que el pueblo americano, cuyo porvenir todo es miseria, cuyo pasado todo es gloria? La poesía nos rodea por todas partes: poetas es lo que nos falta, poetas que la sepan descubrir en sus fuentes vivas, y tomarla de allí para transportarla al arte.

Una de estas fuentes, la más rica y fecunda de todas, que vierte todas las tintas, desde los celestes colores de la victoria hasta los cárdenos matices del terror y del crimen, que contiene lágrimas y perlas, gozos y llantos, que puede suministrar a la paleta del poeta, todos los colores del arte de Shakespeare, es la revolución americana. El Sr. Mitre, joven como es y fértil de ingenio, no tiene necesidad de abandonarla, para encanecer trabajando en ella sin haber hecho otra cosa que iniciarla.

Es su vocación, debe comprenderlo: la poesía política y de propaganda. Ser el poeta de la revolución debe ser todo su anhelo; la revolución es inagotable, infinita como el tiempo; comprende el pasado, el presente, el porvenir; el poeta que se propone cantarla, pintarla, enseñarla por principios y por dogmas al pueblo, se lanza en un mar inagotable de grandes y bellas cosas. Tal es la ruta en que vemos ya colocado al autor de las *Cuatro épocas*; y esta sola elección lo declara poeta, pues que solo el poeta sabe

donde reside la poesía y es de necesidad tener una grande alma para atinar con un grande alegato.

Sería miserable tomar el arte por punto de vista para juzgar la obra de que nos ocupamos. ¿Cómo juzgar las obras de arte sino por el arte?, se dirá. Hay en el día otro modo de juzgarles. Ya el arte no trabaja sólo para el arte: trabaja principalmente para la política, para la libertad, para la patria, y cuando en este último sentido se ha desempeñado con grandes y con [col. 2] felicidad, se le dispensa fácilmente de las omisiones padecidas en el sentido propiamente literario; ya la literatura es política, es filosófica, es histórica, como lo ha dicho bien Larra; y cuando no es así, cuando sólo es literatura, es miseria. No hay derecho nacional para tildar a un poeta que ha violado todas las convenciones del arte en sí, cuando por las grandezas de las pasiones, de los recuerdos, de las ideas que removido en la escena, ha conseguido arrebatarse al pueblo cincuenta aplausos entusiastas y patrióticos.

Era lo que nosotros necesitábamos: un poeta que supiese desenvolver en nuestra escena, nuestros grandes hechos, nuestras bellas pasiones, nuestros caros principios y esperanzas. Y el Sr. Mitre nos ha dado derecho a esperar que en él tendremos algún día a este pintor privilegiado. Su primer ensayo ha triunfado completamente. Desempeñado al día siguiente de una exhibición de Victor Hugo ha conseguido más aplausos que el autor de *Marion de Lorme* [sic] y se ha podido notar en esto cuanto es subalterno el mérito del arte al de las grandes impresiones de la Patria.

Es subalterno por ahora el examen del modo como el Sr. Mitre ha desempeñado su pensamiento. Más o menos regularmente, él le ha desempeñado; y con faltas o sin faltas de arte, él ha conseguido su objeto, él se ha hecho aplaudir, ha exaltado las imaginaciones, ha inflamado su público y le ha dejado salir del espectáculo lleno de impresiones, de recuerdos, de esperanzas bellas. Después de esto, qué debe importarle que en su drama se eche de menos el progreso de una acción especial y única, las identidades de espacio y tiempo que reclamaba la vieja escuela. Es cierto que todo esto falta en las *Cuatro épocas*; y si, con esta falta, ha podido superar la obra, es cierto también que la falta de estas cosas no es tan grande como se supone. Se debe clasificar al drama de Mitre, para estimarle en su justo valor, entre esos dramas de circunstancias y de interés momentáneo que, con tanto suceso se ha escrito en el curso de la revolución francesa, especie de folletín de periódico, de panfleto político, a los que con tanta justicia se ha llamado *drama-panfleto*, *drama-libelo*; obras que como la prensa periódica y la tribuna política, han sido escritas para mover las masas y arrastrarlas en el sentido de un grande y poderoso objeto; que, tomando el arte por pretexto y la política por fin, cuando se ha visto en el término, han arrojado con sonrisa el fútil instrumento de que se habían servido para arrastrar a los espíritus ligeros, en las garras de la crítica chicanera y miserable de los peripatéticos: tal es el drama de Mitre; un magnífico panfleto

revolucionario lanzado contra el despotismo y el atraso que pesan sobre los laureles de Buenos Aires; una proclama en acción que recuerda a los argentinos lo que han sido, lo que son, y lo que van a ser; una serie de cuadros representándonos escenas queridas de nuestra época heroica, con que el poeta se propone encender más el odio contra la humillación presente; un glorioso panorama donde vemos sucederse alternativamente nuestras glorias, nuestros desastres, nuestros ejércitos, nuestros estandartes famosos; una tribuna desde la altura de la cual el joven poeta deja caer con audacia sobre el cráneo del pueblo la luz resplandeciente de las doctrinas y de las ideas de la presente juventud.

[Firma] A.

27 de mayo de 1840.

[Artículo en forma de correspondencia sobre la obra de Mitre].

***El Nacional*, N° 453, Montevideo, 2 de Junio de 1840, pág. 2, cols. 1-2.**

Correspondencia. "Representación de las cuatro épocas"

Drama del joven D. BARTOLOME MITRE.

Se acaba de realizar un alto pensamiento y de satisfacer una gran necesidad nacional, La noche del 26 de Mayo hemos visto desarrollar en escena con valór y poesia infinita, cuatro sucesos prominentos todos ellos en la historia de la revolucion Argentina. Solo una inteligencia jóven, robusta, poderosa, como la del jóven autór, pudo arrojarse á empresa semejante, y tratár con cara descubierta los hechos cardinales de las CUATRO EPOCAS.

El Poeta ha puesto á los ojos del Pueblo el inmortal suceso, de la partida de las tropas Argentinas á la campaña del Brasil, en auxilio de los patriotas Orientales que batallaban por libertad é independendencia nacional. Este suceso no tocado por nadie, y cuyas consecuencias no han sido menos profundas para las dos Repúblicas del Plata, parece una verde corona que el jóven ha colocado sobre las sienes marchítas de su pátria infeliz. Este suceso que, sean cuales fueren los sinsaboros á que ha dado origen en el curso de los tumultuosos dias Argentinos, marcará siempre un gran paso hácia la ley sagrada de la fraternidad de todos los pueblos, un gran progreso de la civilizacion Argentina, el carácter de una nóble sociedad. El jóven póeta ha sido feliz en su desarrollo. El pueblo ha respondido, como responde siempre, á todo lo que és verdaderamente grande, patriotico, nacional.

Este primér cuadro no concluye con solo el tumulto de las armas, y entre las aclamaciones por la libertad y la victoria. Un episodio melancolico y sublime, habilmente colocado, y perfectamente sentido, dá lugar al desárrollo de pasiones individuales que desde luego han de marchár con las exigencias revolucionarias del Drama. Eduardo y Delfina empiezan alli una carrera dramática, y Molina el noble viejo, el retrato fiél de

nuestros padres los revolucionarios de Mayo, con dos ó tres líneas bosqueja el esqueleto de toda esta época raquitica que ha producido á Rosas.

Luego la vuelta de los soldados Argentinos á su pátria, las aclamaciones por la libertad conquistada en Ituzaingó, el reconocimiento de los amantes, las escenas patrióticas de Eduardo con Delfina, las sabrosas gracias de Miguel y Teresa, y cien accidentes de familia, tambien manejados por el poeta, como aplaudidos por el Pueblo. En ellos, poesía á torrentes, verdad y sencillez en todo; pensamientos grandes y severos, dignos de los hijos legitimos de la revolucion de Mayo; lecciones admirables, que prescinden justamente de todas las simpatias que han podido arrojar en el corazón de nuestra sociedad, las miserables facciones en que se halla dividida la pátria, y de las que esta és la victima inculpable.

¿Pero a que todo esto? se podrá preguntar, como lo hacia el público por la ansiedad de su semblante. ¿A qué? Porque el poeta se propuso dar una idea del estado de Buenos Aires, á la conclusion de la campaña del Brasil, para subir desde él hasta el embarque del General Lavalle para la Isla de la Libertad. Porque el poeta quiso bosquejar en pocos rasgos aquel estado feliz, en que el pueblo era libre, y el estado de esclavitud y de envilecimiento actual de Buenos Aires.

[col. 2] De ahí pues la necesidad de recorrer la escala de los accidentes acaecidos desde el arribo de las tropas argentinas, hasta la revolucion del 1.º de Diciembre; de esta hasta la tirania de Rosas, de la tirania á la conspiracion, de la conspiracion al asilo, y de éste hasta la fuga de Martin García.

Tal es el órden en que han sido desarrollados los sucesos y tal es tambien el de la historia real de ellos. Y no es grato decir que, cada uno de estos sucesos ha sido maestramente clasificado, á pesar de la inmensa dificultad de los momentos actuales.

Hemos presenciado, por una parte la esplosion vehemente y patriótica de esos sentimientos del pueblo porteño, que Rosas no ha agotado, y que nadie agotará, y por otra, la marcha sangrienta de ese sistema infernal con que el déspota ha podido amortiguar el animo fuerte de sus compatriotas, y el deseo inestinguible de ser libres. Carácteres perfectamente trazados y lógicamente sostenidos. ¿Quién no reconocia en Eduardo al conspirador contra el tirano á alguno de esos valientes cuya cabeza ha hecho rodar el malvado en diez años de asesinatos populares? ¿Quién que haya bebido leche porteña no ha sentido humedecerse el rostro y bibrar el corazón de colera, al descubrir la cinta ignominiosa y el luto que el tirano llama *federal*, en su cruel ironia? Por nuestra parte el cuadro de la conspiración, nos ha hecho derramar lágrimas amargas, en que se mezclaba tanto el amor patrio, como el recuerdo de pasadas glorias. Y el pueblo sentia con nosotros, porque el pueblo ama la libertad de todos los pueblos de la tierra, y el pueblo es el interprete de los sublimes sentimientos.

El poeta ha obtenido un suceso poco comun en nuestra escena; este es un hecho que nadie le negará, sean cuales fuesen los defectos del drama, y los principios del que le juzgue.-

¿Cuál es la ley del arte que el jóven Mitre ha realizado en su obra? ¿Cuál es el ministerio con que á todos ha conmovido, con que á cada palabra de su obra ha arrancado un aplauso? ¿Qué ha hecho él por fin?

Poeta de 19 años, nacido entre las descargas de las guerras civiles, nutrido entre las lágrimas de la emigración, y con el espectáculo sangriento de la tirania constantemente á sus ojos, ha alzado su voz con la voz del pueblo, contra ese poder brutal que yerma los estados, y que abate las mas nobles cabezas, que pisotea las entrañas de la pátria. Esto ha hecho, y la corona dramática ha ceñido sus sienes.

Poco acostumbrado, el poeta, á dejarse dominar del *arte puro* en sus obras, ha abrazado con bizzarria un suceso nacional, y lo ha desenvuelto con verdad. Este és su mérito mayór, y el secreto de su arte. Arte soberano entre nosotros, porque reasume todos los conceptos, todas las reglas, todas las teorías literarias, que en las escuelas racionales, no se dirijen sino á la realización de la verdad en escena.

Enarvolar la bandera revolucionaria, sacando del corazon de la pátria, todos los resortes del Drama como conviene á nuestras sociedades, no és un triunfo efimero sobre los que creen que el arte de Racine y de Voltaire ha de nacer vestido y calzado en vuestros paises, ni un suceso de tan pequeña importancia para nuestra naciente literatura.

El ensayo del Sr. Mitre ha sido para cierta clase de personas, mas que un motivo de regocijo, una leccion profunda. Hay todavia, en nuestros paises, tan pobres en ideas como en ciencias y en literatura, hombres que creen que esta última no és mas que un entretenimiento, un lujo de la sociedad. Nosotros lo hemos dicho, y hoy lo repetimos con orgullo, nuestra literatura debe sér mas social que literaria, mas verdadera y positiva que artistica, Porque ¿qué somos? ¿Dónde están los sagrados antecedentes que debemos respetár? ¿Cuál es el arte que nos han legado nuestros padres con sus grandes trabajos de Maypú, Chácabuco, Ituzaingó?

Tan jovenes, y tan pobres, pues que es necesario traducirnos en la escena, aun cargados de los andrajos de la guerra, como hemos levantado la República Americana, así todo el q' quiera llamarse verdaderamente poeta, tiene q' admitirnos en la desnudez en que nos hallamos; marcar el hecho, y lanzarse por el camino que ese mismo hecho determina: tomar la tradición sublime, la tradición de Mayo, y arrostrar con su bandera en el aire, todas las críticas, todas las preocupaciones de esa literatura estrecha, para llegar en el sentido de nuestra regeneracion social, hasta donde llegaron nuestros padres, sin tácticas, sin academias, sin mas maestro que la necesidad y el valor.

Que el jóven poeta adopte los aplausos del Pueblo, y mire con desden las pobres criticas de los que no quieren sér Pueblo en cuanto al arte. Su carrera és inmensa, y el porvenir no será ingrato.

[Firma] C.

“Teatro de Santiago”, *La Gaceta del Comercio*, N° 116, Valparaíso, 20 de junio de 1842, pág. 1, cols. 1-2.

Con el objeto de amenizar un tanto nuestras columnas, nos hemos decidido a publicar la siguiente carta escrita a un amigo nuestro desde la capital, y que contiene algunos renglones sobre el teatro, cuya lectura no desagradará tal vez a nuestros lectores.

Santiago, 17 de junio.

...Dejaré pues estos asuntos serios y pasaré a ocuparme del teatro con el objeto de ponerlo a Ud. al corriente del estado de nuestras diversiones públicas. Anoche asistí a la representación de la *Catalina Howard de Dumas*. Otra vez hemos hablado sobre este drama y creo que le tengo dicho mi juicio sobre él. A mi modo de ver pues, es uno de los que menos valen entre los trabajados por Dumas. Los caracteres son débiles, las pasiones exageradas y las costumbres tan lejanas de nuestra época, con tan pocos puntos de contacto con las nuestras, que más bien hacer aparecer esta pieza como un esfuerzo de erudición, que como un drama destinado a conmover y servir a la época moderna. En él está palpitante y viva la manía del romanticismo de tirarnos a la cara la caballería y las virtudes muertas de la edad media para combatir y moderar el impulso plebeyo, escéptico y positivo que nos domina; y que mal que mal nos llevará a resultados mil veces más grandes que aquellos de que disfrutaron con toda su caballería y todo su idealismo religioso los infelices a quienes tocó vivir en los siglos que median entre el siglo XII y el XVI.

Esta manía, digo, está vivita en la pieza de anoche: todo lo hacen los reyes, los condes y los marqueses y las princesas; y lo que es peor, estos caballeros que han sido y son siempre la gente más corrompida e infame del mundo, aparecen en la *Catalina Howard* obrando siempre por motivos grandes y nobles, mientras que una infeliz muchacha del pueblo aparece más egoísta que una judía, más infame que una Brunegilda (que era reina) y dotada de una veleidad que rarísima vez se encuentra en las mujeres. [...]

Los caracteres de la pieza son pobres y están delineados de un modo confuso: se ven como ahogados por un cúmulo de sucesos tan grande que no les da tiempo a desenvolverse, y que los domina en vez de ser dominado por ellos. Yo no sé si me engaño; pero le digo a Ud. francamente, que no me gusta un drama en que no hay uno o más caracteres que dominen la acción, como los hay en la *Teresa* y el *Antony*, que sin duda es

el trabajo más perfecto de Mr. Dumas: cuando la acción, el espectáculo o los sucesos dominan al personaje, resulta un drama trivial, que interesa tal vez pero que no sorprende ni arrebató. El método de los grandes maestros es hacer dominar la *acción* por el *hombre*, o lo que es lo mismo, el *movimiento material* por la *razón*. Así han hecho Corneille, Shakespeare, Calderón, Victor Hugo y Dumas mismo, algunas veces. Los griegos siempre lo hicieron; lo que le noto a Ud. de paso, a pesar de que ahora soy tan poco clásico como poco romántico.

Las pasiones de la *Catalina* son exageradas. Conocemos muy poco el corazón de la mujer; pero creemos que el amor jamás es en ésta otra cosa que *la flor del instinto*, como dice un gran poeta contemporáneo. Pero Mr. Dumas, dice que no, y al pintar maliciosamente a la *Catalina* como a una mujer que no tiene otro móvil para elegir marido que el del mayor interés, parece que dejara traslucir la pretensión de pintar a todas las mujeres de todas las épocas. Yo protesto formalmente contra esta calumnia, y digo que cuando más concederé que así era en aquellos tiempos *ideales*, pero que en nuestra época, que es tan *positiva*, jamás sucede esto, y que hasta ahora no he visto que el móvil de una señorita que quiere casarse, sea el interés [col. 2] neto y puro: tal vez esté yo ciego, pero me parece que si esto sucedió entonces, no sucede hoy ya por fortuna. Como Ud. es tan malicioso, siempre que hablo de hechos morales o sociales, me siento en la necesidad de protestarle que hablo sin ironía.

[...]

“Teatro. Primera representación del Mulato”, *El Semanario de Santiago*, N° 1, Santiago de Chile, 14 de julio de 1842, pág. 7, col. 1-2, pág. 8, col. 1.

Pocas veces hemos visto en el teatro una concurrencia tan numerosa como el domingo. Es verdad que la primera representación de una pieza, mueve poderosamente la curiosidad; pero creemos que en la de que hablamos, [sic] ha habido un estímulo más, puesto que en iguales circunstancias, piezas de fama, apadrinadas por el nombre de autores célebres, no han excitado tanto alboroto. Todo el mundo deseaba ver el *Mulato* porque se creía encontrar en este drama alguna tendencia social, algún hecho que definiese, algún cuadro que caracterizase este individuo, especie de apodo viviente, y sin embargo noble y generoso a veces, y más caballero, en ocasiones, que los que se precian de serlo sin otros títulos para la sociedad que los roídos pergaminos que les han legado sus padres. El teatro moderno que pinta las necesidades del día, que clasifica los individuos con abstracción del nacimiento y de otras exterioridades, y que aspira a reformar la sociedad, al anunciar *el Mulato*, ser hasta cierto punto indefinido, despreciado si es pobre, atendido y halagado si rico; pero que, tanto en su hu- [col. 2] milde como en su encumbrada posición carga sobre sí un pecado de nacimiento que no

puede borrar, una maldición que no ha merecido y que sin embargo le persigue con más eficacia que un remordimiento, parecía normal que se ocupase en él y le designase el lugar que la filosofía le señala con desprecio de la preocupación. Cuando la guillotina del 93 niveló las diferentes condiciones de la sociedad, el mulato debió entrar en el goce de todos los derechos del hombre, y ésa fue para él como para la nobleza, una época de transición en que él subía y ésta bajaba hasta encontrarse en un mismo plano, sin perjuicio de poder subir después a la nueva aristocracia que iban a constituir el talento y la fortuna. Así sucedió en el reinado de Napoleón en que el mulato, lejos de avergonzarse de su nacimiento, viéndose colmado de honores que debía únicamente a sus esfuerzos, podía exclamar con el mismo orgullo que el moro de Venecia: “Soy un mulato,
... y para mí este nombre
Léjos de vituperio, es un aplauso”.

Así ha continuado siguiendo en Francia y con pocas excepciones en el resto de la Europa.

Mas en nuestra sociedad chilena eminentemente aristocrática aunque con instituciones republicanas, el mulato es todavía un nombre de escarnio y de desprecio, aunque aún reina la preocupación antigua, pero muy modificada en favor del saber y del dinero. Éste, mejor mil veces que la guillotina, sabe aplanarlo y liberarlo todo, de suerte que el mulato rico es hoy día preferido a muchos nobles –y esperamos que llegará el tiempo en que el mulato honrado y laborioso sea también preferido al noble holgazán y corrompido; en que prefiera en fin la nobleza del alma a la nobleza del pergamino: nuestra sociedad habrá dado entonces un paso de gigante hacia su perfección.

El drama representado el domingo no abraza estas consideraciones, ni ha podido abrazarlas habiendo puesto su autor la escena en el reinado de Luis XV, antes que la revolución francesa hubiese desterrado las preocupaciones del nacimiento y abolido las ridículas prerrogativas de la nobleza. Refiere solamente un episodio que no generaliza lo bastante la condición del mulato en ese tiempo, para poder siquiera establecer una comparación con lo que es en la época presente. [...]

[pág. 8, col. 1] El autor de la pieza se ha propuesto sin duda, manifestar que un hombre de bajo nacimiento puede abrigar sentimientos nobles y generosos y que es tan aparente para la sociedad como el noble más esclarecido. Su fin moral se dirige a hacer recaer la indignación del espectador sobre el padre inhumano que abandona sus hijos naturales exponiéndose así a que éstos lo desatiendan y desconozcan a su vez; pero no ha unido el ejemplo al precepto, pues él también ha abandonado su obra. La pieza es bastarda como el héroe de ella, su autor no la ha reconocido prestándole su nombre; el traductor don J. Varela la ha prohiado.

Teatro. “Luis Onceno”, *El Semanario de Santiago*, N° 4, Santiago de Chile, 4 de agosto de 1842, pág. 7, cols.1-2, pág. 8, col. 1.

Hay que evitar dos escollos, aunque no igualmente temibles, cuando se elige un carácter o suceso histórico para base o asunto de una obra de imaginación. Por una parte, el adulterar la historia, desfigurando los hechos, invirtiendo las fechas, cambiando los lugares o desnaturalizando los personajes, al mismo tiempo que extravía a los ignorantes y propaga mil errores, causa una impresión desagradable a los que se hallan en aptitud de descubrir la infidelidad de la relación o pintura. Por otra parte, el apego excesivo a la historia, sujeta y abate el vuelo del genio; la tosquedad de los hechos viene a borrar ese esmalte delicado que la imaginación estampa en sus creaciones; se anda siempre por un camino real, trillado y derecho, sin vagar por las amenas praderías que se extienden a sus lados: en una palabra, se sustituye lo positivo a lo ideal. Hemos indicado que estos dos escollos no son igualmente de temer, y en efecto, nuestro siglo, por lo mismo que en su existencia material busca con ansia lo positivo, lo verdadero, apenas lo solicita, cuando entra en esa vida ficticia que la imaginación anima y embellece. En el día se exige del historiador la más escrupulosa exactitud; y se concede la más amplia libertad al novelador, al poeta. Aquí se dan a la imprenta archivos enteros de papeles de estado, sin variar ni siquiera su ortografía; allí publican sus cuentos fantásticos Hoffman (sic), Balzac, y Zorrilla. [...]

El ingenio feliz de Sir Walter Scott supo hermanar admirablemente en sus novelas históricas la invención y la verdad. Victor Hugo, aun cuando más se aparta de ésta y acaso de la verosimilitud, pinta las costumbres con una propiedad extremada, y siembra en sus dramas alusiones, dichos e incidencias que les dan un sabor de naturalidad y como un principio de vida. Alejandro Dumas no se ha desempeñado ordinariamente con tanto acierto a este respecto, pero, en cambio, no reconoce entre sus contemporáneos superior, ni igual tal vez, en los efectos teatrales que hace resaltar con maestría suma en sus dramas y comedias.

La literatura francesa del día cuenta un número crecido de escritores que muy poco se curan de la historia, para quienes no es otra cosa que un registro de nombres propios de que pueden usar a su antojo; y sin embargo sus dramas o novelas, que solo pueden llamarse *históricos* por antífrasis, son bien acogidos si satisfacen a los que acuden a ellos en busca de estímulos que despierten su curiosidad y exciten sus simpatías.

Mr. Casimir Delavigne, autor de la pieza cuyo nombre sirve de epígrafe a este artículo, y autor también del “Marino Faliero”, tragedia conocida en nuestro teatro, tan poco acier- (col. 2) to ha tenido a nuestro juicio en las libertades que se tomó con la historia en la una, como en el exclusivo empeño con que reduce la otra al retrato de un Monarca. [...]

[...] Para nuestro gusto la conferencia entre el Santo y el Rey es la mejor escena de la pieza; campean en ella bellezas de primera clase, y deja una impresión profunda de terror y lástima. Convenimos con Mr. Duviquet en que es una de las más hermosas que pueden admirarse en el teatro francés.

Pero no estamos de acuerdo con este crítico en el elogio que hace de la escena que pasa luego entre Luis y Nemours. Poseído del odio más vivo contra el rey, cuando desde el principio de la pieza solo ha respirado venganza contra él, y por saciarla, ha desechado los medios de salvarse que la amistad le había proporcionado, cuando, aun a riesgo de perder a Cotier, su protector, queda oculto detrás de un tapiz, con un puñal en la mano para clavarlo en el pecho de su enemigo, cuando acaba de oír la confesión del asesinato de su padre, ejecutado por orden de Luis, cuando en fin ha visto que su anhelo más vivo es el de prolongar su vida, cambia repentinamente de propósito; y en vez de satisfacer su venganza, prefiere dejar con vida al tirano, para que le ataracen los remordimientos. Esto es pintar a un tigre hambriento, que teniendo entre las garras la presa que desde largo tiempo acecha, la mira y se aparta. Y sobre todo, es olvidarse del carácter de Luis Onceno. [...]

[pág. 8, col. 1] [...] Si se alega que la historia le manifiesta así, responderemos que no todos los caracteres históricos sirven para protagonistas de una tragedia. La verdad histórica no basta para hacer una tragedia buena, ni siquiera para excusar una tragedia mala. “¿Queréis,” dice Victor Hugo a los copistas serviles, “que se diga de la historia lo que se ha dicho de la poética de Aristóteles –*que enseña a hacer bien malas tragedias?*”

Correspondencia. “Producciones dramáticas modernas”, *El Semanario de Santiago*, N° 6, Santiago de Chile, 18 de agosto de 1842, págs. 6-7, cols. 1-2.

¿Hay moralidad en las producciones dramáticas de la moderna literatura? He aquí una cuestión que abrirá vasto campo a la discusión y a la crítica; porque no ignoramos que sea cual fuere nuestra opinión, habrá amigos y enemigos de ella. [...] La prensa no puede ser el teatro de la terquedad y de la descortesía, pues lo que no sería tolerable en la última sociedad, menos puede serlo ante el público, extraño a todo lo que no le sea útil y a todo lo que no sea la razón y la verdad. [...]

[...] y si entre las producciones modernas vemos no pocas que merecen hasta cierto punto alguna aceptación, bien que no se conformen a nuestras costumbres e ideas, no está distante el día en que consideradas bajo el aspecto de moralidad, caiga sobre ellas el fallo de una justa reprobación. A los modernos somos deudores de una emancipación, que así como en legislación y en política hace gustar los bienes de la libertad, así en literatura dejando al genio dueño de sus facultades, abre el más hermoso y el más vasto campo a la imaginación y al gusto. [...] [col. 2] Pero es preciso no confundir,

y no abusar, o como dice una frase común, no confundir la libertad con la licencia. La unidad de acción debe respetarse, casi como regla matemática, y lo que en contrario se diga, más es sutileza que razón. [...] Por lo que hace a las unidades de tiempo y de lugar, éstas son barreras inútiles ya y de ellas puede prescindirse, aunque consultando la verosimilitud y curso natural de los sucesos. [...] Reglas de tiempo y de lugar, he aquí las ruinas de un edificio sobre el cual ha sentado el tiempo su huella destructora: regla o unidad de acción, he aquí lo que debemos respetar como lección de la experiencia, y como una de esas verdades que prueban que el corazón ha sido siempre el mismo.

La pintura de los sentimientos y el combate de las pasiones es lo que constituye la moralidad de un drama, y en este punto no es donde los modernos pueden cantar el triunfo. [...] No consideramos el teatro precisamente como una escuela de la moral; pero sí lo consideramos como el campo de la imaginación y del buen gusto; y el que aspire a la gloria y a nuestra aprobación, necesita sernos útil, o por lo menos, no dañarnos. Lo consideramos también como un espectáculo público frecuentado por la más sana y escogida parte de una población, y lleno el patio de hijos y padres, de hombres y mujeres, de viejos y jóvenes, sus conciencias y costumbres son un sagrado en que no es dado tocar. Si son malas y corrompidas es preciso corregirlas poniéndoles a la vista los cuadros de la religión, de la virtud y del deber, o los del vicio y del crimen, empero siempre con un modo y un propósito morales y útiles. [...]

[...] Si nos disgusta en Molière la escena 6^o del acto 2^o de la *Escuela de las* [pág. 7, col. 1] *Mujeres*, si una de éstas no podría verla sin vergüenza, y si lo mismo sucede con las comedias inglesas del tiempo de Carlos II, es también seguro que nadie podrá ver sin horror un hijo expirando maldecir a su madre como en *Margarita de Borgoña* y en *Catalina Howard* presentando un marido el hacha ensangrentada con que ha cortado la cabeza de su delincuente esposa a quien castiga siendo su verdugo. [...]

La literatura, se ha dicho, es o debe ser la expresión de las necesidades de una época, y esto es una verdad. Pero desconocer o desatender el espíritu y necesidades de esa época, olvidar que los principios deben predominar sobre las pasiones y que su influencia debe ser promovida para nuestra propia utilidad y para la conservación de todo lo que puede hacernos moralmente mejores ¿no es prostituir la profesión del literato? [...] [col. 2] Y si la moral consiste en los hechos y no en dogmas, el autor que los olvida y entregado a su fantasía cree lo que no es, no nos venga a decir que ha pintado la verdad y la naturaleza; confesaremos que tiene genio creador, que es poeta, pero lamentaremos su extravío.

Cuando al lado de grandes abusos y de extravíos perniciosos y funestos, vemos y admiramos el genio, la imaginación, la poesía y el conocimiento profundo y filosófico del corazón humano, casi es preferible la ignorancia y el error, antes que admitir como un progreso, como una tendencia útil, esas pinturas, ya exageradas, ya falsas y puramente

fantásticas, que más de una vez vienen turbando la armonía de nuestras ideas y de nuestros sentimientos, a sembrar un germen de corrupción o de relajación. [...]

J. E. C.

Teatro. “No más mostrador”, *El Semanario de Santiago*, N° 7, Santiago de Chile, 25 de agosto de 1842, pág. 54, col. 1-2, pág. 55, col.1.

Hay bien poca delicadeza en algunos autores para engrosar sus obras con producciones ajenas, aun sabiendo cuán difícil es hoy día hacer esta clase de robos literarios sin ser descubiertos. Tiempo ha que habíamos visto con asombro la franqueza con que don Pablo Xérica presenta como originales entre sus poesías jocosas algunas traducciones de Collé y Panard, sin tomarse siquiera el trabajo de invertir el orden de los pensamientos, o cubrir el plagio de cualquiera otra manera; y ahora vemos que D. Mariano José de Larra pretende otro tanto con la pieza representada el jueves, *No más mostrador*, existiendo en francés con el mismo título, y en las obras harto conocidas de Scribe el original que ha traducido.

Es verdad que la pieza francesa solo consta [col. 2] de un acto, mientras que la de Larra tiene cinco; pero también lo es que esta mayor extensión proviene de haberse agregado el papel del conde que sólo está indicado en el original; de haberse introducido uno que otro accidente; parafraseado algunos pensamientos y prolongado a toda costa la acción hasta producir el mismo desenlace que tiene la pieza de Scribe. Aun estas agregaciones no son del propio fondo de Larra, pues bastante están demostrando que al reformar les *Adieux au comptoir* de Scribe, ha tenido a la vista *L'École des Bourgeois* de D'Allainval, así como éste tuvo sin duda presente al *Bourgeois Gentilhomme* de Molière. Mas dejemos a un lado los plagios para descubrir la idea filosófica de Larra al introducir un nuevo personaje en la pieza que traducía, el fin social que se propuso, el modo como ha llevado a cabo su pensamiento y el provecho que en Chile se puede sacar de su pieza.

Hasta el año 89 la sociedad europea en general y principalmente la francesa podía considerarse como dividida en tres clases, la nobleza, la gente acomodada (*bourgeoisie*) y la plebe: la nobleza, llena de privilegios, orgullosa y corrompida; la gente acomodada propensa a imitar a la nobleza aun en sus descarríos, y la plebe considerada como el macho del molinero, cargando sobre sí el trabajo y el desprecio. De una sociedad así organizada, nacían naturalmente costumbres que pedían escarmiento. Molière más que ningún otro fue el azote vivo tanto de estas costumbres, como de otros ridículos de su tiempo. Después de haber combatido algunos vicios inherentes al corazón del hombre, sacó a la mofa del público en el *Bourgeois Gentilhomme* la necia pretensión de algunas gentes de figurar entre la nobleza y de buscar una esfera distinta de la que la naturaleza les ha concedido. Esta pieza habría alcanzado el triunfo que otros (sic) del mismo autor, si

al mismo tiempo que corregir un ridículo, no se hubiese propuesto divertir a la corte y si no hubiese sacrificado su dialéctica poderosa, su admirable penetración y buen sentido al *faites-moi rire* que le pedía Luis XIV. [...]

[...] [pág. 55, col. 1]

[...] Molière en el siglo XVII ridiculizó al hombre vanidoso y *dio un golpe* a la nobleza; D'Allainval en el siglo XVIII, ridiculizó también al vanidoso, pero *atacó* la nobleza y sus vicios; y Larra en nuestro siglo, ridiculiza al vanidoso, *degrada* la nobleza, manifiesta que la pretendida superioridad del nacimiento es una quimera; que el noble es un hombre como cualquiera otro; que sus modales finos, su exquisita política, sus ideas de honor y todas las demás exterioridades que lo distinguían del vulgo, son las mismas en toda la gente de educación, aunque con menos orgullo y más delicadeza.

Esta comedia no nos parece de completa utilidad moral para nuestra sociedad chilena donde reina la igualdad de condiciones, donde solo puede considerarse plebeyo el desvalido, y noble el hombre rico y el de talento. Todo individuo que con su trabajo y economías adquiere alguna fortuna que su previsión destina a sus hijos, será siempre estimado y considerado como un noble y buen ciudadano. Mas si no propende a corregir los humos de nobleza, servirá por lo menos a ridiculizar otras pretensiones que también critica la pieza y de que por desgracia no está exenta nuestra sociedad.

“Teatro de Copiapó”, *El Semanario de Santiago*, N° 20, Santiago de Chile, 18 de noviembre de 1842, pág. 166, col. 1-2, pág. 167, col.1.

Para uno de los días del 18, la compañía cómica de este pueblo, a la que debemos muy buenos ratos, anunció la primera representación de una petipieza, obra original del doctor don Enrique Rodríguez, nacional argentino, titulada *“La batalla de Maipú, o un brindis a la Patria”*. “El autor, se dijo en las tablas, al hacer el convite, la dedica al Presidente de la República, el señor General don Manuel Bulnes.”

La merecida reputación del señor Rodríguez como abogado, sus conocimientos literarios, su juicio ilustrado y otras prendas intelectuales que le adornan, nos hicieron esperar que la composición ofrecida al público fuese digna de su autor, quien le daba a luz al mismo tiempo que su nombre sin ningún miedo de comprometerlo. Y viendo que la dedicaba al primer personaje de Chile, nos persuadimos enteramente de que el obsequio correspondería a la confianza desplegada por el poeta. Mis esperanzas, por lo menos, salieron frustradas, bárbaramente frustradas. “La batalla de Maipú” se volvió disertaciones interminables sobre asuntos más propios para llenar las columnas de un periódico redactado por demagogos, que para preparar o producir efectos dramáticos: resultó ser una colección de diálogos narcóticos sobre cosas que ya todos sabemos de memoria, sembrados de ocurrencias triviales, de vulgaridades sin gusto, de anacronismos

insoportables; y nada de acción, nada de intriga, nada de pasión, nada de teatro en fin, que era lo que allí íbamos a buscar.

¡Ninguno de los héroes de la batalla de Maipú, ni uno solo de los tiros que allí se dispararon, ni una gota de la sangre que, en ese día, corrió a torrentes...! ¿Para qué profanar la memoria de esa jornada inmortal, dando su nombre a la bachillería de “doña Isabel” a las simplezas de “Don Cándido” y a las brutalidades de “don Pacífico” y de “doña Circuncisión”? ¿Qué giro dio a los acontecimientos, qué efectos produjo, qué parte tuvo en el desenlace el “brindis a la Patria”? Cuando yo creía que el poeta nos conduciría al campo de batalla a presenciar mil muertes, o que del brindis resultasen noventa y nueve desafíos entre patriotas y españoles, todos estos descalabros pueden esperarse del furor romántico que anima a los literatos trasandinos, he aquí el ratón que parió la montaña. [...]

[pág. 167, col. 1] [...] La caída del telón nos anunció el fin de la pieza que, al paso que llevaba, todavía admitía el funeral de los muertos en la batalla, un baile y una fiesta de toros.

Moral de “la Batalla de Maipú o un brindis a la Patria”. Que siendo viejo y godo ningún hombre ha de pensar en casarse. Y que no deben creerse las noticias dadas por los motilones de san Francisco.

La señora Montesdeoca [sic] a quien no se puede ver en la escena sin aplaudirla, sin tributar a sus talentos muy debidos testimonios de aprecio, dio, representando el papel de Isabel, una prueba incontestable de su robustez pulmonal [sic]; como la rindió también el admirable señor Casacuberta de los tiernos recuerdos que conserva de la Patria, cuando abrazando el descolorido pabellón que hoy ensangrienta un tirano, le habla de sus glorias y triunfos, como si quisiera consolar su tristeza, como si quisiera que ellos y no los cadalsos pronosticasen su porvenir. —*Jotabeche*.

Teatro. “El ambicioso o La dismicion [sic] de un Ministro”, *El Semanario de Santiago*, N° 21, Santiago de Chile, 24 de noviembre de 1842, pág. 176, col.1-2.

La ambición ha prestado al teatro en todos tiempos asunto muy fecundo para ponernos a la vista las ridiculeces, los excesos y hasta los enormes crímenes que consigo arrastra aquella pasión avasalladora y volcánica: así Victor Hugo y Dumas nos representan en Fabian Fabiani, en Ricardo Darlington [sic] y en Catalina Howard tres monstruos en quienes ya seco el corazón, sólo queda un vértigo horrible que no mira a su alrededor, sino sangre, venenos y víctimas. Empero en El ambicioso de Scribe no se desarrolla esta pasión con aquellos elementos de muerte. Roberto Walpole, que desde sus primeros años no tuvo otro afecto ni ahínco más imperioso que el del *poder*, luego que llegó a ser primer Ministro de Jorge II, a fuerza de intrigas y humillaciones, sólo trató de conservar su

puesto, sojuzgando tres reinos por espacio de veinte años, a costa de grandes sacrificios y de una absoluta abnegación; pues como dice él mismo, “*jamás disfrutó de placer alguno, nunca sintió palpar su corazón por el amor de una mujer; nunca amó a nadie, ni fue amado de nadie.*” [...]

[col. 2] He aquí un espejo del diplomático aspirante, una comedia de carácter, muy fina, con una acción tan natural como delicadamente enlazada con episodios interesantes, en que reduce el admirable diálogo de la pluma de Scribe, apoderándose siempre del corazón para expresar tan fielmente los afectos más íntimos y ocultos.

Algunos la creerán pesada, soporífera talvez, cuando hemos visto impasible a una numerosa concurrencia que no la ha favorecido con un aplauso, ni tampoco a los actores que la han desempeñado con propiedad y aun maestría sobresalientes. El señor Fedriani [sic], que ha dado tan relevantes pruebas de su distinguido talento para todos los papeles de carácter elevado (con tal que no sean [sic] muy declamatorios) ha añadido en el de Roberto Walpole un lauro más a su bien merecida reputación. La apostura de un alto personaje, su acción noble y mesurada, su acento grave y sentencioso y cierta pulcritud de modales de alta sociedad, han identificado al señor Fedrini con el Conde Rantzeau en El arte de conspirar, con Luis Onceno, con el Regente en Los hijos de Eduardo y Roberto Walpole en El ambicioso, como con todos los magistrados de esta jerarquía. La ironía de todos los afectos de esta clase y la risa feroz del tigre que arrebató la presa, próxima a escapársele, nos han parecido, sobre todo, en las dos últimas piezas, inimitablemente expresadas por el señor Fedrini. [...]

“El drama moderno. ¿Es moral o es inmoral?”, *El Mosaico*, N° 4, Valparaíso, 5 de julio de 1846, págs. 1-3, cols. 1-2, pág 4, col. 1.

Ya que hemos inaugurado el *Mosaico* dando a luz en sus primeras páginas la preciosa traducción de la *Teresa* de Dumas, no dejaremos de decir algunas palabras sobre la cuestión que éste y otros dramas modernos han suscitado entre nosotros.

Los escritos periódicos, como que nacen y mueren en un día, parecen destinados a ventilar las cuestiones del momento, esas cuestiones que, aunque no siempre de un interés general y positivo, absorben sin embargo por algunos instantes la atención del gran número. Tal creemos nosotros la que, sobre la moralidad o inmoralidad de las piezas dramáticas, se ha debatido en el período que va corriendo. Y en esta inteligencia y aunque no nos sea dado hacerlo aquí con toda la atención que el asunto merece, vamos a examinar *lo que es el drama moderno*, para deducir de su constitución y de la manera con que obra sobre el indi- [col. 2] viduo, la buena o mala influencia que leído o representado ejerce en la sociedad.

[...]

Vista la idea que nosotros formamos respecto a la constitución y naturaleza del drama moderno, y supuesta en el autor dramático la capacidad necesaria para desempeñar con acierto el asunto que se propone, bajemos desde luego a la de- [pág. 2, col. 1] batida cuestión con que encabezamos estas líneas. ¿Es moral o es inmoral el drama moderno?

[...]

Nosotros comprendemos que la pintura que hace el drama, de las pasiones feas del hombre, no es únicamente para que vistas y conocidas sus fatales consecuencias, el hombre las aborrezca y abandone. No por cierto. Si así fuese, el autor de un buen drama habría hecho un servicio a las letras, al teatro, a su país, a la humanidad tal vez; pero su obra distaría todavía de llenar su verdadero objeto. Es verdad que pudiera haber influido algún tanto en la mejora del individuo; pero poco o nada habría hecho en favor de la mejora y del progreso social.

La tendencia del drama es a nuestro juicio, harto más filosófica y socialista, y al mismo tiempo, harto más importante y reformadora. La pintura que nos presenta el drama de las pasiones del hombre tiende, sin duda, a hacer que la inteligencia social las examine, las estudie, las depure, y ponga de su parte los medios de que puede echar mano para corregirlas, a fin de convertir en provecho de la sociedad aquello mismo que la daña y perjudica.

[...] El teatro antiguo pintaba siempre la tiranía doméstica o la tiranía política: todo rey era entonces tirano de su pueblo, todo padre tirano de su hijo. El teatro moderno no puede presentarnos en la escena reyes y esclavos, padres e hijos, opresores y oprimidos; pero copiando a nuestra moderna sociedad, nos presenta, sí, hombres de igual clase y jerarquía, que debiendo amarse, se aborrecen mutuamente y que, por una especie de tácita convención, parecen empeñados en violar unos respecto de otros, hasta sus más sagrados y preciosos deberes.

[col. 2] He aquí una triste, tristísima verdad que pasa en el mundo desapercibida, y que el drama elocuentemente nos revela y pone sin cesar delante de nuestros ojos. Si esto es cierto, como nosotros lo creemos, el drama es un medio más eficaz que todos los medios conocidos hasta aquí, para publicar y poner de bulto ante la sociedad los vicios que encierra el corazón del hombre. Estos vicios que ha observado y estudiado el dramaturgo con toda la conciencia y filosofía de que es capaz, se presentan con su colorido natural y propio ante esa sociedad, no por cierto para corromperla, sino para despertar la inteligencia pública y hacerla pensar en el medio que debe adoptarse para refrenarlos, y si es posible, para depurarlos, mejorarlos, y hacerlos producirse en sentido favorable.

[...]

[pág. 3, col. 1] Hasta principios del presente siglo nuestra metrópoli pareció una excepción prodigiosa de esta regla general. Contra el torrente de la innovación europea

mantuvo por largo tiempo sus costumbres rígidas y despóticas; pero la invasión francesa y el contacto de sus hijos con los hijos de otros países, fueron haciéndole desterrarlos de a poco, hasta llegar, como lo estamos viendo ahora a la licencia más desenfrenada.

[...]

[col. 2] La moralidad del drama moderno consiste pues, en la acción que leído o representado ejerce sobre la inteligencia individual y sobre la inteligencia pública, y no, como se ha pretendido que fuese, en una predicación efímera, ridícula y de todo punto ineficaz así para la primera como para la segunda.

[...]

Pero volviendo a la influencia social del drama moderno, diremos, para concluir de una vez, que en esa influencia en- [pág. 4, col. 1] contramos nosotros la más provechosa y verdadera moralidad de una obra; y que en tal sentido el drama no es a nuestros ojos otra cosa, que un espejo donde se reflejan los vicios y males que aquejan a la sociedad y se ponen en claro y a la vista de todos. El individuo los ve, los conoce, y procura evitarlos para liberarse de sus malas consecuencias: la inteligencia social los examina, los estudia, y para corregirlos y depurarlos abre campo a nuevas costumbres y a nuevas leyes.

DOCUMENTOS

“La opinión pública (Una paradoja a propósito de una verdad) de Justo Arteaga Alemparte”, *La Semana*, N° 44, Santiago de Chile, 5 de Mayo de 1860, págs. 325-328, cols. 1-2.

Casi es cosa convenida que el siglo XIX es el siglo de la incredulidad. –No hai un solo pensador con ribetes, con respuntes siquiera de creyente, que no clame contra la impiedad que todo lo invade, que trastorna las creencias mas santas.

Si uno fuera a fiarse en sus observaciones, a prestar oído a sus lamentos no podría ménos de creer, -quedándose siempre en un término medio, que es el mejor camino de no quedarse en nada i por lo tanto el mas jeneralmente seguido; -no podria ménos de creer, repetimos, que la sociedad actual está espuesta a irse de bruces, el dia menos pensado i esperado, en un precipicio sin fondo, en el que relijion, lei, derecho, patria, conciencia se han de ver despeñados, mutilados, destrozados. No falta mas de un timorato de buena fé que se imagine en sus vijilias penitentes, en esas altas horas de la noche en que los duendes corren el mundo, en que las brujas cabalgan en palos de escoba, en que las ánimas de los muertos vienen a golpear a las puertas de los vivos, en que no hai sombra que no se proyecte colosal, ruido que no sea siniestro, en que un gato basta para espantar al mas valiente i una rata para obrar un tumulto de alcoba que interrumpe el ensueño de la virjen, la cavilacion del sabio, el ideado plan del político, la pluma del escritor, la inspiracion del poeta; no hai un solo timorato que no vea en esas horas en [ilegible].

[pág. 326, col. 1] ¿Cuál es la divinidad a que rinden culto en este bajo mundo grandes i pequeños, pueblos i reyes, oprimidos i opresores, esclavos i señores? Cuál es esa divinidad cuya existencia nadie se atreve a negar, ante cuyas decisiones todos inclinan humildes la cabeza? Cuál es ese poder sin mas lei que su capricho i contra el cual sin embargo no se conspira, no se levantan tumultos, no se hacen asonadas? La opinion pública.

La opinion pública, se dice, es el gran tribunal de la humanidad, la luz que señala el camino del bien i de la verdad, juez sin miedo i sin odio que premia o castiga sin que nada de la sociedad que puede mas que ejércitos i escuadras, que cadalsos i verdugos, que presidios i cadenas; palabra misteriosa que escapa nadie sabe dónde, cómo ni cuándo, pero que penetra en todas partes: en la choza como en el palacio, sin curarse de guardas, espías, centinelas, puertas, cerrojos ni espesas murallas; palabra misteriosa que alienta al justo que sufre, hace temblar al poderoso que abusa, sonrojarse al que ha cometido una falta, huir al criminal. (...)

[col. 2] Pero ¿qué es la opinion pública? –La opinión pública, según los mas entendidos, es el juicio que forma la mayoría de la sociedad sobre los hombres i los sucesos. Si hai alguna definicion que diga mas que esta no la conocemos. Por tanto, ciñéndonos a ella vamos a permitirnos nuestras observaciones.

¿De qué se compone una sociedad? –De hombres, es claro.

¿En cuántas categorías se dividen esos hombres? En hombres de talento i necios.

¿Por cuáles está la mayoría?

Corred los paseos, los teatros, los cafés, los salones; id examinando uno por uno a cuantos entran i salen, hablan o gritan, miran o duermen, comen o beben, i hallareis la contestación a la pregunta anterior.

En este sentido si la opinion pública es el sentir de la mayoría, lo que dice, piensa, juzga el necio, el fatuo, el chisgaravis, el archi-necio, el archi-fátuo, i tambien el archi-bribon, la opinion pública es el sentir de cuanto no siente, no tiene derecho, ni razon, ni justicia para sentir en este bajo mundo.

Así cuando se pide respeto a la opinion pública, se pide respeto al bribon, al necio, al fatuo, al patan. (...)

[pág. 327, col. 2] Opinión pública! he aquí cuales son tus justicias: prendes al débil, ries del desgraciado, cortejas al usurero. A tontas i a locas levantas o abates, das la fortuna o das la miseria, la felicidad o la desgracia, la alegría o la pena, el goce o el dolor; -i todos son tus cortesanos: el rei i el ministro, el orador i el tribuno, el escritor i el poeta, el hombre de jenio i el patán, el virtuoso i el bribón; todos [pág. 328, col. 1] te piden una sonrisa, todos te asedian, te abruman, te confunden porque les arrojes una migaja de tus favores, de los tuyos ¡opinion pública! Que marcas la frente de la pobre mujer apasionada e inciensas a su seductor, que llamas ladrón al hombre sin pan, sin abrigo, sin nombre, sin apoyo, sin esperanzas, que roba una vara de lienzo, i vas a arrastrarte en las antesalas del usurero enriquecido que te desprecia, que no te compra porque no te necesita i que en cada uno de sus actos se mofa de tus fallos.

Opinión pública, tú no eres mas que el lodo moral divinizado; eres preocupación, adulación, cobardía, necedad; eres el dicho del murmurador de oficio, la calumnia del bribón, el cuento vil del enredoso, la diatriba del panfletista a sueldo, el arranque del odio, de la rivalidad, de la envidia.

El cobarde te teme.

El bribón te busca.

El necio te respeta.

La nulidad te ama, porque siempre la elevas.

El hombre honrado ni te teme, ni te busca, ni te respeta, ni te ama; te desprecia i te deja pasar sin inmutarse.

La vida es una comedia i tu eres el *claqueur* obligado de todos sus cómicos de oficio.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Anales de la Sociedad de Amigos de la Ilustración, *Revista del Pacífico*, Tomo II, 1860, págs. 53-55.

Acta orgánica

En la Ciudad y Puerto de Valparaíso, a veinte y ocho días del mes de Agosto del año mil ochocientos cincuenta y nueve, los abajo suscritos, espontáneamente reunidos en casa de uno de los firmantes han convenido en fundar una Sociedad que, bajo el nombre de SOCIEDAD DE AMIGOS DE LA ILUSTRACIÓN, tenga por objeto la ilustración de los individuos y la difusión de los conocimientos en los amos que tengan relación con las letras y ciencias sociales, bajo las bases orgánicas que aquí se expresan

1. La Sociedad nombrará un Presidente, Vice, Secretario y Tesorero encargado del archivo, elegidos en votación secreta a mayoría absoluta de sufragios, el día 18 de septiembre de cada año.
2. La Sociedad se compondrá de treinta miembros. Pertenecen a ella: primero, los que firman esta nota, que serán los socios fundadores; y segundo, los individuos que, habiendo sido propuestos en una sesión anterior por algunos socios, sean aceptados a pluralidad de votos, en votación secreta. En caso de notoria importancia u otras consideraciones, podrán ser admitidos hasta diez socios, fuera de los treinta fijados; pero cada uno de estos deberá ser propuesto por una terna de socios aceptados en votación secreta por las dos terceras partes de los presentes, no bajando estos de trece. De modo que en ningún caso la Sociedad se compondrá de mas de cuarenta miembros, fuera de los socios corresponsales que serán ilimitados.
3. La Sociedad tendrá sus reuniones ordinarias el primero y tercer domingo de cada mes, a las doce y media del día. Tendrán lugar reuniones extraordinarias siempre que el Presidente y el Secretario consideren conveniente la convocatoria. [pág. 54]
4. La Sociedad se ocupará en sus reuniones, de trabajos ordinarios y extraordinarios. Para la organización de los ordinarios, el Secretario formará, en el acto de firmarse esta acta, una lista por orden alfabético de todos los socios, los cuales por ese orden numérico alfabético deberán presentar sus trabajos sucesivamente sobre temas aprobados por la Sociedad y distribuidos con oportuna anticipación, con designación de la fecha de la sesión en que cada uno debe presentar el desarrollo de su tema. Cada socio tiene el derecho de escoger el tema para su trabajo de entre los aprobados por la Sociedad; pero si tuviese a bien abstenerse del uso de este derecho, lo que se deducirá por su silencio en

la sesión en que se hace la distribución de temas, toca al Presidente designarle uno de los ya aprobados. En cada reunión deberá presentarse terminado, no solo el trabajo del socio obligado, sino también el del socio inmediato según el orden alfabético, a fin de que nunca falte ocupación de orden a la Sociedad.

5. Los trabajos extraordinarios consistirán: primero, en la discusión de las proposiciones que cualquiera de los socios someta a la Sociedad, después de haber terminado la materia de orden de la sesión; y segundo, en cualquiera obra literaria que, ya sea alguno de los socios o ya otra persona extraña a la Sociedad, presentasen a la sesión para su apreciación y discusión. Respecto a las obras sometidas a la reunión por personas que no pertenezcan a su seno, el Presidente, con anuencia y orden de la Sociedad, podrá mandar que se conserven en el archivo como dignas de ser registradas en el; podrá además poner bajo su firma al pie de la obra una nota de distinción, siempre que esta se recomiende por un mérito superior, a juicio de la Sociedad, consultada en votación secreta.
6. El Dieciocho de Setiembre de cada año tendrá lugar una reunión solemne, extraordinaria, en celebración del aniversario de esta Sociedad que deberá verificar su instalación el Dieciocho de setiembre del año corriente de mil ochocientos cincuenta y nueve, como también con el objeto de prestar un homenaje al gran acto de la Independencia de la patria. Los trabajos que deberán presentarse en aquella sesión, serán: primero, un discurso del Presidente de la Sociedad, análogo a los objetos arriba especificados; segundo, una memoria del Secretario dando razón de los trabajos anuales de la Sociedad y de su estado presente; y tercero, todas las obras así poéticas como en prosa que se presentasen sobre el día de la patria por individuos que pertenezcan a la Sociedad, con previa aprobación de ella en este último caso. En esta misma sesión [Pág. 55] se designarán los nombres de las personas que obtuvieron el premio y el accesit en el certamen literario a que se invitará anualmente, con la debida anticipación, a todos los amantes de las letras, conforme a los temas que se señalarán por la Sociedad.
7. La Sociedad deberá proporcionarse una biblioteca escogida, encargando cada seis meses a Europa una remesa de libros por cien pesos o mas, si las circunstancias del tesoro lo permiten.
8. Cada socio está obligado a contribuir con un adelanto de diez pesos, cotización de introducción, y con tres pesos mensuales, cotización ordinaria, cuyos fondos se aplicarán a juicio de la Sociedad.
9. Se considerarán demisionarios y sin derecho alguno en las cosas sociales:

Los socios que, sin causa justificada, no satisficiesen durante un año las cotizaciones expresadas en el artículo sétimo; los que, sin previo aviso, hayan dejado de asistir a tres

sesiones consecutivas, y los que hayan dejado de presentar por dos sesiones seguidas los trabajos de orden que se les hubiere encomendado.

10. Los socios que tuviesen que fijar su residencia fuera de la provincia, serán eximidos de las cotizaciones del artículo sétimo; debiendo pagar a su vuelta la mitad de las atrasadas, so pena de ser considerados como dimisionarios.
11. Las presentes bases orgánicas regirán hasta que la Sociedad haya completado el número de treinta miembros; una vez lleno este número, terminará la Sociedad su primer período de organización y prueba, y para entrar en su segundo período nombrará una comisión de su seno que forme un reglamento definitivo.

Para constancia firmaron: Adolfo Ibañez.- Jacinto Chacon.- Javier Renjifo.- Manuel Rosselló.- A. E. Gent.- Andrés Chacon.- E. Feullet.- Juan R. Muñoz.- Martín Palma.- Joaquín Villarino.- Aniceto Chacon.- Emilio Sotomayor.- A. Desmadryl.- Joaquín Zelaya.- Manuel Carmona.- Miguel Mantrrola.- M. Idalgo.

Discurso inaugural, *Revista del Pacífico*, Tomo II, 1860, págs. 57-59

Por Don Jacinto Chacon

Señores:

Al instalar por medido de un banquete en el día solemne de la patria la Sociedad de Amigos de la Ilustración, habéis querido que uno de vosotros rompa el primero el silencio y dé la palabra de orden que debe luego circular en torno. Voy pues a dirigiros, no un discurso sino un brindis que exprese con sencillez la ardiente voluntad y noble propósito que nos anima al sentar la primera piedra de esta modesta institución.

En medio de la agitación exterior que no es mas que la exuberancia de la vida, la naturaleza elabora incesantemente sus gérmenes interiores. Así también la sociedad, agitada en la superficie, desarrolla en su seno los elementos vitales y opera sin ruido la bienhechora revolución de las ideas y de las costumbres. Esta saludable convicción nos inspira viva fe en el provenir y nos impele a llamar y reunir las inteligencias en un centro común a fin de dar impulso al trabajo de regeneración en la parte que corresponde al progreso y difusión de las ideas y hasta donde nos lo permitan el lugar y tiempo en que vivimos.

El fomento de la agricultura, de la minería, del comercio y de las artes industriales, estos elementos de la riqueza positiva, interesan sustancialmente al bienestar y a la fortuna públicas, pero el desarrollo de la inteligencia y la generalización de las ideas en todos los ramos de la economía humana, importan al progreso de ese elemento generador que, infiltrado en los muelles de la máquina social, multiplica su impulso y acelera su movimiento.

En efecto, la inteligencia aplicada a la materia, en el alma de la industria productiva. Las ideas adquiridas se derraman como la sangre en las arterias de la humanidad y transforman al individuo y a la sociedad elevando sus facultades. La industria es a la ciencia lo que la máquina al vapor que le da vida e impulso. Alimentamos, pues, este foco de luz, prendamos en las almas jóvenes el fuego sagrado [pág. 58] del estudio, creemos para la familia el hogar donde arda siempre la llama del saber. Aquí, *au coin du feu paisible* de Beranger, oiremos relatar la bella crónica de los hechos heroicos y la vida de los ilustres varones de América. Aquí la severa razón seguirá con placer las combinaciones luminosas del economista que bajando hasta el fondo de la sociedad sorprende la miseria y sus causas, y aplica al mal el eficaz remedio. Aquí oiremos los dictados del derecho, armonizado con la moral en sus diversas manifestaciones, prescribiendo al hombre libre sus deberes de ciudadano. Aquí, en fin, en pláticas familiares sobre cuestiones de porvenir, mantendremos vivo el culto de las letras.

La importancia de las ideas y de su consiguiente cultivo la encontraréis, señores, si echáis una mirada sobre ese surco luminoso que ellas han dejado en la historia de todos los pueblos de la tierra. Las ideas encarnadas en el hombre, y luego en las generaciones, han trastornado los cimientos del orden antiguo y transformado las sociedades europeas. Las ideas introducidas de contrabando en la vieja América por sobre el sistema restrictivo del Código de Indias, iluminaron las cabezas privilegiadas, modificaron las conciencias, cambiaron la noción del derecho, minaron la tradición, derribaron las sólidas columnas de una monarquía que descansaba sobre el derecho divino reconocido por la conciencia pública durante un reinado de 300 años, y constituyeron la independencia del Nuevo Mundo. A esta irresistible influencia, esta fuerza omnipotente de las ideas, debe Chile su existencia libre y soberana, su comunicación mercantil e intelectual con el universo, los grados de progreso que ha alcanzado en su corta carrera institucional, su crédito financiero y buen nombre exterior, y por último la introducción y aclimatación en su seno de todos los inventos, hombres e instituciones de la ciencia y civilización europeas.

Postrémonos, señores, con religiosa veneración ante el soberano influjo de las ideas, al saludar con la cordialidad del patriota al gran día de la Independencia de Chile.

Gloria al Dieciocho de setiembre de 1810.- Honor a los ilustres fundadores de la República.- Gloria y honor al triunfo de las ideas.- Qué homenaje mas digno podríamos rendir al gran día que marca en la historia la era de la República y el triunfo de las ideas nuevas, que presentar en un coro de inteligencias un voto entusiasta por la realización práctica del programa revolucionario de 1810, y una aspiración ardiente por contribuir a esa realización, creando un centro de trabajo en el que la juventud encuentra un campo y un estímulo, donde el talento aparezca y brille, y donde se otorgue a la laboriosidad y al mérito el lauro merecido.

El triunfo de las ideas no implica, señores, su realización. Solo festejamos dignamente el triunfo de las ideas de 1810, creando instituciones que contribuyan a dar a aquellas una realidad social. Generalicemos, como amigos de la ilustración, esas ideas; encarnémoslas en las conciencias, introduzcámoslas en las costumbres por medio de formas y maneras cultas y elegantes; formemos con ellas el criterio del docto y el sentido común del hombre de bien; armonicemos el espíritu de las instituciones modernas con los dictados de la conciencia pública; enana palabra, popularicemos la noción del derecho nuevo. Solo así contribuiremos a adelantar la revolución social, iniciada por los fundadores de la República el dieciocho de setiembre de 1810; solo así contribuiremos a imponer silencio a la agitación política, que no es mas que la manifestación exterior de la lucha interior que mantiene el orden tradicional encarnado en los hombres de antiguo cuño, contra las ideas de 1810 que pugnan por influir y dominar el espíritu de la sociedad entera y completar la revolución.

He aquí, señores, el tema y la significación moral de la grande obra que los fundadores de la República han encargado ejecutar a los futuros operarios de la República social. Todo debe contribuir a su realización. La industria con sus ferrocarriles, puentes y canales que transportan la Europa a nuestras ciudades mediterráneas, el comercio que pone al alcance de la agricultura y la minería sus métodos y máquinas de labranza, sus inventos y útiles de amalgamación y fundición, facilitando así la elaboración y multiplicación de la riqueza, todo ello impregnado de ese germen regenerador de la civilización europea; la inmigración, en fin, que brinda el servicio del país esos modelos vivos de trabajo, de ciencia y de cultura. Todos estos elementos industriales no obran, sin embargo, sino como el arado que desmonta y prepara el campo; solo es dado a la educación y a la ilustración arrojar la semilla que debe fructificar en el porvenir.

Con la inteligencia clara del propósito, instalemos, señores, en el día grande de la patria, este centro de estudio y de trabajo, repitamos el santo y seña a los pensadores de la joven América, pongamos en contacto las inteligencias y acometamos con fe y unidos la parte que nos toca en la obra de la regeneración.

Señores, la Sociedad de Amigos de la Ilustración queda instalada.

Anales de la Sociedad de Amigos de la Ilustración, *Revista del Pacífico*, Tomo II, 1860, págs. 53-55.

Acta orgánica

En la Ciudad y Puerto de Valparaíso, a veinte y ocho días del mes de Agosto del año mil ochocientos cincuenta y nueve, los abajo suscritos, espontáneamente reunidos en casa de uno de los firmantes han convenido en fundar una Sociedad que, bajo el nombre de SOCIEDAD DE AMIGOS DE LA ILUSTRACIÓN, tenga por objeto la ilustración de los

individuos y la difusión de los conocimientos en los amos que tengan relación con las letras y ciencias sociales, bajo las bases orgánicas que aquí se expresan

12. La Sociedad nombrará un Presidente, Vice, Secretario y Tesorero encargado del archivo, elegidos en votación secreta a mayoría absoluta de sufragios, el día 18 de septiembre de cada año.

13. La Sociedad se compondrá de treinta miembros. Pertenecen a ella: primero, los que firman esta nota, que serán los socios fundadores; y segundo, los individuos que, habiendo sido propuestos en una sesión anterior por algunos socios, sean aceptados a pluralidad de votos, en votación secreta. En caso de notoria importancia u otras consideraciones, podrán ser admitidos hasta diez socios, fuera de los treinta fijados; pero cada uno de estos deberá ser propuesto por una terna de socios aceptados en votación secreta por las dos terceras partes de los presentes, no bajando estos de trece. De modo que en ningún caso la Sociedad se compondrá de mas de cuarenta miembros, fuera de los socios corresponsales que serán ilimitados.

14. La Sociedad tendrá sus reuniones ordinarias el primero y tercer domingo de cada mes, a las doce y media del día. Tendrán lugar reuniones extraordinarias siempre que el Presidente y el Secretario consideren conveniente la convocatoria. [Pág. 54]

15. La Sociedad se ocupará en sus reuniones, de trabajos ordinarios y extraordinarios. Para la organización de los ordinarios, el Secretario formará, en el acto de firmarse esta acta, una lista por orden alfabético de todos los socios, los cuales por ese orden numérico alfabético deberán presentar sus trabajos sucesivamente sobre temas aprobados por la Sociedad y distribuidos con oportuna anticipación, con designación de la fecha de la sesión en que cada uno debe presentar el desarrollo de su tema. Cada socio tiene el derecho de escoger el tema para su trabajo de entre los aprobados por la Sociedad; pero si tuviese a bien abstenerse del uso de este derecho, lo que se deducirá por su silencio en la sesión en que se hace la distribución de temas, toca al Presidente designarle uno de los ya aprobados. En cada reunión deberá presentarse terminado, no solo el trabajo del socio obligado, sino también el del socio inmediato según el orden alfabético, a fin de que nunca falte ocupación de orden a la Sociedad.

16. Los trabajos extraordinarios consistirán: primero, en la discusión de las proposiciones que cualquiera de los socios someta a la Sociedad, después de haber terminado la materia de orden de la sesión; y segundo, en cualquiera obra literaria que, ya sea alguno de los socios o ya otra persona extraña a la Sociedad, presentasen a la sesión para su apreciación y discusión. Respecto a las obras sometidas a la reunión por personas que no pertenezcan a su seno, el Presidente, con anuencia y orden de la Sociedad, podrá mandar que se conserven en el archivo como dignas de ser registradas en el; podrá además poner bajo su firma al pie de la obra una nota de distinción, siempre

que esta se recomiende por un mérito superior, a juicio de la Sociedad, consultada en votación secreta.

17. El Dieciocho de Setiembre de cada año tendrá lugar una reunión solemne, extraordinaria, en celebración del aniversario de esta Sociedad que deberá verificar su instalación el Dieciocho de setiembre del año corriente de mil ochocientos cincuenta y nueve, como también con el objeto de prestar un homenaje al gran acto de la Independencia de la patria. Los trabajos que deberán presentarse en aquella sesión, serán: primero, un discurso del Presidente de la Sociedad, análogo a los objetos arriba especificados; segundo, una memoria del Secretario dando razón de los trabajos anuales de la Sociedad y de su estado presente; y tercero, todas las obras así poéticas como en prosa que se presentasen sobre el día de la patria por individuos que pertenezcan a la Sociedad, con previa aprobación de ella en este último caso. En esta misma sesión [Pág. 55] se designarán los nombres de las personas que obtuvieron el premio y el accesit en el certamen literario a que se invitará anualmente, con la debida anticipación, a todos los amantes de las letras, conforme a los temas que se señalarán por la Sociedad.

18. La Sociedad deberá proporcionarse una biblioteca escogida, encargando cada seis meses a Europa una remesa de libros por cien pesos o mas, si las circunstancias del tesoro lo permiten.

19. Cada socio está obligado a contribuir con un adelanto de diez pesos, cotización de introducción, y con tres pesos mensuales, cotización ordinaria, cuyos fondos se aplicarán a juicio de la Sociedad.

20. Se considerarán demisionarios y sin derecho alguno en las cosas sociales: Los socios que, sin causa justificada, no satisficiesen durante un año las cotizaciones expresadas en el artículo sétimo; los que, sin previo aviso, hayan dejado de asistir a tres sesiones consecutivas, y los que hayan dejado de presentar por dos sesiones seguidas los trabajos de orden que se les hubiere encomendado.

21. Los socios que tuviesen que fijar su residencia fuera de la provincia, serán eximidos de las cotizaciones del artículo sétimo; debiendo pagar a su vuelta la mitad de las atrasadas, so pena de ser considerados como dimisionarios.

22. Las presentes bases orgánicas regirán hasta que la Sociedad haya completado el número de treinta miembros; una vez lleno este número, terminará la Sociedad su primer período de organización y prueba, y para entrar en su segundo período nombrará una comisión de su seno que forme un reglamento definitivo.

Para constancia firmaron: Adolfo Ibañez.- Jacinto Chacon.- Javier Renjifo.- Manuel Rosselló.- A. E. Gent.- Andrés Chacon.- E. Feullet.- Juan R. Muñoz.- Martín Palma.- Joaquín Villarino.- Aniceto Chacon.- Emilio Sotomayor.- A. Desmadryl.- Joaquín Zelaya.- Manuel Carmona.- Miguel Mantrrola.- M. Idalgo.